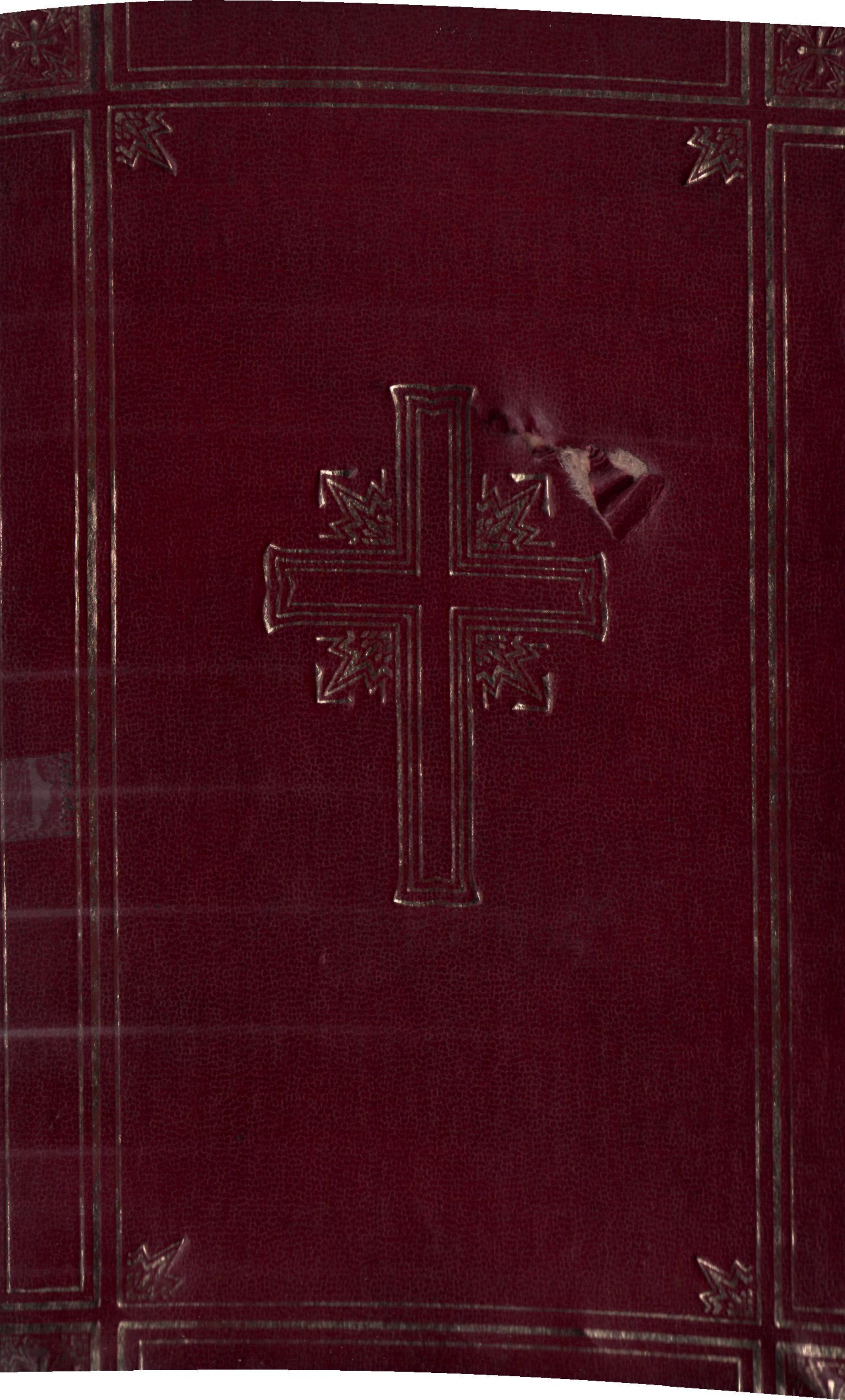


VIDAS DE LOS SANTOS DE BUTLER

EDICION COMPLETA EN CUATRO VOLUMENES

Traducida y adaptada al español por

WIFREDO GUINEA, S.J.

de la Segunda Edición Inglesa revisada por

HERBERT THURSTON, S.J.

y

DONALD ATTWATER



VOLUMEN III

JULIO · AGOSTO · SEPTIEMBRE

Indice General en el Tomo IV

VIDAS DE LOS SANTOS
PUBLICADA POR
C. I. - JOHN W. CLUTE, S. A.
MÉXICO, D. F.

TÍTULO EN INGLÉS:
BUTLER'S LIVES OF THE SAINTS
EDITED, REVISED AND SUPPLEMENTED BY
HERBERT THURSTON, S.J. AND DONALD ATTWATER
PUBLISHED IN 1954 BY BURNS & OATES, LTD.
LONDON, ENGLAND

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL
ENERO DE 1965
10,000 EJEMPLARES
AUTOR: ALBAN BUTLER (DIFUNTO)
TRADUCTOR: WIFREDO GUINEA, S.J.
OROZCO Y BERRA 180
MÉXICO 4, D. F.

Nihil obstat: Armando Salcedo, S.J., Cens. Eccles.
Imprimi potest: Raphael Gómez Pérez, S.J., Praep. Prov. Mexic. Merid. Mexici, 5 Iun. an. D. 1964.
Imprimatur: †Miguel Darío Miranda, Arz. Primado. México, D. F. 29 de junio de 1964.

CONTENIDO DEL VOLUMEN III

JULIO

AGOSTO

SEPTIEMBRE

ABREVIATURAS BIBLIOGRAFICAS

Acta Sanctorum.—Así, sin ninguna otra especificación, se refiere al Acta Sanctorum de los Bolandistas.
BHG.—*Biblioteca Hagiográfica Griega* de los Bolandistas.
BHL.—*Biblioteca Hagiográfica Latina* de los Bolandistas.
BHO.—*Biblioteca Hagiográfica Oriental* de los Bolandistas.
Burton and Pollen, LEM.—*Lives of the English Martyrs*, segunda serie, editada por E. H. Burton and J. H. Pollen.
Camm, LEM.—*Lives of the English Martyrs*, primera serie, editada por Bede Camm.
CMH.—Comentario sobre el Martirologio Hieromiano, por H. Delehaye, sobre el "Acta Sanctorum", noviembre, volumen II, 2ª parte.
DAC.—*Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, editado por F. Cabrol y H. Leclercq.
DCB.—*A dictionary of Christian Biography*, editada por William Smith y Henry Wace.
DHG.—*Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastiques*, editado por A. Baudrillart *et al.*
DNB.—*The Dictionary of National Biography*, editado por Leslie Stephen *et al.*
DTC.—*Dictionnaire de Théologie Catholique*, editado por A. Vacant *et al.*
KSS.—*Kalendars of Scottish Saints*, editado por A. P. Frobes.
LBS.—*Lives of British Saints*, por S. Baring-Gould y John Fisher.
LIS.—*Lives of Irish Saints*, por John O'Hanlon.
Mabillon.—*Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, editado por J. Mabillon.
MGH.—*Monumenta Germaniae Historica*, editado por G. H. Pertz *et al.*
MMP.—*Memoires of Missionary Priests*, by Richard Challoner, con referencia a la edición 1924, editada por J. H. Pollen.
PG.—*Patrologia graeca*, editada por J. P. Migne.
PL.—*Patrologia latina*, editada por J. P. Migne.
REPSJ.—*Records of the English Province of the Society of Jesus*, editada por Henry Foley.
Ruinart.—*Acta primorum martirum sincera et selecta*, editada por T. Ruinart.
Stanton's *Menology*.—*A Menology of England and Wales*, por Richard Stanton.
VSH.—*Vitae Sanctorum Hiberniae*, editada por Charles Plummer.

Al citar la obra del Padre Delehaye, *Les Origines du culte des martyrs*, nos referimos a la segunda edición revisada, del año 1933.

Existe una traducción al inglés de la obra *Les légendes hagiographiques* ("The Legends of the Saints") del Padre Delehaye, hecha por la Sra. V. M. Crawford sobre la primera edición. La tercera edición francesa (1927) es edición revisada y por tanto algunas veces hacemos referencia a ella.

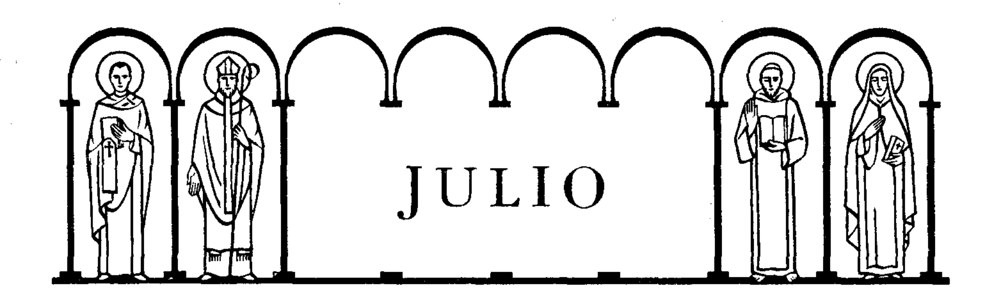
El título inglés que aquí citamos como "Léon, *L'Auréole séraphique* (English translation)", es "*Lives of the Saints and Blessed of the Three Orders of St. Francis*" (1885-87),

por el P. Léon (Vieu) de Clary. Una edición corregida y aumentada de esta obra se comenzó a publicar en el año 1951: *Aureola Serafica*, en italiano, por el Padre G. C. Guzzo. En el año 1954 habían aparecido cuatro volúmenes que incluían desde enero hasta agosto.

No se ha juzgado necesario dar las referencias de obras tan conocidas como *Dictionary of Christian Biography*, los *Dictionnaires* publicados por Letouzey, y la *Histoire de l'Eglise*, aunque de ellas hacemos referencia en las notas bibliográficas.

Debemos hacer caer en la cuenta al lector, de una vez por todas, que tratándose de los santos y beatos modernos, la más segura fuente de información sobre el aspecto espiritual de sus vidas, es el *summarium de virtutibus*, junto con las notas críticas del *Promotor fidei*, los cuales están publicados en el proceso de beatificación. Para los demás santos nombrados en el Martirologio Romano, puede hacerse referencia al *Acta Sanctorum, Decembris Propylaeum: Martirologium Romanum ad forman editionis typicae scholiis historicis instructum* (1940). Esta gran obra trae un abundante comentario sobre los nombres incluidos en el Martirologio Romano, que enmienda, donde es necesario, las conclusiones que se encontraban en el antiguo *Acta Sanctorum* de sesenta volúmenes. Esta obra da por adelantado un material que se encontrará redactado con mayor amplitud en los siguientes volúmenes que están por publicarse. Esta obra es indispensable para cualquier estudio serio y para referencia.

VIDAS DE LOS SANTOS DE BUTLER



1: LA PRECIOSA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

DESDE LA época de los Apóstoles, la Preciosa Sangre del Señor ha sido el símbolo de la Redención. Aunque la devoción particular a la Preciosa Sangre se debe, sobre todo, a la iniciativa de San Gaspar del Búfalo (2 de enero), ya desde mucho antes se practicaba dicha devoción en varias Iglesias. Por ejemplo, en 1582, se concedió a la arquidiócesis de Valencia, España, el rezo de un oficio "de la Sangre de Cristo"; la diócesis de Sarzana, en la Toscana, obtuvo la misma gracia en 1747. A principios del siglo XIX, se concedió a la congregación de San Gaspar el privilegio de celebrar la fiesta de la Preciosa Sangre. El Papa Pío IX la extendió a la Iglesia universal en 1849, cuando la revolución acababa de expulsarle de Roma. La fecha original de la celebración era el primer domingo de julio, pero Pío X la trasladó al 1o. de julio. Los pasionistas y algunas otras congregaciones celebran otra fiesta el domingo inmediatamente posterior al de "Laetare". La catedral de la arquidiócesis de Westminster está dedicada a la Preciosa Sangre.

Como lo hacía notar Dom Guéranger, al celebrar la fiesta de la Preciosa Sangre, la Iglesia celebra su propio nacimiento, pues la sangre y el agua que brotaron del costado de Cristo le dieron el ser. De ese modo, la herida del costado de Cristo se convirtió en fuente de vida para el mundo. En la homilía de la lección de maitines San Juan Crisóstomo dice: "Así, pues, la Iglesia nació del costado de Cristo, como Eva, la esposa de Adán, nació de su costado... Así como Dios creó a la mujer sacándola del costado del hombre, así Cristo creó a la Iglesia sacándola de su propio costado". San Agustín se expresa en forma semejante en la homilía que se lee en el tercer nocturno.

Véase F. G. Holweck, *Calendarium festorum Dei et Dei Matris* (1925), p. 235; Moroni, *Dizionario di Erudizione*, vol. LXI, pp. 40-48; Nilles, *Kalendarium manuale* (1896-1897), vol. II, pp. 493-495; Buchberger, *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. II, cc. 401-404.

SAN TEODORICO, ABAD (533 P.C.)

TEODORICO nació en el distrito de Reims. Su padre era un hombre de mal carácter. Habiendo contraído matrimonio por complacer a su familia, Teodorico persuadió a su esposa a que renunciara a los derechos conyugales. Más tarde, fue ordenado sacerdote en la época de San Remigio; fundó una comunidad religiosa en "Mont d'Or", cerca de Reims. Teodorico llegó a ser famoso por las conversiones que obró exhortando a hacer penitencia a los pecadores. Uno de

sus conversos fue su propio padre, el cual perseveró en sus buenos propósitos y murió en el monasterio fundado por su hijo. Se cuenta que San Teodorico curó milagrosamente al rey Teodorico I de una enfermedad de los ojos. Según la opinión más común, San Teodorico murió el 1o. de julio del año 533.

Flodoardo escribió en el siglo X algunas páginas sobre San Teodorico. Existen, además, dos cortas biografías latinas; pueden verse en Mabillon y en *Acta Sanctorum*. Desgraciadamente todas estas fuentes son poco fidedignas.

SAN GALO, Obispo de Clermont (551 p.c.)

Galo nació hacia el año 486 en Clermont de Auvernia. Su familia era una de las más distinguidas de la región. El padre del santo puso gran esmero en la educación de su hijo. Cuando éste llegó a la edad de contraer matrimonio, le propuso que se casase con la hija de un senador. Pero Galo, que había ya resuelto consagrarse a Dios, huyó de la casa paterna y pidió ser admitido en el monasterio de Cournon. El abad se negó a admitirle sin el consentimiento de su padre. No sabemos cómo, el joven se las arregló para convencer a su padre y fue admitido en la abadía. El obispo Quinciano, que no dejó de advertir las cualidades de Galo, le ordenó diácono, le hizo miembro del cabildo de su catedral y le envió como representante suyo a la corte del rey. El joven, que poseía una voz extraordinaria, pasó a formar parte del coro de la capilla de Teodorico I. Quinciano murió hacia el año 526, y Galo fue elegido para sucederle en el gobierno de la diócesis. La humildad, la caridad y el celo del santo, encontraron ancho campo de acción en su nuevo cargo. La virtud característica de San Galo era la mansedumbre, como lo demuestran varios incidentes. En cierta ocasión, un hombre le golpeó en la cabeza; el obispo no mostró enojo ni resentimiento alguno sino con su mansedumbre desarmó al agresor. En otra ocasión, un tal Evodio, que había abandonado el senado para recibir la ordenación sacerdotal, se dejó llevar por la ira y trató a su obispo en forma desacomedida. San Galo no respondió una sola palabra; sencillamente, se levantó de su cátedra y partió a visitar las iglesias de la ciudad. El hecho conmovió tanto a Evodio, que fue en busca del santo y le pidió perdón de rodillas, en la calle. En los últimos años de su vida, San Galo atendió especialmente a la educación de su sobrino, que llegó más tarde a ser famoso con el nombre de Gregorio de Tours.

No hay que confundir a este San Galo con su famosísimo homónimo irlandés que vivió casi un siglo más tarde y dio su nombre a uno de los cantones suizos. Los únicos datos que poseemos sobre este santo son los que dejó escritos su sobrino San Gregorio de Tours en su tratado *De vitiis patrum*. Lo esencial se halla resumido en *Acta Sanctorum*, julio, vol. I.

SAN EPARQUIO o CIBARDO (581 p.c.)

Cibardo abandonó el mundo contra la voluntad de sus padres y se retiró a un monasterio, tal vez al de San Cibardo de Dordogne. Ahí sirvió a Dios a las órdenes del abad Martín. Como sus virtudes y milagros le hubiesen hecho famoso, el santo, para evitar la tentación de la vanagloria, dejó el monasterio y se retiró a la soledad en las cercanías de Angulema. Pero sus virtudes eran demasiado esplendorosas para permanecer ocultas, y el obispo de la región obligó

a San Cibardo a aceptar el sacerdocio. Aunque vivía en la soledad, el santo tuvo algunos discípulos. Como deseaba que orasen sin interrupción, les prohibió el trabajo manual. Cuando alguno de sus monjes se quejaba de que no tenía lo necesario para vivir, San Cibardo le recordaba las palabras de San Jerónimo, "la fe no tiene miedo al hambre". Y así era en realidad, porque los fieles, que tenían en gran aprecio a San Cibardo por los milagros que obraba, le daban generosamente cuanto él y sus discípulos necesitaban.

San Gregorio de Tours afirma que el culto de San Cibardo estaba muy extendido en el siglo VI. San Gregorio lo llama Eparquio; con el tiempo, dicho nombre se transformó en Separco y después en Cibardo. En realidad, sabemos muy poco acerca de este santo, fuera de lo que relata San Gregorio de Tours. Bruno Krusch, que reeditó la biografía latina publicada en *Acta Sanctorum*, afirma que se trata de una falsificación y que data del siglo IX; pero véase L. Duchesne, en *Bulletin critique*, segunda serie, vol. III (1897), pp. 471-473. Véase también J. de la Martinière, *St. Cybard* (1908), quien refuta la opinión de H. Esmein, según el cual algunos de los datos que poseemos sobre el santo datan del siglo VI.

SAN SIMEON SALUS (Siglo VI)

Simeón se retiró con su amigo San Juan a un desierto de los alrededores del Mar Muerto, donde vivió veintinueve años, practicando las más severas penitencias. Jamás olvidó que para ser verdaderamente humilde hay que amar la humillación; que, por lo menos, hay que recibir con resignación las humillaciones que Dios nos envía y reconocer que son menores de lo que merecemos; que, algunas veces, es bueno buscar directamente las humillaciones, y que en esto, la prudencia humana no es siempre la mejor guía. Tan lógicamente aplicó el santo estos principios cuando se trasladó a Emesa, en la región siria de Orontes, que las gentes del lugar le aplicaron el apodo de "salus", que en griego significa "loco". Así, por ser verdaderamente cuerdo, San Simeón fue considerado como loco. Pero Dios premió su amor por la humildad con gracias extraordinarias y con el don de milagros. No sabemos exactamente en qué año murió San Simeón; pero ciertamente su muerte ocurrió poco después del terremoto del año 588. Hay que confesar que la humildad de este santo rayaba en la excentricidad. Alban Butler comenta que no estamos obligados a imitar en todo a Simeón y que sería un pecado de presunción el hacerlo así sin un llamamiento especial de Dios, pero que su ejemplo debería llenarnos de confusión por la mala gana con que soportamos las menores ofensas a nuestro amor propio. En realidad debemos admitir que en ocasiones San Simeón no parecía del todo cuerdo.

El historiador Evagrio, contemporáneo del santo, nos dejó un relato bastante completo de su vida. También existe una larga biografía griega, escrita por Leoncio, obispo de Neápolis de Chipre, un siglo más tarde. El texto de dicha biografía puede verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. I. Baudet y Chaussin, *Vies des saints . . .*, vol. VII (1949), pp. 18-19, dan una interesante bibliografía sobre San Simeón y los "locos por Cristo" en general.

SAN SERVANO o SERVANDO, Obispo (¿Siglo VI?)

La biografía de este santo constituye una mezcla confusa de leyendas, de suerte que ni siquiera es posible determinar con exactitud en qué siglo vivió. El antiguo Breviario de Aberdeen dice que era irlandés y había sido consagrado

obispo por Paladio. Según la biografía de San Kentigerno, escrita por Joscelyn, dicho santo se educó bajo la dirección de Servano en el monasterio que éste fundó en Culross. Antiguamente se veneraba a San Servano como patrono y apóstol de las islas Orkney; pero apenas si existen pruebas de que haya evangelizado aquellas islas. El monasterio de Culross fue el centro de su actividad y Fifeshire fue el centro de su culto, en la Escocia medieval. Algunas de las leyendas que circularon sobre San Servano son particularmente extravagantes. Según una de esas leyendas, su madre era hija del rey de los pictos (o de Arabia) y su padre era rey de Canaán; Servano renunció a sus derecho al trono, estudió en Alejandría, fue nombrado patriarca de Jerusalén y más tarde, Papa, pero renunció al pontificado para ir a predicar en Escocia. Una de las lecciones del Breviario de Aberdeen cuenta que un hombre muy pobre mató a su único cerdo para dar de comer al santo y a sus monjes, por lo que San Servano resucitó al cerdo para recompensar la generosa hospitalidad de su huésped. No menos absurdos son otros de los milagros que se atribuyen al santo; probablemente se trata de meras adaptaciones de cuentos populares. Según parece, San Servano murió y fue sepultado en Culross. Gracias a una antigua inscripción, se conserva memoria del sitio en que el santo venció al demonio, en una cueva de Dysart.

Véanse las lecciones del Breviario de Aberdeen. Skene publicó en *Chronicles of the Picts*, pp. 412-420, una biografía medieval de San Servano, totalmente imaginaria. Cf. KSS., pp. 445-447.

BEATO TOMAS MAXFIELD, Mártir (1616 p.c.)

Tomás Maxfield (o Macclesfield) nació alrededor de 1590 en The Mere del condado de Stafford. Su padre, llamado Guillermo, había confesado valientemente la fe católica y, cuando nació Tomás, estaba sentenciado a muerte por haber dado asilo a varios sacerdotes. Tomás partió a la misión de Inglaterra en 1615, después de haber recibido la ordenación sacerdotal.

Tres meses después, fue arrestado en Londres y encarcelado en la prisión de Westminster. Al cabo de ocho meses de prisión, Tomás, con la ayuda de un jesuita que estaba también preso, trató de escapar descolgándose por la ventana del calabozo. Desgraciadamente, un transeúnte dio la voz de alarma a los guardias, quienes le echaron mano y "le colocaron bajo una mesa con una cadena alrededor del cuello, atada a otra cadena que pesaba más de cien libras . . . Y en esa incómoda posición le mantuvieron hasta la mañana siguiente". Después le trasladaron a un sombrío y pestilente calabozo subterráneo, con las piernas atadas a unos zancos de madera, de suerte que no podía ponerse en pie ni recostarse bien. Así estuvo desde la madrugada del viernes hasta el domingo por la noche. Algunos de sus compañeros de prisión consiguieron hacerle llegar un cobertor, y su confesor, que era un jesuita, le dirigió unas palabras de aliento a través de un agujero del techo. Según el testimonio de dicho jesuita, el mártir no había perdido el ánimo en lo absoluto.

Conducido ante el tribunal, el P. Maxfield se negó a prestar el juramento de fidelidad al rey en la forma en que los jueces se lo exigían, pero protestó de su lealtad, pues le consideraba como su verdadero y legítimo soberano. Al día siguiente, fue condenado a ser ahorcado, arrastrado y descuartizado por ser

sacerdote. El duque de Gondomar, embajador de España, trató en vano de obtener que los jueces perdonasen al mártir o le mitigasen la pena.

Al día siguiente, 1o. de julio, una multitud más numerosa que de ordinario, acudió a ver al Beato Tomás cuando le trasladaban de la prisión a Tyburn. Muchos siguieron a la comitiva hasta el cadalso; entre ellos, numerosos españoles. Las autoridades se enfurecieron al descubrir que alguien había adornado la horca con guirnaldas de flores y había esparcido en el suelo hojas y yerbas aromáticas. El Beato Tomás habló a la multitud desde la carreta y declaró que había predicado la misma fe en que San Agustín de Canterbury instruyera a sus antepasados, "con el único fin de prestar servicio a las almas de los ingleses". El oficial que dirigía la ejecución, dio al verdugo la orden de cortar la cuerda de la horca rápidamente; pero la multitud exigió que se dejase morir al mártir en la horca para evitarle los horrores del descuartizamiento.

Las autoridades tomaron todas las precauciones posibles para impedir que se conservasen reliquias de Tomás Maxfield. A pesar de ello, el embajador español consiguió recuperar algunos restos del mártir y todavía se conserva parte de ellos en la población española de Gondomar y en la localidad inglesa de Downside.

El Dr. Kellison publicó una biografía del P. Maxfield el año mismo de su muerte, y al año siguiente, un testigo presencial de la ejecución la relató por escrito. Véanse las publicaciones de la *Catholic Record Society*, vol. III; MMP., pp. 344-353; DNB., vol. XXXVII; y *Downside Review*, vol. XXXIV.

2: LA VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

En la Anunciación, el arcángel San Gabriel dijo a la Madre de Dios que su prima Isabel había concebido y se hallaba en el sexto mes del embarazo. Nuestra Señora, sin hablar a nadie de la altísima dignidad a la que había sido elevada por la Encarnación del Verbo de Dios en sus entrañas, partió llena de gozo y de gratitud a felicitar a la madre del Bautista. San Lucas dice: "María partió apresuradamente a una ciudad de las montañas de Judá. Y, entrando en la casa de Zacarías, saludó a Isabel." La Madre de Dios fue a visitar a su prima porque la compañía de los verdaderos siervos de Dios es siempre provechosa, ya que el ejemplo de su silencio fortalece la voluntad e ilustra el entendimiento. El viaje de la Santísima Virgen es un ejemplo maravilloso de humildad. Ella, que era la Madre de Dios y había sido elevada por encima de todas las criaturas, lejos de complacerse vanamente en su altísima dignidad, va a visitar humildemente a la madre del servidor de su hijo; el Redentor se digna ir a quien había de precederle en su carrera mortal.

Movida por la caridad, María no se detuvo ante las dificultades y peligros del viaje desde Nazaret de Galilea hasta el sur de las montañas de Judea. Al llegar a la casa de Zacarías, entró y saludó a Isabel. Al oír la voz de María, Isabel recibió la plenitud del Espíritu Santo por obra del Hijo de su prima. Al momento, el hijo que llevaba en sus entrañas quedó santificado y se estremeció de gozo. Si Abraham y todos los profetas se habían regocijado con sólo prever el día lejano en que el Redentor vendría al mundo, nada tiene de

extraño que Juan Bautista se haya estremecido de gozo en el seno de su madre, al quedar en su presencia. En ese mismo instante, el hijo de Isabel quedó limpio del pecado original y lleno de gracia santificante. Convertido en profeta, adoró al Mesías desde antes de nacer.

Isabel quedó llena del Espíritu Santo; por su luz, comprendió el misterio de la Encarnación que se había obrado en María y la llamó bendita entre las mujeres; sobre todo llamó bendito a Aquél por cuya Encarnación María había sido santificada y que era la fuente de todas las gracias. Isabel exclamó también: "¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?" Isabel, que era estéril, había concebido por un milagro de Dios; pero María, que era virgen, había concebido por obra del Espíritu Santo. Isabel había concebido al mayor de los profetas, pero María había concebido al Hijo del Eterno Padre, Dios como El. Juan Bautista emplearía expresiones parecidas cuando Cristo fue a pedirle el bautismo. Con la misma humildad y confusión deberíamos nosotros recibir todas las gracias de Dios, especialmente la de los sacramentos. Isabel llamó a María Madre de su Señor, es decir, Madre de Dios, y afirmó que iban a cumplirse en Ella y en su Hijo las predicciones de los profetas. María respondió a esas alabanzas con las palabras del "Magnificat", que constituyen la más perfecta acción de gracias por la Encarnación del Hijo de Dios y la prueba más bella de la humildad de la Virgen. En el "Magnificat" María alaba a Dios con todas las potencias de su ser y hace recaer sobre El toda la gloria.

Los franciscanos empezaron a celebrar esta fiesta en el siglo XIII; en 1389 fue extendida a toda la Iglesia de occidente. En el oriente sólo la celebran los melquitas católicos, los maronitas y los malabares. Acerca de la celebración litúrgica, véase F. G. Holweck, *Calendarium festorum Dei et Dei Matris* (1925), pp. 213-214.

SANTOS PROCESO Y MARTINIANO, Mártires (Fecha desconocida)

En Roma se veneraba a estos mártires por lo menos desde el siglo IV. Pero no sabemos nada de cierto sobre su vida y su martirio. El Martirologio Romano y el Breviario se basan en una leyenda del siglo VI que no merece crédito alguno. Según dicha leyenda, San Pedro y San Pablo, cuando se hallaban encarcelados en la prisión Mamertina, convirtieron con su predicación y sus milagros a Proceso y Martiniano y a otros cuarenta guardias y éstos, a su vez, les ofrecieron la libertad. Una fuente brotó milagrosamente en la roca para que San Pedro pudiera bautizar a los neófitos. El jefe de la prisión, Paulino, trató de hacer apostatar a Proceso y Martiniano; como no lograse persuadirlos a que ofreciesen incienso en el altar de Júpiter, los sometió a crueles torturas durante las cuales los dos mártires repetían constantemente: "¡Bendito sea el nombre del Señor!" Entonces, Paulino los mandó decapitar. Según se cuenta, una mujer, llamada Lucina, sepultó a los mártires en terrenos de su propiedad, junto a la Vía Aurelia, a dos kilómetros de Roma. En el siglo IV, se edificó una basílica sobre la tumba de estos santos. San Gregorio Magno predicó ahí su trigésima segunda homilía, en la que afirma que en la basílica de los dos mártires los enfermos recobran la salud, los posesos se ven libres de los malos espíritus y los perjuros son atormentados. A principios del siglo IX, el Papa San Pascual trasladó las reliquias de Proceso y Martiniano a San Pedro, donde

reposan todavía en la actualidad en el altar del crucero que está dedicado a su nombre.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. I, pueden verse las pretendidas "actas" de estos mártires. Pío Franchi de Cavalieri estudió a fondo esta leyenda en *Studi e Testi*, vol. XIX, pp. 97-98, y XXII, 35-39. Dicho autor demuestra que en el siglo IV no existía aún la tradición de que los dos santos hubiesen sido carceleros de San Pedro y San Pablo; también supone que el episodio del bautismo tuvo probablemente por origen los frescos de las catacumbas en los que San Pedro aparece como un nuevo Moisés que hace brotar el agua de la roca y da de beber a dos soldados, que representan a la multitud. Ver también Delehaye, CMH., pp. 347-348.

SANTA MONEGUNDIS, Viuda (570 p.c.)

Santa Monegundis, que nació en Chartres, tenía sus delicias en las dos hijas que Dios le concedió en su matrimonio. Cuando la muerte se las arrebató, la santa, abrumada por el dolor, determinó abandonar el mundo y consagrarse enteramente al servicio de Dios, pues temía que la pena la hiciese concentrarse en sí misma y olvidarse de su Creador. Así pues, con el consentimiento de su esposo, se construyó una celda en Chartres y se recluyó en ella. La celda tenía por todo mobiliario una estera, en la que la santa tomaba su corto reposo. Su único alimento era un poco de pan de avena mojado en agua. Más tarde, Monegundis se trasladó a Tours, donde siguió viviendo en la misma forma, en una celda próxima a la iglesia de San Martín. Con el tiempo, se le reunieron numerosas imitadoras, y la celda se transformó en el monasterio de Saint-Pierre-le-Puellier. En la tumba de la santa se obraron numerosos milagros.

San Gregorio de Tours nos dejó un relato de la vida de Santa Monegundis en su tratado *De vitiis patrum*. Ver también *Acta Sanctorum*, julio, vol. I, e Y. Delaporte, *Les principaux saints du diocèse de Chartres*.

SAN OTON, Obispo de Bamberga (1139 p.c.)

Otón pertenecía a la familia suaba de Mistelbach. Siendo todavía joven, recibió la ordenación sacerdotal e ingresó al servicio del emperador Enrique IV, quien con el tiempo le nombró su canciller. En las luchas entre el sacerdocio y el imperio, Enrique IV apoyó a un antipapa. San Otón hizo cuanto pudo por conseguir que se arrepintiese y se sometiese al Papa y se negó a aprobar el cisma y otros crímenes del emperador, sin dejar por ello de secundar sus medidas políticas cuando le parecían justas. Enrique le nombró obispo de Bamberga en 1102; pero Otón se negó a recibir la consagración hasta que pudo ir a Roma, varios años después, y aceptó el episcopado de manos del Papa Pascual II. Enrique V, el sucesor de Enrique IV, parecía inclinado a la reconciliación con la Santa Sede, y San Otón le exhortó a poner fin a los males que el cisma había aportado; pero finalmente el nuevo emperador prosiguió la política de su padre. A pesar de ello, gracias a su integridad y al poder de su mansedumbre, San Otón gozó siempre de la confianza de ambos bandos. Por otra parte, sus actividades políticas no le impidieron desempeñar celosamente sus deberes episcopales, establecer numerosos monasterios y fundaciones religiosas ni llevar una vida ejemplar.

Cuando Boleslao III de Polonia conquistó una parte de la Pomerania,

pidió a San Otón que fuese a evangelizar a los idólatras de aquel país. En 1124, el santo obispo se trasladó a la Pomerania oriental, acompañado de algunos sacerdotes y catequistas. Se cuenta que los misioneros bautizaron a más de 20,000 infieles. El santo volvió a Bamberga en la Pascua siguiente, después de encargar a cierto número de sacerdotes que atendiesen a los convertidos y continuasen la obra de evangelización tan felizmente comenzada. Como las ciudades de Stettin y Julin habían recaído en la idolatría, San Otón partió de nuevo a Pomerania en 1128, reconvirtió a las dos ciudades y llevó la luz del Evangelio a otros puntos más remotos, exponiéndose a toda clase de peligros e incomodidades. Más tarde volvió a su diócesis y ahí murió, el 30 de junio de 1139. Fue canonizado cincuenta años más tarde.

El material biográfico de San Otón es muy considerable, como lo demuestra la lista de documentos citados en BHL (nn. 6392-6407). Además de la importante *Relatio de piis operibus Ottonis* (editada por Holder-Egger en MGH., *Scriptores*, vol. XV, 1156-1166), existen la *Vita* de Ebe, un *Dialogus* de Herbord, y otra *Vita* debida a la pluma del monje Prüfening. Hay que leer con precaución la obra de C. H. Robinson, *The Life of Otto, Apostle of Pomerania* (1920), a la luz de *Analecta Bollandiana*, vol. XLII (1924), pp. 452-453. Véase también A. Hofmeister, *Das Leben des Bischofs Otto von Bamberg von einem Prüfeninger Mönch* (1928).

BEATO PEDRO DE LUXEMBURGO, OBISPO DE METZ Y CARDENAL (1387 P.C.)

PEDRO era hijo de Guido de Luxemburgo, conde de Ligny, y de Maquilda de Châtillon. Nació en 1369 y quedó huérfano a los cuatro años. Como se distinguiese por su piedad e inteligencia, a los diez años fue enviado a proseguir sus estudios en París. Por un abuso tan común en aquella época, fue nombrado inmediatamente canónigo de la catedral de Notre-Dame. Entre 1380 y 1381, pasó varios meses en Calais como rehén por su hermano mayor, que había caído prisionero de los ingleses.

Pedro procuraba progresar seriamente en humildad y perfección. Eso era lo que buscaba en todas sus acciones y no las dignidades eclesiásticas. Pero Clemente VII, el Pontífice de Aviñón, a quien Francia consideraba como el verdadero Papa en el "gran cisma", le nombró, en 1384, obispo de Metz y, dos meses más tarde, le elevó al cardenalato, pues el poder de la familia de Pedro hacía conveniente que se le tomase en consideración. A fin de poder tomar posesión de su sede, ocupada por los partidarios de Urbano VI, Pedro tuvo que reunir, muy contra su voluntad, un ejército. Pero toda su santidad no era suficiente para suplir la falta de las órdenes sagradas, ya que Pedro era sólo diácono; así pues, se le dio por auxiliar a un fraile de Santo Domingo, y éste fue consagrado obispo. Pedro emprendió, con dicho fraile, la visita de su diócesis, y en todas partes corrigió los abusos y dio muestras de celo y de prudencia. Pero las vicisitudes políticas le obligaron pronto a salir de Metz y, en el otoño de 1386, Clemente VII le convocó a Aviñón.

Pedro continuó ahí su vida de penitencia, hasta que el Pontífice le ordenó que se moderase para no acabar con su salud. El beato respondió sencillamente: "Santo Padre, yo voy a ser toda mi vida un siervo inútil, pero lo menos que puedo hacer es obedecer". A partir de entonces, se dedicó a suplir la penitencia con la limosna. Su liberalidad era tan grande, que su bolsa estaba siempre

vacía; su mesa era frugal, su casa modesta, su mobiliario sencillo y sus vestidos pobres. Aunque parecía imposible distribuir más limosnas, el beato encontró todavía la manera de regalar a los pobres los muebles de su casa y de vender su anillo episcopal. En la colegiata de Nuestra Señora de Autun hay un cuadro antiguo que representa al beato en éxtasis, con las siguientes palabras, que él solía repetir: "Desprecio del mundo. Desprecio de ti mismo. Alégrate de ser despreciado, pero no desprecies a nadie".

A principios de 1387, como su salud se hallase muy resentida, Pedro tuvo que ir en busca de mejor aire a Villenueve, en la otra ribera del Ródano. Ahí murió el 2 de julio, en la cartuja en la que se había hospedado, después de escribir una carta a su querida hermana Juana. Su tumba se convirtió pronto en un sitio de peregrinación y en ella tuvieron lugar varios milagros. El Papa Clemente VII le beatificó en 1527. El Beato Pedro tenía dieciocho años al morir.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. I, se encontrará la mayor parte del proceso de beatificación, que es la principal fuente de información. Se trata de un documento de excepcional importancia, pues se conservan muy pocas colecciones medievales de las deposiciones de los testigos en los procesos de canonización. Por extraño que parezca, la mayoría de esas colecciones se refieren a santos jóvenes que pertenecían a familias reales o de la alta nobleza. Citaremos como ejemplos a Pedro de Luxemburgo, a San Luis de Anjou, (quien fue consagrado obispo de Toulouse y murió a los veintitrés años de edad), y a Santa Margarita de Hungría, que murió antes de cumplir los veintinueve años. La obra de H. François, *Vie du B. Pierre de Luxembourg* (1927), es una corta biografía basada en el proceso de beatificación.

3: SAN IRENEO, OBISPO DE LYON (*c.* 203 P.C.)

LAS OBRAS literarias de San Ireneo le han valido la dignidad de figurar prominentemente entre los Padres de la Iglesia, ya que sus escritos no sólo sirvieron para poner los cimientos de la teología cristiana, sino también para exponer y refutar los errores de los gnósticos y salvar así a la fe católica del grave peligro que corrió de contaminarse y corromperse por las insidiosas doctrinas de aquellos herejes.

Nada se sabe sobre su familia. Probablemente nació alrededor del año 125, en alguna de aquellas provincias marítimas del Asia Menor, donde todavía se conservaba con cariño el recuerdo de los Apóstoles entre los numerosos cristianos. Sin duda que recibió una educación muy esmerada y liberal, ya que sumaba a sus profundos conocimientos de las Sagradas Escrituras, una completa familiaridad con la literatura y la filosofía de los griegos. Tuvo además, el inestimable privilegio de sentarse entre algunos de los hombres que habían conocido a los Apóstoles y a sus primeros discípulos, para escuchar sus pláticas. Entre éstos, figuraba San Policarpio, quien ejerció una gran influencia en la vida de Ireneo. Por cierto, que fue tan profunda la impresión que en éste produjo el santo obispo de Esmirna que, muchos años después, como confesaba a un amigo, podía describir con lujo de detalles, el aspecto de San Policarpio, las inflexiones de su voz y cada una de las palabras que pronunciaba para relatar sus entrevistas con San Juan, el Evangelista, y otros que conocieron al Señor, o para exponer la doctrina que habían aprendido de ellos. San

Gregorio de Tours afirma que fue San Policarpio quien envió a Ireneo como misionero a las Galias, pero no hay pruebas para sostener esa afirmación.

Desde tiempos muy remotos, existían las relaciones comerciales entre los puertos del Asia Menor y el de Marsella y, en el siglo segundo de nuestra era, los traficantes levantinos transportaban regularmente las mercancías por el Ródano arriba, hasta la ciudad de Lyon que, en consecuencia, se convirtió en el principal mercado de Europa occidental y en la villa más populosa de las Galias. Junto con los mercaderes asiáticos, muchos de los cuales se establecieron en Lyon, venían sus sacerdotes y misioneros que portaron la palabra del Evangelio a los galos paganos y fundaron una vigorosa iglesia local. A aquella iglesia llegó San Ireneo para servirla como sacerdote, bajo la jurisdicción de su primer obispo, San Potino, que también era oriental, y ahí se quedó hasta su muerte. La buena opinión que tenían sobre él sus hermanos en religión, se puso en evidencia el año de 177, cuando se le despachó a Roma con una delicadísima misión. Fue después del estallido de la terrible persecución de Marco Aurelio, a la que ya nos referimos extensamente en este volumen, al tratar a San Potino, el 2 de junio, cuando ya muchos de los jefes del cristianismo en Lyon, se hallaban prisioneros. Su cautiverio, por otra parte, no les impidió mantener su interés por los fieles cristianos del Asia Menor. Conscientes de la simpatía y la admiración que despertaba entre la cristiandad su situación de confesores en inminente peligro de muerte, enviaron al Papa San Eleuterio, por conducto de Ireneo, "la más piadosa y ortodoxa de las cartas", con una apelación al Pontífice —en nombre de la unidad y de la paz de la Iglesia—, para que tratase con suavidad a los hermanos montanistas de Frigia. Asimismo, recomendaban al portador de la misiva, como a un sacerdote "animado por un celo vehemente para dar testimonio de Cristo" y un amante de la paz, como lo indicaba su nombre.

El cumplimiento de aquel encargo que lo ausentaba de Lyon, explica por qué Ireneo no fue llamado a compartir el martirio de San Potino y sus compañeros y ni siquiera lo presenció. No sabemos cuánto tiempo permaneció en Roma, pero tan pronto como regresó a Lyon, ocupó la sede episcopal que había dejado vacante San Potino. Ya por entonces había terminado la persecución y los veinte o más años de su episcopado fueron de relativa paz. Las informaciones sobre sus actividades son escasas, pero es evidente que, además de sus deberes puramente pastorales, trabajó intensamente en la evangelización de su comarca y las adyacentes. Al parecer, fue él quien envió a los Santos Félix, Fortunato y Aquileo, como misioneros a Valence, y a los Santos Ferrucio y Ferreolo, a Besançon. Para indicar hasta qué punto se había identificado con su rebaño, basta con decir que hablaba corrientemente el celta en vez del griego, que era su lengua madre. La propagación del gnosticismo en las Galias y el daño que causaba en las filas del cristianismo, inspiraron en el obispo Ireneo el anhelo de exponer los errores de esa doctrina para combatirla. Comenzó por estudiar sus dogmas, lo que ya de por sí era una tarea muy difícil, puesto que cada uno de los gnósticos parecía sentirse inclinado a introducir nuevas versiones propias en la doctrina. Afortunadamente, San Ireneo era "un investigador minucioso e infatigable en todos los campos del saber", como nos dice Tertuliano y, por consiguiente, salvó aquel escollo sin mayores tropiezos y hasta con cierto gusto. Una vez empapado en las ideas del "enemigo", se puso a escribir un tratado en cinco libros, en cuya primera parte expuso completamente las

doctrinas internas de las diversas sectas para contradecirlas después con las enseñanzas de los Apóstoles y los textos de las Sagradas Escrituras.

Hay un buen ejemplo sobre el método de combate que siguió, en la parte donde trata el punto doctrinal de los gnósticos de que el mundo visible fue creado, conservado y gobernado por seres angelicales y no por Dios, quien seguirá eternamente desligado del mundo, superior, indiferente y sin participación alguna en las actividades del Pleroma (el mundo espiritual invisible). Ireneo expone la teoría, la desarrolla hasta llegar a su conclusión lógica y, por medio de una eficaz *reductio ad absurdum*, procede a demostrar su falsedad. Ireneo expresa la verdadera doctrina cristiana sobre la estrecha relación entre Dios y el mundo que El creó, en los siguientes términos: "El Padre está por encima de todo y El es la cabeza de Cristo; pero a través del Verbo se hicieron todas las cosas y El mismo es el jefe de la Iglesia, en tanto que Su Espíritu se halla en todos nosotros; es El esa agua viva que el Señor da a los que creen en El y le aman porque saben que hay un Padre por encima de todas las cosas, a través de todas las cosas y en todas las cosas." Ireneo se preocupa más por convertir que por confundir y, por lo tanto, escribe con estudiada moderación y cortesía, pero de vez en cuando, se le escapan comentarios humorísticos. Al referirse, por ejemplo, a la actitud de los recién "iniciados", dice: "Tan pronto como un hombre se deja atrapar en sus "caminos de salvación", se da tanta importancia y se hincha de vanidad a tal extremo, que ya no se imagina estar en el cielo o en la tierra, sino haber pasado a las regiones del Pleroma y, con el porte majestuoso de un gallo, se pavonea ante nosotros, como si acabase de abrazar a su ángel." Ireneo estaba firmemente convencido de que gran parte del atractivo del gnosticismo, se hallaba en el velo de misterio con que gustaba de envolverse y, de hecho, había tomado la determinación de "desenmascarar a la zorra", como él mismo lo dice. Y por cierto que lo consiguió: sus obras, escritas en griego, pero traducidas al latín casi en seguida, circularon ampliamente y no tardaron en asestar el golpe de muerte a los gnósticos del siglo segundo. Por lo menos, de entonces en adelante, dejaron de constituir una seria amenaza para la Iglesia y la fe católicas.

Trece o catorce años después de haber viajado a Roma con la carta para el Papa Eleuterio, fue de nuevo Ireneo el mediador entre un grupo de cristianos del Asia Menor y el Pontífice. En vista de que los cuartodecimanos se negaban a celebrar la Pascua de acuerdo con la costumbre occidental, el Papa Víctor III los había excomulgado y, en consecuencia, existía el peligro de un cisma. Ireneo intervino en su favor. En una carta bellamente escrita que dirigió al Papa, le suplicaba que levantase el castigo y señalaba que sus defendidos no eran realmente culpables, sino que se aferraban a una costumbre tradicional y que, una diferencia de opinión sobre el mismo punto, no había impedido que el Papa Aniceto y San Policarpo permaneciesen en amable comunión. El resultado de su embajada fue el restablecimiento de las buenas relaciones entre las dos partes y de una paz que no se quebrantó. Después del Concilio de Nicea, en 325, los cuartodecimanos acataron voluntariamente el uso romano, sin ninguna presión por parte de la Santa Sede.

Se desconoce la fecha de la muerte de San Ireneo, aunque por regla general, se establece en el año 202. De acuerdo con una tradición posterior, se afirma que fue martirizado, pero no es probable ni hay evidencia alguna sobre el particular. El tratado contra los gnósticos ha llegado hasta nosotros completo

en su versión latina y, en fechas posteriores, se descubrió la existencia de otro escrito suyo: la exposición de la predicación apostólica, traducida al armenio. A pesar de que el resto de sus obras desapareció, bastan los dos trabajos mencionados para suministrar todos los elementos de un sistema completo de teología cristiana.

Los restos mortales de San Ireneo, como lo indica Gregorio de Tours, fueron sepultados en una cripta, bajo el altar de la que entonces se llamaba iglesia de San Juan, pero más adelante, llevó el nombre de San Ireneo. Esta tumba o santuario fue destruido por los calvinistas en 1562 y, al parecer, desaparecieron hasta los últimos vestigios de sus reliquias. Es digno de observarse que, si bien la fiesta de San Ireneo se celebra desde tiempos muy antiguos en el oriente (el 23 de agosto), sólo a partir de 1922 se ha observado en la iglesia de occidente.

Por Motu Proprio del Papa Juan XXIII, con fecha 25 de julio de 1960, la fiesta de este santo fue trasladada al 3 de julio.

No ha llegado hasta nosotros nada que pueda llamarse una biografía de la época sobre San Ireneo, pero hay, en cambio, abundante literatura en torno al importante papel que desempeñó como testigo de las antiguas tradiciones y como maestro de las creencias ortodoxas. Las pruebas en pro y en contra de la suposición de su martirio, fueron nítidamente resumidas por Fr. Delehaye en su CMH., pp. 341-342. En 1904 se despertó enorme interés general, a raíz del descubrimiento de la versión armenia de un escrito sobre el cual sólo se conocía el título hasta entonces: *Prueba de la Predicación Apostólica*. Se trata, sobre todo de una comparación de las profecías del Antiguo Testamento y de ese escrito, no se obtienen informaciones nuevas en relación con el espíritu y los pensamientos del autor. Estaría fuera de lugar en estas páginas una discusión más amplia sobre la teología de San Ireneo; para ello, véase el completo artículo de F. Vernet (150 columnas) en DTC., vol. VII (1922), cc. 2394-2533, con abundante bibliografía. También hay buenos artículos en Bardenhewer y en DCB. La originalidad de los textos de San Ireneo fue puesta en tela de juicio por T. Loofs, en *Texte und Untersuchungen*, vol. XLVI, parte II (1932). Un buen estudio sobre San Ireneo es el de A. Dufourcq en la serie *Les Saints*; ver F.R.M. Hitchcock, en *Irenaeus of Lugdunum* (1914).

SAN LEON II, Papa (683 p.c.)

San León, que era originario de Sicilia, fue elegido para suceder al Papa San Agatón a principios del año 681. Su breve pontificado ha pasado sobre todo a la historia, porque fue él quien confirmó las actas del sexto Concilio ecuménico, que había condenado a los monoteletas y censurado al Papa Honorio I por no haberse mostrado suficientemente firme respecto de esos herejes. San León mandó trasladar las reliquias de numerosos mártires de las catacumbas a la capilla que había construido con ese fin. Mons. Duchesne ha demostrado que San León construyó también la iglesia de San Jorge in Velabro, que fue la iglesia titular del cardenal Newman. El *Liber Pontificalis* alaba el celo que San León demostró como maestro y predicador, así como su caridad con los necesitados. San León era un predicador elocuente y un músico muy hábil. El *Liber Pontificalis* hace notar que el santo Pontífice conocía a la perfección el griego y el latín; pero eso era algo normal entre los sicilianos del siglo VII. Hasta 1921, la fiesta de San León se celebraba el 28 de junio.

Por un Motu Proprio del 25 de julio de 1960, Juan XXIII suprimió del Calendario Romano la fiesta de San León II.

Casi todos los datos que poseemos sobre San León II proceden del *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne, vol. I, pp. 359-362). En DTC., vol. IX, cc. 301-304, hay un artículo excelente sobre este Papa. Véase también Mann, *Lives of the Popes*, vol. II, pp. 49-52.

SAN ANATOLIO, Obispo de Laodicea (c. 283 p.c.)

San Anatolio, que era originario de Alejandría, se distinguió por los servicios que prestó a sus conciudadanos cuando dirigía una escuela aristotélica en su ciudad natal. Por entonces estalló una rebelión en Alejandría. Las tropas romanas sitiaron el barrio de Bruchium, en el que vivía el santo y, pronto, el hambre y la enfermedad empezaron a hacer estragos. San Anatolio se puso en comunicación con un diácono amigo suyo, llamado Eusebio, quien se hallaba fuera del barrio sitiado por las tropas romanas, y consiguió que el general romano permitiese la evacuación de los habitantes. Al principio, los jefes de la rebelión se negaron a dejar partir a nadie, pero San Anatolio obtuvo que dejasen salir a todos los civiles. Más tarde, el santo se trasladó a Palestina y llegó a ser ayudante del obispo de Cesarea. A la muerte de Eusebio, que ocupaba el cargo de obispo de Laodicea, en Siria, San Anatolio fue elegido para sucederle.

El santo se distinguió como filósofo, físico y matemático. Entre sus escritos se conservan fragmentos de diez tratados de aritmética. El Martirologio Romano afirma que "no sólo los cristianos sino también los filósofos" admiran los escritos del santo.

El historiador de la Iglesia, Eusebio, es nuestra principal fuente; pero también San Jerónimo habla de San Anatolio con gran aprecio. Eusebio cita un pasaje bastante extenso del libro del santo sobre la Pascua. El *Liber Anatoli de ratione paschali*, que pasaba por ser una traducción latina es, en realidad, una falsificación, compuesta probablemente en Irlanda en el siglo VI.

SANTOS IRENEO Y MUSTIOLA, Mártires (¿Siglo III?)

San Ireneo, que era diácono según se dice, sepultó el cadáver de San Félix, sacerdote de la iglesia de Sutri, quien había sido martirizado por la fe. El suceso llegó a oídos del prefecto Turcio, quien estaba encargado de la ejecución de las leyes en aquel distrito, y ordenó que se arrestase a Ireneo. Con las manos atadas y los pies desnudos, el santo tuvo que correr delante del carro de Turcio desde Sutri hasta Chiusi. Una noble dama llamada Mustíola asistió en la prisión a Ireneo y sus compañeros. El prefecto la citó por ello a juicio; pero, al ver la belleza de Mustíola, olvidó su deber y empezó a cortejarla. Para vengarse del desprecio con que la dama acogió sus atenciones, Turcio decidió atormentar a Ireneo y sus compañeros. Así pues, en presencia de Mustíola, sometió a Ireneo a la tortura del potro; como el mártir se mostrase inconmovible en la fe, el tirano ordenó que le desgarrasen con garfios de acero y le quemasen con hierros ardientes hasta que muriese. Mustíola clamó valientemente contra la ferocidad de Turcio y le amenazó con la cólera divina. Esto enfureció al tirano, quien dio la orden de matarla a palos. Según la leyenda, el martirio tuvo lugar en la época de Aureliano. Mustíola fue sepultada en una catacumba de Chiusi. Tanto en dicha ciudad como en Pésaro se la venera como virgen y mártir; pero el Martirologio Romano afirma que era casada.

Las *actas*, muy breves, pueden verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. I. A lo que parece, el caso de Mustíola es uno de tantos en los que la leyenda ha bordado libremente sobre un hecho histórico. Una inscripción del siglo IV, que se descubrió en las catacumbas de Chiusi, celebra a una matrona "ex genere Mustiolae sanctae". Véase Liverani, *Spicilegium Liberianum*, p. 778; Leclercq en DAC., vol. III, cc. 1389-1392; Delehaye, "*Les Originaes du Culte des Martyrs*, p. 319, y su comentario del *Hieronymianum*, p. 617.

SAN HELIODORO, Obispo de Altino (*c.* 400 p.c.)

HELIODORO, QUE era soldado, conoció a San Jerónimo en Aquilea hacia el año 372 y se hizo discípulo suyo. Se trasladó con San Jerónimo y otros compañeros al oriente; pero no pudo retirarse con ellos al desierto, pues pensó que el deber le obligaba a volver a su patria. San Jerónimo le reprendió severamente por ello en una célebre carta que los primeros ascetas cristianos consideraban como una declaración de sus principios.

Poco después de su retorno a Aquilea, Heliodoro fue nombrado obispo de Altino, donde había nacido. La elección fue muy acertada, como lo prueba el hecho de que San Jerónimo, a raíz de la ordenación sacerdotal de Nepociano, escribió a éste una carta en la que le exhortaba a tomar por modelo de su sacerdocio a su tío Heliodoro. Como se ve, San Jerónimo no perdió nunca el aprecio que profesaba al discípulo que le había abandonado. Por su parte, San Heliodoro, junto con San Cromacio de Aquilea, ayudó económicamente a San Jerónimo y le alentó en la empresa de traducir al latín la Biblia. San Jerónimo habla de la ayuda que le prestó San Heliodoro, en el prefacio a los libros de Salomón.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. I; pero la corta biografía latina que hay en dicha obra es de poco valor. La principal fuente son las cartas de San Jerónimo. Cf. DCB., vol. II, pp. 887-888.

SAN ANATOLIO, Patriarca de Constantinopla (458 p.c.)

SAN FLAVIANO murió a causa de los malos tratos que había recibido en la asamblea conciliar de Efeso. Anatolio, que fue elegido para sucederle en la sede de Constantinopla, fue consagrado por el monofisita Dióscoro de Alejandría. San Anatolio, que era originario de Alejandría, se había distinguido en el Concilio de Efeso como adversario del nestorianismo. Poco después de su consagración episcopal, San Anatolio reunió en Constantinopla un sínodo, en el que ratificó solemnemente la carta dogmática ("el Tomo") que el Papa San León había enviado a San Flaviano, mandó a cada uno de sus metropolitanos una copia de dicha carta así como una condenación de Nestorio y Eutiques para que las firmasen. Inmediatamente después, lo comunicó así al Papa, protestó de su ortodoxia y le pidió que le confirmase como legítimo sucesor de Flaviano. San León aceptó, pero no sin hacer notar expresamente que lo hacía "más bien por misericordia que por justicia", dado que Anatolio había admitido la consagración episcopal de manos del hereje Dióscoro. Al año siguiente, en el gran Concilio de Calcedonia, que definió la doctrina católica contra el monofisismo y el nestorianismo y reconoció, en términos precisos, la autoridad de la Santa Sede, San Anatolio desempeñó un papel de primera importancia; ocupó el primer sitio después de los legados pontificios y secundó sus esfuerzos

en favor de la fe católica. Es lástima que en la décima quinta sesión, a la que no asistieron los legados pontificios, el santo se haya unido con los prelados orientales para declarar que la sede de Constantinopla sólo cedía en importancia a la de Roma, haciendo caso omiso de los derechos históricos de las sedes de Alejandría y Antioquía, las cuales, según la tradición habían sido fundadas por los Apóstoles. San León se negó a aceptar ese canon y escribió a Anatolio que "un católico, y sobre todo un sacerdote del Señor, no debería dejarse llevar por la ambición ni caer en el error".

Es muy de lamentar que no poseamos ningún dato sobre la vida privada de Anatolio, ya que su carrera pública presenta ambigüedades que concuerdan mal con su fama de santidad. Baronio reprochaba a Anatolio la forma en que había sido consagrado y le acusaba de ambición, de convivencia con los herejes y de algunos otros errores. Pero los bolandistas le absuelven de tales cargos. Los católicos del rito bizantino han celebrado siempre su fiesta el 3 de julio. El santo murió en esa fecha, el año 458.

Los bolandistas publicaron una biografía griega muy encomiástica, tomada de un manuscrito de París. Dicho documento es de poco peso; pero en la historia general de la Iglesia se encuentran abundantes materiales sobre San Anatolio. Véase a Hergenröther en *Photius*, vol. I, pp. 66 ss; DGH., vol. II, cc. 1497-1500; y las obras de historia referentes a ese período.

4: SANTA BERTA, Viuda (*c.* 725 p.c.)

SANTA BERTA se casó a los veinte años con un noble, de quien tuvo cinco hijas. Después de la muerte de su esposo, se retiró con sus dos hijas mayores, Gertrudis y Deotila a un convento que había construido en Blangy de Artois. Tras de establecer la disciplina religiosa en la comunidad, cedió a su hija Deotila el cargo de abadesa y se retiró a una celda, en la que vivió consagrada a la oración. Todos estos datos proceden de documentos muy posteriores y poco fidedignos. También es poco digna de crédito la leyenda de que un cierto Rogelio intentó casarse por la fuerza con la santa.

La llamada "biografía" puede verse en *Acta Sanctorum*, julio vol. II; véase también Van der Essen, *Etude critique*, pp. 420-421.

SAN ANDRES DE CRETA, Arzobispo de Gortina (¿740? p.c.)

ANDRÉS NACIÓ en Damasco a mediados del siglo VII. A pesar de la elocuencia que poseyó en su edad madura, se cuenta que hasta la época de su primera comunión, que recibió a los siete años, era muy poco locuaz. A los quince años de edad, se trasladó a Jerusalén, por lo cual se le da algunas veces el título de San Andrés de Jerusalén. En dicha ciudad se hizo monje del monasterio de San Sabas y, en el monasterio del Santo Sepulcro recibió el lectorado y el subdiaconado. El patriarca de Jerusalén, Teodoro, le envió el año 685 a Constantinopla a reiterar la adhesión de su Iglesia al sexto Concilio ecuménico, que acababa de condenar la herejía monoteleta. San Andrés se quedó en Constantinopla y fue ordenado diácono de la Gran Basílica; además, se le confió el

cuidado de un orfanatario y de un hospicio de ancianos. Poco después, debido a sus cualidades de carácter y a sus habilidades, fue elegido arzobispo de Gortina, la sede metropolitana de Creta. Ahí se dejó envolver en la última oleada del monotelismo. En efecto, el año 711, Filípico Bardanes se apoderó del trono imperial, quemó las actas del sexto Concilio ecuménico, restableció en los dípticos litúrgicos los nombres que dicho Concilio había anatematizado y reunió un sínodo para que ratificase su proceder. Andrés asistió a dicho sínodo el año 712; pero al año siguiente, se arrepintió de ello y firmó sin vacilar la carta de excusa que su patriarca escribió al Papa Constantino, después de que Anastasio II arrojó a Bardanes del trono imperial.

San Andrés se distinguió el resto de su vida como predicador y autor de himnos. Se conservan más de veinte sermones suyos, que han sido publicados. Sus himnos dejaron una huella perdurable en la liturgia bizantina. Según se dice, él fue quien introdujo la forma himnódica llamada "kanon". En todo caso, está fuera de duda que escribió numerosos himnos, en ése y otros ritmos parecidos; algunos de ellos se cantan todavía. Desgraciadamente, el ritmo del "kanon" se presta mucho a la verbosidad. San Andrés compuso un "kanon" de 250 estrofas, que solía cantarse en la Cuaresma, "con gran dificultad y fatiga para los pulmones", según escribió Combefis. Las homilías de San Andrés tienen cierta importancia en la historia de la mariología. No hay que confundir a este San Andrés con el San Andrés de Creta, apodado "el Calibita" (oct. 17).

En el panegírico de Nicetas Quaestor (BHG., 16) hay algunos datos sobre la vida de San Andrés; cf. S. Vailhé, en *Echos d'Orient*, vol. v (1902), pp. 378-387. Acerca de los himnos y homilías de San Andrés, véase Bardenhewer, *Patrology* (trad. ingl.), p. 567; DTC., vol. I, cc. 1183-1184; DAC., vol. I, cc. 2034-2041; Nilles, *Kalendarium Manuale*, vol. II, pp. 147-156; y J. M. Neale, *Hymns of the Eeastern Church.*

SAN ODON, Arzobispo de Canterbury (959 p.c.)

Odón nació en el reino de Anglia oriental. Sus padres eran daneses. Como obispo de Ramsbury, asistió a la gran batalla de Brunanburh, en la que el rey Athelstan derrotó a los daneses, a los escoceses y a los habitantes de Nortumbría. Poco después, pasó a ocupar la sede de Canterbury. Su gobierno episcopal fue muy activo, tanto en lo civil como en lo eclesiástico; transformó su país natal en diócesis independiente y apoyó las reformas de San Dunstano en Glastonbury. Finalmente, tomó el hábito religioso en Fleury-sur-Loire.

El pueblo cristiano le conocía con el nombre de "Odón el bueno". Entre los milagros que se le atribuyen, se cuenta que demostró en forma sensible la presencia real de Cristo en la Eucaristía a algunos miembros del clero. El santo murió el año 959. Su vida se había extendido durante el reinado de seis monarcas. Su nombre aparece en algunos calendarios antiguos de la diócesis de Canterbury.

Los informes más fidedignos que poseemos sobre san Odón, proceden de la biografía de San Oswaldo de York, sobrino suyo, escrita por un monje de Ramsey. Puede verse en *Historians of the Church of York*, vol. I, (Rolls Series). La biografía de San Odón escrita por Eadmero (*Acta Sanctorum*, julio, vol. II), no carece de valor, pero es muy posterior. Véase también DNB., vol. XLI. El prefacio en forma de epístola que escribió San Odón a la biografía en verso de San Wilfrido, compuesta por Fridegodo, es una curiosidad de la cultura anglosajona; cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), p. 400.

SAN ULRICO o ULDARICO, Obispo de Augsburgo (973 p.c.)

San Ulrico nació en Augsburgo el año 890 y se educó en la abadía de San Galo. San Wiborada, que vivía cerca de dicha abadía, predijo, según se cuenta, que Ulrico sería un día obispo y sufriría pruebas muy duras. Pero el santo fue tan delicado en su juventud, que los otros monjes estaban persuadidos de que no viviría mucho tiempo. Sin embargo, la regularidad y la templanza fueron más provechosas a su salud de lo que hubiesen sido, probablemente, el cuidado solícito de sus padres y la atención de los médicos. El cardenal Lugo aduce varios ejemplos que prueban que el hecho no es único en la historia de las órdenes religiosas. Cuando Ulrico terminó sus estudios en la abadía, su padre le llevó a Augsburgo y le confió al cuidado del obispo de esa ciudad. Con el tiempo, San Ulrico le sucedió en el gobierno de la sede.

Los magiares habían saqueado poco antes la región, asesinado a San Wiborada, asolado la ciudad de Augsburgo y destruido la catedral. Para no perder tiempo, el nuevo obispo construyó una pequeña iglesia para reunir al pueblo que, a raíz de tantas desgracias, necesitaba urgentemente instrucción, consuelo y ayuda. El santo prodigó todo eso a su grey y se consagró enteramente a sus funciones espirituales, en cuanto se lo permitían sus otras obligaciones. Se levantaba diariamente a las tres de la madrugada para asistir a los maitines y laudes y no salía de la iglesia sino hasta la hora de nona; entonces se dirigía al hospital, donde alentaba a los enfermos y lavaba los pies a doce mendigos, a los que daba además una generosa limosna. Pasaba el resto de la jornada instruyendo, predicando y visitando a sus fieles y cumpliendo los deberes de un pastor solícito. Cada año visitaba íntegramente su diócesis.

En los últimos años de su vida, deseando retirarse al monasterio de San Galo, renunció al gobierno de su sede en favor de su sobrino Adalbero. Esto constituía una irregularidad canónica, y San Ulrico tuvo que responder de sus actos ante un sínodo reunido en Ingelheim. En su última enfermedad, pidió que le recostasen en el suelo sobre una cruz de ceniza y murió así, rodeado de su clero, el 4 de julio de 973. En su tumba tuvieron lugar numerosos milagros. El Papa Juan XV le canonizó el año 973. Aquella fue la primera canonización llevada a cabo por un Papa.

Los materiales sobre la vida de San Ulrico son muy abundantes. El documento más importante es la biografía escrita por su contemporáneo, el preboste Gerardo; puede verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. II y en MGH., *Scriptores*, vol. IV. Existe además otra biografía escrita por Berno, abad de Reichenau (en Migne, PL., CXLII, 1183-1204), y algunas otras fuentes antiguas. Según parece, San Ulrico no dejó ningún escrito; todos los autores admiten actualmente que la carta contra el celibato, que se le atribuía antiguamente, es una falsificación que data del período de los "Libelli de Lite" (cf. *The Month*, marzo, 1908, pp. 311-313). Los reformadores aprovecharon esa carta, que fue traducida al alemán en 1521 y al inglés en 1550 (Londres). Entre las biografías modernas citaremos las de Raffler, Stützle y U. Schmid (1904) y el artículo, muy documentado y completo, del *Kirchenlexikon*, vol. XII.

SAN BERNARDINO REALINO (1616 p.c.)

Bernardino nació en Carpi, cerca de Módena, en 1530. Tuvo una juventud bastante alegre. Era un distinguido estudiante que sabía equilibrar el rigor de los estudios con el sabor de la lectura de los humanistas. Tras de haber

comenzado la carrera de leyes, ingresó en la Compañía de Jesús a los treinta y cuatro años de edad. Fue recibido en Nápoles por el P. Alonso Salmerón, uno de los primeros compañeros de San Ignacio. El P. Realino trabajó diez años en Nápoles, predicando, catequizando y atendiendo a los enfermos, a los pobres y a los prisioneros. Después pasó al colegio de Lecce de Apulia, del que fue rector y en el que murió a los ochenta y seis años de edad. Su celo generoso y su fervor apostólico le ganaron la veneración del pueblo, quien le tenía por un santo. El culto popular contribuyó a probar algunos de los extraordinarios milagros que los testigos del proceso de beatificación afirmaron bajo juramento.

Seis años antes de morir, San Bernardino se había abierto dos heridas incurables en una caída. Durante su última enfermedad, en vista de la veneración que el pueblo profesaba al santo, se guardó la sangre de las heridas en frascos. En unos, la sangre se conservó en estado líquido durante más de un siglo; en otros, solía burbujear y aumentaba de volumen; según afirman los testigos del proceso, la sangre de uno de los frascos "hervía" en la fecha del aniversario de la muerte de San Bernardino y en todas las ocasiones en que se le acercaba al relicario que contenía la lengua del santo. En 1634, las autoridades eclesiásticas abrieron la tumba de San Bernardino y descubrieron una parte del cuerpo totalmente incorrupta. Las autoridades guardaron esa parte del cuerpo en dos receptáculos de cristal y volvieron a sepultarlos con el esqueleto. Setenta y ocho años más tarde (es decir, noventa años después de la muerte del santo), en 1711, el obispo de Lecce, en presencia de varios testigos, abrió nuevamente la sepultura para dar autenticidad de las reliquias. Uno de los receptáculos de cristal estaba roto, pero en el otro los tejidos, perfectamente conservados, flotaban en un líquido rojo oscuro. Los médicos que analizaron el líquido declararon que era sangre humana y que despedía un suave olor; también afirmaron que la conservación de la sangre y el olor que despedía, constituían un milagro, pero dicha afirmación estaba, naturalmente, fuera de la competencia de los médicos. Poco más de dos años después, una comisión de tres obispos, nombrada por la Sagrada Congregación de Ritos para llevar a cabo las investigaciones, recogió las declaraciones de los testigos de 1711 y examinó la sangre, que estaba roja, líquida y como en ebullición. Don Gaetano Solazzo, a quien se había confiado el cuidado del frasco de sangre que se hallaba en la catedral, atestiguó por escrito, en 1804, que la sangre se hallaba en estado líquido y que en dos ocasiones había entrado en ebullición —caso que todos habían considerado como milagroso. Dos religiosas confirmaron ese testimonio y un jesuita afirmó, bajo juramento, que había presenciado ese fenómeno en dos ocasiones, en 1852.

Hemos juzgado conveniente citar estos detalles, que tal vez no tienen nada que ver con la santidad de Bernardino Realino, porque se trata de uno de los ejemplos mejor probados de fenómenos de licuefacción de la sangre. Por lo demás, ese tipo de prodigios provocan generalmente un interés totalmente desproporcionado a su verdadera importancia y significación. Como quiera que sea, el biógrafo de San Bernardino no encontró, en 1895, la sangre en estado líquido en ninguno de los frascos. No estará demás decir que la incorrupción preternatural de la sangre, en los raros casos en que ocurre, constituye probablemente un milagro temporal, exactamente como la conservación del cadáver de algunos santos, que, después de siglos de incorrupción, ennegrecen y se desmoronan.

Véanse las biografías italianas de E. Venturi (1895) y G. Germier (1943); *Lettere spirituali inedite*... (1854) ed. G. Boero. Acerca de los "milagros de la sangre", cf. Thurston, en *The Month*, enero-marzo de 1927. En 1951 el P. F. Sweeney publicó una biografía en inglés. La canonización de San Bernardino tuvo lugar en 1947.

BEATOS JUAN CORNELIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES (1594 P.C.)

EL 4 de julio de 1594, en Dorchester de Dorset, fue ahorcado, arrastrado y descuartizado el BEATO JUAN CORNELIO (alias Mohun), sacerdote. Con él fueron ahorcados los BEATOS TOMÁS BOSGRAVE, JUAN CAREY Y PATRICIO SALMON, laicos. Juan Cornelio, cuyos padres eran irlandeses, nació en Bodmin en 1557. Sir John Arundell de Lanherne le envió a estudiar a la Universidad de Oxford, pero, descontento de los "nuevos métodos de estudio" de dicha universidad, el futuro beato la dejó para ir a estudiar al Colegio Inglés de Reims y, más tarde, a Roma, donde recibió la ordenación sacerdotal. Tanto en la época que pasó en el extranjero como durante los diez años que ejerció su ministerio en la misión inglesa en Lanherne, el P. Juan Cornelio se distinguió por su celo y su recogimiento extraordinarios.

El 25 de abril de 1594, fue arrestado en el castillo de Chideock, residencia de Lady Arundell, por el alcalde de Dorset. Viendo que los esbirros se llevaban al P. Cornelio, sin darle siquiera tiempo de tomar su sombrero, Tomás Bosgrave, sobrino de Sir John Arundell y originario de Cornwall, le tendió su propio sombrero, diciendo: "El respeto que debo a vuestro sacerdocio no me permite soportar que vayáis con la cabeza descubierta". Este trivial acto amable fue suficiente para que los esbirros tomasen preso a Bosgrave. Junto con ellos fueron apresados dos criados del castillo, John Carey y Patrick Salmon, ambos originarios de Dublín. El P. Cornelio fue conducido a Londres e interrogado por uno de los más altos magistrados. Sujeto al potro para que denunciase a cuantos le habían ayudado o dado hospedaje, el valiente confesor de Cristo permaneció mudo. Su juicio se llevó a cabo en Dorchester. El 2 de julio fue declarado reo de alta traición, por haber desembarcado y permanecido en Inglaterra en su calidad de sacerdote. Sus tres compañeros fueron declarados culpables de felonía por haberle ayudado. La sentencia incluía una cláusula de perdón en caso de apostasía.

La ejecución tuvo lugar dos días después. Los tres laicos, que hicieron en voz alta una última profesión de fe, fueron ejecutados primero. El P. Cornelio, después de besar los pies de sus compañeros, quiso dirigir la palabra al pueblo, pero se le negó la autorización. Sin embargo, pudo declarar que había sido admitido en la Compañía de Jesús y que, de no haber sido arrestado, hubiese ido a Flandes a hacer el noviciado.

También en Dorchester fue ahorcado, arrastrado y descuartizado con especial crueldad, el BEATO HUGO GREEN, sacerdote. Su martirio tuvo lugar el 19 de agosto de 1642. La diócesis de Plymouth celebra la fiesta de estos mártires.

Ver MMP., pp. 198-202. Se encontrará un relato más detallado en el artículo del P. Leo Hicks, en *Studies*, diciembre, 1929, pp. 537-575; y cf. A. L. Rowse, *Tudor Cornwall* (1941), pp. 358, 363-367.

BEATOS GUILLERMO ANDLEBY Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (1597 P.C.)

EL 4 DE de julio de 1597 fueron ejecutados en York el sacerdote diocesano GUILLERMO ANDLEBY y los laicos ENRIQUE ABBOT, TOMÁS WARCOP y EDUARDO FULTHROP. Guillermo Andleby (o Anlaby) nació en Eaton, cerca de Beverley. Fue educado en el protestantismo, en el Colegio de San Juan de la Universidad de Cambridge. Hacia los veinticinco años de edad, cuando se dirigía a Flandes a luchar contra los españoles, se entrevistó en Douai con el doctor Allen, rector del seminario. En cuarenta y ocho horas, las palabras y exhortaciones del doctor Allen produjeron tan honda impresión en el joven que hasta entonces era el adversario de la Iglesia católica, que no sólo se convirtió sino que ingresó en el seminario de Douai. Ahí fue ordenado sacerdote en 1577.

Volvió a Inglaterra y durante veinte años trabajó en Yorkshire y Lincolnshire. Junto con el Venerable Tomás Atkinson, se las arregló para superar todas las dificultades, enfrentar los peligros y atender a los prisioneros católicos en el castillo de Hull. Finalmente, fue arrestado y se le condenó a morir ahorcado, con arrastre y descuartizamiento, por ser sacerdote. La misma pena se aplicó a Eduardo Fulthrop, originario de Yorkshire, por haberse reconciliado con la iglesia. Tomás Warcop fue condenado a la horca por haber hospedado al P. Guillermo. Enrique Abbot, nativo de Holden, fue condenado a la misma pena por proselitismo. Un pastor protestante, que estaba preso en el castillo de York por algún delito, fingió que quería abjurar de la herejía para congraciarse con los otros prisioneros católicos, quienes le dijeron que Enrique Abbot podría indicarle el sitio de residencia de algún sacerdote católico. En efecto, a petición del pastor, Enrique Abbot trató de ponerle en comunicación con algún sacerdote. Entonces el traidor, para congraciarse con las autoridades, denunció a Abbot y a sus antiguos compañeros de prisión, los Venerables Jorge Errington, Guillermo Knight y Guillermo Gibson quienes fueron ejecutados.

Véase a Challoner, *Memoirs of Missionary Priest*, pp. 231-232.

5: SAN ANTONIO MARIA ZACCARIA, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES DE SAN PABLO (1539 P. C.)

LA PRIMERA mitad del siglo XVI, antes del Concilio de Trento, fue uno de los períodos más tristes en la historia de la Iglesia, pero también produjo algunas figuras de extraordinaria santidad y belleza, como la de Antonio María Zaccaria que puede contarse entre las más nobles. El santo nació en Cremona, en 1502. Su padre murió cuando Antonio era todavía muy joven. Su madre suplió con su cariño esa temprana pérdida y se dedicó a fomentar la gran compasión que su hijo mostraba hacia los pobres. Al terminar sus estudios de medicina en la Universidad de Padua, a los veintidós años, Antonio volvió a ejercer en su ciudad natal. Pronto comprendió que su vocación consistía en cuidar tanto las almas como los cuerpos y se consagró seriamente al estudio de la teología, sin dejar por ello de ejercer su profesión, de ayudar espiritualmente a los moribundos, de enseñar la doctrina cristiana a

los jóvenes y de servir a todos. En 1528, recibió la ordenación sacerdotal y así pudo hacer tanto bien corporal como espiritual de manera que sus superiores le instaron a trasladarse a la ciudad de Milán, que le ofrecía un campo de trabajo más extenso.

En Milán Antonio ingresó en la cofradía de la "Eterna Sabiduría", donde encontró a otras personas que compartían sus ideales. Entre ellas se contaba la condesa de Guastalla, Luisa Torelli, quien, bajo la dirección del santo, fundó la congregación femenina de las Angelicales. El fin de dicha congregación consistía en proteger y socorrer a las jóvenes que se hallaban en peligro o habían caído en el vicio. Las Angelicales prestaron valioso auxilio al santo en todas sus empresas de caridad. En 1530, el P. Zaccaria y otros dos sacerdotes —el Ven. Bartolomé Ferrari y el Ven. Jacobo Morigia— decidieron fundar una asociación de clérigos regulares (es decir, sacerdotes obligados con voto a seguir una regla, pero que no eran frailes ni monjes). El fin de dicha asociación debía ser "revivir y reavivar el amor por los oficios litúrgicos y promover la vida cristiana mediante la predicación y la administración de los sacramentos". La asociación constaba al principio de cinco miembros, que predicaban así en las iglesias como en las calles, sobre la Pasión del Señor y sobre la muerte. San Antonio hacía sonar las campanas todos los viernes para recordar al pueblo las postrimerías. En tanto que Lutero atacaba las verdades de la fe y las iniquidades del clero, mientras el pueblo sufría corporalmente por las guerras que asolaban Italia y espiritualmente por el abandono del clero, la pequeña asociación del P. Zaccaria trabajaba heroicamente por reformar la Iglesia desde el interior, reavivando el espíritu cristiano y el celo por las almas en el clero y administrando los sacramentos a los fieles. Los miembros de la asociación asistieron a los milaneses durante una epidemia de peste y les supieron infundir tal vigor espiritual, que el Papa Clemente VII aprobó, en 1533, la nueva congregación de Clérigos Regulares de San Pablo. El fundador fue el primer superior general; pero tres años después, cedió el cargo al P. Morigia y se trasladó a trabajar en Vicenza. Según se dice, introdujo en dicha ciudad la costumbre milanesa de exponer el Santísimo Sacramento durante tres días seguidos.

Un año antes de su muerte, San Antonio obtuvo para su congregación la iglesia de San Bernabé, en Milán; por ello se llama Barnabitas a los Clérigos Regulares de San Pablo. El santo cayó enfermo durante una misión en Guastalla. Gastado por las mortificaciones y el trabajo, no pudo resistir a la enfermedad y murió en Cremona, en la casa de su madre, a los treinta y siete años de edad. Fue canonizado en 1897 por el Papa León XIII. Los barnabitas lograron superar las serias dificultades de los comienzos, pero nunca han formado una congregación muy numerosa. En nuestros días trabajan todavía modestamente en los suburbios de las grandes ciudades. Dondequiera que hay un barnabita hay una obra educativa. Siguiendo el ejemplo de su fundador, los barnabitas predican el Evangelio, haciendo especial referencia a las epístolas de San Pablo.

Véase P. A. Dubois, *Antoine Marie Zaccharia* (1890); F. T. Moltedo, *Vita di S. Antonio Maria Zaccaria* (1897); y O. M. Premoli, *Le lettere e lo spirito religioso di S. Antonio Zaccaria* (1909), e *Storia dei Barnabiti nel cinquecento* (1913).

SAN ATANASIO EL ATONITA, Abad (*c.* 1000 p.c.)

El Monte Athos, o sea el pico oriental del triple promontorio con que la península Calcídica penetra en el Mar Egeo, ha sido durante mil años el principal centro del monaquismo bizantino. Esa "república monástica", como se la ha llamado, no está en comunión con la Santa Sede desde hace muchos siglos. Pero, a los comienzos de su organización y en los siglos anteriores, cuando el Monte Athos estaba poblado por pequeñas colonias de ermitaños, constituía un centro de ortodoxia católica en un sentido diferente del actual. Quien organizó el conjunto de monasterios en el Monte Athos, fue San Atanasio. Nació en Trebizonda, hacia el año 920. Era hijo de un antioqueño y recibió en el bautismo el nombre de Abraham. Hizo sus estudios en Constantinopla, donde llegó a ser profesor. Cuando ejercía en dicha ciudad el oficio de maestro, conoció a San Miguel Maleinos y a su sobrino Nicéforo Focas. Este último había de convertirse en su protector, al ocupar el trono imperial. Abraham tomó el hábito en el monasterio que San Miguel gobernaba en Kimina de Bitinia y recibió el nombre de Atanasio. Ahí vivió hasta el año 958, más o menos. El monasterio de Kimina era una "laura", es decir, una serie de celdas aisladas, construidas alrededor de una iglesia. Cuando murió San Miguel Maleinos, Atanasio, previno que iban a elegirle abad, y huyó al Monte Athos. Ahí le reservaba Dios una responsabilidad todavía más pesada que el cargo de abad que había rehuído.

Con las ropas de un rudo campesino y con el nombre de Doroteo, San Atanasio se retiró a una celda en los alrededores de Kairés. Pero su amigo Nicéforo Focas no tardó en descubrirle. El emperador Nicéforo que estaba a punto de emprender una expedición contra los sarracenos, pidió a Atanasio que le acompañase a Creta a organizarla y que le apoyase en la empresa con su bendición y oraciones. (Como es bien sabido, los contemplativos son con frecuencia grandes hombres de acción, lo cual, por lo demás, no tiene nada de extraño). Atanasio, venciendo su repugnancia a volver al mundo, acompañó a su amigo. Después de la victoria de la expedición, Atanasio pidió permiso al emperador para retirarse de nuevo al Monte Athos. Nicéforo Focas se lo concedió, pero no sin haberle regalado una importante suma para que fundase un monasterio. El santo construyó el primer monasterio propiamente dicho en el Monte Athos, a comienzos del año 961 y la iglesia dos años más tarde. San Atanasio dedicó el monasterio a la Santísima Madre de Dios; pero actualmente se le conoce con el nombre de "San Atanasio", o simplemente de "Laura", es decir, el Monasterio.

Temiendo que el emperador le llamase a la corte, San Atanasio se refugió en Chipre para huír de los honores y cargos. Pero Focas, que descubrió nuevamente su escondite, le dijo que volviese a gobernar en paz su monasterio y le dio más dinero para que construyese el puerto de Athos. Adoptando para su monasterio el sistema de las "lauras", San Atanasio, que no estaba de acuerdo con las ideas monásticas de San Basilio y San Teodoro el Estudita, volvió en cierto sentido a la tradición monástica de Egipto. Los monjes de San Atanasio debían alejarse del mundo lo más posible. (Aun actualmente los monjes del Monte Athos, por regla general, "rompen todo lazo con el mundo"). San Atanasio tuvo muchas dificultades con los solitarios que ocupaban desde antiguo el Monte Athos y consideraban, no sin razón, que la precedencia les daba ciertos

derechos de ocupación; dichos solitarios veían con malos ojos la costrucción de monasterios, iglesias puertos y se oponían a las reglas que San Atanasio quería imponerles. El santo estuvo a punto de ser asesinado en dos ocasiones. Sabiendo que la violencia es capaz de corromper la mejor de las causas, el emperador Juan Tzimesces intervino, confirmó las donaciones que había hecho Nicéforo Focas, prohibió la oposición a San Atanasio y reconoció su autoridad sobre todo el territorio y los habitantes del Monte Athos. En esa forma, el santo quedó constituido en superior general de cincuenta y ocho comunidades de ermitaños y monjes, además de los monasterios de Ivirón, Vatopedi y Esfigmenú, que él mismo fundó y que se conservan todavía. San Atanasio murió hacia el año 1000, a consecuencia del derrumbamiento de la bóveda de la iglesia en la que se hallaba trabajando con otros cinco monjes. El nombre de "Atanasio el lauriota" o "Atanasio de Trebizonda" se menciona en la preparación de la liturgia bizantina.

J. Pomialkovsky editó en 1895 una antigua biografía griega, muy completa, de San Atanasio el Atonita. El autor de dicha biografía fue el monje Atanasio, que conoció muy íntimamente al santo y le sucedió en el superiorato. L. Petit *Analecta Bollandiana*, vol XXV. 1906, pp. 1-89, publicó anotada otra antigua biografía griega, traducida en *Irenikon*, vol. VIII y IX (1931-1932). Los eruditos anglicanos se han interesado siempre por el Monte Athos y sus monasterios; mencionemos entre otros los nombres de Athelstan Riley, Kirsopp Lake, D. Hasluck y R. M. Dawkins. También en francés y en alemán existe una abundante bibliografía sobre el tema. Ver sobre todo P. de Meester, *Voyage de deux Bénédictins* (1908); F. Perilla, *Le Mont Athos* (1927), y T. Belpaire, en *Irenikon*, vol. VI (1920).

6: SAN ROMULO, Obispo de Fiésole, Mártir (*c.* 90 p.c.)

Segun una tradición posterior, San Rómulo fue el apóstol y el primer obispo de Fiésole. Al parecer, fue convertido a la fe por San Pedro y sufrió el martirio en la persecución del emperador Domiciano. En realidad, apenas sabemos nada sobre San Rómulo, cuyo nombre fue incluido en el Martirologio Romano en el siglo XVI.

San Rómulo es el héroe de un romance bastante pesado, de origen desconocido; se trata de una obra de imaginación, probablemente no anterior al siglo XII. En ella se cuenta que cierto ciudadano romano tenía una hija llamada Lucerna, la cual se enamoró de Ciro, uno de los esclavos de su padre. Lucerna y Ciro tuvieron un hijo, al que abandonaron en un bosque, donde una loba se encargó de amamantarle. Unos pastores de los rebaños del emperador Nerón, que vieron a la loba amamantando al niño, dieron la noticia a su amo, el cual les ordenó que le llevasen al niño. Los pastores persiguieron durante tres días a la loba, sin poder darle caza. Entonces, el emperador consultó a San Pedro, el cual con otros cristianos armados de redes, partió al bosque a cazar a la loba. En el bosque, San Pedro conjuró al niño: "Si eres hijo de una loba, ve con tu madre; pero si naciste de una mujer, ven aquí". El niño no se movió; entonces los cristianos tendieron sus redes y apresaron a la loba y al niño. Para que no pereciesen de hambre, dieron una oveja a la loba, la cual la despedazó y compartió el banquete con el niño. Después, San Pedro ordenó que dejasen en libertad a la loba y bautizó al niño. A instancias de uno de los cristianos, le puso el nombre de Rómulo. Una noble romana se encargó de la

educación de Rómulo. Justino, el cristiano que había sugerido el nombre de Rómulo, le tomó más tarde por su cuenta. Rómulo resultó un niño prodigio: a los ocho años predicaba, exorcizaba y obraba milagros. Más tarde fue consagrado obispo y evangelizó las ciudades de Fiésole, Sitri, Nepi, Florencia, Pistoia, etc. Finalmente, después de numerosas aventuras, Rómulo fue condenado a muerte por el gobernador Repertiano. En el camino hacia el sitio de la ejecución, Rómulo pidió un vaso de agua a una joven que se hallaba junto a una fuente; la doncella, temiendo la ira de los soldados, le rehusó el favor. Entonces, el santo la reprendió y predijo que, de ahí en adelante, la fuente proveería de agua a los cristianos, pero se convertiría en sangre cuando los paganos se acercasen a beber. Los mártires Carísimo, Dulcísimo y Crescencio fueron ejecutados junto con San Rómulo.

A pesar de la inverosimilitud de la leyenda que acabamos de resumir, existen pruebas de la historicidad del culto que se tributaba desde antiguo, en Fiésole, a San Rómulo. A. Cocchi, *San Romolo, vescovo de Fiesole: Storia e Leggende* (1905), hizo un estudio crítico sobre el santo. El único documento histórico de interés es el fragmento de un epitafio, que data, según se dice, del siglo IV. Pero cf. M. C. Cipolla, en *Rivista storico-critica delle scienze teologiche*, vol. I, pp. 422-428.

SANTA DOMINICA, Virgen y Mártir (c. 303 p.c.)

Entre las diversas santas del mismo nombre ésta es la más conocida. Sin embargo, es muy dudoso que haya existido, cuando menos por lo que toca a la leyenda occidental. Baronio incluyó a Santa Domínica en el Martirologio con estas palabras: "En Campania, la conmemoración de Santa Domínica, virgen y mártir, que fue condenada a las fieras en tiempos del emperador Diocleciano por haber destruido las imágenes de los ídolos. Como las fieras no le hiciesen daño alguno, fue decapitada, y así pasó al Señor. Su cuerpo se conserva con gran veneración en Tropea de Calabria". Las lecciones del Breviario añaden que nació en Campagna, que fue martirizada a orillas del Eufrates y que los ángeles trasladaron su cuerpo a Tropea. Por su parte, los habitantes de Tropea sostienen que nació, vivió y murió en dicha ciudad, aunque, según parece, tal tradición data del siglo XVI. No es imposible que Santa Domínica se identifique con Santa Ciriaca (pues "Domínica" es la traducción latina del nombre griego "Kyriaké"), la virgen cuyo martirio conmemoran los bizantinos el 7 de julio. Las actas de Santa Domínica, que carecen de valor, afirman que fue decapitada en Nicomedia de Bitinia. Es imposible determinar las causas del culto que se tributa a la santa en Tropea y si se ha confundido a dos santas del mismo nombre.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. II. Los pocos argumentos que pueden aducirse en favor de la leyenda se encontrarán en el folleto de Mons. Taccone-Gallucci, *Memoria storica di Santa Dominica* (1893).

SAN GOAR (c. 575 p.c.)

Goar nació en Aquitania. Después de recibir las órdenes sagradas, trabajó varios años en una parroquia de su país natal. Pero, sintiéndose llamado a la soledad, se estableció a orillas del Rin, cerca del pueblecito de Oberwesel. Ahí vivió en paz muchos años, hasta que, como tantos otros anacoretas, fue "descubierto" y las gentes empezaron a acudir a consultarle. Los campesinos de la región le amaban muy especialmente: escuchaban con devoción sus sermones, admiraban la austeridad de su vida, se maravillaban de su santidad y paciencia y le atribuían toda clase de milagros, cuya fama se encargaban de esparcir ellos mismos. Si no hubiese sido sacerdote, San Goar habría podido continuar tranquilamente en aquella vida; pero algunos entrometidos llevaron al obispo de Tréveris la noticia de que era sacerdote, en tanto que otros malévolos añadieron que era un pillo, amante de la buena mesa y el buen vino y que vivía a costa de la credulidad del pueblo. El obispo Rústico mandó llamar a Goar. El santo compareció obedientemente y fue acusado de hipocresía, de brujería y de otros crímenes. No sabemos exactamente cómo consiguió probar su inocencia; según la leyenda, Dios hizo que un niño de tres años saliese en defensa de Goar y revelase la mala vida que llevaba el obispo. El pueblo se indignó contra el prelado, y Sigeberto I, rey de Austrasia, al enterarse de lo ocurrido, mandó llamar a San Goar a Metz. La modestia e inocencia del ermitaño impresionaron profundamente al monarca, quien depuso a Rústico de la sede episcopal y propuso sustituirle con Goar. Pero la idea de ser obispo produjo en el santo tal impresión, que cayó enfermo y pidió al rey que le dejase reflexionar algún tiempo. La muerte le sorprendió poco después en su ermita, antes de que hubiese dado su respuesta definitiva. La ermita se convirtió en un sitio de peregrinación. En ese sitio se halla actualmente el pueblecito de San Goar y una iglesia dedicada a su nombre.

La curiosa leyenda de San Goar, en la forma en que ha llegado hasta nosotros, data probablemente de una fecha anterior al año 768. Sin embargo, no es posible considerarla como histórica. En la época de los reyes Childeberto y Sigeberto I, no hubo ningún obispo de Tréveris que se llamase Rústico. B. Krusch hizo una edición crítica del texto primitivo de la leyenda, escrito en latín bárbaro: MGH., *Scriptores Merov.*, vol. IV, pp. 402-423. En *Acta Sanctorum*, julio, vol. II, hay una recensión más legible. Véase también a J. Depoin, *La légende de S. Goar*, en *Revue des Etudes historiques*, vol. LXXV (1909), pp. 369-385.

SANTO TOMAS MORO, Mártir (1535 p.c.)

Al principio y al fin de la monarquía medieval en Inglaterra se yerguen las figuras conmovedoras de dos mártires. El uno dio su vida para mantener libre a la Iglesia de los ataques de la monarquía durante tres siglos y medio. El otro murió por defender a la Iglesia de los ataques del rey. Ambos se llamaban Tomás y los dos fueron cancilleres del reino, favoritos de un monarca y ambos amaron a Dios más que al rey. Esta serie de coincidencias es extraordinaria. Y, si la semejanza entre los dos mártires se desvanece cuando se los estudia más de cerca, es sobre todo, en razón de las diferencias que hay entre el siglo XII y el pleno Renacimiento del siglo XVI, entre el estado clerical, al que pertenecía Tomás Becket y el estado laico de Tomás Moro.

Tomás nació en Cheapside, el 6 de febrero de 1478. Era hijo de Sir John More, abogado y juez y de su primera esposa, Inés Grainger. Tomás estudió de niño en la escuela de San Antonio. A los trece años, le recibió en su casa el arzobispo de Canterbury, el cual adivinó su inteligencia y le envió a proseguir sus estudios en el Colegio de Canterbury de la Universidad de Oxford. El padre de Tomás era muy estricto y sólo le enviaba dinero para lo indispensable. Si el joven Tomás se quejó de ello, como sin duda lo hizo, debió compren-

der más tarde la prudencia de la conducta paterna, ya que la falta de dinero le impidió distraerse de los estudios que tanto le gustaban. El padre de Tomás le sacó de Oxford a los dos años. En febrero de 1496, cuando tenía dieciocho años, Tomás entró a estudiar en la escuela de leyes de Lincoln's Inn; en 1501, empezó a practicar la abogacía y, en 1504, pasó a formar parte del Parlamento. Ya entonces era gran amigo de Erasmo y tenía por confesor a Colet; con Guillermo Lilly tradujo al latín los epigramas de la Antología Griega y dictó cursos sobre el "De Civitate Dei", de San Agustín, en St. Lawrence Jewry. En una palabra, era un joven muy brillante y a sus éxitos se añadía la simpatía personal.

Durante algún tiempo, Tomás tuvo serias dudas sobre su vocación. Pasó cuatro años en la Cartuja de Londres, puesto que tenía, sin duda, cierta inclinación por la vida de los cartujos, aunque también se sentía atraído por la Orden de San Francisco. Pero, como no estaba seguro de que Dios le llamase a la vida monástica y no quería ser un sacerdote mediocre, acabó por contraer matrimonio, a principios de 1505. Pero, aunque era un hombre de mucho mundo, en el buen sentido de la expresión, jamás compartió el desprecio del ascetismo que caracterizaba a tantos personajes del Renacimiento. Muy al contrario: desde los dieciocho años empezó a vestir una camisa de pelo (cosa que divertía enormemente a su nuera, Ana Cresacre); se disciplinaba los viernes y la víspera de las fiestas, iba a misa todos los días y rezaba el oficio parvo de Nuestra Señora. Erasmo dijo de él: "Nunca en mi vida he visto a nadie a quien interese menos la comida... Pero no es un hombre que desprecia las buenas cosas de la vida".

La primera esposa de Moro —"Uxorcula Mori", como él le decía— se llamaba Juana y era hija de Juan Colt, vecino de Netherhall de Essex. El yerno de Moro, Guillermo Roper, cuenta a este propósito que Moro "se inclinaba más bien a casarse con la segunda hija de Colt, que era más hermosa y mejor dotada que la primogénita, Juana; pero, al caer en la cuenta que ésta sufriría mucho y se avergonzaría de ver que su hermana menor se casaba antes que ella, Moro, movido a compasión, empezó a hacerle la corte y contrajo matrimonio con ella." Este hecho nos revela, a la vez, la alta calidad moral de Tomás Moro y lo que se consideraba en su época como la quintaesencia de la caballerosidad. Tomás y Juana fueron felices y tuvieron cuatro hijos: Margarita, Isabel, Cecilia y Juan. En la casa de Tomás Moro se practicaba fielmente el deber y se cultivaba amorosamente el saber; como el diletantismo no tenía cabida en ella, en nuestra época se habría dicho probablemente que los Moro eran un poco "tiesos". Tomás se inclinaba por la educación de las mujeres, no por feminismo doctrinal, sino simplemente porque lo encontraba razonable y porque lo recomendaban varios santos de la antigüedad, como San Jerónimo y San Agustín, "por no hablar de otros". La familia y los criados se reunían para las oraciones de la noche y, en las comidas, se leía una perícope de la Escritura y un breve comentario. Uno de los hijos del santo se encargaba de la lectura, a la que seguía habitualmente una discusión; las cartas y los dados estaban prohibidos. Tomás hizo una donación para una capilla en la parroquia de Chelsea y aun cuando era canciller del reino, no tenía reparo en ir a cantar ahí con el coro, revestido de sobrepelliz. "Cuando Moro se enteraba de que alguna mujer de los alrededores iba a dar a luz, acostumbraba ponerse en oración hasta que le avisaban que el niño había nacido felizmente... También tenía

por costumbre ir personalmente a informarse acerca de las necesidades de las familias pobres... Con frecuencia invitaba a su mesa a sus vecinos pobres, a quienes recibía con gran sencillez y bondad; en cambio, rara vez invitaba a los ricos y casi nunca a los miembros de la nobleza" (Stapleton, "Tres Thomae"). Pero, si bien los ricos iban rara vez a casa de Moro, éste recibía con frecuencia la visita de humanistas como Grocyn, Linacre, Colet, Yilly, Fisher y en general, de todos los personajes distinguidos por su cultura y religiosidad, tanto de Inglaterra como del continente. Tal vez el personaje más asiduo en sus visitas y a quien Moro recibía con mayor gusto, era Desiderio Erasmo. Algunos autores han intentado desfigurar esa amistad; los protestantes exageran la pretendida falta de ortodoxia de Erasmo, y los católicos minimizan los lazos que le unían con Moro. Pero el mejor testimonio es el del propio Tomás: "Si hubiese yo visto en mi querido Erasmo los bajos propósitos que encuentro en Tyndale, no sería ya mi querido Erasmo. Pero mi querido Erasmo detesta y aborrece los errores y herejías que Tyndale enseña y practica abiertamente; por consiguiente, Erasmo seguirá siendo mi querido Erasmo."

En sus primeros años de vida matrimonial, Tomás Moro vivió en Bucklesbury, en la parroquia de San Pedro Walbrook. En 1509, murió Enrique VII. Moro se había opuesto en el Parlamento a la política económica de dicho monarca con tanto éxito, que su propio padre había sido encarcelado en la Torre de Londres y había tenido que pagar cien libras de multa. La entronización de Enrique VIII inauguró un período de prosperidad para el joven abogado, quien al año siguiente fue nombrado profesor en Lincoln's Inn y asistente del alcalde de Londres. Pero, por la misma época, la "pequeña Utopía de Moro" se desmoronó con la muerte de su querida esposa, Juana Colt. El santo contrajo matrimonio unas cuantas semanas más tarde con Alicia Middleton. Se han escrito muchas tonterías acerca de ese matrimonio tan rápido, pero la cosa no tiene nada de extraño: Moro era un hombre de gran sentido común y no carecía de sensibilidad; como tenía cuatro hijos, se casó con una viuda siete años mayor que él, que sabía gobernar una casa y era locuaz, bondadosa y de mucho sentido común. Algunos autores han hablado del matrimonio de Moro como si se tratase de un segundo martirio. Pero no se puede censurar a Alicia Middleton por no haber estado a la altura de su marido; Alicia no era una Xantipas y, probablemente, su único defecto, si así puede llamarse realmente, era que no sabía apreciar las bromas de su esposo. Por lo demás, debemos reconocer que las bromas de Moro hubiesen colmado la paciencia a cualquiera. Moro se trasladó entonces de Bucklesbury a Crosby Place; la casa de Chelsea no la ocupó sino hasta unos doce años más tarde.

En 1516, Moro acabó de escribir la "Utopía". No vamos a discutir aquí el sentido profundo de esa obra. Baste con citar la opinión de Sir Sidney Lee, según el cual "hay que buscar en los otros escritos de Moro sus ideas prácticas sobre la religión y la política." El rey y Wolsey habían decidido llamar a la corte a Moro. El santo no lo deseaba particularmente, pues conocía lo suficiente a los reyes y sus cortes para saber que la felicidad no se encontraba ahí. A pesar de ello, no rehusó sus servicios al soberano y ascendió rápidamente en categoría hasta ser nombrado, en octubre de 1529, canciller del reino, en lugar de Wolsey, quien había caído en desgracia. Los testimonios de la época nos permiten considerar a Moro desde un doble punto de vista. Erasmo escribía: "En las cosas serias, no hay mejor consejo que el de Moro y, si el rey quiere

divertirse un poco, no encontrará una conversación más amena que la de su canciller. Con frecuencia se presentan asuntos complicados y difíciles; en tales casos Moro da muestras de tal prudencia, que ambas partes quedan satisfechas. Sin embargo, Moro no se ha dejado ganar jamás por los regalos. ¡Dichoso país aquel cuyos monarcas pueden escoger a hombres con las cualidades de Moro! . . . El nombramiento no ha afectado en nada su sencillez . . . Se diría que el rey le ha nombrado defensor de los pobres." El cartujo Juan Bouge, que conocía a Moro todavía más íntimamente, escribía en 1535: "Por lo que toca a Sir Thomas More, perteneció en una época a mi parroquia de Londres . . . Fue, además, mi hijo espiritual. Sus confesiones eran tan nítidas, tan claras y tan a fondo, que rara vez me ha sido dado oír otras como las suyas. Es un caballero muy versado en leyes, artes y teología . . ." Tomás Moro era tan buen cortesano como puede serlo un cristiano y un santo, es decir, muy bueno. Por otra parte, su amistad con Enrique VIII no le cegaba acerca de los defectos del monarca. Moro supo ganarse el cariño del soberano y jamás le fue desleal; pero no se hacía ilusiones sobre él, como lo prueba lo que decía a su yerno: "Te aseguro que no puedo enorgullecerme de la amistad del rey, porque si pudiese comprar un castillo de Francia al precio de mi cabeza, no vacilaría en hacerlo."

Cuando fue nombrado canciller del reino, Moro estaba escribiendo contra el protestantismo y particularmente contra las doctrinas de Tyndale. Algunos de sus contemporáneos se quejaban de que el estilo de Moro en sus controversias no era bastante solemne, y la posteridad le acusa de no haber escrito con suficiente aliño; como quiera que fuese, lo cierto es que su tono era más moderado del que se acostumbraba en el siglo XVI. La "integridad y la rectitud" caracterizaban las polémicas del santo, el cual prefería ridiculizar a sus adversarios en vez de clamar contra ellos, cuando comprendía que la argumentación seria no serviría de nada. Pero, en la controversia con Tyndale, por mucha razón que tuviese Moro, era incapaz de igualar la perfección, la claridad y la tersura del estilo de su adversario. Moro empleaba seis páginas para decir lo que Tyndale era capaz de explicar en una. Pero, aunque algunos autores no piensan así, la actitud de Moro respecto de los herejes era muy leal y moderada. El santo se oponía a la herejía, no a los que la sostenían. Según su propia confesión, "en el ejercicio de mi cargo, jamás he mandado torturar ni azotar a un solo hereje, ni he permitido que se les toque un pelo de la ropa. Dios es testigo de que no he hecho más que encarcelarlos para evitar que difundan la herejía." Vale la pena estudiar un poco la actitud de Moro respecto de la cuestión, entonces candente, de la publicación de la Biblia en las lenguas vulgares. Moro sostenía que había que traducir algunos libros de la Sagrada Escritura; la traducción de los otros debía dejarse a la discreción de cada ordinario, ya que, según el santo, un ordinario "no tendría tal vez dificultad en permitir que una persona leyese los Hechos de los Apóstoles, sin permitir por ello que leyese el Apocalipsis". Exactamente como "un buen padre determina quiénes de sus hijos poseen suficiente discreción para servirse de un cuchillo para cortar la carne y quiénes correrían peligro de cortarse los dedos. Así pues, en la cuestión de la lectura de la Sagrada Escritura, yo opino (con el debido respeto a la opinión ajena), que algunos pueden leerla sin gran peligro y no sin gran provecho, en inglés; pero ello no significa que debamos divulgarla en inglés en todo el mundo . . . Y puedo decir que algunos de los clérigos más distinguidos que he conocido

compartían esta opinión."

Cuando Enrique VIII impuso al clero la obligación de reconocerle como "Protector y Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra" (cosa que el Acta de Convocación corrigió un tanto con la frase "en cuanto la ley de Cristo lo permite"), Moro, según cuenta Chapuys, el embajador del emperador francés, trató de renunciar a su cargo; pero el monarca le convenció para que siguiese a su servicio y le encargó de estudiar "el gran asunto", que no era otro que el proceso de anulación del matrimonio de Enrique con Catalina de Aragón. El asunto era, en realidad, muy complicado, tanto desde el punto de vista de los hechos como desde el punto de vista legal, de suerte que no tiene nada de extraño que los hombres de buena voluntad se hayan dividido en sus opiniones. Moro, que sostenía la validez del matrimonio, obtuvo permiso del rey para no participar en la controversia. En marzo de 1531, tuvo que anunciar el estado en que se hallaba el proceso a las dos Cámaras del Parlamento; algunos aprovecharon la ocasión para preguntarle su opinión sobre el asunto, pero el santo se rehusó a manifestarla. La situación empeoró. En 1532, el rey propuso que se prohibiese al clero perseguir a los herejes y organizar reuniones sin su permiso. En mayo del mismo año, se introdujo en el Parlamento una moción para suprimir el pago de las anatas o primicias de los obispados a la Santa Sede. Tomás Moro se opuso abiertamente a todas esas medidas, lo cual enfureció al rey. El 16 de mayo, el monarca aceptó la renuncia de su canciller, quien había ejercido el cargo menos de tres años.

La pérdida de sus emolumentos dejó a Moro casi en la pobreza. Al verse obligado a reducir su tren de vida, reunió a toda su familia y le expuso con buen humor la situación, como lo demuestran las palabras con que puso fin a la reunión: "Por consiguiente, tal vez nos veremos obligados a reunir todas las bolsas que hay en la casa para ir juntos a pedir limosna, con la esperanza de que algunas buenas gentes se compadezcan de nosotros. O si no, para mantenernos unidos y contentos, podremos cantar de puerta en puerta la "Salve Regina". Moro vivió en la oscuridad dieciocho meses, entregado a la composición de sus obras, y se negó a asitir a la coronación de Ana Bolena. Pero sus enemigos no perdían ninguna ocasión de molestarle y lograron complicarle en el caso de Isabel Barton, "la santa doncella de Kent", de suerte que el nombre de Moro figuró en el acta de acusación. Los lores decidieron entonces oír la defensa de Moro; pero Enrique VIII, a quien no convenía esa perspectiva, mandó suprimir las acusaciones contra el santo. Sin embargo, no estaba lejano el día de la prueba definitiva. El 30 de marzo de 1534, se publicó el Acta de Sucesión, que obligaba a todos los súbditos del rey a reconocer los derechos al trono de los hijos que tuviese con Ana Bolena. Poco después, se añadió en la misma Acta que el matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón había sido invalidado, que el matrimonio con Ana Bolena era el único válido y que "ninguna autoridad extranjera, así príncipe como potentado" tenía derecho a inmiscuirse en el asunto. Quien se opusiera a dicha Acta, era reo de alta traición. Por otra parte, apenas una semana antes, el Papa Clemente VII había declarado la validez del matrimonio de Enrique VIII y Catalina de Aragón. Muchos católicos prestaron el juramento apoyados en la cláusula restrictiva: "en cuanto la ley de Cristo lo permite". El 13 de abril, en Lambeth, una comisión presentó el juramento a Tomás Moro y al obispo Juan Fisher para que lo firmasen; pero ambos se rehusaron a hacerlo. Sir Thomas fue confiado a la

custodia del abad de Westminster. Cranmer trató de persuadir al rey de que negociase un compromiso, pero el monarca se negó a ello. Como Tomás Moro se negase por segunda vez a firmar el juramento, fue encarcelado en la Torre de Londres, a pesar de la ilegalidad de dicho procedimiento.

Tomás Moro pasó quince meses en la Torre de Londres. Dos cosas le distinguieron en ese período: la serenidad con que sobrellevó la injusticia del soberano y el tierno amor que mostró por Margarita, la mayor de sus hijas. Ambos rasgos aparecen en cada línea de las cartas que escribió a su hija y en las que recibió de ella. Citemos un hermoso pasaje que nos transmite Roper: "En realidad, Margarita, estoy aquí tan bien como en mi casa, porque Dios, que me hizo un niño travieso, me guarda contra su corazón y me acaricia como a un pequeñuelo". La familia de Moro trató de obtener el perdón del rey, pero todo fue inútil. Como se le prohibiese recibir visitas, Moro empezó a escribir el "Diálogo del consuelo en la tribulación", que es la mejor de sus obras espirituales. Un escritor francés, el P. Brémond, le considera como un predecesor de San Francisco de Sales, y W. H. Hutton ve en él un antecesor de Jeremías Taylor. En noviembre, se aprobó la acusación de traición que se le había hecho y la Corona confiscó todas las tierras que le había concedido. Moro quedó, pues, reducido casi a la miseria, pues su única renta era una pensión muy modesta de la Orden de San Juan de Jerusalén. La esposa del santo tuvo que vender sus vestidos para procurarle lo necesario y en vano pidió dos veces clemencia al rey, alegando la pobreza y mala salud de su marido. El 1o. de febrero de 1535, entró en vigor el Acta de Supremacía, la cual declaraba al rey "único jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra" y reos de traición a los que negasen la supremacía. En abril, Cromwell fue a visitar en la prisión a Tomás Moro para preguntarle su opinión sobre el Acta, pero el santo se negó a responder. El 4 de mayo, Margarita fue a visitar por última vez a su padre y juntos vieron partir al cadalso a los tres primeros cartujos y a sus compañeros. Moro dijo a su hija: "¡Mira qué contentos van al martirio esos santos, Margarita! Al verlos tan felices se creería que son novios que van a casarse . . . En cambio a tu padre, como Dios sabe la vida de pecado que ha llevado, no le llama todavía a la eterna felicidad, sino que le deja un poco más en el sufrimiento de las miserias de esta vida." Unos cuantos días después, Cromwell volvió a la Torre de Londres, acompañado de otros funcionarios para interrogar de nuevo a Moro acerca del Acta. Como el santo se negase a responder, Cromwell le echó en cara su falta de valor. Moro respondió: "Como no he llevado la vida de santidad que debería haber llevado, no me atrevo a ofrecerme espontáneamente a la muerte, no sea que Dios castigue mi presunción dejándome caer."

El 19 de junio, sufrieron el martirio otros tres cartujos. El 22, fiesta de San Albano, protomártir de Inglaterra, San Juan Fisher fue decapitado en Tower Hill. Tomás Moro fue convocado a juicio en Westminster Hall nueve días más tarde. Como estaba muy débil, se le permitió sentarse. Se le acusó de haberse opuesto al Acta de Supremacía en sus conversaciones con los miembros del consejo real que habían ido a visitarle en la prisión y en una charla imaginaria con el procurador general Rich. Tomás respondió que jamás había hablado con nadie de su opinión sobre el Acta y que Rich juraba en falso. Terminó su defensa con estas palabras: "Vuestras Señorías deben comprender que, en las cosas de conciencia, todo súbdito leal y bueno del rey tiene que pensar en su conciencia y en su alma por encima de todas las cosas del mundo . . ." El tribunal le declaró culpable y le condenó a muerte. Entonces, Moro se decidió a hablar con claridad. Empezó por negar categóricamente que "un señor temporal pudiese o debiese ser el jefe espiritual" y terminó por decir que, así como San Pablo había perseguido a San Esteban "y sin embargo los dos son santos del cielo y serán eternamente amigos, así yo pido y espero que, aunque Vuestras Señorías hayan sido mis jueces en la tierra y me hayan condenado, nos reunamos un día en el cielo para toda la eternidad." De vuelta a la Torre de Londres, se despidió de su hijo y de su hija. Roper nos dejó una conmovedora descripción de la escena. Cuatro días más tarde, envió a Margarita su camisa de pelo y una carta que decía entre otras cosas: "Me da gusto que tu amor filial y tu caridad no hayan hecho caso de la vana cortesía mundana". (La mayor parte de la reliquia que acabamos de mencionar se halla en el convento de las Canonesas de San Agustín de Newton Abbot, que fundó en Lovaina Margarita Clement, hija de la hija adoptiva de Moro).

En la madrugada del martes 6 de julio, Sir Thomas Pope fue a comunicar al santo que su ejecución tendría lugar a las nueve de aquella mañana. (El rey había conmutado la setencia de la horca y el descuartizamiento por la decapitación.) Tomás dio las gracias a su antiguo amigo, le consoló como pudo y le dijo que pediría por el rey. Vestido con su mejor traje, Moro caminó a pie hasta Tower Hill. En el camino habló con varias personas y, al subir al cadalso, dijo unas palabras graciosas al jefe de la guardia. En seguida rogó al pueblo que orase por él y declaró que moría por la Iglesia católica y que era "un buen súbdito del rey, pero ante todo, de Dios." Después recitó el "Miserere", besó y alentó al verdugo, se vendó los ojos y acomodó su barba. La cabeza del santo rodó al primer golpe. Tomás Moro tenía entonces cincuenta y siete años.

Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de San Pedro ad Vincula, en el interior de la Torre de Londres. Su cabeza estuvo expuesta en el Puente de Londres. Después la reclamó Margarita Roper, quien la depositó en el sepulcro de la familia en la iglesia de San Dunstano.

Moro fue beatificado con otros mártires ingleses en 1886. Su canonización tuvo lugar en 1935. Como lo ha hecho notar más de un autor, si Moro no hubiese sido mártir, habría merecido la canonización como confesor. Algunos santos han llegado al honor de los altares por haber lavado con su sangre una vida de indiferencia y aun de pecado. No así Tomás Moro, quien fue durante toda su vida un hombre de Dios y vivió su propia oración: "Concédeme, Señor, el deseo de estar contigo, no para evitar las penas de este valle de lágrimas, ni para librarme de las penas del pugatorio y del infierno, ni para gozar egoístamente del cielo prometido, sino simplemente por amor a Ti." Así vivió Moro, no en la quietud del claustro, sino en pleno mundo, en su casa, con su familia, entre humanistas y abogados, en los tribunales, en las cortes de justicia y en la corte real.

E. V. Hitchcock y R. W. Chambers editaron, en 1932 la más antigua de las biografías de Moro, escrita por Nicolás Harpsfield. En 1935, Hitchcock editó, además, la biografía escrita por el yerno de Moro, Guillermo Roper. La primera biografía impresa fue la de Tomás Stapleton en *Tres Thomae* (1588; trad. ingl. 1928). La Srita. Hitchcock, Mons. Hallett y A. W. Reed editaron en 1950 la valiosa biografía escrita por "Ro : Ba" (*c.* 1599). Cresacre More, bisnieto del santo, publicó otra biografía antes de 1631. Actualmente se lleva a cabo, gracias a los esfuerzos de W. E. Campbell y otros historiadores, la edición de las Obras Inglesas de Tomás Moro. Ya han aparecido dos: *The Dialogue . . . concerning Tyndale* (con muchos documentos suplementarios de importancia) y *Early Works*. A. Taft

editó la *Apologye* (1930, E.T.S.); tanto el texto como las notas proporcionan valiosos detalles sobre la actitud de Moro respecto de los herejes. La biografía del P. Bridgett, *Life of Sir Thomas More* (1891), con los panfletos suplementarios, sigue siendo la principal fuente de información para los lectores no especializados. Pero, hablando en términos generales, la mejor biografía es la de R. W. Chambers, *Thomas More* (1935); cf. la reseña de *Analecta Bollandiana*, vol. LIV (1936), p. 245. Existen varias biografías cortas recientes, como las de J. Clayton, C. Hollis, D. Sargent, T. Maynard y otros. La obra de E. E. Reynolds (1953) es excelente. E. F. Rogers editó la *Correspondence de Moro* (Princeton, 1947). No podemos mencionar aquí toda la bibliografía sobre Tomás Moro, que es muy extensa.

SANTA MARIA GORETTI, Virgen y Mártir (1902 p.c.)

María Goretti nació en 1890 en Corinaldo, pueblecito que dista unos cincuenta kilómetros de Ancona. Era hija del campesino Luis Goretti y de su esposa, Asunta Carlini. La familia se componía de seis hijos. En 1896, Luis Goretti se trasladó con su familia a Colle Giantruco, cerca de Galiano y más tarde, a Ferriere di Conca, no lejos de Nettuno, en la Campania Romana. Poco después de su llegada a esta última población, Luis Goretti enfermó de malaria y murió. Su esposa tuvo que encargarse del sostenimiento de la familia. La lucha por la vida era dura, de suerte que en la casa se contaba hasta el último céntimo. María, a la que se llamaba ordinariamente Marietta, era la más alegre y la más cariñosa con su madre.

Un cálido atardecer de julio de 1902, María se había sentado en lo alto de la escalera de la casa para remendar una camisa. Aunque aún no cumplía los doce años, era ya toda una mujercita, pues en Italia las niñas se desarrollan más rápidamente que en los países nórdicos. Una carreta se detuvo delante de la puerta de la casa, y un joven de dieciocho años, llamado Alejandro, vecino de la familia Goretti, subió rápidamente las escaleras. Alejandro invitó a María a entrar en una de las habitaciones. No era la primera vez que esto sucedía, y María rechazó de nuevo la invitación. Entonces el joven la hizo entrar a empellones y cerró la puerta.

María opuso resistencia y trató de pedir auxilio; pero, como Alejandro la tenía agarrada por el cuello, a duras penas pudo musitar sus protestas y jurar que prefería morir antes que entregársele. Al oír esto, el joven desgarró el vestido de la muchacha y la apuñaló brutalmente. María cayó por tierra pidiendo auxilio. Alejandro le clavó todavía una vez más el puñal en la espalda y huyó.

La joven fue transportada al hospital en una ambulancia, pero su estado era desesperado. Las últimas horas de su vida fueron conmovedoras; recibió con ingenuidad de niña el santo viático; trató de persuadir a su madre de que descansase un poco y perdonó de todo corazón a su agresor. Confesó también que, desde hacía tiempo, tenía miedo de Alejandro, pero que no había dicho nada por no causar molestias a su familia. Su muerte tuvo lugar veinticuatro horas después de la agresión. La madre de la joven, el párroco de Nettuno, una noble dama española y dos religiosas, habían permanecido junto a la cabecera de su cama toda la noche.

Alejandro fue condenado a treinta años de prisión. Durante largo tiempo se mostró brutal y obstinado en no arrepentirse de su pecado. Pero una noche, tuvo un sueño en el que vio a María que recogía flores en un prado y venía a ofrecérselas. A partir de ese instante, cambió totalmente; se convirtió en un

prisionero ejemplar, y fue indultado cuando había cumplido veintisiete años de su condena.

Entre tanto, la fama de María Goretti se había extendido por todo el mundo, y el pueblo cristiano empezó a tener noticias de la santidad de la vida que la joven había llevado antes de su muerte prematura. Se la invocaba ya como una santa, y su intercesión obró varios milagros. Por fin, se introdujo formalmente su causa de beatificación. María Goretti fue solemnemente beatificada por Pío XII el 27 de abril de 1947. El Sumo Pontífice salió al balcón del Vaticano, acompañado por la madre de María, que tenía entonces ochenta y dos años, y por dos de sus hermanas y uno de sus hermanos. Pío XII habló a los peregrinos, venidos de todo el mundo, comparando a la Beata María con Santa Inés y denunciando la obra de corrupción que en la juventud llevan a cabo el teatro, el cine y la moda. Según dijo el Pontífice, "en nuestros días se envía a las mujeres aun al servicio militar, y las consecuencias de esto son muy graves". Tres años después, el mismo Pío XII canonizó a María Goretti en la Plaza de San Pedro, ante la multitud más numerosa que se haya reunido jamás con motivo de una canonización. El asesino de la santa vivía aún.

El hecho de que una muerte sea injusta y violenta no basta para el martirio, aunque pudieran hacerlo creer así algunas de las canonizaciones "por aclamación popular" de los primeros tiempos de la Iglesia. Por ejemplo, es errónea la idea de que Santa Juana de Arco fue mártir. En cambio, Santa María Goretti es verdaderamente mártir, pues murió por defender una virtud inculcada por la fe cristiana. Por otra parte, como lo dijo el cardenal Salotti, "la santidad de su vida ordinaria hubiera sido suficiente para elevarla al honor de los altares, aunque no hubiese sido mártir".

El caso de María Goretti es único en la hagiología. Su breve y conmovedora biografía apareció en todos los diarios del mundo con motivo de su beatificación. Entre las biografías inglesas citaremos las de la madre C. E. Maguire, la del P. J. Carr, y la de Marie C. Buehrle. En *L'art sacré*, mayo-junio de 1951, p. 14 hay una serie de fotografías que ilustran la evolución iconográfica de esta santa. Hay un buen estudio de Eric B. Strauss en *Saints and Ourselves* (1953).

BEATO TOMAS ALFIELD, Mártir (1585 p.c.)

Tomás Alfield nació en Gloucester y se educó en Eaton, en el King's College de Cambridge. Habiéndose convertido del protestantismo al catolicismo, se trasladó, en 1576, a Douai a prepararse para el sacerdocio. Recibió las sagradas órdenes en Reims, en 1581. En la misión de Inglaterra, a la que fue enviado por sus superiores, conoció al Beato Edmundo Campion. En la primavera de 1582, le hallamos ya prisionero en la Torre de Londres, donde soportó la tortura con gran constancia. Sin embargo, más tarde, flaqueó en la fe y durante un corto período se conformó exteriormente a los usos de la Iglesia anglicana. Cuando recobró la libertad, volvió a Reims; ahí se arrepintió de su cobardía y retornó a Inglaterra.

En los primeros meses de 1584, el P. Alfied se vio envuelto en un curioso episodio. Juan Davys, el navegante que había explorado el Paso del Noroeste, le empleó como intermediario para ofrecer sus servicios a la corte de España, aunque lo más probable es que Juan Davys no haya pensado en serio en servir al monarca español. En los meses siguientes, el P. Alfield, ayudado por un pai-

sano suyo llamado Tomás Webley, se encargó de hacer circular algunas copias de la "Apología Modesta y Verídica". El Dr. Allen había escrito dicha obra en respuesta a la "Ejecución de Justicia" de Burhley, ya que dicho autor había tratado de demostrar que en Inglaterra no se procesaba a los católicos por su religión, sino por su traición. Tanto el P. Alfield como Tomás Webley cayeron pronto prisioneros y fueron atormentados en la Torre de Londres para que revelasen a quiénes habían dado a leer la obra del Dr. Allen. Ambos fueron juzgados y condenados a muerte por ese delito. Como se negasen a aceptar la libertad que se les ofrecía a condición de que confesasen la supremacía de la reina en lo espiritual, fueron ahorcados en Tyburn el 6 de julio de 1585. En el último momento, no sabemos por qué razón, se indultó al P. Alfield; pero el indulto llegó demasiado tarde. Un católico llamado Crabbe, que había sido juzgado con el P. Alfield y con Tomás Webley, apostató para salvar la vida. También apostató Roberto Alfield, hermano del beato.

Tomás Alfield fue beatificado en 1929. La causa del Venerable Tomás Webley está todavía pendiente.

Véase MMP., pp. 105-106; y las *Publications* de la Catholic Record Society, vol. v.

7: SAN FERMIN, Obispo y Mártir (¿Siglo IV?)

DE ACUERDO con unas "actas" en las que es imposible tener confianza, Fermín era natural de Pamplona, en la región española de Navarra. San Honesto, un discípulo de San Saturnino de Toulouse lo convirtió a la fe cristiana y, posteriormente, San Honorato lo consagró como obispo de Toulouse y lo envió a predicar el Evangelio en las regiones más remotas de las Galias. Fermín estableció su residencia en Amiens y construyó una iglesia para los numerosos fieles que conquistó al paganismo. En la misma ciudad recibió la corona del martirio. Años más tarde, el obispo San Fermín II (a quien se venera el 1o. de septiembre) construyó otra iglesia en Amiens, bajo la advocación de la Santísima Virgen y dedicada a la memoria de San Fermín I. Esa iglesia existe todavía, pero está dedicada a San Acheul.

Es posible que San Fermín I y San Fermín II, hayan sido la misma persona. A ninguno de los dos se les menciona en las crónicas anteriores al siglo nueve. El primero de los obispos de Amiens de quien tenemos noticia, fue Eulogio, que ocupó la sede a mediados del siglo cuarto. Es muy probable que el Fermín de quien nos ocupamos, haya sido sencillamente un obispo misionero de las Galias.

Hay dos textos que pretenden representar las *actas* de San Fermín. Los bolandistas (sept., vol. VII) reprodujeron uno de ellos con notas extraídas del otro. Ver la *Histoire de Saint Fermin* (1861) y el *Fastes Épiscopaux*, vol. III, pp. 122-127, de Duchesne. En la obra citada de Duchesne, se encuentran datos de San Fermín II, así como en *Acta Sanctorum*, sept. vol. I. J. Corblet escribió relatos en tono sencillo y popular sobre los dos santos, en *Hagiographie du diocèse d'Amiens* (1870), vol. II, pp. 31-216.

SAN CIRILO y SAN METODIO, Arzobispo de Sirmio (869 y 884 p.c.)

Se venera a estos dos hermanos originarios de Tesalónica como apostóles

de los eslavos del sur y padres de la literatura eslava. Cirilo, el más joven de los dos, recibió en el bautismo el nombre de Constantino y tomó el de Cirilo poco antes de su muerte, junto con el hábito de monje. Fue enviado a Constantinopla muy joven. Ahí hizo sus estudios, bajo la dirección de León el Gramático y de Focio. Aunque era más versado en las ciencias profanas que en la teología, fue ordenado diácono. Probablemente, no recibió sino hasta más tarde el sacerdocio. Sucedió a Focio en su sede, y la fama de su sabiduría le ganó el título de "el filósofo". Durante algún tiempo se retiró a un monasterio, pero, el año 861, el emperador Miguel III le envió en una embajada religioso-política ante el gobernador de los kázaros, que habitaban la región entre el Dnieper y el Volga. El santo desempeñó con éxito su misión, aunque sin duda se ha exagerado mucho el número de los que convirtió a la fe. Metodio, el hermano mayor de Cirilo, había sido gobernador de una de las colonias eslavas en la provincia de Opsikion y, después, había tomado el hábito de monje. Acompañó a su hermano en la embajada ante el gobernador de los kázaros y, a su vuelta a Grecia, fue elegido abad de un importante monasterio.

El año 862, llegó a Constantinopla un embajador de Rostislavo, príncipe de Moravia, para obtener que el emperador enviase misioneros capaces de evangelizar a los eslavos en su propio idioma. Rostislavo deseaba, por otra parte, congraciarse con Bizancio para defenderse de sus poderosos vecinos, los germanos. El emperador de oriente vio en ello la ocasión de contrarrestar la influencia del emperador de occidente en aquellas regiones, en las que ya se habían introducido los misioneros germanos. La empresa sonreía, por lo demás, a Focio, patriarca de Constantinopla, quien escogió para la tarea a San Cirilo y San Metodio, cuya cultura y conocimiento del eslavo los hacían capaces de crear un alfabeto escrito de la lengua del país. Probablemente, los sucesores de San Cirilo inventaron, sirviéndose de las mayúsculas griegas, el alfabeto "cirílico", del que se derivan los caracteres actuales del ruso, del serbio y del búlgaro. Antiguamente se atribuía por error a San Jerónimo la creación del alfabeto "glagolítico" en que están escritos los libros litúrgicos eslavo-románicos de ciertas regiones católicas de Yugoslavia; pero dicho alfabeto fue probablemente inventado por el mismo San Cirilo, a quien, según la leyenda, Dios lo reveló directamente.*

Los dos hermanos partieron de Constantinopla con varios compañeros el año 863. En la corte de Rostislavo fueron muy bien recibidos y emprendieron inmediatamente la tarea. Pero la posición de los misioneros era muy difícil. El empleo del idioma de la región en la predicación y la liturgia los hacía muy populares entre los habitantes; pero el clero germánico se oponía a ello, sostenido por el emperador Luis el Germánico, quien obligó a Rostislavo a prestarle juramento de fidelidad. Los misioneros bizantinos, que habían traducido al eslavo algunas perícopes de la Escritura y los himnos litúrgicos, prosiguieron con éxito la evangelización. Pero uno de los grandes obstáculos era la falta de un obispo que ordenase nuevos sacerdotes, puesto que el prelado germánico de Passau se negó a hacerlo. Entonces, San Cirilo decidió ir a Constantinopla a pedir ayuda.

*Como tantos otros aspectos de la historia de San Cirilo y San Metodio, la cuestión de los alfabetos es muy oscura. La lengua sudeslava de San Cirilo y San Metodio es, hasta la fecha, el idioma litúrgico de los rusos, de los ucranios, de los serbios y de los búlgaros, tanto católicos como ortodoxos.

Llegó a Venecia acompañado por su hermano, pero había escogido el peor momento: Focio acababa de ser excomulgado y la Santa Sede miraba con desconfianza a todo el oriente. Los misioneros fueron mal acogidos en Venecia, donde se les consideraba como protegidos del emperador de oriente y se criticaba el empleo que hacían del eslavo en la liturgia. Según una de las fuentes, el Papa San Nicolás I los llamó a Roma. En todo caso, es cierto que los misioneros fueron a la Ciudad Eterna, llevando las pretendidas reliquias de San Clemente Papa, que San Cirilo había recobrado a su paso por Crimea. El Papa San Nicolás había muerto mientras tanto; pero Adriano II, su sucesor, acogió calurosamente a los portadores de un regalo tan precioso. Después de juzgar la causa de los misioneros, Adriano II determinó conferir a Cirilo y Metodio el episcopado, aprobó la ordenación sacerdotal de los eslavos convertidos y alabó el empleo de la lengua eslava en la liturgia.

Aunque el Breviario de la Iglesia de occidente considera como obispos a los dos hermanos, no parece que San Cirilo haya sido realmente consagrado, ya que murió cuando se hallaba en Roma, el 14 de febrero de 869. Según la versión italiana de la leyenda, después de la muerte de San Cirilo, San Metodio dijo a Adriano II: "El último deseo de nuestra madre, cuando dejamos la casa paterna para ir a evangelizar el país en que hemos trabajado hasta ahora, con la gracia de Dios, fue que, al morir uno de nosotros dos, el otro se encargase de transportar su cadáver para darle sepultura en nuestro monasterio. Así pues, os ruego que me ayudéis en esta empresa." El Papa estaba dispuesto a ayudar a San Metodio, pero sus consejeros le dijeron: "No conviene que dejemos salir de la ciudad el cuerpo de un hombre tan distinguido, que enriqueció nuestra ciudad con tan extraordinarias reliquias, que ganó al cristianismo naciones tan remotas y que murió entre nosotros." El Papa concedió la razón a sus consejeros, y San Cirilo fue sepultado en la iglesia de San Clemente, donde se habían depositado las reliquias que él había llevado a Roma.

San Metodio se encargó de llevar adelante la empresa de evangelización. Después de recibir la consagración episcopal, volvió a su antigua misión, llevando consigo un documento en que la Santa Sede le recomendaba como hombre de "doctrina y ortodoxia perfectas". Kosel, príncipe de Panonia, pidió que se restableciese la antigua arquidiócesis de Sirmiun (actualmente Mitrovic); San Metodio fue nombrado arzobispo, y sus diócesis sufragáneas se extendían hasta las fronteras de Bulgaria. A pesar del apoyo y la aprobación del Sumo Pontífice, el clero germánico no cesó de poner obstáculos a la evangelización. Por otra parte, la situación política de Moravia había cambiado, ya que Svatopluk, sobrino de Rostislavo, se había aliado con Carlomán de Baviera y había expulsado a su tío. El año 870, San Metodio compareció ante un sínodo de obispos germánicos y fue encarcelado en una celda húmeda. El Papa Juan VIII no consiguió que le pusiesen en libertad sino hasta dos años más tarde y juzgó prudente retirar el permiso de predicar en eslavo (que era, según la llamaba el Pontífice, "una lengua bárbara").* Sin embargo, Juan VIII tuvo cuidado de recordar a los germanos que Panonia y todas las sedes del Ilírico dependían desde antiguo de la Santa Sede.

San Metodio continuó la evangelización durante los años siguientes. Pero Svatopluk se convirtió en enemigo suyo, porque el santo le echó en cara la vida licenciosa que llevaba. Así pues, el arzobispo fue acusado ante la Santa Sede, en 878, de seguir con las celebraciones litúrgicas en la lengua eslava y de omitir, heréticamente, la mención del Hijo en el Credo. (Advirtamos que en aquella época las palabras "su único Hijo" no se habían introducido todavía en todas partes y, ciertamente, no en Roma). Juan VIII convocó a Metodio a la Ciudad Eterna. Metodio consiguió probar su ortodoxia y convencer al Pontífice sobre la necesidad de emplear la lengua eslava. Aunque con ciertas reservas, Juan VIII aprobó nuevamente el empleo de dicha lengua, "porque Dios, que creó los tres principales idiomas —el hebreo, el griego y el latín—, también había creado otros para su honor y gloria". Desgraciadamente, accediendo a los deseos de Svatopluk, el Papa nombró también para la sede de Nitra, que era sufragánea de Sirmiun, a un sacerdote germánico llamado Wiching, que era enemigo acérrimo de San Metodio. Ese prelado, que era muy poco escrupuloso, llegó a falsificar documentos pontificios para perseguir a San Metodio. Después de la muerte del santo, Wiching obtuvo la sede de Sirmiun, desterró a los principales partidarios de su predecesor y anuló la mayor parte de su obra.

*Como San Metodio era bizantino, no tenía que predicar en latín sino en griego.

Según la versión de Panonia, San Metodio terminó en los cuatro últimos años de su vida la traducción de la Biblia al eslavo (excepto los libros de los Macabeos) y tradujo también una colección de leyes civiles y eclesiásticas bizantinas, llamada el "Nomokanon". Esto parece indicar que las circunstancias impedían al santo consagrarse enteramente a los asuntos misionales y episcopales, es decir, que estaba perdiendo la batalla contra la tendencia germánica. San Metodio murió probablemente en Stare Mesto (Velehrad) el 6 de abril de 884, consumido por el trabajo apostólico y la oposición de los que no estaban de acuerdo con sus métodos de evangelización. La liturgia de sus funerales se celebró en griego, en eslavo y en latín. "Las gentes acudieron con antorchas encendidas. Todo el pueblo se hallaba presente: hombres y mujeres, grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos, viudas y huérfanos, ciudadanos y forasteros, sanos y enfermos. Porque Metodio se había hecho todo a todos para ganar a todos para el cielo."

La fiesta de los Santos Cirilo y Metodio, que se había celebrado desde antiguo en la región donde trabajaron, fue extendida a toda la Iglesia de occidente por el Papa León XIII en 1880. Por tratarse de dos orientales que trabajaron en estrecha colaboración con la Santa Sede, se los considera como patronos especiales de la unidad de la Iglesia y de las obras que se dedican a promover la unión con las Iglesias eslavas disidentes. Los católicos checos, eslavos y crotas, así como los servios y búlgaros ortodoxos, les profesan especial devoción. Los nombres de los dos santos aparecen en la preparación de la misa bizantina de rito eslavo.

La vida de estos dos santos está íntimamente relacionada con una larga y complicada historia de rivalidades políticas y eclesiásticas. A pesar de todos los trabajos recientes sobre los documentos contradictorios, resulta todavía imposible determinar exactamente los hechos. Las fuentes representan dos tradiciones. La tradición de Panonia comprende las biografías de Constantino (Cirilo) y Metodio (Miklosich, *Die Legende von hl. Cyrillus* y la *Vita S. Methodii russico-slovenice et latine*, Viena, 1870), y una biografía griega de San Clemente de Okhrida (Migne, P. G., vol. CXXVI, cc. 1194-1240). En la tradición italiana de la leyenda hay una vida de San Cirilo "cum translatione sancti Clementis" (*Acta Sanctorum*, vol. II). La "leyenda morávica" es muy posterior a las otras dos tradiciones, que datan de

los siglos IX y X. Acerca de estas fuentes, véase F. Dvornik, *Les Slaves, Byzance, et Rome au IXe. siècle* (1926), y *Les legéndes de Constantin et de Méthodes vues de Byzance* (1933). Véase también J. B. Bury, *History of the Eastern Roman Empire* (1912); A. Lapôtre, *Le pape Jean VIII* (1895); L. K. Goetz, *Geschichte der Slavenapostel K. und M.* (1897); F. Grivec, *Die hl. Slavenapostel K. und M.* (1928); *Analecta Bollandiana*, vol. XLVII (1929), pp. 178-181; y Fliche y Martin, *Histoire de l'Eglise*, vol. VI, pp. 451-463.

SAN PANTENO (*c.* 200 P.C.)

SAN PANTENO, sabio Padre de la Iglesia y varón apostólico, vivió en el siglo II. En su juventud había sido un filósofo de la escuela de los estoicos. Según la tradición, llegó a ser director de la escuela catequética de Alejandría. Su saber y sus excelentes métodos pedagógicos elevaron dicha escuela por encima de todas las de los filósofos. Según la expresión de Clemente, las conferencias del santo, basadas en los textos más preciosos de los Profetas y de los Apóstoles, iluminaban los corazones de sus oyentes. En realidad, casi lo único que sabemos acerca de la vida de San Panteno es que enseñó con gran éxito en Alejandría, donde, según se dice, formó al famosísimo Clemente de Alejandría. El historiador Eusebio cuenta que había oído decir que San Panteno fue a predicar la fe a la India (tal vez Yemen y Etiopía) y que conoció ahí a los cristianos a los que San Bartolomé había dado el texto hebreo del Evangelio de San Mateo. Este testimonio, repetido por San Jerónimo, es uno de los argumentos más traídos y llevados por quienes sostienen que la Iglesia de la India fue fundada por un Apóstol. Eusebio afirma que San Panteno era un hombre de gran cultura y un ardiente y celoso predicador. El sobrenombre que se le da de "la abeja siciliana", prueba la laboriosidad del santo y la suavidad de su doctrina y alude, probablemente, a su país de origen. No se conserva ninguno de los escritos de San Panteno.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. II; y DCB., vol. IV, pp. 181-184. Zahn, Harnack y Bardenhewer estudiaron mucho la cuestión de la relación de San Panteno con Clemente de Alejandría. Véase sobre todo el artículo de G. Bardy sobre los orígenes de la escuela alejandrina, en *Recherches de science rèligieuse*, vol. XXVII (1937), pp. 65-90. Se ha emitido la hipótesis de que el santo es el autor de la *Epístola a Diogneto*: cf. H. I. Marrou, *A Diognète* (1951), p. 266.

SAN PALADIO, OBISPO (432 P.C.)

SAN PRÓSPERO de Aquitania cuenta en su crónica que, después de que Agrícola había esparcido el pelagianismo en las islas británicas, el diácono Paladio consiguió que San Germán de Auxerre fuese enviado a ese país a combatir la herejía. Esto aconteció el año 429. San Próspero añade que, el año 431, "Paladio fue consagrado obispo por el Papa San Celestino, quien le envió a los fieles de Irlanda". San Paladio desembarcó en Arklow de Leinster. A pesar de la oposición que encontró, consiguió convertir a algunos paganos, según lo dice la antigua biografía de San Patricio, y construyó tres iglesias: la de Cillen Cormac, cerca de Dunlavin; la de Tigroney, a orillas del Avoca, y la de Donard, al occidente del condado de Wicklow. Menos de un año después, Paladio, "viendo que no podía hacer ahí mucho bien y deseando volver a Roma, murió en el Señor, cuando se hallaba en el país de los pictos. Pero otros afirman que conquistó la corona del martirio en Irlanda." La verdad es que San Paladio murió en Escocia y que no fue mártir, a no ser que se le considere como tal, en sentido amplio, porque sufrió mucho para predicar el Evangelio a los enemigos de la fe. Tampoco puede sostenerse la opinión de que pasó veintitrés años en Escocia, ya que los primitivos escritores irlandeses afirman claramente que San Paladio murió poco después de su salida del país, en Fordun, cerca de Aberdeen. En dicha ciudad se veneraban sus reliquias en la Edad Media. La diócesis de Aberdeen celebra todavía la fiesta del santo, quien era probablemente de origen galorromano o galobritánico.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. II, Pero hay estudios más recientes sobre la cuestión de las fechas; cf. P. Grosjean, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIII (1945), pp. 73-86, 112-117. Véase nuestro artículo sobre San Patricio (17 de marzo).

SAN FELIX, OBISPO DE NANTES (582 P.C.)

UNO DE los más ilustres obispos de Nantes fue San Félix. Pertenecía a una noble familia de Aquitania y se distinguió por su virtud, elocuencia y saber. A fines del año 459, fue elegido obispo de Nantes, a los treinta y seis años de edad. Félix estaba casado; pero su mujer se retiró entonces a un convento, y él recibió las órdenes sagradas. El celo de San Félix por la disciplina y el buen orden se manifestó en la administración de su diócesis. Su caridad con los pobres no conocía otros límites que el de las necesidades de éstos. El predecesor del santo había proyectado construir una catedral dentro de las murallas de la ciudad; San Félix ejecutó el proyecto en forma espléndida. Más de una vez hubo de entrar en tratos con sus hostiles vecinos, los bretones. Aunque San Gregorio de Tours no siempre estuvo de acuerdo con su sufragáneo, dio testimonio de su santidad. Fortunato alaba particularmente a San Félix por las obras de beneficencia pública y, ciertamente, los panegíricos de Fortunato no pecan por su frialdad. El santo prelado murió el 6 de enero del año 582; pero su fiesta se celebra el 7 de julio, que es la fecha de la translación de sus reliquias.

Sabemos muy poco sobre San Félix, fuera de lo que cuentan Gregorio de Tours y los poemas de Venancio Fortunato. *Acta Sanctorum* cita por extenso los pasajes de ambos autores (julio, vol. II). La obra de Delanoue, *St. Félix de Nantes* (1907), no es seria desde el punto de vista histórico.

SANTAS ETELBURGA, ERCONGOTA y SETRIDA, VÍRGENES (*c.* 664 y 660 P.C.)

SANTA ETELBURGA era una de las hijas de Anna, rey de Anglia oriental. Recibió la gracia de la vocación religiosa y se trasladó a las Galias con su mediohermana, Santa Setrida. Santa Burgundófara las recibió en la abadía, conocida más tarde con el nombre de Faremoutier, en el bosque de Brie. Setrida sucedió a la fundadora en el cargo de abadesa. A la muerte de Setrida, Etelburga pasó a ocupar el puesto. Santa Etelburga empezó a construir una nueva iglesia para la abadía, pero murió antes de verla terminada. Fue sepultada ahí, pero como la construcción no se prosiguió después de la muerte de la santa, su cuer-

po fue trasladado, siete años más tarde, a la iglesia de San Esteban, aún en perfecto estado de conservación.

El Martirologio Romano y algunos martirologios ingleses mencionan a Santa Etelburga. Su nombre aparece también en el martirologio francés, bajo la forma francesa de Aubierge. Con ella vivió también su sobrina Santa Ercongota, hija de Erconberto, rey de Kent, y de Santa Sexburga. Beda dice que la razón por la que éstas y otras santas ingresaron en la vida religiosa en los monasterios de Faremoutiers, Celles y otros de la Galia, fue que había muy pocas instituciones de ese tipo en el país de los anglos. El mismo autor añade que Santa Ercongota fue muy famosa por sus milagros y que los ángeles le predijeron la fecha de su muerte; ello permitió a la santa despedirse de cada una de sus hermanas en religión y encomendarse a sus oraciones, después de lo cual, murió apaciblemente. Su cuerpo se conservó en la iglesia de San Esteban.

La principal fuente es la *Historia Ecclesiástica* de Beda, lib. III, c. 8; ver también las notas de Plummer. Beda escribe los nombres de estas santas en la forma siguiente: Aedilberg, Aearcongota y Sathryd. No hay huellas del culto de las dos últimas en Inglaterra. Cf. Stanton, *Menology*, pp. 13-14, 319-321, 324; y sobre todo H. M. Delsart, *Ste Fare* (1911), pp. 112-113 y 181-185.

BEATO BENEDICTO XI, PAPA (1304 P.C.)

NICOLÁS BOCCASINI nació en Treviso en 1240. Se educó en su ciudad natal y en Bolonia, donde tomó el hábito de Santo Domingo, a los dieciesiete años. En 1268, fue nombrado profesor y predicador en Venecia y Bolonia. En el ejercicio de su cargo, comunicó a otros las riquezas espirituales que había atesorado en el silencio y el retiro, sin dejar por ello de progresar en la vida interior. El beato compuso un volumen de sermones y escribió varios comentarios sobre la Sagrada Escritura, que se conservan todavía. Fue elegido prior provincial de Lombardía y, en 1296, fue nombrado superior general de la Orden de Predicadores. Dos años más tarde, recibió el capelo cardenalicio y, poco después, fue hecho obispo de Ostia. El Sumo Pontífice le envió a Hungría como legado *ad latere* para arreglar las diferencias que dividían el país. El cardenal empezaba con éxito su misión, porque su saber, su prudencia y su desinterés, le ganaban el respeto de todos, cuando fue súbitamente llamado de nuevo a Roma.

Desde tiempo atrás, la Santa Sede se hallaba en dificultades con el rey Felipe de Francia, quien había exigido considerables impuestos al clero para poder llevar adelante la guerra contra Inglaterra. Los cardenales Colonna se aliaron con el monarca francés contra Bonifacio VIII. Como el rey de Francia hubiese sustituido por un documento falso, el documento en el que dicho Pontífice afirmaba las prerrogativas pontificias, Bonifacio VIII publicó la bula "Unam Sanctam", en la que determinaba, entre otras cosas, las relaciones entre el poder espiritual y el poder temporal. Al año siguiente, Felipe convocó a un concilio general para que juzgara al Papa de los cargos, tan infames como falsos, presentados por el consejero real, Guillermo de Nogaret, y un caballero, Guillermo du Plessis.* Bonifacio tuvo que refugiarse en Agnani, abandonado de todos, excepto del cardenal obispo de Sabina y del cardenal obispo de Ostia, Nicolás Boccasini. Aconsejado y apoyado por ellos, Bonifacio procedió rápidamente y con vigor. Preparó la bula de excomunión contra el rey de Francia, pero la víspera de su promulgación, Nogaret y Sciarra Colonna, uno de los jefes del partido gibelino, irrumpieron en la residencia del Pontífice, a la cabeza de un grupo de esbirros armados y se apoderaron de Bonifacio VIII. Tres días después, el 11 de septiembre, los habitantes de Agnani pusieron en libertad al Papa, quien volvió a Roma. Ahí murió el 11 de octubre.

* Dichos personajes, muy duchos en esa clase de hazañas, desempeñaron más tarde un papel importante en la supresión de los Templarios a los que se acusaba de crímenes horribles.

El cardenal Nicolás Boccasini se hizo cargo de la difícil situación, pues fue elegido Papa dos semanas después y tomó el nombre de Benedicto XI. Inmediatamente se consagró a resolver el problema, con plena confianza en Dios y de acuerdo con su intachable rectitud. Pero en su breve pontificado apenas tuvo tiempo de dar los primeros pasos para restablecer la paz. La política del nuevo Pontífice fue de paz, sin comprometer por ello la actividad de su predecesor. Benedicto favoreció a los frailes mendicantes. Todos los cardenales nombrados por él eran dominicos; entre ellos se contaba a los ingleses Guillermo Maklesfield, arzobispo de Canterbury, que murió en Lovaina, antes de que llegase la noticia de su elevación al cardenalato y Walter Winterburn, arzobispo de Salisbury. El Papa siguió practicando las mortificaciones y penitencias de un fraile, así como la humildad y moderación que siempre le habían caracterizado. En cierta ocasión, su madre vestida en forma especialmente elegante, fue a visitarle a la corte pontificia pero Benedicto se negó a recibirla hasta que cambió sus vestidos por el modesto atuendo ordinario. Benedicto XI sólo reinó ocho meses y algunos días; sin embargo, en ese breve espacio, como lo dice el Martirologio Romano, "promovió extraordinariamente la paz de la Iglesia, el restablecimiento de la disciplina y el progreso de la religión". Murió súbitamente en Perugia, el 7 de julio de 1304. Su culto fue confirmado en 1736.

En BHL. se mencionan varias breves biografías de Benedicto XI (nn. 1090-1094); entre ellas se cuenta un resumen biográfico, debido a la pluma de Bernardo Guy, adoptado por el *Liber Pontificalis* (vol. II, pp. 471-472). Véase también Mortier, *Maîtres Généraux O. P.*, vol. II; H. Finke, *Aus den Togen Bonifaz VIII* (1902); las *Regesta* de Benedicto IX, editadas por C. Grandjean; y A. Ferrero, *B. Benedetto XI* (1934).

BEATOS ROGELIO DICKENSON Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (1591 P.C.)

EL 7 de julio de 1591, fueron ejecutados en Winchester los BEATOS ROGELIO DICKENSON y RAFAEL MILNER. La fecha exacta del martirio del BEATO LORENZO HUMPREY se desconoce. Rafael Milner era un campesino que había sido educado en el protestantismo. Viendo el contraste en la vida de sus vecinos católicos y protestantes, pidió ser instruido en el catolicismo y fue recibido en la Iglesia. El día mismo de su primera comunión fue encarcelado por ello. Estuvo prisionero varios años, aunque con frecuencia se le dejaba libre "bajo palabra". El beato aprovechaba esas ocasiones para conseguir limosnas y ayuda espiritual para sus compañeros de prisión y, con su conocimiento de la región, facilitaba el trabajo de los misioneros. Así conoció al P. Stanney, S.J., quien más tarde escribió su biografía en latín. El P. Stanney arregló las cosas de

suerte que el sacerdote diocesano Rogelio Dickenson pudiese ir a vivir a Winchester. El P. Dickenson era originario de Lincoln y había hecho sus estudios en Reims; durante varios años trabajó en el distrito de Winchester, donde Rafael Milner le prestó su colaboración.

La primera vez que el P. Dickenson fue arrestado consiguió escapar, gracias a que los guardias se embriagaron. Pero la segunda vez, hubo de comparecer ante el tribunal junto con Rafael Milner, quien había sido apresado con él. Los testigos acusaron al P. Dickenson de ser sacerdote y a Rafael Milner de haberle prestado ayuda. El juez, compadecido de Milner, quien era ya anciano y cuya mujer y ocho hijos se hallaban presentes, le aconsejó que hiciese, por pura fórmula, una visita a la parroquia protestante para salvar la vida. Pero, según Challoner, Milner contestó: "¿De suerte que vuestra señoría me aconseja que reniegue de Dios por salvar los bienes perecederos o por evitar una pena a mi mujer y a mis hijos? No, no puedo seguir un consejo tan contrario a las máximas del Evangelio". Dado que el P. Stanney afirma que Milner era iletrado, es de suponer que se trata de una paráfrasis de su respuesta. El Beato Rogelio Dickenson y el Beato Rafael Milner sufrieron juntos el martirio y forman una de las parejas más conmovedoras en la galería de los mártires ingleses.

El mismo tribunal condenó a muerte a siete doncellas nobles por haber permitido que el P. Dickenson celebrase la misa en sus respectivas casas; pero las siete fueron indultadas. Aunque dichas doncellas suplicaron que se les concediese la gracia de morir con su pastor, pues querían compartir el castigo como habían compartido con él la supuesta culpa, fueron nuevamente enviadas a la prisión.

Lorenzo Humphrey era un joven de buena conducta, educado en el protestantismo. El P. Stanney le convirtió a la fe católica durante una discusión. El jesuita dejó un corto escrito en el que alaba mucho las virtudes de su neófito, el celo con que instruía a los ignorantes y la solicitud con que atendió a sus compañeros de prisión. Cierta vez, Lorenzo Humphrey cayó gravemente enfermo y en su delirio decía que "la reina era una prostituta y una hereje". Cuando esto llegó a oídos de las autoridades, el beato fue encerrado en un calabozo de la prisión de Winchester, aun antes de haber recobrado del todo la salud. En el juicio confesó que era católico, pero negó haber pronunciado palabras injuriosas contra la reina. A pesar de ello, fue ahorcado, arrastrado y descuartizado. Tenía veintiún años al morir.

Ver MMP., pp. 168-169, 592-596, y Burton y Pollen, LEM.

8: SANTA ISABEL DE PORTUGAL, Viuda (1336 p.c.)

ISABEL era hija de Pedro III de Aragón. Nació en 1271. En el bautismo recibió el nombre de Isabel en honor de su tía abuela, Santa Isabel de Hungría. El nacimiento de la niña fue ya un símbolo de la actividad pacificadora que iba a ejercer durante toda su vida, puesto que, gracias a su venida al mundo, hicieron la paz su abuelo, Jaime, que ocupaba entonces el trono, y su

padre. La joven princesa era de carácter amable y, desde sus primeros años, dio muestras de gran inclinación a la piedad y a la bondad. Trataba de imitar todas las virtudes que veía practicar a su alrededor, porque le habían enseñado que era conveniente unir a la oración la mortificación de la voluntad propia para obtener la gracia de vencer la inclinación innata al pecado. Desgraciadamente, los padres de familia olvidan esto con frecuencia y acostumbran a sus hijos a desear desproporcionadamente las cosas de este mundo y a satisfacer todos sus caprichos. Ciertamente, la niñez no es la edad del ayuno, pero sí es la época en que se puede aprender la sumisión, la obediencia y el respeto del prójimo. Ninguna penitencia es más educativa para un niño que la de acostumbrarse a no comer entre comidas, a soportar con paciencia que no se cumplan todos sus deseos y a no complicar la vida a los demás. La victoria de Santa Isabel sobre sí misma se debió a la educación que recibió en la niñez.

A los doce años, Isabel contrajo matrimonio con el rey Dionisio de Portugal. Este monarca admiraba más la noble cuna, la belleza y las riquezas de su esposa que sus virtudes. Sin embargo, la dejó practicar libremente sus devociones, sin sentirse por ello llamado a imitarla. Isabel se levantaba muy temprano para rezar maitines, laudes y prima antes de la misa; por la tarde, continuaba sus devociones después de las vísperas. Naturalmente, consagraba algunas horas del día al desempeño de sus deberes domésticos y públicos. Comía con parsimonia, vestía con modestia, se mostraba humilde y afable con sus prójimos y vivía consagrada al servicio de Dios. Su virtud característica era la caridad. Hizo lo necesario para que los peregrinos y los forasteros pobres no careciesen de albergue y ella misma se encargaba de buscar y socorrer a los necesitados; además, proveía de dote a las doncellas sin medios. Fundó instituciones de caridad en diversos sitios del reino; entre ellas se contaban un hospital en Coimbra, una casa para mujeres arrepentidas en Torres Novas y un hospicio para niños abandonados. A pesar de todas esas actividades, Isabel no descuidaba sus deberes, sobre todo el respeto, amor y obediencia que debía a su marido, cuyas infidelidades y abandono soportaba con gran paciencia. Porque, aunque Dionisio era un buen gobernante, era un hombre vicioso. En su carrera pública era justo, valiente, generoso y compasivo, pero en su vida privada era egoísta y licencioso. La reina hizo lo imposible por atraerle a la virtud, pues la entristecían mucho los pecados de su esposo y el escándalo que daba con ellos y no cesaba de orar por su conversión. Su bondad era tan grande, que cuidaba cariñosamente a los hijos naturales de su marido y se encargaba de su educación.

Santa Isabel tuvo dos hijos: Alfonso, que sería el sucesor de su padre y Constancia. Alfonso dio desde muy joven muestras de poseer un carácter rebelde debido, en parte, a la preferencia que su padre daba a sus hijos naturales; se levantó en armas en dos ocasiones y en ambas, la reina consiguió restablecer la concordia. Pero las malas lenguas empezaron a esparcir el rumor de que Isabel apoyaba en secreto la causa de su hijo y el rey la desterró algún tiempo de la corte. La reina poseía realmente un talento muy notable de pacificadora; así, logró evitar la guerra entre Fernando IV de Castilla y su primo y entre el mismo príncipe y Jaime II de Aragón.

El rey Dionisio cayó gravemente enfermo en 1324. Isabel se dedicó a asistirle, de suerte que apenas salía de la cámara real más que para ir a misa. Durante su larga y penosa enfermedad, el monarca dio muestra de sincero

arrepentimiento. Murió en Santarem, el 6 de enero de 1325. La reina hizo entonces una peregrinación a Santiago de Compostela y decidió retirarse al convento de Clarisas Pobres que había fundado en Coimbra. Pero su confesor la disuadió de ello, e Isabel acabó por profesar en la Tercera Orden de San Francisco. Pasó sus últimos años santamente en una casa que había mandado construir cerca del convento que había fundado.

La causa de la paz, por la que había trabajado toda su vida, fue también la ocasión de su muerte. En efecto, la santa murió el 4 de julio de 1336 en Estremoz, a donde había ido en una misión de reconciliación, a pesar de su edad y del insoportable calor. Fue sepultada en la iglesia del monasterio de las Clarisas Pobres de Coimbra. Dios bendijo su sepulcro con varios milagros. La canonización tuvo lugar en 1626.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. II, hay una biografía de la santa que data casi de su época. En las crónicas hay muchos datos sobre la reina Isabel. Véase P. de Moucheron, *Ste Elizabeth d'Aragon* (1896); y un breve esbozo biográfico del P. V. McNabb (1937). La leyenda (que Butler relataba, siguiendo a muchos otros autores) del paje que se salvó milagrosamente de la muerte en un horno y probó así su inocencia, es una simple fábula, cuyos orígenes se remontan al folklore de la India. Ver Cosquin, en *Revue des questions historiques*, vol., LXXIII (1903); pp. 3-12, y vol. LXXIV, pp. 207-217; Formici, en *Archivio delle tradizione popolari*, vol. XXII (1903); pp. 9-30. La fábula del paje pasó a formar parte de la leyenda cristiana de Santa Isabel en 1562.

SANTOS AQUILA y PRISCILA O PRISCA (Siglo I)

LO POCO que sabemos sobre Aquila y Priscila procede de la Sagrada Escritura. Ambos eran discípulos de San Pablo. Como su maestro, viajaron mucho y cambiaron con frecuencia de lugar de residencia. La primera vez que nos hablan de ellos los Hechos de los Apóstoles (XVIII, 1-3), acababan de partir de Italia, pues el emperador Claudio había publicado un decreto por el que prohibía a los judíos habitar en Roma. Aquila era un judío originario del Ponto. Al salir de Italia, se estableció en Corinto con su esposa, Priscila. San Pablo fue a visitarlos al llegar de Atenas. Al ver que Aquila era, como él, fabricante de tiendas (pues todos los rabinos judíos tenían un oficio), decidió vivir con ellos durante su estancia en Corinto. No sabemos si San Pablo los convirtió entonces a la fe o si ya eran cristianos desde antes. Aquila y Priscila acompañaron a San Pablo a Efeso; ahí se quedaron, en tanto que el Apóstol proseguía su viaje. Durante la ausencia del Apóstol, instruyeron a Apolo, un judío de Alejandría "muy versado en las Escrituras", que había oído hablar del Señor a unos discípulos del Bautista. Durante su tercer viaje a Efeso, San Pablo se alojó en casa de Aquila y Priscila, donde estableció una iglesia. El Apóstol escribe: "Saluda a Priscila y Aquila y a la iglesia de su casa". Y añade unas palabras de gratitud por todo lo que habían hecho: "Mis colaboradores en Jesucristo, que expusieron la vida por salvarme. Gracias les sean dadas, no sólo de mi parte, sino de parte de todas las iglesias de los gentiles." Estas palabras se hallan en la epístola de San Pablo a los romanos, lo cual prueba que Aquila y Priscila habían vuelto a Roma y tenían también ahí una iglesia en su casa. Pero pronto volvieron a Efeso, pues San Pablo les envía saludos en su carta a Timoteo. El Martirologio Romano afirma que murieron en Asia Menor, pero, según la tradición, fueron martirizados en Roma. Una leyenda muy posterior relaciona a Santa Priscila con el "Titulus

Priscae", es decir, con la iglesia de Santa Prisca en el Aventino.

J. Ebersolt (1902) editó unas *actas* de Aquila y Priscila, que datan del siglo VII. Ver también R. Schumacher, en *Theologie und Glaube*, vol. XII (1920), pp. 86-89.

SAN PROCOPIO, MÁRTIR (303 P.C.)

UN CONTEMPORÁNEO de Eusebio, obispo de Cesarea, nos dejó un relato del martirio de San Procopio, el protomártir de la persecución de Diocleciano en Palestina, así como de algunos otros mártires conocidos en oriente con el nombre de "los Grandes". He aquí el texto de dicho relato:

"El primero de los mártires en Palestina fue Procopio. Era un varón lleno de la gracia divina, que desde niño se había mantenido en castidad y había practicado todas las virtudes. Había domado su cuerpo hasta convertirlo, por decirlo así, en un cadáver; pero la fuerza que su alma encontraba en la palabra de Dios, daba vigor a su cuerpo. Vivía a pan y agua; y sólo comía cada dos o tres días; en ciertas ocasiones, prolongaba su ayuno durante una semana entera. La meditación de la palabra divina absorbía su atención día y noche, sin la menor fatiga. Era bondadoso y amable, se consideraba como el último de los hombres y edificaba a todos con sus palabras. Sólo estudiaba la palabra de Dios y apenas tenía algún conocimiento de las ciencias profanas. Había nacido en Aelia (Jerusalén), pero residía en Escitópolis (Betsán), donde desempeñaba tres cargos eclesiásticos. Leía y podía traducir el sirio, y arrojaba los malos espíritus mediante la imposición de las manos.

"Enviado con sus compañeros de Escitópolis a Cesarea, fue arrestado en cuanto cruzó las puertas de la ciudad. Aun antes de haber conocido las cadenas y la prisión, se encontró ante el juez Flaviano, quien le exhortó a sacrificar a los dioses. Pero él proclamó en voz alta que sólo hay un Dios, creador y autor de todas las cosas. Esta respuesta impresionó al juez. No encontrando qué replicar, Flaviano trató de persuadir a Procopio de que por lo menos ofreciese sacrificios a los emperadores. Pero el mártir de Dios despreció sus consejos. 'Recuerda —le dijo— el verso de Homero: No conviene que haya muchos amos; tengamos un solo jefe y un solo rey'. Como si estas palabras constituyesen una injuria contra los emperadores, el juez mandó que Procopio fuese ejecutado al punto. Los verdugos le cortaron la cabeza, y así pasó Procopio a la vida eterna por el camino más corto, al séptimo día del mes de Desius, es decir, el día que los latinos llaman las nonas de julio, el año primero de nuestra persecución. Este fue el martirio que tuvo lugar en Cesarea."

Es difícil comprender cómo un relato tan sencillo e impresionante pudo dar origen a las increíbles leyendas que se inventaron posteriormente sobre San Procopio. Esas fábulas, tan asombrosas como absurdas, transformaron al austero monje en un aguerrido soldado y, con el andar del tiempo, dieron origen en Persia a tres figuras diferentes: el asceta, el soldado y el mártir. Según la forma primitiva de la leyenda, San Procopio, en su discusión con el juez, citaba los nombres de Hermes Trimegisto, Homero, Platón, Aristóteles, Sócrates, Galeno y Escamandro, para probar la unicidad de Dios; sufría las más increíbles for-

mas de tortura y paralizaba el brazo de su verdugo. Más tarde, la leyenda convirtió al santo en un duque de Alejandría y en autor de los milagros más fabulosos; su conversión al cristianismo tuvo por causa una visión de San Pablo y del "Labarum"; con el arma de una cruz milagrosa, dio muerte a seis mil bárbaros que merodeaban por la región; además, convirtió en la prisión a un regimiento de soldados y a siete nobles matronas y obró mil prodigios por el estilo. Los milagros que esta leyenda atribuía a San Procopio fueron posteriormente incorporados en las "actas" de San Efisio de Cagliari y de un mártir desconocido, llamado Juan de Constantinopla. La evolución de la leyenda de San Procopio, si es que puede llamarse evolución a esta serie de saltos arbitrarios, en la cronología y en la historia, es un caso típico en la hagiología. Felizmente, el sobrio relato de Eusebio nos ha revelado la verdad histórica.

El P. Delehaye consagra todo un capítulo de *Las Leyendas de los Santos* (c. v), a la transformación de San Procopio en soldado. El mismo autor publicó el mejor de los textos griegos en *Les légendes grècques des saints militaires*, pp. 214-233).

SAN QUILIANO y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (*c.* 689 P.C.)

QUILIANO era un monje irlandés. En el año 686, antes o después de recibir la consagración episcopal, partió a Roma con once compañeros, y el Papa Conon le encargó predicar el Evangelio en Franconia (Baden y Baviera). El santo, asistido por el sacerdote Colmano y el diácono Totnano, convirtió y bautizó a numerosos paganos en Würzburg. Entre dichos convertidos figuraba el duque de la ciudad, Gosberto. Una biografía medieval narra en la forma siguiente el martirio de San Quiliano: El duque había contraído matrimonio con Geilana, la viuda de su hermano. San Quiliano le indicó que tal matrimonio era inválido, y el duque prometió separarse de Geilana; pero ésta, enfurecida, aprovechó la ausencia de su esposo, quien había partido a una campaña militar, para que sus esbirros decapitaran a los tres prisioneros. Consta con certeza que Quiliano, Colmano y Totnano evangelizaron realmente la Franconia y la Turingia oriental y que fueron mártires; pero hay razones para dudar sobre la autenticidad de la leyenda que acabamos de relatar. Algunos autores atribuyen el asesinato a Gosberto y tal versión no es verosímil, ya que, dadas las circunstancias y la época, es probable que Gosberto y Geilana hayan tratado de suprimir, de común acuerdo, a aquellos misioneros que predicaban una doctrina tan exigente en cuestiones de moral. El culto de San Quiliano existió en Irlanda, así como en las diócesis de Würzburg, Viena y algunas otras.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. II, hay dos biografías medievales de San Quiliano. Véase también Gougaud, *Gaelic Pioneers of Christianity*, pp. 140-141, y *Les saints irlandais hors d'Irlande*, pp. 125-129. Las obras más recientes se hallan citadas en *Analecta Bollandiana*, vol. LXXI (1953), pp. 450-463.

SANTA WITBURGA, VIRGEN (*c.* 743 P.C.)

WITBURGA era la hija menor de Anna, rey de Anglia oriental. Lo mismo que sus santas hermanas, Witburga se consagró al servicio divino y durante varios

años llevó una vida de gran austeridad en Holkham, cerca de la costa de Norfolk, donde más tarde se edificó una iglesia en su honor. A la muerte de su padre, la santa se transladó a Dereham, que es actualmente un centro comercial de Norfolk, pero en aquella época era un sitio muy tranquilo y retirado. Ahí se le reunieron otras devotas doncellas. Witburga empezó entonces a construir un monasterio y una iglesia, pero no llegó a verlos terminados. Su muerte ocurrió el 17 de marzo de 743. La santa fue sepultada en el atrio de la iglesia de East Dereham; cincuenta años después, su cuerpo, que estaba perfectamente conservado, fue transladado al interior de la iglesia. El año 974, Britnoto, abad de Ely, transladó a su abadía el cuerpo de Santa Witburga y lo enterró junto a los de sus dos hermanas. En 1106, los restos de cuatro santas fueron transladados al altar mayor de la nueva iglesia abacial: de Santa Sexburga y Santa Ermenilda no quedaban más que los huesos, el cuerpo de Santa Etelreda estaba entero, y el de Santa Witburga se conservaba fresco y flexible. Estos datos provienen del monje Tomás de Ely, quien escribió su historia de la abadía un año después de los hechos. El mismo autor afirma que brotó una fuente de agua clara en el sitio del atrio de la iglesia de Dereham, donde había estado sepultado el cuerpo de Santa Witburga; dicha fuente se conoce todavía en la actualidad con el nombre de la santa.

El relato de Tomás de Ely puede verse en la obra de Wharton, *Anglia Sacra*, donde se halla también una cita referente a Santa Witburga, tomada de *Gesta Pontificum* de Malmesbury. Véase Stanton, *Menology*, pp. 325 y 328.

SAN ADRIANO III, PAPA (885 P C.)

SAN ADRIANO sucedió al Papa Marino I en el año 884, durante una época particularmente tumultuosa de la historia del pontificado. El nuevo Pontífice adoptó al rey de Francia, Carlomán, por hijo espiritual y tomó medidas para impedir que el obispo de Nîmes siguiese molestando a los monjes de la abadía de Saint Giles. También se dice que castigó con una severidad digna de sus crímenes al antiguo cortesano, Jorge del Aventino, y a la rica viuda de otro cortesano que había sido asesinado en el atrio de San Pedro. Como es bien sabido, en la Roma de fines del siglo IX se cometieron crímenes horribles. El año 885, el emperador Carlos el Gordo invitó a San Adriano a una dieta reunida en Worms. Ignoramos qué razones tenía para invitar especialmente al Papa; en todo caso, el emperador no llegó a ver cumplidos sus deseos, pues San Adriano enfermó durante el viaje y murió en Módena, en julio o en septiembre. Fue sepultado en la iglesia abacial de San Silvestre de Nonántola. El pontificado de San Adriano duró catorce o dieciséis meses; lo poco que sabemos sobre él, no nos proporciona ningún detalle sobre su santidad personal, pero lo cierto es que, desde su muerte, empezó a venerársele como santo en Módena. Su culto fue confirmado en 1891. Durante el breve pontificado de San Adriano III, Roma se vio asolada por la carestía y el Papa hizo cuanto estuvo en su mano por aliviar los sufrimientos del pueblo. Flodoardo, el cronista de la diócesis de Reims, le alaba como padre de sus hermanos en el episcopado.

Véase el *Liber Pontificalis*, vol. II, p. 225; y Mann, *Lives of the Popes*, vol. III, pp. 361-367.

SAN RAIMUNDO DE TOULOUSE (1118 P.C.)

RAIMUNDO Gayrard nació en Toulouse, a mediados del siglo XI. Sus padres le consagraron al servicio de la iglesia de San Sernin, de la que Raimundo fue miembro del coro. A la muerte de su esposa, con la que había sido muy feliz, el santo se entregó enteramente al socorro de los pobres, de los infortunados y de cuantos necesitaban alguna ayuda, con verdadero espíritu de caridad cristiana. Su bondad para con los judíos provocó algunas murmuraciones, no sólo porque éstos siempre se ayudan mutuamente, sino porque en aquella época, el pueblo no acataba el buen ejemplo de la Santa Sede, cuya actitud respecto de los judíos era de benevolencia y protección. San Raimundo fundó y dotó también una residencia gratuita para trece clérigos pobres, en memoria del Señor y de los doce Apóstoles, y construyó dos puentes de piedra.

Finalmente el santo fue nombrado canónigo de la colegiata de San Sernin, donde dio ejemplo de sujeción a la regla y de observancia de la vida en común. Pero la actividad de San Raimundo dejó mayor huella en la construcción de la iglesia de San Sernin, cuya abundante colección de reliquias la convirtió en uno de los santuarios más famosos de la Edad Media. San Raimundo murió el 3 de julio de 1118 y fue sepultado en la residencia para clérigos pobres que había fundado. Los Canónigos Regulares de San Juan de Letrán celebran la fiesta de San Raimundo el 8 de julio. En su tumba ocurrieron numerosas curaciones milagrosas. Su culto fue aprobado en 1652.

Casi todo lo que sabemos sobre este santo proviene de las lecciones latinas de un oficio compuesto por lo menos un siglo después de su muerte. Véase *Acta Sanctorum*, julio, vol. I; y M. Aubert, *L'église Saint-Sernin de Toulouse* (1933).

BEATO EUGENIO III, PAPA (1153 P.C.)

EUGENIO III, a quien San Antonino señala como a "uno de los Pontífices más grandes y que más sufrieron", nació en Montemagno, entre Pisa y Lucca, probablemente entre los miembros de la familia Paganelli. Recibió en el bautismo el nombre de Pedro. Después de ocupar un cargo en la curia episcopal de Pisa, ingresó en 1135 al monasterio cisterciense de Claraval. En religión tomó el nombre de Bernardo, y San Bernardo fue su superior en aquel monasterio. Cuando el Papa Inocencio II pidió que algunos cistercienses fuesen a Roma, San Bernardo envió a su homónimo como jefe de la expedición. Los cistercienses se establecieron en el convento de San Anastasio (Tre Fontane), donde el abad Bernardo se ganó la admiración y el cariño de todos. Una de las principales dificultades de la comunidad era que el monasterio estaba situado en una región malsana. En una de sus cartas, San Bernardo compadecía a sus hermanos, pero al mismo tiempo les aconsejaba que se guardasen de abusar de las medicinas, diciéndoles que ello sería contrario a su vocación y nocivo a su salud.

A la muerte del Papa Lucio II, en 1145, los cardenales eligieron para sucederle a Bernardo, el abad de San Anastasio. La elección fue una sorpresa para Bernardo y sus monjes. En realidad, no sabemos qué fue lo que movió a los cardenales a elegir a Bernardo; tal vez, fue simplemente su santidad. San Bernardo de Claraval, que tampoco se esperaba la noticia, escribió a los electores: "Dios os perdone lo que habéis hecho . . . Habéis enredado en los asuntos

públicos y arrojado a la vorágine de las multitudes a quien había huído de ambas cosas . . . ¿Acaso no había entre vosotros hombres sabios y experimentados, capaces de ejercer el pontificado? A decir verdad, parece absurdo que hayáis elegido a un hombre humilde y de fuerzas insuficientes para vigilar a los reyes, gobernar a los obispos y disponer de reinos e imperios. No sé si hay que considerar este hecho como ridículo o como milagroso". San Bernardo escribió también al nuevo Papa en términos muy francos: "Si es Cristo el que os envía, tened en cuenta que estáis llamado, no a ser servido sino a servir... Espero que el Señor me conceda ver retornar la Iglesia a la época en que los Apóstoles echaban las redes para pescar almas y no plata y oro." El nuevo Pontífice tomó el nombre de Eugenio. Pero el senado romano se opuso a su consagración, si no reconocía antes los derechos soberanos que el senado había usurpado. Como no pudo oponerles resistencia, Eugenio III huyó a la abadía de Farfa, donde fue consagrado. Después se trasladó a Viterbo, donde hizo frente a Arnoldo de Brescia, el enemigo de San Bernardo y del alto clero, que había sido condenado junto con Pedro Abelardo, para tratar de devolverle al camino recto. Lo consiguió tan cabalmente, que Arnoldo abjuró de sus errores y prometió obediencia. El Pontífice le absolvió, pero tuvo la mala ocurrencia de enviarle a Roma en una peregrinación de penitencia. Aquel viaje fue una desgracia, porque el ambiente romano acabó bien pronto con los buenos propósitos de Arnoldo, quien se convirtió en el jefe de los enemigos del Papa. Eugenio III tuvo que abandonar la Ciudad Eterna por segunda vez y, en enero de 1147, aceptó con gusto la invitación que le hizo Luis VII de que fuese a predicar la cruzada en Francia. La segunda Cruzada empezó en el verano del mismo año, bajo el mando del rey de Francia, y resultó un completo fracaso. Eugenio III, intimidado por el desastre y por las vidas humanas que había costado, se negó a seguir el consejo de San Bernardo y del abad Sugerio, regente de Francia, quienes le proponían que predicase de nuevo la cruzada para conseguir refuerzos. El Papa permaneció en Francia hasta que el clamor popular por el fracaso de la cruzada le hizo imposible la vida. Durante su estancia en aquel país, presidió los sínodos de París, Tréveris y Reims, que se ocuparon principalmente de promover la vida cristiana; también hizo cuanto pudo por reorganizar las escuelas de filosofía y teología. De acuerdo con el consejo de San Bernardo, Eugenio III alentó a Santa Hildegarda, autora de varias obras místicas. En una carta que le escribió, le decía: "Nos felicitamos y os felicitamos por las gracias y revelaciones que Dios os ha concedido. Pero aprovechamos la ocasión para recordaros que Dios resiste a los orgullosos y favorece a los humildes. Guardaos de malgastar la gracia que hay en vos y corresponded a vuestra vocación espiritual siendo muy cauta en lo que escribís". En mayo de 1148, el Pontífice volvió a Italia. Como todas las negociaciones resultasen inútiles, excomulgó a Arnoldo de Brescia (quien en sus peores momentos presagiaba a los demagogos doctrinarios de épocas posteriores) y se preparó a emplear la violencia contra los romanos. Pero éstos, temerosos de los horrores de la guerra, se apresuraron a aceptar las condiciones de Eugenio III, quien volvió a establecerse en Roma a fines de 1149.

Por esa misma época, San Bernardo dedicó al Sumo Pontífice su tratado ascético *De Consideratione*, que es una de sus obras más famosas. El santo afirmaba que el Papa tenía por principal deber atender a las cosas espirituales

y que no debía dejarse distraer demasiado por los "asuntos malditos" de que, necesariamente, tenía que ocuparse, como por ejemplo, los litigios con "hombres ambiciosos, avaros, simoníacos, sacrílegos, venales, incestuosos y, en fin, toda clase de monstruos humanos". El Papa es el "pastor universal", la "cabeza del clero", el jefe "de la Iglesia Universal, extendida por todo el mundo". Por otra parte, "no es más que un hombre y debe mantenerse en la humildad, sin caer en la acepción de personas; debe trabajar incansablemente, sin complacerse en el éxito de su trabajo. Jamás ha de recurrir al uso de la espada cuando fracasan las armas espirituales, porque eso toca al emperador. En la corte papal debe reinar la justicia, y la virtud debe florecer en su casa. Por encima de todo ha de buscar a Dios, más en la oración que en el estudio."

Era imposible que un Pontífice, si se esforzaba por seguir tales consejos, no alcanzase la santidad. Tal vez bajo la influencia del escrito de San Bernardo, Eugenio III partió de Roma en el verano de 1150 y permaneció dos años y medio en la Campania, procurando obtener el apoyo del emperador Conrado III y de su sucesor, Federico Barbarroja.

Eugenio III hubo de ocuparse de algunos asuntos de la Iglesia de Inglaterra. El rey Esteban había prohibido que los obispos ingleses asistieran al sínodo de Reims, realizado en 1148 y desterró a Teobaldo de Canterbury por haber desobedecido sus órdenes. Eugenio III estuvo a punto de excomulgar al rey. En el sínodo de Reims el Papa depuso al arzobispo de York, Guillermo, a causa de algunas irregularidades de su elección y del celo indiscreto de sus partidarios. Guillermo soportó la pena con tal mansedumbre, que fue canonizado más tarde; varias diócesis de Inglaterra celebran todavía su fiesta (8 de junio). Eugenio III aprobó la regla de la orden fundada en Norfolk por San Gilberto de Sempringham. En 1152 envió como legado a Escandinavia al cardenal Nicolás Breakspear, "el Apóstol del norte", quien llegaría a ser, con el tiempo, el único Papa inglés, con el nombre de Adriano IV. Eugenio III envió, además, un legado al sínodo de Kells, con los palios para los metropolitanos de Armagh, Dublin, Cashel y Tuam, y confirmó, en esa ocasión, un arreglo que se mantiene en vigor.

Eugenio III murió en Roma, siete meses después de su regreso a la Ciudad Eterna, el 8 de julio de 1153. Su culto fue aprobado en 1872. Rogelio de Hoveden, un cronista inglés de la época, dice de él que "fue digno de la altísima dignidad pontificia. Era de natural muy bondadoso, de una discreción extraordinaria y su rostro no sólo manifestaba alegría, sino júbilo." Esta última característica es muy de admirar, dado lo que Eugenio III tuvo que sufrir. El santo conservó siempre un corazón de monje, y jamás depuso el hábito ni las austeridades de los cistercienses. Al hablar de él, Pedro de Cluny escribía a San Bernardo: "Jamás he tenido un amigo más fiel, un hermano más digno de confianza, un padre más amable. Siempre está dispuesto a escuchar y habla con maestría. Por otra parte, no trata a los que se acercan como superior, sino como si fuese su igual o aun inferior a ellos. No hay en él el menor rastro de arrogancia o de espíritu de dominación; todo él respira justicia, humildad y equilibrio".

El Cardenal Boso, contemporáneo de Eugenio III, escribió una breve biografía (*Liber Pontificalis*, ed. Duchesne, II, 236). También se encontrarán algunos datos en la *Historia Pontificalis* de Juan de Salisbury (en MGH., *Scriptores*, vol. XX, pp. 516-545). En las crónicas de la época, particularmente en las que se refieren a Arnoldo de Brescia, hay numerosos materiales. Ver Mann, *The Lives of the Popes*, vol. IX, pp. 127-220; G. Sainati, *Vita del B. Eugenio III* (1874); y H. Gleber, *Papst Eugen III* (1936), acerca de la política de este Pontífice.

9: NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE CHIQUINQUIRA, PATRONA PRINCIPAL DE BOGOTÁ Y DE COLOMBIA (1586 P.C.)

ENTRE LAS más célebres y veneradas imágenes de la Madre de Dios en la América del Sur, figura en lugar prominente un cuadro que representa a Nuestra Señora del Rosario, pintado al temple sobre un burdo lienzo de manta de algodón a mediados del siglo XVI y maravillosamente conservado, que fue objeto de una milagrosa renovación que extendió el culto y la devoción por esa imagen hasta nuestros días, cuando se la venera como Reina y Patrona de Colombia, bajo la advocación de Nuestra Señora de Chiquinquirá. En la población del mismo nombre, situada a 157 kilómetros de Bogotá, la Virgen tiene un suntuoso y monumental santuario que es el centro del fervor de la católica Colombia, ufana de que la Madre de Dios la haya escogido para asiento de su grandeza y trono de su misericordia.

Cuentan las crónicas que, en 1538, consumada la conquista de lo que hoy es el territorio de Colombia, el capitán Gonzalo Jiménez de Quesada comenzó a organizar el gobierno de las nuevas tierras. A uno de los soldados que le acompañaron en la empresa, llamado Antonio de Santana, le encargó del gobierno de los pobladores de dos aldeas vecinas: la de Suta (que ahora se llama Marchán) y la de Chiquinquirá, con el título de encomendero. Como Antonio era muy piadoso y tenía particular devoción por la Virgen del Rosario, tan pronto como se vio en su puesto de mando, hizo construir una modesta capilla de cañas, tierra y paja, con la intención de rendir culto en ella a Nuestra Señora y exponerla a la veneración pública. Terminada la construcción, recurrió a los buenos oficios de un pintor, llamado Alonso de Narváez, para que le copiase, en mayor tamaño, la imagen de una deteriorada estampa que tenía consigo. El artista puso manos a la obra: clavó en el bastidor una manta de algodón burdamente tejida por los indios y más ancha que larga, puesto que no había otro lienzo del cual echar mano y comenzó a mezclar tierras de colores con el zumo de algunas yerbas para reproducir la figura. Con aquellos medios rudimentarios y primitivos, el hábil Alonso de Narváez hizo una hermosa pintura de la Virgen en la parte central del lienzo; pero en ambos lados quedaban unos espacios en blanco que afeaban el conjunto, por lo que el artista decidió llenarlos con las figuras de San Andrés Apóstol y San Antonio de Padua.

El encomendero Antonio de Santana quedó muy complacido con la obra, colocó el cuadro en su modesta capillita de tierra, en Suta y, desde aquel momento, comenzó a propagar la devoción por su amada Virgen del Rosario entre los pobladores del lugar.

No tardaron mucho los indios de la comarca en rendir culto a la imagen y, a diario, acudían a visitarla y a depositar ofrendas en su altar. Sin embargo, la organización del Virreinato de Nueva Granada (Colombia), reclamaba los servicios del encomendero que debió ausentarse de Suta, y su capilla, abandonada a las inclemencias del tiempo, se deshacía en ruinas. Por un enorme agujero

abierto en el techo entraban las lluvias, la tierra y el viento, para caer directamente sobre la imagen, de manera que, en 1565, diez años después de haber sido pintada, el cura párroco de Suta, Juan Alemán de Leguizamón, por encargo del Sr. de Santana, que ya vivía en Bogotá, se allegó a la arruinada capillita y encontró el cuadro tan desteñido, manchado, sucio y desgarrado (los testigos dijeron que eran seis los rasgones más grandes de la tela), que lo quitó del altar y lo dejó arrumbado en la casa deshabitada del antiguo encomendero. Este murió al año siguiente en la capital del Virreinato y su viuda, Doña Catalina, llegó a Suta para quitar su casa y establecerse en la vecina población de Chiquinquirá. Al cuadro de la Virgen se lo llevó consigo y, sin preocuparse por hacerle la menor reparación, lo dejó en un rincón del pequeño oratorio particular que se hizo construir en el jardín de su nueva casa.

Ahí permanecía, igualmente descolorida y rota, diez o doce años después, hasta 1585, cuando llegó a vivir a Chiquiquirá una pariente de Doña Catalina llamada María Ramos. Esta mujer tenía una acendrada devoción por la Virgen del Rosario y, no bien reparó en la imagen abandonada y en el estado lamentable en que se encontraba, lo limpió, lo arregló lo mejor que pudo y lo expuso en el sitio principal del oratorio. Como antaño lo había hecho el de Santana, su pariente Doña María fomentó la devoción a la imagen, se preocupó por mantener limpia y adornada la capillita y no pasaba día sin que fuese a rezar ante la Virgen del Rosario; una de sus peticiones más ferviente era la de ver renovada la borrosa pintura para contemplar a su gusto el rostro de la Madre de Dios.

Al año siguiente, el 26 de diciembre de 1586, cuando María Ramos se disponía a salir de la capilla, una de sus criadas le llamó la atención sobre la apariencia que mostraba el cuadro. "¡Mira, señora!", le dijo casi a gritos. "Parece que la Madre de Dios se sale de su lugar y brilla como si se estuviera quemando". Doña María quedó asombrada al ver que, efectivamente, los colores que minutos antes había visto desteñidos y borrosos, aparecían de pronto vivos y brillantes, los trazos nítidos y, además, la figura de la Virgen estaba rodeada por un resplandor maravilloso. Toda la población de Chiquinquirá fue testigo de la prodigiosa transformación el mismo día; la fama del suceso se extendió por toda la comarca, comenzaron las romerías y peregrinaciones y las autoridades eclesiásticas intervinieron. La primera encuesta judicial tuvo lugar quince días después del suceso, por iniciativa del señor cura de Suta, padre Juan de Figueredo, quien, al convencerse del prodigio, inició la construcción de una iglesia más amplia y firme para el cuadro de la Virgen. Una segunda encuesta, con la intervención del arzobispo de Bogotá y otros altos prelados y autoridades civiles, se llevó a cabo en 1587.

Una vez que quedó debidamente certificada la autenticidad de la prodigiosa transformación de la pintura, su renombre se extendió rápidamente. Los principales personajes de la historia nacional le rindieron homenaje y, en 1815, prestó sus joyas a los insurgentes para combatir a los realistas. En 1608, se inauguró en el mismo lugar del milagro, una iglesia amplia y firme, que se puso al cuidado de los frailes predicadores de Santo Domingo, quienes establecieron un convento y una hostería en Chiquinquirá. La devoción por la Virgen del Rosario creció más todavía, sobrepasó las fronteras del país y atrajo a millares de peregrinos, cuando se propagaron las noticias de las curaciones maravillosas que se operaban en el santuario, por intercesión de la Madre de Dios. El nuevo templo fue insuficiente para contener a tan elevado número de visitantes y, en 1801, fue colocada la primera piedra del magnífico y monumental santuario actual. Doce años después, sin estar concluida la obra, la imagen fue trasladada a su nueva casa y, en 1824, fue consagrado el santuario de Chiquinquirá, un templo colosal, todo de piedra, con dos torres de 37 metros de altura, tres naves en el interior y quince capillas, correspondientes a los misterios del Rosario, en torno al altar mayor, donde está el cuadro maravillosamente conservado y materialmente cubierto de riquísimas joyas.

El 9 de julio de 1919, la Virgen del Rosario fue trasladada en procesión desde Chiquinquirá hasta Bogotá donde, en solemnísima ceremonia, fue coronada como Reina y Patrona de Colombia. En la misma fecha, se estableció una fiesta, con misa y oficio propios. Con sus nuevos títulos, la venerada imagen fue devuelta al trono de su santuario donde recibe amorosa, como una verdadera Madre, a las multitudes que acuden a postrarse a sus pies y no cesa de derramar bendiciones sobre sus hijos a los que ampara bajo su piadosa protección.

Los datos para este artículo fueron tomados de *Verdadera Histórica Relación del Origen y prodigiosa transformación de la Santísima Virgen de Chiquinquirá*, de Fr. Pedro de Tobar y Buendía, O.P. (1694), así como de la *Historia de la Provincia de San Antonino, en Nueva Granada* de Fr. Alfonso de Zamora, O.P. *Cf.* también, *Historia de la Milagrosa Imagen de Chiquinquirá*, de Fr. A. Mesanza, O.P. y *Revista Histórica* (Lima), vol. II, 1907.

SAN JUAN FISHER, Obispo de Rochester y Cardenal, Mártir (1535 p.c.)

San Juan Fisher, obispo, cardenal y mártir, nació en 1469, en Beverley, ciudad de la que otro santo, llamado también Juan, había tomado su nombre ocho siglos antes. El padre de Juan, modesto comerciante, murió cuando sus hijos eran todavía muy jóvenes. A los catorce años, Juan fue a estudiar en la Universidad de Cambridge. Se distinguió tanto en los estudios, que fue nombrado catedrático en el famoso colegio Michaelhouse, el cual, desde entonces, se unió al Trinity College. A los veintidós años obtuvo la dispensa de edad para ordenarse sacerdote y llegó a ser, sucesivamente, doctor en teología, director de Michaelhouse y vicecanciller de la Universidad. En 1502, renunció a su cátedra para ejercer el cargo de capellán de la madre del rey Margarita Beaufort, condesa de Richmond y Derby. Según parece, Margarita Beaufort había conocido al P. Fisher siete años antes, cuando éste había ido a la corte que se hallaba en Greenwich para arreglar algunos asuntos de la Universidad. Como todas las otras personas que le conocían, Margarita Beaufort quedó impresionada de su saber y de su santidad. La madre del rey era una mujer muy inteligente, erudita y rica, que había vivido en un mundo de intrigas y políticas con los tres esposos que tuvo. Al quedar viuda por tercera vez, decidió consagrar el resto de su vida a Dios, bajo la dirección del P. Fisher.

Guiada por el santo, Margarita empleó sabiamente su fortuna. Entre otras cosas fundó en la Universidad de Cambridge los colegios de Cristo y de San Juan para sustituir a otros colegios antiguos que estaban en plena decadencia y estableció en la Universidad de Oxford una cátedra de teología. La Universidad de Cambridge considera a Margarita Beaufort como su principal bienhechora, con toda justicia. Desgraciadamente, dicha Universidad olvidó con mayor faci-

lidad lo que debe a Juan Fisher. Cuando el santo llegó a Cambridge, los estudios estaban en decadencia; no se enseñaba el griego ni el latín, y la biblioteca de la Universidad no tenía más que trescientos volúmenes. Ahora bien, Juan Fisher no sólo se ocupó de todos los asuntos administrativos relacionados con las fundaciones de Margarita Beaufort, sino que trabajó mucho por fomentar los estudios en la Universidad; fundó varias becas, introdujo nuevamente el griego y el hebreo en el programa y consiguió que Erasmo fuese a enseñar en Cambridge.

En 1504, Juan Fisher fue elegido canciller de la Universidad y desempeñó ese oficio hasta su muerte. Poco después, en el mismo año, el rey Enrique VIII le nombró obispo de Rochester, aunque sólo tenía treinta y cinco años. El santo aceptó, no sin cierta repugnancia, esa dignidad que venía a sumarse al trabajo que tenía ya en la Universidad. A pesar de ello, cumplió con sus deberes pastorales con un celo desacostumbrado en aquella época; visitaba su diócesis, administraba la confirmación, fomentaba la disciplina entre el clero, iba a ver a los enfermos pobres en sus chozas, distribuía limosnas generosamente y era extraordinariamente hospitalario. Aunque parezca increíble, encontraba todavía tiempo para escribir libros y continuar los estudios. A los cuarenta y ocho años, empezó a estudiar el griego y, a los cincuenta y dos, el hebreo. Todavía se conservan las oraciones fúnebres que pronunció en 1509, en ocasión de la muerte de Enrique VII y de Margarita de Beaufort. Ambas piezas oratorias forman parte de los clásicos de la época. La oración fúnebre del rey constituye un tributo noble y sincero a la memoria del soberano y apenas tiene algo del tono adulatorio exagerado que acostumbraba emplearse en aquellas circunstancias. El santo obispo llevaba una vida muy austera; sólo dormía cuatro horas, se disciplinaba con frecuencia y, durante las comidas, tenía ante sí una calavera para acordarse de la muerte. En lo humano, su gran placer eran los libros, y formó una de las mejores bibliotecas de Europa, con la intención de legarla a la Universidad de Cambridge.

Era tan poco ambicioso que, cuando le ofrecían otras sedes más ricas que la suya, respondía que "no cambiaría a su pobre esposa por la más rica viuda de Inglaterra". Cuando el luteranismo empezó a propagarse, sobre todo en Londres y sus universidades, el santo fue elegido para predicar contra aquella doctrina, en razón de su saber y elocuencia. Escribió cuatro gruesos volúmenes contra Lutero, donde se publicó la primera refutación de la nueva doctrina. Estos y otros trabajos literarios hicieron famoso a Juan Fisher no sólo en Inglaterra, sino en toda Europa. Más tarde, un monje cartujo felicitó al santo por los servicios que había prestado a la Iglesia con sus escritos; Juan Fisher le respondió que lamentaba no haber consagrado ese tiempo a la oración, pues con ello hubiese servido aún mejor a la iglesia. El embajador de Carlos V escribía que Juan Fisher era "el ejemplo de todos los obispos de la cristiandad, por su saber y santidad", y el rey Enrique VIII decía, en su juventud, que ningún otro reino poseía un prelado tan distinguido como él. La gran intuición del santo obispo le hizo comprender perfectamente los vicios de su tiempo y los peligros que amenazaban a la Iglesia. También él era un reformador de los abusos y los vicios, pero no un deformador de la verdad. En un sínodo que convocó el cardenal Wolsey, en 1518, el santo protestó valientemente contra la mundanidad, la laxitud y la vanidad del alto clero, que generalmente obtenía

las dignidades eclesiásticas por los servicios que prestaba al Estado. Como Juan Fisher, a diferencia de otros obispos, no intentaba servir a dos señores, sostuvo sin vacilar, nueve años más tarde, la validez del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón.

En 1529, fue uno de los consejeros de la reina en el proceso de anulación del matrimonio, que se llevó a cabo en Blackfriars ante el cardenal Campeggio y actuó como el mejor de los defensores de Catalina de Aragón. En un elocuente discurso ante la corte, demostró la validez del matrimonio, arguyó que ningún poder humano o divino tenía derecho de disolverlo y terminó por recordar que San Juan Bautista había sufrido el martirio por defender el vínculo matrimonial. El rey respondió a los argumentos del obispo con un documento furibundo que se conserva todavía en el "Record Office", con las anotaciones marginales de Juan Fisher. Poco después, Roma reservó el asunto para su examen y con ello terminó la participación del santo. Pero, después de defender la santidad del matrimonio, Juan Fisher iba a convertirse en el paladín de los derechos de la Iglesia y de la supremacía del Papa. Como miembro de la Cámara de los Lores, clamó contra las medidas anticlericales que había aprobado la Cámara de los Comunes. "Esas medidas equivalen a gritar: ¡Muera la Iglesia!", clamó el santo. También protestó violentamente cuando se obligó a la asamblea a reconocer que Enrique VIII era la cabeza de la Iglesia. El fue quien consiguió que se introdujesen en el documento de aprobación las palabras "En cuanto lo permite la ley de Cristo"; y aun eso lo consideró como un mal menor.

Juan Fisher no necesitaba de las súplicas de sus amigos y de las amenazas de sus enemigos para comprender el peligro en que se colocaba al oponerse al poder real. Ya había estado dos veces en la cárcel; sus enemigos habían intentado envenenarle y en otra ocasión la bala que se había disparado contra él desde la orilla opuesta del río penetró por la ventana de la biblioteca donde él se hallaba. Tomás Cromwell trató en vano de complicarle en el asunto de Isabel Barton, "la santa doncella de Kent". Pero cuando las Cámaras aprobaron la cuestión de la sucesión, la suerte de Juan Fisher quedó sellada. En efecto, sus enemigos le convocaron a Lambeth para que firmara el documento sobre la sucesión, a pesar de que estaba tan enfermo, que perdió el conocimiento en el camino de Rochester a Londres. El santo no tenía nada que objetar a la cuestión de la sucesión estrictamente dicha, pero se negó a prestar el juramento en la forma en que se hallaba redactado, porque eso equivalía a afirmar la supremacía del rey. El mismo había escrito a Cromwell: "Yo no condeno la conciencia de los otros. Pero ellos se van a salvar con su conciencia y yo con la mía". Estas palabras se referían al hecho de que los otros obispos habían prestado el juramento. Por negarse a prestarlo, Juan Fisher fue inmediatamente encarcelado en la Torre de Londres.

Cuando las cortes aprobaron oficialmente la acusación de traición que se había hecho al santo, éste fue depuesto de su sede, que se consideró como vacante. Juan Fisher tenía entonces sesenta y seis años, pero la mala salud, las austeridades que había practicado y lo que había tenido que sufrir, le daban el aspecto de un hombre de ochenta años. Según se dice, estaba tan débil, que apenas podía soportar el peso de los vestidos. El cardenal Pole, que le había visto tres años antes consumido por la fatiga, se admiraba de que el santo hubiese podido resistir diez meses de prisión en la Torre de la Campana. En noviembre de 1535, el Papa Paulo III le envió el capelo cardenalicio, lo cual

enfureció al rey y apresuró el desenlace. Enrique VIII exclamó: "Que el Papa envíe el capelo, si quiere. Yo me encargaré de que Fisher lo lleve sobre los hombros, porque ya no tendrá cabeza". Como la voluntad real era ley, nadie dudó de que el juicio del santo obispo terminaría en una condena a muerte. En efecto, aunque algunos de los jueces lloraron, la sentencia a la pena capital fue leída el 17 de junio de 1535.

Cinco días después, los guardias le despertaron a las cinco de la mañana para llevarle al sitio de la ejecución. El santo les rogó que le dejasen descansar un poco más y durmió tranquilamente dos horas. Después se vistió y se echó sobre los hombros una capa de piel "para no enfriarme antes de la ejecución", según observó. En seguida tomó su pequeño ejemplar del Nuevo Testamento y descendió penosamente la escalera, a causa de la debilidad. A la puerta le esperaba una carreta que le condujo a la salida de la prisión. Ahí tuvo que aguardar unos momentos, reclinado contra la pared; abrió su Nuevo Testamento y pidió a Dios que le diese valor. Según se dice, las primeras palabras que leyó fueron las de Cristo antes de su pasión: "La vida eterna consiste en conocerte a Tí, único Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra y he cumplido la tarea que Tú me habías confiado." Fortificado por estas palabras, el anciano pudo ir a pie hasta Tower Hill y subir solo al cadalso. Cuando se volvió para dirigir unas palabras a la multitud, su silueta alta y escuálida semejaba un esqueleto. Con voz muy clara, dijo que moría por la fe de la Santa Iglesia Católica, fundada por Cristo y pidió a la multitud que rogase por él para no flaquear ante la muerte. Cuando terminó de recitar el "Te Deum" y el salmo "In te Domine speravi", los guardias le vendaron los ojos. La cabeza del santo rodó por tierra al primer golpe del hacha del verdugo. La venganza de Enrique VIII persiguió al siervo de Dios más allá de la muerte. Su cuerpo, que quedó todo el día expuesto a la curiosidad de la chusma, fue arrojado sin ninguna consideración en un hoyo del atrio de la iglesia de All Hallows Barking. Su cabeza estuvo clavada dos semanas en el puente de Londres, junto con las de los mártires cartujos. Según un cronista, "parecía que la cabeza estaba viva y miraba a los que se dirigían a Londres". Quince días después, la cabeza del santo fue arrojada al río para dejar el sitio a la de Tomás Moro.

En mayo de 1935, casi exactamente cuatro siglos después de su muerte, Juan Fisher fue solemnemente canonizado, junto con su amigo Tomás Moro. En Inglaterra, en Gales y en la diócesis escocesa de Kunkeld, se celebra el 9 de julio la fiesta de los dos mártires.

Letters and Papers, Foreign and Domestic, of the Reign of Henry VIII, publicados por la Record Office, incluyen los mejores documentos sobre la vida de Juan Fisher. Pero también existe una importante biografía, escrita por un contemporáneo del santo. El P. Van Ortroy, bolandista, publicó en *Analecta Bollandiana*, vols. x y xii (1891-1893), una cuidadosa edición de dicha biografía, basándose en la comparación de los diversos manuscritos y de la traducción latina. La Early English Text Society publicó otro texto en 1915. Como las dos obras citadas conservaban la ortografía original, el P. Philip Hughes publicó, en 1935, una edición popular con la ortografía moderna, con una excelente introducción y algunas notas. Dicha biografía se atribuyó mucho tiempo a Ricardo Hall, quien en realidad no hizo sino traducirla del latín; probablemente el verdadero autor fue el Dr. Juan Young, vicecanciller de la Universidad de Cambridge en el reinado de la reina María. Según parece, la obra fue escrita poco después de 1567. El P.T. Bridget, en su *Life of John Fisher* (3a. edic., 1902), utilizó todos los documentos que existen; se trata de una biografía que es un modelo del género: muy seria, muy crítica y muy espiritual. Véase también la obra

más popular de N.M. Wilby (1929); R.L. Smith, *John Fisher and Thomas More.* (1935). La primera parte de *Bishop Fischer's English Works* fue editada por J.E.B. Mayor (1876); la segunda parte por R. Bayne (1915).

SANTA EVERILDA, Virgen (*c.* 700 p.c.)

Todo lo que sabemos sobre esta santa doncella se deriva de las lecciones del breviario de York en el día de su fiesta. Era hija de una noble familia que se había convertido al cristianismo poco después del bautismo de Cinegilo, rey de Wessex. Para entregarse enteramente al servicio de Dios, Everilda huyó de la casa paterna e ingresó en un monasterio. Ahí fueron a reunírsele otras dos jóvenes, llamadas Bega y Wulfreda. En York San Wilfrido les regaló una mansión, conocida con el nombre de "Bishop's Farm". Santa Everilda formó ahí a muchas religiosas en la perfección del amor divino, que es la cumbre de la virtud cristiana y les infundió el verdadero espíritu evangélico. La santa exhortaba constantemente a sus compañeras a cumplir con fidelidad todas las obligaciones y deberes de su estado de perfección. Así vivió hasta que Dios la llamó a Sí.

Acta Sanctorum, julio, vol. ii. Stanton, *Menology*, p. 328 hace notar que los tres calendarios medievales de Inglaterra del norte mencionan a Santa Everilda en este día. Por razón de la semejanza de los nombres, se ha dicho que Everingham (East Riding) fue el sitio en que la santa fundó su monasterio; pero E. Ekwall no concede ninguna probabilidad a tal etimología (*Oxford Dictionary of English Place-Names*).

SANTOS NICOLAS PIECK y Compañeros, Mártires (1572 p.c.)

Los calvinistas ahorcaron en Gorkum, cerca de Dordrecht, a diecinueve sacerdotes y religiosos, a causa de su fe. Once de los mártires eran Frailes Menores de la Observancia en el convento franciscano de Gorkum. Entre ellos se contaban san nicolás pieck, guardián del convento y san jerónimo weerden, su vicario. Junto con ellos fueron ejecutados el anciano juan van oosterwyk, canónigo regular de San Agustín, los sacerdotes diocesanos leonardo vechel, nicolás janssen y godofredo van fuynen; los premonstratenses adrián van hilvarenbeek y jacobo lacops, el último de los cuales había sido muy negligente en la observancia religiosa, a pesar de las amonestaciones de sus superiores y, finalmente, el sacerdote diocesano andrés wouters, quien pasó directamente de una vida de pecado a la prisión y al martirio.

En junio de 1572, el destacamento calvinista antiespañol conocido con el nombre de "armada de los piratas" se apoderó de la ciudad de Gorkum. Desde el 26 de junio al 5 de julio, los franciscanos y otros cuatro sacerdotes estuvieron a merced de los soldados, los cuales los trataron con increíble crueldad, en parte por odio al catolicismo y, en parte, por el deseo de que revelasen dónde se hallaban escondidos los vasos sagrados. El 5 de julio, el almirante Lumaye, barón de la Marck, dio orden de que trasladasen a los prisioneros a Briel. En cuanto desembarcaron éstos en el puerto, el 7 de julio, fueron conducidos, medio desnudos, a la plaza central. Los esbirros los colocaron de manera que la comitiva simulase una procesión burlesca y los obligaron a cantar las letanías de la Virgen, cosa que los mártires hicieron con gran gozo. Esta tarde y la mañana siguiente, fueron interrogados por los ministros calvinistas en presencia del almirante. Aunque se les ofreció la libertad a condición de que abjurasen de la

doctrina católica de la Eucaristía, ninguno de los mártires cedió. Ese mismo día, el almirante recibió una carta de las autoridades de Gorkum, en la que éstas se quejaban del arresto de los padres, y otra carta del príncipe de Orange, en la que se le ordenaba poner en libertad a los prisioneros. Por otra parte, dos de los hermanos del P. Nicolás Pieck se presentaron a interceder por él. El almirante respondió que pondría en libertad a todos los sacerdotes con tal de que renunciasen a sostener la supremacía pontificia. Los prisioneros se negaron a ello, y los hermanos del P. Pieck no lograron inducir a éste a abjurar de la fe y abandonar a sus hermanos en religión. Poco después de la medianoche, se ordenó a un sacerdote apóstata de Lieja que condujese a los prisioneros a un monasterio abandonado, situado en Ruggen, en las proximidades de Briel.

Ahí se los reunió en un granero, donde había dos argollas que podían servir para ahorcarles. Cuando vieron la ejecución del P. Pieck, quien los había exhortado hasta el último instante a perseverar en la fe, flaqueó por un instante el valor de algunos. Pero es de notarse que éstos no fueron los dos sacerdotes que habían llevado una vida escandalosa, lo cual confirma una vez más que es un grave error juzgar al prójimo y creerse capaz de leer en su corazón. Los diecinueve sacerdotes fueron ahorcados: SAN JACOBO LACOPS fue colgado de una escalera, y los demás de las dos argollas arriba mencionadas. SAN ANTONIO VAN WILLEHAD tenía noventa años de edad. La ejecución fue una verdadera carnicería. Todos los mártires tardaron largo tiempo en morir, y SAN NICASIO VAN HEEZE no expiró sino hasta el amanecer. Los verdugos mutilaron los cuerpos, aun antes de que desapareciese todo signo de vida.

Como los mártires de Inglaterra y Gales, estos sacerdotes dieron la vida por la fe católica en general y, en particular, por defender la doctrina católica de la Eucaristía y de la supremacía del romano Pontífice. Los cadáveres fueron ignominiosamente arrojados dentro de dos zanjas. En 1616, durante una tregua de la guerra entre España y las Provincias Unidas, los restos fueron desenterrados y trasladados a la iglesia de los franciscanos en Bruselas. La canonización tuvo lugar en 1867.

Guillermo Estius, el comentarista de la Biblia, que era originario de Gorkum y sobrino del P. Pieck, nos dejó un detallado relato de este martirio; puede verse en *Acta Sanctorum* julio, vol. II, con otros documentos. Véanse también los relatos modernos de Kronenburg, Spilbeek y Hubert Meuffels. La obra de este último autor, escrita en francés y publicada en la colección *Les Saints* contiene una bibliografía abundantísima.

SANTA VERONICA GIULIANI, VIRGEN (1727 P.C.)

URSULA GIULIANI nació en Mercatello de Urbino, en 1660. Sus padres eran personas de posición en la ciudad. Se cuenta que la niña empezó a dar muestras de excepcional piedad desde muy temprana edad; a los seis años, regalaba ya a los pobres su comida y sus vestidos y, a los once años, la devoción por la Pasión de Cristo había empezado ya a transformar su vida. Ursula tenía el defecto de molestarse porque los otros no tomaban parte en sus devociones, pero después de haber tenido una visión en la que su corazón se le apareció como si estuviese hecho de acero, dejó de insistir para que los demás la imitaran en sus actos de piedad. El padre de la joven fue nombrado para ocupar un puesto público en la ciudad de Piacenza, y Ursula se regocijó mucho por la dignidad que ello

confería a su familia y por las ventajas económicas que le traía. Tal complacencia no era mala en sí, pero la santa se la reprochó constantemente en su vida posterior.

A raíz de una aparición de la Santísima Virgen, Ursula hizo voto de ingresar en el convento, pero su padre, Francisco Giuliani se opuso firmemente, deseoso de ver casada a su hija y empezó a presentarla a los jóvenes de las mejores familias. Ursula enfermó de pena, y su padre acabó por ceder. En 1677, la joven ingresó en el convento capuchino de Citta di Castello, en Umbría, donde tomó el nombre de Verónica. Su noviciado fue difícil; además de las pruebas interiores que debió sufrir, sus superiores, que desconfiaban un tanto de su ambición espiritual, la sometieron también a severas pruebas, tanto más cuanto que el obispo que le había conferido el hábito predijo que sería santa. Después de la profesión, aumentó todavía más la devoción de Verónica a la Pasión de Cristo; a raíz de una visión de Nuestro Señor con la cruz a cuestas, Verónica empezó a sufrir de un agudo dolor en el costado. En 1693, tuvo otra visión en la que el Señor le dio a gustar su cáliz; Verónica lo aceptó, no sin gran resistencia de su sensibilidad y, desde aquel momento, los estigmas de la Pasión empezaron a grabarse en su cuerpo y en su alma. Al año siguiente, las marcas de la corona de espinas aparecieron sobre su frente y las huellas de las cinco llagas se formaron en sus miembros el Viernes Santo de 1697. A pesar de que los médicos trataron de curar las llagas de los estigmas, no obtuvieron resultado alguno. Cuando la noticia llegó a oídos del obispo de Citta di Castello, éste acudió al Santo Oficio en busca de consejo. El Santo Oficio le ordenó que guardase silencio y no se mezclase en el asunto. Sin embargo, cuando los estigmas se agudizaron aún más, el prelado decidió examinarlos por sí mismo; así lo hizo en el recibidor del convento, en presencia de cuatro religiosas, y quedó convencido de su existencia objetiva. Para evitar todo fraude posible, dio orden de que se vigilase continuamente a la hermana Verónica: ésta no debía recibir la comunión ni hablar con las otras religiosas ni con ninguna persona del exterior, y una hermana lega tenía que estar junto a ella día y noche. El obispo mandó además que se pusiese una venda sobre los estigmas, que Verónica llevase las manos enguantadas y que se sellase el broche de los guantes con el sello episcopal. La santa sobrellevó estas prudentes medidas con paciencia ejemplar. Los estigmas no se modificaron en lo absoluto. Entonces, el obispo comunicó el hecho al Santo Oficio y manifestó la obediencia y humildad con que la religiosa lo había soportado todo. El Santo Oficio respondió que se dejase a Verónica volver a la vida normal del convento.

Santa Verónica, como Santa Teresa y todos los grandes contemplativos, añadía a los dones sobrenaturales y místicos los del sentido común y la habilidad. Durante treinta y cuatro años, desempeñó en su convento el cargo de maestra de novicias, lo cual basta para probar su destreza en el cargo. Once años antes de su muerte, fue elegida abadesa. Verónica no permitía que sus novicias leyesen ninguna obra de alta mística; prefería que se contentasen con el "Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas" del P. Rodríguez y juzgaba que las novicias tenían suficiente trabajo con tratar de echar los cimientos de la humildad, la obediencia y la caridad. Es de suponer, por lo demás, que, siendo una mística, Santa Verónica sabía muy bien el daño que puede hacer a los incipientes la lectura de los grandes maestros, que es demasiado elevada para ellos. Nada tiene de raro que una mujer tan práctica se haya preocupado

por ensanchar los edificios del convento y por mandar construir una cañería para el agua.

Al fin de su vida, Santa Verónica, que durante casi cincuenta años había sufrido con admirable paciencia, resignación y aun gozo, se vio atacada de una apoplejía. Murió a consecuencia de esa enfermedad, el 9 de julio de 1727. Por orden de su confesor, dejó escrito un relato de su vida y sus experiencias místicas, que fue de gran utilidad en el proceso de beatificación. La canonización tuvo lugar en 1839. Mucho antes de su muerte, Santa Verónica había dicho a su confesor que los instrumentos de la Pasión del Señor estaban impresos en su corazón y aun le había dado un burdo dibujo de su corazón, en el que se hallaban representados, pues decía que los sentía porque cambiaban de posición. Después de la muerte de la santa, se hizo la autopsia del cadáver, en presencia del obispo, del alcalde, de varios cirujanos y de otros testigos. La autopsia puso al descubierto una serie de objetos minúsculos, que correspondían exactamente a los que Verónica había dibujado.

Por lo que toca a los fenómenos místicos, el caso de Santa Verónica es tal vez el más notable de toda la hagiología. El P. Thurston, autor del artículo que acaba de leerse, tuvo ocasión de consultar personalmente, en la biblioteca de los bolandistas, el rarísimo *summarium* de las declaraciones de los testigos que se presentó para la beatificación. El confesor de la santa y sus hermanas en religión afirmaron con juramento que las heridas se abrían y sangraban cuando Verónica quería, y que se cerraban y quedaban perfectamente secas en un cortísimo espacio de tiempo, como sucedió en presencia del obispo. Además, en el artículo no se hace mención de muchos otros fenómenos, como la levitación, los olores aromáticos, etc. Probablemente, la menos mala de las biografías de Santa Verónica es la que escribió el P. Salvatore (1839), basándose en las actas del proceso; fue traducida al inglés en 1874. El P. Pizzicaria editó en diez volúmenes el diario espiritual de la santa. El P. Désiré des Planches hizo una buena selección de dicha obra en *Le journal de Ste. Véronique Giuliani* (1931); el comentario médico que hay en este libro del P. des Planches se debe a la pluma de J. F. Gentili. Pueden verse otros extractos en *Franciscan Annals* (1944 y 1945). Véase también el artículo del P. L. Veuthey en *Vita Cristiana*, vol. XV (1943), pp. 481-489, 566-589.

BEATA JUANA DE REGGIO, VIRGEN (1491 P.C.)

JUANA SCOPELLI nació en 1428 en Reggio Emilia. Muy pronto manifestó deseos de abrazar la vida religiosa; como sus padres no se lo permitiesen, se vistió el hábito y empezó a practicar la vida ascética en su propia casa. A la muerte de sus padres, decidió fundar un convento de carmelitas en Reggio; pero se negó a emplear en ello su herencia, pues quería que la fundación fuese obra de las limosnas de los cristianos. A los cuatro años de trabajo incesante por parte de Juana, se inauguró el monasterio de Nuestra Señora del Pueblo, del que ella fue elegida superiora. A pesar del tiempo que empleaba en el gobierno de su comunidad y en el canto del oficio, Juana consagraba invariablemente cinco horas diarias a la oración privada. A las austeridades de regla añadía el ayuno constante; desde el día de la Santa Cruz hasta el de Pascua, vivía a pan y agua. Sus mortificaciones eran realmente asombrosas.

Se cuenta que obró muchos milagros por la oración. Así, por ejemplo, curó a una noble dama, llamada Julia Sessi, a quien los doctores habían desahuciado. También convirtió a un joven llamado Agustín. Dicho joven profesabá algunas opiniones albigenses y otras herejías. Su madre, muy desconsolada, le llevó a ver a la Beata Juana, la cual empleó toda clase de argumentos para convencerle,

pero todo fue inútil. Cuando Agustín y su madre partieron, la beata oró fervorosamente y el corazón del joven se abrió a la gracia. También se atribuye a Juana de Reggio el milagro que se cuenta de Santo Domingo y de otros santos: un día, a la hora de comer, las religiosas encontraron la mesa sin viandas, pues la despensa del convento estaba vacía. Pero la beata se puso en oración y, a los pocos momentos había en la despensa pan suficiente para toda la comunidad. Juana murió en 1491, a los sesenta y tres años de edad, después de haber exhortado a sus religiosas al amor de Dios, a la caridad fraterna y a la estricta observancia de la regla. Su culto fue confirmado en 1771.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. II hay una traducción latina de la biografía, relativamente larga, escrita en italiano por el P. Benito Mutti.

LAS MARTIRES DE ORANGE (1794 P.C.)

EN LA época de la Revolución Francesa había dos conventos en el pueblecito de Bollène: uno de ursulinas y otro de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento. Esta última congregación había sido fundada en Marsella por el Venerable Antonio Le Quien, en 1639. En abril de 1794, las religiosas de ambos conventos se negaron a prestar el juramento republicano que les exigían las autoridades, pues tanto los cristianos como los no cristianos atribuían a dicho juramento una significación antirreligiosa. A consecuencia de ello, veintinueve de las religiosas fueron encarceladas en la prisión de Orange, junto con otras muchísimas mujeres. Las religiosas continuaron en la prisión su vida regular, en cuanto fuera posible. La jornada empezaba a las siete de la mañana con el rezo del oficio parvo.

La primera víctima fue la BEATA MARÍA ROSA DELOYE, benedictina, condenada a muerte el 6 de julio por haber intentado "destruir la República con su fanatismo y superstición". La BEATA IFIGENIA DE GAILLARD DE LAVALDÈNE, de la congregación de las adoradoras, fue condenada al día siguiente. El día 9 del mismo mes, fueron ejecutadas las dos primeras ursulinas: la BEATA MELANIA DE GUILHERMIER y la BEATA ANGELA DE ROCHER. Casi todos los días del mes se llevaron a cabo otras ejecuciones. En total, perecieron en la guillotina treinta y dos religiosas, de las cuales dieciséis eran ursulinas, trece adoratrices, dos bernardinas y una benedictina.

Según el testimonio de una religiosa que escapó con vida, las supervivientes rezaban cada día en la cárcel las oraciones por los agonizantes para encomendar a Dios a las víctimas y cantaban el "Te Deum" para darle gracias. La BEATA PELAGIA BÉS, cuando recibió la noticia de que había sido sentenciada, compartió con su compañeras de prisión una caja de bombones, diciendo que había que celebrar "sus nupcias". La BEATA TEOCTISTA PÉLISSIER compuso un himno en el que cantaba su deseo de morir en la guillotina. La BEATA MARTA CLUSE, una hermanita lega que era muy hermosa, se negó a contraer matrimonio con uno de los verdugos, lo cual le hubiese permitido escapar con vida. "Estos angelitos mueren con la sonrisa en los labios", comentó uno de los guardias.

Las treinta y dos mártires fueron beatificadas en 1925. Después de la caída de Robespierre, los miembros del tribunal de Orange fueron condenados a su vez. Dos de los jueces y el abogado del tribunal se reconciliaron con la Iglesia

antes de la ejecución. En 1802, se abrió nuevamente el convento de las Adoratrices de Bollène. Dichas religiosas inauguraron un nuevo convento en Taunton, en 1863.

Véase Redon, *Les trente-deux réligieuses guillotinées à Orange* ... ; H. Leclercq, *Les martyrs*, vol. XII (1913). Hay un resumen de los hechos en Baudot y Chaussin, *Vies des Saints*, vol. VII (1949), pp. 209-215.

LOS MARTIRES DE CHINA II (1900 P.C.)

LA ÉPOCA moderna de las misiones de China comienza a mediados del siglo XIX, ya que el tratado de Nankín y otros acuerdos internacionales, abrieron entonces al mundo exterior las puertas de China y garantizaron la tolerancia del cristianismo en dicho país. Inmediatamente, empezó un período de gran actividad y expansión, tanto desde el punto de vista misional como comercial, ya que a fines del siglo, los ingleses tenían en su manos el ochenta por ciento del comercio exterior de China. Las autoridades chinas se alarmaron entonces ante la perspectiva de ver a su país en manos de los comerciantes europeos, como había sucedido a la India, y reaccionaron contra los "demonios extranjeros", a los que había sostenido hasta entonces el primer ministro Li Hungchang.

Con la ayuda de la emperatriz madre, Tzu-hsi, se formó una sociedad secreta para expulsar a los europeos. Los ingleses dieron el nombre de "Boxers" a los miembros de dicha sociedad. En 1900, los boxers se levantaron en armas, pusieron sitio a las legaciones de los países extranjeros y asesinaron a gran número de comerciantes y misioneros. Entre las víctimas había cinco obispos, veintinueve sacerdotes, nueve religiosas (todos europeos) y de veinte mil a treinta mil católicos. En Roma se estudia actualmente la causa de cerca de tres mil de esos mártires: veintinueve de ellos fueron beatificados en 1946.

En la época del levantamiento de los boxers, el vicario apostólico de Shansi era el BEATO GREGORIO GRASSI, obispo titular de Ortosias. Mons. Grassi, que tenía entonces sesenta y siete años, era originario del Piamonte y pertenecía a la Orden de los Frailes Menores. Había trabajado como misionero en China durante cuarenta años. En 1900, se hallaba en Taiyuanfú, en el seminario de su vicariato. En mayo de ese mismo año, había sido nombrado gobernador de Taiyuanfú un tal Yu Hsien, enemigo declarado de los cristianos. La situación de éstos se hacía más peligrosa de día en día. Entre los frailes menores había un hermano lego de constitución hercúlea, llamado ANDRÉS BAUER, de origen alsaciano, quien había formado parte del séptimo regimiento de coraceros de su patria. Dicho hermano había querido organizar la resistencia armada, junto con el mandarín cristiano Li Fu, pero sus superiores se lo habían prohibido. El BEATO FRANCISCO FOGOLLA había respondido al Beato Andrés: "Si Dios quiere que seamos mártires, aceptemos su voluntad". Mons. Fogolla, que era coadjutor de Mons. Grassi, había nacido en Toscana en 1839 y era también franciscano.

El 27 de junio, los boxers atacaron las misiones protestantes de los alrededores. Aquella misma noche, Mons. Grassi clausuró el seminario y ordenó a los seminaristas que volviesen a sus casas. Sólo cinco de ellos no lo lograron; eran éstos los BEATOS JUAN CHANG, PATRICIO TONG, FELIPE CHANG, otro JUAN CHANG y JUAN WANG. El de mayor edad tenía veintitrés años y el más joven dieciséis. Los cinco fueron arrestados en las puertas de la ciudad y conducidos ante el prefecto, quien los exhortó a abjurar del cristianismo. Los jóvenes se negaron firmemente. Después de algunos días de prisión, fueron trasladados al patio de la casa de Yu Hsien.

Entre tanto, Mons. Grassi estaba muy angustiado por la suerte de las misioneras franciscanas de María,* que estaban bajo su protección. Para conseguir que escaparan, les ordenó que vistiesen como las mujeres de la región. Pero las religiosas no tenían ningún deseo de escapar y dijeron al vicario apostólico: "No nos impidáis morir con vos, Monseñor; si somos demasiado débiles, Dios se encargará de darnos fuerzas". La superiora era la BEATA MARÍA HERMINIA GRIVOT, nacida en Baume, en Borgoña, en 1866, que sólo llevaba quince meses en China. Los testigos afirman que el valor que mostró la superiora dio ánimo a todas las religiosas para soportar la terrible prueba. Entre las religiosas había dos italianas, MARÍA GIULIANI y CLARA NANETTI; dos francesas, MARÍA SAINT JUST MOREAU y NATALIA KERGUIN; una belga, AMANDINA JEURIS, y una holandesa, ADOLFINA DIERKX. Todas tenían entre veinticinco y treinta y ocho años de edad. Mons. Grassi consiguió prestadas varias carretas y ordenó a las religiosas que trasladasen a los niños del orfanatorio a las casas de los cristianos; pero los soldados impidieron el cumplimiento de esa orden y, dos días después, sacaron por la fuerza a todos los niños huérfanos. Yu Hsien promulgó entonces un edicto por el que prohibía a los cristianos reunirse para el culto. La madre Herminia quería hacer algo para proteger a los huérfanos, pero las religiosas le aconsejaron que se tomase algún descanso. La superiora respondió: "¿Descansar? ¡Ya lo haremos en la eternidad!" Los soldados pusieron fuego a las casas vecinas, y el grupo de las religiosas con Mons. Grassi quedaron aislados del mundo exterior.

El 5 de julio, los dos obispos y las religiosas fueron trasladados a una casa contigua a la de Yu Hsien, junto con los padres franciscanos Elías y Teodorico y el hermano Andrés, del que hicimos ya mención. El BEATO ELÍAS FACCHINI, que era ya anciano, había nacido en Bolonia y había sido profesor del seminario en Shansi durante más de treinta años. El BEATO TEODORICO BALAT, un francés originario de Albi, era un hombre de carácter bondadoso y reservado que conocía perfectamente el chino y había trabajado durante diez años en una alejada y difícil misión.

El 9 de julio, los boxers atacaron a los protestantes que se hallaban reunidos en una casa vecina ** y los misioneros comprendieron que había llegado su última hora. En efecto, los boxers irrumpieron en el preciso instante en que Mons. Grassi daba la última absolución a su pequeña grey. No hubo ninguna clase de juicio. El mismo Yu Hsien decapitó al punto a los dos obispos. Entonces las monjas se arrodillaron a cantar el "Te Deum" y se descubrieron el cuello

* Dicha congregación fue fundada en 1877 por la madre María Elena de Chappotin de Neville. Las primeras religiosas llegaron a China nueve años después de la fundación.

**En ese ataque murieron treinta y tres protestantes. La esposa del pastor protestante estadunidense, Ernesto Atwater, dos de cuyas nueras se contaron entre las víctimas, narró los hechos en una carta escrita el 3 de agosto, en Fenchufu. En dicha carta leemos: "Al día siguiente, fueron decapitados también los sacerdotes y las religiosas católicas de Tayuan". Ernesto Atwater, su esposa y dos niños fueron martirizados el 15 de agosto del mismo año.

para recibir el golpe de la espada. La madre Clara, que había predicho su martirio desde tiempo atrás, fue la primera en morir. Los tres franciscanos y los cinco seminaristas chinos perecieron por la espada. Junto con ellos, dieron también la vida por Cristo nueve humildes criados de la misión, que habrían podido escapar. Sus nombres, inscritos por la Iglesia en el libro de los beatos, son: TOMÁS SEN, SIMÓN CHEN, PEDRO U'NGANPAN, FRANCISCO CHANG YUN, MATÍAS FUN TE, SANTIAGO YEN KUTUN, PEDRO CHANG PANNIEN, SANTIAGO CHAO SIUENSIN y PEDRO YANOL MAN. Los seminaristas y las religiosas fueron respectivamente los protomártires de los seminaristas chinos y de las misioneras franciscanas de María. Los católicos chinos, con gran propiedad, dieron a la casa en que se llevó a cabo el martirio el nombre de "Mansión de Paz Celestial".

Cuatro días más tarde, en Hengchufú, de la provincia de Honán, otro franciscano, el P. CESIDIO GIACOMANTONIO, fue capturado por los boxers en el momento en que retiraba el Santísimo Sacramento del tabernáculo, antes de abandonar su iglesia. Tras de golpearle brutalmente, los boxers le bañaron en aceite y le quemaron a fuego lento. El Beato Cesidio había llegado a China siete meses antes. Fue el primer mártir y el primer beato del colegio franciscano de San Antonio de Roma.

En cuanto se enteró del martirio del P. Cesidio, el vicario apostólico del sur de Honán, Mons. ANTONIO FANTOSATI, se dirigió a Hengchowfú, acompañado del P. JOSÉ GÁMBARO. Los boxers los reconocieron cuando navegaban poi el río, los obligaron a desembarcar y los apedrearon en la orilla. El Beato José murió primero. El Beato Antonio agonizó durante dos horas, hasta que un golpe de lanza puso fin a su vida.

Para que la beatificación de estos veintinueve mártires pudiese llevarse a cabo, había que probar que habían sido asesinados por causa de la fe y no simplemente por razones políticas o porque la mayoría de ellos eran extranjeros. La principal prueba fue un edicto del gobernador Yu Hsien, que decía textualmente: "La religión europea es cruel y malvada, desprecia al hombre y oprime al pueblo. Todos los cristianos (chinos) que no abjuren de su religión, serán ejecutados... ¡Oíd, cristianos y temblad! ¡Renunciad a esa religión perversa! ¡Temed y obedeced! Los boxers no odian a ningún ser humano, lo que odian es la religión."

La ceremonia de la beatificación de los primeros mártires de 1900 tuvo lugar en la basílica de San Pedro de Roma, el 24 de noviembre de 1946. Entre los presentes se hallaban dos religiosas chinas de la congregación de las misioneras de María, que habían sido testigos de la ejecución de algunos de los mártires. Una de ellas, que tenía setenta años, había estado colgada durante una hora por los pulgares y en consecuencia, había perdido el uso de esos dedos; además, los boxers la habían obligado a beber la sangre de una de las víctimas. La otra religiosa era nieta de uno de los mártires.

Cinco años después, se proclamó la beatificación de ALBERICO CRESCITELLI. Dicho misionero había nacido en Nápoles, en 1863 y había llegado a China en 1888. Su inmenso campo de trabajo había sido la ribera del río Han. Durante diez años, el P. Alberico anduvo de pueblo en pueblo, predicando y fundando escuelas. Cuando estalló la persecución de los boxers, se hallaba el misionero en el sur de Shansi, al cabo de un viaje de tres meses que había hecho en barca, a caballo y a pie. El P. Alberico cayó en manos de la chusma sedienta de sangre,

que le atormentó durante veinticuatro horas y, al fin, le descuartizó. Su martirio tuvo lugar el 22 de julio de 1900.

Se conserva el testimonio escrito de varios testigos presenciales de la ejecución de estos mártires. En 1902, se publicó en Roma la *Vie de la Mère Marie-Hermine de Jésus et de ses compagnes;* se trata de un volumen "in octavo" de 580 páginas, en el que se narra detalladamente la vida de las siete religiosas. M. T. de Blarer publicó en París, en 1946, un resumen de dicha obra (146 páginas). En ambos libros hay algunos detalles sobre los mártires franciscanos. Véase también *Les vingt-neuf martyrs de Chine...* (1946). En *Missions de Scheut* (1924), hay una lista completa de los misioneros europeos martirizados en China entre 1815 y 1923. Acerca de otros mártires de China, cf. nuestro artículo del 17 de febrero.

10: LOS SIETE HERMANOS Y SANTA FELICITAS, MÁRTIRES (Siglo II)

LA FIESTA de Santa Felícitas, viuda y mártir, se celebra el 23 de noviembre. Sin embargo, nos ha parecido justo hablar de ella al mismo tiempo que de sus siete hijos. Según la leyenda, Felícitas era una noble cristiana que se había consagrado a Dios en su viudez y vivía dedicada a la oración y las obras de caridad. Su ejemplo y el de su familia convirtió a numerosos idólatras a la fe. Ello enfureció a los sacerdotes paganos, quienes se quejaron al emperador Antonino Pío de que las numerosas conversiones que obraba Felícitas provocarían la cólera de los dioses y, como consecuencia, la ciudad y todo el país, sufriría terrible desolación. El emperador dejó el asunto en manos de Publio, prefecto de Roma, quien mandó que la santa y sus hijos compareciesen ante él. Tomó aparte a Felícitas y trató por todos los medios de inducirla a ofrecer sacrificios a los dioses para no verse obligado a imponer un castigo a ella y a sus hijos. Pero la santa respondió: "No trates de atemorizarme con tus amenazas ni de ganarme con tus halagos, porque el Espíritu de Dios, que habita en mí, no permitirá que me venzas, sino que me sacará victoriosa de todos tus ataques." Publio replicó: "¡Infeliz de ti! ¡Si lo que quieres es morir, muere en buena hora pero no mates a tus hijos!" "Mis hijos, respondió Felícitas, vivirán eternamente si permanecen fieles a la fe, pero si ofrecen sacrificios a los ídolos, les espera la muerte eterna".

Al día siguiente, el prefecto mandó llamar de nuevo a Felícitas y sus hijos y dijo a ésta: "Apiádate de tus hijos, Felícitas, pues están en la flor de la juventud". La santa replicó: "Tu piedad es impía y tus palabras crueles". En seguida, se volvió hacia sus hijos y les dijo: "Hijos míos, levantad los ojos al cielo, donde os esperan Jesucristo y sus santos. Permaneced fieles a su amor y luchad valientemente por vuestras almas". Publio montó en cólera al oír aquello y replicó airadamente: "Es una insolencia que hables así a tus hijos en mi presencia, tanto como tu desobediencia a las órdenes del soberano, por lo tanto, serás castigada". A continuación, mandó que la azotaran. El prefecto llamó entonces, por separado, a cada uno de los jóvenes y trató de conseguir, con promesas y amenazas, que adorasen a los dioses. Como todos se negasen a ello, ordenó que los azotaran y los encerraran en un calabozo. El prefecto informó del caso al emperador, el cual mandó que fuesen juzgados por jueces diferentes y condenados a diversos géneros de muerte. Genaro murió destrozado por los

látigos; Félix y Felipe perecieron a golpes de mazo; Silvano fue arrojado al Tíber; Alejandro, Vidal y Marcial alcanzaron la corona por la espada. También la madre fue decapitada, después de haber visto morir a sus hijos.

A propósito de la muerte de Santa Felícitas, San Agustín dice: "El espectáculo que se presenta a los ojos de nuestra fe es magnífico. Hemos oído y visto con la imaginación a esa madre que, contra todos sus instintos humanos, escoge que sus hijos perezcan en su presencia. Pero Felícitas no abandonó a sus hijos, sino que los envió por delante, porque consideraba la muerte, no como el fin sino como el principio de la vida. Estos mártires renunciaron a una existencia que debía terminar forzosamente, para pasar a una vida que no termina jamás. Pero Felícitas no se contentó con ver morir a sus hijos, sino que los alentó a ello y, al hacerlo, consiguió que su valor fuese todavía más fecundo que su seno. Al verlos luchar, luchó con ellos y la victoria de cada uno de sus hijos fue su propia victoria". San Gregorio Magno predicó una homilía el día de la fiesta de Santa Felícitas, en la iglesia que se erigió sobre la tumba de la santa en la Vía Salaria. En dicha homilía dice que Felícitas, "que tenía siete hijos, temía que alguno le sobreviviese, como otras madres temen sobrevivir a sus hijos. Su martirio fue mayor, ya que, al ver morir a todos sus hijos, sufrió el martirio en cada uno de ellos. Felícitas fue la última en morir; pero desde el primer momento sufrió, de suerte que su martirio comenzó con el del primero de sus hijos y terminó con su muerte. Así ganó, no sólo su propia corona, sino la de todos sus hijos. Al presenciar sus tormentos, permaneció constante, sufrió, porque era madre, pero se regocijó porque poseía la esperanza. En Santa Felícitas la fe triunfó de la carne y de la sangre, cuando en nosotros no es capaz de vencer las pasiones y arrancas nuestro corazón de este mundo corrompido."

A pesar de la elocuencia de San Agustín y de San Gregorio, de lo dicho por Alban Butler y, no obstante, el valor de las lecciones que sacan de este martirio, no se puede considerar el hecho como histórico. Está fuera de duda que una mujer llamada Felícitas sufrió el martirio y fue sepultada en el cementerio de Máximo, en la Vía Salaria. La fiesta de esta mártir se celebraba y se celebra el 23 de noviembre. Pero sólo unas "actas" de muy dudoso valor histórico afirman que los "Siete Hermanos" eran sus hijos: a decir verdad, ni siquiera consta que fuesen hermanos. Por lo menos desde mediados del siglo V, se conmemoraba el 10 de julio el triunfo de siete mártires. Dos de ellos, Félix y Felipe, fueron sepultados en el cementerio de Priscila; Marcial, Vidal y Alejandro, en el cementerio "Jordanorum"; Genaro en el cementerio de Pretextato, donde de Rossi descubrió, en 1863, una capilla decorada con frescos y una inscripción en la que se invocaba a dicho santo; Silano fue sepultado en la catacumba de Máximo. Tal vez, el origen de la leyenda de que estos siete mártires eran hijos de Santa Felícitas fue que la tumba de Silano (o Silvano) estaba junto a la de dicha santa.

A fines del siglo pasado, se discutió mucho sobre Santa Felícitas y sus siete hijos. Aunque las *actas*, según lo dijimos antes, son muy posteriores y de autoridad dudosa y, aunque hay razones para sospechar que el relato está inspirado en la narración bíblica de la Madre de los Macabeos, consta sin embargo la existencia de un culto muy antiguo por el Calendario Filocaliano, el epitafio de San Dámaso y el *Hieronymianum*. El texto de las actas puede verse en las *Acta Sincera* de Ruinart, así como en las ediciones más modernas

hechas por Doulcet y Künstle. Entre las críticas más destructivas se cuenta la de J. Führer, *Ein Beitrag zur Lösung der Felicitas-Frage* (1890), y el folleto que el mismo autor escribió posteriormente para responder a los argumentos de Künstle. En favor de la leyenda, cf. el artículo de Duchesne en *Bulletin Critique*, 1890, p. 425, y el detalladísimo artículo de Leclrecq en DAC., vol. v, cc. 1259-1298. El P. Delehaye volvió sobre la cuestión en CMH. (pp. 362-364) y en *Etude sur le légendier romain* (1936), pp. 116-123; dicho autor concluye que es indudable que un hagiógrafo inventó que los siete mártires del 10 de julio eran hermanos para crear un paralelo cristiano a la narración bíblica de los Macabeos (1 de agosto).

SANTAS RUFINA Y SEGUNDA, Vírgenes y Mártires (¿257? p.c.)

Según las "actas", que carecen de valor histórico, Rufina y Segunda eran hijas de un senador romano llamado Asterio. Una de ellas estaba prometida a Armentario y la otra a Verino. Ambos jóvenes eran cristianos, pero apostataron durante la persecución de Valeriano. Las dos santas se negaron a seguir el ejemplo de sus prometidos y huyeron de Roma, pero su fuga se descubrió pronto. Rufina y Segunda fueron arrestadas cerca de Roma y conducidas ante el prefecto, Junio Donato. Este trató de hacerles apostatar con amenazas y halagos. Como todo resultase inútil, mandó azotar a Rufina; entonces Segunda exclamó: "¿Por qué consideras a mi hermana digna de ese honor y a mí me juzgas indigna de él? Mándame azotar también, puesto que también yo he confesado a Cristo." Las dos hermanas fueron torturadas y decapitadas juntas. Una dama pagana, llamada Plautila, les dio sepultura a unos diez kilómetros de Roma, en la Vía Aurelia, y se convirtió al cristianismo por su ejemplo. El sitio de la sepultura de las mártires se llamó en un tiempo "Silva Nigra" (Selva Negra); pero desde que las santas fueron sepultadas ahí, empezó a llamarse "Silva Candida" (Selva Blanca). Sobre la tumba se erigió una iglesia, y alrededor de ésta se formó la población de Silva Candida o Santa Rufina, que llegó a ser sede episcopal y cardenalicia. Las reliquias de Santa Rufina y Santa Segunda fueron trasladadas en 1154 a la basílica lateranense, cerca del bautisterio de Constantino. La iglesia romana dedicada a nuestras santas fue construida, según la tradición, en el sitio que ocupaba antiguamente la casa de Rufina y Segunda. En realidad, lo único que sabemos de cierto sobre Rufina y Segunda es que existieron y fueron martirizadas y que su culto es muy antiguo.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. III, se halla el texto de las *actas*. Véase también F. Lanzoni, *Le origini delle diocesi antiche d'Italia* (1923), y Delehaye, CMH., p. 364.

SANTA AMELIA o AMELBERGA, Virgen (*c.* 770 p.c.)

Amelia era originaria de las Ardenas. Según una leyenda que carece de valor histórico, el encanto y la belleza de la joven atrajeron sobre ella las miradas del rey Pepino, quien decidió casarla con su hijo Carlos. Amelia se negó a ello, a consecuencia de lo cual fue vilmente perseguida sin tregua por el hijo de Pepino. Inútil decir que el autor de esta leyenda tenía una idea muy pobre de la dignidad y decencia del futuro Carlomagno. Según dicho hagiógrafo, Carlos quebró un día el brazo de Amelia, al sacarla a rastras de la iglesia en la que se había refugiado. En realidad, Amelia fue una religiosa de Munsterbil-

zen, en Bélgica y recibió el hábito de manos de San Wilibrordo. Sus reliquias fueron trasladadas a la iglesia abacial de San Pedro, en Gante, en 1073.

La biografía latina (*Acta Sanctorum*, julio, vol. III), es una pura novela. Pero existía antiguamente una biografía, escrita por Radbodo en el siglo X, que no carecía de valor. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 401-409. Bächtold-Staubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. I p. 358, discute los elementos folklóricos de la leyenda.

SANTOS ANTONIO Y TEODOSIO PECHERSKY, Abades del Monasterio de las Cuevas de Kiev (1073 y 1074 p.c.)

Durante la época de la evangelización de Rusia floreció mucho la vida monástica bizantina. El monasterio de Studios, en Constantinopla, así como los que surgieron de él, se hallaban en la cumbre de su esplendor (aunque muy poco después iba a empezar a decaer su influencia) y comenzaban a hacerse las grandes fundaciones del Monte Athos. Pero los primeros monasterios que hubo en Rusia, que debían su existencia a la intervención de los grandes príncipes y obispos griegos, no tuvieron mayor importancia. La época del florecimiento de la vida monástica en Rusia empezó con la fundación del monasterio de las Cuevas en Kiev (Kiev-Pecherskaya Lavra). Dicho monasterio no nació por iniciativa de los grandes de este mundo, sino que fue fundado por monjes rusos y para monjes rusos. Mons. Alejandro Sipiaguin ha escrito que fue "el primer monasterio ruso, cronológicamente hablando y también el primero en importancia, por los grandes valores espirituales con que enriqueció el tesoro de la religión del pueblo". Sus fundadores, "primeras luces brillantes encendidas por Rusia ante la imagen del Cristo universal", fueron San Antonio y San Teodosio Pechersky.

Antonio nació el año de 983, en Lubeck, cerca de Chernigov. En su juventud vivió algún tiempo en la soledad, según el ejemplo de los anacoretas de Egipto. Pero pronto comprendió que esa forma de vida, como cualquier otra, exigía cierta preparación. Así pues, emprendió el viaje al Monte Athos, donde practicó la vida eremítica con los monjes del monasterio de Esfigmenu. Al cabo de algunos años, su abad le mandó que regresase a su patria, a pesar de la repugnancia de Antonio, diciéndole: "El Señor te ha fortalecido en el camino de la santidad, y ahora te toca guiar a otros por ese camino. Vuelve a tu patria, con la bendición del Monte Santo; ahí serás padre de muchos monjes".

Antonio obedeció. Sin embargo, como no encontrase paz ni soledad suficientes en los monasterios fundados por los príncipes, se refugió en la cueva de un acantilado a orillas del Dnieper, en Kiev. Se alimentaba de pan, verduras y agua, cultivaba una parcela de tierra y pasaba el resto del tiempo en oración. Algunas personas acudían a consultarle o a pedirle su bendición; de cuando en cuando, le hacían algún regalo, que el santo distribuía inmediatamente entre los pobres. Algunos de esos visitantes acabaron por quedarse con él. El primero fue el monje Nikón, que era sacerdote; a éste siguieron otros aspirantes a la vida religiosa, los cuales vivían en celdas excavadas en la roca. Ampliaron algunas cuevas para instalar la capilla y el refectorio. Al contrario de otros abades de la época, San Antonio aceptaba a todos los candidatos que poseían las cualidades necesarias, ya fuesen ricos o pobres, libres o esclavos. La comunidad

creció tanto, que empezó a faltar el sitio. Entonces, el príncipe Syaslav les ofreció las tierras situadas en lo alto del acantilado, y ahí construyeron los monjes un monasterio y una iglesia, dedicados a la Dormición de la Santa Madre de Dios. El cronista Néstor dice: "Muchos monasterios fueron construidos con la ayuda de los príncipes y los nobles, en cambio, este monasterio se construyó con lágrimas, ayunos y oraciones. Antonio no poseía oro ni plata y por ello se valió de estos medios".

San Antonio confió pronto la dirección de la comunidad a un monje llamado Barlaam. Después, para no verse mezclado en las disensiones de los nobles de Kiev, se retiró a Chernigov, donde fundó otro monasterio. Sin embargo, más tarde volvió a Pecherskaya Lavra y ahí murió, en su cueva, el año 1073, a los noventa años de edad.

Cuarenta años antes, había ingresado en el monasterio de Pechersk un joven llamado Teodosio. Este fue, más que el austero y solitario San Antonio, quien impresionó a la juventud rusa e hizo que floreciese intensamente la vida monástica. Era hijo de padres acomodados. Cuando era joven, se había vestido de esclavo y había trabajado con ellos en las tierras de su padre. Tal actitud horrorizó a su madre. Teodosio le dijo: "Madre mía, escúchame: Nuestro Señor Jesucristo se humilló y se degradó. También en eso estamos obligados a imitarle". Pronto tuvo que abandonar la casa paterna, debido a los golpes y amenazas que se le prodigaban. Entonces, empezó a trabajar con un panadero y aprendió a preparar el pan para los sagrados misterios. Finalmente, hacia el año 1032, ingresó en el monasterio de las Cuevas de Kiev.

Ahí sucedió a Barlaam en el cargo de abad. El fue quien organizó realmente el monasterio y dirigió a la primera generación de monjes rusos. Completó y ensanchó las construcciones e implantó en el monasterio la disciplina y la regla de San Teodoro el Estudita. Dicha regla no ponía únicamente el énfasis en la oración y mortificación como medios de santificación personal, sino también en la necesidad de las obras de misericordia y en la obligación de identificarse con los miembros dolientes del Cuerpo Místico de Cristo. San Teodosio adoptó tanto las prescripciones litúrgicas como las actividades sociales de los estuditas; así, fundó en el monasterio un hospital para los enfermos e inválidos, un albergue para los peregrinos y todos los sábados enviaba a los presos de la cárcel de la ciudad una carreta llena de víveres. Por otra parte, a diferencia de tantos otros monjes primitivos, el santo no huía del trato con los hombres, sus monjes tomaron parte en la evangelización de Kiev y extendió su influencia no sólo a su comunidad sino a la vida de toda la Rusia varangiana. Cuando Svyatoslav arrojó del trono a su propio hermano, Teodosio se le opuso abiertamente y, en varias ocasiones, defendió los derechos de los pobres y oprimidos. La práctica de los "startsy" o directores espirituales, tan característica de la vida religiosa del pueblo ruso, tuvo su origen en la época de San Teodosio, quien invitaba a los habitantes de Kiev, sin distinción de sexo, edad ni condición, a consultarle sus problemas y dificultades. Se cuenta que tenía especial cariño por Juan y María, dos esposos de la región, "porque amaban a Dios y se amaban entre sí".

En cierta ocasión en que el usurpador Svyatoslav invitó a cenar al santo, éste respondió: "No estoy dispuesto a sentarme a la mesa de Jezabel ni a comer el pan amasado con la sangre de un hombre asesinado". En una larga carta que escribió a Svyatoslav, le echó en cara su proceder, contrario a toda justicia y

a toda ley y le comparó con el de Caín. El usurpador pensó entonces en desterrar a Teodosio, pero como no se atrevió a hacerlo, le escribió para tratar de ganárselo. La respuesta del santo muestra que, aunque no era un grande de este mundo, se sentía obligado a hacer respetar la autoridad del Evangelio: "¿Qué puede nuestra cólera contra vuestra fuerza, buen señor? Y, sin embargo, tenemos el deber de amonestaros e indicaros lo que es bueno para la salvación de las almas. Y vos tenéis el deber de escucharnos".

Han llegado hasta nosotros algunas breves homilías y extractos de los sermones de San Teodosio que concuerdan perfectamente con lo que sabemos de él por otro lado. Las cuevas de la época de San Antonio le habían parecido "estrechas y deprimentes" y, por ello, había ensanchado el monasterio en lo material y en lo espiritual. "El amor de Cristo se ha derramado sobre nosotros, por indignos que seamos de ello", decía, e invitaba a sus monjes a responder al amor con el amor y a difundirlo fuera del monasterio. "Recordando el mandato de nuestro buen Señor, os declaro, a pesar de mi indignidad, que debéis alimentar a los hambrientos con el fruto del trabajo del monasterio . . . ¿De qué serviría nuestro trabajo si Dios no nos ayudase y nos alimentase para sus pobres?" Según él, los monjes no debían vivir aislados, pues es imposible separar la fe de las buenas obras; pero éstas, por otra parte, no debían constituir un obstáculo para la oración: "Si pudiese, no dejaría pasar un solo día sin postrarme a vuestros pies a suplicaros que no desperdiciéis ni una hora de oración". Sin duda que una de sus exhortaciones más eficaces y conocidas fue la pregunta que formuló al rey de Kiev al oír las hablillas de los cortesanos en el salón del palacio: "Señor, ¿creéis que en el cielo vamos a tener que oír tantas tonterías?" Se ha comparado a San Teodosio con San Francisco de Asís, ese santo occidental por quien los rusos tienen tanta simpatía. En efecto, la bondad, humildad y paciencia de San Teodosio tenían su raíz en el amor de Cristo, que era para él la luz de un mundo a la vez hermoso y corrompido: "¿Qué servicio hemos prestado a Jesús para que nos haya elegido y rescatado de esta vida mortal? ¿Acaso no hemos pecado todos y no nos hemos apartado de su servicio? . . . El nos buscó, nos encontró, nos puso sobre sus hombros y nos ha colocado a la diestra del Padre. ¿Acaso no es maravillosa su misericordia y su amor por los hombres? No fuimos nosotros quienes le buscamos a El, sino El quien nos buscó . . ."

San Antonio Pechersky imitó más bien a los ermitaños de Egipto, austeros, aislados, dedicados a una especie de mutua emulación en la penitencia. En cambio, San Teodosio Pechersky siguió el ejemplo de los monjes de Palestina, de los santos como Sabas y Eutimio el Grande y Teodosio el Cenobiarca, que nunca olvidaron que la penitencia corporal no es más que un medio para adquirir la pureza de corazón y de espíritu. La virtud, la bondad, la unión con Dios, son la finalidad de la vida religiosa. "Los jóvenes, decía San Teodosio, deben amar y obedecer a los ancianos y aprender humildemente de ellos; y los ancianos deben amar, ayudar y enseñar a los jóvenes. Nadie debe dejar que se conozcan sus mortificaciones". También predicaba la importancia que tiene en la vida comunitaria el hacer todas las cosas en común, de suerte que uno de sus monjes decía que un "Señor, ten piedad de nosotros" dicho fervorosamente en común, tenía mayor valor que todo el rezo del salterio en privado. Pero ello no impedía que hubiese ciertos períodos de retiro, como en Cuaresma. En esa forma, trataba San Teodosio de armonizar la vida contemplativa con la vida

activa. Por otra parte, trataba igualmente de armonizar las necesidades de sus monjes (tal como eran, no tal como debían ser) con el llamamiento a extender el Reino de Dios sobre la tierra. En todo ello seguía la tradición de Palestina e imitaba el espíritu de San Basilio, el padre de los monjes de oriente.

Aunque pesaba sobre sus hombros la responsabilidad de una comunidad muy numerosa y tenía que velar por una gran cantidad de hijos espirituales, San Teodosio no dejaba de participar en los trabajos del monasterio, ya fuese en los campos o en el interior. Durante dos años, se encargó personalmente de cuidar al anciano monje Isaac, que apenas podía andar y no tenía ya fuerzas para nada. El abad le vestía, le lavaba, le cambiaba la ropa y le prestaba los servicios más humillantes y, después, iba a comer con la misma naturalidad con el príncipe de la ciudad. No tiene nada de sorprendente que su comunidad haya sido como una familia, "en la que los jóvenes respetaban a los ancianos y los ancianos tomaban en consideración a los jóvenes", donde el que caía, encontraba siempre a tres o cuatro de sus hermanos dispuestos a compartir con él la penitencia.

San Teodosio celebró con sus hermanos la Pascua de 1074 como de ordinario y murió una semana después. Según su deseo, fue sepultado en una de las cuevas del antiguo monasterio. Pero, en 1091, su cuerpo fue trasladado a la iglesia principal. En 1108, los obispos de la provincia de Kiev canonizaron a San Teodosio. Fue ésa la segunda canonización que tuvo lugar en Rusia y la primera canonización de un "prepodobny" ("muy parecido"), es decir de un monje muy semejante a Cristo. Los católicos de Ucrania y Rusia celebran su fiesta el 3 de mayo y la de San Antonio el 10 de julio. La liturgia eucarística eslava menciona los nombres de ambos santos.

En nuestro artículo sobre San Sergio (25 de septiembre) damos algunas indicaciones bibliográficas sobre los santos de Kiev. El "paterik" de Kiev habla de San Antonio y de muchos de sus discípulos. Sobre San Teodosio, hay una *vita* muy detallada, traducida al inglés por G. P. Fedotov en *Treasury of Russian Spirituality* (1950). El Monasterio de las Cuevas fue devastado por los tártaros en 1240, en 1299 y en 1316; a pesar de ello, volvió a ser el primer monasterio de Rusia y uno de los principales sitios de peregrinación del país. Desgraciadamente, nunca volvió a alcanzar el nivel espiritual de la época de San Teodosio, a causa de la abundancia de los bienes de este mundo. En 1651, se fundó una imprenta en el monasterio. El albergue fundado por San Teodosio podía ofrecer hospitalidad a 2,000 personas, en el siglo XIX. La imprenta, el albergue y el monasterio fueron suprimidos cuando la revolución rusa celebró su décimo nono aniversario. Durante la segunda guerra mundial, los edificios del monasterio fueron destruidos. Las autoridades dieron permiso de reconstruirlos, en 1945, a petición de la Iglesia rusa ortodoxa.

LOS MARTIRES DE DAMASCO (1860 P.C.)

DESPUÉS de la guerra de Crimea, la Asamblea francesa exigió ciertas reformas al imperio otomano, en particular por lo referente a la tolerancia de las minorías cristianas. En 1856, el sultán publicó un decreto por el que todos los súbditos del imperio, sin distinción de raza ni de religión, quedaban en pie de igualdad en materia de impuestos y con derecho a ocupar puestos públicos. Ello constituyó un ultraje a los sentimientos de los mahometanos que, durante doce siglos, habían considerado las comunidades de cristianos como "ghetos" de razas inferiores excluidas de la ley, a las que el decreto del sultán ponía en pie de

igualdad con los hijos del profeta. Por otra parte, las noticias del motín de la India no hicieron más que aumentar el resentimiento de los mahometanos. Los turcos, particularmente el bajá Khursud, gobernador de Beirut, azuzaron por debajo del agua a los musulmanes de Siria y, en 1860, estalló la conflagración en Bait Mari. La ocasión fue un pleito entre un druso (musulmán de una secta del Líbano) y un joven cristiano, que pertenecía al importante rito católico maronita. Los maronitas iban a sufrir más que los otros católicos en esa persecución. Cuando la matanza comenzó, los drusos estaban armados, en tanto que los cristianos se habían dejado desarmar por las autoridades turcas so pretexto de restablecer la paz. Del 30 de mayo al 26 de junio, los drusos saquearon y quemaron todos los pueblos maronitas del centro y el sur del Líbano, y asesinaron, mutilaron o vejaron a cerca de 6000 cristianos. Cinco jesuitas fueron estrangulados en Zahleh; en Dair-al-Kamar, el abad del monasterio maronita fue despellejado en vida y veinte monjes fueron asesinados a hachazos. Khursud se dirigió entonces a ese distrito con 600 soldados; pero se contentó con disparar un cañonazo y después, dejó que sus hombres participasen en la matanza. El 9 de julio, el motín se extendió a Damasco. El gobernador, bajá Ahmed, no movió un dedo para impedir la matanza; en cambio, el noble emir argelino Abb-al-Kadar, gran defensor del Islam, se opuso abiertamente a sus correligionarios y dio asilo a 1500 cristianos, entre los que se contaban algunos europeos. Las víctimas del terror y la violencia llegaron, en tres días, a varios miles; ciertamente hubo más de 3000 muertos, sin contar las mujeres y los niños. Ocho frailes menores y tres laicos maronitas fueron beatificados en 1926, gracias a las circunstancias particularmente claras de su muerte y al testimonio de los milagros con que Dios los había distinguido. Cuando la turba se precipitó al barrio de la ciudad en el que se hallaba situado el convento franciscano, el padre guardián dio asilo en él a todos los niños y algunos cristianos, a quienes exhortó a permanecer firmes en la fe. Los refugiados cantaron las letanías de los santos ante el Santísimo Sacramento y recibieron la absolución y la comunión. El convento era una especie de fortaleza muy bien protegida; probablemente, los cristianos se habrían salvado si un traidor, que había recibido muchos beneficios de los franciscanos, no hubiese guiado a la turba a una disimulada puerta posterior.

El BEATO MANUEL RUIZ, guardián del convento, era un español de cuna humilde, nacido en Santander en 1804. Cuando la turba penetró en el monasterio, en la noche del 9 de julio de 1860, el P. Ruiz se precipitó a la capilla y consumió el Santísimo Sacramento; después, se arrodilló ante el altar a esperar la muerte. La chusma le echó mano, al grito de: "¡Confiesa, confiesa!" (Es decir, confiesa que Alá es Dios y Mahoma su profeta). El beato respondió: "Soy cristiano y moriré como cristiano". En seguida reclinó la cabeza sobre el altar y ahí murió decapitado por el hacha.

Todos los otros frailes eran también españoles, excepto el BEATO ENGELBERTO KOLLAND, que era austríaco. Después de cuatro años en el seminario de su diócesis, había sido despedido por su carácter inquieto y vivaz. Pero, más tarde, había sido admitido por los franciscanos y había pasado sus años de ministerio en el convento de Damasco. Aquella noche, se había refugiado en la azotea y alguien había cubierto su hábito con un amplio velo de mujer; pero la chusma le reconoció a causa de las sandalias y le llevó a rastras al patio. Como se negase a apostatar, fue asesinado al punto. El BEATO CARMELO VOLTA

perdió el conocimento a resultas de un golpe en la cabeza. Una hora después, dos mahometanos amigos suyos le ofrecieron refugio en su casa, a condición de que abjurarse de la fe. El padre se rehusó y sus amigos le dieron muerte. El BEATO NICANOR ASCANIO había llegado a Siria el año anterior; si el P. Ruiz no le hubiese negado el permiso de partir, juzgando que el viaje era muy peligroso, el P. Ascanio habría estado en Jerusalén y se habría salvado de la matanza. El BEATO PEDRO SOLER había empezado su ministerio como misionero en una factoría de Cuevas. Dos niños que le oyeron negarse a apostatar y presenciaron su asesinato, dieron testimonio en el proceso de beatificación. El BEATO NICOLÁS ALBERCA, que sólo tenía treinta años, cayó bajo las balas en un corredor del convento. Los otros dos mártires franciscanos eran hermanos legos. El BEATO FRANCISCO PINAZO había sido pastor en su juventud. Traicionado por su prometida, se hizo hermano lego en la tercera orden regular, en Huelva; más tarde, fue admitido en la primera orden. El BEATO JUAN JACOBO FERNÁNDEZ había tomado el hábito en Hebrón y había vivido en España hasta 1857. Ambos legos se habían ocultado en la parte superior de la torre de la iglesia del convento. Los musulmanes los encontraron ahí y los arrojaron desde el balcón al patio. El hermano Francisco murió instantáneamente, el hermano Juan pasó toda la noche en agonía, hasta que un soldado turco le degolló, al amanecer.

Casi todos los laicos que se hallaban en el convento escaparon con vida. Pero tres maronitas perecieron y fueron beatificados junto con los franciscanos. Los BEATOS FRANCISCO, ABDUL-MUTI y RAFAEL MASABKI eran hermanos. El mayor, Francisco, que tenía cerca de setenta años, era padre de familia, rico e influyente. Muti, que era viudo, se había retirado del comercio para vivir con su hermano y ayudaba a los franciscanos en la instrucción. Rafael, el más joven de los tres, no era casado; después de trabajar en los negocios de su hermano Francisco, se había convertido en una especie de sacristán del convento. La beatificación de estos tres mártires es particularmente notable, ya que el proceso se llevó a cabo en menos de seis meses. La causa de los franciscanos había sido introducida en 1885; pero la de los hermanos Masabki no fue introducida sino hasta 1926, a instancias de Mons. Giannini, delegado apostólico en Siria. Felizmente, el obispo maronita de Damasco tenía en sus archivos todos los documentos necesarios, de suerte que la beatificación de los tres hermanos tuvo lugar con la de los franciscanos, el 10 de octubre de 1926.

Se encontrarán más detalles en H. Lammens, *La Syrie* (1921), vol. II, pp. 180 ss; P. Paoli, *Il beato Emmanuele Ruiz...* (1926); P. Seeböck, *P. Engelbert Kolland* (1904); y C. Salotti, *L'eroismo di tre martiri maroniti* (1926). En los *Anales de la Propagación de la Fe* (1860), pp. 308-326, hay un relato de conjunto del levantamiento.

11: SAN PIO I, PAPA Y MÁRTIR (¿155? P.C.)

SAN PIO sucedió a San Higinio en la cátedra de San Pedro. El *"Liber Pontificalis"* afirma que era hijo de un tal Rufino, originario de Aquilea. Otros autores añaden que era hermano del famoso Hermas que escribió "El Pastor". Si tal parentesco no es una simple invención piadosa, San Pío era seguramente eslavo, como Hermas. Durante su pontificado, se vio turbada la paz de la Iglesia por las herejías de los valentinianos y de los marcionitas.

San Pío se opuso enérgicamente a ellas, pero el verdadero paladín de la lucha fue San Justino Mártir, que se había convertido del judaísmo y se hallaba en Roma por aquella época. San Pío consagró a doce obispos y ordenó a dieciocho sacerdotes. Según se dice, transformó las Termas de Novato en iglesia. Ningún documento antiguo hace mención de su martirio; el cardenal Baronio fue quien lo inscribió en el martirologio.

Prácticamente todo lo que sabemos acerca de San Pío se halla en el texto y las notas de la edición de Duchesne del *Liber Pontificalis*, vol. I, pp. 132 ss., y en *Histoire ancienne de l'Eglise* del mismo autor, vol. I, pp. 236 ss. Sobre las circunstancias históricas, cf. G. Bardy, *L'Église Romaine sous le pontificat de S. Anicet*, en *Recherches de science religieuse*, vol. XVII (1927), pp. 481-511.

SAN JUAN, Obispo de Bérgamo (*c.* 690 p.c.)

San Juan fue elegido obispo de Bérgamo por su santidad y saber. Inmediatamente, se dedicó a combatir la herejía, particularmente los restos del arrianismo que infestaban todavía su diócesis. En 679, asistió en Roma al sínodo convocado por el Papa San Agatón, en el que San Wilfrido de York apeló contra la división de su diócesis. Se ha dicho, erróneamente, que San Juan fue mártir de los herejes; así, por ejemplo, el Martirologio Romano afirma que "fue asesinado por los herejes por haber defendido la fe católica". Pero la verdad es que el santo murió apaciblemente hacia el año 690. Se cuenta que en cierta ocasión, cuando San Juan cenaba en Pavía con el duque de Benevento, reprendió abiertamente al hijo del duque por una injusticia que había cometido. El joven, que se llamaba Cuniberto, llevó a mal la reprensión y decidió vengarse. Así pues, fingiendo gran generosidad, regaló al obispo un caballo tan mañoso que nadie se atrevía a montarlo. A su vuelta de Pavía, San Juan determinó hacer el viaje en aquel caballo. Los criados de Cuniberto, ahí presentes, estaban seguros de que la bestia derribaría al obispo sobre las losas del patio; pero, en vez de encabritarse, el caballo obedeció dócilmente al santo.

Acta Sanctorum, julio, vol. III; y Ughelli, *Italia Sacra*, vol. IV, p. 590. Ughelli dice que San Juan fue el décimo tercer obispo de Bérgamo. Su existencia histórica está perfectamente probada, ya que Paulus Diaconus le cita en *Historia Longobardorum*, lib. VI, c. 3.

SANTA OLGA, Viuda (969 p.c.)

Se venera a Santa Olga junto con su nieto, San Vladimiro, como a las primicias del cristianismo en Rusia. El monje Jacobo, con la grandilocuencia característica del siglo XI, los llama "nueva Elena y nuevo Constantino, iguales a los Apóstoles". Tanto Olga como Vladimiro eran bárbaros y crueles antes de su conversión. El príncipe Igor, de Kiev, esposo de la santa, murió asesinado. Para vengarle, Olga mandó dar muerte a los asesinos en calderos de agua hirviente y acabó, por medio de la traición, con centenares de sus partidarios.

Según la tradición popular, Olga fue la primera persona que recibió el bautismo en Rusia; pero está probado que eso es falso. Se cree que el bautismo de Santa Olga tuvo lugar en Constantinopla, hacia el año 957. La santa representa, en cierto sentido, el elemento germánico de la evangelización de Rusia, ya que alrededor del año 959 pidió al emperador Otón I que enviase misioneros "a la tierra de Kiev"; pero la misión de San Adalberto de Magdeburgo

fracasó. La santa no consiguió que su hijo Svyatoslav se convirtiese al cristianismo. A instancias de su madre, el príncipe respondía, no sin razón: "Si me convierto a una religión extranjera, mis súbditos se reirán de mí."

Santa Olga murió a edad muy avanzada, el año 969. Su fiesta figura en el calendario ruso, en el ucranio y en algunos otros.

Entre las fuentes de información sobre Santa Olga, se cuenta el tratado *De cerimoniis aulae byzantinae*, II, 15 (en PG, vol. XII) de Constantino Porphyrogenitus y la crónica de Cedrenus (p. 329, vol. II, de la edición de Bonn). Véase la bibliografía sobre San Vladimiro, 15 de julio).

BEATO ADRIAN FORTESCUE, Mártir (1539 p.c.)

Sir Adrian Fortescue nació en 1476, en el seno de una antigua familia de Devonshire. Por parte de su madre, era primo de Ana Bolena. Contrajo matrimonio con Ana de Stonor, de la que tuvo dos hijas. Doce años después de la muerte de su primera esposa, se casó con Ana Rede de Boarstall, de la que tuvo tres hijos.

Hasta la edad madura, llevó la vida ordinaria de los caballeros de su tiempo. Ejercía el cargo de juez de paz del condado de Oxford y era caballero de la Orden del Baño. Con frecuencia formaba parte del cortejo real. Hizo la guerra en Francia en 1513 y en 1523; formó parte de la comitiva de la reina Catalina en el viaje que ésta hizo a Calais, durante "el Torneo del Pendón de Oro" y asistió a la coronación de Ana Bolena. Siempre fue un hombre muy religioso; además de caballero de la Orden de San Juan de Jesuralén ("caballero de Malta"), fue miembro de la Tercera Orden de Santo Domingo, a la que ingresó en Oxford.

Por lo que se refiere a la manera de proceder de Enrique VIII, Sir Adrian se condujo con circunspección y prudencia. A pesar de ello, por razones que desconocemos, fue arrestado el 29 de agosto de 1534 y encarcelado en la prisión de Marshalsea. Sin embargo, recobró la libertad durante cierto tiempo, probablemente en la primavera del año de 1535, cuando fueron martirizados Moro, Fisher y los monjes cartujos. Sin duda que Sir Adrian comprendía lo que tales ejecuciones presagiaban. En efecto, en febrero de 1539, fue arrestado nuevamente y enviado a la Torre de Londres.

El Parlamento se reunió en abril. Sir Adrian fue condenado sin ninguna clase de juicio, "no sólo por haberse rehusado traidoramente a prestar el juramento de fidelidad que debía a la Corona, sino también por haber cometido diversas y muy detestables y abominables traiciones y por haber sembrado la sedición en el reino". El documento no determina cuáles habían sido esas abominables traiciones, pero es evidente que estaban relacionadas con la lealtad de Sir Adrian a la Santa Sede, ya que su nombre aparece con los del cardenal Pole, Tomás Goldwell, fray Guillermo Peto y otros acusados del mismo "delito".

El Beato Adrián fue decapitado en Tower Hill, el 8 o el 9 de julio, junto con el Venerable Tomás Dingley. Los Caballeros de Malta empezaron a tributarle culto desde su muerte, lo cual dio fundamento para su beatificación, que tuvo lugar en 1895. La arquidiócesis de Birmingham celebra su fiesta.

Al día siguiente, se celebra la memoria de otro mártir y caballero de Malta, el Beato David Gonson, quien fue ejecutado en Southwark en 1541, por haberse negado a reconocer la supremacía espiritual del rey.

El P. John Morris publicó en *The Month* (junio y julio de 1887) los documentos principales. Véase también Camm, LEM, vol. I, pp. 413-461. La Biblioteca de Bodley de Oxford posee un manuscrito de *Piers Polymann* copiado de mano del Beato Adrián.

BEATO OLIVERIO PLUNKET, ARZOBISPO DE ARMAGH, MÁRTIR (1681 P.C.)

EL ÚLTIMO de los católicos que murieron por la fe en Tyburn y el primero de los mártires irlandeses que alcanzaron la gloria de la beatificación nació en 1629 en Loughcrew, en el condado de Meath. Por parte de su padre, estaba emparentado con el conde de Fingall y con los barones de Dunsany y Lodcrif, en tanto que por la línea materna de los Dillon, era pariente próximo del conde de Roscommon. En el bautismo recibió el nombre de Oliverio, en memoria del Oliverio Plunket que había muerto durante la matanza de los prisioneros españoles, que tuvo lugar en Smerwick, en Kerry, en 1580. El beato pasó su juventud en las confusas luchas de partido que siguieron a la rebelión contra el rey Carlos I de Inglaterra. Naturalmente, los Plunket, que formaban parte de la nobleza, estaban en favor de las prerrogativas regias y de la libertad de Irlanda. Oliverio, que se sentía llamado al sacerdocio, hizo sus estudios eclesiásticos bajo la dirección de su pariente Patricio Plunket, abad del monasterio benedictino de Santa María, en Dublin. En 1645, cuando tenía dieciséis años, pasó a Roma con otros cuatro jóvenes, a quienes el P. Pierfrancesco Scarampi había elegido para ser educados allá. Dicho oratoriano había sido enviado, en 1643, por el Papa Urbano VIII al consejo supremo del partido de la Confederación Irlandesa. Oliverio hizo estudios muy brillantes en el Colegio Irlandés que los jesuitas acababan de fundar en Roma, siguió los cursos de derecho civil y canónico en la "Sapienza" y fue ordenado en 1654. La situación de Irlanda no le permitió volver inmediatamente a trabajar en la misión irlandesa; así pues, gracias al apoyo del P. Scarampi, fue nombrado profesor de teología en el Colegio de *Propaganda Fide.* Al principio, se alojó con los oratorianos y por entonces, el P. Marangoni dijo que era "uno de los personajes más ilustres de cuantos, habían adornado la casa con sus virtudes". El P. Oliverio fue más tarde nombrado consultor de la Sagrada Congregación del Indice y procurador de los obispos irlandeses ante la Santa Sede. Así pasó doce años en Roma, consagrado al trabajo y la devoción.

En marzo de 1669, murió, desterrado en Francia, Edmundo O'Reilly, arzobispo de Armagh y primado de Irlanda. El Papa eligió para sucederle al doctor Oliverio Plunket, "hombre de virtud probada, de larga experiencia y de maduro saber". Mons. Plunket fue consagrado en Gante en noviembre de ese mismo año. En seguida se trasladó a Londres. Como el mal tiempo no le permitiese proseguir el viaje a Irlanda, el P. Felipe Howard, O.P. (más tarde cardenal) le escondió en su propia casa. El dominico era capellán de la esposa de Carlos II, Catalina de Braganza. La reina se mostró muy bondadosa con el nuevo arzobispo, e hizo cuanto pudo por obtener una mitigación del rigor, por no decir el espíritu de venganza, con que se aplicaban las leyes penales en Irlanda. Mons. Plunket llegó a Dublin en marzo de 1670 y fue muy bien acogido por sus nobles parientes y por su antiguo tutor, Patricio Plunket, que era entonces obispo de Meath. Los únicos obispos que quedaban entonces en el país eran Patricio Plunket y el anciano obispo de Kilmore. Los otros tres obispos que vivían aún se hallaban desterrados. Mons. O'Reilly, el predecesor de Oliverio Plunket, sólo había podido pasar en Irlanda dos de sus doce años de episcopado. Veinte años antes, el nuncio papal, Rinuccini, había informado a la Santa Sede sobre el desorden y abandono de las diócesis y los temores del clero. La situación no había hecho sino empeorar. Tres meses después de su instalación, Oliverio Plunket reunió un sínodo provincial, llevó a cabo dos ordenaciones y confirmó a diez mil cristianos de todas edades; a pesar de ello, todavía quedaban otros cinco mil sin confirmar. Los dos primeros años fueron bastante pacíficos, gracias a la lealtad y moderación del virrey, Lord Barkeley de Stratton, quien era tolerante con los catálicos y amigo personal del nuevo arzobispo. Desgraciadamente, como ha sucedido tantas veces en la historia, una disputa entre católicos acabó con la era de paz. En este caso, la disputa, que versaba sobre la extensión de la primacía de la sede de Armagh, opuso al Beato Oliverio y a su primo, Pedro Talbot, arzobispo de Dublin. No se trataba simplemente de una cuestión de amor propio, sino de un problema canónico de gran importancia para la Iglesia en Irlanda. El Beato Oliverio, interpretando su primacía como algo más que un simple título, había tratado de imponer su jurisdicción primacial a sus metropolitanos. Pero Mons. Talbot creía que se trataba de una primacía puramente titular. Según escribió entonces Juan Brennan, que fue más tarde arzobispo de Cashel, "ambos personajes son muy pundonorosos y de temperamento violento". Esto nos ayudará a comprender el mérito que tuvieron ambos obispos en no exceder los límites de la caridad y de la humildad. Así, por ejemplo, el Beato Oliverio impidió en 1671, que el virrey desterrase a Mons. Talbot, como tenía la intención de hacerlo por motivos personales.

Aquellos dos años constituyeron un período de intenso y difícil trabajo. Desgraciadamente, el primado no iba a recoger personalmente la cosecha de progreso espiritual que había sembrado. El sínodo de Clones promulgó una legislación muy rigurosa contra los abusos del clero y de los laicos. Mons. Plunket hizo un viaje a las montañas de Ulster para hacer entrar en razón a los "tories" (opositores), que se habían entregado al bandolerismo para poder vivir y, entre los cuales había más de un personaje indeseable; el arzobispo logró que algunos cambiasen de vida y envió a otros al extranjero. Por otra parte, estableció en Drogheda a los jesuitas, quienes fundaron un colegio y un seminario. El beato trató también de ayudar espiritualmente a los católicos de lengua galesa de tierra firme y de las islas de Escocia, pero no pudo superar los obstáculos que se oponían a la empresa. Como si todo esto fuese poco, el arzobispo se preocupó por mantener la disciplina entre su clero, por ejecutar los decretos del Concilio de Trento, por impedir la infiltración del jansenismo que provenía de Francia y de Flandes, por mejorar la observancia religiosa entre los monjes y las relaciones entre los seculares y los regulares y, entre las diversas órdenes, pues las autoridades civiles promovían la discordia entre los dos cleros por motivos políticos. En medio de este trabajo pastoral abrumador, el beato corría constantemente peligro de incurrir en las penas del "praemunire" por reconocer la jurisdicción pontificia y acudir a la Santa Sede y además compartía con sus hermanos en el episcopado y con su clero, una "increíble pobreza". A este respecto, una reflexión suya puede aplicarse a los obispos en todos los países no católicos: "La pobreza de los obispos les impide codearse con los protestantes, lo cual haría mucho bien a la causa católica". El beato Oliverio

estaba en buenos términos con la jerarquía protestante y con los habitantes de Ulster, quienes le profesaban gran respeto y se mostraban tolerantes con los católicos. El sínodo de Clones expresó a la Santa Sede su gratitud por haber enviado "a un pastor tan constante en las buenas obras y de vida tan ejemplar, que ha ganado para sí y para todo su clero el cariño y el respeto de los mismos enemigos de nuestra fe".

En 1673, la política bien intencionada pero tortuosa de Carlos II provocó una nueva persecución. Mons. Talbot fue desterrado y el arzobispo de Tuam huyó a España. Aunque los perseguidores no molestaron por el momento al Beato Oliverio, éste se escondió con Mons. Brennan, obispo de Waterford, quien en 1676 fue ascendido a la diócesis de Cashel. Ambos corrían constantemente peligro de ser arrestados y vivían en circunstancias materiales muy penosas, tratando de cumplir lo mejor posible con sus deberes pastorales. La tarea del Beato Oliverio era particularmente difícil, ya que una facción de católicos, prácticamente cismáticos, dirigidos por el franciscano Fray Pedro Walsh, se había rebelado contra él con el apoyo de algunos partidarios de los "tories". El P. Fitzymons y otros descontentos habían hecho ciertas acusaciones contra el primado y la Santa Sede encomendó a Mons. Brennan que investigase los hechos. Su informe disipó toda sospecha contra el beato.

En agosto de 1678, estalló la abominable conspiración de Oates, que tomó el nombre de su autor. El pánico que produjo en Inglaterra, tuvo repercusiones en Irlanda, donde se promulgó el decreto de destierro para todos los obispos y sacerdotes del clero regular y se incitó al pueblo a "delatar a todas las personas mezcladas en aquella siniestra conspiración papista". Hetherington (agente de Lord Shaftesbury), MacMoyer (un franciscano expulsado de su orden) y Murphy (un sacerdote diocesano excomulgado), se unieron para "dar testimonio" contra el Beato Oliverio en Londres. El ministro de justicia dio inmediatamente la orden de arrestarle. El 6 de diciembre de 1679, el beato fue encarcelado en el Castillo de Dublin. Ahí tuvo oportunidad de asistir a su antiguo adversario, Mons. Talbot, en su lecho de muerte, ya que, a su vuelta del destierro, el arzobispo de Dublin había sido detenido por su pretendida complicidad en la "conspiración papista", a pesar de que se hallaba moribundo. El Beato Oliverio fue juzgado en Dundalk por haber conspirado contra el Estado, al tratar de que desembarcaran en Irlanda 20,000 soldados franceses y al exigir a su clero un impuesto para poner en pie de guerra un ejército de 70,000 hombres, según decían los cargos. Durante los dos primeros días del juicio, no se presentó un solo testigo; finalmente, compareció MacMoyer, quien estaba ebrio y pidió un plazo para reunir a los otros testigos. Ello convenció a Lord Shaftesbury de que jamás conseguiría probar en Irlanda la culpabilidad de Mons. Plunket con acusaciones tan absurdas; así pues, mandó trasladar al reo a la prisión de Newgate, en Londres. El arzobispo sólo tenía derecho de hablar con sus guardias; éstos fueron quienes narraron a otro prisionero, el benedictino Mauro Corker, que Oliverio había empleado casi todo el tiempo de sus nueve meses de prisión en hacer oración, que había ayunado varios días por semana y que se había mostrado siempre alegre y cortés.

En la primera sesión del juicio ante la Suprema Corte, no se pudo probar nada contra el arzobispo. En vez de ponerle en libertad, los jueces aplazaron la siguiente sesión hasta junio de 1681, para que los testigos tuviesen tiempo de trasladarse a Londres; pero ni así llegaron a tiempo los testigos. Entre los

indignos irlandeses que estaban dispuestos a participar en la condenación de su primado, la acusación eligió a nueve. Los dos principales eran MacMoyer y su cómplice, Duffy, a quienes el beato describió diciendo que eran "dos frailes a quienes he tratado de corregir durante siete años; dos renegados de nuestra religión, dos infames apóstatas". La jurisdicción de aquella corte sobre los súbditos irlandeses es más que dudosa; por otra parte, el juicio se llevó a cabo sin la menor apariencia de justicia, de suerte que Lord Campbell no exageró al escribir que el juez, Francisco Pemberton, era "una verdadera desgracia para su país y para sí mismo". El jurado declaró al acusado culpable de alta traición. La sentencia, que se aplazó una semana, condenó al beato a ser ahorcado, desentrañado y descuartizado. En la fórmula de la sentencia Pemberton no pudo ocultar que la razón básica de la condenación era el odio a la fe católica: "... vuestra traición se debió, en último término, a vuestro deseo de propagar vuestra falsa religión ..., que es la más deshonrosa e injuriosa que pueda concebirse entre las religiones o pseudoreligiones que existen ... No se puede cometer un crimen más grave contra Dios que el de propagar esa religión ..."

Las autoridades permitieron al P. Mauro Corker visitar al arzobispo durante sus últimos quince días. Las cartas que ambos escribieron a sus amigos y superiores eclesiásticos, dan testimonio de la extraordinaria serenidad del mártir; en particular, una de esas cartas rinde un glorioso tributo a la generosidad y fidelidad de los católicos ingleses. La ejecución se llevó a cabo el viernes 1º de julio de 1681. El mártir protestó de su inocencia y de su fidelidad al rey delante de la inmensa multitud que se había congregado en Tyburn, y oró por sí mismo y por sus enemigos. Cuando el verdugo cortó la cuerda de la horca, el Beato Oliverio estaba ya muerto. El cadáver, mutilado, fue sepultado en el atrio de la iglesia de St. Giles-in-the Fields. En 1648, los restos del mártir fueron trasladados a la abadía benedictina de Lampspring, en Westfalia y, dos siglos más tarde, a la abadía de Downside, donde reposan actualmente. La cabeza del Beato Oliverio se halla en la iglesia de San Pedro de Drogheda. La beatificación tuvo lugar en 1920. La fiesta de Oliverio Plunket se celebra en Irlanda, Australia y Nueva Zelandia, así como en la diócesis inglesa de Clifton, en la que se halla su santuario.

La primera biografía del Beato Oliverio fue la que escribió Mons. Patricio Moran, más tarde cardenal, quien se basó en todos los documentos disponibles. La primera edición de dicha obra, titulada *Memoirs of the Most Rev. Oliver Plunket*, apareció en 1681; en 1895, se publicó una edición revisada. Para entonces, ya habían visto la luz la biografía italiana de Marangoni (1712) y las noticias biográficas compuestas por Dodd y por Challoner. Los principales documentos pueden verse en el *Spicilegium Ossoriense* del cardenal Moran. Véase la biografía de la Sra. H. Concannon (1935) y el grueso volumen de estudios históricos sobre el Beato Oliverio (1937). Entre las biografías de tipo más popular mencionaremos la de una religiosa de Notre Dame (1920) y la del P. H. Gaffney, *Oliver*, (1946). En *Downside Review*, enero de 1921, hay un artículo sobre las reliquias del beato y un texto más completo de algunas de sus cartas. Véase también Alice Curtayne, *The Trial of Oliver Plunket* (1953), y el importante artículo del P. John Brady en *Irish Ecclesiastical Record* (1954).

LOS MARTIRES DE INDOCHINA, I (1745-1840 P.C.)

ENTRE LOS mártires de Indochina beatificados en 1946, se cuentan cuatro domi-

nicos que murieron en el siglo XVIII. Los BEATOS FRANCISCO GIL y MATEO LEZINIANA fueron decapitados el 22 de enero de 1745. Durante los ocho años de cautiverio, el P. Francisco convirtió a numerosas personas en la prisión. Por su parte, el P. Mateo no dejó de ejercer furtivamente el ministerio sacerdotal entre los cristianos durante los trece años que anduvo fugitivo. Los BEATOS JACINTO CASTAÑEDA y VICENTE LIEM sufrieron el martirio veintiocho años más tarde, el 7 de noviembre de 1773. El viaje del P. Jacinto, de España a Filipinas, había durado dos años. De Filipinas pasó a China, donde fue arrestado y trasladado de una prisión a otra; los jueces trataron de hacerle apostatar catorce veces, hasta que al fin le expulsaron del país. Los superiores enviaron entonces al misionero a Tonkín (Vietnam). Ahí fue arrestado, tres años más tarde, cuando navegaba por el río Ke-Uang llevando los sacramentos. Aunque su celda era tan estrecha que no podía permanecer en pie en ella, las autoridades encarcelaron también junto con el P. Jacinto al P. Vicente Liem, el primer dominico originario de Indochina que sufrió el martirio. Sus padres eran cristianos de buena posición, y el P. Vicente había ejercido el ministerio sacerdotal entre sus compatriotas durante catorce años; fue ejecutado después de sufrir crueles torturas. Los Beatos Francisco, Mateo y Jacinto eran españoles.

Fecundado con la sangre de los mártires, el cristianismo hizo rápidos progresos en Indochina durante las dos primeras décadas del siglo XIX. Pero de 1820 a 1841, el soberano amamita, Ming-Mang, trató de desarraigar la fe mediante una violenta persecución. Los misioneros habían sido expulsados desde tiempo atrás. Los perseguidores destruyeron las iglesias, suprimieron las escuelas e intentaron hacer que los católicos abjurasen públicamente de su religión y pisoteasen el crucifijo en las calles. En 1836, se cerraron todos los puertos, excepto uno, a los europeos. Los misioneros fueron declarados reos de muerte y empezó una cacería sistemática de todos los sacerdotes. Los mártires laicos fueron muy numerosos. En 1900, el Papa León XIII beatificó a setenta y siete, de los cuales los principales eran los BEATOS IGNACIO DELGADO y CEBRIÁN, vicario apostólico del sector oriental de Tonkín y su coadjutor, DOMINGO HENÁREZ. Ambos dominicos españoles habían trabajado en la misión durante casi cincuenta años. Al recrudecer la persecución en 1838, los dos obispos se escondieron. Mons. Delgado cayó pronto prisionero y fue trasladado a Nam-Donh en una estrecha jaula. Sobre el camino yacía un crucifijo para que la comitiva lo pisotease; pero el beato consiguió que los que le transportaban lo hiciesen a un lado. Sin embargo, el crucifijo fue colocado nuevamente sobre el camino, en cuanto pasó Mons. Delgado, de suerte que ninguno de los cristianos pudo seguirle a la ciudad. El beato fue condenado a ser decapitado; pero, como tenía ya setenta y seis años y era de salud delicada, murió de hambre, de sed y de insolación en aquella jaula, tan estrecha, que ni siquiera podía el mártir ponerse de pie. Mons. Delgado era obispo titular de Melipotamus. Dos años después, le sucedió en esa sede Nicolás Wiseman, posteriormente cardenal y primer arzobispo de Westminster; en efecto, Mons. Wiseman eligió esa sede titular por la devoción que profesaba al mártir de Indochina.

Mons. Domingo Henárez fue también enjaulado, junto con su catequista annamita, el BEATO FRANCISCO CHIEN. Ambos fueron decapitados el 25 de junio. Otro catequista, el BEATO TOMÁS TOÁN, flaqueó por dos veces en la tortura, pero se arrepintió y ganó la corona del martirio, ya que murió de hambre en la prisión, el 27 de junio de 1840. Entre los beatos nativos de Indochina

se contaban tres sacerdotes diocesanos: PEDRO TUAN, BERNARDO DUÉ y JOSÉ NIEN; un médico, el BEATO JOSÉ CAN; un sastre, el BEATO TOMÁS DÉ y dos campesinos, llamados AGUSTÍN MOI y ESTEBAN VINH. Aquellos cristianos convirtieron en la prisión a varios de sus compatriotas. Muchos de los mártires fueron sometidos a terribles torturas. Tres soldados que habían resistido victoriosamente durante más de un año, flaquearon al fin y pisotearon el crucifijo. Se dice que se hallaban bajo la influencia de una droga que las autoridades les habían obligado a beber, pues el pueblo estaba profundamente impresionado por la constancia de los mártires. No es imposible que haya sido así, ya que los métodos modernos de tortura son menos nuevos de lo que podría imaginarse. En todo caso, lo cierto es que los tres soldados se arrepintieron de haber pisoteado el crucifijo y fueron ejecutados: dos murieron aserrados y el tercero estrangulado. Los nombres de estos beatos son: AGUSTÍN HUY, NICOLÁS TÉ y DOMINGO DAT. Todos los mártires de los que hemos hablado dependían, en alguna forma, de la Orden de Santo Domingo, como frailes o como terciarios.

Uno de los más famosos mártires de Annam fue el P. JOSÉ MARCHAND, sacerdote de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. Como fue capturado en Saigón, cuando la ciudad se hallaba en manos de los rebeldes (que en vano habían tratado de ganarse el apoyo del padre), las autoridades le trataron con especial crueldad. La tortura que le produjo la muerte consistía en arrancarle la piel con hierros candentes. Otro de los mártires más destacados de este grupo fue el BEATO PEDRO DUMOULIN-BORIE, que pertenecía también a la Sociedad de las Misiones Extranjeras. Durante la persecución, tenía que cambiar constantemente de escondite y, en cierta ocasión, escribió: "Viajo de noche por veredas ocultas y caminos sinuosos, bajo la lluvia y el viento. Con frecuencia, el lodo o el agua me llegan hasta la cintura. Me preguntaréis por qué hago esto. Simplemente para ir en busca de la oveja perdida y rescatarla de las garras del demonio... Desgraciadamente, mi estatura me delata; soy demasiado alto y un buen día los perseguidores acabarán por acortarme". Así fue: un delator reveló a los perseguidores el escondite del Beato Pedro, quien en julio de 1838 ingresó en la prisión con otros dos sacerdotes annamitas; los BEATOS PEDRO KOA y VICENTE DIEM. Durante los interrogatorios, los perseguidores blasfemaban y proferían mil obscenidades en presencia de los mártires. "Hacedme pedazos si queréis," les dijo el Beato Pedro, "pero no habléis en esa forma". Cuando éste se hallaba en la prisión, supo que había sido nombrado obispo titular de Acanto y vicario apostólico. Las visitas a la prisión no estaban prohibidas y, tanto los cristianos como los paganos que iban a ver al P. Pedro, salían impresionados por su alegría y su paciencia. El mártir rehusó revelar al mandarín los nombres de las personas que le habían brindado hospitalidad. Un soldado le advirtió: "Es muy fácil guardar el secreto ahora; pero será más difícil bajo los azotes." El obispo electo replicó humildemente: "No sé lo que haré bajo los azotes. No quiero presumir de mis fuerzas." En el interrogatorio que se llevó a cabo algunos días más tarde, Pedro respondió: "Tengo treinta años y medio. Vine a Tonkín en la embarcación de un mandarín muy conocido. He vivido cinco o seis años en la provincia de Quang-Bin y la he recorrido casi toda. Los nombres de los sitios en que he estado no tienen importancia." En seguida fue azotado con varas de bambú, tan salvajemente que todo su cuerpo quedó hecho una llaga. El mandarín le preguntó si sufría y el beato respondió: "Evidentemente que sufro; estoy hecho de carne y

sangre como cualquier otro." Desde la prisión, escribió a un misionero amigo: "No hay ninguna esperanza de que volvamos a vernos en este mundo. El tigre devora a su víctima; nunca la deja escapar. Por lo demás, os confieso francamente que me apenaría perder esta oportunidad de dar mi vida por Cristo... Os ruego que celebréis por mí las tres misas acostumbradas... Ahora que estoy a punto de comparecer ante el tribunal de Dios, los méritos de nuestro Salvador me reconfortan y las oraciones de los miembros de la Propagación de la Fe me infunden confianza... No tengo ningún libro. Ni siquiera tengo rosario; pero me he fabricado uno con nudos en una cuerda." El mártir fue azotado y torturado frecuentemente, durante cuatro meses, por negarse a delatar a sus compañeros de misión y a pisotear el crucifijo. Los otros dos sacerdotes que estaban con él mostraron la misma constancia. El 24 de noviembre de 1838, fueron conducidos al sitio de la ejecución. El mandarín les preguntó en el camino si no tenían miedo. "¿Miedo? ¿Por qué? No somos ni rebeldes ni bandoleros, de suerte que sólo tememos a Dios." Los padres Koa y Diem murieron estrangulados. El P. Dumoulin-Borie fue decapitado. El verdugo estaba medio borracho y no pudo cortarle la cabeza sino al séptimo golpe.

El año anterior, había dado la vida por Cristo otro joven misionero de la Sociedad de las Misiones Extranjeras, el BEATO JUAN CARLOS CORNAY. Había recibido las sagradas órdenes en Macao, en 1834, a los veinticinco años de edad. Ejerció el ministerio sacerdotal principalmente en Ban-no, en Annam. Un bandolero muy poderoso se refugió en aquella región; pero los habitantes, que eran en su mayoría cristianos, le cogieron prisionero y le expulsaron. Para vengarse, el bandolero denunció a los cristianos ante los mandarines, diciendo que entre ellos se ocultaba un sacerdote. Pero los mandarines, que no eran fanáticos, no tomaron medida alguna. Entonces, la esposa del bandolero, fingiendo que quería convertirse al cristianismo, se informó detalladamente sobre las actividades y la forma de vida del P. Cornay. Una noche, la mujer enterró unas armas en el campo que cultivaba el misionero y, en seguido informó a las autoridades que el P. Cornay tramaba una conspiración. Inmediatamente partió un destacamento militar, que descubrió las armas, arrestó al misionero y le encerró en un "cang" (jaula). A lo que parece, el P. Cornay fue maltratado, pero después se tuvieron consideraciones hacia él. Los perseguidores le privaron, al principio, de todo alimento y le expusieron a los terribles rayos del sol de junio en los trópicos. Pero más tarde, los perseguidores se mostraron menos duros. La alegría de aquel joven de veintiocho años ganó los corazones de los que estaban en contacto inmediato con él. El P. Cornay poseía una voz muy hermosa. Casi todos los mandarines ante los que compareció, le pidieron que cantase, por más que el misionero apenas podía tenerse en pie, a causa del hambre, la fiebre y la falta de sueño. La jaula, o más bien dicho la serie de jaulas en las que le tuvieron encadenado más de tres meses, eran tan estrechas, que el mártir no podía tenderse. Dos veces fue cruelmente apaleado, pues las autoridades querían que revelase los detalles de la conspiración de la que estaba acusado. Lo que más hizo sufrir al mártir fue el brutal tratamiento que se infligió a dos o tres cristianos, azotados y torturados en su presencia.

Finalmente, se remitió a una autoridad más alta la sentencia definitiva sobre el P. Cornay. Un mensajero llevó la sentencia del tribunal, que fue ejecutada ese mismo día, 20 de septiembre de 1837. La historia suele repetirse. Se cuenta que el mártir español, San Fructuoso, que murió en el siglo III,

observó la prescripción del ayuno eclesiástico el día mismo de su martirio; los verdugos le ofrecieron alimentos, pero San Fructuoso replicó que en el cielo quebrantaría el ayuno. Igualmente, como el 20 de septiembre era día de témporas, el P. Cornay se negó a probar alimento alguno, a pesar de su estado de salud y de sus sufrimientos en la prisión. Se congregó una gran multitud, pues hasta entonces no se había ejecutado a ningún europeo en aquella región. Un fuerte destacamento de soldados se encargó de mantener el orden en el camino al sitio de la ejecución. La sentencia estaba escrita en un gran cartel, y rezaba así:

> "El culpable, apodado Tan, aunque su verdadero nombre es Cao-Lang-Ne (Cornay), originario del reino de Flu-Lang-Sa (Francia) y de la ciudad de Loudun, es reo de haber predicado una religión falsa en nuestro país y de haber encabezado una insurrección. El Supremo Tribunal manda que sea descuartizado y que su cabeza sea arrojada al río, después de permanecer expuesta durante tres días. Que esta sentencia sirva de ejemplo a todos. Dada el 21 de la octava luna, el año décimo octavo del reinado de Min-Mang".

El descuartizamiento era la pena máxima y se reservaba para los reos de alta traición. Generalmente se cortaban los miembros por las coyunturas, después se decapitaba a la víctima y se desentrañaba el tronco. Pero el magistrado que presidió la ejecución del P. Cornay, a riesgo de incurrir en la cólera del soberano, ordenó que la aplicación de la sentencia empezase por el degüello. Durante el largo camino al sitio de la ejecución, el santo misionero cantó himnos religiosos con toda la fuerza que le permitía su extrema debilidad. Su gran valor impresionó por igual a los cristianos y a los paganos.

En la fecha de hoy, 11 de julio, se celebra la fiesta del Beato Ignacio Delgado y sus compañeros. La conmemoración de otros mártires de Indochina tiene lugar el 6 de noviembre.

Los documentos de primera mano relacionados con estos mártires, pueden verse en *Annales de la Propagation de la Foi*, vols. XI y XII (1839-1840). Quien desee relatos más detallados los encontrará en diversas obras: A. Launay, *Les 52 serviteurs de Dieu* (1893); *Les 35 vénérables serviteurs de Dieu* (1907); *Les bienheureux de la Société des Missions Etrangères* (1900); *Histoire des Missions Etrangères* (1894). Ver también *Analecta O.P.*, vol. IV, (1900), pp. 577-645; H. Walter, *Leben, Wirken und Leiden der 77 sel. Martyrer von Annam und China* (1903); y J. R. Shortland, *The Persecutions of Annam.* Acerca del período precedente véase D. Collantes, *Hist. de la Prov. del S. Rosario de Filipinas, China y Tonkín, O.P.* (1785). El P. J. Chauvin escribió una biografía del P. Marchand y, el P. R. Plus un relato sobre el P. Cornay; la primera de estas obras data de 1936 y la segunda de 1947.

12: SAN JUAN GUALBERTO, ABAD, FUNDADOR DE LOS BENEDICTINOS DE VALLEUMBROSA (1073 P.C.)

JUAN Gualberto nació en Florencia, a fines del siglo X, en el seno de una familia de la nobleza. Su único hermano, Hugo, mayor que él, fue asesinado por un joven que se hacía pasar por su amigo. Juan consideró como un deber vengar la muerte de su hermano. Por su parte, su padre le incitó también a la venganza, de suerte que el futuro santo desoyó completamente la

voz de la religión y de la razón. La venganza es un crimen aun en el caso de que constituya simplemente el motivo por el que se pide el justo castigo del ofensor; pero lo es mucho mayor cuando se trata de devolver injuria por injuria y de hacerse justicia por propia mano. Sin embargo, Juan estaba convencido de que el honor exigía castigar al asesino de su hermano. Un día se encontró frente a frente con éste en un pasaje tan estrecho, que ninguno de los dos podía volver atrás. Juan desenvainó la espada y avanzó hacia el asesino, que estaba desarmado y cayó de rodillas con los brazos sobre el pecho, como para protegerse y pedir clemencia. Súbitamente, Juan recordó que Cristo había orado por sus enemigos en la cruz; movido por aquel recuerdo envainó la espada, abrazó al asesino y ambos se separaron en paz.

Juan prosiguió entonces su camino hasta llegar al monasterio de San Miniato, entró en la iglesia y se arrodilló ante un crucifijo. De pronto, la imagen de Cristo inclinó la cabeza hacia el joven, como si quisiese darle a entender que había aceptado su sacrificio y su sincero arrepentimiento. La gracia se posesionó de tal modo del alma del joven, que inmediatamente fue a pedir al abad que le admitiese en la vida religiosa. El abad vacilaba en hacerlo, temiendo la cólera del padre de Juan; pero, a los pocos días, Juan se cortó espontáneamente el cabello y se vistió con un hábito que había conseguido prestado. Acto seguido empezó una vida nueva.

A la muerte del abad de San Miniato, Juan abandonó el convento con otro compañero y partió en busca de un sitio más retirado, pues la elección del nuevo abad había sido escandalosa. Durante una peregrinación que hizo al santuario de Camáldoli, resolvió fundar una orden nueva. Para ello escogió un hermoso valle de las cercanías de Fiésole, llamado Vallis Umbrosa, donde construyó con sus compañeros un pequeño monasterio de madera y adobe. Ahí se estableció la nueva comunidad, que seguía la regla primitiva de San Benito con toda su austeridad. La abadesa de Sant' Ellero regaló más tarde a los monjes el terreno para la construcción de un monasterio definitivo. Juan modificó un tanto la regla, ya que suprimió el trabajo manual para los monjes de coro e introdujo a los "conversi" o hermanos legos. Probablemente el monasterio de Valleumbrosa fue el primero que tuvo hermanos legos. La vida de los monjes era sumamente austera, y la comunidad floreció mucho en una época, pero actualmente consta de muy pocos miembros.

Juan Gualberto temía tanto el extremo de la laxitud como el de la dureza; fue un fiel imitador del celo y la docilidad de Moisés, a quien las Escrituras llaman "un hombre que excedía en mansedumbre a todos los otros hombres." Tan humilde era San Juan Gualberto, que ni siquiera quiso recibir las órdenes menores. Velaba particularmente por la pobreza y no quería que sus monasterios fuesen demasiado imponentes ni costosos, pues lo consideraba como poco conforme con el espíritu de pobreza. Se distinguió por su amor a los pobres, a los que jamás dejaba partir del monasterio con las manos vacías. Se cuenta, que en varias ocasiones, el santo acabó con las provisiones del monasterio por darlas a los necesitados. Durante una época de hambre, socorrió milagrosamente a las multitudes que acudían a Rozzuolo. Dios concedió a San Juan Gualberto el don de profecía, y el de obrar milagros, ya que devolvió la salud a varios enfermos. El Papa San León IX fue a Passignano expresamente para ver al santo, y Esteban X le profesó la mayor estima. El Papa Alejandro II afirmó que San Juan Gualberto había acabado con la simonía en los alrededores del

sitio en que habitaba, ya que el amor del santo por el retiro no impedía a él ni a sus monjes tomar parte activa en la lucha contra ese vicio, entonces tan extendido.

San Juan Gualberto murió el 12 de julio de 1073. Esa es la única fecha de su vida que conocemos con certeza. El Papa Celestino III le canonizó en 1193.

Los materiales sobre la vida de San Juan Gualberto son, en cierto sentido, bastante abundantes, como puede verse por la larga enumeración de BHL., nn. 4397-4406, pero ofrecen pocos datos de interés. La biografía más antigua es la del Beato Andrés de Strumi (*c.* 1097); pero el único manuscrito que existe está incompleto. El Beato Atto debió escribir la biografía de San Juan Gualberto en los cincuenta años que siguieron a la muerte del santo. Tal vez una de las fuentes más importantes es un relato que data del siglo XII; Davidsohn lo editó en *Forschungen zur älteren Geschichte von Florenz* (1896). Es curioso notar que en esta obra no se habla de que San Juan Gualberto haya perdonado al asesino de su hermano, cosa que se considera generalmente como el principio de su conversión. Las dos biografías citadas en primer lugar se hallan en *Acta Sanctorum*, julio, vol. III; la de Andrés de Strumi puede verse en la continuación in-folio de MGH., *Scriptores*, vol. XXX, pte. 2 (1929). En italiano existe un esbozo biográfico de tipo popular de D. F. Tarani (1903). Cf. Lugano. *L'Italia Benedettina* (1929), pp. 307-356.

SANTA VERONICA (Siglo I)

POCAS LEYENDAS cristianas son tan conocidas y estimadas como la de Santa Verónica. En ella se dice que Verónica limpió compasivamente el rostro de Jesús, cuando el Señor cayó bajo el peso de la cruz en su marcha al Calvario. La popularidad de la leyenda no tiene nada de extraño, puesto que toca una fibra muy íntima del corazón de los cristianos. Por otra parte, la versión de la leyenda que dice que Verónica era esposa de un oficial romano, constituye un ejemplo conmovedor de desprecio del respeto humano. Sin embargo, es necesario confesar que, si bien la leyenda es muy antigua, se apoya en una tradición muy vaga. Además, se ha identificado a Verónica con diversos personajes. Los orígenes de la leyenda están más relacionados con la milagrosa imagen del rostro de Cristo sobre un lienzo, que con los motivos de amor y caridad de Verónica. Según una de las versiones más populares en occidente, Verónica se trasladó a Roma después de la muerte de Cristo y curó al emperador Tiberio con la preciosa reliquia; a su muerte, la santa legó el lienzo al Papa San Clemente. Una versión francesa de la leyenda identificó a Verónica con la esposa de Zaqueo (Luc. XIX, 2-10); cuando éste abrazó la vida eremítica (con el nombre de Amadour o Rocamadour), Verónica fue a evangelizar el sur de Francia. Otras versiones la identifican con Marta, con la hija de la cananea (Mat. XV, 22-28), con una princesa de Edessa y con la esposa de un oficial galo romano. La versión más antigua es la de un suplemento latino de las "Actas de Pilato" o "Evangelio de Nicodemus". El documento data del siglo IV o V, pero el suplemento es posterior. El nombre latino del suplemento es "Cura Sanitatis Tiberii" ("La Curación de Tiberio"); en él se identifica a Verónica con la mujer que padecía de flujo de sangre (Mat. IX, 20-22). La misma identidad se le atribuye en otros documentos.

También se ha especulado mucho sobre el nombre de Verónica. Por ejemplo, se ha dicho que la imagen del lienzo de Verónica se conocía con el nombre de "vera icon" ("imagen verdadera") y que, por ello, se dio a la santa el nombre de Verónica. Por otra parte, en el oriente se llamaba a la que

padece hemorragias "Berenice", es decir "Triunfadora", desde antes de que se le relacionara con la imagen milagrosa. En su polémica "Contra Celsum", de principios del siglo III, Orígenes afirma que los valentinianos llamaban a la enferma por hemorroísa, "Prounike" y que la consideraban como uno de los prototipos de la sabiduría; según el mismo autor, Celso confundió a la enferma con una virgen cristiana.

Ninguno de los martirologios más antiguos menciona a Santa Verónica, tampoco la conmemora actualmente el Martirologio Romano. San Carlos Borromeo suprimió su fiesta y su oficio en la diócesis de Milán. A principios del siglo XV, cuando empezaba a introducirse la forma actual de la devoción del Via Crucis, se hablaba en Jerusalén de la casa de Santa Verónica; pero la estación del Via Crucis que se refiere a la santa se introdujo poco a poco. Por ejemplo, dicha estación no existía aún en Viena, en 1799.

Es muy posible que una mujer compasiva haya enjugado realmente el rostro del Señor en el camino al Calvario, y los cristianos hacen bien en meditar sobre ello y en honrar la memoria de dicha mujer. En San Pedro de Roma se conserva el lienzo original; pero es imposible garantizar su autenticidad.

Los bolandistas discuten la cuestión en febrero (vol. I) y en julio (vol. III), a propósito de la identificación de Verónica con la hemorroísa. Existe una literatura muy abundante sobre Santa Verónica. Además de la obra de K. Pearson, *Die Fronika* (1887), existe un excelente estudio de von Dobschütz, *Christusbilder*, que el autor continúa en su artículo "Das Schweisstuch der Veronica" en el *Monatschrift F. h. Kunst* (1909); véase también a P. Perdérizet, en *De la Véronique et de St. Véronique* ("Seminarium Kondokovianum", 1932, pp. 1-16). Véase también H. Leclercq, en DAC., vol. VII, cc. 224-225 y 2458-2459. Algunos autores atribuyen a Mabillon la idea de que el nombre de Verónica proviene de "vera icon"; pero dicha idea se encuentra ya en el *Speculum Ecclesiae* de Giraldus Cambrensis; Thurston, *Holy Year of Jubilee* (1900), pp. 58, 152-153 y 193-195, cita todo el pasaje. En la época de Dante y Petrarca estaba muy de moda la devoción al lienzo que se conserva en la basílica de San Pedro; según parece, dicha reliquia, en la que ya no se distingue la Santa Faz, ha estado en San Pedro desde el tiempo del Papa Juan VII (705-707 P.C.). Acerca de la sexta estación de Jerusalén, cf. *Revue Biblique*, vol. I (1892), pp. 584 ss., y H. Vincent en *Le Lien*, feb. de 1951, pp. 18-26.

SAN JASON (Siglo I)

En su segundo viaje, San Pablo se detuvo en Salónica y se hospedó en casa de Jasón. Frente al éxito de la predicación del Apóstol, los judíos, "movidos por la envidia, reunieron una banda de malhechores y organizaron un tumulto en la ciudad. Atacaron la casa de Jasón y los buscaron para entregarlos al pueblo. Y no habiéndolos encontrado, llevaron a Jasón y a algunos de los hermanos a la presencia de las autoridades, gritando '¡Jasón ha recibido en su casa a los que han venido a causar desórdenes en la ciudad! ¡Estos están contra el César, pues afirman que hay otro rey, llamado Jesús!' Y con esos rumores, inquietaron al pueblo y a las autoridades de la ciudad. Y habiéndose vengado de Jasón y del resto, los dejaron libres" (Hechos, XVII, 5-9). Probablemente éste era el Jasón a quien San Pablo llama su pariente, junto con Lucio y Sosípatro, en la Epístola a los Romanos (XVI, 21). La leyenda griega dice que Jasón fue obispo de Tarso, en la Cilicia, que partió a evangelizar Corfú en compañía de San Sosípatro, obispo de Iconio, y que murió ahí. Tras de haber predicado con gran éxito durante algún tiempo, los dos misioneros fueron encarcelados; en la prisión convirtieron a siete ladrones, los cuales murieron en el martirio. (El Martirologio Romano se refiere, el 29 de abril, a la leyenda apócrifa de los siete ladrones). Por su parte, los sirios veneran a San Jasón como apóstol de una región vecina de Apamea y afirman que murió devorado por las fieras del circo. El Martirologio Romano identifica erróneamente a San Jasón con el Mnasón de los Hechos de los Apóstoles (XXI, 16) y sitúa su nacimiento y su muerte en Chipre.

Probablemente, la confusión entre Mnasón y Jasón se originó en el martirologio de Ado, que menciona a "Mnaso, antiquus discipulus Christi". Los bolandistas (*Acta Sanctorum*, julio, vol. III) hacen notar que en un manuscrito visto por ellos, el nombre estaba escrito "Naso", muy fácil de confundir con "Jaso". En sus notas sobre el Martirologio Romano, Baronio supone, con razón, que hubo dos Jasones diferentes: uno que vivió en Tesalónica y otro que vivió en Chipre.

SANTOS HERMAGORAS y FORTUNATO, Mártires (¿Siglo I?)

Según una tradición que data del siglo VIII, San Marcos el Evangelista, antes de ir a fundar la Iglesia de Alejandría, fue enviado por San Pedro a evangelizar Aquilea. El Apóstol predicó ahí el Evangelio, reforzó su predicación con milagros y convirtió a muchos paganos. Al partir de Aquilea, nombró obispo a un "distinguido personaje", llamado Hermágoras, a quien San Pedro confirió la consagración episcopal. Los cristianos de Istria y sus alrededores le veneran como primer obispo de Aquilea. San Hermágoras, acompañado por su diácono San Fortunato, predicó el Evangelio en Belluno, Como, Ceneda y otras ciudades. Las actas de San Hermágoras, que son muy posteriores y carecen de valor histórico, cuentan que Nerón envió a Sebastio a Aquilea para que pusiese en vigor los edictos de persecución contra los cristianos. Sebastio encarceló y torturó a San Hermágoras. Una noche, el carcelero vio la celda donde estaba el santo, iluminada por una luz muy brillante; el prodigio le impresionó tanto, que se convirtió al cristianismo. Pero, lleno de un entusiasmo imprudente, salió a gritar por las calles de la ciudad: "¡Grande es el Dios de Hermágoras y grandes los prodigios que obra!" Muchas gentes acudieron entonces a la prisión y vieron la luz en la celda del santo, y se convirtieron. Aprovechando la oscuridad de la noche, Sebastio mandó decapitar inmediatamente a San Hermágoras y a San Fortunato. En realidad, aunque San Fortunato fue martirizado en Aquilea, no hay ninguna razón de peso para relacionarle con San Hermágoras.

Véase *Acta Sanctorum*, julio, vol. III; Delehaye, CMH., pp. 371-372, y *Origines du Culte des Martyrs*, pp. 331-332.

SANTOS NABOR Y FELIX, Mártires (303 P.C.)

San Ambrosio habló de estos mártires en términos muy elogiosos, y grandes multitudes acudían a Milán a venerarles. Una leyenda posterior afirma que Nabor y Félix eran soldados moros del ejército de Maximiano Hércules, en Milán y que fueron decapitados en Lodi por causa de la fe. Pero dicha leyenda se inspira claramente en las de otros mártires soldados, como San Víctor de Marsella, y carece de valor histórico. El canon de la misa del rito de Milán

menciona a San Nabor y a San Félix; su culto estaba muy extendido en el norte de Italia.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. III, se hallará el breve texto latino de las pretendidas *actas*. El *Hieronymianum* menciona el nombre de estos mártires, y es imposible poner en duda la antigüedad del culto que se les profesa en Milán. *Cf.* el comentario de Delehaye sobre dicho martirologio y *Les Origines du Culte des Martyrs* del mismo autor, pp. 335-337.

SAN JUAN EL IBERICO, Abad (*c.* 1002 p.c.)

En la antigüedad, la Iglesia de Georgia (llamada entonces la Iberia de Cólquide), se distinguió por el florecimiento de la vida monástica, no sólo en la misma Georgia, sino también en Siria, en Palestina, en Sinaí, en Bitinia, en Grecia y en las islas circundantes. Cuando San Atanasio el Atonita organizaba la vida religiosa, San Juan el Ibérico y su hijo San Eutimio fundaron ahí el monasterio de Ivirón. Felizmente, el monje Jorge, que fue casi contemporáneo de los dos santos, nos dejó un relato de los hechos.

Juan, que pertenecía a una noble familia ibérica, se distinguía por su simpatía, su valor en los combates, su inteligencia y su pureza de vida. En la alborada de la Edad Media, el futuro santo abandonó a su mujer y a su familia, renunció a su fortuna, a su cargo en el gobierno y se retiró a un monasterio del Monte Olimpo, en Bitinia. Sin embargo, tuvo que ir a la corte de Constantinopla, pues su hijo Eutimio y otros nobles de Georgia habían sido entregados como rehenes al emperador. Juan consiguió rescatar a su hijo, quien se retiró con él al Monte Olimpo. Pero al poco tiempo, ambos santos, cuya fama se había extendido mucho, se refugiaron en la "laura" de San Atanasio en la "Santa Montaña" de Athos. San Juan ejerció durante dos años el oficio de cocinero. Su cuñado, Juan Tornikios, renunciando a una brillante carrera militar, fue a reunírsele ahí. Los tres compatriotas obtuvieron entonces licencia de construir sus propias celdas y una capilla para ellos. El año 980, dado que los religiosos ibéricos del Monte Athos se habían multiplicado, quedó decidido que formasen una comunidad aparte. La construcción del nuevo monasterio se pagó en gran parte con el botín que Juan Tornikios había conquistado en su última campaña. A la muerte de éste, San Juan decidió retirarse a España con su hijo y algunos discípulos predilectos. El santo nunca había sido partidario de la idea de que los ibéricos formasen una comunidad aparte; y, una vez muerto su amigo Tornikios, con quien hasta entonces había compartido las dificultades de la fundación, la carga le resultó demasiado pesada. Cuando los peregrinos se hallaban ya en Abidos, el prefecto se enteró de su huída, y los fugitivos recibieron la orden de presentarse en Constantinopla. Los emperadores Basilio II y Constantino VIII dijeron a San Juan: "Santo padre, nosotros hemos dado abundantes muestras del afecto y la estima que te profesamos. ¿Por qué, pues, huyes de nosotros y emigras a un país extranjero?" El santo replicó: "Religiosísimos y muy poderosos emperadores, yo no soy más que un pobre laico y me encuentro muy mal en este mundo saturado de maldad. Por eso, deseo retirarme a un país remoto en el que pueda consagrarme a trabajar por la salvación de mi alma. Ahí podré vivir pobremente y librarme de la multitud de preocupaciones y de visitantes que me empezaron a asediar desde que mi cuñado llegó al Monte Athos." A pesar de todo, los emperadores lograron

persuadirle a que volviese al Monte Athos y siguiese gobernando el monasterio de Ivirón.

San Juan pasó en el lecho los últimos años de su vida, a causa de la gota y de su estado de debilidad general. Cuando se sintió ya sin fuerzas, entregó la dirección del monasterio a su hijo. Pero, mientras vivió su padre, Eutimio no hacía absolutamente nada sin consultarle. En su lecho de muerte, San Juan exhortó a sus hermanos: "No permitáis que nadie os aparte de la santidad y el amor de Dios, es decir, de la humilde obediencia y de la caridad que debe reinar entre vosotros. Así os salvaréis de esta vida mortal y ganaréis la vida eterna por el amor que Cristo vino a traer al mundo. Que el Dios de misericordia se apiade de vosotros y os conduzca por el camino de sus divinas enseñanzas y de su santa voluntad, por la intercesión de su Santísima Madre y de todos los santos. Amén. Acoged siempre con los brazos abiertos a los huéspedes y compartid con ellos, en cuanto sea posible, todo lo que Dios os ha concedido por su bondad . . . Celebrad todos los años la memoria de nuestro padre espiritual Atanasio. Pedid por mí, hijos y hermanos míos, y no me olvidéis . . ." En seguida pidió la bendición a su hijo Eutimio y entregó apaciblemente su alma a Dios. Su biógrafo escribe: "En verdad, nuestro padre Juan fue un hombre amado de Dios y digno de toda veneración. Como Abraham, abandonó su país para vivir en la pobreza en el exilio. Se puso totalmente en manos de sus padres espirituales y Dios le hizo tan grande como los hombres en cuyas manos se había puesto." Y, hablando del monasterio que San Juan ayudó a fundar tan contra su voluntad, el biógrafo añade: "Admirad esa famosa 'laura', esa construcción magnífica y primorosamente decorada. Estos santos varones la erigieron con gran trabajo e infatigable laboriosidad para que sirviese de refugio a muchas almas. Construyeron iglesias de celestial belleza y las enriquecieron con libros e imágenes. Dotaron el monasterio de tierras, fincas, dependencias y celdas e hicieron lo necesario para que el culto fuese dignamente celebrado. Obtuvieron de los más piadosos emperadores protección y privilegios y reunieron en el monasterio a un ejército de monjes de vida angélica, cuyas traducciones de los sagrados textos son el ornato de nuestro país y la flor de nuestro idioma". San Eutimio se distinguió precisamente en este tipo de trabajo, ya que tradujo más de cincuenta obras religiosas del griego al ibérico.

La liberalidad de San Juan se extendió a León el Romano, quien fundó en el Monte Athos un monasterio benedictino. Fue ése el primero y único monasterio latino del gran centro monástico bizantino, pero se le suprimió desde hace muchos siglos. El monasterio de Ivirón existe todavía, aunque ya no pertenece a los georgianos sino a los griegos.

G. M. Sabini publicó por primera vez en 1882, en Petersburgo, la biografía de San Juan "el ibérico" o "el hagiorita". En 1901 vio la luz en Tiflis una edición más crítica de dicha biografía. Más recientemente el P. Paul Peeters publicó una traducción latina copiosamente anotada, en *Analecta Bollandiana* (1922), vol. XXXVI, pp. 8-68. En *Irénikon*, vol. VI (1929) y VII (1930), hay una traducción francesa. Según el P. Peeters (*Analecta Bollandiana*, vol. XLIX, 1931, p. 284), San Juan murió a más tardar en 1002, y la biografía que hemos resumido en nuestro artículo, en la que hay también una relación de la vida de San Eutimio, fue tal vez escrita por Jorge el Hagiorita, unos cuarenta años después. Véase también Hasluck, *Athos and its Monasteries* (1924), pp. 162-164; M. Tamarati, *L'Eglise Géorgienne* (1910), pp. 318-332; y D. Attwater, *Book of Eastern Saints* (1938), que constituye una biografía de San Juan y de su hijo, de un tipo más popular.

BEATO ANDRES DE INN (1462 P.C.)

ANDRÉS nació en 1459. Era hijo de Simón y María Oexner, campesinos de Inn, en las cercanías de Innsbruck. El padre de Andrés murió cuando éste tenía dos años, y el niño fue confiado al cuidado de su tío Mayer, escribiente del pueblo. El 12 de julio de 1462, Andrés desapareció. Su madre le encontró muerto, colgado de un árbol y con el cuerpo acribillado a puñaladas. Mayer confesó que, como el cuidado del niño le era molesto, lo había vendido a unos mercaderes ambulantes judíos; pero, cuando mostró el oro que había recibido en pago, las monedas se convirtieron en hojas secas. Mayer se volvió loco, fue encerrado en un manicomio y murió presa del delirio.

Hay que hacer notar que, por entonces, nadie dio importancia al hecho de que Mayer hubiese vendido al niño a unos judíos. Pero en 1475, algunos hebreos de Trento confesaron bajo la tortura que habían dado muerte a un niño cristiano de las cercanías de Innsbruck, llamado Simón. Entonces los habitantes de Inn los acusaron de haber matado también a Andrés. El sitio en que se había encontrado el cuerpo de Andrés recibió el nombre de Judenstein. Los milagros empezaron a multiplicarse, y el culto del mártir se extendió por todo el Tirol. En 1670, se construyó un santuario para sus reliquias. En 1750, Benedicto XIV aprobó el culto y concedió un oficio local en honor de Andrés; pero cinco años después, el mismo Sumo Pontífice se negó a proceder a la canonización, como se lo pedía el obispo de Brixen. En realidad, lo más probable es que Andrés no haya sido víctima de los judíos, sino que su tío, que estaba loco, le haya matado en un ataque de demencia.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. III, hay una reproducción de una curiosa colección de grabados, publicada en Innsbruck en 1658, sobre los principales incidentes del martirio. Los casos de Simón de Trento (24 de marzo) y de San Hugo (27 de agosto) se asemejan al del Beato Andrés por el supuesto asesinato ritual.

BEATO JUAN JONES, MÁRTIR (1598 P.C.)

JUAN JONES, que en religión llevó el nombre de Godofredo Mauricio y fue conocido en la misión inglesa con el pseudónimo de Juan Buckley, procedía de una familia católica de Clynog Fawr, en Caernarvonshire. Después de recibir en Roma el hábito de los Frailes Menores de la Observancia, fue enviado a la misión inglesa en 1592, a petición propia. Estuvo algún tiempo en Londres y ejerció el ministerio sacerdotal en diversas regiones hasta 1596. En dicho año, fue arrestado por orden del famoso perseguidor Topcliffe, quien le sometió a crueles torturas. Durante los dos años que pasó en la prisión, el P. Juan consiguió reconciliar con la Iglesia a Juan Rigby, quien durante algún tiempo había practicado el protestantismo y, posteriormente, en 1600, murió por la fe y fue beatificado. El 3 de julio de 1598, tuvo lugar el juicio de Juan, por haber regresado a Inglaterra para ejercer su oficio de sacerdote. Juan protestó que jamás había cometido traición alguna, apeló a la conciencia de los jueces, haciendo a un lado a los ignorantes miembros del jurado. El abogado Clinch hizo notar que, según la ley, era reo de traición, a lo que el acusado replicó: "Si ser sacerdote y venir a Inglaterra a ganar almas para Cristo es un crimen, entonces soy reo de traición." El sitio que se designó para la ejecución fue Saint Thomas Waterings, en el antiguo camino de Kent. No mucho tiempo

antes, los peregrinos que iban al santuario de Santo Tomás Becket, solían hacer ahí el primer alto y abrevar sus monturas en un estanque, según cuenta Chaucer en el prólogo de *Canterbury Tales*. El condenado fue conducido hasta ahí en una jaula, pero el verdugo había olvidado la cuerda, y la ejecución se retrasó una hora. El P. Juan la aprovechó para elevar sus plegarias y declarar a la multitud que todos los días oraba por la reina. La cabeza del mártir fue expuesta en Southwark, y sus miembros en los caminos de Lambeth y Newton. Dos jóvenes fueron apresados por haber intentado rescatar las reliquias, pero otros lo consiguieron.

Challoner, MMP., pp. 234-239; *Publications* de la Catholic Record Society, vol. v, pp. 362-375; *The Rambler*, enero de 1859, pp. 49-55; Mason, *Certamen Seraphicum* (ed. 1885), p. 17.

13: SAN SILAS (Siglo I)

EL 13 de enero se lee en el Martirologio Romano: "En Macedonia la muerte del bienaventurado Silas, uno de los primeros cristianos. Habiendo sido enviado por los Apóstoles a las Iglesias de los gentiles con Pablo y Bernabé, fue lleno de la gracia de Dios y desempeñó celosamente el ministerio de la palabra. Descansó en paz después de haber glorificado a Cristo con sus sufrimientos".

Los Hechos de los Apóstoles mencionan por primera vez a Silas en el capítulo XV, donde le presentan junto con Judas, como "los principales entre los hermanos" elegidos para acompañar a Pablo y Bernabé en su viaje a Antioquía para llevar una carta del Concilio de Jerusalén a los gentiles conversos de Siria. Judas y Silas, "que también poseían el don de profecía", tomaron parte en la predicación y en la confirmación de los hermanos. Silas permaneció con Pablo y Bernabé en Antioquía, hasta que estalló el desacuerdo entre los dos Apóstoles. Entonces, San Pablo le escogió para que le acompañase en la visita a las otras Iglesias de Siria y de Cilicia y en el viaje a Macedonia. Silas fue golpeado y encarcelado junto con San Pablo en Filipos y también él recobró milagrosamente la libertad. En Berea se quedó con Timoteo; pero San Pablo los mandó llamar a Atenas y ambos se reunieron en Corinto con el Apóstol. Ahí escribió San Pablo sus dos epístolas a los Tesalonicenses; en ambas cita a San Silas por su nombre completo: "Silvano". A esto se reduce lo que sabemos acerca de él. Pero la tradición afirma que nuestro santo pasó el resto de su vida en Europa y que murió en Macedonia, como lo dice el Martirologio Romano. No es imposible que Silvano, el secretario de San Pedro (I Pe., v, 12), se identifique con San Silas.

Lo único que sabemos de cierto acerta de Silas es lo que se narra en el Nuevo Testamento. Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. III; cf. Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible;* y Hastings, *Dictionary of the Bible.*

SANTAS MAURA Y BRIGIDA (¿Siglo I?)

EN PICARDÍA se profesa un culto muy antiguo a estas dos vírgenes, pero los eruditos no han conseguido hasta ahora establecer su biografía en forma satis-

factoria. Según la leyenda, Maura y Brígida eran dos princesas inglesas de Nortumbría. Durante una peregrinación que hicieron a Roma, fueron asaltadas por bandoleros francos paganos, quienes les dieron muerte en Balagny-sur-Thérain. Fueron sepultadas ahí mismo, y el pueblo cristiano empezó a venerarlas como mártires. A mediados del siglo VII, Santa Batilda, la esposa de Clodoveo II, que era originaria de Inglaterra (probablemente bretona, ya que había sido esclava), intentó trasladar las reliquias de Maura y Brígida al monasterio de Celles; pero una intervención divina se lo impidió, de suerte que las reliquias permanecieron en Nogent-les-Vierges (Oise), donde se les construyó un santuario en 1185. San Luis de Francia fue muy devoto de estas dos santas y gran benefactor de su santuario, al que fue una vez en peregrinación. En Beauvais se atribuyó a las santas la desaparición de una epidemia, y con ello aumentó todavía más la devoción que el pueblo les profesaba.

Según relata San Gregorio de Tours, su predecesor, San Eufronio, había oído hablar de una misteriosa luz que brillaba sobre una colina y de dos doncellas que habían tenido una visión y afirmaban que era necesario construir una capilla en la colina porque en ella se hallaban sepultadas dos santas vírgenes. San Eufronio visitó personalmente el sitio, y ahí el cielo le reveló que las vírgenes se llamaban Maura y Britta, que habían vivido en la soledad en Ariacum (actualmente Saint-Maure) y que habían muerto en el siglo V, poco después de San Martín. Las reliquias fueron descubiertas efectivamente y se erigió la capilla. Tales fueron los comienzos del culto que todavía existe en Turena. La fiesta de las santas se celebra en Tours el 28 de enero. Debido a la semejanza de los nombres y a la época en que vivieron dichas vírgenes, los historiadores han tratado de identificarlas con las santas de Nogent.

Acta Sanctorum, enero, vol. II; Stanton, *Menology*, pp. 659-660; Renet, *S. Lucien et les autres SS. du Beauvaisis* (1895), vol. III, pp. 573-579; *Mémoires de la Soc. des Antiquaires de Picardie*, vol. X, pp. 117-119.

SANTA SARA DE SCÉTÉ, Virgen (¿Siglo IV?)

Se ignora cuándo nació y cuándo murió Sara. Aparece incidentalmente en las Vidas de los Padres del desierto. Sara vivía en una celda, sobre la ribera del Nilo, entre Pelusa y Scété, y allí permaneció por lo menos sesenta años. No se nos narran de ella ayunos extraordinarios, aunque conocía perfectamente las costumbres de los monjes del desierto, pues un día, al ofrecerles frutos, los monjes escogieron los menos buenos y ella les dijo: "Veo que verdaderamente sois de Scété". Pero Sara se imponía otras prácticas de mortificación. Por ejemplo, jamás se deleitó, ni siquiera una vez durante sesenta años, en la contemplación del Nilo y luchó trece años contra el demonio de la impureza, sin pedirle a Dios que la librara de él, sino repitiendo esta oración: "Señor, dame fuerza". Finalmente, el demonio se le apareció y le dijo: "Me has vencido, Sara". "No, respondió ella, no soy yo la que te ha vencido, es Nuestro Señor Jesucristo".

La santa era muy venerada y se le daba el título de madre. Los ermitaños fueron un día a verla con el propósito de rendirle homenaje. Pero ella adivinó sus intenciones y, cuando los ermitaños comenzaron a explicarle que no debía de enorgullecerse por el hecho de que los monjes fueran a verla a ella, que era una mujer, detuvo sus demostraciones con estas palabras: "Sí, tengo el cuerpo de mujer, pero no el espíritu".

En verdad, ella mostraba un espíritu digno de los más sabios cuando daba consejos, como éstos: "Es bueno que todos hagan limosna, aun aquellos que la hacen para agradar a los hombres, pues es de esperarse que después empezarán a hacerla por Dios".

Ver *Vitae Patrum*, edición Rosweyde; *Acta Sanctorum*, 13 de julio, vol. III, p. 484; Tillemont, *Mémoires*, vol. X, pp. 471-472.

SAN EUGENIO, Obispo de Cartago (505 p.c.)

Las provincias romanas del Africa fueron durante mucho tiempo unas de las regiones más ricas y más importantes del Imperio. Pero cuando los emperadores descuidaron el resto del Imperio para defender Italia, Genserico, el rey de los vándalos, se apoderó en poco tiempo de las fértiles provincias africanas (428 p. c.) Los vándalos, que eran cristianos contaminados por la herejía arriana, devastaron el norte de Africa, saquearon las iglesias y monasterios, quemaron vivos a dos obispos y torturaron a varios más para que les entregasen los tesoros de sus iglesias, arrasaron los edificios públicos de Cartago y desterraron al obispo de la ciudad, San Quodvultdeus, junto con muchos otros. Excluyendo el breve gobierno de San Deogracias, la sede episcopal de Cartago había estado vacante durante medio siglo. El año 481, Hunerico, el sucesor de Genserico, permitió a los católicos elegir un obispo para Cartago, bajo ciertas condiciones. La elección del pueblo recayó sobre Eugenio, un ciudadano de Cartago que se distinguía por su saber, celo, piedad y prudencia. Eugenio se hizo querer tanto por su grey, que todos los cristianos hubiesen dado con gusto la vida por él. Una de sus virtudes más notable era su caridad hacia los pobres, sobre todo si se tiene en cuenta la estrechez en que él mismo vivía; pero el santo se las arreglaba siempre para encontrar bienhechores para los pobres y él mismo se privaba de todo lo superfluo para dárselo. Cuando alguien le indicaba que debía guardar algo para sí, Eugenio respondía: "Puesto que un Obispo debe dar la vida por sus ovejas, sería imperdonable que me preocupase yo demasiado por las necesidades pasajeras de mi cuerpo".

El santo tenía tal influencia sobre el pueblo, que el rey empezó a alarmarse y le prohibió predicar en público y ocupar la cátedra episcopal. También le dio la orden de no admitir a ningún vándalo en las iglesias de su diócesis. Eugenio replicó que la ley de Dios le impedía cerrar las puertas de las iglesias a quienes deseaban entrar en ellas. Entonces Hunerico apostó un cuerpo de guardia ante las iglesias católicas y, en cuanto se acercaba un hombre o una mujer del pueblo vándalo, a los que se reconocía fácilmente por sus vestimentas y sus largas cabelleras, los guardias se apoderaban del intruso, le metían los dientes de una horquilla de madera en los cabellos, los retorcían y, mediante un violento estirón, les arrancaban el pelo y la piel del cráneo. Hubo ocasiones en que el estirón desgarró la piel de la frente y de los párpados, de modo que algunos de los vándalos perdieron los ojos y otros murieron como consecuencia del brutal castigo. Los guardias solían organizar trágicas procesiones por las calles de la ciudad, con las mujeres cuyas cabelleras habían sido arrancadas de la manera descrita, a fin de que el terrible espectáculo sirviese de escar-

miento a los demás. Así fue como se inició una violenta persecución en la que no sólo sufrieron los vándalos, sino los cristianos en general.

Al principio los perseguidores dejaron en paz a San Eugenio. Poco después, Hunerico le convocó, lo mismo que a los otros obispo católicos, a una reunión con los obispos arrianos de Cartago. San Eugenio respondió que la reunión le parecía arbitraria, puesto que los arrianos iban a actuar como jueces, y pidió que, si se trataba de una causa común, se invitara también a los representantes de otras Iglesias "especialmente a los de la Iglesia de Roma, que es la cabeza de todas". El santo añadió: "Yo mismo escribiré a todos mis hermanos en el episcopado para mostraros cuál es la fe común de la Iglesia". Se cuenta que, por la misma época, un hombre llamado Félix, que había estado ciego durante mucho tiempo, pidió a San Eugenio que orase para que recobrara la vista, pues en una visión se le había ordenado que acudiese al obispo. Eugenio se mostró renuente, pero al fin, después de haber bendecido la fuente bautismal, la víspera de la Epifanía, dijo al ciego: "Ya te he repetido que soy un pecador y el más miserable de los hombres; sin embargo, ruego a Dios que muestre su misericordia al devolverte la vista por la fe que tienes en El". Acto seguido trazó la señal de la cruz sobre los ojos del ciego, y éste quedó sano. Hunerico mandó llamar a Félix e hizo una investigación sobre las circunstancias del milagro. Como era imposible negar los hechos, los obispos arrianos dijeron al rey que San Eugenio había empleado las artes mágicas.

El año 484 se reunió finalmente la comisión encargada de discutir las diferencias entre los católicos y los arrianos. La reunión resultó una verdadera farsa y Hunerico aprovechó la oportunidad de la presencia en Cartago de los obispos católicos para apoderarse de ellos y enviarlos a los trabajos forzados. San Eugenio, que había alentado a sus hermanos a sufrir por la fe, fue también desterrado y ni siquiera se le permitió despedirse de sus amigos. Sin embargo, se las arregló para escribir una carta a su grey desde el exilio. San Gregorio de Tours nos ha conservado el texto de dicho documento, que dice: "Con lágrimas en los ojos, os ruego e imploro, por el temor del día del juicio y de la luz deslumbrante que acompañará la venida de Cristo, que permanezcáis firmes en la fe. Permaneced fieles a la gracia del bautismo y de la unción del crisma. No permitáis que los que han renacido por el agua vuelvan a recibir el agua". Esta última frase hace alusión al hecho de que los arrianos de Africa, como los donatistas, volvían a bautizar a los cristianos que se convertían al arrianismo. Más adelante agrega que, si permanecen constantes en la fe, la distancia y la muerte no podrán separarles de él; que él es inocente de la sangre que va a derramarse y que su carta será leída ante el tribunal de Cristo para condenación de los apóstatas. Y añade: "Si vuelvo a Cartago, os veré de nuevo en esta vida; si no regreso, nos encontraremos en la vida venidera. Pedid por mí y ayunad, porque el ayuno y la limosna provocan infaliblemente la misericordia de Dios. Pero sobre todo, no olvidéis que no hemos de temer a aquéllos que sólo pueden matar el cuerpo".

San Eugenio fue trasladado a la provincia de Trípoli, donde se le confió al cuidado de Antonio, un obispo arriano que le trató brutalmente. Durante aquella persecución, los apóstatas se distinguieron por la crueldad con que trataron a los fieles. Citaremos como ejemplo el caso del apóstata Elpidóforo, que fue nombrado juez de Cartago. Cuando San Murita, el diácono que había servido de acólito en el bautismo de Elpidóforo compareció ante él, llevó consigo

la túnica blanca del neófito con que había cubierto al apóstata al salir de la fuente bautismal. Mostrando la túnica a toda la asamblea, San Murita dijo: "Esta túnica servirá de testimonio contra ti cuando el Juez de vivos y muertos venga a juzgarnos en el último día. Por esta túnica serás condenado". El Martirologio Romano conmemora a San Murita y al archidiácono San Salutaris, junto con San Eugenio.

El rey Hunerico murió el año 484. Su sobrino Gontamundo, que le sucedió en el trono, llamó a San Eugenio del destierro el año 488. Algunos años después, se abrieron de nuevo al culto las iglesias católicas y se permitió al clero volver a ejercer sus funciones. Pero Trasimundo, el sucesor de Gontamundo, volvió a perseguir a la Iglesia y condenó a muerte a San Eugenio; después le conmutó la pena de muerte por la del destierro en Languedoc, donde reinaba el visigodo Alarico, que era también arriano. San Eugenio murió en el destierro, el año 505, en un monasterio de las cercanías de Albi.

La principal autoridad sobre San Eugenio es Víctor de Vita en su *Historiae persecutionis vandalicae*. La mejor edición de dicha obra es la de Petschenig en *Corpus ss. eccles. lat.* vol. VII. En *Acta Sanctorum*, julio, vol. III, se citan los principales pasajes y algunos párrafos de San Gregorio de Tours, etc. Ver también S. Mesnage, *L'Afrique chrétienne* (1912); Ludwig Schmidt, *Geschichte der Vandalen* (1901); Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. II, pp. 930-933; y Duchesne, *Histoire Ancienne de l'Eglise*, vol. III.

BEATO JACOBO DE VORAGINE, ARZOBISPO DE GÉNOVA (1298 P.C.)

EL APELLIDO del Beato Jacobo se deriva del nombre del pueblecito de Viraggio (actualmente Varazze), cerca de Génova, donde nació hacia el año 1230. A los catorce años, Jacobo ingresó en la Orden de Predicadores. Al cabo de varios años de intenso estudio y preparación espiritual, empezó a predicar en las iglesias de Lombardía, donde pronto se hizo muy famoso. Enseñó teología y Sagrada Escritura en varios conventos de su orden. Tras de ejercer el cargo de prior en el convento de Génova, fue elegido, en 1267, provincial de Lombardía. Como sólo tenía entonces treinta y siete años, su nombramiento dio ocasión a ciertas murmuraciones, pero la prudencia y habilidad que demostró en el cargo, redujeron pronto al silencio a sus opositores. Jacobo desempeñó el cargo de Provincial durante diecinueve años consecutivos, al cabo de los cuales fue nombrado "Definidor". A la muerte de Carlos Bernardo, arzobispo de Génova, ocurrida en 1286, el capítulo intentó elegir a Jacobo, pero éste se negó a aceptar el gobierno de la sede. Dos años más tarde, el Papa Nicolás IV le confió la misión de arreglar el entredicho y levantar las censuras que pesaban sobre Génova por haber apoyado la rebelión de los sicilianos contra el rey de Nápoles. En 1292, la sede quedó nuevamente vacante. El capítulo eligió otra vez a Jacobo y éste se negó de nuevo; pero en esa ocasión se vio obligado a aceptar y fue consagrado en Roma. Su gobierno de la diócesis, que sólo duró seis años, fue constantemente perturbado por las luchas entre güelfos y gibelinos, que en aquella región se llamaban "rampini" y "mascarati" respectivamente. El nuevo arzobispo trabajó infatigablemente en favor de la paz política y religiosa. Desgraciadamente, no tuvo éxito, ya que la aparente reconciliación de 1295 fue sólo una tregua, y las luchas recomenzaron al año siguiente con el mismo encono que antes. Como Jacobo no olvidaba su voto religioso de pobreza,

empleaba liberalmente las rentas de su rica diócesis en socorrer a los necesitados y a las víctimas de la guerra civil, en dotar hospitales y monasterios y en reconstruir iglesias. Fue un verdadero modelo entre los prelados del norte de Italia, algunos de los cuales aplicaron las mismas medidas que él para mantener la disciplina entre el clero.

Pero Jacobo de Vorágine es famoso sobre todo por sus escritos. Se le ha atribuido la traducción de la Biblia al italiano, pero, en caso de que la haya hecho realmente no queda ningún ejemplar de esa obra. La razón de la fama del beato es que fue el autor de la "Legenda Sanctorum", más conocida con el nombre de "Legenda Aurea" ("La Leyenda Dorada"). Dicha obra es sin duda, entre las colecciones de leyendas o vidas de santos, la más divulgada y la que mayor influencia ha ejercido. Desde el punto de vista crítico, carece absolutamente de valor histórico; pero tiene la ventaja de poner de relieve la mentalidad sencilla y crédula del público para el que fue escrita. Por otra parte, considerada como libro de devoción y edificación, la obra de Jacobo de Vorágine es una verdadera obra de arte. El autor realizó perfectamente el objetivo que se había fijado, que consistía en escribir un libro que el pueblo leyese y que le enseñase a amar a Dios y a odiar el pecado. De no haber sido por la Reforma, la traducción inglesa del libro de Jacobo, habría ejercido gran influencia sobre la literatura de Inglaterra. En otras lenguas la traducción de la "Leyenda Dorada" ejerció gran influencia sobre la literatura. La estrechez del humanismo histórico llevó a Luis Vives, a Melchor Cano y a otros, a despreciar la obra de Jacobo de Vorágine; por el contrario, los bolandistas que poseían un espíritu verdaderamente científico, jamás han dejado de admirarla. El P. Delehaye dice:

> "Durante mucho tiempo la "Leyenda Dorada", que representa tan fielmente la actitud de los hagiógrafos medievales, fue tratada con supremo desprecio y los eruditos denigraron implacablemente al gran Jacobo de Vorágine. 'El autor de la "Leyenda", —declaró Luis Vives— tenía una boca de bronce y un corazón de plomo".
>
> "Tal severidad no sería exagerada, si se admite que hay que juzgar las obras populares según las normas de la crítica histórica. Pero tal método tiene cada vez menos defensores; y quienes han penetrado en el espíritu de la "Leyenda Dorada", están muy lejos de despreciarla.
>
> "Por mi parte, confieso que al leerla es, algunas veces, muy difícil dejar de sonreír. Pero se trata de una sonrisa de simpatía y de tolerancia que no perturba en lo más mínimo la emoción religiosa que suscita el relato de las virtudes y los actos heroicos de los santos.
>
> "La obra de Jacobo de Vorágine nos presenta a los amigos de Dios como lo más grande que existe sobre la tierra; los santos son seres humanos que están muy por encima de la materia y de las miserias de nuestro pequeño mundo. Los reyes y los príncipes acuden a consultarles y se mezclan con el pueblo para ir a besar sus reliquias e implorar su protección. Los santos viven en la tierra, pero íntimamente unidos con Dios. Y Dios les concede, además de inmensos consuelos, cierta participación de su propio poder. Pero los santos sólo emplean ese poder para bien de sus semejantes y, por eso, el pueblo acude a ellos para obtener la curación de sus enfermedades de cuerpo y de alma. Los santos practican todas las virtudes en grado sobrehumano —la bondad, la misericordia, el perdón de las injurias, la mortificación, la abnegación—; hacen amables estas virtudes y exhortan a los cristianos a practicarlas. La vida de los santos es la realización concreta del espíritu del Evangelio. Y por el sólo hecho de poner al alcance del pueblo ese ideal sublime, la "Leyenda Dorada", como cualquier otra forma de poesía, posee un grado de verdad más elevado que el de la historia."
>
> ("The Legends of the Saints", c. VII, pp. 229-231).

La obra de Jacobo de Vorágine alcanzó una popularidad y una difusión inmensas en la Edad Media. En 1470, se publicó la primera edición, impresa en Basilea. Diez años más tarde, la "Leyenda Dorada" estaba ya editada en italiano, francés, dialecto alemán, y checo. Caxton publicó la primera edición inglesa en 1483, en Westminster. Ningún otro libro tuvo más ediciones que éste entre 1470 y 1530. Hacia 1500, había más de setenta ediciones en latín, catorce en dialecto alemán, ocho en italiano, cinco en francés, tres en inglés y tres en checo. La "Leyenda Dorada" fue, por decirlo así, el primer éxito de librería a partir de la invención de la imprenta. El culto del Beato Jacobo de Vorágine comenzó inmediatamente después de su muerte, acontecida en 1298, y fue confirmado en 1816.

La obra de M. de Waresquiel, *Le B. Jacques de Voragine* (1902), estudia la vida del beato desde el punto de vista de la devoción. Casi todos los otros libros y estudios tratan del aspecto literario de su obra. Mencionaremos simplemente los dos artículos de E. C. Richardson, en *Princeton Theological Review* (1903 y 1904); P. Butler, *Legenda aurea, Légende dorée, Golden Legend* (1899); y el artículo del DTC. En Taurisano, *Catalogus hagiographicus O.P.*, se encontrará una bibliografía más completa. Acerca de la obra de Richardson, *Materials for a Life of Jacopo da Voragine* (1935), cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LIV (1936), pp. 440-442. Recientemente han visto la luz varias versiones modernizadas de la traducción inglesa de Caxton.

14: SAN BUENAVENTURA, CARDENAL OBISPO DE ALBANO, DOCTOR DE LA IGLESIA (1274 P.C.)

LO UNICO que sabemos acerca de este ilustre hijo de San Francisco de Asís, por lo que se refiere a sus primeros años, es que nació en Bagnorea, cerca de Viterbo, en 1221 y que sus padres fueron Juan Fidanza y María Ritella. Después de tomar el hábito en la orden seráfica, estudió en la Universidad de París, bajo la dirección del maestro inglés Alejandro de Hales. Buenaventura, a quien la historia debía conocer con el nombre de "el doctor seráfico", enseñó teología y Sagrada Escritura en la Universidad de París, de 1248 a 1257. A su genio penetrante unía un juicio muy equilibrado, que le permitía ir al fondo de las cuestiones y dejar de lado todo lo superfluo para discernir todo lo esencial y poner al descubierto los sofismas de las opiniones erróneas. Nada tiene, pues, de extraño que el santo se haya distinguido en la filosofía y teología escolásticas. Buenaventura ofrecía todos los estudios a la gloria de Dios y a su propia santificación, sin confundir el fin con los medios y sin dejar que degenerara su trabajo en disipación y vana curiosidad. No contento con transformar el estudio en una prolongación de la plegaria, con-

sagraba gran parte de su tiempo a la oración propiamente dicha, convencido de que ésa era la clave de la vida espiritual. Porque, como lo enseña San Pablo, sólo el Espíritu de Dios puede hacernos penetrar sus secretos designios y grabar sus palabras en nuestros corazones. Tan grande era la pureza e inocencia del santo, que su maestro, Alejandro de Hales, afirmaba que "parecía que no había pecado en Adán". El rostro de Buenaventura reflejaba el gozo, fruto de la paz en que su alma vivía. Como el mismo santo escribió, "el gozo espiritual es la mejor señal de que la gracia habita en un alma."

El santo no veía en sí más que faltas e imperfecciones y, por humildad, se abstenía algunas veces de recibir la comunión, por más que su alma ansiaba unirse al objeto de su amor y acercarse a la fuente de la gracia. Pero un milagro de Dios permitió a San Buenaventura superar tales escrúpulos. Las actas de canonización lo narran así: "Desde hacía varios días no se atrevía a acercarse al banquete celestial. Pero, cierta vez en que asistía a la misa y meditaba sobre la Pasión del Señor, nuestro Salvador, para premiar su humildad y su amor, hizo que un ángel tomara de las manos del sacerdote una parte de la hostia consagrada y la depositara en su boca." A partir de entonces, Buenaventura comulgó sin ningún escrúpulo y encontró en la comunión una fuente de gozo y de gracias. San Buenaventura se preparó a recibir el sacerdocio con severos ayunos y largas horas de oración, pues su gran humildad le hacía acercarse con temor y temblor a esa altísima dignidad. La Iglesia recomienda a todos los fieles la oración que el santo compuso para después de la misa y que comienza así: *Transfige, dulcissime Domine Jesu . . .*

Buenaventura se entregó con entusiasmo a la tarea de cooperar a la salvación de sus prójimos, como lo exigía la gracia del sacerdocio. La energía con que predicaba la palabra de Dios encendía los corazones de sus oyentes; cada una de sus palabras estaba dictada por un ardiente amor. Durante los años que pasó en París, compuso una de sus obras más conocidas, el "Comentario sobre las Sentencias de Pedro Lombardo", que constituye una verdadera suma de teología escolástica. El Papa Sixto IV, refiriéndose a esa obra, dijo que "la manera como se expresa sobre la teología, indica que el Espíritu Santo hablaba por su boca." Los violentos ataques de algunos de los profesores de la Universidad de París contra los franciscanos perturbaron la paz de los años que Buenaventura pasó en esa ciudad. Tales ataques se debían, en gran parte, a la envidia que provocaban los éxitos pastorales y académicos de los hijos de San Francisco y a que la santa vida de los frailes resultaba un reproche constante a la mundana existencia de otros profesores. El jefe del partido que se oponía a los franciscanos era Guillermo de Saint Amour, quien atacó violentamente a San Buenaventura en una obra titulada "Los peligros de los últimos tiempos". Este tuvo que suspender sus clases durante algún tiempo y contestó a los ataques con un tratado sobre la pobreza evangélica, con el título de "Sobre la pobreza de Cristo." El Papa Alejandro IV nombró a una comisión de cardenales para que examinasen el asunto en Anagni, con el resultado de que fue quemado públicamente el libro de Guillermo de Saint Amour, fueron devueltas sus cátedras a los hijos de San Francisco y fue ordenado el silencio a sus enemigos. Un año más tarde, en 1257, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino recibieron juntos el título de doctores.

San Buenaventura escribió un tratado "Sobre la vida de perfección", destinado a la Beata Isabel, hermana de San Luis de Francia y a las Clarisas

Pobres del convento de Longchamps. Otras de sus principales obras místicas son el "Soliloquio" y el tratado "Sobre el triple camino". Es conmovedor el amor que respira cada una de las palabras de San Buenaventura. Gerson, el erudito y devoto canciller de la Universidad de París, escribe a propósito de sus obras: "A mi modo de ver, entre todos los doctores católicos, Eustaquio (porque así podemos traducir el nombre de Buenaventura) es el que más ilustra la inteligencia y enciende al mismo tiempo el corazón. En particular, el *Breviloquium* y el *Itinerarium mentis in Deum* están compuestos con tanto arte, fuerza y concisión, que ningún otro escrito puede aventajarlos." Y en otro libro, comenta: "Me parece que las obras de Buenaventura son las más aptas para la instrucción de los fieles, por su solidez, ortodoxia y espíritu de devoción. Buenaventura se guarda cuanto puede de los vanos adornos y no trata de cuestiones de lógica o física ajenas a la materia. No existe doctrina más sublime, más divina y más religiosa que la suya." Estas palabras se aplican sobre todo, a los tratados espirituales que reproducen sus meditaciones frecuentes sobre las delicias del cielo y sus esfuerzos por despertar en los cristianos el mismo deseo de la gloria que a él le animaba. Como dice en su escrito, "Dios, todos los espíritus gloriosos y toda la familia del Rey Celestial nos esperan y desean que vayamos a reunirnos con ellos. ¡Es imposible que no se anhele ser admitido en tan dulce compañía! Pero quien en este valle de lágrimas no haya tratado de vivir con el deseo del cielo, elevándose constantemente sobre las cosas visibles, tendrá vergüenza al comparecer a la presencia de la corte celestial." Según el santo, la perfección cristiana, más que en el heroísmo de la vida religiosa, consiste en hacer bien las acciones más ordinarias. He aquí sus propias palabras: "La perfección del cristiano consiste en hacer perfectamente las cosas ordinarias. La fidelidad en las cosas pequeñas es una virtud heroica". En efecto, tal fidelidad constituye una constante crucifixión del amor propio, un sacrificio total de la libertad, del tiempo y de los afectos y, por ello mismo, establece el reino de la gracia en el alma. El mejor ejemplo que puede darse de la estima en que San Buenaventura tenía la fidelidad en las cosas pequeñas, es la anécdota que se cuenta de él y del Beato Gil de Asís (23 de abril).

En 1257, Buenaventura fue elegido superior general de los Frailes Menores. No había cumplido aún los treinta y seis años y la orden estaba desgarrada por la división entre los que predicaban una severidad inflexible y los que pedían que se mitigase la regla original; naturalmente, entre esos dos extremos, se situaban todas las otras interpretaciones. Los más rigoristas, a los que se conocía con el nombre de "los espirituales", habían caído en el error y en la desobediencia, con lo cual habían dado armas a los enemigos de la orden en la Universidad de París. El joven superior general escribió una carta a todos los provinciales para exigirles la perfecta observancia de la regla y la reforma de los relajados, pero sin caer en los excesos de los espirituales. El primero de los cinco capítulos generales que presidió San Buenaventura, se reunió en Narbona en 1260. Ahí presentó una serie de declaraciones de las reglas que fueron adoptadas y ejercieron gran influencia sobre la vida de la orden, pero no lograron aplacar a los rigoristas. A instancias de los miembros del capítulo, San Buenaventura empezó a escribir la vida de San Francisco de Asís. La manera como llevó a cabo esa tarea, muestra que estaba empapado de las virtudes del santo sobre el cual escribía. Santo Tomás de Aquino, que fue a visitar un día a Buenaventura cuando éste se ocupaba de escribir la biografía

del "Pobrecito de Asís," le encontró en su celda sumido en la contemplación. En vez de interrumpirle, Santo Tomás se retiró, diciendo: "Dejemos a un santo trabajar por otro santo". La vida escrita por San Buenaventura, titulada "La Leyenda Mayor", es una obra de gran importancia acerca de la vida de San Francisco, aunque el autor manifiesta en ella cierta tendencia a forzar la verdad histórica para emplearla como testimonio contra los que pedían la mitigación de la regla. San Buenaventura gobernó la orden de San Francisco durante diecisiete años y se le llama, con razón, el segundo fundador.

En 1265, el Papa Clemente IV trató de nombrar a San Buenaventura arzobispo de York, a la muerte de Godofredo de Ludham, pero el santo consiguió disuadir de ello al Pontífice. Sin embargo, al año siguiente, el Beato Gregorio X le nombró cardenal obispo de Albano, le ordenó aceptar el cargo por obediencia y le llamó inmediatamente a Roma. Los legados pontificios le esperaban con el capelo y las otras insignias de su dignidad; según se cuenta, fueron a su encuentro hasta cerca de Florencia y le hallaron en el convento franciscano de Mugello, lavando los platos. Como Buenaventura tenía la manos sucias, rogó a los legados que colgasen el capelo en la rama de un árbol y que se paseasen un poco por el huerto hasta que terminase su tarea. Sólo entonces San Buenaventura tomó el capelo y fue a presentar a los legados los honores debidos.

Gregorio X encomendó a San Buenaventura la preparación de los temas que se iban a tratar en el Concilio ecuménico de Lyon, acerca de la unión con los griegos ortodoxos, pues el emperador Miguel Paleólogo había propuesto la unión a Clemente IV. Los más distinguidos teólogos de la Iglesia asistieron a dicho Concilio. Como se sabe, Santo Tomás de Aquino murió cuando se dirigía a él. San Buenaventura fue, sin duda, el personaje más notable de la asamblea. Llegó a Lyon con el Papa, varios meses antes de la apertura del Concilio. Entre la segunda y la tercera sesión reunió el capítulo general de su orden y renunció al cargo de superior general. Cuando llegaron los delegados griegos, el santo inició las conversaciones con ellos y la unión con Roma se llevó a cabo. En acción de gracias, el Papa cantó la misa el día de la fiesta de San Pedro y San Pablo. La epístola, el evangelio y el credo, se cantaron en latín y en griego y San Buenaventura predicó en la ceremonia. El Seráfico Doctor murió durante las celebraciones, la noche del 14 al 15 de julio. Ello le ahorró la pena de ver a Constantinopla rechazar la unión por la que tanto había trabajado. Pedro de Tarantaise, el dominico que ciñó más tarde la tiara pontificia con el nombre de Inocencio V, predicó el panegírico de San Buenaventura y dijo en él: "Cuantos conocieron a Buenaventura le respetaron y le amaron. Bastaba simplemente con oírle predicar para sentirse movido a tomarle por consejero, porque era un hombre afable, cortés, humilde, cariñoso, compasivo, prudente, casto y adornado de todas las virtudes."

Se cuenta que, como superior general, fue un día a visitar el convento de Foligno. Cierto frailecillo tenía muchas ganas de hablar con él, pero era demasiado humilde y tímido para atreverse. Pero, en cuanto partió San Buenaventura, el frailecillo cayó en la cuenta de la oportunidad que había perdido y echó a correr tras él y le rogó que le escuchase un instante. El santo accedió inmediatamente y tuvo una larga conversación con él, a la vera del camino. Cuando el frailecillo partió de vuelta al convento, lleno de consuelo, San Buenaventura observó ciertas muestras de impaciencia entre los miembros de su comitiva

y les dijo sonriendo: "Hermanos míos, perdonadme, pero tenía que cumplir con mi deber, porque soy a la vez superior y siervo y ese frailecillo es, a la vez, mi hermano y mi amo. La regla nos dice: 'Los superiores deben recibir a los hermanos con caridad y bondad y portarse con ellos como si fuesen sus siervos, porque los superiores, son, en verdad, los siervos de todos los hermanos'. Así pues, como superior y siervo, estaba yo obligado a ponerme a la disposición de ese frailecillo, que es mi amo, y a tratar de ayudarle lo mejor posible en sus necesidades". Tal era el espíritu con que el santo gobernaba su orden. Cuando se le había confiado el cargo de superior general, pronunció estas palabras: "Conozco perfectamente mi incapacidad, pero también sé cuán duro es dar coces contra el aguijón. Así pues, a pesar de mi poca inteligencia, de mi falta de experiencia en los negocios y de la repugnancia que siento por el cargo, no quiero seguir opuesto al deseo de mi familia religiosa y a la orden del Sumo Pontífice, porque temo oponerme con ello a la voluntad de Dios. Por consiguiente, tomaré sobre mis débiles hombros esa carga pesada, demasiado pesada para mí. Confío en que el cielo me ayudará y cuento con la ayuda que todos vosotros podéis prestarme". Estas dos citas revelan la sencillez, la humildad y la caridad que caracterizaban a San Buenaventura. Y, aunque no hubiese pertenecido a la orden seráfica, habría merecido el título de "Doctor Seráfico" por las virtudes angélicas que realzaban su saber. Fue canonizado en 1482 y declarado Doctor de la Iglesia en 1588.

No existe ninguna biografía propiamente dicha que date de la época del santo, pero en las crónicas de la Orden Franciscana y en otras fuentes antiguas se encuentran numerosos datos sobre él. En la monumental edición Quaracchi de las obras del Doctor Seráfico se han reunido los datos más importantes, tomados, por ejemplo, de Salimbene, Bernardo de Besse, Angelo Clareno, la *Crónica de los XXIV Generales*, etc. (vol. X). El texto del proceso de canonización que se llevó a cabo en Lyon en 1479-1480, se halla en *Miscellanea Francescana di storia, di lettere, di arti*, vols. XVII y XVIII (1916 y 1917); pero dicho documento sólo trata prácticamente de los milagros. La canonización, como se sabe, tuvo lugar en 1482, en tiempos de Sixto IV. Entre las numerosas biografías modernas, la más exacta parece ser la de L. Lemmens en la versión italiana publicada en Milán en 1921. Para esa versión el autor revisó el texto original que había publicado en alemán en 1909, y lo modificó mucho, siguiendo el consejo de los críticos, particularmente de los del *Archivum Franciscanum Historicum* (vol. III, pp. 344-348). La biografía italiana de D. M. Sparacio (1921) exagera un poco el punto de vista de los franciscanos conventuales y adolece de cierto espíritu polémico. La biografía francesa de Leonardo de Carvalho e Castro (1923), aunque admirablemente presentada, minimiza la actividad de San Buenaventura en París y su oposición a los maestros de la orden de Santo Domingo. En cambio, el P. Jules d'Albi, *S. Bonaventure et les luttes doctrinales de 1267-1277* (1923), exagera un tanto la agrevisidad del gran franciscano en las luchas teológicas. P. Glorieux publicó en *Archivum Franciscanum Historicum* (vol. XIX, pp. 145-168) un importante estudio de la cronología de la vida de San Buenaventura; según dicho estudio, la tesis de A. G. Little (ibid., pp. 145-168) de que el Doctor Saráfico estuvo en Oxford en 1259, tiene muy pocas probabilidades de ser verdadera. No podemos dejar de mencionar otras dos biografías francesas: la de E. Clop (1922), y la de E. Gilson (1927). Véase también el excelente juicio sobre el santo en *Histoire de la fondation et de l'évolution de l'Ordre des Frères Mineurs* (1928), pp. 249-333, del P. Gartien. En dicha obra se encontrará una buena bibliografía, como también en DTC. Cf. E. Longpré en DHG., vol. IX, cc. 741-788, y en *Dictionnaire de Spritualité*, vol. I, cc. 1768-1843. El *Breviloquium* de San Buenaventura, constituye un conciso resumen de sus teorías.

SAN DEUSDEDIT, ARZOBISPO DE CANTERBURY (664 P.C.)

SAN HONORIO, el último de los compañeros de San Agustín en la sede de Canterbury, murió en 653. Deusdedit, que antes se llamaba Frithona, le sucedió en el gobierno de la diócesis y fue el sexto arzobispo. Era originario del reino de los sajones del sur y fue el primer inglés que alcanzó la dignidad de primado. Fue consagrado por San Ithamar, el primer obispo inglés de Rochester. No sabemos nada sobre su vida y su gobierno. San Deusdedit consagró al sucesor de San Ithamar. Los dos o tres decretos oficiales que se le atribuyen son muy dudosos. El santo murió en la epidemia de peste, probablemente el 28 de octubre del año 624. Fue sepultado en la iglesia abacial de San Pedro y San Pablo, fuera de las murallas de Canterbury.

Véase la edición de Plummer de la *Historia Ecclesiástica* de Beda (texto y notas). Existe una biografía de San Deusdedit escrita por Goscelin (cf. Hardy, *Catalogue*, vol. I, pp. 261-262); pero lo único que añade a los datos que da Beda son "ciertas suposiciones y un estilo declamatorio".

SAN FRANCISCO SOLANO (1610 P.C.)

FRANCISCO nació en Montilla, localidad de Andalucía, en 1549. Después de hacer sus estudios en el colegio de los jesuitas, entró al convento de los observantes franciscanos en su ciudad natal. En 1576, recibió la ordenación sacerdotal. Lleno de caridad y de un ardiente deseo de la salvación de las almas, dividió su tiempo entre la oración retirada y la predicación. Aunque sus sermones carecían de los adornos de la retórica, producían profundo efecto para la conversión de sus oyentes. El P. Francisco fue nombrado maestro de novicios, y cuando éstos cometían alguna falta, en vez de imponerles penitencia, se la imponía a sí mismo, pues consideraba que él era el verdadero culpable de la conducta de sus discípulos.

Francisco ejerció los ministerios sacerdotales durante muchos años en el sur de España. Cuando la epidemia de peste se desató en Granada, en 1583, el siervo de Dios observó un comportamiento heroico; aunque cayó enfermo él también, se rehizo rápidamente. Después de la epidemia, solicitó a sus superiores que le enviasen a las misiones del Africa, pero su petición fue desechada. Sin embargo, en 1589, Felipe II pidió que se enviasen más frailes de la observancia a las Indias Occidentales, y San Francisco fue elegido para acompañar al P. Baltazar Navarro al Perú. Los misioneros desembarcaron en Panamá, cruzaron el istmo, y se embarcaron nuevamente en el Pacífico. Pero, a resultas de una tempestad, la nave encalló cerca de las costas del Perú. El capitán, viendo que la nave no podía resistir a la furia de las olas, dio la orden de abandonarla, dejando a bordo a cierto número de esclavos negros para los que no había sitio en el único bote de salvamento. El P. Francisco, que durante el viaje se había preocupado por instruir a los negros, se negó a partir y permaneció con ellos. Inmediatamente los reunió, los exhortó a la confianza en la misericordia de Dios, en los méritos de Cristo y los bautizó. Apenas acababa de hacerlo, cuando la nave se partió por la mitad y algunos de los negros perecieron ahogados. Los que se salvaron se hallaban en la parte del casco sostenida firmemente por las

rocas. Ahí permanecieron tres días. El P. Francisco los alentaba constantemente y trataba de enviar señales a la costa. Cuando se calmó la tempestad, el bote de salvamento retornó y transportó a la costa a todos los sobrevivientes. Fray Francisco llegó a Lima por tierra.

Ahí emprendió inmediatamente su ministerio entre los indígenas y los colonos españoles, que había de durar veinte años. El Fraile fue primero enviado a Tucumán, en el norte del actual territorio de Argentina. Comenzó por aprender los rudimentos de los dialectos indígenas y, después, emprendió un viaje misional al Chaco, región selvática entre Argentina y Paraguay, donde años más tarde los jesuitas fundarían sus famosas reducciones. Resulta difícil imaginar lo que un viaje de esa naturaleza suponía en aquella época. Y, sin embargo, San Francisco Solano no sólo lo realizó, sino que obró además numerosas conversiones. Más tarde, fue nombrado "custodio" de los conventos que su orden tenía en Tucumán y el Paraguay y pudo así supervisar muchas de las misiones que había fundado. Cuando expiró su período de custodio, fue nombrado guardián del convento de Lima. Ahí ejerció su ministerio en forma muy distinta entre los españoles de la ciudad de Trujillo y de otras poblaciones. En 1604, predicó en la plaza mayor de Lima contra la corrupción y comparó el destino del alma pecadora con el de una ciudad puesta en entredicho; el sermón impresionó tanto a los oyentes, que pensaron que sobre la ciudad de Lima se cernía una calamidad como la que cayó sobre Nínive. El pánico se apoderó de los habitantes. El virrey, muy alarmado, consultó al obispo de la ciudad, Santo Toribio. Este habló con el comisionado general de los franciscanos y ambos pidieron a San Francisco Solano que calmase al pueblo, declarando que su profecía no significaba la destrucción material de los edificios sino la catástrofe espiritual de la pérdida de las almas.

Se dice que San Francisco poseía el don de lenguas. Por otra parte, su don de milagros le valió el título de "el taumaturgo del Nuevo Mundo". En el sermón que pronunció con ocasión de la muerte del santo, el P. Sebastiani S.J., dijo que había sido "la esperanza y la edificación del Perú, el ejemplo y la gloria de Lima y el esplendor de la Orden Seráfica". Fray Francisco tenía la costumbre, muy semejante a la de su patrono y padre de su orden, de cantar frente al altar de Nuestra Señora, acompañándose de un laúd. Su muerte ocurrió el 14 de julio de 1610, mientras sus hermanos cantaban la misa conventual, en el preciso momento de la consagración. Sus últimas palabras fueron: "Gloria a Dios." Según dijo el P. Alvarez de Paz, toda su vida fue una carrera de trabajo por las almas y, al mismo tiempo, de oración continua. Su canonización tuvo lugar en 1726.

Existe una biografía muy detallada de este misionero en *Acta Sanctorum*, julio, vol. v; comprende la vida escrita por Tiburcio Navarro y cierto número de documentos del proceso de beatificación. Veinte años después de la muerte del santo, vio la luz una biografía todavía más extensa, escrita por Fray Diego de Córdoba. En casi todos los idiomas existen biografías modernas. La corta biografía compuesta por F. Courtot fue traducida al inglés en 1847 (Oratorian Series). En 1888, se publicó en Nueva York otra biografía inglesa, y G. Mass publicó otra más en alemán, en 1938. Muchas de estas obras, como la de A. M. Hiral (1906), son más bien de tipo ascético que crítico. En la colección *Profils Franciscains* (1942), hay un esbozo biográfico debido a la pluma de J. Wilbois. La fiesta de San Francisco Solano se celebra en diferentes fechas. El Martirologio Romano la conmemora el 14 de julio, aniversario de su muerte.

BEATO BONIFACIO DE SABOYA, Arzobispo de Canterbury
(1270 p.c.)

Bonifacio de Saboya, cuadragésimo sexto arzobispo de Canterbury, pertenecía a la familia de los duques de Saboya y era nieto del Beato Humberto de Saboya. Su gran atractivo físico le valió el título de "el Absalón de Saboya". Según se dice, era uno de los caballeros más destacados de su tiempo, aunque el cronista inglés Wykes afirma que "no era muy letrado". Bonifacio ingresó a temprana edad en la Gran Cartuja de las cercanías de Grenoble, deseoso de consagrarse a la oración y el estudio. Pero, antes de terminar el noviciado, fue nombrado superior de Mántua, muy contra su voluntad. Era apenas subdiácono cuando fue elegido administrador de la diócesis de Belley de Borgoña y, siete años después, ocupó el mismo puesto en la diócesis de Valence.

En 1241, falleció el arzobispo de Canterbury, San Edmundo. La reina Eleonor, esposa de Enrique III, que era tía de Bonifacio, empleó su influencia para que su sobrino fuese elegido arzobispo. Debido a la muerte inesperada de dos Papas, la elección no fue confirmada sino hasta 1243. El nuevo arzobispo llegó a Inglaterra al año siguiente. Su arquidiócesis estaba cargada de deudas, ya que durante el gobierno de San Edmundo se le habían confiscado algunas de sus rentas. La primera medida del Beato Bonifacio fue hacer todas las economías posibles: abolió todas las sinecuras y oficios superfluos y ordenó al clero y a los beneficiados que ayudasen a pagar las deudas de la arquidiócesis. Generalmente, aquéllos que reducen los gastos y combaten los intereses creados, son muy poco populares y Bonifacio no constituyó una excepción a la regla. En 1244, asistió al Concilio de Lyon y ahí fue consagrado obispo.

A su vuelta a Inglaterra, se instaló en Canterbury. Poco después, hizo una visita a su diócesis, en la que corrigió los abusos y aligeró los impuestos. Pero, en cuanto trató de visitar las diócesis de sus sufragáneos, encontró una violenta oposición. El deán y el capítulo de San Pablo de Londres pretendían que sólo el obispo de Londres tuviera derecho a hacer la visita canónica. En el convento de San Bartolomé el Grande, donde el beato se presentó al día siguiente, el subprior y los canónigos se mostraron dispuestos a recibirle como prelado, pero no como visitador; declararon simplemente que dependían de la jurisdicción de su propio obispo y que, sin permiso suyo, no podían someterse a la jurisdicción de ningún otro. Según se dice, el arzobispo, lleno de indignación, derribó de un golpe al subprior, y ello provocó una verdadera batalla. Bonifacio salió de ella con los vestidos desgarrados, debajo de los cuales llevaba, según afirmaron sus acusadores, una cota de malla. Gracias a la ayuda de su guardia personal, pudo huir en una barca a Lambeth, donde excomulgó al obispo de Londres y al clero de San Bartolomé. En cuanto anunció su inteción de hacer una visita a San Albán, los sufragáneos se reunieron y determinaron oponerle resistencia. El clero se ofreció a pagar los gastos del proceso contra Bonifacio en Roma. Informado de ello, decidió adelantárseles y partió a Roma; pero su apelación tuvo éxito sólo en parte. El Papa Inocencio IV le autorizó a continuar la visita de las diócesis, pero en forma muy restringida, y le obligó a levantar las excomuniones que había lanzado.

El rey Enrique profesaba gran estima a Bonifacio; en una ocasión, le nombró regente durante su ausencia y, en otra, le pidió que le acompañase a Francia a unas negociaciones delicadas. Los paisanos del beato le apreciaban más que los ingleses; durante la minoría de edad del sucesor de Amadeo IV, estallaron en Saboya graves disensiones y Bonifacio consiguió restablecer la paz. Murió en el castillo de Sainte-Hélène des Millières, durante una visita que hizo a su país natal. Fue sepultado con sus antepasados en el monasterio cisterciense de Hautecombe.

Los cronistas ingleses juzgan de diferentes maneras a Bonifacio, pero ninguno niega su pureza de vida y su extraordinaria bondad con los pobres. Un escritor moderno ha dicho que, en los veinticinco años de su gobierno, Bonifacio hizo tres cosas ciertamente buenas: pagó una deuda de 22,000 marcos, construyó y dotó un hospital en Maidstone y edificó el gran salón del Palacio de los Arzobispos. Su culto, muy extendido en Saboya, fue aprobado por Gregorio XVI en 1838, a instancias del rey Carlos Alberto, debido a la veneración que el pueblo cristiano le profesaba desde tiempo inmemorial. La fiesta del beato se celebra en los monasterios de los cartujos, en Saboya y Cerdeña.

Los datos que poseemos sobre el beato proceden en gran parte de los cronistas ingleses de la época, muchos de los cuales tenían violentos prejuicios contra los "prelados importados" y los favoritos extranjeros de Enrique III. Entre las obras modernas véanse las de Mons. Mann, *Lives of the Popes*, vols. XIV y XV; Cardenal Gasquet, *Henry III*, y Joseph Strickland, *Ricerche storiche sopra il B. Bonifacio di Savoia*; véase también el artículo del P. Thurston en *The Tablet*, 1913, pp. 601-604; y M. Powickle, *The Thirteenth Century* (1953), passim.

BEATO HUMBERTO DE ROMANS (1277 p.c.)

Humberto nació en Romans, cerca de Valence, hacia el año 1200. En París obtuvo el grado de doctor en leyes. En 1224, tomó el hábito de Santo Domingo, siguiendo el consejo de su profesor, Hugo de Saint-Cher. Ejerció el cargo de profesor en el convento de su orden, en Lyon donde fue elegido superior. En 1240, después de una peregrinación a Tierra Santa, fue nombrado provincial de Francia y desempeñó ese cargo hasta 1254, año en que fue elegido quinto maestro general de la Orden de Predicadores. Presidió diez capítulos generales, promovió los estudios, hizo la última revisión de la liturgia dominicana y desarrolló las misiones en oriente. A las misiones consagró lo mejor de su corazón. Envió a Barcelona a varios frailes para que aprendiesen el árabe y abrió misiones entre los cumanos y los tártaros. El mismo celo se refleja en sus escritos, en uno de los cuales predica una cruzada contra los sarracenos y en otro estudia la cuestión de oriente con miras al segundo Concilio de Lyon. Era un hombre muy recto, caritativo y devoto; pero sabía decir cosas duras cuando esto hacía falta para la reforma del clero. Su espíritu se refleja en una carta pastoral que escribió juntamente con el superior general de los franciscanos, Beato Juan de Parma, para los miembros de las dos órdenes, en 1225: "Reflexionad un poco, amadísimos hermanos, sobre la sinceridad y verdad del amor que debemos profesarnos unos a otros, dado que la Santa Iglesia nos concibió juntamente en su seno y la Caridad Eterna nos envió juntos a trabajar por la salvación de las almas. ¿Cómo nos reconocerá el pueblo como mensajeros de Cristo, si no es por la caridad? Y, ¿cómo podremos promover la caridad entre los cristianos, si la descuidamos entre nosotros?"

El Beato Humberto renunció al generalato en el capítulo que se reunió en

Londres, en 1263 y se retiró al convento de Valence, donde se consagró al estudio y la predicación. El Papa Clemente IV le sacó de su retiro para que arreglase ciertas dificultades internas de los cistercienses. Después retornó a Valence, donde murió el 14 de julio de 1277. Es venerado universalmente como hombre de gran santidad y "atinado consejo".

En las antiguas crónicas dominicanas, como las que hay en *Monumenta Historica, O.P.* se habla mucho del Beato Humberto; pero no existe ninguna biografía propiamente dicha. Véase sin embargo, Mortier, *Maîtres Généraux O.P.*, vol. I, pp. 415-664; el breve esbozo biográfico de M. de Waresquiel (1901); y F. Heintke, *Humbert von Romans* (1933). El P. Berthier publicó algunos de los tratados ascéticos del beato (1889); el P. Bede Jarrett biográfico de M. de Waresquiel (1901); y F. Heintke, *Humbert von Romans* (1933). El 1951, vio la luz una traducción inglesa del *Tratado de la Predicación* del Beato Humberto; sus sermones fueron muy populares en la Edad Media y fueron editados varias veces antes de la Reforma. Véase una bibliografía más extensa en el *Catalogus* de Taurisano. Aunque algunos autores dan a Humberto el título de "Beato", su culto no ha sido confirmado oficialmente.

BEATO GASPAR DE BONO (1604 P.C.)

GASPAR DE BONO nació en Valencia, España, en 1530. Sus padres eran humildes y pobres. En su juventud, Gaspar se dedicó al comercio de la seda, pero como no tuvo éxito, ingresó en la milicia. Probablemente presentía ya cuál era su verdadera vocación, pues dedicaba a la oración y meditación todo el tiempo que le quedaba libre. Con la gracia de Dios, consiguió llevar una vida virtuosa en el ejército, lo cual era tan difícil en el siglo XVI como en el siglo XX. Cayó gravemente herido en una batalla e hizo voto de ingresar en la orden de los mínimos, si se restablecía. San Francisco de Paula, el fundador de esos frailes austeros y humildes, había sido canonizado pocos años antes del nacimiento de Gaspar. En 1560, tomó éste el hábito. Sus virtudes y cualidades impresionaron tanto a sus superiores que, al año siguiente, le concedieron la profesión y la ordenación. El beato sufría de fuertes dolores; pero no sólo los soportó con paciencia y ecuanimidad, sino que todavía añadió a ellos la mortificación corporal. Dos veces fue elegido corrector general de la provincia española de su orden; desempeñó el oficio con gran habilidad, corrigiendo con prudencia y caridad y exhortando a sus hermanos a la perfecta observancia de su austera regla. Murió en el convento de Valencia el 14 de julio de 1604 y fue beatificado en 1786.

Existe una biografía moderna escrita por Roberti (1904), y otra más antigua escrita por P. A. Miloni, postulador de la causa de Humberto, con ocasión de la beatificación.

15: SAN ENRIQUE EMPERADOR (1024 P.C.)

ENRIQUE II, hijo de Enrique, duque de Baviera y de Gisela de Borgoña, nació el año 972. Fue educado por San Wolfgango, obispo de Ratisbona y, en 995, sucedió a su padre en el gobierno del ducado de Baviera. En 1002, a la muerte de su primo Otón III, fue elegido emperador. Enrique no perdió nunca de vista los peligros a los que se hallan expuestos los gobernantes. Consciente de la importancia y extensión de las obligaciones que le imponía

su cargo, supo mantenerse, por la oración, en una actitud de humildad y de temor de Dios, y su virtud salió avante del peligro de los honores. Jamás olvidó el fin para el que Dios le había elevado a la más alta dignidad temporal y trabajó con todas su fuerzas por promover la paz y la prosperidad de su reino. Hay que especificar, sin embargo, que San Enrique se valió algunas veces de la Iglesia para sus fines políticos, imitando así a su predecesor Otón el Grande. Sin discutir la autoridad espiritual de la Iglesia, se opuso en ciertos casos a su engrandecimiento temporal. Y hemos de confesar que, desde el punto de vista del bienestar de la cristiandad, algunas de las medidas políticas del santo emperador fueron equívocas.

San Enrique tuvo que emprender numerosas guerras para defender y consolidar su imperio. Tales, por ejemplo, las guerras de Italia, antes de recibir la corona. Arduino de Ivrea se había hecho coronar rey en Milán; San Enrique cruzó los Alpes y le arrojó del poder. En 1014, llegó triunfalmente a Roma, donde fue coronado emperador por el Papa Benedicto VIII. El santo restauró con gran munificencia las sedes episcopales de Hildesheim, Magdeburgo, Estrasburgo y Meersburgo e hizo ricos presentes a las iglesias de Aquisgrán y Basilea, entre otras. Es falso que el santo haya convertido a la fe a San Esteban, rey de Hungría, quien era hijo de padres cristianos, pero en cambio sí incitó a dicho monarca a trabajar por la conversión de sus súbditos. En 1006, San Enrique fundó la sede de Bamberga y construyó una gran catedral para fortalecer el poder germánico entre los wendos. Los obispos de Wurzburgo y Eichstätt se opusieron a ello, pues la empresa llevaba consigo el desmembramiento de sus diócesis; pero el Papa Juan XIX dio la razón al emperador, y Benedicto VIII consagró la catedral en el año de 1020. San Enrique construyó y dotó también un monasterio en Bamberga e hizo donaciones a varias diócesis para promover el honor divino y proveer a las necesidades de los pobres. En 1021, fue de nuevo a Italia en una expedición contra los griegos de Apulia. En el camino de vuelta cayó enfermo y fue transportado a Monte Cassino. Según se dice, fue milagrosamente curado por la intercesión de San Benito, pero quedó baldado para siempre.

Enrique sabía atender aun a los detalles de menor importancia, a pesar de los innumerables deberes de un jefe de Estado; por ello, al mismo tiempo que cumplía a la perfección sus obligaciones públicas, no olvidaba que su primer deber consistía en mirar por el bien de su alma. Apoyó con entusiasmo las ideas de reforma eclesiástica del gran monasterio de Cluny, como lo prueba el hecho de que se opuso a su pariente, amigo y antiguo capellán, Aribo, a quien él mismo había nombrado arzobispo de Mainz, cuando condenó en un sínodo a los que apelaban a Roma sin su permiso. Es muy conocida la leyenda de que, deseando San Enrique hacerse monje, prometió obediencia al abad del monasterio de Saint-Vanne, en Verdun, el cual le mandó por precepto de obediencia que siguiese gobernando el Imperio. En realidad, ésta y otras anécdotas semejantes cuadran mal con el carácter y la vida del emperador. San Enrique fue uno de los más grandes gobernantes del Sacro Romano Imperio y se santificó, precisamente, como soldado y jefe de Estado, cumpliendo con deberes muy diferentes a los que cumplen los monjes. Las leyes edificantes son un producto de la invención de los habitantes de Bamberga y las biografías del tipo de la que escribió Adalberto, no reflejan la verdadera personalidad de San Enrique. Lo que sabemos sobre él se refiere más bien a su actuación pública. San Enri-

que II no tuvo, como San Luis de Francia, un Joinville que describiese su vida íntima. El santo emperador promovió cuanto pudo la reforma eclesiástica, sobre todo por el cuidado con que elegía a los obispos y por el apoyo que prestó a monjes tan destacados como San Odilón de Cluny y Ricardo de Saint-Vanne.

Eugenio III canonizó a San Enrique en 1146 y San Pío X le proclamó patrono de los oblatos benedictinos.

San Enrique era el personaje más importante de Europa a principios del siglo XI, de suerte que ocupa un sitio muy destacado en las crónicas de la época, como las de Raúl Glaber y Tietmaro. Además, existen dos biografías latinas que se atribuyen respectivamente al obispo de Utrecht, Adalboldo y Adalberto, diácono de Bamberga. Pueden verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. III, y en MGH., *Scriptores*, vol. IV. Desde el punto de vista religioso, la mejor biografía es la de H. Gunter, *Kaiser Heinrich der Heilige* (1904). Sobre la vida pública del santo pueden verse las obras de Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. III, y *Cambridge Medieval History* vol. III. Véase también a F. Dvornik, *The Making of Central and Eastern Europe* (1949), pp. 185-222. Acerca del pretendido voto de castidad de San Enrique, véase nuestro artículo sobre su esposa Santa Cunegunda (3 de marzo) y la bibliografía que damos en él.

SANTO SANTIAGO, Obispo de Nísibis (338 p.c.)

Este es uno de los casos en que Alban Butler, a pesar de toda su ciencia y diligencia, no pudo escapar del error, ya que la vida de Santiago de Nísibis no fue revisada críticamente sino hasta mucho después de la muerte de nuestro hagiógrafo. Así pues, el artículo de Butler ocupaba varias páginas, siendo así que apenas poseemos algún dato real sobre la vida del santo.

Santiago fue desde muy antiguo una figura muy importante y venerada en el oriente, donde casi todas las Iglesias celebran su fiesta y su nombre aparece en el Martirologio Jeronimiano. Hacia el año 308, el santo fue nombrado primer obispo de Nísibis, en la Mesopotamia, y su discípulo San Efrén habla de los importantes servicios que prestó a su diócesis, ya que erigió una gran basílica y es posible que inaugurase la famosa escuela teológica. Santiago asistió al Concilio de Nicea, en 325, y San Atanasio, el historiador Teodoreto y otros dieron testimonio de la entereza con que se opuso al arrianismo. (El Martirologio Romano hace alusión a la fábula que afirma que las oraciones de Santiago contribuyeron a la horrible muerte de Arrio, en Constantinopla). El santo vivía aún cuando Sapor II, rey de Persia, atacó por primera vez a Nísibis, el año 338, pero existen muchas pruebas de que murió aquel mismo año.

Butler hace notar que Santiago, por su ciencia y escritos, sólo cede en gloria a San Efrén, entre los doctores de la Iglesia siria, y que también los armenios le honran como doctor; pero se ha demostrado ya que no fue el autor de muchos de los escritos que se le atribuían antiguamente. Su nombre aparece en el canon de la misa siria y de la misa maronita, así como en las letanías solemnes de la misa caldea. Las investigaciones de los bolandistas datan de fecha muy reciente. El P. Paul Peeters, tras de un detenido examen crítico de las fuentes griegas y latinas y, sobre todo, de las sirias y armenias, ha demostrado que la tradición, a la que se atenía Butler, es totalmente fantástica. En efecto, dicha tradición estaba formada por elementos sacados de otras leyendas hagiográficas, sobre todo de la biografía siria de San Efrén. Es imposible dar aquí más detalles, pero puede verse el estudio del P. Peeters en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXVIII, (1920), pp. 285-373. Cf. DTC., vol. VIII, cc. 292-295.

SAN BARHADBESABA, Mártir (355 p.c.)

El año 340 se desató sobre la cristiandad, en Persia, una de las persecuciones más violentas de que la historia conserve memoria. En el año décimo quinto de dicha persecución, Barhadbesaba, diácono de la ciudad de Arbela, fue arrestado y torturado en el potro por orden de Sapor Tamsapor, gobernador de Adiabene. Durante la tortura, los verdugos le gritaban constantemente: "Adora al fuego y al agua, bebe la sangre de las bestias y te pondremos en libertad". Pero el diácono respondía: "Ni vosotros ni vuestro rey, ni todas las torturas del mundo conseguirán separarme del amor de Jesús, a quien he servido exclusivamente desde la infancia hasta mi ancianidad." El tirano le condenó entonces a morir decapitado y ordenó a un apóstata cristiano llamado Aggai que ejecutase la sentencia. Barhadbesaba, que estaba atado, esperaba con gozo el momento en que iría a reunirse con los ángeles; pero Aggai temblaba de tal modo, que no acertaba a levantar el arma. Después de descargar siete veces la espada sobre el mártir, sin conseguir cortarle la cabeza, hundió el arma en su corazón. El juez mandó ocultar el cadáver del mártir, pero dos clérigos consiguieron robarlo durante la noche y le dieron sepultura.

Ver Assemani, *Acta martyrum orientalium*, pp. 129-130; y P. Peeters, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXVII (1908), p. 188, y XLIII (1925), pp. 276, 279, 281. A lo que parece, el martirologio sirio llama a este mártir Barsabas y le incluye por error entre los sacerdotes.

SAN DONALDO (Siglo VIII)

Todo lo que sabemos acerca de este santo, cuyo nombre es tan común en Escocia, es que vivió en Ogilvy, del Forfarshire, en el siglo VIII, y que tuvo nueve hijas. A la muerte de su esposa, Donaldo dirigió la especie de comunidad religiosa que formaron sus hijas. Dicha comunidad dejó cierta huella, ya que el nombre de "Las nueve vírgenes", que se aplica tan comúnmente a las colinas, lagunas y valles de la región, provienen de las hijas de San Donaldo. Según se dice, las nueve doncellas ingresaron más tarde en un monasterio fundado por San Darlugdach y Santa Brígida, en Abernethy y que su fiesta se celebraba el 18 de julio. Probablemente la popularidad del nombre de Donald en Escocia no se debe al santo, sino a la fecundidad del "clan" de los Donald.

Véase Forbes, KSS., pp. 324-325; y cf. lo que se cuenta ahí mismo sobre San Mazota, pp. 395-396.

SAN ATANASIO, Obispo de Nápoles (872 p.c.)

Atanasio fue elegido obispo de Nápoles hacia el año 850, antes de cumplir los veinte años. Era nativo de la misma ciudad, en la que su padre había sido "Dux". Atanasio se preocupó del progreso moral y material de Nápoles: reparó o reconstruyó los edificios destruidos por los sarracenos, edificó un hospital para los peregrinos y los ancianos y organizó el rescate de los cristianos capturados por los mahometanos. El año 863, tomó parte en el Concilio de Letrán, que había sido reunido por el Papa San Nicolás I; dicho Concilio declaró a San

Ignacio patriarca legítimo de Constantinopla. Después de ayudar en esa forma al Padre de la Cristiandad a reivindicar los derechos de un obispo oprimido por el poder civil, San Atanasio fue víctima de una presión semejante. El ducado de Nápoles había caído en manos de Sergio II, tirano, turbulento y ambicioso cuya vida privada era tan poco escrupulosa como su política. Sergio consideraba a San Atanasio como un enemigo, tanto más cuanto que éste era tío suyo y tenía, por consiguiente, derecho oficial y personal a reprender a su sobrino. El santo cumplió con su deber y reprochó a su sobrino ciertos tratos simoníacos y otros desórdenes. Entonces, Sergio, instigado por su esposa, encarceló a Atanasio en Sorrento. La indignación del pueblo de Nápoles le obligó a ponerle en libertad; pero siguió molestando al obispo y obstaculizando su trabajo en todas las formas posibles, de suerte que, el año 871, San Atanasio salió de Nápoles y fue a instalarse en la isla del Salvador, cerca de la costa.

Sergio le prometió entonces la paz y la libertad total, con tal de que renunciase a su sede. Como Atanasio se negase a ello, el tirano envió a un destacamento a traerle por la fuerza. Pero el emperador Luis II intervino y ordenó al duque de Amalfi que pusiese a salvo al santo obispo en Benevento. La venganza de Sergio consistió en apoderarse del tesoro episcopal en Nápoles y atacar violentamente a los partidarios de su tío, de suerte que el Papa acabó por excomulgarle. Por su parte, el emperador decidió tomar por su cuenta la causa del obispo y estaba ya a punto de restablecerle por la fuerza en su sede, cuando la muerte sorprendió al santo en Véroli, cerca de Monte Cassino, el 15 de julio de 872.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. II, se hallan la mayoría de los documentos de importancia, así como en MGH., *Scriptores rerum longobardicarum*. E. Caspar, en su monografía sobre las falsificaciones llevadas a cabo por Pedro, el diácono de Monte Cassino, afirma que la biografía más extensa de San Atanasio (BHL., 736) es una de ellas; pero tal opinión parece infundada: cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXIX (1910), p. 169.

SANTA EDITH DE POLESWORTH (Siglo X)

Debido a las alusiones contradictorias a Santa Edith de Polesworth, se ha supuesto a veces que existieron varias damas inglesas del mismo nombre. Una de ellas aparece mencionada en las biografías de San Modwenna. Goscelin, en su "Vida de Santa Edith de Wilton", habla de Edith de Polesworth, tía de dicha santa y hermana del rey Edgardo. Según otra fuente, Edith, hermana del rey Athelstan, contrajo matrimonio el año 925 con Sitrico, el rey vikingo de York. Dicho monarca murió al año siguiente; su viuda, que murió en olor de santidad, fue sepultada en Tamworth, a unos cuantos kilómetros de Polesworth. En conjunto, ésta es la única Santa Edith relacionada probablemente con Polesworth.

Stanton, en *Menology* expone con cierto detalle el problema (pp. 337-338). Pero cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LVI (1938), p. 53, n. 4, y vol. LXV (1947), p. 315.

SAN VLADIMIRO DE KIEV (1015 P.C.)

Los primeros santos de Rusia, tanto príncipes como monjes, están relacionados con Kiev, "la madre de las ciudades de Rusia, protegida por Dios". Kiev

es, actualmente, la capital de la república de Ucrania, pero en la época a la que nos referimos, era el centro de un principado eslavo-finlandés, gobernado por señores de origen escandinavo, ya que los piratas y comerciantes "varangianos" habían venido del norte por las vías fluviales. Durante la última parte del siglo X, el gran príncipe de Kiev era Vladimiro, quien no sólo había sido educado en la idolatría, sino que se entregaba abiertamente a los bárbaros excesos permitidos a los hombres de su posición. Era un hombre brutal y sanguinario. Un cronista árabe de la época, Ibn-Foslán, habla de sus cinco esposas y numerosísimas esclavas, lo cual confirma la frase de la "Crónica" de Néstor, donde se dice que "la lujuria de Vladimiro era insaciable". Se ha discutido y aún se discute mucho sobre las circunstancias de la conversión de Vladimiro al cristianismo. Lo cierto es que se convirtió, probablemente hacia el año 989, cuando tenía unos treinta y dos años. Poco después, se casó con Ana, hija del emperador Basilio II de Constantinopla. La conversión y el matrimonio estuvieron muy relacionados entre sí y la conversión del pueblo ruso data de aquella época.

Algunos autores piadosos atribuyen a Vladimiro una perfecta pureza de intención en su conversión, pero es evidente que le movió en gran parte la consideración de las ventajas políticas y económicas de la unión con Bizancio y con la Iglesia católica. Sin embargo, esto último no debe hacernos olvidar que, una vez que aceptó la fe, Vladimiro fue un magnífico cristiano. Inmediatamente se separó de sus esposas, despidió a sus concubinas y cambió de vida. Igualmente, mandó destruir en público los ídolos y prestó un apoyo enérgico y entusiasta a los misioneros griegos; en ciertos casos su entusiasmo rayaba en la exageración, pues quienes se rehusaban a recibir el bautismo incurrían en la cólera del príncipe. Pero, aparte de esta especie de "bautismo por la fuerza", se ha exagerado mucho la rapidez de la conversión de Rusia. Durante la época de Vladimiro, la nueva religión no llegó probablemente más que a los nobles y a los comerciantes ricos. Y tampoco el desarrollo posterior del cristianismo fue tan rápido como se ha pretendido, ya que el paganismo fue cediendo el terreno muy poco a poco. El culto que se tributó desde antiguo a Vladimiro se debió no sólo a que había sido un pecador arrepentido, sino a que había iniciado la reconciliación del pueblo ruso con Dios y había sido el Apóstol de Rusia, elegido por el cielo.

"Los locos y dementes vencieron al demonio", dice la "Crónica" de Néstor y subraya que San Vladimiro recibió el perdón y la gracia de Dios, en tanto que "muchos otros hombres rectos y religiosos se apartaron del camino de la verdad y perecieron". A lo que parece, el arrepentimiento y la fidelidad de Vladimiro a sus nuevos compromisos tenía ese carácter de sinceridad y entereza que existirá siempre en la Iglesia, aun en sus formas más desarrolladas y complejas. Un cronista dice a ese propósito: "Cuando se dejaba llevar de la pasión y había caído en pecado, trataba inmediatamente de compensarlo con la penitencia y la limosna." Aun hay quienes afirman que Vladimiro, después de su conversión, se preguntaba si tenía derecho a castigar con la pena de muerte a los bandoleros y a los asesinos. Tales escrúpulos sorprendieron a los misioneros griegos, quienes apelaron al testimonio del Antiguo Testamento y de la historia de Roma para probar que los príncipes cristianos tenían el deber de castigar a los malvados. Pero tales argumentos no convencieron del todo a Vladimiro.

Por razón de las circunstancias de la conversión de Vladimiro, su pueblo

dependió en lo religioso del patriarcado de Bizancio. Pero ciertamente que Vladimiro no tenía nada de particularista: envió embajadores a Roma, ayudó al obispo alemán San Bonifacio (Bruno) de Querfurt durante su misión entre los pechenegs y aun llegó a copiar ciertas costumbres canónicas del occidente, como la de los diezmos, que no existía entre los bizantinos. En realidad, Rusia no interrumpió sus relaciones con la Iglesia de occidente sino hasta la época de las invasiones de los mongoles.

San Vladimiro murió en 1015, después de haber repartido todos sus bienes entre sus amigos y los pobres, según se cuenta. Los rusos, los ucranios y otros pueblos, celebran solemnemente su fiesta.

Hay un catálogo bastante detallado de las fuentes rusas originales en la bibliografía del vol. IV de la *Cambridge Medieval History*, pp. 819-821. En S. H. Cross, *The Russian Primary Chronicle* (1930), hay una traducción de la "Crónica" de Néstor. Véase N. de Baumgarten, *Orientalia Christiana*, vol. XXIV, n. I, 1931 (*Olaf Tryggwison...*) y vol. XXVII, n. I, 1932 (*St. Vladimir...*); G. Fedotov, *Le baptême de St. Vladimir...*, en *Irénikon*, vol. XV (1938), pp. 417 ss; M. Jugie, "Les origines romaines de l'Églisse russe", en *Echos d'Orient*, n. 187 (1937). Los resúmenes de Fliche y Martin, *Histoire de l'Église*, vol. VII, pp. 444-451, y DTC. s.v. "Russie". Acerca del cristianismo antes de San Vladimiro, véase también M. de Taube, *Rome et la Russie...*, vol. I (1947). Cf. F. Dvornik, *The Making of Central and Eastern Europe* (1949), pp. 170 ss.

SAN DAVID DE MUNKTORP, Obispo (*c.* 1080 p.c.)

Según se dice, David era un monje inglés que deseaba ardientemente dar su vida por Cristo. Cuando se enteró de la muerte de los tres sobrinos de San Sigfrido a manos de los paganos, se ofreció para ir a la misión inglesa de Suecia, que trataba de reconstruir la obra arruinada de San Anscario. En Suecia se puso a las órdenes de San Sigfrido, obispo de Växjö, quien le envió a Västmanland. Ahí trabajó por la conversión del pueblo y por secundar la obra de los monjes de un monasterio fundado anteriormente. El sitio tomó más tarde el nombre del monasterio: Munktorp. David se entregó en cuerpo y alma a su misión con gran éxito. Dios le concedió el don de milagros y el don de lágrimas, todavía más valioso que el primero; en cambio, le negó la gracia del martirio que tanto había deseado. San David vivió hasta edad muy avanzada y murió apaciblemente. Los milagros obrados en su tumba confirmaron su fama de santidad. La tradición popular afirma que fue el primer obispo de Västeras. Es uno de tantos santos a quien se atribuye el milagro de haber colgado sus vestidos en un rayo de sol; en el caso particular de San David, se cuenta que colgó sus guantes. La ciudad de Davö, donde vivió algún tiempo, tomó su nombre del de San David.

Existe una corta biografía, publicada en *Scriptores rerum suecicarum*, vol. II, pte. I, pp. 408-411. Véase también C. J. A. Oppermann, *English Missionaries in Sweden* (1937), pp. 112-117; cf. nuestro artículo sobre San Sigfrido (15 de feb).

SAN POMPILIO PIRROTTI (1756 p.c.)

Pompilio María Pirrotti nació en 1710, en el seno de una familia acomodada de Montecalvo, en Campania. Sus padres le dieron una buena educación. El joven, impresionado por la falta de escuelas, especialmente entre los pobres, decidió consagrar su vida a la enseñanza. Así pues, ingresó en la Congregación

de los Escolapios, fundada con ese objeto por San José de Calasanz y, al hacer la profesión, en 1728, tomó el nombre de María de San Nicolás. Después de su ordenación sacerdotal, enseñó algunos años en Apulia hasta que fue nombrado misionero apostólico de Emilia y Venecia, por razón de su celo y santidad. Su entusiasmo le creó dificultades en Nápoles, donde algunas personas, temerosas de su influencia o envidiosas de su éxito, lanzaron contra él una campaña de calumnias y persecuciones. El santo fue expulsado de Nápoles; pero el pueblo se indignó tanto, que el rey hubo de revocar el decreto de destierro. San Pompilio continuó su obra con maravillosa paciencia, hasta que sus superiores le enviaron al convento de Campo, en las cercanías de Lecce. Ahí murió el santo a los cuarenta y seis años de edad. Fernando II, rey de las dos Sicilias, se interesó personalmente en su causa de beatificación, que tuvo lugar en 1890. Fue canonizado en 1934.

Véase Seeböck, *Die Herrlichkeit der Katholischen Kirche in ihren Heiligen und Seligendes 19 Jahrhunderts* (1900), p. 431; Heinbucher, *Die Orden und Kongregationen*, vol. III; y *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXVII (1935), pp. 223-234.

BEATO BERNARDO DE BADEN (1458 p.c.)

Entre los descendientes de Germán de Zähringen, quien renunció al gobierno de Baden para hacerse monje cluniacense, se contaba el margrave Jacobo I, conocido en su época como "el Salomón de Alemania". Jacobo I se casó con Catalina, hija de Carlos II de Lorena y de Margarita de Baviera. La pareja tuvo un hijo llamado Bernardo, hacia 1429. Bernardo se distinguió en su juventud por sus aptitudes literarias y militares, pero se negó a contraer matrimonio con la hija del rey de Francia. Cuando su padre murió, en 1453, Bernardo renunció a su derecho de sucesión en favor de su hermano Carlos y viajó por todas las cortes de Europa, incitando a los soberanos a una cruzada contra los turcos, los cuales habían tomado Constantinopla el 29 de mayo de 1453. Bernardo emprendió un viaje a Roma para obtener el apoyo del Papa Calixto III; pero, al salir de Turín, contrajo la peste y murió en el monasterio de los franciscanos en Moncalieri, antes de cumplir los treinta años. Los milagros obrados en su tumba confirmaron su gran fama de santidad. El Papa Sixto IV le beatificó en 1479, en presencia de su madre y sus hermanos.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV, hay una escueta biografía. Más completa es la biografía escrita por O. Ringholz (1892), que incluye las declaraciones de los testigos de cierto número de milagros presentados en el proceso de beatificación. En 1907, vio la luz una edición abreviada de la obra de Ringholz. En 1929, con motivo del quinto centenario del nacimiento de Bernardo, J. Franck y H. Mohr, publicaron dos breves biografías.

BEATOS IGNACIO ACEVEDO y Compañeros Mártires (1570 p.c.)

Tanto el padre como la madre del Beato Ignacio Acevedo, pertenecían a familias ricas y nobles. Ignacio nació en Oporto en 1528 y, a los veinte años, entró en la Compañía de Jesús. Fue un excelente novicio, pero las severas mortificaciones que practicaba le hicieron enflaquecer tanto que el P. Simón Rodríguez,

provincial de Portugal, le reprendió por ello. Ignacio fue nombrado rector del colegio de San Antonio, en Lisboa, a los veinticinco años de edad. En el desempeño de ese cargo, no se limitó al cumplimiento estricto de su deber, sino que emprendió numerosas obras de beneficencia. Se cuenta que en una ocasión asistió personalmente a tres enfermos que padecían de un mal tan repugnante, que los enfermeros del hospital no se atrevían a acercarse a ellos; la caridad de Ignacio convirtió a los tres desdichados. Tras de ejercer durante un breve período el cargo de viceprovincial en Portugal, el P. Acevedo volvió a su puesto de rector del colegio de San Antonio. Diez años después, fue nombrado rector del colegio de Braga, que había fundado el célebre dominico Bartolomé Fernández (*a martyribus*).

Un estudiante japonés del colegio de Lisboa había encendido en el corazón de Ignacio el deseo de predicar el Evangelio a los paganos. Finalmente, en 1566, fue enviado como visitador al Brasil para estudiar el estado de las misiones jesuíticas en dicho país. La tarea duró dos años. Aunque los primeros misioneros habían llegado al Brasil apenas diecisiete años antes, se hallaban ya establecidos en varias aldeas de indígenas salvajes. A su vuelta a Roma, el P. Acevedo aconsejó a San Francisco de Borja que enviase más misioneros. Este le nombró entonces superior de la próxima expedición y le ordenó que escogiese a los hombres más capaces en las provincias de España y Portugal. La expedición partió el 5 de junio de 1570. El superior y cuarenta y dos o cuarenta y nueve misioneros se embarcaron en un navío mercante llamado "El Santiago"; el resto de los misioneros viajaron en un barco de guerra, al mando de Don Luis de Vasconcelos, gobernador del Brasil.

Las dos naves se reunieron en Madeira donde Don Luis decidió aguardar hasta que soplasen vientos favorables, pero el capitán de "El Santiago" quería proseguir hasta las islas Canarias. Esto puso al P. Acevedo en un dilema: por una parte, en los barcos de guerra no había sitio suficiente para todos los misioneros; por la otra, el superior no quería separarse de sus súbditos, pues los mares estaban infestados de piratas. Finalmente, determinó proseguir el viaje en "El Santiago". Pero, a lo que parece, presentía lo que iba a suceder, ya que antes de partir de Madeira pronunció una conmovedora alocución sobre la gloria del martirio y previno a los misioneros del peligro en que se hallaban.

A unos cuantos kilómetros del puerto de destino, "El Santiago" fue interceptado por una fragata cuyo capitán era Jacques Soury. Se trataba de un implacable hugonote francés, que había partido de La Rochelle expresamente para impedir que los misioneros jesuitas llegasen al Brasil. "El Santiago" se defendió valientemente, y los misioneros colaboraron cuanto pudieron en la defensa, aunque naturalmente no participaron en el derramamiento de sangre. Pero, cuando el capitán fue herido de muerte, "El Santiago" tuvo que rendirse. Jacques Soury manifestó su odio al catolicismo, condenando a muerte a los misioneros y perdonando al resto de la tripulación. El Beato Ignacio y sus treinta y nueve compañeros afrontaron el martirio con heroísmo y fueron brutalmente asesinados a sangre fría. El P. Acevedo fue arrojado al mar con una imagen de Nuestra Señora, que le había regalado San Pío V. Nueve de los mártires eran españoles y el resto portugueses. Varios personajes de la época tuvieron revelaciones acerca del martirio de los misioneros; los principales de

entre ellos fueron Don Jerónimo, hermano del P. Acevedo, que se hallaba en la India, y Santa Teresa de Jesús, que era pariente del BEATO FRANCISCO GODOY, uno de los mártires. La beatificación de los misioneros tuvo lugar en 1854.

Existen dos relatos de tipo popular: el del P. Cordara, en italiano, y el del P. Beauvais, en francés (1854). Ver también Astráin, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, vol. II, p. 244; Brodrick, *The Progress of the Jesuits* (1946), pp. 220-230. Acerca de la bibliografía, cf. De Guilhermy, *Ménologe de Portugal*, vol. II, pp. 39-43.

BEATA ANA MARIA JAVOUHEY, VIRGEN, FUNDADORA DE LA CONGREGACIÓN DE SAN JOSÉ DE CLUNY (1851 P.C.)

UNA DE las más notables mujeres beatificadas en la primera mitad del siglo XX, fue Ana María Javouhey. Nació en 1779, en Jallanges, ciudad de Borgoña, donde su padre era un campesino acomodado. La niña dio muy pronto muestras de su fuerza de carácter, ya que, aunque era la quinta de una numerosa familia, dominaba a todos sus hermanos. Otra de las cualidades que la distinguieron desde pequeña fue su valor y, durante la Revolución Francesa, la joven Ana María, casi una niña aún, corrió graves riesgos por ayudar a los sacerdotes y a los cristianos perseguidos. Durante una misa que se celebró en secreto en su casa en 1798, Nanette (como se la llamaba familiarmente) hizo voto de virginidad y prometió consagrar su vida a la educación de los niños y a la ayuda a los pobres.

Cuando las comunidades religiosas obtuvieron de nuevo carta de ciudadanía en Francia, Nanette ingresó en la congregación de las Hermanas de la Caridad de Besançon; pero Dios no la quería ahí. Ingresó después al convento de las monjas cistercienses de Val-Sainte, en Suiza, con el mismo resultado desalentador; tuvo por director a un monje muy conocido, Dom Agustín Lestrange (que introdujo la Orden del Cister en los Estados Unidos), quien le indicó que su vocación consistía en fundar una nueva congregación. Ana María le había contado que en Besançon tuvo la visión de una sala llena de niños y niñas de diferentes razas y que, una voz le había dicho: "Estos son los hijos que Dios te ha dado. Yo soy Teresa y velaré por tu congregación." Así pues, la joven volvió a Francia. Su padre que vacilaba entre oponerse a los proyectos de su hija o favorecerlos generosamente, puso por fin a disposición de Ana María y tres de sus hermanas una casa en Chamblanc para que fundasen una escuela. Cuando Pío VII pasó por Chalon en 1805, recibió a las cuatro jóvenes y las alentó en su empresa. Dos años después, Ana, sus hermanas y otras cinco jóvenes, recibieron el hábito azul y negro de manos del obispo de Autun. Pronto empezaron a lloverles peticiones de escuelas y otros establecimientos. En 1812, el Sr. Javouhey compró un antiguo convento franciscano en Cluny para que fuese el noviciado y la casa madre de la congregación.

En París se inauguró una escuela. Los métodos pedagógicos de la madre Javouhey provocaron muchos comentarios, favorables y desfavorables, y la obra que realizaban Ana María y sus religiosas, llegó a oídos del gobierno.* El gobernador de la isla de Borbón (actualmente de La Reunión, al este de Madagascar) pidió a la superiora que enviase allá a algunas de sus religiosas. En septiembre de 1817, se inauguró ahí la primera escuela misional para niños

*José Lancaster (1838), uno de los fundadores de la "Sociedad de Escuelas Inglesas y Extranjeras", prestó cierta ayuda a la beata en este aspecto.

de color. A ésta siguieron otras peticiones del extranjero. La madre Javouhey pasó dos años en el Senegal, en Gambia, y en Sierra Leona, fundando hospitales con ayuda de las autoridades inglesas. Supervisó personalmente la inauguración de una extensa plantación, cuyos dueños eran africanos, en el extremo superior del río Senegal, y trabajó en un proyecto para la formación de seminaristas senegaleses en Francia. El proyecto tuvo que ser abandonado por causas de fuerza mayor, sin embargo, a raíz de aquellos planes se comentó que "la madre Javouhey se adelantaba a su época". Pero esto es falso: la formación del clero indígena no es un invento de los Papas del siglo XX, sino un retorno a la antigua práctica de la Iglesia en las tierras de misión.

Con los años, la fuerza juvenil de Ana María se concentró en una voluntad inflexible, y sus ímpetus de niña, en una fortaleza heroica. A ello añadía la beata una inteligencia clara, abierta y equilibrada. Tales cualidades tienen sus peligros inherentes, aun entre los más fervientes religiosos. Pero Ana María hacía frente a esos peligros con su sencillez y humildad en el trato con Dios y con los hombres, como se ve claramente por la caridad sencilla pero llena de firmeza con que supo obrar en los casos difíciles: el período de cisma entre las misioneras de Borbón, el largo y amargo período de desacuerdo con Mons. d'Héricourt, obispo de Autun y los dos años de privación de los sacramentos que el prefecto apostólico de la Guayana impuso a la monja. Ana María escribió: "La cruz está dondequiera que hay siervos de Cristo, y yo me regocijo de contarme entre ellos." Pero, cuando regresó de la Guayana a Europa por última vez, dijo al sacerdote que le había rehusado los sacramentos: "Muy bien, vos responderéis ante Dios del mal que de ahí se siga."

Si la cruz que Ana María tuvo que sobrellevar en la Guayana Francesa fue muy pesada, también fue ése el campo de sus más grandes realizaciones. La congregación estaba ya establecida en la Martinica, en Guadalupe, en San Pedro, en Pondicherry, en Cayenna y en Nueva Angoulême de la Guayana, donde dirigía hospitales, escuelas y talleres. En 1828, el gobierno pidió a la superiora que emprendiese la colonización del distrito de Mana, en la Guayana, donde muchos hombres habían fracasado antes. La madre Javouhey se lanzó al trabajo con treinta y seis religiosas, cierto número de artesanos y colonos franceses y cincuenta trabajadores negros, de acuerdo con el plan que había sometido a las autoridades. Aquellos cuatro años fueron, sin duda, los más duros en la vida de Ana María, pues no sólo se trataba de establecer la civilización en las selvas sudamericanas, sino una civilización cristiana. Por otra parte, hubo de llevar adelante la empresa a pesar de las envidias de los que antes habían fracasado en ella y de la falta de apoyo de las utoridades francesas, a partir de la abdicación de Carlos X, en 1830. Ana María se mostró intrépida e infatigable. En cierta ocasión, compró a un grupo de esclavos fugitivos para salvarlos de la pena del látigo y, en otra, fundó "como por casualidad" un pueblo para los leprosos.

Apenas dos años después de la vuelta de la madre Javouhey a Francia, cayó sobre sus hombros una carga todavía más inesperada. Para gran indignación de algunos de los europeos, varios centenares de esclavos negros de la Guayana iban a ser emancipados; se trataba de un grupo bastante turbulento

y su libertad podía producir dificultades. ¿Podría la Madre encargarse de su educación cívica y cristiana antes de la emancipación? Después de mucha oración y detenida consideración, Ana María respondió afirmativamente. Ninguna de sus empresas despertó mayor interés ni suscitó mayores críticas. Lamartine, Chateaubriand, Lamenais, todos salieron a defenderla. Y el rey Luis Felipe comentó: "¡Madame Javouhey es un gran hombre!"

Ana María retornó, pues, a Mana. Los negros fueron congregados en reducciones, bajo la vigilancia de una religiosa y no de un ejército, como se había propuesto. Había 200 hombres, 200 mujeres y 111 niños. El número de niños llegó más tarde a 600. La distribución del tiempo estaba tan estudiada como si se tratase de una comunidad religiosa. La principal dificultad era la indolencia de los negros, pero la madre Javouhey supo ser al mismo tiempo capataz, guía, filósofo, amigo y magistrado. Su tarea consistía en justificar en la práctica los argumentos teóricos en favor de la emancipación. Naturalmente, esto provocó contra ella la hostilidad de los franceses que tenían plantaciones, los cuales llegaron incluso a pagar a un negro para que volcase su barca y dejase a la religiosa en peligro de ahogarse. Aunque la madre Javouhey tuvo noticia de la conspiración que se tramaba, no difirió su viaje ni cambió la tripulación de la barca. La navegación se llevó a cabo sin el menor incidente. El 21 de mayo de 1838, los primeros 185 negros fueron solemnemente libertados. La madre Javouhey había conseguido que cada uno de ellos recibiese una cabaña, una parcela de tierra y cierta suma de dinero. Los negros habían pedido también un par de botas como las que usaban los blancos, pero, cuando las tuvieron, como no estaban acostumbrados a llevarlas, no podían caminar con ellas.

Ana María tenía ya sesenta y cuatro años por entonces. En 1843, salió de la Guayana. Pasó los últimos ocho años de su vida consagrada al gobierno de su ya numerosa congregación; realizó nuevas fundaciones en Tahití, en Madagascar y en otros sitios, y admitió a las primeras postulantes de la India. También en ese punto tuvo que enfrentarse con la oposición eclesiástica. La beata tenía intención de ir a Roma a ofrecer personalmente su obra al Santo Padre; pero, según dijo, "Me espera otro viaje diferente y tengo que hacerlo sola." Ana María Javouhey murió el 15 de julio de 1851. Fue beatificada noventa y nueve años más tarde, cuando la congregación que había fundado se hallaba ya establecida en treinta y dos países y colonias del mundo.

Entre las biografías francesas citaremos las de P. Kieffer (1915); V. Caillard (1909); G. Goyau (1934); y G. Bernoville (1942). El P. Plus estudia la "fisonomía moral" de la beata en *Une passionné de la Volonté de Dieu* (1950). Entre las obras en inglés, ver J. A. Moulins, *In Journeys Often*; y C. C. Martindale, *Mère Anne-Marie Javouhey* (1953).

16: NUESTRA SEÑORA DEL MONTE CARMELO, PATRONA DE CHILE

LA FIESTA principal de la Orden del Carmelo era originalmente la Asunción de la Santísima Virgen (15 de agosto), pero, entre 1376 y 1386, se estableció en la orden la costumbre de celebrar una fiesta especial de la Virgen para conmemorar la aprobación de la regla carmelitana, llevada a cabo por Honorio III en 1226. A lo que parece, dicha costumbre se originó en Inglaterra. Como fecha de la fiesta se escogió el 16 de julio, ya que en ese

día, según la tradición de la orden, la Virgen María se apareció a San Simón Stock y le dio el escapulario. A principios del siglo XVII, la celebración se transformó en "la fiesta del escapulario". Pronto se extendió fuera de la orden y, en 1726, Benedicto XIII instituyó en toda la Iglesia de occidente dicha fiesta. Cierto que no se hace mención del escapulario ni de la visión de San Simón en el propio de la misa del día, pero en el segundo nocturno de maitines se alude a ambos. Además, en el prefacio especial de los carmelitas se menciona también el escapulario.

La advocación mariana más popular y la que cuenta con mayor devoción en la República de Chile, es la de Nuestra Señora del Carmen, Patrona jurada del ejército desde 1817, cuando se la reconocía como generala de las fuerzas libertadoras que, al triunfar en Maipú, le erigieron un famoso santuario en el mismo campo de batalla. La Virgen del Carmen, solemnemente coronada en 1926 a petición de sus innumerables devotos chilenos, fue elegida también como patrona por los marineros, pescadores y hombres de mar de esa República sudamericana.

Ver B. Zimmerman, *Monumenta histórica Carmelitana* (1907), pp. 334 ss; y A. G. Forcadell, *De cultu B.M.V. in liturgia Carmelitana*, en *Analecta Ordinis Carmelitarum*, vol. x (1940), pp. 437-445. Acerca de la cuestión del escapulario, véase la nota bibliográfica de nuestro artículo sobre San Simón Stock (16 de mayo). La reforma que proyectaba Benedicto XIV incluía la supresión de esta fiesta del calendario general.

SAN ATENOGENES, Obispo y Mártir (*c.* 305 p.c.)

El Martirologio Romano dice el 18 de enero: "En Ponto, el nacimiento para el cielo de San Atenógenes, anciano teólogo, el cual, hallándose a punto de consumar su martirio por el fuego, cantó un himno de gozo y lo dejó escrito a sus discípulos." El 16 de julio dice: "En Sebaste de Armenia, el nacimiento para el cielo de los santos mártires Atenógenes, obispo y sus diez discípulos, en la persecución del emperador Diocleciano". Como se ve, hay una doble conmemoración de San Atenógenes, cuyo himno alaba San Basilio en su tratado sobre el Espíritu Santo. Según se dice, San Gregorio el Iluminado instituyó en Armenia una fiesta en honor de San Atenógenes y San Juan Bautista para suprimir una festividad pagana.

La mejor prueba de la genuinidad del culto de San Atenógenes es que su nombre aparece en el martirologio sirio y en el *Hieronymianum*. Ver Delehaye, *Les Origenes du Culte des Martyrs*, pp. 177-178; DAC., vol. I, cc. 3104-3105 y DHG., vol. I, cc. 44-46. San Atenógenes profesaba en su himno su fe en la divinidad del Espíritu Santo; pero no es el "phós hilaron" de las vísperas bizantinas.

SAN EUSTAQUIO, Obispo de Antioquía (*c.* 340 p.c.)

San Eustaquio nació en Side, en Panfilia. Según afirma San Atanasio, confesó ante los perseguidores la fe de Cristo. Era un hombre sabio, elocuente y virtuoso. Elegido obispo de Beroea, en Siria, atrajo sobre sí las miradas de la Iglesia. Más tarde, fue trasladado a la sede de Antioquía, que sólo cedía en dignidad a las de Roma y Alejandría y era la tercera del mundo. Poco después de ocuparla, asistió al Concilio de Nicea, donde fue acogido con grandes hono-

res y se distinguió por su oposición al arrianismo. En medio de sus trabajos por los otros, no olvidó que la verdadera caridad empieza por sí mismo y trabajó ante todo por su propia santificación. Pero no por cuidar de su jardín guardaba para él toda el agua de la gracia, sino que la dejaba correr también por los huertos de sus prójimos a fin de que llevase la fecundidad por doquier. En las diócesis que estaba encargado de gobernar, distribuyó hombres capaces de instruir y sostener a los fieles. El santo se alarmó al enterarse de que Eusebio, el obispo de Cesarea, favorecía la nueva herejía (se trataba del Eusebio conocido como "el padre de la historia eclesiástica"). La desconfianza que mostró San Eustaquio por la doctrina de ése y otros obispos, así como su acusación en el sentido de que habían alterado el Credo de Nicea, provocaron contra él las iras de los arrianos, quienes consiguieron deponerlo hacia el año 330.

Antes de salir de Antioquía el pastor congregó a su grey y la exhortó a mantenerse fiel a la verdadera doctrina. La exhortación fue tan eficaz que se formó un grupo de "eustacianos" para preservar la pureza de la fe y negar el reconocimiento a todos los obispos que enviasen los arrianos. Desgraciadamente, esta lealtad degeneró más tarde en sectarismo contra los prelados ortodoxos. San Eustaquio fue desterrado con algunos sacerdotes y diáconos a Trajanópolis de Tracia. No sabemos con exactitud el sitio ni la fecha de su muerte. La mayoría de sus copiosos escritos se perdió. Entre las obras suyas que se conservan, la principal es una disquisición contra Orígenes, en la que critica los poderes de la pitonisa de Endor (I Re. XXVIII, 7-23). Sozomeno recomienda las obras de San Eustaquio por su estilo y contenido. Pero nada muestra mejor la virtud del santo que la paciencia con que sobrellevó las acusaciones calumniosas que se le hicieron en cosas de importancia y, después, la deposición y el destierro. San Eustaquio fue más grande en la desgracia de lo que había sido cuando sus virtudes brillaban pacíficamente en el gobierno de su sede. Su nombre aparece en el canon de las misas siria y maronita.

A partir del estudio del canónigo Venables (DCB., vol. II), se ha escrito mucho sobre las controversias en las que San Eustaquio participó en forma tan prominente. Baste con mencionar aquí las bibliografías del DTC., vol. V, cc. 1554-1565 y del *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. III, c. 864. Ver sobre todo F. Cavallera, *Le schisme d'Antioche* (1905); L. Duchesne, *History of the Early Church*, vol. II (1912); y R. V. Sellers, *Eustathius of Antioch* (1928).

SANTA REINELDIS, Virgen y Mártir (*c.* 680 p.c.)

Santa Reineldis era hija de Santa Amalberga. La biografía de Santa Reineldis, que no es ciertamente anterior al siglo XI, carece de valor histórico. Cuando sus padres abrazaron la vida religiosa y su hermana Santa Gúdula se retiró a Morzelle, siguió a su padre a la abadía de Lobbes, con la esperanza de ser admitida también. Como no lo consiguiese, pasó tres días y tres noches en oración en la iglesia. En seguida partió en peregrinación a Tierra Santa, de donde volvió siete años más tarde, según su biógrafo y se estableció en Saintes de la provincia Hal, donde había nacido. Pasaba el tiempo consagrada a los actos de piedad y las obras de misericordia, ayudada por un subdiácono llamado Grimoaldo y por su criado Gundulfo. Los tres murieron durante una invasión de los bárbaros,

probablemente en Kontich, localidad de la provincia de Amberes y fueron venerados como mártires.

La biografía puede verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV. Sobre la translación de las reliquias de la santa, cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXII (1903), pp. 439-445. Acerca del sitio de su muerte, cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXIX (1951), pp. 348-387. Ver también Van der Essen, *Saints Mérovingiens*, pp. 299-301; y E. de Moreau, *Histoire de l'Eglise en Belgique*, vol. I (1945), pp. 197-198.

SANTA MARIA MAGDALENA POSTEL, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS HERMANAS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS DE LA MISERICORDIA (1846 P.C.)

JUAN POSTEL y su esposa, Teresa Levallois, pertenecían a la burguesía del pequeño puerto francés de Barfleur. El 28 de noviembre de 1765, tuvieron una hija, a la que dieron los nombres de Julia Francisca Catalina. La niña fue siempre muy piadosa, y sobre ella se cuentan las anécdotas que abundan en las vidas legendarias de todos los que llegan un día al honor de los altares. Es digno de notarse que Julia hizo la primera comunión a los ocho años, es decir, cuatro años antes de lo que se acostumbraba en aquella época. Primero estuvo en una escuela de Barfleur y más tarde, fue a proseguir su educación en el convento de las benedictinas de Valognes, donde decidió consagrarse totalmente a Dios e hizo un voto de virginidad. A los dieciocho años salió de la escuela y volvió a Barfleur. Ahí inauguró una escuela para niñas, y sus discípulas fueron, con el tiempo, el mejor testimonio de las cualidades de educadora que poseía la futura santa.

Cinco años después de la inauguración de la escuela, estalló la Revolución Francesa. En 1790, la Asamblea Nacional impuso al clero la obligación de jurar la Constitución, cosa que Pío VI consideró como un ataque contra la libertad de la Iglesia, no obstante lo cual, muchos miembros del clero prestaron el juramento y así, la Iglesia de Francia se vio desgarrada por el cisma. En Barfleur la mayor parte de los clérigos juraron, pero Julia Postel encabezó al grupo de los fieles que se negaron a recibir los sacramentos de sus manos. Julia improvisó una capillita debajo de la escalera de su casa, donde celebraba en secreto la misa el P. Lamache, párroco de Nuestra Señora de Barfleur, a quien se perseguía por haberse negado a jurar la Constitución. El P. Lamache tenía tal confianza en Julia, que dejaba el Santísimo Sacramento expuesto en el oratorio. Por su parte, la joven hacía cuanto podía para facilitar los ministerios del sacerdote. La persecución recrudeció tanto que, al poco tiempo, el P. Lamache creyó conveniente dejar de reservar el Santísimo Sacramento en la capillita y encargó a Julia de llevar el viático a los moribundos cuando él no podía hacerlo. Por ello, Pío X, en el decreto de beatificación de Julia, no vaciló en llamarla "sacerdotisa". Pero no sólo los sacerdotes perseguidos admiraban el valor de la joven. Los soldados encargados de registrar la casa de los Postel, dijeron al terminar las pesquisas: "Dejémosla en paz, pues no hace daño a nadie y es muy buena con los niños." Sólo una vida interior tan firme como la de Julia pudo soportar, año tras año, aquella serie de peligros, responsabilidades y sobresaltos que la mantenían en una constante tensión nerviosa. Pero, si Julia estaba siempre unida con Dios, en muchas ocasiones Dios la hacía sentir que estaba con ella.

Durante los cuatro años que siguieron al concordato de 1801, Julia trabajó cuanto pudo por reparar los daños que la revolución había causado a la vida religiosa del pueblo: enseñaba, catequizaba, preparaba a los niños y a los adultos a recibir los sacramentos, organizaba obras de misericordia y oraba constantemente. A los cincuenta y un años de edad, sin más recursos que sus manos y su inteligencia, sostenida únicamente por su buena fama y el testimonio escrito de un sacerdote, Julia se trasladó a Cherburgo, donde, según había oído, las autoridades necesitaban maestros de escuela. Se presentó al P. Cabart y le dijo: "Quiero instruir a la juventud e infundirle el amor de Dios y del trabajo. Quiero ayudar y socorrer a los pobres. Desde hace tiempo, estoy convencida de que hace falta una Congregación religiosa para realizar todo eso." El P. Cabart sabía aprovechar el entusiasmo y reconocer la capacidad de sus feligreses; así pues, respondió a Julia que necesitaba precisamente de una mujer impulsada por esos ideales y que él se encargaría de conseguirle una casa. En efecto, al poco tiempo rentó una para instalar la escuela. Julia la puso bajo el patrocinio de la Santísima Virgen, Madre de Misericordia (a la que había estado también consagrada la capillita bajo la escalera de su casa) y emprendió el trabajo de la enseñanza con otras tres compañeras: Juana Catalina Bellot, Luisa Viel y Angelina Ledanois. Las cuatro hicieron los votos religiosos en 1807, en presencia del P. Cabart, quien representaba al obispo. Julia tomó el nombre de María Magdalena. En el informe que las religiosas presentaron tres años después a la comisión de caridad, consignaban que la escuela contaba con doscientas alumnas a las que se impartía instrucción religiosa y profana, que a otras se enseñaban los trabajos manuales, que se había colocado en diversas instituciones a varios pilluelos de la calle y se habían repartido diez mil francos en limosnas.

En 1811, cuando la comunidad contaba ya con nueve miembros, las Hermanas de la Providencia volvieron a Cherburgo. Para evitar aun la más leve apariencia de envidia, la comunidad de María Magdalena se trasladó a Octeville-L'Avenel, donde vivieron las religiosas seis meses, en una barraca contigua a la escuela. Después emigraron a Tamerville, donde se dedicaron a cuidar a los huérfanos y a los pobres. Pero nuevamente tuvieron que ponerse en camino, esta vez a Valognes. Parecía que la obra de Santa María Magdalena iba a desmoronarse, pues en dicha población había ya tres escuelas de religiosas; por otra parte, la comunidad, de la que dependían doce huérfanos, tenía que vivir del trabajo de sus miembros. Por entonces, murió la hermana Rosalía y al divulgarse el rumor de que había perecido de hambre, el P. Cabart consideró que era la gota de agua que colmaba el vaso y decidió dispersar a la comunidad. Pero la superiora pensaba de otro modo y respondió a los mensajeros del P. Cabart: "Decid al padre que tengo una certeza tan absoluta de que el Señor desea que prosiga adelante, que no estoy dispuesta a cejar. Dios, que me ha dado a mis hijas y vela por los pajarillos del campo, puede darnos todo lo necesario. Mientras Dios me dé un átomo de fuerzas para trabajar, no abandonaré a mis hijas". Dios iba a premiar ese acto de total confianza. Pero la comunidad tenía que vivir aún ratos muy amargos. Las religiosas pasaron grandes estrecheces en Hamel-au-Bon y, para sostenerse, hicieron trabajos de costura y confección y aun participaron en las labores del campo. Finalmente, las autoridades de Prince Le Brun les ofrecieron la casa que habían ocupado antes en Tamerville y les pidieron que se encargasen de una escuela.

Por la misma época, se declaró una carestía que proporcionó a la madre María Magdalena y sus religiosas la ocasión de ganarse el afecto del pueblo. En 1818, una ley local obligó a la superiora, que tenía ya sesenta y dos años, a pasar un examen si quería seguir en la enseñanza. Aunque las muertes habían reducido el número de religiosas a cuatro, la madre María Magdalena inauguró una escuela en Tourlaville. Con la expansión de las actividades, empezó a aumentar el número de vocaciones y, en 1830, fue necesario conseguir un nuevo convento. La madre superiora obtuvo de las autoridades que le permitiesen ocupar la ruinosa abadía de Saint-Sauveur-le-Vicomte, que había sido fundada en el siglo XI y abandonada durante la Revolución. En los doce primeros meses, a las quince religiosas que formaban la comunidad, se sumaron diez postulantes, entre las que se contaba la Beata Plácida Viel. En 1837, la superiora sustituyó las reglas que habían regido hasta entonces a la comunidad (a instancias de varias de las religiosas y sin una sola palabra de protesta por parte de la madre María Magdalena), por las reglas que la Santa Sede había aprobado para los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Al mismo tiempo se inauguró el noviciado canónico y, al fin del primer año, Mons. Delamare, obispo de Coutances, que era gran amigo de la comunidad y su principal consejero, recibió los votos de las religiosas.

Aunque no escasearon las pruebas ni las cruces en los últimos ocho años de vida de la fundadora, fue ése un período de expansión y de éxito. La congregación creció mucho, el número de discípulas aumentó también y se empezó a reconstruir la iglesia de la gran abadía de Saint-Sauveur-le-Vicomte. La madre María Magdalena murió el 16 de julio de 1846, a los noventa años de edad, sin haber visto terminada la iglesia. A la fama de su santidad se añadieron pronto numerosos milagros y la humilde religiosa fue canonizada en 1925. La vida de Santa María Magdalena Postel se identificó, durante cuarenta y un años, con los progresos y vicisitudes de su congregación. Aunque la Iglesia no hubiese elevado a la santa al honor de los altares, su nombre sería famoso por haber fundado a las Hermanas de las Escuelas Cristianas.

Véase la obra de Mons. Grente, *Une sainte normande* (1946), así como la biografía que dicho autor escribió mucho tiempo antes. En francés existen varias otras biografías, como la de Mons. Legoux (1908, dos vols.) y la de P. de Crisenoy.

BEATA ERMENGARDA, VIRGEN (866 P.C.)

ERMENGARDA NACIÓ alrededor del año 832. Era hija de Luis el Germánico (nieto de Carlomagno) y de la reina Ema. El nombre de Ermengarda figura, junto con el de sus tres hermanas y el de su madre, en el libro de la cofradía del monasterio de Saint-Gall. Luis el Germánico, después de nombrar abadesas a otras dos de sus hijas, según la costumbre de la época, eligió a Ermengarda para que gobernase el monasterio de Buchau y, más tarde, la real abadía de Chiemsee, en Baviera. Ermengarda fue un modelo de virtud y de penitencia y su gobierno se distinguió por la solicitud con que miraba por sus súbditas. Murió el 16 de julio de 866 y fue sepultada en la iglesia de su monasterio.

Las monjas de la abadía y las gentes de los alrededores empezaron inmediatamente a venerar a Ermengarda como santa, y su culto persiste en nuestros días. Pío XI lo confirmó en 1928. El arzobispo de Munich y de Freising, a

instancias de la comunidad de Chiemsee, había llevado previamente a cabo las investigaciones necesarias para la beatificación.

No hay que confundir a esta beata con la Ermengarda que se venera en la diócesis de Colonia (4 de septiembre), la cual murió hacia el año 1100.

En *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXI (1929), pp. 24-26, se halla el decreto de confirmación del culto, que incluye un breve esbozo biográfico. Véase Dimmler, *Gesch. d. Ostfänk. Reiches*, vol. II, pp. 425 ss; y *Abhandlungen* de la Academia de Munich, 1873, pp. 6. ss.

BEATO MILO DE SELINCOURT, OBISPO DE THÉROUANNE (1158 P.C.)

EN LA primera mitad del siglo XII, tuvo lugar un renacimiento de la vida católica en el noroeste de Europa. Dicho movimiento se originó en los monasterios fundados por San Norberto en Prémontré y otros sitios y se extendió pronto a Francia, Alemania, los Países Bajos e Inglaterra. Milo de Sélincourt, después de vivir unos años como ermitaño, con algunos compañeros, en Saint-Josse-au-Bois, cerca del Paso de Calais, se sintió llamado a la vida común e ingresó, con sus compañeros, en la Orden Premonstratense. En 1123, fue elegido por el mismo San Norberto para gobernar un monasterio y desempeñó ese oficio durante ocho años, atenido estrictamente a las constituciones y entregado por entero a las devociones, el canto del coro y el trabajo por las almas. En 1131 se le eligió obispo de Thérouanne. Su primer acto episcopal fue dar la bendición canónica a Simón, el nuevo abad del famoso monasterio de Saint-Bertin en Saint-Omer. Como convenía que lo hiciese un canónigo regular, el Beato Milo exigió la más estricta disciplina en su diócesis y defendió solícitamente sus prerrogativas episcopales. Un tal Arnoldo, construyó un castillo en Thérouanne, que fue considerado por el obispo como una amenaza para su independencia y la paz del pueblo. Milo mandó derruir el castillo. Criticó acremente a los monjes cluniacenses, lo cual le valió una reprensión del Beato Pedro el Venerable. Sin embargo, se dice que Milo era, en lo personal, profundamente humilde.

En la controversia que surgió sobre la doctrina de Gilberto de la Porrée, Milo se puso del lado de San Bernardo, amigo personal suyo, y le apoyó vigorosamente; así, dio testimonio contra Gilberto ante el Papa Eugenio III en el Concilio de Reims, en 1148. Adriano IV nombró a Milo legado suyo para que arbitrase en una disputa entre el obispo de Amiens y el abad de Corbie. El cardenal Baronio alabó mucho la santidad y el saber de Milo; pero no es del todo seguro que las obras que se le atribuyen sean auténticas. Pedro Cantor, contemporáneo del beato, cita en *Verbum Abbreviatum* el siguiente pasaje de un sermón de Milo: "No está bien que las damas cristianas lleven vestidos de cola larga, que no hacen sino recoger el polvo de las calles. Seguramente comprenderéis, hermanas mias, que si la cola os fuera necesaria, la naturaleza os habría dado un instrumento más apto para barrer el polvo."

Véase Corblet, *Hagiographie d'Amiens*, vol. III, pp. 254-277; Le Paige, *Bibliotheca Praemonstratensis*, pp. 459 ss; Goovaerts, *Dictionnaire bio-bibliographique*, vol. I, pp. 590 ss. A lo que parece, el título de "Beato" se atribuyó a Milo principalmente por los milagros obrados en su tumba.

17: SAN ALEJO, EL HOMBRE DE DIOS (Siglo V)

SE CUENTA que a principios del siglo V, vivía en Edesa de Siria un mendigo a quien el pueblo veneraba como a un santo. Después de su muerte, un autor anónimo escribió su biografía. Como ignoraba el nombre del mendigo, le llamó simplemente "el hombre de Dios". Según ese documento, el hombre de Dios vivió en la época del obispo Rábula, quien murió el año 436. El mendigo compartía con otros miserables las limosnas que recogía a las puertas de las iglesias y se contentaba con lo que sus compañeros le dejaban. A su muerte, fue sepultado en la fosa común. Pero antes de morir, reveló a un enfermero del hospital, que él era el único hijo de un noble romano. Cuando el obispo se enteró del caso, mandó exhumar el cadáver, pero no se encontraron más que los andrajos del hombre de Dios y ningún cadáver. La fama del suceso se extendió rápidamente. Antes del siglo IX, se había dado en Grecia al hombre de Dios, el nombre de Alejo, y San José el Himnógrafo († 833) dejó escrita en un "kanon" la leyenda, adornada naturalmente con numerosos detalles. Aunque se tributaba ya cierto culto al santo en España, la devoción a San Alejo se popularizó en occidente gracias a la actividad de un obispo de Damasco, Sergio, desterrado a Roma a fines del siglo X. Dicho obispo estableció en la iglesia de San Bonifacio del Aventino un monasterio de monjes griegos, y nombró a San Alejo copatrono de la iglesia. Como se decía que San Alejo era romano, el pueblo adoptó pronto la leyenda y, desde entonces, el santo ha sido muy popular. Se cuenta que en el siglo XII la leyenda de San Alejo ejerció profunda influencia sobre el hereje Pedro Waldo. En el siglo XV, los Hermanos de San Alejo le eligieron por patrono y, en 1817, la congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María le nombró patrono secundario. También en el oriente le profesa el pueblo gran devoción y aun le llama "el hombre de Dios." La leyenda de este predecesor de San José Benito Labre, que tiene también cierto parecido con San Juan Calibites, puede resumirse así, por lo menos tal como circula en occidente:

San Alejo era el hijo único del rico senador romano, Eufeimo y de su esposa Aglaé. Nació y pasó su juventud en Roma, en el siglo V. Sus padres le enseñaron, con el ejemplo, que las riquezas que se reparten entre los pobres constituyen un tesoro en el cielo y un tesoro colmado y desbordante. Así pues, Alejo socorría desde niño a cuantos necesitados encontraba, considerándolos como benefactores por el hecho de recibir su ayuda. Temiendo que una vida de honores le distrajese del fin principal de la existencia, Alejo determinó renunciar a todas las cosas y retirarse del mundo. Por dar gusto a sus padres se casó con una rica joven, pero el mismo día del matrimonio partió de Roma, con el consentimiento de su esposa. Disfrazado de mendigo, llegó hasta Siria, donde vivió en extrema pobreza en una miserable casucha contigua a la iglesia de la Madre de Dios, en Edesa. Así pasó diecisiete años, hasta que una imagen de la Santísima Virgen habló para revelar al pueblo la santidad de su siervo, a quien calificó de "el hombre de Dios." Entonces, San Alejo huyó nuevamente a Roma para escapar a los honores. Su padre no le reconoció, pero le recibió como criado y le permitió habitar en una covacha, debajo de la escalera. Así vivió Alejo otros diecisiete años en la casa de su padre, soportando con paciencia y en silencio que le tratasen como criado.

Después de su muerte, se encontró un escrito en el que revelaba su verdadera identidad y relataba su vida.

Algunos de los caminos extraordinarios que el Espíritu Santo emplea para santificar a ciertos privilegiados son más admirables que imitables. Si los santos se toman tanto trabajo para buscar las humillaciones, bien podemos nosotros aprovechar diligentemente las que la Providencia de Dios nos envía. Sólo a fuerza de humillarnos, podemos llegar a alcanzar la verdadera humildad y desarraigar de nuestros corazones el orgullo. El veneno de ese vicio corrompe todos los estados y condiciones y, con frecuencia, sobrevive aun en los hombres que han conseguido dominar todas las otras pasiones. Aun los más perfectos tienen que luchar contra el orgullo y, si nos esforzamos por desarraigarlo, en poco tiempo echará a perder cuanto de bueno haya en nuestra vida. El orgullo se esconde detrás de las mejores acciones, nos acecha a cada paso y puede asaltarnos en cualquier parte. Y cuanto más arraigado está, más difícil es descubrirlo y reaccionar contra él. San Juan Clímaco narra que un novicio a quien su superior había reprendido por la soberbia que mostraba, respondió: "Perdonadme, padre mío, pero no soy soberbio". El superior replicó, con razón: "Nada prueba mejor que lo sois que el hecho de que lo ignoráis".

Esta exhortación a la humildad cuadra perfectamente con la historia de San Alejo. Pero la vida del santo es también un ejemplo excelente de la manera como una leyenda crece y se deforma con el tiempo. Fijémonos simplemente en ciertos puntos: por ejemplo, la fuga de Alejo el día mismo del matrimonio es un incidente muy común en los anales hagiográficos. Evidentemente, un hombre sensato que no quiera casarse, no espera hasta el día del matrimonio para huir; pero, naturalmente, el dato de que aguarde hasta el día del matrimonio impresiona más la imaginación popular. Otro ejemplo: la imagen que revela al pueblo la santidad del hombre de Dios, ofrece al hagiógrafo un pretexto edificante para hacer volver al personaje a su país natal. Aunque en 1217 se encontraron unas reliquias en la iglesia de San Bonifacio, en Roma, lo único cierto que sabemos sobre San Alejo es que vivió (si es que existió), murió y fue sepultado en Edesa. Ningún martirologio antiguo y ningún libro litúrgico romano menciona el nombre de San Alejo, el cual, según parece, era desconocido en la Ciudad Eterna hasta el año 972.

A. Amiaud editó en *La légende syriaque de S. Alexis* (1889) el texto sirio del siglo V, en el que se narra que el "hombre de Dios" reveló antes de morir que había nacido en Roma. En *Analecta Bollandiana*, vol. XIX (1900), pp. 241-256, se halla el texto de la versión griega más conocida; según parece, el texto griego fue redactado en Roma. Las versiones latinas pueden verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV. La literatura sobre el tema es enorme. Merecen especial mención los artículos de Poncelet en *Science Catholique*, vol. IV. (1890) y de Mons. Duchesne en *Mélanges d'Archéologie*, vol. X (1890). Acerca de San Alejo en el arte, cf. Künstle, *Ikonographie der Heiligen*, II, pp. 48-49. Sobre los aspectos folklóricos cf. Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. I, cc. 261-262. Véase también *Analecta Bollandiana*, vol. LXII (1944), pp. 281-283; vol. LXIII (1945), pp. 48-55; y vol. LXV (1947), pp. 157-195. En este último artículo el P. B. de Gaiffier cita otros veintiún ejemplos, tomados de la hagiografía, de maridos que abandonaron a su esposa inmediatamente después del matrimonio sin haberla tocado ("Intactam sponsam relinquens"), o de parejas que, habiendo sido forzadas a contraer matrimonio, hacen voto de virginidad. Dichos ejemplos van desde las *Actae Thomae* hasta Bernardo de Montjoux. El P. de Gaiffier estudia también la evolución de la leyenda de la huída de San Alejo.

SAN ESPERATO y Compañeros, Mártires (180 p.c.)

Estos santos sufrieron el martirio en el último año de la persecución de Marco Aurelio, pero ya durante el reinado de Cómodo. Sus actas, que son indudablemente auténticas y las más antiguas que existen, por lo que se refiere a la Iglesia del Africa, se conservan casi en su forma original. Esperato y sus compañeros eran originarios de Scillium (cerca de Túnez). Eran en total doce: siete mujeres y cinco hombres. He aquí sus nombres: Esperato, Nartzalo, Citino, Veturo, Félix, Aquilino, Letancio, Genara, Generosa, Vestia, Donata y Segunda.

Llevados prisioneros a Cartago, comparecieron ante el procónsul Saturnino, quien les ofreció el perdón imperial con tal de que adorasen a los dioses. Esperato respondió en nombre de todos: "No hemos cometido crimen alguno ni hemos hecho injusticia a nadie; hemos dado gracias por los malos tratos que recibimos, porque honramos profundamente a nuestro Soberano". El procónsul replicó: "También nosotros somos un pueblo religioso, y nuestra religión es más sencilla. Nosotros juramos por el divino espíritu de nuestro señor el emperador y pedimos por su bienestar. Vosotros debéis hacer lo propio, pues tal es vuestro deber." "Si me escuchas pacientemente unos momentos, te explicaré el misterio de la verdadera sencillez", le pidió Esperato. Pero Saturnino le ordenó que jurase inmediatamente por el "genio" del emperador. Esperato contestó: "Yo no sé nada de los imperios de este mundo; sirvo a un Dios que ningún mortal ha visto jamás ni puede ver. Yo no he robado nunca y pago todo lo que compro, porque reconozco a mi Maestro, que es el Rey de reyes y soberano de todas las naciones del mundo." Saturnino exhortó entonces a todos los reos a abjurar de su fe y Esperato exclamó: "Tu doctrina es mala, puesto que permite el asesinato y el perjurio". Entonces el procónsul, volviéndose hacia los otros mártires, les pidió que desmintiesen a Esperato, pero Citino respondió: "Nosotros no tememos más que a nuestro Dios, que está en el cielo." Y Donata añadió: "Damos al César el honor que se le debe, pero sólo tememos a Dios." Y Vestia dijo: "Soy cristiana." Y Segunda dijo: "Yo no quiero dejar de ser lo que soy." Y así todos los demás. Entonces, el procónsul preguntó a Esperato: "¿Sigues decidido a permanecer cristiano?". "Sí, soy cristiano." El procónsul insistió: "¿No quieres reflexionar un poco?" Esperato replicó: "Cuando las cosas son claras, no hace falta reflexionar." Saturnino le preguntó: "¿Qué guardas en esa caja?" Esperato contestó: "Los libros sagrados y las cartas de un justo llamado Pablo".

Saturnino les concedió treinta días de plazo para que reflexionaran, pero todos rechazaron la concesión y reiteraron que eran cristianos. Viendo tal constancia y resolución, el procónsul pronunció la sentencia en los siguientes términos: "Esperato, Nartzalo, Citino, Veturo, Donata, Vestia, Segunda y los demás, habiéndose confesado cristianos y habiendo rechazado la ocasión de volver a las costumbres romanas, quedan sentenciados a perecer por la espada." Cuando Saturnino acabó de leer la sentencia, Esperato exclamó: "¡Gracias sean dadas a Dios!" Y Nartzalo dijo: "¡Este día seremos mártires del cielo! ¡Gracias sean dadas a Dios!" Inmediatamente fueron conducidos al sitio de la ejecución, donde se les decapitó. Los fieles que copiaron las actas del registro público, añaden: "Y así, todos recibieron juntos la corona del martirio y reinan con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén."

Si se comparan los textos de BHL., nn. 7527-7534, y BHG., 1645, el texto más antiguo parece ser el que publicó Armitage Robinson en *Text and Studies*, vol. I, pte. 2 (1891). Ver también Delehaye, *Les Passions des Martyrs et les Genres littéraires*, pp. 60-63. Acerca de las reliquias de los mártires, cf. Pio Franchi de Cavalieri, en *Römische Quartalschritf*, vol. XVII (1903), pp. 209-221; y *Analecta Bollandiana*, vol. XXIII (1904), pp. 344 ss. Más populares, pero no menos exactos, son los relatos de P. Monceaux en *La vraie légende dorée* (1928) y L. Bertrand, *Martyrs africains* (1930). Puede verse una traducción inglesa de las actas en E. C. E. Owen, *Acts of the Early Martyrs* (1927).

SANTA MARCELINA, Virgen (*c.* 398 p.c.)

Marcelina era hermana de San Ambrosio de Milán. Nació antes que San Ambrosio, probablemente en Tréveris, donde su padre era prefecto de los galos. Marcelina se trasladó a Roma con su familia y, desde muy temparana edad, empezó a concentrarse exclusivamente en el fin para el que había sido creada. Se encargó del cuidado de sus dos hermanos y, con sus palabras y ejemplo, les inspiró el amor a la virtud verdadera, no simplemente de la apariencia de virtud. Marcelina tenía por única mira la gloria de Dios. Para conseguir su objetivo, decidió renunciar al mundo. El día de la Epifanía del año 353, recibió el velo de las vírgenes de manos del Papa Liberio, en la basílica de San Pedro. En el discurso que pronunció el Pontífice en esa ocasión, exhortó a Marcelina a amar exclusivamente a Jesucristo, a vivir en continuo recogimiento y mortificación y a conducirse en la iglesia con el más grande respeto y modestia. San Ambrosio, a quien debemos los ecos de esa exhortación, no vacila en criticar la elocuencia del Papa Liberio cuando la juzga insuficiente. San Ambrosio dedicó a su hermana su tratado sobre la excelencia de la virginidad. Siendo ya obispo, Marcelina le visitó varias veces en Milán y habló con él sobre la vida espiritual; en esa forma, ayudó a su hermano en sus relaciones con las vírgenes consagradas.

Marcelina practicó la más alta perfección. Ayunaba diariamente hasta el atardecer y consagraba la mayor parte del día y de la noche a la oración y la lectura espiritual. En los últimos años de su vida, San Ambrosio le aconsejó que moderase sus penitencias y aumentase el tiempo de oración; en particular, le recomendó los Salmos, la Oración del Señor y el Credo, al que llamó sello del cristiano y guardián del corazón. Marcelina siguió viviendo en Roma después de la muerte de su madre, no en comunidad, sino en una casa privada, junto con otra mujer que participaba en todos sus ejercicios de devoción. Marcelina sobrevivió a San Ambrosio, pero no sabemos exactamente en qué año murió. En la oración fúnebre pronunciada por San Ambrosio en memoria de su hermano Sátiro, llamó a Marcelina "... santa hermana, admirable por su inocencia, su rectitud y su bondad con el prójimo."

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV, se citan ciertos pasajes de San Ambrosio y un panegírico latino que se conservó gracias a Mombritius.

SAN ENODIO, Obispo de Pavía (521 p.c.)

Magno Félix Enodio pertenecía a una ilustre familia establecida en la Galia. Por una alusión suya, se puede deducir que nació en Arles; en todo caso, pasó sus primeros años en Italia y se educó en Milán, bajo la tutela de una tía. Después de la muerte de ésta, el joven contrajo matrimonio pero muy pronto

se sintió llamado a las sagradas órdenes. Su esposa, mujer muy rica, que lo había sacado de la pobreza, accedió a la separación y ella misma ingresó en un convento. Enodio, que era ya un orador consumado, recibió la ordenación de diácono por parte de San Epifanio de Pavía y, desde entonces, se consagró al estudio de las ciencias sagradas y a la enseñanza. Escribió por aquel tiempo una apología del Papa San Símaco y del sínodo que había condenado el cisma de los partidarios de Lorenzo. "Dios —dice San Enodio— quiere ciertamente que los hombres juzguen a los hombres; pero se ha reservado para sí mismo el juicio del Pontífice de la Sede Suprema". Enodio fue elegido para pronunciar el panegírico del rey Teodorico, a quien sólo alabó por sus victorias y éxitos temporales. San Enodio escribió la vida de San Epifanio de Pavía, quien murió el año 496, y la de San Antonio de Lérins; dejó, además, otras obras en prosa y en verso. Fue uno de los últimos representantes de la antigua retórica: aunque sus escritos no carecen de valor histórico, tienden a la verbosidad, son ininteligibles por momentos y están llenos de los convencionalismos de la literatura mitológica de la Roma pagana. Según cuenta el propio autor, durante una violenta fiebre de la que los médicos le desahuciaron, recurrió al Médico Celestial, por la intercesión de su patrono, San Víctor de Milán y recobró la salud. Para perpetuar su testimonio de gratitud, escribió una obra titulada "Eucharisticon" ("Acción de gracias"), en la que cuenta brevemente su vida y, sobre todo, su conversión.

Hacia el año 514, San Enodio fue elegido obispo de Pavía y gobernó su diócesis con un celo y una autoridad dignos de un discípulo de San Epifanio. El Papa San Hormisdas le devolvió dos veces a Constantinopla, donde el emperador Anastasio II estaba favoreciendo a los monofisitas. Ambas misiones fracasaron. Al fin de la segunda embajada, el santo se vio obligado a hacerse a la mar en un viejo navío destartalado, con grave peligro de naufragar, y con el veto para desembarcar en algún puerto del imperio de oriente. A pesar de todo, llegó sano y salvo a Italia y regresó a Pavía. La gloria de haber sufrido por la fe con celo y constancia, le espoleó aún más en el camino de la perfección. Así pues, se consagró a la conversión de las almas, al socorro de los pobres, a la construcción y ornamentación de las iglesias y a la composición de poemas religiosos sobre Nuestra Señora, sobre San Ambrosio y Santa Eufemia, sobre los misterios de Pentecostés y la Ascensión, sobre un bautisterio adornado con las pinturas de los mártires cuyas reliquias se hallaban ahí, etc. Otros de sus poemas son simplemente mitológicos, como por ejemplo, el de Pasifae y el toro. Alguien ha dicho a propósito de sus poemas que: "Enodio temía escribir con claridad para no caer en los lugares comunes." El santo compuso dos himnos que debían cantarse en el momento de encender el cirio pascual, en los que implora la protección divina contra los vientos, las tempestades y todas las amenazas del enemigo. Su muerte ocurrió el año 521, cuando tenía apenas cuarenta y ocho años de edad.

Aunque no se suele dar a Enodio el título de "Santo", el Martirologio Romano le conmemora en ese día. Casi todos los datos que poseemos sobre él provienen de su obra *Eucharisticon*; a lo que parece, no fue él quien tituló así su tratado, sino el editor de sus obras, Sirmond. Hay dos ediciones modernas de los escritos de Enodio: la de Hartel, en el *Corpus scriptorum, Latinorum* de Viena, y la de Vogel, en MGH. Véase *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV; DTC; Bardenhewer, *Patrologie;* y G. Bardy, *Le Christianisme et l'Occident barbare* (1945), pp. 229-264. S. Législe publicó en 1906 una traducción francesa de las cartas de Enodio, con el texto latino.

SAN LEON IV, Papa (855 p.c.)

León era romano de nacimiento, pero probablemente de origen lombardo. Recibió su educación en el monasterio benedictino de San Martín, cerca de San Pedro. Las cualidades del joven llamaron la atención de Gregorio IV, quien le nombró subdiácono de la basílica de Letrán y más tarde cardenal-presbítero, titular de "Quatuor Coronati." A la muerte de Sergio II, el año 847, León fue elegido para sucederle en el pontificado. El nuevo Papa fue consagrado sin consultar al emperador, ya que los romanos, aterrados ante la perspectiva de una invasión sarracena, querían ver la cátedra de San Pedro ocupada por un hombre decidido y bueno, por más que la idea no sonreía a San León. Lo primero que hizo fue prepararse para el ataque de los sarracenos y mandó reparar y reforzar las murallas de la ciudad, pues en los años precedentes, los sarracenos habían penetrado por el Tíber y se habían entregado al saqueo. La lista de las donaciones de San León a las diversas iglesias ocupa veinte páginas del *Liber Pontificalis*. Además, hizo llevar a Roma las reliquias de numerosos santos, entre las que se contaban las de los Cuatro Coronados, que el Papa mandó depositar en la basílica que había reconstruido en su honor. Pero, por grandes que hayan sido estas realizaciones, quedaron eclipsadas por la magna empresa de la construcción de una muralla alrededor de la colina Vaticana. Tal fue el origen del predio que desde entonces se conoce con el nombre de "la ciudad Leonina".

Sin embargo, San León sabía que las más poderosas murallas son incapaces de defender a un pueblo contra la cólera divina y que un clero negligente o rebelde corrompe a los fieles y provoca esa cólera. Así pues, el año 853 reunió en Roma un sínodo, cuyos cuarenta y dos cánones se referían, en gran parte, a la disciplina y los estudios del clero. El sínodo hubo de tomar también ciertas medidas contra el cardenal Anastasio, quien intrigaba con el emperador Lotario I para obtener la sucesión del pontificado. San León hizo también frente al violento y rebelde arzobispo Juan de Ravena y a su hermano, el duque de Emilia, que habían asesinado a un legado pontificio. El Papa se trasladó a Ravena, donde juzgó y condenó a muerte al duque y a dos de sus cómplices; pero como la sentencia fue dictada en el tiempo pascual, en que no se podía ejecutar a nadie, los asesinos escaparon con vida. San León tuvo también ciertas dificultades con el duque de la Gran Bretaña, Nemonos, quien se arrogó el poder de establecer una sede metropolitana en su territorio; con San Ignacio, patriarca de Constantinopla, el cual depuso al obispo de Siracusa; y con un soldado llamado Daniel, quien acusó falsamente al Pontífice ante el emperador, de tramar una conspiración con los griegos y los francos. Por último, San León tuvo que defenderse también de Hincmar, arzobispo de Reims, el cual le había acusado de impedir que los clérigos depuestos apelasen a la Santa Sede. El enérgico Pontífice falleció en medio de esas pruebas, el 17 de julio de 855.

San León IV fue un hombre que supo combinar la liberalidad y la justicia con la paciencia y la humildad. Cierto que sus principales realizaciones fueron de orden político y temporal; pero ello se debió a los tiempos en que vivió y al hecho de que la historia olvida muy fácilmente la grandeza espiritual, o se preocupa muy poco por ella. San León fue un buen predicador, por lo que se le ha atribuido, aunque probablemente sin razón, la homilía sobre el "Cuidado

pastoral" del *Pontificale*. Por su entusiasmo por el canto en las iglesias romanas, San León fue un precursor de San Pío X. Todavía se conserva una carta que escribió sobre ese tema a un abad: "Ha llegado a nuestros oídos un rumor increíble... Se dice que tenéis tal aversión por el armonioso canto gregoriano..., que no sólo disentís de su práctica en esta diócesis tan próxima, sino en toda la Iglesia occidental y de todos aquéllos que emplean la lengua latina en las alabanzas al Rey del cielo..." En seguida, el Papa amenazaba con la excomunión al abad, en caso de obstinarse contra "el supremo jefe religioso" en la cuestión del culto. El pueblo atribuyó a San León varios milagros, entre otros el de haber detenido un gran incendio en el "borgo" romano con la señal de la cruz. A pesar de las objeciones de los historiadores, parece cierto que Alfredo el Grande, que no tenía entonces sino cuatro años, recibió en Roma, de manos de San León, el título honorario de "Cónsul Romano" (que no equivalía a la consagración regia). Algunos historiadores atribuyeron erróneamente a San León la institución del rito del "Asperges" antes de la misa dominical.

La principal fuente es el *Liber Pontificalis* con las notas de Duchesne. Pero también se encuentran ciertos datos en las crónicas de Hincmar de Reims y en las cartas del Pontífice. Véase sobre todo a Mann, en *Lives of the Popes*, vol. II, pp. 258-307; y *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV.

SANTOS CLEMENTE DE OKRIDA y Compañeros, Apóstoles de Bulgaria (Siglos IX y X)

Los búlgaros pertenecían probablemente a una raza turania de Asia central, emparentada con la de los ávaros y los hunos. Dicha raza estableció un reino independiente (kanato), en el curso del siglo VII, en la Bulgaria actual, donde subyugó a los pueblos ya establecidos, pero se mezcló con ellos y adoptó la lengua eslava. Actualmente, los búlgaros se consideran como un pueblo eslavo.

Hacia el año 865, el rey búlgaro, Boris I, aceptó el cristianismo de Constantinopla, sobre todo por razones políticas, y lo impuso a sus súbditos. Ello reavivó la antigua querella entre Roma y Constantinopla acerca de la jurisdicción patriarcal en la Iliria y los Balcanes. Boris atizó aún más el fuego al fundar una Iglesia nacional, independiente de Roma y de Constantinopla. El año 869, el Papa Adriano II nombró a San Metodio arzobispo de Moravia y Panonia y extendió deliberadamente su jurisdicción hasta las fronteras de Bulgaria. Según lo explicó más tarde cuidadosamente el Papa Juan VIII a Boris, ello no significaba que la religión de Roma y de Constantinopla fuesen diferentes, sino que su predecesor había hecho eso teniendo en cuenta las tendencias cismáticas de los bizantinos. San Metodio no dejó de preocuparse por los búlgaros, la mayoría de los cuales seguían siendo paganos. Por esa razón, se considera a San Metodio y a su hermano San Cirilo como los dos primeros de los siete apóstoles de Bulgaria, aunque ninguno de los dos predicó jamás el Evangelio a los búlgaros.

Después de la muerte de San Metodio, la cruel y violenta persecución que desataron Svatopluk y el arzobispo Wiching, obligó a huir de Moravia a sus discípulos. Uno de ellos era San Gorzad, a quien San Metodio había dejado por sucesor. No sabemos exactamente qué fue de él, pero, según la tradición, predicó como misionero, y sus supuestas reliquias se conservan en Berat (actualmente Albania). Boris recibió en Bulgaria a varios de los discípulos de San Metodio, con la idea de aprovecharlos para sus planes. Eran éstos San Clemente, San Naúm, San Sabas y San Angelario, los cuales evangelizaron a los búlgaros.

Clemente, que era probablemente de origen eslavo y había nacido en el sur de Macedonia, era el más distinguido del grupo; a él se atribuye sobre todo el trabajo de evangelización y educación del pueblo. En la época del khan Simeón, Clemente fue elegido obispo de Velitza, probablemente en las cercanías de Okrida, donde fundó un monasterio. Más tarde, empezó a considerársele como el fundador de la sede primacial, que tan importante sería en la historia posterior, y como el primer obispo eslavo. Hay razones para atribuir a San Clemente ciertos sermones eslavos que se conservan todavía, aunque tal vez algunos son simples traducciones del griego; en todo caso, dichos sermones estaban dirigidos a un grupo que acababa de convertirse al cristianismo. Clemente murió en Okrida el año 916; su fiesta se celebra el 27 de julio. Según algunos, San Naúm le sucedió en el gobierno de la sede. Naúm se había convertido gracias a la predicación de Cirilo y Metodio en Moravia y los había acompañado en su viaje a Roma y ayudado en la tarea de traducir los libros santos al eslavo. En Rusia y Bulgaria se le venera como taumaturgo.

El fracaso de la misión de San Cirilo y San Metodio en Bulgaria les obligó a emigrar hacia el norte; sin embargo, persistieron en su tarea, continuaron su obra y acabaron por implantar el Evangelio en Bulgaria. La Iglesia ortodoxa búlgara los venera juntos el día de hoy e individualmente en la fecha de la muerte de cada uno. También lo hacen así los católicos búlgaros del rito bizantino.

En ruso y en búlgaro hay una literatura muy abundante sobre San Clemente, llamado Slovensky. La biografía que hay en Migne, PG., vol. CXXVI, 1193-1240, es una versión griega, que data del siglo IX, de una biografía eslava escrita por uno de los discípulos de San Clemente poco después de su muerte. Véase M. Jugie, en *Echos d'Orient*, vol. XIII (1924), pp. 5 ss; F. Dvornik, *Les slaves, Byzance et Rome*... (1926), pp. 312-318; S. Runciman, *History of the First Bulgarian Empire* (1930); y el artículo de M. Kusseff, en *Slavonic Review*, 1949, pp. 193-215. Cf. DTC., vol. III, cc. 134-138; y DHG., vol. X, s.v. "Bulgarie".

LAS MARTIRES CARMELITAS DE COMPIEGNE (1794 p.c.)

La reforma teresiana del Carmelo se aceptó en Francia en 1604. En 1641 la señora de Louvancourt fundó en dicho país el quincuagésimo tercer convento de la orden, en Compiègne y aquella casa se distinguió, desde el primer momento, por su estricta observancia.

La Revolución Francesa estalló en 1789. A principios del año siguiente, las comunidades religiosas fueron suprimidas, excepto las que estaban dedicadas a la enseñanza o al cuidado de los enfermos. En agosto, se llevó a cabo la "visita" del convento de las carmelitas de Compiègne, cuyos bienes fueron confiscados y las religiosas con vestimentas civiles, fueron expulsadas del convento. Fuera del claustro, se dividieron en cuatro grupos al mando, respectivamente, de la superiora, la vicesuperiora, la maestra de novicias y una religiosa profesa. Los grupos se separaron y cada uno se hospedó en una casa diferente, cerca de la iglesia de San Antonio. En cuanto era posible en aquellas circunstancias, las religiosas observaron la regla y llevaron vida de comunidad. Los grupos estaban en contacto constante unos y otros, con la discreción necesaria

para evitar que las sorprendiesen. A pesar de todas las precauciones, en junio de 1794 las autoridades hicieron una visita de inspección a las cuatro casas y detuvieron a todas las monjas bajo la acusación de que continuaban, ilegalmente, su vida de comunidad, lo cual constituía una conspiración contra la República. Con ellas fue arrestado Moulot de la Ménardière por haberles prestado auxilio. Las religiosas fueron encarceladas en el antiguo convento de la Visitación de Compiègne. En el otro extremo del mismo edificio habían sido encarceladas, desde octubre del año anterior, las benedictinas inglesas de Cambrai. En 1795 se permitió que éstas regresaran a Inglaterra y se llevaran las ropas que las carmelitas habían usado en Compiègne. Por esa razón se conservan muchas reliquias (como las de Stanbrook, Darlington, Lanherne, Chichester, Culton, Nueva Subiaco y Nueva Gales del Sur) y además, los datos sobre ellas registrados en los archivos de la abadía de Stanbrook, que fueron de extraordinaria utilidad cuando se ofrecieron como testimonio en el proceso de beatificación de las carmelitas.

En 1790 las monjas de Compiègne habían prestado el juramento cuya legitimidad se discutía tanto en aquella época, de defender la Constitución, la libertad y la igualdad. Pero, durante el período de prisión, la superiora mandó llamar al alcalde y todas las religiosas se retractaron ante el notario del juramento que habían prestado, pues tal práctica había sido condenada por el obispo de Soissons entre otros. Tres semanas más tarde, las prisioneras fueron trasladadas, entre insultos y malos tratos, a la *Conciergerie* de París. Iban vestidas con el hábito religioso, porque habían dejado "a lavar" sus vestidos de civiles. Durante el breve tiempo que estuvieron encarceladas en la *Conciergerie*, observaron sus reglas en la medida de lo posible; recitaban el oficio divino a las horas prescritas y su conducta era una fuente de fortaleza para los otros prisioneros. Tres jueces se encargaron de juzgarlas. Fouquier-Tinville asumió la acusación pero no se designó defensor para las acusadas. Los cargos y pruebas que se adujeron contra ellas eran triviales o infundados, pero Fouquier-Tinville insistió sobre todo en el fanatismo de las religiosas. La hermana María Enriqueta se encaró con él y le preguntó qué entendía por ese término. El fiscal respondió: "Por ese término entiendo vuestras creencias infantiles y vuestro estúpido apego a las prácticas religiosas." La monja se volvió entonces hacia sus hermanas y les dijo: "Como veis, nos condenan por nuestra religión. Tendremos la felicidad de morir por Dios". Todas fueron condenadas a muerte, lo mismo que Moulot de la Ménardière, por haberse "enemistado con el pueblo al conspirar contra la Constitución". Las carmelitas fueron trasportadas en carretas a la *"Place du Trone Renversé"* (Plaza del Trono Derribado, actualmente Plaza de la Nación). El viaje duró más de una hora que las religiosas emplearon en cantar el "Miserere", la "Salve" y el "Te Deum" y en recitar las oraciones por los moribundos. Cada una de las víctimas, al subir al cadalso, cantaba el "Laudate Dominum omnes gentes", lo que impresionó profundamente a la multitud y a los guardias. Entre las dieciséis religiosas ejecutadas había diez profesas de coro, una novicia, tres hermanas legas y dos "torneras". La ejecución de la novicia, que era la más joven, fue la primera; a la superiora la guillotinaron al último. Los cuerpos de las mártires fueron arrojados en la fosa donde yacían los cadáveres de otras 1282 víctimas del "Terror". El martirio tuvo lugar el 17 de julio de 1794.

La superiora, BEATA TERESA (MAGDALENA LEDOINE) tenía cuarenta y dos años y había sido novicia en Saint-Denis, bajo el gobierno de Luisa de Francia. El proceso de beatificación demostró que merecía el honor de los altares, aunque no hubiese alcanzado el martirio. Era una mujer vivaz, encantadora, bien educada e inteligente. La vicesuperiora, BEATA SAN LUIS (MARÍA ANA BRIDEAU), era muy diferente de la anterior, taciturna y meticulosa en la observancia de la regla y del orden. La BEATA CARLOTA (ANA MARÍA THOURET) no había pensado en entrar al convento, pero al cumplir veinte años, ocurrió en su vida algo que la hizo cambiar de idea e hizo los votos de carmelita al cabo de un noviciado largo y difícil. La BEATA EUFRASIA (MARÍA CLAUDIA BRARD) era una religiosa muy vivaracha, cuyo temperamento extremoso la llevaba lo mismo a exagerar en la penitencia que a gastar bromas a los visitadores. Era muy dada a escribir cartas (su correspondencia con su primo La Ménardière fue, en parte, la causa de la detención de las religiosas) y todavía se conservan algunas cartas suyas y de sus correspondientes. La BEATA ENRIQUETA (GABRIELA DE CROISSY) era sobrina-nieta de Colbert. La BEATA JULIA LUISA era viuda de Cristián de Neufville. Su esposo había muerto al cabo de algunos años de felicidad conyugal, y Julia había caído en un estado de gran postración. Cuando ingresó en el convento, no parecía que estuviese dispuesta a perseverar. Un dicho suyo puede aplicarse a muchas almas que sufren, aunque no sea el martirio por la fe: "Somos víctimas del estado de nuestra época y debemos sacrificarnos por que nuestra época vuelva a Dios." La BEATA MARÍA ENRIQUETA (ANETTE PELRAS) fue la que se enfrentó con el abogado de la acusación e hizo constar que la ejecución se debía a motivos religiosos. Las dos "torneras" se llamaban CATALINA Y TERESA SOIRON; la Beata Teresa, que era muy hermosa, se había negado a aceptar el ofrecimiento de la princesa de Lamballe, quien le proponía que trabajase en el convento de las carmelitas de su ciudad natal. Sólo una de las víctimas tenía menos de treinta años. La más anciana tenía setenta y ocho.

Las mártires fueron beatificadas en 1906. Fueron las primeras víctimas de la Revolución que alcanzaron el honor de los altares. Durante el proceso, el tribunal se trasladó dos veces a la abadía de Stanbrook, en el distrito de Worcester, donde las benedictinas inglesas de Cambrai se habían establecido en 1838.

La obrita de V. Pierre en la colección *Les Saints* está muy bien escrita. Véase el libro de C. de Grandmaison (1906), y los artículos de H. Chérot en *Etudes* (1904 y 1905). La madre Josefina (Francisca Philippe), que había sido anteriormente superiora, abandonó la comunidad en la primavera de 1794. En 1823, fue nuevamente admitida en el Carmelo, y escribió un valioso relato, que fue publicado en 1836, después de su muerte. En inglés existe una obra muy breve de E. M. Willson; Cf. Bruno, O.D.C., *Le Sang du Carmel* (1954).

18: SAN CAMILO DE LELIS, FUNDADOR DE LOS SIERVOS DE LOS ENFERMOS (1614 P.C.)

CAMILO DE Lelis nació en 1550, en una localidad de los Abruzos llamada Bocchianico. Su madre era ya sexagenaria cuando tuvo al hijo. A los diecisiete años de edad, Camilo, que era un coloso de 1.90 mts. de estatura, se enroló con su padre en el ejército veneciano para luchar contra

los turcos. Pero pronto contrajo una dolorosa y repulsiva enfermedad en la pierna que había de hacerle sufrir toda su vida. En 1571 ingresó, como paciente y criado, en el hospital de incurables de San Giacomo, en Roma. Pero nueve meses después, fue despedido a causa de su temperamento revoltoso, y volvió al servicio activo en la guerra contra los turcos. En su vida posterior, Camilo decía que había sido un gran pecador; en realidad el peor de sus vicios era el del juego, que le ponía con frecuencia en situaciones difíciles. La ley natural y escrita y el derecho canónico prohiben arriesgar sumas enormes en los juegos de azar, pues no puede considerarse justo un contrato irrazonable en el que no se guarda la medida de la justa proporción, y es absurdo que un hombre arriesgue una fuerte suma en un juego de azar o adquiera, por el mismo medio, el dinero de que otro puede tener necesidad para vivir. El origen más común del vicio del juego es la avaricia que, llevada a ese extremo, es capaz de regocijarse por las pérdidas del prójimo y de arrastrar a muchos otros excesos. En caso de que Camilo haya caído en la cuenta de las consecuencias de su pasión dominante, no por ello cambió de vida y, en 1574, apostó en las calles de Nápoles sus ahorros, sus armas, todo lo que poseía y perdió hasta la camisa que llevaba puesta.

Obligado por la miseria y recordando un voto hecho mucho tiempo atrás de ingresar en la orden de San Francisco, entró a trabajar en la construcción de un convento capuchino en Manfredonia. La conmovedora exhortación que hizo a los obreros el guardián del convento, completó la conversión de Camilo. Mientras reflexionaba sobre las palabras del sacerdote, el futuro santo cayó de rodillas, pidió perdón de sus pecados con muchas lágrimas y se encomendó a la misericordia de Dios. La conversión tuvo lugar en 1575, cuando Camilo tenía veinticinco años y, en ese mismo instante empezó su carrera de penitencia. Camilo ingresó, poco después, en el noviciado de los capuchinos, pero la enfermedad de la pierna le impidió hacer la profesión. Entonces volvió al hospital de San Giacomo, donde se consagró al cuidado de los enfermos. Los administradores, viendo su caridad y habilidad, le nombraron, al cabo de algún tiempo, superintendente del hospital.

Es difícil imaginar actualmente las condiciones espirituales y materiales de los hospitales de la época, pues con frecuencia había que emplear como enfermeros a la peor gentuza. Ante la negligencia y falta de escrúpulos de los enfermeros, Camilo concibió el proyecto de fundar una asociación de personas deseosas de consagrarse, por caridad, al cuidado de los enfermos. Pronto encontró a algunos compañeros dispuestos a seguirle en ese camino; pero su proyecto se estrelló, al principio, contra las envidias y sospechas que provocan todas las grandes obras. Para poder ayudar más a los enfermos, desde el punto de vista espiritual, Camilo, después de consultar a su confesor, San Felipe Neri, decidió recibir las órdenes sagradas; en efecto, poco después recibió el sacerdocio de manos del vicario de Roma, Tomás Goldwell, obispo de Saint Asaph, que estaba desterrado de su diócesis inglesa. Un caballero romano llamado Fermo Calvi le asignó una renta el día de su ordenación. San Camilo decidió entonces independizarse del hospital de San Giacomo y empezar la tarea por su cuenta, contra la opinión de San Felipe Neri. Con otros dos compañeros, dio principio a la nueva congregación. Los tres amigos, que observaban una regla común, iban todos los días al gran hospital del Espíritu

Santo, donde asistían a los enfermos con tanto cariño y cuidado, que parecía que estaban curando las heridas del mismo Jesucristo. Visitaban a todos los pacientes, los servían con una caridad inmensa y, con sus exhortaciones, los preparaban para recibir los sacramentos y aceptar con resignación la muerte.

El fundador tuvo que enfrentarse con adversarios muy poderosos y grandes dificultades. Pero su confianza en Dios le sacó adelante. En 1585, alquiló una casa y el éxito le movió a extender sus actividades. Así pues, prescribió que los miembros de la congregación hicieran un voto de atender a los prisioneros, a los enfermos infecciosos y a los enfermos graves de las casas particulares. En 1595 y en 1601, envió a algunos de sus religiosos con las tropas que iban a Hungría y Croacia. Tal fue el comienzo de los enfermeros de guerra. No pretendemos disminuir la gloria de Enrique Dunant, el fundador de la asociación de la Cruz Roja Internacional, pero sería injusto olvidar a los que, antes que él se ocuparon de los heridos en el campo de batalla, como San Camilo de Lelis y Florencia Nightingale.

En 1588, San Camilo fundó una nueva casa en Nápoles, a petición de las autoridades de la ciudad. Como se había prohibido que entrasen en el puerto unos navíos en los que había algunos apestados, los Siervos de los Enfermos (como se llamaba a los compañeros de San Camilo) subieron a asistirlos a bordo. En la empresa perecieron dos de los compañeros del santo, los primeros mártires del nuevo instituto. San Camilo tuvo ocasión de mostrar también su heroica caridad, durante una epidemia de peste que causó gran mortandad en Roma y durante una época de carestía que asoló a la misma ciudad. En 1591, Gregorio XIV elevó la congregación de San Camilo a la categoría de orden religiosa. En la actualidad, los Siervos de los Enfermos, que desde el punto de vista canónico son clérigos regulares, cuentan con sacerdotes y hermanos legos y siguen consagrados al cuidado de los enfermos en hospitales e instituciones privadas. Como lo indicábamos más arriba, el fundador de la orden estuvo enfermo toda su vida: durante cuarenta y seis años padeció el mal de su pierna que, además, tuvo fracturada desde los treinta y seis años y también tenía dos llagas muy dolorosas en la planta del pie. Desde mucho antes de morir, padeció de náuseas y apenas podía comer. Sin embargo, en vez de permitir que sus hermanos le cuidasen, los enviaba a asistir a los otros enfermos. Cuando sus propias enfermedades le impedían caminar, encontraba manera de arrastrarse, noche y día, por los hospitales para ver si los enfermos necesitaban alguna cosa. Entre los males que se evitaron gracias al celo de San Camilo, se cuenta el remedio a los trágicos descuidos de enterrar a los moribundos sin cerciorarse de que estuviesen muertos. Ordenó el santo a sus religiosos que continuasen las oraciones de los agonizantes por lo menos un cuarto de hora después de la muerte aparente y que no tolerasen que se cubriese demasiado pronto el rostro de los muertos. San Camilo fundó quince casas religiosas y ocho hospitales. Dios premió su celo y caridad con los dones de profecía y milagros y le concedió innumerables gracias extraordinarias.

En 1607, San Camilo renunció a la dirección de su orden. Sin embargo, asistió al capítulo general que tuvo lugar en Roma, en 1613 y acompañó después al superior general en la visita de las casas del instituto para despedirse de sus hermanos con una última exhortación. Recibió el santo viático de manos del cardenal Ginnasi. Después de la extremaunción, dirigió unas conmovedoras palabras a los presentes y expiró el 14 de julio de 1614, a los sesenta y cuatro

años de edad. Fue canonizado en 1746. El Papa León XIII le proclamó patrono de los enfermos junto con San Juan de Dios, y Pío XI le nombró patrono de los enfermeros y de sus asociaciones.

La biografía más antigua es la que escribió el P. S. Cicatelli un año después de la muerte de San Camilo, en 1615. El P. Cicatelli había sido compañero del santo durante veintiséis años. El P. Faber tradujo esa biografía al inglés en la *Oratorian Series.* Entre las numerosas biografías modernas citaremos la de Bäumker, en alemán, y las de Blanc y Latarche, en francés. Pero la obra más documentada es la de Mario Vanti, *S. Camillo de Lellis* (1929); el autor se basa en un detallado estudio de las cartas del santo y de todas las fuentes disponibles. Ver también *San Giacomo degl'Incurabili di Roma* (1938); del mismo autor. La biografía inglesa del P. C. C. Martindale (1946) es excelente. Cf. A. C. Oldmeadow, *Camillus: the Red Cross Saint* (1923).

SANTA SINFOROSA Y SUS SIETE HIJOS, MÁRTIRES
(Fecha desconocida)

SEGÚN LA leyenda, Sinforosa era viuda del mártir San Getulio y vivía con sus siete hijos en Tíbur (Tívoli), cerca de Roma, en la época del emperador Adriano. Un oráculo predijo al emperador que la estabilidad del nuevo palacio que había construido en Tívoli dependía de que Sinforosa y sus hijos ofreciesen sacrificios a los dioses. Como la piadosa viuda se negase a ello, fue ahogada en el río Anio, tras de sufrir múltiples tormentos. Los esfuerzos del emperador se estrellaron al día siguiente contra la constancia de los hijos de Sinforosa: Crescente, Julián, Nemesio, Primitivo, Justino, Stacteo y Eugenio. Todos ellos perecieron bajo torturas diferentes. Es un hecho que, en la Vía Tiburtina, a la altura de la novena mojonera, fueron enterrados una mujer llamada Sinforosa y siete hermanos cuyos nombres corresponden a los que hemos mencionado arriba.

La semejanza entre este caso y el de Santa Felícitas y sus "siete hijos" es evidente y suscita problemas que no vamos a discutir aquí. Baste con citar un pasaje del P. Delehaye, en *"Origines du culte des martyrs"*, pp. 278-279:

"La tradición popular, sostenida sin duda por los hagiógrafos, parece haber tomado en este caso de la Vía Tiburtina, el mismo curso que la llevó a dotar a Santa Felícitas, con siete hijos mártires. De esa suerte, siete santos, cuya única relación consistía probablemente en la proximidad de sus tumbas o del aniversario de su muerte, se convirtieron en hermanos entre sí y en hijos de Santa Sinforosa. No podemos dejar de preguntarnos si Santa Sinforosa se identifica con Santa Felícitas."

El culto de estos mártires data de muy antiguo en Tívoli, donde en 1877 se exploraron los restos de una basílica a ellos dedicada. Ruinart incluye estas "actas" en *Acta Sincera*; Paul Allard y otros historiadores defienden su autenticidad, pero la opinión general, siguiendo a Delehaye, las considera como una novela histórica. Véase CMH., pp. 338, 382; *Etudes sur le léngendier romain*, pp. 121-123; y *Origines...*, loc. cit. Las actas pueden verse en Ruinart y en *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV. Acerca de la basílica de Santa Sinforosa, cf. H. Stevenson, *Studi in Italia* (1878), vols. I y II.

SAN PAMBO (*c.* 390 P.C.)

SAN PAMBO fue uno de los fundadores del grupo de monasterios del desierto

de Nitria, en Egipto. En su juventud, fue discípulo de San Antonio, compañero de los grandes padres, San Isidoro y los dos Macarios e instructor de Dióscoro, Amón, Eusebio y Eutimio, los "hermanos altos" que fueron perseguidos por apoyar el origenismo. Cuando el perseguidor de los "hermanos altos", Teófilo de Alejandría, reprochó a Pambo el no haber informado de los hechos al arzobispo, aquél respondió sarcásticamente: "Si no es capaz de sacar una lección de mi silencio, tampoco la habría sacado de mis palabras." Pambo, como el resto de los monjes de la Tebaida, se dedicaba a tejer esteras de hojas de palma, practicaba prolongados ayunos y otras severas mortificaciones y se consagraba exclusivamente a la oración durante largos períodos. Era de apariencia tan majestuosa, que nadie se fijaba en los andrajos que vestía, puesto que recogía las ropas que los otros desechaban. Se distinguía particularmente por su dominio de la lengua, que se manifestaba tanto en el silencio como en la consideración con que hablaba. Pero, como limaba sus frases antes de pronunciarlas, tenían éstas algunas veces un filo acerado que podía parecer descortés a quienes no le conocían. Pambo se había dedicado a practicar particularmente el dominio de la lengua, debido a que su maestro había empezado la primera lección con el salmo 38: "Y dije: Pondré atención a mis palabras para no pecar con la lengua." "Eso es lo que voy a hacer hoy", dijo Pambo a su maestro, y se retiró a reflexionar sobre ello. Una vez que hubo meditado todas las consecuencias de ese texto, volvió a recibir la segunda lección, ¡seis meses después!

El mundo tiende a considerar como sabios a quienes hablan poco, por ése simple hecho. Pero el silencio puede tener por causa, ya la falta de ideas, ya la abundancia de ellas y la fuerza de voluntad. En todo caso, quienes iban a consultarle no salían decepcionados: de su boca brotaban sabios consejos, y algunos de sus dichos le hicieron famoso. Rufino fue a visitarle en 374; Santa Melania la Mayor, la viuda romana que fundó un convento en Jerusalén, lo visitó más tarde. En su primera visita, Santa Melania regaló a San Pambo trescientas libras de plata que el santo aceptó para darlas a los monasterios pobres, sin pronunciar una sola palabra de gratitud. Melania le recordó discretamente: "No olvidéis las trescientas libras." Pambo replicó: "Aquél a quien habéis hecho ese regalo no necesita que le digáis el valor de vuestra plata." En otra ocasión, como un visitante le pidiese que contara un dinero que le habían enviado para los pobres, Pambo respondió: "A Dios no le importa el cuánto sino el cómo." A diferencia de tantos otros monjes y ascetas, San Pambo no tenía una mentalidad estrecha. En cierta ocasión, dos monjes discutían sobre cuál de dos hombres era mejor: uno que había gastado una fortuna para hacerse monje y otro que había gastado una fortuna en hacer el bien a los pobres. Pambo zanjó la cuestión: "Ante Dios, los dos son perfectos." En otra oportunidad, dos visitantes le describieron detalladamente las austeridades que practicaban y las limosnas que habían hecho. Le preguntaron si con eso salvarían su alma y el santo replicó: "Yo hago lo mismo que vosotros y no por eso soy un buen monje. Tratad de no ofender jamás al prójimo y así os salveréis."

La muerte sorprendió a San Pambo cuando tejía un cesto para su discípulo Paladio. "Desde que llegué al desierto, jamás he comido nada que no hubiese ganado con el trabajo de mis manos y no recuerdo haber dicho nada de que haya tenido que arrepentirme después. Y sin embargo, tengo la impresión de que Dios me llama a sí cuando aún no había comenzado a servirle

realmente." Santa Melania, que estuvo presente en su muerte, se encargó de los funerales y recogió, como una preciosa reliquia, la cesta que estaba sin terminar.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV, están reunidas las referencias que se hacen sobre Pambo en las *Vitae Patrum* de Rosweyde. Casi todos esos datos provienen de la *Historia Lausiaca* de Paladio y de la *Historia Monachorum*. Preuschen editó el texto griego de esta última. La *Historia Lausiaca* puede verse en la edición del abad Butler; existe una buena traducción inglesa de la obra de Paladio, hecha por Lewther Clarke.

SAN FILASTRO, Obispo de Brescia (*c.* 397 p.c.)

No sabemos exactamente dónde nació San Filastro. Lo cierto es que abandonó su país natal, su herencia y la casa de sus padres, como Abraham, para cortar todos los lazos que le ataban al mundo. Viajó por varias provincias haciendo la guerra a los infieles y a los herejes, particularmente a los arrianos, cuyos errores se habían propagado por toda la Iglesia. Tan grandes eran el celo y la fe de Filastro, que se regocijaba, como el Apóstol, de sufrir por la verdad y de llevar en su cuerpo las marcas de los terribles latigazos que había recibido por afirmar la divinidad de Jesucristo. En Milán se opuso vigorosamente al arriano Auxencio, quien estaba tratando de acabar con la Iglesia en aquella diócesis. Igualmente predicó y discutió con los herejes en Roma. Después se trasladó a Brescia, donde fue elegido obispo y cumplió sus deberes pastorales con un celo inmenso. Alban Butler dice que Filastro no igualaba en ciencia a San Ambrosio y San Agustín, sus contemporáneos, pero lo compensaba abundantemente con el ejemplo de su vida, con su espíritu de humildad y piedad y con su entrega infatigable a sus deberes pastorales. San Filastro demostró claramente que un hombre de cualidades normales es capaz de obrar maravillas cuando posee una gran virtud.

Para defender a sus fieles contra los errores en materia de fe, Filastro escribió el "Catálogo de Herejías". En dicha obra no toma la palabra "herejía" en su sentido teológico estricto, ya que incluye entre las herejías algunas opiniones simplemente discutibles y llega hasta a llamar "herejes" a los que dan a los días de la semana sus nombres paganos. La obra carece de valor en sí misma, pero es interesante por la luz que arroja sobre las obras de otros escritores de la época, como por ejemplo, la de San Hipólito. En su panegírico de San Filastro, San Gaudencio alabó su modestia y su trato apacible y bondadoso. La liberalidad de San Filastro no alcanzaba sólo a los pobres, sino que se extendía también a los comerciantes y negociantes para que pudiesen ensanchar sus empresas. San Agustín conoció a San Filastro en Milán, junto con San Ambrosio, hacia el año 384. San Filastro murió antes que su metropolitano, San Ambrosio, el cual nombró a San Gaudencio para sucederle en la sede de Brescia.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV. Los escasos datos que poseemos sobre San Filastro provienen en gran parte del panegírico de San Gaudencio, cuya autenticidad ha sido puesta en duda; pero Knappe y Poncelet la defendieron victoriosamente. Cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXVIII (1909), p. 224; y Bardenhewer, *Patrologie*, n. 89. Véase también P. de Labriolle y G. Bardy, *Histoire de la littérature latine chrétienne* (1947), pp. 432-434.

SAN ARNULFO, Obispo de Metz (*c.* 643 p.c.)

Arnulfo, que nació en el seno de una noble familia y se distinguió por su saber y su piedad, fue llamado a la corte de Teodoberto II de Austrasia. Los cortesanos le admiraban por su prudencia en el consejo y por su valor en el campo de batalla, pues Arnulfo unía a las virtudes del cristiano las cualidades de un hombre de Estado. Contrajo matrimonio con una noble dama llamada Doda, de lo que tuvo dos hijos: Clodulfo y Ansegiselo. Al quedar viudo se casó en segundas nupcias con una hija de Pepino de Landen, de suerte que los reyes de la dinastía carolingia descendían de San Arnulfo.

Ante el temor de perder su alma en el cuidado de las cosas de este mundo, Arnulfo determinó retirarse al monasterio de Lérins, pero no lo consiguió y, en cambio fue consagrado obispo de Metz, en el año 610. En su nuevo cargo siguió desempeñando un papel importante en los asuntos públicos, sin dejar por ello de cumplir escrupulosamente con sus deberes pastorales. Cuando murieron Teodoberto y su hermano Thierry, San Arnulfo y otros nobles colocaron en el trono de Austrasia a Clotario de Neustria quien, al cabo de diez años de reinado, dividió sus dominios, dejó el gobierno de Austrasia en manos de su hijo Dagoberto y nombró a San Arnulfo consejero principal suyo. Pero éste se abstuvo de desempeñar el oficio y se esforzó en cambio por obtener al fin, el tan deseado permiso de retirarse de la corte, por más que Dagoberto le amenazó al principio con cortarle la cabeza si lo hacía. El santo obispo renunció entonces al gobierno de su diócesis y se retiró, junto con su amigo San Romarico, a una ermita de los Vosgos, que se convirtió más tarde en el monasterio de Remiremont. Ahí murió San Arnulfo.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV, se hallarán prácticamente todos los documentos de importancia. B. Krusch reeditó una biografía latina escrita por un contemporáneo del santo, en MGH., *Scriptores Merov*, vol. II, pp. 426-446. Acerca de las genealogías, cf. Salet, en *Mélanges Léonce Couture*, pp. 77-95. Véanse también los artículos de J. Depoin en *Revue Mabillon*, vols. XI y XII.

SAN FEDERICO, Obispo de Utrecht, Mártir (838 p.c.)

Federico se educó en la piedad y las ciencias sagradas con los clérigos de la ciudad de Utrecht. Una vez ordenado sacerdote, recibió del obispo Ricfrido la misión de instruir a los convertidos. Hacia el año 825 fue a su vez, elegido obispo de Utrecht. Inmediatamente empezó a establecer la disciplina, envió a San Odulfo y otros celosos misioneros al norte del país a disipar las tinieblas del paganismo.

Según la tradición, el santo se vio envuelto en las luchas que enfrentaron a los hijos del emperador contra su padre, Luis el Piadoso, y su segunda esposa, Judit. Los príncipes acusaban a su madrastra, la emperatriz Judit, de graves inmoralidades. Cualquiera que haya sido la veracidad de tales acusaciones, el hecho es que San Federico amonestó a la emperatriz con gran caridad, lo cual no obstó para atraerle la cólera y el resentimiento de Judit. También se creó enemigos en otros terrenos. Los habitantes de Walcheren, que eran bárbaros, se habían mostrado muy hostiles al catolicismo. Por ello, San Federico se reservó para evangelizar él mismo el territorio más peligroso y difícil de su diócesis y envió a los misioneros a las regiones del norte. Entre

las inmoralidades que era necesario combatir y que requirieron los mayores esfuerzos por parte del obispo, figuraban los matrimonios ilícitos entre parientes próximos y la frecuente separación de los cónyuges (se llegó a afirmar incluso que la unión de Luis el Piadoso con Judit era incestuosa, pero seguramente que sólo se trata de una sospecha de los hagiógrafos, dadas las costumbres de aquellos tiempos).

El 18 de julio de 838, según cuenta la tradición, San Federico fue apuñalado por dos asesinos cuando daba gracias al pie del altar, por haber celebrado la misa. Expiró pocos minutos más tarde, recitando el salmo 114: "Alabaré al Señor en la tierra de los vivos". El autor de la biografía de San Federico (siglo XI), afirma que la emperatriz Judit pagó a los asesinos, incitada por su esposo, ya que ninguno de los dos había perdonado al santo obispo la libertad con que reprendió a la soberana. Guillermo de Malmesbury y otros cronistas repiten la acusación, pero los autores posteriores, como Baronio y Mabillon, se inclinan a pensar que los asesinos fueron enviados por los habitantes de Walcheren. Tal opinión es más verosímil, ya que ninguno de los contemporáneos acusó del crimen a la emperatriz y, por otra parte, el hecho cuadra mal con la actitud cristiana de Luis el Piadoso y con el respeto que profesaba a la autoridad episcopal.

San Federico compuso una oración a la Santísima Trinidad, que se rezó durante mucho tiempo en los Países Bajos. Una prueba de la fama de santidad de que gozaba, es el poema que su contemporáneo, Rabano Mauro, consagró a sus virtudes.

En *Acta Sanctorum* puede verse la biografía del santo y otros documentos, julio, vol. IV. Dicha biografía fue reeditada en MGH., vol. XV. Cf. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol, III, p. 196. Hay una noticia biográfica de San Federico en DNB, vol. XIII, s.v. Cridiodunus. La nacionalidad del santo es desconocida.

SAN BRUNO, Obispo de Segni (1123 p.c.)

BRUNO, perteneciente a la familia de los señores de Asti, en el Piamonte, nació cerca de dicha ciudad. Después de hacer sus estudios en la Universidad de Bolonia, fue nombrado canónigo de Siena de donde se le llamó a Roma para tomar parte en el sínodo de 1079. Ahí defendió Bruno brillantemente la doctrina de la Iglesia sobre el Santísimo Sacramento contra Berengario de Tours. Gregorio VII le nombró obispo de Segni el año siguiente después de que Bruno, por humildad, rehusó aceptar el cardenalato. Desde entonces, se entregó al servicio de su grey con incansable celo. Era amigo personal de San Gregorio VII a quien secundó decididamente en todos sus proyectos de reforma de la Iglesia y, por esa causa, fue prisionero durante tres meses del conde Ainulfo, partidario del emperador Enrique IV. En 1095, Bruno acompañó a Francia a Urbano II y asistió al Concilio de Clermont-Ferrand. A su vuelta a Italia, emprendió con nuevos bríos la tarea de santificación de su grey. Pero, como continuaba la persecución de Ainulfo y el santo se sintiese, por otra parte, invenciblemente atraído por la soledad y el retiro, acabó por tomar el hábito monástico en Monte Cassino. El abad del famoso monasterio consiguió que el Papa permitiese a Bruno permanecer en el retiro, pero sin renunciar al gobierno de su sede. En 1107, San Bruno fue elegido abad.

Con sus escritos, trabajó por propagar la disciplina eclesiástica y por extirpar la simonía. Consideraba este abuso y la costumbre de conferir beneficios eclesiásticos a los laicos, como una de las principales fuentes de los desórdenes que aquejaban a la Iglesia. En efecto, esas dos prácticas condenables favorecían el nepotismo e introducían la avaricia y la ambición entre aquéllos que más necesidad tenían de estar por encima de todos los afectos terrenos para propagar el espíritu evangélico. San Bruno no vaciló en reprender al Papa Pascual II, a quien el emperador electo, Enrique V, había arrancado ciertas concesiones en materia de privilegios e investiduras eclesiásticas. Entonces, el Pontífice mandó a Bruno que renunciara al cargo de abad y volviera al gobierno de su diócesis. San Bruno obedeció al punto, prosiguió desempeñando celosamente sus funciones pastorales y escribiendo comentarios de la Sagrada Escritura, hasta que Dios le llamó a Sí, en 1123. Fue sin duda el más grande comentarista de la época; pero cayó en el error teológico de defender el punto de vista de que los sacramentos, administrados por obispos o sacerdotes simoníacos, eran inválidos. Fue canonizado en 1183.

En *Acta Sanctorum* hay dos biografías de San Bruno (julio, vol. IV): la más antigua y corta fue obra del escritor Pedro el Diácono, muy poco escrupuloso en materia de historia. Pero los datos que hemos presentado en nuestro artículo son de fiar. Véase B. Gigalski, *Bruno Bischof von Segni* (1898), y los artículos que hay acerca del santo en DTC. y DHG.

19: SAN VICENTE DE PAUL, Fundador de la Congregación de las Misiones y de las Hermanas de la Caridad (1660 p.c.)

AUN EN los períodos de mayor decadencia religiosa, cuando los hombres parecen haber olvidado totalmente el Evangelio, Dios se encarga de que surjan en la cristiandad ministros fieles, capaces de reavivar la caridad en el corazón de los hombres. San Vicente de Paul fue uno de esos instrumentos de la Providencia. Sus padres poseían una pequeña granja en Pouy, aldea vecina a Dax, en la Gascuña. Ahí nació Vicente, el tercero de cuatro hermanos. Ante la inteligencia y la inclinación al estudio de que Vicente daba muestras, su padre le confió a los franciscanos recoletos de Dax para que le educasen. Vicente terminó sus estudios en la Universidad de Toulouse y, en 1600, a los veinte años de edad, recibió la ordenación sacerdotal.

Lo poco que sabemos sobre la juventud de Vicente no hacía prever la fama de santidad que alcanzaría en el futuro. Se dice que hizo un viaje a Marsella, que estuvo prisionero en Túnez y que logró escapar en forma muy novelesca. Pero estos sucesos han sido tan controvertidos y plantean tantos problemas, que lo mejor que podemos hacer es ignorarlos.

El propio San Vicente cuenta que, en aquella época, lo único que le preocupaba era hacer carrera. Logró obtener el puesto de capellán de la reina Margarita de Valois, al que estaban anexas las rentas de una pequeña abadía, según la reprobable costumbre de aquel tiempo. Vivía en París con un amigo, cuando ocurrió un suceso que iba a cambiar su vida. El amigo con quien compartía sus habitaciones, le acusó de haberle robado cuatrocientas coronas y como todos los indicios estaban en contra de Vicente, empezó a esparcir entre sus conocidos el rumor de que su compañero era un ladrón. Vicente se contentó con negar el hecho diciendo: "Dios sabe la verdad". Seis meses más

tarde, cuando Vicente había soportado la difamación con increíble paciencia, el verdadero ladrón confesó su fechoría. San Vicente relató más tarde el suceso en una conferencia espiritual a sus sacerdotes (pero habló en tercera persona), para hacerles comprender que la paciencia, el silencio y la resignación son la mejor defensa de la inocencia y el medio más apto para santificarse gracias a la calumnia y la persecución.

Vicente conoció en París a un virtuoso sacerdote, Pedro de Bérulle, quien sería más tarde cardenal. Bérulle, que le profesaba gran estimación consiguió que aceptase el cargo de tutor de los hijos de Felipe de Gondi, conde de Joigny. La condesa le eligió como confesor y director espiritual.

En 1617, cuando la familia se hallaba en la casa de veraneo en Folleville, Vicente acudió a confesar a un campesino gravemente enfermo. Como el mismo penitente relató más tarde a la condesa y a otras personas, todas sus confesiones anteriores habían sido sacrílegas y debía su salvación a la bondad de San Vicente. La condesa quedó horrorizada al oír hablar de tales sacrilegios. La señora de Gondi era una buena mujer que, en vez de encastillarse en la ilusión de orgullo, por la que tantos amos se desentienden del cuidado de sus criados, comprendía que estaba ligada a sus servidores por los lazos de la justicia y de la caridad, que la obligaban a velar por el bien espiritual de su servidumbre. Las buenas inclinaciones de la condesa ayudaron también a San Vicente a caer en la cuenta del abandono religioso en que vivían los campesinos de Francia, de suerte que la condesa le convenció fácilmente para que predicase en la iglesia de Folleville e instruyese al pueblo sobre la confesión. Tras los primeros sermones, fue tan grande la multitud de los que acudieron a hacer su confesión general, que Vicente tuvo que pedir ayuda a los jesuitas de Amiens.

En 1617, por consejo del P. Bérulle, Vicente renunció al cargo de tutor para encargarse de la parroquia de Chatillon-les-Dombes. En el desempeño de ese puesto consiguió la conversión del conde de Rougemont y otros personajes que llevaban una vida escandalosa. Pero al poco tiempo retornó a París y empezó a trabajar con los galeotes de la *Concièrgerie*. Fue nombrado oficialmente capellán de los galeotes (de los que estaba encargado el general Felipe de Gondi) y, su primer cuidado consistió en predicar una misión en Burdeos, en 1622. Por entonces, comenzó a circular la leyenda cuya veracidad no ha sido probada, de que Vicente sustituyó una vez a un galeote en una galera.

La condesa de Joigny le ofreció una renta para que fundase una misión permanente para el pueblo, en la forma en que lo creyese conveniente, pero Vicente no hizo nada por el momento, ya que su humildad le llevaba a creerse incapaz de semejante empresa. La condesa, que sólo encontraba la paz en la dirección espiritual del santo, le arrancó la promesa de que nunca dejaría de dirigirla y de que la asistiría en la hora de la muerte. Deseosa por otra parte de hacer cuanto estaba en su mano por el bien espiritual de sus súbditos, consiguió que su esposo la ayudase a formar una asociación de misioneros que consagrasen su celo a atender a sus vasallos y, en general, a los campesinos. El conde habló del proyecto a su hermano, el arzobispo de París, quien puso a su disposición el edificio del antiguo colegio "Bons Enfants" para alojar a la comunidad. Los misioneros estaban obligados a renunciar a las dignidades eclesiásticas, a trabajar en las aldeas y pueblecitos de menor importancia y a vivir de un fondo común. San Vicente tomó posesión de la casa en abril de 1625.

Como lo había prometido, el santo asistió a la condesa en su última hora, pues Dios la llamó a Sí dos meses después. En 1633, el superior de los Canónigos Regulares de San Víctor, regaló a los misioneros el convento de San Lázaro, que se convirtió en la sede principal de la congregación. Por ello, se llama a los padres de la misión, unas veces lazaristas y otras vicentinos. Se trata de una congregación de sacerdotes diocesanos que hacen cuatro votos simples de pobreza, castidad, obediencia y perseverancia. Se ocupan principalmente de las misiones entre los campesinos y de la dirección de seminarios diocesanos; actualmente tienen colegios y misiones en todo el mundo. Cuando murió San Vicente, la congregación tenía ya veinticinco casas, en Francia, el Piamonte, Polonia y aun en Madagascar.

Pero el celo de "Monsieur Vincent", como empezó a llamársele cariñosamente, no se satisfizo con esa fundación, sino que trató de remediar las necesidades corporales y espirituales del pueblo por todos los medios posibles. Con ese fin, estableció las cofradías de la caridad (la primera de ellas en Chatillon), cuyos miembros se dedicaban a asistir a los enfermos de las parroquias. Tal fue el origen de las Hermanas de la Caridad, que San Vicente fundó con Santa Luisa de Marillac. De las Hermanas de la Caridad se ha dicho que "tienen por convento el cuarto de los enfermos, por capilla la iglesia parroquial y por claustro las calles de la ciudad." El santo organizó también la asociación de las Damas de la Caridad entre las señoras ricas de París para conseguir fondos y ayuda para las obras de beneficencia. No contento con ello, fundó varios hospitales y asilos para huérfanos y ancianos y empezó a construir, en Marsella, el hospital para galeotes que no llegó a terminar. Para financiar todos esos establecimientos encontró generosos bienhechores y dejó fijadas reglas muy sabias para su administración. Igualmente redactó un plan de retiro espiritual para los candidatos al sacerdocio, un método de examen de conciencia para la confesión general y otro para deliberar sobre la vocación, e instituyó una serie de conferencias sobre las obligaciones clericales para remediar los abusos e ignorancia que descubría a su alrededor. Parece casi increíble que un hombre de humilde origen, sin fortuna y sin las cualidades que el mundo más aprecia, haya podido realizar solo una tarea tan extraordinaria.

Al saber San Vicente la miseria que reinaba en Lorena durante la guerra en esa región, consiguió en París una suma fabulosa de dinero para socorrer a los habitantes. Además, envió a sus misioneros a predicar entre los pobres y enfermos de Polonia, Irlanda, Escocia y aun de las Hébridas. Su congregación rescató en el norte de Africa a 1200 esclavos cristianos y socorrió a muchísimos otros. El rey Luis XIII mandó llamar al santo para que le asistiese en su lecho de muerte, y la regente, Ana de Austria, le consultaba acerca de los asuntos eclesiásticos y la concesión de beneficios. Sin embargo, San Vicente no consiguió persuadir a la reina, en el asunto de la Fronda, a que hiciese renunciar a su ministro Mazarino por el bien del pueblo. Gracias a la ayuda del santo, las benedictinas inglesas de Gante pudieron fundar un convento en Boulogne en 1652.

Pero esta colosal actividad no distraía un instante a Vicente de su unión con Dios. En los fracasos, decepciones y ataques, conservaba una serenidad extraordinaria y su único deseo era que Dios fuese glorificado en todas las

cosas. Por increíble que pueda parecer, San Vicente "era un hombre de carácter belicoso y colérico", según lo confiesa él mismo; podría creerse que se trata de una exageración debida a la humildad, pero otros testigos confirman esas palabras. "Sin la gracia," dice el mismo Vicente, "me habría dejado llevar de mi temperamento duro, áspero e intratable". Pero la gracia de Dios no le faltó y supo aprovecharla hasta convertirse en un hombre dulce, afectuoso y extraordinariamente fiel a los impulsos de la caridad y el amor de Dios. El santo quería que la humildad fuese la base de su congregación y no se cansaba de repetirlo. En cierta ocasión, se negó a admitir en su congregación a dos hombres de gran saber, diciendo: "Vuestras habilidades están por encima de nuestro nivel y pueden encontrar mejor empleo en otra parte. Nuestra gran ambición es instruir a los ignorantes, mover a penitencia a los pecadores y sembrar en el corazón de los cristianos el evangelio de la caridad, la humildad, la mansedumbre y la sencillez". Según las reglas de San Vicente, los misioneros no debían hablar nunca acerca de sí mismos, porque tales conversaciones proceden generalmente de soberbia y fomentan el amor propio. Era muy grande la preocupación de San Vicente por la rapidez con que se divulgaba el jansenismo en Francia. "Durante tres meses", confesó el santo, "el único objeto de mis plegarias ha sido la doctrina de la gracia y, cada día, Dios ha confirmado mi convicción de que Nuestro Señor Jesucristo murió por todos nosotros y que desea salvar al mundo entero". El mismo se opuso activamente a los predicadores de la falsa doctrina y no toleró que permaneciera en su congregación ningún sacerdote que profesara sus errores.

Hacia el fin de su vida, la salud del santo estaba totalmente quebrantada. Murió apaciblemente, sentado en su silla, el 27 de septiembre de 1660, a los ochenta años de edad. Clemente XI le canonizó en 1737, y León XIII proclamó a ese humilde campesino patrono de todas las asociaciones de caridad. Entre éstas se destaca la Sociedad de San Vicente de Paul, que Federico Ozanam fundó en París en 1883, siguiendo el espíritu del santo.

Las fuentes sobre la vida de San Vicente de Paul son muy numerosas. Han sido editadas con gran cuidado por el P. Pierre Coste, *Saint Vincent de Paul, correspondance, entrétiens, documents* (1920-1925), en catorce volúmenes. La biografía escrita por el mismo autor, *Le grand saint du siècle* (3 vols.), completa dicha obra. La primera biografía de San Vicente fue la que publicó Mons. Abelly cuatro años después de su muerte. Las biografías modernas son innumerables; citemos, entre otras, las de Bougaud, de Broglie, y Lavedan. Esta última, a pesar de su maravilloso estilo, no iguala en veracidad histórica *La vraie vie de S. Vincent de Paul* de Redier (1927), ni el *S. Vincent de Paul* de P. Renaudin (1929). La selección de cartas publicada por el P. J. Leonard con el título de *St. Vincent de Paul and Mental Prayer* (1925) revela el espíritu religioso del santo. Ver también P. Boyle, *St. Vincent of Paul and the Vincentians in England*; E. K. Sanders, *Vincent de Paul* (1913); T. Maynard, *Apostle of Charity* (1940); los dos estudios de A. Ménabré (1947-1948); E. Canitrot, *Le plus familier des saints* (1947); y J. Calvet, *St. Vincent de Paul* (1948), traducido al inglés por L. C. Sheppard (1952).

SANTAS JUSTA Y RUFINA, Vírgenes y Mártires (¿287? p.c.)

Justa y Rufina vivían en Sevilla, España, del producto de la venta de vasijas de cobre. Como eran cristianas, se negaron a vender vasijas para el uso de las ceremonias paganas. Los idólatras se vengaron destruyendo la mercancía de las dos jóvenes, quienes a su vez, destruyeron la imagen de una diosa. Inmediatamente fueron conducidas ante el gobernador, el cual, como no consiguiese hacerlas abju-

rar de la fe, mandó a los guardias que las torturasen en el potro y les desgarrasen los costados con garfios. Los guardias colocaron un ídolo junto al potro para tentar a las jóvenes a renegar, pero ambas permanecieron fieles a la fe. Justa murió en el potro. Entonces, el juez mandó ahorcar a Rufina y arrojar los dos cadáveres a la hoguera. Las santas son muy veneradas en España y la historicidad de su martirio está fuera de duda. Hagamos notar, sin embargo, que las "actas" son muy poco fidedignas y que, en el transcurso de los siglos, se ha operado un cambio de sexo, pues Justa era originalmente Justo.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV; Florez, *España Sagrada*, vol. IX, pp. 338-343; Gams, *Kirchengeschichte v. Spanien*, vol. I, pp. 284-288.

SANTA MACRINA LA JOVEN, Virgen (379 p.c.)

Macrina era la mayor de los diez hijos de San Basilio el Mayor* y Santa Emelia. Nació en Cesarea de Capadocia, hacia el año 330 y su madre la educó con particular esmero, la enseñó a leer y vigilaba cuidadosamente sus lecturas. El libro de La Sabiduría y los Salmos de David eran las obras predilectas de Macrina, quien no descuidaba por ello los deberes domésticos y los trabajos de hilado y costura. A los doce años fue prometida en matrimonio, pero su prometido murió súbitamente y Macrina se negó a aceptar a ninguno de los otros pretendientes para dedicarse a ayudar a su madre en la educación de sus hermanos y hermanas menores. San Basilio el Grande, San Pedro de Sebástea, San Gregorio de Nissa y los otros hermanos de Macrina, aprendieron de ella el desprecio del mundo, el temor a la riqueza y el amor a la oración y la palabra de Dios. Según se dice, San Basilio volvió muy envanecido de sus estudios, y su hermana le enseñó a ser humilde. Por otra parte, Macrina fue "el padre y la madre, el guía, el maestro y el consejero" de su hermano menor, San Pedro de Sebástea, pues San Basilio el Mayor, murió poco después del nacimiento de su último hijo. A la muerte de su padre, San Basilio estableció a su madre y a su hermana Macrina en una casa a orillas del río Iris; las dos santas mujeres se entregaron ahí a la práctica de la ascética con otras compañeras.

A la muerte de Santa Emelia, Macrina repartió entre los pobres su herencia y vivió del trabajo de sus manos. Su hermano Basilio murió a principios del año 379, y Macrina cayó gravemente enferma nueve meses después. Cuando San Gregorio de Nissa llegó a visitarla después de nueve años de ausencia, la encontró en un lecho de tablas. El santo quedó muy consolado al ver el gozo con que su hermana soportaba la tribulación y muy impresionado del fervor con que se preparaba para la muerte. Santa Macrina exhaló el último suspiro en un transporte de gozo al atardecer. Era tan pobre, que para amortajar el cadáver no se encontró más que un vestido viejo y una tela muy burda; pero San Gregorio regaló con ese fin una túnica de lino. El obispo del lugar, llamado Araxio, dos sacerdotes y el propio San Gregorio, transportaron el féretro y, durante la procesión funeraria, se cantaron los salmos; pero la afluencia de la multitud y las lamentaciones del pueblo, especialmente de algunas mujeres, perturbaron mucho la ceremonia.

En un diálogo sobre el alma y la resurrección y en un panegírico dedicado

*San Basilio el Mayor fue el padre de San Basilio el Grande (14 de junio), hermano ta. Macrina la joven (N. de E.).

al monje Olimpio, San Gregorio dejó trazada la biografía de su hermana Macrina, con muchos detalles sobre su virtud, su vida y su entierro. En el panegírico mencionado, el santo habla de dos milagros: el primero de ellos fue que Santa Macrina recobró la salud cuando su madre trazó sobre ella la señal de la cruz; en el segundo caso, la santa curó de una enfermedad de los ojos a la hijita de un militar. San Gregorio añade: "Creo que no es necesario que repita aquí todas las maravillas que cuentan los que vivieron con ella y la conocieron íntimamente... Por increíbles que parezcan esos milagros, puedo asegurar que los consideran como tales quienes han tenido ocasión de estudiarlos a fondo. Sólo los hombres carnales se rehusan a creerlos y los consideran imposibles. Así pues, para evitar que los incrédulos sean castigados por negarse a aceptar la realidad de esos dones de Dios, he preferido abstenerme de repetir aquí esas maravillas sublimes..." Este comentario confirma, una vez más, el dicho de que sólo un santo puede escribir la vida de otro santo.

Apenas si sabemos algo sobre Santa Macrina, fuera de lo que cuenta su hermano, San Gregorio de Nissa. El texto griego se halla en las obras del santo. En *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV, hay una traducción latina. También existe una traducción inglesa hecha por W. K. Lowther Clarke (1916). En el rito bizantino se celebra la fiesta de Santa Macrina.

SAN ARSENIO EL GRANDE (*c.* 450 P.C.)

CUANDO EL emperador Teodosio el Grande buscaba a un hombre a quien confiar la educación de sus hijos, el Papa San Dámaso le recomendó a Arsenio, un senador tan versado en las ciencias sagradas como en las profanas. Arsenio se trasladó a Constantinopla para ejercer el cargo de tutor de los hijos del emperador. Se cuenta que en cierta ocasión Teodosio el Grande fue a ver a Arcadio y Honorio y los encontró sentados, mientras Arsenio les explicaba las lecciones de pie; al punto ordenó a sus hijos que en adelante escuchasen de pie las lecciones y pidió a Arsenio que tomase asiento. Pero Arcadio y Honorio no hicieron nunca honor a su tutor, quien, por otra parte, se sentía llamado a retirarse del mundo. Finalmente, después de haber pasado diez años en la corte, Arsenio oyó claramente la voz de Dios, que le decía: "Huye de la compañía de los hombres para salvarte." Arsenio partió, pues, de Constantinopla y se trasladó por mar a Alejandría. Después de la muerte de Teodosio, los monjes con quienes Arsenio vivía se burlaban de él llamándole "Padre de los Emperadores"; Arsenio, que sufría por no haber conseguido hacer hombres decentes de sus dos pupilos, huyó al desierto para olvidar su fracaso.*

Los superiores de los monjes de Esqueta, ante quienes se presentó, le confiaron al cuidado de San Juan el Enano. Cuando los monjes se sentaron a comer, Juan el Enano se sentó con ellos, dejando a Arsenio de pie y sin saber qué hacer. Tal recepción era un rudo golpe para la vanidad de un antiguo miembro de la corte. Pero lo que siguió fue todavía peor: San Juan el Enano, tomando una rebanada de pan, se la arrojó a los pies y le dijo con aire de indiferencia que comiese si tenía hambre. Arsenio se sentó alegremente

* Refiriéndose a Arcadio, el historiador Gibbon escribía: "Un osado escritor satírico, que se ha dedicado a atacar parcial y apasionadamente a los emperadores cristianos, comparaba al hijo de Teodosio con una de esas bestias que, en su inocente simplicidad, ni siquiera se dan cuenta de que son propiedad del pastor. La comparación no peca contra la verdad, pero su bajeza es un atentado contra la dignidad de la historia".

en el suelo a comer. San Juan quedó tan satisfecho al ver ese gesto, que consideró que no hacía falta probar más a Arsenio antes de recibirle y dijo a los monjes: "Este hombre será un buen fraile". Por falta de atención, Arsenio conservaba al principio ciertas costumbres cortesanas, como la de sentarse con la pierna cruzada, y sus compañeros veían en ello cierta ligereza o falta de recogimiento. Pero los monjes más antiguos, que tenían gran respeto por Arsenio, no querían humillarle en público haciéndoselo notar; así pues, se pusieron de acuerdo en que uno de ellos cruzaría la pierna en una reunión y soportaría sin replicar la reprensión de otro. Arsenio comprendió al punto la lección y no volvió a cruzar la pierna. El nuevo monje pasaba el tiempo tejiendo esteras con hojas de palma. En vez de cambiar el agua en la que humedecía las hojas, se contentaba simplemente con añadir más según se iba consumiendo. Algunos monjes preguntaron a Arsenio por qué no tiraba el agua sucia, y el santo respondió: "con el mal olor del agua sucia hago penitencia por haber empleado, en otro tiempo, perfumes lujosos." Arsenio vivía en la mayor pobreza; durante una enfermedad, hubo de mendigar la pequeña suma que necesitaba para procurarse medicinas. Como la enfermedad se prolongase, el sacerdote del desierto de Esqueta trasladó a Arsenio a su propia celda y le recostó en un lecho de pieles de bestias salvajes, con una almohada en la cabecera. Algunos ermitaños condenaron el hecho como un lujo. En cierta ocasión, un empleado del emperador llevó a Arsenio el testamento de un senador que le había dejado por heredero de su fortuna. El santo tomó el documento y lo hizo pedazos, a pesar de que el enviado imperial le previno de que ello podría acarrearle dificultades. Arsenio se contentó con responder: "Yo morí antes que el senador y, por consiguiente, no puedo ser su heredero." El santo debía practicar, sin duda, ayunos muy severos, pues, aunque se le daba una ración muy reducida de grano para todo el año, él se las arreglaba para regalar a otros una parte de ella.

Con frecuencia pasaba toda la noche en oración. Los sábados tenía por costumbre asistir a los rezos del crepúsculo y permanecer con los brazos en cruz hasta la salida del sol. Dos de los discípulos de Arsenio vivían cerca de él; se llamaban Alejandro y Zoilo. Algo más tarde, se añadió a esos dos discípulos un tercero llamado Daniel. Los tres se distinguieron por su santidad y sus nombres aparecen con frecuencia en las historias de los padres del desierto de Egipto. San Arsenio admitía rara vez a los visitantes. En cierta ocasión, fue a visitarle Teófilo, el obispo de Alejandría, con algunos compañeros y le rogó que le diese algunos consejos para bien de sus almas. El santo les preguntó si estaban dispuestos a seguir sus consejos. Cuando los visitantes le respondieron afirmativamente, Arsenio les dijo: "Bien, entonces os mando que, cuando alguien os pregunte dónde vive Arsenio, no se lo digáis o bien, decidles que se eviten la molestia de ir a visitarle y que le dejen en paz". El santo no visitaba nunca a sus hermanos, a los que veía de cuando en cuando en las conferencias espirituales. El abad Marcos le preguntó un día por qué rehuía de esa manera la compañía de sus hermanos. Arsenio replicó: "Dios es testigo de que os amo de todo corazón. Pero, como no puedo estar con Dios y con los hombres al mismo tiempo, prefiero dedicarme a conversar con Dios." Sin embargo, no dejaba por ello de dirigir espiritualmente a sus hermanos, y todavía se conservan algunos de sus dichos. Con frecuencia repetía: "Muchas veces he tenido que arrepentirme de haber hablado, pero

nunca me he arrepentido de haber guardado silencio." Solía también traer a colación lo que San Eutimio y San Bernardo se repetían para renovar su fervor: "Arsenio, ¿por qué abandonaste el mundo y para qué has venido a la religión?" En cierta ocasión, los monjes le preguntaron por qué pedía consejo a un iletrado, puesto que él era tan versado en las ciencias. Arsenio replicó: "Es cierto que conozco un poco de las culturas griega y romana; pero todavía me queda por aprender el "ABC" de la ciencia de los santos, y este monje ignorante lo conoce a la perfección." Evagrio del Ponto, que se había retirado al desierto de Nitria el año 385, después de haberse distinguido en Constantinopla por su saber, preguntó al santo por qué tantos hombres muy versados en las ciencias hacían tan pocos progresos en la virtud, en tanto que algunos egipcios analfabetas alcanzaban un alto grado de contemplación. Arsenio respondió: "Si nosotros no progresamos, es porque nos gloriamos de la vana ciencia que poseemos; en cambio, esos analfabetas egipcios, que conocen perfectamente su debilidad, ceguera e insuficiencia, avanzan en la virtud por el verdadero camino de la humildad." Los autores antiguos hablan muy frecuentemente del gran don de lágrimas de San Arsenio, que lloraba sus propios pecados y los del prójimo, particularmente la debilidad de Arcadio y la falta de juicio de Honorio.

San Arsenio era bien parecido y muy alto, aunque con los años se encorvó un poco. Era de figura elegante y su rostro reflejaba a la vez la majestad y la mansedumbre. Su cabello era muy blanco y la barba le llegaba hasta la cintura; pero las lágrimas que derramaba continuamente le habían carcomido los párpados. Tenía cuarenta años cuando abandonó la corte y vivió hasta los noventa y cinco años en la mayor austeridad. Estuvo cuarenta años en el desierto de Esqueta, hasta que la irrupción de los bárbaros le obligó a salir de ahí, hacia el año 434. Entonces se retiró a la roca de Troe, que dominaba la ciudad de Menfis y, diez años más tarde, a la isla de Canopo en las costas de Alejandría; pero, no pudiendo soportar la proximidad de dicha ciudad, se retiró a morir a Troe. Sus hermanos, viéndole llorar en sus últimas horas, le preguntaron: "Padre, ¿por qué lloras? ¿Tienes miedo de morir, como tantos otros?" Arsenio respondió: "Sí, tengo miedo y no he dejado de temer ni un solo instante desde que fui al desierto." Sin embargo, Dios le concedió una muerte muy apacible, y el santo pasó al Señor lleno de fe y de la humilde confianza que inspira la caridad perfecta, el año 449 o 450. En el canon de la misa del rito armenio se menciona su nombre.

En *Acta Sanctorum* se halla la biografía griega escrita por Teodoro el Estudita, con una traducción latina. En 1920, T. Nissen editó un texto de dicha biografía, que los bolandistas no conocían, en *Byzant. Neugriech. Jahrbuch*, pp. 241-262. Ver también el comentario de *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV, y DCB., vol. I, pp. 172-174.

SAN SIMACO, PAPA (514 P.C.)

EL *Liber Pontificalis* afirma que San Símaco era hijo de un tal Fortunato y que nació en Cerdeña. Recibió el bautismo en Roma, donde llegó a ser archidiácono del Papa Anastasio II, a quien sucedió en el pontificado el año 498. Pero el día mismo de la elección de San Símaco, una minoría del clero, que simpatizaba con Bizancio, se reunió en Santa María la Mayor y eligió Papa a Lorenzo, arcipreste de Santa Práxedes. En la empresa les ayudó, con dinero, un senador llamado Festo, a quien Anastasio, el emperador de Constantinopla que debía proteger más tarde a los monofisitas, había pagado para que procurase que el nuevo Papa confirmase el documento imperial conocido con el nombre de "Nenótikon de Zenón", condenado por su predecesor. Tanto San Símaco como Lorenzo apelaron al arriano Teodorico, rey de Ravena, quien zanjó la cuestión en favor de San Símaco, porque éste había sido elegido antes que Lorenzo y por un número mayor de miembros del clero. Teodorico aprovechó la ocasión para afirmar que Símaco "amaba al clero y al pueblo y era bueno, prudente, amable y gracioso". Sin embargo, la sentencia de Teodorico no puso fin a las dificultades que habían de perturbar la primera mitad del pontificado de San Símaco.

El nombre del santo no figura en los martirologios más antiguos, y apenas sabemos algo sobre su vida. Cuando Trasimundo, el rey arriano, desterró a Cerdeña a muchos obispos del Africa, San Símaco les envió dinero y vestidos para ellos y sus fieles. Todavía se conserva la carta que les escribió para consolarlos y que les envió junto con algunas reliquias de mártires. San Símaco fundó tres posadas para los pobres, socorrió a las víctimas de las incursiones de los bárbaros en el norte de Italia y rescató a numerosos cautivos. También decoró o restauró varias iglesias de Roma y construyó las basílicas de San Andrés, de San Pancracio extra muros y de Santa Inés, en la Vía Aurelia. Según la costumbre de la época, todos estos hechos se conmemoraron en inscripciones. En una de ellas, refiriéndose al fin de las dificultades con el antipapa Lorenzo, San Símaco dice: "Los lobos han cesado de mordernos" El santo Pontífice murió el 19 de julio de 514 y fue sepultado en San Pedro.

La figura de San Símaco pertenece a la historia general de la Iglesia, de suerte que su biografía detallada puede verse en obras como la de Hefele-Leclerq, *Conciles*, vol. II, pp. 957-973, 1349-1372; Grisar, *Geschichte Roms und der Päpstum*, etc. Cf. Duchesne, *L'Eglise au VIe. siècle* (1925), pp. 113-130. Véase también el *Liber Pontificalis* (Duchesne), vol. I, pp. CXXXIII ss., 44-46 y 260-263. Las cartas de San Símaco se hallan en Thiel, *Epp. Rom. Pont.*

SAN AMBROSIO AUTPERTO (¿778? P.C.)

SAN AMBROSIO era un miembro distinguido de la corte de Pepino el Breve. Enviado por su soberano a una misión a Italia, tuvo ocasión de visitar el monasterio benedictino de San Vicente, en el ducado de Benevento. El espíritu y la observancia de los monjes le produjeron tal impresión, que ingresó al punto en la abadía. Después de su profesión y ordenación, predicó con gran éxito en la región; algunos de sus sermones se conservan todavía. Ambrosio vivió santamente, ignorado del mundo, consagrado sobre todo a escribir. Sus obras eran tan estimadas en la Edad Media, que su tratado sobre el conflicto de las virtudes y los vicios fue atribuido a San Ambrosio de Milán, a San Agustín, a San León IX y a San Isidoro de Sevilla, sucesivamente. Entre los escritos de Ambrosio se cuentan las vidas de los santos y un comentario del Apocalipsis. Dom Morin escribe a propósito de las obras del santo: "Por su ciencia y estilo, San Ambrosio constituye un fenómeno raro, casi un enigma, ya que no podemos dejar de preguntarnos dónde y cómo pudo acumular tantos datos, si tomamos en cuenta la época y el sitio en los que vivió." Tampoco entre sus contemporáneos le faltaron admiradores: Carlomagno solía consultarle

(pues Ambrosio había sido en una época su tutor) y el Papa Esteban IV le trataba como a un amigo. Ambrosio gozaba de simpatías también en su monasterio. Hacia el año 776, los monjes francos le eligieron abad; pero una coalición de monjes lombardos apoyaba a otro candidato llamado Poto. Enterado del asunto, el Papa Adriano I convocó a los dos rivales a Roma, pero San Ambrosio Autperto murió en el viaje. Fue sepultado en la basílica de San Pedro. Sus reliquias fueron trasladadas alrededor del año 1044, a la abadía que gobernó por tan corto espacio de tiempo.

Existe una breve biografía latina; puede verse en las obras de Muratori y Mabillon y en *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV. Ver sobre todo G. Morin, *Revue Bénédictine*, vol. XXVII (1910), pp. 204-212; y Morin, *Etudes, Textes Découvertes* (1913), pp. 23, 488, 494, 498, 506. Cf. J. Winandy, *Ambroise Autpert, moine et théologien* (1953).

BEATA ESTELA, Virgen (*c.* 1140 p.c.)

Estela nació en Abenberg cerca de Nuremberg hacia fines del siglo XI. Pertenecía a la familia de los condes de Abenberg, que dio a la Iglesia tantos sacerdotes, obispos y hombres de Dios.

En 1136, la joven construyó con su propia fortuna una iglesia en una de las colinas próximas a su castillo y la dedicó a San Pedro en 1136. Visitaba diariamente el santuario y ahí hizo voto de virginidad, en presencia de San Otón, obispo de Bamberga. Vivía prácticamente como una religiosa en la casa de su padre, entregada a socorrer a los pobres y enfermos. Tenía la intención de construir un monasterio para retirarse a él en su ancianidad; pero la muerte le sorprendió antes de que pudiese realizar su empresa.

Sus hermanos decidieron darle sepultura en Heilsbronn, pero resultó imposible conseguir que los caballos tomasen el camino de dicha ciudad, de suerte que los hermanos de la beata se resignaron finalmente a sepultarla en la iglesia de San Pedro. La tumba de Estela se convirtió en un sitio de peregrinación. En 1897, el obispo de Eichstätt demostró que el culto de la beata databa cuando menos de 1534. Dicho culto fue oficialmente confirmado en 1927.

En Acta Sanctorum, julio, vol. IV hay una breve biografía en la que se narran algunos de los milagros de la beata. El decreto de confirmación del culto, que contiene un breve resumen biográfico, se halla en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XIX (1927), pp. 140-142.

20: SAN JERONIMO EMILIANO, Fundador de los Clérigos Regulares de Somasca (1537 p.c.)

Jeronimo nació en Venecia el año 481. Era hijo de Angel Emiliani y Leonor Mauroceni. En el turbulento período de principios del siglo XVI Jerónimo combatió en el ejército de la República de Venecia. Cuando se formó la Liga de Cambrai contra los venecianos, el joven fue nombrado comandante de la fortaleza de Castelnuovo, en las montañas de Treviso. Después de la caída de dicha ciudad, Jerónimo fue hecho prisionero y encarcelado en un calabozo. Hasta entonces había llevado una vida disipada e indiferente; pero en la prisión se volvió a Dios y santificó sus sufrimientos con la oración. Finalmente, consiguió evadirse en circunstancias casi milagrosas y se refugió en una iglesia de Treviso, donde más tarde colgó sus cadenas como exvoto, ante el altar de la Virgen María, a quien se había consagrado. Durante algún tiempo, ejerció el cargo de alcalde de la ciudad; después, retornó a Venecia para encargarse de la educación de sus sobrinos y proseguir sus estudios eclesiásticos. En 1518 recibió la ordenación sacerdotal.

El hambre y las epidemias habían causado grandes estragos en Venecia. San Jerónimo se consagró al socorro de los necesitados, particularmente de los huérfanos. Pronto alquiló una casa para darles albergue y se encargaba de vestirlos y alimentarlos, además de instruirlos en la doctrina cristiana y en la virtud. El santo contrajo la peste cuando asistía a los enfermos, pero logró restablecerse. En 1531, resolvió consagrar su vida y sus bienes para beneficio del prójimo y fundó orfanatorios en Brescia, Bérgamo y Como; también estableció en Verona una casa para mujeres arrepentidas y un hospital. En 1532, con otros dos sacerdotes, inició una congregación religiosa cuyo noviciado estaba en Somasca, entre Bérgamo y Milán. Por ello, los miembros de la congregación tomaron el nombre de Clérigos Regulares de Somasca. Los fines principales de dicha congregación eran y son en la actualidad, el cuidado de los huérfanos, la instrucción de la juventud y la dirección de seminarios menores. Según se dice, San Jerónimo Emiliano introdujo la práctica de enseñar el catecismo a base de preguntas y respuestas. Los campesinos de los alrededores de Somasca, por quienes trabajó incansablemente, afirmaban que poseía el don de curar a los enfermos. El santo solía compartir con los labriegos las labores del campo y aprovechaba la ocasión para hablarles de Dios. En 1537, al cuidar de los enfermos, contrajo el mal que le llevó al sepulcro en febrero del mismo año. Fue canonizado en 1767. Pío XI proclamó a San Jerónimo Emiliano patrono de los huérfanos y niños abandonados, en 1928.

La congregación fundada por el santo, después de muchas vicisitudes, obtuvo el apoyo de San Carlos Borromeo y fue aprobada por Pablo III en 1540. En la actualidad, dicha congregación es muy poco numerosa; sus miembros dirigen varias escuelas y orfanatorios en Italia.

Ver *Acta Sanctorum*, febrero, vol. II, donde se halla el texto íntegro de la biografía de San Jerónimo escrita por A. Tortora. Existen, además, las biografías de Scipio Albani (1600), Andrés Stella (1605) y W. Hubert (en alemán, 1895). La obra más reciente es el volumen publicado con ocasión del cuarto centenario de la fundación de los Clérigos Regulares de Somasca, *L'Ordine dei Chierici Regolari Somaschi*, 1528-1928 (1928). La biografía oficial es la de G. Landini, *S. Girolamo Miani* (1947).

SANTA LIBERATA o LIBRADA (Sin fecha)

Este personaje legendario recibe diversos nombres en los diferentes países. Su biografía es un caso curioso en la hagiología. La única razón por la que vale la pena incluirla en una colección de vidas de santos, es porque constituye la más falsa y absurda de las novelas pseudopiadosas que hayan alimentado jamás la piedad cristiana.

Librada era una de los siete (o nueve) hijos de un rey pagano de Portugal. Todos se convirtieron al cristianismo y alcanzaron la gloria del martirio. El padre de Librada quería casarla con el rey de Sicilia, pero la joven había hecho voto de virginidad perpetua. Así pues, pidió ayuda al cielo e inmediatamente

comenzaron a crecerle barba y bigote, con lo cual el rey de Sicilia retiró su petición. El padre de Librada, enfurecido, la mandó crucificar.

En su obra "Características de los santos en el arte popular", el P. Carlos Cahier, S.J., escribió en 1867:

> "Por mi parte, me inclino a pensar que la corona, la barba, la túnica y la cruz, que son las características de esta inverosímil doncella (en la pintura), constituyen simplemente una desviación de la devoción al famoso crucifijo de Lucca. Como se sabe, la devoción a ese crucifijo estaba muy extendida en la Edad Media, tanto que el rey de Inglaterra, Guillermo el Rojo, acostumbraba jurar "por la Santa Faz de Lucca". El Cristo de dicho crucifijo estaba vestido y llevaba una corona, según la costumbre de la época. Con los años, el pueblo empezó a creer, a causa de la túnica, que se trataba de una mujer crucificada; pero, como tenía barba, se le llamó "la Virgen Fuerte". De paso haremos notar que se recubrió de plata el crucifijo de Lucca para evitar que la madera siguiera gastándose al contacto de los labios de los fieles. También este hecho lo deformó la leyenda, ya que más tarde se dijo que la santa había regalado una de sus zapatillas de plata a un pobre bardo que había ido a cantar ante la imagen."

Esta es la explicación más aceptada del origen de la leyenda; pero, además del de Lucca, había otros muchos crucifijos en los que Cristo aparecía con una túnica. El nombre de Librada tiene un origen diferente.

Santa Librada pertenece más bien al dominio del folklore que al de la hagiología y podríamos citar aquí una larga bibliografía del tipo folklórico. En *Acta Sanctorum*, julio, vol. v, hay un artículo sobre Librada; Detzel y Künstle le consagran también una larga sección de su obra, *Ikonographie der Heiligen*. Véase Delehaye, *Légendes Hagiographiques* (1927), pp. 103-104. La mejor obra actual sobre el tema es la de G. Schnürer y J. M. Ritz, *Sankt Kümmernis und Volto Santo* (1934). Cf. J. Gessler, *La vierge barbue* (1938).

SANTA MARGARITA o MARINA, VIRGEN Y MÁRTIR (Sin fecha)

EL 20 DE julio, el Martirologio Romano conmemora "el martirio de Santa Margarita, virgen y mártir, en Antioquía". La santa fue en la antigüedad una de las mártires más populares de la Iglesia. El culto "de la gran virgen Marina" comenzó en el oriente. Pero Rabano Mauro la llama Margarita en su martirologio (siglo IX), lo mismo que el Salterio de Bosworth. La fama de Margarita se extendió a partir de entonces por Inglaterra, Francia y Alemania y no decayó en toda la Edad Media. El pueblo cristiano la consideraba como uno de los "catorce santos intercesores" y su voz fue una de las que oyó Santa Juana de Arco. Sus pretendidas reliquias fueron robadas de Antioquía el año 908 y transportadas a San Pietro de la Valle, junto al Lago de Bolsena. En 1145, fueron trasladadas a Montefiascone y, en 1213, Venecia recibió una parte de ellas; así lo hace notar el Martirologio Romano el 17 de julio, que es el día en que los orientales celebran la fiesta de la santa. En muchos sitios de Europa se muestran actualmente sus reliquias. Las "actas" son una falsificación llevada a cabo por un autor que se da a sí mismo el nombre de Teótimo y trata de hacerse

pasar por criado de Margarita y testigo presencial de todos los hechos que relata. Dichas actas pertenecen a la misma clase que las de Santa Pelagia de Antioquía (o Margarita, o Marina, 8 de octubre) y sus congéneres.

Resumiremos brevemente el contenido de las actas. Margarita era hija de un sacerdote pagano de Antioquía de Pisidia y fue educada por una mujer cristiana. Cuando se convirtió al cristianismo, la joven tuvo que partir de la casa de su padre y empezó a ganarse la vida como pastora. Cuando el prefecto Olibrio la vio, quedó prendado de su belleza y juró tomarla por esposa si era una mujer libre, o por concubina si era esclava. Pero Margarita lo rechazó. Entonces Olibrio se vengó juzgándola por ser cristiana y la encarceló, después de haberla torturado. Margarita sufrió en la cárcel una terrible prueba, ya que el demonio se le apareció en forma de dragón y se la tragó; pero la cruz que la santa llevaba en la mano obligó al dragón a vomitar sana y salva su presa (aun la "Leyenda Dorada" afirma que este hecho "es probablemente apócrifo").* Margarita se enfrentó entonces con otro demonio, al que también venció. Dicho demonio le confesó que Salomón le había encerrado en un vaso de bronce con otros de sus hermanos y que los habitantes de Babilonia, creyendo que el vaso contenía un tesoro, lo habían abierto; así escaparon los demonios para hacer el mal por el mundo. La semejanza de esta leyenda con la de Pandora no necesita comentario alguno. Al día siguiente, el tirano trató en vano de dar muerte a Margarita por el fuego y el agua, pero lo único que consiguió con ello fue que se convirtiesen millares de los que se hallaban presentes. Olibrio los mandó decapitar a todos al instante. Finalmente, la santa pereció por la espada; pero el verdugo cayó fulminado en el mismo momento en que la mató. Sin embargo, la muerte del verdugo no fue un castigo sino un premio, pues se había mostrado renuente a cumplir su oficio. Según la leyenda, el martirio tuvo lugar durante la persecución de Diocleciano. El fiel Teótimo robó el cuerpo de Margarita, y una viuda le dio sepultura en la ciudad.

* No parece incongruente suponer que Santa Margarita fue elegida por patrona de las parturientas a causa de este incidente, dado que los santos patronos alcanzan frecuentemente ese privilegio por asociaciones directas o indirectas. Así, San Vito es el patrono de los comediantes, Santa Bárbara de los fabricantes de pólvora, Nuestra Señora de Loreto de los aviadores...

Como puede verse en BHL., nn. 5303-5313, existe una buena cantidad de textos latinos que relatan con ciertas variantes esta leyenda tan extravagante como popular. También hay muchas adaptaciones de la leyenda en francés, provenzal, anglosajón, alemán, irlandés, etc. En *Acta Sanctorum* hay un texto latino (julio, vol. v); y pueden verse otros en G. H. Gerould, *publications of the Modern Language Association of America*, vol. XXXIX (1924), pp. 225-256; y A. Mabellini, *Leggenda di Santa Margherita* (1925). Cf. nuestros artículos sobre Santa Marina (12 de febrero) y Santa Pelagia (8 de octubre); Delehaye, *Légendes hagiographiques* (1927), pp. 187-192. El nombre de Santa Margarita figura en el Salterio de Bosworth y otros calendarios ingleses del siglo X. El sínodo de Oxford, en 1222, elevó la fiesta de Santa Margarita, de Santa Catalina y de otras santas a la categoría de fiestas de obligación. Alban Butler hace notar que Marco Girolamo Vida, un poeta casi olvidado del siglo XI, a quien él califica de "la gloria de las musas cristianas", compuso dos himnos en honor de Santa Margarita, patrona de su ciudad natal de Cremona.

SAN JOSE BARSABAS (Siglo I)

ESTE SANTO se disputó con San Matías la gloria de suceder en el apostolado a Judas. Las palabras que pronunció San Pedro antes de echar las suertes, de-

muestran que José había sido uno de los discípulos más fieles del Señor: "Así pues, hemos de escoger por testigo de la Resurrección del Señor a uno de aquéllos que estuvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús vivió entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue arrebatado." (Hechos I, 21-22). Probablemente José fue uno de los setenta y dos discípulos; Eusebio lo dice así categóricamente. Cuando los Apóstoles se dispersaron por el mundo, José predicó el Evangelio en diferentes regiones. Entre otros milagros, según cuentan Papías y Eusebio, bebió un veneno sin sufrir daño alguno, de acuerdo con la promesa del Señor (Marcos XVI, 18).

Ver *Hechos,* I, 15-16 y *Acta Sanctorum,* julio, vol. V. Cf. igualmente J. Renié, en *Revue Biblique,* vol. LV (1948), pp. 43-53.

SAN AURELIO, OBISPO DE CARTAGO (429 P.C.)

HACIA EL año 392, poco después de que San Agustín recibió la ordenación sacerdotal y el obispado de Hipona, Aurelio, un diácono, fue elegido obispo de Cartago. En aquella época, esa gran Iglesia de Africa estaba en la cumbre de su esplendor y de su influencia; el obispo de Cartago era a la vez primado o patriarca de Africa, es decir, uno de los prelados más importantes de la Iglesia universal.

San Aurelio tuvo que hacer frente a dos herejías: la de los donatistas, que tocaba ya a su fin, y la de los pelagianos, que apenas comenzaba. Durante los treinta y siete años que gobernó la sede, San Aurelio convocó numerosos sínodos provinciales y concilios plenarios de los obispos africanos para resolver ésos y otros problemas. Los sínodos y los viajes absorbían de tal modo al santo, que se vio obligado a delegar el ministerio de la predicación a los presbíteros de mayores cualidades, lo cual era entonces desacostumbrado en la Iglesia.

San Aurelio era íntimo amigo de San Agustín y, cuando aquél se quejó de que muchos monjes, so pretexto de vida contemplativa, eran simples holgazanes, Agustín escribió un tratado "Sobre el trabajo de los monjes" para tratar de mejorar la situación. San Fulgencio de Ruspe, obispo africano de la siguiente generación, escribió en términos muy encomiásticos acerca de San Aurelio, como lo hizo también el erudito español Pablo Orosio.

Ver *Acta Sanctorum,* octubre, vol. IX, pp. 852-860. Los bolandistas conmemoran a San Aurelio en agosto porque no conocieron un calendario cartaginés del siglo VI, que dice lo siguiente: "El 20 de julio, la sepultura de San Aurelio, Obispo". No existe ninguna biografía propiamente dicha del santo, escrita por sus contemporáneos; pero se encuentran numerosas alusiones a él en las cartas de San Agustín y en los documentos conciliares, etc. Véase Hefele-Leclerq, *Conciles,* vol. II, pte. I; y Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur,* vol. IV, pp. 524-525.

SAN FLAVIANO, PATRIARCA DE ANTIOQUÍA Y SAN ELIAS, PATRIARCA DE JERUSALÉN (518 P.C.)

ELÍAS, QUE era de origen árabe, se educó en un monasterio de Egipto. El año 457, el patriarca monofisita de Alejandría, Timoteo el Gato, le expulsó del país por su fidelidad a la causa católica. Elías se trasladó entonces a Palestina y se refugió en la "laura" de San Eutimio. Más tarde, fundó una comunidad en Jericó y recibió la ordenación sacerdotal. El año 449, fue elegido patriarca

de Jerusalén. Por aquella época, debió conocer al monje sirio Flaviano, quien había sido enviado por su patriarca como legado a la corte imperial de Constantinopla y le había sucedido en la sede de Antioquía el año 498.

El año 482, el emperador Zenón publicó un documento, llamado "el Henótikon", que tenía por objeto zanjar la controversia entre los católicos y los monofisitas. Roma condenó dicho documento porque favorecía a los monofisitas, de suerte que el edicto imperial se convirtió en una nueva fuente de cisma y disensión en el oriente. Tanto Flaviano como Elías aceptaron el "Henótikon" y procedieron ambiguamente en otros puntos; pero ambos eran profundamente católicos y acabaron por ser expulsados de sus respectivas sedes por haberse negado a secundar al emperador en su política de apoyo a los monofisitas.

San Flaviano murió desterrado en Petra, en Arabia. San Elías falleció en Aila, todavía más al sur en la costa del Mar Rojo, acompañado por su amigo San Sabas. A pesar de que habían aceptado el "Henótikon", Baronio incluyó a los dos patriarcas en el Martirologio Romano. Los católicos del rito sirio celebran su fiesta el 18 de febrero.

Las principales fuentes sobre los hechos son los escritos de Evagrio y Teófanes. Ver *Acta Sanctorum,* julio, vol. II. Hay que reconocer que la conducta de ambos patriarcas ha sido muy criticada; como ejemplo de esto, citaremos los artículos a ellos consagrados en DCB., vol. II, pp. 84 ss., y 533 ss.

SAN BULMARO, ABAD (*c.* 700 P.C.)

SAN BULMARO, a quien el Martirologio Romano califica de hombre de santidad extraordinaria, nació en el distrito de Boulogne, en Picardía. Habiendo sido separado por la fuerza de su esposa, ingresó en la abadía de Hautmont de Hainault, donde sus superiores le emplearon en cuidar el ganado y proveer de leña al monasterio. Bulmaro se distinguía por su eminente espíritu de oración. Recibió las sagradas órdenes y, con el permiso de sus superiores, se retiró durante varios años a una ermita de las cercanías de Monte Cassel. Después fundó, cerca de Calais, la abadía de Samer (corrupción del nombre de San Bulmaro), que existió hasta la Revolución Francesa. San Bulmaro fundó también un convento de religiosas en Wierre-aux-Bois, a dos kilómetros de su abadía. El monarca inglés de los sajones occidentales, Caedwalla, pasó por la abadía el año 688, de camino a Roma para recibir el bautismo, e hizo cuantiosos donativos al santo para que llevase adelante la fundación. Dios glorificó con milagros a su siervo Bulmaro. Sus reliquias fueron trasladadas a Boulogne y de ahí a la abadía de San Pedro en Gante.

La biografía que se conserva no es de gran valor; puede verse en Mabillon y en *Acta Sanctorum,* julio, vol. V. Ciertamente no fue escrita antes de mediados del siglo IX. Cf. Van der Essen, *Etude critique sur les Vitae des saints mérovingiens* (1907), pp. 412-414.

"BEATO" GREGORIO LOPEZ (1596 P.C.)

CUANDO EL imperio español llegaba al cenit de su gloria y alcanzaba su mayor extensión, Gregorio, que más tarde tomó el apellido de López, nació en la ciudad de Madrid. No sabemos nada acerca de su familia. En su juventud, sirvió como paje en la corte de Felipe II. En 1562, hizo una peregrinación al

santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en Extremadura. Ahí oyó hablar de Nuestra Señora de Guadalupe de México y decidió partir a ese país, convencido de que Dios le manifestaría allá lo que quería de él. En Veracruz vendió todas sus posesiones y repartió el producto entre los pobres. Después, empezó a buscar un sitio en el que pudiese vivir como ermitaño. Finalmente se estableció en un valle solitario, donde habitó algún tiempo, consagrado a la oración y la penitencia. Para poder asistir a la misa y recibir los sacramentos, caminaba cuarenta kilómetros hasta la misión más próxima. Pero pronto se enteró Gregorio de que algunos de sus compatriotas estaban muy escandalizados de que se hubiese retirado a un sitio tan apartado, que sólo podía asistir de cuando en cuando a la misa y como no quería ser causa de escándalo, se trasladó a una plantación, donde estuvo hasta después del terremoto de 1566. Más tarde, volvió a su antigua ermita, pero Domingo de Salazar, un misionero famoso, le convenció de que abrazase la vida religiosa en el convento de Santo Domingo, en México. Sin embargo, unos cuantos días de vida común bastaron para demostrar que Gregorio no tenía vocación para ella. Entonces se retiró a un lugar solitario en la Huasteca.

Las malas lenguas no le dejaban en paz, ya que le convirtieron en un "hombre misterioso" e inventaron sobre él toda clase de leyendas. El arzobispo de México nombró entonces una comisión para que se encargase de investigar la verdad; después de las investigaciones, el arzobispo declaró paladinamente que Gregorio era un hombre de piedad y virtud extraordinarias. Tal declaración hizo muy popular al ermitaño, quien se retiró en busca de mayor soledad al santuario de Nuestra Señora de los Remedios. Durante cierto tiempo estuvo internado en el hospital, donde escribió un libro de farmacia para uso de los enfermeros, ya que durante su vida en la soledad había aprendido muchas cosas sobre las propiedades medicinales de las plantas. En 1589, con la ayuda de su amigo el P. Francisco Losa, se retiró a una ermita cercana a una iglesia, en Michoacán. Pronto fue a reunirse con él el P. Losa y ambos vivieron juntos hasta la muerte de Gregorio. Llevaban una vida ordenada y sencilla. La pobreza consistía más bien en el uso moderado que en la privación exagerada. Gregorio era escrupulosamente limpio, a diferencia de otros ermitaños. Empleaban ambos la mayor parte del tiempo en el estudio de la Sagrada Escritura. Gregorio poseía un gran conocimiento del texto y del sentido de la Biblia y era con frecuencia consultado por el clero y el pueblo. Naturalmente, pasaba largas horas en oración muy elevada. Sin embargo, en cierta ocasión en que se habló de la tranquilidad de que gozan los que alcanzan el estado de unión pasiva con Dios, dijo Gregorio: "Son almas buenas y se hallan en buen camino. Pero la perfección y el mérito no consisten en el gozo sino en el esfuerzo del alma por amar a Dios con todas sus fuerzas, en la forma más perfecta. Y esto es más bien una actividad que un gozo, en tanto que lo otro es un gozo más bien que una actividad. El alma que ama perfectamente a Dios es la que no puede ya dar más de lo que da. En eso se resume toda la Ley y los Profetas, y Dios no le pide nada más."

Gregorio López murió el 20 de julio de 1596, a los cincuenta y cuatro años de edad. El pueblo empezó a disputarse sus reliquias. El "beato" realizó varios milagros perfectamente probados, y su culto se extendió por todo México. El P. Losa escribió su vida, que fue traducida al inglés en 1675. Sin embargo, la Santa Sede no ha confirmado nunca oficialmente el culto de Gregorio, y la

causa de beatificación no ha progresado desde 1752. Gregorio fue muy admirado por hombres tan diferentes como Bossuet, Juan Wesley, los quietistas y los pietistas alemanes.

La biografía del P. Losa fue editada repetidas veces en español y era uno de los libros favoritos del P. Agustín Baker. La traducción inglesa de 1675 era bastante torpe; pero en 1876, el canónigo F. Doyle escribió una biografía mejor. Cf. Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, vol. II. Gregorio López escribió un comentario al Apocalipsis, que fue publicado en Madrid en 1678.

BEATO IGNACIO MANGIN Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (1900 P.C.)

ERA NECESARIO ser tan incapaz como la emperatriz Tseu-Hi para hacer el intento de restablecer la política china, por medio de los servicios de aquella asociación de bandoleros que era la de los boxers, combatidos desde mucho tiempo atrás por el gobierno. Cuando la emperatriz les hizo saber que, a falta de aprobación oficial les dejaría hacer a su antojo, ellos no imaginaron otro medio mejor para libertar a China de los extranjeros, que el de desencadenar una verdadera guerra civil con pillaje, incendios y asesinatos. Algunos mandarines, conscientes de lo absurdo del método, persiguieron a los boxers como delincuentes; otros, sobre todo en las provincias vecinas a Pekín, cumplieron las directivas de la emperatriz y llegaron hasta prestar a los boxers el apoyo de las tropas regulares.

Desde 1898, los cristianos sintieron los efectos del odio de los boxers, quienes los consideraron como cómplices de los extranjeros. Los cristianos comprendieron en seguida que no podían esperar ninguna protección por parte de las autoridades y se organizaron entre ellos, fortificando sus ciudades para que les sirvieran de refugio en caso de peligro.

En 1900 se agudizó la amenaza. Las casas fueron incendiadas. El asesinato de dos misioneros, el 19 de junio, marcó el principio de la persecución sangrienta contra las misiones de los jesuitas. En la pequeña capilla de Ou-Y perecieron los padres RÉMI ISORÉ y MODESTO ANDLAUER. El primero era originario de Bambeque, diócesis de Cambrai, donde nació el 22 de enero de 1852; el segundo, en Rosheim, en la diócesis de Estrasburgo, el 22 de mayo de 1847.

La muerte de los dos mártires apresuró la huída de los cristianos a la ciudad fortificada de Tchou-Kia-Ho. El padre Mangín, encargado desde 1897 de la sección de King-Tchéou, que comprendía las dos cristiandades de King-Tchéou y la de Tchou-Kia-Ho, organizó la resistencia.

LEÓN IGNACIO MANGÍN, el último de una familia de once hijos, nació el 31 de julio de 1857 en Verny, cabecera del cantón al sur de Metz, en donde su padre ejerció por seis años las funciones de juez de paz. Hizo sus estudios elementales en el internado dirigido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Beauregard, cerca de Thionville. En 1867, su padre fue trasladado a Sedán y el niño fue puesto en el colegio de Saint-Clement de Metz, dirigido por los jesuitas. Pero éstos fueron expulsados por los alemanes en 1872, y León Ignacio los siguió y pasó tres años en el colegio de Amiens, donde se habían refugiado. Por su dinamismo y alegría, era muy querido de sus compañeros, los que no se sorprendieron poco, cuando el 5 de noviembre de 1875, vieron que ingresaba al noviciado de los jesuitas en Saint-Acheul, cerca de Amiens,

aquel muchacho a quien creían tan casquivano como ellos mismos.

Sus dos años de noviciado y sus cuatro de estudios literarios y filosóficos en Lovaina pasaron sin mayores peripecias. El 2 de noviembre de 1881, fue nombrado profesor para sexto grado en el colegio de Saint Gervais en Lieja. Durante algún tiempo, se preocupó por las misiones, pero tanto le interesaron sus clases, que no volvió a pensar en otra cosa, sino hasta junio de 1882, cuando su provincial le propuso, inesperadamente, enviarlo a China. Un tanto desconcertado al principio, aceptó y, después de haber pasado quince días con su familia, se embarcó para Marsella, el 17 de septiembre de 1882. Llegó a Tsien-Tsin seis semanas más tarde. Durante cuatro años, estudió la teología y la lengua china. Fue ordenado sacerdote el 31 de julio de 1886, el día que cumplió 29 años.

Su primer puesto fue el distrito de Kou-Tcheng, en la misión de Tche-Li. Se reveló como un buen administrador y organizador calmado y firme; poseía además una alegría comunicativa. Después de tres años, en 1890, lo trasladaron al sector de Ho-Kien-Fou en calidad de ministro. Este cargo le imponía el cuidado de velar por los intereses de 20,000 cristianos del distrito. El los defendía ante las autoridades civiles y aun éstas, a pesar de su paganismo, no tardaron en apreciar su amabilidad y su destreza. Lamentaba un tanto el verse completamente absorbido por los cuidados de administración porque casi no disponía de tiempo para el cuidado de las almas, pero aceptaba esta situación porque, por ningún motivo, se hubiese permitido transgredir los mandatos de la obediencia. Se alegró muchísimo cuando, al final de 1897, le encargaron la sección de King-Tcheou, que comprendía esa cristianidad y la de Tchou-Kia-Ho. Esta última tuvo que ser fortificada en vista de los malos tiempos que se avecinaban. Cuando se enteró de la muerte de sus dos compañeros, el padre Mangín se refugió en Tchou-Kia-Ho, junto con un hermano suyo en religión, el padre PABLO DENN, sacerdote de la Compañía de Jesús nacido en Lila, el 1º de abril de 1847.

Tchou-Kia-Ho se convirtió muy pronto en un asilo para 3,000 cristianos. El padre Mangín sabía que el norte de su distrito ya había sido atacado, pero no imaginaba que su ciudad no tardaría en serlo también. Los boxers aparecieron el 14 de julio, pero se los hizo retroceder. Los ataques que emprendieron durante los tres días siguientes, resultaron en otras tantas derrotas para ellos. Pero el 20 de julio, regresaron apoyados por las tropas regulares y, hacia las siete de la mañana, vencieron la defensa y entraron en la ciudad, en donde mataron a todos los transeúntes que encontraron al paso. Más de mil personas se habían refugiado en la iglesia; el padre Mangín y el padre Denn se colocaron ante el altar para dar valor y reconfortar a sus ovejas aterrorizadas. Los boxers llegaron, abrieron a empellones la puerta de la iglesia, pero no entraron, sino que, desde fuera vociferaron: "A todos los que salgan se les perdonará la vida". El padre Mangín, que no quería ver a su grey dispersada, alzó el crucifijo y habló a sus fieles: "Quedémonos aquí", les dijo, "¿qué importa si es ahora o después? Tarde o temprano nos veremos todos en el cielo". El padre Denn avanzó entre los fieles mientras recitaba el *Confiteor* y después el acto de contrición. El padre Mangín dio a todos la absolución general. Los boxers impacientes por la tardanza, comenzaron a hacer disparos al aire. Después abrieron el fuego contra los cristianos que se hallaban en el interior de la iglesia. MARÍA TCHOU-OU-CHEU trató de defender con su cuerpo al padre Mangín y cayó herida. El padre Denn, alcanzado por las balas, se arrodilló

ante el padre Mangín, para recibir la última absolución, segundos antes de que una descarga le abriese el pecho. Mientras tanto, los boxers habían prendido fuego al techo de esteras y cañas de la iglesia, por donde las llamas se extendieron rápidamente. La sotana del padre Mangín comenzaba a arder cuando una descarga lo hizo caer muerto al pie del altar. Al medio día, el techo de la iglesia se había desplomado sobre los cristianos ya muertos, y el fuego acabó de consumir sus cuerpos.

A este grupo de mártires anónimos hay que añadir todos aquéllos a quienes los boxers encontraron en las calles, en las casas o en los alrededores. El proceso de beatificación enumera cincuenta y seis nombres de las personas sobre quienes algunos testigos pudieron transmitir detalles.

A PEDRO THOU-SEU-SINN se le invitó a que abandonara el cristianismo; respondió que no podía renegar del Creador del mundo; le cortaron la cabeza.

JUAN BAUTISTA TCHO-OU-JOEI, también fiel discípulo del padre Mangín, fue asesinado a golpes de hacha.

MARÍA FOU se había refugiado en casa de sus parientes paganos. Ellos la entregaron a sus verdugos para que la mataran.

BARBE TS'OEI-LIEN-CHEU intentó huír durante la noche, pero cayó en manos de los boxers, que lo descuartizaron.

JOSÉ MA-TIENN-CHOUN, médico y catequista, tuvo el dolor de ver apostatar a los miembros de su familia, pero él permaneció inquebrantable: "No es cuestión para mí el renunciar a mi religión. Yo creo firmemente en Dios. Mátenme si quieren. Moriré de buena gana."

Cuatro jóvenes huérfanas del hospicio de Wang-La-Kia se presentaron a los verdugos tomadas de las manos y prefirieron morir antes que perder su honor. Se llamaban LUCÍA WANG-TCHEN, MARÍA FON-K'OUNN, MARÍA TS'I U y MARÍA TCHENG-SU.

Madre de un jesuita, MARÍA TOU-TCHAO-CHEU, había escapado al principio, pero regresó a presentar su cuello a la espada para no traicionar a Cristo.

MAGDALENA TOU-FONG-KIU y su hija MARÍA TIEN-CHEU se habían escondido en los cañaverales; pero fueron descubiertas por los boxers que allí mismo las acribillaron por causa de su religión. Magdalena estaba con vida todavía cuando la arrojaron a la fosa.

PABLO OU-KIU-NAN, su hijo JUAN BAUTISTA OU-MAN-T'ANG y su nieto PABLO OU-WAN-CHOU, fueron sacrificados juntos por ser cristianos, en la ciudad de Siao-Lui-i.

Dos hermanos, RAIMUNDO y PEDRO LI-TS'UAN fueron arrestados. Al primero lo condujeron al templo y lo conminaron a que adorase a los ídolos; como se rehusara, junto con su hermano, fue atormentado cruelmente hasta expirar.

Los hermanos PEDRO y JUAN BAUTISTA TCHAO-MING fueron arrestados cuando trataban de socorrer a sus mujeres y a sus hijos que huían como locos. Todos fueron asesinados.

TERESA TCH'ENN-KINN-TSIE y su hermana ROSA TCH'ENN-KINN-TSIE, fueron abordadas por los boxers que les propusieron hipócritamente: "Si tienen miedo a la muerte, síganos y no les pasará nada". Teresa no se dejó engañar y respondió resueltamente: "Yo sólo seguiré a Jesucristo". Las traspasaron con lanzas.

PEDRO WANG-TSOUO-LOUNG, fue llevado ante los ídolos y como persistiera en proclamar su fe, fue atado a un poste por los cabellos; con su peso, la piel se desgarró y cayó por tierra con la cabeza ensangrentada, repitiendo en alta voz que nadie ni nada lo podían separar de Cristo.

MARÍA KOUO-LI-CHEU tenía sesenta y cinco años. Dijo a sus hijos y a sus nietos: "Si apostatáis, no os reconoceré más por hijos míos. No tengáis miedo, muy pronto estaremos en el cielo". Ella consiguió morir la última para alentarlos hasta el final.

A JUAN OU-WENN-YINN, catequista de Tong-Kéou, le cortaron la cabeza. TCHANG-HOAI-LOU, todavía catecúmeno, lejos de escuchar a los que le aconsejaban que declarara que él no había sido bautizado, gritaba públicamente: "Soy cristiano". Recibió su bautismo de sangre.

MARCOS KI-T'IEN-SIANG tenía prohibido acercarse a la Eucaristía desde hacía treinta años, porque no quería renunciar al opio; pero no cesaba de pedir a Dios la gracia de una buena muerte; llamado a juicio, afirmó valientemente su fe y lavó su pecado con su sangre.

ANA NAN-SINN-CHEU, MARÍA NAN-KOUO-CNEU, ANA NAN TSIAO-CHEU y MARÍA NAN, apodada Ling-Hoa, no se dejaron convencer de ninguna manera a practicar la impiedad y fueron cruelmente golpeadas hasta morir.

PABLO LIOU-TSINN-TEI tenía sesenta y nueve años. Vivía en Lang-Tse-Kio, adonde muchos cristianos habían huído. Se puso sus vestidos nuevos, cogió su rosario y su libro de oraciones y, cuando vio a los verdugos, los saludó a la manera cristiana. A su pregunta: "¿Eres cristiano?", respondió: "Nosotros lo somos desde hace cinco generaciones". Al punto recibió un violento golpe de sable.

JOSÉ WANG-K'OEI-TSU y JUAN WANG-K'OEI-SINN prefirieron morir que escapar a sus perseguidores al precio de una ligera mentira. TERESA TCHANG-HEUE-CHEU rehusó toda reverencia a los ídolos: fue atravesada con una lanza junto con sus dos hijos.

Todavía catecúmeno, LANG-YANG-CHEU se declaró cristiano y, después de haber recibido múltiples golpes, fue arrojado, junto con su hijo, PABLO LANG-EULL, a su casa transformada en horno ardiente. ISABEL y su hijo SIMÓN TSINN, mostraron el mismo valor; a través de la crueldad de sus torturadores, se unieron en la muerte como se habían unido en vida.

Los amigos de PEDRO LIOU-TZEU-U le aconsejaban que salvara su vida. Pero él permaneció firme en su fe y, cuando pereció por la espada, se convirtió en su intercesor ante Dios.

Una familia completa de M-Kia-Tchoang fue arrestada: JOSÉ WANG-SEU-MEI, LUCÍA WANG-WANG-CHEU, ANA WANG y ANDRÉS WANG-TIEN-K'ING. Ana, que tenía catorce años, declaró: "Espero aquí la voluntad de Dios y de muy buena gana, moriré mártir". Un golpe de espada le cortó la cabeza. Un pagano quiso salvar al pequeño Andrés, que no tenía sino nueve años, pero Lucía su madre, se interpuso: "Si yo soy cristiana ¿cómo mi hijo podrá dejar de serlo? Mátalo en seguida y a mí después". El niño fue atravesado con un cuchillo y ella fue decapitada.

MARÍA WANG-LI-CHEU tuvo también que resistir a los consejos de los paganos, que quarían salvarla: se declaró abiertamente cristiana y la mataron en seguida.

K'I-TCHOU-TZEU, que a causa de tener una familia pagana era catecúmeno

en secreto, sintió el deseo de declararse cristiano y fue bautizado con su sangre.

YOU-FANG-TCHAOKIA, MARÍA TCHAO-KOUO-CHEU y sus hijas, ROSA y MARÍA, se escondieron en un pozo por miedo a la brutalidad de los soldados; pero éstos las sacaron de allí y las mataron.

MARCHAND, renombrado por su probidad, y JOSÉ YUANG-KENG-YINN se hicieron todavía más renombrados por su glorioso martirio.

PABLO KEUE-T'ING-TCHOU era el jefe de los cristianos de Si-Siao-t'ounn: "¡Qué perezca mi cuerpo, pero no mi alma!", decía al verdugo. Destrozado lentamente, dio el más bello ejemplo de valor.

Una maestra de escuela, ROSA WANG HOEI fue denunciada. Los boxers le preguntaron: "¿Eres cristiana?", —"Sí". —"¿Quieres apostatar?" —"No". Le cortaron las mejillas con un cuchillo. Permaneció firme. Le cortaron una oreja: "No, repetía, no quiero apostatar. Soy hija de Dios, no renegaré de El". La mataron a golpes de espada y la arrojaron al canal.

La tarde del 20 de julio de 1900, los boxers cortaron las cabezas a los cuerpos del padre Mangín y del padre Denn y las colgaron a las puertas de King-Tcheou. Durante quince meses, la ciudad de Tchou-Kia-Ho permaneció desierta. Las ruinas de la iglesia sepultaron los restos de los cristianos quemados dentro de ella.

El proceso comenzó en 1901 y terminó con la beatificación de cincuenta y seis mártires, el 17 de abril de 1955.

Acta Apostolicae Sedis, vol. XLVII, 1955, pp. 381-388. *Procés Apostolique.*

21: SAN LORENZO DE BRINDISI (1619 P.C.)

CESAR DE Rossi nació en Brindisi, ciudad del reino de Nápoles, en 1559. Pertenecía a una familia veneciana de cierto renombre. Se educó primero en el convento de los franciscanos de su ciudad natal y, después, bajo la dirección de un tío suyo en el Colegio de San Marcos de Venecia. Hizo rápidos progresos, tanto desde el punto de vista intelectual como espiritual y a los dieciséis años ingresó en el convento de los capuchinos de Verona; con el hábito religioso recibió el nombre de Lorenzo. Durante sus estudios de filosofía y teología en la Universidad de Padua, se distinguió por su extraordinario don de lenguas: aprendió el griego, el hebreo, el alemán, el bohemio, el francés, el español y llegó a conocer muy a fondo el texto de la Biblia. Era todavía diácono, cuando predicó una serie de sermones cuaresmales. Después de su ordenación sacerdotal, predicó con gran fruto en Padua, Verona, Vicenza y otras ciudades del norte de Italia. En 1596, pasó a Roma a ejercer el cargo de definidor de su orden, y el Papa Clemente VIII le pidió que trabajase especialmente por la conversión de los judíos. Tuvo en ello gran éxito, ya que a su erudición y santidad de vida unía un profundo conocimiento del hebreo. Sus superiores le enviaron más tarde, junto con el Beato Benito de Urbino, a establecer a los capuchinos en Alemania como una muralla contra el protestantismo. Los dos misioneros empezaron por atender a las víctimas de una epidemia de peste; más tarde, fundaron conventos en Praga, Viena y Gorizia, de donde habían de nacer

con el tiempo las provincias de Bohemia, Austria y Estiria. En el capítulo de 1602, San Lorenzo fue elegido superior general de su orden. Desempeñó su cargo con vigor y caridad. Al punto emprendió la visita de las provincias, pero, en 1605, se negó a aceptar la reelección, pues pensaba que Dios le reservaba para otras empresas.

Cuando Lorenzo era vicario general, el emperador Rodolfo II le envió en misión diplomática a conseguir la ayuda de los príncipes alemanes contra los turcos, cuya amenaza se cernía sobre toda Hungría. El santo tuvo éxito en su misión y fue nombrado capellán general del ejército que se había formado gracias a sus esfuerzos. En algunas ocasiones, San Lorenzo fue prácticamente general en jefe del ejército; por ejemplo, antes de la batalla de Szekes-Fehervar, en 1601, los generales le consultaron, el santo les aconsejó que atacasen, arengó personalmente a las tropas y partió al frente de las fuerzas de ataque, sin más arma que un crucifijo. La aplastante derrota que sufrieron los turcos fue atribuída por todos a San Lorenzo. Se cuenta que, al volver de la campaña, se detuvo en el convento de Gorizia, donde el Señor se le apareció en el coro y le dio la comunión por su propia mano. Tras de algún tiempo de predicar y reconciliar con la Iglesia a los herejes de Alemania, recibió del emperador la comisión de persuadir a Felipe III de España a que se uniese a la Liga Católica y aprovechó la ocasión para fundar un convento de capuchinos en Madrid. Después, fue enviado a Munich como nuncio de la Santa Sede ante Maximiliano de Baviera, el jefe de la Liga. Desde ahí administró dos provincias de su orden y prosiguió su tarea de pacificación y predicación. En 1618, tras de haber mediado dos veces en las diferencias reales, se retiró al convento de Caserta, con la esperanza de verse libre de todas las distracciones mundanas, por más que siempre había hecho todo lo posible por evitar que sus actividades en los asuntos seculares estorbasen a su santificación. Dios le había concedido una gracia especial para ello y el santo era frecuentemente arrebatado en éxtasis mientras celebraba la misa, de suerte que puede decirse que su vida interior constituía el punto de partida de todas sus actividades exteriores.

Los príncipes y gobernantes, por muy irreligiosos que sean, suelen apreciar los servicios de los hombres verdaderamente santos. Los principales señores de Nápoles acudían a San Lorenzo para presentarle sus quejas por la tiranía del virrey español, duque de Osuna y le pedían que fuese a la corte del rey Felipe para evitar que el pueblo se levantase en armas. El santo no era aún muy viejo, pero estaba enfermo y achacoso. Cuando llegó a Madrid, supo que el rey no estaba en la ciudad, sino en Lisboa. Así pues, prosiguió su camino a Portugal, en pleno calor del estío. Usó de toda su elocuencia y su poder de persuasión y logró que el monarca prometiese relevar del cargo de virrey al duque de Osuna.

San Lorenzo retornó entonces a su convento y ahí falleció el día de su cumpleaños, 22 de julio de 1619. Fue sepultado en el cementerio de las Clarisas Pobres de Villafranca. Su beatificación tuvo lugar en 1783; durante el proceso, se examinaron a fondo sus escritos y los expertos declararon que "merecía contarse entre los doctores de la Iglesia". La mayor parte de dichos escritos son sermones; pero hay también un comentario del Génesis y algunas obras contra Lutero. Hasta hace poco, habían permanecido inéditos. San Lorenzo fue canonizado en 1881.

En 1911 el P. Antonio Brennan publicó en inglés *Life of St. Laurence of Brindisi*, basándose principalmente en la biografía del P. Buenaventura de Coccaleo, quien consultó los documentos del proceso de beatificación. Los capuchinos de la provincia de Venecia han publicado hasta ahora nueve volúmenes de las *Opera omnia* de San Lorenzo (1928-1945). Esta colección ofrece todo el material necesario para estudiar a fondo la vida del santo, y terminará con una biografía crítica. Acerca de la teología mariológica de San Lorenzo cf. Jèrome, *La doctrine mariale de St. Laurent de Brindis* (1933); y Serafino, *S. Lorenzo da Brindisi: discorsi mariani* (1950). En 1937, vio la luz en Venecia una colección de testimonios sobre la vida y la obra de San Lorenzo, publicada por el P. Jèrome de Fellette.

SANTA PRAXEDES, Virgen (Fecha desconocida)

Según la leyenda, Práxedes era una doncella romana, hermana de Santa Pudenciana. Cuando el emperador Marco Antonino desató la persecución contra los cristianos, Práxedes se dedicó a prestarles toda clase de ayuda: económica, corporal y espiritual. A unos los escondía en su casa, a otros los exhortaba a permanecer firmes en la fe; sepultaba los cadáveres de los mártires y procuraba que no faltase nada a los presos y a los que trabajaban como esclavos. Pero llegó un momento en que ya no pudo soportar la crueldad del tirano con los cristianos y Práxedes rogó a Dios que la librase de las ataduras del cuerpo, si tal era su voluntad. Dios la llamó a recibir el premio celestial el 21 de julio. El sacerdote Pastor le dio sepultura en la tumba de su padre, Pudente y de su hermana, Pudenciana, en el cementerio de Priscila en la Vía Salaria.

Es un hecho que la santa fue sepultada en la catacumba de Priscila, junto a Santa Pudenciana. Pero no hay ninguna razón de peso para afirmar que era hermana de esta última y que ambas eran hijas del senador romano, Pudente, a quien San Pedro había convertido. Originalmente se veneraba a Práxedes como mártir en la "ecclesia Pudentiana". Pero más tarde, se construyó una iglesia en su honor, en el sitio en que, según la leyenda, se hallaba antiguamente su casa. El Papa San Pascual I reconstruyó dicha iglesia, que es la actual "Santa Prassede", y mandó trasladar a ella las reliquias de la santa.

La leyenda de las dos hermanas puede verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV. La comisión nombrada por Benedicto XIV para la revisión del Breviario declaró que las "actas" eran espurias y no merecían crédito alguno. Acerca del culto y del "título" de Santa Práxedes, véase sobre todo De Waal, en *Römische Quartalschrift*, vol. XIX (1905), pp. 169-180 (sección arqueológica). Cf. Marucchi, *Basiliques et églises de Rome* (1909), pp. 323 ss., y CMH., pp. 263, 388.

SAN VICTOR DE MARSELLA, Mártir (¿290? p.C.)

A fines del siglo III, el emperador Maximiano fue a Marsella, que era la más floreciente y poblada de las Iglesias de la Galia. Su viaje alarmó y consternó a los fieles. Un oficial cristiano del ejército romano, llamado Víctor, aprovechó la oscuridad de la noche para visitar a las familias y exhortarlas a no temer la muerte corporal. Cuando las autoridades se enteraron de lo

que hacía Víctor, le obligaron a comparecer ante los prefectos Asterio y Eutiquio. Pero como el prisionero era una persona distinguida, fue remitido a Maximiano. La cólera del emperador no amilanó a Víctor. Y, como el tirano viese que sus amenazas no producían efecto alguno, mandó a los soldados que atasen al oficial y le arrastrasen por las calles de la ciudad. Víctor compareció nuevamente ante los prefectos, cubierto de heridas sangrantes. Asterio y Eutiquio le exhortaron a adorar a los ídolos, pero el mártir, lleno del Espíritu Santo, manifestó: "Desprecio a vuestras divinidades y confieso a Jesucristo. Torturadme a vuestro placer". Asterio le mandó atormentar cruelmente en el potro. El mártir pidió fuerza a Dios y, entonces, se le apareció Jesucristo con la cruz a cuestas, le dio el beso de paz y le dijo que El sufría en cada uno de sus mártires y los coronaba después de la victoria. Estas palabras dieron fuerza a Víctor. Cuando los verdugos se cansaron de atormentarle, el prefecto dio orden de que le arrojasen en un calabozo. A media noche, Dios envió a sus ángeles a consolar al mártir: la prisión se iluminó con una luz más brillante que la del sol, y Víctor oyó a los ángeles cantar las alabanzas al Creador. Al ver la luz, tres de los guardias se arrojaron llenos de temor a los pies del mártir y le pidieron el bautismo. Con ellos mandó llamar San Víctor a unos sacerdotes y, aprovechando la oscuridad de la noche, el prisionero y los sacerdotes llevaron a los guardias a la playa y San Víctor "los sacó del agua", es decir, fue su padrino de bautismo. Después, retornó con ellos a la prisión.

Cuando Maximiano se enteró de la conversión de los guardias, montó en cólera y mandó que éstos, junto con Víctor fuesen conducidos inmediatamente a la plaza central. La chusma insultaba a San Víctor para que hiciese volver a los convertidos a la religión pagana. Pero el mártir respondió: "No puedo deshacer lo que está bien hecho". Los tres soldados perseveraron en la fe y fueron decapitados. Víctor, después de haber sido apaleado y azotado, retornó a la prisión, donde estuvo tres días más. Entonces, Maximiano le mandó comparecer nuevamente ante el tribunal y le ordenó que ofreciese incienso a la estatua de Júpiter que había mandado colocar sobre un altar para el caso. Víctor se dirigió al altar y lo derribó a puntapiés, según se cuenta también de otros mártires. El emperador mandó que le cortasen inmediatamente el pie y le condenó a morir aplastado bajo una piedra de molino. Los verdugos rodaron la piedra, pero ésta se quebró antes de aplastar al santo. Entonces, los soldados le decapitaron. Los cuerpos de los mártires fueron arrojados al mar, pero las olas los depositaron en la playa y los cristianos les dieron sepultura en una cueva. El autor de las actas añade: "Hasta el día de hoy han realizado numerosos milagros, y Dios concede innumerables beneficios, por Nuestro Señor Jesucristo, a quienes invocan los méritos de los mártires".

Las "actas", en las que se basa lo que sabemos sobre San Víctor, pertenecen a la categoría de las "novelas hagiográficas", en las que lo verdadero y lo legendario se mezclan de tal modo, que es muy difícil, o simplemente imposible, averiguar los hechos históricos. En todo caso, San Víctor fue uno de los mártires más venerados de las Galias.

Las "actas" pueden verse en *Acta Sincera* de Ruinart, y en *Acta Sanctorum*, julio, vol. v. A pesar de las adiciones legendarias en la historia de San Víctor, consta por el testimonio de Gregorio de Tours y de Venancio Fortunato que su tumba en Marsella era uno de los sitios de peregrinación más famosos de la Galia. Muy probablemente el nombre de San Víctor figuraba en el texto original del *Hieronymianum*. Cf. Delehaye, CMH., p. 389; y E. Duprat, *Mémoires de l'Institut historique de Provence*, vol. xx y xxi (1943-1944).

SAN ABROGASTO, Obispo de Estrasburgo (Siglo VI)

Se ha dicho que este obispo franco era originario de Escocia o de Irlanda; pero lo más probable es que haya nacido en Aquitania, de donde partió a vivir como ermitaño en Alsacia. Un día que un hijo del rey Dagoberto se hallaba cazando en el bosque, un jabalí se echó sobre él y le mató; pero el joven resucitó gracias a las oraciones de Abrogasto. El rey Dagoberto nombró entonces a Abrogasto obispo de Estrasburgo, por más que otros relatos afirman que la resurrección del príncipe tuvo lugar cuando Abrogasto ya era obispo. El santo se consagró a gobernar su diócesis con humildad apostólica, al grado de que pidió que se le sepultase en la colina en que se enterraba a los malhechores. Así se hizo; pero se construyó una iglesia sobre la tumba del santo. Los historiadores tienen serias dudas sobre la vida de San Abrogasto, pues los relatos que se conservan son muy confusos.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. v, hay una biografía del santo, que se atribuye a uno de sus sucesores, Uto III. Aunque es una biografía tardía y legendaria, parece que tiene por base una tradición histórica. Véase R. Forrer, *Strasbourg-Argentorate*, vol. ii (1927), pp. 748 ss.; A. Postina, *S. Abrogast* (1928); y M. Barth, *Der h. Abrogast* (1940).

BEATO ODINO DE FOSSANO (1400 p.c.)

La vida de un sacerdote diocesano en una parroquia se presta para seguir el camino de la santidad, pero es generalmente muy poco espectacular. Lo mismo sucedía en la Edad Media, cuando vivieron y murieron en la oscuridad numerosos párrocos de virtud heroica y su nombre se perdió con ellos. Sólo en unos cuantos casos el culto local perpetuó su memoria, pero no los detalles de su vida, ya que generalmente sólo se conservaba una especie de "catálogo" de sus virtudes. El Beato Odino Barrotti constituye un caso excepcional por la multiplicidad de sus actividades, a pesar de que no pasó de ser un humilde párroco y vivió totalmente ajeno a la política, así eclesiástica como secular. Hacia el año 1360, Odino fue nombrado párroco de San Juan Bautista, en su pueblo natal de Fossano, en el Piamonte. Era tan abnegado, que el obispo de Turín tuvo pronto que darle la orden de comer un poco de carne, a pesar de todos los votos que pudiese haber hecho en sentido contrario, y de guardar lo necesario para su mantenimiento, pues el buen párroco gastaba todas las rentas de la parroquia en socorrer a los pobres y se estaba arruinando la salud. En 1374, fue nombrado preboste del capítulo de la colegiata de Fossano (que actualmente es catedral) y párroco de ella. Pero cuatro años más tarde, renunció a ambos beneficios para dirigir una cofradía religiosa que se lo había pedido. Después, ingresó en la Tercera Orden de San Francisco y convirtió su casa en una especie de refugio de todos los miserables. En 1381, hizo una peregrinación a Tierra Santa. A su retorno, fue nombrado director de la cofradía de la Cruz, que se dedicaba a cuidar a los enfermos y a ofrecer asilo a los peregrinos. El beato construyó un hospital gratuito

y, junto a él, una hospedería en la que los pobres y los peregrinos podían permanecer todo el tiempo que quisiesen. La hospedería siguió funcionando hasta el siglo XIX.

Viendo la capacidad de organización de Odino, su sucesor en el capítulo le pidió que se encargase de la construcción de la nueva colegiata. Así lo hizo el beato y empleó en ello todos sus recursos naturales y sobrenaturales. En cierta ocasión, los obreros transportaban una pesada viga en una carreta tirada por bueyes; la carreta se atascó en el barro y era imposible moverla; entonces el beato, tomando la puya, exclamó: "En el nombre de Dios y de San Juvenal, ¡adelante!" Y la carreta avanzó. (San Juvenal era el patrono de Fossano). En otra ocasión, mientras Odino se hallaba orando en la iglesia, uno de los obreros cayó de la torre y se mató. El beato tomó la mano del cadáver y le dijo: "Levántate y vuelve a trabajar". El hombre se levantó al punto, perfectamente sano. En 1396, los canónigos rogaron a Odino que aceptase de nuevo el cargo de preboste; así lo hizo para poder trabajar en una parroquia en la que era tan conocido y tan querido. Cuatro años más tarde, la peste hizo enormes estragos en la región. El Beato Odino se dedicó a atender día y noche a los enfermos y moribundos, hasta que él contrajo también la enfermedad y murió el 7 de julio de 1400. Fue un fin verdaderamente digno de quien había vivido entregado toda su vida al cuidado de sus prójimos. Su recuerdo sigue todavía vivo en Fossano. El culto del Beato Odino fue confirmado en 1808.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. v, hay un breve esbozo biográfico, un panegírico traducido del italiano y la copia de un tosco grabado que representa al beato.

BEATA ANGELINA DE MARSCIANO, VIUDA (1435 P.C.)

ANGELINA nació en Montegiove, cerca de Orvieto, en 1377. Su padre era Jacobo Angioballi, señor de Marsciano, y su madre, que se llamaba Ana, pertenecía a la familia de los condes de Corbara. Por eso, algunas veces se da a la beata el nombre de Angelina de Corbara. Cuando su madre murió en 1389, Angelina pensó en hacerse religiosa; pero a los quince años de edad, se casó con Juan de Terni, conde de Civitella. Dos años después, Angelina quedó viuda y dueña del castillo y las tierras de Civitella del Tronto.

La beata tomó entonces el hábito de la tercera orden de San Francisco y transformó su casa en una especie de comunidad de terciarias, formada por algunas de las criadas, parientes y amigas de Angelina, deseosas de trabajar por su santificación y por el bien de los pobres. Angelina y sus compañeras recorrían la región, predicando a los pecadores, socorriendo a los necesitados y exhortando a las doncellas a consagrarse a Dios. La beata no fue ni la primera, ni la última de los que predicaron el celibato con tanto vigor, que alarmaron a las autoridades civiles. Como había sucedido a San Ambrosio, Angelina fue acusada de hechicería, a causa de la influencia que ejercía sobre las jóvenes y aun de herejía, pues se alegaba que su desprecio del matrimonio era claramente maniqueísta. Ladislao, rey de Nápoles, la convocó a juicio en Castelnuovo, decidido a condenarla a la hoguera, si la encontraba culpable, no obstante su elevada alcurnia. Angelina, que

sospechó las intenciones de Ladislao, demostró la ortodoxia de su fe y la legitimidad de su conducta, y añadió: "Si he enseñado o practicado algún error, estoy dispuesta a sufrir el castigo correspondiente". Dicho esto, sacó de entre los pliegues de su hábito unas brasas y exclamó: "¡Aquí está el fuego preparado!" Ladislao la declaró inocente; pero, como algunos siguiesen quejándose de las actividades de la beata y sus compañeras, acabó por desterrarlas del reino.

Angelina, que sólo tenía entonces dieciocho años, se refugió en Asís. En la iglesia de Santa María de los Angeles, Dios le dio a entender claramente que debía fundar en Foligno un monasterio de clausura de la tercera orden regular de San Francisco. La beata partió al día siguiente a Foligno, y el obispo de la ciudad aprobó su proyecto. A principios de 1397, quedó terminado el convento y fue dedicado a Santa Ana, probablemente en memoria de la madre de Angelina. Esta fue elegida abadesa de la comunidad, que constaba de doce religiosas. Según parece, ese fue el primer convento de terciarias regulares con votos y clausura. El éxito fue tan grande, que Angelina fundó en 1399, en Foligno, el convento de Santa Inés y más tarde, los de Espoleto, Asís y Viterbo. En vida de la beata se fundaron once más. Angelina insistía en que las comunidades no debían ser muy numerosas para facilitar la observancia.

La beata murió a los cincuenta y ocho años de edad. Su culto fue aprobado en 1825.

En todas las grandes colecciones del tipo de los *Annales* de Wadding se encuentran frecuentes referencias a la Beata Angelina. Existe además una biografía italiana, escrita por L. Jacobelli (1627), de la que hay numerosas traducciones y reimpresiones. Entre las biografías modernas se cuentan las de Nicolás de Prato (1882) y Félix da Porretta (1937). Ver también Mazzara, *Leggendario Francescano* (1679), vol. II, pp. 107-114; y Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 491-503.

BEATO ALBERICO CRESCITELLI, MÁRTIR (1900 P.C.)

ALBERICO, EL cuarto de los once hijos de Benjamín Crescitelli y de Digna Bruno, nació el 30 de junio de 1863, en Altavilla Irpina, provincia de Avellino. Su párroco advirtió su piedad e hizo que iniciara sus estudios. A los quince años, Alberico entró al seminario pontificio de San Pedro y San Pablo para las Misiones Extranjeras en Roma. Durante sus estudios, tuvo el dolor de perder a su padre y a una hermana, muertos por un terremoto en Casamicciola. Fue ordenado sacerdote el 4 de junio de 1887.

Cuando pasaba unos días con su familia, se declaró una epidemia de cólera. Con el permiso de sus superiores, se quedó allí para ayudar a los enfermos. Su constancia y su dedicación le valieron el reconocimiento de todos, y el gobierno italiano le otorgó una medalla. Se alejó furtivamente de Altavilla Irpina la mañana del 31 de octubre. Su madre, al notar su ausencia, lo encomendó a la Virgen María con amargo llanto.

Después de haber tenido el honor de ser recibido por el Papa León XIII, dejó Roma el 2 de abril de 1888 y se embarcó para Marsella. Llegó a China el 18 de agosto. Fue designado para el vicariato apostólico de Shen-Si, que debía recorrer constantemente. Jamás retrocedió ante las fatigas ni las incomodidades de los alojamientos improvisados, atento sólo a penetrar lo

más completamente posible en la mentalidad de las poblaciones medio salvajes que le habían sido confiadas.

La miseria era extrema y no vacilaba en reclamar para los cristianos las mismas cantidades de arroz que se distribuían entre los paganos. Nunca se sintió extranjero y empleó su tenacidad para estudiar los problemas del cultivo del arroz, pues creía que, al interesarse en los problemas vitales de la China, atraería a los chinos al Evangelio. El cálculo era justo. Construyó una iglesia en Han-Yang-Pin para los nuevos cristianos.

En 1900, el vicario apostólico le pidió que se fuera a la región de Ning Kiang, que todavía no había sido evangelizada. Fue allí donde le sorprendió la revuelta de los boxers. Para no comprometer a sus amigos, se fue a Yan-Pin-Kouan en donde le reconocieron. Golpeado, torturado y arrastrado por los pies sobre las piedras del camino, fue finalmente decapitado, cerca de Yen-Tsé-Pien, el 21 de julio de 1900.

Fue beatificado por Pío XII el 18 de febrero de 1951.

Acta Apostolicae Sedis, vol. XLIII, 1951, pp. 159-163. Traducción del discurso de Pío XII en la *Documemtation catholique*, vol. XLVIII, 1951, cols. 321-324. *Enciclopedie catholique*, vol. IV, 1950, cols. 851-852. G. Mencaglia, *Il servo di Dio Alberico Grescitelli, martire della Cina*, Milán, 1930.

22: SANTA MARIA MAGDALENA (Siglo I)

LA HISTORIA de María Magdalena es una de las más conmovedoras del Evangelio. Los evangelistas hablan de tres mujeres: la pecadora (Luc., VII, 37-50); María Magdalena, una de las mujeres que seguían al Señor (Juan XX, 10-18) y María de Betania, la hermana de Lázaro (Luc., X, 38-42). La liturgia romana identifica a las tres mujeres con el nombre de María Magdalena, como lo hace la antigua tradición occidental desde la época de San Gregorio Magno.*

El nombre de María Magdalena se deriva de Magdala, una población situada sobre la orilla occidental del mar de Galilea, cerca de Tiberíades, en la que el Señor encontró por primera vez a aquella mujer. San Lucas hace notar que era una pecadora (aunque no afirma que haya sido una prostituta, como se supone comúnmente). Cristo cenaba en la casa de un fariseo donde la pecadora se presentó y al momento se arrojó al suelo frente al Señor, se echó a llorar y le enjugó los pies con sus cabellos. Después le ungió con el perfume que llevaba en un vaso de alabastro. El fariseo interpretó el silencio y la quietud de Cristo como una especie de aprobación del pecado y murmuró en su corazón. Jesús le recriminó por sus pensamientos. Primero le preguntó en forma de parábola cuál de dos deudores

* La identificación de las tres mujeres es cosa común en occidente. Muchos escritores latinos, siguiendo a San Gregorio Magno, lo hacen así, aunque otros, como San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Alberto Magno y Santo Tomás, no se pronuncian sobre la cuestión. En cambio, la mayoría de los padres griegos distinguen tres o por lo menos dos personajes diferentes y esa es la tradición que priva en el oriente, aun entre los católicos. Por ejemplo, los católicos bizantinos celebran el 22 de julio a la María Magdalena del vaso de alabastro y a las otras dos en otras tantas fechas diferentes.

debe mayor agradecimiento a su acreedor: aquél a quien se perdona una deuda mayor, o al que se perdona una suma menor. Y descubriendo el sentido de la parábola, le dijo directamente:

"¿Ves a esta mujer? Al entrar en tu casa, no me diste agua para lavarme los pies, pero ella me los ha lavado con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; en cambio ella no ha cesado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza y ella me ha ungido los pies. Por ello, te digo que se le han perdonado muchos pecados, pues ha amado mucho. En cambio, aquél a quien se perdona menos, ama menos". Y volviéndose a la mujer, le dijo: "Perdonados te son tus pecados. Tu fe te ha salvado. Vete en paz".

En el capítulo siguiente, San Lucas, habla de los viajes de Cristo por Galilea, dice que le acompañaban los apóstoles y que le servían varias mujeres. Entre ellas figuraba María Magdalena, "de la que había arrojado siete demonios". Más adelante, narra que, en cierta población, el Señor fue recibido por Marta y su hermana María. Probablemente las dos hermanas se habían ido a vivir a Betania con su hermano Lázaro, a quien el Señor había resucitado a petición de ellas. Marta, que trabajaba afanosamente, pidió al Señor que dijese a su hermana que fuese a ayudarla, pues María no se separaba un instante de Cristo para escuchar cuanto decía. El Señor respondió a Marta las palabras que han confundido y consolado a tantas gentes: "Marta, Marta, te preocupas por muchas cosas y sólo hay una necesaria. María ha escogido la mejor parte y no le será quitada". Así, María, la pecadora, se había convertido en contemplativa.

La víspera de la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, que había de preceder su Pasión, Jesús cenó con la familia de Lázaro en Betania. San Juan nos dice que Jesús los amaba. En esa ocasión, María ungió nuevamente la cabeza y los pies del Señor y los enjugó con sus cabellos, de suerte que "la casa se llenó del perfume de la unción". Tampoco faltó entonces quien criticase el gesto de María. Judas se escandalizó de él, no por generosidad con los pobres, sino por avaricia, y aun los otros discípulos interpretaron la conducta de María como un exceso. Pero el Señor reivindicó una vez más a Magdalena:

"¡Dejadla en paz! ¿Por qué la molestáis? Buena obra es la que ha hecho conmigo. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. Esta mujer ha hecho lo que ha podido, adelantándose a ungir mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo que dondequiera que se predique este evangelio sobre la faz de la tierra, se dirá lo que ella ha hecho por mí". San Juan Crisóstomo comenta: "Y así ha sucedido en verdad. Por dondequiera que vayáis oiréis alabar a esta mujer... Los habitantes de Persia, de la India,... de Europa, celebran lo que ella hizo con Cristo.

Pero también se recuerda a María Magdalena por otros episodios. En la hora más oscura de la vida de Cristo, María Magdalena contemplaba la cruz a cierta distancia. Acompañada por "la otra María", descubrió que alguien había apartado la pesada piedra del sepulcro del Señor. Lo más grande que podemos decir sobre María Magdalena es que fue la primera persona que vio, saludó y reconoció a Cristo resucitado, cuando fue al sepulcro

cargada de aromas y llorando amargamente. María Magdalena, la contemplativa, fue la primer testigo de la resurrección del Señor, sin la cual vana es nuestra esperanza. El Hijo de Dios quiso manifestar la gloria esplendorosa de su resurrección a aquella mujer manchada por el pecado y santificada por la penitencia.

Jesús la llamó: "¡María!" Y ella, al volverse, exclamó: "¡Maestro!" Y Jesús añadió: "No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre. Pero ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios".

La tradición oriental afirma que, después de Pentecostés, María Magdalena fue a vivir a Efeso con la Virgen María y San Juan y que murió ahí. A mediados del siglo VIII, San Wilibaldo visitó en Efeso el santuario de María Magdalena. Pero, según la tradición francesa, adoptada por el Martirologio Romano y muy difundida en occidente, María Magdalena fue con Lázaro y Marta a evangelizar la Provenza y pasó los últimos treinta años de su vida en los Alpes Marítimos, en la caverna de *La Sainte Baume*. Poco antes de su muerte, fue trasladada milagrosamente a la capilla de San Maximino, donde recibió los últimos sacramentos y fue enterrada por el santo.

La primera mención del viaje de María Magdalena a la Provenza data del siglo XI, a propósito de las pretendidas reliquias de la santa que se hallaban en la abadía de Vézelay, en Borgoña. Pero la leyenda no tomó su forma definitiva sino hasta el siglo XIII, en la Provenza. A partir de 1279, empezó a afirmarse que las reliquias de Santa María Magdalena se hallaban en Vézelay, en el convento dominicano de Saint-Maximin. Todavía en la actualidad es muy popular la peregrinación a dicho convento y a La Sainte Baume. Pero las investigaciones modernas, especialmente las que llevó a cabo Mons. Duchesne, han demostrado que no se pueden considerar como auténticos ni las reliquias, ni el viaje de los amigos del Señor a Marsella. Así pues, a pesar de los clamores de la tradición local francesa, hay que confesar que se trata de una fábula.

Otra de las curiosas leyendas muy difundidas en la Edad Media, afirmaba que María Magdalena era la prometida de San Juan Evangelista cuando el Señor llamó a éste para que le siguiera. "Despechada al verse abandonada por su prometido, María Magdalena se entregó a todos los vicios. Pero, como no convenía que la vocación de San Juan fuese la ocasión de la condenación de María Magdalena, Nuestro Señor la movió misericordiosamente a la penitencia. Y, dado que María Magdalena había hecho de la carne su mayor deleite, Cristo le concedió sobre todos los dones el don del amor a Dios, que es el mayor deleite espiritual". ("Leyenda de Oro").

Se ha escrito mucho sobre el viaje de María Magdalena a la Provenza. Sin embargo, la leyenda de que pasó sus últimos años en Sainte Baume carece de toda probabilidad. J. de Launoy fue el primero en criticar la leyenda, en el siglo XVII; los historiadores católicos posteriores le han dado la razón. Los bolandistas modernos se han ocupado del problema en diversas ocasiones (ver, por ejemplo, *Analecta Bollandiana*, vol. XII, 296: XVI, 515; XVII, 361, etc.), y en todas ellas se han pronunciado decididamente en contra de la leyenda. Véase también el estudio de Mons. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 321-359; el ensayo de G. de Manteyer en *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, vol. XVII (1897), pp. 467-489; G. Morin, en *Revue Bénédictine*, vol. XXVI (1909), pp. 24-33; el artículo de E. Vacandard en *Revue des questions historiques* (1924), pp. 257-305; el estudio del P. H. Thurston en *Studies*, vol. XXIII (1934), pp. 110-123 (en la última parte de este artículo, por error de imprenta, se habla de "Saint-Marcellin" en vez de "Saint-Maximin"); y H. Hansel, *Die Maria Magdalena-Legende* (1937). Hay un excelente resumen del problema en Baudot y Chaussin, *Vies des Saints*..., vol. VII (1949), pp. 526-543. El punto de vista de los que creen en la leyenda, ha sido expuesto muy a fondo por J. Véran y J. Sagette (1868 y 1880, respectivamente). En Leclercq, DAC., vol. VIII, cc. 2038-2086, *Lazare*, hay una bibliografía muy extensa; se trata de un artículo en que el autor, admirablemente documentado, discute a fondo el problema. Es muy conocida la biografía de Santa María Magdalena escrita por Lacordaire; pero, por excelente que sea desde el punto de vista de la devoción y el estilo, carece totalmente de valor desde el punto de vista histórico. En *Blackfriars*, vol. XXXII (1951), pp. 407-414, 478-488, C. M. Girdlestone discute la cuestión del viaje de las Marías a la Provenza.

SAN JOSE DE PALESTINA (*c.* 356 P.C.)

DESPUÉS DE LA destrucción de Jerusalén, los judíos eligieron entre sus principales maestros a uno, a quien dieron el título de Patriarca o "Príncipe en el cautiverio". El más célebre de dichos personajes fue el rabí Hilel (a quien no hay que confundir con el rabí Hilel del que habla el Talmud). Era éste un hombre muy erudito, que fundó la escuela bíblica de Tiberíades y fue su mayor gala. Poco antes de morir, Hilel mandó llamar a un obispo cristiano, el cual, disfrazado de médico, mandó traer agua al cuarto del rabí y le bautizó. Hilel murió, pues, cristiano. José, uno de sus discípulos y su confidente, presenció el bautismo. Junto con los libros de Hilel, José recibió el cuidado del hijo de éste. San Epifanio, el biógrafo de José, dice a propósito del hijo de Hilel: "Se llamaba Judas, según creo; pero hace tanto tiempo que me dijeron su nombre, que no estoy seguro". Entre los libros de Hilel había varias obras cristianas, cuya lectura impresionó mucho a José. Sin embargo, estaba todavía lejos de convertirse, aunque de cuando en cuando se sentía ya inclinado a abrazar el cristianismo. Una de las cosas que mayor bien le hicieron, fue el ejemplo de una joven cristiana a quien el hijo de Hilel no logró seducir ni siquiera empleando las artes mágicas. José soñó una noche que se le aparecía Cristo y le decía: "Yo soy Jesús, a quien tus padres crucificaron. Cree en mí". Valiéndose del nombre del Señor, José exorcizó a un poseso, el cual quedó instantáneamente curado. Esto acabó de convencerle de la verdad del cristianismo, pero no hizo nada por recibir el bautismo y aun aceptó el cargo de jefe de la sinagoga en Tarso. Naturalmente, su posición ambigua le hacía muy desdichado; por otra parte, los judíos, que ya estaban insatisfechos de su conducta y sospechaban de él, le sorprendieron cuando leía el Evangelio. Entonces le golpearon y le arrojaron al río Cidno. Los malos tratos abrieron su corazón a la gracia y, por fin, recibió el bautismo.

Constantino el grande le otorgó el título de conde (por lo cual se le llama algunas veces "el conde José"), con autoridad para construir iglesias en el territorio de Galilea, pero particularmente en las ciudades judías. Se cuenta que los judíos se valieron de todos los medios para estorbar su trabajo; en cierta ocasión, apagaron los hornos de ladrillo, pero José hizo la señal de la cruz sobre un balde de agua, la vertió en un horno y, al punto, se reavivó el fuego. Más tarde, José abandonó Tiberíades y se fue a vivir a Escitópolis (Betsán) donde dio asilo, en 335, a San Eusebio de Vercelli, quien había sido desterrado por los arrianos. También hospedó a

otros siervos de Dios, entre los que se contaba San Epifanio, a quien narró todos los detalles que relatamos aquí. José tenía entonces setenta años, y falleció poco después, hacia el año 356. Hay que advertir que, si bien Baronio incluyó el nombre de José en el Martirologio Romano, no parece que se le haya rendido culto litúrgico en ningún país del mundo, ni siquiera en el sitio en el que vivió.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. v, donde hay una traducción latina del texto de San Epifanio.

SAN WANDREGESILO o WANDRILO, ABAD (668 P.C.)

WANDREGESILO nació en las cercanías de Verdún, a fines del siglo VI o a principios del VII. Era pariente del Beato Pepino de Landen, predecesor de la dinastía carolingia. Sus padres le educaron piadosa y sobriamente, y en la escuela aprendió los rudimentos de las ciencias profanas. Los nobles de aquella época sólo podían hacer carrera en la corte, de suerte que Wandregesilo fue enviado a la corte de Austrasia, en cuanto tuvo edad suficiente para ello. Ahí contrajo matrimonio por complacer a sus padres, aunque personalmente no lo deseaba, pues desde tiempo atrás tenía la intención de abrazar la vida religiosa. Felizmente, los deseos de su esposa concordaban con los suyos, de suerte que vivieron juntos como hermano y hermana (aunque también se cuenta que fueron los padres de Santa Landrada). Cuando Wandregesilo puso en orden todos sus asuntos seculares, ambos se retiraron a la vida religiosa, el año 628. El rey Dagoberto no dejó de oponerse a ello, ya que no quería perder a un servidor tan eficaz y de tanta confianza. Wandregesilo comenzó por quedar bajo la dirección de San Baudry de Montfauçon, cerca de Verdún; pero a los pocos meses, comprendió que debía retirarse durante algún tiempo a la soledad. Así pues, se construyó una choza en los bosques, a orillas del río Doubs, cerca de Saint-Ursanne, en el Jura, donde pasó seis años. Su modo de vida y las penitencias que practicaba recuerdan mucho la disciplina de los monjes de Irlanda, ya que sólo comía dos veces por semana, dormía una o dos horas diarias y rezaba el oficio descalzo sobre el suelo helado. Por ello, se ha dicho que San Wandregesilo estaba bajo la influencia de San Columbano; tal hipótesis es bastante verosímil, puesto que San Ursicino, uno de los discípulos de San Columbano, había santificado con su vida y su muerte el sitio en el que habitaba entonces San Wandregesilo y éste proyectó, en una época, un viaje a Irlanda. Abandonando a los discípulos que se habían congregado a su derredor, el santo pasó algún tiempo en la abadía de San Columbano en Bobbio y después se trasladó a la abadía de Romain-Moûtier. Ahí permaneció diez años, hasta perfeccionarse en las reglas y prácticas de la vida cenobítica. El arzobispo de Rouen, San Ouén, en cuya diócesis trabajó algún tiempo Wandregesilo, le confirió las órdenes sagradas.

Una vez que Dios formó así perfectamente a su instrumento, le dio a entender que había llegado el momento de emprender la gran obra de su vida, o sea la fundación de la abadía de Fontenelle, en las cercanías de Caudebec-en-Caux. Pronto se unieron a Wandregesilo numerosos discípulos. El año 657, San Ouén consagró a San Pedro la iglesia de la nueva abadía. Fontenelle fue uno de los monasterios más característicos de la Edad Media,

ya que era a la vez hogar de ascetas, centro misional y escuela de artes y letras. San Wandregesilo se preocupó particularmente por el bienestar de los habitantes de los alrededores; no contento con encargarse de la instrucción de las personas que trabajaban en las dependencias del monasterio, que eran muy numerosas, extendió su celo a toda la región de Caux, donde había todavía muchos paganos. La bondad del santo ablandó y transformó a muchas almas; su humildad atrajo aun a los más renuentes y su predicación obró numerosas conversiones.

En julio del año 668, Wandregesilo tuvo que guardar cama a causa de una ligera indisposición. Entonces, fue arrebatado en éxtasis y comprendió que su muerte estaba próxima. En cuanto volvió en sí, reunió a sus monjes y les dijo: "Quedad tranquilos. Si permanecéis fieles a mis enseñanzas y recordáis lo que os he predicado, si estrecháis entre vosotros los lazos de unidad, amor y humildad y no dejáis que la discordia se introduzca entre vosotros, el monasterio prosperará. El Señor estará siempre entre vosotros y os reconfortará y ayudará en todo".

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. v, pueden verse las dos biografías que se conservan; pero sólo la primera de ellas, escrita en latín bárbaro por un monje de Fontenelle hacia el año 700, tiene algún valor histórico. B. Krusch hizo una edición crítica de dicha biografía, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. v, pp. 1-24. La otra biografía, que data de mediados del siglo X, carece de valor. Muchos de los relatos populares que corren sobre San Wandregesilo se basan en la segunda biografía y son por consiguiente falsos. Esto se aplica en particular a la biografía que publicó Dom Besse en la colección *Les Saints*. Véase también *Gesta sanct. patrum Fontanellensis coenobii*, ed. Lohier-Laporte (1936), pp. 1-14.

23: SAN APOLINAR, OBISPO DE RAVENA, MÁRTIR (Fecha desconocida)

SAN APOLINAR fue el primer obispo de Ravena y el único mártir de dicha ciudad cuyo nombre se conoce. Según las actas de su martirio, Apolinar nació en Antioquía, donde fue discípulo de San Pedro, y el Príncipe de los Apóstoles le nombró obispo de Ravena. Pero se trata de una fábula del siglo VII, inventada para dar prestigio a la sede episcopal de dicha ciudad. San Apolinar fue uno de los mártires más famosos en la Iglesia primitiva, y la gran veneración que se le profesaba es el mejor testimonio de su santidad y espíritu apostólico, pero ello no nos autoriza a prestar crédito a la leyenda. Según ésta, Apolinar curó milagrosamente a la esposa de un oficial, y tanto el marido como la mujer se convirtieron al cristianismo. También sanó a un sordo llamado Bonifacio y obtuvo tal cantidad de conversiones, que las autoridades le desterraron de la ciudad. Entonces, Apolinar fue a predicar el Evangelio a Bolonia, donde convirtió a todos los miembros de la familia del patricio Rufino. Partió al exilio nuevamente y durante la travesía, naufragó en las costas de Dalmacia, donde fue maltratado por predicar el Evangelio. Apolinar volvió tres veces a su sede, y otras tantas fue capturado, torturado y desterrado nuevamente. En su cuarta visita el emperador Vespasiano publicó un decreto por el que condenaba al destierro a todos los cristianos. San Apolinar consiguió escon-

derse algún tiempo con la ayuda de un centurión cristiano, pero finalmente fue descubierto por el populacho que le condujo al barrio de Classis, donde le golpeó hasta dejarle por muerto. San Pedro Crisólogo, el más ilustre de los sucesores de San Apolinar, le calificó de mártir en uno de sus sermones, pero añadió que Dios preservó la vida de Apolinar durante largo tiempo para bien de su Iglesia y no permitió que los perseguidores le quitasen la vida. En tal caso, sólo puede decirse que fue mártir a causa de los tormentos que sufrió por Cristo. En el canon de la misa del rito de Milán se menciona a San Apolinar.

En sus sermones, San Pedro Crisólogo afirma que San Apolinar fue obispo de Ravena y mártir. Prácticamente a eso se reduce todo lo que sabemos sobre él. La biografía de *Acta Sanctorum*, julio, vol. v, no es ciertamente anterior al siglo VII, y no parece que se apoye en una tradición auténtica. Mons. Lanzoni, *Le fonti della leggenda di Sant'Apollinare di Ravenna* (1915) y *Le diocesi d'Italia* (1923), pp. 455 ss., discute a fondo el problema. Véase E. Will, *S. Apolinaire de Ravenne* (1936); Delehaye, *L'Hagiographie ancienne de Ravenne, en Analecta Bollandiana*, vol. XLVII (1929), pp. 5-30; Zattoni, *La data della Passio S. Apollinaris* (1904), y los otros estudios del mismo autor; M. G. Loreta, *Le chiese di S. Apollinare* (1924); y CMH., pp. 390-392.

LOS TRES REYES MAGOS (Siglo I)

En el Evangelio no se dice que los magos o sabios de oriente hayan sido tres; pero la tradición que lo afirma es muy antigua y se funda sin duda en las tres clases de dones que el Evangelio menciona. Algunos de los frescos más antiguos de las catacumbas, representan a tres reyes, pero otros representan a dos, cuatro y aun seis magos, probablemente por motivos artísticos. Algunos de los Padres, como Orígenes (*Hom. in Genesim*, XVI, 3), San Máximo de Turín y San León consideran como cosa probada que los magos eran tres. Tal vez en la determinación de este número influyó también el hecho de que frecuentemente se compara o se contrapone a los magos con los tres jóvenes que cantaron las alabanzas de Dios en el horno en llamas, a que se refiere el Antiguo Testamento.

En los frescos de las catacumbas, así como en los más antiguos grabados de los sarcófagos, se representa siempre a los magos con gorros frigios. La idea de que eran reyes se divulgó posteriormente y es posible que se originase en el salmo LXXI, 10: "Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán presentes; los reyes de Arabia y de Saba llevarán regalos". Según parece, San Cesario de Arles, que murió en el año 543, fue el primero en citar dicho salmo a este propósito (Migne, PL., vol. XXXIX, c. 2018) y, a partir del siglo VIII, los magos aparecen en todas las representaciones con la corona real.

Más tarde, el pueblo cristiano dio nombres propios a cada uno de los tres. Un manuscrito de París, que data del siglo VIII, les llama "Bithisarea, Melchior y Gathaspa". En una miniatura del Codex Egberti (*c.* 990) aparecen dos nombres: "Pudizar" y "Melchias". A pesar de estas ligeras divergencias, no cabe duda de que de ahí se derivaron los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar. En las pinturas posteriores de la Edad Media, uno de los magos es casi siempre un joven, otro de edad madura y el tercero muy anciano. La costumbre de representar a uno de los magos como hombre de la raza negra, data del siglo XV.

Según la leyenda, los restos de los magos reposan en la catedral de

Colonia, en una capilla que constituye uno de los más bellos ejemplos del primor con que se trabajaba el metal en la Edad Media. No hay razón para dudar de que dichas reliquias sean las que fueron transladadas en 1164, de la basílica de San Eustorgio, en Milán, después de que Federico Barbarroja las regaló al arzobispo de Colonia. Pero la historia anterior de las reliquias es menos clara, por más que ya en el siglo IX, se las consideraba en Milán como las de los Reyes Magos. Se cuenta que habían sido transportadas de Constantinopla a Milán, probablemente en la época del emperador Zenón (474-491); pero ignoramos cómo se identificó a dichas reliquias con las de los magos y cómo fueron a dar a Constantinopla. Es indiscutible que en la Edad Media el culto de los magos era muy popular, sobre todo en Alemania. A su desarrollo contribuyeron las peregrinaciones a la catedral de Colonia y los "misterios" medievales, en donde los magos ocupaban un papel muy importante. Con frecuencia se les veneraba como los patronos de los viajeros.

Véase Hugo Kehrer, *Die heiligen Drei Könige*, en *Literatur und Kunst* (2 vols., 1909); Kraus, *Geschichte der christl. Kunst*, vol. I, p. 151, y otros muchos pasajes; H. Detzel, *Christliche Ikonographie* (1896), vol. II, pp. 473-475; y G. Messina, *I Magi a Betlemme* (1933).

SAN LIBORIO, Obispo de Le Mans (Siglo IV)

Lo único que sabemos acerca de San Liborio es que fue obispo de Le Mans durante casi cincuenta años, en el siglo IV. San Martín de Tours asistió a sus funerales. El año 836, sus reliquias fueron transladadas a Paderborn. Se invoca a San Liborio contra las enfermedades de la vesícula. El Papa Clemente XI († 1721), que sufría de esa penosa enfermedad, introdujo la conmemoración litúrgica de San Liborio en la Iglesia occidental.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. v; pero las biografías que hay ahí son de poca utilidad. Cf. A. Ledru, *Les premiers temps de l'église du Mans* (1913). En *Analecta Bollandiana*, vol. XXII (1903), pp. 146-172, se publicó un largo relato de la traslación de las reliquias a Paderborn. En 1936, vio la luz una colección de estudios históricos y arqueológicos, titulada *Sankt Liborius, sein Dom und sein Bistum*. Cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXXI (1953), p. 480.

SAN JUAN CASIANO, Abad (*c.* 433 p.c.)

El patriarca de la vida monástica, a quien se llama simplemente Casiano, nació hacia el año 360, probablemente en Dobruja, ciudad de Rumanía. No es imposible que haya luchado contra los godos en la batalla de Andrinópolis. Alrededor del año 380, partió con un amigo suyo llamado Germán, a visitar los Santos Lugares. Ambos se hicieron monjes en Belén. Pero en aquella época, el centro de la vida contemplativa era Egipto. Así pues, los dos amigos se transladaron allá y visitaron uno a uno en la soledad a los famosos santos varones "que estaban llamados a desempeñar una alta misión en el mundo: no sólo la de orar por él, sino la de edificar e instruir a las generaciones futuras" (Ullathorne). Durante algún tiempo, Casiano y Germán llevaron vida eremítica bajo la dirección de Arquebio. Después, Casiano

se trasladó al desierto de Esqueta para hablar con los anacoretas que habitaban en cuevas excavadas en la ardiente roca y para vivir en los "cenobios" o monasterios de los monjes. No sabemos por qué razón, Casiano emigró a Constantinopla hacia el año 400. Ahí fue discípulo de San Juan Crisóstomo, quien le confirió el diaconado. Cuando se depuso al gran santo, contra todas las leyes canónicas y contra toda justicia, Casiano fue uno de los legados enviados a Roma para defender la causa del arzobispo ante el Papa San Inocencio I. Tal vez en Roma recibió la ordenación sacerdotal, pero no volvemos a saber nada de él hasta que le encontramos en Marsella, varios años después.

Ahí fundó Casiano dos monasterios: uno para monjes, en el sitio en que había sido sepultado el mártir San Víctor, y otro para religiosas. Casiano y sus monasterios habían de irradiar en el sur de la Galia el espíritu y el ideal ascético de Egipto. Para guía e instrucción de sus discípulos, Casiano compuso sus "Conferencias" o "Colaciones" y las "Reglas de la vida monástica". Ambas obras estaban destinadas a ejercer una influencia inmensamente mayor de lo que su autor pudo sospechar. En efecto, San Benito las recomendó, junto con las "Vitae Patrum" y la Regla de San Basilio, como la mejor lectura que sus monjes podían hacer después de la Biblia. También es sensible la influencia de Casiano en la Regla de San Benito y en su espiritualidad, de suerte que puede decirse que Casiano influenció a la cristiandad entera a través de San Benito. En los cuatro primeros libros de las "Reglas de la vida monástica" describe la forma de vida que deben llevar los monjes; el resto de la obra está consagrado a las virtudes que deben tratar de adquirir y a los pecados mortales en los que más peligro tienen de caer. Casiano dice en el prefacio de dicha obra: "No voy a describir milagros y prodigios ni a contar anécdotas. Porque, aunque mis mayores me contaron muchas cosas increíbles y aunque me ha sido dado presenciar algunas con mis propios ojos, el repetirlas produce simplemente asombro en el lector, pero no contribuye a instruirle en el camino de la perfección". Tal sobriedad es característica de Casiano.

Es curioso que el Martirologio Romano no mencione a Casiano. Sin duda que Baronio no quiso incluirle en él, porque en su época se le consideraba como el iniciador y el principal exponente de las enseñanzas que ahora se conocen con el nombre de semipelagianismo. Casiano expuso su teoría en su tratado "Acerca de la Reprobación y de la Gracia", en el curso de una controversia acerca de San Agustín; basándose en dicho tratado, se puede tachar a Casiano de "anti-agustinista", pero no de semipelagiano. El santo pasó todo el resto de su vida en Marsella, donde murió hacia el año 433. Los bizantinos celebran su fiesta el 29 de febrero.

No existe ninguna biografía contemporánea de Casiano; pero en *Acta Sanctorum*, julio, vol. v, se encontrarán muchos documentos referentes a él. Véase también la introducción a la edición de sus obras, hecha por Petschening, en el *Corpus script. eccl. lat.* de Viena. E. C. S. Gibson tradujo al inglés las obras de Casiano (1894). Muchos de los autores que escriben sobre los orígenes del monaquismo aluden frecuentemente a Casiano; por ejemplo, Herwegen, Albers y C. Butler. En los últimos años, se ha escrito mucho sobre el santo: cf. L. Cristiani, *Cassien* (2 vols., 1946), y la obra de O. Chadwick, *John Cassian* (1950), que es todavía mejor que la anterior desde el punto de vista biográfico y contiene una bibliografía muy completa; DHG., vol. XI.

SANTAS ROMULA y sus Compañeras, Vírgenes (Siglo VI)

El 23 de julio, el Martirologio Romano menciona a "las santas vírgenes Rómula, Redenta y Herundina, acerca de las cuales escribió el Papa San Gregorio". Santa Herundina inició a Santa Redenta en la práctica de las virtudes y de la vida eremítica. Más tarde, Redenta se retiró a las colinas de Palestrina, con Santa Rómula y otra mujer, para establecerse hacia el año 575, en una casita próxima a la iglesia de Santa María la Mayor. San Gregorio, quien las conoció personalmente, cuenta que daban ejemplo de humildad y obediencia perfectas y que casi no abrían la boca más que para orar. Durante los últimos años de su vida, Rómula estuvo paralítica en el lecho, pero supo aprovechar bien su enfermedad, ya que jamás se quejaba y vivía con la mente fija en Dios, apartada de todas las distracciones del mundo. Aunque era bastante más joven que Redenta, Rómula murió antes, seguramente a causa de esa enfermedad. Una noche, Rómula y su otra compañera oyeron gritar a Santa Redenta; al punto acudieron y encontraron su habitación llena de una luz maravillosa y oyeron voces como de una muchedumbre que se acercaba. Al verlas tan asustadas, Rómula las tranquilizó: "No temáis", les dijo, "todavía no ha llegado la hora de mi muerte". Tres noches después, las llamó de nuevo y les pidió que le llevasen el viático. Apenas acababa de recibirlo, se oyó una música celestial, como si los ángeles estuviesen cantando junto a la puerta en coros alternados. Así murió Rómula y los cantos se apagaron poco a poco, como si los ángeles se alejaran con el alma de la santa hacia el Paraíso.

Ver los *Diálogos* de San Gregorio, lib. IV, c. 15; y *Homilías*, 40, c. II.

SANTA ANA o SUSANA, Virgen (*c.* 918 p.c.)

Ana, llamada también Susana, nació en Constantinopla hacia el año 840. Su padre murió cuando ella era todavía pequeña. Su madre la educó cuidadosamente con la cuantiosa fortuna que había heredado. Como era rica y hermosa, no le faltaron proposiciones de matrimonio, pero Ana las rechazó todas. El emperador Basilio de Macedonia apoyaba a uno de los pretendientes, pero como Ana se negase a contraer matrimonio con él, Basilio la sometió a persecuciones y malos tratos. La santa, que hasta entonces había llevado vida monástica en el mundo, huyó a la colina de Epiro, en la isla Léucade, donde pasó el resto de su vida en la soledad. Al llegar ahí tenía unos veintiocho años y murió a los setenta y ocho de edad. Mucho tiempo después, a raíz de varias curaciones milagrosas y, sobre todo, de algunas liberaciones de posesión diabólica, se procedió a desenterrar las reliquias; el cuerpo de la santa estaba perfectamente conservado y despedía un suave olor. Desde entonces, los griegos empezaron a profesar gran veneración a Santa Ana.

Es interesante notar que la isla Léucade se conoce ahora con el nombre de Santa Maura. Era ésta una virgen que dio la vida por la causa de la fe. Lo único que sabemos acerca de ella es que los cristianos le profesaban tal devoción, que el emperador Juliano el Apóstata, para acabar con ella, inventó la fábula de que se trataba simplemente de una desviación del culto de Afrodita.

El Martirologio Romano menciona a Santa Maura el 30 de noviembre y sitúa su martirio en Constantinopla. El nombre de Santa Ana no figura en dicho Martirologio.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. v. Martynov, en *Annus Eclesiasticus Graeco-Slavicus* (*Acta Sanctorum*, oct., vol. XI), hace notar que en algunos sinaxarios se llama a esta santa, Susana y no Ana.

BEATA JUANA DE ORVIETO, VIRGEN (1306 P.C.)

JUANA era una campesina de la Carnaiola. En Orvieto se la llama todavía Vanna, como lo hacían sus familiares. Como hubiese quedado huérfana a los cinco años, sus compañeras de juego trataron de asustarla diciéndole que no tenía a nadie que mirase por ella y que moriría de hambre. Pero la niña respondió sin intimidarse: "Yo tengo un padre mejor que el vuestro". Sus compañeras le preguntaron qué significaba eso y Juana las condujó a la iglesia y les mostró una imagen del ángel de la guarda: "El velará por mí". Su confianza no se vio frustrada, ya que fue adoptada por una familia de Orvieto, la cual se encargó de educarla y de arreglarle un matrimonio. Pero Juana tenía proyectos diferentes. Así, pues, se refugió en casa de una amiga e ingresó en la tercera orden de Santo Domingo. A partir de ese momento, se consagró enteramente al servicio de Dios y de los pobres. Según cuenta la tradición, Juana se mostraba particularmente bondadosa con quienes la molestaban y hacía penitencia por ellos; ese era el motivo por el que se decía en Orvieto que si se deseaba que la beata orase por alguien, éste no tenía más que molestarla. Se dice que el cielo concedió a Juana numerosos éxtasis y gracias extraordinarias. El Beato Santiago de Mevania, quien se hallaba entonces en el convento de los dominicos de Orvieto, fue su director espiritual durante varios años. Según una leyenda, Juana se confesó con él en Orvieto cuando el cadáver del beato se hallaba tendido en Bevagna. Juana predijo varios de los milagros que iban a ocurrir después de su muerte, pero hizo cuanto pudo por esconder las gracias extraordinarias que el cielo le había concedido. Lo que no podía ocultar en forma alguna era su despego del mundo, su humildad y su mansedumbre. La beata profesó siempre particular devoción a los ángeles. Murió asistida por ellos, el 23 de julio de 1306. Su culto fue aprobado en 1754.

La principal fuente sobre la beata es la biografía latina escrita por Jacobo Scalza; fue editada por primera vez en 1853; más tarde, fue reeditada en italiano por L. Fumi y L. Passarini. Véase también Procter, *Dominican Saints*; y M. C. Ganay, *Les bienheureuses Dominicaines* (1913).

24: SANTA CRISTINA, VIRGEN Y MÁRTIR (Fecha desconocida)

EL MARTIROLOGIO Romano resume así la leyenda de esta mártir de occidente: Cristina pertenecía a la familia romana de los Ancios. Desde muy joven, se convirtió al cristianismo y destrozó las imágenes de oro y plata de los dioses lares que había en la casa de sus padres y vendió los fragmentos para repartir el producto entre los pobres. Lleno de cólera, el padre golpeó a su hija, le ató al cuello una piedra y la arrojó al lago de Bolsena, que estaba junto a su casa. Pero Cristina se salvó milagrosamente de perecer ahogada y su padre la denunció como cristiana, de suerte que debió comparecer ante los magistrados. El juez la condenó a morir, cuando la joven rehusó renegar de su fe. Cristina quedó ilesa en un pozo lleno de serpientes venenosas y, luego de permanecer cinco días en un horno encendido, salió sana y salva. Entonces el juez le mandó cortar la lengua y la hizo morir atravesada por las flechas. El martirio tuvo lugar en la época de Diocleciano. Santa Cristina fue antiguamente muy popular en el occidente, pero más tarde se confundió su leyenda con la de Santa Cristina de Tiro, tan popular como ella en el oriente. Para identificar a ambas santas, se inventó la historia de la translación de las reliquias de Cristina de Tiro a Bolsena (aunque las reliquias de Santa Cristina de Roma se hallan, según se dice, en Palermo). Según otra versión, citada por Alban Butler, el martirio de la santa occidental tuvo lugar "en Tiro, que era una ciudad que antiguamente estaba en una isla en el lago de Bolsena que fue más tarde cubierta por las aguas".

La leyenda de la Cristina de oriente, que es una colección de milagros absurdos, dice que la santa fue encarcelada por haberse negado a ofrecer sacrificios a los dioses. Cuando su madre fue a la prisión con el propósito de persuadirla a que abjurase de la fe, Cristina la rechazó y, como hija de Dios, se negó a reconocerla por madre. El juez la condenó a ser desgarrada con garfios; la joven cogió uno de los garfios y lo arrojó a la cara del juez. Los verdugos encendieron una hoguera para quemarla; pero el viento dispersó las llamas de la pira y produjo otros incendios en los que perecieron muchos hombres, dejando intacta a la mártir. Cristina fue entonces arrojada al mar; Cristo descendió personalmente del cielo a bautizarla "en el nombre de Dios, mi Padre y de su Hijo, que soy yo, del Espíritu Santo", y San Miguel Arcángel la llevó ilesa a la costa. Esa misma noche, murió el juez que había condenado a Cristina. El substituto la condenó a morir en un caldero de aceite y pez hirvientes, en el que se encargaron de sumergirla cuatro hombres; pero la santa encontró muy agradable la tortura de la que, por supuesto, salió indemne. Entonces, los verdugos le rasuraron la cabeza y la condujeron desnuda por las calles de la ciudad hasta el templo de Apolo. Tan pronto como entró Cristina, la estatua del dios cayó al suelo y se hizo pedazos. Entonces murió el segundo juez. El tercero la condenó a ser arrojada a un foso de serpientes; pero de nuevo, los reptiles se abstuvieron de tocar a Cristina y atacaron en cambio al encantador, a quien la mártir se encargó de resucitar. Cuando el juez mandó que le fueran cortados los pechos, manó de las heridas leche en vez de sangre. Aunque se le había cortado ya la lengua, Cristina podía hablar sin dificultad. Cuando se la arrancaron la arrojó a la cara del juez, quien quedó tuerto. Finalmente la santa alcanzó la palma del martirio gracias a que una flecha le atravesó el corazón.

La identidad de la leyenda de las dos santas es cosa probada. En realidad no sabemos nada sobre Cristina de Bolsena. El hecho de que su fiesta se celebre en la fecha de hoy, procede sin duda de una confusión con Cristina de Tiro, de la que heredó también la absurda leyenda. Es muy dudosa la existencia de una mártir llamada Cristina relacionada en alguna forma con la ciudad de Tiro. Pero no carece de fundamento la tradición que sostiene que en Bolsena fue martirizada una doncella llamada Cristina, a la que se profesaba gran devoción. Las excavaciones llevadas a cabo en Bolsena han probado la existencia de una especie de catacumba en la que había un santuario dedicado a la santa.

En DAC, vol. II, artículo *Bolsena*, hay una reseña sobre las pruebas arqueológicas. Pennazi, *Vita e martirio... della gloriosa S. Cristina* (1725), resume las diferentes versiones de la leyenda. Cf. también Delehaye, *Origines du culte des martyrs*, pp. 181, 320; y *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. II, cc. 923-924.

SANTA CRISTINA LA ASOMBROSA, VIRGEN (1224 P.C.)

CRISTINA nació en Brusthem, población de la diócesis de Lieja, en 1150. Al cumplir los quince años, ella y sus dos hermanas mayores quedaron huérfanas. La familia pertenecía a la clase campesina. A los veintidós años, Cristina tuvo un ataque, probablemente de catalepsia y los vecinos la creyeron muerta y trasladaron el cuerpo de la joven en un féretro a la iglesia para una misa de réquiem. Súbitamente, después del "Agnus Dei", Cristina se irguió, saltó fuera del féretro "como un pájaro", según cuenta su biógrafo y quedó colgada en una de las vigas del techo. Todos huyeron al punto de la iglesia, excepto la hermana mayor de la santa, que dio ejemplo de recogimiento y permaneció inmóvil hasta que la misa terminó. Entonces, el sacerdote que la celebró, ordenó a Cristina que descendiese del techo (donde se había refugiado, según se dice, porque no podía soportar el hedor de los cuerpos humanos). La santa reveló que había estado realmente muerta, que había descendido al infierno, donde reconoció a muchos amigos, y también al purgatorio, donde encontró a otros conocidos. Finalmente, había ascendido al cielo, donde se le había puesto en la alternativa de permanecer ahí o retornar a la tierra a sacar del purgatorio, con sus oraciones y sufrimientos, a quienes había visto ahí. Eligió volver a la tierra y su alma había reanimado el cadáver en el preciso instante del "Agnus Dei".

Esto fue sólo el comienzo de una increíble serie de sucesos. Cristina se retiró a sitios muy remotos. Se encaramaba en los árboles, en las torres o en los acantilados y se escondía en los hornos para huir del hedor de los humanos. Podía manejar el fuego sin quemarse, entraba a las aguas heladas del río en lo más crudo del invierno sin sentir el frío y podía pasar, sin sufrir heridas, bajo una rueda de molino. Solía orar balanceándose en lo alto de una jaula o acurrucada por tierra en forma de pelota. No sin razón, las gentes la tenían por loca o "endemoniada" y varias veces la encerraron, pero Cristina se las arregló siempre para escapar. Cierta vez, un hombre logró echarle mano al darle un golpe en una pierna con tanta fuerza, que parecía haberle roto los huesos. Las gentes llevaron a la herida a casa de un cirujano de Lieja, quien vendó fuertemente la pierna y encadenó a la joven a una columna. Cristina escapó durante la noche. En otra ocasión, un sacerdote que no la conocía, asustado al ver su aspecto, se negó a darle la comunión; entonces la joven salió corriendo por las calles, se arrojó en el río Meuse y se echó a nadar hacia la otra orilla. Se vestía de andrajos, vivía de limosna y su conducta era verdaderamente sorprendente. Su biógrafo escribe, como si experimentase cierto sentido de tranquilidad, que después de que Cristina se encaramó a la pila baustismal de la iglesia de Wellen, "su conducta empezó a asemejarse más a la del resto de los hombres: se volvió menos inquieta y pudo soportar un poco mejor el hedor de los mortales".

Cristina pasó los últimos años de su vida en el convento de Santa Catalina de Saint-Trond, donde murió a los setenta y cuatro de edad. Aun en el convento no faltaban quienes la consideraban con el mayor respeto. Luis, el conde de Looz, la trataba como a una amiga, la recibía en su castillo, aceptaba sus repren-

siones y en su lecho de muerte insistió en abrirle su conciencia. La Beata María de Oignies le profesaba cierta admiración; la superiora del convento alabó la obediencia de Cristina y Santa Lutgarda solía pedirle consejo.

Los extraños sucesos que hemos narrado no provienen de documentos posteriores. El cardenal Jacobo de Vitry, que los presenció, dio testimonio de ellos. El biógrafo de Cristina, Tomás de Cantimpré, O. P., era su contemporáneo y, si bien no la conoció personalmente, recogió el testimonio de quienes la habían conocido. Indudablemente que la biografía de Cristina contiene exageraciones, falsas interpretaciones y cierta manía de edificación, muy comunes entre los escritores de la época. En todo caso, la conclusión que se saca de dicha biografía es que Cristina de Brusthem constituía, simplemente, un caso patológico.

De todos los testimonios sobre Cristina el más autorizado es el que nos dejó el cardenal Jacobo de Vitry en su biografía de María de Oignies. Puede verse, junto con la biografía de Tomás de Cantimpré, en *Acta Sanctorum*, julio, vol. V. Véase también *Analecta Bollandiana*, vol. XIX (1900), pp. 58 y 365; P. Thurston, en *The Month*, agosto de 1922, pp. 122-131; y E. Michael, *Geschichte des deutschen Volkes seit dem 13 Jahr.*, vol. III, pp. 160 ss.

BEATA CUNEGUNDA, VIRGEN (1292 P.C.)

CUNEGUNDA, cuyo nombre magiar era Kinga, nació en 1224. Era hija de Bela IV, rey de Hungría y sobrina de Santa Isabel. Su madre, que había sufrido mucho en otros partos, la dio a luz con gran facilidad. Se cuentan, además, otros sucesos extraordinarios menos verosímiles sobre el nacimiento y la infancia de Cunegunda: por ejemplo, se dice que su primer grito fue una alabanza a la Virgen Santísima. Cunegunda se educó en la corte, donde "aprendió el latín y el temor de Dios". A los dieciséis años, contrajo matrimonio con Boleslao V de Polonia. Aunque había aceptado casarse, la noche de bodas pidió al rey que viviesen como hermanos, pues había consagrado a Dios su virginidad. Boleslao aceptó el pacto por un año, al cabo del cual ambos hicieron voto de virginidad perpetua ante el obispo de Cracovia. Por eso se conoce a Boleslao con el nombre de "el casto".

La reina llevaba una vida muy austera; vestía una camisa de cerda debajo de los brocados y consagraba la mayor parte del tiempo a atender a los enfermos y necesitados. Cuando Boleslao murió, en 1279, Cunegunda se negó a aceptar la regencia e ingresó en el convento de las Clarisas Pobres en Sandbeck. Ahí permaneció hasta su muerte, ocurrida el 24 de julio de 1292. La beata construyó iglesias y hospitales, pagó los gastos de los capítulos de los Frailes Menores y rescató a muchos cristianos de mano de los turcos. En 1287, los tártaros invadieron Polonia; las religiosas de Sandbeck tuvieron que refugiarse en el castillo de Pyenín; gracias a las oraciones de Cunegunda, los atacantes levantaron el sitio de dicha fortaleza. Dios bendijo los últimos años de la beata con muchos milagros y gracias sobrenaturales. El culto de Cunegunda fue aprobado en 1690.

Existen dos biografías medievales de la beata. La primera, erróneamente atribuida a un franciscano llamado Estanislao, fue publicada en *Monumenta Polon. histor.*, vol. IV, pp. 682-744. La segunda, escrita por Jan Dugloz, puede verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. V, así como en la colección de las obras de Dugloz (1863-1887). Cf. F. Banfi, *Sponsus Marianus filius regis Hungariae* (1930).

BEATO NICOLAS, OBISPO DE LINKÖPING (1391 P.C.)

A PESAR del trabajo misional de San Anscario en el siglo IX y las actividades de los misioneros ingleses y alemanes en el siglo XI, el cristianismo no echó raíces en Suecia sino hasta el siglo XII y aun entonces, sus progresos fueron lentos y difíciles. Hasta que el Papa Alejandro III hizo de Uppsala una sede metropolitana, la ciudad de Linköping era el principal centro eclesiástico. Por lo demás, aún después de esa fecha, Linköping conservó una importancia considerable, gracias a una serie de obispos hábiles y dinámicos, entre los que se distinguió el Beato Nicolás Hermansson. Nicolás nació en 1331, se educó en la Universidad de París y en Orléans; después de su ordenación sacerdotal, fue nombrado tutor de los hijos del rey.

En cuanto fue consagrado obispo de Linköping, empezó a distinguirse por su celo y su ejemplo de austeridad. Exigió firmemente el celibato clerical, que hasta entonces se había practicado poco en Suecia y luchó denodadamente por mantener las principales prerrogativas del clero en el país. Sin embargo, a diferencia de otros obispos suecos, sólo empleaba el poder y las riquezas de su cargo en promover la religión y el bien de los pobres. El Beato Nicolás, que era poeta, escribió varios oficios litúrgicos en verso, que alcanzaron popularidad en la Edad Media. Digamos de paso que, entre las numerosas composiciones poéticas de esa época que se conservan, de las cuales casi todas son anónimas, las de los prelados suecos son generalmente las mejores. Nicolás era, sin duda, el más poeta entre los obispos de Suecia. Después de la muerte de Santa Brígida, escribió en su honor él himno "Rosa rorans bonitatem", que incluye algunos de sus mejores versos. En su diócesis se encontraba la abadía de Vadstena, la casa madre de la orden de las brigidinas fundada por la santa. Durante el primer año del episcopado del Beato Nicolás, en 1374, Santa Catalina, hija de Santa Brígida, hizo trasladar de Roma a la abadía de Vadstena el cuerpo de su madre. Nicolás murió el 2 de mayo de 1391. Generalmente se le llama el Beato Nicolás, aunque no faltan quienes sostengan que fue canonizado.

Un canónigo de Linköping escribió en latín una biografía completa del santo obispo, unos veinticinco años después de su muerte. Dicha biografía fue publicada por H. Schück en *Tva svensska biografier fran medeltiden* (1895). En el mismo volumen hay un fragmento de otra biografía y una carta que el obispo Canuto de Linköping escribió al Papa y a los cardenales a Constanza para pedirles la beatificación de Nicolás. Naturalmente, el nombre del beato aparece con frecuencia en las biografías de Santa Brígida de Suecia.

BEATO JUAN DE TOSSIGNANO, OBISPO DE FERRARA (1446 P.C.)

GENERALMENTE se llama a Juan Tavelli "Juan de Tossignano", porque nació en esa población, cerca de Imola. Después de hacer sus estudios en la Universidad de Bolonia, ingresó en la congregación de los jesuatos (*"Gesuati"*). El fundador de dicha congregación, consagrada al cuidado de los enfermos, había sido el Beato Juan Colombani cuya biografía escribió Juan de Tossignano. Tradujo, además, al italiano algunos fragmentos de la Biblia, de las "Moralia" de San Gregorio y de los sermones de San Bernardo. A su pluma debemos ciertas obras de devoción, entre las que se cuenta un tratado sobre la perfección. En 1431 fue elegido obispo de Ferrara. Siete años más tarde, se llevó a cabo en su catedral el concilio que el Papa Eugenio IV convocó, a instancias del emperador Juan VIII Paleólogo, para unir las fuerzas de la Iglesia de oriente con las de occidente contra la amenaza del Islam; el obispo Juan hospedó al Papa, al emperador y al patriarca de Constantinopla hasta que el concilio se transladó a Florencia. Sus actividades no impidieron al prelado consagrarse con verdadera ternura al cuidado de su propia grey, la cual llegó a quererle mucho por su caridad y bondad. En 1444, el Beato Juan dedicó un cuantioso legado a la construcción de un hospital. Murió dos años más tarde. Su culto fue aprobado en 1748.

En *Acta Sanctorum* hay una biografía latina escrita por uno de los *"Gesuati"*, junto con algunos otros documentos (julio, vol. v). Cf. también *Analecta Bollandiana*, vol. IV, pp. 31-41; y Ughelli, *Italia sacra*, vol. II, cc. 591-592.

BEATO AGUSTIN DE BIELLA (1493 P.C.)

AGUSTÍN FANGI nació en 1430, en Biella, ciudad del Piamonte e ingresó en el convento de los dominicos de la misma ciudad. Pasó la vida oscuramente, consagrado a la exacta observancia de sus deberes de religioso. Durante largo tiempo le afligió una penosa enfermedad, cuyas curaciones la hacían aún más penosa. La paciencia con que el beato soportó sus sufrimientos fue la admiración de los médicos y de sus hermanos. Agustín fue superior de varios conventos sucesivamente, se mostró muy hábil en el gobierno y restableció la disciplina donde había decaído. El éxito de su predicación y la fama de sus milagros le dieron una notoriedad que le era particularmente desagradable. Tras de soportar algún tiempo con humildad y paciencia las atenciones que le prodigaba el pueblo, el P. Agustín obtuvo por fin, el permiso de retirarse al convento de Venecia, donde pasó en el recogimiento los últimos diez años de su vida. Murió el 22 de julio de 1493. Sus últimas palabras fueron: "¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea el Altísimo!" Su culto fue aprobado en 1872.

Ver D. Riccardi, *Il beato Agostino di Biella* (1874) y el esbozo biográfico de M. Cicognani (1873). Cf. igualmente Procter, *Dominican Saints*, pp. 208-210, y Mortier, *Maîtres Généraux O.P.*, vol. IV, p. 648.

LOS MARTIRES DE DURHAM DE 1594

EN 1594, en el condado de Durham, dieron la vida por Cristo cuatro cristianos que fueron beatificados en 1929, junto con otros mártires ingleses. El primero de ellos, ejecutado el 4 de febrero, fue el BEATO JUAN SPEED (o Spence). Pereció en la horca, en la ciudad de Durham, "por haber ayudado y asistido a varios sacerdotes, a los que acostumbraba guiar y conducir de la casa de un católico a la de otro. Murió con gran valor, despreciando las promesas que se le hacían para que apostatase". (Challoner).

EL BEATO JUAN BOSTE nació en Dufton, localidad de Westmorland, hacia el año de 1544. Se educó en el Queen's College de Oxford, de cuyo cuerpo magisterial llegó a ser miembro. En 1576 se convirtió al catolicismo. Cuatro años más tarde, pasó a Reims y, en 1581, recibió ahí la ordenación sacerdotal y retornó a Inglaterra. Trabajó con tal celo y tanto éxito en el norte del país, que los perseguidores y los cristianos le buscaban con igual empeño. Finalmente fue traicionado por un tal Francisco Ecclesfield, el cual, después de haber reci-

bido sacrílegamente los sacramentos de sus manos para inspirarle confianza, lo delató a Sir William Bowes. Los esbirros hicieron prisionero al P. Boste en la casa de Guillermo Claxton, cerca de Durham, donde solía esconderse.

En la Torre de Londres fue terriblemente torturado en el potro para que delatase a sus amigos; a resultas de los tormentos, el mártir quedó baldado. Las autoridades le remitieron, en julio, a la corte de Durham. Junto con él fue juzgado el Beato Jorge Swallowell. Era éste un antiguo pastor protestante, cuya resolución empezó a flaquear en la prisión; pero la conducta "decidida, valiente, gozosa y amable" del P. Boste le devolvió el valor, de suerte que confesó públicamente la fe católica ante los jueces. El P. Boste le dio ahí mismo la absolución. El Beato Jorge fue ejecutado pocos días después, en Darlington. El P. Boste, que había sido condenado por ser sacerdote, fue ejecutado en Dryburn, en Durham, el 24 de julio de 1594. El venerable Cristóbal Robinson, quien fue martirizado más tarde, afirma que el P. Boste subió al cadalso recitando el "Angelus"; los verdugos cortaron tan pronto la cuerda de la horca ("apenas pasado el tiempo de decir un Padrenuestro"), que el descuartizamiento empezó antes de que el mártir muriese. Otro testigo cuenta que, cuando el verdugo se aprestaba a arrancarle el corazón, el mártir dijo: "Jesús te perdone, ¡Jesús, Jesús!"

Dos días más tarde, el Beato Juan Ingram fue ahorcado, arrastrado y descuartizado en Gateshead, por ser sacerdote. Había sido condenado en Durham al mismo tiempo que el P. Boste y Jorge Swallowell. Nacido en Stoke Edith de Herefordshire, se había educado en el New College de Oxford. Después de su conversión, fue a estudiar en el Colegio Inglés de Reims y luego en Roma, donde recibió la ordenación sacerdotal en 1589. Tres años más tarde, se le envió a la misión de Escocia. A fines de 1593 fue arrestado en Tyneside. En Londres, se le sometió a la tortura en presencia de Topcliffe, pero, según dijo el propio mártir, "tomo a Dios por testigo de que ni en la tortura ni antes de ella, pronuncié el nombre de hombre, mujer o niño alguno, ni indiqué ninguna casa".

Véase Challoner, MMP., pp. 197, 202-208, y 597-600. Hay muchas referencias a estos mártires en *Publications* de la Catholic Record Society, vol. v. Ahí se encontrarán muchos de los *Epigramas* latinos del P. Ingram (pp. 270-285) y dos cartas a sus compañeros de prisión.

25: SANTIAGO EL MAYOR, Apóstol (44 p.c.)

SANTIAGO, hermano de San Juan el Evangelista e hijo de Zebedeo, es conocido con el sobrenombre de "el Mayor" para distinguirle del otro Apóstol llamado Santiago el Menor porque era más joven. Santiago el Mayor era originario de Galilea. Con su padre y su hermano practicaba el oficio de pescador, probablemente en Betsaida, donde vivía también San Pedro. Un día, cuando Jesús paseaba por la orilla del lago de Genezaret, vio a Pedro y Andrés, que pescaban y los llamó para convertirlos en pescadores de hombres. También llamó entonces a otros dos jóvenes, Santiago y Juan, que estaban en una barca, con su padre, remendando las redes. Ambos abandonaron al punto la tarea, dejaron a su padre y siguieron al Maestro. Probablemente, en sus conversaciones anteriores con Pedro, los dos hermanos habían llegado a la

convicción de que Jesús era el Mesías esperado; por eso, en cuanto oyeron su invitación y comprendieron la voluntad divina, lo abandonaron todo para seguirle.

Santiago presenció, junto con San Juan y San Pedro, la curación milagrosa de la suegra del Príncipe de los Apóstoles y la resurrección de la hija de Jairo. En ese mismo año, Jesús fundó el colegio apostólico, del que formaron parte Santiago y Juan. El Mesías les dio el nombre de "Boanerges" o "Hijos del trueno", probablemente a causa del temperamento impetuoso de los dos apóstoles. En efecto, cuando una población de Samaria se negó a admitir a Cristo, ambos hermanos sugirieron al Señor que hiciese bajar fuego del cielo para acabar con la ciudad, hasta que el Redentor les hizo comprender que las verdaderas armas de conquista eran la mansedumbre y la paciencia: "No sabéis cuál es el espíritu que os guía. El Hijo del Hombre no vino a destruir a las almas sino a salvarlas". Pero las enseñanzas y el ejemplo del Maestro no cambiaron la mentalidad de los dos hermanos ni purificaron enteramente sus corazones, sino hasta que el Espíritu Santo descendió sobre ellos. La virtud de los Hijos del Trueno era aún muy imperfecta. En efecto, la madre de los dos apóstoles, convencida de que Cristo iba a fundar un reino temporal, como creían los judíos que lo haría el Mesías, pidió al Señor que Santiago y Juan se sentaran a gobernar con El, uno a su diestra y otro a la siniestra. Al hacerlo así, la buena mujer interpretaba los sentimientos de sus hijos. Por ello, Cristo respondió directamente a sus dos apóstoles, diciéndoles que no sabían lo que pedían, porque los mejores puestos de su reino estaban reservados no a los ambiciosos, sino a los más humildes, trabajadores y pacientes. En seguida, les preguntó si estaban dispuestos a beber con él el cáliz que le esperaba. Los dos hermanos, al comprender que ésa era la condición para participar en el reino de Cristo, contestaron impetuosamente que estaban prontos a ello. Nuestro Señor les dijo entonces que iban a compartir con El el cáliz del sufrimiento; pero que la medida por la que se concedían los honores en su reino era la medida de la caridad y la paciencia en el sufrimiento: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida por la redención de muchos".

Aunque Cristo reprendía de cuando en cuando la impetuosidad de los hijos de Zebedeo, no por ello dejó de escogerlos para que le acompañasen en los momentos más importantes de su vida. Pedro, Santiago y Juan fueron los únicos que presenciaron la Transfiguración de Cristo y los únicos que le acompañaron de cerca durante su agonía y el sudor de sangre en Getsemaní.

Los primeros escritores eclesiásticos no nos dicen dónde predicó Santiago el Evangelio después de la Ascensión de Cristo. Según una de las tradiciones, evangelizó las tierras de España. Pero la primera referencia a esa leyenda data del siglo VII y procede de los moros ocupantes de España. San Julián de Toledo consideraba como una fábula la idea del viaje de Santiago el Mayor a España. Dicha tradición no ha sido aceptada unánimemente en ninguna época. Por otra parte, hay argumentos de peso contra ella en la Epístola de San Pablo a los Romanos (XV, 20 y 24). Santiago el Mayor fue el primero de los apóstoles que siguió al Señor en la gloria del martirio. En efecto, murió por Cristo en la persecución que el rey Herodes Agripa I desencadenó en Jerusalén contra los cristianos para congraciarse con los judíos. Clemente de Alejandría, cuyo testimonio repite Eusebio, relata que el valor y la constancia con que el Apóstol soportó el martirio, convirtieron al hombre que le había entregado, quien fue

condenado a morir con él. Cuando llegaron al sitio de la ejecución, el traidor arrepentido pidió perdón al Apóstol por haberle entregado. Santiago se volvió entonces hacia él y le abrazó, diciéndole: "La paz sea contigo". En seguida le dio un beso. Ambos fueron decapitados al mismo tiempo. La Sagrada Escritura dice simplemente que Agripa "mandó matar por la espalda a Santiago, el hermano de Juan" (Hechos XII, 2). El Apóstol fue sepultado en Jerusalén, pero, según otra tradición española que data aproximadamente del año 830, el cuerpo de Santiago fue más tarde trasladado a Iria Flavia (actualmente El Padrón, en Galicia) y después a Compostela. El santuario que se construyó ahí en honor de Santiago llegó a ser, desde la Edad Media, uno de los más famosos de la cristiandad. Las reliquias del apóstol se hallan todavía en dicho santuario. El Papa León XIII, en 1884, las calificó de auténticas en una bula. Sin embargo, la autenticidad de las reliquias es muy discutible, pero ello no depende de la verdad o falsedad de la leyenda del viaje de Santiago el Mayor a España.

Lo único que sabemos con certeza acerca de Santiago el Mayor, es lo que nos dice la Sagrada Escritura en las citas que hemos referido. J. Ebersolt, *Les Actes de St. Jacques* (1902), editó ciertas actas apócrifas griegas, que no son ciertamente anteriores al siglo VIII. Se ha discutido enormemente el problema de la relación de Santiago con España. Dicho problema comprende dos cuestiones diferentes: la de la evangelización de España y la de la autenticidad de las reliquias de Compostela. Casi todos los historiadores no españoles niegan ambos hechos. Por ejemplo, Duchesne, *S. Jacques en Galice* (*Annales du midi*, vol. XII, 1900, pp. 145-180); Leclercq, *Espagne* (DAC., vol. V, cc. 412-416); cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XLVIII (1930). Dichos autores arguyen que, dado que Santiago fue martirizado el año 44, es muy difícil que haya tenido tiempo de ir a evangelizar España, y que la leyenda era desconocida en España antes del siglo VII. En cuanto a las reliquias, aunque no es imposible que las que se hallan actualmente en Compostela sean las mismas que había en el santuario medieval (que estuvieron perdidas un tiempo), resulta siempre difícil probar la autenticidad de las reliquias medievales, y en el presente caso ello es punto menos que imposible. Sin embargo, los historiadores españoles defienden apasionadamente la leyenda. Por ejemplo, puede verse la voluminosa obra de A. López Ferreiro, *Historia de la S. Iglesia de Santiago de Compostela* (diez vols., 1898-1908); los artículos del P. Fidel Fita en los primeros números de *Razón y Fe*; Z. García Villada, *Historia eclesiástica de España* (1929), vol. I. La obra de J. S. Stone, *The Cult of Santiago* (1927), ofrece algunos puntos de interés, pero es muy desigual. La mejor obra sobre las peregrinaciones de Santiago de Compostela son los tres volúmenes publicados en 1949 por el Instituto Madrileño de Estudios Medievales. Cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), pp. 214-218.

SAN CRISTOBAL, MÁRTIR (Fecha desconocida)

"CRISTÓBAL se llamaba Réprobo antes de su bautismo. Pero con el sacramento recibió el nombre de Cristóbal, que significa portador de Cristo, porque había de llevar a Cristo de cuatro modos: sobre los hombros, en el cuerpo por la penitencia, en la mente por la devoción, y en la boca por la confesión de la fe y la predicación.

"Cristóbal pertenecía a la tribu de Canaán. Era increíblemente alto y su rostro infundía miedo. La anchura de sus espaldas era de doce codos. Las historias cuentan que, cuando vivía en la corte del rey de Canaán, decidió partir en busca del más grande príncipe de este mundo y entrar a su servicio. Tan lejos fue Cristóbal, que llegó a la corte de un gran rey, que tenía fama de ser el mayor del mundo. Cuando el monarca le vio, le tomó a su servicio y le alojó en su palacio. En una ocasión, un bardo cantó delante del soberano una canción en la que mencionaba frecuentemente al demonio. Como el rey era cristiano,

hacía la señal de la cruz cada vez que oía mentar al diablo y, al ver aquello Cristóbal se preguntaba maravillado qué significaba esa señal y por qué la hacía el soberano. Tanto se interesó por aquel misterio, que acabó por interrogar a su amo. Como el rey rehusó revelarle el significado de la señal, Cristóbal le suplicó y aun le amenazó con abandonar su servicio si no obtenía una respuesta. Entoces el rey le respondió: 'Siempre que oigo mentar al diablo tengo miedo de que ejerza su poder sobre mí y el signo de la cruz me protege contra sus acechanzas'. Entonces Cristóbal dijo al rey: '¿De modo que temes al diablo? Eso quiere decir que el diablo tiene más poder y es mayor que tú. Yo creía que tú eras el príncipe más poderoso del mundo. Así pues, te encomiendo a Dios, porque en este momento me voy a buscar al diablo para servirle'.

"Cristóbal partió de la corte del rey y se apresuró a buscar al diablo. Pasando por un desierto, vio una gran comitiva de caballeros. El más cruel y horrible de ellos se acercó a Cristóbal y le preguntó a dónde iba. Cristóbal le respondió: 'Voy a buscar al diablo para servirle'. Y el caballero le dijo: 'Yo soy el que buscas'. Cristóbal se alegró mucho al saberlo e inmediatamente le prometió servirle lealmente y tenerle por señor hasta la muerte. Un día que iban por un camino real, encontraron una cruz plantada al borde. En cuanto el diablo vio la cruz, echó a correr lleno de miedo y condujo a Cristóbal a través de un desierto para alejarse de la cruz y, luego de dar un rodeo volvieron a tomar el camino real. Cristóbal, muy asombrado, preguntó al diablo por qué había abandonado el camino real y le había conducido a través de un desierto tan árido. Pero el diablo no quería responderle. Entonces Cristóbal le dijo: 'Si no me respondes, abandonaré tu servicio'. Viéndose obligado a contestarle, el diablo le dijo: 'Hubo un hombre llamado Cristo que fue crucificado. Y siempre que veo una cruz tengo miedo y me echo a correr'. Cristóbal declaró: 'Eso quiere decir que Cristo es más grande y más poderoso que tú. Veo, pues, que me he esforzado en vano por encontrar al Señor más poderoso del mundo. En este mismo momento abandono tu servicio. Prosigue tu camino, porque yo me voy en busca de Cristo'.

"Después de mucho caminar y preguntar dónde podría encontrar a Cristo, Cristóbal llegó a la morada de un ermitaño del desierto. El ermitaño le habló de Cristo, le instruyó diligentemente en la fe y le dijo: 'El Rey a quien buscas exige de ti el servicio de ayunar frecuentemente'. Cristóbal le respondió: 'Pídeme otra cosa, pues yo soy incapaz de ayunar'. El ermitaño replicó: 'Entonces tienes que velar y hacer mucha oración'. Y Cristóbal respondió: 'No sé lo que es hacer oración, de suerte que tampoco puedo obedecer este mandato'. Entonces el ermitaño le dijo: '¿Conoces el río profundo de peligrosa corriente en el que han perecido muchas gentes?' Cristóbal respondió: 'Sí, lo conozco muy bien'. El ermitaño replicó: 'Como eres muy alto y erguido y tus músculos son muy fuertes, debes irte a vivir a la orilla de ese río y transportar sobre tus hombros a cuantos quieran atravesarlo. Ese servicio agradará sin duda al Señor Jesucristo, a quien tú buscas. Espero que El se te mostrará algún día'. Cristóbal partió hacia el río y se construyó una morada en la orilla. Para vadear el río empleaba un enorme palo a manera de cayado, y transportaba sin cesar a toda clase de gente de una orilla a otra. Y ahí vivió muchos días, trabajando como hemos dicho.

"Cierta noche cuando dormía en su choza, oyó la voz de un niño que le llamaba: 'Cristóbal, ven a transportarme'. Cristóbal se despertó y salió, pero no

vio a nadie. Volvió a entrar en su morada y oyó, por segunda vez, la misma voz; inmediatamente acudió, pero no encontró a nadie. Al oír el llamado por tercera vez, Cristóbal salió a buscar detenidamente y encontró, a la orilla del río, a un niño que le pidió amablemente, que le transportase a la otra orilla. Cristóbal subió al niño en sus hombros, tomó su cayado y empezó a vadear la corriente. Pero las aguas empezaron a subir y el niño pesaba como el plomo. Cuanto más avanzaba Cristóbal, más crecía la corriente y más pesado se hacía el niño, de suerte que Cristóbal tuvo miedo de perecer ahogado. Sin embargo, con gran esfuerzo pudo llegar a la otra orilla. Entonces dijo al pequeño: 'Niño, me has puesto en un grave peligro. Me pesabas como si cargase el mundo sobre mis hombros. ¡Nunca había soportado un peso tan grande como el tuyo, que eres tan pequeño!' Y el niño respondió: 'No te maravilles por ello, Cristóbal. No has cargado al mundo, pero llevaste sobre los hombros al Creador del mundo. Yo soy Jesucristo, el Rey a quien sirves con tu trabajo. Y, para que sepas que digo la verdad, planta tu cayado junto a tu casa, y yo te prometo que mañana tendrá flores y frutos'. Dicho esto, desapareció el niño. Cristóbal plantó su cayado y, cuando se levantó a la mañana siguiente, el palo seco era como una palmera llena de hojas, de flores y de dátiles.

"Cristóbal fue entonces a la ciudad de Licia. Como no entendía el idioma de los habitantes, pidió al Señor que le ayudase y Dios le concedió el entendimiento de aquella lengua extraña. Mientras Cristóbal hacía su oración en alta voz, las gentes que lo observaban juzgaron que estaba loco y lo dejaron en paz. Cuando Cristóbal empezó a entender el idioma de los habitantes de Licia, se cubrió el rostro y escuchó lo que se hablaba. Así se enteró de lo que sucedía en la ciudad y sin tardanza, se dirigió al sitio en que los jueces condenaban a muerte a los cristianos y les reconfortó en Cristo. Entonces, los magistrados le abofetearon. Cristóbal les dijo: 'Si no fuese cristiano, me vengaría de esta injuria'. En seguida plantó su cayado en la tierra y pidió al Señor que lo hiciese florecer y fructificar para convertir al pueblo. Y así sucedió inmediatamente, y se convirtieron ocho mil hombres. Entonces, el rey envió a dos caballeros para que trajesen prisionero a Cristóbal. Los caballeros encontraron a Cristóbal en oración y no se atrevieron a comunicarle la orden del rey. El monarca envió entonces a otros dos caballeros, los cuales se arrodillaron a orar con Cristóbal. Cuando éste terminó su oración, preguntó a los caballeros: '¿Qué buscáis?' Cuando los caballeros vieron el rostro de Cristóbal, le dijeron: 'El rey nos ha enviado para que te llevemos prisionero'. Cristóbal les dijo: 'Si yo quisiera no podríais llevarme prisionero'. Los caballeros replicaron: 'Si quieres quedar libre, vete pronto y nosotros diremos al rey que no te hemos encontrado'. Pero Cristóbal respondió: 'No será así, sino que iré con vosotros'. Entonces Cristóbal convirtió a los caballeros a la fe y les pidió que le atasen las manos a la espalda y le llevasen a la presencia del rey. Cuando el monarca vio a Cristóbal, sintió tan gran temor que se cayó del trono y sus servidores le ayudaron a levantarse. Entonces el rey preguntó al prisionero su nombre y su país de origen. Cristóbal respondió: 'Antes de mi bautismo me llamaba Réprobo y ahora me llamo Cristóbal que significa "portador de Cristo"; antes de mi bautismo era yo cananeo y ahora soy cristiano'. El rey replicó: 'Tienes un nombre absurdo, porque das testimonio de Cristo, un hombre que fue crucificado y no pudo salvarse, de suerte que tampoco podrá defenderte a ti. ¿Por qué te niegas a sacrificar a los dioses, maldito cananeo?' Cristóbal respondió: 'Con razón te llamas Dagnus,

pues eres la ruina del mundo y discípulo del demonio. Tus dioses han sido hechos por manos de hombres'. Y el rey le dijo: 'Tú te educaste entre bestias salvajes; por ello hablas un idioma salvaje y dices palabras que los hombres no entienden. Si ofreces sacrificios a los dioses, te colmaré de regalos y honores; pero si te niegas, te destruiré y aplastaré con horribles penas y torturas'. Como Cristóbal se negase a ofrecer sacrificios a los dioses, el rey le encarceló. También mandó decapitar a los caballeros que había enviado a buscarle y se habían convertido al cristianismo.

"En seguida, envió al calabozo de Cristóbal a dos hermosas mujeres, llamadas Nicea y Aquilina y les prometió ricos presentes si conseguían hacer pecar a Cristóbal. Al ver a las mujeres, Cristóbal se arrodilló a hacer oración. Pero, como ellas empezasen a abrazarle, Cristóbal se levantó y les dijo: '¿Qué queréis? ¿Para qué habéis venido?' Las mujeres, asustadas de la santidad que se reflejaba en el rostro de Cristóbal, le dijeron: 'Hombre de Dios, apiádate de nosotras para que creamos en el Dios que tú predicas'. Al enterarse de aquella conversión, el rey mandó que trajesen a su presencia a las mujeres y les dijo: 'Os habéis dejado engañar. Pero juro por mis dioses que, si no les ofrecéis sacrificios, pereceréis al punto de mala muerte'. Y las mujeres respondieron: 'Si quieres que ofrezcamos sacrificios, manda limpiar la plaza y ordena que todo el pueblo se reúna en ella'. Cuando quedó cumplida la orden del rey, las mujeres entraron en el templo y, enredando sus guirnaldas en el cuello de los ídolos, los derribaron y los hicieron pedazos. En seguida dijeron a los presentes: 'Id a buscar a los médicos y a las brujas para que curen a vuestros dioses'. Entonces el rey mandó ahorcar a Aquilina y colgarle de los pies una pesada roca para que se desgarrasen los miembros. Cuando Aquilina murió y pasó al Señor, su hermana Nicea fue arrojada a una hoguera, pero salió de ella totalmente ilesa. Entonces los verdugos le cortaron la cabeza y así murió.

"Cristóbal compareció de nuevo ante el rey, quien ordenó que le golpeasen con varillas de hierro, que le colocasen sobre la cabeza una cruz de fierro al rojo vivo, que le sentasen sobre una silla de hierro y encendiesen fuego debajo de ella y que vertiesen sobre el mártir pez hirviente. Pero el asiento se derritió y Cristóbal se levantó sin una sola herida. Viendo esto, el rey mandó que le atasen a una gran estaca y que cuarenta arqueros disparasen sus flechas contra él. Pero ninguno de los arqueros pudo dar en el blanco, porque las flechas se desviaron en el aire y no tocaron a Cristóbal. El rey, creyendo que Cristóbal había sido atravesado por las flechas, le dirigió la palabra; entonces una de las flechas cambió súbitamente de dirección y fue a clavarse en el ojo del rey. Cristóbal le dijo: 'Tirano, yo voy a morir mañana. Haz un poco de lodo con mi sangre, úngete con él el ojo y así recobrarás la vista'. Entonces el rey mandó que le cortasen la cabeza. Cristóbal hizo su oración, y el verdugo lo decapitó. Tal fue el martirio de Cristóbal. Entonces el rey hizo un poco de lodo con su sangre, se lo puso en el ojo, y dijo: 'En el nombre de Dios y de Cristóbal'. E inmediatamente quedó curado. El rey creyó entonces en Dios y mandó que fuesen decapitados todos los que blasfemasen de Dios o de San Cristóbal".

Así cuenta la "Leyenda Dorada" la historia de San Cristóbal. La leyenda del santo es tan famosa en oriente como en occidente. De ahí procede la creencia de que, quien mira una imagen de San Cristóbal no sufrirá daño alguno. Por ello se acostumbraba poner en las puertas de las iglesias grandes estatuas del santo, para que todos los que entraban en ellas viesen su imagen. San Cristóbal

era, en la antigüedad, el patrono de los viajeros y los cristianos le invocaban contra las tempestades, las plagas y los peligros del mar. En la actualidad, el santo es muy popular como patrono de los conductores de automóviles.

La leyenda de San Cristóbal tomó su forma definitiva al fin de la Edad Media. Cristóbal significa "portador de Cristo". A causa del significado del nombre, la viva imaginación medieval dedujo la fábula de que Cristóbal había transportado al Niño Jesús. Lo único que sabemos de cierto es que hubo un mártir llamado Cristóbal. El Martirologio Romano afirma que fue martirizado en Licia, en el reinado de Decio; como saliese incólume de la hoguera, los verdugos le acabaron a flechazos y le decapitaron.

R. Hindringer, en *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. II, cc. 934-936, y H. F Rosenfeld, *Der hl. Christophorus* (1937), discuten los interesantes problemas relacionados con el santo. No cabe duda de que existió un San Cristóbal, cuyo culto era tan popular en oriente como en occidente. La primitiva leyenda no hablaba de que San Cristóbal se hubiese dedicado a buscar un amo, ni de que hubiese pasado su vida transportando a los que querían cruzar el río; pero sí menciona su estatura gigantesca y su apariencia imponente y cuenta que su cayado había florecido en la tierra. También atribuye gran importancia al incidente de Aquilina y Nicea y describe todas las torturas a las que Cristóbal fue sometido antes de morir. En *Acta Sanctorum* pueden verse varias recensiones griegas y latinas del texto de la leyenda primitiva (julio, vol. VI). Cf. igualmente *Analecta Bollandiana*, vol. I, pp. 121-148 y vol. X, pp. 393-405; y H. Usener, *Acta S. Marinae et S. Christophori*. Entre los manuscritos del Museo Británico hay un texto sirio de la leyenda de San Cristóbal (Addit. 12, 174). Acerca de San Cristóbal en el arte, cf. Künstle, *Ikonographie*, vol. II, pp. 154-160, y Drake, *Saints and their Emblems*. En cuanto al folklore, cf. Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. II, pp. 65-75. Pero la mayoría de los especialistas del folklore, como H. Günther, se preocupan únicamente por descubrir los supuestos orígenes paganos de las devociones medievales.

SANTOS DEA, VALENTINA y PABLO, MÁRTIRES (308 P.C.)

EN EL REINADO de Maximino II, Firmiliano, el sucesor de Urbano en el gobierno de Palestina, llevó adelante con gran crueldad la persecución contra los cristianos. En Cesarea, donde comparecieron ante él noventa y siete confesores de la fe (hombres, mujeres y niños), mandó que se quemase a todos con un hierro candente el tendón del pie izquierdo, que se les arrancase el ojo derecho y se cauterizara la herida con fuego. Después, los condenó a trabajos forzados en las canteras del Líbano. Muchos otros cristianos de diferentes ciudades de Palestina comparecieron ante ese juez brutal y fueron tratados en forma semejante.

Entre los cristianos arrestados en Gaza durante una reunion en la que leían la Sagrada Escritura, figuraba una doncella llamada Dea, originaria de dicha ciudad. El juez la amenazó con prostituirla en un lupanar. Dea echó en cara al tirano su indecencia y Firmiliano, enfurecido, la mandó azotar y torturar. Valentina, una joven cristiana de Cesarea que se hallaba presente, gritó al juez: "¿Hasta cuándo vas a seguir atormentando a mi hermana?" Al punto fue hecha prisionera y arrastrada hasta el altar pagano. Valentina derribó a puntapiés el brasero y el incienso que estaban ya preparados sobre el altar. Firmiliano, fuera de sí de rabia, ordenó a los verdugos que la torturasen aún más que a Dea. Después mandó atar y quemar vivas a las dos jóvenes.

También en Gaza, el 25 de julio de 308, fue decapitado por causa de la fe un cristiano llamado Pablo. En el sitio de la ejecución oró por sus compatriotas, por la propagación de la fe, por todos los presentes, por el emperador, por el juez y por el verdugo.

Este relato procede de Eusebio, *De Mart. Palaestin.*, c. VIII, quien nombra a Valentina, pero no menciona el nombre de la otra doncella. En algunos documentos posteriores se la llama Enata; pero, según parece, el verdadero nombre de la joven era Dea. Véase el pasaje de la Vida de San Porfirio que cita Delehaye en *Origenes du culte des martyrs*, p. 187, y el *Synaxarium eccl. Const.*, c. 822.

SAN CUCUFATE, MÁRTIR (siglo IV)

"QUE BARCELONA ponga su confianza en el célebre Cugat" (el nombre catalán de Cucufate), escribía Prudencio en su *Peristéphanon* (IV, 33) y, el Martirologio *Hieronymianum* anuncia en el 15 y en el 16 de febrero: "En España, en la ciudad de Barcelona, el nacimiento al cielo de San Cucufate". Desde la Edad Media su fiesta se celebra el 25 de julio.

La hagiografía, como sucede casi siempre, adorna las vidas de los santos con múltiples fantasías, por lo que se debe tener cuidado de no dar un crédito absoluto a los relatos de algunos mártires célebres.

Parece que Cucufate era originario de Scilla, no lejos de Cartago, en el Africa. Para escapar a la persecución de Diocleciano, se fue a España, pero lo aprehendieron en Barcelona y le condujeron ante el prefecto Daciano. Después de torturarlo con diversos suplicios, fue decapitado.

En Valles, diócesis de Barcelona, existió desde el siglo VIII una abadía llamada Colgat, dedicada a San Cucufate. Se decía que allí reposaba el cuerpo del mártir y que la cabeza había sido llevada a Francia. Este monasterio fue suprimido en 1835.

Fulrad, abad de Saint-Denis, consiguió reliquias de San Cucufate y las depositó en uno de los monasterios que él había fundado en Alsacia, llamado *La Celle-de-Fulrad* y que cambió su nombre por el del santo. En 835, el abad Hilduino hizo transportar dichas reliquias a la gran iglesia de Saint Denis. Así, la devoción a este santo se extendió por los alrededores de París. Cerca de Rueil, en medio del bosque, existe un precioso estanque con el nombre de San Cucufate. Según el abad Debeuf, existió en otro tiempo una capilla donde se guardaron sus reliquias hasta el siglo XVIII. "Desde hace mucho, dice el abad, el lugar casi está en ruinas por falta de cuidado y todo lo cubre la hierba. Sin embargo, no deja de haber peregrinaciones a ese lugar ni de encenderse velas. El pueblo la llama *Saint Quiquenfant*. Muchos otros lugares que llevan el nombre de San Cucufate han sido deformados en *Guinefant*, *Couat*, *Cophan*, etc. . .

Acta Sanctorum, 25 de julio, vol. VI, pp. 149-162. Biblioth. hag. lat., 1997 y 1998. Delehaye, *Comm. martyrol, hieron*, pp. 98-100 y 396; *Origines du culte des martyrs*, 1933, p. 367. Dom Felibien, *Hist, de l'abbaye royal de St. Denis en France;* 1706, pp. 53-89 y XXXVIII. Lebeuf, *Hist. de la ville et de tout la dioc. de Paris*, 1883, vol. III. 94.

SAN MAGNERICO, OBISPO DE TRÉVERIS (596 P.C.)

MAGNERICO nació a principios del siglo VI. Fue educado por San Niceto, obispo de Tréveris, quien le ordenó sacerdote e hizo de él su hombre de confianza. Cuando el rey Clotario I desterró a Niceto porque éste le había excomulgado a causa de su vida de vicio, Magnerico le siguió al exilio. Al año siguiente, Sigeberto levantó la pena de destierro y, seis años más tarde, Magnerico sucedió a Niceto en la sede de Tréveris. San Magnerico era muy devoto de San Martín de Tours, en cuyo honor erigió varias iglesias y fundó un monasterio. En el curso

de sus peregrinaciones a Tours, se hizo muy amigo de San Gregorio, obispo de dicha ciudad, quien dio testimonio de la santidad de Magnerico en sus escritos. El año 585, Guntramno de Borgoña desterró al obispo de Marsella, Teodoro; éste se refugió en Tréveris, y San Magnerico, lo mismo que San Gregorio, fueron a defender la causa del obispo de Marsella ante el rey Childeberto II, quien profesaba gran veneración al obispo de Tréveris. También otro santo, Venancio Fortunato, conoció íntimamente a San Magnerico y alabó su piedad y saber como el ornato de la Iglesia. San Magnerico tuvo numerosos discípulos; entre ellos se contaba a San Gauderico, uno de sus diáconos, quien llegó a ser obispo de Cambrai. San Magnerico murió ya muy anciano, el año 596.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. VI, puede verse entre otros documentos la biografía relativamente larga que escribió Eberwino, abad de San Martín de Tréveris. Los pasajes más históricos de dicha obra se hallan también en MGH., y en H. V. Sauerland *Trierer Geschichtsquellen* (1889). Véase Fortunato, en MGH., *Epistolae*, vol. III, p. 128.

26: SANTA ANA, MADRE DE LA S. V. M. (Siglo I A.C.)

NADA sabemos de cierto sobre la madre de Nuestra Señora. Sólo conocemos su nombre y el de su esposo, Joaquín, por el testimonio del protoevangelio apócrifo de Santiago. Aunque la primera redacción es muy antigua, no se trata de un documento fidedigno. El protoevangelio de Santiago cuenta que los vecinos de Joaquín se burlaban de él porque no tenía hijos. Entonces, el santo se retiró cuarenta días al desierto a orar y ayunar, en tanto que Ana (cuyo nombre significa Gracia) "se quejaba en dos quejas y se lamentaba en dos lamentaciones". Cuando Ana se hallaba sentada orando bajo un laurel, un ángel se le apareció y le dijo: "Ana, el Señor ha escuchado tu oración: concebirás y darás a luz. Del fruto de tu vientre se hablará en todo el mundo". Ana respondió: "Vive Dios que consagraré el fruto de mi vientre, hombre o mujer, a Dios mi Señor y que le servirá todos los días de su vida". El ángel se apareció también a San Joaquín. A su debido tiempo, nació María, quien sería un día la Madre de Dios. Hagamos notar que esta narración se parece mucho a la de la concepción y el nacimiento de Samuel, cuya madre se llamaba también Ana (I Reyes, I). Los primeros Padres de la Iglesia oriental veían en ello un paralelismo. En realidad, se puede hablar de paralelismo entre la narración de la concepción de Samuel y la de San Juan Bautista, pero en el caso presente la semejanza es tal, que se trata claramente de una imitación.

La mejor prueba de la antigüedad del culto a Santa Ana en Constantinopla es que, a mediados del siglo VI, el emperador Justiniano le dedicó un santuario. En Santa María la Antigua hay dos frescos que representan a Santa Ana y datan del siglo VIII. Su nombre aparece también destacadamente en una lista de reliquias que pertenecían a San Angel de Pescheria y sabemos que el Papa San León III (795-816), regaló a la iglesia de Santa María la Mayor un ornamento en el que estaban bordadas la escena de la Anunciación y las figuras de San Joaquín y Santa Ana. Las pruebas históricas en favor de la autenticidad de les reliquias de Santa Ana, que se encuentran en Apt, de la Provenza, y en Düren, carecen absolutamente de valor. La verdad es que antes de mediar el siglo XIV, el culto de Santa Ana no era muy popular, pero un siglo más tarde se popularizó enormemente y Lutero, el reformador, lo ridiculizó con acritud y

atacó en particular la costumbre de representar juntos a Jesús, María y Ana, como una especie de trinidad. En 1382, Urbano VI publicó el primer decreto pontificio referente a Santa Ana; por él concedía la celebración de la fiesta de la santa a los obispos de Inglaterra exclusivamente, como se lo habían pedido algunos ingleses. Muy probablemente la ocasión de dicho decreto fue el matrimonio del rey Ricardo II con Ana de Bohemia, que tuvo lugar en ese año. La fiesta fue extendida a toda la Iglesia de occidente en 1584.

El *Protoevangelio* de Santiago es conocido con diversos nombres. Los diferentes textos de dicho documento pueden verse en la traducción inglesa de B. H. Cowper, *Apocryphal Gospels* (1874). Dicho autor llama al texto en que nos hemos basado *el Protoevangelio de San Mateo*. J. Orr reproduce la traducción de Cowper en *N. T. Apocryphal Writings* (1909). El texto griego puede verse en el vol. I de *Evangiles Apocryphes* (1911, ed. H. Hemmer y P. Lejay). Ver también E. Amann, *Le protoévangile de Jacques et ses remaniements* (1910). La obra más completa sobre Santa Ana y su devoción es indudablemente la del P. B. Kleinschmidt, *Die hl. Anna* (1930). Cf. igualmente H. M. Bannister, en *English Historical Review*, 1903, pp. 107-112; H. Leclercq, en DAC., vol. I, cc. 2162-2174; y V. P. Charland, *Ste. Anne et son culte* (3 vols.). M. V. Ronan, *Ste. Anne: her Cult and her Shrines* (1927), es una obra poco crítica.

SAN SIMEON EL ARMENIO (1116 P.C.)

SEGÚN SE dice, San Simeón era armenio. El año 982, hizo una peregrinación a Jerusalén y, después, se trasladó a Roma. Ahí fue acusado de herejía, pero el papa Benedicto VII, que mandó examinar su doctrina, le declaró ortodoxo. El santo viajó algún tiempo por Italia, hizo peregrinaciones a los santuarios de Santiago de Compostela y San Martín de Tours y retornó a Lombardía. Para entonces, ya era muy famoso por su caridad y sus milagros. Los habitantes de Mántua quedaron admirados al ver a San Simeón jugando tranquilamente con el león de un circo. El santo ingresó finalmente en el monasterio benedictino de Padilirone, de la reforma cluniacense, en el que pasó el resto de su vida. Los milagros que se atribuían a San Simeón llamaron la atención de la Santa Sede, y el Papa Benedicto VIII aprobó oficialmente su culto.

Es posible que el autor de la vida de San Simeón (Mabillon y *Acta Sanctorum*, julio, vol. VI) haya sido contemporáneo del santo; en todo caso, era extremadamente crédulo. Por ello se puede poner en duda la veracidad de la afirmación de que San Simeón llegó en uno de sus viajes hasta Inglaterra.

SANTA BARTOLOMEA CAPITANIO, VIRGEN, COFUNDADORA DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD DE LOVERE (1833 P.C.)

BARTOLOMEA tenía apenas veintiséis años al morir. Sin embargo, en el curso de su breve vida, fundó una congregación religiosa, sembró la virtud en innumerables jóvenes y escribió una gran cantidad de notas espirituales e instrucciones. Sus escritos, que fueron publicados más tarde con el título de "Scritti spirituali", forman dos gruesos volúmenes, sin contar las 300 cartas publicadas aparte. Bartolomea nació en Lovere, en los Alpes de Brescia, no lejos de Castiglione, donde se hallaba la casa de los Gonzaga. Desde niña fue muy devota de San Luis. Ciertamente no fue el padre de Bartolomea quien la instruyó en la virtud, pues era un tosco molinero, muy dado a la bebida. Uno de los grandes triunfos espirituales de la joven fue que, gracias al ejemplo de la paciencia con que

soportó una enfermedad, cambió completamente el corazón de su padre, quien murió como un fervoroso cristiano. La madre de Bartolomea era una cristiana ejemplar que, con la colaboración de las religiosas de la escuela del lugar, enseñó a la niña a amar a Dios sobre todas las cosas y a ambicionar un alto grado de perfección. Como no pudiese conseguir el permiso de sus padres para entrar en religión, Bartolomea hizo, con la aprobación de su confesor, un voto de virginidad perpetua. Después de obtener su diploma de maestra, se consagró enteramente a la educación de la juventud. En el ejercicio de esa forma de apostolado organizó una congregación mariana de San Luis Gonzaga, que se extendió por toda la ciudad y produjo maravillosos efectos. Indudablemente que en la sencillez, rectitud, tacto y fuerza de carácter de la joven había algo fascinante, como lo prueba la influencia que ejerció sobre tantas mujeres devotas con quienes mantuvo correspondencia epistolar.

Viendo la necesidad que había de crear un instituto religioso para perpetuar la obra de educación de la juventud, Santa Bartolomea se puso de acuerdo con otra dinámica mujer de la región, veinte años mayor que ella, llamada Catalina Gerosa, la misma que ha pasado a la historia con el nombre de Santa Vicenta Gerosa. Catalina se ocupaba, sobre todo, de los enfermos pobres, para quienes había fundado ya un hospital, en el que se reservaba los trabajos más pesados. Ambas santas decidieron combinar la labor de enfermeras con la de la educación, y las autoridades eclesiásticas les propusieron que adoptasen las reglas de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul. Las fundadoras se mostraron dispuestas a ello, pero, como Lovere pertenecía a Austria, ciertas conveniencias políticas hacían muy difícil que una casa religiosa que se hallaba en territorio austríaco dependiese de otra del exterior. Así pues, con el apoyo del obispo, Bartolomea y Catalina fundaron la nueva congregación de las "Hermanas de la Caridad", que más tarde obtuvo la aprobación pontificia. La congregación tiene actualmente su casa madre en Milán y no está muy difundida. El hábito es muy diferente del de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, y las constituciones que rigen a la comunidad se parecen más a las que escribió Santa Bartolomea poco antes de su muerte, que a las de San Vicente de Paul. Santa Bartolomea no puso jamás límites a su entrega al prójimo. Su abundante correspondencia y sus actividades no le dejaban momento de reposo. Cuatro meses antes de su muerte, el médico la obligó a interrumpir la correspondencia epistolar; la santa obedeció, pero la orden había llegado demasiado tarde. Santa Bartolomea murió tísica el 26 de julio de 1833 y fue canonizada en 1950.

Existe una biografía muy completa escrita por L. I. Mazza (2 vols., 1905), y una biografía francesa escrita por C. Carminati (1934). Cf. Kempf, *Holines of the Church in the Nineteenth Century*, pp. 204-207.

BEATO GUILLERMO WARD, Mártir (1641 p.c.)

El verdadero apellido del Beato Guillermo era Webster. Era originario de Thornby de Westmorland. En 1604, se trasladó a Douai, donde recibió la ordenación sacerdotal en 1608. Ese mismo año, fue enviado a la misión de Inglaterra. Para entonces tenía ya bastante más de cuarenta años; pero desconocemos los detalles de su vida anterior. Una tempestad desvió hacia Escocia el navío en que viajaba el beato, quien fue arrestado inmediatamente y pasó tres

años en la prisión. En cuanto recobró la libertad, se dirigió a Inglaterra a trabajar por la Iglesia, pero pronto cayó nuevamente prisionero. De los treinta y tres años que estuvo en la misión, pasó veinte en la cárcel. En la obra de Challoner puede leerse el testimonio que un sacerdote diocesano, que se tituló a sí mismo "hijo espiritual" del P. Ward, dejó acerca del carácter, el proceso y el martirio del sacerdote.

"Todo el mundo sabía que era un hombre extraordinariamente bueno, lleno de celo en el servicio de Dios . . . Sus sermones no eran excelentes, pero su vida era una predicación constante. Por otra parte, en las confesiones, en las que empleaba la mayor parte del tiempo, exhortaba fervorosamente a la virtud y amor de Dios y disuadía del vicio y de la vanidad del mundo. Según me han contado muchos de sus penitentes, se mostraba particularmente severo con las personas mundanas . . . Algunos le tachaban de demasiado ascético, porque sólo hablaba de cosas serias y su rostro tenía algo de duro cuando hablaba, pero quienes le conocían a fondo sabían que era en realidad un *vir dolorum* y que sufría de dos penosas enfermedades . . . La verdadera razón por la que no usaba mejores vestidos ni comía mejor, era porque se sentía indigno de ello . . . En todo el tiempo que traté al santo varón, no recuerdo una sola ocasión en la que su conversación no haya versado sobre el servicio de Dios o no haya comenzado o terminado por la mención de ese tema . . ."

El 7 de abril de 1641, el Parlamento promulgó un decreto por el que desterraba a todos los sacerdotes so pena de muerte. El P. Ward se negó a salir de Londres y fue arrestado el 15 de julio del mismo año. Fue transportado a Tyburn en una carreta tirada por cuatro caballos. Tras de afirmar públicamente que la causa única por la que daba su vida era la fe católica, entregó al alcalde cuarenta chelines para que los distribuyese entre los católicos pobres, regaló una corona al verdugo y un florín al encargado de los caballos. Sus últimas palabras fueron: "Jesús, Jesús, Jesús, recibe mi alma".

Challoner narra muy detalladamente la vida de este mártir, en MMP., pp. 382-392. Véase también *Douay Diaries*, vol. I.

27: SAN PANTALEON, Mártir (¿305? p.c.)

Apenas hay duda alguna de que haya existido un mártir llamado Pantaleón (cuyo nombre significa en griego "el que se compadece de todos"). Pero las leyendas que nos han llegado sobre él, carecen de valor. Según ellas, Pantaleón, hijo de un pagano llamado Eubula, llegó a ser médico del emperador Galerio Maximiano en Nicomedia. Durante algún tiempo, Pantaleón se dejó arrastrar por el mal ejemplo y sucumbió ante las tentaciones, con lo cual se sometió a una prueba más difícil que la de la tortura, pues la entrega al mal debilita implacablemente la voluntad y acaba por destruir la virtud más heroica. Así pues, Pantaleón, que vivía en una corte donde se practicaba la idolatría y se aplaudía la vanagloria de este mundo, cayó en la apostasía. Pero las prudentes exhortaciones de un celoso cristiano llamado Hermolaos le abrieron los ojos y le condujeron de nuevo al seno de la Iglesia. Cuando la persecución de Diocleciano estalló en Nicomedia, el año 303, Pantaleón distribuyó todos sus bienes entre los pobres. Poco después, algunos médicos envidiosos le delataron a las autoridades, las cuales le arrestaron junto con Hermolaos y otros dos cristianos.

El emperador, que deseaba salvar a Pantaleón, le exhortó a apostatar, pero éste se negó a ello y curó milagrosamente a un paralítico para demostrar la verdad de la fe. Tras de sufrir numerosos tormentos, los cuatro fueron condenados a ser decapitados. La ejecución de San Pantaleón se retrasó un día. Los verdugos intentaron matarle de seis modos diferentes: por el fuego, el plomo fundido, ahogándole, arrojándole a las fieras, torturándole en la rueda y atravesándole con la espada. Pero Pantaleón salió ileso de todas las pruebas con la ayuda del Señor. Finalmente, el mártir permitió libremente que le decapitasen; de sus venas brotó leche en vez de sangre, y el tronco de olivo sobre el cual le cortaron la cabeza floreció instantáneamente.

San Pantaleón es uno de los Catorce Santos Patronos y en el oriente se le profesa gran veneración como "mártir y taumaturgo" y como uno de los "anargyroi" o médicos que asistían gratuitamente a los enfermos. Antiguamente, San Pantaleón fue también muy famoso en el occidente. En Constantinopla, Madrid y Ravello, se conservan algunas presuntas reliquias de su sangre y se dice que el fenómeno de la licuefacción ocurre, como en el caso de la sangre de San Genaro.

Tanto las leyendas griegas como las latinas, de las que existen numerosas versiones (BHL., 6429-6448, y BHG., 1413-1418) son muy extravagantes. Sin embargo, la antigüedad del culto de San Pantaleón, relacionado principalmente con Nicomedia y Bitinia, está perfectamente probada. Véase Delehaye, *Les origines du culte des martyrs*, p. 189, etc. La fabulosa leyenda del santo data de muy antiguo; en el Museo Británico hay una traducción siria en un manuscrito del siglo VI (Addit., 12, 142). Los sirios querían tener un San Pantaleón propio; así pues, tomaron muchos rasgos de la leyenda del santo y los atribuyeron a un personaje legendario llamado Asia (que significa "médico"), y situaron su vida y su muerte en Antioquía. Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXXVIII (1920), p. 408. Acerca de la licuefacción de la sangre de San Pantaleón en Ravello, cf. Ian Grant, *The Testimony of Blood* (1929), pp. 17-44. El cardenal Newman, poco después de su ordenación sacerdotal, describió el fenómeno en una carta que escribió a Enrique Wilverforce desde Nápoles, en agosto de 1846.

LOS SIETE SANTOS DURMIENTES DE EFESO (Sin fecha)

"Los SIETE Durmientes nacieron en la ciudad de Efeso. Cuando el emperador Decio fue a perseguir a los cristianos de Efeso, mandó construir templos en el centro de la ciudad para que todo el pueblo acudiese a ofrecer sacrificios a los ídolos; quienes se negasen a ello, estaban condenados a muerte. Las torturas con que el emperador amenazaba eran tan crueles, que el amigo olvidaba al amigo, el hijo repudiaba al padre y el padre al hijo. Sin embargo, hubo en la ciudad siete justos, a saber: Maximiano, Malco, Marciano, Dionisio, Juan, Serapión y Constantino. En el oriente se les llama Maximiliano, Jámblico, Martín, Juan, Dionisio, Constantino y Antonino y existen aun otros nombres diferentes. Cuando los justos vieron la perdición del pueblo, se afligieron en extremo. Como fueron los primeros que se negaron a sacrificar a los dioses, se ocultaron en sus casas y se consagraron al ayuno y la oración. Finalmente fueron acusados ante Decio, quien les mandó comparecer y descubrió que eran verdaderamente cristianos. El emperador les concedió algún tiempo para reflexionar antes de que volviesen a comparecer ante él. Los justos emplearon ese tiempo en distribuir su patrimonio entre los pobres. Luego, se reunieron en consejo y se dirigieron al monte Celión, donde se ocultaron en gran secreto largo tiempo. Uno de ellos se encargaba de servir a los otros, e iba a la ciudad disfrazado de mendigo.

"Cuando Decio volvió a la ciudad, mandó que los trajesen prisioneros. Entonces Malco, que era el que les servía y les llevaba carne y agua, volvió lleno de temor a donde estaban sus compañeros y les refirió que se les buscaba con gran tenacidad y todos quedaron espantados . . . Entonces, dispuso Dios que se quedasen dormidos. Y cuando llegó el día, los que los buscaban no pudieron hallarlos . . . Decio se puso a reflexionar entonces sobre lo que haría con ellos. Y Dios quiso que tapiase con piedras la entrada de la caverna en que se hallaban para que muriesen en ella, de hambre, por falta de carne. Entonces, los ministros y dos cristianos llamados Teodoro y Rufino escribieron el martirio de los siete justos e introdujeron el escrito entre las rocas. Trescientos sesenta y dos años más tarde, cuando ya habían muerto Decio y toda su generación, en el trigésimo año del reinado del emperador Teodosio, cuando surgió la herejía de los que negaban la resurrección de la carne . . . Dios, lleno de piedad y misericordia, quiso consolar a los tristes y adoloridos y restituirles la esperanza en la resurrección de los muertos; así pues, abriendo el tesoro de su preciosa misericordia, resucitó a los mártires de la manera siguiente:

"Infundió en el corazón de un señor de Efeso el deseo de construir en el monte, que era desierto y escabroso, un refugio para sus pastores. Y sucedió, casualmente, que los obreros que excavaban para echar los cimientos del refugio, abrieron la cueva. Y entonces los santos varones que estaban en ella despertaron y se saludaron unos a otros, creyendo que sólo habían dormido una noche y recordando la angustia del día anterior . . . (Maximiano) ordenó a Malco que fuese a comprar pan a la ciudad y que trajese más que la víspera. También le mandó que se informase acerca de las intenciones del emperador. Y Malco tomó cinco monedas y salió de la cueva. Y cuando vio a los albañiles y las piedras a la entrada de la cueva, empezó a bendecir a Dios y a maravillarse. Pero prestó poca atención a las piedras, pues tenía otras cosas en qué pensar. Cuando llegó a la puerta de la ciudad, quedó maravillado, porque vio sobre ella la señal de la cruz. Inmediatamente se dirigió a otra puerta y vio también sobre ella la señal de la cruz. Y se maravilló mucho, porque en todas las puertas halló la señal de la cruz que adornaba la ciudad. Entonces bendijo a Dios y retornó a la primera puerta, pensando que se trataba de un sueño. Tomando ánimo, se cubrió el rostro y penetró en la ciudad. Y, cuando llegó a donde se hallaban los panaderos y les oyó hablar de Dios, se asombró aún más y dijo: "¿Cómo es posible que todos hayan negado ayer el nombre de Jesucristo y hoy se confiesen abiertamente cristianos? Tal vez no es ésta la ciudad de Efeso, pues las construcciones han cambiado. Sin duda es otra ciudad, y yo no sé cuál". Y habiendo preguntado y oído que era la ciudad de Efeso, no creyó lo que oía y decidió volver a donde estaban sus compañeros. Pero antes, se dirigió a donde estaban los vendedores de pan. Y cuando les mostró las monedas que tenía, los vendedores quedaron atónitos y se dijeron unos a otros que aquel joven había encontrado un tesoro. Y cuando Marcos los vio hablar entre ellos, creyó que iban a llevarle ante el emperador y, lleno de miedo, les rogó que se quedasen con el dinero y con el pan y le dejasen partir. Pero ellos le detuvieron y le preguntaron: "¿De dónde eres? Porque has descubierto sin duda un tesoro de los antiguos emperadores. Muéstranoslo y seremos buenos contigo y guardaremos el secreto".

"Y Malco estaba tan aterrado que no supo qué responder. Y cuando vieron que no hablaba, le echaron una cuerda al cuello y le llevaron al centro de la

ciudad. Y cuando el obispo San Martín y el cónsul Antípater, que acababan de llegar a la ciudad, oyeron hablar del suceso, mandaron que Malco compareciese ante ellos con su dinero. En el camino a la iglesia Malco estaba persuadido de que le llevaban ante el emperador Decio. El obispo y el cónsul se maravillaron al ver las monedas y preguntaron a Malco dónde había descubierto ese tesoro desconocido. Y él respondió que no lo había descubierto en ninguna parte, sino que sus parientes se lo habían dejado en herencia ... Entonces dijo el juez: "¿Cómo vamos a creer que tus parientes te legaron esas monedas, si sobre ellas está escrito que fueron acuñadas hace más de 372 años, en los primeros tiempos del reinado del emperador Decio? Tu dinero no se parece al nuestro" ... Y Malco dijo: "Señor, estoy muy desconcertado y nadie me cree; pero yo sé perfectamente que huímos por temor al emperador Decio; ayer mismo le vi entrar en esta ciudad, si ésta es la ciudad de Efeso". Entonces el obispo, después de reflexionar, dijo al cónsul que se trataba de una visión que el Señor les había concedido por medio del joven. Después dijo el joven: "Seguidme; voy a llevaros a donde están mis compañeros y a ellos sí les creeréis. Yo sé perfectamente que huímos del rostro del emperador Decio". Los jueces le siguieron y una gran muchedumbre del pueblo se unió al cortejo. Y Malco entró primero a la cueva, seguido por el obispo. Y encontraron entre las piedras las cartas selladas con dos sellos de plata. Entonces el obispo congregó a todos los que habían ido a la cueva y les leyó las cartas, de suerte que todos quedaron desconcertados y maravillados. Y vieron a los santos sentados en la cueva, con rostros florecientes como rosas y todos se arrodillaron y glorificaron a Dios. E inmediatamente, el obispo y el juez mandaron un recado al emperador Teodosio para que viniese al punto a ver las maravillas que el Señor había obrado ...

"Y tan pronto como los benditos santos de Nuestro Señor vieron acercarse al emperador, su rostro empezó a brillar como el sol. Y el emperador entró en la cueva y glorificó al Señor y abrazó a los santos, llorando sobre cada uno de ellos y diciendo: "Veros a vosotros es como haber visto al Señor resucitando a Lázaro". Y Maximiano le dijo: "Créenos a nosotros, pues el Señor es quien nos ha resucitado antes del día de la gran resurrección para que tú creas firmemente que los muertos resucitarán un día como nosotros y vivirán. Y así como el niño que está en el vientre de su madre no siente nada, así nosotros hemos estado durmiendo aquí, acostados, sin sentir nada". Y después de haber dicho todo esto, los justos reclinaron la cabeza por tierra y exhalaron el último suspiro por mandato de nuestro Señor Jesucristo y así murieron. Entonces se levantó el emperador y se postró junto a ellos llorando amargamente y los abrazó y los besó. En seguida, mandó construir un sepulcro de oro y plata para enterrarlos en él. Y esa misma noche, los justos se aparecieron al emperador y le dijeron que debía darles sepultura en la tierra desnuda, tal como habían estado hasta que el Señor los resucitó, pues en la tierra debían esperar la resurrección final. Entonces, el emperador mandó adornar rica y noblemente el sitio de la sepultura con piedras preciosas y promulgó un decreto por el que perdonaba a todos los obispos que creyesen en la resurrección. Es dudoso que los justos hayan dormido 372 años, ya que fueron resucitados en el año de gracia de 478 y Decio sólo reinó durante un año y tres meses, en el año de gracia de 270. Así pues, los justos sólo estuvieron dormidos 208 años".

Hemos traducido directamente de la obra de Jacobo de Vorágine la famosa leyenda de los Siete Durmientes de Efeso para conservarle su sabor original,

que se perdería si sólo hubiésemos hecho un resumen. Baronio fue el primero que puso en duda, en el siglo XVI, la veracidad de la leyenda; desde entonces, para explicar su origen, se lanzó la hipótesis de que en la época de Teodosio II se habían encontrado, en una cueva de Efeso, las reliquias de siete mártires. La hipótesis era verosímil; pero no existe ninguna prueba o documento que registre el descubrimiento de tales reliquias, y todo parece indicar que la leyenda de los Siete Durmientes es una pura invención. Probablemente se trata de la interpretación cristiana de un tema muy antiguo de la tradición judía o pagana, que se repite en el folklore de todos los pueblos de Europa y Asia. El cuento de La Bella Durmiente es una de las mútiples variaciones del tema. La leyenda de los Siete Santos Durmientes fue redactada en el siglo VI por Jacobo de Sarug en el oriente y por San Gregorio de Tours en el occidente. Poco después, empezó a desarrollarse el culto de esos santos legendarios. En el oriente, donde los Santos Durmientes son niños, se celebra todavía su fiesta en el rito bizantino y en otros; el "Euchologion" griego contiene una oración en la que se invoca contra el insomnio a los Santos Durmientes. No menor popularidad alcanzó la leyenda en el occidente: el Martirologio Romano menciona a los Siete Durmientes y su fiesta se celebra todavía en dos o tres sitios.

Se ha discutido mucho acerca del origen de la leyenda y del idioma en que pasó a formar parte de la hagiografía. El tema del hombre que se queda dormido y despierta muchos años después en un mundo totalmente cambiado, es tan antiguo como el folklore universal. Acerca de la leyenda de Epiménides en particular, cf. H. Demoulin, *Epiménide de Créte* (1901). La forma cristiana de la leyenda empezó a circular relativamente pronto. En efecto, constituía el tema de una de las homilías en verso de Jacobo de Sarug, quien murió el año 521; además, en un manuscrito del Museo Británico, que data del siglo VI, hay un fragmento de la leyenda, escrito en sirio. En el mismo siglo, San Gregorio de Tours narró detalladamente el episodio de los Siete Durmientes, en latín, con esta advertencia: *Syro quodam interpretante*, una frase que significa casi seguramente que un oriental le había traducido la leyenda. B. Krusch en su edición crítica de la traducción de San Gregorio (*Analecta Bollandiana*, vol. XII, pp. 372-388), opinaba que el intérprete era un sirio, pero que la leyenda era de origen griego. Lo mismo piensan los PP. Peeters y Delehaye. También Ignacio Guidi, en su edición de los textos orientales de la leyenda, se inclinaba a pensar que la forma original era griega; pero en su artículo de la *Encyclopedia of Religion and Ethics*, vol. XI, pp. 426-428, parece haber cambiado de opinión. A Allgeier, en *Oriens Christianus* (vols. IV-VII) defiende la prioridad del texto sirio. Dom M. Huber sostiene la opinión desconcertante de que el texto original de la leyenda era el latino. A pesar de ello, Huber ha merecido bien de la historia por la vasta colección de materiales que reunió en su obra *Die Wanderlegende von den Siebenschläfern* (1910). Ver también J. Koch, *Die Siebenschläferlegende* ... (1883). Acerca de la Leyenda de los Durmientes en el Islam, cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXVIII (1950), pp. 245-260. Existe una traducción inglesa de la versión de San Gregorio de Tours en *Selections* (University of Pennsylvania Press, 1949). Ver. E. Honigmann, *Patristic Studies* (1953), pp. 125-168 (*Studi e testi*, 173): muy importante.

SANTOS AURELIO, NATALIA Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (*c.* 852 P.C.)

DURANTE el siglo VIII, los moros tuvieron en España una actitud tolerante hacia los cristianos, como la habían tenido en otras partes, en las primeras etapas de la dominación mahometana. Lo único que prohibían terminantemente a los cristianos era el proselitismo y la rebelión abierta contra la ley de Mahoma. Pero, después de la fundación del emirato independiente de Córdoba, los emires Abderramán II y Mahometo I emprendieron una verdadera persecución. Una

de las primeras víctimas fue San Eulogio de Toledo, decapitado el año 859, quien había alentado a los cristianos y asistido en la cárcel a los confesores de la fe. San Eulogio nos dejó una relación de la vida y martirio de muchos cristianos, entre los que se cuentan los que se conmemoran en Córdoba en la fecha de hoy. El primero de ellos Aurelio, era hijo de un moro y una española de alta posición. Sus padres le confiaron, al morir, al cuidado de una tía suya, quien educó al niño en la religión cristiana. En su juventud, Aurelio aparentaba ser mahometano, pero seguía practicando secretamente el cristianismo y logró convertir a su esposa, Sabigota, la cual tomó en el bautismo el nombre de Natalia. Un día, Aurelio vio a un mercader cristiano llamado Juan, a quien los moros paseaban por la ciudad en un burro para que sirviese de escarmiento a los cristianos, después de apalearle cruelmente por haber afirmado en público la falsedad de la religión de Mahoma. Al ver el valor de Juan, Aurelio se arrepintió de la cobardía con que hasta entonces había ocultado su verdadera religión, pero no se atrevió a hacer una confesión pública de su fe, por temor a lo que pudiera suceder a sus dos hijos pequeños. Después de hablar con su esposa, ambos decidieron consultar a San Eulogio. El santo les aconsejó que antes de confesar públicamente la fe tomasen previsiones, de suerte que sus hijos fuesen educados en el cristianismo en caso de que ellos muriesen. Aurelio y Natalia confiaron el cuidado de sus hijos al propio San Eulogio. El ejemplo de los dos esposos atrajo a la fe a un pariente de Aurelio, llamado Félix, quien había apostatado del cristianismo y se había hecho mahometano, en tanto que su esposa, Liliosa, había permanecido cristiana. Al reconvertirse al cristianismo, Félix quedaba amenazado de muerte como renegado. Los cuatro comenzaron a visitar a los cristianos cautivos; así conocieron, entre otros, al mercader Juan y a sus dos hijas, Santa Flora y Santa María, quienes se hallaban prisioneros en Sevilla.

Por entonces, llegó a España un monje llamado Jorge, procedente del monasterio de San Sabas en los alrededores de Jerusalén, quien había recorrido primero Egipto y luego Europa, para pedir limosna a fin de sostener su monasterio. Aurelio recibió al monje en su casa, y ambos se hicieron muy amigos. Según se cuenta, el monje Jorge no se había lavado en veinte años (era ésa una forma de penitencia más concebible en aquella época que en la nuestra). Flora y María conquistaron la palma del martirio y poco después, se aparecieron a Aurelio y Natalia y les dijeron que pronto alcanzarían, ellos también, la felicidad eterna. Interpretando la visión como una señal de la voluntad de Dios, Natalia y Liliosa manifestaron abiertamente su cristianismo al visitar las iglesias de Córdoba (donde había siete) sin velarse el rostro. Todos fueron arrestados cuando asistían a misa en la casa de Aurelio; el monje Jorge fue también hecho prisionero. Todos fueron acusados de haber apostatado del Islam, pero tal acusación no podía aplicarse al monje, ya que era extranjero. Sin embargo, cuando le iban a poner en libertad, Jorge insultó públicamente, ante el tribunal, el nombre de Mahoma y fue condenado con sus compañeros. Todos fueron decapitados delante del palacio del emir.

El *Memorialis sanctorum* de San Eulogio constituye prácticamente nuestra única fuente de información. Los principales pasajes pueden verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. VI, bajo el título de Georgii monachi, Aurelii, etc. Cf. Florez, *España Sagrada*, vol. X; y Simonet, *Historia de los Mozárabes de España*, pp. 428 ss. Acerca de San Eulogio, véase nuestro artículo del 11 de marzo.

BEATO BERTOLDO DE GARSTEN, Abad (1142 p.c.)

Bertoldo nació hacia el año 1090, a orillas del Lago Constanza. Su mujer murió cuando él tenía unos treinta años y, al quedar viudo, Bertoldo ingresó en el convento de San Blas. Más tarde, fue nombrado abad del convento de Goettweig, en la Selva Negra. Otocar, el margrave de Estiria, había fundado algunos años antes una residencia de canónigos seculares en Steyer-Garsten, pero, como dicha residencia no correspondiese a las esperanzas que el margrave había puesto en ella, decidió despedir a los canónigos y sustituirlos por monjes benedictinos. Así lo hizo alrededor del año 1111. Nombró abad del nuevo monasterio al Beato Bertoldo, quien inmediatamente estableció la disciplina en todo su rigor. La fama del abad y de sus monjes convirtió pronto el monasterio en un sitio de peregrinación. Para hospedar a los peregrinos, Bertoldo construyó una hostería; junto a ella edificó un hospital para los enfermos del pueblo y los peregrinos. Tal liberalidad y la generosidad con que el beato socorría a cuantos le pedían ayuda eran una pesada carga económica para el monasterio; pero Dios socorrió en varias ocasiones milagrosamente a los monjes. Bertoldo llevaba la vida ordinaria de un monje. Repartía su tiempo entre la oración, el estudio y la administración del monasterio. En esa forma alcanzó la santidad. A ello contribuyó también su gran penitencia, ya que jamás comía carne ni pescado y pasaba buena parte de la noche en oración. Las gentes acudían desde muy lejos a oírle predicar y a pedirle la bendición. Es interesante hacer notar, dada la época en que vivió el beato, que su celo se manifestaba, sobre todo, en el ministerio de la confesión, que practicaba así entre sus religiosos como entre el pueblo.

La biografía que poseemos sobre Bertoldo fue escrita unos veinte años después de su muerte. Puede verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. VI, junto con otros documentos importantes.

BEATA LUCIA DE AMELIA, Virgen (1350 p.c.)

Lucía Bufalari nació en Castel Ponziano, localidad de Umbría. Era hermana del Beato Juan de Reiti. Como su hermano, Lucía ingresó en la orden de los Ermitaños de San Agustín y llegó a ser superiora del convento de Amelia. En el claustro practicó las más severas mortificaciones y desplegó una virtud heroica en el servicio de Dios. El pueblo empezó a invocarla en cuanto murió. Su culto fue confirmado en 1832.

Ver Lupidi, *Memorie storiche riguardanti la B. Lucia Bufalari* (1938); y *Seebök, Herrlichkeit der Katholischen Kirche* (1900).

BEATOS RODOLFO AQUAVIVA y sus Compañeros, Mártires (1583 p.c.)

Los nombres de estos cinco mártires de la Compañía de Jesús eran: Rodolfo Aquaviva, Alfonso Pacheco, Pedro Berno, Antonio Francisco, sacerdotes y Francisco Aranha, hermano coadjutor. El P. Aquaviva era hijo del duque de Atri, pariente de la familia de San Luis Gonzaga y sobrino del P. Claudio Aquaviva, quinto general de la Compañía de Jesús. Rodolfo ingresó en la orden a los dieciocho años de edad, en 1568. Después de recibir la ordenación sacerdotal en

Lisboa, fue enviado a la India, a la ciudad de Goa. En 1579, el gran mogul Akbar, pidió que se enviasen misioneros a su corte, en Fatehpur Sikri, cerca de Agra. El P. Aquaviva, que era un hombre "de carácter muy sencillo y amable ... y vivía en constante unión con Dios", fue uno de los elegidos para dicha misión. Hasta el año de 1583 estuvo en la corte del mogul tratando de convertirle, pero sin conseguirlo. El mismo año, pasó a encargarse de la misión de Salsete, al norte de Bombay. El P. Pacheco, que era castellano, y el P. Berno, originario de Suiza, acompañaron a los portugueses en dos expediciones punitivas contra la aldea de Cuncolim. En esas ocasiones hicieron cuanto pudieron por destruir los templos hindúes y, sin duda, que el pueblo no dejó de observarlo. El P. Francisco era italiano. El hermano Aranha era el arquitecto de la misión de Goa y llevaba ya veintitrés años en la India cuando fue martirizado.

Los cinco jesuitas trabajaban en el distrito de Salsete. Como Cuncolim era el bastión de la religión hindú en aquella comarca, decidieron cultivar especialmente esa aldea. Así pues, el 15 de julio de 1583, se reunieron en Orlim y, acompañados por algunos cristianos, partieron a Cuncolim, con la intención de elegir el terreno para una iglesia y plantar en él una cruz. Cuando llegaron los misioneros, los notables de la aldea se reunieron apresuradamente en consejo y salieron a su encuentro con algunos guerreros. Un portugués, que se apellidaba Rodríguez, trató de defenderse abriendo el fuego; pero el padre Pacheco le impidió disparar su arcabuz, diciéndole: "No hemos venido a batirnos". Entonces, los habitantes de Cuncolim cayeron sobre los cristianos. Los cuatro sacerdotes murieron orando por sus enemigos. El hermano Aranha estaba tan malherido, que los perseguidores le creyeron muerto; pero al día siguiente le encontraron todavía vivo. Entonces le ofrecieron la oportunidad de salvarse si adoraba a un ídolo. Como el hermano se negase a ello, le ataron a un árbol y le mataron a flechazos. Junto con los misioneros, murieron Gonzalo Rodríguez y catorce cristianos indígenas, entre los que se contaban dos niños. No sabemos por qué razón Mons. Menezes, arzobispo de Goa, omitió los nombres de estos mártires en la lista de causas de beatificación que presentó en 1600.

La causa de los cinco jesuitas se dilató más de lo normal, pues el promotor de la fe arguyó que la destrucción de las pagodas hindúes había provocado un estado de guerra, de suerte que la causa del asesinato había sido la cólera de los nativos y no la fe de los misioneros. En 1741, el Papa Benedicto XIV declaró que se trataba de un martirio auténtico, pero la beatificación formal no tuvo lugar sino hasta 1893.

El mejor relato popular acerca de los mártires de Salsete es el del P. H. Grüber, *Der selige Rudolf Aquaviva und seine Gefährten* (1894). Véase también Suau, *Les BB. Martyrs de Salsette* (1893); F. Goldie, *The First Christian Mission to the Great Mogul* (1897); J. S. Narayan, *Aquaviva and the Great Mogul* (Patna, 1946). El artículo de Sir Edward Maclagan en *Journal of the Asiatic Society of Bengal* (vol. LXV), *Jesuit Missions to the Emperor Akbar*, y la obra de C. H. Payne, *Akbar and the Jesuits* (1926), tratan la cuestión desde el punto de vista de la historia general y arrojan luz sobre algunos detalles.

BEATA MARIA MAGDALENA MARTINENGO, VIRGEN (1737 P.C.)

MARÍA MAGDALENA MARTINENGO da Barco nació en el seno de una noble familia en la ciudad italiana de Brescia en 1687. Cuando tenía cinco meses perdió a su madre. Desde muy niña, se mostró inclinada a la devoción y a la mortificación

y tuvo algunas experiencias en las que es difícil distinguir lo espiritual de lo patológico. Su deseo de "imitar *todo* lo que habían hecho los santos" no constituía un programa recomendable en ninguna edad. A los dieciocho años, ingresó en el convento capuchino de Santa María de las Nieves de su ciudad natal. En 1706 hizo la profesión. Tres veces fue maestra de novicias y, durante algún tiempo, desempeñó el humilde cargo de portera. En 1732 y en 1736, fue elegida superiora y desempeñó su oficio con el mismo celo que los otros. Dios premió su generoso y desinteresado amor con experiencias místicas extraordinarias y con el don de milagros. La beata profesaba particular devoción a la coronación de espinas y, después de su muerte, se descubrió que llevaba bajo el velo, alrededor de la cabeza, una rejilla de puntas aceradas.

Esta no era sino una de las mortificaciones más "ordinarias" de María Magdalena, cuyos detalles resultarían poco edificantes, ya que, según escribió un benedictino, muchas de sus mortificaciones se asemejaban a las "proezas de un fakir". Pero la beata las practicaba como una manera de expresar su amor al Redentor crucificado que había sufrido por ella y porque un solo corazón es demasiado poco para amarle". Además, a la mortificación supo unir el cumplimiento de sus deberes de maestra de novicias y superiora, el amor del silencio y una gran mansedumbre en la conversación. Su muerte ocurrió en 1737, cuando tenía cincuenta años de edad. Fue beatificada en 1900.

Con ocasión de la beatificación se publicaron varias biografías, basadas principalmente en los documentos del proceso: la del P. Ladislao de Vannes, en francés (1901); en italiano, las de los PP. Ludovico de Liborno (1899), Antonino de Bérgamo (1900), y Sisto de Pisa (1900).

28: SANTOS NAZARIO Y CELSO MÁRTIRES (Fecha desconocida).

EL PADRE de San Nazario era un oficial pagano del ejécrito romano, su madre, en cambio, era una cristiana muy ferviente. Nazario fue instruido en la fe por San Pedro y sus discípulos. Movido por el celo de la salvación de las almas, partió de Roma y predicó el Evangelio en varias ciudades, con el fervor y desinterés propios de un verdadero discípulo de los apóstoles. Murió decapitado en Milán, junto con Celso, un joven que le acompañaba en sus viajes. El martirio tuvo lugar al principio de la persecución de Nerón. Los mártires fueron sepultados en un huerto de las afueras de la ciudad. Poco después del año 395, San Ambrosio descubrió las reliquias. La sangre de Nazario estaba tan roja y fresca como si el santo hubiese muerto aquel mismo día. San Ambrosio trasladó los cuerpos de los mártires a la iglesia de los Apóstoles, que acababa de construir. Una mujer se vio libre de un mal espíritu en presencia de las reliquias.

Alban Butler tomó este breve relato de un sermón que San Enodio predicó en la fiesta de los mártires; también se basó en otro sermón atribuido erróneamente a San Ambrosio y en la biografía suya que escribió el diácono Paulino. No es imposible que la tradición aceptada en Milán en el siglo IV haya orientado a San Ambrosio en la búsqueda de las reliquias; pero lo único que podemos asegurar con certeza es que las encontró y las trasladó. Las versiones posteriores de la leyenda de San Nazario y San Celso son mucho más complicadas y están

llenas de contradicciones y datos fabulosos. La fiesta de estos santos se celebra junto con la de los Papas Víctor I e Inocencio I (ver los artículos siguientes) y sus nombres aparecen en el canon de la misa del rito milanés.

El P. Fedele Savio estudió muy a fondo la leyenda de los Santos Nazario y Celso en *Ambrosiana* (volumen publicado con motivo del centenario de San Ambrosio en 1897) y en *Gli antichi vescovi d'Italia*, pte. I (1913). El autor prueba que los cuatro textos griegos y los dos textos latinos que poseemos, se derivan probablemente de un original escrito en Africa en el siglo IV. Véase también *Acta Sanctorum*, julio, vol. I; y Delehaye, *Les origines du culte des martyrs*, pp. 79-80, etc.

SAN VICTOR I, Papa y Mártir (*c.* 199 p.c.)

San Víctor, originario de Africa, sucedió en el pontificado a San Eleuterio hacia el año 189. Las virtudes que le habían preparado a tan alto puesto hicieron de él un digno sucesor de los apóstoles y le ayudaron a afrontar las dificultades de su época. Por ejemplo, ciertos cristianos del Asia que vivían en Roma, insistían en celebrar la Pascua según su propia tradición, aunque no fuese en domingo. Como ciertos obispos de Asia los apoyasen, San Víctor los amenazó con la excomunión. San Ireneo de Lyon y otros prelados protestaron contra la severidad del Pontífice, haciendo notar que hasta entonces se habían tolerado las diferencias disciplinares para conservar la paz entre los cristianos. Según parece, la protesta tuvo éxito. Pero San Víctor siguió defendiendo, con perfecta razón, su derecho a exigir la uniformidad en su diócesis, sin que los otros obispos se mezclasen en ello. Otra de las dificultades con las que el santo tuvo que enfrentarse, fue la enseñanza de cierto comerciante en cuero, originario de Bizancio, llamado Teódoto, quien sostenía que Jesucristo era simplemente un hombre dotado de poderes sobrenaturales.

San Víctor murió antes de que comenzase la persecución de Septimio Severo, y no hay ninguna razón para suponer que haya sido martirizado. Pero las persecuciones que debió sufrir a causa de su enérgico celo por la fe, le merecen el título de mártir que le da la liturgia. El nombre de San Víctor aparece en el canon de la misa ambrosiana. Según San Jerónimo, el santo Pontífice fue el primero que celebró los sagrados misterios en latín. En Escocia se le tributaba antiguamente particular devoción, debido a la leyenda de que había enviado misioneros a esa nación.

Casi todo lo que sabemos acerca de San Víctor procede de Eusebio y del *Liber Pontificalis*, que le califica de mártir. Véase también *Acta Sanctorum*, julio, vol. VI; y Duchesne, *Historia de la primitiva Iglesia*, vol. I, c. 16.

SAN INOCENCIO I, Papa (417 p.c.)

Inocencio I nació en Albano, cerca de Roma, y sucedió en el pontificado a San Anastasio I el año 401. Durante dieciséis años participó activamente en los asuntos eclesiásticos. Apenas sabemos algo de la vida personal de San Inocencio, pero su obra demuestra que era un hombre muy capaz, enérgico y vigoroso. El santo Pontífice ordenó a San Victricio, obispo de Rouen, que refiriese a Roma las causas de mayor importancia y en el mismo sentido se expresó en una carta que dirigió a los obispos de España. También aconsejó a algunos prelados en el sentido de que el clero observase más rigurosamente el celibato, siguiendo la

costumbre de Roma. San Inocencio apoyó a San Juan Crisóstomo, quien había sido injustamente removido de la sede de Constantinopla por el sínodo de "La Encina"; en efecto, el Pontífice no sólo se negó a reconocer a los sucesores de San Juan Crisóstomo, sino que trató en vano de persuadir al emperador Arcadio de que le restituyese a su sede. Los obispos de Africa que habían condenado el pelagianismo en los Concilios de Cartago y Milevis el año 416, escribieron al Papa para que confirmase sus decisiones. En su respuesta, San Inocencio les dijo que "en las cuestiones de fe, los obispos de todo el mundo deben consultar a San Pedro" y les alabó por haberlo hecho así. San Agustín anunció la confirmación pontificia en su diócesis de Hipona con estas palabras: "Dos concilios habían escrito a la Sede Apostólica sobre la cuestión. Roma ha hablado. La cuestión está zanjada". Tal es el origen del adagio: "Roma locuta, causa finita est".

Durante el pontificado de San Inocencio I, en la última noche del año 406, los bárbaros cruzaron el Rin. Cuatro años más tarde Roma fue saqueada por los godos. Inocencio se hallaba entonces en Ravena, a donde había ido a tratar de persuadir al emperador Honorio de que se ganase a los bárbaros con regalos. El santo Pontífice murió el 12 de marzo del año 417.

La vida de San Inocencio I, como la de San Víctor I, pertenece más bien a la historia general que a la hagiografía. En las cartas de San Inocencio y en los documentos de la época hay muchos datos sobre su pontificado. Véase *Acta Sanctorum*, julio, vol. VI; L. Duchesne, *Historia de la primitiva Iglesia*, vol. III; DCB., vol. III, pp. 243-247. Acerca de los decretos litúrgicos de San Inocencio, cf. R. Connolly en *Journal of Theological Studies* vol. xx (1919), pp. 215-226.

SAN SANSON, Obispo de Dol (*c.* 565 p.c.)

San Sanson fue uno de los principales misioneros ingleses del siglo VI. Actualmente se le venera en Gales del Sur y en Bretaña. Nació hacia el año 485. Su padre, Amón, era originario de la provincia de Dyfed y su madre, Ana, de Gante. El nacimiento del niño fue la respuesta del cielo a las incesantes oraciones de sus padres. Por ello, cuando Sansón tenía apenas cinco años, sus padres le consagraron a Dios en el monasterio fundado por San Iltud en Llantwit de Glamorgan, que fue un verdadero almácigo de santos. Sansón fue desde el primer momento muy virtuoso, de inteligencia despejada y de gran austeridad de vida. San Dubricio le ordenó primero diácono y después sacerdote. Como Sansón era todavía muy joven, ello despertó la envidia de dos monjes que eran hermanos entre sí y sobrinos de San Iltud, ya que uno de ellos aspiraba a suceder a su tío en el gobierno del monasterio. Dichos monjes trataron de envenenar a Sansón, pero el veneno no le produjo efecto alguno. Entonces, uno de los dos hermanos se arrepintió. El otro fue víctima de un ataque en el momento en que recibía la comunión de manos de su víctima, pero las oraciones del santo le restituyeron la salud. Sansón obtuvo permiso de trasladarse a una isla en la que había un monasterio gobernado por un tal Piro. Se cree que se trataba de la isla de Caldey, frente a la costa de Pembrokeshire. Ahí, el santo "pasaba día y noche en oración y comunión con Dios y llevaba una vida de admirable paciencia y recogimiento y, sobre todo, de gran amor de Dios. Empleaba el día entero en el trabajo manual, con la mente puesta en Dios". Como el padre de Sansón sintiese que se acercaba la hora de su muerte, mandó llamar a su hijo. Este se resistió al principio a volver al mundo, pero Piro le reprendió y le dio a un diácono por compañero. Cuando Sansón administró los sacramentos a su padre,

éste recobró la salud. Entonces el padre y la madre del santo determinaron abandonar el mundo. Después de encontrar acomodo a su madre en un convento, Sansón regresó a la isla con su padre, su tío Umbrafel y el diácono que le había acompañado. San Dubricio había ido a la isla a pasar la cuaresma, según la costumbre de la época y, cuando se enteró de las maravillas que había obrado Sansón durante el viaje, decidió llevarle consigo a su monasterio. Poco después falleció Piro y Sansón fue elegido abad. Viviendo casi en completa clausura, Sansón consiguió restablecer poco a poco la disciplina en el monasterio. También hizo un viaje a Irlanda y dejó a cargo de Umbrafel un monasterio que se le confió en aquel país. A su vuelta a la isla, renunció al cargo de abad y se retiró con su padre y otros dos monjes a una ermita de las cercanías del río Severn.

Pero la paz se vio pronto turbada en aquella soledad, ya que Sansón fue nombrado abad del monasterio que, "según se dice, había fundado San Germán". Poco después, San Dubricio le confirió la consagración episcopal. La víspera de la Pascua, Sansón tuvo una visión en la que se le ordenó que partiese al otro lado del mar. Así pues, se trasladó a Cornwall con sus compañeros; al cabo de un "viaje feliz, con viento favorable", desembarcó en los alrededores de Padstow. Inmediatamente, se dirigió al monasterio de Docco (actualmente de San Kew). En cuanto los monjes supieron que se hallaba en las cercanías, enviaron al hombre más prudente del monasterio, Winiaw, quien poseía el don de profecía, para que saliese a su encuentro. Ello no significa que le hayan recibido particularmente bien, ya que, cuando Sansón decidió quedarse en el monasterio, Winiaw le indicó con gran tacto que no lo hiciese, "pues nuestra observancia ya no es la que sólía ser. Prosigue tu camino en paz . . ."

Sansón interpretó esas palabras como una señal de Dios y atravesó todo Cornwall en una carreta que había llevado de Irlanda. En el distrito de Trigg convirtió a muchos idólatras al resucitar un niño que se había caído del caballo. Fundó una iglesia en Southill y otra en Golant, siguió el río Fowey hasta la desembocadura y ahí se embarcó con rumbo a la Bretaña, dejando al cuidado de su padre el monasterio de Southill. No es imposible que durante su larga estancia en Cornwall haya visitado las Islas Scilly, ya que una de ellas tomó el nombre del santo.

Los biógrafos de Sansón hablan, sobre todo, de los milagros que realizó en la Bretaña. Viajó por toda la región predicando el Evangelio y llegó hasta las Islas del Canal; uno de los pueblecitos de Guernsey lleva su nombre. Igualmente fundó dos monasterios: uno en Dol y otro en Pental, en la Normandía. El santo fue uno de los que ayudaron al legítimo príncipe Judual a recobrar el trono que le había arrebatado su rival, Conmor, el año 555. En una visita que hizo a París, Sansón atrajo sobre sí las miradas del rey Childeberto; según se cuenta, el monarca le nombró obispo de Dol. Probablemente nuestro santo fue el "Sansón, Pecador, Obispo" que firmó las actas del Concilio de París el año 557. Pero es cierto que Dol no constituyó una sede episcopal regular sino hasta el siglo IX. San Sansón murió apaciblemente entre sus monjes, el año 565.

Se ha discutido mucho acerca de la fecha y el valor histórico de la biografía de Sansón, publicada por Mabillon y en *Acta Sanctorum*, julio, vol. VI, Robert Fawtier hizo una edición moderna del texto, *La vida de S. Sansón* (1912). Dicho autor llega a la conclusión de que la obra se debe a la pluma de un monje de Dol, que fue escrita a fines del siglo VIII o a principios del IX, y que carece absolutamente de valor histórico. Pero otros especialistas de la hagiografía céltica opinan de modo muy diferente. F. Duine (*Origines Bretonnes: la Vie de S. Samson*, 1914), siguiendo la opinión de La Borderie, sostiene que la biografía data a más tardar de 1610-1615. Mons. Duchesne, quien al principio se había pronunciado en favor de la opinión de que la obra data del siglo IX, aceptó más tarde la hipótesis de La Borderie. El canónigo T. Taylor, quien publicó una traducción inglesa de la biografía con una admirable introducción (*The Life of St. Samson of Dol*, 1925), opina también que el texto data de principios del siglo VII y posee valor histórico. Cf. LBS., vol. IV, pp. 130 ss.; Burkitt, en *Journal of Theological Studies*, vol. XXVII (1925), pp. 42-57; A. W. Wade-Evans, *Welsh Christian Origins* (1934), pp. 205-233; y G. H. Doble, *St. Samson in Cornwall* (1935). El nombre del santo figura en muchos calendarios medievales ingleses.

SAN BOTVIDO (1100 P.C.)

Botvido nació en la provincia sueca de Södermannland, donde fue educado en el paganismo. En Inglaterra se convirtió a la fe. Aunque era laico, predicó el Evangelio en las provincias de Vestmannland y Norrland, en Suecia. Murió víctima de la traición y la ingratitud más viles. En efecto, el santo había comprado a un esclavo, a quien devolvió la libertad después de instruirle y bautizarle, con la intención de que fuese a predicar el Evangelio a sus compatriotas finlandeses. Acompañado de un tal Absjorn, San Botvido se embarcó rumbo a Finlandia; pero durante la noche, cuando dormían en la playa, el esclavo los asesinó a los dos y huyó en la barca. Según la leyenda, los hombres que partieron en busca de los misioneros fueron guiados por un pájaro que se posó en su barca y estuvo cantando hasta que descubrieron los cadáveres. San Botvido fue sepultado en Botkyra. Un monje de Bodensee nos dejó un relato de su vida. En Suecia se le venera como mártir y apóstol del país.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. IV. Pero existen otros textos más completos de la biografía, como por ejemplo, el de *Scriptores rerum Suecicarum*, vol. II, pte. I, pp. 377-387. Cf. igualmente I. Collijn, en el *Festgabe* de H. Degering (1926).

BEATO ANTONIO DELLA CHIESA (1459 P.C.)

Antonio nació en 1395 en San Germano, cerca de Vercelli. Era miembro de la noble familia della Chiesa di Roddi, que había de dar más tarde a la Iglesia al Papa Benedicto XV (Giacomo della Chiesa). Sus padres se opusieron a que entrase al convento, de suerte que tenía ya veintidós años cuando tomó el hábito de Santo Domingo en Vercelli. Fue un gran predicador y director de almas y, durante varios años, acompañó a San Bernardino de Siena en sus misiones. Como superior del convento de Como, reformó completamente las costumbres y la vida religiosa de la ciudad. Más tarde, gobernó los conventos de Savona, Florencia y Bolonia y, en todos, restableció la exacta observancia. El beato se alegraba profundamente cuando terminaba cada uno de sus períodos de superiorato y se entristecía cuando le reelegían, diciendo que ni siquiera era capaz de manejar con destreza un remo. De 1440 a 1444, el antipapa Amadeo de Saboya, quien se daba el nombre de Félix V y tenía muchos partidarios en Saboya y en Suiza, perturbó la paz de la Iglesia. El Beato Antonio se le opuso vigorosamente y consiguió ganarse a muchos de sus partidarios. También predicó con gran energía contra la usura, repitiendo incansablemente la historia del usurero que, con la muerte, no sólo perdió el alma sino también el cuerpo, ya que los demonios le transportaron corporalmente al infierno, de suerte que sus familiares tuvieron que enterrar un féretro vacío. Los predicadores de la Edad Media solían emplear ese tipo de leyendas, algunas de las cuales son divertidas,

otras conmovedoras y otras totalmente absurdas. Los corsarios se apoderaron del barco en que viajaba el beato con un compañero, entre Savona y Génova. Normalmente, ello habría significado la muerte o la esclavitud, pero la conducta de los dos religiosos impresionó tanto a los piratas, que los dejaron libres sin exigirles rescate. El Beato Antonio poseía el don de milagros y de discernimiento de espíritus. Predijo su propia muerte, que tuvo lugar en Como, el 22 de enero de 1459. Su culto fue aprobado en 1819. Sin embargo, su fiesta se celebra el 28 de julio, pues en tal fecha de 1810 se llevó a cabo la translación de sus reliquias a su ciudad natal.

Véase Procter, *Lives of the Dominican Saints*, pp. 210-213; Pellazza, *Elogio storico del B. Antonio* (1863); Taurisano, *Catalogus Hagiographicus O. P.*, p. 40; y L. Ferretti, *Vita del B. Antonio* (1919).

29: SANTA MARTA, VIRGEN (Siglo I P.C.)

MARTA era hermana de María (a la que se suele identificar con María Magdalena) y de Lázaro. Con ellos vivía en Betania, pequeña población distante unos cuatro kilómetros de Jerusalén, en las cercanías del Monte de los Olivos. El Salvador había vivido en Galilea al principio de su ministerio público, pero al tercer año de su predicación se trasladó a Judea y acostumbraba entonces visitar, en Betania a sus tres discípulos que, tal vez, habían cambiado también su morada galilea por la de Judea para estar más cerca de El. San Juan nos dice que "Jesús amaba a Marta y a su hermana María y a Lázaro". Según parece, Marta era mayor que María, pues se encargaba de la dirección de la casa. San Lucas refiere que, cuando el Señor iba a Betania, Marta le atendía con gran solicitud y se afanaba mucho por servirle, en tanto que María se sentaba simplemente a los pies del Maestro a escucharle.

Sin duda que Marta amaba tanto a Jesús que todo lo que hacía para atenderle le parecía poco y hubiese querido que todos los hombres empleasen las manos, los pies, el corazón y todos los sentidos y facultades en el servicio del Creador del mundo que se había hecho hombre. Por eso, Marta pidió al Salvador que reconviniese a María para que la ayudara. Nuesto Señor se complacía ciertamente en el afecto y devoción que le profesaba Marta, pero encontró más digno de alabanza el celo tranquilo con que María se consagraba a la única cosa realmente importante, que es la atención del alma en Dios: "Marta, Marta", le dijo, "te afanas en muchas cosas, cuando sólo una es necesaria. María ha elegido la mejor parte . . ." En la vida activa, el alma se dispersa con frecuencia y pierde de vista el fin; en cambio, en la vida contemplativa se concentra en Dios y se une a El por la adoración y el amor. La vida contemplativa es una especie de noviciado del cielo, pues la contemplación es la ocupación de los bienaventurados del paraíso. Por ello, Cristo alabó la elección de María y afirmó que nunca cesaría en la contemplación y todavía añadió: "sólo una cosa es necesaria". Eso significa que la salvación eterna debe ser nuestra única preocupación.

Luc. x, 38-42; Juan XI y XII, 1-2. Según la leyenda de la Provenza (cf. nuestro artículo sobre Santa María Magdalena, 22 de julio), Marta fue con su hermana a Francia y evangelizó Tarascón. Ahí se encontraron en 1187 sus pretendidas reliquias, que todavía se veneran en su santuario. Casi todos los datos de la nota del 22 de julio se aplican a Santa Marta y a su viaje a Tarascón.

SANTOS SIMPLICIO, FAUSTINO y BEATRIZ, MÁRTIRES (¿304? P.C.)

NO SABEMOS nada de cierto acerca de estos mártires de Roma. Según la leyenda, Simplicio y Faustino, que eran hermanos, se negaron a ofrecer sacrificios a los dioses. Por ello fueron golpeados, torturados, decapitados y sus cadáveres fueron arrojados al Tíber. Otra versión afirma que perecieron ahogados en ese río. Su hermana Beatriz recuperó los cadáveres y los sepultó en el cementerio de Generosa, en el camino de Porto. Beatriz vivió durante siete meses con una mujer llamada Lucina, pero fue denunciada como cristiana por su vecino Lucrecio, que codiciaba sus propiedades. El juez ordenó a Beatriz que sacrificase a los dioses, a lo que ella replicó valientemente que era cristiana y que no estaba dispuesta a adorar a los demonios. Por ello, fue estrangulada en la prisión, en la noche del 11 de mayo, y recibió sepultura junto con sus hermanos. Dios se encargó de castigar a Lucrecio: cierta vez, mientras celebraba una fiesta con las rentas de la propiedad que había robado, un niño de pecho se irguió súbitamente en el regazo de su madre y exclamó: "¡Lucrecio, eres un ladrón y un asesino; el demonio se ha apoderado de tu alma!" Al punto el acusado entró en agonía y falleció tres horas después. En el siglo VII el Papa León II trasladó las reliquias de los tres mártires a la iglesia de Santa Bibiana y más tarde a Santa María la Mayor. La fiesta de estos mártires se celebra con la de San Félix (véase el artículo siguiente).

En este caso, como en tantos otros, el hecho del martirio y lo auténtico del culto están fuera de duda, a pesar de los datos extravagantes de la leyenda posterior. El *Hieronymianum* dice: "el 29 de julio, en el camino de Porto, a la altura de Sextum Philippi" se celebraba la memoria de Simplicio, Faustino y Viatrix (no Beatrix). En efecto, en 1868 se descubrió junto al camino de Porto el cementerio de Generosa; en él había una pequeña basílica de la época del Papa San Dámaso, con algunos frescos y fragmentos de inscripciones. En las inscripciones están los nombres de Simplicio, Faustiniano, Viatrix y Rufiniano. Véase J. B. de Rossi, *Roma Sotterranea*, vol. III, pp. 647-697; más breve es el artículo de Leclercq en DAC., vol. VI, cc. 866-900. Las *actas* de estos mártires, que son muy cortas, pueden verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. VII.

SAN FELIX "II" (365 P.C.)

LA HISTORIA de este personaje es oscura, incierta y sorprendente. El año 355, el emperador Constancio llevó preso a Milán al Papa Liberio y después le desterró a Tracia por haber sostenido las definiciones del Concilio de Nicea y por haberse negado a condenar a San Atanasio. "¿Quién sois vos", dijo el emperador al Pontífice, "para defender a Atanasio contra el mundo entero?" Un diácono de Roma, llamado Félix, aprovechó la ocasión para hacerse consagrar Papa por tres obispos arrianos; pero sólo una parte del clero de la ciudad le aceptó como Pontífice; en cuanto a los laicos, ninguno de los miembros de la nobleza le reconoció, fuera de los miembros de la corte imperial. Los habitantes de Roma rogaron insistentemente a Constancio, cuando éste visitó la ciudad, que restituyese al Papa Liberio. El año 357, el verdadero Papa volvió a Roma, donde fue recibido con gran entusiasmo por el pueblo. Félix huyó, tras de haber intentado en vano ofrecer resistencia. El senado le prohibió que volviese a Roma. Murió cerca de Porto, el 22 de noviembre de 365.

Como se ve, es difícil comprender por qué se honra a Félix como Papa, santo y mártir. Sin embargo, así sucede en ciertos documentos espurios de principios del siglo VI, las "Gesta Felicis" y las "Gesta Liberii". El error se extiende hasta el mismo Martirologio Romano, en el que se lee el día de hoy: "En Roma, en la Vía Aurelia, la conmemoración del entierro de San Félix II, Papa y mártir, quien fue arrojado de la sede pontificia por el emperador arriano Constancio por haber defendido la fe católica. Murió gloriosamente, asesinado en secreto por la espada, en Cera de Toscana. Su cuerpo fue trasladado por el clero de la ciudad y sepultado en la misma Vía. Más tarde, fue trasladado a la iglesia de los Santos Cosme y Damián; ahí fue descubierto, bajo el altar de Gregorio XIII, junto con las reliquias de los santos mártires Marcos, Marceliano y Tranquilino. Las reliquias de los cuatro santos fueron de nuevo sepultadas ahí mismo el 31 de julio". Es evidente que se trata de una confusión con el Papa Liberio, a no ser que alguien haya intercambiado deliberadamente los papeles que ambos personajes desempeñaron en la historia. El *Liber Pontificalis* refiere que el archidiácono Félix construyó una iglesia en la Vía Aurelia, donde se hallaba la tumba del mártir San Félix; seguramente que ese hecho constituyó una nueva fuente de errores.

A partir de 1947, el "Anuario Pontificio" incluyó a "Félix II" en la lista de los antipapas.

El sorprendente pasaje del Martirologio Romano que acabamos de citar es una triste prueba del retraso de la crítica histórica en la época en que el cardenal Baronio preparaba la edición de dicho martirologio. La inserción del nombre de Félix como Papa y mártir no se debió a falta de atención, pues Baronio, en su edición anotada del Martirologio, cita como autoridad en la materia su gran obra, *Annales*, que estaba a punto de publicarse. Mons. Duchesne discute en detalle el punto en la introducción de su edición del *Liber Pontificalis*, nn. 56-59. Está fuera de duda que el texto del *Liber Pontificalis* dio origen a la confusión. En la Edad Media dicha obra tenía gran autoridad; así pues, la extraña inversión que contiene del papel histórico de Liberio y Félix se impuso automáticamente a los primeros compiladores del martirologio. No es imposible que el pasaje del *Liber Pontificalis* sobre Félix sea simplemente una interpolación, o que se trate de un vestigio de las *Gesta Liberii*. Acerca de este último documento, cf. Chapman, en *Revue Bénédictine*, vol. XXVII (1910), pp. 191-199. Ver también Saltet, *La formation de la légende des papes Libère et Félix*, en *Bulletin de Littér. ecclés.*, 1905, pp. 222 ss; y J. P. Kirsch, *Die Grabstätte der Felices duo pontifices et martyres an der Via Aurelia*, en *Röm. Quartalschrift*, vol. XXVIII (1925), pp. 1-20.

SAN LUPO, Obispo de Troyes (478 p.c.)

San Lupo nació en Toul hacia el año 383. Después de seis años de matrimonio con la hermana de San Hilario de Arles, ambos esposos se separaron de común acuerdo para consagrarse al servicio de Dios. Lupo vendió sus posesiones y repartió el producto entre los pobres. Después se retiró a la famosa abadía de Lérins, gobernada entonces por San Honorato. Pero algo más tarde, hacia el año 426, fue elegido obispo de Troyes. En su cargo se mostró tan humilde y mortificado como antes y siguió practicando la pobreza como si se hallase en el monasterio. Sus vestidos eran sencillísimos, dormía en un lecho de tablas, pasaba largas horas en oración y ayunaba con mucha frecuencia. Así vivió cincuenta años, cumpliendo celosamente sus deberes pastorales.

El año 429, cuando San Germán de Auxerre pasó por Troyes de camino a Inglaterra, a donde iba a combatir la herejía pelagiana, San Lupo fue

elegido para acompañarle. Los dos obispos aceptaron esa misión con tanto mayor entusiasmo cuanto que prometía ser difícil y laboriosa. Con sus oraciones, predicación y milagros lograron extirpar la herejía, cuando menos por algún tiempo. A su vuelta a Francia, San Lupo se entregó con renovado vigor a la reforma de su grey. La prudencia y piedad que desplegó fueron tan grandes que San Sidonio Apolinar le llama "padre de padres, obispo de obispos, cabeza de los prelados de las Galias, norma de conducta, columna de verdad, amigo de Dios e intercesor de los hombres ante El". San Lupo no vacilaba en arrostrar lo peor por salvar la oveja perdida, y su apostolado tenía un éxito que rayaba frecuentemente en lo milagroso. Entre otros ejemplos, se cuenta que un hombre de su diócesis había abandonado a su esposa y se había ido a vivir a Clermont. San Lupo escribió a San Sidonio, el obispo de esa ciudad, una carta muy firme, pero al mismo tiempo de un tono tan suave y comedido que, cuando el desertor la leyó, se arrepintió y regresó a su casa. A ese propósito comenta San Sidonio: "¿Qué milagro mayor puede darse que una reprimenda que mueve al pecador al arrepentimiento y le hace amar a quien le reprende?"

Por aquella época, Atila, a la cabeza de un innumerable ejército de hunos, invadió la Galia. La invasión fue tan bárbara, que las gentes consideraban a Atila como "el azote de Dios" que venía a castigar los pecados del pueblo. Reims, Cambrai, Besançon, Auxerre y Langres habían sufrido ya la cólera del invasor. La amenaza se cernía, pues, sobre Troyes. El obispo, después de haber encomendado fervorosamente su grey a Dios, salió al encuentro de Atila y consiguió que no entrase a la provincia, pero en cambio, el rey de los hunos se llevó consigo a San Lupo como rehén. Después de la derrota de los bárbaros en la llanura de Châlons, se acusó a San Lupo de haber ayudado a Atila a escapar y el santo tuvo que salir de su diócesis y abandonarla durante dos años, víctima de lo que podríamos llamar "histeria anticolaboracionista". En el exilio vivió como ermitaño en un bosque, con gran austeridad, entregado a la contemplación. Cuando la malicia de sus enemigos cedió finalmente ante la caridad y paciencia del obispo, volvió éste a su diócesis y la gobernó con el mismo entusiasmo de siempre, hasta su muerte, ocurrida el año 478.

Dado que acompañó a San Germán a Inglaterra, antiguamente se veneraba a San Lupo en ese país. Se ha puesto en duda la historicidad de la resistencia que el santo opuso a Atila y las consecuencias que se derivaron de ello. En todo caso, lo cierto es que los hombres de Dios se santifican por la oración y son capaces de obrar maravillas. Por la oración obtuvo Elías que bajase fuego del cielo, alcanzó misericordia Manasés en la prisión, vio Ezequías restablecida su salud; la oración salvó a los ninivitas de la catástrofe, con la oración preservaron Judit y Ester al pueblo de Dios y, finalmente, la oración libró a Daniel de los leones y a San Pedro de sus cadenas.

Tiempo ha que los historiadores miran con cierta sospecha el documento que pasa por ser la más antigua biografía de San Lupo. Bruno Krusch en su edición definitiva del texto (MGH., *Scriptores Merov.*, vol. VII, 1920, pp. 284-302) pretende haber demostrado que dicha biografía no fue escrita antes del siglo VIII. Si ello es cierto, poco crédito puede prestarse a una obra que narra hechos ocurridos trescientos años antes. Según Krusch, la biografía fue escrita en la época de los carolingios con el objeto de defender las posesiones temporales de la sede de Troyes. Acerca de las relaciones de San Lupo con sus contemporáneos, cf. *Acta Sanctorum*, julio, vol. VII.

SAN OLAF DE NORUEGA, Mártir (1030 p.c.)

Olaf era hijo de un señor noruego llamado Harold Grenske. Después de practicar el pillaje y la piratería durante ocho años, en 1015, Olaf sucedió a su padre en el gobierno del señorío, cuando tenía veinte de edad. En aquella época, la mayor parte de Noruega se hallaba en manos de los daneses y los suecos. Tras de efectuar la reconquista de sus feudos, Olaf se dedicó a trabajar por la evangelización del reino, pues el arzobispo Roberto le había conferido el bautismo en Rouen. Aunque ya se había iniciado la evangelización, eran muy pocos sus progresos, porque, según parece, los métodos misionales de Haakón el Bueno y de Olaf Trygvason eran bastante salvajes. En 1013, Olaf Haroldsson, el santo de que nos ocupamos, había ido a Inglaterra a ayudar al rey Etelredo en la lucha contra los daneses. Así pues, cuando se trató de evangelizar su propio reino, pidió ayuda a los ingleses. Cierto número de monjes y sacerdotes ingleses se trasladaron a Noruega. Entre ellos iba el monje Grimkel, quien fue elegido obispo de Nidaros, la capital del feudo de Olaf. Este, siguió el consejo del prelado, promulgó muchos decretos benéficos y abolió las leyes y costumbres que se oponían al Evangelio. Desgraciadamente, como San Vladimiro de Rusia y otros príncipes que quisieron convertir a sus súbditos, no se contentó con emplear la persuasión, sino que se dejó llevar de un celo indiscreto y recurrió a la violencia. Era verdaderamente implacable con sus enemigos y, por otra parte, sus decretos no eran bien mirados en todo el reino. Finalmente, sus enemigos se levantaron en armas y, con la ayuda de Canuto, rey de Inglaterra y Dinamarca, le derrotaron y le expulsaron del país. San Olaf volvió con refuerzos suecos a reconquistar su reino, pero pereció a manos de sus belicosos e infieles súbditos en la batalla de Stiklestad, el 29 de julio de 1030.

Fue sepultado en el sitio en que murió, en un profundo banco de arena a orillas del río Nid. En su sepulcro brotó una fuente, a cuyas aguas atribuyó el pueblo propiedades milagrosas. Al año siguiente, el obispo Grimkel mandó erigir ahí una capilla y se empezó a venerarle como mártir. Los milagros se multiplicaron en el santuario y, cuando Magno, el hijo de Olaf, recuperó el trono, el culto del mártir se popularizó mucho. En 1075, se sustituyó la capilla por una catedral dedicada a Cristo y a San Olaf, que con el tiempo se transformó en la catedral de Nidaros (Trondheim). El santuario se convirtió en un importante centro de peregrinación. En la Edad Media, el culto del "perpetuo rey de Noruega" se extendió a Suecia, Dinamarca, Inglaterra y otros países. Los noruegos le consideran todavía como patrono y héroe nacional.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. vii, donde se halla el texto de la biografía escrita por el arzobispo Eystein. Ese y otros documentos se encuentran también en Metcalfe, *Passio et miracula b. Olavi* (1881). En inglés existe la obra de F. Vicary, *Olav the King...* (1887); en francés, el breve esbozo biográfico de C. Riesterer (1930). También hay, en francés, una traducción hecha por G. Sautreau de la "Saga de San Olaf" de Snorre Sturluson (1930). Cf. S. Undset, *Saga of Saints* (1934), pp. 87-148; y F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England* (1943), pp. 396-399. Acerca del culto de San Olaf en la Gran Bretaña, véanse los artículos de B. Dickins en *Saga Book of the Viking Society*, vol. xii (1939), pp. 53-80, y en *The Norseman*, vol. ii (1944), n. 5.

SAN GUILLERMO PINCHON, Obispo de Saint-Brieuc (1234 p.c.)

Se dice que las virtudes y milagros de San Guillermo eran extraordinarios, pero conocemos muy pocos detalles de su vida. Recibió las órdenes sagradas de manos de Josselin, obispo de Saint-Brieuc; trabajó en dicha diócesis durante el episcopado de Pedro y Silvestre, los dos sucesores de Josselin y, finalmente fue elegido obispo hacia el año 1220. Los pobres eran sus tesoreros y, no contento con darles cuanto poseía, el santo contraía deudas para proporcionarles grano y otras provisiones necesarias. Sus actividades pastorales no estorbaban en modo alguno a su espíritu de recogimiento y oración. Como defendiese tenazmente los derechos de la Iglesia y de los obispos contra las depredaciones del duque de Bretaña, Pedro Mauclerc, fue expulsado de su diócesis y se refugió en Poitiers durante dos años. Volvió a Saint-Brieuc en 1230 y ahí murió, cuatro años más tarde. Su cuerpo, que había sido sepultado en la catedral de su diócesis, fue hallado incorrupto en 1248, un año después de su canonización.

Ver *Acta Sanctorum*, julio, vol. vii, donde hay una breve biografía que se atribuye a Godofredo el Calvo. Cf. Lobineau, *Vies des saints de Bretagne*, vol. ii, pp. 426-455; y J. Arnault, *S. Guillaume, évêque de Saint-Brieuc* (1934).

BEATO URBANO II, Papa (1099 p.c.)

Se ha dicho que la reforma benedictina de Cluny fue "la fuerza de mayor alcance internacional del siglo XI". Pero la influencia de la reforma cluniacense no se debió únicamente a la acción de los monjes, sino también a la de los Papas. Entre ellos se destaca San Gregorio VII, quien se educó en el monasterio cluniacense de Santa María del Aventino y fue amigo personal de San Odilón y San Hugo. También la influencia del pontificado de Urbano II fue decisiva. Odo o Eudes de Lagery nació en Châtillon-sur-Marne, en 1042. Estudió en la escuela de Reims, bajo la dirección de San Bruno, el fundador de los cartujos. Tal vez fue él quien le inspiró el amor de la vida religiosa, ya que, tras de haber sido canónigo y archidiácono de Reims, Odo tomó el hábito en el monasterio de Cluny. Más tarde, escribió a su abad, San Hugo: "Os amo particularmente a vos y a los vuestros, porque vosotros me enseñasteis los rudimentos de la vida monástica, y en vuestro monasterio renací yo por la gracia del Espíritu Santo". Odo llegó a ser abad de Cluny. En 1078, fue nombrado cardenal obispo de Ostia y consejero de San Gregorio VII. El sucesor de Hildebrando, Víctor III, nombró en su lecho de muerte por sucesor suyo al cardenal obispo de Ostia. Aunque tal nombramiento carecía de valor canónico, no dejó de ejercer cierta influencia sobre los cardenales, quienes, el 12 de marzo de 1088, le eligieron Papa por aclamación. Odo tomó el nombre de Urbano II y manifestó su intención de proseguir la obra de Gregorio VII. Por entonces, escribió al Beato Lanfranco, arzobispo de Canterbury, pidiéndole su apoyo y llamándole "el más noble y fiel de los distinguidos hijos de la Santa Iglesia Romana".

El nuevo Papa necesitaba del apoyo de todos. En efecto, los tiempos no eran fáciles. San Pedro Damián escribió un epigrama latino para felicitar a Urbano II y decía, no por mera fórmula: "Pedro está preparando sus redes para echarlas a las aguas profundas". Como Roma estaba en manos del antipapa

Guiberto ("Clemente III"), Urbano no pudo entrar a la ciudad sino hasta el mes de noviembre y hubo de tomar por la fuerza el palacio de San Pedro. Poco después, el emperador Enrique IV invadió Italia; Urbano II tuvo que salir de Roma y los habitantes de la ciudad dieron nuevamente la bienvenida al antipapa. Urbano se retiró al sur de Italia, donde se esforzó por mejorar la disciplina eclesiástica y por restablecer la paz de la Iglesia. Pero muchos de los partidarios del Pontífice preferían ganar la batalla por las armas, lo cual dificultaba las negociaciones con el emperador, a quien apoyaban los obispos de Alemania. Finalmente, Urbano volvió a Roma en 1093. Como los partidarios de Guiberto ocupaban todavía el castillo de Sant'Angelo y Urbano II no quería luchar contra el pueblo romano, se fue a vivir en el palacio fortificado de los Frangipani. Ahí se vio reducido a la mayor pobreza. El abad francés, Godofredo de Vendôme, le socorrió generosamente.

En 1095, se reunió un sínodo en Piacenza, en el que los padres discutieron la validez del matrimonio de dos monarcas. Urbano II promulgó los decretos gregorianos sobre el celibato de los clérigos, la investidura de los laicos, la simonía y abordó, por primera vez, el tema de la Cruzada, a instancias del emperador de oriente, Alejo I Comneno, quien le había pedido ayuda contra los selyukidas. En el Concilio de Clermont-Ferrand se discutió a fondo la cuestión de la Cruzada, y la idea despertó un entusiasmo inmenso. El proyecto del emperador Alejo Comneno consistía en "pedir ayuda a los bárbaros de occidente para arrojar a los bárbaros de oriente". Por otra parte, el proyecto sonreía a más de un prelado occidental, que veía en la cruzada la manera de emplear útilmente las energías y ambiciones de los señores feudales. Aun el pueblo se sentía atraído por la idea de abrir camino a los peregrinos a través de Asia Menor y de rescatar Jerusalén y las Iglesias de Asia de manos de los sarracenos.

Así quedó decidido que se formaría un ejército; se concedió una indulgencia plenaria a cuantos se enrolasen en la cruzada por motivos exclusivamente religiosos y sus bienes se declararon inviolables, se impuso la "Tregua de Dios" y se aconsejó a los clérigos y a los jóvenes casados que no partiesen a la Cruzada. El elocuente llamado que hizo Urbano II al espíritu religioso y al valor de los francos, despertó un entusiasmo delirante. La multitud respondió con el grito unánime de "¡Dios lo quiere!", y muchos se decidieron a partir en ese mismo momento. Urbano II predicó la cruzada por toda Francia durante nueve meses. Guillermo de Malmesbury describe así los hechos: "El galés abandonó la cacería, el escocés sus pulgas, el danés sus compañeros de parranda y el noruego su pescado podrido. Los campos, las casas y aun las ciudades quedaron desiertos". En la primavera de 1097, se reunieron en Constantinopla los cuatro ejércitos cristianos y en julio de 1099, quince días antes de la muerte de Urbano II, tomaron Jerusalén. Así empezaron las cruzadas. Si se hubiesen emprendido y llevado al cabo con el espíritu del santo Pontífice que las predicó por primera vez, habrían constituido un valor permanente para la causa de la Iglesia y de la cristiandad. Pero, tal como se llevaron a cabo, el bien que hicieron fue efímero, y los efectos de algunos de los males que causaron, se dejan sentir todavía en nuestros días. Aun antes de que partiese el primer ejército, algunas bandadas de entusiastas indisciplinados habían ya manchado la reputación de la cruzada con el pillaje y el asesinato en el valle del Danubio y en Constantinopla, y los turcos habían

acabado con ellos sin dificultad. Por otra parte, la conquista de Jerusalén estuvo acompañada por una horrible matanza de judíos y musulmanes.

Antes de volver a Italia, Urbano II redujo al orden a algunos obispos franceses. Además, el rey de Francia, que vivía en adulterio, le prometió que se enmendaría, pero no cumplió su palabra. En mayo de 1097, Enrique IV retornó finalmente a Alemania. Algo más de un año después, el partido del antipapa entregó el castillo de Sant'Angelo, de suerte que Urbano II pudo finalmente establecerse en paz en la Ciudad Eterna. El antipapa se trasladó a Ravena. Para resolver los problemas de la Iglesia y el Estado en el sur, Urbano II nombró al conde Rogelio de Sicilia y a su heredero, legados pontificios en Sicilia. No conocemos exactamente los términos del nombramiento; en todo caso, los sucesores de Rogelio se consideraron, en lo sucesivo, como amos de Sicilia hasta que el Tratado de Letrán de 1929 suprimió sus "derechos" y privilegios. El último acto de importancia del turbulento y fructuoso pontificado de Urbano II fue la realización del Concilio de Bari, que tenía por objeto restablecer la paz entre Roma y Constantinopla. Pero en ese momento, el emperador Alejo Comneno se hallaba demasiado ocupado. Así pues, aunque algunos obispos bizantinos asistieron al Concilio, éste se limitó a resolver los problemas de los prelados italo-griegos del sur de Italia, zanjando la cuestión de la procedencia del Espíritu Santo. El éxito se debió, en gran parte, a la elocuencia de San Anselmo de Canterbury, quien había ido a Italia a informar a Urbano II de los abusos del rey Guillermo el Rojo. El Pontífice le encargó de exponer y defender la doctrina católica en el Concilio de Bari.

No se puede hablar de Urbano II, sin hacer alusión a sus relaciones con San Bruno, su antiguo maestro, aunque no poseemos muchos datos sobre ellas. Cuando Odo ascendió al trono pontificio, Bruno llevaba ya dos años en la soledad de la Gran Cartuja. Dos años después, Urbano II le llamó "al servicio de la Sede Apostólica". Se puede suponer, sin riesgo de equivocarse, que Urbano II apreciaba mucho el consejo de San Bruno, pues le retuvo en Italia. San Bruno vivió algún tiempo con el Papa; más tarde, obtuvo permiso de retirarse a una ermita de Calabria, en los dominios del conde Rogelio. Aunque no se mostraba en público, permanecía a la disposición del Papa. Ello constituye un extraordinario ejemplo de obediencia y de la función de los contemplativos en la vida de la Iglesia. Sin duda que San Bruno aconsejó a Urbano II en el delicado asunto de las relaciones de San Roberto con la abadía de Molesmes y con la fundación del Cister. Según un documento pontificio, los monjes del Cister " hacen profesión de observar estrictamente la regla de San Benito", por consiguiente, no conviene obligarlos a volver a una forma de vida que desprecian. También está fuera de duda que la influencia de San Bruno y la educación que el propio Urbano II había recibido en un monasterio, contribuyeron a que el Pontífice favoreciera a los monjes y concediera privilegios a los monasterios de todo el mundo.

Urbano reunió un último concilio en Roma después de la Pascua de 1099. Dicho concilio condenó una vez más al antipapa Guiberto. Urbano II predicó en él la cruzada con tal elocuencia, que el propio hermano de Guiberto partió a ella. El Papa murió tres meses después. El culto que el pueblo empezó a tributarle desde el día de su muerte, fue oficialmente confirmado en 1881. La figura de Urbano II está relacionada con sucesos muy importantes de la historia, en los que desgraciadamente se mezclaron demasiado los principes

temporales. Lo que sabemos de la vida privada de Urbano II cuadra perfectamente con la actitud valiente pero mesurada que tomó en el ejercicio del pontificado. El santo Pontífice fue muy amante de los pobres y muy devoto de Nuestra Señora y su amistad con San Bruno no carece de importancia.

La vida de Urbano II está mezclada con todos los sucesos importantes de la época, de suerte que resulta imposible citar todas las fuentes. En el *Liber Pontificalis* (Duchesne, vol. II, 293-295), hay una reseña bastante completa del pontificado de Urbano II, escrita por Pedro Guillermo. Naturalmente las crónicas de la época hablan mucho de este Pontífice. En la obra de Mann, *The Lives of the Popes in the Middle Ages*, vol. VII, pp. 245-346, hay un estudio muy detallado del pontificado de Urbano II. Hay que leer la biografía de Lucien Paulot, *Un Pape français, Urbain II* (1903), a la luz de los comentarios de Poncelet en *Analecta Bollandiana*, vol. XXIII (1904), pp. 372-375. Urbano II prestó grandes servicios a la Iglesia y contribuyó a la solución de los problemas políticos de su época, como lo demuestran Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. III, pp. 858-881, y la *Cambridge Medieval History*, vol. IV, pp. 87-95. Cf. Fliche y Martin, *Histoire de l'Eglise*, vol. VIII, pp. 199-337, y S. Runciman, *History of the Crusades*, vol. I (1951).

30: SANTOS ABDON y SENEN, Mártires (¿303? p.c.)

ESTOS DOS mártires, que eran persas, confesaron valientemente la fe de Cristo durante la persecución de Decio. Por haber ayudado a sus correligionarios y sepultado los cuerpos de los mártires, fueron llevados presos a Roma. En vez de ofrecer sacrificios a los dioses, escupieron a los ídolos. Entonces fueron arrojados a las fieras. Pero, como ni los leones, ni los osos les hiciesen daño alguno, fueron despedazados por los gladiadores. Cuanto más los gladiadores herían y golpeaban sus cuerpos, tanto más se embellecían sus almas ante los ojos de Dios. Los cristianos de Roma no los consideraron como extranjeros, sino como hermanos en la esperanza de una misma Patria. Los cuerpos de los mártires fueron sepultados durante la noche en la casa de un subdiácono llamado Quirino. En el reinado de Constantino sus reliquias fueron trasladadas al cementerio de Ponciano (conocido también con el nombre de "Ad Ursum Pilateum"), cerca del Tíber, en el camino de Porto. La translación se llevó a cabo a raíz de una visión en la que los mártires revelaron el sitio de su sepultura. Todos estos detalles provienen de las "actas", que son tardías y no merecen crédito alguno. Pero consta que en el siglo IV ya se veneraba en Roma a San Abdón y San Senén.

Según las "actas", Abdón y Senén dieron sepultura en Persia a los Santos Olimíades y Máximo. El Martirologio Romano menciona a esas dos víctimas de la persecución, el 15 de abril.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. VII, pueden verse las *actas* de Abdón y Senén. Los historiadores se inclinan a pensar que su martirio tuvo lugar durante la persecución de Diocleciano, porque aunque las *actas* mencionan a Decio, tal mención carece de autoridad y está en contradicción con otros datos. En la *Depositio Martyrum*, que data del año 354, se dice que el martirio de Abdón y Senén había tenido lugar en el mismo año, y que los mártires habían sido sepultados en el cementerio de Ponciano. Además, en dicho cementerio puede verse todavía un fresco mural en un bautisterio subterráneo (siglos VI o VII), que representa a San Abdón y San Senén con uno o dos mártires más; los nombres están inscritos sobre las figuras. Véase Mons. Wilpert, *Die Malereien der Katakomben Roms*, fig. 258; y DAC., vol. I, cc. 42-45, y vol. II, cc. 402-408. Cf. *Bolletino della Commissione Archaeologica Communale di Roma*, An. li. (1923), fasc. I-IV; P. Franchi de Cavalieri, *Note agiografiche*, vol. VIII (1935); *Analecta Bollandiana*, vol. LVI (1938), pp. 296-300; y CMH., p. 404.

SANTA JULITA, Viuda y Mártir (c. 303 p.c.)

EN LOS edictos que promulgó contra los cristianos el emperador Diocleciano en el año 303, los declaró infames ante la ley y los privó de la protección civil y de los derechos de ciudadanía. Julita era una viuda de Cesarea de Capadocia que poseía fincas, ganado, bienes y esclavos. Un potentado de la región se apoderó de una porción considerable de sus posesiones y, para poder conservarlas, la acusó de ser cristiana. El juez mandó traer incienso a la sala del juicio y ordenó a Julita que ofreciese sacrificios a Júpiter. La santa respondió valientemente: "Que mis estados se arruinen y caigan en manos ajenas, que mi cuerpo sea descuartizado y pierda yo la vida antes que pronunciar una sola palabra que pueda ofender al Dios que me ha creado. Si me arrebatáis los bajos bienes de este mundo, ganaré en cambio el cielo". Entonces, el juez adjudicó al usurpador los bienes que reclamaba injustamente, y condenó a Julita a la hoguera. La santa avanzó valientemente hacia el fuego, pero, según parece, murió sofocada por el humo, ya que los guardias retiraron su cadáver sin que hubiese sido tocado por las llamas. Los cristianos sepultaron a la mártir. En una homilía que pronunció alrededor del año 375, San Gregorio dijo, hablando del cuerpo de la mártir: "Obtiene las bendiciones del cielo para el sitio en que reposa y para los peregrinos que acuden a él . . . En el sitio en que fue sepultada esa santa mujer brotó una fuente de agua dulce que conserva la salud a quienes están sanos y la devuelve a quienes están enfermos, en tanto que todas las otras fuentes son de agua salobre."

Prácticamente todo lo que sabemos acerca de Santa Julita proviene de la homilía de San Basilio (Migne, PG., vol. XXXI, cc. 237-261). En *Acta Sanctorum*, julio, vol. II, hay una traducción latina y ciertas notas introductorias.

BEATO ARCANGEL DE CALATAFIMI (1460 p.c.)

ARCÁNGEL, miembro de la familia Placentini nació en Sicilia hacia el año 1390. Desde niño dio muestras de particular piedad e inclinación por la soledad, de suerte que a nadie extrañó que en su temprana juventud se retirase a vivir en la desolación de una cueva. Como solía acontecer en tales casos, las gentes comenzaron a acudir a él en procura de consejo y dirección y la afluencia aumentó considerablemente cuando corrió la noticia de que el ermitaño obraba milagros. A Arcángel le contrariaban tantos visitantes, pues su caridad le movía a atenderlos, pero su humildad le hacía considerarse incapaz de ayudarlos. Finalmente, se trasladó a Alcamo donde, a petición del pueblo, se encargó de reorganizar un hospital de pobres que estaba en plena decadencia; pero, una vez conseguido su objeto, se retiró de nuevo a la soledad.

Por entonces, el Papa Martín V ordenó a los numerosos ermitaños de Sicilia que ingresasen en alguna de las órdenes religiosas aprobadas o volviesen al mundo. En obediencia al decreto pontificio, el Beato Arcángel se dirigió a Palermo, donde recibió el hábito de los Frailes Menores de la Observancia, de manos del Beato Mateo de Girgenti. Después de su profesión, fue enviado al hospital de Alcamo para establecer ahí un convento de su orden. Arcángel vivió en toda su pureza y austeridad primitiva la regla de San Francisco. Hallándose todavía en Alcamo, fue nombrado provincial de Sicilia. En el ejercicio del cargo pudo prestar ayuda al Beato Mateo, quien había renunciado a la

sede episcopal de Girgenti y había sido expulsado del convento de Alcamo por el sucesor de Arcángel. El Beato Arcángel murió el 10 de abril de 1460, consumido por la penitencia y el trabajo en favor de las almas. Gregorio XVI confirmó su culto en 1836.

La fuente más completa de información es la obra del P. A. Gioia, *Il beato Arcangelo Placenza da Calatafimi* (1926). El autor tuvo acceso a los documentos presentados para la confirmación del culto, y se valió también de una biografía muy difícil de encontrar, publicada por el P. Longo en 1804. Cf. igualmente Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 59-64.

BEATO JUAN SORETH (1471 P.C.)

JUAN SORETH nació en Normandía hacia el año 1405. A los dieciséis años, tomó el hábito de los carmelitas. Después de su ordenación, fue a estudiar a la Universidad de París, donde obtuvo el grado de doctor, en 1438. Dos años después, fue nombrado provincial de su orden en Francia. Durante su provincialato, tuvo que intervenir en una disputa que surgió entre los frailes mendicantes y la Universidad de París, así como en un cisma entre los carmelitas de la provincia de Alemania inferior. En ambos casos tuvo éxito, por lo que fue elegido unánimemente superior general de la orden, en 1451. Se le confirmó el generalato en 1456, 1462 y 1468 y siempre desempeñó sus arduas obligaciones con celo infatigable. La Orden del Carmelo, como tantas otras órdenes mendicantes, necesitaba urgentemente una reforma, debido en parte a los estragos que habían producido la "peste negra" y el cisma de occidente. La decadencia del fervor de los frailes se manifestaba sobre todo en la falta de pobreza personal, en la dispensa del coro y de la mesa común, concedida a quienes estaban dedicados a la enseñanza y, en toda una serie de "privilegios" o dispensas de la observancia de una regla que los frailes habían abrazado voluntariamente para gloria de Dios y bien de sus almas.

El Beato Juan fue un precursor de Santa Teresa. Aunque no se puede decir que haya sido el primero en intentar la reforma, tuvo el mérito de no poner en peligro la unidad de la orden con su actividad reformadora. Los reformadores religiosos y todos los otros, encuentran oposición aun por parte de los hombres de buena voluntad. El P. Soreth estableció en todas las provincias que visitó uno o dos conventos de estricta observancia de las constituciones y permitió que todos los frailes que lo desearan pudiesen trasladarse a dichos conventos. Para ayuda de sus súbditos publicó, además, una edición revisada de las constituciones, en 1462. También fundó varios conventos de religiosas carmelitas. Emprendió esa actividad en 1452, cuando varias comunidades de "beguinas" de los Países Bajos pidieron la anexión a la Orden del Carmelo. El Beato Juan les impuso la regla masculina, a la que añadió únicamente algunas disposiciones relativas al sexo y estado de las religiosas. El primero de tales conventos fue el de Gueldre, en Holanda, al que siguieron los de Lieja, Dinant, Huy, Namur, Vilvorde y otros más. A fines del siglo, el movimiento se había extendido a Italia y España, donde más tarde había de alcanzar el zenit de su gloria.

Los esfuerzos del Beato Juan en la reforma de los conventos masculinos sólo obtuvieron un éxito parcial. A pesar de ello, el Papa Calixto III, reconociendo la santidad y habilidades del beato, trató de hacerle obispo y cardenal. Pero el P. Soreth no había predicado a otros la humildad a expensas de la

propia; la Santa Sede aceptó su negativa y le permitió continuar su tarea. En el desempeño de su cargo, el beato viajó por Alemania, Inglaterra, Italia, Sicilia y el resto de Europa. Generalmente iba acompañado de un fraile y de un mulero. Su rostro estaba tan tostado y curtido, que las gentes le llamaban "el negro" y aun "el diablo". El P. Juan iba todos los años a Lieja, que estaba entonces muy lejos de ser una ciudad tranquila y apacible, y se interesaba mucho por los asuntos de la ciudad. Cuando Carlos el Temerario saqueó a Lieja, en 1468, el beato, a riesgo de su vida, sacó el Santísimo Sacramento de una iglesia para evitar que las tropas lo profanasen. Un benedictino de aquella época escribió: "Era un hombre muy versado en las ciencias sagradas y en la filosofía profana. Pero la mayor de sus cualidades era su espíritu religioso y su bondad, que hicieron de él la gloria de su orden y el más ilustre de los reformadores del Carmelo. Como lo mostraban su ejemplo y sus palabras, había alcanzado ese estado de despego total de las vanidades del mundo, al que sólo llegan las almas escogidas. Fue un modelo de observancia regular y de virtudes cristianas".

Aunque ya existían antes de él algunas cofradías locales, la institución de la tercera orden del Carmelo se debe fundamentalmente al Beato Juan. En 1455, publicó en Lieja una especie de regla para los terciarios; aunque con muchas adiciones, dichas normas siguen siendo todavía la base de la regla de los terciarios carmelitas calzados. El beato murió en Angers, el 25 de julio de 1471. Se ha dicho que fue envenenado por un fraile que se oponía a la reforma; pero tal acusación es falsa. El P. Juan Soreth, consumido por el trabajo y los viajes, falleció a causa del cólera que contrajo al comer fresas poco maduras. Desde su muerte, el pueblo cristiano comenzó a venerarle. El proceso de beatificación de la Beata Francisca de Amboise renovó, en 1863, la memoria del P. Soreth, y la Santa Sede confirmó su culto en 1865.

Muchos de los principales documentos relativos al P. Soreth se hallan reunidos en *Monumenta historica Carmelitana* de Zimmerman (1907); véanse particularmente las pp. 410-411. También hay un esbozo biográfico del beato en la obra del P. Daniel, *Speculum Carmelitarum*, reproducido en *Analecta Ordinis Carmelitarum*, vol. XI, pp. 24 ss., con algunas notas importantes. Cf. Francis, *Les plus vieux textes du Carmel*, donde se halla el original de la regla de los terciarios, pp. 236-243.

BEATO SIMON DE LIPNICZA (1482 P.C.)

SIMÓN nació en Lipnicza, ciudad de Polonia, no lejos de Cracovia e hizo sus estudios en la Universidad de esta última ciudad. En 1453, San Juan Capistrano predicó ahí una misión. Uno de los primeros frutos de ella fue la vocación del joven Simón, quien acababa de graduarse y pidió el hábito de los Frailes Menores, pues encontraba en esa vida humilde, mortificada y devota, la mejor manera de servir a Cristo y a sus prójimos. San Juan Capistrano le recibió en la orden. Después de su ordenación, Simón trabajó en su ciudad natal y, en pocos años, logró numerosas conversiones con su predicación y sus oraciones. Como lo había hecho su padre San Francisco, visitó la Tierra Santa con la esperanza de obtener la palma del martirio, pero Dios no le llamaba a esa gloria, y el beato emprendió de nuevo el trabajo apostólico en su patria con renovado fervor.

Simón vivió en la época de los grandes predicadores franciscanos y ciertamente no fue él de los menos ilustres. A pesar de la oposición de algunos, siguió

el ejemplo de San Bernardino y fomentó la devoción al Santo Nombre de Jesús y, al terminar cada sermón, hacía que el pueblo pronunciase tal nombre tres veces. Practicaba en privado lo que predicaba en público; sus hermanos y superiores, a quienes no se ocultaban sus virtudes, le nombraron sucesivamente maestro de novicios, guardián y provincial. Durante una epidemia de peste que asoló a Cracovia, el P. Simón, lleno de amor de Dios y de solicitud por los enfermos, asistió a éstos día y noche en los sitios de mayor peligro. Al fin, contrajo el mal y murió en la brecha el 18 de julio de 1482. Los milagros se multiplicaron en su tumba y fue beatificado en 1685.

En *Acta Sanctorum* hay un artículo muy completo (julio, vol. IV), que incluye la biografía de L. Strobcowicz publicada en 1636; pero la mayor parte del artículo versa sobre un catálogo de milagros póstumos, tomado de una fuente contemporánea manuscrita. Véase también Mazzara, *Leggendario Francescano* (1679); y Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 503-506.

BEATO PEDRO DE MOGLIANO (1490 P.C.)

PEDRO nació en Mogliano, de la Marca de Ancona, en 1442. Durante tres años estudió leyes en la Universidad de Perusa. En 1467, quedó muy impresionado por la predicación de un dominico de Leonissa y de un franciscano de Ancona. Tras de madura consideración, pidió el hábito de San Francisco y fue recibido en la orden. Sus superiores le enviaron a acompañar en sus misiones a San Jacobo della Marca, quien, después de San Juan Capistrano, fue el más distinguido de los discípulos de San Bernardino de Siena. El Beato Pedro era un predicador y director espiritual muy hábil. El duque de Camerino, cuya hija, Bautista Varani, se santificó en parte gracias a la ayuda de Pedro de Mogliano, le tomó por director y confidente. Pedro fue vicario provincial de su orden en las Marcas, durante tres períodos, y en Roma, durante un período. En 1472, fue enviado como comisario a Creta. En todos esos cargos dio muestras de gran prudencia y de comprensión sobrenatural de los hombres y de los problemas.

Seis años después de la muerte del beato, Bautista Varani relató por escrito los acontecimientos de sus últimos días a la duquesa de Urbino. El día de la Visitación, el beato tuvo el presentimiento sobrenatural de que se aproximaba su muerte y, pocos días más tarde, contrajo una dolorosa enfermedad. Fiel a la tradición franciscana, Pedro soportó sus sufrimientos con tal paciencia, que el enfermero le dijo: "¡Padre, os vais a morir riendo!" La Beata Bautista Varani continúa así: "Habéis de saber, querida señora, que desde tres años antes de la muerte del P. Pedro toda la ciudad y toda la provincia le llamaban simplemente 'el santo padre'. Las gentes le querían tanto que, a dondequiera que iba le seguía una muchedumbre. Cuando se dirigía al capítulo de Urbino, pasó por Camerino y se detuvo en nuestro monasterio. Al partir, encontró a la puerta tal cantidad de gente que, de no haber sido por la amable ayuda que le prestaron algunos jóvenes, hubiese muerto asfixiado... Su alma santa y bondadosa voló al cielo en la noche del sábado al domingo 25 de julio (1490), fiesta de Santiago Apóstol, en el momento en que los frailes entonaban el "Te Deum" de maitines. Poco antes de expirar, murmuró varias veces el nombre de Jesús, de suerte que partió de este mundo pronunciando el dulce nombre de Aquél por cuya virtud había obrado tantas maravillas durante su vida. El culto del Beato Pedro de Mogliano fue confirmado en 1760.

Se conoce al Beato Pedro, sobre todo, por sus relaciones con la famosa Bautista Varani. Véase Mazzara, *Leggendario Francescano* (1679), vol. II, pp. 153-155; Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. III, pp. 1-8; y *Le opere spirituali della B. Batista Varani* (1894), pp. 61-101.

BEATO TOMAS ABEL, MÁRTIR (1540 P.C.)

ESTE sacerdote diocesano, maestro en artes y doctor en teología por la Universidad de Oxford, fue capellán y profesor de música y lenguas de la reina Catalina de Aragón. Cuando el rey Enrique VIII quiso apoderarse del breve por el que el Papa Julio II le había concedido la dispensa necesaria para casarse con Catalina, envió a Tomás a España para obtenerlo del emperador Carlos V. Abel llevaba una carta de la reina, solicitando el breve, pero ésta instruyó secretamente a Tomás Abel, para advertir al emperador que la entrega del breve dañaría su causa. Así lo hizo Carlos V y, para premiar los servicios del beato Tomás, la reina le propuso como candidato a un beneficio de Bradwell, en Essex. Pero sin duda que el rey había sospechado qué servicios prestó a Catalina porque en 1532, Tomás apeló al Papa para que le protegiese contra la posible venganza del monarca. Clemente VII tenía ya preparado un breve por el que le nombraba predicador apostólico, pero nunca llegó a publicarlo. Por su parte, el Beato Tomás, ante la certeza de que de todos modos sería castigado por el rey, escribió una obra titulada "Invicta Veritas", en la que rebatía la sentencia que las Universidades habían dado acerca del matrimonio de Enrique. Ello le valió ser encarcelado en la Torre de Londres. La víspera de Navidad fue puesto en libertad pero un año más tarde, fue nuevamente encarcelado. En febrero de 1534, se le trasladó a la torre de Beauchamp; en el muro se conserva todavía una inscripción de su nombre "Tomás A" y el dibujo de una campana. Enrique VIII había tratado de sorprenderle en algún delito durante los seis meses anteriores, hasta que por fin le hizo detener por complicidad en el asunto de la "Santa doncella de Kent", aunque no existía ninguna prueba de que haya tenido que ver con ella. Sin embargo, fue condenado por haber prestado "tan firme y constante crédito" a las pretendidas visiones de la doncella, lo que le había movido a escribir contra el divorcio del rey y a incitar a Catalina a oponerse a él.

En la primavera de 1537, se hallaba todavía en la prisión. Por entonces, escribió a Cromwell una carta muy respetuosa, haciéndole notar que desde hacía tres años esperaba el juicio, pidiéndole que le cambiara de prisión y rogándole que le permitiese celebrar la misa, pues estaba enfermo, en la miseria, y ese sería un gran consuelo. Consiguió que le cambiasen de prisión, pero eso fue todo. Tres años más tarde, el carcelero tomó la responsabilidad de permitir al P. Abel y al P. Powell que saliesen a pedir limosna. Por haber dado la autorización, el carcelero fue enviado a la prisión de Marshalsea y, por dar limosna a los sacerdotes, el obispo de Chichester y el doctor Wilson quedaron presos en la Torre de Londres. El 24 de julio de 1540, el Beato Tomás fue condenado como reo de alta traición, por "apoyar al obispo de Roma" y negar la supremacía espiritual del rey. Fue ejecutado el 30 del mismo mes, junto con los Beatos Eduardo Powell y Ricardo Fetherston, con quienes había sido condenado. Todavía se conserva una carta que el embajador francés, Marillac, escribió al rey Francisco I, en la que narra la indignación de la multitud que presenció el martirio en Smithfield.

Véase la sección XIII de *Lives of the English Martyrs*, vol. I. Dicha obra fue editada por Bede Camm, pero el autor del capítulo al que nos referimos es el P. J. H. Pollen; cf. especialmente pp. 461-483.

31: SAN IGNACIO DE LOYOLA, Fundador de la Compañía de Jesús (1556 p.c.)

SAN IGNACIO nació probablemente, en 1491, en el castillo de Loyola, en Azpeitia, población de Guipúzcoa, cerca de los Pirineos. Su padre, don Bertrán, era señor de Oñaz y de Loyola, jefe de una de las familias más antiguas y nobles de la región. Y no era menos ilustre el linaje de su madre, doña Marina Sáenz de Licona y Balda. Iñigo (pues ése fue el nombre que recibió el santo en el bautismo) era el más joven de los ocho hijos y tres hijas de la noble pareja. Iñigo luchó contra los franceses en el norte de Castilla. Pero su breve carrera militar terminó abruptamente el 20 de mayo de 1521, cuando una bala de cañón le rompió la pierna, durante la lucha en defensa del castillo de Pamplona. Después de que Iñigo fue herido, la guarnición española capituló.

Los franceses no abusaron de la victoria y enviaron al herido en una litera al castillo de Loyola. Como los huesos de la pierna soldaron mal, los médicos juzgaron necesario quebrarlos nuevamente. Iñigo soportó estoicamente la bárbara operación, pero, como consecuencia, tuvo un fuerte ataque de fiebre con ciertas complicaciones, de suerte que los médicos pensaron que el enfermo moriría antes del amanecer de la fiesta de San Pedro y San Pablo. Sin embargo, Iñigo sobrevivió y empezó a mejorar, aunque la convalescencia duró varios meses. No obstante la operación, la rodilla rota presentaba todavía una deformidad. Iñigo insistió en que los cirujanos cortasen la protuberancia y, pese a que éstos le advirtieron que la operación sería muy dolorosa, no quiso que le atasen ni le sostuviesen y soportó la despiadada carnicería sin una queja. Para evitar que la pierna derecha se acortase demasiado, Iñigo permaneció varios días con ella estirada mediante unas pesas. Con tales métodos, nada tiene de extraño que haya quedado cojo para el resto de su vida.

Con el objeto de distraerse durante la convalescencia, Iñigo pidió algunos libros de caballería, a los que siempre había sido muy afecto. Pero lo único que se encontró en el castillo de Loyola fue una historia de Cristo y un volumen con vidas de santos. Iñigo los comenzó a leer para pasar el tiempo, pero poco a poco empezó a interesarse tanto que pasaba días enteros dedicado a la lectura. Y se decía: "Si esos hombres estaban hechos del mismo barro que yo, también yo puedo hacer lo que ellos hicieron". Inflamado por el fervor, se proponía ir en peregrinación a un santuario de Nuestra Señora y entrar como hermano lego a un convento de cartujos. Pero tales ideas eran intermitentes, pues su ansiedad de gloria y su amor por una dama, ocupaban todavía sus pensamientos. Sin embargo, cuando volvía a abrir el libro de las vidas de los santos, comprendía la futilidad de la gloria mundana y presentía que sólo Dios podía satisfacer su corazón. Las fluctuaciones duraron algún tiempo. Ello permitió a Iñigo observar una diferencia: en tanto que los pensamientos que procedían de Dios le dejaban lleno de consuelo, paz y tranquilidad, los pensamientos mundanos le procuraban cierto deleite, pero no le dejaban sino amargura y vacío. Finalmente, Iñigo resolvió imitar a los santos y empezó por hacer toda la penitencia corporal posible y llorar sus pecados.

Una noche, se le apareció la Madre de Dios, rodeada de luz y llevando en los brazos a Su Hijo. La visión consoló profundamente a Ignacio. Al terminar la convalescencia, hizo una peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Montserrat, donde determinó llevar vida de penitente. El pueblecito de Manresa está a tres leguas de Montserrat. Ignacio se hospedó ahí, unas veces en el convento de los dominicos y otras en un hospicio de pobres. Para orar y hacer penitencia, se retiraba a una cueva de los alrededores. Así vivió durante casi un año, pero a las consolaciones de los primeros tiempos sucedió un período de aridez espiritual; ni la oración, ni la penitencia conseguían ahuyentar la sensación de vacío que encontraba en los sacramentos y la tristeza que le abrumaba. A ello se añadía una violenta tempestad de escrúpulos que le hacían creer que todo era pecado y le llevaron al borde de la desesperación. En esa época, Ignacio empezó a anotar algunas experiencias que iban a servirle para el libro de los "Ejercicios Espirituales". Finalmente, el santo salió de aquella noche oscura y el más profundo gozo espiritual sucedió a la tristeza. Aquella experiencia dio a Ignacio una habilidad singular para ayudar a los escrupulosos y un gran discernimiento en materia de dirección espiritual. Más tarde, confesó al P. Laínez que, en una hora de oración en Manresa, había aprendido más de lo que pudiesen haberle enseñado todos los maestros en las universidades. Sin embargo, al principio de su conversión, Ignacio era tan ignorante que, al oír a un moro blasfemar de la Santísima Virgen, se preguntó si su deber de caballero cristiano no consistía en dar muerte al blasfemo, y sólo la intervención de la Providencia le libró de cometer ese crimen.

En febrero de 1523, Ignacio partió en peregrinación a Tierra Santa. Pidió limosna en el camino, se embarcó en Barcelona, pasó la Pascua en Roma, tomó otra nave en Venecia con rumbo a Chipre y de ahí se trasladó a Jaffa. Del puerto, a lomo de mula, se dirigió a Jerusalén, donde tenía el firme propósito de establecerse. Pero, al fin de su peregrinación por los Santos Lugares, el franciscano encargado de guardarlos le ordenó que abandonase Palestina, temeroso de que los mahometanos, enfurecidos por el proselitismo de Ignacio, le raptasen y pidiesen rescate por él. Por lo tanto, el joven renunció a su proyecto y obedeció, aunque no tenía la menor idea de lo que iba a hacer al regresar a Europa.

En 1524, llegó de nuevo a España, donde se dedicó a estudiar, pues "pensaba que eso le serviría para ayudar a las almas". Una piadosa dama de Barcelona, llamada Isabel Roser, le asistió mientras estudiaba la gramática latina en la escuela. Ignacio tenía entonces treinta y tres años, y no es difícil imaginar lo penoso que debe ser estudiar la gramática a esa edad. Al principio, Ignacio estaba tan absorto en Dios, que olvidaba todo lo demás; así, la conjugación del verbo latino "amare" se convertía en un simple pretexto para pensar: "Amo a Dios. Dios me ama". Sin embargo, el santo hizo ciertos progresos en el estudio, aunque seguía practicando las austeridades y dedicándose a la contemplación y soportaba con paciencia y buen humor las burlas de sus compañeros de escuela, que eran mucho más jóvenes que él.

Al cabo de dos años de estudios en Barcelona, pasó a la Universidad de Alcalá a estudiar lógica, física y teología; pero la multiplicidad de materias no hizo más que confundirle, a pesar de que estudiaba noche y día. Se alojaba en un hospicio, vivía de limosna y vestía un áspero hábito gris. Además de estudiar, instruía a los niños, organizaba reuniones de personas espirituales en el hospicio y convertía a numerosos pecadores con sus reprensiones llenas de mansedumbre.

En aquella época, había en España muchas desviaciones de la devoción. Como Ignacio carecía de ciencia y autoridad para enseñar, fue acusado ante el vicario general del obispo, quien le tuvo prisionero durante cuarenta y dos días, hasta que, finalmente, absolvió de toda culpa a Ignacio y sus compañeros, pero les prohibió llevar un hábito particular y enseñar durante los tres años siguientes. Ignacio se trasladó entonces con sus compañeros a Salamanca. Pero pronto fue nuevamente acusado de introducir doctrinas peligrosas. Después de tres semanas de prisión, los inquisidores le declararon inocente. Ignacio consideraba la prisión, los sufrimientos y la ignominia como pruebas que Dios le mandaba para purificarle y santificarle. Cuando recuperó la libertad, resolvió abandonar España. En pleno invierno, hizo el viaje a París, a donde llegó en febrero de 1528.

Los dos primeros años los dedicó a perfeccionarse en el latín, por su cuenta. Durante el verano iba a Flandes y aun a Inglaterra a pedir limosna a los comerciantes españoles establecidos en esas regiones. Con esa ayuda y la de sus amigos de Barcelona, podía estudiar durante el año. Pasó tres años y medio en el Colegio de Santa Bárbara, dedicado a la filosofía. Ahí indujo a muchos de sus compañeros a consagrar los domingos y días de fiesta a la oración y a practicar con mayor fervor la vida cristiana. Pero el maestro Peña juzgó que con aquellas prédicas impedía a sus compañeros estudiar y predispuso contra Ignacio al doctor Guvea, rector del colegio, quien condenó a Ignacio a ser azotado para desprestigiarle entre sus compañeros. Ignacio no temía al sufrimiento ni a la humillación, pero, con la idea de que el ignominioso castigo podía apartar del camino del bien a aquéllos a quienes había ganado, fue a ver al rector y le expuso modestamente las razones de su conducta. Guvea no respondió, pero tomó a Ignacio por la mano, le condujo al salón en que se hallaban reunidos todos los alumnos y le pidió públicamente perdón por haber prestado oídos, con ligereza, a los falsos rumores. En 1534, a los cuarenta y tres años de edad, Ignacio obtuvo el título de maestro en artes de la Universidad de París.

Por aquella época, se unieron a Ignacio otros seis estudiantes de teología: Pedro Fabro, que era saboyano; Francisco Javier, un navarro; Laínez y Salmerón, que brillaban mucho en los estudios; Simón Rodríguez, originario de Portugal y Nicolás Bobadilla. Movidos por las exhortaciones de Ignacio, aquellos fervorosos estudiantes hicieron voto de pobreza, de castidad y de ir a predicar el Evangelio en Palestina, o, si esto último resultaba imposible, de ofrecerse al Papa para que los emplease en el servicio de Dios como mejor lo juzgase. La ceremonia tuvo lugar en una capilla de Montmartre, donde todos recibieron la comunión de manos de Pedro Fabro, quien acababa de ordenarse sacerdote. Era el día de la Asunción de la Virgen de 1534. Ignacio mantuvo entre sus compañeros el fervor, mediante frecuentes conversaciones espirituales y la adopción de una sencilla regla de vida. Poco después, hubo de interrumpir sus estudios de teología, pues el médico le ordenó que fuese a tomar un poco los aires natales, ya que su salud dejaba mucho que desear. Ignació partió de París en la primavera de 1535. Su familia le recibió con gran gozo, pero el santo se negó a habitar en el castillo de Loyola y se hospedó en una pobre casa de Azpeitia.

Dos años más tarde, se reunió con sus compañeros en Venecia. Pero la guerra entre venecianos y turcos les impidió embarcarse hacia Palestina. Los compañeros de Ignacio, que eran ya diez, se trasladaron a Roma; Paulo III los recibió muy bien y concedió a los que todavía no eran sacerdotes el privilegio

de recibir las órdenes sagradas de manos de cualquier obispo. Después de la ordenación, se retiraron a una casa de las cercanías de Venecia, a fin de prepararse para los ministerios apostólicos. Los nuevos sacerdotes celebraron la primera misa entre septiembre y octubre, excepto Ignacio, quien la difirió más de un año con el objeto de prepararse mejor para ella. Como no había ninguna probabilidad de que pudiesen trasladarse a Tierra Santa, quedó decidido finalmente que Ignacio, Fabro y Laínez irían a Roma a ofrecer sus servicios al Papa. También resolvieron que, si alguien les preguntaba el nombre de su asociación, responderían que pertenecían a la Compañía de Jesús*, porque estaban decididos a luchar contra el vicio y el error bajo el estandarte de Cristo. Durante el viaje a Roma, mientras oraba en la capilla de "La Storta", el Señor se apareció a Ignacio, rodeado por un halo de luz inefable, pero cargado con una pesada cruz. Cristo le dijo: *Ego vobis Romae propitius ero* (Os seré propicio en Roma). Paulo III nombró a Fabro profesor en la Universidad de la Sapienza y confió a Laínez el cargo de explicar la Sagrada Escritura. Por su parte, Ignacio se dedicó a predicar los Ejercicios y a catequizar al pueblo. El resto de sus compañeros trabajaba en forma semejante, a pesar de que ninguno de ellos dominaba todavía el italiano.

Ignacio y sus compañeros decidieron formar una congregación religiosa para perpetuar su obra. A los votos de pobreza y castidad debía añadirse el de obediencia para imitar más de cerca al Hijo de Dios, que se hizo obediente hasta la muerte. Además, había que nombrar a un superior general a quien todos obedecerían, el cual ejercería el cargo de por vida y con autoridad absoluta, sujeto en todo a la Santa Sede. A los tres votos arriba mencionados, se agregaría el de ir a trabajar por el bien de las almas adondequiera que el Papa lo ordenase. La obligación de cantar en común el oficio divino no existiría en la nueva orden, "para que eso no distraiga de las obras de caridad a las que nos hemos consagrado". La primera de esas obras de caridad consistiría en "enseñar a los niños y a todos los hombres los mandamientos de Dios". La comisión de cardenales que el Papa nombró para estudiar el asunto se mostró adversa al principio, con la idea de que ya había en la Iglesia bastantes órdenes religiosas, pero un año más tarde, cambió de opinión, y Paulo III aprobó la Compañía de Jesús por una bula emitida el 27 de septiembre de 1540. Ignacio fue elegido primer general de la nueva orden y su confesor le impuso, por obediencia, que aceptase el cargo. Empezó a ejercerlo el día de Pascua de 1541 y, algunos días más tarde, todos los miembros hicieron los votos en la basílica de San Pablo Extramuros.

Ignacio pasó el resto de su vida en Roma, consagrado a la colosal tarea de dirigir la orden que había fundado. Entre otras cosas, fundó una casa para alojar a los neófitos judíos durante el período de la catequesis y otra casa para mujeres arrepentidas. En cierta ocasión, alguien le hizo notar que la conversión de tales pecadoras rara vez es sincera, a lo que Ignacio respondió: "Estaría yo dispuesto a sufrir cualquier cosa por el gozo de evitar un solo pecado". Rodríguez y Francisco Javier habían partido a Portugal en 1540. Con la ayuda del rey Juan III, Javier se trasladó a la India, donde empezó a ganar un nuevo mundo para Cristo. Los padres Gonçalves y Juan Núñez Barreto fueron enviados a Marruecos a instruir y asistir a los esclavos cristianos. Otros cuatro misioneros

* San Ignacio no empleó jamás el nombre de "jesuita". Originalmente fue éste un apodo más bien hostil que se dio a los miembros de la Compañía de Jesús.

partieron al Congo; algunos más fueron a Etiopía y a las colonias portuguesas de América del Sur. El Papa Paulo III nombró como teólogos suyos, en el Concilio de Trento, a los padres Laínez y Salmerón. Antes de su partida, San Ignacio les ordenó que visitasen a los enfermos y a los pobres y que, en las disputas se mostrasen modestos y humildes y se abstuviesen de desplegar presuntuosamente su ciencia y de discutir demasiado. Pero, sin duda que entre los primeros discípulos de Ignacio el que llegó a ser más famoso en Europa, por su saber y virtud, fue San Pedro Canisio, a quien la Iglesia venera actualmente como Doctor. En 1550, San Francisco de Borja regaló una suma considerable para la construcción del Colegio Romano. San Ignacio hizo de aquel colegio el modelo de todos los otros de su orden y se preocupó por darle los mejores maestros y facilitar lo más posible el progreso de la ciencia. El santo dirigió también la fundación del Colegio Germánico de Roma, en el que se preparaban los sacerdotes que iban a trabajar en los países invadidos por el protestantismo. En vida del santo se fundaron universidades, seminarios y colegios en diversas naciones. Puede decirse que San Ignacio echó los fundamentos de la obra educativa que había de distinguir a la Compañía de Jesús y que tanto iba a desarrollarse con el tiempo.

En 1542, desembarcaron en Irlanda los dos primeros misioneros jesuitas, pero el intento fracasó. Ignació ordenó que se hiciesen oraciones por la conversión de Inglaterra, y entre los mártires de Gran Bretaña se cuentan veintinueve jesuitas. La actividad de la Compañía de Jesús en Inglaterra es un buen ejemplo del importantísimo papel que desempeñó en la contrarreforma. Ese movimiento tenía el doble fin de dar nuevo vigor a la vida de la Iglesia y de oponerse al protestantismo. "La Compañía de Jesús era exactamente lo que se necesitaba en el siglo XVI para contrarrestar la Reforma. La revolución y el desorden eran las características de la Reforma. La Compañía de Jesús tenía por características la obediencia y la más sólida cohesión. Se puede afirmar, sin pecar contra la verdad histórica, que los jesuitas atacaron, rechazaron y derrotaron la revolución de Lutero y, con su predicación y dirección espiritual, reconquistaron a las almas, porque predicaban sólo a Cristo y a Cristo crucificado. Tal era el mensaje de la Compañía de Jesús, y con él, mereció y obtuvo la confianza y la obediencia de las almas" (cardenal Manning). A este propósito citaremos las instrucciones que San Ignacio dio a los padres que iban a fundar un colegio en Ingolstadt, acerca de sus relaciones con los protestantes: "Tened gran cuidado en predicar la verdad de tal modo que, si acaso hay entre los oyentes un hereje, le sirva de ejemplo de caridad y moderación cristianas. No uséis de palabras duras ni mostréis desprecio por sus errores". El santo escribió en el mismo tono a los padres Broet y Salmerón cuando se aprestaban a partir para Irlanda.

Una de las obras más famosas y fecundas de Ignacio fue el libro de los "Ejercicios Espirituales". Empezó a escribirlo en Manresa y lo publicó por primera vez en Roma, en 1548, con la aprobación del Papa. Los Ejercicios cuadran perfectamente con la tradición de santidad de la Iglesia. Desde los primeros tiempos, hubo cristianos que se retiraron del mundo para servir a Dios, y la práctica de la meditación es tan antigua como la Iglesia. Lo nuevo en el libro de San Ignacio es el orden y el sistema de las meditaciones. Si bien las principales reglas y consejos que da el santo se hallan diseminados en las obras de los Padres de la Iglesia, San Ignacio tuvo el mérito de ordenarlos metódicamente y de formularlos con perfecta claridad. El fin específico de los Ejercicios

es llevar al hombre a un estado de serenidad y despego terrenal para que pueda elegir "sin dejarse llevar del placer o la repugnancia, ya sea acerca del curso general de su vida, ya acerca de un asunto particular. Así, el principio que guía la elección es únicamente la consideración de lo que más conduce a la gloria de Dios y a la perfección del alma". Como lo dice Pío XI, el método ignaciano de oración "guía al hombre por el camino de la propia abnegación y del dominio de los malos hábitos a las más altas cumbres de la contemplación y el amor divino".

La prudencia y caridad del gobierno de San Ignacio le ganó el corazón de sus súbditos. Era con ellos afectuoso como un padre, especialmente con los enfermos, a los que se encargaba de asistir personalmente procurándoles el mayor bienestar material y espiritual posible. Aunque San Ignacio era superior, sabía escuchar con mansedumbre a sus subordinados, sin perder por ello nada de su autoridad. En las cosas en que no veía claro se atenía humildemente al juicio de otros. Era gran enemigo del empleo de los superlativos y de las afirmaciones demasiado categóricas en la conversación. Sabía sobrellevar con alegría las críticas, pero también sabía reprender a sus súbditos cuando veía que lo necesitaban. En particular, reprendía a aquéllos a quienes el estudio volvía orgullosos o tibios en el servicio de Dios, pero fomentaba, por otra parte, el estudio y deseaba que los profesores, predicadores y misioneros, fuesen hombres de gran ciencia. La corona de las virtudes de San Ignacio era su gran amor a Dios. Con frecuencia repetía estas palabras, que son el lema de su orden: "A la mayor gloria de Dios". A ese fin refería el santo todas sus acciones y toda la actividad de la Compañía de Jesús. También decía frecuentemente: "Señor, ¿qué puedo desear fuera de Tí?" Quien ama verdaderamente no está nunca ocioso. San Ignacio ponía su felicidad en trabajar por Dios y sufrir por su causa. Tal vez se ha exagerado algunas veces el "espíritu militar" de Ignacio y de la Compañía de Jesús y se ha olvidado la simpatía y el don de amistad del santo por admirar su energía y espíritu de empresa.

Durante los quince años que duró el gobierno de San Ignacio, la orden aumentó de diez a mil miembros y se extendió en nueve países europeos, en la India y el Brasil. Como en esos quince años el santo había estado enfermo quince veces, nadie se alarmó cuando enfermó una vez más. Murió súbitamente el 31 de julio de 1556, sin haber tenido siquiera tiempo de recibir los últimos sacramentos. Fue canonizado en 1622, y Pío XI le proclamó patrono de los ejercicios espirituales y retiros.

El amor de Dios era la fuente del entusiasmo de Ignacio por la salvación de las almas, por las que emprendió tantas y tan grandes cosas y a las que consagró sus vigilias, oraciones, lágrimas y trabajos. Se hizo todo a todos para ganarlos a todos y al prójimo le dio por *su lado* a fin de atraerlo *al suyo.* Recibía con extraordinaria bondad a los pecadores sinceramente arrepentidos; con frecuencia se imponía una parte de la penitencia que hubiese debido darles y los exhortaba a ofrecerse en perfecto holocausto a Dios, diciéndoles que es imposible imaginar los tesoros de gracia que Dios reserva a quienes se le entregan de todo corazón. El santo proponía a los pecadores esta oración, que él solía repetir: "Tomad, Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad. Vos me lo disteis; a vos Señor, lo torno. Disponed a toda vuestra voluntad y dadme amor y gracia, que esto me basta, sin que os pida otra cosa".

La publicación de *Monumenta Historica Societatis Jesu* ha puesto al alcance del público una inmensa cantidad de documentos. Ahí puede verse prácticamente todo lo que puede arrojar alguna luz sobre la vida del fundador de la orden. Particularmente importantes son los doce volúmenes de su correspondencia, tanto privada como oficial, y los memoriales de carácter personal que se han descubierto. Entre éstos se destaca el relato de su juventud, que San Ignacio dictó en sus últimos años, accediendo a los ruegos de sus hijos, a pesar de la repugnancia que ello le producía. En *Acta Sanctorum*, julio, vol. VII, hay una traducción latina de esa "autobiografía". En *Monumenta* están los originales en español e italiano. Existen también traducciones en inglés, francés, alemán y otros idiomas. La publicación de *Monumenta* ha hecho inútiles las biografías de Orlandini, Maffei, Bartoli, Genelli, etc. La del P. de Ribadeneira conserva su valor, ya que se trata de la apreciación personal de alguien que estuvo en contacto íntimo con el santo. El volumen I de la *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* (1902) del P. Astráin es prácticamente la historia de la carrera y actividades del fundador. El P. Astráin publicó, además, un valioso resumen biográfico, traducido al inglés por el P. R. Hull. Las biografías del P. H. J. Pollen (1922) y de Christopher Hollis (1931), muy diferentes entre sí, son excelentes. El P. de Grandmaison publicó una admirable biografía en francés (1930). Entre las obras recientes hay que mencionar los estudios del P. Leturia sobre la conversión de San Ignacio, *Iñigo de Loyola*; Pinard de la Boullaye, *St Ignace de Loyola, directeur d'âmes* (1947); la biografía del P. Dudon; y una nueva edición de la biografía que escribió el poeta Francis Thompson. La obra del P. J. Brodrick, *Origin of the Jesuits* (1940), es espléndida, aunque no se trata de una biografía propiamente dicha. El autor dice, refiriéndose a las biografías escritas por H. D. Sedgwick (1923) y P. van Duke (1926): "Esas dos obras son, con mucho, las mejores biografías de San Ignacio que los protestantes han escrito hasta la fecha; desde el punto de vista histórico, son muy superiores a muchas biografías católicas".

SAN NEOT (Fecha desconocida)

SEGÚN LAS LEYENDAS medievales, San Neot era un monje del siglo IX que recibió las sagradas órdenes en Glastonbury. Deseoso de mayor soledad, se trasladó al oeste del país y se estableció en Cornwall, en un sitio que actualmente lleva su nombre. Ahí le visitó el rey Alfredo, quien apreciaba mucho su don de consejo. Algunos autores afirman que era pariente de dicho monarca. "La Crónica del Santuario de San Neot" narra la leyenda de Alfredo y los pasteles quemados. El santo hizo una peregrinación a Roma. Gracias a su intercesión, el rey Alfredo venció a los daneses. Después de su muerte, Neot se apareció al guardián de su santuario en Cornwall y le mandó que trasladase sus reliquias a un sitio determinado. Así se hizo, y los restos fueron a dar a un monasterio situado en el actual Saint Neot de Huntingdonshire.

Este no es más que un resumen de la vida del santo. Existen muchas variantes y adiciones sobre los milagros de San Neot y otros incidentes de su vida, en las dos biografías latinas y la homilía inglesa que se conservan. Las austeridades que se le atribuyen son semejantes a las de los otros santos celtas. Por ejemplo, se dice que rezaba los salmos metido en una tina con agua helada. Algunos historiadores han hecho notar que la vida de San Neot es una colección de los rasgos más distintivos de la hagiología celta. Las dos biografías latinas carecen de valor histórico y, en realidad, no sabemos nada de cierto sobre San Neot. No sin cierta razón, se ha dicho que existieron dos personajes del mismo nombre: el santo de Cornwall (Niet) y el santo de Huntingdon.

Parece imposible llegar a desenmarañar las contradicciones y confusiones que abundan en las dos biografías de San Neot. El intento más logrado que se ha hecho hasta ahora es el de G. H. Doble, *St Neot* (1929); en su trabajo le ayudó otro experto, C.

Henderson. Los textos pueden verse en *Acta Sanctorum*, julio, vol. VII; y G. C. Corham, *History of Eynesbury and Saint Neot* (1820). Cf. LBS., vol. IV, pp. 4 ss.

SAN GERMAN, OBISPO DE AUXERRE (448 P.C.)

AUNQUE NO EXISTE ningún santo al que se pueda llamar propiamente "el apóstol de Inglaterra", San Germán fue quien consolidó la Iglesia en el país cuando terminó el imperio romano; además de luchar contra la herejía, el santo convirtió a numerosos ingleses. Por otra parte, la influencia que San Germán ejerció sobre San Patricio dejó también huella en Irlanda. Sin embargo, nada hacía presagiar en los años mozos del santo el futuro que Dios le tenía reservado.

Germán nació en Auxerre, de padres cristianos. Después de estudiar en las Galias, se trasladó a Roma a estudiar leyes y retórica. En dicha ciudad practicó con éxito su profesión. Tras de contraer matrimonio con una joven llamada Eustoquia, fue enviado a la Galia como "dux" de las Provincias Armóricas. Desempeñó con gran acierto su cargo de gobernador y, a la muerte de San Amador, en 418, fue elegido obispo de Auxerre, muy contra su voluntad. Ese súbito cambio de estado le hizo tomar conciencia de las obligaciones de su nueva dignidad (cf. San Amador, mayo 1º). Renunció a su posición en el mundo y abrazó una vida de pobreza y austeridad. Era muy hospitalario con todos, lavaba los pies a los pobres, les servía personalmente y ayunaba con frecuencia. Construyó un monasterio cerca de Auxerre, en la otra orilla del Ionne, en honor de los Santos Cosme y Damián, y concedió rentas a la catedral y otras iglesias de Auxerre, que eran muy pobres.

Por entonces, el pelagianismo hacía estragos en Inglaterra. Pelagio era inglés de nacimiento y, durante sus años de enseñanza en Roma, había rechazado la doctrina del pecado original y la necesidad de la gracia para salvarse. Agrícola, uno de sus discípulos, había difundido esas herejías en Inglaterra, y los obispos se vieron obligados a intervenir. El Papa San Celestino y los obispos de las Galias designaron a San Germán para que fuese a Inglaterra, el año 429, acompañado por el obispo de Troyes, San Lupo.

Poco después de la llegada de los dos prelados, ya se había extendido por toda Inglaterra la fama de su santidad, doctrina y milagros. Ambos confirmaron en el bien a los fieles y convirtieron a numerosos herejes, pues predicaban incesantemente. En cierta ocasión, se organizó una reunión de herejes y católicos y se concedió a aquéllos el permiso de hablar antes que éstos. Después de escucharlos durante largo tiempo, los obispos católicos contestaron con tanta elocuencia y con citas de la Biblia y de los Santos Padres tan oportunas que dejaron a los herejes sin palabra. Después de esa reunión, San Germán y su compañero fueron a dar gracias a Dios en la tumba de San Albano y a pedirle que les concediese buen viaje de retorno a su patria. San Germán mandó abrir el sepulcro de San Albano y depositó en él su propio relicario, con el que acababa de devolver la vista a una niña ciega; en cambio, se llevó consigo un poco de polvo de los restos del santo y construyó en su honor una iglesia en Auxerre.

A su regreso, vio al pueblo abrumado bajo el peso de los impuestos y se trasladó a Arles a fin de interceder por sus hijos ante el prefecto Auxiliaris, Ahí devolvió la salud a la esposa del prefecto y éste le concedió el favor que

solicitaba. El año 440 fue nuevamente a Inglaterra, pues continuaban los estragos del pelagianismo en el país. El santo convirtió a muchos de los católicos que se habían dejado seducir por los herejes, desterró a los principales pelagianos y, con su predicación y milagros, consiguió desarraigar la herejía. Pero San Germán sabía muy bien que es imposible desterrar la ignorancia con un decreto y que la única manera de hacer durable la reforma era educar al clero; así pues, fundó varias escuelas para clérigos y, de ese modo, según dice Beda, "dichas Iglesias conservaron desde entonces la pureza de la fe y no volvieron a caer en la herejía." Si exceptuamos el rápido paso de la herejía de Wiclif, que no dejó huella profunda, las Islas Británicas conservaron la pureza de la fe durante once siglos, hasta que en el siglo XVI los errores del protestantismo echaron raíces con la protección de los monarcas.

En el propio de la misa de San Germán que se usaba antiguamente en la diócesis de París, el Ofertorio rezaba así: "Oí la voz de una gran muchedumbre del cielo que decía: ¡Aleluya! Y repetía una y otra vez: ¡Aleluya!" (Apoc. XIX, 1-3). Se trataba de una alusión a un hecho que cuenta Constancio, el biógrafo de San Germán. Durante el primer viaje del santo a Inglaterra, una expedición de pictos y sajones asoló el país. Los habitantes reunieron un ejército para defenderse y pidieron al santo que los acompañase en la campaña, pues tenían gran confianza en sus oraciones. San Germán aceptó y aprovechó la ocasión para predicar la fe y llevar a la penitencia a los cristianos. Muchos idólatras pidieron el bautismo durante la cuaresma, y la ceremonia quedó fijada para la Pascua. Así pues, se construyó con ramas una especie de iglesia en el campamento, donde los catecúmenos recibieron el bautismo; todo el ejército asistió con gran devoción. Después de la Pascua, San Germán ideó una estratagema que permitió a sus amigos obtener la victoria sin derramar sangre. En efecto, el santo condujo al pequeño ejército a un estrecho valle entre dos altas montañas. Cuando llegó la noticia de que se aproximaba el enemigo, San Germán dio al ejército la orden de gritar "Aleluya" al unísono, y todo el valle resonó con el eco poderoso de ese grito. Al oír el estruendo, los bárbaros pensaron que los aguardaba un ejército muy numeroso y huyeron aterrados. Según la tradición, dicha "batalla" tuvo lugar en Mold, en Flintshire, en un valle llamado Maes Garmon, pero el hecho es muy dudoso.

El general romano Aecio envió a un ejército de bárbaros al mando de Goaro para acabar con una rebelión que había estallado en Armórica. San Germán, temía que los bárbaros cometiesen excesos y salió al encuentro de Goaro y detuvo por la brida el corcel del general. Goaro se negó al principio a escuchar al obispo, pero éste insistió y consiguió arrancarle la promesa de que no proseguiría el avance hasta que Aecio se lo mandase nuevamente. Por su parte, Aecio dijo al santo que no era imposible que obtuviese el perdón del emperador. Así pues, San Germán emprendió el viaje a Ravena. Aunque llegó de noche a la ciudad, su fama le había precedido, de suerte que todo el pueblo salió a recibirle. San Pedro Crisólogo, obispo de Ravena, el emperador, Valentiano III y su madre, Gala Placidia, acogieron amablemente al visitante; pero precisamente cuando él se hallaba en Ravena, llegó la noticia de que había ocurrido un nuevo levantamiento en Armórica y la embajada fracasó. Ese fue el último acto de caridad de su vida, pues Dios le llamó a Sí en Ravena, el 31 de julio de 449. La translación del cuerpo de San Germán a Auxerre fue uno de los funerales más solemnes de que se conserva memoria. El

santuario consagrado a San Germán en la gran iglesia abacial que lleva su nombre, llegó a ser uno de los sitios de peregrinación más famosos. Saint German's de Cornwall debe su nombre al santo, a quien un sacramentario del siglo X llama "predicador de la verdad, luz y columna de Cornwall". Una leyenda medieval narra, entre otras muchas maravillas, que San Germán, se apareció a un monje llamado Benito y le ordenó que fundase la gran abadía de Selby.

En *Acta Sanctorum*, julio, vol. VII, puede verse la biografía de San Germán escrita por Constancio. Pero todos los textos resultan anticuados cuando se los compara con la edición crítica que publicó W. Levison en 1920. Como tantas otras de las biografías publicadas en MGH., *Scriptores Merov.* (vol. VII, pp. 225-283), el texto de la *Vita S. Germani* de Constancio sufrió numerosas interpolaciones. Sin embargo, se conserva lo sustancial, y está fuera de duda que Constancio escribió menos de treinta años después de la muerte de San Germán. Cf. Levison, *Bischof Germanus von Auxerre*, en *Neues Archiv*, vol. XXIX (1904). La obra de L. Prunel en la colección *Les Saints* constituye una excelente biografía de tipo popular (1929). A raíz de la reunión de la *Association Bourguignonne des Sociétés Savantes*, que tuvo lugar en Auxerre en 1948, se publicó un volumen de estudios muy interesantes, titulado *St Germain d'Auxerre et son temps.* Baring-Gould y Fisher sostienen la hipótesis (LBS., vol. III, pp. 60-79) de que existió otro San Germán "de Man", al que deben su nombre la isla de Saint Germain y muchas iglesias de Inglaterra; pero tal hipótesis no puede acogerse sin reservas: cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXIII (1904), p. 356, y J. Loth en *Annales de Bretagne*, vol. XX (1905), p. 351. En *The Western Fathers* de F. R. Hoare, hay una traducción de la biografía de Constancio (1954). En Gales se celebra la fiesta de San Germán el 3 de agosto; las diócesis de Westminster, Plymouth y Portsmouth la celebran en fechas diferentes. El Martirologio Romano conmemora al santo el 31 de julio.

SANTA ELENA DE SKOVDE, VIUDA (*c.* 1160 P.C.)

ELENA ERA UNA DAMA de alta alcurnia, nacida en Vastergötland, Suecia. Después de la muerte de su marido, Elena consagró su tiempo y sus bienes a socorrer a los pobres y promover la religión. Al regresar de una peregrinación a Roma, fue ajusticiada por los familiares de su yerno, quienes la acusaban de complicidad en el asesinato de éste. En realidad el yerno de Santa Elena había sido asesinado por sus súbditos a causa de su carácter irascible y dominante. El cuerpo de Santa Elena fue transportado de Götene a Skövde y sepultado en la iglesia que ella había construido ahí. Debido a las múltiples curaciones obradas en su tumba, el Papa Alejandro III aprobó su culto en 1164. En su patria, en Tüsvilde, en la isla dinamarquesa de Zelandia y en otros sitios, se le veneraba como mártir el 31 de julio. Los daneses pretendían poseer sus reliquias y, aunque se cuenta una leyenda fantástica sobre la translación de sus restos, en realidad parece que no hubo tal traslado. Aun después de la Reforma continuó el culto a Santa Elena en Suecia y Dinamarca, y en ambos países se asoció su nombre a sendas fuentes de propiedades curativas.

En *Acta Sanctorum* se reproduce en parte una antigua biografía latina (julio, vol. VII). Hay una edición crítica del texto completo en *Scriptores rerum Suecicarum*, vol. III, pte. 2, pp. 135-138. Cf. T. Schmid, *Den hl. Sigfrid* (1931). El P. Grosjean, bolandista, escribe a propósito de la obra de J. Dunney (*Saint of the Snows*): "es ciertamente la última palabra en materia de hagiografía novelesca estadounidense".

BEATO JUSTINO DE JACOBIS, OBISPO TITULAR DE NILÓPOLIS (1860 P.C.)

APROXIMADAMENTE la mitad de la población de Etiopía es cristiana, la otra mitad está compuesta de mahometanos, judíos y gentiles. Los sirios y los egipcios evangelizaron Etiopía en el siglo IV; desde entonces, la Iglesia etíope ha dependido en cierta medida del patriarca copto de Alejandría. Por ello, cuando los egipcios y los sirios se adhirieron al cisma monofisita, después del año 451, los etíopes los siguieron por ese camino. Durante muchos siglos, la Iglesia de Etiopía fue la más aislada y abandonada de las Iglesias cristianas.

Sin embargo, en el siglo XVI, hubo muchas expediciones comerciales y militares portuguesas al Mar Rojo; gracias a ese contacto, el negus (emperador) etíope Susneyos, entró en comunión con la Iglesia católica en el siglo XVII. Desgraciadamente, Susneyos echó a perder ese gran movimiento con los métodos que empleó para imponer el catolicismo a sus súbditos. Por otra parte, los misioneros de la Compañía de Jesús, en vez de oponerse a tales métodos, no hicieron más que complicar la situación con su estrechez e intransigencia. El resultado de ello fue la violenta persecución que estalló en 1632. Durante dos siglos, estuvo prohibida a los sacerdotes católicos la entrada en Etiopía. Los pocos que consiguieron introducirse, lo pagaron con su vida, como por ejemplo, los dos beatos capuchinos, Agatángelo y Casiano (7 de agosto).

En el siglo XIX la situación mejoró un tanto. En 1839, los exploradores Arnoldo y Antonio d'Abbadie d'Arrast, emplearon su influencia para obtener la fundación de una misión católica en Adua. Dicha misión fue confiada a la Congregación de las Misiones, fundada por San Vicente de Paul, por lo que se conoce a sus miembros con el nombre de vicentinos, aunque más comúnmente se les llama lazaristas, porque ocupaban en París el colegio de San Lázaro. El primer prefecto y vicario apostólico de la misión fue Justino de Jacobis. Había nacido en 1800 en San Fele, de la Basilicata; fue el séptimo de catorce hermanos. Cuando era todavía pequeño, la familia se trasladó a Nápoles. Su madre, una mujer muy devota, influyó sin duda con su ejemplo en la vocación de Justino, quien ingresó en la Congregación de las Misiones a los dieciocho años. Uno de sus compañeros de seminario, que con el tiempo llegaría a ser arzobispo de Esmirna, dejó testimonio de la virtud de Justino y de la alta estima que le profesaban cuantos le conocieron en aquella época: era "amado de Dios y de los hombres". Después de su ordenación, Justino trabajó incansablemente como predicador y confesor, sobre todo, con la gente pobre del campo. Fue elegido para colaborar en la fundación de una casa de su congregación en Monópoli. Algunos años más tarde, se le nombró superior de la residencia de Lecce, tras de haber sufrido un trato muy injusto de parte del superior de Monópoli. Existen pruebas de que, ya entonces, el P. de Jacobis recibía gracias extraordinarias de Dios. Durante su breve estancia en Nápoles, se entregó con valor y energía a atender a las víctimas de una epidemia de cólera. "Todos le querían", dijo de él un contemporáneo. Al ser nombrado superior de la nueva misión de Etiopía, un periódico napolitano publicó un artículo en que se decía: "El P. de Jacobis es uno de esos hombres evangélicos que saben elevar lo natural a la altura de lo sobrenatural y atraer hacia Jesucristo lo mismo a los sabios y eruditos

como a los ignorantes y sencillos."

El P. de Jacobis llegó a Etiopía en septiembre de 1839, con otros dos sacerdotes. Estos se establecieron en Gondar, capital de Amharic, y el Beato Justino en Adua, capital de Tigrai. Ubia, el gobernador del distrito, acogió bien al sacerdote, pero el clero y el pueblo, que no habían olvidado aún los acontecimientos del siglo XVI, odiaban hasta el nombre de católico. Durante dos años, el P. de Jacobis se dedicó a aprender los dialectos y costumbres de la región y a desvanecer los prejuicios, con su humildad y bondad. En 1840, tuvo la primera reunión con algunos sacerdotes cismáticos, a quienes habló con hermosa sencillez, diciéndoles que había ido a ellos como amigo y servidor, movido por el amor y con el deseo de ayudarlos. Sus palabras produjeron profunda impresión. Pero los obstáculos que se oponían al trabajo del P. de Jacobis eran enormes (el respeto humano y la corrupción de costumbres no eran los menores), y las conversiones al catolicismo fueron muy escasas.

Por entonces, los notables de Etiopía se preparaban a enviar una embajada a Egipto para pedir al patriarca copto de Alejandría que nombrase primado (*abuna*) de la Iglesia etíope a uno de sus monjes según la costumbre. La única sede episcopal del país había estado vacante durante doce años. Los notables rogaron al P. de Jacobis que acompañase a los embajadores, con la esperanza de que la presencia de un europeo distinguido produjese buena impresión en el patriarca egipcio. La proposición suscitó ciertos escrúpulos en el P. de Jacobis: ¿Podía un sacerdote católico participar casi oficialmente en una embajada de esa naturaleza? Finalmente se decidió a aceptar, con la condición de que Ubia le diese una carta para el patriarca en la que le exhortase a la unión con la Iglesia católica y que la embajada fuese después a Roma a entrevistarse oficialmente con el Papa. Los notables aceptaron las condiciones del beato y la embajada partió a principios de 1841; los principales miembros, además del P. de Jacobis, eran un ministro de Estado, un sacerdote, un monje de la Iglesia de Etiopía y un secretario. El monje era Abba Gabra Mikael, quien había de morir mártir de la unidad y alcanzaría el honor de los altares trece años antes que el P. Justino.

Al principio los embajadores más bien ignoraban al P. Justino, a quien consideraban como extranjero y hereje. Pero el beato los fue ganando poco a poco con su cortesía y amabilidad, y el testimonio del secretario principal demuestra que en El Cairo le comparaban ya favorablemente con el mismo patriarca copto. Dicho prelado se negó abiertamente y con rudeza a entrar en tratos con la Santa Sede y amenazó a los legados con la excomunión si no expulsaban de la embajada al P. de Jacobis. Además, el patrirca presidió una elección que elevó fraudulentamente a la sede episcopal de Etiopía a un monje joven e ignorante, que ni siquiera tenía la edad canónica. El monje tomó en su consagración el nombre de Salama; pronto volveremos a encontrarle. Entre tanto, parecía que el viaje a Roma no podría llevarse a cabo; sin embargo, Gabra Mikael y algunos otros legados, desafiando la cólera del patriarca, acompañaron al Beato Justino a la Ciudad Eterna. El Papa Gregorio XVI los acogió cordialmente. El día de la Asunción, asistieron a misa en la basílica de San Pedro y partieron de Roma vivamente impresionados. Sólo uno de los embajadores manifestó su repudio por el cisma, cuando la comitiva estuvo de regreso en Jerusalén, pero el P. de Jacobis sembraba ya la buena semilla.

Por entonces escribió: "La visita a Roma cambió las ideas de mis pobres etíopes; fue el mejor curso de teología que hubiesen podido recibir".

Durante algún tiempo, el porvenir de la misión de Etiopía pareció aclararse, pese a todos los obstáculos de la falta de comprensión, la ignorancia y la maledicencia. Se había formado ya un núcleo de católicos indígenas, entre los que se contaban los monjes Gabra Mikael y Takla Haimanot. Antonio d'Abbadie, quien se hallaba en el distrito de Galla, a donde no había entrado todavía ningún sacerdote, escribió una carta muy optimista a Montalembert. El P. de Jacobis, comprendiendo la necesidad de fundar un colegio para educar a la futura generación del clero indígena, escribió al superior general de la Congregación de las Misiones, diciéndole que desde hacía un año buscaba un sitio para el colegio en Massawa (población que se halla en una isla del Mar Rojo), con la intención de que sirviese de centro religioso y de sitio de refugio para los católicos en caso de persecución. Finalmente, encontró el lugar que buscaba en una propiedad del monasterio de Gunda-Gunda, algunos de cuyos miembros se habían convertido al catolicismo y querían bien al "Abba Jacob", como le llamaban. El colegio se inauguró en Guala, de Adigrat, en 1845. El personal estaba compuesto por el P. Biancheri, tres sacerdotes etíopes, dos monjes y un hermano lego italiano. También había un laico etíope que se encargaba de los alumnos. El seminario progresó tan rápidamente, que el Beato Justino consideró que había llegado el momento de pedir a la Santa Sede que nombrase un obispo. En 1846, quedó constituido el vicariato apostólico de Galla. El primer obispo fue Monseñor Guillermo Massaia, más tarde cardenal, a quien asistían dos frailes menores capuchinos.

La popularidad del "Abba Jacob" y el éxito de sus actividades no habían escapado al jefe de la Iglesia nacional, "Abuna Salama",* quien fulminó la excomunión contra todos aquéllos que "le diesen comida y bebida durante sus viajes, o aceptasen dinero de su mano". El decreto no produjo efecto alguno. Pero la llegada del primer obispo católico excitó aún más a Salama. Valiéndose de su situación política y del desorden que su propia impopularidad había provocado, desató una persecución abierta contra los católicos. Los alumnos de los colegios y los grupos de católicos fueron dispersados, el catolicismo fue proscrito, Mons. Massaia tuvo que retirarse a Adén, y el P. de Jacobis se vio acosado por los perseguidores. Subgadis, el protector de Salama, escribió a los jefes de tribus: "Dad muerte al "Abba Jacob" y a todos los suyos. Matar a uno solo de los que practican su religión equivale a ganar siete coronas en el cielo..." Precisamente entonces, se transformó la prefectura del Beato Justino en vicariato y éste recibió la consagración episcopal, secretamente, en Massawa, de manos de Mons. Massaia, en 1848. Aunque seguía perteneciendo al rito latino, se le concedió la facultad de celebrar la misa y administrar los sacramentos, especialmente el sacramento del orden, de acuerdo con el rito etíope. El primer sacerdote que recibió la ordenación de sus manos fue el Beato Gabra Mikael, quien tenía entonces sesenta años.

No todos los que se habían reconciliado con la Iglesia permanecieron firmes durante la persecución; pero algunos murieron por la fe. A pesar de la persecución, la obra del Beato Justino no dejó de fructificar en algunos sitios. En 1853 había una veintena de sacerdotes etíopes y unos 5000 católicos; el Beato Gabra Mikael logró abrir de nuevo el colegio durante algún tiempo en Alitiena. Uno de los principales amigos de Mons. de Jacobis en aquella época fue un joven escocés, llamado Juan Bell, quien estaba al servicio del virrey de Beghemeder, Ras Alí. Se dice que Bell tenía la intención de hacerse católico, pero murió en una escaramuza, en 1863, antes de realizar su propósito. Los desórdenes habían comenzado cuando el comandante de las tropas del Ras Alí, Kedaref Kassa, emprendió la campaña que había de llevarle al trono de Etiopía con el título de "Negus Neghesti" (Rey de Reyes) Teodoro II. Kassa se ganó el apoyo del Abuna Salama con la promesa de desterrar a todos los sacerdotes católicos, y la persecución recrudeció.

El Beato Justino fue arrestado en Gondar y pasó varios meses en la cárcel, entre los prisioneros por delitos comunes. Después fue escoltado hasta el puesto fronterizo de Senaar, donde los perseguidores esperaban que "desaparecería" o sería víctima del fanatismo de los mahometanos. Pero los miembros de la escolta le dejaron libre, y el beato, tras de sufrir lo indecible y correr continuos peligros, llegó con vida a Halai, en la costa sur de Eritrea. Desde ahí describió a sus superiores su "casi milagrosa odisea". Precisamente el día en que el Beato Justino escribió su carta, 28 de agosto de 1855, murió en la prisión el Beato Gabra Mikael (1 de septiembre).

Mons. de Jacobis trató en vano de ir a reunirse con su rebaño perseguido en la provincia de Tigrai. Así pues, en los últimos años de su vida, hubo de reducir su labor apostólica a la costa del Mar Rojo. A fines de 1859, el gobierno francés envió al conde de Russel como legado extraordinario en una misión política ante Negusie, gobernador de Tigrai. La llegada del embajador produjo gran excitación entre los etíopes y, como la posición del conde se hiciese muy difícil, Mons. de Jacobis le dio asilo en su casa de Halai. El beato procedió así por caridad, no por consideraciones políticas; sin embargo, fue arrestado cuando se preparaba a celebrar la misa y estuvo más de tres semanas prisionero en un establo. Russel le rescató en marzo de 1860. Pero la prisión, las marchas forzadas y el cambio de clima de las montañas de Halai a las llanuras de Emkullo fueron demasiado para un cuerpo gastado por veinte años de infatigable trabajo en Etiopía.

El 19 de julio, el beato contrajo una fiebre. Aunque sabía que ello significaba la muerte, insistió en partir el 29 de julio hacia Halai, acompañado por el P. Delmonte, algunos monjes y una docena de estudiantes. El 31 de julio, llegaron al valle de Alghedien. Pero el anciano obispo, que ya no podía sostenerse en la silla del caballo, se tendió por tierra. Ahí recibió la extremaunción, rodeado por sus afligidos discípulos. Después se sentó, reclinado contra una roca, y les dirigió sus últimas palabras: "Pedid por mí, hijitos míos, porque estoy a punto de morir. No os olvidaré... Me muero." Y, echándose la capa sobre el rostro, exhaló el último suspiro.

San Vicente de Paul había dicho una vez a los sacerdotes de su congregación: "Imaginad a un misionero consumido por la debilidad y el intenso trabajo, pobre como vino al mundo, sentado a la vera del camino. Imaginad que los naturales le preguntan: 'Pobre sacerdote, ¿qué te ha movido a llegar a este extremo?' y que el misionero puede responder sinceramente: 'El amor'. ¿No creéis que su felicidad será maravillosa?" Justino de Jacobis

* Cierto tipo de hagiografía suele pintar a los perseguidores como malvados y a los perseguidos como santos. Evidentemente que eso es falso en muchos casos; pero no en el de Salama.

realizó ese sueño de San Vicente de Paul hasta en el detalle de estar sentado en el suelo. La carta que escribió el 3 de agosto el P. Delmonte a sus superiores de Emkullo, comenzaba así: "Tengo que anunciaros la muerte de un santo." Sin embargo, la vida exterior del Beato Justino, por espiritual y sacrificada que haya sido, no difiere de la de otros misioneros a quienes nadie ha pensado en canonizar. La diferencia no está en lo exterior, sino en la íntima personalidad del Beato Justino. La lectura de un memorandum escrito por Mons. Massaia nos lleva a la conclusión de que la humildad era la virtud característica del beato y no una humildad de libro de máximas o una simple modestia, sino una humildad que le convertía realmente en "uno de tantos" entre el pueblo que había ido a convertir, a pesar de que se trataba de un pueblo que no tenía nada de atractivo en la superficie. En mil ocasiones, los sacerdotes, los monjes y los notables del país, a quienes se había dicho que el beato era un enviado de los arrogantes "francos" y del todavía más arrogante Papa de Roma, descubrieron admirados que el P. de Jacobis hablaba, actuaba y se consideraba realmente como siervo de los abisinios. Mons. Massaia escribió: "Dios le escogió para que fuese maestro, no sólo de palabra sino con el ejemplo; para que fuese modelo de la perfección que puede alcanzar el hombre, en el seno de un pueblo terriblemente corrompido por el error, el orgullo, la lascivia y todos los vicios. Dios levantó a esa insigne figura de perfección humana sobre un pedestal de humildad, como una lección viviente para Etiopía y para todos los apóstoles que después de él y hasta el fin de los siglos habían de llevar adelante su obra."

El Beato Justino fue sepultado en la iglesia de Hebo, que fue ensanchada con tal ocasión. Tanto los católicos como los disidentes han visto desde entonces a esa iglesia como un santuario, y no han olvidado al "Abuna Jacob". El 14 de mayo de 1939, la Iglesia consagró oficialmente la tradición, incluyendo a Justino de Jacobis en el número de los beatos.

En 1866, se publicó en París una biografía anónima de Justino de Jacobis. El autor era J. Devine: su obra es un tanto inconexa y tiene lagunas fundamentales; sin embargo, es de gran valor, ya que consiste prácticamente en una serie de citas de las cartas de Antonio d'Abbadie d'Arrast, de Mons. Massaia y de otros contemporáneos, así como de las cartas y el diario del mismo beato. Véase también Massaia, *Trent'anni in Abissinia*; Coulbeaux, *Vers la Lumière* que es una biografía del Beato Gabra Mikael (1906); Arata, *Vita del B. Giustino de Jacobis* (1939); y las biografías francesas de M. Demimuid (1906), y J. Baeteman (1939). Acerca del ambiente histórico, cf. Attwater, *Christian Churches of the East*, vol. I, c. V (1947). El escocés Juan Bell, de quien hicimos mención en nuestro artículo, se casó con una princesa etíope; su hija se casó con un misionero suizo, y la hija de esta segunda pareja, la princesa Asfa Yilma, escribió en inglés una biografía del negus Haile Selassie (1936). Véase también C. Korolevsky, en *Roma e l'Oriente*, julio de 1919, pp. 23-36, y julio de 1920, pp. 35-52. Acerca de Salama, cf. J. B. Coulbeaux, en *Revue angloromaine*, vol. I, (1896), pp. 625-636, 673-696.



1: SAN PEDRO AD VINCULA,

EN LA vida de Santiago el Mayor se cuenta que Herodes Agripa, después de haber mandado matar al Apóstol para ganarse al pueblo, trató de congraciarse más y encarceló a San Pedro. El tirano tenía la intención de condenar a muerte al Príncipe de los Apóstoles después de la fiesta de la Pascua. La Iglesia entera se puso en oración para pedir a Dios que salvase de la muerte al Supremo Pastor. Por su parte, Herodes tomó todas las precauciones posibles para impedir que se escapase el prisionero, pues ya con anterioridad, los Apóstoles habían sido puestos en libertad por un ángel. San Pedro, perfectamente sereno y resignado a la voluntad de Dios, dormía en la noche anterior al día en que debía comparecer ante el pueblo, cuando Dios decidió salvarle de manos de sus enemigos. San Pedro dormía entre dos soldados a los que estaba encadenado. La prisión se iluminó de pronto, y un ángel despertó a San Pedro, tocándole en el costado. El mensajero de Dios dio al Apóstol la orden de levantarse, echarse la capa sobre los hombros, calzarse las sandalias y seguirle. Las cadenas cayeron de las manos de San Pedro, quien, pensando que se trataba de un sueño, se levantó y siguió al ángel. Juntos atravesaron las dos puertas de las celdas, y la puerta de hierro de la prisión, que daba a la calle se abrió sola. El ángel acompañó al Apóstol por una calle y desapareció repentinamente. Hasta entonces, San Pedro había creído que soñaba, pero en aquel momento comprendió que el Señor había enviado realmente a un ángel para que le salvase de las manos de Herodes y de la hostilidad de los judíos. Inmediatamente se dirigió a la casa de María, la madre de Juan Marcos, donde algunos de los discípulos se hallaban en oración por él. Abrió la puerta una mujer, la cual, oyendo la voz de Pedro, corrió a anunciar a los otros que el Apóstol estaba ahí. Los discípulos creyeron que Dios les había enviado al ángel de Pedro, hasta que el Apóstol les refirió lo sucedido. Después de informarse acerca de la suerte de Santiago y de los demás Apóstoles, San Pedro se retiró a un sitio más seguro. Al día siguiente, Agripa condenó a muerte a los guardias, pensando que por su negligencia o connivencia eran culpables de la fuga del Apóstol.

El propio de la misa y del oficio de hoy hacen pensar que se trata de la celebración del suceso que acabamos de narrar. Sin embargo, la fiesta conmemoraba originalmente la dedicación de una iglesia de San Pedro y San Pablo en la colina Esquilina. El Martirologio de Jerónimo dice a este propósito: "En Roma, la dedicación de la primera iglesia que se construyó en honor del bienaventurado Pedro." Tal afirmación es errónea, ya que el nombre de "titulus apostolorum" no se dio a esa parroquia sino hasta fines del siglo

IV y se refería también a San Pablo, como lo prueban las inscripciones. La iglesia fue reconstruida y consagrada por el Papa San Sixto III, entre los años 432 y 440, con el nombre de "titulus Eudoxiae", en honor de la princesa bizantina que tanto había contribuido a la reconstrucción. Dicha iglesia no recibió el nombre de "San Pedro ad Vincula" sino hasta un siglo más tarde. El título hacía alusión a las cadenas que sujetaron al Apostol en Roma y que se conservaban ahí. Posteriormente, se confundió esa reliquia con las cadenas que había llevado San Pedro en Jerusalén, y se inventó la leyenda de que la emperatriz envió de Jerusalén a Roma una de aquellas cadenas que se soldó milagrosamente con la que ya estaba ahí desde antes. La leyenda citada figura en el segundo nocturno de los maitines de la fiesta. El Papa Benedicto XIV tenía la intención de cambiar ese nocturno.

Antiguamente se celebraba en algunas Iglesias una misa en acción de gracias por los frutos de la cosecha y se bendecía el pan y la harina. Según el testimonio de los libros litúrgicos, los griegos y los latinos acostumbraban bendecir en este día o el 6 de agosto las uvas de la cosecha del año.

La fiesta de San Pedro ad Vincula fue suprimida del Calendario Romano por un Motu Proprio de Juan XXIII, del 25 de julio de 1960.

Ver H. Grisar, *Geschichte Roms und der Päpstum*, vol. I, p. 190, y el artículo del mismo autor en *Civilta Cattolica*, vol. III (1898), pp. 204-221; J. P. Kirsch, *Die römischen Titelkirchen*, pp. 45-52; y CMH., pp. 409 ss.

SAN FELIX DE GERONA, Mártir (¿Siglo III?)

Hace mucho tiempo que la pequeña ciudad de Gerona considera una gloria suya la posesión de las reliquias de San Félix. Prudencio reconocía, desde fines del siglo IV, que eran dichas reliquias las que le dieron celebridad. El martirologio *Hieronymianum* y todos los calendarios mozárabes mencionan a San Félix. Gregorio de Tours le ha consagrado un capítulo (XCI) de su libro dedicado a la gloria de los mártires. Ahí narra que un ladrón se llevó los ornamentos de seda, bordados de oro y adornados con pedrería, junto con otras cosas; en su camino fue abordado por un desconocido quien le propuso indicarle un lugar seguro en donde podía esconder el fruto de su latrocinio. Con la esperanza de poder venderlo, el ladrón aceptó y se dejó conducir sin desconfianza, pero sin saber qué rumbo seguía. El desconocido lo llevó hasta la basílica de San Félix y le dijo: "He aquí la casa de que te he hablado; entra y deposita tu carga". ¡Cuál no sería su asombro al caer en la cuenta de que aquel lugar era el mismo donde había robado! El desconocido desapareció y el ladrón arrepentido, contó lo que le había sucedido; todo el mundo creyó que el desconocido no era otro sino el mismo San Félix.

Gregorio de Tours nos dice también que existían reliquias de San Félix en Narbona. El rey Alarico hizo derribar la iglesia que las guardaba, porque obstruía la vista desde su palacio; el castigo no se hizo esperar; muy pronto el monarca quedó ciego.

San Félix se hizo muy popular durante la Edad Media, tanto en España como en el sur de Francia; desgraciadamente, sus actas no son auténticas y, si bien podemos asegurar su existencia, garantizada por la antigüedad de su culto, no podemos añadir ningún otro detalle histórico. Algunas leyendas lo relacionan con San Narciso de Gerona, otras con Cucufate. Según la versión que ha tenido mayor aceptación, San Félix habitaba en Cesarea de Mauritania; al saber que la persecución se recrudecía en España, bajo la prefectura de Daciano, fue a Gerona para encontrarse con él; después de innumerables suplicios, de los cuales salió indemne, acabó por entregar su alma.

Prudencio, *Peristephanon*, IV, 29-30 Gregorio de Tours, *In gloria martyrum*, XCI Delehaye, *Comm. martyrol, hieron.*, p. 141; *Origines du culte des martyrs*, pp. 342, 365, 366. *Acta Sanctorum*, 1o. agosto, vol. I, pp. 22, 29.

LOS SANTOS MACABEOS, Mártires (¿168 ? a.C.)

Macabeo era el segundo nombre de Judas, el tercer hijo de Matatías, que fue el primer jefe de los judíos en la rebelión contra Antíoco IV Epifanes. Más tarde, se aplicó el nombre de Macabeos a todos los familiares y descendientes de Matatías y a los que los siguieron en el levantamiento contra el rey de Siria. Entre ellos se contaban los santos que celebramos en este día. Los Macabeos son los únicos mártires del Antiguo Testamento a quienes se conmemora en la Iglesia universal y también los únicos que figuran en el calendario general de la Iglesia de occidente. En el oriente son bastante comunes las fiestas de los santos del Antiguo Testamento. En cambio, en el occidente sólo se celebra la conmemoración de los Macabeos, si excluimos la diócesis latina de Jerusalén y las conmemoraciones propias de algunas órdenes religiosas, como las de San Elías y San Eliseo entre los carmelitas.

Los judíos se rebelaron porque Antíoco quería imponerles la religión griega, pero el pretexto para que estallase la rebelión, fue la persecución que emprendió Antíoco contra los judíos, como un desahogo de su furor ante su derrota por el Senado Romano en su segunda campaña contra Egipto (168 A.C.). En efecto, Antíoco envió a Jerusalén al general Apolonio al mando de veintidós mil hombres, con la orden de helenizar la ciudad; en caso de que los judíos se resistiesen, debía matarlos sin piedad y sustituirlos por extranjeros. El más famoso de los mártires judíos que prefirieron morir antes que quebrantar la ley divina, fue Eleazar. Era un anciano de venerable aspecto y uno de los principales escribas o doctores de la Ley. Los perseguidores, pensando que el pueblo seguiría el ejemplo de Eleazar, trataron de hacerle apostatar por medio de halagos, amenazas y violencias, pero el anciano no cedió. Algunos de los que presenciaron la tortura, movidos de compasión, aconsejaron que se diese a Eleazar un poco de carne de res, que no estaba prohibida por la Ley a fin de que los judíos creyesen que había comido carne de puerco, y el rey quedaría satisfecho. Pero Eleazar se negó a admitir ese subterfugio, diciendo que los jóvenes se sentirían autorizados a violar la Ley, puesto que él, a los noventa años de edad, había adoptado los ritos de los gentiles. En seguida añadió que, si cometía semejante crimen, no escaparía vivo ni muerto de la mano vengadora del Todopoderoso. Trasladado al sito de la ejecución, Eleazar exclamó antes de morir en la flagelación: "Señor, cuya vista escudriña lo más escondido de los corazones. Tú ves la tortura que estoy sufriendo. Pero mi alma se regocija de sufrir por causa de la Ley, pues yo te temo".

Al martirio de Eleazar siguió el de otros siete hermanos, que sufrieron la tortura, uno tras otro, con invencible valor, animados por su propia madre. La muerte del más joven fue aún más cruel que la de sus hermanos.

La madre, después de haber ofrecido a Dios las vidas de sus hijos, sacrificó la suya propia antes que quebrantar la Ley del Altísimo. Ignoramos el nombre de los mártires y el sitio en que fueron sacrificados.

Véase el *Segundo Libro de los Macabeos*, VI 18-31; CMH., pp. 408-409; DAC., vol. XI, cc. 12-13. Probablemente la razón por la que la Iglesia empezó muy pronto a venerar a los Macabeos fue porque su martirio simbolizaba el del inmenso ejército de cristianos que con el tiempo seguirían su ejemplo en la tortura. El *Breviarium* sirio, de principios del siglo V, relaciona el nombre de los Macabeos con el de Antíoco. El nombre de los mártires figura también en los *Fasti* de Polemio Silvio, en el calendario cartaginés y en el *Hieronymianum.* Es curioso observar que en la iglesia de San Pedro ad Vincula, de la que acabamos de hacer mención, hay un sarcófago dividido en siete compartimentos, con una inscripción que afirma que ahí se conservan los huesos y las cenizas de los siete Macabeos y de sus padres. Añadamos que San León Magno, en un sermón que predicó el 1o. de agosto, probablemente en dicha iglesia, menciona la doble celebración de la dedicación del templo y del martirio de los Macabeos. San Jerónimo, que había visto las reliquias de los Macabeos en Modin, se preguntaba cómo podían los antioquenses afirmar que las tenían en su ciudad. La dificultad no tiene solución. Cf. Delehaye, *Les origines du culte des martyrs,* pp. 201-202.

SANTAS FE, ESPERANZA, CARIDAD Y SU MADRE SABIDURIA, MÁRTIRES (Sin fecha)

LA VIUDA ROMANA, Santa Sabiduría y sus tres hijas sufrieron el martirio en tiempos del emperador Adriano, según la leyenda. Santa Fe, que tenía doce años, fue azotada, arrojada en un caldero de agua hirviente, del que salió viva y, por fin, murió decapitada. Santa Esperanza, de diez años y Santa Caridad, que tenía nueve, salieron ilesas de un horno ardiente y fueron decapitadas. Probablemente se trata de un simple mito. La leyenda pasó del oriente a Roma, donde empezó a hablarse de dos grupos. El primer grupo era una familia cuyos miembros padecieron el martirio en tiempos de Adriano y fueron sepultados en la Vía Aurelia, en el sitio que ocupó más tarde la iglesia de San Pancracio. Los nombres griegos de las mártires eran: Sofía, Pistis, Elpis y Agape. El segundo grupo, compuesto por Sabiduría, Fe, Esperanza y Caridad, sufrió el martirio en fecha desoconocida; dichas mártires fueron sepultadas en el cementerio de Calixto, en la Vía Apia. El Martirologio Romano hace mención de Fe, Esperanza y Caridad el 1º de agosto y de su madre (acerca de cuyo martirio nada dice) el 30 de septiembre. La basílica de Santa Sofía, en Constantinopla, no tiene que ver con esta santa ni con ninguna otra del mismo nombre, ya que está dedicada a la "Santa Sabiduría", es decir al Verbo de Dios.

El P. Delehaye, hablando de estas supuestas mártires, dice: "Es evidente que harían falta muchas pruebas para que creyésemos en la existencia de uno solo de los dos grupos; y tales pruebas no existen" (*Les origines du culte des martyrs,* pp. 286-287); J. P. Kirsch, en *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. III, cc. 1035-1036, sostiene la misma opinión. No se puede hablar de culto antiguo de estas mártires, ya que el primer documento que habla de ellas, el *Index oleorum*, data de fines del siglo VI.

SAN ETELWOLDO, OBISPO DE WINCHESTER (984 P.C.)

ETELWOLDO era originario de Winchester. Sintiéndose llamado al servicio divino en su juventud, recibió la ordenación sacerdotal de manos de San Alfegio

el Calvo, obispo de su ciudad natal, al mismo tiempo que San Dunstano, quien era de la misma edad que él. El año 944, San Dunstano fue nombrado abad de Glastonbury e introdujo en su monasterio la estricta observancia benedictina; entonces, San Etelwoldo tomó el hábito y llegó a ser uno de los deanes del monasterio. Era un artesano consumado, particularmente hábil en la fabricación de campanas, pero ello no le impidió emplear también su celo en el estudio de las ciencias sagradas. Hacia el año 954 fue nombrado abad de Abingdon, en Berkshire. Con la ayuda de los monjes de Glastonbury, consiguió convertir su monasterio en un modelo de observancia y en un almácigo de monjes virtuosos. Trajo desde Corbie a un maestro de música sagrada. Igualmente, envió a Osgar al monasterio de Fleury, que se distinguía entonces por su fama de estricta observancia, para que estudiase los métodos de dicho monasterio y los aplicase luego en Abingdon. Los daneses habían acabado prácticamente con los monjes en Inglaterra, y los destrozos causados por los bárbaros habían reducido al ínfimo extremo las posibilidades de educación de la juventud y de la práctica de la virtud. En vista de esas circunstancias deplorables, San Dunstano, San Etelwoldo y San Oswaldo de York acometieron la empresa de restaurar la vida monástica y los estudios.

El año 963, San Etelwoldo recibió la consagración episcopal de manos de San Dunstano. El desorden y la ignorancia que reinaban en el clero inglés, producían continuos escándalos. Como parecía imposible reformar a los canónigos de la catedral de Winchester a causa de su obstinación, San Etelwoldo los expulsó, con la aprobación del rey Edgardo y los reemplazó por un grupo de monjes: con ellos solía asistir al coro en calidad de obispo y abad. Tres de los antiguos canónigos tomaron el hábito monástico y siguieron al servicio de Dios en la catedral. Al año siguiente, el santo expulsó a los sacerdotes diocesanos del monasterio de Newminster, en Winchester y entregó la casa a los benedictinos; en esa forma, los monjes se extendieron por todo Chertsey. San Etelwoldo reconstruyó en su catedral el convento femenino dedicado a Nuestra Señora. También compró al rey las tierras y ruinas del gran convento de Santa Etelreda en la isla de Ely, que los daneses habían quemado un siglo antes, y fundó ahí una abadía de monjes. Hacia el año 972, hizo lo mismo con las ruinas del convento de Thorney de Cambridgeshire. No contento con ello, ayudó a Aldulfo a comprar las ruinas de la abadía de Peterborough que había florecido durante dos siglos hasta que fue quemada por los daneses el año 870. Aldulfo, quien fue canciller del rey Edgardo, vendió todas sus posesiones a la muerte de su hijo, tomó el hábito en el nuevo monasterio y fue elegido como primer abad.

Naturalmente, las actividades reformadoras de San Etelwoldo, sobre todo la expulsión de los canónigos, provocaron violenta oposición. Pero el santo era "terrible como un león" con los descontentos, en tanto que se mostraba "tan manso como una paloma" con los hombres de buena voluntad en su diócesis. Aquel "padre de monjes" que trabajó con tanto celo por la gloria de Dios y la santificación del prójimo, no se mostraba menos solícito por el bien de su propia alma. Deseoso de agradar a Dios, practicaba la humildad y la caridad, convencido de que esas virtudes son las que confieren su valor a las acciones exteriores. Sin ellas, no sirve de nada el renunciar a los bienes para darlos a los pobres ni el practicar las mortificaciones más severas. Si el fervor, la devoción y la compunción no crecen constantemente, se entibian

pronto. Pero en el santo obispo la devoción y las acciones exteriores se sostenían y nutrían mutuamente. San Etelwoldo descansó en el Señor el 1º de agosto de 948 y fue sepultado en la catedral de Winchester. A causa de los numerosos milagros que se obraban en su tumba, los restos del santo fueron trasladados al altar de San Alfegio, su sucesor inmediato, quien había muerto mártir cuando era arzobispo de Canterbury. Se atribuyen a San Etelwoldo algunos escritos, entre los que se cuenta una traducción inglesa de la Regla de San Benito.

Existen muchos documentos históricos sobre San Etelwoldo. La biografía escrita por Aelfrico fue publicada por Stevenson en *Chronicon de Abingdon* (Rolls Series). Hay varias ediciones de la biografía que se atribuye a Wolstano; pero Armitage Robinson ha puesto en duda tal atribución. Se encontrarán también algunas referencias al santo en *Historia Eliensis*, en los escritos de Guillermo de Malmesbury, etc. Actualmente todos los autores reconocen que San Etelwoldo fue el verdadero autor de la *Regularis Concordia*, que se atribuía antiguamente a San Dunstano. Véase H. W. Keim, *Ethelwold und die Mönchsreform in England*, en *Anglia*, vol. XXXIX (1917), pp. 405-443; Armitage Robinson, *The Times of St Dunstan* (1923); D. Knowles, *The Monastic Order in England* (1949), pp. 38-59 y passim; y T. Symons, *Regularis Concordia* (1954).

BEATO PEDRO FAVRE o FABRO (1546 P.C.)

PEDRO FAVRE era el más viejo de los primeros compañeros de San Ignacio de Loyola y, junto con San Francisco Javier, el más estimado por él. También fue uno de los primeros jesuitas que se dedicaron a combatir el protestantismo. Había nacido en Saboya en 1506, en el seno de una familia de campesinos. A los diez años, mientras cuidaba las ovejas, Pedro soñaba con poder estudiar algún día. Finalmente, para gran gozo suyo, fue enviado a estudiar, primero en casa de un sacerdote de Thônes y, después, en la escuela de la localidad. En 1525, se trasladó a París e ingresó en el Colegio de Santa Bárbara Ahí compartió la habitación con un navarro llamado Francisco Javier y conoció a un antiguo estudiante de la Universidad de Salamanca, Ignacio de Loyola. Los tres se hicieron íntimos amigos. En 1530, Favre y Javier obtuvieron la licencia en artes. Favre vaciló algún tiempo acerca de la carrera que debía escoger, pues le atraían por igual la medicina, la abogacía la enseñanza y Dios no le había llamado todavía claramente a abandonar el mundo. Por fin, decidió seguir a Ignacio y recibió la ordenación sacerdotal en 1534. El 15 de agosto del mismo año celebró en Montmartre la misa en la que los siete primeros jesuitas hicieron los votos. Favre era el superior del grupo con el que se reunió San Ignacio, en Venecia, a principios de 1537; pero no pudieron partir a Tierra Santa, a donde querían ir a predicar el Evangelio, porque la guerra con los turcos hacía imposible el viaje. A fines de ese año, Favre fue con Ignacio y Laínez a Roma, donde se les nombró predicadores de la Sede Apostólica. Favre fue profesor en la Universidad durante algún tiempo.

En aquella época, el emperados Carlos V trataba de arreglar las dificultades religiosas que habían estallado en Alemania, mediante una serie de "dietas" o reuniones entre los católicos y los jefes protestantes. Paulo III nombró a Pedro Favre como representante suyo en la dieta celebrada en Worms en 1540. La reunión fracasó, como se sabe, y Favre asistió el año siguiente, a la dieta de Ratisbona. Pedro estaba convencido de que, tanto el emperador como los altos dignatarios eclesiásticos, no se daban cuenta de que,

mucho más que las discusiones con los herejes, lo que necesitaba la Iglesia en Alemania era una verdadera reforma en la vida del clero y los fieles. Favre quedó abrumado al ver el estado religioso del país, la negligencia y mala vida de los católicos y se dedicó a la predicación y la dirección espiritual en Speyer, Ratisbona y Mainz. En esta última ciudad, Pedro Canisio, que era todavía laico, hizo los ejercicios bajo la dirección del beato e ingresó en la Compañía de Jesús. Si la Renania se conservó católica, lo debió en gran parte a la actividad y la influencia de Pedro Favre. Este trabajó con gran éxito en Colonia, cuyo arzobispo, Herman von Wied, era protestante, y contribuyó a fundar ahí la primera residencia de los jesuitas. Después fue enviado a Portugal y más tarde a España. A su paso por Francia, estuvo siete días prisionero; entonces, hizo el voto de no admitir jamás estipendios por la misa y la predicación, a no ser que ello constituyese una injusticia respecto de otros sacerdotes. En España prosiguió la tarea de dar los Ejercicios de San Ignacio a clérigos y laicos y obtuvo éxitos muy notables. También tradujo al latín los ejercicios para los cartujos de Colonia. Uno de los españoles que experimentaron los frutos benéficos de la influencia de Favre fue el duque de Gandía, Francisco de Borja.

Paulo III deseaba que Favre fuese uno de sus teólogos en el Concilio de Trento. El beato sentía cierta repugnancia a participar en el Concilio, pero, según escribió: "Decidí plegarme al deseo del arzobispo de Mainz, quien quería que le acompañase al Concilio de Trento, que iba a comenzar el 1º de noviembre. Antes de tomar esa determinación, me había sentido movido por varios espíritus y había experimentado cierta melancolía; pero el Señor me sacó de esa prueba mediante la santa virtud de la obediencia ciega, que es mucho más eficaz que la consideración de la propia insuficiencia o de la dificultad de cumplir lo que se manda." En 1546, el Papa llamó a Favre al Concilio, lo cual no hizo sino confirmarle en su anterior resolución, aunque se hallaba enfermo y el calor del verano era insoportable. Desgraciadamente, el esfuerzo que tuvo que hacer fue demasiado grande para sus fuerzas. Aunque sólo tenía cuarenta años, estaba gastado por los viajes y el trabajo, de suerte que murió poco después de llegar a Roma, en brazos de San Ignacio.

Pedro Favre dejó en su "Memorial" una descripción detallada de su propia vida espiritual durante un largo período, en el que anotó, casi día por día, las gracias que Dios le otorgaba, sobre todo en la misa. El párrafo que citamos a continuación es característico: "Un día fui al palacio a oír el sermón en la capilla del príncipe. Como el portero no me conocía, no me dejó entrar, de suerte que tuve que quedarme fuera. Entonces pensé cuántas veces en mi vida he dejado entrar en mi alma pensamientos vanos e imágenes pecaminosas y he cerrado la puerta a Jesús, que se quedaba llamando afuera. También pensé cuán mal recibe el mundo a Jesús y oré por mí y por el portero para que el Señor no nos haga esperar largo tiempo en el purgatorio antes de admitirnos en el cielo. Tuve igualmente otros muchos buenos pensamientos en esa ocasión, de suerte que quedé muy agradecido con el portero del que Dios se había valido para darme tanta devoción." Quien era capaz de sentimientos tan bondadosos no podía menos de oponerse al empleo de la violencia contra los protestantes y no concebía grandes esperanzas sobre las dietas y conferencias, demasiado formales. Ello no le impidió hablar personalmente con Bucer y Melancton y refutarles en las discusiones públicas, no sin gran fruto; pero

consideraba mucho más importante emplear la persuasión para convertir profundamente los corazones y llevarles de la mano a la enmienda de la vida y al redil de Cristo. A este propósito escribió: "Es necesario que quien desea ayudar a los herejes de la época actual los quiera y los ame realmente y desarraigue de su corazón todos los pensamientos y sentimientos que tenga contra ellos. El siguiente paso consiste en ganarse la buena voluntad y el afecto de los herejes, tratando y conversando con ellos sobre los puntos en que estamos de acuerdo con ellos y evitando cuidadosamente los puntos controvertidos que llevan al distanciamiento y las recriminaciones mutuas. El primer paso hay que darlo en el terreno de las cosas que nos unen y no en el de las que nos separan."

Simón Rodríguez confesaba que había en Favre un encanto y una bondad que jamás había visto en otro hombre: "No encuentro palabras para expresar el afecto encantador con que se ganaba la voluntad y el corazón de cuantos conocía para dirigirlos a Dios. Cuando Favre hablaba de las cosas divinas, parecía que tenía en sus labios la llave de los corazones, pues los movía y atraía poderosamente. Y sólo la reverencia con que las gentes escuchaban sus palabras, llenas de suave gravedad y firme virtud, igualaba el amor que sabía inspirar." El culto del Beato Pedro Favre fue confirmado en 1872.

Desde que los jesuitas españoles empezaron a publicar los *Monumenta Historica Societatis Jesu*, están al alcance de todos los lectores muchísimos documentos relacionados con los primeros compañeros de San Ignacio. En un volumen de casi mil páginas, titulado *Fabri Monumenta*, hay una edición crítica de las cartas y el *Memoriale* de Favre y de los documentos del proceso de beatificación; entre éstos se cuenta el "processus informativus", que se inició extraoficialmente en 1596 y fue ratificado en 1607 por el obispo de Ginebra, que era entonces San Francisco de Sales. Son muy numerosas las biografías modernas del beato. Citaremos la del P. Boero, la biografía francesa de A. Maurel, la alemana de R. Cornely, y la española del P. Maruri. Entre 1931 y 1935 se publicaron tres biografías en francés: la de F. Pochat-Baron, la de L. Buffet y la de G. Guitton.

2: NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA, Patrona de Bolivia (1588 p.c.)

LA PEQUEÑA población de Copacabana, cuyo nombre en el dulce lenguaje de los incas significa "lugar donde se mira la piedra azul", situada en una isla cercana a la costa del Lago de Titicaca, el más alto del mundo (3814 mts. sobre el nivel del mar), se enorgullece de poseer el magnífico santuario donde, desde hace siglos, se venera la imagen de Nuestra Señora de Copacabana, patrona de la nación y centro del culto religioso de Bolivia.

Durante los primeros años de la conquista, casi la totalidad de los habitantes se convirtió a la fe católica, sobre todo en las poblaciones situadas en torno al lago, donde los misioneros franciscanos predicaban el Evangelio y construían las primeras iglesias y capillas. Fue por entonces cuando un descendiente de los incas, llamado Tupac Yupanqui y bautizado con el nombre cristiano de Francisco, tuvo la idea de esculpir una estatua de la Madre de Dios, con la apariencia y la vestimenta de una "ñusta", es decir de una princesa incaica. Francisco Yupanqui puso toda su habilidad y su devoción

al servicio de su obra y obtuvo una imagen primorosa, de un metro de altura. El rostro de la Virgen y el del Niño Jesús que lleva en brazos, tienen una encantadora expresión de dulzura que inspira devoción. Sin embargo, cuando el indio presentó la imagen al obispo, fue mal acogido. Las autoridades eclesiásticas no creían que la Virgen hubiese escogido a un indígena para promover su culto en las nuevas tierras. Yupanqui no se desalentó: estofó la imágen con laminilla de oro, le pintó con esmalte elegantes dibujos en el manto y se dirigió al obispo de Charcas. Este dio plena satisfacción a los piadosos deseos del inca y se propuso difundir el culto a la hermosa estatua de la Virgen María.

Desde un principio y gracias al empeño del propio Francisco Yupanqui, así como a la colaboración del obispo, se erigió en la isla de Copacabana una iglesia para la Virgen María y, muy pronto, en torno al templo creció un pueblo. La veneración de indígenas, españoles, criollos y mestizos, se propagó de tal manera que su fama traspasó las fronteras, y sus templos y capillas se multiplicaron. Al ver aquello, el virrey del Perú, conde de Lemos, mandó que se edificara un suntuoso santuario en Copacabana, cuya primera piedra fue colocada a principios de 1608. Setenta años más tarde, la suntuosa construcción fue destruida por un incendio, pero aún no comenzaba el siglo XVIII, cuando las autoridades eclesiásticas y civiles, con la colaboración efectiva del rey de España y el Sumo Pontífice, emprendieron una activa campaña que dio por resultado el actual santuario de Copacabana. Es una enorme construcción que semeja una fortaleza medieval; tiene 75 metros de largo y sus torres alcanzan una altura de 35 metros. Pero lo más notable es la decoración interior del templo, su lujo exhuberante en plata, oro y joyas riquísimas.

Muchas otras advocaciones de la Virgen María son veneradas en Bolivia, pero Nuestra Señora de Copacabana es la que siempre ha concentrado la más amorosa devoción del pueblo, como lo demuestran las constantes peticiones para que se coronara a la imagen como reina del país. Las solicitudes fueron escuchadas por fin y, por un breve pontificio, el 2 de Agosto de 1925, en acto solemne que presenciaron las autoridades nacionales y eclesiásticas, Nuestra Señora de Copacabana fue coronada Reina de Bolivia y proclamada patrona de la República. Su fiesta se celebra el 2 de Agosto y, además de su santuario de Copacabana, tiene otros muy famosos en la ciudad de Lima, y Potosí, Perú; en Río de Janeiro, Brasil; en Panamá, en Quito, en Roma y en Madrid.

Los datos para este artículo, fueron tomados de *Maria, études sur la Sainte Vierge*, de Hubert du Manoir s. j. pp. 357-359 y de *Historia del Culto a María en Iberoamérica*, de R. Vargas Ugarte, s. j., pp. 688-690.

NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES, Patrona de Costa Rica (1636 p.c.)

En la fecha de hoy, la Iglesia universal festeja a la Virgen María en su invocación de Nuestra Señora de Los Angeles, pero en la República centroamericana de Costa Rica, la festividad tiene una significación muy especial, ya que, por decreto de la Asamblea Constituyente, la Virgen de Los Angeles fue proclamada Patrona Nacional de Costa Rica, como una respuesta justa

a la profunda devoción que el pueblo costarricense le ha profesado siempre.

En Cartago, una de las más importantes ciudades del país y que fue su capital hasta la primera mitad del siglo pasado, subsiste uno de los más celebrados santuarios de América Central, un edificio de estilo colonial hecho de piedra que se ve constantemente visitado por los fieles que acuden a postrarse ante la imagen, tallada en piedra, con el Niño Jesús en sus brazos y vestida a la usanza española, que tiene su historia inevitablemente mezclada con la leyenda.

Cuenta la tradición popular que, el 2 de agosto de 1636, una india anciana salió de la pobre choza en que habitaba en Cartago para recoger leña seca en el monte vecino, según era su costumbre. Aquel día, la anciana descubrió sobre una roca la graciosa imagen de la Virgen María con el Niño en brazos. Gratamente sorprendida por el hallazgo, se olvidó de la leña, envolvió la estatuilla en su chal y regresó de prisa a su choza para guardarla en una petaca de cuero, temerosa de que alguien la despojase de su tesoro. Al otro día, fue por leña al monte y quedó asombrada al ver sobre la misma roca la propia imagen que creía guardada en su casa. Repuesta de su estupor, volvió a llevarse consigo a la estatuilla y la ocultó con más cuidado; pero dos días más tarde, la Virgen estaba de nuevo sobre la roca del monte. Asustada entonces la india, se encaminó al poblado para relatar al señor cura lo que sucedía. A pedido del sacerdote, la anciana fue en busca de la imagen que quedó a buen resguardo en la casa cural.

Sucedió sin embargo, que la imagen desapareció también de la casa del párroco y fue hallada sobre la roca del monte. El reiterado suceso hizo que intervinieran en el asunto los frailes franciscanos de Cartago y las autoridades civiles, encabezadas por el gobernador. Cundió la noticia del singular acontecimiento, y las autoridades y el pueblo trasladaron la imagen, en solemne procesión, a la iglesia parroquial de Cartago. A los pocos días, la estatua desapareció de la iglesia y se la encontró de nuevo sobre la roca. Todos comprendieron entonces que la Virgen deseaba quedarse en aquel sitio y, con gran entusiasmo y verdadero celo, construyeron sobre la roca una enramada para proteger la efigie, y al mismo tiempo, empezaron a cavar los cimientos del futuro santuario. Este se edificó rápidamente, gracias a la efectiva colaboración de todo el pueblo que, dos años más tarde, pudo entronizar en él a su amada Virgencita, saludándola con el título de Nuestra Señora de Los Angeles, por haberse aparecido un 2 de agosto, día en que la Iglesia celebra a la Virgen de este nombre.

La devoción de los costarricenses por la Madre de Dios no se ha desmentido desde entonces. Al santuario acuden continuamente las peregrinaciones de millares de fieles a implorar su auxilio, y son incontables las gracias que reconocen haber recibido de sus manos. Así lo atestiguan la riqueza y la magnificencia que circundan el trono del altar mayor, donde está la bendita imagen bajo un dosel de joyas entre las que merecen citarse un pectoral de esmeraldas y una rica corona de oro y piedras finas.

En 1736, el obispo de la diócesis declaró festivo el día 2 de agosto y, en 1824, el primer Congreso de la República emitió un decreto por el que comunica que, "La Virgen de Los Angeles, Madre de Dios y Señora Nuestra, es y será en lo sucesivo Patrona del Estado de Costa Rica".

Para este artículo se ha consultado especialmente la *Historia del Culto de María en*

Iberoamérica, de R. Vargas Ugarte, s. j., pp. 314-316, así como *Maria, Etude sur la Sainte Vierge*, de Du Manoir, s. j., p. 302. Cf. también el folleto de *La Aparición de N.S. de Los Angeles*, editado en San José de Costa Rica (1830).

SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO, Obispo de Santa Agata dei Goti, Doctor de la Iglesia, Fundador de la Congregación del Santísimo Redentor (1787 p.c.)

San Alfonso nació cerca de Nápoles en 1696. Sus padres eran don José de Liguori, capitán de las galeras del rey, y Doña Ana Cavalieri. Ambos esposos eran tan distinguidos como virtuosos. El santo recibió en el bautismo los nombres de Alfonso María, Antonio, Juan Francisco, Cosme Damián, Miguel Gaspar; pero prefería que le llamasen simplemente Alfonso María. El padre de Alfonso, deseaba que su primogénito recibiese una educación muy esmerada y le nombró tutores desde muy niño. Empezó a estudiar jurisprudencia a los trece años y a los dieciséis, por privilegio especial, pudo presentar en la Universidad de Nápoles el examen de doctorado en derecho civil y canónico y obtuvo el título por aclamación. Una leyenda afirma que Alfonso no perdió un solo caso en los ocho años que ejerció la abogacía. En 1717, Don José arregló un matrimonio para su hijo, pero la boda no llegó a celebrarse. Alfonso siguió trabajando como hasta entonces. Durante un par de años, el joven se resfrió un tanto en su vida religiosa y concibió cierto gusto por la vida social, aunque conservó siempre el propósito de no cometer un solo pecado mortal. Alfonso era muy afecto a oír música en el teatro, pero además se presentaban ahí otros espectáculos indecorosos. Para evitarlos, como Alfonso era muy miope, le bastaba quitarse los anteojos cuando se levantaba el telón, oír la buena música y no ver el mal espectáculo. En la cuaresma de 1722 hizo un retiro en el convento de los lazaristas; ello y la recepción del sacramento de la confirmación en el otoño del mismo año, reavivaron su fervor, de suerte que, en la cuaresma del año siguiente, el joven hizo voto de virginidad y de abandonar el ejercicio de su profesión en cuanto comprendiese que Dios se lo pedía. Pocos meses más tarde, Dios manifestó claramente su voluntad.

Cierto noble napolitano había puesto pleito al gran duque de Toscana para obtener la posesión de una propiedad valuada en unos 300,000 dólares actuales. Una de las partes contendientes, probablemente el noble napolitano, solicitó los servicios de Alfonso, y el discurso que éste pronunció en favor de su cliente, impresionó mucho a la corte. Cuando Alfonso terminó su discurso, el abogado de su adversario se contentó con decirle: "Todo vuestro discurso ha sido inútil, porque no habéis mencionado el punto del que depende esencialmente la solución del caso". Alfonso le pidió la prueba de ello, y el abogado le tendió un documento que Alfonso había leído varias veces, pero sin caer en la cuenta del sentido del párrafo subrayado. La cuestión que se trataba de aclarar era si la propiedad estaba sujeta a la ley de Lombardía o a las capitulares de Anjou. Ahora bien, el párrafo mencionado por el abogado del adversario resolvía la cuestión contra el cliente de Alfonso. Este guardó silencio un momento y después declaró: "Me he equivocado. Tenéis razón y habéis ganado la causa". Dicho esto, abandonó la sala. A pesar de la indignación de su padre, Alfonso se negó a seguir en el ejercicio de su profesión y a contraer matrimonio. En dos ocasiones, mientras visitaba a los enfermos del

hospital de incurables, oyó una voz que le decía: "Abandona el mundo y entrégate a Mí". Alfonso se dirigió entonces a la iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia, puso su espada sobre el altar y pidió ser admitido en el oratorio. Don José hizo lo imposible por disuadir a su hijo, pero al fin, viéndole tan decidido, le dio permiso de que recibiese la ordenación sacerdotal, a condición de que abandonase el oratorio y fuese a vivir a su casa. Siguiendo el consejo del P. Pagano, su director de conciencia, que era oratoriano, Alfonso aceptó la condición.

Después de hacer los estudios sacerdotales en su casa, fue ordenado en 1726. Pasó los dos años siguientes en trabajos de misión en el reino de Nápoles, donde dejó huella. En los comienzos del siglo XVIII, se exageró en el púlpito la tendencia renacentista a la oratoria ampulosa y florida y, en el confesionario, el rigorismo jansenista. El padre Alfonso se rebeló contra ambas tendencias. Predicaba con tal sencillez, que alguien observó: "Es un placer escuchar vuestros sermones, porque os olvidáis de vos para predicar a Jesucristo". El santo decía más tarde a sus misioneros: "Emplead un estilo sencillo, pero trabajad a fondo vuestros sermones. Un sermón sin lógica resulta disperso y falto de gusto. Un sermón pomposo no llega a la masa. Por mi parte, puedo deciros que jamás he predicado un sermón que no pudiese entender la mujer más sencilla." El santo trataba a sus penitentes como almas que era necesario salvar y no como criminales que había que castigar para que volviesen al buen camino. Se dice que jamás rehusó la absolución a un penitente. Naturalmente, los métodos del padre Alfonso no agradaban a todos y no faltaba quien los mirase con suspicacia. El santo organizó en grupos a los "lazzaroni" de Nápoles para enseñarles la doctrina cristiana y la práctica de la virtud. En una ocasión, Alfonso reprendió a uno de los miembros porque ayunaba exageradamente, y a otro le dijo: "Dios quiere que comamos para vivir. Por consiguiente, cuando haya buena carne, comedla tranquilamente, pues os hará mucho bien." Los enemigos del santo se encargaron de desvirtuar esas palabras y transformar su sentido, afirmando que Alfonso se dedicaba a organizar la secta "de la buena carne" y que ello olía a epicureísmo, quietismo y otras herejías. Las autoridades civiles y eclesiásticas intervinieron en el asunto, arrestaron a algunas personas y obligaron a San Alfonso a explicarse. El arzobispo, después de oírle, le aconsejó únicamente que fuese más prudente: pero la secta "de la buena carne" siguió existiendo y se transformó, con el tiempo, en la gran Cofradía de las Capillas; sus miembros, que pertenecían a las clases trabajadoras, se reunían diariamente para orar en común y recibir instrucción en las capillas de la cofradía.

En 1729, a los treinta y tres años de edad, San Alfonso abandonó la casa paterna y pasó a ejercer el cargo de capellán en un seminario en que se preparaban los misioneros destinados a China. Ahí conoció a Tomás Falcoia, con el que pronto trabó amistad. Tomás era un sacerdote de la edad de Alfonso, que había consagrado su vida a fundar un instituto, según una visión que tuvo en Roma. Pero hasta entonces, sólo había conseguido establecer un convento de religiosas en Scala, cerca de Amalfi, donde las religiosas se regían por las reglas de las visitandinas. Una de ellas, llamada María Celeste, comunicó al P. Falcoia que había tenido una revelación de las reglas que debían gobernar a la congregación, y el joven sacerdote quedó muy impresionado al ver que dichas reglas coincidían exactamente con las que le habían

sido reveladas a él. San Alfonso empezó a interesarse en el asunto en 1730. Por la misma época, el P. Falcoia fue elegido obispo de Castellamare, lo que le permitió entrar de nuevo en contacto con las religiosas de Scala. Uno de los primeros actos de su episcopado fue invitar a Alfonso a predicar unos ejercicios a las religiosas. El hecho había de tener grandes consecuencias para todos.

San Alfonso predicó los ejercicios y aprovechó la ocasión para investigar, con la precisión de un abogado, el asunto de las visiones de María Celeste, hasta que llegó a la conclusión de que se trataba realmente de una revelación y no de una alucinación. Así pues, con la autorización del obispo de Scala y el consentimiento de las religiosas, les aconsejó que se atuviesen a las reglas de la revelación de María Celeste. El día de la Transfiguración de 1731, las religiosas vistieron el nuevo hábito, rojo y azul, y abrazaron la estricta clausura y la vida de penitencia. Tales fueron los comienzos de la Congregación de las Redentoristas, que todavía existen en algunos países. San Alfonso se había encargado de explicar y comentar los puntos oscuros de la regla. Mons. Falcoia le propuso entonces que fundase una congregación de misioneros que se dedicasen a trabajar entre los campesinos. El santo aceptó, a pesar de la violenta tempestad que suscitó la empresa. En 1732, se trasladó de Nápoles a Scala, después de haberse despedido, con detenimiento y tristeza, de su padre. En noviembre del mismo año, fundó la Congregación del Santísimo Redentor, cuya primera casa pertenecía al convento de las religiosas. La congregación contaba con nueve postulantes. San Alfonso era el superior inmediato, Mons. Falcoia tomó por su cuenta la dirección general. Pero casi inmediatamente surgieron dificultades, pues unos sostenían que San Alfonso era la suprema autoridad de la congregación y otros apoyaban la causa del obispo. En una palabra, la congregación se vio pronto dividida por el cisma. Por otra parte, María Celeste partió a Foggia a fundar un nuevo convento, de suerte que, al cabo de cinco meses, el santo se encontró sólo con un hermano coadjutor. Sin embargo, más tarde se presentaron otros candidatos, y San Alfonso estableció la sede de la congregación en una casa más grande. En 1733, los nuevos misioneros predicaron en Amalfi con gran éxito. En enero del año siguiente, fundó otra casa en Villa degli Schiavi y se dedicó a misionar ahí. San Alfonso es tan famoso como moralista, como escritor y como fundador de los Redentoristas que, con frecuencia, se olvida su brillante actuación como misionero popular. De 1726 a 1752, San Alfonso predicó con enorme éxito en todo el reino de Nápoles, particularmente en las regiones rurales. Su confesonario estaba siempre asediado y Alfonso convertía a los pecadores más endurecidos a la práctica de los sacramentos, reconciliaba a los enemigos y restablecía la paz en las familias. De San Alfonso heredaron sus hijos la costumbre de volver a los pueblos misionados algunos meses después de las prédicas para confirmar y consolidar el trabajo.

Pero las dificultades de la nueva congregación apenas habían comenzado. En el año de la fundación de Villa degli Schiavi, España reconquistó el reino de Nápoles. Carlos III, monarca absolutista si lo hubo, ocupaba el trono, y su primer ministro, el marqués Bernardo Tanucci, iba a ser durante toda su vida el gran enemigo de los Redentoristas. En 1737, un sacerdote poco honorable divulgó falsos rumores sobre los ocupantes de la casa de Villa degli Schiavi; algunos hombres armados atacaron a la comunidad y San Al-

fonso juzgó prudente suprimir esa fundación. Al año siguiente, se vio obligado a suprimir también la casa de Scala. Por otra parte, el cardenanal Spinelli, arzobispo de Nápoles, encomendó al santo la organización de una gran misión en toda su arquidiócesis. San Alfonso la organizó y predicó durante dos años, hasta que la muerte de Mons. Falcoia le permitió volver a ocuparse de su congregación. En el capítulo que fue convocado, San Alfonso fue elegido superior general; el mismo capítulo general se encargó de redactar las constituciones. Los misioneros así reorganizados fundaron varias casas en los años siguiente, a pesar de la oposición de las autoridades españolas. El regalismo estaba a la orden del día, y el anticlericalismo implacable de Tanucci era una espada que amenazaba constantemente la vida de la nueva congregación.

En 1748, San Alfonso publicó en Nápoles la primera edición de su "Teología Moral", en forma de comentario a la obra del P. Busenbaum, teólogo jesuita. La segunda edición, que fue propiamente la primera de la obra completa, apareció entre los años de 1753 y 1755. El Papa Benedicto XIV la aprobó y el éxito fue enorme, ya que San Alfonso trazaba con extraordinaria sabiduría el camino intermedio entre el rigorismo jansenista y el laxismo. Durante la vida del santo se publicaron siete ediciones más. No podemos exponer aquí, en detalle, la controversia sobre el "probabilismo", un sistema de teología moral relacionado con el nombre de San Alfonso, donde se sostiene que entre dos opiniones, de las cuales una afirma la existencia de una obligación y la otra la niega, es legítimo atenerse a la segunda, con tal de que sea sólidamente probable y aunque sea menos probable que la primera. En realidad, San Alfonso sostenía el "equiprobabilismo", que exige que las dos opiniones sean igualmente probables para que sea legítimo atenerse a la que niega la obligación; pero entre el probabilismo y el equiprobabilismo, apenas hay diferencia en la práctica. La Iglesia aprueba ambos sistemas, pero hay que hacer notar que el probabilismo es un principio práctico para los moralistas y no una regla de perfección para los cristianos. Con frecuencia, lo más perfecto y deseable consiste en seguir la opinión que afirma la existencia de la obligación. Se ha intentado atacar la doctrina de San Alfonso acerca de la mentira, pero, al afirmar que la mentira es intrínsecamente mala e ilícita, el santo no hacía sino repetir la doctrina ordinaria de la Iglesia. Los jansenistas habían acabado por introducir en el pueblo la costumbre de comulgar muy de vez en cuando, con el pretexto de estar mejor preparados para recibir ese altísimo sacramento, y habían considerado la devoción a la Santísima Virgen como una superstición. San Alfonso atacó ambos errores y defendió sobre todo la devoción a Nuestra Señora, con la publicación de "Las Glorias de María" (1750).

A partir de 1743, fecha de la muerte de Mons. Falcoia, San Alfonso desplegó una actividad increíble para guiar a su Congregación a través de los más peligrosos escollos, en el intento de obtener para ella la autorización regia; ayudaba a las almas, predicaba misiones en Nápoles y en Sicilia y escribía libros. Lo extraordinario era que aún encontraba tiempo para pintar y componer himnos y piezas musicales. Un prelado de Nápoles resumió la opinión popular en las siguientes palabras: "Si yo fuese Papa, le canonizaría sin hacer ningún proceso". El P. Mazzini escribía: "Cumplió de un modo perfectísimo el precepto divino de amar a Dios sobre todas las cosas, con todo su corazón y con todas sus fuerzas. Ello es patente a todos y particu-

larmente a mí, que pasé tantos años con él. El amor de Dios resplandecía en todos sus actos y palabras: en su manera de hablar de Dios, en su recogimiento, en la devoción con que oraba ante el Santísimo Sacramento y en su continuo ejercicio de la presencia divina." San Alfonso era estricto, pero a la vez tierno y compasivo. Como él mismo había sufrido de escrúpulos, sabía comprender a quienes los padecían. En el proceso de beatificación, el P. Cajone afirmó: "A mi modo de ver, su virtud característica era la pureza de intención. Trabajaba siempre y en todo, por Dios, olvidado de sí mismo. En cierta ocasión nos dijo: 'Por la gracia de Dios, jamás he tenido que confesarme de haber obrado por pasión. Tal vez sea porque no soy capaz de ver a fondo en mi conciencia, pero, en todo caso, nunca me he descubierto ese pecado con claridad suficiente para tener que confesarlo.' " Esto es verdaderamente extraordinario, si se tiene en cuenta que San Alfonso era un napolitano de temperamento apasionado y violento, que podía haber sido fácilmente presa de la ira, del orgullo y de la precipitación.

A los sesenta y cinco años, San Alfonso fue nombrado por el Papa Clemente XIII obispo de Santa Agata dei Goti, situada entre Benevento y Capua. El mensajero del Nuncio Apostólico se presentó en Nocera, saludó al santo con el título de Ilustrísimo Señor y le dio el documento en que se le anunciaba su nombramiento. San Alfonso, después de haberlo leído, lo devolvió con estas palabras: "Por favor, no volváis a llamarme Ilustrísimo Señor, porque eso me causaría la muerte." Pero el Papa no aceptó la renuncia, y el santo fue consagrado en la iglesia de la Minerva de Roma. Santa Agata era una diócesis pequeña. Tal vez era ésa su única cualidad. Había en ella 30,000 habitantes, diecisiete casas religiosas y cuatrocientos sacerdotes, de los que unos cuantos vivían confortablemente de las rentas de sus beneficios sin practicar los ministerios sacerdotales, y los otros no sólo eran negligentes, sino que positivamente vivían en el mal. Los fieles no eran mejores que sus pastores y la situación empeoraba de día en día. El nuevo obispo se estableció modestamente y organizó una gran misión. Para ello pidió ayuda a todas las congregaciones religiosas de Nápoles; la única que excluyó, con gran tacto y prudencia, fue la de los redentoristas. El santo sólo recomendó dos cosas a los misioneros: la sencillez en el púlpito y la caridad en el confesonario. Más tarde, dijo a un sacerdote que no seguía sus consejos: "Vuestro sermón me quitó el sueño toda la noche... Si lo que queríais era predicaros a vos y no a Jesucristo, no valía la pena venir desde Nápoles a Ariola." San Alfonso emprendió también la reforma del seminario y de la manera negligente de conceder los beneficios eclesiásticos. Algunos sacerdotes celebraban la misa en menos de quince minutos. San Alfonso los suspendió "ipso facto", a no ser que se corrigiesen, y escribió un conmovedor tratado sobre ese punto: "En el altar el sacerdote representa a Jesucristo, como dice San Cipriano. Pero muchos sacerdotes actuales, al celebrar la misa, parecen más bien saltimbanquis que se ganan la vida en la plaza pública. Lo más lamentable es que aun los religiosos, y los religiosos de órdenes reformadas, celebran la misa con tal prisa y mutilando tanto los ritos, que los mismos paganos quedarían escandalizados... Ver celebrar así el Santo Sacrificio es para perder la fe".

Algún tiempo después, se descargó sobre la diócesis de Santa Agata una terrible carestía, a la que siguió una epidemia de peste. San Alfonso había vaticinado esa calamidad desde hacía dos años, pero sin que nadie hiciese

algo por evitarla. Las gentes morían de hambre por millares. El santo vendió cuanto tenía, desde su coche de mulas hasta su anillo pastoral, para comprar grano. La Santa Sede le dio permiso de emplear los fondos de la diócesis, y San Alfonso contrajo deudas a diestra y siniestra para socorrer a los necesitados. Cuando la chusma pidió que se condenase a muerte al alcalde de Santa Agata, a quien se acusaba injustamente de almacenar el grano, San Alfonso hizo frente a la multitud, ofreció su propia vida a cambio de la del alcalde y, finalmente, consiguió apaciguar al populacho adelantándole la ración de los dos días siguientes. El santo obispo se mostró particularmente enérgico en la reforma de la moralidad pública. Trataba siempre de proceder con bondad al principio, pero, cuando no obtenía promesas serias de enmienda o las gentes no las cumplían, no vacilaba en recurrir a medidas más vigorosas y aun en solicitar la ayuda de las autoridades civiles. Naturalmente, eso le creó numerosos enemigos; más de una vez los personajes de alcurnia y las gentes contra las que el santo había instruido procesos, le amenazaron con matarle. Probablemente los tribunales exageraron algún tanto la costumbre de imponer el destierro a los pecadores públicos y privados que no se enmendaban, y seguramente que los obispos de las diócesis circundantes no encontraban gran consuelo en la opinión del obispo de Santa Agata, quien decía: "Cada obispo está obligado a velar por su propia diócesis. Cuando los que infringen la ley se vean en desgracia, arrojados de todas partes, sin techo y sin medios de subsistencia, entrarán en razón y abandonarán su vida de pecado".

En junio de 1767, San Alfonso sufrió un terrible ataque de reumatismo. La enfermedad se complicó rápidamente, de suerte que el santo recibió los últimos sacramentos, y la diócesis empezó a preparar sus funerales. Sin embargo, después de doce meses de enfermedad, Alfonso salió del peligro, aunque quedó para siempre con el cuello torcido, como lo muestran varias pinturas. Al principio tenía el cuello tan doblado, que la presión del mentón le abrió una llaga en el pecho y no podía celebrar la misa; gracias a la intervención de los cirujanos pudo levantar un tanto la cabeza, pero aun entonces el santo tenía que sentarse para comulgar. Además de los ataques lanzados contra su teología moral, San Alfonso tuvo que hacer frente a los que sostenían que la Congregación de los Redentoristas era simplemente una continuación de la Compañía de Jesús (que había sido suprimida en los dominios españoles en 1767). El proceso comenzó en 1770; trece años después, los tribunales dieron la razón a San Alfonso. Clemente XIV murió el 22 de septiembre de 1774.* Al año siguiente, San Alfonso pidió a Pío VI que le permitiese renunciar al gobierno de su sede. Aunque Clemente XIII y Clemente XIV habían negado al santo ese permiso, Pío VI, teniendo en cuenta los efectos de la fiebre reumática, se lo concedió finalmente. San Alfonso se retiró entonces a la casa de los redentoristas en Nocera, con la esperanza de acabar tranquilamente sus días.

Pero Dios lo dispuso de otro modo. En 1777, las redentoristas fueron atacados de nuevo; San Alfonso decidió entonces hacer otro esfuerzo por

* Al terminar de celebrar la misa el día 21, San Alfonso se desmayó y estuvo inconsciente durante veinticuatro horas. Cuando volvió en sí, dijo a los presentes: "Fui a asistir al Papa, que acaba de morir." Algunos autores interpretan este hecho como un caso de bilocación; pero probablemente se trata simplemente de una visión, a la que por lo demás no se dio mucha importancia en el proceso de beatificación.

conseguir la aprobación real de la congregación, que contaba ya con cuatro casas en los Estados Pontificios, además de las cuatro casas de Nápoles y Sicilia. Lo que sucedió fue una verdadera tragedia. De acuerdo con el consejo de Mons. Testa, capellán del rey, San Alfonso había suprimido las cláusulas referentes a la propiedad en común. Por su parte, Mons. Testa se había comprometido a presentar al rey el texto exacto de la solicitud de San Alfonso. Pero Mons. Testa, en vez de cumplir su palabra, alteró las constituciones en varios puntos vitales y aun suprimió los votos de religión de los miembros de la congregación. Después de ganar a su causa a uno de los consejeros de la congregación, el P. Majone, Mons. Testa presentó el nuevo texto a San Alfonso, pero escrito con letra muy pequeña y con muchas tachaduras. El santo, que estaba ya muy viejo, sordo y medio ciego, firmó el documento después de leer las primeras líneas, que conocía de memoria. Aun el mismo vicario general de San Alfonso, el P. Andrés Villani, parece haber participado en la conspiración, probablemente por miedo. El rey aprobó íntegramente el documento, que por el mismo hecho adquirió fuerza de ley. Cuando se leyeron a los redentoristas las nuevas constituciones, estalló la tempestad. Los miembros de la congregación dijeron al santo: "Habéis destruido la congregación que habíais fundado". San Alfonso dijo al P. Villani: "Jamás imaginé que podríais traicionarme en esa forma" y se reprochó su propia debilidad y negligencia: "Yo hubiese debido leer el documento; pero bien sabéis cuán difícil me es leer aun unas cuantas líneas." Negarse a aceptar las constituciones aprobadas por el rey equivalía a la supresión de la congregación; aceptarlas, acarreaba forzosamente una sentencia de supresión por parte de la Santa Sede, que había aprobado las reglas en su forma original. San Alfonso llamó a todas las puertas para evitar la catástrofe, pero todo resultó en vano. El santo hubiese querido ir a consultar al Sumo Pontífice, pero no podía hacerlo, porque los redentoristas de los Estados Pontificios habían apelado ya al Papa contra las nuevas constituciones y se habían puesto bajo su protección. Pío VI les prohibió aceptar las constituciones aprobadas por el rey y suprimió la jurisdicción de San Alfonso sobre ellos; tomando provisionalmente a los redentoristas de los Estados Pontificios por los únicos redentoristas legítimos, Pío VI nombró superior general al padre Francisco de Paula. En 1781, los redentoristas de Nápoles aceptaron las constituciones, después de lograr que el rey las modificase ligeramente. Pero la Santa Sede, que juzgó inadmisibles dichas constituciones, hizo definitiva la supresión de la jurisdicción de San Alfonso, de suerte que el santo se vio excluido de la Congregación que había fundado.

El santo llevó con increíble paciencia la humillación que le había infligido una autoridad que él amaba y respetaba tanto y vio la voluntad de Dios en aquella medida de la Santa Sede, que aparentemente ponía fin a todas las esperanzas que había acariciado. Pero Dios le reservaba una prueba todavía más dura. Entre los años de 1784 y 1785, el santo atravesó por un terrible período de "noche oscura del alma", durante el cual sufrió tentaciones contra todos los artículos de la fe, todas las virtudes y se vio abrumado por los escrúpulos, vanos temores y alucinaciones diabólicas. La tortura duró dieciocho meses, con algunos intervalos de luz y reposo. A ello siguió un período de éxtasis muy frecuentes, en el que las profecías y milagros sustituyeron a los escrúpulos y tentaciones. El santo murió apaciblemente en la noche del 31

de julio al 1º de agosto de 1787, dos meses antes de cumplir noventa y un años. Pío VI, el Pontífice que por error, le había condenado, decretó en 1796 la introducción de la causa de beatificación de Alfonso María de Ligorio. La beatificación tuvo lugar en 1816 y la canonización en 1839. San Alfonso fue proclamado Doctor de la Iglesia en 1871. El santo había predicho que la Congregación de los Redentoristas había de extenderse y prosperar en los Estados Pontificios y que la reunión con las casas del reino de Nápoles se efectuaría poco después de su muerte. Sus profecías se cumplieron. En 1785, San Clemente Hofbauer fundó la primera casa de la congregación más allá de los Alpes y, en 1793, el gobierno de Nápoles reconoció las constituciones originales de los redentoristas y la unión se llevó a cabo. Los redentoristas se hallan establecidos actualmente en Europa, en los Estados Unidos y en algunos otros países.

La primera biografía importante de San Alfonso fue la que escribió su amigo e hijo espiriutal, el P. Tannoia (3 vols., Nápoles, 1798-1802). En la obra del P. Castle hay una crítica muy pertinente de la obra del P. Tannoia (vol. II, pp. 904-905). Las biografías del cardenal Villecourt (1864) y del cardenal Capecelatro (1892) presentan pocos datos nuevos; en cambio, la biografía que escribió en alemán el P. K. Dilgskron (1887) se apoyaba en muchos documentos inéditos y corregía los errores de muchos de los anteriores biógrafos. Sin embargo, la biografía más completa es la que escribió en francés el P. Berthe (1900); el traductor inglés, P. Harold Castle, la corrigió y mejoró en muchos puntos (2 vols., 1905). En 1939, se publicó una edición abreviada de la obra del P. Berthe en francés. D. F. Miller y L. X. Aubin publicaron en Canadá una biografía muy al día (1940). Existen muchas obras de menor importancia, que estudian puntos particulares de la vida del santo. Acerca de la cuestión del Probabilismo y el Equiprobabilismo hay que mencionar dos obras: *Vindiciae Alphonsianae* (1873) y *Vindiciae Bellarminianae* (1873). Sobre la doctrina espiritual de San Alfonso, cf. P. Pourrat, *La spiritualité chrétienne* (1947), pp. 449-491. Véase también la obra exhaustiva de R. Tellería, *San Alfonso M. de Ligorio* (2 vols., 1950-1951).

SAN ESTEBAN I, PAPA (257 P.C.)

SAN ESTEBAN nació en Roma. Cuando sucedió al Papa San Lucio I, era ya sacerdote. Poseemos muy pocos datos sobre él y casi todos provienen de los escritos de sus enemigos. El acontecimiento más importante de su pontificado fue la controversia sobre la validez del bautismo administrado por los herejes. San Cipriano y los obispos africanos sostenían que tal bautismo era inválido y que debía administrarse nuevamente el sacramento cuando un hereje se convertía al catolicismo. Muchos obispos de Asia se inclinaban también por esa opinión. San Esteban sostuvo la validez del bautismo de los herejes, cuando éstos empleaban la fórmula prescrita por la Iglesia. Firmiliano de Cesarea de Capadocia atacó por ello muy duramente al Pontífice. Tanto San Cipriano como San Esteban se dejaron llevar por la impaciencia en la controversia. San Esteban declaró: "Guardémonos de introducir innovaciones en la tradición que hemos recibido" y se negó a recibir a los delegados africanos que sostenían a San Cipriano. El santo Pontífice llegó hasta a amenzar de excomunión a los defensores de la opinión contraria; sin embargo, como escribe San Agustín, "lleno de la compasión que es fruto de la caridad, juzgó más prudente mantener la unión, y la paz de Cristo triunfó en los corazones." Desgraciadamente no se llegó a resolver entonces la cuestión.

La persecución de Valeriano comenzó el año de la muerte de San Esteban. Un escrito popular narra el martirio del santo Pontífice. Sin embargo, es muy difícil probar que haya sido realmente mártir, pues los datos antiguos de importancia no dicen ni una palabra sobre ello y la primitiva tradición romana afirmaba que el santo había muerto en su lecho.

En su edición del *Liber Pontificalis* y en su obra, *Histoire ancienne de l'Eglise* (vol. I, pp. 419-432), Mons. Duchesne dilucida muchos puntos de interés. Las fuentes principales son la *Hist. Eccles.* de Eusebio, y las cartas de San Cipriano, Firmiliano y San Dionisio de Alejandría. F. C. Conybeare descubrió en un documento armenio un amplio fragmento de una carta de Dionisio a San Esteban, y lo publicó en *English Historical Review*, vol. XXV (1910), pp. 111-113. Ver también DTC., vol. V, cc. 970-973; CMH., pp. 412-413; *Acta Sanctorum*, agosto, vol. I.

SANTA TEODOTA, MÁRTIR (¿304 ? P.C.)

SANTA TEÓDOTA, de la que el Martirologio Romano hace mención en este día, era una noble dama de Nicea. Según las "actas" de la santa, que carecen de valor, el prefecto Leucacio intentó casarse con ella, pero al rehusar Teódota, el prefecto la denunció, lo mismo que a sus tres hijos, ante Nicecio, procónsul de Bitinia. La persecución de Diocleciano estaba entonces en todo su furor. Nicecio preguntó a Teódota si ella había enseñado a sus hijos la falsa religión que practicaban. Teódota replicó que no era una religión falsa ni nueva. Nicecio exclamó: "¿Acaso quieres decir que tus antepasados conocían ya tales doctrinas?" Evodio, el hijo mayor de Teódota, intervino entonces, diciendo: "Nuestros antepasados estaban equivocados, pero no porque Dios no hubiese revelado la Verdad, sino porque se cegaban voluntariamente y se precipitaban en el error. Pero nosotros estamos decididos a seguir a nuestra madre." Nicecio replicó: "Vuestra madre va a ofrecer sacrificios a los dioses, a querer o no". En seguida, dirigiéndose a Teódota, le echó en cara la valiente respuesta de su hijo y la exhortó a sacrificar a los dioses para salvar la vida de sus hijos. Como no lograse persuadirla, Nicecio condenó finalmente a los cuatro mártires a morir por el fuego.

Aunque los textos griego y latino de las pretendidas "actas" carecen de valor, existen razones para creer que el martirio de Santa Teódota y sus hijos tuvo lugar realmente. El "breviarium" sirio, de principios del siglo V, menciona a "los hijos de Teódota" y sitúa su martirio el 2 de septiembre. Probablemente esa fecha es la verdadera, aunque el *Hieronymianum*, seguido por el Martirologio Romano, afirma erróneamente que el martirio se llevó a cabo el 2 de agosto.

Véase Delehaye, CMH., pp. 412-414, y *Analecta Bollandiana*, vol. LV (1937), pp. 201 ss.

3: LA INVENCION DE SAN ESTEBAN (415 P.C.)

LA IGLESIA instituyó esta segunda fiesta del protomártir San Esteban para conmemorar el descubrimiento de sus reliquias, junto con las de Gamaliel, Nicodemo y Abibo. El descubrimiento lo llevó a cabo el sacerdote Luciano, en Gamala de Palestina, en diciembre del año 415. Según el relato que se atribuye a Luciano, en un sueño o visión que tuvieron él

y el monje Migecio, les fue revelado el sitio en que se hallaban las reliquias. Alban Butler narra los hechos con cierto detalle, pero no vamos a reproducir aquí su relato, ya que no añade nada a lo que sabemos acerca de San Esteban, y los eruditos se inclinan, cada vez más, a excluir la hipótesis de la revelación sobrenatural de Luciano y Migecio. El P. Delehaye y otros autores suponen que el descubrimiento fue obra de la casualidad y que Luciano lo "dramatizó" algunos años más tarde, de acuerdo con la costumbre de la hagiografía de la época.

Las reliquias fueron distribuidas por todo el mundo, lo que contribuyó mucho, directa e indirectamente, a propagar el culto de San Esteban. Dios obró numerosos milagros por la intercesión del protomártir. San Evodio, obispo de Uzalum, en Africa y San Agustín, nos dejaron la descripción de muchos de esos milagros. San Agustín dijo en un sermón: "Bien está que deseemos obtener por su intercesión los bienes temporales, de suerte que, imitando al mártir, consigamos finalmente los bienes eternos." Ciertamente, Dios no se hizo hombre para remediar los males temporales, pero, a pesar de ello, durante su vida mortal sanó a los enfermos, libró a los posesos y socorrió a los miserables, a fin de darnos una prueba sensible de su poder divino y una señal de que había venido a librarnos de las enfermedades espirituales.

Por un Motu Proprio de Juan XXIII, fechado el 25 de julio de 1960, esta fiesta fue suprimida del Calendario Romano.

El texto más fidedigno de la narración de Luciano es la traducción latina hecha por Avitus. Puede verse, por ejemplo, en las obras de San Agustín (Migne, PL., vol. XLI, cc. 805-816). Existen también traducciones en griego, sirio, armenio y antiguo eslavo. Luciano cuenta la historia del descubrimiento de las reliquias; en los años 1900-1908 se discutió mucho acerca de los sitios de Jerusalén que cita Luciano. Cf. *Revue de l'Orient chrétien*, vol. XXX; y el artículo del P. Peeters en *Analecta Bollandiana*, vol. XXVII (1908), pp. 359-368. Ver también F. M. Abel, *La légende apocryphe de S. Etienne* (1931), y H. Delehaye, *Origines du culte des martyrs* (1933), pp. 80-82. Acerca de los milagros de Uzalum, cf. Delehaye, *Analecta Bollandiana*, vol. XLIII (1925), pp. 74-85. Sobre la razón por la que se conmemora el descubrimiento el 3 de agosto, cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XLIX (1931), pp. 22-30. En DAC, vol. V, cc. 624-671, hay un artículo muy completo de H. Leclercq, con abundantes referencias. La comisión nombrada por Benedicto XIV había propuesto ya que se suprimiese esta fiesta.

SAN PEDRO JULIAN EYMARD, FUNDADOR DE LOS SACERDOTES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (1868 P.C.)

PEDRO JULIÁN nació en 1811 en la Mure d'Isère, pueblecito de la diócesis de Grénoble. Su padre era un fabricante de cuchillos. El muchacho trabajó algún tiempo con él, y más tarde, en una prensa de aceite, hasta cumplir los dieciocho años. En las horas de descanso, estudiaba el latín y recibía lecciones de un sacerdote de Grénoble, en cuya casa trabajó algún tiempo. En 1831, ingresó en el seminario de Grénoble, donde recibió la ordenación sacerdotal tres años después. Pasó sus primeros cinco años de ministerio parroquial en Chatte y Monteynard. Su obispo, Mons. de Bruillard, expresó perfectamente lo que los fieles pensaban del P. Eymard, cuando éste le pidió permiso de ingresar en la congregación de los maristas: "La mejor prueba de estima que puedo dar a esa congregación, es permitir a un sacerdote como

vos ingresar en ella." Cuando terminó el noviciado, Pedro Julián fue nombrado director espiritual del seminario menor de Belley. En 1845 fue elegido provincial de Lyon. La devoción al Santísimo Sacramento había sido siempre el centro de su vida espiritual. "Sin El", decía el santo, "perdería yo mi alma." Durante una procesión del Corpus, mientras llevaba en sus manos al Santísimo Sacramento, tuvo una experiencia extraordinaria que relata así: "Mi alma se inundó de fe y de amor por Jesús en el Santísimo Sacramento. Las dos horas pasaron como un instante. Puse a los pies del Señor a la Iglesia de Francia, al mundo entero, a mí mismo. Mis ojos estaban llenos de lágrimas, como si mi corazón fuese un lagar. Hubiese yo querido en ese momento que todos los corazones estuvieran con el mío y se incendiaran con un celo como el de San Pablo."

En 1851, el P. Eymard hizo una peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Fourvières: "Me obsesionaba la idea de que no hubiese ninguna congregación consagrada a glorificar al Santísimo Sacramento, con una dedicación total. Debía existir esa congregación . . . Entonces prometí a María trabajar con ese objeto. Se trataba aún de un plan muy vago y no me pasaba por la cabeza abandonar la Compañía de María . . . ¡Qué horas tan maravillosas pasé ahí!". Los superiores le aconsejaron que difiriese la ejecución de sus proyectos, hasta que estuviesen perfectamente maduros. El sacerdote pasó cuatro años en La Seyne. Alentado por Pío IX y por el Venerable Juan Colin, fundador de los maristas, determinó finalmente salir de la Compañía de María para fundar la nueva congregación. En 1856, con la aprobación del superior general de los maristas, presentó a Mons. de Sibour, arzobispo de París, su plan de fundar una congregación de sacerdotes adoradores del Santísimo Sacramento. Al cabo de doce días de angustiosa espera, recibió la aprobación de Mons. Sibour, quien puso a su disposición una casa. En ella se instaló Pedro Julián con su primer compañero. El 6 de enero de 1857 expuso por primera vez en la capilla de la casa al Santísimo Sacramento y predicó a un nutrido auditorio.

Los primeros miembros de la Congregación del Santísimo Sacramento fueron los PP. de Cuers y Champion. La exposición del Santísimo tenía lugar tres veces por semana. Los progresos fueron lentos: muchos eran los llamados, pero pocos los escogidos, y las dificultades abundaban. Los miembros de la congregación se vieron obligados a cambiar de domicilio. En 1858 consiguieron una capillita en el suburbio de Saint-Jacques. Dios derramó ahí sus gracias con tal intensidad durante nueve años, que el P. Eymard solía llamar ese sitio "la capilla de los milagros". El siguiente año, Pío IX emitió un breve en alabanza de la congregación. Se inauguró la segunda casa en Marsella. En 1862 se abrió la tercera casa en Angers. Ya había entonces bastantes miembros para establecer un noviciado regular, y la congregación empezó a extenderse rápidamente. Los sacerdotes rezan el oficio divino en coro y ejercen los ministerios pastorales; su principal fin es la adoración del Santísimo Sacramento, en la cual los ayudan los hermanos legos. En 1852, el P. Eymard fundó la congregación de las Siervas del Santísimo Sacramento, dedicadas a la adoración perpetua y a propagar el amor del Señor. También fundó la Liga Eucarística Sacerdotal, cuyos miembros se comprometen a pasar diariamente una hora en oración ante el Santísimo. Pero el P. Eymard no se limitó a trabajar entre los sacerdotes y religiosos. Así, fundó la "Obra de Adultos" destinada a preparar para la primera comunión a los hombres y mujeres que, por razón de la edad o del trabajo, no podían asistir al catecismo parroquial, organizó

la Archicofradía del Santísimo Sacramento tan estimada por la Iglesia, que el derecho canónico ordena que se establezca en todas las parroquias. Como si todo ello fuese poco, el santo escribió varias obras sobre la Eucaristía, que han sido traducidas a diversos idiomas.

Una de las mayores dificultades con que tuvo que enfrentarse el P. Eymard fueron las críticas que se le hicieron al principio, por abandonar la Compañía de María, ya que sus detractores se oponían a la fundación de la nueva obra. El santo solía excusarles: "No comprenden la obra y creen que hacen bien en oponerse a ella. Ya sabía yo que la obra iba a ser perseguida. ¿Acaso el Señor no fue perseguido durante su vida?" Hubo además otras dificultades y decepciones; pero la Santa Sede aprobó finalmente la congregación en vida de su fundador, según lo dijimos antes y la confirmó "in perpetuum" en 1895. El P. Eymard poseía un espíritu de piedad muy comunicativo. Siempre que iba a La Mure, hacía tres "visitas": una a la pila en que había sido bautizado, otra al altar en que había recibido la primera comunión y otra a la tumba de sus padres. En 1867 escribía: "Durante años había acariciado la ilusión de visitar mis queridas regiones de Chatte y Saint-Romans", que fueron el escenario de sus primeros ministerios. Las gentes consideraban al P. Eymard como un santo y, en realidad, su santidad se mostraba en todo: en su vida diaria, en sus virtudes, en sus obras, en sus dones sobrenaturales. En varias ocasiones adivinó los pensamientos de personas ausentes; con frecuencia leía en los corazones y, más de una vez, tuvo visiones proféticas. San Juan Bautista Vianney, quien le conoció personalmente, dijo de él: "Es un santo. El mundo se opone a su obra porque no la conoce, pero se trata de una empresa que logrará grandes cosas por la gloria de Dios. ¡Adoración sacerdotal, qué maravilla! ... Decid al P. Eymard que pediré diariamente por su obra".

Durante los últimos cuatro años de su vida, a San Pedro Julián le aquejó una gota reumática, padeció de insomnios, y a sus sufrimientos se añadieron enormes dificultades exteriores. Por una vez, dejó ver el desaliento que le asaltaba. El P. Mayet escribió en 1868: "Nos abrió su corazón y nos dijo: 'Estoy abrumado bajo el peso de la cruz, aniquilado, deshecho'. Necesitaba el consuelo de un amigo, ya que, según nos explicó: 'Tengo que llevar la cruz totalmente solo para no asustar o desalentar a mis hermanos'". Tenía ya el presentimiento de su próxima muerte; así, cuando su hermana le rogó que volviese con mayor frecuencia a La Mure, replicó: "Volveré más pronto de lo que imaginas". La conversación tuvo lugar en febrero. El P. Eymard fue a visitar a sus amigos y penitentes, hablándoles como si fuese la última vez que los veía. En julio, viendo aproximarse el desenlace, su médico le ordenó que saliese de París inmediatamente. El 21 de ese mes el padre Eymard salió de Grénoble rumbo a La Mure. El día era muy caluroso y, cuando llegó a su destino casi había perdido el conocimiento y sufría un ataque de parálisis parcial. Su muerte ocurrió el 1º de agosto. Antes del fin de ese año se habían realizado ya varios milagros en su tumba. Su beatificación tuvo lugar en 1925 y fue canonizado por Su Santidad Juan XXIII el 9 de diciembre de 1962.

Lady Herbert, *The Priest of the Eucharist* (1898), constituye un breve esbozo biográfico. En la colección *Les Saints* (1925) hay una excelente biografía, escrita por J. M. Lambert. También son muy completas la biografía francesa de F. Trochu (1949) y la italiana de P. Fossati (1925). Cf. A Bettinger, *Pierre Julien Eymard et sa méthode d'adoration* (1927).

BEATO AGUSTIN, OBISPO DE LUCERA (1323 P.C.)

AGUSTÍN GAZOTIC nació en Trogir, ciudad de la Dalmacia, hacia el año 1260. Tomó el hábito de los frailes predicadores antes de cumplir los veinte años. Después de la profesión, fue enviado a estudiar en la Universidad de París. Durante el viaje a la ciudad, estuvo a punto de perecer, ya que al cruzar por el distrito de Pavía, Agustín y su compañero, el hermano Jaime, fueron víctimas de un asalto. Los bandoleros dieron muerte al hermano Jaime y Agustín recibió heridas de las que tardó varias semanas en reponerse. El beato predicó con gran fruto a sus compatriotas. También fundó en su patria varios conventos de su orden, a los que dio por lema las palabras de San Agustín: "Desde que estoy al servicio de Dios no he conocido hombres más buenos que los monjes que viven santamente, pero tampoco he conocido hombres más malos que los monjes que no viven como debieran". Después de predicar en Bosnia e Italia numerosas misiones, en las que demostró su gran caridad y prudencia, fue enviado a trabajar en Hungría, donde las constantes guerras civiles habían sembrado la miseria material y moral. Ahí conoció al cardenal Nicolás Boccasini, legado pontificio, quien sería más tarde Papa con el nombre de Benedicto XI. Cuando el cardenal Boccasini ciñó la tiara, en 1303, mandó llamar al Beato Agustín y le consagró obispo de Zagreb, en Croacia.

El clero y toda la diócesis de Zagreb necesitaban urgentemente una reforma. El beato reunió varios sínodos disciplinares, cuyos cánones puso en ejecución en frecuentes visitas pastorales y fomentó las ciencias sagradas y el estudio de la Biblia mediante la fundación de un convento de la Orden de Santo Domingo. Además, asistió al Concilio ecuménico de Vienne (1311-12). A su retorno, sufrió la persecución del gobernador de Dalmacia, Miladino, contra cuya tiranía y exacciones había protestado. El beato poseía en grado extraordinario el don de curar a los enfermos. Según se dice, curó el reumatismo de las manos que aquejaba a Benedicto XI cuando éste le confirió la consagración episcopal. También se cuenta una divertida historia acerca del modo como trató de deshacerse de quienes acudían a él para que los curase: después de plantar un limonero, dijo a las gentes que las hojas de ese árbol poseían más propiedades curativas que sus manos. Dios y los cristianos le tomaron la palabra y aun los turcos respetaron el árbol milagroso cuando invadieron la región.

Tras de regir durante catorce años la diócesis de Zagreb, el beato fue trasladado a la sede de Lucera en la provincia de Benevento. Ahí trabajó con todas sus fuerzas por desarraigar la corrupción moral y religiosa que los sarracenos habían dejado tras de sí. Casi todos los musulmanes que quedaban en la ciudad, en 1300, se convirtieron de golpe. El rey Roberto de Nápoles le apoyó ardientemente y dotó a un convento de dominicos quienes colaboraron celosamente con su obispo, de manera que en cinco años, se produjo un cambio radical en la región. Desde los miembros de la familia real hasta el último de los fieles, todos veneraban al Beato Agustín. Su muerte ocurrió el 3 de agosto de 1323. Su culto fue oficialmente confirmado en 1702.

La principal fuente es una biografía latina escrita apenas en el siglo XVII por Tomás Marnavic, obispo de Bosnia. Dicho autor afirma que el apellido del beato era Gazottus. La obra puede verse en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. I. Cf. igualmente Taurisano, *Catalogus Hagiographicus, O.P.*, pp. 27-28, quien cita entre otros a Mortier, *Maîtres Géné-*

raux O.P., vol. IV, pp. 461-467; sin embargo, esas páginas de Mortier no se refieren al Beato Agustín, sino a otro Agustín de Zagreb, que vivió en el siglo siguiente.

4: SANTO DOMINGO, Fundador de la Orden de Predicadores (1221 p.c.)

SANTO DOMINGO nació a principios de 1171 en Calaroga, población de Castilla que entonces se llamaba Calaruega. No sabemos nada de cierto sobre su padre, aparte de que llevaba el nombre de Félix y que, al parecer, pertenecía a la familia de Guzmán. La madre de Santo Domingo fue la Beata Juana de Aza. Los pocos detalles que conocemos sobre su nacimiento y su infancia pueden verse en el artículo que consagramos a la Beata Juana de Aza el día 8 de este mes. A los catorce años, Domingo partió de la casa de su tío, que era arcipreste de Gumiel de Izán, e ingresó en la escuela de Palencia. Era todavía estudiante cuando se le nombró canónigo de la catedral de Osma y, después de su ordenación, se consagró al cumplimiento de sus deberes de canónigo. El capítulo vivía en comunidad, bajo la regla de San Agustín y su regularidad y observancia fueron un magnífico ejemplar para el joven sacerdote. A lo que parece, Domingo vivió ahí sin distinguirse en nada de los otros canónigos, ejercitándose en la virtud y preparándose para la tarea que Dios le tenía reservada. Rara vez salía de la casa de los canónigos, y pasaba la mayor parte del tiempo en la iglesia, "llorando los pecados ajenos y leyendo y practicando los consejos que da Casiano en sus *Conferencias*". Cuando Diego de Acevedo fue elegido obispo de Osma hacia el año de 1201, Domingo le sucedió en el cargo de prior del capítulo. Tenía entonces treinta y un años y había practicado la vida contemplativa a la que acabamos de referirnos durante seis o siete años. En 1204 terminó ese período y el joven hizo su aparición en el mundo en forma inesperada.

Aquel año, Alfonso IX de Castilla envió al obispo de Osma a Dinamarca a negociar el matrimonio de su hijo y el prelado llevó consigo a Domingo. De camino a Dinamarca, los viajeros atravesaron el Languedoc, donde se había difundido mucho la herejía de los albigenses. En Toulouse se alojaron en casa de un albigense. Lleno de compasión por su huésped, Domingo pasó toda la noche en discusión con él y, a la salida del sol, el hombre había recuperado la fe y abjurado de sus errores. La mayoría de los autores suponen que en ese instante Domingo comprendió lo que Dios quería de él. Al regresar de Dinamarca, el obispo y Domingo fueron a Roma a pedir a Inocencio III que los enviase a predicar el Evangelio a los cumanos en Rusia. El Pontífice, que supo apreciar el celo y la virtud de los misioneros, los exhortó para que consagraran sus esfuerzos a luchar dentro de la cristiandad por desarraigar la herejía. Domingo y el obispo pasaron después por Cîteaux, a cuyos monjes había encargado el Papa especialmente que lucharan contra los albigenses. En Montpellier se reunieron con el abad de Cîteaux y otros dos monjes, Pedro de Castelnau y Raúl de Fontefroide, que habían trabajado en la misión del Languedoc. Diego y Domingo cayeron entonces en la cuenta de que todos los esfuerzos hechos hasta entonces por desarraigar la herejía habían resultado inútiles.

El sistema albigense se basaba en el dualismo del bien y el mal. A este

último principio, opuesto al bien, pertenecía la materia y todo lo material. Por consiguiente, los albigenses negaban la realidad de la Encarnación y rechazaban los sacramentos; la perfección exigía que el hombre renunciase a la procreación, comiese y bebiese lo menos posible y el suicidio era cosa laudable. Naturalmente, la mayoría de los albigenses no practicaban estrictamente su doctrina, pero el reducido círculo de los "perfectos" vivía en una pureza heroica y su proceder ascético contrastaba con la vida fácil de los monjes cistercienses. En aquellas circunstancias resultaba inútil tratar de convertir a los herejes mediante el empleo razonable de las cosas materiales, ya que el pueblo seguía instintivamente a quienes llevaban una vida heroica, que no eran ciertamente los predicadores cistercienses. Viendo esto, Santo Domingo y el obispo de Osma exhortaron a los cistercienses a imitar el ejemplo de los herejes, a no viajar a caballo, a no alojarse en las mejores hosterías y a despedir a los criados que tenían a su servicio. Una vez que consiguiesen hacerse oír del pueblo, a causa de su vida de penitencia, deberían emplear las armas de la persuasión y la discusión en vez de las amenazas. La tarea era tanto más difícil, cuanto que el albigenismo constituía una religión nueva más bien que una herejía originada en el cristianismo y su forma más avanzada amenazaba la existencia misma de la sociedad humana. Santo Domingo estaba persuadido de que era posible oponer un dique al albigenismo, y Dios quiso valerse de su predicación como instrumento para hacer penetrar su gracia en el corazón de numerosos herejes.

Santo Domingo no se contentó con predicar a otros el ejemplo, sino que lo dio él mismo. Así pues, organizó una serie de conversaciones con los herejes, que hicieron algún efecto en el pueblo, pero no entre los jefes de la herejía. El obispo de Osma volvió poco después a su diócesis, en tanto que su compañero se quedaba en Francia, pero antes de que partiese el prelado, Santo Domingo había dado ya el primer paso para fundar la orden que estaba destinada a marcar el alto al albigenismo. Había observado que las mujeres desempeñaban un papel muy importante en la difusión de la herejía y que las jóvenes, después de recibir en su casa los principios de la mala doctrina, iban a proseguir su educación en conventos albigenses. En 1206, el día de la fiesta de Santa María Magdalena, Santo Domingo recibió una señal del cielo y, en menos de seis meses, fundó en Prouille un convento con nueve monjas a las que había convertido de la herejía y, cerca de ahí, alojó a los hombres que le ayudaban en el apostolado. En esa forma, empezó a preparar predicadores virtuosos, a ofrecer refugio a las mujeres convertidas, a ver por la educación de las jóvenes y a organizar una casa religiosa en la que se oraba constantemente.

El asesinato del legado pontificio, Pedro de Castelnau, a manos de un criado del conde de Toulouse, desencadenó una "cruzada" contra los albigenses, en la que se practicaron todos los horrores y crueldades de una guerra civil. El caudillo de los albigenses era Raimundo VI, conde de Toulouse; el de los católicos era Simón IV de Montfort, conde de Leicester. Santo Domingo no creía en la eficacia ni en la legitimidad de una empresa que tratase de imponer la ortodoxia por la fuerza, y es falso que haya tenido algo que ver con el establecimiento de la Inquisición, ya que el tribunal empezó a funcionar en el sur de Francia desde fines del siglo XII.* El santo no se mezcló jamás

* Posteriormente la Orden de Santo Domingo se hizo cargo de la Inquisición. Desde un principio se mostró reacia a desempeñar esa tarea y en 1243 pidió al Papa que la relevara del cargo, pero Inocencio IV rehusó el pedido. Sólo dos de los inquisidores generales de España fueron dominicos, Torquemada fue uno de ellos.

en ninguna de las crueles ejecuciones que llevó a cabo la Inquisición. Los historiadores de la época mencionan únicamente, como armas de Santo Domingo, la instrucción, la paciencia, la penitencia, el ayuno, las lágrimas y la oración. En cierta ocasión en que el obispo de Toulouse fue a visitar su diócesis con una comitiva de soldados y criados, el santo le reprendió con estas palabras: "En vano intentaréis convertir de esa manera a los enemigos de la fe. La oración es más eficaz que la espada y la humildad más útil que los vestidos finos." Domingo estuvo a punto de ser elegido obispo en tres ocasiones; pero se opuso firmemente, pues sabía que Dios le destinaba a otra tarea.

Santo Domingo había predicado ya diez años en el Languedoc, y a su alrededor se había reunido un grupo de predicadores. Hasta entonces, había portado el hábito de los Canónigos Regulares de San Agustín y observado su regla. Pero deseaba ardientemente reavivar el espíritu apostólico de los ministros del altar, puesto que su ausencia era la causa principal del escándalo del pueblo y del florecimiento del vicio y la herejía. Para eso proyectaba fundar un grupo de religiosos, que no serían necesariamente sacerdotes ni se dedicarían exclusivamente a la contemplación, como los monjes, sino que unirían a la contemplación el estudio de las ciencias sagradas y la práctica de los ministerios pastorales, especialmente de la predicación. El objetivo principal del santo era el de multiplicar en la Iglesia los predicadores celosos, cuyo espíritu y ejemplo facilitasen la difusión de la luz de la fe y el calor de la caridad, capaces de ayudar eficazmente a los obispos a curar las heridas que habían infligido a la Iglesia la falsa doctrina y la vida disipada. Para facilitar la tarea de Santo Domingo, el obispo Fulk, de Toulouse, le concedió, en 1214, una renta, y, al año siguiente, aprobó la fundación embrionaria de la nueva orden. Pocos meses más tarde, Santo Domingo acompañó al obispo al cuarto Concilio de Letrán.

Inocencio III acogió muy amablemente al santo y aprobó el convento de religiosas de Prouille. Además, introdujo en el décimo canon del Concilio una cláusula que ponía de relieve la obligación de predicar y la necesidad de elegir pastores poderosos en obras y palabras, capaces de instruir y edificar a los fieles con el ejemplo y la predicación. Aunque en dicho canon el Pontífice subrayaba la necesidad de formar predicadores aptos, la aprobación de la nueva orden no era tarea fácil, porque el mismo Concilio había legislado contra la multiplicación de las órdenes religiosas. Se dice que Inocencio III había resuelto negarse a la petición, pero que aquella misma noche soñó que la iglesia de San Juan de Letrán estaba a punto de derrumbarse y que Santo Domingo la sostenía. Como quiera que fuese, lo cierto es que el Papa aprobó verbalmente la nueva fundación y ordenó al santo que consultase con sus hermanos cuál de las reglas religiosas ya aprobadas querían seguir. En agosto de 1216, se reunieron en Prouille, Domingo y sus dieciséis compañeros, de los cuales ocho eran franceses, siete españoles y uno inglés. Tras de discutir los pros y los contras, decidieron adoptar la regla de San Agustín, que era la más antigua y menos detallada de cuantas existían, que había sido escrita para sacerdotes por un sacerdote y predicador eminente. Santo Domingo añadió algunas cláusulas, tomadas en parte de las reglas de los premonstratenses. Inocencio III murió el 18 de julio de 1216 y Honorio III fue elegido para sustituirle. Ello retardó un poco el viaje de Santo Domingo a Roma, pero entretanto, terminó el primer convento de Toulouse, al que el obispo regaló la iglesia de San Román. Ahí empezaron los primeros dominicos a llevar vida comunitaria con votos religiosos.

Santo Domingo llegó a Roma en octubre de 1216. Honorio III aprobó ese mismo año la nueva comunidad y sus constituciones, "en consideración a que los religiosos de vuestra orden serán paladines de la fe y luz del mundo, Nos confirmamos vuestra orden". Santo Domingo continuó sus prédicas en Roma con gran éxito, hasta después de la Pascua. Fue entonces cuando se hizo amigo del cardenal Ugolino (más tarde Gregorio IX) y de San Francisco de Asís. Según cuenta la leyenda, Santo Domingo soñó que la ira divina estaba a punto de descargarse sobre el mundo pecador, pero lo salvó la intercesión de Nuesta Señora ante su hijo al señalarle a dos personajes: el uno era el propio Santo Domingo, el otro era un desconocido. Al día siguiente, se hallaba el santo en oración en la iglesia, cuando entró en ella un mendigo cubierto de harapos. El santo reconoció inmediatamente en él al hombre de su sueño; así pues, se le acercó, le abrazó y le dijo: "Vos sois mi compañero y tenéis que estar a mi lado, pues si permanecemos unidos no habrá poder humano capaz de resistirnos." El encuentro de los dos hombres de Dios, Domingo y Francisco se celebra dos veces al año, en sus respectivas fiestas; en efecto, en esos días los miembros de cada orden cantan la misa en las iglesia de los de la otra y se reúnen "para comer el pan que no ha faltado en siete siglos". Algunos autores han comparado a Santo Domingo con San Francisco; pero la comparación es poco inteligente, ya que ambos santos se completan y corrigen el uno al otro, y los únicos puntos que tienen en común, son la fe, el celo y la caridad.

El 13 de agosto de 1217, los frailes predicadores se reunieron con el fundador en Prouille. Santo Domingo les dio instrucciones sobre la manera de predicar y enseñar y los exhortó a estudiar sin descanso; sobre todo, les recordó que su principal obligación era la santificación propia y que estaban llamados a proseguir la obra de los Apóstoles para establecer en el mundo el reino de Cristo. También les habló de la humildad, de la desconfianza en sí mismos y de la confianza en Dios; en esa forma serían capaces de superar todas las aflicciones y persecuciones, y de pelear la gran batalla contra el mundo y los poderes del infierno. Con gran sorpresa de todos, pues la herejía tenía ganado terreno en el sitio en que se encontraban, Santo Domingo dispersó a sus hermanos el día de la Asunción en todas direcciones, diciéndoles: "Tened confianza en mí. Yo sé lo que hago. Nuestra obligación no es almacenar la semilla, sino sembrarla." Cuatro de los frailes partieron a España, siete a París, dos volvieron a Toulouse, dos permanecieron en Prouille y el fundador se dirigió a Roma en el mes de diciembre. Santo Domingo tenía la intención de renunciar a su papel en la naciente orden e ir a predicar el Evangelio a los tártaros, pero Dios iba a disponer las cosas de otro modo.

Cuando Santo Domingo llegó a Roma, el Papa le confió la Iglesia de San Sixto. Al mismo tiempo que fundaba ahí un convento, enseñaba teología, su predicación en San Pedro llamó la atención de la multitud. En aquella época, la mayoría de las religiosas de Roma no observaban la clausura y vivían casi sin reglas, unas en pequeños conventos y otras en casa de sus padres o amigos. Inocencio III había intentado varias veces reunir a todas las religiosas dispersas en un convento de clausura, pero no lo había logrado. Así pues, encargó a Santo Domingo de llevar a cabo esa reforma y así lo hizo éste. Cedió a las religiosas su propio monasterio de San Sixto, que acababa de construir;

el Papa le dio, en cambio para sus frailes una casa en el Aventino y la iglesia de Santa Sabina. Se cuenta que el Miércoles de Ceniza de 1218, la abadesa y las religiosas que iban a transladarse al convento de San Sixto, se hallaban en la casa capitular con Santo Domingo y tres cardenales, cundo un mensajero les llevó la noticia de que el joven Napoleón, sobrino del cardenal Stephen, acababa de matarse al caer del caballo. Santo Domingo ordenó que transportasen el cadáver a la casa capitular y pidió al hermano Tancredo que prepararse el altar para la misa. Los cardenales y sus comitivas, la abadesa y sus monjas, los frailes y una gran multitud que se había reunido, se dirigieron a la iglesia. Al terminar la celebración del santo sacrificio, Santo Domingo enderezó un tanto los maltrechos miembros del cadáver, se arrodilló a orar e hizo la señal de la cruz sobre el muerto. En seguida, levantó las manos al cielo y exclamó: "Napoleón, en el nombre de Nuestro Señor Jesucrito te mando que te levantes." El joven resucitó al punto, sin una sola herida, en presencia de la multitud.

Como fray Mateo de Francia había tenido éxito en la fundación de una casa de la orden en la Universidad de París, Santo Domingo envió a algunos de sus hermanos a la Universidad de Bolonia, donde el Beato Reginaldo de Orléans llevó a cabo la fundación de uno de los más famosos conventos de la orden. Entre 1218 y 1219, el fundador viajó por España, Francia e Italia, fundando conventos. En el verano de 1219, llegó a Bolonia, donde estableció su residencia habitual hasta el fin de su vida. En 1220, Honorio III confirmó al santo en el cargo de superior general. En Pentecostés de ese mismo año, se reunió el primer capítulo general de la orden, en Bolonia; en él se redactaron las constituciones definitivas, que hicieron de la Orden de Predicadores "la más perfecta de las organizaciones monásticas que produjo la Edad Media" (Hauck): una orden religiosa en el sentido moderno de la palabra, donde la unidad es la orden y no el convento, cuyos miembros dependen de un superior general y cuyas reglas llevan la marca inconfundible del fundador, particularmente por lo que se refiere a la capacidad de adaptación y a la supresión de la propiedad.

Santo Domingo predicaba en todos los sitios por donde pasaba y oraba constantemente por la conversión de los infieles y de los pecadores. Si tal hubiese sido la voluntad de Dios, el santo habría querido verter su sangre por Cristo e ir a predicar a los bárbaros la buena nueva del Evangelio. Por ello, hizo del ministerio de la palabra el fin principal de su institución. Quería que todos sus religiosos se entregasen a la predicación, cada uno según su capacidad, y que los que tenían especial talento de predicadores sólo interrumpiesen el ministerio para retirarse, de cuando en cuando, a predicarse a sí mismos en la soledad y el silencio. La vocación dominicana consiste en "compartir con los demás el fruto de la contemplación". Esa es la razón por la cual los miembros de la orden se preparan largamente, mediante la práctica de la oración, de la humildad, de la abnegación y de la obediencia. Santo Domingo repetía frecuentemente: "Quien domina sus pasiones es amo del mundo. Quien no las domina se convierte en su esclavo. Más vale ser martillo que yunque." Santo Domingo enseñó a sus misioneros a hablar directamente al corazón, mediante la práctica de la caridad. Alguien le preguntó una vez en qué libro había preparado el sermón que acababa de predicar: "En el libro del amor", respondió el fundador. La cultura, la enseñanza y el estudio de la Biblia fueron, desde el primer momento, elementos esenciales de la orden; nada tiene de extraño que los dominicos se hayan distinguido en el trabajo intelectual, ni que

se haya llamado al fundador "el primer Ministro de la Instrucción pública en la Europa moderna." El espíritu de oración y recogimiento es otra de las características de los dominicos, como lo fue de Santo Domingo, quien pedía incesantemente a Dios que le concediese el verdadero amor del prójimo y la capacidad de ayudar a los otros. El santo exigía inflexiblemente el cumplimiento de las reglas que había impuesto. Al llegar a Bolonia, en 1220 advirtió en el convento que se edificaba, cierta elegancia que cuadraba mal con el espíritu de pobreza de la orden; sin vacilar un instante, mandó que se detuviese la construcción. Gracias a ese enérgico espíritu de disciplina, la orden se extendió rápidamente. En 1221, cuando se reunió el segundo capítulo general, había ya unos sesenta conventos, distribuidos en ocho provincias; los dominicos habían llegado ya a Polonia, Escandinavia, Palestina y el hermano Gilberto con otros doce frailes habían fundado las casa de Canterbury, Londres y Oxford. La Orden de Predicadores se halla actualmente establecida en todo el mundo.

Al terminar el segundo capítulo general, Santo Domingo fue a visitar al cardenal Ugolino en Venecia. A la vuelta de ese viaje, se sintió enfermo y fue transladado al campo para que respirase un aire más puro, pero, ya había comprendido que se aproximaba la hora de su muerte. Habló a sus hermanos acerca de la belleza de la castidad. Como no poseía bienes temporales, redactó su testamento en estos términos: "Hijos míos muy queridos, he aquí mi herencia: conservad la caridad entre vosotros, permaneced humildes y observad voluntariamente la pobreza". Después de exhortar largamente a sus hijos a la pobreza, el santo pidió que le transladasen de nuevo a Bolonia, porque deseaba ser sepultado "bajo los pies de sus hermanos". Los frailes del convento de Bolonia se reunieron a rezar las oraciones por los agonizantes en torno al fundador y, al llegar al "Subvenite", Santo Domingo repitió esas hermosas palabras y exhaló el último suspiro. Era el atardecer del 6 de agosto de 1221; el santo tenía cincuenta y dos años. Su muerte fue un ejemplo de la pobreza sobre la que había hablado poco antes a sus hermanos, puesto que expiró "en el lecho del hermano Moneta, ya que carecía de una cama propia, vestido con el hábito del hermano Moneta, porque no tenía otro para reemplazar el que había llevado durante tantos años". El Beato Jordán de Sajonia había escrito en vida del santo: "Lo único que podía turbar la serenidad de su alma era el sufrimiento ajeno. El rostro de un hombre revela si es feliz o no; el rostro amable y transfigurado de gozo de Domingo revelaba la paz de su alma. Poseía tal bondad y tal deseo de ayudar al prójimo, que nadie escapaba a la fuerza de su encanto y cuantos le veían una vez le amaban para siempre". Al firmar el decreto de canonización de su amigo, en 1234, Gregorio IX (el cardenal Ugolino) afirmó que estaba tan seguro de su santidad como de la de San Pedro y San Pablo.

La primera biografía de Santo Domingo fue la que escribió el Beato Jordán de Sajonia, quien le sucedió en el cargo de superior general. Existen, además, numerosos documentos biográficos relativamente antiguos. Sin entrar en detalles, baste con decir que los principales documentos se hallan reunidos en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. I; en *Scriptores O.P.*, de Quétif y Echard; y en *Monumenta o.p. historica*, vols. XV yXVI. Tal vez la obra más importante sobre la vida de Santo Domingo es la de los padres Balme y Lelaidier, *Cartulaire de St. Dominique* (1893-1901); se encontrarán ahí numerosos documentos e ilustraciones. Desgraciadamente está obra termina con la vida del santo y no incluye los testimonios del proceso de canonización. Pero los testimonios de los frailes que habían convivido con él, tan reveladores del espíritu que le animaba, pueden verse en *Acta Sanc-*

torum y otras obras. La obra definitiva sobre Santo Domingo es la de P. Mandonnet y H. M. Vicaire, *S. Dominique, l'idée, l'homme et l'ouvre* (2 vols., 1937-1938). Véase también A. Mortier, *Histoire des Maîtres Généraux o.p.*, vol. v. Entre las biografías inglesas hay que mencionar las de Frances Raphael Drane (1891) y Bede Jarrett (1924); entre las alemanas, las de M. Rings (1920), B. Altaner (1922), y H. C. Scheeben (1927); entre las francesas, las de Lacordaire (1840), J. Guiraud (1899), H. Petitot (1925) y M. S. Gillet (1942).

SANTAS IA y COMPAÑERAS, MÁRTIRES (*c.* 360 P.C.)

EN TODA la época de las persecuciones romanas contra los cristianos, no hubo un período más sangriento que el de los años 314 a 379, en el que a la persecución de Roma se añadió la del rey Sapor II en Persia. Esta última, en proporción a su extensión y duración, fue la que más víctimas causó. Entre éstas se contaron Santa Ia y sus compañeras. Según el relato de su martirio, que carece de valor histórico, era Ia una doncella griega. Como hubiese convertido a muchas mujeres persas, fue denunciada, aprehendida y torturada. El juez mandó que se le descoyuntasen los miembros y se la apalease. La santa repetía durante la tortura: "Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, ayuda a tu sierva y sálvala de los lobos que la rodean". Después, estuvo en un calabozo hasta que recuperó las fuerzas. Entonces, el juez le ofreció la vida con tal de que apostatase. Como Ia se negó nuevamente, fue apaleada otra vez, con tal furia, que perdió el habla y el movimiento. Seis meses más tarde, los verdugos le ataron fuertemente alrededor del cuerpo delgadas cañas hasta que penetraron profundamente en la carne y, después, las fueron arrancando una a una. La santa estuvo a punto de morir por la hemorragia. Diez días después, el juez mandó que fuese colgada de las manos y azotada hasta que muriese. El cadáver fue decapitado y arrojado al basurero como un desperdicio. El Martirologio Romano menciona la tradición de que con ella murieron nueve mil cristianos.

El mejor texto de la *pasión* de Santa Ia es el que publicó Delehaye en *Patrologia Orientalis*, vol. II, pp. 453-473, fasc. 4; puede verse también en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. I. El nombre sirio de esta mártir significa "Violeta", como lo demostró Peeters en *Analecta Bollandiana*, vol. XXV (1906), p. 340.

SAN MOLUA o LUGAIDO, ABAD (608 P.C.)

MOLUA ERA hijo de una pareja de irlandeses; su padre Cartaco, era originario del distrito de Limerick, su madre había nacido en Ossory. Molua fue pastor en sus primeros años; pero, según cuentan sus biógrafos, habiéndose distinguido por los milagros, ingresó finalmente en el monasterio que San Congel dirigía en Bangor. Después de recibir la ordenación sacerdotal, fue enviado por su abad a fundar otros monasterios. El más importante de ellos fue el de Clonfertmulloe (actualmente Kyle) en las montañas de Slievebloom, que llegó a ser muy grande. Se dice que San Molua hizo un viaje a Roma ("Si no voy a Roma me muero") y aprovechó la ocasión para someter a la aprobación del Papa San Gregorio la regla que había redactado para sus monasterios. Se trataba de una regla muy severa, como la de todos los monasterios celtas, y el Papa comentó: "El santo varón que compuso esta regla construyó una muralla que llega hasta el cielo alrededor de sus monasterios". En su lecho de muerte, San Molua habló así a sus monjes: "Hermanos queridos, cultivad laboriosamente la tierra para que no os falten la comida, la bebida y el vestido.

Porque donde esto no falta, hay estabilidad; donde hay estabilidad, se practica verdaderamente la vida religiosa, y la vida religiosa conduce a la vida eterna". Esto es como un resumen lapidario de las encíclicas *Quadragesimo anno* y *Rerum novarum*. Según se cuenta, San Molua no mató jamás a un ser viviente y los pajarillos lloraron su muerte.

Existe cierta confusión entre éste y otros santos del mismo nombre. Killaloe (Cill da Lua) debe su nombre a ese santo, o a otro apodado "el leproso", a no ser que ambos sean la misma persona.

Existen tres recensiones latinas de la vida de San Lugaido. Una de ellas es la de *Acta Sanctorum*, agosto, vol. I; la otra se halla en la edición de De Smedt del *Codex Salmanticensis*; la tercera fue publicada por C. Plummer en VSH., vol. II, pp. 206-225. A. P. Forbes, en KSS, pp. 409-411, rechaza la identidad entre San Molua y San Moloc (25 de junio).

5: LA DEDICACION DE LA BASILICA DE SANTA MARIA LA MAYOR, "NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES"

EL DIA de hoy se celebra la dedicación de la tercera de las basílicas patriarcales del interior de Roma. Originalmente se llamaba "Basílica Liberiana", porque había sido construida en la época del Papa Liberio, a mediados del siglo IV. Más tarde, el año 435, fue restaurada y recibió el nombre de Santa María la Mayor, por ser en dignidad y antigüedad la primera de las iglesias de la Ciudad Eterna consagradas a la Madre de Dios. En los libros litúrgicos se la llama "Santa María de las Nieves", ya que, según una tradición popular, la Madre de Dios manifestó que deseaba que se le erigiese una iglesia en ese sitio, mediante una nevada milagrosa en pleno verano. También se apareció a un patricio llamado Juan, quien fundó y dotó con gran munificencia dicha iglesia, durante el pontificado de Liberio, en el sitio del Esquilino donde había caído la nieve. La primera mención que conocemos de ese milagro, data de un siglo después de los hechos. Actualmente se admite que se trata de un simple mito. La comisión para la reforma del Breviario recomendó, en 1742, al Papa Benedicto XIV que restituyese a esta fiesta su nombre original de "Dedicación de Santa María"; pero sólo se hizo así en el Calendario Benedictino (1915). También se conoce la basílica con el nombre de "Santa María ad praesepe", porque en ella se conserva la supuesta reliquia del pesebre de Belén en el que descansó el Señor al nacer.

Ver H. Grisar, *Analecta Romana* (1900), p. 70, y *Geschichte Roms und der Päpste* (1901); Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, p. 232, 235; CMH., p. 418. Ambos autores insisten con razón en que la inscripción de Sixto III para conmemorar la dedicación de la basílica no hace mención alguna de la nevada milagrosa. Aunque no se conserva el original de dicha inscripción, el texto es muy conocido; puede verse en De Rossi, *Inscriptiones Christianae*, vol. II, pp. 71, 98, 139, con la nota al calce de Duchesne. Cf. nuestro artículo sobre San Sixto III (19 de agosto).

SANTOS ADDAI y MARIO, OBISPOS (¿180? P.C.)

CUANDO SAN Pedro predicó, en Pentecostés, había entre sus oyentes algunos originarios de Mesopotamia. En cuanto es posible conjeturarlo, fueron ellos los primeros cristianos sirios, pero es imposible determinar la fecha en que el

cristianismo penetró en la región de Edesa. En el siglo II existía ya en Edesa una colonia de judíos cristianos. Sin embargo, la fe no se extendió, probablemente, a Mesopotamia, Adiabene y Persia, hasta que subió al trono la dinastía de los sasánidas. La tradición local insiste en atribuir al apóstol Santo Tomás y, más particularmente, a los Santos Addai, Aggai y Mario, la primera evangelización. Combinando los datos que nos da Eusebio con los de un documento sirio llamado "La doctrina de Addai", podemos imaginar en la forma siguiente la llegada de los misioneros a Edesa.

Durante la vida terrena de Cristo, reinaba en Osroene un monarca llamado Abgar el Negro, quien residía en Edesa. Como sufría de una enfermedad incurable y hubiese oído hablar de las curaciones obradas por el Señor, le envió una carta por medio de su embajador Hannán. En ella llamaba a Cristo "buen médico" y le rogaba que fuese a Edesa a curarle, ya que, a causa de sus milagros, había llegado a la conclusión de que "o bien Tú eres Dios que ha descendido del cielo, o bien eres el Hijo de Dios y has venido a poner fin a las cosas de la tierra". Hannán se entrevistó con el Señor en casa de Gamaliel, "el jefe de los judíos" y Cristo mandó decir a Abgar: "Dichoso tú que has creído en mí sin haberme visto, pues escrito está que quienes me ven no creerán en mí y quienes no me ven creerán. En cuanto a ir a curarte, he terminado ya la misión que mi Padre me había confiado en el mundo y pronto volveré a El. Pero cuando suba a El, te enviaré a uno de mis discípulos, el cual te curará de la enfermedad y te conducirá con los tuyos a la vida eterna". Según cuenta Eusebio, nuestro Señor escribió personalmente ese mensaje y, por supuesto el presunto documento sagrado fue objeto de gran veneración en la Edad Media. Un documento sirio (escrito hacia el año 400) afirma que Hannán llevó también a Abgar un retrato del Señor que él había pintado (aunque después dice que "no había sido hecho por mano de hombres"). El retrato es famoso en la iconografía cristiana con el nombre de "el santo Mandylion".

Después de la Ascensión, el apóstol Tomás envió a la corte de Abgar a uno de los setenta y dos discípulos, llamado Addai o Tadeo. Este se alojó en casa del judío Tobías, curó al rey de su enfermedad y le habló de la doctrina de Cristo. Así convirtió a la fe a Abgar y a grandes multitudes. Entre los convertidos se contaba Aggai, a quien Tadeo consagró obispo y nombró por sucesor suyo. Otro de los convertidos, Paluto, el joyero del rey, fue consagrado en Antioquía por Serapión, quien a su vez había recibido la consagración episcopal en Roma de manos del Papa Ceferino. Este último dato bastaría para descalificar la leyenda. En efecto, hubo un obispo de Antioquía, llamado Serapión, contemporáneo de San Ceferino y de un rey cristiano de Edesa, llamado Abgar, quien reinó entre los años 179 y 213. Por consiguiente Serapión no pudo consagrar a un hombre convertido por uno de los setenta y dos discípulos del Señor.

Así pues, lo más que puede decirse de Addai es que fue, tal vez, misionero en Edesa a fines del siglo II. En cuanto a San Mario, las dudas sobre su existencia histórica son todavía más fundadas. Según las "actas", muy posteriores, Mario era discípulo de San Addai y había sido enviado por éste a Nisibis. Después de predicar ahí, como lo había hecho en Nínive el profeta Jonás, siguió el curso del río Tigris hasta que empezó "a percibir el olor del apóstol Tomás". Murió en Clesifonte cerca de Seleucia, después de haber consagrado obispo a Papa bar Aggai, otro personaje perfectamente histórico, ya que fue el primer "Katholikós" de las Iglesias de Siria oriental, pero que vivió a principios del siglo

IV. San Mario obró numerosas conversiones en todos los sitios que visitó, destruyó templos paganos, construyó iglesias y fundó monasterios. Una actividad tan extraordinaria es cosa común y corriente en los escritos apócrifos, pero es inconcebible en la vida real. Sin embargo, por grande que sea la oscuridad que rodea a San Addai y San Mario, desde muy antiguo se les venera como a los evangelizadores del Tigris y el Eufrates. Así los consideran los católicos caldeos y los nestorianos de Iraq y de Kurdistán y los llaman "los Santos Apóstoles". La principal *anaphora* en la liturgia eucarística de dichos cristianos se llama, *anaphora* de los Santos Apóstoles.

Las dos fuentes principales son la *Historia Ecclesiastica* de Eusebio (lib. I, c. 13) y la *Doctrina de Addai*. G. Philips publicó en 1876 el texto sirio de esta última, con una traducción inglesa. En una época no faltaron historiadores que defendiesen acérrimamente la autenticidad de las cartas de Abgar y de Cristo; así lo hizo, por ejemplo, el P. Paulin Martin (*Revue des Sciences Ecclésiastiques*, 1888-1889), contra Tixeront, R. Duval, R. Lipsius y otros. Acerca de la versión armenia y su relación con la controversia de que acabamos de hacer mención, cf. P. J. Dashian, *Zur Abgar Sage*; se trata de tres artículos publicados en el *Diario Oriental* de Viena, 1890. Los historiadores actuales se inclinan a considerar el incidente como apócrifo. Ver Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. I, pp. 569 ss. y p. 443; y *Dictionnaire de la Bible*, suplemento, cc. 540-542. Sin embargo cf. Casartelli, en *The Dublin Review*, abril de 1889; y H. Thurston, en *The Month*, septiembre de 1892, pp. 39-61. Véase también DCB., s. v. Abgar y Tadeo; y DHG, s. v. Abgar; y F. C. Burkit, *Early Eastern Christianity* (1904), c. I.

SANTA AFRA, Mártir (304 p.c.)

MAXIMIANO, el colega de Diocleciano, continuó furiosamente la persecución en las provincias que le tocaron en suerte cuando se dividió el Imperio. Según las "actas", Afra quien había sido prostituta, fue arrestada en Augsburgo cuando cambió de vida y se hizo cristiana. Una versión posterior afirma que había sido convertida por San Narciso, obispo de Gerona, España, acerca del cual apenas sabemos nada. El juez Gayo, que conocía bien a Afra, le dijo: "Ofrece sacrificios a los dioses; mejor es vivir que morir en los tormentos". Afra replicó: "Yo fui una gran pecadora antes de conocer a Dios. Pero no quiero añadir otros crímenes a mi vida pasada, de suerte que no haré lo que me ordenas". Gayo le dijo: "Me han dicho que eres una prostituta. Así pues, lo mejor es que ofrezcas sacrificios, ya que estás lejos del Dios de los cristianos y El no querrá aceptarte". Afra replicó: "Mi Señor Jesucristo dijo que había venido del cielo a salvar a los pecadores. El Evangelio cuenta que una pecadora le lavó los pies con sus lágrimas y obtuvo su perdón. Cristo jamás rechazó a los miserables sino que comía con ellos". Al ver Gayo que no podía convencerla, dictó sentencia contra ella. La santa respondió: "Bien está que sufra el cuerpo que ha pecado. No perderé mi alma adorando a los falsos dioses". Los verdugos condujeron a Afra a una isla del río Lech. Después de desnudarla, la ataron a una estaca y prendieron fuego a las ramas que habían amontonado junto a ella. Las últimas palabras de Afra fueron: "Gracias te doy, Señor Jesús, por la bondad con que te dignas aceptar este holocausto que se consuma en tu nombre. Tú te ofreciste en la cruz por los pecados del mundo. Yo me ofrezco como víctima tuya, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén". Con estas palabras exhaló el último suspiro, sofocada por el humo.

Tres servidoras de la mártir, Digna, Eunomia y Euprepa, quienes habían seguido a su ama en su vida de pecado, pero que se convirtieron y bautizaron

junto con ella, presenciaron el martirio. Acompañadas por Hilaria, la madre de Afra, recogieron el cadáver por la noche y le dieron sepultura. Cuando se hallaban aún junto a la tumba, Gayo se enteró de sus andanzas. Inmediatamente despachó a un pelotón de soldados, con órdenes de obligarlas a sacrificar a los dioses; si se negaban a ello, debían ser quemadas ahí mismo. Los soldados emplearon halagos y amenazas, pero al comprobar que resultaban inútiles, acumularon ramas en el interior de la bóveda, cerraron la entrada, y quemaron vivas a las cuatro mujeres.

Está fuera de duda que existió en Augsburgo una mártir llamada Afra, a quien se veneraba desde muy antiguo; lo que se discute mucho es el valor histórico de las actas que hemos citado. Unos historiadores se lo niegan todo, otros afirman que la narración del juicio y el martirio es una versión comentada de un original antiguo. En cuanto a la cuestión de la vida pecadora de Afra, de su conversión y de la ejecución de su madre y sus sirvientas, se trata, según esos historiadores, de una invención que data de la época carolingia. Venancio Fortunato menciona a Santa Afra. En Augsburgo y otros sitios de Alemania se la venera todavía.

B. Krusch publicó en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III, pp. 56-64 y vol. VII, pp. 192-204, los dos textos latinos más importantes. Según Duchesne, el texto original de las *actas* es un documento merovingio; según Krusch, se trata simplemente de un comentario del texto del *Hieronymianum*: *In provincia Retia civitate Augusta Afrae veneriae.* A. Bigelmair, A. Poncelet y O. Riedner se inclinan por la opinión de Krusch; sin embargo, en CMH., p. 423, se expone la opinión contraria; ahí mismo se encontrarán referencias bibliográficas más amplias.

SANTA NONA, MATRONA (374 P.C.)

NONA nació a fines del siglo III. Aunque había sido educada en el cristianismo, se casó con Gregorio, un magistrado de Nazianzo de Capadocia que era miembro de la secta judío-pagana de los Hipsistarios. A pesar de todo, el matrimonio fue muy feliz y dio a la Iglesia una de las más brillantes familias de santos en la historia. Santa Nona convirtió con su ejemplo a su esposo, quien llegó a ser obispo. Hay que hacer notar que en aquella época no era todavía universal la ley que prescribe que los obispos fueran solteros o viudos. El esposo de Santa Nona alcanzó el honor de los altares con el nombre de San Gregorio de Nazianzo el Viejo. Tuvieron tres hijos que fueron santos: San Gregorio de Nazianzo el Divino, uno de los más grandes Doctores de la Iglesia, quien habla en sus escritos de su santa y virtuosa madre; Santa Gorgonia, que se casó y tuvo tres hijos; y San Cesario, médico. La madre sobrevivió a dos de sus hijos: Gorgonia murió en sus brazos y santa Nona tuvo el consuelo de oír a su hijo Gregorio pronunciar las oraciones fúnebres de Gorgonia y Cesario, que habían de ser la admiración de las épocas venideras. Santa Nona murió pocos meses después de perder a su esposo, siendo ya muy anciana, el año 374. Fue una mujer extraordinaria que mereció las alabanzas de su esposo y las bendiciones de sus hijos.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II, hay un artículo aceptable sobre Santa Nona; cf. DCB., vol. IV, p. 50.

SAN OSWALDO DE NORTUMBRIA, MÁRTIR (642 P.C.)

EL REY San Edwino pereció el año 633 en una batalla contra Penda y Cadwallon.

Entonces, su sobrino Oswaldo determinó proseguir la obra de Edwino y tomar posesión de las regiones de Nortumbría. Oswaldo se había convertido sinceramente al cristianismo; así en vez de traicionar a Cristo para ganarse a sus súbditos, como lo habían hecho sus desventurados hermanos, hizo cuanto pudo por ganarlos a la causa de Cristo. En tanto que Cadwallon saqueaba las provincias de Nortumbría, Oswaldo reunió un ejército relativamente pequeño y salió valientemente al encuentro del enemigo. El encuentro de los dos ejércitos tuvo lugar el año 634, a unos cinco kilómetros de Hexham, cerca de Rowley Burn. La víspera de la batalla, Oswaldo mandó hacer una gran cruz de madera, la plantó en la tierra y la sostuvo en tanto que sus hombres llenaban de tierra el agujero en que la había colocado. Una vez hecho esto, San Oswaldo gritó a sus soldados, entre los cuales había apenas un puñado de cristianos: "Postrémonos juntos a pedir al Dios verdadero y todopoderoso que nos defienda misericordiosamente de nuestros enemigos, ya que luchamos en defensa de nuestra vida y de nuestro país". Todos los soldados se arrodillaron. Esa misma noche, Oswaldo soñó que San Colomba de Iona tendía su manto sobre los soldados dormidos y le prometía la victoria para el día siguiente. Y así sucedió, en efecto. Dios bendijo a Oswaldo, cuyas tropas derrotaron al numeroso ejército de Cadwallon; este último pereció en la refriega. Como lo hace notar Beda, fue una buena señal que se llamase al sitio donde se había plantado la cruz "Campo Celeste", (aunque tal nombre data de una época posterior). La cruz fue el primer signo de cristianismo en la región, pues hasta entonces no se había visto jamás un altar o una iglesia en el reino de los bernicios. Con el tiempo se hizo muy famosa la cruz de San Oswaldo. En la época de San Beda, los enfermos solían beber agua en la que había una astilla de dicha cruz y muchos recobraban la salud. Después de la muerte del rey Oswaldo, los monjes de Hexham acostumbraban acudir al "Campo Celeste" la víspera del aniversario de la muerte del monarca; cantaban ahí por la noche, el oficio divino y al día siguiente celebraban la misa. Poco después de que Beda escribió estos detalles, se erigió ahí una iglesia.

San Oswaldo se consagró inmediatamente a restablecer el orden en sus dominios y a implantar en ellos el cristianismo. Como era natural, para la obra de evangelización pensó en Escocia y no en Canterbury, ya que ahí se había convertido al cristianismo. De Escocia le enviaron, pues, un obispo y varios sacerdotes para que predicasen y bautizasen a su pueblo. San Aidano, un monje de Iona originario de Irlanda, fue el elegido para aquella ardua empresa. Dicho santo consiguió reparar con su mansedumbre el mal causado por otro monje que le había precedido, el cual trataba al pueblo con tal rudeza que, en vez de atraerlo, le había alejado de la fe que predicaba. El rey fijó la sede de Aidano en la isla de Lindisfarne. Como el nuevo obispo no conocía suficientemente el inglés, el monarca le sirvió personalmente de intérprete, al principio y traducía al pueblo sus sermones e instrucciones. "A partir de entonces, muchos escoceses (o irlandeses) fueron a Inglaterra a predicar con gran fervor en los dominios del rey Oswaldo . . . Se construyeron numerosas iglesias; el pueblo se reunía a escuchar a los predicadores; el rey regaló tierras y dinero para la construcción de monasterios y los ingleses, así los nobles como los plebeyos, aprendieron las reglas y costumbres de la disciplina regular, pues casi todos los predicadores eran monjes". (Beda).

Al mismo tiempo que gobernaba su reino temporal, Oswaldo oraba y trabajaba por ganar la eterna corona y, como oraba y daba gracias continuamente, se dice que se sentaba siempre con las manos sobre las rodillas y las palmas vueltas hacia el cielo. El reino de Nortumbría se extendió en aquella época hasta Firth of Forth, y el poder de Oswaldo llegó a ser tan grande, que los otros reyes de Inglaterra le consideraban nominalmente como su señor. Por ello, San Adamnán, en su vida de San Colomba, llama a Oswaldo "Emperador de la Gran Bretaña". Beda narra el siguiente ejemplo de la caridad del monarca en medio de tanta prosperidad: un día de Pascua, en el momento que se sentaba a comer, un oficial le dijo que había a la puerta una gran multitud de pobres que pedían limosna. El rey les envió una enorme fuente de plata llena de carne y ordenó que se diese a cada uno una porción de carne y un fragmento del plato. Entonces San Aidán, que se hallaba con el rey, le tomó por la diestra y dijo: "Guarde Dios para siempre esta mano". Después de la muerte de San Oswaldo, se le cortó el brazo derecho, el cual permaneció incorrupto, por lo menos hasta la época de Simeón de Durham († *c.* 1136), en el monasterio de Peterborough. San Oswaldo se casó con Cineburga, hija de Cinegildo, el primer rey cristiano de Wessex. Oswaldo había sido padrino de bautismo de su suegro. Cineburga y Oswaldo tuvieron un hijo, Etelwoldo, quien fue rey de Deira e hizo poco honor a su padre.

Algunos años después del acceso de Oswaldo al trono, estalló una guerra contra el pagano Penda de Mercia y sus aliados. La contienda se prolongó hasta la batalla de Maserfield, donde fue derrotado el reducido ejército de San Oswaldo, quien pereció en la lucha. Cuando se vio rodeado de enemigos, Oswaldo hizo la última oración por las almas de sus soldados. Tal fue el origen del proverbio que dice: "Señor, ten misericordia de sus almas, como dijo San Oswaldo al morir". La batalla de Maserfield tuvo lugar el 5 de agosto de 642; Oswaldo tenía treinta y ocho años. Sus reliquias se repartieron entre varios santuarios. Beda cuenta algunos de los milagros que se les atribuían. Era muy natural que aquel monarca que tanto se había preocupado en vida por los pobres y los enfermos, les restituyese la salud después de su muerte. Antiguamente se veneraba a San Oswaldo como héroe nacional de Inglaterra, y su culto se popularizó en Escocia, Irlanda, Portugal, el norte de Italia, Bohemia, el sur de Alemania y Suiza. El santo es el patrono de Zug, en Suiza. Su culto ha decaído un tanto, pero todavía se celebra su fiesta en varias diócesis de Inglaterra. En Argyll, tiene una misa propia. En Meissen y Tréveris, lo mismo que en Inglaterra, se celebra su fiesta el 9 de agosto; pero el Martirologio Romano le menciona el día 5.

Prácticamente todo lo que sabemos sobre San Oswaldo procede de la *Historia Eclesiástica* de Beda. Sin embargo, C. Plummer enumera varias biografías posteriores (vol. II, p. 161). En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II, puede verse la que escribió Drogo en el siglo XI; la de Reginaldo de Durham se encuentra en la edición que hizo Arnold de las obras de Simeón de Durham (Rolls Series). Plummer (pp. 159-160) estudia el culto de San Oswaldo en Europa Central. Las notas del mismo autor al texto de Beda son importantes, así como las de la edición hecha por Mayor y Lumby (1881). Acerca del culto del santo en Suiza, cf. el artículo de E. P. Baker en *Archaelogia*, vol. XCIII (1949), pp. 103-123; por lo que se refiere al norte de Italia, véase otro artículo del mismo autor en *Archaelogia*, vol. XCIV (1951), pp. 167-194.

6: LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR

EL REDENTOR quiso manifestar su majestad en el misterio de la Transfiguración para mostrar que en medio del sufrimiento se encuentra la consolación y para dejarnos un símbolo sensible de la gloria que nos espera en el otro mundo. Hallándose en Galilea, más o menos un año antes de la Pasión, Cristo escogió por testigos de su gloria a los tres discípulos predilectos que habrían de presenciar más tarde la agonía en el Huerto de los Olivos: Pedro, Santiago y Juan. Quiso que los testigos fuesen tres, para que no se pudiese dudar de su testimonio y, al mismo tiempo, no quiso mostrar públicamente su gloria para enseñarnos a guardar en secreto las gracias y favores espirituales que recibimos. Quien se envanece de esas gracias no está guiado por el Espíritu de Dios, sino por el amor propio o el orgullo que le exponen a ilusiones peligrosas. Los verdaderos discípulos de Cristo aman la oscuridad y, sin dejar por eso de invitar a todas las criaturas a alabar con ellos a Dios, tienen por lema las palabras de Isaías (XXIV, 16): "Mi secreto para mí". En esa forma, evitan que se les atribuya la gloria que sólo se debe a Dios. Por ello, Jesucristo quiso realizar el milagro de su Transfiguración lejos de las miradas de los hombres y condujo a los tres Apóstoles elegidos a una montaña, después de anunciarles que, según su costumbre, deseaba retirarse a orar en la soledad.

La tradición afirma, como lo hacen notar San Cirilo de Jerusalén, San Juan Damasceno y otros Santos Padres, que el Señor se dirigió al Monte Tabor, que se yergue como una especie de pilón de azúcar en la llanura de Galilea. Aquel fue el sitio en que el Hijo de Dios se mostró en toda su gloria. La Transfiguración tuvo lugar mientras oraba, porque en la oración es donde las almas reciben generalmente las consolaciones divinas y gustan la suavidad de las dulzuras de Dios. Muchos cristianos ignoran este efecto de la oración, porque jamás se han consagrado a ella con fervor y perseverancia, ni han tratado de despegarse de las creaturas mediante la humildad, la abnegación de sí mismos y la mortificación de los sentidos. Quien no es puro de corazón no verá a Dios. El cristiano bien dispuesto recibe del Espíritu Santo el espíritu de oración y se purifica cada vez más, espiritualizando sus afectos. La Transfiguración del Señor es, entre otras cosas, el prototipo eminente de la transfiguración de los afectos del cristiano.

En el oriente es más pronunciada que en el occidente la tendencia a conmemorar con fiestas especiales los incidentes narrados en los Evangelios. Por consiguiente, lo más probable es que la fiesta de la Transfiguración sea de origen oriental. Lo que consta con certeza es que antes del año 1000 se celebraba ya solemnemente la fiesta de la Transfiguración en la Iglesia bizantina el 6 de agosto. Ver el *Synaxarium Constant.* (ed. Delehaye, p. 897), y Nilles, *Kalendarium Manuale*, vol. I, pp. 235-238. Algunas Iglesias de occidente celebraban esporádicamente la Transfiguración en diversas fechas. El Papa Calixto III la convirtió en fiesta de la Iglesia universal para conmemorar la victoria obtenida sobre los turcos en 1456. Cf. F. G. Holweck, *Calendarium festorum Dei et Dei Matris* (1925), pp. 258-259.

SANTOS SIXTO II, FELICISIMO, AGAPITO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (258 P.C.)

SAN SIXTO sucedió a San Esteban I en el pontificado, el año 257. Como la disputa sobre la validez del bautismo conferido por los herejes había quedado pendiente,

San Dionisio de Alejandría consultó a San Sixto II en tres cartas y le aconsejó que contemporizase un poco con los obispos africanos y asiáticos en la controversia bautismal. En efecto, San Sixto II se mostró conciliador en ese punto y se contentó simplemente con poner en claro la verdadera doctrina; sus sucesores prosiguieron la misma política, hasta que el Concilio, mencionado por San Agustín, condenó definitivamente el error de que el bautismo conferido por los herejes era inválido. Poncio, el biógrafo de San Cipriano, califica a San Sixto II de "sacerdote bueno y pacífico".

El emperador Valeriano publicó su primer decreto contra los cristianos el año 257. La persecución produjo una gran cantidad de mártires y se recrudeció todavía más al año siguiente. Dos meses después del edicto de Valeriano, San Cipriano escribía a los otros obispos de Africa: "Valeriano ha enviado al Senado una orden que manda condenar a muerte a los obispos, sacerdotes y diáconos . . . Sabed que Sixto padeció el martirio en un cementerio, el día 6 de agosto, acompañado de cuatro diáconos. En Roma, la persecución es muy aguda. Las personas que comparecen ante los representantes del emperador no escapan del martirio ni de la confiscación de todos sus bienes. Os ruego que comuniquéis estas noticias a mis colegas, para que nuestros hermanos se preparen a la gran prueba, para que pensemos más en la inmortalidad que en la muerte y para que en nuestros corazones reine el gozo y no el temor, pues bien sabemos que los que confiesan a Cristo no mueren, sino que van a recibir la corona".

El martirio de San Sixto se llevó a cabo en un cementerio, porque durante las persecuciones, los cristianos se reunían en las catacumbas para celebrar los divinos misterios, a pesar de que Valeriano había prohibido tales reuniones. Así, nada tiene de extraño que los soldados hayan sorprendido ahí al Sumo Pontífice, quien se hallaba predicando a la asamblea, sentado en su cátedra. No sabemos si fue decapitado inmediatamente, o si fue primero juzgado. Recibió sepultura en el cementerio de San Calixto en la Vía Apia, frente al cementerio de Pretextato, en el que había sido capturado. Un siglo más tarde, el Papa San Dámaso redactó una inscripción para su tumba. San Sixto fue uno de los Papas más venerados después de San Pedro, y su nombre aparece en el canon de la misa.

Cuatro diáconos fueron hechos prisioneros al mismo tiempo que San Sixto y murieron con él: San Genaro, San Vicente, San Magno y San Esteban. Probablemente San Felicísimo y San Agapito sufrieron el martirio el mismo día y fueron sepultados en el cementerio de Pretextato. Como lo había predicho San Sixto, el otro diácono de la Ciudad Eterna, San Lorenzo, fue martirizado cuatro días más tarde.

Los documentos que afirman que San Sixto fue martizado el 6 de agosto y sepultado en la catacumba de Calixto son muy antiguos y fehacientes. CMH., (pp. 420-421), resume dichos documentos. Una lectura equivocada de la inscripción de San Dámaso llevó a Prudencio a la conclusión de que San Sixto había sido crucificado; pero en realidad murió por la espada. Por otra parte, el *Liber Pontificalis* se equivoca al afirmar que San Felicísimo, San Agapito y los "cuatro diáconos" fueron sepultados en el cementerio de Pretextato; cf. las notas de Duchesne (vol. I, pp. 155-156), y Pio Franchi de Cavalieri en *Studi e Testi*, vol. VI, pp. 147-148. Digamos de paso que todas las recensiones de la *Passio S. Sixti* carecen de valor histórico. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. LI (1933), pp. 43-49.

SANTOS JUSTO y PASTOR, Mártires (304 p.c.)

Estos dos hermanos, que eran todavía niños de escuela, vencieron con su

heroico valor el poder de Daciano, gobernador de España, en tiempos de Diocleciano y Maximiano. Daciano, que había recorrido España en persecución de los cristianos, llegó a Alcalá de Henares, donde empezó a torturar a cuantos acusados comparecían ante él. Justo tenía entonces trece años y Pastor nueve. Ambos hacían sus primeros estudios en la escuela pública de Alcalá. Al oír hablar de los tormentos que el gobernador infligía a los cristianos, los dos niños decidieron compartir la corona de los mártires. Así pues, haciendo a un lado los libros, acudieron al sitio en el que Daciano juzgaba a los confesores de Cristo y, con su conducta, manifestaron la fe que profesaban. Pronto fueron conducidos ante el juez, el cual, en vez de sentirse conmovido, se enfureció al ver que aun los niños se atrevían a hacerle frente. Persuadido de que una buena corrección bastaría para templar el entusiasmo de Justo y Pastor, los mandó azotar cruelmente. Los verdugos ejecutaron la sentencia en la forma más bárbara; pero Aquél que pone en labios de los niños sus alabanzas, dio a Justo y a Pastor la fuerza necesaria para desafiar a los perseguidores. Los espectadores quedaron asombrados ante el valor con que los dos niños se exhortaban mutuamente a permanecer fieles a la fe. Para disimular su vergüenza por verse derrotado, Daciano mandó que los mártires fuesen decapitados inmediatamente. Sus reliquias se conservan en Alcalá. Justo y Pastor son patronos de su ciudad natal y de Madrid.

Cualquiera que sea el valor histórico de las *actas* (*Acta Sanctorum*, 6 de agosto), la antigüedad y autenticidad del culto de estos dos mártires está fuera de duda. San Paulino de Nola sepultó a su hijito en Alcalá, junto a San Justo y San Pastor. Prudencio cita sus nombres entre los de los más gloriosos mártires de España. El *Hieronymianum* los menciona también el 25 de agosto. Véase *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II.

SAN HORMISDAS, Papa (523 p.c.)

Hormisdas, originario de la Campania, era un diácono de Roma, viudo, cuyo hijo San Silverio había de ceñir también la tiara pontificia. Su conducta le ganó la estima de San Enodio, obispo de Pavía, quien profetizó que un día sería Papa. La profecía se cumplió dos años después de la muerte de San Símaco, el año 514. Prácticamente, el nuevo Papa tuvo que consagrar toda su actividad al problema delicado y complejo de la situación que había producido en el Oriente el cisma provocado por Acacio de Constantinopla, con el fin de aplacar a los monofisitas. A San Hormisdas pertenece el honor de haber acabado con el cisma mediante la confesión de fe que lleva su nombre: "la Fórmula de Hormisdas". Este documento, citado todavía por el Concilio Vaticano I, es una de las pruebas más fehacientes de la autoridad que se atribuía al Papa en los seis primeros siglos.

Nada sabemos acerca de la vida privada de San Hormisdas, pero ciertamente fue un hombre inteligente y hábil, muy amante de la paz. Por ejemplo, reprendió severamente a unos monjes africanos revoltosos. En sus últimos años tuvo el consuelo de ver cesar en Africa la persecución de los vándalos.

Fuera del sucinto artículo del *Liber Pontificalis*, no hay ninguna biografía de San Hormisdas. En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II, se discute muy a fondo el aspecto de sus actividades públicas. Ver también las notas de Duchesne al *Liber Pontificalis*, vol. I, pp. [illegible]; y H. Grisar, *Geschichte Roms und der Päpste*, vol. I, pp. 478-481, y passim.

LOS MARTIRES DE CARDEÑA (Siglo IX)

Estos mártires no se mencionan en los antiguos calendarios mozárabes, ni en los anales históricos regionales, ni en los documentos antiguos de San Pedro de Cardeña, ciudad española cercana a Burgos. Aparecen por primera vez en una inscripción que data, al parecer, del siglo XII. Allí se nos dice que doscientos monjes de Cardeña fueron martirizados en el año 834 por el rey musulmán Zefa. Los críticos la consideran como falsa.

En el siglo XVI, Madrid se esforzó por hacer reconocer en Roma el culto rendido a tales mártires. Pero no se pudieron reunir las pruebas. Clemente VIII, en 1602, consintió por fin en que su elogio se pusiera el 6 de agosto. Inmediatamente, los españoles hicieron imprimir una nueva edición del Martirologio Romano (Roma, 1602) que se remitió a España. En 1603, Clemente VIII acordó para la diócesis de Burgos el oficio de los santos mártires. Fue Baronio mismo el que escribió las lecciones. Por las prisas, la mención no se insertó. Al principio del siglo XVIII, Próspero Lambertini, el futuro Benedicto XIV, hizo notar esta omisión. No se encontró en toda Roma un solo ejemplar de la edición de 1602 y tuvo que hacerse venir uno de España. La Sagrada Congregación de Ritos decretó el 15 de julio de 1724, que de allí en adelante la mención de los mártires de Cardeña fuera inscrita el 6 de agosto. El abad Esteban, que se incluye en esta mención, no figura en la inscripción que fue el origen de todo el mal.

Acta Sanctorum, 6 de agosto, vol. II, pp. 162-169. *E. Hübner, Inscr. Hispaniae christ.*, Berlín, 1871, p. 105. *Boletín de la Comisión provincial de monumentos históricos y artísticos de Burgos*, 1934, pp. 97-106, art. de M-I Garcia Rámila. A Cotarelo y Valledor *Historia crítica y documentada de la vida y acciones de Alfonso III*, Madrid, 1933, pp. 165-171 L. Barraud-Dihigo, *Rèch. sur l'hist. politique du royaume austurien*, Tours, 1921, p. 258.

7: SAN CAYETANO, Cofundador de los Clérigos Regulares Teatinos (1547 p.c.)

San Cayetano era hijo del conde Gaspar de Thiene y de María di Porto, quien pertenecía a una noble familia de Vicenza. Dos años después del nacimiento de Cayetano, en 1482, su padre murió luchando con el ejército veneciano contra el rey Fernando de Nápoles. Cayetano y sus dos hermanos quedaron al cuidado de su madre. El admirable ejemplo que la piadosa viuda dio a sus hijos, produjo espléndidos frutos, particularmente en Cayetano, a quien su extraordinaria bondad hacía muy popular. El santo estudió cuatro años en la Universidad de Padua. Los prolongados ejercicios de devoción que practicaba, no constituyeron un obstáculo para sus estudios, sino que, por el contrario, santificaron y purificaron su inteligencia y le ayudaron a penetrar más a fondo la verdad. Cayetano se distinguió sobre todo en la teología y, en 1504, se doctoró en derecho civil y canónico. Después retornó a Vicenza, donde fue nombrado senador. Decidido a proseguir los estudios sacerdotales, recibió la tonsura. En 1506, se trasladó a Roma, no en busca de cargos y honores en la corte, sino persuadido de que Dios le llamaba a dicha ciudad a realizar una gran obra. Poco después de su llegada a la Ciudd Eterna, Julio II le nombró protonotario y le concedió un beneficio eclesiástico. A la muerte del Pontífice, ocurrida en 1513, Cayetano se rehusó a continuar en su oficio y se preparó durante tres años a recibir el sacerdocio. Fue ordenado en 1516, a los treinta y tres años, y en 1518 volvió a Vicenza.

En Roma había fundado una cofradía del "Amor Divino". Se trataba de una asociación de celosos clérigos que se dedicaban con toda el alma a promover la gloria de Dios y su propia santificación. En Vicenza Cayetano ingresó en el oratorio de San Jerónimo, que tenía los mismos fines que la cofradía del Amor Divino, pero incluía también a los laicos menos favorecidos por la fortuna. Ello molestó mucho a los amigos de Cayetano, quienes consideraban esa compañía como indigna de su alcurnia, pero él no cedió y su celo produjo extraordinarios frutos. Cayetano buscaba y servía personalmente a los pobres y enfermos de la ciudad y atendía a los pacientes más repugnantes del hospital de incurables, al que favoreció mucho en el orden material. Pero, sobre todo, se preocupaba por el bien espiritual de los miembros de su congregación, a los que solía repetir: "En el oratorio rendimos a Dios el homenaje de la adoración, en el hospital le encontramos personalmente". Cayetano fundó otro oratorio en Verona. Después, siguiendo el consejo de su confesor, Juan Bautista de Crema, un dominico de gran prudencia y santidad, se trasladó en 1520 a Venecia, donde se alojó en el hospital de la ciudad y prosiguió la misma forma de vida. Tantos regalos hizo a dicho hospital, que se le consideraba como su fundador principal. El santo pasó tres años en Venecia, donde introdujo la bendición con el Santísimo Sacramento y promovió mucho la comunión frecuente. Acerca de esto escribió: "No estaré satisfecho sino hasta que vea a los cristianos acercarse al Banquete Celestial con sencillez de niños hambrientos y gozosos y no llenos de miedo y falsa vergüenza."

La cristiandad atravesaba por entonces un período de crisis. La corrupción que reinaba había debilitado a la Iglesia desde antes de la aparición del protestantismo y había ofrecido un pretexto aparente a la Reforma. Por otra parte, el clero, tanto el regular como el secular, en vez de oponerse a la decadencia de la religión y a la perversión de las costumbres, se había dejado hundir en la indiferencia y la disipación. La Iglesia estaba enferma "en la cabeza y en los miembros". Angustiado ante tal espectáculo, San Cayetano fue a Roma en 1523 a hablar sobre ello con los miembros de la cofradía del Amor Divino. Todos estuvieron de acuerdo en que era necesario, primero, reavivar en el clero el celo que había animado a los Apóstoles. A fin de conseguir que el clero cayese en la cuenta de sus obligaciones, decidieron fundar una orden de Clérigos Regulares que tomasen como modelo la vida de los Apóstoles. Los primeros compañeros de San Cayetano fueron Juan Pedro Caraffa, que era entonces obispo de Teato y fue más tarde Papa con el nombre de Pablo IV; Pablo Consiglieri, miembro de la familia Ghislieri, un caballero de Milán, llamado Bonifacio da Colle. Clemente VII aprobó la fundación, y Caraffa fue elegido superior general. Los miembros de la nueva orden tomaron el nombre de teatinos, derivado de la diócesis de Teato. El 14 de septiembre de 1524, los cuatro primeros miembros cambiaron sus vestiduras prelaciales por el hábito religioso e hicieron los votos en San Pedro, en presencia de un delegado pontificio. Los principales fines de la orden eran la predicación de la sana doctrina al pueblo, el cuidado de los enfermos, la restauración del uso frecuente de los sacramentos y la renovación del clero. La vida común era de regla, y la insistencia en el voto de pobreza es característica de la nueva orden.

Los teatinos no obtuvieron un éxito inmediato y, en 1527, cuando la orden

no contaba más que con una docena de miembros, un incidente estuvo a punto de acabar con ella. El ejército de Carlos V saqueó la Ciudad Eterna; la casa de los teatinos fue destruida y éstos escaparon a Venecia. En 1530, terminó el período de superiorato de Caraffa, y San Cayetano fue elegido para sucederle. Después de aceptar el cargo con gran renuencia, se dedicó a trabajar enérgicamente por la reforma del clero y puso particularmente a prueba su caridad, durante una epidemia que se desató en Venecia a causa de la llegada de unas naves de levante.

Tres años después, Caraffa fue elegido superior general por segunda vez y envió a San Cayetano a Verona, donde tanto el clero como los fieles se oponían a la reforma de costumbres que el obispo de dicha ciudad trataba de introducir. Poco después, San Cayetano pasó a Nápoles a fundar una casa de su orden. El conde de Oppido le regaló una casa muy amplia y trató de darle unos terrenos, pero el santo se rehusó a aceptarlos. En vano alegó el conde que los napolitanos no eran tan ricos y generosos como los venecianos, San Cayetano se limitó a responder: "Tal vez tengáis razón, pero Dios es el mismo en ambas ciudades." El ejemplo, la predicación y el trabajo apostólico del santo, produjeron una notable mejoría en la ciudad. Hemos de mencionar en particular el éxito con que se opuso a tres apóstatas, un laico, un agustino y un franciscano, que predicaban respectivamente el sociniamismo, el calvinismo y el luteranismo. En los últimos años de su vida, San Cayetano fundó con el Beato Juan Marinoni los "Montes de Piedad", que fueron aprobados poco antes del Concilio de Letrán. Muy fatigado por la intensa actividad que debió desplegar para apaciguar la guerra civil en Nápoles y desalentado por la suspensión del Concilio de Trento, del que tanto había esperado para el bien de la Iglesia, San Cayetano tuvo que guardar cama en el verano de 1547. Los médicos le aconsejaron que pusiese un colchón sobre su lecho de tablas, pero él respondió: "Mi Salvador murió en la cruz; dejadme, pues, morir también sobre un madero." Una semana después, el domingo 7 de agosto, exhaló el último suspiro. La comisión encargada de examinar los numerosos milagros del santo los aprobó después de un riguroso escrutinio. La canonización tuvo lugar en 1671.

San Cayetano fue una de las figuras más destacadas entre los reformadores que precedieron al Concilio Tridentino. Y la fundación de los clérigos regulares, es decir, sacerdotes que vivían en comunidad y se obligaban con los votos religiosos, pero se dedicaban al ejercicio de los ministerios pastorales, desempeñó un papel muy importante en la reforma católica. En la actualidad, los clérigos regulares prosiguen su tarea en pequeños grupos, si exceptuamos el numerosísimo cuerpo de los jesuitas.

Ninguno de los compañeros de San Cayetano escribió su biografía. La de A. Caracciolo, que puede verse en *Acta Sanctorum* (agosto, vol. II) fue escrita unos sesenta años después de la muerte del santo. Probablemente la estrecha amistad de San Cayetano con Caraffa (quien ascendió al trono pontificio ocho días después de la muerte del santo y cuyo pontificado fue sumamente impopular) hacía difícil escribir en aquella época sobre los teatinos. Pero en la era moderna, varios historiadores de la talla de Pastor, G. M. Monti y O. Premoli, han hecho luz sobre muchos puntos que habían permanecido en la oscuridad. Aunque se trata de una obra muy breve, el *S. Gaetano Thiene* de O. Premoli (1910) constituye tal vez el mejor retrato del santo. Basándose en cartas inéditas, Pio Paschini, *S. Gaetano... o le origine dei... Teatini* (1926), estudió muy a fondo los primeros años de la carrera del santo. No podemos recomendar sin reservas la biografía de R. de Maulde la Clavière: cf. las reseñas de la edición original y de la edición corregida, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXII, p. 119, y vol. XXIV, p. 419. La biografía italiana del P. Chiminelli

(1948) es muy completa. La biografía española de L. Ruiz de Cárdenas (1947) es más breve y de tono más popular.

SANTA CLAUDIA, Matrona (Siglo I)

En su segunda epístola a Timoteo (IV, 21), San Pablo dice: "Eubulo, Pudente, Lino, Claudia y todos los hermanos, te saludan". Claudia era sin duda una dama de importancia. Las "Constituciones Apostólicas", que datan del siglo IV, afirman que Claudia era la madre de Lino, y San Ireneo dice que Lino sucedió a San Pedro en el pontificado. El poeta Marcial menciona en sus "Epigramas" a una dama británica, llamada Claudia Rufina, que era la esposa de su amigo Aulo Pudente, y algunos identifican a éste con el Pudente al que se refiere San Pablo. Por otra parte, una tradición independiente de la anterior afirma que Santa Claudia era hija del rey británico Caractaco, a quien el general romano Aulo Plaucio derrotó y envió prisionero a Roma con su familia en el año 51. El emperador Claudio los puso en libertad. Una de las hijas de Caractaco se quedó en Roma y fue bautizada con el nombre de Claudia. Según la tradición, ésa es la Claudia mencionada por el Apóstol. Otros opinan que Claudia no era hija de Caractaco, sino de Cogidubno, un aliado británico de Claudio que adoptó el nombre de dicho emperador. Todas estas teorías son posibles, pero carecen de pruebas, ya que ni siquiera sabemos con certeza si Claudia era realmente la esposa de San Pudente.

Lightfoot (*Apostolic Fathers*, vol. I, pte. I, pp. 76-79) discute las teorías mencionadas, a propósito de San Clemente y de Pudente y afirma que no existen datos en favor de la probabilidad de ninguna de ellas.

SAN DONATO, Obispo de Arezzo (362 p.c.)

Donato fue el segundo obispo de Arezzo, en la Toscana. Aunque el Martirologio Romano afirma que fue martirizado ahí, en la época de Juliano el Apóstata, parece cierto que no murió por la fe. El Martirologio Romano le asocia con el monje San Hilario, quien probablemente fue martirizado en Ostia, y cuenta que San Gregorio el Grande le atribuía el milagro de haber restaurado un cáliz que los gentiles habían destrozado. También existe cierta confusión entre San Donato de Arezzo y otro San Donato, obispo de Euroea en el Epiro.

La antigüedad del culto de San Donato como confesor es indudable. Su *pasión* (*Acta Sanctorum*, agosto, vol. II) se basa en la historia ficticia de San Galicano, a quien el Martirologio Romano consagra un largo párrafo el 25 de junio.

SAN VICTRICIO, Obispo de Rouen (*c.* 407 p.c.)

Entre los grandes obispos de la Iglesia occidental en el siglo IV, se distinguieron tres prelados de las Galias: San Hilario de Poitiers, San Martín de Tours y San Victricio de Rouen. Este último tiene menor fama porque poseemos menos datos acerca de él, en tanto que existen numerosos documentos sobre la vida de los otros dos. Probablemente nació no lejos de Scheldt hacia el año 330. Su padre, o uno de sus próximos ancestros, había sido soldado de la legión romana llamada "victrix". Nada sabemos acerca de sus primeros años, pero sí

que a los diecisiete ingresó en el ejército, y poco después se convirtió al cristianismo. En aquella época, la Iglesia no había decidido todavía la legitimidad de la carrera militar y no faltaban hombres buenos y sabios que pensaban que un cristiano no tenía derecho a abrazar la carrera de las armas. Así pues, San Victricio las depuso durante un desfile militar y renunció a la carrera (cf. San Martín de Tours, quien se vio en las mismas circunstancias). Como su período de servicio no había terminado, el tribuno consideró el gesto de Victricio como una falta de disciplina y le mandó azotar. Como permaneció inconmovible, durante el castigo, el tribuno apeló al "comes" (conde), quien le condenó a muerte por deserción. San Paulino de Nola afirma en una de sus cartas que una intervención milagrosa del cielo impidió la ejecución de la sentencia. En todo caso, Victricio y otros soldados cristianos fueron dados de baja del ejército y se los puso en libertad.

A este acontecimiento sigue una laguna en la vida de San Victricio. Cuando volvemos a encontrarle, era ya obispo de Rouen. Debió ser elegido hacia el año 386. En su diócesis había aún muchos gentiles. El obispo trabajó celosamente por su conversión e introdujo en Rouen la vida monástica, que todavía no estaba muy organizada por aquella época en las Galias. Los monjes y monjas de San Victricio eran un "grupo de ascetas, enflaquecidos por la penitencia" y un "coro de vírgenes, cuya vida es a los ojos de Dios todavía más espléndida de lo que parece ruda a los ojos del mundo". San Ambrosio regaló a San Victricio muchas reliquias de santos que el pueblo de Rouen recibió en solemne procesión, para depositarlas en un santuario. A propósito de la traslación de esas reliquias, San Victricio predició o escribió su tratado "Sobre la alabanza de los santos", que es a la vez un panegírico y una tesis sobre su culto. Desde el punto de vista literario, dicho tratado es particularmente interesante para el estudio del "cursus" rítmico. El santo obispo fundó varias parroquias rurales, que en aquella época eran casi una novedad. Sin embargo, la conversión de los campesinos paganos fue muy lenta y duró todavía dos siglos. San Victricio predicó en el Artois, en el occidente de Flandes, en Hainault y en Brabante. Pero lo más importante de su obra fue la fundación de centros monásticos, que los bárbaros destruyeron en las invasiones del siglo V. La fama de la prudencia y santidad de San Victricio llegó hasta Inglaterra y, el año 396, el santo fue a ese país, a petición de algunos prelados, para zanjar las diferencias que existían entre ellos. Ignoramos sobre qué versaban tales diferencias; lo cierto es que según su propia expresión, San Victricio "hizo todo lo que pudo, aunque no tal vez todo lo que de él se esperaba . . . Inspiré a los sabios el amor de la paz, lo enseñé a quienes eran capaces de comprenderlo, lo expliqué a los ignorantes y lo expuse a los obstinados, con insistencia oportuna e importuna . . ."

Hacia el fin de su vida, San Victricio fue acusado de herejía, e hizo un viaje a Roma para defenderse. Consiguió sin dificultad probar su inocencia y recibió del Papa San Inocencio I, el año 404, una famosa carta decretal sobre cuestiones disciplinarias; en ella hablaba el Pontífice de la costumbre de que los obispos refiriesen a la Santa Sede las causas más importantes (*causae maiores*). No sabemos con exactitud en qué año murió san Victricio.

Dada la importancia del papel que desempeñó San Victricio en la historia, es curioso que tengamos tan pocos datos acerca de él. Nuestra información se reduce prácticamente a los datos que se encuentran en las cartas de San Paulino de Nola. E. Vacandard, en la

colección *Les Saints*, publicó un estudio excelente sobre lo que sabemos de San Victricio (1903). Cf. C. Jullian, *Historie de la Gaule*; y E. de Moreau, *Histoire de l'Eglise en Belgique*, vol. I (1945). Acerca de la influencia que San Victricio ejerció sobre San Patricio, véase al P. Grosjean, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIV (1946), pp. 94-99.

SAN ALBERTO DE TRAPANI (1307 P.C.)

ALBERTO DE TRAPANI, llamado también Alberto de Sicilia, nació en la población siciliana de Trapani. Se dice que sus padres, Benito Adalberti y Juana de Palizze, no habían tenido hijos en muchos años de matrimonio y prometieron que, si el cielo les concedía uno, le consagrarían a Nuestra Señora del Carmen. Como quiera que haya sido, el joven Alberto ingresó en el Carmelo. Después de su ordenación, fue enviado al convento de Messina, donde predicó con gran éxito, sobre todo entre los judíos. A las mortificaciones de regla, añadía muchas austeridades voluntarias, entre otras, la de rezar todas las noches antes de acostarse, de rodillas ante un crucifijo, el salterio entero. Por desgracia, la biografía del santo data de mucho después de su muerte, de suerte que éste y otros detalles no están probados. El biógrafo de San Alberto cuenta que, cuando el rey de Nápoles puso sitio a Messina, los habitantes estaban a punto de morir de hambre y, por otra parte, Federico III de Sicilia concibió la idea de poner fuego a la ciudad para evitar que cayese en manos del enemigo. Entonces, los habitantes acudieron a San Alberto y, a su intercesión, atribuyeron la llegada de varios navíos cargados de víveres que habían logrado romper el sitio.

San Alberto hizo una peregrinación a Palestina, la cuna de su orden y ahí sus milagros le hicieron tan famoso como en su patria. Esto es, cuando menos, lo que cuenta su biógrafo; pero está probado que el santo no fue nunca a Tierra Santa y es posible que los milagros sean también apócrifos. San Alberto pasó los últimos años de su vida en una ermita de las cercanías de Messina. Trescientos años después, cuando Santa María Magdalena de Pazzi se sintió tentada a abandonar la comunidad carmelita de Florencia y retornar al mundo, imploró la intercesión de San Alberto en el cielo: el santo la libró de esa tentación y se le apareció para confirmarla en su buen propósito. San Alberto no ha sido nunca canonizado formalmente, pero su culto fue aprobado en 1476.

Todas las biografías se basan directa o indirectamente en la biografía latina, que puede verse en *Analecta Bollandiana*, vol. XVII (1898), pp. 317 ss. Dicha biografía data apenas de principios del siglo XV. Cf. B. Zimmerman, *Monumenta historica Carmelitana*, pp. 259, 422, etc.

BEATOS AGATANGELO y CASIANO, MÁRTIRES (1638 P.C.)

EL FUNDADOR y primer director de las misiones capuchinas de oriente, en el siglo XVII, fue el P. José de París (Joseph Leclerc du Tremblay), llamado "Su Eminencia Gris", por la influencia que ejerció sobre Richelieu y Luis XIII. A principios de 1629, cinco capuchinos desembarcaron en Alexandretta; uno de ellos era el P. Agatángelo de Vendôme.

Había nacido en Vendôme, en 1598. A los veintiún años ingresó en el convento de los capuchinos de Le Mans. En 1625, recibió la ordenación sacerdotal y se entregó celosamente a la predicación en su región natal, hasta que

recibió la orden de partir a Siria. En Aleppo ejerció los ministerios sacerdotales entre los comerciantes franceses e italianos, en tanto que aprendía el árabe. Pronto llegó a dominar esa lengua lo suficiente para predicar en ella. Solía visitar frecuentemente a los musulmanes y a los cristianos disidentes y así consiguió ganarse la benevolencia de personajes tan importantes como el "imán" de la principal mezquita y el jefe de los derviches. A pesar de la prohibición de la Congregación de *Propaganda Fide* de predicar públicamente el Evangelio a los mahometanos, el P. Agatángelo explicaba a los turcos las verdades de la fe. Lo único que pretendía era crear un clima de tolerancia e interés por el cristianismo, ya que era un misionero demasiado inteligente para tratar de obtener, por el momento, resultados más positivos.

En 1630 se fundó en El Cairo una misión capuchina. Como no prosperase, el P. Agatángelo fue enviado allá en 1633 para encargarse de la dirección. En El Cairo se reunieron con él otros tres misioneros venidos de Marsella. Uno de ellos era el P. Casiano de Nantes, francés de nacimiento, pero de familia portuguesa. Pronto se convirtió éste en el brazo derecho del P. Agatángelo y le secundó ardientemente en la tarea de conseguir que la Iglesia copta (es decir, la Iglesia de Egipto) volviese a la unión con la Santa Sede. El P. Agatángelo entró personalmente en contacto con los obispos coptos y el patriarca Mateo le dio plena libertad de entrar en todos los templos de los disidentes. Con permiso especial de Roma, el P. Agatángelo solía celebrar la misa, predicar y catequizar en dichos templos; así consiguió reconciliar con la Iglesia a cierto número de coptos. Los capuchinos determinaron ganarse también a los monjes coptos, pues entre ellos se elegía a los obispos. Así pues, en 1636, el P. Agatángelo, acompañado por el P. Benito de Dijon, emprendió un largo viaje al monasterio de Dair Antonios, en la baja Tebaida.

Los monjes los recibieron bien, y los misioneros permanecieron ahí cuatro meses, durante los cuales el P. Agatángelo tuvo con los monjes largas discusiones doctrinales y les dio pláticas espirituales. Uno de los dos libros de que se servía para dichas pláticas era el tratado "De la Santa Voluntad de Dios" del P. Benito de Canfield (Guillermo Fitch), quien fue el primer misionero capuchino en Inglaterra en tiempos de persecución. Dos de los monjes se reconciliaron con la Iglesia y el P. Agatángelo les pidió que permanecieran en el monasterio, con la esperanza de que pudiesen hacer algo por la conversión de sus hermanos. Era éste su modo de proceder ordinario, dado que no había en Egipto iglesias católicas del rito copto para que los reconciliados con Roma pudiesen asistir a los divinos misterios. Los sacerdotes católicos tenían permiso de celebrar la misa en los templos de los disidentes y los fiele estaban autorizados a asistir a ellos para que así no se quedasen sin sacramentos y, al mismo tiempo, servían de levadura entre sus hermanos disidentes. Pero la Congregación de la Propagación de la Fe publicó un decreto por el que declaraba ilícita esa práctica. El P. Agatángelo consultó el asunto con el custodio de Tierra Santa, quien le respondió: "Creo que si los eminentes prelados romanos hubiesen sabido las condiciones que reinan en estos países, no habrían publicado ese decreto. Todos los frailes de aquí piensan como yo." Ante el acuerdo general de los misioneros de Palestina y Egipto sobre el punto, el P. Agatángelo escribió una larga carta al cardenal prefecto, en la que exponía las razones teológicas, canónicas y prácticas que había para retirar el decreto. El asunto pasó a la competencia del Santo Oficio. Ignoramos lo que respondió esa ins-

titución, pero probablemente dio la razón a los misioneros, ya que los sucesores del P. Agatángelo en El Cairo sostuvieron la misma política, sin que se les molestase por ello.

Desgraciadamente, como en tantos otros casos, el mayor obstáculo para la reconciliación entre la Iglesia copta y Roma, lo constituyeron los católicos latinos. Algunos años antes, el patriarca copto había entrado en prometedoras negociaciones con los cónsules de Francia y Venecia. Los misioneros habían intentado valerse del renombre y del poder de Su Majestad Cristianisima en la obra de evangelización; pero quienes habían emprendido las negociaciones habían muerto ya, y el cónsul francés de la época del P. Agatángelo era un hombre de vida tan escandalosa, que a su casa se le dio el nombre de "sinagoga de Satanás". Por otra parte, los europeos llevaban en El Cairo una vida tan poco recomendable que, según escribía el P. Agatángelo a sus superiores, ese escándalo público convertía a la Iglesia "en objeto de abominación para los coptos, los griegos y los otros cristianos, de suerte que será muy difícil que superen su aversión por los latinos." En 1637, fue nombrado un nuevo cónsul francés, mejor que el anterior, pero no por ello cambió la situación. En ese mismo año, el patriarca copto reunió un sínodo para discutir la cuestión de la reconciliacion con Roma, y uno de sus consejeros se opuso a ello alegando expresamente la conducta escandalosa de los católicos en El Cairo: "La Iglesia Romana en nuestro país es un lupanar", exclamó. El P. Agatángelo, que se hallaba presente, no pudo negarlo y se limitó simplemente a advertir que por terribles que fuesen los pecados de los católicos, no alteraban la verdad y santidad profunda de la Iglesia. Después del sínodo, escribió una carta al cardenal prefecto. En ella le explicaba que, desde hacía tres años, había solicitado en vano la autorización de excomulgar públicamente a los católicos de vida más escandalosa y que había hecho cuanto estaba de su mano por la unión: "He clamado, he acusado, he amenazado ... Y mi celo, no sé si razonable o indiscreto, me obliga a exigir que quienes poseen la autoridad hagan uso de ella. Pero son como perros cobardes que no se atreven a morder. Haga Vuestra Eminencia lo que su celo por la gloria de Dios le dicte ... Por el amor de Cristo crucificado y de su bendita Madre, haga algo por remediar este enorme escándalo. Por mi parte, no me considero responsable de él ante Cristo, quien ha de juzgarnos a todos ..." Unos cuantos días después, el P. Agatángelo partió a Abisinia con el P. Casiano.

En 1637, se había proyectado la fundación de una misión capuchina en Etiopía, y el P. Agatángelo y el P. Casiano habían estado en espera de la orden de partir a ella. El P. Casiano estaba destinado desde hacía varios años a Etiopía. Con miras a ello, había aprendido en El Cairo el amharic, que era el principal idioma de Etiopía. Ambos misioneros sabían perfectamente el peligro al que se exponían, debido a los recientes sucesos políticos y religiosos en Abisinia y fraguaron un plan para evitarlo: lo que no sabían era que cierto médico luterano alemán, Pedro Heyling, muy hostil a los católicos, estaba decidido a perderlos. Así pues, cuando los misioneros llegaron a Dibarua, en las cercanías de Suakin, a principios del verano de 1638, fueron arrestados y conducidos a pie a Gondar.

Al día siguiente de su llegada, comparecieron, encadenados, enlodados y con el hábito desgarrado, ante el rey Basílides y toda la corte. El Beato Casiano respondió así a las preguntas del monarca: "Somos religiosos católicos, origi-

narios de Francia. Hemos venido a invitaros a la reconciliación con la Iglesia católica. El patriarca Marcos ha recibido una carta del patriarca de Alejandría y nos conoce bien. Quisiéramos hablar con él". Marcos, el nuevo primado de la Iglesia de Etiopía, había sido amigo del P. Agatángelo en El Cairo. Pero el Dr. Heyling se había encargado ya de cambiarle las ideas, y el primado se negó a recibir a los misioneros. "Es verdad que yo conocí a Agatángelo en Egipto" dijo, pero es un demonio, un hombre muy peligroso. Después de haber tratado de convertir a los egipcios a su religión, viene ahora a hacer lo propio con nuestro pueblo. No quiero verle y os aconsejo que condenéis a ambos a la horca." Un mahometano fue a discutir el asunto con el primado, pero éste no hizo más que repetir, con mayor violencia, su declaración previa. Basílides se inclinaba a desterrar a los misioneros, pero Heyling, Marcos y la madre del rey, hicieron que la chusma exigiese la pena de muerte. Los misioneros fueron condenados, en vista de que se negaron a abjurar de la fe católica y a abrazar la doctrina monofisita.

Al llegar a los árboles en que los iban a colgar, hubo cierta dilación. El P. Casiano increpó a los verdugos: "¿Qué esperáis? Estamos prontos a morir." Los verdugos respondieron: "Hay que esperar a que lleguen las cuerdas." "¿Acaso no estamos atados con cuerdas?", replicó el misionero. Así pues, los mártires fueron ahorcados con sus propios cíngulos. Antes de que exhalasen el último suspiro, el primado se presentó en el sitio y gritó a la multitud: "Apedread a los enemigos de la fe de Alejandría, si no, quedaréis excomulgados." Inmediatamente la chusma comenzó a apedrear a los mártires. El Beato Agatángelo tenía cuarenta años; el Beato Casiano, treinta. Se cuenta que los cadáveres brillaron con una luz misteriosa durante tres noches consecutivas. Basílides, aterrorizado, ordenó que se les diese sepultura. Pero unos católicos escondieron los cuerpos y, hasta la fecha ignoramos dónde los depositaron. En 1905, Pío X beatificó a Agatángelo de Vendôme (uno de los más notables misioneros del siglo XVII y a su fiel compañero, Casiano de Nantes.

Véase Ladislas de Vanne, *Deux martyrs capucins* (1905); y Antonio de Ponterera, *Vita e martirio dei B B. Agatangelo e Cassiano* (1904).

8: SAN JUAN MARIA VIANNEY, Cura de Ars (1859 p.c.)

LA SANTIDAD tiene una belleza innegable. Y de tiempo en tiempo aparece un santo que se gana la admiración del mundo, como Santa Teresita del Niño Jesús o "el santo Cura de Ars". La popularidad de este último es tanto más notable, cuanto que no se le puede rodear tan fácilmente de ese halo de sentimentalismo que, algunas devotas indisciplinadas y explotadores sin escrúpulos, colocan sobre la cabeza de Santa Teresita del Niño Jesús La primera dificultad surge ante el rostro duro del cura santo, porque no se puede crear un atractivo superficial ante una cara de Voltaire santificado. La vida de un párroco pueblerino francés es tan desconocida en el extranjero como puede serlo la vida interna en un convento del Carmelo. Juan María Vianney nació en Dardilly, cerca de Lyon, el 8 de mayo de 1786. Tres años después, estalló la Revolución Francesa, y un sacerdote que había jurado la

Constitución quedó al frente de la parroquia de Dardilly, de suerte que los padres del futuro santo tenían que asistir a la misa que celebraba, de vez en cuando, algún sacerdote fugitivo. Durante el reinado del Terror, que fue tan devastador en Lyon como en París, Juan María se encargaba de cuidar el rebaño de su padre, Mateo Vianney, en ambas orillas del riachuelo de Planches. Juan María era un niño tranquilo y piadoso, que exhortaba a sus compañeros a ser buenos. Aunque no carecía de cierta habilidad en el juego de bolos, prefería generalmente jugar "a la iglesia". A los trece años hizo su primera comunión, en secreto. Poco después, se restableció en Dardilly el culto regular y, cinco años más tarde, Juan María confesó a su padre que quería ser sacerdote. El buen hombre, que no podía pagar los estudios de su hijo ni deseaba prescindir de sus servicios en el trabajo de la granja, no mostró el menor entusiasmo por el proyecto, de suerte que el joven tuvo que aguardar hasta los veinte años para realizarlo. A esa edad, partió al pueblecito de Ecully, donde el P. Balley había fundado un seminario parroquial.

Los estudios le causaron grandes dolores de cabeza, pues carecía de aptitudes para ellos y sólo había ido unos cuantos meses a la escuela que se había abierto en Dardilly cuando él tenía nueve años. El latín le resultaba tan cuesta arriba que, durante algún tiempo, tanto Juan María como su maestro creyeron que no lograría aprenderlo. En el verano de 1806, Juan María emprendió a pie una peregrinación al santuario de San Juan Francisco de Regis, que distaba más de cien kilómetros, para obtener la ayuda de Dios en sus estudios. Durante el camino vivió de limosna y pidió alojamiento por caridad. La peregrinación no aumentó sus aptitudes para los estudios, pero le ayudó a superar la crisis de desaliento. El año siguiente, recibió el sacramento de la confirmación, que le confirió todavía mayor fuerza para la lucha; en él tomó Juan María el nombre de Bautista. La gracia del sacramento llegó en un momento muy oportuno, pues esperaba al joven otra prueba muy difícil. En efecto, como su nombre no estuviese incluido en la lista de los que hacían estudios eclesiásticos, fue llamado al servicio militar. El P. Balley intentó explicar el error a las autoridades y Mateo Vianney trató de conseguir un sustituto para su hijo, pero todo fue en vano y Juan María hubo de presentarse en Lyon el 26 de octubre de 1809. Dos días después, cayó enfermo y fue internado en el hospital, de suerte que su regimiento partió a España sin él. Entonces recibió la orden de ir a reunirse con otro regimiento en Roanne, el 5 de enero por la mañana. Pero, cuando iba en camino, se detuvo a orar en una iglesia y llegó a su destino cuando el destacamento ya había partido. Las autoridades militares le ordenaron que alcanzase al destacamento en Renaison, sin más insignia militar que la mochila. Cuando se hallaba descansando un poco en las montañas de Le Forez, se presentó ante él un desconocido que se echó a los hombros su mochila y le ordenó que le siguiese. Juan quedó tan desconcertado, que no discutió la orden y siguió al desconocido hasta una cabaña del remoto pueblecito montañés de Les Noës. Hasta entonces cayó en la cuenta de que el desconocido era un desertor del ejército y que en los bosques de los alrededores se ocultaban otros muchos como él. Juan María comprendió que se hallaba en una situación muy comprometida y no supo qué hacer. Al cabo de unos días de reflexión, decidió presentarse al alcalde de la localidad. El Señor Fayot era un hombre bondadoso y de gran sentido común; haciendo notar a Juan María que ya era técnicamente un desertor, le aconsejó que escogiese el menor de los males

y se quedase escondido; además, tuvo la bondad de buscarle alojamiento en casa de un primo suyo. El escondite de Juan María era un gran montón de heno en el establo. Con el pseudónimo de Jerónimo Vincent, pasó catorce meses en Les Noës, entregado al estudio del latín, a la enseñanza de los hijos de su huésped y a colaborar en los trabajos de la granja; así se ganó el respeto y el cariño de todos. Los soldados estuvieron a punto de echarle mano en varias ocasiones; en una de ellas, cuando se hallaba escondido bajo el montón de heno, el sable de uno de los gendarmes le rozó las costillas. En marzo de 1810, el emperador, con ocasión de su matrimonio con la archiduquesa María Luisa, concedió la amnistía a todos los desertores. A principios del año siguiente, el hermano de Juan María se enroló como sustituto voluntario y el santo pudo volver al pueblo.

En 1811 recibió la tonsura y, a fines del año siguiente, fue a estudiar filosofía en el seminario menor de Verrières. Naturalmente, no se distinguió en los estudios; pero trabajó con tal humildad y tesón que, en el verano de 1813, pasó al seminario mayor de Lyon. Ahí se daban todas las clases en latín y, aunque los superiores tuvieron en cuenta las cualidades de Juan María y le facilitaron las cosas todo lo posible, éste no pudo dar pie con bola. A fines del primer trimestre, abandonó el seminario y se trasladó a Ecully para estudiar bajo la dirección personal del P. Balley. Tres meses después, se presentó al examen y, en el oral lo hizo tan mal, que los examinadores no pudieron por menos de reprobarle. En consecuencia, no se le podía admitir para el sacerdocio, pero le aconsejaron que intentase conseguir la ordenación en otra diócesis. El P. Balley fue entonces a ver al P. Bochard, uno de los examinadores, quien aceptó acompañar al rector del seminario en una entrevista privada con Juan María. Los dos sacerdotes quedaron muy bien impresionados con la conversación y fueron a presentar al vicario general el caso del "seminarista menos sabio y más devoto de Lyon". El P. Courbon, que gobernaba la diócesis en ausencia del obispo, sólo les preguntó una cosa: "¿Es bueno el señor Vianney?". "Sí, es un verdadero modelo", fue la respuesta. "En tal caso, puede ordenarse tranquilamente; Dios hará el resto". El 2 de julio de 1814, Juan María recibió las órdenes menores y el subdiaconado y volvió a Ecully a proseguir sus estudios. En junio de 1815 (cinco días después de la batalla de Waterloo), recibió el diaconado y, el 12 de agosto, se le confirió el sacerdocio. Al día siguiente, cantó su primera misa y fue nombrado vicario del P. Balley, a cuya intuición y perseverancia debe la Iglesia, después de Dios, el que Juan María Vianney haya recibido el sacerdocio.

El vicario general de Lyon había dicho en la ordenación de Juan María: "La Iglesia no necesita sólo sacerdotes sabios, sino también sacerdotes santos". Y Mons. Simon, obispo de Grénoble, había predicho que sería "un buen sacerdote". En efecto, Juan María sabía todo lo que un sacerdote necesita saber, aunque no lo hubiese aprendido en los libros. Por ejemplo, por lo que toca a la teología moral, el P. Bochard le había examinado a fondo sobre "casos" difíciles y el santo había respondido muy acertadamente, basándose en el sentido común, pues la casuística no es más que una aplicación del sentido común. Poco después de haber sido nombrado vicario de Ecully, Juan María recibió las facultades para oír confesiones. Su primer penitente fue su propio párroco, y su confesonario empezó pronto a llenarse de fieles. Más tarde, había de pasar las tres cuartas partes de la jornada en el confesonario. Sin hacer alarde de

ello, el párroco y el vicario empezaron a emularse en la austeridad y vivían como monjes de la Tebaida. Aquel acusó a éste ante el vicario general, de "sobrepasar todos los límites", y el vicario acusó al párroco de practicar mortificaciones excesivas. El P. Courbon no pudo menos de sonreír y de manifestar que los fieles de Ecully podían considerarse felices de tener dos sacerdotes que hiciesen penitencia por ellos. En 1817, murió el P. Balley, cosa que produjo una pena enorme a su vicario. A principios del año siguiente, el P. Vianney fue nombrado cura de Ars-en-Dombes, una remota aldea de 230 almas, "que era, en todos los sentidos de la palabra, un verdadero agujero".

Se ha exagerado mucho la decadencia espiritual de Ars en la época en que el P. Vianney llegó a la aldea, como se ha exagerado también la "ignorancia" del párroco. En realidad, la población de Ars no era mejor ni peor que la de cualquier aldea a principios del siglo XX: ni el vicio, ni la inmoralidad se practicaban abiertamente, pero tampoco existía una religiosidad muy pronunciada; podría decirse que el gran pecado de Ars era, ni más ni menos, "el mortal escándalo de la indiferencia en la vida ordinaria". Por lo demás, había varias familias profundamente cristianas, entre las que se contaba la del alcalde y la de "la señora del castillo". "La señora del castillo" era la Srita. Garnier des Garets ("Mademoiselle d'Ars"), dama sinceramente piadosa, aunque su piedad tenía algo de ostentoso. El nuevo cura (que en realidad no era entonces más que una especie de capellán o vicario aislado) no sólo continuó, sino que redobló sus penitencias, sobre todo el empleo de la disciplina. Durante los seis primeros años, no comió prácticamente nada más que patatas para hacer penitencia por sus "débiles ovejas". Los malos espíritus de la impureza, la embriaguez y la injusticia "sólo se arrojan con el ayuno y la oración"; ahora bien, como el pueblo de Ars no parecía muy dispuesto a orar y ayunar, el santo cura se propuso hacerlo por su grey.

Una vez que hubo visitado todas las casas de la localidad y organizado el catecismo de los niños, el P. Vianney decidió emprender a fondo la reconversión de Ars. Para ello se valió del trato personal con los habitantes, de la dirección espiritual en el confesonario y de la predicación. Preparaba cuidadosamente sus sermones y los pronunciaba con naturalidad y fervor.* Las gentes del lugar estaban demasiado preocupadas por los asuntos materiales y demasiado habituadas a la indiferencia para convertirse de golpe. Por otra parte, en aquella época todavía se dejaba sentir la influencia del jansenismo en la doctrina y los métodos de muchos teólogos y directores espirituales, ortodoxos pero demasiado rigoristas. Así pues, nada tiene de extraño que el cura de Ars haya sido muy estricto. Había en la población muchas tabernas, en las que se gastaba inútilmente el dinero, se practicaba la embriaguez y se charlaba en forma inconveniente. Las dos tabernas más próximas a la iglesia fueron las primeras en cerrar sus puertas por falta de clientes. Más tarde, desaparecieron otras dos. Cierto que se abrieron luego otras siete, pero todas fracasaron. El señor cura luchó con todas sus fuerzas contra la blasfemia, la mundanidad y la obscenidad y, como no vacilaba en pronunciar desde el púlpito las expresiones que ofendían a Dios, nadie podía llamarse a engaño. Durante más de ocho años predicó la perfecta observancia de las fiestas de la Iglesia, que no consistía simplemente en asistir a la misa y

* "¿Eran largos los sermones del Señor Cura?, preguntó Mons. Convert. Sí, muy largos, y siempre versaban sobre el infierno... Hay quienes dicen que no hay infierno; pero el Señor Cura era de los que de veras creen en él".

a las vísperas, sino en suprimir todo trabajo que no fuese absolutamente necesario. Pero, sobre todo, declaró guerra a muerte al baile, pues lo consideraba como una ocasión de pecado para los que bailaban y para los que veían bailar. El P. Vianney se mostraba implacable con los que bailaban, tanto en público como en privado; si no prometían renunciar definitivamente al baile y no cumplían su palabra, les rehusaba la absolución. La batalla contra el baile y la falta de modestia en el vestir, duró veinticinco años, pero el santo Cura acabó por ganarla.*

En 1821, el territorio de Ars fue convertido en parroquia sufragánea y, en 1823, pasó a formar parte de la nueva diócesis de Belley. Con esa ocasión, los enemigos del P. Vianney (pues su celo no dejaba de crearle algunos) le acusaron ante el obispo, quien envió al deán del cabildo a investigar. Mons. Devie quedó pronto convencido de la inocencia de su súbdito; con el tiempo, llegó a tener gran confianza en él y aun le ofreció una importante parroquia, pero el P. Vianney se negó a aceptarla, después de mucho cavilar. La fama de santidad y eficacia del Cura de Ars se había ido difundiendo; varios párrocos le pidieron que fuese a predicar misiones en sus parroquias, y las gentes asaltaban su confesonario. En 1824, el P. Vianney inauguró en Ars una escuela gratuita para niñas, regenteada por Catalina Lassagne y Benita Lardet, a quienes él mismo había enviado a formarse en un convento. De dicha escuela nació tres años más tarde la famosa institución de "La Providencia", que era un asilo para niños y jóvenes huérfanos o abandonados. No se aceptaba un céntimo de ninguno de los pupilos, ni siquiera de los que podían pagar, y las directoras y colaboradoras no percibían salario alguno. Se trataba de una institución de caridad, que vivía de limosnas y se preocupaba sobre todo por la salvación de las almas. En algunas temporadas, el número de pupilos llegaba a sesenta y el P. Vianney tenía que sudar para sostener a su gran familia. En cierta ocasión, el granero se llenó milagrosamente de trigo; en otra oportunidad, el cocinero aseguró que había hecho diez panes de veinte libras cada uno con sólo unas cuantas libras de harina, gracias a las oraciones del P. Vianney. Esos milagros fueron transformando poco a poco la actitud de los fieles de Ars, y los visitantes se hacían lenguas del orden y la excelente conducta que reinaban en "La Providencia". Pero el elemento decisivo del cambio que se operó en la aldea fue el ejemplo del P. Vianney: "Nuestro cura es un santo y tenemos que obedecerle". "No somos mejores que las gentes de otros pueblos; lo que pasa es que tenemos a un santo entre nosotros". Algunos llegaban hasta a decir: "Lo que él nos manda es la voluntad de Dios y, por ello, debemos obedecerle". Pero aun ésos obedecían, en realidad, porque el P. Vianney era un hombre de Dios.

En tanto que el pueblo se convertía lentamente a la vida cristiana, el Cura de Ars era objeto de una verdadera persecución por parte del demonio. En toda la hagiología no existe un solo caso en el que la acción del demonio haya sido tan larga, variada y violenta. Los fenómenos iban desde los ruidos y voces hasta los ataques personales. En cierta ocasión, el lecho del párroco se incendió inexplicablemente. La persecución que comenzó en 1824, duró más de treinta años, con algunas intermitencias. Por lo demás, varias personas tuvieron ocasión de presenciar sus efectos. Pero el P. Vianney tomaba la acción del demonio con tal naturalidad, que parecía considerarla como parte normal de la jornada. El P. Toccanier le dijo una vez: "Seguramente que os asustáis mucho en algunas ocasiones". El P. Vianney replicó: "A todo se acostumbra uno, amigo mío. El diablo y yo somos ya casi compinches". Además de la persecución del demonio, el Cura de Ars tuvo que soportar los ataques de los que, si la naturaleza humana no fuese lo que es, nos sentiríamos tentados a calificar de preternaturales. Algunos de sus hermanos en el sacerdocio (generalmente no los mejores ni más inteligentes), incapaces de apreciar la santidad del P. Vianney, recordando sus fracasos intelectuales en el seminario y prestando oídos a las hablillas, criticaban su "celo indiscreto", su "ambición" y su "presunción", y llegaban hasta a tratarle de "charlatán" e "impostor". El P. Vianney comentaba a este propósito: "¡Pobre curita de Ars! ¡Qué cantidad de cosas desagradables se imaginan sobre él! Hay quienes por hablar de él se olvidan de predicar el Evangelio". Pero los enemigos del cura no se limitaron a criticarle en la sacristía, sino que le denunciaron al obispo de Belley. El P. Vianney se negó a defenderse y Mons. Devie le dejó en paz, tras de hacer algunas investigaciones. En cierta ocasión en que un sacerdote calificó de "loco" al Cura de Ars, Mons. Devie, haciendo alusión a ello, dijo a su clero durante el retiro anual: "Señores, confieso que me sentiría muy orgulloso si todos vosotros tuviéseis algo de esa locura".

Otro de los hechos extraordinarios que deben mencionarse es que Ars se convirtió en un sitio de peregrinación en vida del santo. Y los peregrinos no iban para visitar el santuario de "su querida Santa Filomena", que él había construido, sino para ver al párroco. Indudablemente que había una parte de curiosidad en esas peregrinaciones, pues es imposible mantener secretos los hechos extraordinarios como el de la multiplicación de los panes y los ataques del demonio. Pero la causa principal de las peregrinaciones, que fueron haciéndose cada vez más frecuentes y numerosas, era el deseo de recibir los consejos del Cura en el confesonario. Y eso era sobre todo lo que enfurecía a los sacerdotes que no querían al P. Vianney, algunos de los cuales llegaron incluso a prohibir a sus feligreses que fuesen a ver al Cura de Ars. Desde 1827, empezaron a acudir a Ars los peregrinos del exterior. Entre 1830 y 1845 hubo un promedio de trescientos peregrinos por día. En Lyon se abrió una oficina especial para los viajeros que iban a Ars y se puso a la disposición del público una serie de billetes de ida y vuelta por ocho días, pues era imposible conseguir hablar con el santo Cura en menos tiempo. Ello significaba que el P. Vianney tenía que pasar doce horas diarias en el confesonario durante el invierno y dieciséis horas durante el verano. No contento con eso. en los quince últimos años de su vida predicaba todos los días a las once de la mañana. Se trataba de sermones muy sencillos, pues el santo no tenía tiempo para prepararlos, que llegaban al corazón de los hombres más cultos y de los más endurecidos. Ricos y pobres, sabios y sencillos, buenos y malos, clérigos y laicos, obipos, sacerdotes y religiosos, todos acudían a Ars a arrodillarse en el confesonario del santo Cura y a sentarse en los bancos del catecismo. El P. Vianney no perdía el tiempo en dar consejos largos; generalmente sólo decía unas cuantas palabras, una sola frase, pero esa frase tenía toda la autoridad de un santo y revelaba con frecuencia un conocimiento sobrenatural del estado del alma del penitente. Muchas veces, el santo corregía el número de años que habían pasado desde la última confesión del penitente, o le recordaba algún pecado que había olvidado. El arzobispo de Auch manifestó

* El Cura de Ars pintó sobre el arco de la capilla de San Juan estas palabras: "Sa tête fut le prix d'une danse!"

que lo único que le dijo el P. Vianney había sido: "Amad mucho a vuestro clero". Al superior general de un instituto religioso consagrado a la enseñanza dijo únicamente: "Amad mucho al buen Dios". Durante la confesión de los pecados, el santo repetía constantemente: "¡Qué pena, qué pena!" y lloraba sin cesar. Las gentes hacían viajes de centenares de kilómetros y esperaban a veces día tras día en la iglesia para poder confesarse con él. Y las conversiones se multiplicaban.

Al principio, el santo trataba a los forasteros con el mismo rigor que a los habitantes de Ars, pero con los años adquirió experiencia sobre las necesidades y posibilidades de cada alma y un conocimiento más profundo de la teología moral, de manera que el rigor fue cediendo ante la compasión, la bondad y la ternura. Desaconsejaba a las almas la multiplicación de las devociones y recomendaba sobre todo el Rosario, el Angelus, las jaculatorias y las oraciones de la liturgia. Solía decir: "La oración privada es como un poco de paja encendida que se arroja al viento y arde con llamas muy pequeñas. En cambio, la oración litúrgica es como si se juntase en un haz toda la paja; entonces arde de veras y el fuego sube al cielo como una columna". "En el P. Vianney no había afectación ninguna, nada de exclamaciones, suspiros y trances; cuando estaba muy conmovido, se limitaba a sonreír o a llorar".

Hemos hecho mención de su poder de leer en las almas; su conocimiento de los hechos pasados y futuros no era menos extraordinario que sus milagros. Aunque con frecuencia se critica irreflexivamente la inutilidad de los milagros de los santos, ciertamente no se puede hacer ese reproche a los del Cura de Ars. Sus profecías no se referían a los asuntos públicos, sino a la vida de los individuos y siempre iban dirigidas a ayudar y consolar a las almas. En cierta ocasión, dijo el santo que el conocimiento de los hechos ignorados se le presentaba en forma de recuerdos. Así, por ejemplo, narró lo siguiente al P. Toccanier: "En una ocasión dije a cierta mujer: ¿Sois vos la que abandonó a su marido en un hospital y se niega a ir a verle? Ella me preguntó: ¿Cómo lo sabéis, puesto que yo no lo he dicho a nadie? Ante tal réplica, yo quedé todavía más sorprendido que ella, pues tenía la impresión de que ella misma me había contado toda la historia". La baronesa de Lacomblé, que era viuda, se hallaba muy agitada porque un hijo suyo de dieciocho años estaba decidido a casarse con una joven de quince. Así pues, decidió ir a consultar al Cura de Ars, a quien nunca había visto. Cuando entró en la iglesia la encontró tan llena de gente, que le cruzó por la mente el pensamiento de que nunca llegaría a hablar con el párroco e inició el movimiento para retirarse. Pero súbitamente, el P. Vianney salió del confesonario, se dirigió a la baronesa y le murmuró al oído: "Dejadlos que se casen. Van a ser muy felices". El señor cura dijo a una sirvienta que en Lyon le aguardaba un grave peligro; gracias a este aviso, la joven pudo escapar, unos cuantos días más tarde, de las manos de un criminal que se dedicaba a asesinar a las jóvenes y aun presentó testimonio en el proceso que se instituyó contra él. En 1854, el Cura de Ars anunció con gran convicción al obispo de Birmingham, Mons. Ullathorne: "Estoy persuadido de que la Iglesia va a recobrar su antigua grandeza en Inglaterra". Un día preguntó en la iglesia a una joven forastera: "¿Vos me habéis escrito, hija mía?" "Sí, Padre". "Entonces no tengáis ningún cuidado, porque pronto entraréis en el convento; la superiora os escribirá dentro de algunos días". Así sucedió, en efecto, aunque el P. Vianney no había dicho una palabra a la superiora. La Srita. Henry, que

tenía una tienda en Chalon-sur-Saone, fue a Ars a pedir al P. Vianney que rogase por la salud de una tía suya que estaba enferma. El santo le aconsejó que volviese inmediatamente a su pueblo. "Mientras vos estáis aquí", le dijo, "os están vaciando la tienda". En efecto, la joven encontró a su ayudante robando la tienda. Su tía recobró la salud.

El Cura de Ars acostumbraba atribuir las curaciones que obraba a la intercesión de Santa Filomena. Lo primero que exigía de los que solicitaban un milagro, era una fe ferviente y él mismo practicaba en grado sumo esa virtud cuando creía conveniente pedir un milagro para sostener sus obras de caridad en los momentos difíciles. Pero las profesoras de la escuelita de Ars sabían perfectamente cuál era el mayor de los milagros del santo; haciendo eco a lo que se decía en otro tiempo de San Bernardo, decían: "La obra más difícil, extraordinaria e impresionante del Cura de Ars fue su propia vida". Cada día, cuando el P. Vianney salía de la iglesia a la hora del Angelus del mediodía para ir a tomar en la casa parroquial los alimentos que le enviaban de "La Providencia", había personas que querían demostrarle su agradecimiento, respeto y amor. A veces tardaba más de veinte minutos en recorrer el corto espacio que separaba la iglesia de la casa parroquial. Los enfermos de cuerpo y alma se arrodillaban para pedirle que los bendijese y orase por ellos; no sólo le tomaban por la mano, sino que le arrancaban trozos de la sotana. Ello constituía una gran mortificación para el sacerdote, quien repetía: "¡Qué devoción tan mal encauzada!" Naturalmente, el santo suspiraba por la soledad y la quietud, sin embargo, por extraordinario que parezca, el buen cura estuvo en Ars contra su voluntad los cuarenta y un años que pasó ahí, y toda su vida tuvo que luchar contra su deseo personal de entrar en la Cartuja. Tres veces huyó de Ars. En 1843, después de haber sufrido una grave enfermedad, el obispo y el señor de Garets tuvieron que emplear toda su diplomacia para hacerle volver.

En 1852, Mons. Chaladon, obispo de Belley, nombró al P. Vianney canónigo honorario; pero hubo que imponerle la muceta casi por la fuerza y, no conforme con quitarse la vestidura y olvidarla, la vendió por cincuenta francos, que dedicó a una obra de caridad. Tres años más tarde, algunos altos personajes, bien intencionados pero poco acertados, consiguieron que se nombrase al P. Vianney caballero de la orden imperial de la Legión de Honor. Pero él se rehusó absolutamente a aceptar la imposición de la cruz imperial y jamás la portó sobre la sotana: "Si me presento con esta clase de juguetes ante Dios a la hora de la muerte, El puede decirme que ya recibí mi premio en la tierra. Verdaderamente no sé cómo pudo ocurrírsele al emperador enviarme esta cruz, a no ser que haya querido condecorarme como desertor". En 1853, el santo cura intentó por última vez huir de Ars. Es conmovedora la narración de su regreso a la parroquia, cuando se le dijo que le aguardaba en ella una multitud de pobres pecadores que le necesitaban. Catalina Lassagne declaró con ingenua sorpresa: "Seguramente pensaba que ésa era la voluntad de Dios". Y tal vez ésa era en realidad la voluntd de Dios, que concedió a su siervo unos cuantos años de paz y reposo para que se consagrase de lleno a la contemplación, que ya había producido en él sus más altos frutos de éxtasis y visiones. Es posible que el obispo, Mons. Chalandon, haya cometido un error al no permitirle renunciar a la cura de almas, pero el P. Vianney no lo consideró así y se consagró con mayor celo que nunca al ministerio. En el año de 1858, más de 100,000 peregrinos fueron a Ars, cuando el párroco era ya un anciano de setenta y tres años y, el esfuerzo

que debió realizar para atenderlos, acabó con su salud. El 18 de julio de 1859 comprendió que se acercaba el fin y, el 29 del mismo mes, se metió en cama para no levantarse más. "Ha llegado el fin de un pobre hombre", declaró. "Mandad llamar al párroco de Jassans". Todavía oyó en el lecho algunas confesiones. Cuando se esparció la noticia de su gravedad, acudieron a Ars gentes de todas partes. Veinte sacerdotes acompañaron al P. Beau cuando éste llevó los últimos sacramentos al santo Cura, quien comentó: "Es triste recibir la comunión por última vez". El obispo de Belley llegó a toda prisa el 3 de agosto. A las dos de la madrugada del día siguiente, en medio de una tormenta de truenos y relámpagos, el santo Cura de Ars exhaló apaciblemente el último suspiro.

Pío XI canonizó a San Juan María Bautista Vianney en 1925 y, en 1929, le proclamó principal patrono del clero parroquial.

La biografía del Cura de Ars escrita por Mons. F. Trochu (1928), se basa en un cuidadoso estudio de los documentos del proceso de beatificación y canonización y será probablemente la mejor en mucho tiempo. Dicha obra arroja luz sobre muchos puntos oscuros de las biografías escritas por el P. Monnin (1899) y José Vianney (1911): en la introducción y en las notas el autor da la referencia detallada de las fuentes que utilizó. La voluminosa obra de A. M. Zecca, *Ars e il suo curato* (1929) no es tanto una biografía cuanto una recopilación muy amena de las impresiones de los peregrinos de Ars. Entre las biografías cortas merece especial mención la de H. Ghéon, *L'âme du Curé d'Ars* (1929), y *Autour du Curé d'Ars* (1950). Sus sermones fueron editados en cuatro volúmenes por M. A. Delaroche (1925).

SANTOS CIRIACO, LARGO y ESMARAGDO, MÁRTIRES (Fecha desconocida).

LA LEYENDA de San Ciriaco y sus compañeros es una novela que carece de valor histórico. Se cuenta en ella que Ciriaco, quien era diácono, junto con Sisinio, Largo y Esmaragdo, prestó ayuda a los cristianos condenados a trabajar en la construcción de las termas de Diocleciano. Al ser arrestado, Ciriaco libró de la posesión diabólica a Artemia, la hija del emperador. Este, para mostrarle su agradecimiento, le regaló una casa, que Ciriaco transformó en iglesia ("titulus Cyriaci"). El rey de Persia, cuya hija sufría también de posesión diabólica, le mandó llamar; Ciriaco fue y la curó. A su vuelta a Roma se le aprehendió por orden de Maximiano, junto con Largo y Esmaragdo. Los tres fueron torturados y decapitados el 16 de marzo en la Vía Salaria, junto con muchísimos otros. El 8 de agosto, el Papa San Marcelo I trasladó los restos de los mártires al cementerio que tomó el nombre de Ciriaco, en el camino de Ostia.

La "Depositio Martyrum" (354 P.C.) demuestra que San Ciriaco fue realmente martirizado y que desde muy antiguo se celebraba en Roma su fiesta en este día; dicha obra afirma que el santo se hallaba sepultado muy cerca del hato del kilómetro séptimo en el camino de Ostia, junto con Largo, "Inxmaracdus" y otros tres mártires cuyos nombres se citan. Delehaye hace notar que se ha confundido a este Ciriaco con el que fundó el "titulus Cyriaci", y en torno al cual se creó más tarde toda una leyenda que constituye un episodio de las actas espurias del Papa San Marcelo.

Véase Delehaye en CMH., p. 425 (cf. también pp. 190 y 431-433); Duchesne, *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, vol. XXXVI, pp. 49-56.

SAN HORMIDAS, MÁRTIR (c. 420 P.C.)

COMO UN sacerdote hubiese puesto fuego a un templo mazdeano, Yazdagir I, rey de Persia, renovó la terrible persecución contra los cristianos, emprendida por su predecesor, Sapor II. El desdichado sacerdote que acarreó tanto daño a sus hermanos, comprendió demasiado tarde que el mejor método cristiano de evangelización es la persuasión y no la violencia. Pero su horrible muerte no aplacó la ira del rey. No es fácil, dice Teodoreto, describir las crueldades que se inventaron entonces para torturar a los cristianos. A la muerte de Yazdagir, su hijo Baram continuó la persecución. Una de las principales víctimas fue Hormidas. Era éste un noble persa, hijo del gobernador de una provincia. Baram le mandó llamar y le conminó a renunciar a la fe en Cristo. Hormidas respondió: "No lo haré. Ello ofendería a Dios y sería un pecado contra la caridad y la justicia. Quien se atreve a violar la ley suprema del soberano Señor del universo no tendrá reparo en traicionar a su rey, que no es sino un simple mortal. Si esto último es un crimen, ¿cuánto más lo será el abjurar de la fe en Dios, gobernador del universo?" Al oír tal respuesta, el rey le privó de los bienes y honores propios de su dignidad, le arrebató la túnica y le condenó a cuidar de los camellos del ejército. Algún tiempo después, Baram vio a Hormidas tostado por el sol y cubierto de polvo. Recordando entonces la antigua posición del joven y el alto cargo que ocupaba su padre, se apiadó de él, le mandó llamar, le dio una túnica, y le dijo: "Renuncia a tu obstinación y abjura de la fe en el Hijo del carpintero". Hormidas se quitó la túnica, la arrojó lejos de sí y dijo: "¿Crees acaso que es tan fácil tentarme a abandonar la ley de Dios? ¡Ahí tienes tu regalo!" El rey, enfurecido, le mandó de nuevo a cuidar los camellos. No sabemos cuándo ni en qué circunstancias tuvo lugar el martirio de San Hormidas.

Ver *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II, donde se cita todo el pasaje de Teodoreto, lib. V., c. 39. Cf. igualmente Assemani, *Bibliotheca orientalis*, vol. III, pte. 2, p. 384. A lo que parece el Martirologio de Rabbán Sliba hace alusión a San Hormidas el 1o. de septiembre; sobre este punto cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXVII (1908), p. 193.

BEATA JUANA DE AZA, MATRONA (c. 1190 P.C.)

SEGÚN se cuenta, la madre de Santo Domingo nació en el castillo de Aza, cerca de Aranda, en Castilla la Vieja. No sabemos nada acerca de sus primeros años, pero seguramente que se casó muy joven, según la costumbre de su país en aquella época. Su esposo, Félix (tal vez Félix de Guzmán), era gobernador de Calaruega, villa de la provincia de Burgos. A propósito de Santo Domingo, Dante escribió: "¡Feliz Calaruega!" En ella se escuchaba el suave murmullo de la brisa entre las flores nuevas del jardín de Europa. A lo lejos, las olas rompían sobre la playa y, más allá, el sol naufragaba cada atardecer". Ahí vivían Juana y su marido y ahí nacieron sus cuatro hijos: Antonio, el que fue canónigo de Santiago y vendió cuanto tenía para consagrarse al servicio de los pobres y enfermos en un hospital; Manes, quien siguió los pasos de Santo Domingo; y la única hija de Juana y Félix, quien tuvo dos hijos que ingresaron también en la orden fundada por su tío. Cuando Antonio y Manes eran ya clérigos y hombres maduros, la Beata Juana, que deseaba tener más hijos, fue a orar en la iglesia abacial de Silos. Según se cuenta, Santo Domingo de Silos se le apareció en sueños y le anunció que pronto tendría un hijo y que sería una lumbrera de la

Iglesia. En prueba de agradecimiento, Juana determinó imponer a su hijo el nombre de Domingo.

Antes del nacimiento de éste, la madre soñó "que llevaba un perro en el vientre y que el perro saltaba fuera con una antorcha en el hocico y ponía fuego al mundo entero". El perro se convirtió en el símbolo de la orden de Santo Domingo y dio origen al juego de palabras "Domini canes" (los perros guardianes del rebaño del Señor). La madrina del bautismo de Domingo (dicen otros que fue la propia Beata Juana) tuvo otro sueño en el que vio al niño con una estrella tan brillante sobre la frente, que todo el mundo estaba iluminado con la luz que proyectaba. Por eso se pinta algunas veces a Santo Domingo con una estrella. Juana se encargó del cuidado de su hijo hasta que éste cumplió los siete años; entonces, le envió a estudiar bajo la dirección de su tío, que era párroco de Gumiel d'Izán. Los biógrafos posteriores cuentan varias leyendas más acerca de la infancia de Domingo.

Pocas madres de santos han alcanzado el honor de la beatificación: Juana es una de ellas y debió tal honor a sus propias virtudes y no a las de sus hijos. Los hagiógrafos suelen alabar a los padres de sus héroes, pero la madre de Santo Domingo merecía realmente esas alabanzas, ya que su belleza espiritual era tan grande como su belleza corporal, y supo comunicar ambas al más notable de sus hijos. El pueblo empezó a venerar a la beata desde el momento de su muerte. La ermita de Uclés, que Juana frecuentaba para ver a los Caballeros de Santiago, recibió su nombre, así como una de las capillas del cementerio de Calaruega. A petición del rey Fernando VII, el culto de la Beata Juana fue confirmado en 1828.

Tal vez los pocos datos que hemos dado sobre la beata no tienen un fundamento histórico suficientemente sólido. Véase, sin embargo, Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines*, pp. 13. ss; R. Castaño, *Monografía de Santa Juana* (1900). Procter *Dominican Saints*, pp. 215-219. y las principales biografías de Santo Domingo.

BEATO JUAN FELTON, MÁRTIR (1570 P.C.)

EL 25 de febrero de 1570, San Pío V publicó la bula "Regnans in excelsis" contra la reina Isabel, quien a la sazón era todavía católica en apariencia. La bula excomulgaba a Isabel, la declaraba privada del trono y absolvía a los católicos del juramento de fidelidad, porque la reina se había proclamado jefe de la Iglesia en Inglaterra, había dado asilo a varios herejes, aprimido a los católicos e impulsado a sus súbditos a la herejía y al repudio de la Santa Sede. El 25 de mayo por la mañana, los habitantes de Londres encontraron un copia de la bula de excomunión de Isabel, clavada sobre la puerta en la casa del obispo de la ciudad, contigua a la catedral de San Pablo. El autor de la hazaña era Juan Felton, un caballero originario de Norfolk, que vivía en Southwark.

Pronto fue descubierto. En efecto, habiéndose encontrado otra copia de la bula en casa de un abogado católico muy conocido, en Lincoln's Inn, se le sometió a la tortura y confesó que Juan Felton le había dado el ejemplar. Inmediatamente fue capturado Felton en Bermondsey. Pero, aunque confesó al punto su culpa, no fue juzgado sino tres meses después. En el ínterin, estuvo en la prisión de Newgate y en la Torre de Londres, donde fue tres veces sometido a la tortura del potro para que delatase a los conspiradores españoles, si acaso los conocía. Pero Felton no era un conspirador político: su intento era dar a conocer, como cristiano, una bula legítima del Sumo Pontífice contra los crímenes de la

reina. El juicio se llevó a cabo en Guildhall el 4 de agosto. Juan, se declaró culpable y proclamó abiertamente la soberanía de la Santa Sede. Cuatro días más tarde se le arrastró hasta el atrio de San Pablo. El cadalso estaba situado frente a la puerta en que había clavado la bula. Al ver el cadalso, el beato tuvo un espasmo de terror, pero logró vencerlo mediante vigoroso esfuerzo de su voluntad. Señalando la puerta de la catedral, dijo: "Ahí clavé la bula del Sumo Pontífice contra la pretendida reina y ahí quiero morir por la fe católica". Después, se quitó del dedo un valioso anillo y le envió a la reina, como prueba de buena voluntad. En seguida se arrodilló, recitó el Miserere y encomendó su alma a Dios. El verdugo, apiadándose de él, tenía la intención de dejarle morir en la horca; pero la autoridad ordenó que se cortase la cuerda antes de la muerte de Juan y se le arrancase el corazón. La hija del beato, la señora de Salisbury, le oyó pronunciar dos veces en ese momento el nombre de Jesús.

La esposa de Juan Felton había sido amiga personal de la reina. Después de la ejecución de su esposo, Isabel le concedió permiso de tener un capellán en su casa. Como existen otros casos análogos a éste, es verosímil pensar que Isabel lo hizo así realmente. Tomás Felton, el hijo de Juan, que era entonces un niño de dos años, había de seguirle en el martirio dieciocho años más tarde. Juan fue beatificado por el decreto de 1886, aunque no nominalmente. No vamos a discutir aquí la cuestión de la bula "Regnans in excelsis", pero indicaremos, que el Beato Juan murió por haber divulgado un doucmento canónico de la Santa Sede contra un perseguidor y fautor de herejías, es decir, por haber defendido la jurisdicción pontificia. La cuestión de la oportunidad y justicia de dicha bula no modifica los hechos. Los Papas, aun los Papas santos, pueden equivocarse en sus opiniones. La opinión que prevalece actualmente es que la bula "Regnans in excelsis" fue un intento de poner en práctica la facultad de deponer a los soberanos, que los Papas ya no podían ejercer. Por lo demás, lo mejor será citar las palabras de otro Papa, también llamado Pío, a la Academia de la Religión católica, en 1871: "Aunque algunos Papas ejercieron el poder de deponer a los soberanos en circunstancias extremas, lo hicieron siguiendo las leyes de la época y con el acuerdo de los países católicos, los cuales profesaban tal reverencia al poder judicial del Papa, que lo extendían hasta a los príncipes y las naciones. Actualmente, las circunstancias son totalmente distintas ... A nadie se le ocurre pensar que la Santa Sede posee el poder de deponer a los soberanos ... Y al Sumo Pontífice menos que a nadie".

Hay un relato muy completo en B. Camm, LEM., vol. II (1905), pp. 1-13. Cf. también la introducción, pp. XVIII-XX. Véase J. H. Pollen, en *The Month*, febrero de 1902.

9: SAN ROMAN, MÁRTIR (258 P.C.)

SEGUN el *Liber Pontificalis*, San Román era "ostiario" (una de las cuatro órdenes menores, correspondiente a portero) de la Iglesia de Roma, que sufrió el martirio en la misma época que San Lorenzo. Las "actas" de su martirio, que carecen totalmente de valor histórico, le transformaron en uno de los soldados encargados de vigilar a San Lorenzo. Al ver el gozo y la constancia de ese mártir, Román se convirtió al cristianismo y fue instruido y bautizado en la prisión por el propio San Lorenzo. Como confesase la fe cristiana, fue juzgado,

condenado y decapitado la víspera de la ejecución de San Lorenzo y alcanzó así la corona antes que su maestro. Fue sepultado en el cementerio de Ciriaca, en el camino de Tívoli, y los itinerarios del siglo VII hablan de su sepulcro.

Cf. la nota de la edición de Duchesne del *Liber Pontificalis*, vol. I, p. 156, donde se hallan reunidos todos los datos que poseemos; y CMH., p. 428.

SAN EMIGDIO, Mártir (304 p.c.)

En Italia se profesa gran veneración a San Emigdio, sobre todo porque se le considera protector contra los terremotos. Por la misma razón, su culto se ha popularizado mucho en los últimos años en las ciudades de Los Angeles y San Francisco. La verdadera historia del santo es desconocida; pero sus "actas" nos han transmitido la leyenda. Según ellas, Emidgio era un alemán originario de Tréveris. Después de su conversión al cristianismo, se transladó a Roma, en la época del Papa Marcelo I. Lleno de celo por la fe, Emidgio entró en un templo pagano y derribó una estatua de Esculapio. Ello enfureció tanto a los paganos, que el Papa Marcelo, para proteger a Emigdio, le ordenó sacerdote, le consagró obispo y le envió a evangelizar el territorio de Ascoli Piceno. Ahí trabajó el santo con gran éxito y logró numerosas conversiones. Fue decapitado durante la persecución de Diocleciano, junto con los santos Eupolo, Germán y Valentín. Dado que San Marcelo ciñó la tiara pontificia el año 308, es imposible que él haya ordenado a San Emigdio, pero la tradición popular desprecia olímpicamente la cronología. Por otra parte, no es imposible que un copista distraído haya confundido el nombre de Marcelo con el de Marcelino, quien le precedió en el gobierno de la Iglesia. La fiesta de San Emigdio se celebra en Italia no sólo el 9 de agosto, sino también en otras fechas, según las diversas tradiciones locales.

En *Acta Sanctorum* pueden verse las *actas* del martirio de San Emigdio; pero los bolandistas consideran el escrito como espurio. Varios devotos habitantes de Ascoli y de otras ciudades de Italia han escrito acerca de su santo patrono; pero la mayor parte de esos escritos carecen de sentido crítico. Los más importantes son los volúmenes publicados por P. A. Appiani (1702), A. G. Andreucci (1729), G. Masdeu (1794), y G. Levis (1809).

BEATO JUAN DE SALERNO, (1242 p.c.)

Juan Guarna nació en Salerno hacia el año 1190. En Bolonia, donde hacía sus estudios, conoció a Santo Domingo, con quien contrajo estrecha amistad. Pronto tomó el hábito de la nueva orden. En 1219, Santo Domingo mandó a trece frailes a predicar en Etruria y nombró superior del grupo a Juan de Salerno, a pesar de que era el más joven. Los frailes se establecieron en Rípoli, cerca de Florencia. Desde ahí salían a predicar a las ciudades de los alrededores, sobre todo a Florencia. Juan predicaba diariamente en esta última ciudad y buscaba con afán a las ovejas descarriadas. Como perdiesen mucho tiempo en idas y venidas, los dominicos acabaron por establecerse en San Pancracio, junto a las murallas de Florencia. Fray Juan sufrió ahí una ruda prueba. En efecto, una joven, prendada de él, se fingió enferma y le mandó llamar para confesarse. El beato acudió al punto, y la joven aprovechó la ocasión para tentarle. Juan de Salerno la reprendió seriamente y trató de hacerla entrar en razón; pero, como eso no sirvió de nada, tuvo que salir apresuradamente. Sin embargo, no olvidó

a la joven en sus oraciones y al fin, obtuvo que ésta se arrepintiese delante de Dios y viniese a pedirle perdón humildemente. Según se cuenta, toda la ciudad se enteró de lo sucedido en la forma siguiente: Cuando un sacerdote iba a exorcizar a una posesa, el mal espíritu dijo por boca de la mujer: "Sólo es capaz de arrojarme de aquí quien pudo pasar por el fuego sin quemarse". El sacerdote le conjuró a que se explicara y, entonces, el mal espíritu contó lo que había sucedido a Juan de Salerno. El sacerdote llamó en seguida al fraile, quien arrojó al demonio de la posesa. Como poseía el don de leer en las almas, podía iluminar o humillar a sus penitentes para su mayor bien.

En 1221, se prohibió a los dominicos que fuesen a cantar el oficio divino en la Iglesia en que lo habían hecho hasta entonces. El beato se trasladó después a Santa María Novella, cuya famosa iglesia data de cincuenta años más tarde. Los patarinos —una secta que procedía de Bosnia— turbaban por entonces la paz religiosa de Italia. Gregorio IX encargó a Juan de Salerno que combatiese a dichos herejes, cuya vida y doctrina se asemejaba no poco a la de los albigenses, con los cuales se había enfrentado Santo Domingo. Los patarinos profirieron amenazas contra el beato, pero éste no se amilanó y consiguió finalmente convertir a muchos de los herejes. En su lecho de muerte, Juan de Salerno recordó a sus hermanos que la recepción de la comunión es el acto de la vida cristiana que exige mayor diligencia, devoción y pureza. Su culto fue aprobado en 1783.

En *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. III, está la biografía escrita por Juan Caroli; pero dicho texto tiene algunas lagunas, de suerte que hay que completarlo con el que fue publicado en *Analecta Bollandiana*, vol. VII (1888), pp. 85-94. Mortier habla del Beato Juan en *Histoire des maîtres généraux O.P.*, vol. I, pp. 106 ss. Véase también Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 226-228. En Taurisano, p. 11, hay una biografía más completa.

BEATO JUAN DE RIETI (c. 1350 p.c.)

Juan Bufalari nació a principios del siglo XIV, en Castel Porziano, de la Umbría. Era hermano de la Beata Lucía Amelia. Por lo poco que sabemos sobre él, su vida debió tener escasos atractivos, pero fue llena de gracia y de virtud. Juan abandonó el mundo a temprana edad e ingresó en el convento de los ermitaños de San Agustín, en Rieti. Vivía consagrado al servicio de sus prójimos, especialmente de los enfermos y forasteros y atendía con delicadeza a los huéspedes del monasterio. Pasaba largas horas en contemplación y aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían de ayudar la misa. Poseía un don de lágrimas extraordinario y lloraba no sólo por sus pecados, sino también por los de los otros. Una vez dijo, paseándose por el jardín: "¡Imposible dejar de llorar! Los árboles y las plantas y las flores que nos rodean germinan, crecen, dan fruto y mueren sin apartarse un punto de las leyes que les ha fijado el Creador. En cambio los hombres, a quienes Dios ha dado inteligencia y prometido un premio eterno, se oponen continuamente a su voluntad". Es ésta un reflexión muy sencilla y a la vez muy profunda, que no pierde nada de su fuerza por el hecho de que los vegetales, aunque quisiesen, no podrían proceder de otro modo. Ignoramos la fecha exacta de la muerte del beato. Su santa vida y los milagros obrados en su tumba, dieron origen al culto popular, que fue confirmado oficialmente en 1832.

Véase Torelli, *Secoli Agostiniani*, vol. II; y P. Seeböck, *Die Herrlichkeit der Katholischen Kirche* (1900), pp. 299-300.

10: SAN LORENZO, Mártir (258 p.c.)

POCOS mártires hay en la Iglesia tan famosos como San Lornezo. Los más ilustres padres latinos celebraron sus alabanzas y, como dice San Máximo, toda la Iglesia se une para cantar al unísono, con gran gozo y devoción, el triunfo del mártir. Era Lorenzo uno de los siete diáconos de la Iglesia de Roma, cargo de gran responsabilidad, ya que consistía en el cuidado de los bienes de la Iglesia y en la distribución de limosnas a los pobres. El año 257, el emperador Valeriano publicó el edicto de persecución contra los cristianos y, al año siguiente, fue arrestado y decapitado el Papa San Sixto II. San Lorenzo le siguió en el martirio cuatro días después. Esto es todo lo que sabemos de cierto sobre la vida y muerte del santo; pero la piedad cristiana ha aceptado y consagrado los detalles que nos proporcionan San Ambrosio, el poeta Prudencio y otros autores. Sin embargo, hemos de confesar que desgraciadamente existen razones de peso para dudar de la verdad histórica de hechos tan conmovedores como la forma de muerte que sufrió el santo y el reparto de los bienes de la Iglesia.

Según dichas tradiciones, cuando el Papa San Sixto se dirigía al sitio de la ejecución, San Lorenzo iba junto a él y lloraba. "¿A dónde vas sin tu diácono, padre mío?", le preguntaba. El Pontífice respondió: "No pienses que te abandono, hijo mío, pues dentro de tres días me seguirás". Lorenzo se regocijó mucho al saber que Dios le llamaría pronto a Sí. Inmediatamente fue en busca de todos los pobres, viudas y huérfanos y les repartió todo el dinero que tenía; también vendió los vasos sagrados y les regaló el producto de la venta. Cuando el prefecto de Roma lo supo, se imaginó que los cristianos escondían grandes tesoros y decidió descubrirlos, pues adoraba la plata y el oro tanto como a Júpiter y a Marte. Inmediatamente mandó llamar a San Lorenzo y le dijo: "Vosotros, los cristianos, os quejáis con frecuencia de que os tratamos con crueldad. Pero hoy no se trata de suplicios; simplemente quiero hacerte unas preguntas. Me han dicho que vuestros sacerdotes emplean patenas de oro, que beben la Sangre sagrada en cálices de plata y que los cirios de los sacrificios nocturnos están en candelabros de oro. Tráeme esos tesoros, pues el emperador los necesita para mantener sus ejércitos y tu doctrina te manda dar al César lo que es del César. No creo que tu Dios mande acuñar monedas de oro, pues lo único que trajo al venir al mundo fueron palabras. Así pues, entréganos el dinero y quédate con las palabras". San Lorenzo replicó sin inmutarse: "La Iglesia es, en verdad, muy rica y todos los tesoros del emperador no igualan lo que ella posee. Te voy a mostrar los tesoros más valiosos; pero para ello necesito que me des un poco de tiempo, a fin de poner las cosas en orden y hacer el inventario". El prefecto no comprendió a qué tesoros se refería Lorenzo y, al pensar que ya tenía en sus manos las riquezas escondidas, quedó satisfecho con la respuesta del diácono y le concedió tres días de plazo.

En el intervalo, Lorenzo recorrió toda la ciudad en busca de los pobres a los que la Iglesia sostenía. Al tercer día, reunidos ya en gran números, los separó en distintas filas: los decrépitos, los ciegos, los baldados, los mutilados, los leprosos, los huérfanos, las viudas y las doncellas. En seguida, fue en busca del prefecto para invitarle a ver los tesoros de la Iglesia. El prefecto, atónito ante aquella multitud de pacientes y miserables, se volvió furioso hacia Lorenzo y le

preguntó qué significaba aquello y dónde estaban los tesoros. Lorenzo respondió: "¿Por qué te enojas? Estos son los tesoros de la Iglesia". El prefecto se enfureció todavía más y exclamó: "¿Te estás burlando de mí? Sábete que nadie se burla impunemente de las insignias del poder romano. Yo sé muy bien que lo que buscas es que te condene a muerte, pues eres loco y vanidoso; pero no vas a morir tan pronto como quisieras, sino que vas a morir pedazo a pedazo". Inmediatamente mandó disponer una gran parrilla sobre el fuego para que el santo se asara lentamente. Los verdugos desnudaron a Lorenzo y le ataron sobre la parrilla, donde empezó a quemarse a fuego lento. Los cristianos vieron el rostro del mártir rodeado de un resplandor hermosísimo y respiraron el fragante perfume que despedía su cuerpo; pero los perseguidores no vieron el resplandor ni percibieron el aroma. San Agustín dice que el gran deseo que tenía San Lorenzo de unirse con Cristo le hizo olvidar los rigores de la tortura, y San Ambrosio comenta que las llamas del amor divino eran mucho más ardientes que las del fuego material, de suerte que el santo no experimentaba dolor alguno. Después de un buen rato de estar sobre las brasas, Lorenzo se volvió hacia el juez y le dijo sonriendo: "Manda que me vuelvan del otro lado, pues éste ya está bien asado". El verdugo le dio entonces la vuelta. Lorenzo dijo al fin: "La carne está a punto; ya podéis comer". En seguida oró por la ciudad de Roma, por la difusión de la fe en todo el mundo y exhaló el último suspiro.

Prudencio atribuye a la oración del santo la conversión de Roma y dice que Dios la escuchó en aquel mismo momento, porque a la vista de la heroica constancia y piedad de Lorenzo se convirtieron varios senadores. Esos distinguidos personajes transportaron sobre sus hombros el cuerpo del mártir y le dieron honrosa sepultura en la Vía Tiburtina. La muerte de San Lorenzo, comenta Prudencio, fue la muerte de la idolatría en Roma, porque desde entonces comenzó a declinar y, actualmente (*c.* 403 p.c.), el cuerpo senatorial venera las tumbas de los apóstoles y de los mártires. El poeta describe la devoción y el fervor con que los romanos frecuentaban la iglesia de San Lorenzo y se encomendaban a su intercesión y hace notar que la respuesta infalible que obtenían dichas oraciones prueba el poder del mártir ante Dios. San Agustín afirma que Dios obró muchos milagros en Roma por la intercesión de San Lorenzo; San Gregorio de Tours, Fortunato y otros autores, hablan de los milagros del santo en otros sitios. San Lorenzo ha sido, desde el siglo IV, uno de los mártires más venerados y su nombre aparece en el canon de la misa. Es absolutamente cierto que fue sepultado en el cementerio de Ciriaca, en Agro Verano, sobre la Vía Tiburtina. Constantino erigió la primera capilla en el sitio que ocupa actualmente la iglesia de San Lorenzo extra muros, que es la quinta basílica patriarcal de Roma.

Las pretendidas *actas* de San Lorenzo están llenas de confusiones y contradicciones. Además de dichas actas, existen muchos otros documentos del mismo tipo. Ver BHL., n. 6884 y nn. 7801 y 4753. Nuestro artículo se basa principalmente en el relato de Prudencio, que es bastante claro; cf. Ruinart, *Acta Sincera*. ¿Se trata simplemente de una invención poética, o representa una tradición genuina, ya sea oral o escrita? San Ambrosio (*De Officiis*, I, 41) y otros Padres antiguos sostenían que San Lorenzo había muerto quemado a fuego lento. P. Franchi de Cavalieri, *Römische Quartalschrift*, vol. XIV (1900), pp. 159-176, y *Note agiografiche*, vol. XV (1915), pp. 65-82; Delehaye, *Analecta Bollandiana*, vol. XIX (1900), pp. 452-453, y vol. LI (1933), pp. 49-58, y CMH, pp. 431-432. Ambos autores rechazan la tradición de la parrilla; pero todavía hay otros que la defienden. Ver, por ejemplo, Leclercq en DAC, artículo *Grille* (vol. VI, cc. 1827-1831), y artículo *Laurent* (vol. VIII, cc. 1917-1947). Un ejemplo de la gran devoción que tenían los romanos a San

Lorenzo es el de la vida de Santa Melania la joven (edición Rampolla, pp. 5-6), por no mencionar las numerosas iglesias y santuarios dedicados al santo. Véase J. P. Kirsch, *Die römischen Titelkirchen in Altertum*, pp. 80-84; y Huelsen, *Le Chiese di Roma del Medio Evo*, pp. 280-297. Cf. también Duchesne, *Le sanctuaire de S. Laurent*. en *Mélanges d'archéologie*, vol. XXXIX (1921), pp. 3-24.

SANTA FILOMENA, (Fecha desconocida)

EL 24 DE mayo de 1802, se descubrió en la catacumba de Santa Priscila, en la Vía Salaria Nova, una urna mortuoria que fue abierta y examinada cuidadosamente. La urna estaba cerrada con tres sellos que, en conjunto, ofrecían la siguiente inscripción con letras rojas:

LUMENA PAXTE CUM FI

Además de la inscripción, se habían dibujado ciertos símbolos: dos anclas, tres flechas, una palma y una flor (o una antorcha). Una de las teorías acerca de la inscripción sostenía que el texto original era el siguiente: *(Fi) lumena pax tecum fi (at)* ("Filomena, que la paz sea contigo"). Según los defensores de esa teoría, la urna había sido sellada apresuradamente y el artesano había borrado involuntariamente con sus herramientas las dos primeras y las dos últimas letras.

Pero la teoría más común en la actualidad es que el artesano colocó los sellos en desorden, ya fuese por la prisa, o simplemente porque no sabía leer. Por consiguiente, el texto verdadero de la inscripción sería: *Pax tecum Filumena* ("Que la paz sea contigo, Filomena"). En la urna se hallaron los huesos de una joven de trece o quince años; se conservaban enteros, excepto el cráneo, que estaba muy maltratado. Incrustado en la tierra había un frasco de cristal, con restos de algo que parecía sangre. Antes de las investigaciones de V. de Buck, Kraus y Rossi, todos creían que el símbolo de la palma y el frasco de sangre indicaban que se trataba de una mártir. Así pues, según las disposiciones de la Sagrada Congregación de Ritos que estaban en vigor en la época, los restos fueron transladados con suma reverencia a la *custodia generalis* de santas reliquias y se empezó a hablar de Filomena, virgen y mártir.

Las cosas quedaron así hasta 1805, cuando Pío VII confió el cuidado de las reliquias de Filomena al P. Francisco di Lucia, quien las trasladó a Mugnano del Cardinale en la diócesis de Nola y las depositó en uno de los altares de la iglesia parroquial. Inmediatamente empezó a hablarse de milagros y favores espirituales y temporales obtenidos por intercesión de Santa Filomena. La devoción se popularizó en toda Italia gracias a la fama de los milagros y a las "visiones", que la Iglesia nunca reconoció oficialmente, de una canonesa de Nápoles, llamada Sor María Luisa de Jesús.* En base a dichas visiones, el P. di Lucia escribió una "vida" de Santa Filomena, que incluía un relato totalmente imaginario de su martirio. La parroquia de Mugnano se convirtió en importante centro de peregrinación. La devoción se extendió a Francia y de ahí a todo el mundo. Es bien conocida la devoción que el Cura de Ars profesaba a Santa Filomena, a quien llamaba "mi querida santita", "mi agente en el cielo", por cuya intercesión obtenía cuanto pedía. La obediencia de Filomena al Santo Cura era extraordinaria. A éste no le admiraba el hecho: "¿Qué tiene ello de extraño, puesto que Dios Todopoderoso me obedece cada día en el altar?" Y no fue el Cura de Ars el único santo francés del siglo XIX que profesaba especial devoción a Santa Filomena, ya que en el mismo caso se encontraban Santa Magdalena Sofía Barat, el Beto Pedro Julián Eymard, San Pedro Luis Chanel y la Venerable condesa de Bonnault d'Houet. Lo que sí parece cierto es que, si el Cura de Ars no hubiese alabado tanto a Filomena durante treinta años, ésta no habría alcanzado una popularidad tan grande.

* Un indicio del poco valor de las pretendidas visiones es el hecho de que la santa dijo a la religiosa que su nombre se derivaba del latín y significaba "hija de la luz" ("Filia luminis"). Ahora bien, como se sabe, el nombre proviene de la palabra griega "filouméne", que significa "amada".

Por otra parte, uno de los hechos que mayor influencia tuvieron en la difusión del culto de Filomena y movieron a la Santa Sede a entrar en acción, fue la curación milagrosa de la Venerable Paulina María Jaricot, fundadora de la Asociación de la Propagación de la Fe. En 1834, los médicos la habían desahuciado. Entonces Paulina decidió hacer el viaje de Lyon a Mugnano, recostada en una silla, para encomendarse a Santa Filomena en su santuario. A su paso por Roma, se alojó en un convento, a donde fue a visitarla dos veces Gregorio XVI. El Pontífice estaba tan convencido de que Paulina moriría pronto, que le rogó que pidiese por él al llegar al cielo. Paulina llegó a Mugnano el 8 de agosto de 1835 en estado de agonía. Dos días después, al recibir la comunión en la iglesia de Santa Filomena el día de su fiesta, quedó instantáneamente curada. A su vuelta a Lyon, se detuvo nuevamente en Roma "para que la viese el Pontífice", y Gregorio XVI le prometió examinar inmediatamente la causa de Filomena. El 30 de enero de 1837, firmó el Pontífice el decreto de aprobación del culto y autorizó al clero de la diócesis de Nola a celebrar, el 11 de agosto, en honor de la santa, la misa "Loquebar"; igualmente concedió el rezo del común de vírgenes y mártires, con una lección propia en maitines. La fiesta se extendió pronto a otras diócesis, entre las cuales se contaba la de Roma. Pero el Martirologio Romano no incluyó el nombre de Filomena en la lista de los santos. Las lecciones del oficio de Filomena hacían notar que "desgraciadamente no sabemos nada acerca de su vida y de su martirio", pero afirmaban con certeza que había sido virgen y mártir. Sin embargo, no decían expresamente que los huesos encontrados en la urna fuesen precisamente los de Filomena, aunque sin duda lo suponían así.

La Sagrada Congregación de Ritos interpretó los símbolos, la inscripción y el frasco que se habían encontrado en la urna, como pruebas del martirio de Filomena. A pesar de ello, a la luz de los progresos de la ciencia, tal opinión es insostenible hoy en día. No se puede dudar que los milagros y gracias espirituales concedidos por Dios a los fieles sean una prueba de santidad, pero, ¿la santidad de quién? En efecto, el Profesor Marucchi ha arrojado graves dudas sobre la identificación de los huesos en la urna con los de Santa Filomena. Los sellos de la urna no habían sido trastocados por accidente, como se suponía, sino que habían servido anteriormente para sellar la tumba de Filomena, quien había vivido más o menos en la segunda mitad del siglo II. El artesano que selló la urna descubierta en las catacumbas de Santa Priscila había invertido deliberadamente el orden de los sellos para indicar que no pertenecían a la urna. Las verdaderas reliquias de Filomena, quien probablemente, aunque no hay certeza alguna, había sido mártir, fueron sin duda transladados con las de muchos otros a una de las iglesias de Roma, por San Paulo I o por San Pascual I (siglos VIII-IX). Por cierto que, los restos descubiertos en la urna reposan todavía en un hermoso relicario en Mugnano.

Algunos devotos de Santa Filomena, sobre todo aquellos que han recibido favores por su intercesión, miran con cierto recelo y resentimiento los resultados de las investigaciones de los peritos (aunque no son éstos menos católicos que ellos). Según esos devotos poco ilustrados, los peritos quieren "acabar con Santa Filomena" y deliberadamente ignoran el testimonio de todos aquellos que, a partir del Cura de Ars, han recibido gracias espirituales y temporales por intercesión de la santa. Pero tales acusaciones son falsas y no tenemos derecho a llamarnos a engaño en nombre de la piedad. Indudablemente que conocemos los milagros y favores obrados por Dios cuando le invocamos por la intercesión de una santa a quien llamamos Filomena; nadie puede acabar con esos favores ni con la gratitud que debemos por ellos. Pero eso no quiere decir que sepamos con certeza que la santa se llamó Filomena en su vida mortal, que fue realmente mártir y que sus reliquias son las que se hallan en Mugnano. Por lo demás, estos problemas son de importancia muy relativa. Lo que importa realmente es la influencia espiritual de aquella a quien llamamos Filomena. A este propósito podemos repetir las palabras del Señor: "¿No es acaso la vida más importante que la comida y el cuerpo más importante que el vestido?"

En abril de 1961, la Sagrada Congregación de Ritos suprimió el nombre de Filomena del Calendario de los Santos.

Este es uno de los casos en que se encuentra por un lado el veredicto prácticamente unánime de los historiadores de peso y por otro, la creencia popular, sobre la que los milagros y revelaciones hacen gran impresión. Las conclusiones del Profesor Marucchi no han sufrido cambio alguno desde que publicó su artículo *Osservazioni archeologiche sulla Iscrizione di S. Filomena*, en *Miscellanea di Storia Ecclesiastica*, vol. II (1904), pp. 365-386; posteriormente publicó otros argumentos en *Nuovo Bullettino di arch. crist*, vol. XII (1906), pp. 253-300. El P. G. Bonavenia respondió a Marucchi en dos estudios: *Controversia sul celeberrimo Epitaffio di S. Filomena* (1906), y *La questione puramente archeologica...* (1907). Más tarde, el P. Trochu, autor de una excelente biografía del Cura de Ars, publicó en dafensa de la historicidad de la mártir Filomena una monografía titulada *La 'petite Sainte' du Curé d'Ars* (1924). Se ha escrito mucho sobre la cuestión; puede verse una bibliografía muy completa en DAC., vol. v, cc. 1604-1606.

11: SANTOS TIBURCIO Y SUSANA, MÁRTIRES (¿Siglo III?)

SAN TIBURCIO es famoso por el epitafio que le dedicó el Papa San Dámaso, pero desgraciadamente la inscripción no incluye ningún detalle biográfico. Según la tradición, Tiburcio era un subdiácono romano. Entregado a los perseguidores por un apóstata, compareció ante el prefecto Fabiano. Gracias a su fe, salió ileso de los carbones ardientes sobre los que le obligaron a caminar. Pero los perseguidores atribuyeron ese milagro a la magia y decapitaron al mártir en la Vía Labicana, a cinco kilómetros de Roma. Estos detalles se hallan en las "actas de San Sebastián, que no merecen crédito alguno, pero está fuera de duda que San Tiburcio fue realmente sepultado en la Vía Labicana, en un sitio que se llama "Los Dos Laureles", donde más tarde se construyó una iglesia.

La Iglesia celebra junto con San Tiburcio a Santa Susana virgen y mártir. Se cuenta que era hija de un sabio sacerdote llamado Gabino y sobrina del Papa San Cayo. Era tan encantadora como bella y su erudición igualaba a la de su padre. El emparador Diocleciano, que buscaba esposa para su hijastro Maximiano, oyó tantas alabanzas de Susana, que mandó a Claudio, un tío de la

joven que trabajaba en la corte, a decir a Gabino que quería casar a Susana con Maximiano. Pero, en cuanto Susana se enteró del honor con que la distinguía el emperador, declaró que era esposa de Cristo y que no podía aceptar otro marido. Su tío Claudio fue, sin embargo, a visitarla y la saludó con un beso y, al ver que Susana se resistía a aceptarlo, le explicó que se trataba de una simple muestra de afecto. La joven replicó: "Lo que me repugna no es el beso sino tu boca, profanada por los sacrificios a los ídolos". Claudio le preguntó: "¿Cómo puedo limpiar mi boca?" "Arrepiéntete y recibe el bautismo", fue la respuesta.

La actitud de Susana en el asunto del matrimonio con Maximiano, impresionó tanto a Claudio, que se instruyó y recibió el bautismo, junto con su esposa, Prepedigna, y sus dos hijos. En seguida, puso en libertad a sus esclavos y repartió sus bienes entre los pobres. Como Claudio no volviese a la corte, Diocleciano envió a su hermano Máximo, otro cortesano, a averiguar la respuesta de Susana y a preguntar por la salud de Claudio, a quien creía enfermo. Máximo encontró a Claudio muy consumido por las penitencias, y éste le comunicó la decisión de Susana. Ambos fueron juntos a visitar a la joven y, después, discutieron el asunto con Gabino y el Papa San Cayo. Los cuatro hermanos comprendieron que no tenían derecho a apartar a Susana de su vocación, a pesar del peligro en que ello ponía a toda la familia. Máximo recibió también el bautismo y repartió sus bienes a los pobres. Cuando Diocleciano se enteró de la decisión de Susana y de la conversión de los dos hermanos, montó en cólera y dio permiso a uno de sus favoritos, llamado Julián, quien quería vengarse de ellos, de arrestar a todos los miembros de la familia y hacer de ellos lo que quisiese. Temiendo tal vez que Diocleciano se arrepintiera, Julián mandó trasladar inmediatamente a Máximo y Claudio y a la esposa y los hijos de este último a Cumas, donde los quemó vivos y ordenó que sus cenizas fuesen arrojadas al mar. Santa Susana y su padre fueron decapitados en su propia casa. El Martirologio Romano conmemora a San Claudio y San Máximo el 18 de febrero y a San Gabino el día siguiente.

Según parece, la leyenda es una pura invención, pero hay en ella ciertos elementos históricos bastante curiosos. Se cree que el primitivo *Hieronymianum* conmemoraba el triunfo de Santa Susana en la forma siguiente: "En Roma, en las 'Dos Casas', junto a las termas de Diocleciano, el nacimiento para el cielo de Santa Susana". Estos datos, tan breves, son fidedignos, pero probablemente se deriva de ellos la leyenda de las dos casas de Gabino y de San Cayo.

Acerca de San Tiburcio, ver los textos que cita Delehaye en CMH., pp. 434-435; y cf. el artículo de J. P. Kirsch, *Die Martyrer der Katakomb ad duas Lauros*, en *Ehrengabe deutscher Wissenschaft dargeboten von Katholischen Gelehrten* (1920), pp. 577-601; y *Damasi epigrammata* (ed. Ihm), n. 30. Mons. Duchesne reconstruyó con extraordinaria habilidad y paciencia toda la evolución de la leyenda de Santa Susana y sus tíos. Los datos topográficos son exactos, en cierto sentido; pero fueron tomados de un texto erróneo de la primera recensión del *Hieronymianum*. El pomposo nombre de Prepedigna está compuesto de la segunda parte del nombre de una mártir, Euprepe y de la primera parte del nombre del sitio de su martirio, Dinogetia, que mal escrito dio por resultado Dignae Cotiae. Duchesne alega algunas razones que le hacen pensar que la *Passio Susannae* fue compuesta hacia el año 500. Ver su artículo en *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, vol. XXXVI (1916), pp. 27-42; y cf. P. Franchi de Cavalieri, *Note Agiografiche*, vol. VII (1928), pp. 184-202; Lanzoni, *I titoli presviterali di Roma* (1925), pp. 34-50; y CMH., p. 435.

SAN ALEJANDRO EL CARBONERO, Obispo de Comana, Mártir (¿275? p.c.)

Cuando la cristiandad de Comana del Ponto creció lo suficiente para tener un obispo propio, San Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea, fue allá a presidir la elección. El santo rechazó a todos los candidatos propuestos por el clero y por el pueblo, sobre todo a uno a quien se postulaba por su alcurnia y su riqueza, y recordó a los cristianos que los Apóstoles habían sido humildes hombres del pueblo. Entonces un bromista gritó: "¡Magnífico! Elijamos a Alejandro, el carbonero." San Gregorio, que sabía que el Espíritu Santo podía valerse de aquella observación sarcástica como de cualquier otro medio, mandó llamar a Alejandro, quien acudió con el rostro cubierto por el polvo de carbón. San Gregorio le dirigió una mirada que penetró bajo la suciedad y los andrajos. Llamándole aparte, le interrogó y así se enteró de que Alejandro era un hombre de buena cuna y mejor educación, que había renunciado a todo para seguir a Jesucristo. El Martirologio Romano afirma que era "un filósofo muy erudito", aunque ello no significa probablemente sino que era un hombre prudente. Así pues, con el consentimiento de Alejandro, San Gregorio le propuso como candidato a la sede de Comana, el pueblo ratificó la elección, y el nuevo obispo fue consagrado. San Gregorio de Nissa, a quien debemos el relato del incidente, alaba mucho a San Alejandro como obispo y maestro. El santo murió mártir, quemado en una hoguera. Naturalmente, es el patrono de los carboneros.

Véase *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II.

SAN EQUICIO, Abad (*c.* 560 p.c.)

San Equicio vivía en los Abruzos, en la época en que San Benito fundaba su orden en Monte Cassino. En su juventud, Equicio sufrió mucho a causa de las tentaciones de la carne. Se retiró a vivir como solitario en la región de Valeria y ahí, mediante la oración y la disciplina, consiguió dominar perfectamente sus pasiones y conquistar las virtudes espirituales. Después, sintiéndose llamado a dirigir a otros, fundó un monasterio en Terni (Amiternum), al que siguieron varios otros monasterios de hombres y de mujeres. San Gregorio Magno nos dejó una descripción de Equicio, para la cual se basó en el testimonio de Albino, obispo de Rieti y otras personas que habían conocido al santo: "Tan grande era el celo por las salvación de las almas que le consumía, que sin descuidar la dirección de varios monasterios, viajaba constantemente y visitaba iglesias, ciudades, pueblos y casas, tratando de encender en los corazones de sus oyentes el fuego del amor de Dios. Sus vestidos eran pobres, estaban llenos de remiendos y aquellos que no le conocían no se dignaban siquiera responder a su saludo. Cabalgaba en la peor montura que podía encontrar, con una cuerda por brida y una zalea por silla. Transportaba sus libros de teología en las alforjas que colgaban sobre los flancos de su caballo. En cuanto llegaba a un sitio, dejaba correr las aguas de la Sagrada Escritura y refrescaba las almas de sus oyentes con la corriente celestial del texto sagrado. Su predicación era tan elocuente, que la fama de ella llegó hasta Roma."

Como muchos de los abades de la época, San Equicio no había recibido las órdenes sagradas. Un patricio llamado Félix le echó en cara su atrevimiento

de predicar sin estar ordenado ni haber recibido la autorización del obispo de Roma. Equicio replicó: "Mucho he reflexionado sobre la acusación que acabáis de hacerme; pero una noche se me apareció en sueños un joven y poniéndome sobre la lengua un instrumento semejante al que se usa para cauterizar las heridas, me dijo: 'He aquí que he puesto mi palabra en tu boca para que vayas a predicarla por todas partes.' Y desde ese día, sólo he podido hablar de Dios, a querer o no." Tal respuesta no satisfizo, sin embargo, a algunos clérigos romanos, quienes se quejaron ante el Papa de que "ese personaje rústico se ha arrogado la autoridad de predicar, a pesar de su ignorancia, y ha usurpado el oficio de legislador apostólico", y le pidieron que se ocupase del asunto. El Pontífice mandó a un clérigo llamado Julián a traer a San Equicio. Julián encontró al santo abad en su monasterio, calzado con botas de campo, segando la yerba. En cuanto el santo se enteró de que el Papa le llamaba, quiso partir a Roma. Pero, como Julián, cansado del viaje, quisiese pasar la noche en el monasterio, Equicio se resignó a ello, diciendo: "Lo siento mucho, porque si no partimos hoy, no partiremos mañana." Así sucedió, en efecto, porque al día siguiente se presentó un mensajero a decir a Julián que el Papa había tenido una visión acerca de la santidad de Equicio y que ya no hacía falta que fuese a Roma. San Equicio murió el 7 de marzo, hacia el año 560. Su cuerpo fue trasladado en la misma fecha a la iglesia de San Lorenzo de Aquila.

Véase *Acta Sanctorum*, 7 de marzo vol. I. Mabillon coleccionó también una serie de datos fragmentarios (vol. I, pp. 655-668).

SAN GAUDERICO, Obispo de Cambrai (*c.* 625 p. c.)

San Gauderico (Géry) nació en Yvoi, pueblecito de las Ardenas. Durante una de sus visitas episcopales a Yvoi, San Magnerico, el sucesor de Nicetas en la sede de Tréveris, quedó encantado de la santidad e inteligencia de Gauderico. Así pues, le ordenó diácono, no sin haberle obligado antes a aprender de memoria todo el salterio, según cuenta su biógrafo. A partir de ese momento, Gauderico se consagró con renovado fervor a las buenas obras y practicó celosamente las funciones de su sagrado ministerio, especialmente la de instruir a los fieles.

Su fama de virtud y ciencia hizo que fuese elegido obispo de Cambrai. El prelado se dedicó principalmente a desarraigar el paganismo en su diócesis, donde todavía abundaban los paganos. Fundó en Cambrai un monasterio consagrado a San Medardo. También le atribuye la tradición popular la fundación de la ciudad de Bruselas, ya que, según se cuenta, erigió una capilla en una isla del río Senne (donde actualmente se encuentra la Plaza de Saint-Géry), alrededor de la cual se extendió la ciudad. Realizó numerosos milagros; entre otros, el de haber devuelto la salud a un leproso en el momento de bautizarle, para simbolizar la purificación interior que se opera por el bautismo. Dios llamó a Sí a San Gauderico después de treinta y nueve años de gobierno de su diócesis, hacia el año 625. Fue sepultado en la iglesia que había construido en honor de San Medardo, en la ladera de una colina de las afueras de Cambrai.

La más antigua biografía de San Gauderico puede verse en *Analecta Bollandiana*, vol. VII (1888), pp. 388-398. Más tarde la reeditó B. Krusch en MGH.,*Scriptores Merov.*, vol. III, pp. 652-658. Según parece, dicha biografía fue escrita cincuenta o sesenta años

después de la muerte del santo, en un latín muy primitivo. Cf. *Neues Archiv*, vol. XVI (1891), pp. 227 ss; y E. de Moreau, *Histoire de l'Eglise en Belgique*, vol. I (1945), pp. 60-63.

SANTOS GERARDO DE GALLINARO y Compañeros

Según se dice, los compañeros de San Gerardo eran Anduino, Bernardo y Fulco. Aunque la fecha, la historia y aun la existencia de estos santos constituyen un problema histórico, lo cierto es que hasta el día de hoy se les venera, con culto litúrgico, en algunas ciudades de Italia. La tradición afirma que eran originarios de Inglaterra. Se supone que, en el siglo VII (o en el siglo XII, según otros), hicieron estos santos una peregrinación a Tierra Santa y visitaron, de paso, el santuario de San Miguel en Monte Gárgano. Sin embargo, un documento del siglo XIII, que es probablemente el más fidedigno, dice que San Gerardo era originario de Auvernia y no de Inglaterra y que, en la época de la primera Cruzada, fue a Italia con dos compañeros, llamados Pedro y Esteban. A lo que parece, los tres murieron en la región de los Abruzos. En Gallinaro se celebra particularmente a San Gerardo el 11 de agosto, con gran afluencia de peregrinos de los alrededores.

Ver *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II, y octubre, vol. XI; *The Month*, vol. LXXXV (1895), pp. 72-81, y 408-417; Stanton, *Menology*, pp. 184-185, y pp. 365-367, donde se dice que el famoso jesuita Juan Gerard estuvo en Gallinaro en 1608 y consiguió que su familia regalase al santuario de su patrono un relicario de plata en forma de brazo.

SANTA LELIA, Virgen (¿Siglo VI?)

La diócesis de Limerick celebra el día de hoy la fiesta de Santa Lelia. También otras diócesis de Irlanda celebran dicha fiesta. En "Vidas de los Santos Irlandeses", el canónigo O. Hanlon escribe a propósito de Santa Lelia: "La época y el sitio en que vivió esta doncella son inciertos, pero hay motivos para creer que vivió en un período muy remoto y, muy probablemente, llevó una vida de estricta observancia, si es que no dirigió un convento en la provincia de Munster." Actualmente, los investigadores suelen identificar a Lelia con Santa Liadhain, la cual era biznieta del príncipe Cairthenn, bautizado en Singland por San Patricio. No poseemos ningún detalle sobre su vida. En el siglo XVII, se decía que la santa era hermana de San Munchin. Lo cierto es que el nombre del distrito de Killeely (Cill Liadaini), en Limerick se deriva del nombre de la santa.

Véase el LIS, vol. VIII, p. 170 y las notas de Mons. M. Moloney en el *North Munster Antiquarian Journal*, 1936, p. 39, y *St. Munchin's Folk*, 1948, p. 18.

12: SANTA CLARA, Virgen, Fundadora de las Clarisas Pobres (1253 p.c.)

Santa Clara, la del nombre transparente, de vida todavía más transparente y de conversación transparentísima, nació en la población de Asís. Noble por la cuna y más aún por la gracia, era una doncella de corazón puro, de pocos años, pero de mucho valor en sus determinaciones

y firmeza en sus propósitos. A todo esto unía la prudencia, la mansedumbre y un maravilloso amor por Cristo." Clara nació hacia 1193. Sus padres eran Faverone Offreduccio y Ortolana di Fiumi. Tenía también dos hermanas, llamadas Inés y Beatriz. Desgraciadamente, no poseemos ningún dato cierto acerca de su infancia y de su vida de familia. Cuando Clara tenía dieciocho años, San Francisco predicó en Asís los sermones cuaresmales en la iglesia de San Jorge. Las palabras del "poverello" encendieron el corazón de la joven, quien fue a pedirle, en secreto, que la ayudase a vivir "según el santo Evangelio". Francisco le habló del desprecio del mundo, del amor de Dios y la alentó en su deseo incipiente de dejarlo todo por Cristo. El Domingo de Ramos de 1212, Clara asistió a la bendición de las palmas en la catedral. En tanto que todos los fieles se acercaban al altar a recibir una rama de olivo, Clara se quedó en su sitio, presa de súbita timidez. Viendo esto, el obispo descendió del altar y le llevó la rama hasta el lugar en que se hallaba. Esa misma noche, huyó la joven de su casa y se transladó al pueblecito de Porciúncula, que distaba dos kilómetros, donde vivía San Francisco con su pequeña comunidad. El santo y sus discípulos salieron al encuentro de la joven a la puerta de la capilla de Nuestra Señora de los Angeles con antorchas encendidas y la acompañaron hasta el altar. Ahí cambió Clara sus finos vestidos por un hábito de penitente, que consistía en una túnica de tela burda y una cuerda por cinturón, y San Francisco le cortó el cabello. Como éste no había fundado todavía ningún convento para religiosas, consiguió provisionalmente alojamiento a Clara en el claustro de las benedictinas de San Pablo, cerca de Bastia, donde fue muy bien recibida. El padre de Clara había muerto ya, probablemente, pero, según parece, otros miembros de su familia le habían propuesto un matrimonio que ella no encontró de su gusto; sin embargo, Clara no renunció definitivamente a la idea de casarse, sino hasta que las fervorosas palabras de San Francisco la movieron a consagrar su virginidad a Dios. A raíz de aquella conversación tuvo lugar lo que Chesterson llama "el rapto romántico", en el que Cristo era el prometido y San Francisco de Asís el "caballero andante que llevó la aventura a feliz término."

En cuanto los parientes y amigos de Clara supieron lo que había pasado, se precipitaron a sacarla del convento. Se cuenta que Clara se aferró con tal fuerza al altar, que desgarró los manteles cuando la arrancaron de ahí. Viendo que no podía resistir, la joven se descubrió la cabeza para que viesen sus cabellos cortados y dijo a sus amigos que Dios la había llamado a su servicio y que ella estaba decidida a ser esposa de Cristo, de suerte que cuanto más la persiguiesen, más fuerza recibiría del cielo para resistirlos. En efecto, Dios triunfó en Clara y, poco después, San Francisco le ordenó que se transladase al convento de Sant'Angelo di Panzo. Ahí fue a reunirse con Clara su hermana Inés, lo cual desencadenó una nueva persecución familiar. Finalmente, se impuso la constancia de Inés, y San Francisco le concedió también el hábito, aunque no tenía más que quince años. (Hay que observar que en la bula de canonización, Alejandro IV no dice que se haya empleado la violencia para apartar a Clara y a su hermana de su vocación). Más tarde, San Francisco transladó a Clara e Inés a una casa contigua a la iglesia de San Damián, en las afueras de Asís, y nombró superiora a Clara. Ahí fueron a reunirse con ella su madre y algunas otras damas, entre las que se contaban tres de la ilustre familia de los Ubaldini, de Florencia. Aquellas santas mujeres prefirieron el hábito de penitente a los bienes y riquezas que poseían y renunciaron a todo para convertirse

en humildes discípulas de Clara. Al cabo de algunos años, había ya varios conventos de clarisas en Italia, Francia y Alemania. La Beata Inés, hija del rey de Bohemia, fundó un convento de la orden en Praga y tomó el hábito en él. Santa Clara la llamaba "mi otro yo".

La santa y sus religiosas practicaban austeridades hasta entonces desconocidas en los conventos femeninos. No usaban medias ni calzado de ninguna especie, dormían en el suelo, se abstenían perpetuamente de carne y sólo hablaban cuando las obligaba a ello la necesidad o la caridad. La fundadora les recomendaba el silencio, como el medio de evitar innumerables pecados de la lengua y de conservarse unidas con Dios y libres de las distracciones del mundo, pues sin el silencio, el mundo se introduce en el claustro inevitablemente. No contenta con los ayunos y mortificaciones de regla, la santa vestía debajo del hábito una camisa de cerdas, ayunaba a pan y agua durante la cuaresma y en las vigilias de las fiestas y algunos días no probaba ningún alimento. Como todas las austeridades que Santa Clara practicaba eran igualmente rigurosas. San Francisco y el obispo de Asís le mandaron que durmiese en un colchón y que no dejase pasar un solo día sin tomar por lo menos un poco de pan. La experiencia hizo más discreta a la santa, quien escribió algunos años después a la Beata Inés de Bohemia: "Como no tenemos cuerpos de bronce ni resistencia de piedras, sino que somos débiles y estamos sujetas a las necesidades del cuerpo, os ruego ardientemente en el Señor que refrenéis el excesivo rigor con que practicáis la abstinencia, para que, viviendo en la esperanza del Señor, podáis ofrecerle un sacrificio razonable y sazonado con la sal de la prudencia."

San Francisco quería que su orden no poseyese rentas ni propiedades en común, sino que viviese de limosna. Santa Clara imitó a la perfección el espíritu de pobreza del santo. El Papa Gregorio IX, deseando mitigar un tanto la pobreza de las clarisas, ofreció a la fundadora una renta anual para el convento de San Damián; pero Clara, a quien el amor de la pobreza evangélica volvió elocuente, expuso al Sumo Pontífice mil razones para persuadirle de que las dejase continuar viviendo la regla en todo su rigor. Como el Papa insistiese en dispensarlas del voto de estricta pobreza, la santa replicó: "Quiero que me absolváis de mis pecados, pues mucho lo necesito, pero no deseo de modo alguno que me absolváis de la obligación de seguir a Jesucristo." Gregorio IX acabó por conceder a las clarisas, en 1228, el "Privilegium Paupertatis" para que nadie pudiese obligarlas a tener posesiones: "Aquél que alimenta a los pajarillos del cielo y viste a los lirios del campo, no permitirá que os falten el vestido y la comida hasta que El mismo venga a serviros por toda la eternidad." Los conventos de Perugia y Florencia recibieron el mismo privilegio, pero otros juzgaron más prudente aceptar la mitigación. Siendo cardenal, Gregorio IX había redactado la primera regla escrita de las Damas Pobres de San Damián. Su sucesor, Inocencio IV, publicó en 1247 una nueva versión de la regla que, en ciertos aspectos, se acercaba más a la de los franciscanos que a la de los benedictinos, pero permitía la propiedad común. Sin embargo, el Papa hizo notar que no quería imponer esa regla a las comunidades que no lo deseasen. San Clara era de las que no lo deseaban; como verdadera intérprete del espíritu y la tradición franciscanos, redactó por su cuenta una regla que los refleja con fidelidad y que prohibe expresamente toda forma de propiedad, así individual como común. Pero Inocencio IV no aprobó la regla del convento de San Damián sino dos días antes de la muerte de la santa.

Santa Clara ejerció el cargo de abadesa, que le había confiado en 1215 San Francisco, muy contra su voluntad, durante cuarenta años. Pero siempre persistió en su deseo de ser la sierva de las siervas de Cristo; así, lavaba y besaba los pies de las hermanas cuando volvían de pedir limosna; servía a la comunidad durante las comidas y asistía personalmente a los enfermos. En cuanto San Francisco le ordenaba que fuese a alguna parte, la santa volaba allá como si tuviese alas y estaba siempre dispuesta a echarse sobre los hombros las cargas que le imponía la obediencia: "Haced de mí lo que queráis; estoy a vuestra disposición, porque he dado mi voluntad a Dios y ya no me pertenece." En tanto que sus hermanas dormían, Santa Clara velaba, oraba e iba a ver si sus religiosas estaban bien cubiertas en sus lechos. Era también la primera en levantarse para tocar la campana y encender los cirios del coro. Cuando se levantaba de orar, tenía el rostro tan brillante, que sus hermanas quedaban deslumbradas al mirarla, como sucedió a los israelitas cuando Moisés bajó de hablar con Dios; y sus palabras eran tan fervorosas, que bastaba con oír su voz para sentir avivada la devoción. La santa era extraordinariamente devota del Santísimo Sacramento; cuando estaba enferma (pues en los últimos veintisiete años de su vida hubo de guardar cama con frecuencia) bordaba corporales y manteles de altar y los regalaba a todas las iglesias de Asís.

Tomás de Celano refiere un hecho, probablemente verdadero, que ilustra la gran fuerza y eficacia de la oración de Santa Clara. En 1244, el emperador Federico II asoló el valle de Espoleto, porque era patrimonio de la Santa Sede. En el ejército imperial había muchos sarracenos que se lanzaron al ataque contra Asís. Como el convento de San Damián estaba fuera de las murallas, los atacantes se dirigieron primero contra él. Santa Clara estaba muy enferma, pero ordenó a sus religiosas que la transladasen a la parte superior del muro del convento y que se pusiese también ahí, a la vista de los enemigos, una custodia con el Santísimo Sacramento. La santa se postró ante la custodia y oró de esta manera: "Señor, ¿vas a permitir que tus hijas indefensas, a las que has nutrido con tu amor, caigan en manos de las fieras? Te pido, Dios mío, que protejas a estas hijas tuyas que yo no puedo proteger." Entonces oyó una voz semejante a la de un niño, que le decía: "Yo las protegeré siempre." En seguida, Clara oró por la ciudad de Asís y de nuevo oyó la voz que la tranquilizaba. La santa se volvió entonces hacia las religiosas, que temblaban de miedo y les dijo: "No temáis, hijitas; tened confianza en Jesús." En ese mismo instante, el terror se apoderó de los enemigos y huyeron con tal precipitación, que algunos se hicieron daño entre sí, sin que los defensores de la ciudad hubiesen empleado las armas. Poco después, otro general de Federico II puso sitio a Asís. Santa Clara dijo a sus hijas que, puesto que vivían de las limosnas de la ciudad, estaban obligadas a hacer por ella todo lo que pudiesen. Así pues, les ordenó que se cubriesen la cabeza de ceniza y suplicasen a Cristo que librase a la ciudad. Las religiosas oraron con muchas lágrimas durante un día y una noche, hasta que "Dios, en su misericordia, maltrató tanto a los asaltantes, que éstos se vieron obligados a retirarse con su capitán a la cabeza, por más que éste había jurado que tomaría la ciudad."

Menos crédito merece la leyenda de que Santa Clara y otra religiosa salieron un día de la clausura de San Damián y fueron a la Porciúncula para cenar con San Francisco y que cuando los tres comían, la habitación resplandeció con una luz maravillosa. Además de que el hecho es muy poco probable en

sí mismo, no lo menciona ninguna de las fuentes contemporáneas y sólo aparece hasta unos ciento cincuenta años después de la muerte de la santa. Por otra parte, Tomás de Celano, que había oído muchas veces a San Francisco exhortar a sus hermanos a ser muy discretos en su trato con las damas de San Damián, afirma categóricamente que Santa Clara jamás salió de la clausura. Desgraciadamente, tanto en vida de la santa como mucho tiempo después de su muerte las clarisas y los frailes menores no lograron ponerse de acuerdo sobre las relaciones de sus respectivas órdenes, pues las clarisas de estricta observancia sostenían que los frailes menores estaban obligados a prestarles ayuda espiritual y material. A este respecto, Tomás de Celano cuenta un hecho que, aunque tal vez no todos los historiadores estén dispuestos a admitirlo, simboliza bien el carácter indomable de Santa Clara. En 1230, Gregorio IX prohibió que los frailes visitasen a las religiosas, sin permiso expreso suyo. La santa consideró que aquella medida no sólo privaba a las clarisas de la ayuda espiritual de los hijos de San Francisco, sino que rompía también los lazos que el santo había querido que uniesen a ambas órdenes. Sin embargo, procedió a interrumpir totalmente las relaciones de su convento con el de los frailes menores, diciendo: "Puesto que el Papa nos ha privado de quienes nos dirigían espiritualmente que nos quite también la ayuda material que nos proporcionan." El sentido de justicia de la santa le impedía aprovechar la ayuda material, sin aceptar la ayuda espiritual.

Santa Clara soportó con sublime paciencia los largos años de enfermedad que Dios le mandó. En 1235, la santa entró en una larga agonía. Inocencio IV fue a visitarla dos veces y le dio la absolución, diciendo: "Pluguiese a Dios que yo tuviese tan poca necesidad de absolución como vos." Santa Clara no pudo probar alimento en los últimos diecisiete días de su enfermedad. "En ese amargo período de agonía, fue creciendo más y más la fe y devoción del pueblo. Todos los días había prelados y cardenales que iban a ver a Clara, pues todos estaban convencidos de que se trataba de una gran santa." Santa Inés, la hermana de Clara, la asistió en su agonía, y tres de los compañeros de San Francisco, los frailes León, Angel y Junípero, le leyeron la Pasión del Señor según San Juan, como lo habían hecho veinte años antes, cunado expiró Francisco de Asís. En una ocasión en que el hermano Reginaldo exhortó a la santa a la paciencia, ésta replicó: "Querido hermano, desde que me fue dado conocer la gracia de nuestro Señor Jesucristo, gracias a la intervención de su siervo Francisco, la enfermedad y el dolor no me han hecho jamás mella alguna." Viendo llorar a sus hijas, la santa las consoló tiernamente y las exhortó a seguir amando y observando la pobreza. En seguida les dio la bendición, llamándose a sí misma "plantita" del Santo Franciso de Asís. Clara dirigió sus últimas palabras a su propia alma: "Sal en paz del cuerpo, pues has seguido el buen camino. No tengas miedo, porque tu Creador te ha santificado y protegido siempre y te ama como una madre. Bendito seas, Señor, por haberme creado." "Santa Clara fue a recibir el premio celestial en la madrugada del día de la fiesta de San Lorenzo, porque en aquella fecha se disolvió el templo de su cuerpo y su alma, finalmente libre de toda atadura, se elevó en alas del gozo hasta el sitio que Dios le tenía preparado." La santa tenía sesenta años al morir y había pasado cuarenta y dos en la vida religiosa. Fue sepultada el día 12 de agosto, en el cual la Iglesia celebra su fiesta. El Papa Alejandro IV la canonizó en Agnani en 1255.

Existe una inmensa literatura sobre Santa Clara; pero las fuentes no son muy abundantes, si se exceptúan las relaciones de la santa con la orden franciscana. La fuente más antigua es la biografía que se atribuye comúnmente a Tomás de Celano; fue escrita ciertamente antes de 1261, es decir, menos de ocho años después de la muerte de Clara. La corta biografía en verso no añade ningún dato importante. Hay algunas referencias ocasionales a la santa en el *Speculum Perfectionis* (véase la segunda edición, publicada por la British Society of Franciscan Studies, 1928), en *Actus B. Francisci* (obra en la que se basan principalmente las *Florecilas de San Francisco*), v en otros documentos antiguos. Además se conservan cinco cartas de Santa Clara, la regla que lleva su nombre, su *Testamento*, y cierto número de bulas pontificias. En 1635, se publicó en Douai una traducción inglesa de la antigua biografía de la santa, escrita por Francisco Hendricq, con el título de *The History of the Angelical Virgin, glorious S. Clare*; dicha traducción estaba dedicada a Su Excelentísima Majestad la Reina (Enriqueta María). Entre las mejores biografías inglesas mencionaremos la que tradujo Abp Paschal Robinson, *The Life of S. Clare ascribed to Thomas of Celano* (1910), en la que hay también una traducción de la Regla; E. Gilliat Smith, *St Clare of Assisi* (1914); C. Balfour, *The Life and Legend of the Lady St Clare* (1910). También está traducida al inglés la biografía francesa de L. de Chérancé, *Ste Claire d'Assise* (1911). Más recientes son las obras de R. M. Pierazzi, *Ste Claire* (1937); M. Fassbinder, *Die hl. Klara von Assisi* (1934); N. de Robeck, *St Clare of Assisi* (1951). Para los eruditos hay varios artículos interesantes en el *Archivum Franciscanum Historicum*, vols. VI, VII, XII y XIII, sobre todo el que se refiere a la canonización, vol. XIII (1920), pp. 403-507. Cf. Cuthbert, *The Romanticism of St. Francis* (1915), pp. 83-130.

SAN EUPLIO, MÁRTIR (304 P.C.)

EL 29 DE ABRIL DE 304, durante la persecución de Diocleciano, un hombre llamado Euplio o Eruplo gritó frente a la corte del gobernador de Catania, en Sicilia: "Soy cristiano y estoy pronto a morir por mi fe." El gobernador, Calvisiano, mandó que trajesen inmediatamente a su presencia al autor de ese reto. Euplio se presentó ante el gobernador con un libro de los Evangelios, por lo cual uno de los circunstantes le dijo: "Los emperadores han prohibido esos libros."

Calvisiano: "¿De dónde sacaste esos libros? ¿De tu casa?

Euplio: "No tengo casa, como el Señor lo sabe bien.

Calvisiano: "¿Son tuyos esos libros?

Euplio: "Ya lo veis.

Calvisiano: "Sí, ya veo que están en tu poder. ¿De qué clase de libros se trata? Léeme algo de ellos.

Euplio: "Los conozco casi de memoria. Son los Evangelios según San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

Calvisiano: "¿Y qué significa eso?

Euplio: "Es la ley del Señor, que yo he recibido de El.

Calvisiano: "Alguien tuvo que enseñártela."

Euplio: "Acabo de decirte que la recibí de Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios.

Calvisiano: "¡Basta! ¡Conducidle a la prisión!"

Más de tres meses después, el 12 de agosto, Euplio compareció de nuevo ante el gobernador.

Calvisiano: "¿Qué me cuentas de nuevo?

Euplio: "Te repito lo que te dije la primera vez que te vi."

Calvisiano: "¿Conservas aún esos malvados libros?

Euplio: "Sí".

Calvisiano: "¿Dónde están?

Euplio: "En mi interior.

Calvisiano: "Si todavía los tienes, muéstralos."

Euplio repitió: "Los tengo en mi interior" y, con un gesto indicó al gobernador que los sabía de memoria. Entonces Calvisiano le condenó a ser torturado hasta que confesase a los dioses. Como todo resultase en vano, el gobernador le exhortó nuevamente: "Los enemigos de nuestras ilustres divinidades y cuantos se atreven a desafiar a los emperadores y persisten en sus crímenes, morirán cruelmente. Euplio ha dicho necedades ante esta corte, y yo le conjuro a retractarse si no quiere morir." Pero las palabras de Calvisiano no produjeron efecto alguno sobre Euplio, quien fue condenado y murió decapitado.

Las actas de Euplio producen una impresión favorable. Exitesn tanto en griego como en latín. El texto latino puede verse en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II, y en Ruinart. El texto griego se hallará en Cotelerius, *Ecclesiae Graecae Monumenta*, vol. I, pp. 192-200. Pero la mejor edición de ambos, junto con la de otros textos nuevos, es la de Pio Franchi de Cavalieri, *Studi e Testi*, vol. XLIX (1928); el mismo autor discute a fondo la cuestión en *Note agiografiche*, serie sexta. El *Hieronymianum* conmemora a San Euplio; cf. CMH., p. 436. Las actas de Euplio pueden verse también en Krüger-Knopf, *Ausgewählte Martyrerakten* (1929); se trata de una edición revisada y aumentada de la primera edición de Knopf.

SANTOS PORCARIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (*c.* 732 P.C.)

LA FAMOSA abadía de Lérins fue fundada a principios del siglo V en una isla de la costa de Provenza, que actualmente se llama Isla de San Honorato, frente a Cannes. En el siglo VIII, la comunidad estaba formada por más de 500 monjes, novicios, "alumnos" y familiares. Hacia el año 732, el abad Porcario recibió aviso de un ángel de que la abadía estaba amenazada por una invasión de bárbaros infieles que vendrían del otro lado del mar. La crónica medieval llama a los invasores "piratas sarracenos"; probablemente eran moros de España o del norte de Africa. Porcario embarcó inmediatamente a todos los alumnos que se educaban en el monasterio y a treinta y seis de los religiosos más jóvenes. Después, reunió al resto de la comunidad y la exhortó a morir valientemente por la fe de Jesucristo. Los piratas desembarcaron, atacaron la abadía, y asesinaron a todos los monjes, excepto a cuatro, a quienes se llevaron como esclavos. El Martirologio Romano menciona a San Porcario y a sus compañeros. La diócesis de Fréjus celebra su fiesta. Desde el punto de vista histórico, el relato ofrece muchas dificultades.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II, se hallan reunidos todos los datos de que disponemos. Desgraciadamente, se trata de datos muy posteriores. Véase B. Munke, *Die vita S. Honorati*, en *Beihefte Zur Zeitschrieft für Romanische Philologie*, n. 32 (1911), pp. 23 ss.

BEATO INOCENCIO XI, PAPA. (1689 P.C.)

BENITO, hijo de Livio Odescalchi y de Paula Castelli, nobles y ricos ciudadanos de Como, Italia, nació el 19 de mayo de 1611. Después de haber hecho sus estudios en el colegio de los jesuitas de su ciudad natal, vivió algún tiempo con sus primos, que eran banqueros en Génova. En 1636, fue a Roma, en donde estudió derecho en la Sapiencia y después pasó a Nápoles para recibir

su doctorado. Fue miembro de las cofradías marianas y ahí aprendió a amar la pureza y la práctica de la caridad. Benito Odescalchi llevó siempre una vida profundamente cristiana; pero no fue sino hasta 1640 cuando decidió entrar en religión.

Urbano VIII lo nombró, muy pronto, protonotario apostólico, y fue admitido en el Colegio apostólico para hacerse cargo de la administración de los Estados Pontificios. Fue abogado fiscal en Fermo y, en 1644, gobernador de Macerata. Aunque sus funciones se dificultaron durante algunos años debido a las penurias que la escasez causaba entre el pueblo, logró ganarse la simpatía y la confianza de sus administrados. Es verdad que no se contentaba con dar órdenes, sino que velaba para que se pusieran en práctica, realizaba una labor muy considerable y se valía de sus bienes personales para combatir la miseria. Dejó el Colegio apostólico el 16 de marzo de 1645, cuando fue creado cardenal-diácono titular de la iglesia de los Santos Cosme y Damián, que después cambió el nombre por el de San Onofre. Para conformarse a las reglas canónicas, recibió las órdenes menores, el subdiaconado y el diaconado. Fue nombrado legado de Ferrara.

En 1650, pasó al obispado de Novara. Recibió la ordenación sacerdotal el 20 de noviembre de 1650 y la consagración episcopal el 19 de enero de 1651. Después de retirarse durante algún tiempo en su ciudad natal, tomó posesión efectiva de su sede, en febrero de 1652. En 1656, regresó a Roma, en donde vivió hasta que fue elegido Soberano Pontífice.

Inocencio X (1644-1655), lo elevó al cardenalato. El cardenal Odescalchi tomó parte en tres cónclaves para la elección de los Papas Alejandro VII (1655-1667), Clemente IX (1667-1669) y Clemente X (1670-1676). Durante el cónclave que siguió a la muerte de Clemente X (22 de julio 1676), los cardenales, fuertemente influenciados por los poderosos príncipes, dudaban entre Altieri, sobrino de Clemente X, el hispanófilo Neidhart y Odescalchi. Cuando Luis XIV aceptó la candidatura de este último, fue elegido Papa, el 21 de septiembre de 1676, después de un cónclave de dos meses.

Si algunos creyeron que iban a elegir a un Papa de compromiso, se desengañaron de ello antes del último escrutinio. Pues, durante la noche precedente, el cardenal Odescalchi declaró a sus compañeros que él no aceptaría el cargo que le proponían, a menos que todos firmasen inmediatamente el programa de reformas que él había preparado. Frecuentemente, los papas habían prohibido los acuerdos durante los cónclaves, por temor a dar con ello excesivo poder a los electores; si Inocencio X violó la letra de la ley, observó el espíritu, porque, lejos de prestarse a tolerar los abusos, reivindicó para sí el derecho de suprimirlos. Su programa no se quedó en un simple testimonio de su buena voluntad, ya que Inocencio XI se dedicó a ponerlo en práctica durante todo su pontificado.

Para todos aquellos que lo conocieron y aun para sus opositores, Inocencio XI fue un Papa muy piadoso, virtuoso, austero, amante de la pobreza, enemigo del lujo, tal vez demasiado serio. Su mala salud, que se quebrantó cada vez más, lo obligó a guardar cama desde 1682, reforzándose así las líneas de su carácter. Sabía tomar consejo, lo que sus adversarios achacaban a un carácter influenciable. Pero cuando Inocencio XI tomaba una decisión para bien de la Iglesia, no había nada que lo hiciera retroceder.

Se le reprochó no haber sido un gran teólogo, lo cual se comprende sufi-

cientemente si se considera que, antes de llegar a Papa, había sido más un administrador que un pensador. Pero aun en este punto no hay que exagerar las cosas. Si los actos más sobresalientes del pontificado de Inocencio XI fueron provocados por el anhelo de administrar la Iglesia, de defenderla y de reformarla, su actuación en contra de teorías sospechosas, menos brillante y, por lo tanto, menos sobresaliente, fue también de importancia profunda y duradera.

Inocencio XI fue abierto enemigo del nepotismo, práctica muy en boga, pero que tenía el inconveniente de dar grandes responsabilidades a los incapaces. Declaró que no tenía familia, ni casa. Quiso publicar una bula para prohibir el nepotismo y, si renunció a ello por oposición de los cardenales y los gobernantes de entonces, obtuvo más al poner un buen ejemplo, puesto que así dio el tiro de gracia a ese antiguo abuso.

Su larga experiencia en el Colegio apostólico le sugirió medidas oportunas para restablecer la economía de la Iglesia. Empezó por reducir los gastos de la Corte Pontificia, mediante la supresión de las suntuosidades, la reducción de los cargos y los empleos y el pago de las deudas. Revisó el sistema de impuestos y lo aplicó severamente. El Papa tuvo cuidado de que no se perjudicara a los pobres y que se exigiera estrictamente a los ricos. Para asegurar un nivel de vida suficiente para todos, se interesó en el mejoramiento de las tierras, en la vigilancia de los precios, en la reglamentación de los empleos y en el combate contra los usureros. Esta política dio sus frutos: logró formar un capital, que le fue muy útil para socorrer a los pobres en tiempos de penuria y para hacer la guerra contra los turcos.

Su atención se enfocó todavía más hacia la moralidad de la enseñanza religiosa. Impuso a las mujeres la modestia en sus vestidos, reglamentó el funcionamiento de los teatros, combatió el juego y consiguió que las autoridades prohibiesen las festividades del carnaval durante un año de mucha escasez. Tuvo gran cuidado en la elección de los beneficiarios y les recordaba sus deberes de residencia. Declaró que prefería tener menos sacerdotes, pero que fueran mejores. Procuró que enseñaran el Evangelio de una manera clara y práctica, que visitaran a los enfermos, que catequizaran a los niños. A los religiosos de Roma les impuso la obligación de que permanecieran en sus conventos. Se ocupó de la reforma de los dominicos de Toscana y Lombardía, y de las cistercienses de Polonia. Aprobó dos nuevas congregaciones y, en 1686, la regla de la Tercera Orden Franciscana.

En sus propios Estados el Papa podía acallar fácilmente las oposiciones, pero no era lo mismo cuando se trataba de aplicar las reglas canónicas contra la voluntad de príncipes autoritarios y poderosos.

Por una declaración del 10 de febrero de 1673, confirmada por otra del 2 de abril de 1675, Luis XIV extendió los privilegios temporales que concedían al rey la potestad de nombrar los obispos para las sedes vacantes en las diócesis del mediodía que habían sido exceptuadas hasta entonces. Además, se adjudicó la regalía espiritual, es decir, el derecho de nombrar a las abadesas de los monasterios y a los titulares de los beneficios sin cargo de almas, cuando estaban vacantes las sedes episcopales. Las decisiones del rey tenían efectos retroactivos, de manera que los obispos con sede tenían que solicitar la autorización de la regalía para sus diócesis. El conjunto del clero francés se sometía, por convicción o por timidez. Solamente dos obispos se negaron a solicitar la autorización: Pavillon d'Alet y Caulet de Pamiers. Lejos de buscar un acuerdo con ellos, el

rey empezó a nombrar a los beneficiarios, como si las diócesis estuvieran vacantes. Pavillon y Caulet excomulgaron a los intrusos y apelaron al Papa. En febrero de 1677, Inocencio XI les envió una aprobación que causó no poca conmoción en Francia. Los consejeros eclesiásticos del rey, como el arzobispo de París, Harlay y el confesor del rey, el padre La Chaise, jesuita, estaban convencidos de que el Papa acabaría por ceder, si reconocía que el rey obraba de buena fe y que empleaba su poder en bien de la Iglesia. Pero Inocencio XI razonaba de manera diferente. En enero de 1678, instituyó una comisión especial para estudiar el asunto de las regalías y, el 12 de mayo de 1678, en un breve de tono moderado culpaba a Luis XIV. Cuando el arzobispo de Toulouse, metropolitano del obispo Caulet, rindió un juicio favorable al rey, Inocencio XI cambió la sentencia en un breve del 21 de septiembre de 1678. Al mismo tiempo, escribió a Luis XIV, no para confundirlo, sino para recordarle, como a hijo muy querido, que de nada servía al hombre ganar todo el mundo, si era con detrimento de su alma. Esta carta no causó efecto: Luis XIV embargó los bienes temporales de Caulet. El Papa no se apresuró a reaccionar, pero en diciembre de 1679, un nuevo breve amenazó al rey con sanciones si no llegaba a un acuerdo.

En agosto de 1680, dos sucesos vinieron a agravar la lucha: Luis XIV nombró superior de los cistercienses de Charonne, a un agustino, sin preocuparse poco ni mucho de las opiniones de los monjes y también nombró a una persona de su devoción, como vicario capitular de la diócesis de Pamiers, cuando quedó vacante la sede por la muerte del obispo Caulet, a pesar de que el capítulo de Pamiers, usando su derecho, había elegido ya a su candidato. Inocencio XI declaró culpable al rey, a lo que el parlamento francés respondió con la expulsión de los religiosos y con la condena a muerte del vicario capitular elegido en Pamiers, sentencia que no fue ejecutada. Todo ello no bastó al rey, sino que, para convencerse de que tenía plenamente la razón, convocó a una asamblea del clero, con miembros nombrados por él. Bossuet, tratando de obedecer al rey, sin desconocer los derechos del Papa, acabó por redactar los famosos *Quatre Articles* que fueron votados el 19 de marzo de 1682. El primero afirmaba la independencia del rey en lo temporal, el segundo y el cuarto reivindicaban la superioridad del concilio sobre el Papa, el tercero incluía el mantenimiento de las costumbres de la Iglesia galicana. Todo ello era muy vago y susceptible de interpretaciones diversas; las costumbres galicanas no tenía el mismo sentido para los obispos que regateaban su obediencia al Papa o para los parlamentarios que usurpaban el derecho de los obispos, a pesar de sus protestas. La asamblea aprobó las regalías temporales y aconsejaba al rey que renunciara a su regalía espiritual.

Inocencio XI respondió a estas decisiones con el breve del 11 de abril de 1682, en el que rechazó las regalías, sin atacar directamente los *cuatro artículos*, porque el Papa hubiera preferido a un golpe de autoridad directo contra ellos, una refutación teológica, llevada a cabo por los españoles. Tal refutación no se hizo. El Papa reaccionó eficazmente sobre otro terreno. Luis XIV pretendía recompensar la docilidad de los eclesiásticos de segundo orden, dándoles obispados. Inocencio XI consideró indignos a todos aquellos que habían suscrito los cuatro artículos y se negó a concederles la investidura canónica; en 1688, treinta y cinco obispos se encontraban sin titular.

Sin embargo, las relaciones entre Francia y la Santa Sede subsistían. Inocencio XI no dejaba de enviar felicitaciones o condolencias cuando algunos

sucesos ocurrían en la familia real. Pasando sobre el asunto de las regalías, Inocencio XI tenía la esperanza de hacer entrar a Luis XIV en una gran coalición de naciones cristianas contra los turcos. El imperio otomano dominaba a Europa central. Siempre se podía temer una nueva invasión, que acabaría con los Estados de los Augsburgo e irrumpiría sobre Italia. Inocencio tenía el proyecto grandioso de formar una Liga Santa en la que entraran, con los Estados católicos de occidente y el oriental de Polonia, los príncipes georgianos, el zar de Moscú y los persas. Faltaba el dinero. Inocencio XI podía proporcionarlo gracias a las reservas que había hecho desde los principios de su pontificado. Más graves aún eran los conflictos entre los príncipes cristianos. La rivalidad de Luis XIV y los Augsburgo tenía repercusiones en toda Europa. En Polonia, la Dieta no era favorable a una alianza con el emperador. Inocencio XI se esforzó por modificar esta política y su perseverancia fue recompensada por el acuerdo entre Leopoldo I y Juan Sobieski, concluído muy a tiempo. Una fuerte armada turca había llegado a poner sitio a la ciudad de Viena, que debió su salvación a Juan Sobieski, el 12 de septiembre de 1683. En reconocimiento, Inocencio XI instituyó la fiesta del Santo Nombre de María.

Aquella victoria marcó el principio de la declinación del poder otomano en Europa. Inocencio XI quiso explotar el suceso recalcando la idea de la *Liga Santa*. Tuvo éxito en convencer a la República de Venecia, pero no a Luis XIV.

El rey de Francia se convertía paulatinamente en protector de la religión católica, sin pensar evidentemente en ponerse al servicio del Papa, ni en pedirle consejo, ni aun en esbozar el menor gesto de reconciliación. Prefería atacar por su cuenta a los herejes.

El 14 de octubre de 1685, revocó el edicto de Nantes, y los protestantes franceses quedaron de nuevo privados de libertad. Inocencio XI acogió la noticia sin gran entusiasmo. No podía, por supuesto, desaprobar una medida que, en la mentalidad de aquellos tiempos, parecía normal. Ordenó pues, que se cantara un *Te Deum* de acción de gracias, pero manifestó sus dudas ante las conversiones obtenidas por la fuerza. Lejos de creerse obligado a rendir algún reconocimiento al rey, hizo cardenal al obispo de Grénoble, Mons. Le Camus, que había caído en desgracia de Luis XIV por haber desaprobado la persecución violenta contra los hugonotes.

Llegado a ser rey de Inglaterra a la muerte de su hermano Carlos II (6 de febrero, 1685), Jacobo II, convertido al catolicismo, recibió al mismo tiempo los consejos contradictorios de Inocencio XI y de Luis XIV. Este último era partidario de la fuerza, en tanto que el Papa, por su intermediario Jerónimo de Adda, recomendaba la prudencia y la tolerancia. Jacobo II escuchó a Luis XIV. Tres años más tarde, los lores ingleses llamaron a Guillermo de Orange, yerno de Jacobo II, quien se apoderó del trono en enero de 1689. Inocencio XI tuvo que presenciar, con gran dolor suyo, esta ofensiva protestante que había de pesar grandemente durante más de un siglo sobre los católicos de las Islas Británicas.

Tan mal vistos como los protestantes por Luis XIV y por su confesor, el padre La Chaise S. J., los jansenistas gozaron sin embargo, de relativa paz durante el pontificado de Inocencio XI, debido a la lucha entre el Papa y el rey. Los jansenistas se valían del prestigio de los obispos Pavillon y Caulet (reputados jansenistas), pero aliados del Papa en el asunto de las regalías.

Por otra parte, recibieron cierta desaprobación cuando, el 2 de marzo de 1679, Inocencio XI condenó 65 proposiciones laxistas, de las cuales ellos habían sido los propulsores. Pero si por el encadenamiento de las circunstancias Inocencio XI mostró una cierta inclinación favorable hacia los jansenistas, estuvo tan lejos de aceptar su doctrina que, bajo su pontificado, la Congregación Conciliar autorizó la comunión frecuente y aun diaria.

Tal vez más que los jansenistas, los quietistas pudieron beneficiarse con el favor de Inocencio XI. Como cardenal, había aprobado la *Guide spiritualle* de Miguel Molinos. Como Papa, pensó en hacer cardenal al autor. Los quietistas le eran simpáticos por su amor a Dios y su celo por la dirección de las almas. Desconfiaba de sus enemigos que, por miedo al exceso del misticismo, llegaron hasta combatir toda mística. Años más tarde, en torno de Molinos y de sus discípulos se empezaron a alborotar los ánimos. En 1685, Molinos fue hecho prisionero y comenzó su proceso. Luis XIV se inclinaba por la condenación, en tanto que el Papa hizo cardenales a tres amigos de éste, sospechosos de herejía. El Santo Oficio reunió pruebas abrumadoras contra Molinos, quien guardó, en la práctica, la prudencia que había desplegado en sus escritos.

El 28 de agosto de 1687, el Santo Oficio condenó 68 proposiciones de Molinos y fue condenado a prisión perpetua. La represión se extendió a sus amigos y a ciertos libros de piedad, de los cuales unos, aunque muy antiguos, tenían ya tendencias quietistas.

Luis XIV combatía a los herejes con encarnizamiento, Inocencio XI parecía favorecerlos. La política del rey no resolvió ningún problema, sólo endureció las posiciones y preparó las revoluciones futuras.

Otros sucesos mucho menos graves por sus consecuencias, contribuyeron a mantener la tensión entre el Papa y el rey. El cuartel de los embajadores en Roma gozaba de franquicias tales, que la policía pontificia no podía penetrar en él. Esto aseguraba a los malhechores y a todos aquellos que tenían cuentas pendientes con la justicia, un asilo perfectamente seguro. Desde el principio de su pontificado, Inocencio XI se ocupó de esta cuestión en su programa de reformas impuestas a la ciudad de Roma. En 1679, Venecia y, después, España aceptaron una revisión en la situación de sus embajadas, pero como era de esperarse, Luis XIV no quiso renunciar a ninguno de los privilegios exhorbitantes de que gozaban sus embajadores, sin pensar que él ciertamente no hubiera tolerado semejante estado de cosas en favor de los embajadores acreditados de la Santa Sede. Por una Bula del 30 de mayo de 1687, Inocencio XI suprimió el derecho de asilo. Lejos de buscar a un embajador conciliador, Luis XIV nombró al marqués de Lavardin quien, después de una entrada escandalosa en Roma, el 16 de noviembre de 1687, multiplicó a cada paso las provocaciones. El Papa consideró como excomulgado al embajador, al rey y a sus ministros.

En estas condiciones, Luis XIV podía estar seguro de que no iba a encontrar en Roma la ayuda para realizar sus combinaciones políticas. Luis XIV esperaba que a la muerte del viejo arzobispo de Colonia, en junio de 1688, el Papa se prestaría a un acuerdo y favorecería al candidato del rey. Inocencio XI ignoró voluntariamente esta intriga y acordó una dispensa de edad al candidato del emperador.

Decepcionado, Luis XIV hizo ocupar Aviñón y pidió la convocación de un concilio general. Acusaba a Inocencio XI, no sólo de ambición temporal, sino que también le reprochaba sostener las herejías jansenista y quietista. El

nuncio Ranuzzi fue hecho prisionero en Saint-Omer, y Lavardin fue retirado de Roma.

La situación aparecía como inextrincable, puesto que ni el Papa ni el rey querían ceder. No es exageración decir que el clero francés pudo haber caído en la herejía. Seguro de que su derecho y su deber eran la defensa de la libertad

La paz entre Francia y la Santa Sede fue obra de los sucesores. También ellos tuvieron que sostener luchas por la libertad de la Iglesia, pero supieron aprovechar el buen ejemplo de firmeza que les dejó el gran Papa del siglo XVII.

Inocencio XI fue sepultado en San Pedro en un monumento grandioso, obra de Monnot. Gozó de una reputación de santidad tal, que su causa fue introducida el 23 de junio de 1714, todavía en vida de Luis XIV. Su causa progresó lentamente hasta el pontificado de Benedicto XIV (1740-1758) cuando se detuvo. Se reinició para terminar con la beatificación por el Papa Pío XII, el 7 de octubre de 1956.

La enorme bibliografía de Inocencio XI no debe disimular la ausencia de una verdadera historia de su pontificado, fundada en los archivos que existen, pero que todavía no han sido racionalmente utilizados ni menos completamente examinados. El material de los procesos de beatificación del siglo XVIII está en la Biblioteca Nacional de París: Folio de Manuscritos impresos 989-990. Los cuales han sido reimpresos en *Analecta juris pontificii*, pp. 35-37, 1132-1134. Decreto de beatificación: *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XLVII, 1956, pp. 754-759. Radio-mensaje de Pío XII, que puede ser considerado como la mejor síntesis de la vida de Inocencio XI: *ibid.*, pp. 762-778, versión francesa de la *Documentation catholique*, vol. LII, 1956, cc. 1349-1364. Entre las enciclopedias y las historias que dan noticia y útiles indicaciones sobre Inocencio XI, citamos: *Dictionaire de Théologie Catholique* vol. VII, cc. 22-25, *Histoire de l'Eglise* de Fliche y Martin, vol. XIX, pp. 21-23 y *passim.* Es necesario mencionar los numerosos artículos un tanto diseminados de Max Dubruel y los más recientes de Andrés Latreille, *Innocent XI Pape "janseniste" directeur de conscience de Louis XIV*, en *Cahiers d'histoire*, vol. V, 1956, pp. 9-39 y *Les nonces apostoliques en France et l'Eglise gallicane sous Innocent XI* en la *Revue d'histoire de l'Eglise de France*, vol. XLI, 1955, pp. 211-234. Algunos otros títulos bastan para completar nuestra breve bibliografía. G. B. Pittoni, *Vita d'Innocenzo undecimo Sommo Pontifice*, Venecia, 1716. M. G. Lippi *Vita di Papa Innocenzo XI*, editada al cuidado del P. Giovacchino Berthier, Roma, 1889. M. Immisch, *Papst Innozenz XI*, Berlín, 1900. F. de Bojani, *Innocent XI, sa correspondance avec ses nonces*, vol. III, Roma, 1910-1913. J. Orcibal, *Louis XIV contre Innocent XI, les appels au futur concile de 1688 et l'opinion française*, París, 1949.

13: SAN HIPOLITO, Mártir (*c.* 235 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano menciona en este día a San Hipólito, el mártir cuyo nombre aparece en las "actas" de San Lorenzo. Según ese documento tan poco fidedigno, Hipólito era uno de los guardias en la prisión donde se hallaba Lorenzo, convertido y bautizado por él. Hipólito asistió al entierro de Lorenzo y cuando el emperador lo supo, le mandó llamar y le reprendió por haber profanado el uniforme militar con "una conducta indigna de un oficial y un caballero". En seguida le mandó azotar, junto con su nodriza Concordia y otros diecinueve mártires, que murieron en la tortura. Sólo Hipólito salió con vida de la flagelación y fue condenado a perecer arrastrado por un tronco de caballos. Esto constituye un dato muy sosopechoso, si recordamos que el hijo de Teseo, Hipólito, huyendo de la cólera de su padre, se encontró con un monstruo que espantó sus caballos; el héroe resbaló de su carro, se

enredó en las riendas y murió despedazado contra las piedras.* Los verdugos de San Hipólito escogieron los dos caballos más salvajes que encontraron, los ataron con una larga cuerda y colgaron de ella al mártir por los pies. Los caballos le arrastraron furiosamente sobre piedras y rocas; el suelo, los árboles y las piedras quedaron salpicados con la sangre del mártir. Los fieles que presenciaban la ejecución a cierta distancia, se encargaron de recogerla en pañuelos y reunieron los miembros y huesos del santo, que se dispersaron por todas partes.

Esta leyenda es probablemente una pura novela. Según parece, el mártir que la Iglesia conmemora en este día era un sacerdote romano llamado Hipólito, que vivió a principios del siglo III. Era un hombre muy erudito y el más destacado de los escritores teológicos de los primeros tiempos de la Iglesia de Roma. La lengua que usaba en sus escritos era el griego. Tal vez había sido discípulo de San Ireneo, y San Jerónimo le calificó de "varón muy santo y elocuente". Hipólito acusó al Papa San Ceferino de haberse mostrado negligente en descubrir y denunciar la herejía. Cuando San Calixto I fue elegido Papa, Hipólito se retiró de la comunión con la Iglesia romana y se opuso al Sumo Pontífice. Durante la persecución de Maximino, fue desterrado a Cerdeña junto con el Papa San Ponciano, el año 235 y allá se reconcilió con la Iglesia. Murió mártir en aquella isla insalubre a causa de los malos tratos que recibió. Su cuerpo fue, más tarde, transladado al cementerio de la Vía Tiburtina.

Prudencio, basándose en una interpretación equivocada de la inscripción del Papa San Dámaso, confunde a San Hipólito con otro mártir del mismo nombre y afirma que murió descoyuntado por un tiro de caballos salvajes en la desembocadura del Tíber. En un himno refiere que siempre había sido curado de sus enfermedades de cuerpo y alma cuando había ido a pedir auxilio a la tumba de San Hipólito y agradece a Cristo las gracias que le ha concedido por la intercesión del mártir. El mismo autor asegura que la tumba de San Hipólito era un sitio de peregrinación, frecuentado no sólo por los habitantes de Roma, sino por los cristianos de sitios muy remotos, sobre todo el día de la fiesta del mártir: "La gente se precipita desde la madrugada al santuario. Toda la juventud pasa por ahí. La multitud va y viene hasta la caída del sol, besando las letras resplandecientes de la inscripción, derramando especias y regando la tumba con sus lágrimas. Y cuando llega la fiesta del santo, al año siguiente, la multitud acude de nuevo celosamente . . . y los anchos campos apenas pueden contener el gozo del pueblo". Otra prueba de la gran veneración en que los fieles tenían a San Hipólito, es que su nombre figura en el canon de la misa ambrosiana de Milán.

En 1551, se descubrió en el cementerio de San Hipólito, en el camino de Tívoli, una estatua de mármol del siglo III que representa al santo sentado en una cátedra; las tablas para calcular la Pascua y la lista de las obras de San Hipólito están grabadas en ambos lados de la cátedra. La estatua se halla actualmente en el Museo de Letrán.

* El nombre de Hipólito significa "caballo desbocado". Si se tiene en cuenta la historia del martirio de este santo y el significado de su nombre, se comprenderá fácilmente que San Hipólito haya sido adoptado como patrón de caballerizas, cabalgatas y jinetes.

Hasta muy recientemente han empezado a reconocer los historiadores la importancia de San Hipólito en la historia de la Iglesia romana. Butler escribió un siglo antes de que se descubriesen los *Philosophumena*. Aun las excelentes páginas que escribió sobre San

Hipólito Mons. Duchesne en su *Histoire ancienne de l'Eglise* necesitan ser completadas por el descubrimiento de R. H. Connolly, quien demostró que la llamada "Orden de la Iglesia de Egipto" data de la época de Hipólito y constituye la base de las famosas "Constituciones Apostólicas" (cf. *Texts and Studies* de Cambridge, vol. III, n. 4, 1916). Acerca de la personalidad y los escritos del presbítero Hipólito, véase Lightfoot, *Apostolic Fathers*, vol. II, pp. 316-477, y el excelente artículo de Amann en DTC., vol. VI, cc. 2487-2511. A. d'Alès, *La théologie de S. Hippolyte* (1906) es también una obra de valor. Ver también G. Dix, *The Treatise of the Apostolic Tradition* (1937); G. Bovini, *Sant' Ippolito* (*Studi di antichita cristiana*, 1943); y B. Botte, en la colección *Sources Chrétiennes* (la Tradición Apostólica y el Comentario de Daniel, 1947). Algunos historiadores se niegan todavía a admitir que Hipólito sea el autor de los *Philosophumena*. El himno de Prudencio es el noveno del *Peristephanon* (Migne, PL., vol. LX, cc. 530 ss.) Es imposible determinar con certeza si el escritor Hipólito se identifica con el santo que se venera en Porto. La leyenda del descoyuntamiento es, a lo que parece, una pura invención; pero Prudencio afirma que había en la tumba un fresco que representaba el incidente. Hipólito fue sepultado en el cementerio de la Vía Tiburtina, frente a San Lorenzo; por ello, se inventó la leyenda de su participación en el martirio del diácono romano. Véase Delehaye en CMH., pp. 439-440; y H. Leclercq, en DAC., vol. VI, cc. 2409-2483.

SAN CASIANO DE IMOLA, Mártir (Fecha desconocida)

La Iglesia une la celebración de San Casiano con la de San Hipólito, aunque no existe relación alguna entre ambos mártires. Casiano era un maestro de escuela que enseñaba a los niños de Imola a leer y escribir. Imola es una ciudad de Italia que dista unos cuarenta kilómetros de Ravena. Durante una furiosa persecución contra los cristianos, Casiano fue hecho prisionero y compareció ante el gobernador de la provincia. Como se negase a ofrecer sacrificios a los dioses, el bárbaro juez, al saber que era maestro de escuela, mandó que sus propios discípulos le matasen con sus "estilos".* Acudieron doscientos discípulos de Casiano, "que le odiaban porque era su profesor". Los guardias desnudaron al condenado y algunos de los discípulos le lanzaron a la cara las tabletas, los estilos y las navajas; otros le desgarraron el cuerpo con las navajas; otros le clavaron los estilos en el cuerpo y aun se divirtieron bárbaramente al grabar letras en su piel. San Casiano, cubierto de sangre y herido en todo el cuerpo, todavía tuvo el valor de decir a los perversos alumnos que no tuviesen miedo y le golpeasen con mayor fuerza. Con ello no quería exhortarlos al pecado, sino manifestar su deseo de morir por Cristo. Los cristianos de Imola se encargaron de sepultarle. Prudencio refiere que, de camino a Roma, visitó la tumba del mártir y pidió ahí a Dios perdón por sus pecados; también describe una pintura que estaba sobre el altar y representaba la cruel muerte del mártir en la forma en que él la narra en sus versos.

* En aquella época se escribía sobre tabletas de cera con "estilos" o plumas de acero. Un extremo del estilo era puntiagudo y el otro romo para poder borrar lo que se escribía.

La *pasión* del mártir, que se halla en el *Sanctuarium* de Mobricio (vol. VII), no es probablemente más que una traducción en prosa del poema de Prudencio (*Peristephanon*, IX). El detalle de la intervención de los discípulos en el martirio es probablemente una reminiscencia de un incidente de Apuleyo (cf. P. Franchi de Cavalieri, *Hagiographica*, p. 131), y recuerda en forma muy sospechosa el martirio de San Marcos de Aretusa (29 de marzo). Pero no se puede dudar razonablemente de la existencia de San Casiano de Imola. Véase Lanzoni, *Le Leggende di S. Cassiano d'Imola* (1913); *Didaskaleion*, vol. III (1925), pp. 1-44; y Delehaye en CMH., pp. 440-441.

SAN SIMPLICIANO, Obispo de Milán (400 p.c.)

San Simpliciano, sacerdote romano de cierta edad y experiencia, era amigo de San Agustín, en cuya vida desempeñó un papel importante. En efecto, San Agustín le refirió toda su existencia y sus errores y le manifestó que había leído ciertos libros de los platónicos. Dichos libros habían sido traducidos al latín por Victorino, antiguo profesor de retórica en Roma que había muerto cristiano. Simpliciano le felicitó por haber leído esos libros y le contó que él había sido el instrumento del que Dios se había servido para convertir a Victorino, aquel varón eruditísimo que fuera profesor de casi todos los senadores romanos y había merecido el honor de que se le erigiese una estatua en el Foro. Victorino había diferido durante algún itempo su bautismo, por temor de ofender a sus amigos, pero a fin de cuentas, Simpliciano le instruyó y le bautizó. Cuando Juliano el Apóstata prohibió que los cristianos ejerciesen el oficio de maestros, Victorino abandonó la enseñanza. Ese generoso ejemplo conmovió mucho a San Agustín. Puede decirse que la influencia de San Simpliciano y el ejemplo de Victorino le hicieron avanzar mucho en el camino de la conversión.

En varios de sus escritos San Ambrosio alaba la erudición, la prudencia y la gran fe de Simpliciano. Cuando aquél se hallaba ya en el lecho de muerte, oyó que algunos mencionaban a Simpliciano entre sus posibles sucesores y exclamó enfáticamente: "Simpliciano es un hombre muy bueno, aunque ya tiene cierta edad". Simpliciano sucedió efectivamente a San Ambrosio en la sede de Milán, pero su gobierno sólo duró tres años. Turbado por ciertas dificultades que había encontrado en la Epístola de San Pablo a los Hebreos, San Simpliciano consultó a San Agustín, el cual le respondió en su obra *Quaestiones diversae ad Simplicianum*. San Simpliciano (como también San Agustín) llevaba siempre un cinturón de cuero negro, pues Santa Mónica había tenido una visión en que la Santísima Virgen le había pedido que se pusiese un cinturón así en su honor. El cinturón negro pasó a formar parte del hábito de los agustinos. El Martirologio Romano celebra a San Simpliciano el 16 de agosto; en cambio, los agustinos lo hacen el 13 del mismo mes. Ninguna de las dos fechas es la de la muerte del santo, que tuvo lugar en mayo.

No existe ninguna biografía contemporánea de San Simpliciano. En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III, pueden verse algunos relatos biográficos posteriores, con citas de San Ambrosio, San Agustín y Enodio. Ver también DCB., vol. IV, pp. 688-689.

SANTA RADEGUNDIS, Matrona (587 p.c.)

Godofredo Kurth escribe en su biografía de Santa Clotilde: "La figura de Santa Radegundis es, sin duda, la más auténtica y conocida de su siglo. Toda la luz que la historia arroja sobre ese período converge en ella, ya que sus dos biógrafos la conocieron íntimamente, por no hablar de San Gregorio de Tours, quien se contaba entre sus admiradores". Radegundis nació en el año 518, probablemente en Erfurt. Era hija de Bertario, el rey pagano de una parte de la Turingia, que fue asesinado por su hermano Hermenefrido. El año 531, Teodorico, rey de Austrasia, y su medio hermano Clotario I, rey de Neustria, trabaron batalla con Hermenefrido, le vencieron y volvieron a su patria con un rico botín. Radegundis, quien tenía entonces unos doce años,

formaba parte de los prisioneros de Clotario. Según se dice, el monarca se encargó de instruirla y bautizarla, pero probablemente Radegundis era ya cristiana desde antes. La joven vivió hasta los dieciocho años en Athies, cerca de Peronne y se distinguió por su belleza, su bondad y su piedad. A los dieciocho años fue convocada a Vitry para contraer matrimonio con el rey.

Clotario I era el más joven de los hijos de Clodoveo, el primer monarca cristiano de los francos. No se distinguía ciertamente por su buen carácter; el P. Aigrain califica, con razón, a Clotario de "sensual y brutal". No se ha llegado todavía a desenmarañar la cuestión de los matrimonios sucesivos del monarca. Clotario se casó cinco veces y no es imposible que su matrimonio con Radegundis haya sido ilegítimo. La santa soportó su suerte con gran fortaleza. Aunque era reina, seguía siendo tan enemiga de la disipación y de las vanidades mundanas como lo había sido anteriormente. Didivía su tiempo entre las visitas a la iglesia y el cuidado de los pobres, de los enfermos y de los prisioneros. Fundó un hospital de leprosos, donde ella misma atendía a los enfermos, cuyas llagas solía besar. Una amiga le hizo notar un día que después de eso nadie se atrevería a besarla a ella a lo que Radegundis replicó: "Si nadie quiere besarme, no creáis que ello me molesta en lo más mínimo". Clotario dejaba a su esposa plena libertad para sus devociones; sin embargo, cuando empezó a perder el amor que profesaba a su santa mujer, se quejaba de que había contraído matrimonio más bien con una monja que con una reina y de que su corte se estaba transformando en un monasterio. Tales reproches eran injustos, ya que Radegundis consideraba que su primer deber, antes que todas sus devociones, consistía en ser una buena esposa. La santa soportaba con bondad y paciencia las infidelidades de Clotario y las bromas molestas que éste le dirigía constantemente a causa de su esterilidad. Pero, seis años después del matrimonio, Clotario cometió un crimen verdaderamente imperdonable, pues asesinó al hermano de su esposa, a quien había tomado prisionero junto con ella en la batalla de Unstrut y a quien Radegundis profesaba gran cariño.

Entonces Radegundis pidió a Clotario permiso de abandonar la corte. El rey se lo concedió, a no ser que haya sido él mismo quien la desterró. La reina se transladó a Noyon, donde pidió al obispo San Medardo el velo religioso. Este vacilaba un tanto, ya que la situación de Radegundis era bastante ambigua y, por otra parte, Clotario era tan violento como poco escrupuloso. Radegundis se presentó entonces en la iglesia vestida con el hábito de las religiosas y dijo a San Medardo: "Si no me consagráis a Dios, temed al Señor más que a los hombres, pues El os pedirá cuentas de mi alma". San Medardo accedió a otorgar el diaconado a la reina. Radegundis se retiró primero a Saix, que era una de las posesiones de Clotario en el Poitou. Ahí hizo penitencia durante seis meses, empleó todas sus rentas en limosnas y asistió personalmente a los pobres. Después se transladó a Poitiers, donde construyó un convento y nombró abadesa a una amiga suya llamada Inés, a cuya obediencia se sometió implícitamente. Por entonces, Clotario, anunció que iba en peregrinación a Tours, pero se dirigió a Poitiers, con la intención de hacer volver a su esposa a la corte. Muy alarmada, Radegundis escribió una carta San Germán de París, para pedirle auxilio. El santo obispo fue personalmente a rogar al rey que dejase en paz a su inocente esposa. La intervención de San Germán fue tan eficaz, que Clotario le envió a Poitiers a pedir perdón en su nombre

a Radegundis y a rogarle que orase por él para que Dios le perdonara. Desgraciadamente el arrepentimiento fue sólo pasajero, pues, entre otros crímenes, cometió el de quemar vivos en una cabaña a su propio hijo y a sus nietos. Según se dice, murió arrepentido, aunque no tiene nada de sorprendente que el recuerdo de sus culpas le haya atormentado durante su última enfermedad. Como quiera que sea, Clotario no volvió a molestar nunca a Santa Radegundis y aun se convirtió en bienhechor de su monasterio.

Aquel monasterio, que se llamó primero Santa María y recibió después el nombre de Santa Cruz, fue una de las primeras casas religiosas para hombres o para mujeres y, por consiguiente, una de las primeras en que se exigió la estricta clausura en forma permanente. Se observaba en él la regla de San Cesario de Arles, según la cual, las religiosas tenían que consagrar dos horas diarias al estudio, gracias a lo cual Santa Radegundis aprendió un poco de latín. Bajo la influencia de la santa reina, el convento de Santa Cruz se convirtió en un centro intelectual y, por lo mismo, en un centro de paz. En cuanto se empezaba a hablar de guerra, Santa Radegundis escribía a los enemigos, rogándoles en el nombre de Cristo que se reconciliasen. La única violencia que empleaba la santa era contra su propio cuerpo. Santa Cesaria la Joven, abadesa de San Juan de Arles, envió a Poitiers una copia de la regla y una carta de consejos a las religiosas, en la que les mandaba que aprendiesen a leer y les imponía la obligación de aprender de memoria el salterio.

Santa Radegundis enriqueció la iglesia que había construido con las reliquias de muchos santos. Como tuviese gran deseo de conseguir una reliquia de la cruz de Jerusalén, envió a Constantinopla a algunos clérigos para que manifestasen su deseo al emperador Justino. Este le mandó una astilla de la cruz en un relicario de oro adornado con piedras preciosas, así como un rico ejemplar de los Evangelios y las reliquias de varios santos. Las reliquias fueron transladadas a la iglesia del monasterio de Poitiers en solemne procesión, con cirios, incienso y salmodia. El encargado de la translación fue el arzobispo de Tours, San Eufronio, ya que el obispo de Poitiers se había negado a ello por razones que desconocemos. Con tal ocasión, San Venancio Fortunato compuso el famoso himno "Vexilla regis prodeunt", que se cantó por primera vez el 19 de noviembre del año 569. Venancio era entonces un sacerdote de Poitiers, muy amigo de Santa Radegundis, cuya biografía escribió. Sostuvo una nutrida correspondencia con ella y con la abadesa Inés, a quienes escribía cartas en versos latinos acerca de sus austeridades y su salud, agradecía los envíos de víveres y enviaba flores para mostrar su agradecimiento.

La santa pasó sus últimos años en completo retiro y murió apaciblemente el 13 de agosto de 587. "Cuando nos enteramos de su muerte", escribe San Gregorio de Tours, "acudimos al monasterio que ella había fundado en Poitiers. La encontramos ya en el féretro y la hermosura de su rostro sobrepasaba a la de los lirios y las rosas. Alrededor del catafalco había unas 200 religiosas de aquel claustro, que llevaban vida perfecta, sostenidas por las palabras de la santa. Muchas de ellas tenían sangre real en las venas, o habían pertenecido en el mundo a familias senatoriales". Baudonivia, una monja que se había educado con Santa Radegundis y asistió a los funerales, cuenta que entonces un ciego recobró la vista y que tanto antes como después de la muerte de Radegundis se le atribuyeron varios milagros. En una ocasión, curó a una religiosa enferma, mediante un baño que duró dos horas, aunque no sabemos

si fue una curación milagrosa o natural. Siguiendo el consejo de San Cesario, Radegundis insistía en las ventajas del baño y, en Saix, solía bañar a los enfermos dos veces por semana. Baudonivia escribió una biografía de la santa fundadora, no "para repetir lo que ya contó en la biografía de la bienaventurada Radegundis el apostólico obispo Fortunato, sino para narrar lo que dejó de contar". Por su parte, Venancio Fortunato había escrito: "Toda la admiración de la elocuencia humana es incapaz de expresar la piedad, la abnegación, la caridad, la mansedumbre, la rectitud, la fe y el fervor de Radegundis". A pesar de ello, el poeta se lanzó a la empresa con su elocuencia. El Martirologio Romano conmemora a Santa Radegundis y su fiesta se celebra en muchos sitios. La santa es una de las patronas titulares del colegio de la Universidad de Cambridge, ordinariamente llamado "Jesus College".

Según lo dijimos en el artículo, los datos que poseemos sobre Santa Radegundis proceden de las biografías escritas por Venancio Fortunato y Baudonivia y de ciertas alusiones casuales de San Gregorio de Tours. Las dos primeras fuentes pueden verse en Mabillon, en *Acta Sanctorum*, y en B. Krusch, MGH., *Scriptores Merov.*, vol. II, pp. 364-395. Entre las biografías modernas citaremos las de Leroux (1877), Briand (1899), y R. Aigrain (Colección *Les Saints*); en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIX (1921), pp. 192-4, se alaba mucho esta última biografía. Entre las obras inglesas hay que citar F. Britain, *St. Radegund* (1925), y la reedición de un poema publicado por R. Pynxon hacia 1510: *The Lyfe os Seynt Radegunde*. El editor moderno (1926) es, probablemente, H. Bradshaw.

SAN MAXIMO EL CONFESOR, ABAD (662 P.C.)

SE LLAMA a San Máximo "el Confesor" en razón de sus trabajos y sufrimientos por la fe católica. Fue Máximo uno de los más distinguidos teólogos del siglo VII, verdadera columna de la ortodoxia contra la herejía monoteleta y gran defensor de la autoridad doctrinal de la Santa Sede. Nació hacia el año 580, en Constantinopla. En su juventud entró a servir en la corte y llegó a ser el principal de los secretarios del emperador Heraclio. Pero, al cabo de algún tiempo, renunció a su cargo (tal vez porque el emperador defendía ciertas opiniones heréticas) y tomó el hábito monacal en Crisópolis (actualmente Skutari). Ahí escribió algunas de sus obras de mística y fue elegido abad. El año 638 murió San Sofronio, patriarca de Jerusalén, a quien Máximo llamaba su maestro, padre y profesor. Entonces, el santo se convirtió en el gran campeón de la ortodoxia contra el monotelismo del emperador Heraclio y de su sucesor, Constante II. Como se sabe, el monotelismo sostenía que Cristo no poseía voluntad humana sino sólo divina. Máximo reivindicó la memoria del Papa Honorio, a quien se acusaba de haber profesado dicha herejía. En su carta sobre Pirro, quien había sido desterrado de la sede de Constantinopla, dice Máximo: "Si la Sede Romana proclama que Pirro es hereje y réprobo, es evidente que quien se opone a la condenación de Pirro se opone a la Sede Romana, es decir, a la Iglesia católica . . . Lo que Pirro debe hacer, primero, es justificarse ante la Sede de Roma para que el mundo entero reconozca su piedad y ortodoxia . . . ya que la Sede Apostólica recibió del propio Hijo de Dios y de los santos concilios el dominio supremo y universal y el poder de atar y desatar sobre todas las Iglesias del mundo . . ."

El año 645, Gregorio, gobernador de las provincias de Africa y amigo de Máximo, organizó un debate público entre el santo y Pirro. El resultado fue que Pirro tuvo que ir a Roma para abjurar de la herejía monoteleta. Tres

años más tarde, el emperador Constante II publicó el decreto llamado "Typos" en favor del monotelismo. Convocado por el Papa San Martín I, San Máximo asistió en Roma al concilio que condenó dicho documento. El año 653, el exarca imperial arrojó violentamente de Roma a San Martín I y le desterró al Quersoneso. Hasta ahí fue perseguido y murió de hambre. Fue el último Papa que sufrió el martirio. San Máximo permaneció en Roma; pero, como atacase el "Typos" ante un legado imperial, fue llevado prisionero a Constantinopla, a pesar de que tenía ya setenta y cinco años. En Constantinopla fue juzgado por conspirar contra el Imperio. Máximo afirmó que en el asunto del "Typos" estaba de parte de Roma. Cuando se le arguyó que por su declaración misma condenaba a la Iglesia de Constantinopla, replicó: "Yo no condeno a nadie; pero preferiría perder la vida antes que apartarme un milímetro de la fe". Los jueces le desterraron a Bizia en la Tracia, donde el frío, el hambre y el abandono le hicieron sufrir mucho. Al cabo de algunos meses le entrevistó una comisión presidida por el obispo de Cesarea de Bitinia, Teodosio. Máximo demostró a los embajadores con tal elocuencia la existencia de dos naturalezas en Cristo y les echó en cara con tal fuerza su cobardía en defender la verdadera fe, que Teodosio, convencido de la ortodoxia de Máximo, le regaló dinero y vestidos (que el obispo de Bizia confiscó inmediatamente) y le prometió someterse a la Santa Sede. Poco después, San Máximo fue trasladado a un monasterio de Regium, a donde fueron a verle Teodosio de Cesarea y otros enviados imperiales para ofrecerle en nombre del emperador toda clase de honores, con tal de que aceptase el "Typos". Máximo recordó a Teodosio el juramento que había hecho "sobre los santos Evangelios, sobre la Cruz y sobre la imagen de la Madre de Dios". El obispo replicó avergonzado: "¿Qué otro recurso me quedaba? El emperador piensa de otro modo". Máximo permaneció firme. A causa de ello, fue golpeado y cubierto de escupitajos, sus pocas posesiones le fueron confiscadas y, el año siguiente, fue transladado a Perberis, donde se hallaban ya prisioneros sus dos amigos, Anastasio el Abad y Anastasio el Apocrisiario.

Ahí vivieron los tres, en la miseria, durante seis años. Finalmente, el emperador los convocó a Constantinopla para juzgarlos. Los tres fueron condenados por el tribunal y, con ellos, la memoria de San Martín I y San Sofronio. Los jueces los sentenciaron a ser azotados, a que se les cortasen la lengua y la mano derecha (que debían exponerse al público en cada uno de los doce barrios de la ciudad) y a prisión perpetua. Al perder la lengua, ya no podían predicar la fe católica y, al perder la mano, ya no podían defenderla con sus escritos; pero todavía podían confesarla si sufrían con fortaleza y morían con valor. San Máximo murió poco después, al cabo de un terrible viaje a Skhemaris, sobre el Mar Negro. Uno de los Anastasios había muerto antes que él, pero el otro vivió hasta el año 666.

San Máximo, gran confesor de la fe y notable autor místico, murió a los ochenta y dos años. Dejó muchos escritos; entre otros, algunos comentarios alegóricos de la Sagrada Escritura y de las obras de Dionisio Areopagita, un diálogo entre dos monjes sobre la vida espiritual y la "Mystagogia", que es una explicación de los símbolos de la liturgia. San Máximo no fue el padre del misticismo bizantino, como se ha afirmado algunas veces, pues le habían precedido ya en ese camino los antiguos padres del desierto, pero sí fue sin duda su punto culminante.

Los datos que poseemos acerca del santo provienen de una biografía griega, publicada originalmente por Combefis. Puede verse en Migne, PG., vol. XC, 68-109, junto con sus cartas y tratados y otros documentos referentes a él. Sin embargo, recientemente se han publicado textos mejores, que corrigen muchos de los errores de la antigüedad, y ello ha despertado cada vez más el interés de los historiadores por los escritos de San Máximo. Véase L. Duchesne, *L'Eglise au Vième, siècle* (1925), pp. 431 ss; R. Devreesse, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLVI (1928), pp. 5-49, y vol. LIII (1935), pp. 49 ss; V. Grumel, en DTC., vol. X, cc. 448-459; H. Urs von Balthasar, *Liturgie cosmique* (1947). De las obras del santo, recomendamos la traducción francesa de J. Pégon, *Centuries sur la charité* (1945), así como la traducción de la *Mystagogia* en *Irénikon*, vol. XIII (1936), n. 4, hasta el vol. XV, n. 5 (1938). Hay un largo artículo sobre San Máximo en el comentario de los bolandistas sobre el *Mart. Rom.*, pp. 336-337. La obra de Dom P. Sherwood, *Date-List of the Works of Maximus the Confessor* (1952), da más de lo que promete el título.

SAN WIGERTO, ABAD (*c.* 738 P.C.)

WIGERTO ERA originario de Inglaterra. Despreciando el mundo desde su juventud, abrazó la vida religiosa. San Bonifacio le convidó a compartir con él los trabajos de la evangelización de Germania y le nombró abad del monasterio de Fritzlar (a unos cinco kilómetros de Cassel). Uno de los discípulos que tuvo ahí fue San Esturmio. Más tarde, Wigerto fue enviado a Ohrdruf de Turingia, donde fundó varios monasterios y dio gran ejemplo de observancia monástica. Cuando tenía que viajar, no dirigía a nadie la palabra en el camino y regresaba a su monasterio tan pronto como podía. Su biógrafo alaba mucho las virtudes y milagros de San Wigerto, pero nos habla poco de su vida. Antes de su muerte, San Bonifacio le dio permiso de volver a Fritzlar, donde podía prepararse más apaciblemente para el fin. El santo no mitigó sus penitencias ni siquiera durante la última enfermedad. Murió hacia el año 738. El año 780, San Lulo transladó su cuerpo al monasterio de Hersfeld. No hay que confundir a este Wigerto con el discípulo de San Egberto del mismo nombre, que fue a evangelizar a los frisios a fines del siglo VII.

Servatus Lupus escribió una biografía de San Wigerto unos cien años después de la muerte de éste, insistiendo principalmente en los elementos milagrosos; puede verse en Mabillon, en *Acta Sanctorum*, y en MGH., *Scriptores*, vol. XV, pp. 37-43. Véase también H. Timerding, *Die christliche Frühzeit Deutschalands*, Zweite Gruppe (1929).

SAN JUAN BERCHMANS (1621 P.C.)

"SI NO LLEGO a santo mientras soy joven", había dicho Juan Berchmans, "nunca llegaré a serlo". Murió cuando tenía veintidós años y fue un santo, uno de los tres santos jóvenes de la Compañía de Jesús. Se distinguió de los otros dos, San Luis y San Estanislao de Kostka, por sus orígenes, ya que éstos pertenecían a la aristocracia, Juan era el hijo mayor de un zapatero, un modesto artesano de la ciudad de Diest, en Brabante. Ahí vino al mundo Juan, en 1599, en la trastienda del taller de su padre que, según rezaba el rótulo colgado sobre la puerta, se llamaba "La Luna Grande y la Luna Chica". El pequeño Juan era un niño bueno y simpático que amaba tiernamente a su madre, una mujer callada y modesta que siempre estaba enferma. El chiquillo aprendió las primeras letras con un maestro laico y quedó después en manos del padre Peter Emmerich, canónigo premonstratense de la abadía de Tongerloo quien, además de enseñar al niño el latín y los elementos de

las ciencias, lo llevaba consigo en sus visitas a los santuarios y a los sacerdotes de los alrededores. Aquellos contactos desarrollaron en Juan la tendencia a la soledad, o bien a buscar la compañía de los mayores y no la de los chicos de su edad, pero no por eso se puede decir que se aislase de éstos, ya que participaba gustosamente en sus juegos y, sobre todo, en las representaciones teatrales que organizaban los muchachos y aun llegó a distinguirse en el desempeño del papel del profeta Daniel, particularmente en la escena donde defendía a Susana de las acusaciones de los ancianos. Por aquel entonces, había cumplido los trece años, los negocios de su padre prosperaban y éste creyó conveniente sacar a Juan de la escuela para ponerlo a trabajar y para que aprendiese el oficio. El muchacho, que ya tenía pensado dedicarse al sacerdocio, protestó con tanta energía que, a fin de cuentas, el zapatero accedió a dejarle partir a Malinas para servir como criado en la casa de uno de los canónigos de la catedral, el padre Juan Froymont y asistir, al mismo tiempo, a las clases del seminario archiepiscopal.

El canónigo secular Froymont era un hombre muy distinto al canónigo regular Emmerich y en su compañía, el joven Juan iba a cazar patos en vez de visitar santuarios. El trabajo principal de Juan en la casa del canónigo era el de disponer la comida y servir la mesa, pero también se le confió la educación de los perros para que aprendieran a recuperar las piezas cobradas por el padre Froymont.

En el año de 1615, los jesuitas abrieron un colegio en Malinas, y Juan Berchmans fue uno de los primeros en sentirse atraído hacia él, "no sin provocar un gran resentimiento en el que había sido su maestro y tutor, a raíz del cual quedó establecido un distanciamiento entre ellos y nosotros", según escribió más tarde el padre De Greeff, confesor y profesor de griego de Juan. Este en su nuevo colegio se dedicó al estudio con extraordinaria aplicación, participó con entusiasmo en la representación de los dramas sacros y, con mucha frecuencia, pasada la media noche, se le encontraba arrodillado al pie de su lecho, donde le había sorprendido el sueño mientras se hallaba entregado a la plegaria. Un año después, superadas algunas objeciones por parte de su padre, ingresó en el noviciado. Una semana antes, escribió a su casa de esta manera: "Os suplico humildemente, a vos, mi respetado padre, y a vos, mi amada madre, que, en nombre de vuestro afecto paternal por mí y de mi amor filial por vosotros, vengáis aquí el miércoles por la tarde a más tardar, ya sea por la diligencia de Malinas desde Montaigu o en el coche de Esteban, para que yo pueda deciros: "Os saludo y adiós", lo mismo que vosotros a mí, cuando entreguéis a este vuestro hijo al Señor Dios, quien me dio a vosotros".

Tal como lo esperaban todos aquellos que le conocían a fondo, Juan Berchmans fue un novicio admirable. A través de sus notas ascéticas y otros escritos de aquella época, se advierte que él, lo mismo que otro joven religioso que vivió trescientos años después, se había trazado desde el principio un camino de perfección que se proponía seguir inquebrantablemente y que expresaba con su frase favorita: "Hagamos un almacén de pequeñas cosas". Sus propósitos de poner por escrito todas sus reflexiones le ejercitaron notablemente y así pudo hacer un análisis de la obra del padre Alfonso Rodríguez sobre la perfección cristiana, tan valioso que fue publicado poco después de haber sido escrito. A poco de haberse iniciado su noviciado, murió su madre (existe

una conmovedora carta que Juan le escribió durante su última enfermedad) y, dieciocho meses después, su padre, el zapatero, recibió la ordenación sacerdotal y obtuvo una canonjía en su ciudad natal. El 2 de septiembre de 1618, el hermano Juan escribió al canónigo Berchmans para anunciarle que estaba a punto de hacer sus primeros votos y para pedirle, en una posdata, que tuviese a bien mandarle, "por intermedio de su reverencia el chantre, once alnas de tela, seis alnas de franela, tres alnas de lino y dos cueros de becerro para confeccionar mis ropas". El canónigo Berchmans murió un día antes de que su hijo hiciera sus votos, pero Juan no lo supo hasta el día en que le escribió para concertar una cita con él en Malinas, a fin de despedirse antes de partir a Roma para iniciar sus cursos de filosofía. En vísperas de emprender el viaje, escribió a sus parientes y les expresó su asombro y su disgusto por no haber tenido noticias sobre el fallecimiento de su padre; también escribió entonces a su antiguo maestro, el canónigo Froymont, para pedirle que vigilara la conducta de sus hermanos menores, Carlos y Bartolomé, "a los que tal vez no vuelva a ver en esta vida".

Juan llegó a Roma la víspera del año nuevo de 1618, después de haber hecho a pie, con un compañero, la jornada desde Amberes, en diez semanas. Inmediatamente, inició sus estudios en el Colegio Romano, bajo la dirección del padre Cepari, quien posteriormente escribió su biografía. De acuerdo con uno de los profesores, el padre Piccolomini, "Berchmans tiene mucho talento, es capaz de abarcar distintos temas al mismo tiempo y, en mi opinión, su entusiasmo y su aplicación para el trabajo rara vez habrán sido igualados y nunca superados... No se ahorra ningún esfuerzo ni rehuye las dificultades o las fatigas para llegar a dominar los varios idiomas y materias de conocimiento que habrán de hacer de él un hombre sabio y estudioso". El padre Massucci, director espiritual de los estudiantes, declaró por su parte: "Después del bendito Luis Gonzaga, con quien yo viví en el Colegio Romano durante los últimos años de su existencia, no había conocido a un joven de vida más ejemplar, de conciencia más pura y de más alta perfección que a Juan". Sin duda que por eso, "sus hermanos le amaban y le reverenciaban como a un ángel del cielo". Entre estos hermanos había numerosos estudiantes ingleses, entre los cuales figuraba el mártir Beato Henry Morse. Durante dos años y medio, San Juan avanzó por "su caminito", sin singularizarse por los excesos de su mortificaciones. "Mi penitencia", decía, "consiste en llevar la vida de la comunidad" y agregaba a manera de observación: "Me gusta ser gobernado y manejado como un niño recién nacido".

El éxito que obtuvo Juan en sus exámenes, en mayo de 1621, le valió ser elegido para sostener una tésis contra todos los que quisiesen rebatirla durante un debate público. Pero ya la tensión de los prolongados estudios durante el sofocante verano romano le afectó profundamente y, desde entonces, su salud comenzó a declinar rápidamente. El 6 de agosto se sentía enfermo, pero tomó parte activa en una discusión pública en el Colegio Griego y, al día siguiente, tuvo que ser enviado al hospital. No perdió el buen ánimo y se mostró alegre, como de costumbre (el padre Cepari afirma que siempre había una sonrisa en sus labios). Cuando tenía que tomar un medicamento de sabor particularmente desagradable, pidió al padre enfermero, medio en broma y medio en serio, que rezara la acción de gracias por los alimentos, después de la comida y no antes y, en el mismo tono, comentó con el padre rector que tenía la

esperanza de que la muerte reciente de otro jesuita, flamenco como él, en Roma, no provocase alguna fricción entre las dos provincias de la Compañía de Jesús; también cuando los médicos ordenaron que se le pusiesen compresas de vino añejo en las sienes, observó que, por gracia de Dios, una enfermedad tan costosa como la suya, no iba a durar mucho. Al cabo de cuatro días, en el hospital, el padre Cornelio a Lapide, el gran exegeta, le preguntó si tenía algo en la conciencia. *Nihil omnino* ("Absolutamente nada"), repuso San Juan y recibió los últimos sacramentos con profunda devoción. Dos días más estuvo en estado de agonía (los médicos fueron incapaces de diagnósticar el mal que le agotó con tanta rapidez) y murió tranquilamente en la mañana del 13 de agosto de 1621.

Durante sus funerales hubo escenas conmovedoras, se atribuyeron numerosos milagros a la intercesión de Juan, y la fama de su santidad se extendió tan de prisa que, a los pocos años, el padre Bauters, S. J., escribía desde Flandes: "No obstante que murió en Roma y a pesar de que muy pocos de sus compatriotas le conocieron de vista, diez de nuestros mejores grabadores hicieron ya su retrato, y de sus originales se han sacado ya más de 24,000 copias. Eso, sin contar las obras de artistas menos diestros ni los lienzos de los grandes pintores". Sin embargo, si bien su causa se inició el mismo año de su muerte, la beatificación de San Juan Berchmans no tuvo lugar hasta el año de 1865 y su canonización en el de 1888.

La contribución más valiosa de que tengamos conocimiento sobre San Juan Berchmans, es la biografía escrita por A. Poncelet e impresa en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIV (1921), pp. 1-227. Ahí mismo se discute la cuestión de las distintas fuentes de información y se hacen observaciones sobre los trabajos de sus biógrafos más acreditados. Entre éstos se menciona especialmente al padre V. Cepari (1627), a L. J. M. Cros (1894), a H. P. Vanderspecten (1886) y a N. Angelini (1888). El artículo de Fr. Poncelet, incluye también copias de algunos documentos y cartas inéditos. Véase además en la serie *Les Saints*, la biografía escrita por Fr. H. Delehaye. En inglés, existe la biografía que escribió el padre Goldie (1873) y otra del P. Daly (1921), así como un esbozo de Fr. C. C. Martindale, en su *Christ's Cadets* (1913).

BEATA GERTRUDIS DE ALTENBERG, VIRGEN (1297 P.C.)

LUIS DE Otranto murió en septiembre de 1227, en marcha hacia una Cruzada; dos semanas después, su esposa, Santa Isabel de Hungría, dio a luz a su tercera hija, a quien llamó Gertrudis. Antes de partir, el Beato Luis y su esposa habían decidido consagrar al servicio de Dios a su próximo heredero para agradecer al Señor los años de felicidad conyugal que les había concedido; si era una mujercita, debía ingresar en el convento de las canonesas premonstratenses de Altenberg, cerca de Wetzlar. El director espiritual de Santa Isabel, fray Conrado de Marburgo, quien tenía mano dura, exigió que la promesa se cumpliese cuando Gertrudis tenía dos años, de suerte que la niña fue internada en el convento desde esa temprana edad y, al crecer, ratificó la promesa de sus padres, cuando los dos habían muerto ya. A los veintidós años fue elegida abadesa del convento. Siguiendo los pasos de su madre, empleó la herencia que recibió de su tío en edificar una iglesia para el monasterio y un albergue para los pobres, cuya construcción dirigió personalmente. En una época en que las abadesas de sangre real tendían más bien a ser grandes señoras, Gertrudis no se distinguía en nada del resto de sus religiosas, cuyos

trabajos y mortificaciones compartía.

Durante la séptima Cruzada, Gertrudis, en memoria de su padre, "tomó la Cruz" con toda su comunidad. Naturalmente su compromiso no consistía en ir a combatir en Tierra Santa, sino en sostener a los cruzados con oraciones y mortificaciones incesantes. La beata obtuvo permiso de celebrar la fiesta del Corpus en su convento hacia el año 1270 y, por consiguiente, fue una de las primeras en introducir la fiesta en Alemania. El fraile dominico Dietrich, quien escribió en 1289 la vida de Santa Isabel de Hungría, hacía notar en ella que todavía vivía su hija Gertrudis; efectivamente, ésta no murió sino hasta ocho años más tarde, al cabo de cincuenta años de superiorato.

Ver *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III: cf. *Stimmen aus María Laach* (1893), vol. II, pp. 415 ss. Muchas de las biografías de Santa Isabel de Hungría hablan de la Beata Gertrudis.

BEATO BENILDE (1862 P.C.)

EN LA FÉRTIL llanura de Limagne, que forma parte del departamento francés de Puy-de-Dôme, hay una pequeña ciudad llamada Thuret. En la hermosa iglesia románica de dicha población, que data del siglo XII, fue bautizado el día mismo de su nacimiento, 13 de junio de 1805, Pedro Romançon, segundo hijo de un matrimonio acomodado del lugar. El niño hizo su primera comunión doce años más tarde y al mismo tiempo fue confirmado por el obispo de Clermont. Pero ya antes, desde los seis años, Pedro había empezado a frecuentar la escuela, donde se distinguió por su piedad e inteligencia.

Un día, cuando se hallaba en Clermont con su padre, quedó fascinado al ver a un monje vestido con hábito negro y con una capa que flotaba al viento. Su padre le explicó que era un miembro de la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fundada en Reims por San Juan Bautista de la Salle para la educación de la juventud, especialmente de los más pobres. Tal respuesta impresionó a Pedro, quien algún tiempo más tarde confesó a sus padres que quería ingresar en la congregación. Estos no se opusieron a las tímidas insinuaciones de Pedro, que poco a poco fueron haciéndose más insistentes y, cuando los hermanos de las escuelas cristianas abrieron un colegio en Riom, le enviaron ahí a terminar sus estudios.

Pedro se sintió desde el primer día como en su casa y, a los catorce años, pidió ser admitido como aspirante en la congregación. Sin embargo, aunque gozaba de excelente reputación en el colegio, se le rechazó por ser joven. Pedro tuvo, pues, que esperar dos años más y entonces obtuvo la admisión. Para probar la vocación de Pedro, su padre le amenazó con decapitarle si abandonaba la casa paterna. El joven replicó plácidamente: "Si quieres hacerlo, hazlo. Con ello sólo cambiaré los bienes terrenos por los eternos". Finalmente, en el otoño de 1820, partió al noviciado de Clermont-Ferrand, con la bendición de sus padres. En el año que siguió, su vocación se confirmó de tal suerte, que su director no tuvo reparo en decir: "Este hermano tan joven serán un día una de las glorias de nuestra congregación". Al tomar el hábito, Pedro había recibido el nombre de Benilde.*

* El autor de este artículo no consiguió descubrir ningún santo de ese nombre. Pero el Martirologio Romano menciona el 15 de junio a una mujer martirizada por los moros de Córdoba, llamada Benildis o Benilda.

Cuando terminó el noviciado, sus superiores le enviaron al colegio de Riom a hacer sus primeras armas en el arte de la enseñanza. En los años siguientes, le encontramos en diversas casas de la congregación, ejerciendo, además del oficio de maestro, el de cocinero y otros más. Apenas dos años después de su profesión, fue nombrado superior del colegio de Billom en Puy-de-Dôme. Uno de sus discípulos afirmó más tarde: "El hermano Benilde era bueno como un ángel y tenía cara de santo. Era un magnífico profesor, un tanto estricto, pero siempre justo. Solía preocuparse especialmente de los menos aplicados y nos alentaba al trabajo. Sus discípulos hacían buen papel y conocían al dedillo el catecismo".

El hermano Benilde desempeñó con tal acierto su cargo que, en 1841, cuando tenía treinta y seis años, fue enviado a fundar y dirigir un nuevo colegio en Saugues (Alto Loira). Ahí debía pasar el resto de su vida. La ciudad recibió con entusiasmo a los hermanos y no tardó en rogarles que inaugurasen también una serie de cursos nocturnos para adultos. Dichos cursos fueron todo un éxito, y el gobierno condecoró por ellos al hermano Benilde con una medalla de plata. Pero sin duda que el beato habría apreciado aún más la alta opinión en que le tenían sus discípulos. Todavía se conservan los testimonios de algunos de ellos; son tan detallados, que uno de los discípulos hace notar que "el santo director" solía mandar que se abrieran las ventanas mientras daba la clase.

El hermano Benilde se distinguió sobre todo como profesor de religión. Como él mismo escribió: "Mi vida es para el apostolado. Si por negligencia mía estos niños no llegan a ser lo que deben, la habré desperdiciado. Si muero enseñando el catecismo, moriré en mi verdadero medio". A ese trabajo se había preparado con su vida personal y con un estudio serio de la teología y las materias con ella relacionadas. Más de un testigo hace notar que los discípulos solían escucharle embebidos y que les parecía que el tiempo pasaba demasiado de prisa. El hermano Benilde terminaba siempre sus clases con unas palabras de exhortación que brotaban del fondo de su corazón: "El querido hermano Benilde hablaba con tal calor de las verdades eternas, que jamás he podido olvidar lo que nos decía. Sus palabras nos llegaban al fondo del alma y eran un motivo de remordimiento cuando obrábamos mal". Pero no sólo se ganó el aprecio de sus discípulos, sino también el de los padres de éstos, de las hermanas presentandinas, que dirigían la escuela de niñas y del clero de la región. Uno de los vicarios de la parroquia escribió: "El hermano Benilde no sólo adoraba a Dios como un ángel cuando iba a la iglesia a hacer oración, sino siempre y en todas partes, aun cuando cultivaba sus verduras en el huerto".

El cariño entusiasta que el beato profesaba a su congregación era una de sus características. En una ocasión en que se hallaba en dificultades, exclamó: "No abandonaría la congregación, aunque me viese reducido a comer cáscaras de patatas. Demasiado bien sé cuán bondadoso ha sido Dios al llamarme a su servicio en ella". Jamás perdía la oportunidad de alentar a un posible candidato, pero no se valía para ello de consideraciones humanas: "¿Qué buscaba el candidato? ¿Una vida cómoda? La vida en el colegio de Saugues no lo era ciertamente. ¿Las alabanzas de las gentes? Los hermanos llevaban una existencia retirada y oculta. Pero si lo que quería era su santificación personal y trabajar humilde y útilmente en la viña del Señor, entonces . . ." Un sacerdote que estuvo en la casa madre de los hermanos de las escuelas cristianas en París, cinco años después de la muerte del hermano Benilde,

encontró a treinta y dos novicios de Saugues y sus alrededores y casi todos habían sido discípulos de Benilde".

En 1855, el hermano Benilde escribió a uno de sus colegas: "He contraído una enfermedad que me tiene, por el momento, casi todo el tiempo en cama. Estoy tan fatigado, tan exhausto, que apenas puedo hablar. Cada día puede ser el último". Sin embargo, el hermano Benilde vivió seis años más, hasta que contrajo una dolorosa enfermedad reumática. Sus superiores le enviaron varias veces a hacer curas en Bagnols-les-Bains. El párroco del lugar afirmaba que las visitas del beato a la población equivalían a una misión. En enero de 1862, se agravó el estado del hermano Benilde. La víspera del domingo de la Trinidad, insistió en acudir a la capilla al día siguiente para la renovación actual de los votos y se despidió de sus discípulos, diciendo: "Sé que pedís por mí y os lo agradezco, pero mi salud no va a mejorar. Dios me llama a Sí y, si es misericordioso conmigo, podéis estar seguros de que pediré por vosotros en el cielo". Hacia el 30 de julio, el beato se arrastró una vez más hasta la capilla. "Es la última vez —dijo a su acompañante—; pronto me llevaréis en hombros". Dos semanas más tarde, el 13 de agosto de 1862, el hermano Benilde falleció, rodeado de sus hermanos.

El entierro se llevó a cabo el día de la Asunción. Aunque la parroquia de Saugues era grande, ese día estaba llena a reventar. La sepultura del beato se transformó inmediatamente en sitio de peregrinación. En 1884, se puso en la nueva lápida: *décedé en odeur de sainteté* (muerto en olor de santidad). No faltó quien murmurase de ello. No así el canónigo Raveyre, antiguo vicario de la parroquia, el cual afirmó: "No me extrañaría que la Iglesia le elevase un día al honor de los altares". Tenía razón. En 1896, se inició el proceso en Le Puy y, en 1948, se llevó a cabo en Roma la beatificación de Benilde Romançon.

Ver *Le Vénérable Frère Bénilde* (1928); y G. Rigault, *Un instituteur sur les autels* (1947).

14: SAN EUSEBIO DE ROMA (Siglo IV)

SAN EUSEBIO vivió en Roma durante la segunda mitad del siglo IV. Desgraciadamente, lo que sabemos acerca de su vida procede de unas "actas" que carecen de valor histórico. Según ellas, Eusebio era un sacerdote que se opuso al emperador arriano Constancio, apoyó a "San Félix II" (29 de julio) y siguió celebrando en su casa los sagrados misterios cuando se le prohibió hacerlo en las iglesias. Por ello, fue encarcelado en una reducida habitación de su propia casa, donde murió siete meses más tarde. Se dice que fue sepultado en el cementerio de Calixto, en la Vía Apia, y que en su tumba se colocó la siguiente inscripción: "Eusebio, el varón de Dios". Tal vez este dato es verdadero, pero la tumba no ha sido descubierta hasta hoy.

Es éste uno de los casos en los que poseemos ciertas pruebas de la existencia histórica de una persona a la que se tributó algún culto, aunque la leyenda que narra su vida no merece ningún crédito. Está fuera de duda que Eusebio fundó en Roma lo que podríamos llamar una parroquia, conocida con el nombre de "titulus Eusebii". Por esa razón, se celebraba anualmente una

misa por el descanso de su alma. Con el tiempo, el pueblo empezó a creer que se trataba de una misa en su honor; así, el año 595 se llamaba ya a la parroquia "titulus sancti Eusebii".

Ver Delehaye, *Sanctus* (1927), p. 149; J. Wilpert, en *Römische Quartalschrift*, vol. XXII, pp. 80-82; J. P. Kirsch, *Die römischen Titelkirchen*, pp. 58-61. En CMH., pp. 443-444, se presentan todos los argumentos. Alban Butler reproducía el día de hoy toda la *pasión* de un mártir llamado Eusebio, en Palestina. Pero tal documento carece de valor histórico; dado que, por otra parte, no existe ninguna huella del culto de ese oscuro mártir, no *hablaremos de él.*

SAN MARCELO, OBISPO DE APAMAEA, MÁRTIR (*c.* 389 P.C.)

UNA DE LAS grandes empresas del emperador Teodosio el Grande fue el intento de cristianizar a fondo el Imperio Romano. Para eso, el año 380, junto con el emperador Graciano, publicó un decreto por el que mandaba que todos sus súbditos profesaran la fe de los obispos de Roma y Alejandría. Ocho años más tarde, envió a un legado a Egipto, Siria y Asia Menor para que exigiese la ejecución del edicto de destrucción de todos los templos paganos. Tal edicto fue aplicado en forma brutal, de suerte que provocó naturalmente el resentimiento y la cólera de los paganos. Cuando el prefecto imperial llegó a Apamaea, en Siria, mandó a sus soldados que destruyesen el templo consagrado a Júpiter. Pero se trataba de un templo muy grande y bien construido, y los soldados, que carecían de experiencia en la demolición sistemática, avanzaban muy lentamente. El obispo de la ciudad, que se llamaba Marcelo, dijo al prefecto que pusiese a sus soldados a trabajar en otro templo y que él se encargaría de la demolición del templo de Júpiter. Al día siguiente, un albañil se presentó al obispo y le ofreció derribar el templo de Júpiter a cambio de doble paga. San Marcelo aceptó. Entonces el albañil procedió a la demolición de la siguiente manera: excavó un agujero debajo de una de las columnas principales, lo llenó de leña y le prendió fuego. El templo se vino abajo.

San Marcelo empleó el mismo método en la demolición de otros templos. Pero en cierta ciudad, cuyo nombre desconocemos, el santo encontró un templo defendido por los paganos, de suerte que "hubo de retirarse a un paraje situado lejos de la escena del conflicto y fuera del alcance de las flechas, ya que sufría de gota y no podía pelear ni huír". En tanto que el santo obispo contemplaba la batalla desde ese puesto de observación, unos paganos le hicieron prisionero y le quemaron vivo. Más tarde, los hijos de San Marcelo intentaron vengar su muerte; pero el consejo de la provincia se lo prohibió, diciéndoles que más bien debían regocijarse de que Dios hubiese juzgado a su padre digno de morir por su causa. No hay que confundir a este San Marcelo con el otro santo del mismo nombre, originario de Apamaea y abad de Constantinopla, cuya fiesta se celebra el 29 de diciembre.

En el artículo de *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III, se encontrarán todos los datos que poseemos sobre el santo. La principal fuente es la *Hist. Eccl.* de Teodoreto, lib. V, c. 21. Dada la actitud belicosa de Marcelo, es difícil considerarle como mártir.

SANTA ANASTASIA, MATRONA (*c.* 860 P.C.)

ANASTASIA nació en una de las islas del Mar Egeo. Contrajo matrimonio con un oficial del ejército, pero su esposo murió dieciséis días después en una escara-

muza contra los árabes que habían asaltado la costa. Anastasia quiso entonces consagrarse a Dios, pues había tenido una visión acerca de la futilidad de las cosas de este mundo que la había impresionado mucho. Pero sus padres la persuadieron de que contrajese nuevamente matrimonio. Su segundo esposo era un hombre muy devoto y piadoso, que la alentó en la práctica de las buenas obras y le ayudaba en ellas. La santa repartía liberalmente limosnas entre los pobres, asistía a los enfermos, a los forasteros, a los prisioneros y a todos los necesitados. Después de la misa de los domingos y días de fiesta, solía reunir a sus vecinos para leerles y explicarles algún pasaje de la Biblia. Al cabo de algún tiempo, el esposo de Anastasia decidió tomar el hábito monacal, con el consentimiento de su esposa: ésta, a su vez transformó su casa en un convento, del que fue elegida abadesa.

Las religiosas llevaban una vida extremadamente austera, hasta que se encargó de la dirección espiritual un santo abad llamado Matías, el cual descubrió que estaban tan debilitadas por la penitencia, que apenas podían andar. Matías aconsejó a Santa Anastasia que moderase las austeridades de sus súbditas y consiguió que el convento se trasladase a Timia, a una casa tranquila y apta para la vida monástica, pues la casa de la santa estaba en plena ciudad. En Timia el número de las religiosas aumentó de tal modo, que hubo necesidad de ensanchar la casa. La emperatriz Teodora, a cuyos oídos había llegado la fama de la santa, la llamó a Constantinopla y la nombró su consejera. Anastasia hubo de pasar siete años en la corte, en una celda que era un réplica exacta de la que tenía en su monasterio. Finalmente, la emperatriz la dejó partir nuevamente a Timia. Poco después de su llegada, cayó enferma. Durante doce días trató de llevar la vida ordinaria; pero al fin, ya sin fuerzas, tuvo que enviar a sus religiosas a cantar el oficio divino sin ella. Cuando volvieron las religiosas, encontraron a su abadesa agonizante. La santa sólo tuvo tiempo de darles la bendición antes de morir.

Las pruebas históricas no son muy fuertes en este caso. En efecto, aunque el autor de la biografía (traducida del griego por los bolandistas, en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III) pretende hacerse pasar por contemporáneo de la santa, el hecho no es del todo claro. Por otra parte, apenas hay huellas del culto de Santa Anastasia. Sin embargo, varios sinaxarios hablan de ella el 4 de abril. I. Martynov, *Annus Ecclesiasticus Graeco-Slavicus*, pp. 107-108, menciona a la santa el 12 de abril. Un punto interesante es que la biografía griega habla de la conmemoración que se hacía el cuadragésimo día después del entierro, que corresponde a la conmemoración mensual practicada en el occidente.

BEATO EBERARDO, Abad (958 p.c.)

El Beato Eberardo pertenecía a la familia de los duques de Suabia. El año 934 renunció al cargo de preboste de la catedral de Estrasburgo para ir a reunirse en una ermita de Einsiedeln, en Suiza, con su hermano Beno, quien había sido antes obispo de Metz. Beno tenía ya varios discípulos y el arribo de Eberardo, quien gozaba de gran fama de prudencia y santidad, atrajo a la ermita a otros muchos varones deseosos de perfección. El beato empleó su fortuna en la construcción de un monasterio y una iglesia para la comunidad. Después de la muerte de Beno, Eberardo fue elegido primer abad del monasterio de Nuestra Señora de las Ermitas. El año 942, una gran carestía asoló las regiones de Alsacia, Borgoña y el norte de Alemania; el Beato Eberardo y sus monjes enviaron una considerable cantidad de trigo para socorrer a los pobres. Según cuenta

una fábula, el año 948, diez antes de la muerte del beato, Nuestro Señor en persona, acompañado de los cuatro Evangelistas, de San Pedro y de San Gregorio Magno, consagró la iglesia abacial de Einsiedeln, a la que estaba incorporada la capilla de la ermita. De hecho, la iglesia parece haber sido consagrada ese año por San Conrado de Constanza y San Ulrico de Augsburgo. Einsiedeln sigue siendo en nuestros días un sitio importante de peregrinación.

Véase O. Ringholz, *Geschichte des fürstl. Benediktinerstiftes Einsiedeln* (1904), vol. I, pp. 33-43; R. Henggeler, *Reliquien der Stiftskirche Einsiedeln* (1927), pp. 7 ss.

BEATOS ANTONIO PRIMALDI y Compañeros, Mártires (1480 p.c.)

En el año de 1480, los turcos de Mahoma II capturaron y saquearon la ciudad de Otranto, en el sur de Italia, y pasaron por las armas a la mayoría de sus habitantes. La Iglesia considera como mártires a algunas de las víctims. Entre ellas se cuentan el Beato Antonio Primaldi (o Grimaldi) y sus ochocientos compañeros. Antonio era un artesano ya anciano, muy conocido en la ciudad por su habilidad en el trabajo y la seriedad de su vida cristiana. Los turcos concentraron a todos los hombres que habían escapado de la primera matanza, saquearon sus casas y tomaron prisioneras a sus esposas. Antonio y sus compañeros fueron conducidos a un valle de las proximidades. Ahí se les ofreció su libertad y la de sus mujeres, así como la restitución de sus bienes, a condición de que apostataran y se convirtieran al islamismo. Antonio, tomando la palabra en nombre de los demás, replicó que todos a una confesaban que no había más que un Dios, que Jesucristo era su Hijo y que no estaban dispuestos a apostatar por ningún motivo. El general turco los amenazó con las más crueles torturas y algunos comenzaron a flaquear. Al ver esto, Antonio les gritó: "Hemos luchado ya por la ciudad y por la vida. Ahora hemos de luchar por nuestras almas y por Jesucristo. Como El murió por nosotros, así debemos nosotros morir por El". Estas palabras devolvieron el valor a los débiles, y el general turco dio la orden de que todos fuesen decapitados. El Beato Antonio fue el primero en morir. Se cuenta que su cuerpo decapitado permaneció en pie hasta que terminó la ejecución de todo el grupo, como para dar valor a sus compañeros. El sitio en que se llevó a cabo la ejecución, se llama todavía el Valle de los Mártires. Los cuerpos de los cristianos permanecieron insepultos durante los doce meses que los turcos ocuparon la región. El culto de estos mártires fue confirmado en 1771.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III, hay un largo artículo sobre estos mártires, titulado *Martyres Hydruntini*; al fin de dicho artículo pueden verse las declaraciones de algunos testigos. Desgraciadamente esas declaraciones datan de 1539, o sea cincuenta y nueve años después de los hechos. Véase también DHG., vol. III, cc. 805-806, donde se citan otras obras.

15: LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA (Siglo I)

MARIA era una doncella judía de la casa de David y de la tribu de Judá. La tradición popular atribuye a sus padres los nombres de Joaquín y Ana. María fue concebida sin pecado original (8 de diciembre). Su nacimiento, que la Iglesia celebra el 8 de septiembre, tuvo lugar en Séforis, en

Nazaret, o como lo afirma la tradición más popular, en Jerusalén, muy cerca de la piscina de Betseda y de una de las puertas de la ciudad. Es curioso notar que son los mahometanos y no los cristianos quienes llaman a esa puerta "La Puerta de María". Los padres de la niña la habían prometido a Dios desde antes de su nacimiento; la Iglesia celebra el 21 de noviembre su presentación en el Templo, aunque ignoramos por qué lo hace precisamente en esa fecha. Según los apócrifos, María fue educada en el Templo con otras jóvenes judías. A los catorce años, fue prometida en matrimonio a un carpintero llamado José, quien había sido señalado milagrosamente al sumo sacerdote. Después de los desposorios y antes de que conviviesen, María recibió la visita del Arcángel Gabriel (la Anunciación, 25 de marzo) y la segunda Persona de la Santísima Trinidad se encarnó en su seno por obra del Espíritu Santo. Esto tuvo lugar en Nazaret. María se dirigió entonces a Judea a visitar a su prima Santa Isabel, la madre de San Juan Bautista, la cual estaba en los últimos meses del embarazo (la Visitación, 2 de julio). Cuando ambos se dirigían a Jerusalén con motivo del censo del César Augusto, María dio a luz a Jerucristo, el Dios hecho hombre, en un establo de Belén (la Navidad, 25 de diciembre). Cuarenta días más tarde, cumpliendo lo mandado por la ley, María se presentó en el templo con su Hijo para el rito de la purificación (2 de febrero). Como se sabe, el rito de la purificación no existe en el cristianismo, que considera la maternidad como un honor y no como una impureza. Prevenido por un ángel, San José huyó con su esposa y el Niño a Egipto para evitar la cólera de Herodes. No sabemos cuánto tiempo permanecieron en Egipto; pero volvieron a Nazaret después de la muerte del tirano.

Durante los treinta años que precedieron a la vida pública del Salvador, María vivió exteriormente como todas las otras mujeres judías de condición modesta. Algunos olvidan estos años de la vida de María y sólo piensan en su glorificación como Reina del Cielo y en su participación en los principales misterios de la vida de su Hijo. Las sonoras y hermosas invocaciones de las letanías lauretanas, las delicadas vírgenes de Boticelli y las "prósperas burguesas" de Rafael, los líricos arranques de los predicadores que cantan las glorias de María, constituyen ciertamente un homenaje a la Madre de Dios, pero tienden a hacernos olvidar que María fue la esposa de un carpintero. El Lirio de Israel, la Hija de los Príncipes de Judá, la Madre del género humano, fue también una modesta mujercita judía, esposa de un artesano. Las manos de María se endurecieron en el trabajo y sus pies desnudos recorrieron aquellos polvorientos camino de Nazaret que conducían al pozo, a los olivares, a la sinagoga y al despeñadero en el que un día los enemigos de Jesús estuvieron a punto de precipitarle. Y, al cabo de esos treinta años, los pies de María recogieron el polvo de los largos caminos de la vida pública del Señor, pues Ella le siguió de lejos desde el regocijo de las bodas de Caná hasta el abandono y la desolación del Calvario. Ahí fue donde la espada que había predicho Simeón el día de la purificación, atravesó el corazón de María. Desde la cruz Jesús confió a su Madre a San Juan "y desde aquella hora el discípulo la tomó por suya". El día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre María y los Apóstoles, que se hallaban reunidos en el cenáculo. Esta es la última ocasión en que la Sagrada Escritura menciona a María. Probablemente pasó el resto de su vida en Jerusalén y, durante las persecuciones, se refugió con San Juan en Efeso y otras ciudades.

María es la Madre de Dios, porque Jesús es Dios. El Concilio de Efeso

condenó el año 431 a quienes negaban esta verdad. María fue virgen antes y después del parto y permaneció virgen toda su vida, según lo afirma la tradición constante y unánime de la Iglesia. El Concilio de Trento afirmó expresamente que María no había cometido jamás pecado alguno. Como "segunda Eva", María es madre de todo el género humano y se le debe un culto superior al de todos los santos; pero adorar a María constituiría una verdadera idolatría, porque María es una creatura, como el resto de la humanidad y toda su gloria procede de Dios. Recientemente, en el Concilio Vaticano II, S.S. Pablo VI confirió a la Virgen María el título de Madre de la Iglesia.

La Iglesia ha sostenido siempre que el cuerpo de María se vio libre de la corrupción, que su alma se reunió nuevamente con él y que la Virgen fue transportada al cielo, como símbolo único de la resurrección que espera a los hijos de Dios. La preservación de la corrupción y la Asunción de María son una consecuencia lógica de la pureza absoluta de la Madre de Dios. Su cuerpo no había sido nunca manchado por el pecado, había sido un templo santo e inmaculado, en el que había tomado carne el Verbo Eterno. Las manos de María habían vestido y alimentado en la tierra al Hijo de Dios, quien la había venerado y obedecido como madre. Lo que no sabemos con certeza es si la Virgen murió o no; la opinión más general es que sí murió, ya fuese en Efeso o en Jerusalén. Aun en el caso de que la fiesta de hoy sólo conmemorase la Asunción del alma de María, su objeto seguiría siendo el mismo; porque, así como honramos la llegada del alma de los santos al cielo, así, y con mayor razón todavía, debemos regocijarnos y alabar a Dios el día en que la Madre de Jesucristo entró en posesión de la gloria que su Hijo le tenía preparada.

Cuando Alban Butler escribió este artículo, la creencia en la Asunción de María al cielo no era aún un dogma de fe; según lo dijo Benedicto XIV, se trataba de una opinión probable, que no se podía negar sin impiedad y blasfemia. Pero dos siglos más tarde, en 1950, después de haber consultado a los obispos de la universal Iglesia, Pío XII proclamó el dogma de la Asunción de María. He aquí sus propias palabras en la bula *Munificentissimus Deus*:

> "La extraordinaria unanimidad con que los obispos y los fieles de la Iglesia católica afirman la Asunción corporal de María al cielo como un dogma de fe, nos hizo ver que el magisterio ordinario de la Iglesia y la opinión de los fieles, dirigida y sostenida por éste, estaban de acuerdo. Ello probaba con infalible certeza que el privilegio de la Asunción era una verdad revelada por Dios y contenida en el divino depósito que Cristo confió a su esposa la Iglesia para que lo guardase fielmente y lo explicase con certeza absoluta".

El 1o. de noviembre, día de la fiesta de Todos los Santos, el Papa promulgó públicamente la bula en la plaza de San Pedro de Roma y definió la Asunción en los términos siguientes:

> "Habiendo orado instantemente a Dios y habiendo pedido la luz del Espíritu de Verdad, para gloria del Dios todopoderoso, que hizo a María objeto de tan señalados favores; para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte; para el acrecentamiento de la gloria de su Santísima Madre y para gozo y exultación de toda la Iglesia, Nos, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo y de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y por nuestra propia autoridad, declaramos y definimos que es un

dogma divinamente revelado que la inmaculada Madre de Dios, la siempre virgen María, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo al terminar su vida mortal".

La fiesta de la Asunción es, por excelencia, "la fiesta de María", la más solemne de cuantas la Iglesia celebra en su honor y es también, la fiesta titular de todas las iglesias consagradas a la Santísima Virgen en general. La Asunción es el glorioso coronamiento de todos los otros misterios de la vida de María, es la celebración de su grandeza, de sus privilegios y de sus virtudes, que se conmemoran también, por separado, en otras fiestas. El día de la Asunción ensalzamos a Cristo por todas las gracias que derramó sobre su Madre y, sobre todo, por la gloria con que se dignó coronar esas gracias. Sin embargo, la contemplación de la gloria de María en esta fecha no debe hacernos olvidar la forma en que la alcanzó, para que imitemos sus virtudes. Ciertamente, la maternidad divina de María fue el mayor de los milagros y la fuente de su grandeza, pero Dios no coronó precisamente la maternidad de María, sino sus virtudes: su caridad, su humildad, su pureza, su paciencia, su mansedumbre, su perfecto homenaje de adoración, amor, alabanza y agradecimiento.

Es imposible tratar a fondo, en el breve espacio de que disponemos, la introducción y evolución de la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen. Tres puntos son claros: En primer lugar, la construcción de iglesias dedicadas a la Virgen María, la *Theotokos* (Madre de Dios), trajo inevitablemente conisgo la celebración de la dedicación de dichas iglesias. Consta con certeza que en la primera mitad del siglo V había ya en Roma y en Efeso iglesias dedicadas a Nuestra Señora, y algunos historiadores opinan que ya en el año 370 se celebraba en Antioquía la conmemoración de "la siempre Virgen María, Madre de Dios". En segundo lugar, dicha conmemoración de la Santísima Virgen no hacía al principio mención de su salida de este mundo, simplemente se celebraba, como en el caso de los demás santos, su "nacimiento para el cielo" ("natalis"); la fiesta recibía indiferentemente los nombres de "nacimiento", "dormición" y "asunción". En tercer lugar, según una tradición apócrifa pero muy antigua, la Santísima Virgen murió en el aniversario del nacimiento de su Hijo, es decir, el día de Navidad. Como ese día estaba consagrado a Cristo, hubo de posponerse la celebración de María. En algunos sitios empezó a celebrarse a Nuestra Señora en el invierno. Así, San Gregorio de Tours (*c.* 580) afirma que en Galia se celebraba a mediados de enero la fiesta de la Virgen. Pero también consta que en Siria la celebración tenía lugar el quinto día del mes de Ab, es decir, hacia agosto. Poco a poco fue extendiéndose esa práctica al occidente. San Adelmo (*c.* 690) afirma que en Inglaterra se celebraba el "nacimiento" de Nuestra Señora a mediados de agosto.

La única fuente escrita sobre la Virgen María es el Nuevo Testamento. A través de los siglos se ha meditado y escrito incesantemente sobre los datos del Nuevo Testamento; pero la mayoría de los comentarios son muy poco felices y aquí no podemos hacer una selección de los mejores. También abundan las obras teológicas y de devoción sobre Nuestra Señora. Acerca de la Asunción, véase el estudio histórico-doctrinal de M. Jugie, *La mort et l'assomption de la Ste Vierge* (1944); la obra de J. Duhr, *The Glorious Assumption* (1950), es de tipo más popular. Tillemont y Benedicto XIV sostenían la opinión de que María murió en Efeso; pero la tradición de oriente sostiene que murió en Jerusalén. En *The Tablet*, 26 de agosto de 1950, hay un estudio sobre las peticiones y proposiciones que precedieron a la definición del dogma de la Asunción; en la misma revista puede verse el texto de la bula de Pío XII (4 de noviembre de 1950). El texto latino puede verse en *Clergy Review*, vol. XXXIV (1950), pp. 407-420. Acerca de la fiesta

de la Asunción, cf. H. Thurston en *The Month*, agosto de 1917, pp. 444-445. La costumbre de dedicar iglesias a la Asunción de la Virgen data de la época moderna; en la Edad Media se dedicaban simplemente a Santa María. La advocación particular de cada una de las iglesias dedicadas a la Virgen, dependía de varios factores; la Asunción tenía la ventaja de no caer durante la cuaresma sino en el verano (cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXV (1947), pp. 316-317). Entre los libros más recientes sobre Nuestra Señora y su culto, recomendamos particularmente los de M. Besson, *La Ste Vierge* (1942); L. Bouyer, *Le culte de la Mère de Dieu* (1950), y J. Guitton, *La Sainte Vierge* (1952). En *The Second Eve* (1952), hay una selección de textos del cardenal Newman, que expresan en forma sobria y elocuente la doctrina de la Iglesia sobre la Virgen María.

SAN TARSICIO, MÁRTIR (Siglo III)

"EN ROMA, en la Vía Apia, el martirio de San Tarsicio, acólito. Los paganos le encontraron cuando transportaba el sacramento del Cuerpo de Cristo y le preguntaron qué llevaba. Tarsicio, no quería arrojar las perlas a los puercos y se negó a responder; los paganos le apedrearon y apalearon hasta que exhaló el último suspiro, pero no pudieron encontrar el sacramento de Cristo ni en sus manos, ni en sus vestidos. Los cristianos recogieron el cuerpo del mártir y le dieron honrosa sepultura en el cemnterio de Calixto". Así resume el Martirologio Romano la forma que tomó posteriormente la historia de San Tarsicio, "el mártir de la Eucaristía", en un poema del Papa San Dámaso (siglo IV). El Pontífice cuenta que Tarsicio prefirió una muerte violenta en manos de una turba, antes que "entregar el Cuerpo del Señor"* a aquellos perros rabiosos", y le compara con San Esteban, que murió apedreado por los judíos.

El hecho del martirio de San Tarsicio es histórico, pero no consta que fuese realmente un acólito todavía niño. Si se tiene en cuenta que San Dámaso le compara con el diácono San Esteban, se puede conjeturar que era más bien un diácono, ya que éstos tenían por oficio administrar el Santísimo Sacramento en ciertas circunstancias y transportarlo de un sitio a otro. Así, por ejemplo, los diáconos trasladaban una parte de la hostia consagrada por el Papa a las principales iglesias de Roma, como símbolo de la unidad del santo sacrificio y de la unión de los obispos con los fieles. Pero en aquella época, lo mismo que en la actual, se podía confiar el Santísimo Sacramento a cualquier cristiano —clérigo o laico, joven o viejo, hombre o mujer— en caso de necesidad. La tradición afirma que Tarsicio era un acólito de tierna edad, a quien se confió la misión de llevar la comunión a algunos cristianos que estaban prisioneros, en la época de la persecución de Valeriano. El santo fue sepultado en el cementerio de San Calixto. Nunca se ha llegado a identificar su sepultura; sin embargo, la iglesia de San Silvestre in Capite pretende poseer sus reliquias. El incremento que ha tomado en los últimos tiempos la devoción al Santísimo Sacramento, ha hecho crecer también la devoción a San Tarsicio.

* *Tarcisium sanctum Christi sacramenta gerentem, cum male sana manus peteret vulgare profanis; ipse animam potius voluit dimittere caesus prodere quam canibus rabidis caelestia membra.*

El cardenal Wiseman, que cuenta la leyenda en "Fabiola", dice que las palabras *caelestia membra*, "aplicadas a la Eucaristía, constituyen una prueba casual pero muy fehaciente de la manera de pensar de la Iglesia antigua y tienen mayor peso que las pruebas que se derivan de frases estudiadas o convencionales".

Véase J. Wilpert, *Die Papstgräber und di Cäciliengruft* (1909). Cf. también Marucchi en *Nuovo Bullettino di arch. christ.*, vol. XVI (1910), pp. 205-225; y DAC., vol. IV, c. 174.

SAN ARNULFO, Obispo de Soissons (1087 p.c.)

Arnulfo nació en Flandes hacia 1040. En su juventud, se distinguió en los ejércitos de Roberto y Enrique I de Francia. Pero Dios le llamó a una batalla más noble, y Arnulfo decidió consagrar a su Creador las energías que hasta entonces había empleado en el servicio de los hombres. Ingresó, por lo tanto, en el gran monasterio de San Medardo de Soissons. Después de ejercitar su virtud en la vida comunitaria, se enclaustró en una estrecha celda en la más estricta soledad y se entregó asiduamente a la oración y penitencia. En esta forma de vida prosiguió hasta que fue llamado a ejercer el cargo de abad del monasterio. En 1081, a instancias del clero y del pueblo, un concilio le eligió obispo de Soissons. Arnoldo dijo a los mensajeros que fueron a anunciarle la noticia: "Dejad a este pecador ofrecer a Dios algunos frutos de penitencia; no obliguéis a un insensato como yo a ocupar un cargo que exige tanta prudencia". A pesar de su resistencia, se vio obligado a aceptar la sede. Desde el primer momento se consagró con gran celo al cumplimiento de su deber, pero, al ser arrojado de su diócesis por un usurpador, obtuvo permiso para renunciar a su cargo. Más tarde, fundó un monasterio en Aldenburgo, en Flandes, donde murió en 1087. En un sínodo que tuvo lugar en Beauvais en 1120, el obispo que ocupaba entonces la sede de Soissons presentó una biografía de San Arnoldo a la asamblea y pidió que su cuerpo fuese transladado a la iglesia, diciendo: "Si el cuerpo de mi predecesor estuviese en mi diócesis, tiempo ha que lo hubiéramos transladado del atrio al interior de la iglesia". Al año siguiente, se efectuó la translación de los restos del santo a la iglesia abacial de Aldenburgo.

Los bolandistas y Mabillon editaron la biografía escrita por Hariulfo; pero es mejor la edición crítica que se encuentra en MGH., *Scriptores*, vol. xv, pte. 2, pp. 872-904. Ver también E. de Moreau, *Histoire de l'Eglise en Belgique*, vol. II (1945), pp. 433-437.

16: SAN JOAQUIN, Padre de la S.V.M. (Siglo I a.c.)

San Pedro Damian decía que era una curiosidad vana y culpable tratar de averiguar lo que los Evangelistas no escribieron y ponía como ejemplo la curiosidad acerca de los padres de la Santísima Virgen. En todo caso, los que no están de acuerdo con el santo, difícilmente podrán satisfacer su curiosidad en este punto. Los únicos escritos que pretenden poseer algunos datos sobre los padres de María son apócrifos, como el "Protoevangelio de Santiago", que a pesar de su nombre no tiene nada de la autenticidad de la Sagrada Escritura. Aun los nombres de los padres de María, Joaquín y Ana, proceden de los apócrifos. En realidad no poseemos ningún dato cierto sobre ellos, pero no es ilícito aceptar las piadosas creencias procedentes de los apócrifos que no se oponen a la doctrina de la Iglesia y a otras verdades ciertas. Como lo dijimos en nuestro artículo sobre Santa Ana (26 de julio), una tradición muy extendida, que se deriva del "Protoevangelio de Santiago", sostiene que la Virgen María nació como fruto de una promesa que el cielo hizo a sus padres en respuesta a sus oraciones.

En el oriente se celebra desde fecha muy antigua la fiesta de San Joaquín y de Santa Ana el 9 de septiembre. En cambio, en el occidente no se empezó a celebrar la fiesta de San Joaquín sino hasta el siglo XV. En 1913, se fijó el 16 de agosto como día de la fiesta del santo. Los benedictinos y algunos católicos de oriente celebran juntos a San Joaquín y Santa Ana el 26 de julio.

Véase la nota bibliográfica del artículo sobre Santa Ana (26 de julio).

SAN ARSACIO (358 p.c.)

Arsacio era un soldado a quien se había confiado el cargo de dirigir el zoológico imperial. En la época del emperador Licinio, se convirtió al cristianismo y sufrió por la fe, aunque no perdió la vida. Después se retiró a la soledad en una pequeña torre de Nicomedia. Entre otras maravillas, previó que se cernía sobre la ciudad una gran calamidad. Inmediatamente fue a entrevistarse con los sacerdotes y les dijo que hiciesen rogativas públicas para evitar la calamidad y que incitasen al pueblo a la penitencia. Pero los sacerdotes no le prestaron oídos, y Arsacio retornó a su torre a orar solo por la ciudad. Poco después, hubo un violento terremoto y la torre de Arsacio fue uno de los pocos edificios que quedaron en pie. Cuando el pueblo se refugió en ella, encontró a Arsacio todavía de rodillas, pero ya muerto. El Martirologio Romano menciona a San Arsacio en este día, pero el terremoto de Nicomedia tuvo lugar el 24 de agosto del año 358. El historiador Sozomeno narra estos hechos; según dice, los había oído contar a ciertas personas, quienes a su vez los oyeron de otras que conocieron personalmente a Arsacio. El mismo historiador afirma que se habían obrado numerosos milagros por intercesión del santo.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III, hay un artículo sobre San Arsacio o Ursacio, basado en la *Hist. Eccl.* de Sozomeno, lib. IV, c. 16. Es raro que no existan huellas del culto de Arsacio en oriente. La historia de Arsacio se divulgó en occidente a través de la *Historia Tripartita* de Casiodoro. Existen varios relatos, que no merecen crédito alguno, acerca de la translación de las reliquias del santo.

SAN ROQUE (*c.* 1378 p.c.)

En Italia y en Francia se veneraba ya a San Roque en el siglo XV, poco después de su muerte, sin embargo, no existe ningún relato auténtico de su vida. Está fuera de duda que nació en Montpellier y que se dedicó a asistir a los enfermos durante una epidemia en Italia, pero a esto se reduce prácticamente lo que sabemos acerca de él. Las "vidas" que existen constituyen un zurcido de leyendas populares, cuya base es tal vez histórica, pero no hay manera de comprobarlo. Según una biografía escrita en 1478 por el veneciano Francisco Diedo, Roque era hijo del gobernador de Montpellier. Quedó huérfano a los veinte años e hizo una peregrinación a Roma. Durante la epidemia de peste que se desató por aquella época, se dedicó al cuidado de los enfermos en Acquapendente, Cesena, Roma, Rímini y Novara y consiguió curar a muchos tan sólo con hacer sobre ellos la señal de la cruz. En Piacenza contrajo la enfermedad y, como no quería ser una carga para ningún hospital, se arrastró hasta las afueras de la ciudad para morir solo. Pero un perro le alimentó milagrosamente, y el amo del animal acabó por descubrir a San Roque y se encargó de asistirle. Cuando recobró las fuerzas, el santo volvió a la ciudad, donde curó milagrosamente a muchas personas y numerosas cabezas de ganado. Finalmente retornó a Mont-

pellier. Su tío no les reconoció. El santo estuvo preso cinco años y murió en la cárcel. Cuando los guardias acudieron a examinar el cadáver, cayeron en la cuenta de que era el hijo del antiguo gobernador de la ciudad, pues tenía en el pecho una señal de nacimiento en forma de cruz. Toda la ciudad acudió a los funerales, y el santo siguió obrando numerosos milagros después de muerto. Otra biografía, más antigua, más corta y más sencilla, cuenta que San Roque fue arrestado porque se le confundió con un espía y que murió prisionero en Angera de Lombardía.

La popularidad y rápida extensión del culto a San Roque, que no se ha extinguido en nuestros días, fue verdaderamente extraordinaria. Se le invoca sobre todo contra la peste. El Martirologio Romano le menciona, y su fiesta se celebra en muchos sitios. No existen pruebas de que San Roque haya sido terciario franciscano, pero los franciscanos le veneran como tal.

Ver *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III; *Le problème de S. Roch*, de A. Fliche, en *Analecta Bollandiana*, vol. LXVIII (1950), pp. 343-361. La mejor prueba de la popularidad de San Roque es la larga lista de libros y artículos citados por Chevalier en *Bio-bibliographie*. La obra de G. Ceroni, *San Rocco nella vita...* (1927), es moderna y de interés general. Véase también M. Bessodes, *San Rocco, storia e leggende* (1931); y A. Maurino, *San Rocco, confronti storici* (1936) (cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LV, 1937, p. 193). Es curioso encontrar en Inglaterra ciertas huellas del culto de San Roque. Hay una biografía corta, de tipo popular, en Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. III, pp. 11-21.

BEATO LORENZO LORICATO (1243 P.C.)

LORENZO nació en Fanello, cerca de Siponto, en la Apulia. Siendo todavía joven, tuvo la desgracia de matar incidentalmente a un hombre. Para expiar su falta, hizo una peregrinación a Compostela. A su vuelta ingresó en un convento de Subiaco. Pronto obtuvo permiso para vivir como solitario en una cueva próxima al "Santo Speco" de San Benito. Ahí pasó treinta y tres años, practicando las más terribles mortificaciones. El nombre de "Loricatus" (cubierto por una coraza) se le dio a causa de la cota de malla erizada de puntas aceradas que llevaba sobre la piel. Su culto fue aprobado en 1778.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III, hay un artículo sobre el santo; es particularmente interesante, ya que contiene algunos documentos que datan de 1244, cuando el Papa Inocencio IV inició ciertas investigaciones.

17: SAN JACINTO (1257 P.C.)

SAN JACINTO nació en Oppeln, en Silesia (entre Breslau y Cracovia) en 1185. Se le venera como apóstol de Polonia y fue sin duda un gran misionero, aunque desgraciadamente la mayor parte de los éxitos evangélicos que se le atribuyen, proceden de biografías que tienen muy poco valor histórico.

Ingresó en la orden de Santo Domingo, tal vez en Roma, en 1217 o 1218. Fue después con otros frailes de su orden a Cracovia, donde el obispo Ivo Odrowaz puso a su disposición la iglesia de la Santísima Trinidad. Jacinto estuvo de nuevo en ese convento en 1228 y, diez años después, predicó una cruzada contra los paganos de Prusia. Sin duda que el campo de su apostolado fue muy grande; pero sus biógrafos hacen viajar al santo por el noreste hasta Lituania, por el este hasta Kiev, por el sureste hasta el Mar Negro, por el sur al Danubio y por el noroeste hasta Escandinavia. De ser esto cierto, San Jacinto confió a otro dominico, el Beato Ceslao, la evangelización de Silesia, Pomerania y Bohemia. Según algunos autores, el Beato Ceslao era hermano carnal de San Jacinto. Los milagros que se atribuyeron al santo no eran menos extraordinarios que sus viajes. Probablemente algunos de esos milagros no son más que la transposición de los que se atribuyen a otros santos dominicos de Polonia. En la época de San Jacinto, los hijos de Santo Domingo penetraron por el Vístula hasta Danzig y llegaron hasta Rusia y los Balkanes, donde fundaron igualmente varios conventos. Pero en 1238, los mongoles cruzaron el Volga y causaron destrozos enormes en las misiones de los dominicos; sin duda que San Jacinto tomó parte en el trabajo de reconstrucción.

El santo murió el día de la Asunción de 1257, después de haber exhortado a sus hermanos a amar la pobreza, como hombres que habían renunciado a todos los bienes de la tierra: "porque (la pobreza) es el documento y el sello que nos da derecho a la vida eterna". La canonización de San Jacinto tuvo lugar en 1594.

La biografía más conocida de San Jacinto es más bien una especie de saga que una obra propiamente histórica, como lo hacen notar Knöpfler (*Kirchenlexikon*) y los bolandistas modernos (*Analecta Bollandiana*, vol XLV, 1927, pp. 202-203). Hasta muy recientemente, la única fuente de información, era el relato de la vida y milagros de San Jacinto, escrito por el P. Estanislao de Cracovia un siglo después de la muerte de Jacinto. Puede verse en *Monumenta Poloniae Historica*, vol. IV, pp. 841-894. Los biógrafos posteriores no hicieron más que embrollar ese relato añadiéndole datos aún más extravagantes. Por ello, hay que leer con precaución aun las biografías modernas, como la escrita por la condesa de Flavigny: *S. Hyacinthe et ses compagnons* (1899). Hatsa la fecha, la obra que más luz ha arrojado sobre la intrincada historia de San Jacinto es *Die Dominikanermissionen des 13 Jahrhunderts* (1924, pp. 196-214) de B. Altaner. Mortier, *Histoire des maîtres généraux O.P.* (vol. I, pp. 215-218 y 377-388), y Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 229-232, siguen la corriente tradicional. En Taurisano, p. 16, se encontrará una bibliografía más completa.

SAN MAMES, MÁRTIR (c. 275 P.C.)

SAN BASILIO y San Gregorio Nazianceno cuentan que San Mamés era un pastor de Cesarea de Capadocia que buscó desde la infancia el Reino de Dios con todas sus fuerzas y se distinguió por su fervor en el servicio divino. Según la tradición oriental, San Mamés soportó con intenso gozo espiritual los más crueles tormentos que le infligieron los perseguidores y alcanzó la corona del martirio. Pero, según el Martirologio Romano, "sufrió una prolongada persecución desde la infancia hasta la ancianidad". Fuera de la historicidad de su existencia, de su oficio de pastor y del sitio de su martirio, no sabemos nada sobre él.

Entre las leyendas asociadas con San Mamés hay una que recuerda la de Orfeo. El santo huyó de los "lobos" de la ciudad y vivió apaciblemente entre los animales salvajes, alimentándose de leche y miel. Cuando los perseguidores arrojaron al mártir a las fieras, éstas se acercaron mansamente a él, como ovejas que reconocen a su pastor, "se tendieron a sus pies y le mostraron su afecto moviendo regocijadamente la cola". Más tarde, "un león colosal", vio a San Mamés cargado de cadenas y se acercó a lamerle los pies. Cuando los soldados intentaron aproximarse al santo, el león les cogió entre las fauces y les depositó a sus pies. Entonces, San Mamés ordenó al león que se retirase a su madriguera; la fiera obedeció "llorando y suspirando".

Está fuera de duda que San Mamés fue un santo muy popular. Basta con leer el panegírico de San Basilio y las alusiones de San Gregorio Nazianceno para comprender la devoción que le profesaban.

Véase Delehaye, *Origines du culte des martyrs*, p. 174, y *Passions des Martyrs et les genres littéraires*, pp. 198-200; y *Analecta Bollandiana*, vol. LVIII (1940), pp. 126-141, donde hay una novela extravagante en forma de *actas*; ibid., vol. LXX (1952), pp. 249-261, sobre la leyenda de San Zósimo de Anazarbus.

SAN EUSEBIO, PAPA (310 P.C.)

EUSEBIO nació en Grecia y era hijo de un médico. Fue elegido para suceder al Papa San Marcelo; pero su pontificado duró apenas unos meses. El pontificado de San Marcelo se había visto turbado por el problema del trato que debía darse a los que habían apostatado durante la persecución de Diocleciano. Un tal Heraclio y sus seguidores se opusieron al Pontífice; muy probablemente Heraclio era uno de los que habían apostatado y quería ser admitido nuevamente en la comunión de la Iglesia sin penitencia alguna. Una inscripción del Papa San Dámaso en la tumba de San Eusebio, quien fue sepultado en el cementerio de Calixto, recuerda que la disputa se prolongó hasta el pontificado de nuestro santo y produjo numerosos desórdenes y pleitos en la Iglesia de Roma. A lo que parece, los "lapsos" o apóstatas intentaron introducirse por la fuerza en las reuniones de los fieles. El tumulto fue tan grande, que el emperador Majencio desterró a San Eusebio y a Heraclio de la ciudad. El Pontífice se transladó a Sicilia, donde murió poco después. Como el destierro fue una consecuencia de la firmeza con que exigió el cumplimiento de los cánones, el pueblo cristiano le veneró como mártir en una época. San Dámaso le da también el título de mártir.

Ver *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. VII; *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, p. 167; y J. Carini, *I lapsi e la deportazione in Sicilia del Papa S. Eusebio* (1886).

SANTOS LIBRADO o LIBERATO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (484 P.C.)

HUNERICO, el rey vándalo de Africa, publicó en el séptimo año de su reinado un edicto contra los católicos y mandó demoler todos los monasterios. Siete monjes que vivían cerca de Capsa, en la provincia de Bizacene, fueron convocados a Cartago. Sus nombres eran: Librado o Liberato, abad del monasterio; Bonifacio, diácono; Servo y Rústico, subdiáconos; Rogato, Séptimo y Máximo, monjes. Como se les hiciesen magníficas promesas si abrazaban el arrianismo, los monjes respondieron al unísono: "Confesamos que hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. En cuanto a nuestros cuerpos, haz de ellos lo que te parezca y guárdate las riquezas perecederas que nos ofreces". Entonces el juez mandó que se los encadenase y se los encerrase en una mazmorra. Cuando el rey lo supo, redobló tiránicamente la pena impuesta por el juez y poco después los mandó quemar vivos. Los perseguidores hicieron lo imposible por tentar a Máximo, que era muy joven (en realidad era uno de los alumnos de los monjes), pero Dios, que hace brotar alabanzas de la boca de los niños, le dio la fortaleza necesaria para vencer la tentación. En efecto, el joven declaró que jamás lograrían apartarle del abad y de sus hermanos. El juez mandó llenar de leña un viejo navío y obligó a los mártires a embarcarse en él; pero todos los intentos de los perseguidores por incendiar la nave fracasaron. Entonces, el propio Hunerico dio la orden de desembarcar a los confesores de Cristo y de romperles el cráneo a mazazos.

Todos los datos que poseemos acerca de estos mártires provienen de una *pasión* que se atribuía antiguamente a Víctor de Vita. En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III, puede verse el documento con algunos comentarios.

SANTA CLARA DE MONTEFALCO, VIRGEN (1308 P.C.)

LOS FRANCISCANOS y los agustinos han discutido mucho acerca de la orden a la que pertenecía la santa. Tales discusiones han llevado a los peritos a la conclusión, aceptada por ambas partes, de que la comunidad, de la que Santa Clara formó parte durante quince años, estaba compuesta de terciarias franciscanas. Llevaban éstas una vida de gran penitencia en un conjunto de ermitas, dirigidas por Juana, hermana de Santa Clara. Pero, cuando determinaron adoptar la vida conventual propiamente dicha, el obispo de Espoleto las puso bajo la regla de San Agustín. El convento de la Santa Cruz fue construido en 1290. A la muerte de su hermana, Santa Clara fue elegida abadesa, muy contra su voluntad. Aunque su vida era ya muy austera, Clara encontró todavía el modo de redoblar sus penitencias. Así, por ejemplo, en una ocasión en que cometió una falta contra el silencio, se impuso la penitencia de rezar cien Padrenuestros sobre la nieve con los pies desnudos. Sus palabras y ejemplo mantenían en la comunidad un alto deseo de perfección, y el recogimiento de Clara espoleaba a sus religiosas a buscar la unión con Dios. Se le atribuyen numerosos milagros, éxtasis frecuentes y dones extraordinarios; Clara los empleaba tanto para el bien de sus religiosas como de los extraños. Profesaba particular devoción a la Pasión del Señor. En cierta ocasión dijo a su hermana: "Si buscas la cruz de Cristo, no tienes más que abrir mi corazón y encontrarás en él los sufrimientos del Señor". Cuando la santa murió, en 1308, se encontró impresa en su corazón la señal de la cruz.

La devoción que el pueblo cristiano profesa a Santa Clara no se debe sólo a su vida de penitencia y fiel observancia de la regla, sino a tres dones sobrenaturales de excepcional interés. El primero de ellos es el don de incorruptibilidad de sus restos. Juan Addington Symonds, en "Cornhill Magazine" (octubre de 1881, p. 446), describió así lo que había visto en Montefalco: "Sólo las manos y el hermoso rostro, exquisitamente pálido . . . están a la vista del público. Tenía los ojos cerrados como si estuviese dormida". El segundo don sobrenatural eran la cruz y otros instrumentos de la Pasión que se encontraron en el corazón de Clara, formados en el tejido fibroso y por cierto que las pruebas de la historicidad de este fenómeno son fehacientes. El tercer don es el de la liquefacción de la sangre de Santa Clara de Montefalco, que fue canonizada en 1881.

Como los bolandistas no consiguieron autorización para estudiar las fuentes originales que se conservan en Montefalco, tuvieron que contentarse con reeditar la biografía de la santa, escrita en 1610 por Masconoio (*Acta Sanctorum*, agosto, vol. III); pero dicha obra no es de gran valor histórico. Con motivo de la causa de canonización, se divulgaron finalmente el siglo pasado las fuentes originales. La más importante de ellas es la biografía, escrita, según se dice, en 1309 por Berengario, vicario general de Espoleto. Puede verse en Faloci Pulignani, *Vita di santa Chiara de Montefalco* (1885). Entre las obras modernas,

véanse L. Tardi, *Vita della b. Chiara da Montefalco* (trad. ingl., 1844); T. de Töth, *Vita* (1908); A. N. Merlin, *Ste Claire de la Croix* (1930); Faloci Pulignani, *Miscellanea Francescana*, vol. XIV (1913), pp. 129-152; E. A. Foran, *Ste Clare of the Cross* (1935). Acerca del fenómeno de la liquefacción, cf. Ian Grant, *The Testimony of Blood* (1929), pp. 79-122; y *Douleur et stygmatisation*, en *Etudes Carmélitaines* (1936), pp. 36-41.

BEATA JUANA DELANOUE, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS HERMANAS DE SANTA ANA DE LA PROVIDENCIA DE SAUMUR (1736 P.C.)

LA HISTORIA del cristianismo presenta numerosos casos de penitentes que, en cooperación con la gracia de Dios, consiguieron volver las espaldas a una vida de pecado y miseria espiritual y llegar a las alturas de la santidad. La vida de pecado de muchos de esos santos penitentes llega a veces a extremos verdaderamente inauditos de maldad y depravación. La Beata Juana Delanoue no tuvo que arrancarse a una vida de pecados enormes, sino a una vida de mundanidad y egoísmo, a las pequeñeces y ridículas vanidades del materialismo de una existencia burguesa. Su padre, que era originario de Saumur, ciudad de Anjou, vendía telas, piezas de alfarería y objetos de devoción, ya que por la ciudad pasaban los peregrinos que iban al santuario de Nuestra Señora des Ardilliers. Aunque el negocio prosperaba, la situación de la familia Delanoue no era precisamente desahogada, pues el matrimonio tenía doce hijos. Juana, que era la menor, nació en 1666.

La madre de Juana murió veinticinco años más tarde, después de largos años de viudez y Juana heredó la casa y la tienda, con poca mercancía y menos capital. Asoció inmediatamente al negocio a su sobrina de diecisiete años, llamada también Juana Delanoue, quien no sólo se parecía a ella en el nombre. El primer objetivo de ambas jóvenes era ganar dinero, y los vecinos empezaron a notar pronto la diferencia con la época en la que la madre de Juana regenteaba la tienda y ayudaba generosamente a los mendigos que llamaban a la puerta. Ahora se daba a los mendigos con ella en las narices y la tienda estaba abierta aún los domingos, lo cual no era sólo una violación escandalosa del tercer mandamiento, sino también una injusticia para con los otros comerciantes. Por otra parte, las jóvenes alquilaban como posada a los peregrinos la habitación de la trastienda, que era una especie de cueva excavada en la falda de una colina. En una palabra, Juana empezó a internarse por el camino de "los negocios", sin darse cuenta de que se enredaba, cada vez más, en toda clase de triquiñuelas y pecados más o menos leves. De niña había sido muy devota y aún había tendido un tanto a los escrúpulos. Pero la atmósfera religiosa del lugar era seca y formalista: prácticamente se confundía el amor de Dios con una serie de devociones y se reducía el cumplimiento de la voluntad divina a una cuestión de reglas y prescripciones. Juana ya no era una niña y, en su nueva posición social de dueña de un comercio, no podía ignorar esa sustitución del espíritu por la letra; así, todo el mundo estaba al corriente de que Juana Delanoue mandaba a su sobrina a comprar los víveres poco antes de la comida, para poder decir a los mendigos con conciencia tranquila, que no tenía nada que darles.

La víspera de la Epifanía de 1693, se presentó por primera vez en Saumur una extraña mujer, ya entrada en edad, que durante varios años iba a desempeñar en la vida de Juana un papel curioso y difícil de definir. Francisca Souchet era una viuda, originaria de Rennes, que pasaba su tiempo en peregri-

nar de un santuario a otro. Unos la calificaban de loca, otros de santa visionaria y otros más de simplona. El hecho es que la viuda relataba a todo el mundo sus "visiones celestiales" con el lenguaje oscuro y misterioso de los oráculos y empezando siempre por las palabras: "El (Dios) me ha dicho . . . " En un arranque de generosidad, Juana ofreció posada a la viuda por un precio irrisorio. Lo único que dijo la viuda en aquella ocasión fue: "Dios me ha enviado por vez primera a conocer el camino". Como quiera que fuese, Juana se mostró particularmente inquieta y nerviosa mientras la viuda estuvo hospedada en su casa y, durante la cuaresma siguiente, fue a escuchar a los predicadores de diversas iglesias con la esperanza de encontrar algún consuelo a su intranquilidad. Finalmente, abrió su corazón al P. Geneteau, que era un hombre experimentado en la dirección de conciencia y ejercía el cargo de capellán del hospital municipal. El primer fruto de la dirección del P. Geneteau fue que Juana cesó de abrir la tienda los domingos. A las pocas semanas, la vida religiosa de Juana empezó a enfervorizarse, aunque el espíritu de avaricia seguía profundamente arraigado en ella.

La Sra. Souchet volvió a Saumur en Pentecostés y al salir de la misa, empezó a referir a Juana sus visiones: "El dice esto; El dice lo otro . . ." Lo que "El" decía era absolutamente ininteligible. Sin embargo, Juana escuchaba atentamente a la viuda, pues empezó a sospechar que Dios podía valerse de aquella mujer andrajosa para comunicarle algo y aún empezó a entrever qué era lo que Dios quería decirle: "Tuve hambre y no me diste de comer; tuve sed y no me diste de beber; era yo un forastero y no me recibiste en tu casa; estaba yo desnudo y no me vestiste; estaba enfermo y no me visitaste . . ." Y súbitamente Juana comprendió que su verdadera vocación no era el comercio, sino el servicio de los pobres; que no estaba hecha para recibir, sino para dar y para dar sin distinción. Inmediatamente se dirigió a su guardarropa y sacó sus mejores vestidos: "Este es para la señora de tal. Sé perfectamente que no lo necesita, pero Dios ha dicho que se lo regale".

Esta notable conversión se confirmó, por decirlo así, un par de semanas más tarde. Cuando la sobrina llegó a la tienda un día, encontró a Juana de pie, perfectamente inmóvil e insensible a cuanto sucedía a su alrededor. Cualquiera que haya sido la naturaleza de aquel éxtasis, el hecho es que duró tres días y tres noches. Durante él vio Juana que estaba llamada al servicio de los más abandonados, que otras personas la seguirían en esa ardua empresa y que el P. Geneteau sería su director y la Madre de Dios su guía. El tiempo demostró la veracidad de la visión.

¿Pero dónde estaban esos seres abandonados de los que Juana debía ocuparse? Francisca Souchet se lo indicó: "El me ha dicho que debéis transladaros a Saint-Florent y consagraros al cuidado de seis niños que encontraréis en un establo". Así lo hizo Juana y encontró en Saint-Florent, en un establo, una familia compuesta del padre, la madre y seis hijos, todos enfermos de hambre y de frío. Juana llenó una carreta con alimentos, vestidos y cobertores y, durante dos meses, dedicó dos o tres días de la semana al cuidado de aquella familia. Pero eso fue sólo el comienzo. Pronto empezaron a llegarle noticias sobre otros miserables y, en 1698, Juana acabó por cerrar la tienda. Su vocación no era recibir sino dar.

Tres años más tarde, tenía ya una docena de huérfanos en su casa y en el antiguo local. Las gentes empezaron a llamar a la obra "La Casa de la Provi-

dencia", pues no comprendían de dónde sacaba Juana dinero para sostenerla. La respuesta la dio Francisca Souchet: "El rey de Francia no va a abriros sus tesoros; pero los tesoros del Rey del cielo estarán siempre a vuestra disposición". Las malas lenguas no faltaban. Los hechos justificaron aparentemente sus malos augurios, ya que una mañana de otoño de 1702, la casa de Juana se vino abajo, debido a una falla del terreno, y uno de los niños pereció en la catástrofe. "¡Buena está la casa de la Providencia!", murmuraron los detractores. Y aún los partidarios de Juana se expresaron en términos más propios de Job que de Jesucristo. La beata se transladó con sus huérfanos al establo de la casa de los padres del oratorio. Pero los mendigos y pícaros que empezaron entonces a frecuentar el lugar turbaban la paz religiosa de la casa, de suerte que, tres meses más tarde, Juana tuvo que emigrar. Durante los tres años siguientes, se alojó con su gran familia en una casa que constaba de tres habitaciones, una cocina y una cueva anexa.

Por entonces se unieron a Juana y su sobrina otras dos jóvenes, Juana Bruneau y Ana María Tenneguin. La beata les abrió su corazón y les explicó que el Señor le había revelado que iba a fundar una congregación religiosa consagrada al cuidado de los pobres y de los enfermos. Según el testimonio del P. Cever, Juana poseía una elocuencia sencilla, más eficaz que los sonoros párrafos de los predicadores. El hecho es que las tres jóvenes se mostraron prontas a seguirla. El 26 de julio de 1704, con la aprobación del P. Geneteau, las nuevas religiosas vistieron el hábito por primera vez. Como era el día de la fiesta de Santa Ana, tomaron el nombre de Hermanas de Santa Ana.

Por falta de sitio, la beata tenía que rechazar constantemente a huérfanos y ancianos que necesitaban de sus cuidados. Juana había soñado durante años en ver su pequeña Casa de la Providencia transformada en una gran mansión. Como decía Mons. Trochu, era la manera de demostrar a los detractores de la obra que aquella "burra de Balaam" sabía más que los sabios del mundo. En 1706, reuniendo todo su valor, la beata pidió a los padres del oratorio que le alquilaran la gran "Casa de la Fuente". Los padres aceptaron el trato, no sin elevar el precio de la renta 150%, ya que los nuevos inquilinos eran más sucios y revoltosos que sus predecesores. En ese mismo año, pasó por Saumur San Luis Grignion de Montfort, quien sería canonizado el año de la beatificación de Juana (1947), y la beata decidió consultar con él su vocación y su obra. San Luis la reprendió al principio, diciéndole que el orgullo la había llevado a la exageración en la mortificación. Sin embargo, acabó por decirle, en presencia de las otras religiosas: "Proseguid por el mismo camino. El Espíritu del Señor os guía por el camino de la penitencia. Escuchad su voz y no temáis".

Los siguientes diez años fueron un período de altibajos, de consuelos y pruebas. El obispo de Angers, Mons. Poncet de la Rivière, aprobó las reglas de la nueva congregación. La beata, al hacer los primeros votos, tomó el nombre de Juana de la Cruz. Pero los padres del oratorio, que procedían como señores feudales, dieron a la beata no pocos dolores de cabeza, ya que pretendían apoderarse de la dirección de las religiosas y de la obra. Embebidos en el espíritu jansenista, los oratorianos veían con malos ojos que el P. Geneteau hubiese autorizado a Juana y a su comunidad a comulgar diariamente. No sabemos de dónde sacaba la beata el dinero necesario para sostener su obra. En el año de carestía de 1709, había más de cien personas en la Casa de la Providencia. Dos años después, el escorbuto puso en peligro la vida de las religiosas y de sus

pupilos. En uno de los peores momentos, se presentó inesperadamente un nuevo bienhechor, Enrique de Vallière, gobernador de Annecy, quien estableció la obra sobre bases más firmes, regalando a la comunidad "La Casa de los Tres Angeles". Otros tres bienhechores se encargaron de la construcción de las dependencias y del pago de las reparaciones que fue necesario hacer. Cuando los edificios quedaron terminados, casi hacía falta un guía para encontrar el camino, pues había sitio para los huérfanos, los enfermos y los ancianos. En esa forma, en 1717, la Casa de la Providencia se covirtió en la Gran Casa de la Providencia.

Antes de tomar posesión de la "Casa de los Tres Angeles", la madre Juana hizo un retiro espiritual de diez días, en el que tuvo las experiencias místicas más extraordinarias. Por entonces se retiró el P. Geneteau y le sustituyó el P. de Tigné, quien dirigió a las religiosas con no menor prudencia, bondad y generosidad. También él se vio obligado a moderar a la beata en sus penitencias, que dos siglos más tarde Pío XI calificó de "increíbles". Desde la época de su conversión, dormía sentada en una silla o recostada en un cofre, con una piedra por almohada. Ya en vida, se atribuyeron a la madre Juana varias curaciones milagrosas. Sin embargo, Dios permitió que ella sufriese de atroces dolores de muelas y de oídos y de un extraño mal de las manos y los pies, cuyo origen, sin duda, no era puramente físico.

En 1721, la congregación empezó a extenderse en Francia, donde pronto tuvo una docena de casas. Pero la beata nunca creía haber hecho bastante. Finalmente, en septiembre de 1735, fue presa de una violenta fiebre, a la que siguieron cuatro meses de grandes sufrimientos espirituales. Dios quiso que recobrase la paz del alma, pero no la salud del cuerpo. La madre Juana murió apaciblemente el 17 de agosto de 1736, a los setenta años de edad. "Aquella modesta tendera hizo más por los pobres de Saumur que todos los miembros del concejo juntos. El rey les mandó que construyesen un hospicio gratuito para cien ancianos y no lo hicieron. Juana Delanoue, sólo con limosnas, consiguió construir un asilo para trescientas personas. "¡Fue una gran mujer y una gran santa!" Tal era la opinión de los habitantes de Saumur. Y la Iglesia proclamó ante el mundo entero la santidad de Juana Delanoue al beatificarla en 1947.

La fuente biográfica principal son las memorias de la hermana María Laigle, quien vivió en la comunidad de Saumur a principios del siglo XVIII. El primer biógrafo de la beata fue el P. Cever (*Discours*). La biografía oficial es la de Mons. Trochu (1938). En 1947, con motivo de la beatificación, se publicó un resumen de dicha biografía. Hay que distinguir a las Hermanas de Santa Ana de la Providencia de Saumur de sus homónimas de Turín.

18: SAN AGAPITO, MÁRTIR (Fecha desconocida)

SEGUN se dice, Agapito tenía apenas quince años cuando compareció ante el gobernador de Praeneste (Palestrina), Antíoco. Como se negase a abjurar de la fe, fue azotado, encarcelado y finalmente, decapitado, durante el reinado del emperador Aureliano. La leyenda ha bordado sobre las "actas", como en tantos otros casos. El relato legendario dice que Agapito pasó cuatro días en la cárcel sin comer ni beber, se le colocaron brasas sobre la cabeza y fue colgado por los pies sobre una hoguera humeante; además, se le bañó con agua hirviente y se le descoyuntó la mandíbula. Antíoco se enfureció de tal modo al

ver la constancia de la víctima, que cayó muerto de un síncope. Como las fieras del circo no tocasen al mártir, el verdugo tuvo que decapitarle. Estos hechos impresionaron tanto al tribuno Anastasio, que se convirtió instantáneamente al cristianismo. En realidad, lo único que sabemos sobre San Agapito es que fue martirizado y sepultado en Palestrina, porque las "actas" son espurias.

Es absolutamente cierta la existencia del culto primitivo de este mártir, ya que le mencionan los sacramentarios de la época, y a poco más de un kilómetro de Palestrina se conservan las ruinas de una basílica a él consagrada, en la que hay un epitafio que lleva su nombre. Además, en el siglo IX y en el X se le dedicaron varias iglesias. Véase CMH., pp. 448-449; A. Kellner, *Der hl. Agapitus von Praeneste* en *Studien und Mitteilungen* (1930), pp. 404-432: y las noticias biográficas que cita O. Marucchi en CMH.

SANTOS FLORO y LAURO, MÁRTIRES (Fecha desconocida)

SEGÚN una leyenda griega, Floro y Lauro eran dos hermanos albañiles que trabajaron en la construcción de un templo pagano en Iliria. Cuando el templo estaba ya terminado, los que habían pagado la construcción se convirtieron al cristianismo y con ellos, Floro y Lauro. Las imágenes de los dioses fueron destruidas y el templo se convirtió en una iglesia católica. Entonces, el gobernador arrestó a los cuatro convertidos y les mandó sepultar vivos en una cisterna seca o ahogar en las aguas de un pozo. Este caso es particularmente interesante, porque algunos autores han visto en él una prolongación del culto pagano de los Dióscuros. Según dichos autores, Floro y Lauro son una versión pagana de Cástor y Pollux, en cuyo honor se celebraba mensualmente una fiesta. Tal teoría se basa en que el 18 y 19 de casi todos los meses que van de abril a diciembre, se celebraba la fiesta de un par de hermanos mártires (Marcos y Marcelino, Gervasio y Protasio, etc.) y los nombres de muchos de esos mártires recuerdan los de Cástor y Pollux o están relacionados con ellos (Dióscuro, Polyeucto, Cástor, etc.). Floro y Lauro son particularmente importantes, ya que el mismo día se celebraba la fiesta de Santa Elena, y la hermana de Cástor y Pollux se llamaba Elena. Pero, como lo ha demostrado el P. Delehaye, tal teoría es completamente falsa. En efecto, algunas de las fechas propuestas por los autores de la teoría no concuerdan con las de los martirologios. Por otra parte, el décimo octavo día del mes del calendario de Juliano no corresponde exactamente al décimotavo día de los calendarios griego, sirio y asiático. Además, la fiesta de Santa Elena se celebra el 18 de agosto por mera casualidad, ya que en el oriente su fiesta ocurre el 21 de mayo y en el occidente se celebraba originalmente el 8 de febrero en muchos sitios. Por fin, los nombres de Floro y Lauro no se introdujeron en el Martirologio Romano sino hasta el siglo XVI, de suerte que la coincidencia de su fiesta con la de Santa Elena data apenas de hace cuatro siglos.

Floro y Lauro son santos de origen oscuro, y aun es dudoso que hayan existido. Acerca de la relación con Cástor y Pollux, véase Delehaye, *The Legends of the Saints* (trad. ingl.), pp. 182-184, y las referencias de *Analecta Bollandiana*, vol. XXIII, pp. 427-432. Cf. H. Thurston, en *The Month*, agosto de 1906, pp. 202-207, quien hace notar que no hay ninguna consonancia entre los nombres de Floro y Lauro, como pretende Rendel Harris, a no ser que se pronuncie el latín a la manera inglesa. El mismo autor apunta que con mayor razón se podría argüir que los santos Cedd y Chad se identifican con los Dióscuros y sin embargo, nadie discute el relato que nos dejó Beda sobre esos dos obispos contemporáneos suyos.

SANTA ELENA (*c.* 330 P.C.)

POR LO que se puede conjeturar, Santa Elena nació en Drepano de Bitinia. Probablemente era hija de un posadero. El general romano Constancio Cloro la conoció hacia el año 270 y se casó con ella, a pesar de su humilde origen. Cuando Constancio Cloro fue hecho césar, se divorció de Elena y se casó con Teodora, hijastra del emperador Maximiano. Algunos años antes, en Naissus (Nish, en Servia), Elena había dado a luz a Constantino el Grande, que llegó a amar y venerar profundamente a su madre, a la que le confirió el título de "Nobilissima Femina" (mujer nobilísima) y cambió el nombre de su ciudad natal por el de Helenópolis. Alban Butler afirma: "La tradición unánime de los historiadores británicos sostiene que la santa emperatriz nació en Inglaterra"; pero en realidad, la afirmación tan repetida por los cronistas medievales de que Constancio Cloro se casó con Elena, "quien era hija de Coel de Colchester", carece de fundamento histórico. Probablemente, dicha leyenda, favorecida por ciertos panegíricos de Constantino, se originó en la confusión con otro Constantino y otra Elena, a saber: la Elena inglesa que se casó con Magno Clemente Máximo, quien fue emperador de Inglaterra, Galia y España, de 383 a 388; la pareja tuvo varios hijos, uno de los cuales se llamó Constantino (Custennin). Esta Elena recibió el título de "Luyddog" (hospitalaria). Dicho título empezó, más tarde, a aplicarse también a Santa Elena y un documento del siglo X dice que Constantino era "hijo de Constrancio (*sic*) y de Elena Luicdauc, la cual partió de Inglaterra en busca de la cruz de Jerusalén y la transladó de dicha ciudad a Constantinopla". Algunos historiadores suponen que las iglesias dedicadas a Santa Elena en Gales, Cornwall y Devon, derivan su nombre de Elena Luyddog. Otra tradición afirma que Santa Elena nació en Tréveris, ciudad que pertenecía también a los dominios de Magno Clemente Máximo.

Constancio Cloro vivió todavía catorce años después de repudiar a Santa Elena. A su muerte, ocurrida el año 306, sus tropas, que se hallaban entonces estacionadas en York, proclamaron césar a su hijo Constantino; dieciocho meses más tarde, Constantino fue proclamado emperador. El joven entró a Roma el 28 de octubre de 312, después de la batalla del Puente Milvio. A principios del año siguiente, publicó el Edicto de Milán, por el que toleraba el cristianismo en todo el Imperio. Según se deduce del testimonio de Eusebio, Santa Elena se convirtió por entonces al cristianismo, cuando tenía ya cerca de sesenta años, en tanto que Constantino seguiría siendo catecúmeno hasta la hora de su muerte: "Bajo la influencia de su hijo, Elena llegó a ser una cristiana tan fervorosa como si desde la infancia hubiese sido discípula del Salvador". Así pues, aunque conoció a Cristo a una edad tan avanzada, la santa compensó con su fervor y celo su larga temporada de ignorancia y Dios quiso conservarle la vida muchos años para que, con su ejemplo, edificase a la Iglesia que Constantino se esforzaba por exaltar con su autoridad. Rufino califica de incomparables la fe y el celo de la santa, la cual supo comunicar su fervor a los ciudadanos de Roma. Elena asistía a los divinos oficios en las iglesias, vestida con gran sencillez, y ello constituía su mayor placer. Además, empleaba los recursos del Imperio en limosnas generosísimas y era la madre de los indigentes y de los desamparados. Las iglesias que construyó fueron muy numerosas. Cuando Constantino se convirtió en el amo de oriente, después de su victoria sobre Licinio, en 324, Santa Elena fue a

Palestina a visitar los lugares que el Señor había santificado con su presencia corporal.

Constantino mandó arrasar la explanada y el templo de Venus que el emperador Adriano había mandado construir sobre el Gólgota y el Santo Sepulcro, respectivamente, y escribió al obispo de Jerusalén, San Macario, para que erigiese una iglesia "digna del sitio más extraordinario del mundo". Santa Elena, que era ya casi octogenaria, se encargó de supervisar la construcción, movida por el deseo de descubrir la cruz en que había muerto el Redentor. Eusebio dice que el motivo del viaje de Santa Elena a Jerusalén, fue simplemente agradecer a Dios los favores que había derramado sobre su familia y encomendarse a su protección; pero otros escritores lo atribuyen a ciertas visiones que la santa había tenido en sueños, y San Paulino de Nola afirma que uno de los objetivos de la peregrinación era, precisamente, descubrir los Santos Lugares. En su carta al obispo de Jerusalén, Constantino le mandaba expresamente que hiciese excavaciones en el Calvario para descubrir la cruz del Señor. En nuestros artículos sobre la fiesta de la invención de la Santa Cruz (3 de mayo) y sobre San Macario (10 de marzo), hemos referido las circunstancias del descubrimiento de las tres cruces en una cisterna en la ladera este del Calvario y la manera como se llegó a distinguir la verdadera cruz. También hablamos en nuestro artículo del 3 de mayo de la falta de datos contemporáneos sobre el descubrimiento de la cruz y de los documentos que relacionan el nombre de Santa Elena con el suceso. El primero de esos documentos es un sermón que predicó San Ambrosio el año 395, en el que dice que, cuando la santa descubrió la cruz, "no adoró al madero sino al rey que había muerto en él, llena de un ardiente deseo de tocar la garantía de nuestra inmortalidad". Varios otros escritores de la misma época afirman que Santa Elena desempeñó un papel importante en el descubrimiento de la cruz; pero es necesario advertir que San Jerónimo vivía en Belén y no dice una palabra sobre ello.

Como quiera que haya sido, Santa Elena pasó, ciertamente, sus últimos años en Palestina. Eusebio dice: "Elena iba constantemente a la iglesia, vestida con gran modestia y se colocaba con las otras mujeres. También adornó con ricas decoraciones las iglesias, sin olvidar las capillitas de los pueblos de menor importancia". El mismo autor recuerda que la santa construyó la basílica "Eleona" en el Monte de los Olivos y otra basílica en Belén. Era bondadosa y caritativa con todos, especialmente con las personas devotas, a las que servía respetuosamente a la mesa y les ofrecía agua para el lavamanos. "Aunque era emperatriz del mundo y dueña del Imperio, se consideraba como sierva de los siervos de Dios". Durante sus viajes por el oriente, Santa Elena prodigaba toda clase de favores a las ciudades y a sus habitantes, sobre todo a los soldados, a los pobres y a los que estaban condenados a trabajar en las minas; libró de la opresión y de las cadenas a muchos miserables y devolvió a su patria a muchos desterrados. El año 330, el emperador Constantino mandó acuñar las últimas monedas con la efigie de Flavia Julia Elena, lo cual nos lleva a suponer que la santa murió en ese año. Probablemente la muerte la sobrecogió en el oriente, pero su cuerpo fue transladado a Roma. El Martirologio Romano conmemora a Santa Elena el 18 de agosto. En el oriente se celebra su fiesta el 21 de mayo, junto con la de su hijo Constantino, cuya santidad es más que dudosa. Los bizantinos llaman a Santa Elena y a Constantino "los santos, ilustres y grandes emperadores, coronados por Dios e iguales a los Apóstoles".

La principal fuente de información sobre Santa Elena es la biografía de Constantino escrita por Eusebio, cuyos principales pasajes pueden verse en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III. Ver también M. Guidi, *Un Bios di Constantino* (1908); DAC., vol. VI, cc. 2126-2145. Entre las biografías más populares de Santa Elena citaremos las de R. Couzard, *Ste Hélène d'après l'histoire et la tradition* (1911) y A. M. Rouillon, *Sainte Hélène* (1908) en la colección *Les Saints*. Ambas obras insisten demasiado en la discutible translación de las reliquias de la santa a Hautvilliers de Francia. Como lo demuestra Delehaye (CMH., p. 450), quien sigue a Duchesne, Santa Elena no fue sepultada en Constantinopla sino en Roma, en la Vía Lavicana. J. Maurice publicó una interesante obrita sobre Santa Elena en la colección *L'Art et les Saints* (1929). Hay que leer la novela de Evelyn Waugh *Helena*, a la luz del prefacio del autor. Cf. también Thurston, en *The Month*, mayo de 1892, pp. 88-100.

SAN ALEPIO, OBISPO DE TAGASTE (*c.* 430 P.C.)

SAN ALEPIO nació hacia el año 360 en Tagaste, Africa, donde pocos años antes había nacido San Agustín. Después de estudiar la gramática en Tagaste y la retórica en Cartago, bajo la dirección de San Agustín, Alepio se separó de su maestro a raíz de una disputa, aunque le conservó siempre gran afecto y respeto, al que San Agustín correspondía del mismo modo. En Cartago, Alepio se apasionó por el circo, como tantos otros de los habitantes de esa ciudad. San Agustín se afligió mucho al ver que aquel joven en el que había puesto tantas esperanzas, concentraba su atención en una diversión tan peligrosa; pero no podía hacer nada por evitarlo, pues el padre de Alepio le impedía todo trato con el joven. A pesar de la prohibición de su padre, Alepio se introdujo un día furtivamente en la escuela de Agustín a oír una de sus clases. San Agustín, para ilustrar el tema que explicaba, trajo a cuenta una comparación con el circo y aprovechó la oportunidad para reprender a los que se dejaban llevar por la pasión del circo. Aunque el santo no sabía que Alepio le escuchaba, el joven pensó que sus palabras se dirigían exclusivamente a él y como era bueno, se arrepintió de su debilidad y se propuso vencerla.

Obedeciendo a los deseos de sus padres, quienes esperaban verle hacer una brillante carrera en el mundo, Alepio fue a Roma a estudiar leyes. Aunque ya había recorrido una buena parte del camino de la conversión al cristianismo, sus amigos le arrastraron un día a los bárbaros juegos del circo. Alepio les opuso toda la resistencia que pudo, diciéndoles: "Aunque me introduzcáis por la fuerza en el circo, no conseguiréis que vea el espectáculo; mi atención estará ausente, por más que mi cuerpo se halle presente". Sin embargo, sus amigos no desistieron y le hicieron entrar con ellos en el circo. Alepio cerró los ojos para no mirar el espectáculo. Desgraciadamente, como dice San Agustín, no cerró también los oídos; así pues, al oír un gran grito de la multitud, Alepio se dejó vencer por la curiosidad y abrió los ojos, con la intención de cerrarlos inmediatamente. Pero la curiosidad le hizo caer, lo cual demuestra que, con frecuencia, la única manera de evitar el pecado es evitar la ocasión. Uno de los gladiadores estaba herido; en vez de volver a cerrar los ojos al ver la sangre, Alepio siguió atentamente el salvaje espectáculo y se dejó embriagar por la brutal crueldad del combate. Olvidando sus buenas intenciones y confundiéndose con la multitud, contempló todos los detalles de la lucha, gritó como todos los demás y, en lo sucesivo, no sólo retornó al circo, sino que llevó consigo a otros compañeros. En esa forma se dejó arrastrar, de nuevo, por su antigua pasión. Y hay que notar que, si bien había en el circo algunas diversiones inocentes, había también espectáculos bárbaros y groseros. Pero la misericordia de Dios

salvó a Alepio una vez más, y el joven aprendió así a desconfiar de sus fuerzas y a poner toda su confianza en el Señor. Sin embargo, su conversión tuvo lugar mucho tiempo después.

Entre tanto, Alepio continuó sus estudios, vivió con castidad y cumplió escrupulosamente con sus deberes de ciudadano íntegro. Después de terminar sus estudios, desempeñó durante algún tiempo el oficio de juez con gran equidad y desinterés. Cuando Agustín fue a Roma, Alepio se mantuvo en estrecho contacto con él, le acompañó a Milán el año 384 y se convirtió al mismo tiempo que él al cristianismo. En la cuaresma del año 387, los nombres de los dos amigos fueron escritos en la lista de los "competentes". Alepio asistió fiel y fervorosamente a las instrucciones del catecumenado y recibió el baustismo de manos de San Ambrosio la víspera del día de Pascua, junto con San Agustín. Poco después, los dos amigos volvieron al Africa y se establecieron en Tagaste, donde con otros compañeros formaron una fervorosa comunidad dedicada a la penitencia y la oración. Sólo así consiguieron los dos santos sustituir sus costumbres mundanas por el hábito de las virtudes. Por otra parte, la soledad y el retiro eran necesarios para que ambos amigos se preparasen para la vida apostólica que habían de llevar más tarde. Tres años después de su llegada a Tagaste, San Agustín fue elegido obispo de Hipona; la comunidad se transladó entonces a esa ciudad. Alepio, después de recibir la ordenación sacerdotal, hizo una peregrinación a Palestina, donde conoció a San Jerónimo. A su vuelta a Africa, fue consagrado obispo de Tagaste, hacia el año 393. A partir de entonces, se convirtió en el brazo derecho de San Agustín, predicó infatigablemente y trabajó con gran celo por la causa de Dios y de la Iglesia. En una carta que escribió San Agustín a San Alepio el año 329, le llama "viejo". En efecto, San Alepio murió poco después. El Martirologio Romano le conmemora el 15 de agosto; pero los canónigos regulares de San Agustín y otras órdenes religiosas celebran su fiesta el día 18 del mismo mes.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III, hay una biografía de San Alepio, bastante completa, que se basa principalmente en los escritos de San Agustín.

BEATO ANGEL AGUSTIN DE FLORENCIA (1438 P.C.)

ANGEL AGUSTÍN Mazzinghi nació en Florencia en 1377. Su familia era tan distinguida como la de los Corsini y la de los Pazzi. Angel ingresó en la orden del Carmelo y fue nombrado sucesivamente prior de los conventos de Le Selve, Frascati y Florencia y, después, provincial de Toscana. En todos esos cargos fue un verdadero modelo de virtud y supo contagiar su celo y su fervor a todos los conventos en que estuvo. Como predicador, tuvo también gran éxito; por ello, algunas pinturas antiguas le representan con una guirnalda de flores que sale de su boca y entrelaza a sus oyentes. Al terminar su provincialato, el beato retornó al convento de Le Selve, y consagró el resto de su vida a la reforma de su orden, que había comenzado en 1413 Jacobo Alberti. El Beato Angel insistía principalmente en abolir todas las formas de propiedad privada y en impedir que los miembros de la orden aceptasen puestos que les obligaran a vivir fuera del monasterio. Angel Agustín murió en Florencia, el 16 de agosto de 1438, tras haber predicho la fecha de su muerte. El culto al beato, muy antiguo y confirmado por numerosos milagros, fue aprobado oficialmente en 1761.

En Zaragoza se publicó una reseña biográfica con motivo de la beatificación: R. A. Faci, *Noticia breve de la vida de S. Angelo Augustini* (1761). Véase también Villiers, *Bibliotheca Carmelitana*, vol. I, pp. 104-105; y DHG., vol. III, c. 40.

BEATA BEATRIZ DE SILVA, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS MONJAS CONCEPCIONISTAS (1490 P.C.)

BEATRIZ, cuyo nombre portugués era Brites, nació en 1424. Era hermana del Beato Amadeo, iniciador de la "reforma de Marignano" en la orden franciscana, a quien se tributa culto popular en Milán. Beatriz se educó en la corte de la princesa Isabel. Cuando tenía unos veinte años, la acompañó a España, en ocasión de su matrimonio con Juan II de Castilla. La belleza y el encanto de Beatriz provocaron los celos de la reina. En todo caso, la soberana prestó oídos a las hablillas de las envidiosas damas de la corte, y Beatriz pasó tres días en la prisión sin probar alimento. Cuando recobró la libertad, convencida de la futilidad de la vida de la corte, se retiró al convento de las cistercienses de Toledo. Desde tiempo atrás, ideaba la beata la fundación de una nueva orden femenina y, en 1484, consiguió poner en pie la congregación de la Inmaculada Concepción de María. Isabel la Católica regaló a la nueva comunidad el castillo de Galiana. Las religiosas adoptaron una variante de la regla cisterciense y vestían un hábito blanco y un manto azul, ya que la Virgen María se había aparecido en esa forma a la fundadora. La Beata Beatriz murió en 1490. Poco después, bajo la influencia del cardenal Jiménez de Cisneros, que era franciscano, la congregación adoptó una modificación de la regla de las Clarisas Pobres y fue aprobada oficialmente. Todavía existe en España y otros países. El culto de la Beata Beatriz fue confirmado en 1926.

Los frailes menores celebran también hoy la fiesta de la Beata Paula de Montaldo. Era una Clarisa Pobre de Mántua, que poseía dones místicos y que murió en 1514. Su culto fue aprobado en 1906.

El decreto de confirmación del culto puede verse en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XVIII (1926), pp. 496-499: también se hallará ahí un resumen biográfico. Véase Jerónimo de Belén, *Crónica Seráfica da santa Provinci dos Algarves*, vol. II, pp. 736-748, donde se habla también largamente del Beato Amadeo. Acerca de la Orden de las Concepcionistas, de la que fue miembro la famosa mística María Coronel de Agreda, véase Heimbucher. *Die Orden und Kongregationen der Kath. Kirche*, vol. II, pp. 488 ss.

BEATO SANTIAGO DE SAVIGLIANO (1495 P.C.)

SANTIAGO (Haymo) Taparelli pertenecía a la familia de los condes de Lagnasco. Nació en Savigliano del Piamonte, en 1395. Era un joven de gran encanto personal y ágil inteligencia. Después de algunos años de matrimonio, ingresó en la orden de Santo Domingo. Hizo sus estudios en la Universidad de Turín, de la que llegó a ser profesor. Predicó en todo el Piamonte con gran éxito: con sus sermones obtuvo la conversión de muchos herejes, la reforma de numerosos pecadores y la edificación de los buenos cristianos. Tal éxito llamó la atención del Beato Amadeo, duque de Saboya, quien le nombró predicador de su corte. El Beato Santiago siguió alentando al santo e infortunado duque en los años difíciles que sucedieron a su abdicación. El texto favorito de Santiago era: "Servir a Dios es reinar". En las paredes de su celda y sobre la

puerta de la iglesia conventual de Savigliano mandó escribir estas palabras: "La salvación consiste en servir a Dios; todo lo demás es ilusión". Su larga vida fue un comentario de ese texto, ya que la empleó enteramente en la alabanza de Dios y el servicio de sus prójimos. Cuando se sentía demasiado cansado del mundo, solía retirarse a un bosque de las cercanías de Saluzzo a orar sin interrupción, durante algún tiempo.

Por lo demás, el mundo tuvo necesidad de él en repetidas ocasiones. Cuando los habitantes del Vaudois invadieron el norte de Italia, los dominicos fueron los encargados de tratar con ellos. En 1466, el Beato Bartolomé, comisionado por la Inquisición y paisano del Beato Santiago, fue asesinado en Cervere por los herejes. Era el tercero de los cuatro inquisidores nacidos en Savigliano y también el tercero que había muerto asesinado. Santiago fue nombrado para sucederle y, poco después, ascendió a inquisidor general de Lombardía superior y de Liguria. El puesto era tan peligroso como difícil y fatigoso: sin embargo, el Beato Santiago, que tenía ya más de setenta años, lo aceptó sin una queja y lo desempeñó durante casi treinta años, hasta el fin de su vida. El 13 de agosto de 1495, al llegar, en el rezo del oficio, a las palabras "Los santos se regocijarán en la gloria", le pareció que un coro de ángeles respondía: "Y se llenarán de gozo en el lecho". Interpretó esas palabras como un prenuncio de su muerte. Y así fue: dos días después, tras haber recitado el oficio y recibido los últimos sacramentos, se llevó el crucifijo al pecho y murió apaciblemente, a los cien años de edad. Todo el pueblo acudió a venerar sus restos. El culto del Beato Santiago, que comenzó entonces, fue confirmado en 1856.

La causa de confirmación del culto se basó principalmente en una crónica manuscrita del P. Peronino Sereno, compuesta a principios del siglo XVI. Puede verse un relato muy completo en *Analecta Juris Pontificii*, vol. II (1856), cc. 2337-2346. Cf. Arnaud, *Vita del b. Aimone* (1802); y Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 45-47.

19: SAN JUAN EUDES, FUNDADOR DE LAS CONGREGACIONES DE JESÚS Y MARÍA Y DE NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD DEL REFUGIO (1680 P.C.)

EN LA SEGUNDA mitad del siglo XVI, vivía en Ri, en Normandía, un granjero llamado Isaac Eudes, casado con Marta Corbin. Como no tuviesen hijos al cabo de dos años de matrimonio, ambos esposos fueron en peregrinación a un santuario de Nuestra Señora. Nueve meses después tuvieron un hijo, al que siguieron más tarde otros cinco. El primogénito recibió el nombre de Juan y, desde niño, dio muestras de gran inclinación a la virtud. Se cuenta que, cuando tenía nueve años, un compañero de juegos le abofeteó; en vez de responder en la misma forma, Juan siguió el consejo evangélico y le presentó la otra mejilla. Pero no todos los niños que hacen eso, alcanzan el honor de los altares, de suerte que no hay que dar demasiada importancia a ese género de cosas. A los catorce años, Juan ingresó en el colegio de los jesuitas de Caén. Sus padres deseaban que se casara y siguiera trabajando la granja de la familia. Pero Juan, que había hecho voto de virginidad, recibió las órdenes menores en 1621 y estudió la teología en Caén con la intención de consagrarse a los ministerios parroquiales. Sin embargo, poco después determinó ingresar en la congregación del oratorio, que había sido fundada en 1611 por el futuro cardenal Pedro de Bérulle. Tras de recabar con gran dificultad el permiso paterno, fue recibido en París por el superior general en 1623. Juan había sido hasta entonces un joven ejemplar; su conducta en la congregación no lo fue menos, de suerte que el P. Bérulle le dio permiso de predicar, aunque sólo había recibido las órdenes menores. Al cabo de un año en París, Juan fue enviado a Aubervilliers a estudiar bajo la dirección del P. Carlos de Condren, el cual, según la expresión de Santa Juana Francisca de Chantal, "estaba hecho para educar ángeles". El fin de la congregación del oratorio consistía en promover la perfección sacerdotal y Juan Eudes tuvo la suerte de ser introducido en ella por dos hombres de la talla de Condren y Bérulle.

Dos años más tarde, se desató en Normandía una violenta epidemia de peste, y Juan se ofreció para asistir a sus compatriotas. Bérulle le envió al obispo de Séez con una carta de presentación, en la que decía: "La caridad exige que emplee sus grandes dones al servicio de la provincia en la que recibió la vida, la gracia y las órdenes sagradas, y que su diócesis sea la primera en gozar de los frutos que se pueden esperar de su habilidad, bondad, prudencia, energía y vida". El P. Eudes pasó dos meses en la asistencia a los enfermos en lo espiritual y en lo material. Después fue enviado al oratorio de Caén, donde permaneció hasta que una nueva epidemia se desató en esa ciudad, en 1631. Para evitar el peligro de contagiar a sus hermanos, Juan se apartó de ellos y vivió en el campo en un enorme barril, donde recibía diariamente la comida del convento. Pasó los diez años siguientes en la prédica de misiones al pueblo, preparándose así para la tarea a la que Dios le tenía destinado. En aquella época empezaron a organizarse las misiones populares en su forma actual. San Juan Eudes se distinguió entre todos los misioneros. En cuanto acababa de predicar, se sentaba a oír confesiones, ya que, según él, "el predicador agita las ramas, pero el confesor es el que caza los pájaros". Mons. Le Camus, amigo de San Francisco de Sales, dijo refiriéndose al P. Eudes: "Yo he oído a los mejores predicadores de Italia y Francia y os aseguro que ninguno de ellos mueve tanto a las gentes como este buen padre". San Juan Eudes predicó en su vida ciento diez misiones.

Una de las experiencias que adquirió durante sus años de misionero, fue que las mujeres de mala vida que intentaban convertirse, se encontraban en una situación particularmente difícil. Durante algún tiempo, trató de resolver la dificultad alojándolas provisionalmente en las casas de las familias piadosas, pero cayó en la cuenta de que el remedio no era del todo adecuado. Magdalena Lamy, una mujer de humilde origen, que había dado albergue a varias convertidas, dijo un día al santo: "Ahora os vais tranquilamente a una iglesia a rezar con devoción ante las imágenes y con ello creéis cumplir con vuestro deber. No os engañéis, vuestro deber es alojar decentemente a estas pobres mujeres que se pierden porque nadie les tiende la mano". Estas palabras produjeron profunda impresión en San Juan Eudes, quien alquiló en 1641 una casa para las mujeres arrepentidas, en la que podían albergarse en tanto que encontraban un empleo decente. Viendo que la obra necesitaba la atención de las religiosas, el santo la ofreció a las visitandinas, quienes se apresuraron a aceptarla.

Después de mucho orar, reflexionar y consultar, San Juan Eudes abandonó la congregación del oratorio en 1643. La experiencia le enseñó que el clero necesitaba reformarse antes que los fieles y que la congregación sólo podría conseguir su fin mediante la fundación de seminarios. El P. Condren, que había sido nombrado superior general, estaba de acuerdo con el santo; pero su sucesor, el P. Bourgoing, se negó a aprobar el proyecto de la fundación de un seminario en Caén. Entonces el P. Eudes decidió formar una asociación de sacerdotes diocesanos, cuyo fin principal sería la creación de seminarios con miras a la formación de un clero parroquial celoso. La nueva asociación quedó fundada el día de la Anunciación de 1643, en Caén, con el nombre de "Congregación de Jesús y María". Sus miembros, como los del oratorio, eran sacerdotes diocesanos y no estaban obligados por ningún voto. San Juan Eudes y sus cinco primeros compañeros se consagraron a "la Santísima Trinidad, que es el primer principio y el último fin de la santidad del sacerdocio". El distintivo de la congregación era el Corazón de Jesús, en el que estaba incluido místicamente el de María, como símbolo del amor eterno de Jesús por los hombres. La congregación encontró gran oposición, sobre todo por parte de los jansenistas y de los padres del oratorio. En 1646, el P. Eudes envió a Roma al P. Manoury para que recabase la aprobación pontificia para la congregación, pero la oposición era tan fuerte, que la empresa fracasó.

En 1650, el obispo de Coutances pidió a San Juan que fundase un seminario en dicha ciudad. El año siguiente, M. Olier, que consideraba al santo como "la maravilla de su época", le invitó a predicar una misión de diez semanas en la iglesia de San Sulpicio de París. Mientras se hallaba en esa misión, el P. Eudes recibió la noticia de que el obispo de Bayeux acababa de aprobar la congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio, formada por las religiosas que atendían a las mujeres arrepentidas de Caén. En 1653, San Juan fundó en Lisieux un seminario, al que siguió otro en Rouen en 1659. En seguida, el santo se dirigió a Roma a tratar de conseguir la aprobación pontificia para su congregación; pero los santos no siempre tienen éxito, y San Juan Eudes fracasó en Roma, en parte, por falta de tacto y de prudencia. Un año después, una bula de Alejandro VII aprobó la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio. Ese fue el coronamiento de la obra que el P. Eudes y Magdalena Lamy habían emprendido treinta años antes en favor de las pecadoras arrepentidas. San Juan siguió predicando misiones con gran éxito; en 1666, fundó un seminario en Evreux y, en 1670, otro en Rennes.

Al año siguiente, publicó un libro titulado "La Devoción al Adorable Corazón de Jesús". Ya antes, el santo había instituido en su congregación una fiesta del Santísimo Corazón de María. En su libro incluyó el propio de una misa y un oficio del Sagrado Corazón de Jesús. El 31 de agosto de 1670, se celebró por primera vez dicha fiesta en la capilla del seminario de Rennes y pronto se extendió a otras diócesis. Así pues, aunque San Juan Eudes no haya sido el primer apóstol de la devoción al Sagrado Corazón en su forma actual, fue sin embargo él "quien introdujo el culto del Sagrado Corazón de Jesús y del Santo Corazón de María", como lo dijo León XIII en 1903. El decreto de beatificación añadía: "El fue el primero que, por divina inspiración, les tributó un culto litúrgico." Clemente X publicó seis breves por los que concedía indulgencias a las cofradías de los Sagrados Corazones de

Jesús y de María, instituidas en los seminarios de San Juan Eudes.

Durante sus últimos años, el santo escribió su tratado sobre "El Admirable Corazón de la Santísima Madre de Dios"; trabajó en la obra mucho tiempo y la terminó un mes antes de su muerte. Su última misión fue la que predicó en Saint-Lö, en 1675, en plena plaza pública, con un frío glacial. La misión duró nueve semanas. El esfuerzo enorme acabó con la salud del P. Eudes, quien a partir de entonces se retiró prácticamente de la vida activa. Su muerte ocurrió el 19 de agosto de 1680. Fue canonizado en 1925 y su fiesta fue incluida en el calendario de la Iglesia de occidente en 1928. El dicho más famoso de San Juan Eudes es que harían falta tres eternidades para celebrar dignamente la misa: una eternidad para prepararse, una eternidad para celebrarla y una eternidad para dar gracias. En su obra titulada "La vida y el reinado de Jesús en las almas cristianas", el santo resume así el principio de su propia vida y de su actividad apostólica: "Nuestro deseo, nuestro objetivo y nuestra principal preocupación, debe ser formar a Jesús en nosotros y hacer que en nuestros corazones reine su espíritu, su devoción, sus afectos, sus deseos y sus disposiciones. Toda nuestra vida religiosa debe tender a eso. Tal es la tarea que Dios nos ha confiado para que trabajemos en ella constantemente."

Los biógrafos modernos de San Juan Eudes han aprovechado mucho su correspondencia, en gran parte inédita. La primera biografía propiamente dicha fue escrita por un miembro de la Congregación de Jesús y María, el P. Hérambourg. Aunque el autor no conoció al P. Eudes, pues ingresó en la congregación dos años después de la muerte de éste, tuvo la oportunidad de recoger los testimonios de quienes le habían conocido íntimamente. No vamos a dar aquí una bibliografía completa. La mejor obra es sin duda la del P. Boulay (4 vols.), publicada en 1905. La biografía de Émile Georges, *Saint Jean Eudes, missionaire apostolique* (1925), es menos extensa, pero constituye un buen retrato del santo y de sus actividades. También es excelente la biografía que publicó Henry Joly en la colección *Les Saints.* Recomendamos los capítulos que Henri Brémond consagró a San Juan Eudes en *Histoire Littéraire du sentiment religieux en France*, vol. III, pp. 583-671; y Émile Dermenghem, *La vie admirable et les révélations de Marie de Vallées* (1926). Véase también el artículo *Eudes* en DTC., vol. V, en el que se encontrará una bibliografía completa; y D. Sargent, *Their Hearts be Praised* (1949).

SAN ANDRES EL TRIBUNO, MÁRTIR (*c.* 300 P.C.)

ES DIFÍCIL reconstruir la historia de San Andrés de un modo coherente. Según parece, era uno de los capitanes del ejército de Galerio, enviado por Diocleciano contra los persas. Durante una batalla, Andrés invocó el nombre de Cristo, pues había oído decir que era un protector muy poderoso, y exhortó a sus hombres a hacer lo propio. El pelotón de Andrés triunfó, y la victoria se atribuyó a la invocación del nombre de Cristo. Entonces, el capitán y algunos de sus hombres determinaron hacerse cristianos, por lo cual fueron denunciados ante Antíoco, su jefe inmediato. Sin saber qué medidas tomar, éste escribió a Galerio y el general, reacio a desmoralizar a sus hombres con la ejecución de varios valientes soldados al día siguiente de la victoria, ordenó a Antíoco, que diese de baja a los cristianos y esperase una oportunidad mejor para castigarlos. Andrés y sus compañeros se transladaron a Cesarea, en Capadocia, donde fueron bautizados por el obispo Pedro. Seleuco, el gobernador militar de Cilicia, mandó arrestar a los neófitos. Estos huyeron a las montañas de Taurus, pero fueron aprehendidos y ejecutados ahí. En el oriente se pro-

fesa gran devoción a San Andrés, a quien se da el título de "el gran mártir". Ignoramos cuántos fueron sus compañeros.

No existen huellas de culto primitivo a San Andrés. La leyenda de su martirio se popularizó muy posteriormente. Puede verse el texto griego en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. III. El *Hieronymianum* menciona a un Andrés el 22 de julio; pero no hay ningún motivo para relacionarle con la historia y la fecha de las "actas" de San Andrés el Tribuno.

SANTOS TIMOTEO, AGAPIO y TECLA, Mártires (304 p.c.)

En el segundo año de la cruel y violenta persecución de Diocleciano, Urbano, el gobernador de Palestina, recibió órdenes de proceder contra los cristianos de su provincia. San Timoteo, que confesó valientemente la fe, fue brutalmente azotado; los verdugos le desgarraron después los costados con garfios y, finalmente, le quemaron a fuego lento, en Gaza. El mismo juez condenó a San Agapio y Santa Tecla a ser devorados por las fieras. Tecla fue enviada inmediatamente al circo y murió entre las fauces de las bestias, pero a Agapio se le retuvo durante dos años en la prisión. Después, salió a hacer frente a las fieras en el anfiteatro de Cesarea, junto con un criminal común, un esclavo que había asesinado a su amo. Como las bestias no mataron inmediatamente al criminal, el juez le perdonó y ofreció clemencia a Agapio, con tal de que ofreciese sacrificios a los dioses. El mártir se negó a ello y fue inmediatamente arrojado a un oso; pero la fiera no le hizo daño alguno. Entonces Agapio fue nuevamente conducido a la prisión y, al año siguiente, fue arrojado al mar.

Eusebio, *De mart. Palestinae*, narra este martirio y su testimonio tiene autoridad. Por otra parte, existen pruebas del culto que se tributaba a Timoteo, ya que se construyó en Gaza una basílica para sus reliquias.

SAN SIXTO III, Papa (440 p.c.)

Sixto era uno de los principales miembros del clero de Roma. En el año 632 sucedió a San Celestino I en el pontificado. San Próspero de Aquitania escribió con esa ocasión: "Confiamos en la protección del Señor y esperamos que, por manos de Sixto, continuará derramando su gracia, como lo hizo por la mano de Inocencio, de Zósimo, de Bonifacio y de Celestino. Como éstos guardaron la grey contra los lobos que la atacaban abiertamente, así esperamos que lo haga Sixto contra los lobos ocultos". Esta última frase era una lusión al semipelagianismo. San Próspero no vio fallidas sus esperanzas. Sin embargo, como San Sixto era pacífico por temperamento y prefirió una política conciliatoria, algunos de los ortodoxos extremistas llegaron hasta a acusarle de tendencias pelagianistas y nestorianas.

San Sixto III restauró la basílica liberiana, llamada actualmente Santa María la Mayor y mandó poner en ella esta noble inscripción "¡Virgen María!, yo, Sixto te he dedicado este nuevo templo como ofrenda digna de las entrañas de las que nació nuestro Salvador. Tú, doncella que no conociste varón, llevaste en tu seno y diste a luz a nuestro Salvador. Y he aquí que ahora estos mártires, que con su vida dieron testimonio del Fruto de tu vientre, ciñen sobre tus sienes la corona de su victoria. Bajo sus pies están los instrumentos de sus sufrimientos: la espada, las llamas, las fieras, el agua, los crueles venenos. Los instrumentos son diversos, pero la corona es única." Sobre el arco del ábside puede leerse todavía la siguiente inscripción: "Sixto, obispo del pueblo de Dios." El santo Pontífice reedificó y consagró varias otras iglesias. La dedicación de San Pedro ad Vincula (1º de agosto) y de Santa María la Mayor (5 de agosto) son fiestas de la Iglesia universal.

La fuente más importante es el *Liber Pontificalis* con las notas de Duchesne (vol. I, pp. 232-237). Véase también Grisar, *Geschichte Roms und der Päpste*, parrs. 224-226 y 468. Cf. la bibliografía de nuestros artículos sobre San Pedro ad Vincula y Nuestra Señora de las Nieves.

BEATA EMILIA DE VERCELLI, Virgen (1314 p.c.)

Emilia Bicchieri nació en Vercelli en 1238. Como perdió a su madre desde muy joven, Emilia se puso bajo la protección de la Madre de Dios. Consagrada totalmente a hacer casa a su padre, la joven desarrolló poco a poco una gran aversión por las cosas del mundo. El padre de Emilia, que era un hombre bueno, proyectaba para su hija un matrimonio respetable, que consideraba lo más conveniente y benéfico para Emilia, para su futuro esposo y para sí mismo. Pero a la edad de dieciséis años, la joven echó por tierra sus proyectos, al anunciarle que deseaba ser religiosa. Al principio, Pedro Bicchieri se negó rotundamente a dejarla partir, pero, como era un hombre cristiano y razonable, acabó por ceder a sus ruegos. Pero no se contentó con eso, sino que fundó en Vercelli un convento, del que su hija Emilia fue abadesa a los veinte años. Las religiosas estaban bajo la dirección de los dominicos, por ello, según una de las teorías sobre los orígenes de las terceras órdenes, fue ése el primer convento de Terciarias Regulares de Santo Domingo. A pesar de que aceptó el cargo de abadesa contra su voluntad, la Beata Emilia gobernó con tacto y prudencia; jamás aconsejaba a sus religiosas algo que no practicase ella misma y evitaba en cuanto era posible las conversaciones en el recibidor con las damas principales de Vercelli. Insistía sobre todo en que sus religiosas no perdiesen nunca de vista el fin de sus acciones y las realizasen con pureza de intención; si no, según solía decir, la religiosa será como quien va al mercado sin saber qué quiere y cuál es el precio de la mercancía. La gloria de Dios debía ser el fin último de todos sus actos y la base de la obediencia religiosa.

Aunque era una "época de fervor", en aquellos tiempos no se acostumbraba comulgar diariamente. La Beata Emilia se distinguió por la fidelidad con que aprovechaba el privilegio de comulgar tres veces por semana, además de los días de fiesta. También se distinguió por el espíritu de agradecimiento a Dios y a los hombres y por el amor a la oración litúrgica. Entre otros milagros, se le atribuye el de haber extinguido con la señal de la cruz un incendio en el convento; pero hay que confesar que ese milagro es un lugar común de la hagiología, y muchos hagiógrafos lo consideraban simplemente como una manera de expresar la santidad de sus biografiados. Se cuenta que la Beata Emilia tuvo muchas visiones de Dios, y de la Santísima Virgen, y que participó místicamente de los dolores de la Pasión del Señor, sobre todo de la coronación de espinas. La Beata murió el 3 de mayo, precisamente el día en que cumplía setenta y seis años. Su culto fue aprobado en 1769.

Ver *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VII, apéndice; Ganay, *Les bienheureuses dominicaines*, pp. 121 ss.; Mortier, *Maîtres généraux O. P.*, vol. II, p. 9; y P. B. Berro, *La Beata Emilia* (1914). Se encontrará una bibliografía más completa en el *Catalogus Hagiographicus* de Taurisano, p. 17.

BEATOS PEDRO DE ZUÑIGA, LUIS FLORES
Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES (1622 P.C.)

EL DÍA 22 DE JULIO DE 1620, el navío inglés "Elizabeth" interceptó frente a las costas de Formosa, a una nave japonesa en la que viajaban cuatro europeos y, al hacer el abordaje, descubrieron, con gran regocijo, que entre los pasajeros había dos religiosos. Los piratas se apoderaron del barco y, una vez en alta mar, hubo una repartición del botín y los cautivos entre ingleses y holandeses. La tripulación y los cuatro pasajeros europeos quedaron en manos de estos últimos que consideraron a todos como sus prisioneros y los condujeron al puerto de Firando. El barco holandés atracó ahí el 4 de agosto y, el mismo día, el padre Bartolomé Gutiérrez se puso en camino hacia el puerto con la intención de gestionar la libertad de sus hermanos en religión capturados, pero llegó demasiado tarde: desde el primer momento, los dos sacerdotes habían sido desembarcados y entregados al agente holandés Juan Specx. Este se apresuró a desempeñar su papel de juez y, en seguida, sometió a un riguroso interrogatorio a sus reos, quienes se mantuvieron firmes en su negativa de que fuesen sacerdotes o religiosos, a fin de no comprometer a los tripulantes de la nave japonesa que tan generosamente los había acogido. A los dos se les amenazó con someterlos a torturas hasta que admitieran su identidad y, mientras tanto, se los arrojó en una inmunda prisión.

Los religiosos tan arbitrariamente capturados eran el padre Luis Flores, dominico, y el padre Pedro de Zúñiga, de la orden de los Ermitaños de San Agustín. Luis Flores había nacido en Amberes, entre 1565 y 1570; sus padres emigraron a España y se trasladaron a México, donde el joven Luis entró al convento de San Jacinto, de la capital del Virreinato de la Nueva España. Tuvo que cambiar su apellido flamenco Frayrin o Froryn, por el de Flores, para que le permitieran ir a las Filipinas, adonde llegó en 1602. Se embarcó para el Japón el 6 de junio de 1620, en compañía del padre Pedro de Zúñiga, que era hijo de un muy gran señor, llamado Alvaro de Zúñiga, marqués de Villamanrique y virrey de Nueva España. Pedro nació en Sevilla y tomó el hábito en el convento de dicha ciudad. Hizo su profesión el 2 de octubre de 1604 y llegó a las Filipinas en 1610. De ahí pasó al Japón en 1618. Obligado a esconderse, tuvo que dejar el país al cabo de un año y se sintió inmensamente feliz cuando se le designó de nuevo para regresar al Japón, en 1620.

El 2 de octubre, los holandeses interrogaron otra vez a los dos religiosos para hacerlos confesar su identidad. El gobernador de Nagasaki, Gonrocu, conocía al padre de Zúñiga, puesto que le había prohibido que huyera un año antes. El gobernador tenía simpatías por aquel sacerdote tenaz y le habría gustado ir a saludarle en la prisión, pero no se atrevía a desobedecer las órdenes del emperador. De todas maneras, se alegraba al saber que los dos religiosos ocultaban su identidad y no estaba dispuesto a denunciarlos.

A pesar de sus buenas intenciones, el gobernador se vio obligado a presidir una audiencia pública destinada a desenmascarar a los dos supuestos

sacerdotes apóstatas, asamblea ésta en la que participaba el alcalde de Firando y donde debían comparecer, como testigos de la acusación, el sacerdote jesuita Carlos Spínola y varios otros prisioneros cristianos, entre los que figuraban muchos futuros mártires. El padre Spínola declaró que él no conocía a ninguno de los acusados y afirmó que si bien un cristiano siempre tiene que declarar su religión cristiana, no por eso está obligado a declararse sacerdote. Se rehusó a prestar juramento sobre su declaración, en base a que no podía hacerlo sin la autorización de sus superiores. Desgraciadamente, numerosos testigos japoneses reconocieron al padre de Zúñiga. A fin de cuentas, en la sesión del 30 de noviembre, éste confesó libremente su calidad de sacerdote y declaró que la había ocultado con el único objeto de no perjudicar a los marineros japoneses, inocentes en aquella aventura.

El padre de Zúñiga reingresó a la prisión y, a partir del 23 de diciembre, fue encerrado en una jaula; el capitán y los marineros del barco japonés fueron arrestados a su vez. El padre Flores permanecía en la cárcel, pero su verdadera identidad era todavía desconocida.

El padre Collado trató de conseguir la libertad del padre Flores con la ayuda del japonés Yachiki. Se fraguó un plan y, el 4 de marzo, el padre Flores fingió que iba a tirar al mar las aguas sucias y se deslizó en la barca que le esperaba; pero los guardias dieron la alarma y los fugitivos fueron detenidos. Al día siguiente, comenzaron los interrogatorios a los japoneses y en seguida el padre Flores para evitarles las torturas, confesó que él era sacerdote. Inmediatamente fue enviado a Yuchinochima, donde ya estaba el padre de Zúñiga.

Gonrocu tuvo que informar al emperador de todo lo que había pasado. Incitado por los holandeses, que le convencieron de que el padre de Zúñiga era un conquistador español, el emperador dio la orden de ajusticiar a los detenidos. El 17 de agosto fueron llevados a Nagasaki y condenados a muerte. El dominico, padre Pedro Vázquez, tuvo la oportunidad de reunirse con los reos y confesarlos. Por el contrario el 18 de agosto, tuvieron que soportar las intrigas de un sacerdote apóstata, Araki, quien no obtuvo ningún resultado.

La mañana del 10 de agosto, Gonrocu notificó la sentencia: los dos padres y el capitán Firayama serían quemados vivos, los doce tripulantes del navío, decapitados, Yachiki y los cuatro japoneses que habían ayudado al padre Flores en su fracasada evasión, quedaron encarcelados para completar la información (les llegó su turno el 2 de octubre). Firayama reclamó a Gonrocu: "¿Por qué el emperador del Japón nos condena a muerte, sin que nosotros seamos culpables de crimen alguno?" El gobernador respondió: "Porque está prohibido que se predique en el Japón la fe de Jesucristo y que los japoneses la practiquen".

Los condenados fueron conducidos al lugar habitual de las ejecuciones. Entre la multitud inmensa que acudió a presenciar los ajusticiamientos, se ocultaban tres dominicos. Numerosos cristianos cantaban el *Magnificat* y el *Laudate*. Los doce japoneses fueron decapitados los primeros. Eran cofrades del Rosario; eran León Sukemeyon, segundo del navío; Juan Soyemon, jefe de tripulación; Miguel Díaz, comerciante; Antonio Yamanda, pasajero; Santiago Matsouwo Denchi, pasajero; Laureano Rocouyémond, comerciante, y cuatro marineros: Pablo Sankichi, Juan Yango, Juan Matachiki Nangata y Bartolomé Mofioyé. Los dos sacerdotes y Joaquín Firayama fueron atados

a columnas con lazos débiles, pues los verdugos tenían la esperanza de verlos renegar bajo el exceso del dolor; el fuego era lento para alargar el suplicio, pero los tres mártires permanecieron invencibles.

El padre Flores murió el primero, después Firayama; al fin de tres cuartos de hora, el padre de Zúñiga estaba muerto también.

Los cristianos entonaron el *Te Deum* y esperaron durante cinco horas a que se retiraran los guardias para apoderarse de las reliquias de los mártires.

El Papa Pío IX los beatificó el 7 de julio de 1867.

Procés apostolique, Boero, *Relazioni della gloriosa Morte di 205 BB. Martiri nel Giappone*. L. Pages. *Histoire de la religión Chrétienne au Japon*, pp. 389, 392, 402, 449, 464, 478, 480, 485, 490, 497, 499 y cartas anexas pp. 204, 214, 248, L. Profillet, *Le Martyrologie de l'Eglise du Japon*, vol. I, passim. Padre de Charlevoix, *Histoire du Japon*, vol. V, 1754, pp. 46-55.

20: SAN BERNARDO, Abad de Claraval, Doctor de la Iglesia (1153 p.c.)

EL PADRE de Bernardo era un noble borgoñón llamado Tescelino Sorrel. Su madre, llamada Aleth, era hija del señor de Montbard. Bernardo, el tercero de los hijos, nació en 1090 en Fontaines, castillo próximo a Dijon, que formaba parte de las propiedades de su padre. Los siete hijos de Tescelino y Aleth eran: el Beato Guido, el Beato Gerardo, San Bernardo, la Beata Humbelina, Andrés, Bartolomé y el Beato Nivardo. Todos aprendieron el latín y la poética antes de abrazar la carrera de las armas. Bernardo fue enviado al colegio de los canónigos seculares de Chatillon-sur-Seine para hacer una carrera completa. Desde entonces amaba ya la soledad, quizá debido a su timidez. Hizo progresos rapidísimos en los estudios y se preparó así a oír la voz de la inspiración de Dios. La víspera del día de Navidad, cuando esperaba a su madre para asistir a los maitines, Bernardo se quedó dormido y soñó que veía al Niño Jesús en el establo de Belén. Desde entonces, concibió una gran devoción por el misterio de amor y misericordia de la Encarnación. Cuando tenía diecisiete años, murió su madre. Bernardo, que la quería apasionadamente, sufrió una grave depresión y se dejó arrastrar a un estado de tristeza mórbida, del que sólo consiguió salir gracias a la tenacidad de su hermana Humbelina por distraerlo y consolarlo.

Al entrar en sociedad, Bernardo poseía todas las ventajas y talentos que pueden hacer amable y atractivo a un joven. Con su ágil inteligencia y su temperamento afable y bondadoso, se ganaba a cuantos le conocían. Ello constituía un grave peligro y durante, algún tiempo, Bernardo bordeó la tibieza y la indiferencia, hasta que empezó a pensar en abandonar el mundo y consagrarse a los estudios, que siempre le habían atraído mucho. Pocos años antes, San Roberto, San Alberico y San Esteban Harding habían fundado en Cîteaux el primer monasterio en que se practicaba en todo su rigor la primitiva regla de San Benito. Bernardo vaciló algún tiempo antes de ingresar en la orden cisterciense. Un día, presa de graves dudas, entró en una iglesia a pedir a Dios que le ayudase a conocer y seguir su voluntad y, al salir, estaba decidido a abrazar la vida de los monjes de Cîteaux. Sus amigos hicieron cuanto

pudieron por disuadirle, pero Bernardo no sólo se mantuvo firme en su propósito, sino que se llevó consigo al monasterio a cuatro de sus hermanos y a un tío. Un íntimo amigo de Bernardo, Hugo de Mâcon (quien más tarde fundó el monasterio de Pontigny y murió siendo obispo de Auxerre), lloraba amargamente ante la idea de separarse de Bernardo; pero dos entrevistas bastaron a éste para convencerle de que le siguiese al monasterio. Para no extendernos demasiado, Bernardo, que unas cuantas semanas antes dudaba de su vocación religiosa, llegó al monasterio acompañado de treinta y un candidatos que hasta poco antes no se habían sentido llamados a la vida monástica. En ese sentido, ningún santo de la era moderna ha igualado a Bernardo, quien poseía una elocuencia irresistible: cuando él se presentaba, las madres temblaban por sus hijos y las esposas por sus maridos. El día de la partida al monasterio, Bernardo y sus hermanos se reunieron en Châtillon y fueron a Fontaines a despedirse de su padre y a pedirle su bendición. Nivardo, el más joven de la familia, se quedó a cuidar a su padre. Al salir de Fontaines, Guido encontró a Nivardo jugando con otros chicos de su edad, y le dijo: "Adiós, hermanito. Tú vas a heredar todas las tierras y posesiones". Nivardo respondió: "No estoy de acuerdo. Vosotros os reserváis el cielo y me dejáis la tierra. Es una repartición muy poco equitativa." Poco después, Nivardo fue a reunirse con sus hermanos en el monasterio, de suerte que sólo Humbelina y su padre quedaron en Fontaines.

Bernardo y sus compañeros llegaron a Cîtaux alrededor de la Pascua de 1112. San Esteban Harding, que era el abad, les recibió con los brazos abiertos, puesto que en los últimos años no se había presentado un solo novicio. San Bernardo tenía entonces veintidós años, quería vivir olvidado del mundo y entregado totalmente a Dios en el retiro. Tres años después, el abad, comprobó los progresos de Bernardo y sus extraordinarias cualidades y le mandó, con otros doce monjes, a fundar un nuevo monasterio en la diócesis de Langres, en la Champagne. Bernardo y sus compañeros hicieron el viaje cantando los salmos, y se establecieron en un valle rodeado de bosques. Con la ayuda del obispo y de los habitantes de la región, los monjes talaron una parte del bosque y construyeron un monasterio. Los principios de la nueva fundación fueron duros, pues la tierra era muy pobre y sólo producía un poco de avena para el pan y unas hojas silvestres que constituían todo el alimento de los monjes. Por otra parte, Bernardo, que carecía aún de experiencia, tendía a una severidad exagerada y reprendía ásperamente a sus compañeros por las menores distracciones y transgresiones de la regla. Felizmente el santo cayó poco a poco, en la cuenta de ese estado de cosas al ver el desaliento que se apoderaba de los monjes, a pesar de su gran humildad y obediencia. Para hacer penitencia por su omisión, Bernardo guardó silencio durante mucho tiempo; pero finalmente volvió a predicar y se preocupó de que sus súbditos comiesen un poco mejor, a pesar de la escasez. Se extendió la fama del monasterio y de la santidad de su abad y, muy pronto, el número de los monjes llegó a ciento treinta. También se dio al lugar el nombre de Claraval (Valle Claro), porque el sol daba de lleno en él. El padre de Bernardo y su hermano Nivardo ingresaron en Claraval en 1117 y recibieron el hábito de manos del santo. Los cuatro primeros monasterios derivados de Cîteaux se convirtieron, a su vez, en sementeras de nuevos monasterios. El de Claraval fue el más fecundo de todos, y entre sus filiales se contaban el monasterio de Rivevaulx y, en cierto

sentido, el monasterio de Fountains, en Inglaterra.

En 1121, San Bernardo realizó su primer milagro: mientras cantaba la misa, restituyó el habla a cierto señor feudal, quien pudo así confesarse antes de morir y hacer numerosas restituciones por las injusticias que había cometido. Se cuenta que el santo obró otras muchísimas curaciones con sólo bendecir a los enfermos y que "excomulgó" a las moscas que infestaban la iglesia de Foigny, las cuales murieron al punto. La maldición a las moscas de Foigny se convirtió en un proverbio francés. Guillermo de Saint-Thierry refiere con pormenores los males de estómago que aquejaban a Bernardo, que ciertamente no mejoraban con la comida mala e insuficiente. A causa de su mala salud, el capítulo general le dispensó de trabajar en el campo y le ordenó que se dedicase más intensamente a la predicación. Para cumplir, Bernardo empezó a escribir su tratado sobre los Grados de Humildad y de Orgullo, que fue la primera obra que publicó. El P. Vacandard dice que "cualquier psicológo moderno aprobaría el estudio caracteriológico" que hay en dicho tratado.

A pesar de su amor por el retiro, las necesidades de la Iglesia y la obediencia obligaron frecuentemente a Bernardo a salir de él. Como tantos otros santos a quienes el cielo ha concedido un extraordinario don de contemplación y cuyo mayor deseo sería consagrarse enteramente a Dios en la paz del monasterio, San Bernardo hubo de pasar años enteros en la vida pública y aun en la vida política, "atendiendo a los asuntos de su Padre celestial". En 1137, escribía que estaba "asediado de cuidados y preocupaciones y apenas hay un momento en que me dejen en paz los visitantes que vienen a pedirme los más diversos favores. Y, como no tengo derecho a impedirles que vengan ni puedo rehusarme a recibirlos, apenas me queda tiempo para orar." La fama de las cualidades y poderes del santo era tan grande, que los príncipes acudían a su arbitraje y los obispos le consultaban los asuntos más importantes de la Iglesia y se atenían respetuosamente a sus decisiones. Los Papas veían en su consejo uno de los principales apoyos de la Iglesia, y todo el pueblo escuchaba sus palabras con veneración. Aun llegó a llamársele "el Oráculo de la cristiandad". Porque Bernardo no era únicamente un fundador de monasterios, un teólogo y un predicador, sino también un reformador y un "cruzado"; jamás hurtó el cuerpo a las dificultades, ya proviniesen de la abadía de Cluny o de un antipapa, del filósofo Abelardo o de la segunda Cruzada. Por lo demás, no perdía el tiempo en rodeos. Así, escribía a un clérigo del Languedoc: "Parece que os imagináis que los bienes de la Iglesia son vuestros. Pero os equivocáis totalmente; pues, si bien es justo que viva del altar quien sirve al altar, ello no significa que los bienes del altar sean para fomentar la lujuria y el orgullo. Todo lo que va más allá de una mesa sencilla y un vestido modesto es sacrilegio y robo."

Las dificultades provocadas por la elección de Inocencio II en 1130 obligaron a San Bernardo a viajar por toda Francia, Alemania e Italia. En una de sus visitas a Claraval, llevó consigo a Pedro Bernardo Paganelli, canónigo de Pisa, que sería más tarde Papa, con el nombre de Eugenio III y alcanzaría el honor de los altares. Por el momento, Bernardo confió al novicio el cargo de acarrear carbón para el monasterio. Después de que toda la Iglesia reconoció a Inocencio II, San Bernardo asistió a los Concilios de Roma y de Letrán. Por entonces, conoció a San Malaquías de Armagh; nueve años después,

San Malaquías moriría en brazos de su amigo. A pesar de sus múltiples actividades, San Bernardo seguía predicando a los monjes siempre que podía. Sus sermones sobre el Cantar de los Cantares se hicieron famosos. En 1140 predicó por primera vez en público, a los estudiantes de París. Esos dos sermones se cuentan entre los más violentos y poderosos que pronunció el santo; las "cosas terribles e infernales" que dijo en ellos, hicieron cierto bien al auditorio y convirtieron a algunos estudiantes que hasta entonces habían visto con malos ojos el "evangelismo" de Bernardo. Poco después de terminado el cisma, el santo se vio envuelto en la controversia con Abelardo. Y si el primero era el hombre más influyente y elocuente de la época, el brillante y desdichado Pedro Abelardo le cedía apenas en ese aspecto y tenía la ventaja de ser mucho más erudito. Era inevitable que los dos personajes chocasen un día, pues representaban dos corrientes de pensamiento que, sin ser opuestas, no habían llegado todavía a sintetizarse: por una parte, la concepción tradicional de la autoridad y de la "fe, que no es una opinión sino una certeza"; por la otra, el nuevo racionalismo y la exaltación de la inteligencia humana. Se ha criticado mucho a San Bernardo por haber acosado implacablemente a Abelardo. Pero hay que comprender que el santo creía que, bajo la máscara del saber se ocultaban en Abelardo la vanidad y la arrogancia, que bajo la máscara del uso de la razón se ocultaba el racionalismo y que las cualidades y la erudición del filósofo le hacían muy peligroso para la cristiandad. San Bernardo escribía al Papa: "Pedro Abelardo, al defender que la razón humana es capaz de comprender enteramente a Dios, ataca las bases del mérito de la fe... Ese hombre es demasiado grande a sus propios ojos."

Probablemente a principios del año 1142, se fundó en Irlanda el primer convento cisterciense. Los monjes procedían de Claraval, a donde San Malaquías los había enviado a formarse bajo la dirección de San Bernardo. La abadía, que estaba situada en el condado de Louth, recibió el nombre de Melilfont. Diez años más tarde, contaba ya con seis monasterios filiales. Por la misma época, San Bernardo intervino en el asunto de la sucesión de la sede de York (cf. nuestro artículo sobre San Guillermo de York, 8 de junio). Inocencio II murió antes de que el asunto quedase resuelto. Dieciocho meses después, ascendió al trono pontificio el abad del monasterio cisterciense de Tre Fontane, Eugenio III, que no era otro que el Bernardo de Pisa a quien San Bernardo había conducido al noviciado. El santo escribió a su antiguo discípulo una carta encantadora, redactada en estos términos: "A su queridísimo padre y maestro Eugenio, por la gracia de Dios Sumo Pontífice, Bernardo, abad de Claraval, presenta su humilde homenaje." En realidad Bernardo sentía ciertos temores por Eugenio, pues conocía su carácter tímido y retraído y su falta de experiencia en la vida pública. Por ello, escribió también una carta a los cardenales, en la que les decía: "Dios os perdone lo que habéis hecho. Habéis vuelto a la vida a un hombre que estaba muerto al mundo y sepultado en la paz del monasterio. Habéis empujado a la vorágine de los negocios y las multitudes a un hombre que había huído de los negocios y de las multitudes. Habéis convertido lo menos importante en lo más importante. Tened cuidado, pues el sitio que ocupa ahora ese hombre es más peligroso que el que ocupaba antes." Más tarde, para aconsejar a Eugenio III, escribió el más largo e importante de sus tratados, el "De consideratione", en el que examinaba las obligaciones del Pontífice y le recomendaba abiertamente que

se reservase cada día algún tiempo para el examen de conciencia y la contemplación y que se dedicase a ellos con más diligencia que a los negocios. San Bernardo declaraba que la "consideración" o contemplación forma y dirige todas las virtudes y recordaba al Papa que la multiplicidad de los negocios le ponían en el riesgo de caer en el olvido de Dios y la dureza de corazón. La sola mención de esos peligros hacía temblar al santo, quien decía al Pontífice que si él mismo no temblaba ante esos peligros era señal de que su corazón se había endurecido ya; porque si el Papa cae, toda la Iglesia decae.

Entre tanto, la herejía albigense había hecho rápidos progresos en Francia, con todas sus consecuencias morales y sociales. San Bernardo había tenido ya que ver con una secta similar en Colonia; en 1145, el cardenal Alberico, legado pontificio, le pidió que fuese al Languedoc. Aunque se hallaba enfermo, débil y apenas podía hacer el viaje, obedeció al punto y predicó en el camino. Le acompañó su secretario, Godofredo, quien refiere numerosos milagros de los que fue testigo presencial. Por ejemplo, en Sarlat, ciudad de Périgord, Bernardo bendijo unas piezas de pan, diciendo: "Para que conozcáis la verdad de nuestra doctrina y la falsedad de la hereje, que los enfermos que coman de este pan queden curados". El obispo de Chartres, que estaba junto al santo, ante el temor de una desilusión colectiva, corrigió: "Es decir, que queden curados los que coman de este pan con la fe debida". Pero el abad replicó: "Yo no dije eso, sino que todos los enfermos que prueben este pan queden curados para que sepan que somos enviados de Dios y predicamos la verdad". En efecto, un gran número de enfermos recobró la salud. Bernardo predicó contra la herejía en todo el Languedoc. Sus oyentes se mostraron obstinados y violentos, sobre todo en Albi y en Toulouse; sin embargo, el santo consiguió reconquistar en poco tiempo la región y volvió después a Claraval. Desgraciadamente, San Bernardo se retiró demasiado pronto, pues la conversión del Languedoc había sido más aparente que real y, veinticinco años más tarde, la herejía era ahí más fuerte que nunca. Fue entonces cuando apareció Santo Domingo.

El día de Navidad de 1144, los turcos selyukidas se habían apoderado de Edesa, uno de los cuatro principados del reino latino de Jerusalén. Los cristianos pidieron inmediatamente auxilio a Europa, pues todo el reino estaba en peligro. Eugenio III encargó entonces a San Bernardo predicar una Cruzada. El santo inauguró la predicación el domingo de Ramos de 1146, en Vézelay. La reina Eleonor y una gran multitud de nobles fueron los primeros en abrazar la causa; el pueblo, movido por las palabras de fuego de Bernardo, le siguió en masa, de suerte que se acabó la provisión de cruces de tela para el distintivo y el santo tuvo que desgarrar su propio hábito para fabricar otras. Tras de levantar en armas a toda Francia, Bernardo escribió a los principales señores de Europa central y occidental. Después se trasladó a Alemania y lo primero que tuvo que hacer, fue enfrentarse con un monje medio loco llamado Rodolfo, quien, valiéndose del nombre del santo, incitaba al pueblo a acabar con los judíos. En seguida, emprendió una gira triunfal por la Renania, donde realizó numerosos milagros, según el testimonio de los que le acompañaban. El emperador Conrado III recibió la Cruz de manos del santo, y partió a la cabeza de un ejército, en mayo de 1147. Luis de Francia le siguió poco después. Pero la segunda Cruzada resultó un fracaso. Los ejércitos de Conrado

fueron deshechos en Asia Menor, y lo único que hizo Luis fue poner sitio a Damasco. El fracaso se debió, en gran parte, a los mismos cruzados, muchos de los cuales habían partido únicamente por codicia y, en la primera oportunidad, cometieron toda clase de excesos. Los que se unieron a la empresa por motivos de penitencia y religión tuvieron ocasión de ejercitar heroicamente la virtud, pero debe reconocerse que el precio de aquel ejercicio ascético fue demasiado elevado. El fracaso de la cruzada levantó una tempestad contra San Bernardo, quien se había mostrado seguro del triunfo. El santo respondió que él había confiado en que Dios bendeciría una cruzada emprendida en su honor, pero que los excesos de los cruzados habían sido la causa de su propia perdición. Por otra parte, ¿quién podía juzgar del éxito o el fracaso de una empresa? y "¿cómo se atreverían los mortales a reprobar lo que eran incapaces de comprender?"

A principios de 1153, el santo padeció su última enfermedad. Desde mucho antes, vivía ya en el cielo por el deseo, aunque por humildad calificaba de debilidad ese anhelo: "Los santos ansiaban morir para ver a Cristo; yo lo deseo al verme acosado por el escándalo y el mal. Confieso que me falta valor para enfrentarme a la violencia de la tempestad". En la primavera, Bernardo se repuso un tanto y hubo de abandonar por última vez Claraval para acudir en socorro de los necesitados. Los habitantes de Metz querían a toda costa vengarse del duque de Lorena, que había atacado la ciudad. Para impedir el derramamiento de sangre, el arzobispo de Tréveris fue a Claraval a suplicar a Bernardo que le ayudase a reconciliar a los enemigos. El santo, olvidando su propia enfermedad, se transladó inmediatamente a Lorena, donde consiguió que los dos bandos depusiesen las armas y firmasen un tratado. Pero la enfermedad de Bernardo se agravó a su vuelta a Claraval y hubo de recibir los últimos sacramentos. Los monjes se reunieron alrededor de su abad con las lágrimas en los ojos y éste los confortó y alentó, diciéndoles que un siervo inútil debía dejar el sitio a otros y que era necesario derribar el árbol estéril. Aunque el amor que profesaba a sus hijos le impulsaba al deseo de permanecer con ellos, su ansia de ver a Cristo le había hecho desear la muerte desde tiempo atrás. "Estoy crucificado entre estos dos deseos, y no sabría por cuál decidirme. Pongámonos en manos de Dios y dejemos que El decida". Dios decidió llamar a Sí al santo el 20 de agosto de 1153. Bernardo tenía entonces sesenta y tres años y había sido abad durante treinta y ocho. Los monjes de Claraval habían fundado ya sesenta y ocho monasterios. No es, por consiguiente, exagerado considerar a San Bernardo como uno de los fundadores de la orden cisterciense, ya que fue él quien la sacó de la oscuridad y la hizo famosa en todo el occidente. San Bernardo fue canonizado en 1174. En 1830 fue proclamado Doctor de la Iglesia, el "Doctor Melifluo".

San Bernardo "llevó sobre los hombros el siglo XII y no pudo menos de sufrir bajo ese peso enorme". En vida fue el oráculo de la Iglesia, la luz de los prelados, el reformador de la disciplina y, después de su muerte, no ha cesado de vigorizar a instruir a la Iglesia con sus escritos. Enrique de Valois, ese gran erudito francés del siglo XVII, no vacilaba en afirmar que entre las obras de los Padres de la Iglesia las de San Bernardo eran las más útiles para fomentar la piedad. Sixto de Siena, que se había convertido del judaísmo, escribió: "Las palabras de Bernardo son siempre suaves y ardientes; leche y miel deleitosas manan de su boca y el encendido amor que

arde en su pecho calienta los corazones". Erasmo decía que San Bernardo era "alegre, amable y apasionado", "cristiano erudito, de santidad elocuente y devoción radiante y amable". Todos los católicos y protestantes de importancia, desde Inocencio II hasta el cardenal Manning, de Lutero a Federico Harrison, han reconocido la santidad de Bernardo y la grandeza de sus escritos, en los que el vigor se une a la dulzura y la caridad a la rudeza; porque el santo reprochaba para corregir, no para insultar. Tan profundamente había meditado la Sagrada Escritura, que su propio estilo recuerda a cada paso el de la Biblia y tiene algo del calor particular del texto sagrado. Bernardo conocía bien los escritos de los Padres de la Iglesia, sobre todo los de San Ambrosio y San Agustín, a los que citaba con frecuencia. Aunque vivió después de San Ambrosio, el primer escolástico y aunque su época era ya escolástica, San Bernardo trataba los temas teológicos a la manera de los antiguos escritores eclesiásticos. Por ello y por la excelencia de sus escritos, se le clasifica entre los Padres de la Iglesia y, si bien fue el último de ellos, es sin duda uno de los que más pueden ayudar a quienes quieran profundizar la religión y progresar en el fervor.

Los principales materiales biográficos de San Bernardo se hallan reunidos en la *Patrología Latina* de Migne, vol. 185. El mejor texto de la *Vita prima* es el de Waitz en MGH., *Scriptores*, vol. XXVI. Dicha obra, que es la fuente más importante, consta de cinco secciones escritas por tres autores diferentes: Guillermo de Saint-Thierry, Arnoldo de Bonneval y Godofredo de Auxerre; además de la parte propiamente biográfica, hay una colección de milagros. Existen también las biografías escritas por Alan de Auxerre, Juan el Ermitaño, etc., por no hablar de las leyendas posteriores, como el *Exordium Magnum* de Conrado de Eberbach, y el *Liber Miraculorum* de Herberto. Todas estas fuentes y la correspondencia del santo han sido estudiadas por G. Hüffer en *Vorstudien* (1886). También las estudia a fondo E. Vacandard en el primer capítulo de su *Vie de Saint Bernard* (1910), que sigue siendo la biografía más autorizada. Existen muchísimas biografías de tipo más popular: G. Goyau (1927); F. Höver (1927); A Luddy, *Life and Teaching of Saint Bernard* (1927), obra voluminosa pero no muy exacta. También rinden tributo a San Bernardo numerosos escritores e historiadores no católicos, como J. Cotter Morrison (1877), R. S. Storrs (1893), Watkin Williams (1935) y G. G. Coulton, *Five Centuries of Religion*, vol. I. La obra de E. Gilson, *Mystical Theology of St Bernard*, apareció en 1940. La obra de J. Leclercq, *St Bernard Mystique* (1948) incluye 200 páginas de pasajes tomados de los escritos del santo. Dom Leclercq está trabajando actualmente en la edición crítica de las obras de San Bernardo. Véanse los dos volúmenes publicados por la Assoc. Bourguignonne des Sociétés Savantes, *St Bernard et son temps* (1928); cf. D. Knowles, *The Monastic Order in England* (1949). Entre las principales obras publicadas en 1953 citaremos la traducción inglesa de las cartas de San Bernardo, hecha por B. Scott James, y el *Bernard de Clairvaux* editado por Dom Jean Bouton, que contiene importantes documentos biográficos.

SAN AMADOR (Sin fecha)

EN QUERCY y en el Limousin se venera a San Amador como fundador del santuario de Nuestra Señora de Rocamadour y como primer ermitaño de las Galias. En realidad, no poseemos ningún dato cierto acerca del santo; ni siquiera sabemos en qué época vivió, ni si existió realmente. La leyenda de su vida fue escrita con ocasión del descubrimiento de un cadáver incorrupto en Rocamadour, en 1166; pero no existe prueba alguna de que San Amador haya sido realmente un ermitaño del valle de Alzou y de que haya dado su nombre al santuario de la Madre de Dios.

Según la leyenda, Amador era un criado de María y José, que se casó

con Santa Verónica. Arrojados de Palestina por la persecución, Verónica y Amador se transladaron a las Galias. Bajo la dirección de San Marcial (quien no vivió en el siglo I, sino en el siglo III), evngelizaron los alrededores de Burdeos y Cahors. San Marcial envió a San Amador a Roma para que informase a San Pedro sobre los progresos de la evangelización en las Galias y así tuvo ocasión de presenciar el martirio de los dos Apóstoles. A su regreso, continuó con la evangelización de los galos y fundó varios monasterios. Cuando murió Santa Verónica, Amador se retiró a una cueva solitaria en Quercy, donde construyó una capilla que, con el tiempo, había de transformarse en el famoso santuario de Nuestra Señora. En el siglo XV se añadió un nuevo rasgo a la leyenda, ya que se identificó a San Amador con el Zaqueo del que habla San Lucas en el capítulo XIX. El dicho popular que dice: "En carne y hueso, como San Amador" tiene su origen en el descubrimiento del cadáver incorrupto.

En Francia, donde el santuario de Rocamadour es muy popular, se ha estudiado a fondo la curiosa e inverosímil leyenda de San Amador. E. Rupin trata el punto con sobriedad y sentido crítico en *Rocamadour, étude historique et archéologique* (1904), y en *Légende de Saint Amadour* (1909). En esta última obra respondió con argumentos convincentes a las objeciones poco críticas que le había hecho J. T. Layral en su folleto *Notre-Dame de Roc-Amadour* (1908). Cf. el artículo de E. Albe, *La vie et les miracles de S. Amator*, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXVIII (1909), pp. 57-90; en dicho artículo se demuestra en otro capítulo el carácter fantástico de la leyenda.

SAN FILIBERTO, ABAD (*c.* 685 P.C.)

FILIBERTO NACIÓ en Gascuña hacia el año 608. Su padre, Filibaldo, después de recibir las órdenes sagradas, fue elegido obispo de Aire. Filiberto pasó con él los primeros años y luego fue enviado a la corte de Dagoberto I. El ejemplo y los consejos de San Ouén, canciller del rey, produjeron tal efecto en el joven, que a los veinte años tomó el hábito en la abadía de Rebais, fundada por el canciller. Sucedió a San Aile en el gobierno de la abadía; pero, como fuese aún inexperto en el gobierno, la rebelión de algunos monjes refractarios le obligó a abandonar el cargo. Tras haber visitado numerosos monasterios para familiarizarse con las distintas observancias, se retiró a Neustria, donde Clodoveo II le regaló un terreno en el bosque de Jumièges. Ahí fundó Filiberto un monasterio, el año 654. La comunidad de Jumièges creció rápidamente. El santo fundó también un convento de monjas en Pavilly.

Filiberto se trasladó a la corte para arreglar algunos negocios y, una vez ahí tuvo el valor de echar en cara sus injusticias al mayordomo de palacio. Ebroín. Enfurecido por ello, Ebroín le calumnió ante San Ouén. Como consecuencia, San Filiberto estuvo prisionero algún tiempo en Rouen y hubo de abandonar Jumièges. Cuando recobró la libertad, se retiró a Poitiers. Más tarde, se transladó a la islita de Herio, en la costa del Poitou, donde fundó el monasterio que después se llamó de Noirmoutier. También fundó cerca de Poitiers el monasterio de Quinçay, cuyo gobierno confió a San Acardo. Más tarde, nombró a este santo abad de Jumièges. San Filiberto pobló los nuevos monasterios con monjes de Jumièges. El obispo de Poitiers, Ansoaldo, fundó un monasterio en Luçon y lo puso bajo la supervisión de San Filiberto. Un dato digno de notarse es que el santo se preocupó por el bienestar espiritual y temporal de los vecinos de sus diversos monasterios.

En Mabillon y en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV, hay una biografía antigua de San Filiberto. Pero la obra de mayor valor sobre San Filiberto es la de R. Poupardin, *Monuments de l'histoire des abbayes de Saint-Philibert* (1905); en ella se encontrará un estudio sobre el autor de la biografía primitiva y sobre los diferentes textos, además de un catálogo de los milagros del santo y muchos otros documentos suplementarios.

SANTOS LEOVIGILDO Y CRISTOBAL, MÁRTIRES (852 P.C.)

EN EL SIGLO IX, la mitad de la población de Córdoba, ciudad de Andalucía en el sur de España, era musulmana, desde la época de la conquista de los árabes.

Muchos católicos fueron martirizados por los infieles invasores en el año de 852, como aquellos dos monjes, Cristóbal y Leovigildo, que marcharon de buen grado por el camino del santo heroísmo. Cristóbal era originario de Córdoba, pariente y discípulo de San Eulogio, el historiador de sus hechos. Era de sangre árabe, pero criado en la fe cristiana con tanto fervor que, cuando tuvo edad suficiente, ingresó al monasterio de San Martín, cerca de Córdoba, en la montaña llamada la Rojana. Este santo religioso, animado al martirio por las ejecuciones precedentes, fue a la ciudad a enfrentarse con el juez y confesó en voz alta su fe, por lo que fue inmediatamente encarcelado.

Leovigildo de Granada, monje del monasterio de San Justo y San Pastor, cerca de Córdoba, llegó también a proclamar su cristianismo ante el juez. Fue igualmente arrojado a la prisión, luego de soportar palizas y malos tratos. Los dos prisioneros se reconfortaban mutuamente. Cristóbal pedía a Leovigildo, porque era el mayor, recibir primero los honores del martirio. Sus cuerpos debían de ser quemados, pero los cristianos los robaron antes de que se consumieran y sepultaron los restos en la basílica de San Zoilo.

Usuardo los incluye el 20 de agosto en su martirologio. El Martirologio Romano precisa que fueron decapitados: este detalle se introdujo en 1578, pero no figura en las crónicas de Eulogio.

Eulogio, *Memoriale sanctorum*, II, XI, en L. P..., vol. CXV, col. 792. *Acta Sanctorum*, 20 de agosto, vol. IV, pp. 97-100. Florez, *España Sagrada*, vol. x (1753), pp. 395-396. F. J. Simonet, *Historia de los Mozárabes de España;* p. 433.

BEATOS JOSE MARIA DIAZ SANJURJO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES * (1857-1862 P.C.)

EL 29 DE abril de 1951, el Papa Pío XII beatificó a un grupo de veinticinco mártires. Todos ellos pertenecían al vicariato del Tonkín central y perecieron durante la misma persecución.

La ascensión al trono de Tu-Duc, en 1847, fue saludada con júbilo por los misioneros, por creer que el nuevo rey favorecería al catolicismo. Pero una rebelión del hermano mayor del monarca, con miras a derrocarlo, cambió los planes de Tu-Duc. Atendió los clamores de la opinión pública, que acusaba a los católicos de complicidad en el movimiento y publicó el decreto de persecución. Sin embargo, durante algunos años, Tu-Duc se mostró relativamente

*A estos mártires se hace referencia en el artículo dedicado a los "Mártires de Indochina", el 11 de julio.

tolerante, quizá por temor a la reacción de Napoleón III. Desgraciadamente, algunas torpezas de los franceses fueron interpretadas por Tu-Duc como prueba de su impotencia y, sin ningún temor, desencadenó en 1857 la persecución más violenta de que se haya tenido noticia en el país.

En el Tonkín central la primera víctima fue el vicario apostólico, monseñor José Díaz Sanjurjo. Este había nacido en 1818, cerca de Lugo, España. Después de sus estudios en el seminario diocesano y en la Universidad de Compostela, ingresó a la Orden de los Predicadores, en la que esperaba realizar más fácilmente sus aspiraciones de vida misionera. Tomó el hábito en Ocaña, el 23 de septiembre de 1824, hizo su profesión al año siguiente y fue ordenado sacerdote el 23 de marzo de 1844. Muy poco después, se embarcó para Manila con otros cinco religiosos. Permaneció en las Filipinas algunos meses, durante los cuales fue profesor de letras en la Universidad. El día de Pascua de 1845, llegó al Tonkín.*

Como superior del seminario indígena de Luc-Thuy, se vio obligado a huír debido a un motín de los paganos y se refugió en Cao-Xá.

Los primeros decretos persecutorios de Tu-Duc no le inquietaron gran cosa. En 1849, fue nombrado coadjutor del vicario apostólico del Tonkín central, monseñor Martí. Ocupó el cargo en 1852 y fijó su residencia en Bui-Chu. Las amenazas de persecución se agudizaron. En 1857, un nuevo mandarín ambicioso, que quería mostrar su celo y conquistar la recompensa prometida por capturar al obispo, llegó a Bui-Chu. Sus soldados rodearon la casa del obispo, lo aprehendieron, le arrancaron su cruz pectoral y su anillo y lo arrojaron en prisión. Dos meses más tarde, el 20 de julio de 1857, le cortaron la cabeza.

Le siguió por el camino del martirio su coadjutor, monseñor Melchor García Sampedro. Este nació cerca de Cienfuegos, en Asturias, el 29 de abril de 1821. Hizo sus estudios en Oviedo y tuvo en ellos mucho éxito a pesar de la pobreza de su familia, lo que le obligaba a vivir en condiciones económicas muy estrechas. Después de obtener su bachillerato en teología, fue profesor suplente en la enseñanza de la lógica, pero renunció a su cargo, a pesar de la oposición de sus padres, para entrar al noviciado de los dominicos de Ocaña, en agosto de 1845. Tras de ser ordenado sacerdote en Madrid, tres años después, partió a Manila y, una vez ahí, pidió ser enviado al Tonkín. Llegó a él en febrero de 1849. Pronto fue nombrado protovicario provincial y luego vicario provincial. Fue consagrado obispo el 1o. de septiembre de 1855, cuando los edictos persecutorios se hacían cada vez más duros.

Lo arrestaron a principios de julio de 1858. Veinte días más tarde, el 28 de julio, lo sacaron de la prisión y lo llevaron, cargado de cadenas, al lugar del tormento. Después de arrojarlo por tierra desnudo y descoyuntado, lo ataron fuertemente a una estaca. Los esbirros le cortaron las manos y las piernas, mientras él invocaba sin cesar el nombre de Jesús. Finalmente, le cortaron la cabeza, le arrancaron las entrañas y las arrojaron en una fosa. Sus pobres despojos fueron echados a los elefantes para que los pisotearan. Pero esos animales se rehusaron tan obstinadamente, que los testigos, aterrorizados avisaron al emperador, quien ordenó dar muerte a las bestias a cañonazos en el mismo lugar de la ejecución.

Algunos meses más tarde, el 5 de noviembre de 1858, fue ejecutado un

* Tonkín, uno de los Estados de Vietnam (Federación de Indochina). N. de E.

sacerdote auctóctono que había entrado a la Orden de Predicadores en Mau. Era muy piadoso y portaba su rosario ostensiblemente. Quiso morir con las manos juntas como si participara en una ceremonia sagrada.

Tres ricos notables de la provincia de Nam-Dinh, casados y padres de familia, Domingo An-Kham, jefe de su pueblo, su hijo Lucas Cai-Thin y José Cai-Ta, fueron denunciados como cristianos. En seguida los arrestaron y sus casas fueron entregadas al pillaje y a las llamas. Después de cuatro meses de cárcel, se les anunció que estaban condenados a muerte por rebelión. Esta acusación inquietó a Cai-Thin, pero permaneció firme cuando le explicaron que su rebelión consistía en negarse a pisotear la cruz. Fueron ejecutados el 13 de enero de 1859.

Ha-Long fue prendido cuando salía de su escondite para ir a cumplir su ministerio. Domingo Cam, sacerdote nativo y terciario dominicano, fue también arrestado y hecho prisionero. El 11 de marzo de 1859 fue decapitado y descuartizado.

Otro sacerdote nativo, Tomás Khuong, fue reconocido cuando trataba de pasar el puente de Tran-Xa sin pisar sobre la cruz, colocada allí para que fuera hollada por los transeúntes. Lo arrestaron y, como se negó a cometer el sacrilegio, lo decapitaron con un hacha el 30 de enero de 1860.

José Tuán, sacerdote dominico, fue traicionado por un apóstata y hecho prisionero. También le cortaron la cabeza en abril de 1861.

En agosto de 1861, Tu-Duc publicó otro nuevo decreto por el cual se condenaba a los cristianos a ser marcados en la mejilla, a ser expulsados de las ciudades paganas y a perder todos sus bienes, sin preocuparse de poner sanciones más graves, pues los gobernadores de distrito podían aplicarles la pena de muerte a su antojo. Así, el Tonkín central se encontraba por el año de 1862, en manos del más cruel y sanguinario de los tiranos.

José Tuán, padre de familia y agricultor, se señalaba por su piedad. Los esbirros le invitaron a que pisoteara una cruz, pero él, arrodillándose junto a ella, dijo: "Tú eres mi fuerza". Fue martirizado el 7 de enero de 1862, a la edad de treinta y seis años.

Laureano Ngon, había sido encarcelado ya una vez por haberse negado a pisar un crucifijo. Fue puesto en libertad, pero aprehendido de nuevo en An-Xa. Alentó el valor de los demás detenidos. El juez trató de hacerlo flaquear: "Eres todavía muy joven ¿por qué quieres morir? Pisotea la cruz y podrás regresar con tu familia". Laureano respondió: "Profeso la religión del Señor del cielo y de la tierra y no renegaré de El jamás pisando su cruz. Si me dejan vivir, está bien; si no, muero con mucho deleite". Dejando a su esposa y a sus hijos el ejemplo de su martirio heroico, murió el 22 de mayo después de ocho meses y medio de prisión.

Por no haber querido pisar la cruz, José Tuc, un jovencito de diecinueve años, fue decapitado en el mismo lugar de su negativa el 1o. de junio de 1862, y Domingo Ninh, humilde agricultor de veinte años, sufrió la misma pena en An-Triem, al día siguiente.

Pablo Doung era un hombre famoso. Lo arrestaron también por haberse negado a hollar con sus pies una cruz, fue azotado con tanta furia, que dejaron su cuerpo convertido en una llaga. Quisieron marcarle una mejilla con las palabras "falsa religión", según el decreto de Tu-Duc, pero él se opuso terminantemente a aceptar aquella marca, por lo que lo castigaron privándolo

de alimentos. Un día, el mandarín vio que se había hecho marcar en una mejilla, por un cristiano prisionero, las palabras "verdadera religión". Esta audacia le valió ser condenado a muerte y ejecutado el 3 de junio de 1862.

Pescadores y buenos padres de familia, vecinos de Dong-Thanh, Domingo Toai y Domingo Huyen, fueron arrestados, por el sólo hecho de ser cristianos. Los quemaron en vida, el 5 de junio de 1862.

Al día siguiente, otros dos pescadores de Dong-Phu, Pedro Dung y Pedro Huyen y un cultivador de Doan-Trung, Vicente Doung, sufrieron el mismo suplicio.

Cinco ricos agricultores, Domingo Nguyen y Domingo Nhi, Domingo Mao, Vicente y Andrés Toung, fueron arrestados juntos en Ngoo-Cu y encerrados en la misma prisión. Allí dedicaron gran parte de su tiempo a la oración. El 15 de junio, los conminaron una vez más a que pisaran la cruz: el juez los expuso inmóviles, al sol. El 16 de junio, el juez ensayó nuevas promesas, halagos y amenazas. Domingo Mao, le interrumpió: "¿Por qué nos tratas así? ¿Nos tomas por niños, que se dejan convencer de ofender a Dios por miedo a los tormentos?" Fueron condenados a muerte y decapitados el mismo día.

Finalmente, el 17 de junio de 1862, un cristiano de sesenta años, Pedro Da, fue quemado vivo en Qua-Linh, en donde estaba desterrado.

Muchos otros cristianos fueron martirizados en esa época en el vicariato del Tonkín que, como sucede siempre, mostró por ello con el correr del tiempo, una extraordinaria vitalidad cristiana.

Acta Apostolicae Sedis, vol. XLIII, 1951, pp. 305-310. *Vie spiretuelle*, vol. LXXXV, 1951 pp. 388-394. *I Beati Giuseppe Diaz Sanjurjo, O.P., Melchior García Sampedro,* O.P., e *23 compagni martiri nelle missioni domenicane del Tonchino dall' anno 1857 al 1862*, Roma, 1951. *Relación del estado de la misión dominicana del Reino de Tunquin, concretada al Vicariato Apostólico central durante el año de 1854*, escrita por el venerable S. D. Fr. José Diaz Sanjurjo, obispo de Platea y vicario apostólico del mismo. La obra fue publicada por el P. provincial Fr. Julián Velichen, Manila, 1858. *Annales de la propagation de la foi*, vol. XXV, Lyon, 1853 p. 477; vol. XXIX, 1859, pp. 63-75.

BEATA MARIA DE MATIAS, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS ADORATRICES DE LA PRECIOSA SANGRE (1866 P.C.)

AL FUNDAR la Congregación de las Adoratrices de la Preciosa Sangre, dedicada a la educación de la juventud, María de Matías hizo frente a una de las mayores necesidades de su época. En efecto, como lo dijo Pío XI, aquel momento histórico "necesitaba una reforma general y los medios principales para lograrlo, eran el mejoramiento de la instrucción y la purificación de las costumbres".

María nació en 1805. Era la mayor de los cuatro hijos del abogado Juan de Matías y de su esposa, Octavia de Angelis. La familia vivía en Vallecorsa, entre Lazio y Campania. Cuando María acababa de cumplir diecisiete años, San Gaspar del Búfalo predicó una misión en la parroquia del lugar. La joven se sintió entonces llamada a trabajar por el prójimo. Poco después, conoció al Venerable Juan Merlini, discípulo de San Gaspar y sucesor suyo en el gobierno de la Congregación de los Misioneros de la Preciosa Sangre.

Merlini fue desde entonces y hasta la muerte de María su director y consejero espiritual.

En 1834, a petición de su obispo, Mons. Lais, quien era también administrador de Anagni, María tomó a su cargo la dirección de una escuela en Acuto, ciudad de aquella región. Estaba decidida a fundar una congregación. Al año siguiente, se le reunió la primera compañera, Ana Farrotti. Ambas jóvenes determinaron que la nueva congregación se inspiraría en el espíritu de los misioneros de San Gaspar del Búfalo. Para entonces, María había extendido ya sus actividades a las jóvenes y a las mujeres casadas. Pronto pidieron la admisión otras seis aspirantes a la vida religiosa.

Como Santa Lucía Filippini, María poseía el don de la persuasión y lo empleó con gran éxito en la enseñanza del catecismo, de la historia sagrada y en la organización de diversas asociaciones femeninas. En 1837, empezó a predicar "retiros espirituales" a las mujeres casadas y la obra se hizo muy popular. Naturalmente no faltaron quienes arguyesen que las mujeres debían guardar silencio en la iglesia (I Corint., XIV, 34), aunque los retiros no tenían lugar en la iglesia; pero Mons. Muccioli apoyó a María, tras haber investigado el asunto. Cuando las mujeres empezaron a concurrir a las celebraciones del Mes de Mayo en la escuela, el párroco se opuso, pero el deán dio la razón a María, con gran regocijo de las mujeres. Los testimonios en el proceso de beatificación prueban que la elocuencia de María era de buena ley, ya que amaba el recogimiento y el silencio y "no era parlanchina".

En 1840, la beata tomó a su cargo otra escuela en su pueblo natal de Vallecorsa, con la ayuda de los Misioneros de la Preciosa Sangre. A ésta siguieron otras fundaciones, en todas las cuales la actividad de las religiosas se extendía a las jóvenes y a las mujeres casadas. Entre 1847 y 1851, se fundaron dos nuevas casas en la Ciudad Eterna, bajo el patrocinio de la princesa Zena Volkonska; ahí se hicieron muy amigos de la beata dos prelados ingleses: Mons. Jorge Talbot y Mons. Eduardo Howard, quien fue más tarde cardenal. Se cuenta que María reprendió cierta vez a una religiosa inglesa que presumía incesantemente de las buenas maneras de la sociedad de Inglaterra. "El Calvario es nuestra escuela de buenas maneras", le replicó.

Naturalmente, la rápida expansión de la Congregación de las Adoratrices de la Preciosa Sangre no se efectuó sin dificultades y decepciones, que constituyeron rudas pruebas para la fundadora. Sus fuerzas y su salud empezaron a debilitarse por fin y la madre María de Matías murió en Roma, el 20 de agosto de 1866, a los sesenta y un años de edad. Su beatificación se llevó a cabo en 1950. Para entonces, su congregación contaba ya con más de 400 instituciones, entre las que se contaban escuelas de todas clases, así en Europa como en América.

Don Merlini escribió la primera biografía de la beata. La biografía oficial, muy completa, escrita por la benedictina, señora Ma. Eugenia Pietromarchi, fue publicada en Roma en 1950.

BEATA TERESA DE JESUS JORNET, Virgen, Fundadora del Instituto de las Pequeñas Hermanas de los Ancianos Abandonados (1897 p.c.)

Hija de Francisco Jornet y de Antonieta Ibars, agricultores de Aytona en

la diócesis de Lérida, Cataluña, Teresa nació el 9 de enero de 1843. Educada en una familia cristiana, la pequeña no tardó en mostrar sus grandes virtudes, sobre todo una caridad activa hacia los pobres, a quienes llevaba a casa de su tía para que allí recibieran algún alivio. Vivía en Lérida, en casa de una tía a quien amaba mucho, para poder asistir a la escuela de la ciudad.

Después se hizo maestra en Argensola, de la provincia de Barcelona. Deseaba ingresar en la vida religiosa y solicitó su admisión con las clarisas de Briviesca, cerca de Burgos, pero no pudo profesar a causa de la legislación en vigor. Se dedicó de nuevo a la enseñanza y se hizo terciaria carmelita. Una enfermedad que padeció después de la muerte de su padre, la obligó a permanecer en su casa durante algún tiempo.

El celoso sacerdote, Saturnino López Novoa, a quien ella confió la dirección de su alma, la encauzó hacia la fundación de una obra destinada a recoger a los ancianos sin familia y sin medios de subsistencia. Teresa, que hasta el momento había tenido la impresión desagradable de no haber hecho nada en su vida, se orientó decididamente hacia este ideal. En 1872, fundó la primera casa en Barbastro, con la ayuda de algunas jóvenes, entre las cuales estaba su propia hermana María.

El 27 de enero de 1873, tomaron el hábito religioso y Teresa fue elegida superiora. Poco después, un grupo de buenos católicos de Valencia propuso a la pequeña comunidad asegurarle su funcionamiento. La madre Teresa aceptó y, muy pronto, el número de ancianos aumentó sin cesar. Para poder recibir más, compró el antiguo convento de los agustinos. Esta casa se convirtió en la casa madre de la congregación de las Pequeñas Hermanas de los Ancianos Abandonados. Se desarrolló tan de prisa que, en 1887, cuando fue aprobada por la Santa Sede, contaba ya con 58 filiales.

María Teresa de Jesús formó muy sólidamente a sus hijas en el cumplimiento de sus obligaciones con los ancianos, al grado de que se exponían a la soledad, al frío y al hambre, con tal de poder darles un abrigo y un verdadero cariño. Aprendió con las terciarias carmelitas la devoción a la Santísima Virgen y con las clarisas el amor a los pobres; en los Ejercicios de San Ignacio, el ardiente deseo de identificar constantemente sus sentimientos con la voluntad divina. Mostró una actividad incansable y una inalterable confianza en Dios. A los que le reprochaban que se ocupara de los más humildes oficios, respondía: "No hay nada pequeño cuando se trata de la gloria de Dios". Cuando le decían que emprendía obras con un atrevimiento casi temerario, se sonreía diciendo: "Mientras más pobres haya, habrá más bienhechores".

Tenía el secreto de su paz interior inalterable en medio del tráfago continuo, en sus palabras: "Dios en el corazón, la eternidad en la cabeza, y el mundo bajo los pies".

Su organismo no pudo resistir al régimen que se impuso. A las fatigas físicas se juntaban los dolores morales, como el que le causó la epidemia del cólera, que, en una sola casa acabó con veinticuatro hermanas y setenta ancianos. Cuando la enfermedad le obligó a detenerse, se retiró a Liria al sur de Valencia, con la esperanza de que el buen aire le devolvería la salud. Murió allí el 26 de agosto de 1897. Pío XII la beatificó el 27 de abril de 1958.

Acta Apostolicae Sedis, vol. I, 1958, pp. 306-309. *Documentation catholique*, vol. LV, 1958, col. 653-656.

21: SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT DE CHANTAL, VIUDA, COFUNDADORA DE LA CONGREGACIÓN DE LA VISITACIÓN (1641 P.C.)

EL PADRE de Santa Juana de Chantal era Benigno Frémiot, presidente del parlamento de Borgoña. El señor Frémiot había quedado viudo cuando sus hijos eran todavía pequeños, pero no ahorró ningún esfuerzo para educarlos en la práctica de la virtud y prepararlos para la vida. Juana, que recibió en la confirmación el nombre de Francisca, fue sin duda la que mejor supo aprovechar esa magnífica educación. Cuando la joven tenía veinte años, su padre, que la amaba tiernamente, la concedió en matrimonio al barón de Chantal, Cristóbal de Rabutin. El barón tenía veintisiete años, era oficial del ejército francés y contaba con un largo historial de victoriosos duelos; su madre descendía de la Beata Humbelina, cuya fiesta se celebra también el día de hoy. El matrimonio tuvo lugar en Dijon y Juana Francisca partió con su marido a Bourbilly. Desde la muerte de su madre, el barón no había llevado una vida muy ordenada, de suerte que la servidumbre de su casa se había acostumbrado a cierta falta de disciplina; en consecuencia, el primer cuidado de la flamante baronesa fue establecer el orden en su casa. Los tres primeros hijos del matrimonio murieron poco después de nacer; pero los jóvenes esposos tuvieron después un niño y tres niñas que vivieron. Por otra parte, poseían cuanto puede constituír la felicidad a los ojos del mundo y procuraban corresponder a tantas bendiciones del cielo. Cuando su marido se hallaba ausente, la baronesa se vestía en forma muy modesta y, si alguien le preguntase por qué, ella respondía: "Los ojos de aquél a quien quiero agradar están a cien leguas de aquí". Las palabras que San Francisco de Sales dijo más tarde sobre Santa Juana Francisca podían aplicársele ya desde entonces: "La señora de Chantal es la mujer fuerte que Salomón no podía encontrar en Jerusalén".

Pero la felicidad de la familia sólo duró nueve años. En 1601, el barón de Chantal salió de cacería con su amigo, el señor D'Aulézy, quien accidentalmente le hirió en la parte superior del muslo. El barón sobrevivió nueve días, durante los cuales sufrió un verdadero martirio a manos de un cirujano muy torpe y recibió los últimos sacramentos con ejemplar resignación. La baronesa había vivido exclusivamente para su esposo, de modo que el lector puede suponer fácilmente su dolor al verse viuda a los veintiocho años. Durante cuatro meses estuvo sumida en el más profundo dolor, hasta que una carta de su padre le recordó sus obligaciones para con sus hijos. Para demostrar que había perdonado de corazón al señor D'Aulézy, la baronesa le prestó cuantos servicios pudo y fue madrina de uno de sus hijos. Por otra parte, redobló sus limosnas a los pobres y consagró su tiempo a la educación e instrucción de sus hijos. Juana pedía constantemente a Dios que le diese un guía verdaderamente santo, capaz de ayudarla a cumplir perfectamente su voluntad. Una vez, mientras repetía esta oración, vio súbitamente a un hombre cuyas facciones y modo de vestir reconocería más tarde, al encontrar en Dijon a San

Francisco de Sales. En otra ocasión, se vio a sí misma en un bosquecillo, tratando en vano de encontrar una iglesia. Por aquel medio, Dios le dio a entender que el amor divino tenía que consumir la imperfección del amor propio que había en su corazón y que se vería obligada a enfrentarse con numerosas dificultades. La futura santa fue a pasar el año del luto en Dijon, en casa de su padre. Más tarde, se transladó con sus hijos a Monthelon, cerca de Autun, donde habitaba su suegro, que tenía ya setenta y cinco años. Desde entonces, cambió su hermosa y querida casa de Bourbilly por un viejo castillo. A pesar de que su suegro era un anciano vanidoso, orgulloso y extravagante, dominado por una ama de llaves insolente y de mala reputación, la noble dama no pronunció jamás una sola palabra de queja y se esforzó por mostrarse alegre y amable. En 1604, San Francisco de Sales fue a predicar la cuaresma a Dijon y Juana se transladó ahí con su suegro para oír al famoso predicador. Al punto reconoció en él al hombre que había vislumbrado en su visión y comprendió que era el director espiritual que tanto había pedido a Dios. San Francisco cenaba frecuentemente en casa del padre de Juana Francisca y ahí se ganó, poco a poco, la confianza de ésta. Ella deseaba abrirle su corazón, pero la retenía un voto que había hecho por consejo de un director espiritual indiscreto, de no abrir su conciencia a ningún otro sacerdote. Pero no por ello dejó de sacar gran provecho de la presencia del santo obispo, quien a su vez se sintió profundamente impresionado por la piedad de Juana Francisca. En cierta ocasión en que se había vestido más elegantemente que de ordinario, San Francisco de Sales le dijo: "¿Pensáis casaros de nuevo?" "De ninguna manera, Excelencia", replicó ella. "Entonces os aconsejo que no tentéis al diablo", le dijo el santo. Juana Francisca siguió el consejo.

Después de vencer sus escrúpulos sobre su voto indiscreto, la santa consiguió que Francisco de Sales aceptara dirigirla. Por consejo suyo, moderó un tanto sus devociones y ejercicios de piedad para poder cumplir con sus obligaciones mundanas en tanto que vivía con su padre o con su suegro. Lo hizo con tanto éxito, que alguien dijo de ella: "Esta dama es capaz de orar todo el día sin molestar a nadie". De acuerdo con una estricta regla de vida, consagrada la mayor parte de su tiempo a sus hijos, visitaba a los enfermos pobres de los alrededores y pasaba en vela noches enteras junto a los agonizantes. La bondad y mansedumbre de su carácter mostraban hasta qué punto había secundado las exigencias de la gracia, porque en su naturaleza firme y fuerte había cierta dureza y rigidez que sólo consiguió vencer del todo al cabo de largos años de oración, sufrimiento y paciente sumisión a la dirección espiritual. Tal fue la obra de San Francisco de Sales, a quien Juana Francisca iba a ver, de cuando en cuando, a Annecy y con quien sostenía una nutrida correspondencia. El santo la moderó mucho en materia de mortificaciones corporales, recordándole que San Carlos Borromeo, "cuya libertad de espíritu tenía por base la verdadera caridad", no vacilaba en brindar con sus vecinos, y que San Ignacio de Loyola había comido tranquilamente carne los viernes por consejo de un médico, "en tanto que un hombre de espíritu estrecho hubiese discutido esa orden cuando menos durante tres días". San Francisco de Sales no permitía que su dirigida olvidase que estaba todavía en el mundo, que tenía un padre anciano y, sobre todo, que era madre; con frecuencia le hablaba de la educación de sus hijos y moderaba su tendencia a ser demasiado estricta con ellos. En esta forma, los hijos de Juana Francisca se beneficiaron

de la dirección de San Francisco de Sales tanto como su madre.

Durante algún tiempo, la señora de Chantal se sintió inclinada a la vida conventual por varios motivos, entre los que se contaba la presencia de las carmelitas en Dijon. San Francisco de Sales, después de algún tiempo de consultar el asunto con Dios, le habló en 1607 de su proyecto de fundar la nueva Congregación de la Visitación. Santa Juana acogió gozosamente el proyecto; pero la edad de su padre, sus propias obligaciones de familia y la situación de los asuntos de su casa constituían, por el momento, obstáculos que la hacían sufrir. Juana Francisca respondió a su director que la educación de sus hijos exigía su presencia en el mundo, pero el santo le respondió que sus hijos ya no eran niños y que desde el claustro podría velar por ellos tal vez con más fruto, sobre todo si tomaba en cuenta que los dos mayores estaban ya en edad de "entrar en el mundo". En esa forma, lógica y serena, resolvió San Francisco de Sales todas las dificultades de la señora de Chantal.

Antes de abandonar el mundo, Juana Francisca casó a su hija mayor con el barón de Thorens, hermano de San Francisco de Sales, y se llevó consigo al convento a sus dos hijas menores; la primera murió al poco tiempo, y la segunda se caso más tarde con el señor de Toulonjon. Celso Benigno, el hijo mayor, quedó al cuidado de su abuelo y de varios tutores. Después de despedirse de sus amistades, Juana fue a decir adiós a Celso Benigno. El joven, que había tratado en vano de apartarla de su resolución, se tendió por tierra ante el dintel de la puerta de la habitación para cerrarle la salida, pero la santa no se dejó vencer por la tentación de escoger la solución más fácil y pasó sobre el cuerpo de su hijo. Frente a la casa la esperaba su anciano padre. Juana Francisca se postró de rodillas y, llorando, le pidió su bendición. El anciano le impuso las manos y le dijo: "No puedo reprocharte lo que haces. Ve con mi bendición. Te ofrezco a Dios como Abraham le ofreció a Isaac, a quien amaba tanto como yo a ti. Ve a donde Dios te llama y sé feliz en Su casa. Ruega por mí". La santa inauguró el nuevo convento el domingo de la Santísima Trinidad de 1610, en una casa que San Francisco de Sales le había proporcionado, a orillas del lago de Annecy. Las primeras compañeras de Juana Francisca fueron María Favre, Carlota de Bréchard y una sirvienta llamada Ana Coste. Pronto ingresaron en el convento otras diez religiosas. Hasta ese momento, la congregación no tenía todavía nombre y la única idea clara que San Francisco de Sales poseía sobre su finalidad, era que debía servir de puerto de refugio a quienes no podían ingresar en otras congregaciones y que las religiosas no debían vivir en clausura para poder consagrarse con mayor facilidad a las obras de apostolado y caridad.

Naturalmente, la idea provocó fuerte oposición por parte de los espíritus estrechos e incapaces de aceptar algo nuevo. San Francisco de Sales acabó por modificar sus planes y aceptar la clausura para sus religiosas. A las reglas de San Agustín añadió unas constituciones admirables por su sabiduría y moderación, "no demasiado duras para los débiles y no demasiado suaves para los fuertes". Lo único que se negó a cambiar fue el nombre de "Congregación de la Visitación de Nuestra Señora", y Santa Juana Francisca le exhortó a no hacer concesiones en ese punto. El santo quería que la humildad y la mansedumbre fuesen la base de la observancia. "Pero en la práctica", decía a sus religiosas, "la humildad es la fuente de todas las otras virtudes; no pongáis límites a la humildad y haced de ella el principio de todas vuestras acciones".

Para bien de Santa Juana y de las hermanas más experimentadas, el santo obispo escribió el "Tratado del amor de Dios". Santa Juana progresó tanto en la virtud bajo la dirección de San Francisco de Sales, que éste le permitió que hiciese el voto de que, en todas las ocasiones, realizaría lo que juzgase más perfecto a los ojos de Dios. Inútil decir que la santa gobernó prudentemente su comunidad, inspirándose en el espíritu de su director.

La madre de Chantal tuvo que salir frecuentemente de Annecy, tanto para fundar nuevos conventos como para cumplir con sus obligaciones de familia. Un año después de la toma de hábito, se vio obligada a pasar tres meses en Dijon, con motivo de la muerte de su padre, para poner en orden sus asuntos. Sus parientes aprovecharon la ocasión para intentar hacerla volver al mundo. Una mujer imaginativa exclamó al verla: "¿Cómo podéis sepultaros en dos metros de tela basta? Deberíais hacer pedazos ese velo". San Francisco de Sales le escribió entonces las palabras decisivas: "Si os hubiéseis casado de nuevo con algún señor de Gascuña o de Bretaña, habríais tenido que abandonar a vuestra familia y nadie habría opuesto en ese caso la menor objeción..." Después de la fundación de los conventos de Lyon, Moulins, Grénoble y Bourges, San Francisco de Sales, que estaba entonces en París, mandó llamar a la madre de Chantal para que fundase un convento en dicha ciudad. A pesar de las intrigas y la oposición, Santa Juana Francisca consiguió fundarlo en 1619. Dios la sostuvo, le dio valor y la santa se ganó la admiración de sus más acerbos opositores con su paciencia y mansedumbre. Ella misma gobernó durante tres años el convento de París, bajo la dirección de San Vicente de Paul y ahí conoció a Angélica Arnauld, la abadesa de Port-Royal, quien no consiguió permiso de renunciar a su cargo e ingresar en la Congregación de la Visitación.

En 1622, murió San Francisco de Sales y su muerte constituyó un rudo golpe para la madre de Chantal; pero su conformidad con la voluntad divina le ayudó a soportarlo con invencible paciencia. El santo fue sepultado en el convento de la Visitación de Annecy. En 1627, murió Celso Benigno en la isla de Ré, durante las batallas contra los ingleses y los hugonotes; el hijo de la santa, que no tenía sino treinta y un años, dejaba a su esposa viuda y con una hijita de un año, la que con el tiempo sería la célebre Madame de Sévigné. Santa Juana Francisca recibió la noticia con heroica fortaleza y ofreció su corazón a Dios, diciendo: "Destruye, corta y quema cuanto se oponga a tu santa voluntad". El año siguiente, se desató una terrible peste, que asoló Francia, Saboya y el Piamonte, y diezmó varios conventos de la Visitación. Cuando la peste llegó a Annecy, la santa se negó a abandonar la ciudad, puso a la disposición del pueblo todos los recursos de su convento y espoleó a las autoridades a tomar medidas más eficaces para asistir a los enfermos. En 1632, murieron la viuda de Celso Benigno, Antonio de Toulonjon (el yerno de la santa, a quien ésta quería mucho) y el P. Miguel Favre, quien había sido el confesor de San Francisco y era muy amigo de las visitandinas. A estas pruebas se añadieron la angustia, la oscuridad y la sequedad espiritual, que en ciertos momentos eran Dios permite con frecuencia que las almas que le son más queridas atraviesen por largos períodos de bruma, oscuridad y angustia; pero a través de ellos las casi insoportables, como lo prueban algunas cartas de Santa Juana Francisca. lleva con mano segura a las fuentes de la felicidad y al centro de la luz.

En los años de 1635 y 1636, la santa visitó todos los conventos de la Visitación, que eran ya sesenta y cinco, pues muchos de ellos no habían tenido

aún el consuelo de conocerla. En 1641, fue a Francia para ver a Madame de Montmorency en una misión de caridad. Ese fue su último viaje. La reina Ana de Austria la convidó a París, donde la colmó de honores y distinciones, con gran confusión por parte de la homenajeada. Al regreso, cayó enferma en el convento de Moulins, donde murió el 13 de diciembre de 1841, a los sesenta y nueve años de edad. Su cuerpo fue transladado a Annecy y sepultado cerca del de San Francisco de Sales. La canonización de Santa Juana Francisca tuvo lugar en 1767. San Vicente de Paul dijo de ella: "Era una mujer de gran fe y, sin embargo, tuvo tentaciones contra la fe toda su vida. Aunque aparentemente había alcanzado la paz y tranquilidad de espíritu de las almas virtuosas, sufría terribles pruebas interiores, de las que me habló varias veces. Se veía tan asediada de tentaciones abominables, que tenía que apartar los ojos de sí misma para no contemplar ese espectáculo insoportable. La vista de su propia alma la horrorizaba como si se tratase de una imagen del infierno. Pero en medio de tan grandes sufrimientos jamás perdió la serenidad ni cejó en la plena fidelidad que Dios le exigía. Por ello, la considero como una de las almas más santas que me haya sido dado encontrar sobre la tierra".

Aparte de los escritos y la correspondencia de la santa y de las cartas de San Francisco de Sales, las fuentes biográficas más importantes son las *Mémoires* de la Madre de Chaugy. Dicha obra constituye el primer volumen de la colección *Sainte Chantal, sa vie et ses oeuvres* (1874-1879, 8 vols.). Las cartas de San Francisco se hallan en la imponente edicición de sus obras (20 vols.), publicada por las religiosas de la Visitación de Annecy; naturalmente, las cartas de San Francisco son muy importantes por la luz que arrojan sobre los orígenes de la Congregación de la Visitación. Además, la fundadora tuvo la suerte de encontrar en los tiempos modernos, un biógrafo ideal: la *Histoire de Sainte Chantal et des origines de la Visitation* de Mons. Bougaud pasa por ser una de las obras maestras de la hagiorgafía. *Sainte Chantal* de Henry Brémond, en la colección *Les Saints*, es un buen esbozo biográfico; el mismo autor consagró muchas páginas de la *Histoire littéraire du sentiment religieux en France* a estudiar la influencia de la madre Chantal (ver sobre todo vol. I, pp. 68-127, y vol. II, pp. 537-584). A. Gazier, *Jeanne de Chantal et Angélique Arnauld d'après leur correspondance* (1915), estudia un punto particularmente interesante de la vida de la santa. Entre las obras inglesas mencionaremos una selección de cartas de la santa (1918), las biografías de Emily Bowles (*Quarterly Series*) y E. K. Sanders (1918) y las orbas de tipo popular de Janet M. Scott y H. J. Heagney (1950).

SANTOS LUSORIO, CISELIO y CALMERINO, MÁRTIRES (¿303? P.C.)

SEGÚN LAS "actas" de estos mártires, que no merecen crédito alguno, Lusorio era un soldado romano que había leído el salterio y había quedado profundamente impresionado por esa lectura. Al leer el Salmo 85: "Ninguno de los dioses es como Tú, Señor, y sus obras son nada en comparación de las tuyas: Tú eres el único Dios", Lusorio comprendió que ese Dios era el de los cristianos. Así pues, hizo suya la plegaria del siguiente versículo: "Condúceme, Señor, por tus caminos y avanzaré por el sendero de la verdad". Haciendo torpemente la señal de la cruz, Lusorio se dirigió a un templo cristiano y ahí oyó el Salmo 118: "Derrama tu gracia sobre tus siervos. Vivifícame y observaré tus mandamientos. Abre mis ojos . . ." Lusorio consiguió entonces otros libros de la Sagrada Escritura y aprendió de memoria los Salmos y los Profetas. Cuando se le permitió finalmente leer los Evangelios, la luz se hizo en su alma, creyó en Jesucristo, y fue bautizado.

Por entonces estalló la persecución de Diocleciano. El prefecto Delfio empezó a ejecutar los decretos imperiales en Cerdeña, donde se hallaba acuartelada la guarnición a la que pertenecía Lusorio. El santo fue uno de los primeros que comparecieron ante el prefecto, junto con dos jóvenes llamados Ciselio y Calmerino. Delfio exigió a Lusorio, quien llevaba aún la túnica bautismal, que negase a Jesucristo. Como éste se rehusase a ello, fue atado a un poste y azotado. Durante la tortura, el santo cantaba los salmos para glorificar a Dios, olvidar sus sufrimientos y alentar a sus jóvenes compañeros. Como éstos permaneciesen también firmes en la fe, Delfio ordenó que los tres fueran decapitados. El martirio tuvo lugar en el Foro de Trajano.

Lo único que está fuera de duda es la existencia histórica de San Lusorio, a quien desde antiguo se veneraba como mártir. En cuanto a sus dos compañeros, parece que se trata de una simple invención. El "Forum Trajaní", donde se llevó a cabo el martirio, es el nombre de una población de Cerdeña, que actualmente se llama Fordingiano. Véase *Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV; y CMH., pp. 454-455.

SANTOS BONOSO Y MAXIMIANO, MÁRTIRES (363 P.C.)

EL EMPERADOR Juliano el Apóstata mandó borrar de los estandartes del ejército el emblema de la cruz y el monograma del nombre de Jesús que Constantino había hecho colocar. En la cohorte hercúlea de Antioquía había dos oficiales cristianos, llamados Bonoso y Maximiano, quienes se negaron a cambiar los emblemas del estandarte. El conde Juliano, tío del emperador, les ordenó que diesen al ejército el estandarte que el emperador había dispuesto y que adorasen a los dioses de Juliano el Apóstata. Bonoso respondió: "No nos es lícito adorar a dioses hechos por mano de hombres" y se mantuvo en su negativa. Entonces, el conde mandó que se le atase y se le propinasen 300 azotes. Bonoso soportó sonriente la tortura y no respondió cuando Juliano le preguntó si estaba dispuesto a obedecer. Entonces, el conde se volvió hacia Maximiano, quien le dijo: "Haz primero que tus dioses te escuchen y te hablen y entonces los adoraremos". Juliano mandó que los dos rebeldes fuesen torturados en el potro. Como les preguntase nuevamente si estaban dispuestos a obedecer, los mártires respondieron: "En este punto no podemos obedecer al emperador, pues tenemos presente al Dios invisible en el que hemos puesto toda nuestra confianza". El conde Juliano volvió a amenazar a los mártires en otros dos interrogatorios; pero ellos respondieron que eran cristianos y seguirían siéndolo. Juliano tenía intenciones de torturarlos una vez más; pero el prefecto Segundo, que era también pagano, juzgó que era una crueldad inútil. Así pues, Juliano condenó a los dos cristianos a morir por la espada.

En la narración del juicio y el martirio de los dos soldados hay un relato de los últimos días de Juliano el Apóstata, que es manifiestamente falso. Se dice que el emperador sufría de una enfermedad increíblemente repugnante. Su esposa le dijo que lo tenía bien merecido y le exhortó a llevar con paciencia ese castigo del Señor. Juliano murió en medio de atroces dolores, pero invocando el nombre de Dios. Alban Butler aprovechaba la oportunidad para disertar sobre la muerte del pecador. Nosotros preferimos omitir esa parte de su artículo, así como lo referente al emperador Juliano.

Ruinart incluyó este relato en sus *Acta Sincera*, pero en realidad no hay pruebas suficientes de su autenticidad. Aunque los mártires sufrieron en Antioquía, no parece que

se les tributara culto en el oriente. Véase, sin embargo, P. Allard, *Julien l'Apostat* vol. III, p. 153. Dom Leclercq, en su colección *Les martyrs*, vol. III, pp. 99-104, publicó una traducción del documento íntegro.

SAN SIDONIO APOLINAR, Obispo de Clermont (¿479? p.c.)

Gayo Solio Apolinar Sidonio, soldado, poeta, hombre de Estado, caballero de la corte y obispo, nació en Lyon hacia el año 430. Pertenecía a una de las más nobles familias de la Galia. Su padre y su abuelo, ambos llamados Apolinar, habían sido prefectos del pretorio. Sidonio tuvo los mejores maestros de artes y ciencias y llegó a ser uno de los más célebres poetas y oradores de su de renunciar a la corona imperial a los diez meses de reinado y murió en el camino a Auvernia. Su sucesor, Mayoriano, tomó la ciudad de Lyon y amenazó tiempo. Sus cartas muestran que fue siempre muy devoto, extraordinariamente afectuoso, bondadoso y compasivo. Por otra parte, no era un censor exagerado, ya que no levantó la voz contra las iniquidades de su época, en tanto que asuntos de su provincia. Deseoso del restablecimiento del Imperio, escribió otro Sidonio contrajo matrimonio con Papianila, de la que tuvo un hijo y tres hijas. Papianila era hija de Avito, quien ascendió al trono imperial romano el año 455. Sidonio escribió un panegírico en honor de su suegro, quien se lo agradeció poniendo su estatua entre las de los poetas en el Foro de Trajano. Salviano escribía páginas incendiarias contra la corrupción de la Galia. San Avito, de quien lo menos que se puede decir es que era un hombre débil, hubo a los habitantes de la región. Sidonio salió entonces de la oscuridad para escribir un panegírico en su honor. El nuevo emperador fue asesinado el año 461 por Ricimero el Godo, quien cedió la corona imperial a Severo. Ese cambio obligó a Sidonio a abandonar la corte y retirarse a Auvernia. A los cuatro años de reinado, Severo fue envenenado por Ricimero. Antemio fue elegido emperador el año 467. San Sidonio hizo un viaje a Roma para arreglar ciertos asuntos de su provincia. Deseoso del restablecimiento del Imperio, escribió otro brillante panegírico. Los débiles emperadores de aquella época eran muy sensibles a las alabanzas y por lo tanto, Sidonio fue nombrado prefecto de la ciudad. Pero Antemio no correspondió a las esperanzas del santo. Como la vida se le hiciese difícil en Roma, Sidonio retornó a la Galia, donde tenía a su esposa y su familia y donde se hallaban sus posesiones.

Poco después, la Iglesia llamó a Sidonio a su servicio. La diócesis de Arvenum, que desde entonces empezó a llamarse de Clermont en Auvernia, quedó vacante, y el pueblo y los prelados de la región eligieron obispo a San Sidonio. En efecto, además de sus cualidades de carácter y de inteligencia, el santo era el hombre mejor preparado para sostener el poder galo-romano contra los visigodos. Sidonio trató de hurtar el cuerpo a la elección, alegando su incapacidad, pero finalmente debió ceder. Desde ese instante, renunció a la poesía ligera, que hasta entonces había sido su gran entretenimiento, y se consagró totalmente a los estudios propios de su estado. Aun en su estado laico conocía ya un poco de teología, de suerte que pronto se convirtió en una autoridad, y los obispos iban a consultarle. Pero el santo era más bien reservado y, no queriendo tomar una decisión en las dificultades de otros, solía aconsejarles que acudiesen a personas de mayor autoridad, alegando que no podía constituirse en maestro de aquellos de cuyo consejo estaba el

mismo tan necesitado. San Lupo de Troyes, quien siempre le profesó gran cariño y admiración, le escribió una carta con motivo de su elevación al episcopado, en la que le decía entre otras cosas: "En adelante no debéis mostrar el elevado cargo que ocupáis por el aparato exterior, sino por la profunda humildad de corazón. Habéis sido elevado por encima de los demás; pero debéis consideraros como el último de los cristianos e inferior a todos. Aprestáos a besar los pies de aquellos a quienes antiguamente habrías considerado indignos de sentarse a vuestra mesa. Sed en adelante el siervo de todos".

San Sidonio siguió los consejos: comía frugalmente, ayunaba cada tercer día y, por más que era de constitución delicada practicaba en exceso la penitencia. Consideraba como su principal deber instruir, alentar y socorrer a los pobres. En una época de carestía, mantuvo de sus rentas, con la ayuda de su cuñado Ecdicio, a más de cuatro mil borgoñones y forasteros a quienes la miseria había obligado a emigrar de sus tierras. Cuando pasó la época de carestía, tomó las medidas necesarias para que pudiesen volver a su lugar de origen. Alcanzó tal reputación que, cuando la sede metropolitana de Bourges quedó vacante el año 472, los prelados ahí reunidos dejaron en sus manos la elección del nuevo obispo, y San Sidonio escogió a Simplicio. Acostumbraba decir que el obispo debía hacer por humildad lo que el monje y el penitente hacían por profesión. A este propósito citaba el caso de Máximo, obispo de Toulouse, a quien había conocido cuando era un rico caballero. Al ser nombrado obispo, Máximo cambió totalmente: sus vestidos, su actitud y su conversación denotaban la piedad y la modestia; tenía los cabellos cortos y la barba larga; en su casa no había más que toscas sillas, cortinas corrientes, una mesa sin mantel y se comía con más frecuencia legumbres que carne.

El rey visigodo, Eurico, que dominaba ya las provincias del sur de Francia, amenazó sitiar Clermont, y el santo obispo exhortó al pueblo a enfrentársele. El mismo nombró a su cuñado jefe de la defensa e instituyó una serie de procesiones de rogativas para implorar la misericordia de Dios. A pesar de todo, Clermont cayó el año 474. La actitud anterior de San Sidonio le exponía a las represalias del enemigo y fue efectivamente desterrado, durante algún tiempo, a una fortaleza de las cercanías de Carcasona. Tenía por vecinas a dos mujeres de mal carácter, las cuales hacían tanto ruido, que el santo no podía dormir ni leer y solía decir: "¡Jamás he visto a dos parlanchinas más revoltosas, inquietas y exageradas!" Cuando volvió a su diócesis, siguió protegiendo y ayudando a su grey, a pesar de la molesta oposición de los godos. Murió el año 479, o tal vez diez años más tarde.

San Sidonio Apolinar fue uno de los principales escritores de los comienzos de la segunda era de la literatura cristiana y el último de los autores de la escuela galo-romana. Sus poemas son redundantes y pesados. En cambio, sus cartas son un testimonio histórico sobre la vida de los caballeros del sur de Galia en la época de la desintegración del Imperio que gustaban del deporte, de la literatura y las bellas artes y su cristianismo era un tanto superficial, pero sincero. En sus años de gentilhombre en Auvernia, el santo compartía con sus iguales las diversiones físicas e intelectuales, administraba sus posesiones, se preocupaba por el bienestar material y moral de sus esclavos y por la educación de sus propios hijos. Así, por ejemplo, en una carta aconseja a su hijo que se guarde de las malas lenguas, afirma que ha prohibido a los de su casa el teatro y ha declinado una invitación a pescar porque su hija Severiana estaba

resfriada. A primera vista, puede sorprendernos encontrar el nombre de Sidonio Apolinar en el Martirologio Romano; pero, según la explicación del P. M. Van Custem, "es uno de tantos obispos que alcanzaron el honor de los altares simplemente porque no dejaron mal recuerdo y porque su nombre figuraba en la conmemoración anual de la Depositio Episcoporum".

Casi todos los datos que poseemos sobre San Sidonio se derivan de sus cartas y de sus escritos. El mejor texto es el de MGH., *Auctores Antiquissimi*, vol. VIII. Paul Allard publicó una excelente biografía en la colección *Les Saints* (1910). También es digna de mención la biografía escrita por el P. Chaix en dos volúmenes (1866). O. M. Dalton publicó en 1915 una traducción inglesa de las cartas de San Sidonio, a la que siguió en 1936 otra traducción hecha por W. B. Anderson. DCB, vol. IV, pp. 649-661, le consagra un largo artículo. Véase C. E. Stevens, *Sidonius Apollinaris and His Age* (1935).

SAN BERNARDO DE ALCIRA Y SUS HERMANAS, MÁRTIRES (¿1180? P.C.)

SEGÚN LA leyenda, San Bernardo de Alcira fue un cisterciense español, martirizado en el año de 1180. Se llamaba Ahmed y era hijo de un emir; se educó en la corte de Valencia. El príncipe le envió a Cataluña con asuntos de negocios. A su regreso pasó por el monasterio de Poblet, recientemente fundado por los cistercienses en la diócesis de Tarragona. Ahmed, después de convertirse, se hizo monje. Pronto se le nombró ecónomo. Logró convertir a una tía y, después, en Valencia a sus dos hermanas Zoraida y Zaída, quienes cambiaron sus nombres por los cristianos de María y Gracia. Pero el hermano, llamado Ahemed, desde el momento en que tuvo la dignidad de emir, no contemporizaba con las apostasías de sus consanguíneos. Mandó arrestar a los tres fugitivos y los condenó a morir. Bernardo pereció colgado del tronco de un árbol por medio de un enorme clavo que le atravesó la cabeza. Sus hermanas fueron pasadas por la espada. Sus cuerpos fueron enterrados en el mismo lugar de su ejecución, en Alcira, cerca de Valencia. Cuando Jacobo I de Aragón reconquistó en el siglo XIII, aquellas tierras, construyó una iglesia que otorgó a los trinitarios para guardar las reliquias. Por los milagros, se concedió un oficio a estos mártires. Los cistercienses españoles los festejan el 23 de julio con doble misa. En 1871, la fiesta se extendió a la orden entera y se fijó el 1o. de junio.

Acta Sanctorum, 21 de agosto, vol. IV, pp. 452-463. *Dictionaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*, vol. VIII, col. 574, por Canivez. A. M. Zimmermann *Kalendarium benedictinum*, vol. II, pp. 605-607.

BEATA HUMBELINA, MATRONA (1135 P.C.)

LA BEATA HUMBELINA nació en 1092, un año después que su hermano San Bernardo, de quien fue siempre íntima amiga. Como él, poseía una gran belleza física, una hermosa voz y cantaba muy bien. Contrajo matrimonio con Guido de Mercy, miembro de la casa de Lorena. Algunos años después de la fundación de Claraval, fue a visitar a San Bernardo en la abadía y se presentó lujosamente vestida y con un numeroso cortejo. Cuando se enteró San Bernardo de su boato, se disgustó profundamente y se negó a verla. El santo, que conocía bien a su hermana, encontraba poco apropiado ese lujo y tal vez imaginó que Humbelina quería deslumbrarle. Esta adivinó al punto lo que había molestado a San Bernardo o tal vez, según sostiene la tradición, su hermano Andrés se lo comunicó en términos violentos, pero en todo caso, mandó decir al santo que si salía a verla estaba pronta a escuchar sus consejos. Bernardo accedió. La vida de Humbelina en el mundo se desarrollaba más en los grandes salones que en las iglesias, y San Bernardo pensó que su hermana necesitaba cambiar de rumbo. Así pues, aprovechando la oportunidad, la reprendió dulcemente y le recordó la virtuosa vida y ejemplo de su madre. Aquellas palabras produjeron gran efecto, pues la elocuencia de Bernardo era irresistible hasta para su hermana y Humbelina partió llena de arrepentimiento.

Algunos años más tarde, esa entrevista produjo un efecto inesperado, ya que Humbelina obtuvo que su esposo le permitiese hacerse religiosa y se retiró al convento de "Les-Nonnains" de Jully, cerca de Troyes. Su cuñada Isabel era abadesa. Cuando ésta partió a fundar otro convento en Dijon, Humbelina fue elegida para reemplazarla. La beata practicaba austeras penitencias. Como sus religiosas le exhortasen a la moderación, replicó: "La moderación está bien para vosotras, hermanas mías, que habéis servido a Dios en la religión toda vuestra vida. Pero yo he vivido tanto tiempo en el mundo y del mundo, que no hay penitencia demasiado grande para mí". Durante su última enfermedad, la asistieron tres de sus hermanos: Bernardo, Andrés y Nivardo. La beata murió en los brazos de San Bernardo en 1135 o 1136. Su culto fue aprobado en 1703.

No existe ninguna biografía antigua de Humbelina. En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV, hay una corta biografía. La beata ocupa el primer lugar entre las santas mujeres cuya biografía escribió Henríquez en *Lilia Cisterciensium* (1633). Casi todas las vidas de San Bernardo hablan más o menos extensamente de su única hermana, Humbelina.

BEATO BERNARDO TOLOMEI, ABAD, FUNDADOR DE LOS BENEDICTINOS DE MONTE OLIVETO (1348 P.C.)

EL BEATO nació en Siena en 1272 y recibió en el bautismo el nombre de Juan. De su educación se encargó un tío suyo, que era dominico. Después de doctorarse en leyes en la Universidad de Siena, Juan desempeñó ahí mismo varios cargos municipales. Aunque siempre había sido piadoso, parece que tuvo una especie de "conversión" súbita, ya que en 1312, en vez de dar una conferencia filosófica, predicó un sermón sobre el desprecio del mundo; en seguida renunció a su cargo y se retiró a vivir en la soledad a unos quince kilómetros de la ciudad. Pronto fueron a reunírsele otros dos compatriotas: Ambrosio Piccolomini y Patricio Patrizzi. Los tres habitaban en el páramo que separa a Siena de los bosques de Monte Amiata, donde todo es esterilidad y desolación. Las malas lenguas empezaron a murmurar de que aquellos hombres de santa vida estaban locos, o bien tenían intenciones subversivas. El Papa Juan XXII los llamó a Aviñón a justificarse. Los ermitaños probaron fácilmente su ortodoxia; el Pontífice quedó satisfecho, pero les ordenó que adoptasen alguna de las reglas monásticas ya aprobadas. Los ermitaños consultaron el asunto con el obispo Guido de Arezzo, quien les dio la regla de San Benito y pidió a un monje camaldulense que les impusiese el hábito. Se les impuso uno blanco y no negro como el que usan ahora.

Juan Tolomei tomó entonces el nombre de Bernardo y fue nombrado superior. La ermita de Chiusuri empezó a llamarse Oliveto. Tales fueron los principios de la Congregación de Nuestra Señora de Monte Oliveto, en 1319. La observancia de la regla de San Benito era tan vigorosa como en los primeros

tiempos; los nuevos monjes se abstenían totalmente del vino a los comienzos y practicaban, por regla, múltiples austeridades. El éxito fue muy rápido. A los pocos años, el Beato Bernardo fundó otro monasterio en Siena, al que siguieron varios más. La vida penitente de los monjes atrajo más y más discípulos y el Papa Clemente VI confirmó la orden en 1344. Poco después estalló una epidemia en los alrededores de Siena. Los monjes se consagraron celosamente al cuidado de los enfermos y a sepultar a los muertos. Un milagro del cielo los preservó del contagio hasta agosto de 1348, cuando cayó víctima del mal el propio fundador. Su muerte ocurrió en Monte Oliveto el 20 del mismo mes, día de su patrono, San Bernardo de Claraval. En 1644 fue confirmado oficialmente su culto. El Martirologio Romano le incluye en el número de los beatos, pero los benedictinos de Monte Oliveto, que forman todavía una pequeña congregación benedictina independiente, le celebran como "santo", basándose en que la Sagrada Congregación de Ritos declaró "que era digno de ser venerado entre los santos".

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV, presentan los bolandistas un largo artículo sobre el Beato Bernardo, a pesar de que no existe ninguna biografía primitiva. La contribución más valiosa que se ha hecho hasta ahora al estudio del fundador de los olivetanos es la obra de Dom Plácido Lugano, *Origini e primordi dell' Ordine di Montoliveto* (1903); dicho autor se basa en las crónicas antiguas de Antonio de Barga y Alejandro da Sesto y descarta muchos datos legendarios, como por ejemplo la idea de que Bernardo se sintió llamado a la vida religiosa al sanar milagrosamente de la ceguera. Acerca de la congregación reformada de los olivetanos, cf. *Heimbucher, Orden und Kongregationen der Kath. Kirche*, vol. I, pp. 281-283.

22: EL INMACULADO CORAZON DE MARIA, Titular principal del Ecuador

LA DEVOCION al Inmaculado Corazón de María es análoga a la del Sagrado Corazón de Jesús. Consiste básicamente en la veneración de un corazón de carne, unido a la persona de María, como símbolo de su amor (sobre todo por su Hijo), de sus virtudes y de su vida interior. Pueden encontrarse ciertos prenuncios de esta devoción en el Cantar de los Cantares, pero el primero que la impulsó formalmente fue San Juan Eudes, en el siglo XVII. El Papa Pío VII permitió que se celebrase la fiesta del Purísimo Corazón de María en 1805. Algunas de las palabras pronunciadas por Nuestra Señora de Fátima han popularizado mucho esta devoción en época muy reciente. El 31 de octubre de 1942, Pío XII consagró todo el mundo al Inmaculado Corazón de María; poco después, el 4 de mayo de 1944, mandó que se celebrase en toda la Iglesia de occidente dicha fiesta el día de la octava de la Asunción.

María tiene una función universal: "su título natural es la maternidad divina; su título adquirido se basa en su sacrificio total, junto con su Hijo, por la redención del mundo. María participó en la obra de la Redención en un sentido muy real, aunque no podemos perder de vista que difiere de su Hijo como lo finito difiere de lo infinito y lo creado de lo increado. Por otra parte, María fue redimida y llena de gracia en el instante mismo de su concepción, precisamente por los méritos redentores del Verbo Encarnado, cuya Madre estaba destinada a ser. No está de más repetir estas verdades para que no ofendamos a nuestra Madre celestial con expresiones exageradas e inexactas, que hacen

más daño que bien a la piedad y devoción católicas" (Mons. Godfrey).

La nación del Ecuador, en América del Sur, por devoción de su pueblo y decisión de su episcopado, se había puesto bajo el patrocinio del Purísimo Corazón de María desde principios del siglo XIX; pero todavía su consagración fue ratificada por el Honorable Congreso con un solemne documento firmado el 6 de agosto de 1892, en el que se titulaba al país, la "República del Inmaculado Corazón de María".

Ver *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXXIV (1942), pp. 313-319, 345-346; un artículo de Mons. William Godfrey en la *Clergy Review*, vol. XXIII (1943), n. 5, pp. 193-199; Mons. Messner, *The Immaculate Heart* (1950); H. Keller, *The Heart of Mary* (1950).

SANTOS TIMOTEO, HIPOLITO y SINFORIANO, Mártires (Siglos II-IV).

EN ESTE día, la Iglesia conmemora a tres mártires entre los que no existe relación alguna. San Timoteo, que murió en la persecución de Diocleciano, fue sepultado en la Vía Ostiense de Roma, frente a la basílica de San Pablo extramuros.

La lección de maitines y el Martirologio Romano nos dicen que San Hipólito era obispo de Porto y "muy renombrado por su saber". Pereció ahogado a causa de la fe en Porto o en Ostia y fue sepultado en el sitio de su martirio. No sabemos con certeza quién era este mártir, pero no es imposible que se identifique con el San Hipólito del que hicimos mención el 13 de este mes.

San Sinforiano fue martirizado en Autun, en el siglo II o III. La ciudad de Autun era una de las más antiguas y famosas de la Galia. En la época a la que nos referimos, se practicaba intensamente en dicha ciudad el culto de Berecintia (Cibeles), Apolo y Diana. En determinado día del año, se transportaba con gran pompa la estatua de Cibeles sobre un carro, por toda la ciudad. En una de esas procesiones, Sinforiano faltó al respeto a la imagen y fue apresado por la multitud y conducido ante Heraclio, el gobernador de la provincia. Heraclio le preguntó por qué se rehusaba a venerar la imagen de la madre de los dioses. El santo respondió que era cristiano y sólo adoraba al verdadero Dios; manifestó además que, si tuviese un martillo entre las manos, destruiría la estatua. El juez consideró esta respuesta como un acto de impiedad y rebelión y preguntó a los presentes si Sinforiano era ciudadano de Autun. Uno de ellos respondió: "Sí, pertenece a una noble familia de la ciudad". El juez dijo entonces a Sinforiano: "Tal vez te portas así pensando que tu linaje te protege, o quizá ignoras las órdenes del emperador". En seguida ordenó que se diese lectura al edicto imperial, y dijo al mártir: "¿Qué respondes a esto, Sinforiano?" El mártir volvió a manifestar su desprecio por el ídolo, y el juez le mandó apalear y encarcelar. Más tarde, Sinforiano compareció de nuevo ante el tribunal y se mostró tan firme como la primera vez. Heraclio le condenó a morir por la espada por haber traicionado a los dioses y a los hombres. Cuando Sinforiano se dirigía al sitio de la ejecución, su madre, que estaba junto a la muralla de la ciudad para verle pasar, le gritó: "Sinforiano, hijo mío, acuérdate del Dios vivo y sé valiente. No temas. Tu muerte será el camino que conduce a la vida". El santo fue decapitado. Su cadáver fue sepultado en una cueva, cerca de una fuente. A mediados del siglo V, San Eufronio, obispo de Autun, construyó ahí una iglesia en su honor.

Es curioso que la liturgia haya reunido los nombres de estos tres mártires en la misa y el oficio de este día. Según consta en el Sacramentario Gregoriano la oración del día, se refirió originalmente sólo a San Timoteo; más tarde, se añadieron los nombres de los otros santos. Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la leyenda del martirio de San Timoteo tal como se cuenta en las Actas de San Silvestre, lo cierto es que la *Depositio Martyrum* y otros documentos antiguos dicen que fue sepultado en la Vía Ostiense (cf. Delehaye, CMH., pp. 456-457). El famoso Calendario Cartaginés menciona a Timoteo en este día, y la *Crónica del bárbaro Escalígero* afirma que "el obispo Timoteo sufrió un glorioso martirio en Cartago"; esto ha hecho sospechar a los historiadores la existencia de dos Timoteos. También se plantea la cuestión de la existencia de dos Hipólitos: el de Porto y el de Ostia. En cuanto a Sinforiano, hay alusiones y dedicaciones de iglesias que prueban que realmente existió. Ruinart incluyó sus actas entre las *Acta Sincera*; sobre este punto cf. W. Meyer, *Fragmenta Burana*, en el *Festschrift* publicado por la Academia de Göttingen (1901), pp. 161-163. En el comentario de Delehaye que acabamos de mencionar, se encontrarán otras referencias bibliográficas (pp. 456-458). Véase también G. H. Doble, *St Synphorian* (1931), en la colección de *Santos de Cornwall.*

SAN SIGFRIDO, ABAD DE WEARMOUTH (690 P.C.)

CUANDO San Benito Biscop se hallaba ausente del monasterio, durante su quinto viaje a Roma, murió en Wearmouth San Esterwino, el abad coadjutor. Entonces los monjes, bajo la dirección de San Ceolfrido, abad coadjutor de Jarrow, eligieron al diácono Sigfrido. Según dice Beda, "era un hombre muy versado en la Sagrada Escritura, de admirable conducta y perfecta continencia. Desgraciadamente, su debilidad corporal contrastaba con su vigor mental y aquel hombre de corazón puro padecía de una dolorosa e incurable enfermedad de los pulmones". Tres años después de la elección de San Sigfrido, cuando San Benito había vuelto ya al monasterio, ambos santos cayeron gravemente enfermos. Comprendiendo que iban a morir, quisieron tener una última conversación sobre su propio estado espiritual y el de sus monjes. Así pues, los religiosos transladaron a San Sigfrido en unas parihuelas a la celda de San Benito y le recostaron en el lecho de éste. "Las cabezas de ambos reposaban en la misma almohada"; pero estaban tan débiles, que los monjes hubieron de ayudarlos para que se diesen el beso de paz. Después de consultarlo con San Sigfrido, San Benito mandó llamar a San Ceolfrido y le nombró abad de los dos monasterios para que la paz, la unidad y la concordia reinasen entre ambos. Dos meses más tarde, San Sigfrido, "habiendo pasado por el fuego y el agua de la tribulación temporal, fue transportado al sitio de su eterno descanso. De sus labios sin mancha brotaron las alabanzas del Señor y así pasó a la mansión del rey del cielo". Fue sepultado en la iglesia abacial de San Pedro, junto a su maestro San Benito y su predecesor San Esterwino.

Todos estos datos proceden de la *Historia Abbatum* de Beda y de la historia anónima del mismo nombre. Véanse el texto y las notas de Plummer. Es muy difícil determinar hasta qué punto se puede considerar como santos a Sigfrido y otros varones de Dios, ya que no quedan huellas de ninguna conmemoración litúrgica y su nombre no figura siquiera en los calendarios eclesiásticos. Cf. Stanton, *Menology*, p. 405.

SAN ANDRES DE FIESOLE (¿Siglo IX?)

SEGÚN las "actas", que carecen de valor y datan de los siglos XIV o XV, Andrés era irlandés. Siendo todavía joven, hizo una peregrinación a Roma con su maestro San Donato. A la vuelta se detuvieron en Fiésole. La sede se hallaba vacante y Donato fue milagrosamente designado para ocuparla. Donato ordenó entonces de diácono a Andrés y le nombró archidiácono suyo. Este, sirvió con fidelidad y santamente a la Iglesia en ese puesto durante varios años. A él se debió la restauración de la iglesia de San Martín, destruida por los magiares y la fundación del monasterio del lugar. San Andrés tenía una hermana, llamada Brígida, a la que quería mucho y a la que se venera todavía cerca de Fiésole. La leyenda afirma que Brígida siguió a Italia a su hermano y que vivió en la soledad de las montañas de Toscana. Pero otra leyenda sostiene que Brígida fue milgrosamente transportada desde Irlanda hasta la cabecera del lecho de muerte de su hermano.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV, puede verse el documento que pretende ser una biografía del santo. Es de notar que Dom Gougaud no menciona a San Andrés en *Gaelic Pioneers of Christianity* (1923); cf. *Les saints irlandais hors d'Irlande* (1936) del mismo autor, p. 77. En la vida de San Donato no figura el nombre de ningún Andrés.

23: SAN FELIPE BENIZI (1285 P.C.)

EL HIJO MAS ilustre y el más ardiente propagador de la congregación de los servitas en Italia pertenecía a las nobles familias Benizi y Frescobaldi de Florencia y era originario de esa ciudad. Felipe nació el 15 de agosto de 1233. Según dicen algunos, ése fue el día en que los siete fundadores de los servitas tuvieron la primera visión de la Santísima Virgen. Felipe vino al mundo gracias a la fe de sus padres, que habían vivido largo tiempo sin hijos. A los trece años, fue enviado a París a estudiar medicina. Aunque Galeno era pagano, el estudio de sus obras espoleó a Felipe a elevarse de la contemplación de la naturaleza a la alabanza y adoración del Creador. De París pasó a Padua, donde a los diecinueve años obtuvo el grado de doctor en medicina y filosofía. A su vuelta a Florencia, empezó a deliberar acerca de su futuro. Durante un año se dedicó al ejercicio de su profesión y empleaba el tiempo libre en el estudio de la Sagrada Escritura y de los Padres. También oraba frecuentemente ante un crucifijo de la iglesia abacial de Fiésole y ante una imagen de la Anunciación en la capilla de los servitas de Caraffaggio, en las afueras de Florencia, para obtener la luz del cielo sobre su vocación.

La Orden de los Siervos de María había sido fundada catorce años antes por siete caballeros florentinos (12 de febrero). Los servitas tenían su principal convento en Monte Senario, a diez kilómetros de Florencia, donde vivían en celdas muy pequeñas, al estilo de los ermitaños camaldulenses, tenían todas sus propiedades en común, y profesaban obediencia a San Bonfilio Monaldi. Practicaban grandes austeridades y se sostenían prácticamente de limosna. El jueves de Pascua de 1254, Felipe se hallaba orando en Fiésole, cuando le pareció oír que el crucifijo le decía: "Ve a la colina en que habitan los siervos de mi Madre; así cumplirás la voluntad de mi Padre". Reflexionando sobre esas palabras, Felipe asistió a la misa en la capilla de Caraffaggio. La frase que el Espíritu Santo inspiró al diácono Felipe citada en la epístola del día le impresionó profundamente: "Ve y acércate a ese carruaje". Felipe vio en esas palabras dirigidas a su homónimo una invitación a ponerse bajo la protección de

la Santísima Virgen en la Orden de los Servitas. Poco después, tuvo un sueño en el que se vio en una inmensa selva (que representaba el mundo), tan llena de precipicios, alimañas y serpientes, que no veía cómo escapar con vida, hasta que la Santísima Virgen se acercó a él en un carruaje. Convencido de que Dios quería que ingresase en la Orden de los Siervos de María, Felipe pidió la admisión en Monte Senario y recibió de manos de San Bonfilio el hábito de hermano lego. Al ingresar en la orden, declaró: "Quiero ser el siervo de los siervos de María". En recuerdo de las circunstancias que le habían movido a abrazar la vida religiosa, Felipe conservó su nombre de pila. Los superiores le dedicaron a trabajar en el huerto y a pedir limosna y le emplearon también en los más duros trabajos del campo. El santo se entregó a ello en cuerpo y alma, en espíritu de penitencia y aprovechaba el trabajo para orar incesantemente. Su celda era una simple covacha en la parte posterior de la iglesia. En 1258 fue enviado al convento de Siena. En el camino intervino brillantemente en una discusión sobre ciertos puntos controvertidos; las gentes que se hallaban presentes, entre las que se contaban dos frailes dominicos y el hermano Víctor, que acompañaban al santo, quedaron atónitas de su sabiduría. Pronto llegó la cosa a oídos del prior general, quien examinó a fondo a Felipe, le mandó que recibiese la ordenación sacerdotal y, ante aquel mandato formal, ya no pudo resistirse.

Con ello, cayeron por tierra las esperanzas del santo de vivir oscuramente, en el servicio de Dios y de sus hermanos en el humilde grado de lego. En 1262, fue nombrado maestro de novicios del convento de Siena y vicario asistente del prior general. Poco después, éste dividió con él las responsabilidades del cargo. En 1267, se reunió en Caraffaggio el capítulo general de la orden; San Maneto renunció entonces al cargo de prior general y Felipe fue elegido unánimemente para sustiuirle a pesar de sus protestas. En el primer año de su cargo, hizo la visita general de los conventos de las provincias del norte de Italia, que estaban entonces divididas por la lucha entre los güelfos y los gibelinos. En ese viaje hizo su primer milagro, muy semejante al que se atribuye a Santo Domingo y otros santos. Debido al desorden que reinaba en la provincia, los servitas del convento de Arezzo no tenían qué comer y estaban a punto de morir de hambre. Cuando se reunieron a cenar no había nada sobre la mesa. Entonces, San Felipe los exhortó a tener confianza y fue a orar ante una imagen de Nuestra Señora. En aquel preciso momento, se oyeron unos llamados en la puerta, y los frailes encontraron ante ella dos canastos llenos de víveres. San Felipe codificó las reglas y constituciones de la orden, y el capítulo general de Pistoia aprobó su trabajo en 1268. En esa ocasión, el santo quería renunciar a su cargo, pero su colega, el hermano Lotaringo, supo darle tan buenas razones, que Felipe se decidió a permanecer en su puesto hasta que sus hermanos eligiesen a otro para sustituirle. Nunca se encontró al sustituto y el santo fue así prior general hasta el fin de su vida.

A la muerte de Clemente IV, corrió el rumor de que el cardenal Ottobuoni, protector de los servitas, había propuesto a San Felipe para suceder al Sumo Pontífice y que la proposición había sido bien acogida. En cuanto la noticia llegó a sus oídos, huyó a una cueva de las montañas de Radicofani; el hermano Víctor se encargó de asistirle ahí durante tres meses hasta que pasó el peligro. San Felipe aprovechó la temporada de encierro para dedicarse de lleno a la contemplación. Se alimentaba de hojas silvestres y bebía en una fuente

cercana. Dicha fuente, a la que desde entonces se atribuyeron propiedades milagrosas, recibió el nombre de baño de San Felipe. Cuando salió de ese retiro, Felipe ardía en deseos de encender el corazón de los cristianos en el amor divino y pronto decidió visitar los conventos de la orden en Francia y Alemania. En 1274, Gregorio X le llamó al segundo concilio de Lyon. Felipe impresionó profundamente a la asamblea, y los presentes le atribuyeron el don de lenguas; sin embargo, toda su fama no fue suficiente para obtener la aprobación pontificia para la Orden de los Siervos de María.

El santo predicaba la palabra de Dios por dondequiera que iba, poseía un don extraordinario para convertir a los pecadores y reconciliar a los cismáticos. Italia estaba todavía muy dividida por las discordias y partidarismos hereditarios. Muchos varones de Dios habían intentado poner fin a esas querellas y lo habían logrado en algunos casos; pero la mayor parte de las veces las discordias estallaban de nuevo al poco tiempo, como heridas mal cicatrizadas. Los güelfos (partidarios del Papa) y los gibelinos (partidarios del emperador) formaban dos bandos irreconciliables. En 1279, el Papa Nicolás III dio facultades especiales al cardenal latino para que tratase de negociar la paz. Este pidió ayuda a San Felipe Benizi, que obró verdaderos milagros en la pacificación de enemigos que estaban a punto de lanzarse los unos sobre los otros en Pistoia y otras ciudades. En Forli, donde los sediciosos le habían insultado y golpeado al principio, acabó por obtener éxito. Peregrino Laziosi, el cabecilla de los rebeldes que había dado la orden de golpear a San Felipe, se postró a sus pies a pedirle perdón; la conversión de Laziosi fue tan sincera, que el santo le recibió en la orden de los servitas, en Siena, en 1283, y Benedicto XIV le canonizó en 1726. San Felipe fue amigo de muchos varones de Dios, entre los que se contaban San Peregrino y el Beato Juan de Frankfurt, el Beato Joaquín Piccolomini, a quien había conocido en Siena, el Beato Andrés Dotti, soldado, y el Beato Jerónimo, ambos originarios de Borgo San Sepolcro, el Beato Buenaventura de Pistoia, a quien San Felipe convirtió de una vida de crimen y violencia con un sermón, el Beato Ubaldo, cuyo espíritu revolucionario había producido graves desórdenes en Florencia, y el Beato Francisco Patrizi. En 1284, San Alejo Falconieri puso bajo la dirección de San Felipe Benizi a su sobrina Santa Juliana, la cual fundó la tercera orden de las Siervas de María. El santo se encargó también de enviar a los primeros misioneros servitas al oriente; algunos de ellos llegaron hasta la Tartaria y derramaron ahí su sangre por Cristo. Durante sus dieciocho años de superiorato general, Felipe tuvo por colega oficial a Lotaringo Stuffa, quien había sido su amigo desde la infancia. La amistad de ambos siervos de Dios no se desmintió nunca y la colaboración de ambos, basada en la mutua confianza, produjo excelentes frutos.

Cuando comprendió que se acercaba la hora de su muerte, en el año 1285, San Felipe decidió ir a visitar al nuevo Papa Honorio IV, quien se hallaba en Perugia. El santo reunió en Florencia un capítulo general en el que anunció su próxima muerte y dejó el gobierno de la congregación en manos del P. Lotaringo. Antes de partir, dijo a sus hermanos: "¡Amaos los unos a los otros! ¡Amaos los unos a los otros! ¡Amaos los unos a los otros!" Después se retiró al convento más pequeño y más pobre de la orden, en Todi, donde la población le recibió en triunfo. En cuanto pudo apartarse de la multitud, fue a postrarse ante el altar de Nuestra Señora y afirmó con gran convicción: "Este es el sitio de mi descanso". El día de la Asunción, pronunció un sermón conmovedor sobre las

glorias de María. A las tres de la tarde de ese mismo día, cayó gravemente enfermo. Inmediatamente reunió a toda la comunidad y habló de nuevo sobre la caridad fraterna: "Amaos los unos a los otros, trataos con reverencia y soportaos con paciencia". Una semana después, entró en agonía. Tras de pedir que le diesen su "libro", que era el crucifijo, el santo lo contempló con gran devoción y falleció a la hora del "Angelus" vespertino. Su canonización tuvo lugar en 1761. Su fiesta fue extendida a toda la Iglesia occidental en 1694.

Soulier, *La vie de St Philippe Benizi* (1886), sigue siendo la mejor biografía del santo. Aunque dicho autor cita en un apéndice una larga serie de fuentes, hay que confesar que los documentos de la época de San Felipe no son tan abundantes como sería de desear. Es difícil determinar hasta qué punto la leyenda se ha mezclado con la historia. El P. Soulier hizo una edición muy cuidadosa de algunos de los documentos principales; ver *Monumenta Ordinis Servorum Sanctae Mariae*, vols. II, III y IV. En la *Oratorian Series* se publicó una traducción inglesa de la biografía de Malaval (1672). En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV, hay una biografía que se basa sustancialmente en la que Giani escribió en latín en 1604.

SANTOS CLAUDIO, ASTERIO, NEON, DONINA y TEONILA, MÁRTIRES (¿303? P.C.)

SEGÚN la tradición griega, los mártires Claudio, Asterio y Neón, que eran hermanos, fueron crucificados en Isauria. La tradición latina de las "actas" sitúa el martirio en Cilicia. El P. Delehaye opina que las actas se basan en un documento histórico, aunque con ciertas modificaciones legendarias, como la de la cantidad de torturas que los mártires soportaron con paciencia y otros rasgos de mayor importancia. En todo caso, los nombres de Donina y Teonila no figuraban en el documento original.

Las actas relatan que, en tiempos de la persecución de Diocleciano, los tres hermanos fueron acusados de profesar el cristianismo. La delatora fue su propia madrastra. Por entonces, habían sido también aprisionadas a causa de la fe, Donina, Teonila y un niño de brazos. Todos comparecieron ante el procónsul de Cilicia, llamado Lisias. Al entrar en la sala del juicio, Lisias dijo: "Que comparezcan los cristianos que los empleados del emperador han entregado al magistrado de la ciudad". El carcelero respondió: "Siguiendo vuestras órdenes, el magistrado de la ciudad ha hecho las debidas pesquisas y arrestado a seis cristianos: tres jóvenes, que son hermanos, dos mujeres y un niño. Uno de ellos se halla presente". Lisias dijo al cristiano: "¿Cómo te llamas?" Este respondió: "Claudio".

LISIAS: "Espero que tu locura no llegue hasta el grado de llevarte a la muerte. Sacrifica a los dioses; así escaparás a los tormentos que te esperan si no lo haces".

CLAUDIO: "Mi Dios no me exige tales sacrificios, sino que se complace en la limosna y la santidad de vida. Tus dioses son espíritus impuros que se complacen en infames sacrificios y acarrean con ellos castigos eternos a quienes los ofrecen".

LISIAS: "Atadle y golpeadle. No hay manera de hacerle entrar en razón".

CLAUDIO: "Aunque me impongas las más crueles torturas, no conseguirás hacerme cambiar de parecer ni tocar mi alma".

LISIAS: "Los emperadores han mandado que todos los cristianos ofrezcan sacrificios a los dioses. Quienes se rehusen a ello serán castigados; los que obedezcan serán premiados".

CLAUDIO: "Los premios de los emperadores son temporales y de corta duración. En cambio, la confesión de la fe de Jesucristo merece la gloria eterna".

Entonces el procónsul ordenó que torturasen al reo y éste replicó: "Tu fuego y todos tus castigos son incapaces de hacer daño a quienes temen a Dios. Lo único que consiguen es darles la corona eterna". Lisias mandó que se le atormentase aún más cruelmente. Claudio dijo: "Considero como un insigne beneficio sufrir por Dios. Mi mayor felicidad sería morir por Jesucristo".

LISIAS: "Llevadle a la prisión y traedme a otro cristiano. Cuando Asterio compareció ante él, dijo el procónsul: "Te aconsejo que sacrifiques a los dioses, pues ya acabas de ver lo que espera a quienes se niegan a hacerlo".

ASTERIO: "No hay más que un solo Dios, que está en el cielo y cuya poderosa vista penetra hasta las cosas más pequeñas. Mis padres me enseñaron a amarle y adorarle. No conozco a los presuntos dioses que tú adoras".

LISIAS: "Desgarradle los costados con garfios y obligadle a sacrificar a los dioses".

ASTERIO: "Yo soy hermano de aquél a quien acabas de interrogar. Estamos de acuerdo y mi confesión será exactamente como la suya. Mi cuerpo está en tu poder, pero mi alma está fuera de tu alcance".

LISIAS: "Traed las pinzas y las tenazas. Atadle los pies, aplastadle y torturadle hasta que comprenda que soy capaz de hacerle sufrir. Poned brasas ardientes bajo sus pies y azotadle la espalda y el vientre".

ASTERIO: "Lo único que te pido es que no dejes sana, parte alguna de mi cuerpo".

LISIAS: "Lleváosle de aquí, encerradle con los demás y traedme al tercero".

Cuando llegó Neón, Lisias le llamó "hijo" y le trató con suma bondad, a fin de persuadirle a que ofreciese sacrificios para escapar a la tortura. Neón replicó que los dioses del procónsul no debían tener poder alguno, puesto que necesitaban de la autoridad humana para hacerse obedecer.

LISIAS: "Golpeadle en la nuca y enseñadle a no blasfemar de los dioses".

NEÓN "Tú confundes la blasfemia con la verdad".

LISIAS: "Atormentadle en el potro, poned sobre su cuerpo brasas ardientes y azotadle la espalda".

NEÓN: "No haré sino lo que es provechoso para mi alma y nadie podrá obligarme a cambiar de opinión".

Al ver que los tormentos no producían resultado, Lisias dictó la sentencia: "Eutalio, el carcelero y Arquelao, el verdugo, se encargarán de crucificar a los tres hermanos en las afueras de la ciudad para que las aves de rapiña devoren sus cadáveres".

Entonces, Eutalio hizo comparecer a Donina. Lisias le dijo: "Ya ves el fuego y los infinitos sufrimientos que te esperan, mujer. Para evitarlos no tienes más que sacrificar a los dioses." Donina replicó: "No lo haré, pues con ello me condenaría al fuego que no se extingue y a torturas que no terminan nunca. Yo adoro a Dios y a su Hijo Jesucristo. El hizo el cielo y la tierra y todo lo que existe." Lisias exclamó: "Desnudadla y azotadla." Mientras la tortura se llevaba a cabo, Arquelao anunció a Lisias: "Señor, Donina está ya muerta." Lisias replicó: "Arrojad su cadáver al río y traedme a la otra." Cuando llegó Teonila, Lisias le dijo: "Ya ves lo que han sufrido tus compañeros. Honra a los dioses y ofréceles sacrificio."

TEONILA: "Lo único que temo son los tormentos eternos que destruyen el alma y el cuerpo."

LISIAS: "Abofeteadla, tendedla de espaldas, atadla y torturadla cuanto sea posible."

TEONILA: "¿No te avergüenzas de imponer tales penas a una mujer libre y extranjera? Perfectamente sabes que es vergonzoso, y Dios ve tus actos."

LISIAS: "Colgadla por los cabellos y abofeteadla."

TEONILA: "¿No te basta con haberme mandado azotar desnuda? Con ello no sólo me injurias a mí, sino que en mi persona injurias a tu madre y a tu esposa."

LISIAS: "¿Eres casada o viuda?

TEONILA: "Enviudé hace veintitrés años y, por amor a Dios, no he vuelto a casarme, he vivido en el ayuno, en la vigilia y la oración desde que abandoné a tus infames dioses."

LISIAS: "Para que su vergüenza sea total, rasuradle la cabeza. Atadle unas ramas a la cintura. Atadla a cuatro estacas hasta descoyuntarle los miembros. Azotadla en todo el cuerpo, ponedle brasas en el vientre y matadla."

TEONILA sucumbió pronto a tales atrocidades. Entonces, Lisias dijo: "Echad su cuerpo en un saco y arrojadlo al río". Con esto quería evitar el procónsul que los cristianos recuperasen las reliquias.

Las actas latinas que hemos citado, pueden verse en Ruinart y en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV. Los sinaxarios muestran que en la Iglesia bizantina se conocían dichas actas (cf. Delehaye, edición de los sinaxarios, 30 de octubre, p. 178). Hay una traducción francesa en la obra de Leclercq, *Les martyrs*, vol. II, pp. 182-190. El *Hieronymianum* conmemora el día de hoy a estos mártires. Cf. P. Franchi de Cavalieri, *Note Agiografiche*, en *Studi e Testi*, vol. XXVII (1915), pp. 107-118.

SAN EUGENIO, OBISPO (Siglo VI)

EUGENIO (llamado también Eoghan y Owen) fue el primer obispo de la diócesis de Ardstraw de Tyrone, que es actualmente la diócesis de Derry. Según la biografía latina, que no merece mucho crédito, el padre de Eugenio era originario de Leinster y su madre había nacido en Down. San Eugenio era pariente de San Kevin de Glendalough. Era todavía un niño, cuando fue raptado con otros dos compañeros de juegos. Los secuestradores los condujeron primero a Inglaterra y luego a Bretaña, donde los vendieron como esclavos para que trabajasen moliendo trigo. Un día, su amo sorprendió a los tres jóvenes leyendo, en tanto que los ángeles se encargaban de moler el trigo y al punto los dejó libres. Los jóvenes volvieron a Inglaterra. Uno de ellos, llamado Coirpre, llegó a ser obispo de Coleraine. San Eugenio pasó quince años con San Kevin en el convento de Kilnamanach del condado de Wicklow. Después se transladó al norte, donde ayudó a San Tigernach, su antiguo compañero de cautiverio, a fundar el monasterio de Clones. Luego fue a establecerse con sus discípulos en el valle de Mourne, en Ardstraw de Tyrone, donde fue elegido obispo. La fiesta de San Eugenio se celebra en toda Irlanda.

La biografía latina arriba mencionada se halla en el *Codex Salmanticensis*. Puede verse en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV, y en la edición de De Smedt de dicho códice, pp. 915-924. El *Félire* de Oengus menciona a San Eugenio el día de hoy.

BEATO SANTIAGO DE BEVAGNA (1301 P.C.)

BEVANIA, que se llama actualmente Bevagna, es un pueblecito de Umbría. Ahí nació Santiago, en 1220. Su apellido de familia era Bianconi. Desde muy niño, dio muestras de su futura santidad; así, la reconciliación entre los Bianconi y los Alberti se atribuyó a las oraciones del jovencito. Cuando Santiago tenía dieciséis años, dos dominicos fueron a predicar la cuaresma en Bevagna. El joven se sintió atraído por el ejemplo y las palabras de los predicadores y empezó a meditar seriamente sobre su vocación. El Jueves Santo, después de comulgar, rezó el Salmo 118 y consideró el versículo 3 como una respuesta del cielo: "Pon, Señor, ante mis ojos tus caminos como ley y te buscaré incansablemente a través de ellos." Santiago abrió su corazón a uno de los religiosos, el cual le aconsejó que pasase la noche en vela ante el Santísimo Sacramento y esperase la plena manifestación de la voluntad de Dios. Así lo hizo el joven y, el Viernes Santo por la noche, se le apareció en sueños Santo Domingo y le dijo: "Te elijo por voluntad de Dios y estaré siempre contigo." Cuando los frailes volvieron al convento de Espoleto, Santiago partió con ellos.

Varios años después, el beato fundó en Bevagna un convento de su orden y fue el superior. En el pueblo no faltaba trabajo a los hijos de Santo Domingo. El emperador Federico II saqueó Bevagna en 1248, y Santigo se ganó el afecto de todos los habitantes por la solicitud con que los asistió en aquella coyuntura. Por entonces, hubo nuevos brotes de maniqueísmo y la secta de los antinomianos empezó a trabajar activamente en Umbría. El beato combatió a los herejes con gran celo y consiguió que uno de los principales se retractase públicamente en Orte. El P. Santiago era particularmente estricto en la observancia del voto de pobreza: en cierta ocasión, su madre le regaló dinero para que se comprase un hábito nuevo, pues el que tenía estaba ya muy gastado. En vez de hacerlo así, el beato pidió permiso a su superior de comprarse un crucifijo para su celda. Cuando su madre le vio con el hábito viejo, le reprendió por ello, pero Santigo replicó sonriendo: "Hice exactamente lo que tú querías. San Pablo nos exhorta a revestirnos de Jesucristo y ése es mi hábito nuevo." El crucifijo que había comprado estaba destinado a protegerle en forma imprevista. En efecto, cierto día en que ante él, se sintió presa de una gran sequedad y desolación de espíritu, de suerte que casi desesperaba de su salvación, brotó del crucifijo un chorro de sangre que le bañó la cara y se oyó una voz que decía: "Esta es la señal de tu salvación." En nuestro artículo sobre la Beata Juana de Orvieto (23 de julio) narramos otro portento acontecido cuando Santiago murió. El Papa Bonifacio IX aprobó el culto del beato.

Los bolandistas deploran, no sin razón, la falta de una biografía contemporánea del beato (*Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV). El relato del P. Taigi abunda en datos legendarios. Y no es más fidedigna la obra del P. Piergili, *Vita del B. Giacomo Bianconi* (1729), ni la de F. Becchetti (resumida por Procter en *Lives of Dominican Saints*). En Taurisano, pp. 23-24, se hallará una bibliografía más completa.

24: SAN BARTOLOME, APÓSTOL (SIGLO I)

PROBABLEMENTE el nombre de Bartolomé no es propiamente el del Apóstol, sino simplemente un patronímico que significa "el hijo de Tolomai". Lo único que sabemos de cierto sobre San Bartolomé es que existió realmente. Muchos eruditos afirman que se identifica con Natanael,

originario de Caná de Galilea, de quien dijo el Señor: "He aquí un verdadero israelita sin dolo ninguno". Las principales razones de esta identificación son que el nombre de Natanael no aparece en tres de los Evangelios, donde se citan siempre juntos a Felipe y Bartolomé, en tanto que, en el de San Juan se dice que Felipe y Natanael conocieron juntos al Señor. Por otra parte, el nombre de Natanael figura con el de los Apóstoles a quienes Cristo se apareció a orillas del mar de Galilea, después de su Resurrección (Juan XXI, 2).

El Martirologio Romano resume la tradición popular sobre San Bartolomé, y dice que "predicó el Evangelio en la India; habiendo ido después a la Armenia Mayor, convirtió a muchas gentes, por lo cual los bárbaros le despellejaron vivo, y el rey Astiajes le mandó decapitar..." Según la tradición, el martirio tuvo lugar en Albanópolis (actualmente Derbend, en la costa occidental del Mar Caspio). Bartolomé predicó también en Mesopotamia, Persia, Egipto y otros países. Eusebio (siglo IV) es el primero que hace mención de la India. En efecto, dicho autor refiere que San Panteno había ido a la India unos cien años antes ("para predicar a los brahamanes", según añade San Jerónimo) y encontró a algunos indígenas que conocían el nombre de Cristo; dichos indígenas le mostraron una copia del Evangelio de San Mateo, en caracteres hebreos y le dijeron que era la que llevaba San Bartolomé consigo cuando había ido a evangelizar el país. Pero debe advertirse que los escritores griegos y latinos de la época aplicaban el nombre de "India" a Arabia, Etiopía, Libia, Partia, Persia y las tierras de los medos. Probablemente el sitio en el que estuvo Panteno fue Etiopía o la Arabia Feliz, o ambas. Otra leyenda oriental afirma que San Bartolomé encontró a San Felipe en Hierápolis de Frigia y fue con él a Licaonia; San Juan Crisóstomo sostiene que San Bartolomé evangelizó a los licaonios. No es imposible que San Bartolomé haya muerto realmente en Armenia, como lo afirman unánimemente todos los historiadores posteriores de ese país; pero lo cierto es que los escritores armenios primitivos apenas hacen mención de San Bartolomé cuando hablan de la evangelización de su país. La leyenda de las translaciones de sus restos es todavía más complicada que la de sus viajes. Las pretendidas reliquias del Apóstol se hallan actualmente en Benevento y en la iglesia romana de San Bartolomé junto al Tíber.

El nombre de San Bartolomé no es tan famoso en los apócrifos como los de San Andrés, Santo Tomás y San Juan. Sin embarco, un escrito apócrifo, del que se conserva un texto griego y varias traducciones latinas, narra el apostolado y el martirio del santo. Según Max Bonnet (*Analecta Bollandiana*, vol. XIV, 1895, pp. 353-366), el original de dicho documento estaba redactado en latín; con menos probabilidad, Lipsius se inclina a pensar que el original era griego. No es imposible que el texto griego y el latino se deriven de un original sirio. Pueden verse los textos en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. V; en Tischendorf, *Acta Apostolorum Apocrypha*, pp. 243-260; y en Bonnet, *Act. Apocryph.*, vol. II, pte. I, pp. 128 ss. Existen también importantes fragmentos de un evangelio apócrifo de San Bartolomé (cf. *Revue Biblique*, 1913, 1921 y 1922), y se conservan huellas de unas *Actas de Andrés y Bartolomé* en copto. El evangelio apócrifo de San Bartolomé es uno de los textos que condenó el decreto seudogelasiano. El relato del martirio de San Bartolomé no dice que haya sido despellejado vivo antes de ser decapitado, pero el dato se halla en el *Breviarium Apostolorum*, incluido en ciertos manuscritos del *Hieronymianum*. Probablemente, el cuchillo que aparece en tantas representaciones de San Bartolomé hace alusión al despellejamiento. Acerca de San Bartolomé en el arte, cf. Künstle, *Ikonographie*, vol. II, pp. 116-120. Acerca de la estancia de San Bartolomé en la India, cf. A. C. Perumalil, *The Apostles in India* (Patna, 1953).

LOS MARTIRES DE UTICA (¿258? P.C.)

EL POETA PRUDENCIO popularizó en uno de sus himnos, la historia de estos mártires, tal como había llegado a sus oídos. El Martirologio Romano la resume en los siguientes términos: "En Cartago, la pasión de trescientos santos mártires en la época de Valeriano y Galieno. El gobernador, entre otros tormentos, mandó encender un brasero y traer incienso y carbón. Después dijo a los mártires: 'Escoged entre ofrecer incienso a Júpiter o ser arrojados a las llamas.' Los mártires, armados con la fe y confesando que Cristo era el Hijo de Dios, se arrojaron espontáneamente a las llamas y quedaron reducidos a cenizas. En esa forma los confesores de Cristo, que estaban vestidos de blanco, ganaron el título de *Massa candida.*" Dicho nombre hace alusión a la blancura de las cenizas de los mártires, que se mezclaron en una sola masa. San Agustín dice que los hechos tuvieron lugar en Utica, a cuarenta kilómetros de Cartago, y que los mártires no eran trescientos sino ciento cincuenta y tres. Prudencio comenta: "La blancura (*candor*) recubre sus cuerpos, y la pureza (*candor*) de sus almas brilla en el cielo. Por ello merecieron ser eternamente llamados *Massa candida*".

Sin embargo, como lo hace notar el P. Delehaye en su comentario del *Hieronymianum*, la descripción poética de Prudencio carece de fundamento, ya que "Massa Candida" es en realidad el nombre del sitio en el que fueron sepultados los mártires. No existe ninguna prueba de que hayan muerto en la persecución de Valeriano. Probablemente fueron decapitados, ya que un sermón, que se atribuía antiguamente a San Agustín sin razón suficiente, habla de ríos de sangre y de la generosidad con que los mártires presentaron el cuello al verdugo. Por otra parte, no existen tampoco pruebas de que hayan sido 300 ó 153, ya que San Agustín citó ese número simplemente para compararlo con el de los peces de la pesca milagrosa (Juan, XXI, 11). Apenas hay duda de que Prudencio, con su fantasía exuberante, inventó el dato del brasero, basándose en el nombre de "*Massa Candida*".

Prudencio, *Peristephanon*, XIII, 76-87; P. Franchi de Cavalieri, en *Studi e Testi*, vol. IX (1902), pp. 37-51; G. Morin, en *Miscellanea augustiniana*, vol. I (1930), p. 647; H. Delehaye, CMH, pp. 449-450, y *Origines du culte des martyrs* (1933), pp. 384-385.

SAN AUDOENO u OUEN, OBISPO DE ROUEN (684 P.C.)

SAN AUDOENO nació en Sancy, cerca de Soissons, hacia el año 600. Su padre, San Autario, pertenecía a una familia franca. Cuando Audoeno y su hermano Ado eran todavía pequeños, su padre acogió en su casa de Ussy-sur-Marne a San Columbano, quien había sido desterrado. Tras recibir una buena educación, ambos jóvenes fueron enviados a la corte de Clotario II. Audoeno se hizo ahí amigo de un grupo compuesto por San Eligio, San Wandrilo y San Desiderio de Cahors. También se ganó el favor de Clotario y de su sucesor, Dagoberto I, quien le nombró canciller del reino. En el desempeño de ese oficio, el santo se opuso infatigablemente a la simonía, que estaba muy arraigada. El año 636, el monarca regaló a Audoeno unas tierras en el bosque de Brie, y ahí construyó éste un monasterio, en el sitio que se llama actualmente Rebais. Siguiendo el consejo de San Faro, obispo de Meaux, mandó llamar de

Luxeuil a Ailo, discípulo de San Columbano y le nombró primer abad del nuevo monasterio. Audoeno hubiese querido retirarse a Rebais, pero no consiguió que el rey y los nobles le dejasen partir. Aunque eran todavía laicos, Audoeno y Eligio, por su celo, saber y piedad, tenían en la corte autoridad de obispos y promovían la causa de la religión y la virtud en todo el reino. Dagoberto murió el año 639. Su hijo y sucesor, Clodoveo II, profesó a San Audoeno la misma estima que su padre, y el santo siguió ocupando el puesto de canciller. Finalmente, Audoeno consiguió permiso del rey para recibir la ordenación sacerdotal de manos de Adeodato, obispo de Mâcon y, poco después, fue elegido obispo de Rouen. Por la misma época, su amigo San Eligio fue elevado a la sede de Noyon. Ambos se retiraron algún tiempo a prepararse para su alta dignidad mediante el ayuno y la oración y recibieron juntos en Reims la consagración episcopal el año 641.

San Audoeno mostró en el desempeño de su cargo gran humildad, caridad y espíritu de mortificación. Su celo era infatigable y, por la bondad y paciencia, se hacía todo a todos. Promovió la cultura fundando varios monasterios y envió misioneros a las regiones de su diócesis que no estaban todavía evangelizadas. Por otra parte, no cejó en su esfuerzo por desarraigar la simonía y otros abusos. El rey Thierry III le tenía por consejero. Por su parte, el santo apoyó la política del mayordomo de palacio, Ebroín, de suerte que fue, tal vez sin darse cuenta, causante de las injusticias que se hicieron a San Legerio y a San Filiberto. Al volver de una misión política en Colonia, San Audoeno se retiró a Clichy, donde cayó enfermo y murió el 24 de agosto de 684.

La más antigua biografía de San Audoeno data de comienzos del siglo VIII. W. Levison hizo una edición crítica de ella en MGH., *Scriptores Merov*, vol. v, pp. 536-567. En las pp. 548 ss., Levison comenta igualmente las dos biografías del siglo IX. En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. IV, pueden verse la biografía del siglo VIII y una de las del IX. La otra biografía del siglo IX fue publicada en *Analecta Bollandiana*, vol. v, pp. 76-146. Sin duda que la mejor biografía moderna es la de Vacandard, *Vie de St Ouen* (1902); dicho autor rectifica en varios puntos la cronología. Acerca de los milagros que se atribuyen en Canterbury a San Audoeno, cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LI (1933), pp. 285-292, y vol. LXIV (1946), pp. 50-53.

SANTA MARIA MICAELA DESMAISIERES, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS SIERVAS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (1865 P.C.)

LOS DOCUMENTOS de la Sagrada Congregación de Ritos llaman simplemente María Micaela Desmaisières a esta ilustre dama española que era vizcondesa y tenía una larga hilera de apellidos. Había nacido en Madrid, en 1809 y era todavía una niña cuando perdió a su madre. Se negó obstinadamente a contraer matrimonio y vivió algunos años con su hermano, en París y en Bruselas, donde éste fue embajador. Naturalmente, María Micaela se veía obligada a asistir a los banquetes, los bailes oficiales y las funciones de teatro, pero con la comunión diaria y con el uso de instrumentos de penitencia bajo los vestidos, consiguió resistir a todas las tentaciones. Su pasión era impartir instrucción religiosa a los ignorantes, salvar a los indefensos y a los caídos y socorrer a los enfermos y a los pobres.

Al volver a España, hizo varios intentos de organizar esa clase de ayuda

al prójimo, a pesar de la oposición que suele provocar tal actividad. Su obra más duradera fue la Congregación de las Siervas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, de la que fue elegida superiora general en 1859. Las religiosas se ocupaban de las mujeres perdidas. Todavía en vida de la fundadora, la Santa Sede aprobó provisionalmente, por cinco años, la nueva congregación. La aprobación definitiva llegó poco después de la muerte de la fundadora. Para entonces, la congregación ya se había extendido mucho y tenía ante sí un brillante futuro. En 1865, con miras a obtener la aprobación definitiva, la madre Micaela emprendió el viaje a Roma. Pero, al enterarse de que una epidemia de cólera hacía estragos en Valencia, acudió a ayudar a sus hermanas en el trabajo de atender a los enfermos. Ya en otras ocasiones, la santa había asistido a las víctimas del cólera, pero aquella vez contrajo la enfermedad y murió el 24 de agosto, víctima de la caridad. Fue canonizada en 1934.

En *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XVII (1925), pp. 292-296, pueden verse el breve de beatificación y un resumen biográfico. Véase Kempf, *Holiness of the Church in the Nineteenth Century* pp. 199-201; y Angelo Romano di S. Teresa, *La Beata Maria Michelina del Sacramento* (1925).

25: SAN LUIS DE FRANCIA (1270 P.C.)

SAN LUIS IX poseía las cualidades de un gran monarca, de un héroe de epopeya y de un santo. A la sabiduría en el gobierno unía el arte de la paz y de la guerra; al valor y amplitud de miras, una gran virtud. En sus empresas la ambición no tenía lugar alguno; lo único que buscaba el santo rey era la gloria de Dios y el bien de sus súbditos. Aunque las dos cruzadas en que participó resultaron un fracaso, es un hecho que San Luis fue uno de los caballeros más valientes de todas las épocas, un ejemplo perfecto del caballero medieval, sin miedo y sin tacha. Era hijo de Luis VIII de Francia. Cuando tenía ocho años, murió su abuelo Felipe Augusto y su padre ascendió al trono. Luis IX nació en Poissy, el 25 de abril de 1214. Blanca, su madre, era hija de Alfonso de Castilla y de Eleonor de Inglaterra. Al ejemplo de las virtudes de su santa madre debió Luis su magnífica educación. Blanca solía repetirle con frecuencia cuando era niño: "Te quiero como la madre más amante puede querer a su hijo; pero preferiría verte caer muerto a mis pies antes que saber que has cometido un solo pecado mortal". Luis no olvidó nunca esa lección. Su biógrafo y amigo, el señor de Joinville, cronista de las cruzadas, refiere que el rey le preguntó una vez: "¿Qué cosa es Dios?" Joinville replicó: "Una cosa tan buena que nada puede ser mejor que El". "Bien dicho," respondió Luis. "Pero decidme: ¿Preferiríais contraer la lepra antes que cometer un pecado mortal?" "Y yo, que nunca he dicho una mentira, prosigue Joinville repliqué: "Preferiría cometer treinta pecados mortales antes que contraer la lepra". Más tarde, San Luis le llamó aparte y le explicó que su respuesta había sido honrada, pero equivocada.

Luis VIII murió el 7 de noviembre de 1226. San Luis sólo tenía entonces doce años, de suerte que su madre asumió la regencia. Durante la minoría de edad del rey, los barones se dedicaron a perturbar el orden del reino; pero Blanca de Castilla, que supo hacer alianzas muy hábiles, los venció con

su valor y diligencia en el campo de batalla y los obligó a mantenerse tranquilos. Cuando San Luis obtenía una victoria, se regocijaba sobre todo porque ello significaba la paz para sus súbditos. Era misericordioso aun con los rebeldes y, como nunca buscaba la venganza ni ambicionaba la conquista, estaba siempre dispuesto a llegar a un acuerdo. Pocos hombres han amado a la Iglesia tanto como San Luis y han mostrado tanta reverencia por sus ministros. Pero eso, no cegaba al joven rey, quien se oponía a las injusticias de los obispos y nunca escuchaba sus quejas antes de haber oído a la parte contraria. Como un ejemplo, podemos citar la actitud de San Luis en los pleitos que opusieron a los obispos de Beauvais y de Metz contra las corporaciones de sus respectivas ciudades. Luis gustaba de conversar con los sacerdotes y los religiosos y con frecuencia los invitaba a palacio (como por ejemplo, a Santo Tomás de Aquino). Pero sabía también mostrarse alegre a su tiempo: cierta vez en que un fraile empezó a tratar en la mesa un tema demasiado serio, el rey desvió la conversación y advirtió: "Todas las cosas tienen su tiempo". Cuando creaba nuevos caballeros, celebraba fiestas magníficas; pero logró extirpar de la corte todas las diversiones inmorales. No toleraba ni la obscenidad, ni la mundanidad exagerada. Joinville dice: "Yo viví más de veintidós años en compañía del rey y jamás le oí jurar por Dios, por la Virgen o por los santos. Ni siquiera le oí jamás pronunciar el nombre del diablo, excepto cuando leía en voz alta o cuando discutía lo que acababa de leer sobre él". Un fraile de Santo Domingo afirmó también que nunca le había oído hablar mal de nadie. Luis se negó a condenar a muerte al hijo de Hugo de la Marche, que se había levantado en armas junto con su padre, diciendo: "Un hijo no puede dejar de obedecer a su padre."

A los diecinueve años, San Luis contrajo matrimonio con Margarita, la hija mayor de Raimundo Berenger, conde de Provenza. La segunda hija del conde se casó con Enrique III de Inglaterra; la tercera, Sancha, con Ricardo de Cornwall, y la más joven, Beatriz, con Carlos, el hermano de San Luis. Dios bendijo el matrimonio del rey, que fue muy feliz, con cinco hijos y seis hijas. Sus descendientes ocuparon el trono de Francia hasta el 21 de enero de 1793, día en que el P. Edgeworth dijo a Luis XVI, unos momentos antes de que la guillotina le decapitase: "Hijo de San Luis, vuela al cielo".* En 1235, Luis IX tomó el gobieron de su reino, pero no perdió el gran respeto que tenía a su madre y se aconsejaba siempre con ella, a pesar de que Blanca estaba un tanto celosa de su nuera. La primera de las numerosas abadías que fundó San Luis, fue la de Royaumont. En 1239, Balduino II, el emperador latino de Constantinopla, regaló a San Luis la "Corona de Espinas" para agradecerle la generosidad con que había ayudado a los cristianos de Palestina y de otros países de oriente. La corona se hallaba entonces en manos de los venecianos, como depósito por una suma que éstos habían prestado a Balduino, de suerte que San Luis tuvo que pagar la deuda. El rey envió a dos frailes de Santo Domingo a traer la reliquia y salió con toda su corte a recibirla, más allá de Sens. Para depositar la "Corona de Espinas", mandó derribar su capilla de San Nicolás y construyó la "Sainte Chapelle". El santo llevó a París a los cartujos y les regaló el palacio de Vauvert. También ayudó a su madre a fundar el convento de Maubuisson.

*Se dice que el P. Edgeworth manifestó a Lord Holland que no había pronunciado esas palabras.

Algunas de las disposiciones del santo monarca muestran hasta qué punto se preocupaba por la buena administración de la justicia. Durante el reinado de sus sucesores, cuando el pueblo se sentía objeto de alguna injusticia, pedía que se le administrase justicia como se hacía en la época de San Luis. En 1230, prohibió la usura, en particular a los judíos, también publicó un decreto por el que condenaba a los blasfemos a ser marcados con un hierro candente y aplicó esa pena a un importante personaje de París. Como algunos murmurasen de su severidad, el monarca declaró que él mismo se sometería a la pena si con ello pudiese acabar con la blasfemia. El santo protegía a sus vasallos contra las opresiones de los señores feudales. Uno de éstos, un flamenco, había mandado ahorcar a tres niños a quienes había sorprendido cazando liebres en sus propiedades. El rey le encarceló y le hizo juzgar, no por un tribunal de caballeros, como lo pedía el noble, sino por el tribunal ordinario. Aunque San Luis le perdonó la vida, le confiscó la mayor parte de sus propiedades y empleó el producto en obras de caridad. El monarca prohibió a los señores feudales que se hiciesen la guerra entre sí. Cuando daba su palabra, la cumplía escrupulosamente y observaba con fidelidad los tratados. Su integridad e imparcialidad eran tales, que los barones, los prelados y aun los reyes, se sometían a su arbitraje y se atenían a sus decisiones.

Poco después del comienzo del reinado de Luis IX, Hugo de Lusignan, conde de La Marche, se rebeló; sus estados formaban parte del Poitou y él se rehusó a prestar homenaje al conde de Poitiers, hermano de San Luis. La esposa de Hugo se había casado en primeras nupcias con el rey Juan de Inglaterra y era la madre de Enrique III; éste acudió, pues, en ayuda de su padrastro. San Luis derrotó a Enrique III en la batalla de Taillebourg, en 1242. El vencido se refugió en Burdeos y, hasta el año siguiente, retornó a Inglaterra e hizo la paz con los franceses. Diecisiete años más tarde, Luis firmó otro tratado con Enrique III, por el que entregaba a los ingleses el Limousin y el Périgord, en tanto que éste renunciaba a todo derecho sobre Normandía, Anjou, Maine, Touraine y Poitou. Los nobles franceses criticaron las concesiones que había hecho el rey, pero éste explicó que el tratado permitiría una larga paz con Inglaterra y que la corona francesa se honraba con tener por vasallo a Enrique III. Sin embargo, algunos historiadores opinan que si San Luis se hubiese mostrado más exigente, habría podido evitar la "Guerra de Cien Años" a sus sucesores.

En 1244, al restablecerse de una enfermedad, San Luis determinó emprender una cruzada en oriente. A principios del año siguiente, escribió a los cristianos de Palestina que iría a socorrerles en su lucha contra los infieles lo más pronto posible. Como se sabe, los infieles se habían apoderado nuevamente de Jerusalén, unos cuantos meses antes. La oposición que el rey encontró entre sus consejeros y los nobles, los asuntos de su reino y los preparativos de la cruzada, dilataron la empresa tres años y medio. En el décimo tercer Concilio de Lyon se estableció un impuesto de un vigésimo sobre todos los beneficios eclesiásticos durante tres años para ayudar a la cruzada, a pesar de la violenta oposición de los representantes de Inglaterra. Esto dio ánimo a los cruzados, y San Luis se embarcó con rumbo a Chipre en 1248, acompañado por Guillermo Longsword, conde de Salisbury, y doscientos caballeros ingleses. El objetivo de la cruzada era Egipto. La toma de Damieta, en el delta del Nilo, se llevó a cabo sin dificultad, y San Luis entró solemnemente en la ciudad, no con la

pompa de un conquistador, sino con la humildad que convenía a un príncipe cristiano. En efecto, el rey y la reina iban a pie, precedidos de los príncipes y caballeros y del legado pontificio. El monarca decretó severos castigos contra el saqueo y el crimen, ordenó que se restituyese todo lo robado y prohibió que se matase a los infieles, si era posible hacerlos prisioneros. Pero, a pesar de todas las precauciones de San Luis, muchos cruzados se entregaron al pillaje y la matanza. Las crecidas del Nilo y el calor del verano impidieron al rey aprovechar la ventaja que había conseguido y tuvo que esperar seis meses antes de atacar a los sarracenos, que se hallaban en la otra ribera del Nilo. Siguieron otros seis meses de luchas enconadas, en las que los cruzados perdieron muchos hombres, tanto en las batallas como en las continuas epidemias. En abril de 1250, San Luis cayó prisionero y los sarracenos diezmaron su ejército.

Durante el cautiverio, el rey rezaba diariamente el oficio divino con sus dos capellanes, como si estuviera en su palacio. A las burlas insultantes de los guardias, respondía con tal aire de majestad y autoridad, que éstos acabaron por dejarle en paz. Cuando San Luis se negó a entregar sus castillos de Siria, los infieles le amenazaron con las más ignominiosas torturas. El santo monarca repuso serenamente que era su prisionero y que podían hacer lo que quisiesen de su cuerpo. El sultán le propuso devolverle la libertad y la de todos sus caballeros, a cambio de un millón de onzas de oro y de la ciudad de Damieta. Luis respondió que el rey de Francia no podía pagar su rescate a precio de oro, pero que estaba dispuesto a entregar Damieta a cambio de su libertad y un millón de onzas de oro para que sus vasallos quedasen libres. Precisamente entonces, el sultán fue derrotado por los emires mamelucos, quienes devolvieron la libertad al rey a sus caballeros al precio convenido, pero asesinaron traidoramente a todos los heridos y enfermos que se hallaban en Damieta. San Luis partió entonces a Palestina con el resto de su ejército. Ahí permaneció hasta 1254: visitó los Santos Lugares, alentó a los cristianos y reforzó las defensas del Reino Latino de Jerusalén. Después de recibir, con profundo dolor, la noticia de la muerte de su madre, que ejercía la regencia en Francia. San Luis volvió a su patria, de la que había estado ausente seis años. Angustiado por el recuerdo de la opresión que sufrían los cristianos en el oriente, portó siempre el signo de cruzado en sus vestimentas para demostrar que estaba decidido a volver a socorrerles. La situación de los cruzados, empeoró rápidamente, ya que entre 1263 y 1268, los mamelucos tomaron Nazaret, Cesarea, Jaffa y Antioquía.

Hacia 1257, Roberto de Sorbon, un canónigo de París, muy erudito fundó en la ciudad la escuela de teología que más tarde se llamó la Sorbona. Roberto era amigo personal de San Luis quien en ciertas épocas le tuvo por confesor, de suerte que el monarca apoyó con entusiasmo su proyecto y le ayudó a realizarlo. San Luis fundó también en París, el hospital de ciegos de Quinze-Vingts, ("Los Trescientos"), llamados así porque al principio albergaba a trescientos enfermos. Pero no fue eso todo lo que el santo hizo por los pobres: a diario invitaba a comer a trece indigentes y mandaba repartir alimentos cerca de su palacio a una gran multitud de necesitados. En la Cuaresma y el Adviento daba de comer a cuantos se presentaban y, con frecuencia, se encargaba personalmente de servirlos. Tenía una lista de los necesitados, sobre todo de los pobres vergonzantes, a los que socorría regularmente en toda la extensión de sus dominios. Aunque no se ocupaba personalmente de la legislación, tenía verdadera pasión por la justicia y, gracias a ello, pudo transformar la institución feudal de "la corte del rey" en un verdadero tribunal de justicia, a cuyas decisiones se sometían los monarcas, como en el caso de Enrique III y sus barones. El santo se esforzó por sustituir el recurso a las armas por el arbitraje y el proceo judicial. En cierta ocasión en que había actuado como padrino de bautismo de un judío en Saint-Denis, el santo confesó al embajador del emir de Túnez que, por ver al soberano tunecino recibir el bautismo, pasaría con gusto el resto de su vida prisionero de los sarracenos.

Como las intenciones del rey eran bien conocidas, la promulgación de una nueva cruzada, en 1267, no sorprendió a nadie, pero tampoco entusiasmó a nadie, pues el pueblo temía, entre otras cosas, perder a su buen monarca. Aunque San Luis no tenía entonces más que cincuenta y dos años, estaba gastado por el trabajo, la penitencia y las penurias. Joinville no tuvo empacho en afirmar que "quienes habían aconsejado ese viaje al monarca eran culpables de pecado mortal", y él mismo se negó a participar en la cruzada, alegando que debía quedarse a proteger a los súbditos del monarca, de la opresión de los señores. San Luis se embarcó con su ejército en Aigues-Mortes, el 1o. de julio de 1270. La armada se dirigió a Cagliari, en la Cerdeña, y ahí se resolvió proseguir rumbo a Túnez. El rey y su hijo mayor enfermaron de tifo al llegar a este puerto. Al sentir que se acercaba su fin, el santo monarca dio sus últimas instrucciones a sus hijos y a su hija, la reina de Navarra, y se preparó para la muerte. El domingo 24 de agosto, recibió los últimos sacramentos. En seguida mandó llamar a los embajadores griegos y los exhortó ardientemente a la unión con la Iglesia romana. Al día siguiente, perdió el habla durante tres horas y, al recuperarla, levantó los ojos al cielo y dijo en voz alta las palabras del salmista: "Señor, iré a tu casa a adorarte en tu templo santo y a glorificar tu nombre". A las tres de la tarde, exclamó: "En tus manos encomiendo mi espíritu" y murió. Sus huesos y su corazón fueron trasladados a Francia y depositados en la iglesia abacial de Saint-Denis, donde estuvieron hasta que fueron profanados durante la Revolución Francesa. San Luis fue canonizado en 1297.

Naturalmente las fuentes sobre San Luis son muy abundantes. El documento principal, las "memorias" del señor de Joinville, ha sido traducido prácticamente a todas las lenguas occidentales. En 1955, René Hague publicó una excelente versión. Por lo que toca al aspecto religioso de la vida de San Luis, existen varias biografías latinas muy detalladas, escritas por sus confesores y capellanes, Godofredo de Beaulieu y Guillermo de Chartres. El texto de ambas puede verse en *Acta Sanctorum. agosto*, vol. v y en muchas otras obras. También es muy importante el relato escrito por el confesor de la reina; puede verse una traducción latina de él en *Acta Sanctorum*, con muchos datos sobre la canonización. San Luis escribió un relato sobre su cautiverio y una serie de instrucciones a sus hijos Felipe e Isabel. Quien se interese por esas instrucciones hará bien en leer el comentario de Paul Viollet en *Bibliothèque de l'École des Chartres*, 1869 y 1874. Existen muchas biografías modernas excelentes: H. Wallon (1875); Marius Sepet, en la colección *Les Saints*; véase sobre todo Elie Berger, *Saint Louis et Innocent IV*, e *Histoire de Blanche de Castille; Cambridge Medieval History*, vol. VI. En todas las lenguas existen numerosas biografías de tipo popular; recomendamos en particular la de W. F. Knox, *The Court of a Saint*.

SAN GINES EL COMEDIANTE, MÁRTIR (Sin fecha)

EL P. DELEHAYE clasifica la leyenda de San Ginés entre las novelas de imaginación. Es posible que no haya existido nunca, y que su leyenda no sea más que una versión occidental de la de San Ginés de Heliópolis, ya que de éste

último y de otros santos se cuenta una historia semejante. Alban Butler resume así el relato sobre San Ginés:

Cuando el emperador Diocleciano llegó a Roma, fue recibido con alborozadas demostraciones populares. Entre los festejos figuraban naturalmente, algunas funciones de teatro; en una de las comedias que se representaron en su honor, uno de los actores se burló de las ceremonias del bautismo cristiano, pues era un recurso que hacía reír con facilidad a quienes despreciaban profundamente los misterios de la nueva fe. Así pues, el actor, que se llamaba Ginés, tomó informes de algunos ritos cristianos con ciertos amigos suyos que profesaban nuestra religión y, en el curso de la representación, se tendió como si estuviese enfermo y declamó: "Amigos míos, tengo un gran peso en la conciencia y quisiera verme libre de él". Los otros actores respondieron: "¿Qué podemos hacer para librarte de ese peso? ¿Quieres que te arranquemos la conciencia?" "¡Imbéciles!," replicó Ginés: "Lo que quiero es morir cristiano para que Dios reciba mi alma por haberme apartado del culto idolátrico y supersticioso de los dioses". Entonces aparecieron en escena un sacerdote y un exorcista, se sentaron junto al lecho de Ginés y le preguntaron: "¿Para qué nos mandaste llamar hijo mío?" En aquel instante, por inspiración divina, Ginés se convirtió instantáneamente al cristianismo y respondió, no ya de broma sino de veras: "Porque deseo recibir la gracia de Jesucristo y nacer de nuevo para verme libre de mis pecados".

Los actores llevaron entonces a cabo en el escenario la ceremonía del bautismo. Ginés respondió de todo corazón a las preguntas usuales y recibió el bautismo con la túnica blanca de los catecúmenos. Entonces, otros actores, vestidos de soldado, le condujeron ante el emperador para que éste le juzgase. En esa escena, Ginés declaró con toda seriedad, desde el proscenio: "¡Escucha, oh emperador! ¡Escuchad todos los presentes: oficiales de la corte, filósofos, senadores y ciudadanos! Escuchad lo que voy a deciros. Hasta ahora no había perdido oportunidad de vilipendiar el cristianismo en cuanto oía hablar de él y me molestaba mucho que algunos de mis amigos profesaran esa religión. Los ritos del bautismo los aprendí con el fin de ridiculizarlo a mi gusto y de inspiraros el mayor desprecio por él. Pero hace un instante, cuando iba yo a ser bautizado por broma, respondí con toda sinceridad al interrogatorio y vi sobre mi cabeza a una cohorte de ángeles que leían en un libro todos los pecados que he cometido desde la niñez. Y cuando los comediantes derramaron el agua sobre mí, los ángeles bañaron el libro en el agua y me lo mostraron después, blanco como la nieve. Así pues, poderoso emperador y vosotros todos que acabáis de burlaros de este rito sagrado, públicamente os exhorto a confesar conmigo que Jesucristo es el Señor, que El es la Luz y la Verdad y que está dispuesto a perdonaros vuestros pecados.*

Furioso al oír esto, Diocleciano ordenó que golpeasen a Ginés. Después le entregó a Plauciano, prefecto del pretorio, para que le obligase a ofrecer sacrificios. Plauciano le atormentó en el potro, mandó desgarrarle los costados con garfios y aplicarle antorchas encendidas en las heridas. Pero el mártir no cesó de clamar: "No hay otro Señor que Aquél a quien yo he visto y a

*Dado que la leyenda fuese verdadera, el bautismo no sería válido, pues el ministro-comediante no habría tenido intención "de hacer lo que hace la Iglsia" al bautizar. En tal caso, Ginés habría recibido no el bautismo de agua, sino el de sangre.

quien quiero adorar y servir. A El me aferraré, así hubiese de sufrir mil muertes. Ningún tormento conseguirá impedirme que confiese a Jesucristo con el corazón y con la boca. Con toda el alma me arrepiento de haber escarnecido su santo nombre y de haber empezado a servirle demasiado tarde." Finalmente, Ginés fue decapitado.

Dom Ruinart incluyó esta leyenda en *Acta Sincera.* Para comprender hasta qué punto se equivocó, basta consultar a Dom Quentin, *Martyrologes historiques* (sobre todo pp. 533-541) y *Analecta Bollandiana,* vol. XXIX (1910), pp. 258-269. Es indudable que ya antes del siglo VI circulaba la leyenda de "Ginés el comediante", pues su nombre figura en el calendario de Cartago. Sin embargo, el texto de Ruinart es un resumen hecho por Ado de un relato más largo, que ha llegado hasta nosotros a través de Surio y otros autores. No se puede poner en duda que en la antigüedad se ridiculizaban los ritos cristianos en el teatro (aunque H. Reich, "Der Mimus" ha exagerado mucho las pruebas). La tradición de que un actor se convirtió en el teatro y fue ejecutado ahí mismo es muy antigua; pero desgraciadamente, dicha tradición está relacionada con cuatro nombres diferentes: Ginés, Gelasio o Gelasino, Ardalio y Porfirio. No existe ninguna prueba de que no se trate de una simple novela hagiográfica. Véase Bertha von der Lage, *Studien zur Genesiuslegende* (1898); Mostert y Stengel, *L'histoire et la Vie de Saint Genis* (1895); Paul Allard, *La persécution de Dioclétien,* vol. I (1908)), pp. 7-9, quien opina que el mártir existió realmente; y CMH., pp. 463-465.

SANTA PATRICIA (Fecha desconocida)

SEGÚN LA LEYENDA, Patricia era una doncella de noble cuna, ya que pertenecía a la familia imperial de Constantinopla. Para no contraer matrimonio con el pretendiente que habían escogido para ella sus familiares, huyó a Roma, donde hizo voto de consagrar a Dios su virginidad. Después volvió a Constantinopla a repartir sus bienes entre los pobres. Una vez hecho esto, partió para Nápoles y ahí murió al poco tiempo. Los milagros que hizo Patricia después de muerta, llevaron al pueblo cristiano a venerarla como santa. Su culto se renovó varios siglos más tarde, con motivo del descubrimiento y translación de sus reliquias, en 1549. En 1625, Santa Patricia empezó a figurar entre los patronos de Nápoles. Una presunta reliquia de su sangre sufre anualmente el fenómeno de la liquefacción, como la de San Genaro; J. H. Newman mencionaba ya el hecho en 1846, durante su viaje por Italia.

En *Acta Sanctorum, agosto,* vol. V, hay dos breves biografías medievales, el relato de algunos milagros y otros documentos. Muchos folletos piadosos sobre la santa, publicados en Nápoles y otras ciudades, abundan en invenciones fantásticas, como las de que Patricia fue emperatriz e hija de Constantino el Grande, Cf. Thurston, *The Month,* 1927, quien escribió varios artículos sobre la liquefacción de la sangre.

SAN MENAS, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA (552 P.C.)

MENAS, NATURAL de Alejandría, ejercía el sacerdocio en Constantinopla. El año 536, fue elegido patriarca y consagrado por el Papa San Agapito, quien se hallaba entonces en Constantinopla. Menas se dedicó a reparar el daño que había hecho su predecesor Antimo, quien era monofisita, y a combatir a algunos origenistas que turbaban la paz religiosa en el oriente. El año 544, el emperador Justiniano quien, como tantos otros emperadores de oriente y con más razón que muchos de ellos, se consideraba teólogo, trató de ganarse a sus súbditos monofisitas condenando una serie de escritos conocidos con el nombre

de los "Tres Capítulos". Así pues, ordenó que todos los obispos del Imperio firmaran la condenación. San Menas fue el primero en hacerlo, pero bajo la condición de que retiraría su firma, si el Papa no estaba de acuerdo. Desgraciadamente no se atuvo a la condición que había puesto.

No podemos narrar aquí en detalle los acontecimientos subsiguientes. Muchos obispos de occidente, si bien pensaban que los "Tres Capítulos" contenían algunas herejías, se opusieron a la condenación, porque ponía en cuestión ciertos principios del Concilio de Calcedonia. El Papa Vigilio se mostró vacilante, pero finalmente, en 551, se negó a aceptar el edicto de Justiniano. Primero se refugió en la iglesia de San Pedro, en Constantinopla, ciudad ésta a donde el emperador le había convocado perentoriamente; después huyó a la iglesia de Santa Eufemia, de Calcedonia. Desde ahí excomulgó a Menas y a todos los que habían firmado el edicto imperial. Menas aseguró al Papa que el edicto estaba en perfecto acuerdo con las actas del Concilio de Calcedonia y, a fin de cuentas, se determinó que la cuestión de los "Tres Capítulos" se discutiese en un nuevo concilio ecuménico.

San Menas no asistió a la asamblea, puesto que murió el 24 de agosto de 552, y el concilio no se reunió sino hasta el año siguiente. En él fueron condenados los "Tres Capítulos" y el Papa Vigilio aprobó y firmó la condenación. Es éste un caso curioso de la historia, ya que vemos a un patriarca sostener firmemente una medida que había de ser aprobada por un concilio ecuménico, en tanto que un Papa débil, desconcertado por los diversos puntos de vista de los obispos de occidente y del emperador de oriente, era incapaz de seguir una línea definida de pensamiento y de acción. Sin embargo, hay que hacer notar que la cuestión no versaba propiamente sobre materias de fe, sino sobre la oportunidad y los efectos disciplinares de la condenación llevada a cabo por el emperador. El nombre de San Menas figura en el Martirologio Romano.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. v, hay una breve biografía griega y un estudio general de la actitud del santo; pero la cuestión de los *Tres Capítulos* forma más bien parte de la historia de la Iglesia. Ver Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. IV; F. Savio, *Il Papa Vigilio* (1904); y sobre todo DTC., vol. XI, cc. 1574-1588; y Fliche-Martin, *Histoire de l'Eglise*, vol. IV, pp. 453-471.

SANTA EVA, Abadesa de Coldingham, Virgen (683 p.c.)

SE LLAMA algunas veces a esta santa "Eva la Mayor" para distinguirla de otra abadesa de Coldingham del mismo nombre, quien, según se dice, fue asesinada por los daneses el año 870. Nuestra santa era hermana de San Oswaldo y de Oswine de Nortumbría. Oswine quería que contrajese matrimonio con el rey de Escocia, pero Eva se negó y tomó el hábito de manos de San Finiano de Lindisfarne. El santo le cedió unas tierras en Derwent, donde Eva fundó el monasterio de Ebbchester. Más tarde pasó a Coldingham, en Berwick, donde fundó un monasterio mixto. El promontorio en el que se hallaba el monasterio se llama todavía St. Abb's Head ("Cabeza de Santa Eva"). San Cutberto fue a visitar ahí a Santa Eva, y Santa Etelreda estuvo bajo su dirección antes de ser abadesa de Ely.

La santidad personal, es decir la fuerza de gobernarse rectamente a sí mismo, no va siempre unida con la capacidad de gobernar a otros. Según parece, Santa Eva no tuvo gran éxito como abadesa. Beda relata que San Adamnán,

que era monje en Coldingham, tuvo una visión en la que se le anunció que el monasterio sería destruido por el fuego, porque los religiosos y religiosas eran negligentes y frívolos: "Las celdas, que habían sido construidas para la oración y la lectura, se han convertido en salas de festejo, en las que los religiosos beben, charlan y se divierten. Las doncellas dedicadas al Señor, olvidando el respeto que deben a su profesión, pasan el tiempo en tejer finos brocados, ya sea para adornarse con ellos, como novias que van a contraer matrimonio, lo cual es peligroso para su estado, ya sea para atraer sobre sí las miradas de los visitantes". No es imposible que San Adamnán, que era un hombre virtuoso y veía claro, haya querido redactar su profecía en forma de visión, por motivos de prudencia. En efecto, cuando la cosa llegó a oídos de Santa Eva y ésta le pidió explicaciones, el santo respondió: "Hasta ahora no me había atrevido a hablar claro por el respeto que os debo". Y añadió con mucho tacto: "Pero la catástrofe no tendrá lugar bajo vuestro gobierno". El cronista afirma que la profecía hizo que los religiosos se morigerasen durante algún tiempo. Pero, después de la muerte de Santa Eva, se desbocaron aún más que antes, y el monasterio se incendió a poco de desaparecer la abadesa. Beda añade: "Estoy cierto de que todo esto es verdad, pues me lo contó un reverendo hermano en el sacerdocio, llamado Edgils, quien vivía entonces en el monasterio. Cuando éste se incendió, Edgils pasó a nuestro monasterio, donde vivió muchos años, hasta su muerte".

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. v, hay una biografía de Santa Eva escrita por Capgrave, quien se basó en parte en la obra de Reginaldo de Durham. Véase también la edición de Plummer de las obras de Beda; y DCB., vol. II, pp. 22-23. Prácticamente la única huella del culto de Santa Eva son las lecciones del Breviario de Aberdeen.

SAN GREGORIO DE UTRECHT, Abad (¿775? p.c.)

GREGORIO nació cerca de Tréveris hacia el año 707. Cuando tenía quince años, su tía, que era abadesa del convento de Pfalzel, le pidió que fuese a leer un libro a sus religiosas. Se hallaba entonces presente San Bonifacio, quien iba de paso de Frieslandia a Hesse y Turingia. Cuando Gregorio terminó la lectura, su tía le rogó que hiciese un resumen, pues no todas las religiosas entendían el latín; pero Gregorio respondió que no sabía resumir. Entonces San Bonifacio se levantó, hizo el resumen y añadió una homilía sobre la necesidad y la grandeza de la vida virtuosa y apostólica. La homilía produjo tal impresión en Gregorio, que resolvió seguir al santo a dondequiera que fuese. San Bonifacio le llevó consigo, le instruyó, le tomó por compañero en todos sus viajes y llegó a quererle como a un hijo. El discípulo fue un fiel imitador del espíritu y virtudes del maestro y colaboró con él en todas sus misiones. Poco antes de morir, San Bonifacio envió a San Gregorio a Utrecht a gobernar un monasterio dedicado a San Martín, que acababa de fundarse. El año 754, San Bonifacio conquistó la corona del martirio, al mismo tiempo que San Eobán, quien había administrado la sede de Utrecht desde la muerte de San Wilibrordo. San Gregorio tuvo entonces que encargarse de la administración de la diócesis. Aunque desempeñó ese oficio durante veinte años hasta su muerte, no llegó a recibir la consagración episcopal. El Martirologio Romano y otros documentos afirman que fue obispo, pero consta que no llegó a serlo, pues así lo dice expresamente su biógrafo, San Ludgerio.

La abadía de San Martín se convirtió, bajo el gobierno de San Gregorio,

en un gran centro misional. Los aspirantes a la vida religiosa acudían no sólo de las regiones circundantes, sino aun de Inglaterra. Entre los discípulos de San Gregorio se contaron San Ludgerio, San Lebwino y San Marchelem; los dos últimos eran ingleses y San Ludgerio había estudiado en York. Con su predicación y diligencia pastorales, San Gregorio hizo de la diócesis un sitio digno de la abadía. San Ludgerio alaba principalmente a su maestro por su prudencia, liberalidad y espíritu de perdón. Los dos hermanos de San Gregorio fueron asesinados alevosamente. Las autoridades enviaron a los asesinos a San Gregorio para que éste decidiese qué género de muerte habían de sufrir. (Como se sabe, en aquella época existía la bárbara costumbre de que los parientes de la víctima determinasen la sanción). El santo, en vez de castigarlos, dio a cada uno una generosa limosna y los dejó en libertad. Gregorio soportó con ejemplar paciencia y fortaleza una parálisis durante los últimos tres años de su vida. Murió en Maestricht, el 25 de agosto, alrededor del año 775. Los canónigos regulares de Letrán, así como las diócesis de Utrecht y Tréveris, celebran la fiesta del santo.

Como dijimos arriba, San Ludgerio escribió una biografía de San Gregorio, que es nuestra fuente principal. Puede verse en Mabillon y en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. v. Pertz hizo una edición crítica en MGH., *Scriptores*, vol. xv. Véase H. Timmerding, *Die christliche Frühzeit Deutschlands*, vol. II, *Die angelsächsische Mission* (1929); y J. Coppens, *Kerkgeschiedenis van Noord-Nederland* (1902), pp. 62-70; Hauck, *Kirchengeschichte Deustschelands*, vol. II.

SANTA JUANA ANTIDE-THOURET, Virgen, Fundadora de las Hermanas de la Caridad bajo la protección de San Vicente (1826 p.c.)

Juana Antide-Thouret nació el 27 de noviembre de 1765, en Sancey-le-Long, en las cercanías de Besançon. Su padre era curtidor. Juana era la quinta hija de una numerosa familia. A los dieciséis años perdió a su madre y, hasta la edad de veintidós, se dedicó a atender a su padre; después, Dios la llamó claramente a la vida religiosa. Ingresó en el convento de las Hermanas de la Caridad, en París. Durante el postulado y el noviciado, cayó gravemente enferma dos veces. Por otra parte, cuando estalló la Revolución, la obra de las Hermanas de la Caridad fue apenas tolerada, sufrió una constante persecución por parte de las autoridades, hasta que, en 1793, las religiosas fueron dispersadas, antes de que Juana hiciera su profesión. Pidiendo limosna, hizo a pie el viaje hasta Sancey-le-Long. Su padre había muerto ya, y uno de sus hermanos se había hecho revolucionario, cosa que causó gran pena a Juana. La santa se fue a vivir con su madrastra y abrió una escuela gratuita. Por la mañana, enseñaba a los niños del pueblo a leer y escribir y los instruía en la doctrina cristiana. El resto del día y parte de la noche, los pasaba en visitas a los enfermos y necesitados de la parroquia. Como si fuese poco, daba albergue a los sacerdotes perseguidos para que pudiesen celebrar la misa y administrar los sacramentos. Por ello, fue denunciada repetidas veces a las autoridades, pero con su encantadora franqueza desarmaba a todo el mundo. Sin embargo, en 1796, hubo de refugiarse en Suiza, donde vivió con las Hermanas del Retiro Cristiano, una congregación fundada en Friburgo por el venerable Antonio Receveur. Juana acompañó a las religiosas a Alemania y, al cabo de algún tiempo, retornó al cantón suizo de Neufchâtel, a pie y pidiendo limosna. Ahí conoció al P. de Chaffoy, vicario general de Besançon, el cual, viendo que las circunstancias habían mejorado en Francia,

la invitó a volver a su patria para encargarse de una escuela. Juana se resistía al principio, alegando que carecía de una formación adecuada en la disciplina religiosa. Pero el P. de Chaffoy le respondió: "Es verdad. Y, sin embargo, estoy seguro de su capacidad para hacer lo que le pido. Lo que se necesita es valor, virtud y confianza en Dios, precisamente las cualidades que la adornan".

La escuela de Besançon se inauguró en abril de 1799. Para octubre, la fundación contaba ya con cuatro miembros, y la escuela se transladó a una casa más espaciosa, a la que las religiosas añadieron un dispensario y un comedor gratuito. En 1800, las religiosas eran ya doce, y se inició el noviciado regular. Se criticó mucho a Santa Juana por haber fundado una nueva congregación en vez de volver a su antiguo instituto cuando se firmó el Concordato, en 1801 y ella no estaba del todo tranquila acerca de ese punto, hasta que el P. de Chaffoy le hizo comprender que no tenía compromiso alguno con su antigua congregación. En efecto, Juana no había llegado a hacer la profesión, la Revolución la había arrancando por fuerza a la comunidad, y la vida comunitaria no estaba aún legalmente restablecida. Por otra parte, había fundado la nueva congregación por obediencia a las autoridades eclesiásticas. A petición del prefecto de la ciudad, Juana aceptó la dirección del manicomio femenino de Belleveaux, en el que no sólo había enfermas mentales, sino también huérfanas, mendigas y criminales. Por haber aceptado la dirección de esa institución, se levantó contra ella una oleada de odio y hostilidad que, durante algún tiempo, obstaculizó el progreso de la congregación. Pero al fin, en 1807, el arzobispo de Besançon, Mons. Le Coz, aprobó oficialmente la congregación. En 1810, las Hermanas de la Caridad de Besançon tenían ya casas en Suiza y Saboya. Ese año, Joaquin Murat, rey de Nápoles, cedió a Santa Juana el convento de Regina Coeli para que administrase uno de los hospitales de la ciudad. La santa se transladó a Nápoles con siete religiosas y ahí permaneció hasta 1821, ocupada en organizar la educación de las niñas, el cuidado de los enfermos y la situación económica de la comunidad. Una de las cosas que hizo, fue conseguir que se rescindiesen las leyes que dejaban a las religiosas a merced de las autoridades civiles y prohibían que las comunidades establecidas en Nápoles dependieran de una madre general extranjera.

Pío VII aprobó el instituto en 1818. Al año siguiente, lo confirmó por un breve. Desgraciadamente, en vez de regocijarse y aprovechar la nueva estabilidad que confería a la congregación la aprobación pontificia, las religiosas se dividieron. Ese cisma fue la gran pena durante los últimos años de la fundadora. En el breve de aprobación, la Santa Sede había hecho ligeras modificaciones a la regla y había dispuesto que todos los conventos de las Hermanas de la Caridad bajo la protección de San Vicente de Paul (pues tal era el nombre oficial) debían depender de los obispos locales y no del arzobispo de Besançon, como hasta entonces estaba establecido. El arzobispo de Besançon, Mons. Cortois de Pressigny, que tenía una mentalidad galicana, declaró que no estaba dispuesto a admitir esa cláusula. Así pues, separó del resto de la congregación a todos los conventos de su diócesis y aun prohibió a las religiosas que recibiesen a su fundadora y superiora general. En 1821, Santa Juana fue a Francia y pasó dieciocho meses en París, tratando en vano de resolver las dificultades. Como último recurso, se presentó personalmente en la casa madre de Besançon, pero las religiosas se negaron a recibirla. Desde el punto de vista de la caridad y por el examen de los hechos, podemos suponer que las religiosas procedieron

así por obediencia al arzobispo y no por espíritu de partido. Felizmente, antes de que el cisma tomase forma definitiva, muchas de las religiosas de Besançon tomaron partido en favor de su superiora y de las disposiciones de la Santa Sede. Santa Juana escribía: "Por lo que toca a los asuntos de Francia, dejémoslo todo en manos de la Providencia. Según el consejo de la Santa Sede, hemos hecho todo lo posible por restablecer la unidad y no lo hemos conseguido aún. Así pues, no nos queda más que dejarlo todo a la misericordia de Dios, en cuyas manos nos hemos puesto desde hace mucho tiempo. ¡Que todo sea para Su gloria!" La santa regresó a Nápoles. Al cabo de tres años, en los que trabajó con afán fundando nuevos conventos en diversas partes de Italia, murió apaciblemente, el 24 de agosto de 1826. Juana Antide-Thouret fue canonizada en 1934.

La mejor biografía es la de F. Trochu. Existe en francés otra biografía escrita por P. Bernard y en inglés, una escrita por Blanche Anderdon.

26: SAN CEFERINO, Papa y Mártir (*c.* 217 p.c.)

SAN CEFERINO sucedió a San Víctor I en el pontificado hacia el año 199. En aquella época, perturbaban la paz de la Iglesia los montanistas, dos sectarios llamados Teódoto y una disputa cristológica entre dos partidos. El jefe de uno de los partidos era un sacerdote llamado Hipólito (13 de agosto). Hipólito se opuso violentamente a Ceferino y a su diácono y consejero Calixto. El Pontífice se negó a aceptar la doctrina cristológica de Hipólito. Así pues, resulta difícil aceptar que, según la afirmación del propio Hipólito en sus *Philosophumena*, Ceferino haya sido un hombre sin educación y débil de carácter, simple instrumento en manos de Calixto. Eusebio cuenta que San Ceferino se opuso con tal celo a las blasfemias de los dos Teódotos, que los partidarios de éstos se volvieron contra él y le llamaron, para gran gloria del Pontífice, "el principal defensor de la divinidad de Cristo".

El emperador Septimio Severo abandonó en sus últimos años su política de tolerancia del cristianismo y decretó duras penas contra los que se convirtiesen. Lo único que sabemos de esta persecución es que numerosos cristianos confesaron en Roma la fe. Se venera a San Ceferino como mártir. El santo merece ese título por las persecuciones de que fue objeto, aunque probablemente no murio por la fe.

Sabemos muy poco acerca de San Ceferino. Las únicas fuentes son uno o dos pasajes de Eusebio y un artículo muy confuso del *Liber Pontificalis*. Mons. Duchesne ha intentado sin éxito aclarar el artículo del *Liber Pontificalis* (vol. I, pp. 139-140). Véase *Acta Sanctorum*, agosto vol. V; y DCB., vol. IV, pp. 1215-1220. Acerca del sitio de la sepultura de San Ceferino, cf. Marucchi, en *Nuovo bullettino di arch, crist.* (1910), pp. 205-225.

SANTA ISABEL BICHIER DES AGES, Virgen, Cofundadora de las Hijas de la Cruz o Hermanas de San Andrés (1838 p.c.)

Juana Isabel María Lucía nació en el castillo de Ages, entre Poitiers y Bourges, en 1773. Su padre, Antonio Bichier, era el señor del castillo y empleado del rey. Su madre se llamaba María Augier de Moussac, y el abuelo materno de la beata

desempeñaba también un cargo público de importancia. Lo único que sabemos acerca de la niñez de Isabel es que era tímida, impresionable y que se conmovía profundamente a la vista de los mendigos y de los desdichados. A los diez años, ingresó en la escuela del convento de Poitiers. Su tío, el P. de Moussac, era vicario general de Poitiers y la superiora del convento era también pariente suya. A lo que parece, la jovencita pasó ahí años muy felices. Su diversión favorita consistía en construir castillos de arena. Años después, tuvo que ocuparse mucho de construcciones y comentaba: "Era claro que este iba a ser mi oficio, puesto que empecé a practicarlo desde niña".

Cuando Isabel tenía diecinueve años, murió su padre. Algunas semanas después, en febrero de 1792, la Asamblea Nacional publicó un decreto de expropiación de los bienes de los ciudadanos que habían emigrado de Francia con motivo de la Revolución. Como el hermano mayor de Isabel había emigrado y su madre era ya muy anciana y estaba enferma, la joven decidió defender personalmente sus intereses. Así pues, pidió al P. de Moussac que la dirigiese en el estudio de las leyes de la propiedad y en la manera de llevar las cuentas. La cosa no fue fácil, pero posteriormente debía ser muy útil a la santa. Isabel defendió, pues, a su hermano y las propiedades de su familia; el proceso duró largo tiempo, pero la joven ganó la causa. El zapatero del pueblo, lleno de admiración por el valor de Isabel, le dijo: "Ciudadana, ahora lo único que os queda por hacer es casaros con un buen republicano". Pero Isabel no tenía la menor intención de contraer matrimonio ni con un "buen republicano", ni con un "execrable aristócrata". Todavía se conserva la estampita de Nuestra Señora del Socorro, sobre el reverso de la cual había escrito la joven: "Yo, Juana Isabel María Lucía Bichier, me consagro y dedico desde hoy y para siempre a Jesús y María. 5 de mayo de 1797".

El año anterior se había transladado con su madre a La Guimetière, en las afueras de Béthines del Poitu. Ahí intensificó su vida de piedad y buenas obras. Años después, una criada de la casa dijo a algunas hijas de la Cruz: "Vosotras tenéis gran respeto a vuestra madre. Pero os aseguro que la respetaríais aún más, si hubiéseis visto como yo, lo que hizo por Dios y por los pobres cuando era joven". La parroquia del lugar estaba atendida por un "sacerdote constitucional", de manera que Isabel reunía todas las noches a las familias de los trabajadores de La Guimetière para orar en común, cantar himnos religiosos y leer algún libro espiritual. Por entonces se enteró de que, a unos treinta y cinco kilómetros, un sacerdote que no había prestado el juramento constitucional había organizado su parroquia en un granero. Se trataba del P. Fournet, conocido actualmente con el nombre de San Andrés Fournet (13 de mayo).

Isabel fue a verle a Maillé y ambos se entendieron perfectamente desde la primera entrevista. A partir de entonces, Isabel fue con frecuencia al granero de Petits Marsillys. El P. Fournet la disuadió de hacerse trapista, diciéndole: "Vuestro campo de trabajo está en el mundo. Hay en él muchas ruinas, que reedificar y mucha ignorancia que remediar". Siguiendo la regla de vida que le trazó su director, Isabel se dedicó a reparar los daños que causaba la división religiosa en Béthines y ayudó a su tío y al P. Fournet en la tarea de visitar a los enfermos, a los necesitados e instruir a los niños. Durante los meses de verano, trabajaban con ella dos amigas —Magdalena Moreau y Catalina Guiscard— y

una de sus doncellas llamada María Ana Guillon. En 1804, murió la madre de Isabel. Con la aprobación del P. Fournet, ésta se puso un vestido negro tan burdo como el de las campesinas del lugar, lo cual provocó una tempestad en un vaso de agua. Los parientes de Isabel, que asistieron a los funerales elegantemente vestidos, se indignaron. El grave vicario general reprendió severamente al P. Fournet por haber permitido aquella extravagancia a su sobrina y dio a ésta la orden de cambiar de indumentaria. Isabel se negó rotundamente. Las hablillas de los parientes continuaron, pero el P. de Moussac acabó por ceder, sospechando que el gesto de Isabel simbolizaba algo más profundo. Así era.

Desde hacía algún tiempo, el P. Fournet estaba convencido de que la región necesitaba una comunidad de religiosas que se encargaran del cuidado de los enfermos y de la instrucción de las niñas en los distritos rurales y creía que la Srita. Bichier estaba llamada a dirigir esa comunidad. Isabel replicó que jamás había sido siquiera novicia, mucho menos superiora. Entonces San Andrés la envió a hacer un año de noviciado con las carmelitas de Poitiers; pero, temiendo tal vez que no volviese nunca, le mandó que se transladase al noviciado de la Sociedad de la Providencia. Entre tanto él empezó a organizar en La Guimetière la futura comunidad con cuatro jóvenes, entre las que se contaban Magdalena Moreau y María Ana Guillon. Cuando Isabel no llevaba más que seis meses en el noviciado, el P. Fournet la mandó llamar, a pesar de todas sus protestas. Como La Guimetière estaba demasiado lejos de Maillé, la comunidad se trasladó en mayo de 1806, al castillo de Molante. Ahí empezaron las religiosas a enseñar a los niños, a atender a los pobres, a los enfermos y a hacer actos de reparación por los ultrajes cometidos contra el Santísimo Sacramento en la Revolución.

Al principio, San Andrés y Santa Isabel proyectaban simplemente una congregación local. Las primeras religiosas hicieron los votos temporales a principios de 1807, en tanto que encontraban una congregación ya establecida a la que pudiesen afiliarse. Pero ya a fines de 1811, habían comprendido que era necesario fundar una nueva congregación. Como ya contaba la comunidad con veintisiete religiosas, hubo de trasladarse a una casa más grande en Maillé. Cinco años más tarde, las autoridades eclesiásticas de Poitiers aprobaron oficialmente a las Hijas de la Cruz,* cuyo nombre tenía una significación tan profunda para la "buena madre Isabel". El cargo y la vocación de Isabel le acarrearon considerables pruebas y fatigas, a las que ella añadía aún ayunos, vigilias y otras austeridades. Por su parte, el P. Fournet no la trataba precisamente con dulzura.

En 1815, a raíz de un accidente sufrido en un vehículo, la santa tuvo que ir a operarse a París. El rey Luis XVIII la recibió en las Tullerías. A su vuelta a Maillé, Isabel sufrió una de las mayores pruebas de su obediencia y humildad. El P. Fournet la acogió fríamente y le comunicó que había cesado de ser superiora. Se dice que San Andrés procedió en esa forma porque había sido engañado por las malas lenguas; pero no es imposible que la verdadera razón haya sido el deseo de evitar que los éxitos de París hicieron daño a Isabel, ya que una semana después la restituyó en su cargo.

Entre 1819 y 1820, Santa Isabel inauguró trece conventos. Pero en la misma época surgió una disputa acerca de la jurisdicción, que estuvo a punto de acabar

*Tal es el nombre oficial de la congregación, aunque hay otras del mismo nombre. La fundadora gustaba de llamar a sus religiosas Hermanas de San Andrés, en honor del santo patrono del P. Fournet.

con la congregación. Felizmente, las cosas se arreglaron y continuaron los progresos de la obra al mismo ritmo. Las autoridades civiles querían que se fundasen pequeños conventos en las regiones rurales y que las religiosas trabajasen entre los campesinos del lugar; así pues, entre 1821 y 1825, las Hijas de la Cruz fundaron unas quince casas en una docena de diócesis diferentes. Después, el obispo de Bayona las llamó al sur de Francia, y la congregación se introdujo en Béarn, el País Vasco, Gascuña y Languedoc. Para 1830, había ya más de sesenta conventos, y los viajes de la madre Isabel podían rivalizar con los de Santa Teresa.

Cuando se abrió el convento de Igon, en el País Vasco, fue nombrado director espiritual un joven vicario llamado Garicoïts, a quien la Iglesia venera ahora como San Miguel Garicoïts. Santa Isabel le animó a fundar la congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Bétharram, de suerte que el santo solía decir: "Es la obra de la buena madre. Yo no hice más que seguir sus instrucciones". Cuando murió San Andrés, en 1834, ("la pérdida más grande y más triste que hemos sufrido", según declaró Santa Isabel), el P. Garicoïts se convirtió en el segundo P. Fournet de las Hijas de la Cruz, por lo menos en lo que se refería a los conventos del País Vasco y lo fue hasta su muerte. En 1836, la salud de Santa Isabel empezó a declinar. Sus fuerzas estaban exhaustas; a ello se añadió una erisipela facial y un recrudecimiento de los males que la habían obligado a operarse en París, veinte años antes. En la primavera de 1838, su estado de salud era alarmante, pues tenía continuos dolores muy agudos y deliraba a ratos. Finalmente, al anochecer del 26 de agosto, tras diez días de agonía que soportó con heroica paciencia, Dios la llamó a Sí.

Santa Isabel Bichier des Ages fue canonizada en 1947. Se cuentan muchas anécdotas acerca de su bondad y piedad. Una de éstas es especialmente oportuna en una época como la actual, en que los cristianos han discutido interminablemente si hay que socorrer al enemigo hambriento. La santa encontró un día en un granero a un enfermo. Inmediatamente le transportó al convento, y el enfermo falleció en la noche. A la mañana siguiente, el inspector de policía se presentó a decirle que era culpable de haber prestado auxilio a un incendiario. La santa respondió: "Estoy pronta a ir a la prisión. Lo único que tengo que declarar es que vos hubiérais hecho lo mismo que yo en iguales circunstancias. Encontré a ese hombre gravemente enfermo, le traje conmigo y le asistí. A pesar de mis esfuerzos, falleció. Estoy dispuesta a repetir la historia ante el juez". Esta escena es característica de la sencillez con que Santa Isabel ponía en práctica su ideal cristiano. Si bien se pueden poner ciertas objeciones a las opiniones teológicas y políticas de Luis Veuillot, hay que reconocer que era un hombre con buen ojo para descubrir a los santos. Dicho autor dijo una vez acerca de Isabel Bichier: "Es uno de los temperamentos más ricos que he encontrado: bondadosa, resuelta, estricta, inteligente, trabajadora y, sobre todo, verdaderamente humilde. No se arredra ante ninguna dificultad. Jamás obstáculo alguno es demasiado grande para su energía sobrehumana. Las pruebas interiores no alteran su serenidad exterior, y el éxito no le hace perder la cabeza. Permanece tranquila en medio de las más furiosas tempestades. Dificultades, desvíos, éxitos, muestras de respeto, injurias, nada altera la serenidad de un alma que ve a Dios en todas las cosas y obedece a su voz".

El P. L. Rigaud escribió la primera biografía de Isabel (traducida al italiano en 1934). También escribió una vida de San Andrés Fournet, cofundador de las Hijas de la

Cruz. La biografía más completa y documentada es la del P. Jules Saubat; más popular es la obra del P. Etienne Domec, *Ste Jeanne-Elisabeth Bichier des Ages* (1934). En la *Vie Spirituelle*, núm. 320 (julio de 1947) hay un estudio del P. Domec sobre la santa.

BEATO TIMOTEO DE MONTECCHIO (1504 P.C.)

TENEMOS muy pocos datos sobre la vida de este santo sacerdote franciscano, aunque Pío IX confirmó su culto en 1870. Según se dice, había nacido cerca de Aquila, en los Abruzos, en el seno de una familia distinguida. Ingresó muy joven en la orden de San Francisco y, desde el primer momento, se distinguió por su austeridad y la observancia escrupulosa de las reglas. A lo que parece, una de las cosas que más impresionaban a sus contemporáneos era la eficacia de las oraciones del beato por los necesitados. Timoteo obró numerosos milagros. Se cuenta que se le aparecieron la Santísima Virgen y San Francisco y que el Señor le hablaba en forma sensible en el Santísimo Sacramento. El Beato Timoteo murió a los sesenta años, en el convento de Sant'Angelo de Ocra, donde aún se veneran sus reliquias.

Véase Mazzara, *Leggendario Francescano* (1680), vol. III, p. 540; y Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. III p. 88.

BEATO TOMAS PERCY, MÁRTIR (1575 P.C.)

EL PADRE de este mártir era Sir Thomas Percy, hermano y presunto heredero del sexto conde de Nortumbría. Aunque Sir Thomas no ha sido considerado formalmente como mártir, sí murió en la horca en Tyburn en 1537 por haber figurado como organizador de la "Peregrinación de Gracia", un acto que constituyó la protesta por la supremacía eclesiástica de Enrique VIII. Su hijo mayor, Tomás, y su hijo menor, Enrique, fueron arrebatados a la custodia de su "desleal" madre, cuando el primero tenía apenas nueve años. En 1549, se suprimieron, en parte, los efectos legales que pesaban sobre los dos jóvenes a causa del "crimen" de su padre y se les devolvieron sus títulos de nobleza. Ocho años más tarde, la reina María permitió a Sir Thomas Percy tomar la sucesión del condado de Nortumbría. Sir Thomas sirvió lealmente a la reina en los asuntos militares y civiles de la frontera de Escocia. En 1558, contrajo matrimonio con Ana Somerset, hija del conde de Worcester. Cuando la posición de la reina Isabel se fue consolidando y la Iglesia anglicana se convirtió en la Iglesia del país, empezó a considerarse a Tomás Percy como sospechoso, pues "se le tenía por muy católico". Tomás tuvo la prudencia de oponerse lo menos posible a la soberana, cosa que le resultaba relativamente fácil, ya que, ocupado en los asuntos del norte, rara vez iba a la corte. Isabel le concedió la Orden de la Charretera en 1563, pero ciertas expresiones de Tomás durante su juicio, dejaron entrever que no estaba muy satisfecho de su conducta ambigua por aquella época. Pero pronto iba a desempeñar un papel de primer plano.

El norte de Inglaterra era todavía católico en su mayoría. Un observador protestante hacía notar que en Yorkshire "hay a lo sumo unos diez caballeros de importancia que están en favor de la política religiosa de la reina". María Estuardo se convirtió en el ídolo de los católicos cuando se refugió en Carlisle, en 1568. El conde de Nortumbría apoyó su causa, con la esperanza "de conseguir que se mejorase la situación de la religión, o que por lo menos se tolerase que las gentes obrasen según su conciencia". Naturalmente, la actitud del conde no pasó inadvertida en la corte, y pronto recibió la orden perentoria de salir de Carlisle, cosa que él consideró como "una gran falta de respeto" y que le causó gran indignación. En 1569, los gentilhombres del norte empezaron a pensar en sostener por las armas la candidatura de María Estuardo al trono "con el objeto de restituir a su primitivo estado la corona, la nobleza y el culto divino". Sir Thomas tenía sus dudas sobre el plan y quería que se pusiese en claro que no intervenía en él ningún motivo político: "Si no me equivoco, lo que buscamos es la gloria de Dios y no la de los hombres", decía. Así pues, junto con Carlos Neville, conde de Westmorland, escribió a Pío V para pedirle consejo y dirección. Pero los dos caballeros, se vieron obligados a proceder antes de recibir su respuesta.* La noticia de la conspiración se había divulgado y pocos días después de haber escrito al Papa, los dos condes fueron convocados por la reina. Inmediatamente se reunieron ambos en el castillo de Brancepeth y decidieron (contra el parecer del conde de Nortumbría) hacer caso omiso de la convocación de Isabel. El 14 de noviembre partieron rumbo a Durham, a la cabeza de sus tropas. Los habitantes de la ciudad los recibieron con los brazos abiertos y en la catedral se restableció el culto católico. Por inoportuna y lamentable que haya sido esa rebelión, no se puede negar que constituyese una prueba de que, tras once años de apostasía forzada, el pueblo era todavía católico de corazón en el norte de Inglaterra y, por cierto que no sólo Durham acogió con entusiasmo la restauración del catolicismo. La misa empezó a celebrarse en las parroquias de Auckland, Darlington, Ripon, Staindrop, Stokesby, Whitby y en muchas otras. Entre tanto, las tropas de los condes, ondeando la bandera de las Cinco Heridas y con el Beato Tomás Plumtree como capellán principal, marcharon hasta Wetherby, en el Yorkshire. En todas partes se les unían nuevos voluntarios y el pueblo se llenaba de entusiasmo. El ejército se desvió después hacia el norte, tomó Hartlepool y Bernard Castle. Pero ahí terminaron sus victorias. Un mes más tarde, las tropas de Isabel, capitaneadas por el conde de Sussex, reconquistaron el terreno perdido. Los dos condes rebeles disolvieron su ejército en Durham y huyeron a Escocia, acompañados por sus principales capitanes.

La venganza del conde de Sussex fue feroz. Los ricos escaparon simplemente, pagando una jugosa multa, pero los pobres fueron ahorcados por centenares y todas las poblaciones situadas entre el Wear y el Tyne sufrieron las consecuencias de la rebelión. Westmorland huyó a Flandes. La condesa de Nortumbría, que había sido una de las principales instigadoras de la rebelión y que no paraba mientes en menudencias y escrúpulos, como su marido, obtuvo la protección del ministro del interior. En cuanto al conde de Nortumbría fue denunciado ante el conde de Moray, regente de Escocia y cayó en sus manos. El conde de Moray se negó a entregarlo, pero su sucesor, el conde de Mar, le vendió a la reina por 200 libras esterlinas. No fue esa la primera ni la última vez que un refugiado en Escocia fue vendido. Antes de que dicha venta se llevase a cabo, el conde estuvo prisionero dos años y medio en el castillo de Lochleven. El doctor Nicolás Sander, uno de los principales teólogos católicos de entonces, dejó escrito que Sir Thomas Percy soportó con ejemplar

*El Papa aprobó la rebelión. La respuesta estaba fechada dos días antes que la bula "Regnans in excelsis".

paciencia la prisión y la separación de su esposa y de sus cuatro hijos. Observaba todos los ayunos impuestos por la Iglesia, pasaba mucho tiempo en oración y meditación (todavía se conserva un libro de oraciones compuesto por él) y se negó absolutamente a aceptar el ofrecimiento de comprar la libertad al precio de la apostasía. El señor del castillo de Lochleven, Guillermo Douglas, estaba en tratos con la esposa de Tomás para venderle la libertad de su marido y la condesa recorrió Escocia y los Países Bajos tratando de conseguir el precio del rescate. Pero Isabel se le adelantó, y Tomás fue trasladado al castillo de York, el 21 de agosto de 1572.

Por mandato de la reina, el interrogatorio del conde se inició durante el viaje a York. Como éste se negase una vez más a comprar la libertad al precio de la apostasía, se le dijo que sería ejecutado al día siguiente. Tomás pasó toda la noche en oración, excepto unos breves instantes en que el sueño le venció. Al día siguiente, fue conducido a "The Pavement", donde se había erigido el cadalso. El conde manifestó al pueblo que moría católico: "En cuanto a la nueva Iglesia de Inglaterra", declaró, "yo no la conozco". En seguida expresó su pena por haber sido la ocasión de la muerte de muchos, durante la rebelión en favor de la causa católica, pero añadió: "Estoy absolutamente seguro de que las almas de los que murieron por esa causa, gozan ya de la gloria". En cuanto fue decapitado, el pueblo se precipitó a recoger hasta la última gota de sangre, "pues durante toda su vida había sido muy amado". El conde Tomás tenía cuarenta y cuatro años al morir. Su esposa murió, desterrada en Namur, en 1596. Dos años después, la más joven de sus hijas, María, a quien el conde probablemente no conoció, fundó en Bruselas un monasterio de religiosas benedictinas que se trasladaron más tarde a Haslemere, en el Surrey, donde se hallan en la actualidad. Sir Thomas Percy fue virtualmente beatificado en 1896. Su fiesta se celebra en las diócesis de Hexham, Leeds y Middlesbrough.

En el segundo volumen de Cam, LEM., pp. 111-186, hay un relato muy completo sobre Sir Thomas, escrito por G. E. Philips. Dicho autor se basó en los documentos oficiales de la Record Office, en *Annals of the House of Percy* de De Fonblanque (1887, vol. II, pp. 3-123), y en la publicación de la Surtees Society, *Despositions and Ecclesiastical Proceedings from the Courts of Durham* (1845). En la *Concertatio* de Bridgewater hay una descripción del martirio del conde, escrita por Nicolás Slander. Véase también M. M. Merrick, *Thomas Percy, Seventh Earl* (1949).

BEATO BERNARDO DE OFFIDA (1694 P.C.)

BERNARDO nació en Appignano de las Marcas, en 1604. Sus padres eran de humilde origen y, a los siete años, enviaron a Bernardo a pastorear el rebaño. Sintiéndose llamado a la vida religiosa, fue aceptado por los capuchinos como hermano lego, en 1626. Después de la profesión, fue enviado de enfermero al convento de Fermo. Más tarde fue trasladado a otros conventos de su orden y en todos se distinguió por su fervor y su celo. Los hermanos encontraban su celo exagerado en ciertas ocasiones, como cuando le acusaron ante el provincial de ser demasiado liberal en sus limosnas, con detrimento de la comunidad. El provincial le convocó ante el capítulo del convento y le reprendió severamente, cosa que fue motivo de gran satisfacción para el humilde hermanito. A los sesenta años de edad se le nombró cuestor, es decir encargado de pedir limosna de puerta en puerta para el convento de Offida. En el desempeño de su cargo, el

hermano Bernardo daba más de lo que recibía, ya que las gentes acudían a él en busca de consejo, consuelo y ayuda, pues su prudencia no podía permanecer oculta. El beato poseía un don especial para reconciliar a los enemigos y hacer la paz en las familias; aun los pecadores más endurecidos encontraban irresistibles sus exhortaciones. Era tal la fama del santo hermanito, que los habitantes de Offida acudían a él a pedirle, sin rodeos, que hiciese milagros. Ello le produjo dificultades en algunas ocasiones. Así, por ejemplo, se cuenta que cierto día una mujer llegó con un niño tan enfermo, que murió en los brazos del hermano Bernardo. Entonces la madre, tomó al beato por el hábito y le dijo que no le dejaría partir si no resucitaba a su hijito. Bernardo la condujo a la iglesia, depositó el cadáver sobre el altar de San Félix de Cantalice y exclamó: "Mi buen San Félix, tienes que sacarme de apuros". En seguida se arrodilló a orar, y el niño resucitó perfectamente sano. También se cuenta que Nuestra Señora se le apareció un día y le dijo que todos sus pecados estaban perdonados.

Bernardo murió a los noventa años, el 22 de agosto de 1694. Durante los últimos años de su vida había sido portero del convento, y los pobres y necesitados no habían cesado de acudir a él. Fue beatificado en 1795.

Véase Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. III, pp. 121-123; y E. M. de Beaulieu, *Deux émules de St Félix de Cantalice* (1910).

27: SAN JOSE CALASANZ, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS (1648 P.C.)

JOSE era el menor de los cinco hijos de Pedro Calasanz y María Gastón. Nació en 1556, en el castillo de su padre, cerca de Peralta de la Sal, en Aragón. Estudió humanidades en Estadilla, donde sus compañeros se burlaban continuamente de su virtud y de su fidelidad en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Su padre deseaba que fuese militar; pero José tenía otros planes y logró persuadirle de que le dejase ir a estudiar en la Universidad de Lérida, donde se doctoró en leyes antes de trasladarse a Valencia. Se cuenta que salió de ahí para huír de una joven pariente suya, que le sometió a una tentación semejante a la que muchos siglos antes había sufrido otro José en la corte del faraón. En la Universidad de Alcalá prosiguió sus estudios de teología y, en 1583, fue ordenado sacerdote, a los veintiocho años de edad. Pronto se extendió la fama de la sabiduría y bondad del P. José; más tarde, el obispo de Urgel le nombró vicario general de la provincia de Trempe. Tuvo ahí mucho éxito que aumentó cuando fue enviado a la región de la diócesis más próxima a los Pirineos, es decir, a Andorra, de la que el obispo de Urgel era a la vez "Pastor y Soberano", un título que conserva hasta hoy. Esa región solitaria e inaccesible se hallaba en un estado lamentable de decadencia moral y religiosa. San José visitó hasta el último rincón, tratando de renovar en el clero el sentido de sus responsabilidades y obligaciones. Después volvió a Trempe, donde estuvo hasta que fue nombrado vicario general de toda la diócesis. Pero desde tiempo atrás, José se sentía llamado a una tarea muy diferente. Así pues, resolvió renunciar a su oficio y beneficios, repartió su patrimonio entre sus hermanas y los pobres (guardando para sí lo necesario) y dotó varias instituciones de caridad. En 1592, salió de España con rumbo a Roma.

En la Ciudad Eterna encontró a un antiguo amigo de Alcalá, Ascanio Colonna, que era ya cardenal. El santo estuvo cinco años bajo la protección de los Colonna. Durante la peste de 1595, se distinguió por su generosidad y valor, porfiando con su amigo Camilo de Lelis por ver quién de los dos se entregaba más ardientemente al cuidado de los enfermos y moribundos. Sin embargo, José no perdía de vista el proyecto que le había movido a ir a Roma, a saber, el problema de la instrucción de los niños huérfanos y abandonados, que tan urgentemente necesitaban que alguien se ocupase de ellos. Para entonces, el santo ya se había hecho miembro de la cofradía de la Doctrina Cristiana, que tenía por finalidad instruir a los niños y a los adultos los domingos y días de fiesta. En esa forma, el P. José pudo ver con sus propios ojos la miseria e ignorancia en que vivían los niños. Pronto se convenció de que no bastaba con ofrecer un poco de instrucción una vez por semana y de que hacía falta establecer escuelas gratuitas. Empezó, pues, por persuadir a los directores de las escuelas parroquiales de que admitiesen gratuitamente a algunos alumnos pobres, pero resultaba imposible resolver el problema, sin elevar los salarios de los profesores y el Senado Romano se negó a proporcionar fondos para ello. El santo acudió a los jesuitas y a los dominicos, pero los miembros de ambas órdenes estaban ya tan cargados de trabajo, que no podían soñar en ampliar aún más sus actividades. El P. José llegó a la conclusión de que Dios quería que él se ocupase personalmente del problema y tratase de resolverlo solo. El párroco de Santa Dorotea, Antonio Brendani, puso a disposición del santo dos habitaciones y sus propios servicios; otros dos sacerdotes se ofrecieron a colaborar en la empresa y, en noviembre de 1597, se inauguró una escuela gratuita.

Al cabo de una semana, había ya cien alumnos y el número creció rápidamente. El fundador hubo de comprometerse a pagar profesores escogidos entre los clérigos que carecían de beneficio. En 1599, San José consiguió una nueva casa para la escuela y obtuvo del cardenal Ascanio Colonna permiso para vivir en ella con los otros profesores. José actuaba como superior de la pequeña comunidad. En los dos años siguientes, el número de alumnos llegó a setecientos y, en 1602, la escuela tuvo que mudarse de nuevo a una casa más espaciosa, contigua a la iglesia de Sant'Andrea della Valle. Un día en que el P. José colgaba una campana en el patio, se cayó de la escalera y se rompió una pierna: a resultas del accidente quedó cojo y sufrió durante el resto de su vida. Clemente VIII hizo un préstamo a la escuela y los personajes de importancia empezaron a enviar a sus hijos a ella, lo cual provocó violentas críticas de parte de los profesores de las escuelas parroquiales y de algunas otras personas. Cuando las acusaciones llegaron a oídos del Pontífice, éste pidió a los cardenales Antoniani y Baronio que visitasen la escuela por sorpresa. Así se hizo y los informes de los prelados fueron tan buenos, que Clemente VIII tomó la escuela bajo su protección. La visita volvió a repetirse en circunstancias semejantes durante el pontificado de Paulo V, quien duplicó la pensión de la escuela. Pero esas dificultades no eran más que el comienzo de las persecuciones de que San José de Calasanz sería objeto durante toda su vida. No obstante, continuó el crecimiento y prosperidad de la obra. En 1611, el santo compró para la escuela un "palazzo" próximo a la iglesia de San Pantaleón. Había ya cerca de mil alumnos, entre los que se contaba cierto número de judíos, a quienes el santo abría las puertas y trataba con suma bondad. Poco a poco se inauguraron otras escuelas; en 1621, la Santa Sede aprobó la nueva congregación religiosa de

enseñanza, y San José fue nombrado superior general. Las preocupaciones del superiorato no apartaron al santo de la más estricta observancia ni del cuidado de los menesterosos, de los enfermos y de todos aquellos a quienes podía prestar alguna ayuda. Por entonces, llegó a Roma con su esposa un inglés llamado Tomás Cocket, quien había quedado fuera de la ley en Inglaterra por haber abjurado del protestantismo. El santo le ayudó cuanto pudo, y el Papa, siguiendo su ejemplo, asignó una pensión a los refugiados. La congregación se extendió en los diez años siguientes en Italia y en el Imperio.

En 1630, ingresó en la congregación en Nápoles un sacerdote de unos cuarenta años de edad, llamado Mario Sozzi, quien hizo la profesión a su debido tiempo. Durante varios años, la perversa conducta de dicho sacerdote fue una rémora para sus hermanos. Habiendo conseguido cierta influencia en el Santo Oficio, el P. Sozzi se las ingenió para obtener el puesto de provincial de los Clérigos Regulares de las Escuelas Cristianas en Toscana, con poderes extraordinarios e independencia total del superior general. Su gobierno de la provincia, caprichoso y malévolo, puso en mala situación al P. José ante las autoridades romanas. No contento con ello, el P. Sozzi le denunció al Santo Oficio. El cardenal Cesarini, protector de la congregación, mandó confiscar todas las cartas y papeles del P. Sozzi para reivindicar al santo; pero entre los papeles del P. Sozzi había algunos documentos del Santo Oficio, el cual, incitado por Sozzi, le mandó arrestar y conducir por las calles de Roma como un malhechor. San José compareció ante los asesores, y sólo se salvó de la prisión gracias a la intevención del cardenal Cesarini. Pero el P. Sozzi quedó impune y siguió buscando la manera de apoderarse del gobierno de la congregación, haciendo valer que el santo estaba ya muy anciano y achacoso para gobernar. Finalmente, logró que el P. José fuese suspendido del generalato y que se nombrase un visitador apostólico que le era favorable. El P. Sozzi y el visitador se apoderaron prácticamente del mando y sometieron al fundador al trato más injusto y humillante que se pueda imaginar. El desorden que reinaba en la congregación era tal, que los súbditos leales no conseguían convencer de la verdad a las autoridades eclesiásticas.

A fines de 1643, murió el P. Sozzi y le sucedió en el gobierno el P. Cherubini, quien siguió la misma política. San José soportó esas pruebas con maravillosa paciencia, urgiendo a sus hermanos a obedecer a la autoridad "de facto". En cierta ocasión, llegó hasta ofrecer refugio al P. Cherubini, contra el que se habían rebelado los sacerdotes más jóvenes, indignados por su conducta. La Santa Sede había nombrado desde hacía algún tiempo una comisión de cardenales para estudiar el asunto y, en 1645, restituyó finalmente al santo el puesto de superior general. La noticia llenó de gozo a la mayor parte de los religiosos; pero los descontentos, apoyados por una pariente del Papa, apelaron nuevamente al Pontífice. La suerte les favoreció y, en 1646, un breve de Inocencio X redujo la Congregación de los Clérigos Regulares de las Escuelas Cristianas a la categoría de simple asociación sujeta a los obispos de las respectivas diócesis. Así, a los noventa años de edad, el santo tuvo la pena de ver desmoronarse aparentemente su obra, por autoridad de la Santa Sede, a la que tanto amaba y de verse humillado a los ojos del mundo. Cuando se enteró de la noticia, murmuró simplemente: "Dios me lo dio, Dios me lo quitó. ¡Bendito sea!".

El P. Cherubini fue encargado de la tarea de redactar las nuevas reglas

y constituciones. Pero unos cuantos meses después, los auditores de la Rota comprobaron los cargos que se habían hecho contra él de malversación de fondos del Colegio Nazareno, del que era rector. El P. Cherubini salió de Roma en desgracia. Volvió al año siguiente, arrepentido del papel que había desempeñado en la conspiración contra San José y murió en brazos de éste. San José de Calasanz murió pocos meses después, el 25 de agosto de 1648 y fue sepultado en la iglesia de San Pantaleón. Tenía entonces noventa y dos años. A nadie escapa la semejanza de la vida de San José con la de San Alfonso María de Ligorio. Durante los días turbulentos de la historia de la fundación de los redentoristas, San Alfonso solía consolarse leyendo la vida de San José de Calasanz. Este último fue canonizado en 1767, seis años antes de la muerte de Alban Butler, quien sólo le consagró un breve artículo. En él le calificaba de "segundo Job, perpetuo milagro de fortaleza". El cardenal Lambertini, que más tarde fue Papa con el nombre de Benedicto XIV, empleó la misma comparación ante la Sagrada Congregación de Ritos, en 1728. El fracaso de la obra de San José fue sólo aparente. La supresión de la congregación despertó oposición y protestas en varias ciudades; en 1656, se concedió a los Clérigos Regulares de las Escuelas Cristianas la profesión de votos simples y, en 1669, se aprobó de nuevo la congregación. Los hijos de San José de Calasanz (comunmente llamados escolapios) se hallan actualmente establecidos en varias partes del mundo.

Los biógrafos del santo han aprovechado bien los documentos de los procesos de beatificación y canonización. Tal es particularmente el caso de la biografía italiana del siglo XVIII; el P. Faber la editó en inglés en la *Oratorian Series* (1850). Probablemente, la primera biografía detallada fue la que escribió el P. Mussesti (escolapio) para información del Papa Alejandro VII, menos de veinte años después de la muerte del santo. De entonces acá, se han publicado numerosas biografías en italiano, francés, español y alemán. Citaremos entre ellas las de Timon-David (1883), Tommaseo (1898), Casanovas y Sanz (1904), Heidenreich (1907), Giovanozzi (1930) y Santoloci (1948). Véase también Heimbucher, *Order und Kongregationen der Kat. Kirche*, vol. III, pp. 287-296; y Pastor, *Geschichte der Päpste*, sobre todo vol. XI, pp. 431-433.

SANTOS MARCELO y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (¿287? P.C.)

EL GOBERNADOR de la Tebaida, en Egipto, mandó que compareciesen ante él los diecisiete cristianos de Oxirrinco que habían sido denunciados como "los únicos que se oponen al decreto imperial, insultan a los dioses con su impiedad y desprecian a este tribunal, burlándose de vuestros mandatos." Eran éstos: el tribuno Marcelo, su esposa Mamea y sus dos hijos; un obispo y tres clérigos; un soldado, siete laicos y una mujer. El gobernador, ante el cual comparecieron en Thmuis, cargados de cadenas, trató de persuadirlos para que obedeciesen; como no lo consiguiese, los condenó a las fieras. Al día siguiente, ya en el anfiteatro, intentó todavía salvarlos, diciéndoles: "¿No os avergonzáis de adorar a un hombre que murió y fue sepultado hace mucho tiempo por orden de Poncio Pilato? Según me dicen, todavía se conservan las actas de ese proceso". Los cristianos no prestaron oídos a las palabras del gobernador. El autor de las "actas" pone en labios del obispo Milecio una confesión de la divinidad de Jesucristo claramente inspirada en las controversias arrianas y las definiciones del Concilio de Nicea. Los mártires murieron por la espada, según refieren

las actas, porque los osos no les hicieron daño alguno y el fuego los dejó ilesos.

El Martirologio Romano da a estos mártires los nombres de Marcelino y Mamea; también menciona a sus tres hijos y sitúa el martirio en Tomi, ciudad del Mar Negro.

En su obra *Die Martyrologien* (1900), pp. 173-177, Achelis presenta un relato sustancialmente idéntico al nuestro. Pero las conclusiones más recientes son diferentes. Delehaye no considera probable la sustitución de Tomi por Thmuis; dicho autor afirma que los mártires eran originarios de Moesia, y que el hagiógrafo se encargó de transladarlos a Egipto. Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXXVIII (1920), pp. 384-385; y P. Franchi de Cavalieri, *Studi e Testi*, vol. LXV (1935). El texto de las actas se encuentra en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI, pp. 14-15.

SAN CESAREO DE ARLES, OBISPO (543 P.C.)

SAN CESAREO nació el año 470, cerca de Chalon-sur-Saône. Pertenecía a una familia galo-romana. A los dieciocho años, cuando ya había adquirido un respetable cúmulo de ciencia, determinó abrazar la carrera sacerdotal. Dos años más tarde, se retiró a la abadía de Lérins, que había dado ya a la Iglesia muchos varones santos y sabios. El abad le nombró bodeguero. Pero, como las pasiones humanas alcanzan aun los sitios más alejados de los incentivos del vicio, algunos monjes tomaron a mal la administración escrupulosa de Cesareo, y el abad se vio obligado a relevarle del oficio. Cesareo quedó encantado de poder disponer de más tiempo para la contemplación y la penitencia; pero, como su salud se empezaba a resentir, fue enviado a reponerse en Arles. El santo era pariente de Enoo, el obispo del lugar, a quien llamó la atención el cuidado con que el monje evitaba la lectura de los autores paganos a los jóvenes que se preparaban al sacerdocio. Así pues, escribió al abad de Cesareo suplicándole que le cediese al religioso para su diócesis. Una vez que Cesareo recibió la ordenación sacerdotal, Enoo le puso al frente de un monasterio en el que la disciplina estaba muy relajada. El santo redactó una regla, gobernó el monasterio durante tres años y consiguió convertirlo en un modelo, a pesar de su propia juventud e inexperiencia. En su lecho de muerte, el obispo de Arles propuso que le sucediese Cesareo. Este huyó a ocultarse en el cementerio, pero fue descubierto, y el pueblo y el clero le obligaron a aceptar la elección. Tenía entonces treinta y tres años, e iba a gobernar la diócesis durante cuarenta más.

San Cesareo no tenía el hábito de suntuosidad y el espíritu de orden que movían a tantos obispos de la época a exagerar la importancia de su cargo para asegurar la estabilidad. Pero poseía en cambio un profundo espíritu religioso, que hizo de él el principal prelado de las Galias. Una de sus primeras empresas fue regularizar el canto del oficio divino. Hasta entonces, sólo se cantaba en público, en Arles, los sábados, los domingos y los días de fiesta, pero San Cesareo lo impuso diariamente, como se acostumbraba en otros sitios y no tuvo reparos en modificarlo para conseguir que los cristianos acudiesen más regularmente. Por otra parte, enseñó a su grey a orar de verdad, a elevar a Dios los deseos de su corazón y no simplemente a mover los labios en vano y aun con riesgo de cometer sacrilegio, ya que la verdadera oración consiste en levantar el corazón hasta Dios. Solía decir: "El hombre adora aquello en

lo que tiene puesta la mente cuando reza. El que al orar piensa en los asuntos políticos o en la construcción de su casa, no adora a Dios sino a su casa o a los asuntos políticos". San Cesareo predicaba siempre los domingos y días de fiesta, mañana y tarde y, con frecuencia, lo hacía también entre semana. Si por alguna razón se hallaba impedido, hacía que los sacerdotes y diáconos leyesen al pueblo alguna homilía de los Padres. También mandó que se leyesen esas homilías después de los maitines y vísperas para que el pueblo nunca saliese de la iglesia sin haber aprendido algo. El estilo del santo, que detestaba los disgustos complicados, era sencillo, natural y agradable. Solía descender a detalles y clamaba contra los vicios más extendidos, en particular contra la costumbre de dejar el arrepentimiento para el día de mañana. Con frecuencia, hablaba de las penas del purgatorio por los pecados veniales y de la necesidad de repararlos con las frecuentes penitencias. Sobre todo, predicaba acerca de la oración, el ayuno, la limosna, el perdón de las injurias, la castidad y la práctica de las buenas obras. En resumen, fue el primer predicador "popular" cuyos sermones han llegado hasta nosotros; están llenos de comparaciones familiares y rara vez duran más de un cuarto de hora. Al mismo tiempo, el santo inculcaba a sus oyentes el valor de la oración litúrgica, que tanto se esforzó por popularizar. "Que vuestras acciones correspondan a vuestras palabras —repetía—. Que vuestras almas sean tan puras como lo exige el texto: *Beati immaculati in via.* Al entonar el versículo *Confundantur superbi*, procurad detestar el orgullo y huir de él. En esa forma, en tanto que os dejáis encantar por la melodía, comprenderéis lo que el salmista quería decir cuando exclamaba: ¡*Quam dulcia faucibus meis eloquia tua*!"

Uno de sus primeros biógrafos llama a San Cesareo "otro Noé que construyó un arca para proteger a sus hijos contra los peligros de su tiempo." Se trata de una alusión al monasterio que abrió como refugio para las doncellas y viudas del sur de las Galias que querían consagrarse a Dios. El monasterio se hallaba, al principio, en Aliscamps, entre las tumbas romanas; más tarde, fue trasladado al interior de las murallas de la ciudad. Su primer nombre fue San Juan; después tomó el nombre de San Cesareo. Este confió al gobierno del convento a su hermana Santa Cesaria, redactó personalmente la regla y siempre consideró a aquella obra como una de las principales empresas de su vida. En sus reglas, insistía en la inviolabilidad absoluta de la clausura. También redactó otras parecidas para los monasterios masculinos y la impuso a todos los de su diócesis. La costumbre de la clausura fue extendiéndose poco a poco a otras regiones. Tras haber defendido con éxito su extensa jurisdicción contra las pretensiones del obispo de Vienne, San Cesareo fue promovido a la sede de Arles, que tenía como sufragáneas a varias diócesis. En calidad de primado, el santo presidió varios sínodos, de los que el más importante fue el de Orange en 529. Dicho sínodo se pronunció contra los que afirmaban que Dios predestina a ciertas almas a la condenación; también declaró que a la gracia de Dios debemos el primer movimiento de nuestars almas hacia El, de suerte que Dios es el autor de toda conversión, contra lo que sostenían los semipelagianos.

Junto con esta actividad eclesiástica, San Cesareo participó también en los principales acontecimientos sociales y políticos de su tiempo. La ciudad de Arles estaba entonces bajo el dominio del rey visigodo Alarico II. Las malas lenguas dijeron al monarca que San Cesareo, quien había nacido en Borgoña,

estaba tratando de anexar el territorio de Arles a los dominios del rey de Borgoña. La acusación era falsa; pero Alarico desterró al santo a Burdeos el año 505. Cuando el monarca cayó en la cuenta de la injusticia que había cometido, llamó a San Cesareo del destierro y condenó a su calumniador a morir apedreado, aunque acabó por perdonarle, a ruegos del santo. Cuando los borgoñones sitiaron Arles, la mayoría de los prisioneros fueron conducidos a la ciudad. Viéndoles mal vestidos y peor alimentados, San Cesareo no tuvo reparo en emplear las riquezas de su iglesia para socorrerlos. Así pues, mandó fundir toda la plata, los incensarios, los cálices, las patenas y declaró: "Nuestro Señor, en la Ultima Cena, empleó platos de barro, no de plata. Bien está, pues, que usemos los vasos sagrados para socorrer a quienes El redimió con su sangre. Quienes nos critican por ello serían los primeros en alegrarse, si se hallasen en las circunstancias de los prisioneros."

Después de la muerte del monarca visigodo, se apoderó de los dominios del Languedoc el ostrogodo Teodorico, rey de Italia. Habiendo concebido ciertas sopechas contra San Cesareo, mandó arrestarle y conducirle a Ravena. Al llegar a la presencia de Teodorico, el santo le saludó y el rey, al ver el aspecto venerable e intrépido del anciano, se levantó y le saludó también. En seguida hablaron ambos amigablemente acerca del estado de Arles. Después de despedir al santo, Teodorico dijo a los presentes: "Quiera Dios castigar a los que son responsables de que este santo haya tenido que hacer un viaje tan largo e inútil. Cuando quedó en mi presencia, me estremecí al ver su rostro de ángel. No puedo creer que un hombre así sea capaz de cometer los crímenes de que se le acusa." El rey envió a San Cesareo una bandeja de plata con trescientas monedas de oro y un mensaje que decía: "Acepta este regalo del rey, tu hijo, como una prueba de su amistad." El santo vendió la bandeja y empleó el dinero en rescatar cautivos. Después continuó el viaje hacia Roma, donde el Papa San Símaco confirmó los derechos primaciales de la sede de Arles, nombró a Cesareo delegado apostólico en las Galias y le confirió el palio. Según se dice, San Cesareo fue el primer obispo de Europa occidental que recibió el palio.

El año 514, retornó a Arles siguió en el gobierno y la instrucción de su grey durante muchos años. Cuando los francos tomaron la ciudad, el año 536, se retiró un tanto de la vida pública al convento de San Juan. A los setenta y tres años, sintiendo que la muerte se acercaba, hizo su testamento en favor de las religiosas del convento y empezó a prepararse para la muerte. Poco antes de la fiesta de San Agustín, preguntó si la fecha estaba aún muy lejana, y añadió: "Espero que para entonces ya habré muerto, pues bien sabéis la predilección que he tenido siempre por la doctrina tan católica de ese santo." Haciéndose transportar en una silla de brazos al monasterio que había fundado, exhortó a las religiosas a soportar con paciencia la pena que iba a causarle su muerte. La superiora del monasterio, que había sucedido a la hermana del santo, se llamaba también Cesaria, y había entonces más de doscientas religiosas. San Cesareo, "verdadero maestro de la Galia franca", murió la víspera de la fiesta de San Agustín, el año 543.

Existen dos biografías antiguas. Ambas fueron publicadas por Mabillon y los bolandistas, y editadas críticamente por B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III, pp. 547-501. El mismo crítico ha puesto en duda la autenticidad del testamento de San Cesareo; pero la respuesta de G. Morin, en *Revue Bénédictine*, vol. XVI (1899), pp. 97-112, quien

publicó otro texto revisado del documento, es completamente satisfactoria. En 1894, aparecieron dos importantes monografías sobre San Cesareo: la de B. F. Arnold, *Caesarius von Arelate und di gallische Kirche seiner Zeit*, y la de A. Malnory, *St Césaire Evêque d'Arles*. Es también importante el resumen de Lejay en DTC., vol. II, cc. 2168-2185. Pero el autor que posee claramente mayor competencia acerca de los escritos y la vida del santo es Dom G. Morin. En *Etudes, Textes, Découvertes* (1913), pp. 41-45, hay una lista de sus primeros estudios sobre San Cesareo. Morin hizo una edición de los sermones y otras obras de San Cesareo (1937-1942); en el segundo volumen se halla la biografía escrita por Cipriano de Toulon. Dom Morin demostró que, si bien San Cesareo no fue personalmente el autor del Credo Atanasiano (*Quicumque vult...*), fue el primer escritor que lo conoció a fondo. En una época, Morin se inclinaba a atribuir a San Cesareo la importante colección canónica llamada *Statuta Ecclesiae antiqua*; pero tal atribución ha sido muy discutida. La biografía de San Cesareo en la colección *Les Saints*, escrita por M. Chaillan, es útil, aunque no del todo fidedigna; más completa y mejor es la obra de A. Malnory (1934).

SAN SIAGRIO, Obispo de Autun (600 p.c.)

Se supone que San Siagrio era de origen galo-romano. Hacia el año 560 fue elegido obispo de Autun. Su influencia se dejó sentir tanto en los concilios como en la reforma de la vida cristiana del pueblo. El santo tuvo que encargarse del delicado asunto de restablecer la paz en el convento de la Santa Cruz de Poitiers, donde dos religiosas se habían rebelado contra la abadesa. Como la tarea era demasiado difícil, San Siagrio pidió ayuda a otros obispos, y finalmente las rebeldes fueron excomulgadas por un sínodo. A lo que parece, esa experiencia desagradable volvió muy cauto a San Siagrio, ya que algunos años más tarde le reprendió el Papa San Gregorio Magno por no haber impedido que una religiosa (¡llamada Siagria!) fuese raptada y contrajese matrimonio. Sin embargo, dicho Pontífice dio repetidas muestras de la estima que profesaba por la virtud y habilidad de San Siagrio. Así, por ejemplo, cuando envió a Inglaterra a San Agustín y otros misioneros, les recomendó a San Siagrio, quien les brindó hospedaje. Además, aunque Siagrio era simplemente obispo, el Pontífice le autorizó a llevar al palio, a petición de la reina Brunilda. El rey Gontrán, quien le apreciaba mucho, le escogió por compañero de viaje cuando fue el bautismo de Clotario II, que tuvo lugar en Nanterre el año 591.

Ver *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI; y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 173.

SAN HUGO DE LINCOLN (1255 p.c.)

Muchos autores, tanto judíos como cristianos, han refutado hasta la saciedad la acusación que se hacía antiguamente a los judíos de practicar el asesinato ritual. La calumnia se originó en el siglo XII, basada en la vida de San Guillermo de Norwich. Lo cierto es que no ha llegado a probarse un solo caso en el que los judíos hayan cometido tal crimen. Cierto que esto no excluye la posibilidad de que algún judío haya matado a algún niño cristiano (no tanto por odio al cristianismo cuanto por odio a quienes lo profesaban) y aún hasta llegar al extremo de remedar con su crimen la Pasión de Cristo para burlarse de ella. Pero, repetimos, no existe un solo caso en que tal crimen esté probado históricamente, y no hay ninguna prueba de que los famosos casos de San Guillermo de Norwich y San Hugo de Lincoln constituyan una excepción.

Según la leyenda, Hugo tenía nueve años y su madre era viuda. Con ocasión de una reunión de los judíos de Lincoln, un tal Jopin se apoderó del niño, el 31 de julio de 1255, y le tuvo prisionero en su casa hasta el viernes 27 de agosto. Ese día, Jopin y sus amigos azotaron y torturaron a Hugo, le coronaron de espinas y, finalmente, le crucificaron. En seguida intentaron sepultar el cadáver; pero, como la tierra no lo cubría por más esfuerzos que hicieron, acabaron por arrojarlo en un pozo. Los compañeros de escuela de Hugo acusaron a los judíos, y noventa y dos de éstos fueron arrestados junto con Jopin. Según se dice, Jopin confesó su crimen, denunció a sus cómplices y afirmó (cosa absolutamente falsa) que los judíos tenían por costumbre crucificar a un niño cristiano una vez al año. El rey Enrique III, reunió el Parlamento en Reading y condenó a Jopin a ser arrastrado por un caballo hasta que muriese. Otros dieciocho judíos fueron ahorcados. Los restantes fueron encarcelados en Londres hasta que pagaron jugosas multas. La liberación se atribuye generalmente a la bondad de los franciscanos, quienes intercedieron por ellos; pero Mateo Paris afirma que los judíos sobornaron a los frailes para que intercediesen. En el momento en que se descubrió en el pozo el cadáver de Hugo, una ciega lo tocó, invocó al mártir y recobró la vista. A éste siguieron otros milagros. Entonces, el capítulo de Lincoln trasladó en solemne procesión las reliquias, desde la iglesia parroquial a un nicho próximo a la tumba de Grosseteste. Es imposible determinar si los judíos eran culpables o inocentes del crimen del que se les acusaba, ya que en la Edad Media el antisemitismo era muy violento y eso llevaba fácilmente a afirmar que Hugo había muerto por causa de la fe. Chaucer relata la leyenda de San Hugo en "Prioresses's Tale". Tanto este santo como San Guillermo de Norwich constituyeron el tema de muchas baladas medievales. No hace muchos años, se cantaba todavía en el campo una patética canción sobre San Guillermo, de ritmo agradable y sencillo.

Nuestra narración se basa en el relato de Mateo Paris. El *Burton Annalist* atribuye a los dominicos la intervención en favor de los judíos; lo mismo hace C. Trice Martin en el prefacio de *Registrum Epistolarum J. Peckham* (Rolls Series), vol. II, pp. LXXXVIII y XCVI. Véase también el relato que hace T. D. Hardy en *Catalogue of British History*, vol. III, p. 144. Cf. nuestro artículo sobre San Simón de Trento (24 de marzo), en el que hablamos de los pretendidos asesinatos rituales.

SANTA MARGARITA LA DESCALZA, Viuda (¿1395? p.c.)

Margarita nació en el seno de una humilde familia, en San Severino, de la Marca de Ancona, a mediados del siglo XIV. A los quince años, contrajo matrimonio con un hombre brutal. El marido de Margarita llevaba muy a mal que el pueblo llamase a su esposa "la descalza", porque la santa solía salir sin zapatos a socorrer a los mendigos para asemejarse a ellos. Margarita soportó con paciencia los malos tratos que le daba su esposo. Cuando éste murió, al cabo de largos años de matrimonio, la santa pudo al fin dedicarse tranquilamente a la oración y el socorro de los pobres. Su cuerpo reposa en la iglesia de Santo Domingo en San Severino. El cardenal Baronio introdujo su nombre en el Martirologio Romano en la fecha de hoy.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. II, hay un breve artículo biográfico bastante completo, dado que poseemos muy pocos datos sobre Santa Margarita. Puede verse ahí un fragmento

de la biografía escrita por Pompilio Caccialupo; pero los bolandistas no pudieron encontrar un texto completo.

BEATO ANGEL DE FOLIGNO (1312 P.C.)

NO HAY QUE confundir al Beato Angel de Foligno con su homónima. Angel nació en Foligno en 1226. Era hijo del conde de Torre y de Vignole. A los veinte años, tomó el hábito agustino en el convento de Botriolo, en las proximidades de Cesena. En 1248, sus superiores le enviaron a fundar un convento en su ciudad natal. Diez años más tarde, junto con el Beato Hugolino Mevainati, Angel fundó otro convento en la antigua abadía benedictina de Gualdo Cattaneo de Umbría. En 1275, fundó en Montefalco un tercer convento, del que fue superior hasta 1292. Pasó los últimos veinte años de su larga y azarosa vida en el retiro del convento de Foligno, donde murió el 27 de agosto de 1312. El maestro de novicios del Beato Angel había sido el Beato Juan Bueno, quien en su juventud había sido malabarista. San Nicolás de Tolentino fue íntimo amigo de nuestro beato. Los habitantes de Foligno empezaron a venerarle desde el momento de su muerte, y la Santa Sede aprobó el culto en 1891.

En DHG., vol. III, c. 21, hay un corto artículo biográfico. Véase Seeböck, *Herrlichkeit der Katolischen Kirche*, p. 308; y Torelli, *Ristreto delle Vite*, etc.

BEATO GABRIEL MARIA (1532 P.C.)

GILBERTO NICOLÁS nació en Riom, en las cercanías de Clermont, en 1463. A los dieciocho años pidió ser admitido en la orden de San Francisco. Pero los conventos de Meung y Amboise le cerraron las puertas porque parecía de constitución muy delicada. Sin desalentarse por ello, el joven cruzó la Touraine y el Poitou hasta llegar al convento de La Rochelle, donde solicitó nuevamente ser admitido, sin ocultar que había sido rechazado en Meung y y Amboise. Su franqueza simpatizó mucho al padre guardián, quien le admitió al punto. El maestro de novicios "más bien tuvo que refrenar y no que espolear a fray Gilberto", quien llegó a ser un franciscano ejemplar, "de caridad y amabilidad inigualables." Se distinguió mucho en los estudios de filosofía y teología y fue nombrado guardián del convento de Amboise, en el que había sido rechazado. Después desempeñó otros oficios de importancia en Francia. En 1517, asistió al capítulo general de su orden en Roma y fue elegido comisario general de los observantes transalpinos. Desempeñó ese oficio hasta su muerte.

Desde tiempo atrás, había sido el confesor de Santa Juana de Valois, la cual se había retirado a Bourges y fundado la orden de la Anunciación, después de que Luis XII obtuvo la anulación de su matrimonio con ella. El Beato Gabriel obtuvo en 1502 que el Papa Alejandro VI aprobase la orden de Santa Juana y, durante treinta años, ejerció el cargo de visitador general y director de dicha orden. El Papa León X, impresionado por la devoción del beato a la Anunciación, acostumbraba llamarle Gabriel María, y con ese nombre pasó a la historia fray Gilberto. El se encargó de la revisión de las constituciones de la orden antes de la confirmación dada por León X y fundó seis conventos de anunciandinas en Francia y Holanda. En 1521, pasó a Inglaterra a visitar los conventos de los observantes. El Beato Gabriel María se distinguió

siempre por su devoción a la Santísima Virgen, de la que nunca se cansaba de hablar y predicar. Murió cantando el "Magnificat" en el convento de la Anunciación, de Rodez, el 27 de agosto de 1532.

Según parece, los franciscanos no celebran la fiesta litúrgica del beato. Las anunciandinas la celebran, por más que el culto de Gabriel María no ha sido nunca confirmado oficialmente. Se puede ver una biografía bastante extensa en Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. III, pp. 74-87. Véase el artículo de J. F. Bonnefoy en *Revue d'ascétique et de mystique*, vol. XVII, (1936), pp. 252-273; *Vies de la Bse. Jeanne de France et du Bx. Gabriel-Marie* (1937); y la nota bibliográfica de nuestro artículo sobre Santa Juana de Francia (4 de febrero).

28: SAN AGUSTIN, OBISPO DE HIPONA, DOCTOR DE LA IGLESIA (430 P.C.)

SAN AGUSTIN nació el 13 de noviembre del año 354 en Tagaste. Esa pequeña población del norte de Africa estaba bastante cerca de Numidia, pero relativamente alejada del mar, de suerte que Agustín no lo conoció sino hasta *mucho después. Sus padres eran de cierta posición, pero no ricos. El padre de* Agustín, Patricio, era un pagano de temperamento violento; pero, gracias al ejemplo y a la prudente conducta de su esposa, Mónica, se bautizó poco antes de morir. Agustín tenía varios hermanos; él mismo habla de Navigio, quien dejó varios hijos al morir y de una hermana que consagró su virginidad al Señor. Aunque Agustín ingresó en el catecumenado desde la infancia, no recibió por entonces el bautismo, de acuerdo con la costumbre de la época. En su juventud se dejó arrastrar por los malos ejemplos y, hasta los treinta y dos años, llevó una vida licenciosa, aferrado a la herejía maniquea. De ello habla largamente en sus "Confesiones", que comprenden la descripción de su conversión y la muerte de Mónica. Dicha obra, que hace las delicias de "las gentes ansiosas de conocer las vidas ajenas, pero poco solícitas de enmendar la propia", no fue escrita para satisfacer esa curiosidad malsana, sino para mostrar la misericordia de que Dios había usado con un pecador y para que los contemporáneos del autor no le estimasen en más de lo que valía. Mónica había enseñado a orar a su hijo desde niño y le había instruido en la fe, de modo que el mismo Agustín que cayó gravemente enfermo, pidió que le fuese conferido el bautismo y Mónica hizo todos los preparativos para que lo recibiera; pero la salud del joven mejoró y el bautismo fue diferido. El santo condenó más tarde, con mucha razón, la costumbre de diferir el bautismo por miedo de pecar después de haberlo recibido. Pero no es menos lamentable la naturalidad con que, en nuestros días, vemos los pecados cometidos después del bautismo que son una verdadera profanación de ese sacramento.

"Mis padres me pusieron en la escuela para que aprendiese cosas que en la infancia me parecían totalmente inútiles y, si me mostraba yo negligente en los estudios, me azotaban. Tal era el método ordinario de mis padres y, los que antes que nosotros habían andado ese camino nos habían legado esa pesada herencia". Agustín daba gracias a Dios porque, si bien las personas que le obligaban a aprender, sólo pensaban en las "riquezas que pasan" y en la "gloria perecedera", la Divina Providencia se valió de su error para hacerle aprender cosas que le serían muy útiles y provechosas en la vida. El santo se

reprochaba por haber estudiado frecuentemente sólo por temor del castigo y por no haber escrito, leído y aprendido las lecciones como debía hacerlo, desobedeciendo así a sus padres y maestros. Algunas veces pedía a Dios con gran fervor que le librase del castigo en la escuela; sus padres y maestros se reían de su miedo. Agustín comenta: "Nos castigaban porque jugábamos; sin embargo, ellos hacían exactamente lo mismo que nosotros, aunque sus juegos recibían el nombre de 'negocios'... Reflexionando bien, es imposible justificar los castigos que me imponían por jugar, alegando que el juego me impedía aprender rápidamente las artes que, más tarde, soló me servirían para jugar juegos peores". El santo añade: "Nadie hace bien lo que hace contra su voluntad" y observa que el mismo maestro que le castigaba por una falta sin importancia, "se mostraba en las disputas con los otros profesores menos dueño de sí y más envidioso que un niño al que otro vence en el juego". Agustín estudiaba con gusto el latín, que había aprendido en conversaciones con las sirvientas de su casa y con otras personas; no el latín "que enseñan los profesores de las clases inferiores, sino el que enseñan los gramáticos". Desde niño detestaba el griego y nunca llegó a gustar a Homero, porque jamás logró entenderlo bien. En cambio, muy pronto tomó gusto por los poetas latinos.

Agustín fue a Cartago a fines del año 370, cuando acababa de cumplir diecisiete años. Pronto se distinguió en la escuela de retórica y se entregó ardientemente al estudio, aunque lo hacía sobre todo por vanidad y ambición. Poco a poco se dejó arrastrar a una vida licenciosa, pero aun entonces conservaba cierta decencia de alma, como lo reconocían sus propios compañeros. No tardó en entablar relaciones amorosas con una mujer y, aunque eran relaciones ilegales, supo permanecerle fiel hasta que la mandó a Milán, en 385. Con ella tuvo un hijo, llamado Adeodato, el año 372. El padre de Agustín murió en 371. Agustín prosiguió sus estudios en Cartago. La lectura del "Hortensius" de Cicerón le desvió de la retórica a la filosofía. También leyó las obras de los escritores cristianos, pero la sencillez de su estilo le impidió comprender su humildad y penetrar su espíritu. Por entonces cayó Agustín en el maniqueísmo. Aquello fue, por decirlo así, una enfermedad de un alma noble, angustiada por el "problema del mal", que trataba de resolver por un dualismo metafísico y religioso, afirmando que Dios era el principio de todo bien y la materia el principio de todo mal. La mala vida lleva siempre consigo cierta oscuridad del entendimiento y cierta torpeza de la voluntad; esos males, unidos al del orgullo, hicieron que Agustín profesara el maniqueísmo hasta los veintiocho años. El santo confiesa: "Buscaba yo por el orgullo lo que sólo podía encontrar por la humildad. Henchido de vanidad, abandoné el nido, creyéndome capaz de volar y sólo conseguí caer por tierra".

San Agustín dirigió durante nueve años su propia escuela de gramática y retórica en Tagaste y Cartago. Entre tanto, Mónica, confiada en las palabras de un santo obispo que, le había anunciado que "el hijo de tantas lágrimas no podía perderse", no cesaba de tratar de convertirle por la oración y la persuasión. Después de una discusión con Fausto, el jefe de los maniqueos, Agustín empezó a desilusionarse de la secta. El año 383, partió furtivamente a Roma, a impulsos del temor de que su madre tratase de retenerle en Africa. En la Ciudad Eterna abrió una escuela, pero, descontento por la perversa costumbre de los estudiantes, que cambiaban frecuente de maestro para no pagar sus servicios, decidió emigrar a Milán, donde obtuvo el puesto de profesor de retórica.

Ahí fue muy bien acogido y el obispo de la ciudad, San Ambrosio, le dio ciertas muestras de respeto. Por su parte, Agustín tenía curiosidad por conocer a fondo al obispo, no tanto porque predicase la verdad, cuanto porque era un hombre famoso por su erudición. Así pues, asistía frecuentemente a los sermones de San Ambrosio, para satisfacer su curiosidad y deleitarse con su elocuencia. Los sermones del santo obispo eran más inteligentes que los discursos del hereje Fausto y empezaron a producir impresión en la mente y el corazón de Agustín, quien, al mismo tiempo, leía las obras de Platón y Plotino. "Platón me llevó al conocimiento del verdadero Dios y Jesucristo me mostró el camino". Santa Mónica, que le había seguido a Milán, quería que Agustín se casara; por otra parte, la madre de Adeodato retornó al Africa y dejó al niño con su padre. Pero nada de aquello consiguió mover a Agustín a casarse o a observar la continencia y la lucha moral, espiritual e intelectual continuó sin cambios.

Agustín comprendía la excelencia de la castidad predicada por la Iglesia católica, pero la dificultad de practicarla le hacía vacilar en abrazar definitivamente el cristianismo. Por otra parte, los sermones de San Ambrosio y la lectura de la Biblia le habían convencido de que la verdad estaba en la Iglesia, pero se resistía todavía a cooperar con la gracia de Dios. El santo lo expresa así: "Deseaba y ansiaba la liberación; sin embargo, seguía atado al suelo, no por cadenas exteriores, sino por los hierros de mi propia voluntad. El Enemigo se había posesionado de mi voluntad y la había convertido en una cadena que me impedía todo movimiento, porque de la perversión de la voluntad había nacido la lujuria y de la lujuria la costumbre y, la costumbre a la que yo no había resistido, había creado en mí una especia de necesidad cuyos eslabones, unidos unos a otros, me mantenían en cruel esclavitud. Y ya no tenía la excusa de dilatar mi entrega a Tí alegando que aún no había descubierto plenamente tu verdad, porque ahora ya la conocía y, sin embargo, seguía encadenado... Nada podía responderte cuando me decías: 'Levántate del sueño y resucita de los muertos y Cristo te iluminará'... Nada podía responderte, repito, a pesar de que estaba ya convencido de la verdad de la fe, sino palabras vanas y perezosas. Así pues, te decía: 'Lo haré pronto, poco a poco; dame más tiempo'. Pero ese 'pronto' no llegaba nunca, las dilaciones se prolongaban, y el 'poco tiempo' se convertía en mucho tiempo".

El relato que San Simpliciano le había hecho de la conversión de Victorino, el profesor romano neoplatónico, le impresionó profundamente. Poco después, Agustín y su amigo Alipio recibieron la visita de Ponticiano, un africano. Viendo las epístolas de San Pablo sobre la mesa de Agustín, Ponticiano les habló de la vida de San Antonio y quedó muy sorprendido al enterarse de que no conocían al santo. Después les refirió la historia de dos hombres que se habían convertido por la lectura de la vida de San Antonio. Las palabras de Ponticiano conmovieron mucho a Agustín, quien vio con perfecta claridad las deformidades y manchas de su alma. En sus precedentes intentos de conversión Agustín había pedido a Dios la gracia de la continencia, pero con cierto temor de que se la concediese demasiado pronto: "En la aurora de mi juventud, te había yo pedido la castidad, pero sólo a medias, porque soy un miserable. Te decía yo, pues: 'Concédeme la gracia de la castidad, pero todavía no'; porque tenía yo miedo de que me escuchases demasiado pronto y me librases de esa enfermedad y lo que yo quería era que mi lujuria se viese satisfecha y no extinguida". Avergonzado de haber sido tan débil hasta entonces, Agustín dijo

a Alipio en cuanto partió Ponticiano: "¿Qué estamos haciendo? Los ignorantes arrebatan el Reino de los Cielos y nosotros, con toda nuestra ciencia, nos quedamos atrás cobardemente, revolcándonos en el pecado. Tenemos vergüenza de seguir el camino por el que los ignorantes nos han precedido, cuando por el contrario, deberíamos avergonzarnos de no avanzar por él".

Agustín se levantó y salió al jardín. Alipio le siguió, sorprendido de sus palabras y de su conducta. Ambos se sentaron en el rincón más alejado de la casa. Agustín era presa de un violento conflicto interior, desgarrado entre el llamado del Espíritu Santo a la castidad y el deleitable recuerdo de sus excesos. Levantándose del sitio en que se hallaba sentado, fue a tenderse bajo un árbol, clamando: "¿Hasta cuándo, Señor? ¿Vas a estar siempre airado? ¡Olvida mis antiguos pecados!" Y se repetía con gran aflicción: "¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta mañana? ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no voy a poner fin a mis iniquidades en este momento?" En tanto que se repetía esto y lloraba amargamente, oyó la voz de un niño que cantaba en la casa vecina una canción que decía: "Tolle lege, tolle lege" (Toma y lee, toma y lee). Agustín empezó a preguntarse si los niños acostumbraban repetir esas palabras en algún juego, pero no pudo recordar ninguno en el que esto sucediese. Entonces le vino a la memoria que San Antonio se había convertido al oír la lectura de un pasaje del Evangelio. Interpretó pues, las palabras del niño como una señal del cielo, dejó de llorar y se dirigió al sitio en que se hallaba Alipio con el libro de las Epístolas de San Pablo. Inmediatamente lo abrió y leyó en silencio las primeras palabras que cayeron bajo sus ojos: "No en las riñas y en la embriaguez, no en la lujuria y la impureza, no en la ambición y en la envidia: poneos en manos del Señor Jesucristo y abandonad la carne y la concupiscencia". Ese texto hizo desaparecer las últimas dudas de Agustín, que cerró el libro y relató serenamente a Alipio todo lo sucedido. Alipio leyó entonces el siguiente versículo de San Pablo: "Tomad con vosotros a los que son débiles en la fe". Aplicándose el texto a sí mismo, siguió a Agustín en la conversión. Ambos se dirigieron al punto a narrar lo sucedido a Santa Mónica, la cual alabó a Dios "que es capaz de colmar nuestros deseos en una forma que supera todo lo imaginable". La escena que acabamos de referir tuvo lugar en septiembre de 386, cuando Agustín tenía treinta y dos años.

El santo renunció inmediatamente al profesorado y se trasladó a una casa de campo en Casiciaco, cerca de Milán, que le había prestado su amigo Verecundo. Santa Mónica, su hermano Navigio, su hijo Adeodato, San Alipio y algunos otros amigos, le siguieron a ese retiro, donde vivieron en una especie de comunidad. Agustín se consagró a la oración y el estudio y, aun éste era una forma de oración por la devoción que ponía en él. Entregado a la penitencia, a la vigilancia diligente de su corazón y sus sentidos, dedicado a orar con gran humildad, el santo se preparó a recibir la gracia del bautismo, que había de convertirle en una nueva criatura, resucitada con Cristo. "Demasiado tarde, demasiado tarde empecé a amarte. ¡Hermosura siempre antigua y siempre nueva, demasiado tarde empecé a amarte! Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo. Yo estaba lejos, corriendo detrás de la hermosura por Tí creada; las cosas que habían recibido de Tí el ser, me mantenían lejos de Tí. Pero tú me llamaste, me llamaste a gritos, y acabaste por vencer mi sordera. Tú me iluminaste y tu luz acabó por penetrar en mis tinieblas. Ahora que he gustado de tu suavidad estoy hambriento de Tí. Me has tocado y mi corazón desea ardientemente tus

abrazos". Los tres diálogos "Contra los Académicos", "Sobre la vida feliz" y "Sobre el orden", se basan en las conversaciones que Agustín tuvo con sus amigos en esos siete meses.

La víspera de la Pascua del año 387, San Agustín recibió el bautismo, junto con Alipio y su querido hijo Adeodato, quien tenía entonces quince años y murió poco después. En el otoño de ese año, Agustín resolvió retornar a Africa y fue a embarcarse en Ostia con su madre y algunos amigos. Santa Mónica murió ahí en noviembre de 387. Agustín consagra seis conmovedores capítulos de las "Confesiones" a la vida de su madre. Viajó a Roma unos cuantos meses después y, en septiembre de 388, se embarcó para Africa. En Tagaste vivió casi tres años con sus amigos, olvidado del mundo y al servicio de Dios con el ayuno, la oración y las buenas obras. Además de meditar sobre la ley de Dios, Agustín instruía a sus prójimos con sus discursos y escritos. El santo y sus amigos habían puesto todas sus propiedades en común y cada uno las utilizaba según sus necesidades. Aunque Agustín no pensaba en el sacerdocio, fue ordenado el año 391 por el obispo de Hipona, Valerio, quien le tomó por asistente. Así pues, el santo se transladó a dicha ciudad y estableció una especie de monasterio en una casa próxima a la iglesia, como lo había hecho en Tagaste. San Alipio, San Evodio, San Posidio y otros, formaban parte de la comunidad y vivían "según la regla de los santos Apóstoles". El obispo, que era griego y tenía además cierto impedimento de la lengua, nombró predicador a Agustín. En el oriente era muy común la costumbre de que los obispos tuviesen un predicador, a cuyos sermones asistían; pero en el occidente eso constituía una novedad. Más todavía, Agustín obtuvo permiso de predicar aun en ausencia del obispo, lo cual era inusitado. Desde entonces, el santo no dejó de predicar hasta el fin de su vida. Se conservan casi cuatrocientos sermones de San Agustín, la mayoría de los cuales no fueron escritos directamente por él, sino tomados por sus oyentes. En la primera época de su predicación, Agustín se dedicó a combatir el maniqueísmo y los comienzos del donatismo y consiguió extirpar la costumbre de efectuar festejos en las capillas de los mártires. El santo predicaba siempre en latín, a pesar de que los campesinos de ciertos distritos de la diócesis sólo hablaban el púnico y era difícil encontrar sacerdotes que les predicasen en su lengua.

El año 395, San Agustín fue consagrado obispo coadjutor de Valerio. Poco después murió este último y el santo le sucedió en la sede de Hipona. Procedió inmediatamente a establecer la vida común regular en su propia casa y exigió que todos los sacerdotes, diáconos y subdiáconos que vivían con él renunciasen a sus propiedades y se atuviesen a las reglas. Por otra parte, no admitía a las órdenes sino a aquellos que aceptaban esa forma de vida. San Posidio, su biógrafo, cuenta que los vestidos y los muebles eran modestos pero decentes y limpios. Los únicos objetos de plata que había en la casa eran las cucharas; los platos eran de barro o de madera. El santo era muy hospitalario, pero la comida que ofrecía era frugal; el uso mesurado del vino no estaba prohibido. Durante las comidas, se leía algún libro para evitar las conversaciones ligeras. Todos los clérigos comían en común y se vestían del fondo común. Como lo dijo el Papa Pascual II, "San Agustín adoptó con fervor y contribuyó a regularizar la forma de vida común que la primitiva Iglesia había aprobado como instituida por los Apóstoles". El santo fundó también una comunidad femenina. A la muerte de su hermana, que fue la primera "abadesa", escribió una carta sobre los primeros principios ascéticos de la vida religisoa. En esa epístola y en dos sermones

se halla comprendida la llamada "Regla de San Agustín", que constituye la base de las constituciones de tantos canónigos y canonesas regulares. El santo obispo empleaba las rentas de su diócesis, como lo había hecho antes con su patrimonio, en el socorro de los pobres. Posidio refiere que, en varias ocasiones, mandó fundir los vasos sagrados para rescatar cautivos, como antes lo había hecho San Ambrosio. San Agustín menciona en varias de sus cartas y sermones la costumbre que había impuesto a sus fieles de vestir una vez al año a los pobres de cada parroquia y, algunas veces, llegaba hasta a contraer deudas para ayudar a los necesitados. Su caridad y celo por el bien espiritual de sus prójimos era ilimitado. Así, decía a su pueblo, como un nuevo Moisés o un nuevo San Pablo: "No quiero salvarme sin vosotros". "¿Cuál es mi deseo? ¿Para qué soy obispo? ¿Para qué he venido al mundo? Sólo para vivir en Jesucristo, para vivir en El con vosotros. Esa es mi pasión, mi honor, mi gloria, mi gozo y mi riqueza".

Pocos hombres han poseído un corazón tan afectuoso y fraternal como el de San Agustín. Se mostraba amable con los infieles y frecuentemente los invitaba a comer con él; en cambio, se rehusaba a comer con los cristianos de conducta públicamente escandalosa y les imponía con severidad las penitencias canónicas y las censuras eclesiásticas. Aunque jamás olvidaba la caridad, la mansedumbre y las buenas maneras, se oponía a todas las injusticias sin excepción de personas. San Agustín se quejaba de que la costumbre había hecho tan comunes ciertos pecados que, en caso de oponerse abiertamente a ellos, haría más mal que bien y seguía fielmente las tres reglas de San Ambrosio: no meterse a hacer matrimonios, no incitar a nadie a entrar en la carrera militar y no aceptar invitaciones en su propia ciudad para no verse obligado a salir demasiado. Generalmente, la correspondencia de los grandes hombres es muy interesante por la luz que arroja sobre su vida y su pensamiento íntimos. Así sucede, particularmente con la correspondencia de San Agustín. En la carta quincuagésima cuarta, dirigida a Januario, alaba la comunión diria, con tal de que se la reciba dignamente, con la humildad con que Zaqueo recibió a Cristo en su casa; pero también alaba la costumbre de los que, siguiendo el ejemplo del humilde centurión, sólo comulgan los sábados, los domingos y los días de fiesta, para hacerlo con mayor devoción. En la carta a Ecdicia explica las obligaciones de la mujer respecto de su esposo, diciéndole que no se vista de negro, puesto que eso desagrada a su marido y que practique la humildad y la alegría cristianas vistiéndose ricamente por complacer a su esposo. También la exhorta a seguir el parecer de su marido en todas las cosas razonables, particularmente en la educación de su hijo, en la que debe dejarle la iniciativa. En otras cartas, el santo habla del respeto, el afecto y la consideración que el marido debe a la mujer. La modestia y humildad de San Agustín se muestran en su discusión con San Jerónimo sobre la interpretación de la epístola a los gálatas. A consecuencia de la pérdida de una carta, San Jerónimo, que no era muy paciente, se dio por ofendido. San Agustín le escribió: "Os ruego que no dejéis de corregirme con toda confianza siempre que creáis que lo necesito; porque, aunque la dignidad del episcopado supera a la del sacerdocio, Agustín es inferior en muchos aspectos a Jerónimo". El santo obispo lamentaba la acritud de la controversia que sostuvieron San Jerónimo y Rufino, pues temía en esos casos que los adversarios sostuviesen su opinión más por vanidad que por amor de la verdad. Como él mismo escribía, "sostienen su opinión porque es la propia, no porque sea la verdadera; no buscan la verdad, sino el triunfo".

Durante los treinta y cinco años de su episcopado, San Agustín tuvo que defender la fe católica contra muchas herejías. Una de las principales fue la de los donatistas, quienes sostenían que la Iglesia católica había dejado de ser la Iglesia de Cristo por mantener la comunión con los pecadores y que los herejes no podían conferir válidamente ningún sacramento. Los donatistas eran muy numerosos en Africa, donde no retrocedieron ante el asesinato de los católicos y todas las otras formas de la violencia. Sin embargo, gracias a la ciencia y el infatigable celo de San Agustín y a su santidad de vida, los católicos ganaron terreno paulatinamente. Ello exasperó tanto a los donatistas, que algunos de ellos afirmaban públicamente que quien asesinara al santo prestaría un servicio insigne a la religión y alcanzaría gran mérito ante Dios. El año 405, San Agustín tuvo que recurrir a la autoridad pública para defender a los católicos contra los excesos de los donatistas y, en el mismo año, el emperador Honorio publicó severos decretos contra ellos. El santo desaprobó al principio esas medidas, aunque más tarde cambió de opinión, excepto en cuanto a la pena de muerte. En 411, se llevó a cabo en Cartago una conferencia entre los católicos y los donatistas que fue el principio de la decadencia del donatismo. Pero, por la misma época, empezó la gran controversia pelagiana.

Pelagio era originario de la Gran Bretaña. San Jerónimo le describía como "un hombre alto y gordo, repleto de avena de Escocia". Algunos historiadores afirman que era irlandés. En todo caso, lo cierto es que había rechazado la doctrina del pecado original y afirmaba que la gracia no era necesaria para salvarse; como consecuencia de su opinión sobre el pecado original, sostenía que el bautismo era un mero título de admisión en el cielo. Pelagio pasó de Roma a Africa el año 411, junto con su amigo Celestio y aquel mismo año, el sínodo de Cartago condenó por primera vez su doctrina. San Agustín no asistió al concilio, pero desde ese momento empezó a hacer la guerra al pelagianismo en sus cartas y sermones. A fines del mismo año, el tribuno San Marcelino le convenció de que escribiese su primer tratado contra los pelagianos. Sin embargo, el santo no nombró en él a los autores de la herejía, con la esperanza de así ganárselos y aun tributó ciertas alabanzas a Pelagio: "Según he oído decir, es un hombre santo, muy ejercitado en la virtud cristiana, un hombre bueno y digno de alabanza". Desgraciadamente Pelagio se obstinó en sus errores. San Agustín le acosó implacablemente en toda la serie de disputas, subterfugios y condenaciones que siguieron. Después de Dios, la Iglesia debe a San Agustín el triunfo sobre el pelagianismo. A raíz del saqueo de Roma por Alarico, el año 410, los paganos renovaron sus ataques contra el cristianismo, atribuyéndole todas las calamidades del Imperio. Para responder a esos ataques, San Agustín empezó a escribir su gran obra, "La Ciudad de Dios", en el año de 413 y la terminó hasta el año 426. "La Ciudad de Dios" es, después de las "Confesiones", la obra más conocida del santo. No se trata simplemente de una respuesta a los paganos, sino de toda una filosofía de la historia providencial del mundo.

En las "Confesiones" San Agustín había expuesto con la más sincera humildad y contrición los excesos de su conducta. A los setenta y dos años, en las "Retractaciones", expuso con la misma sinceridad los errores que había cometido en sus juicios. En dicha obra revisó todos sus numerosísimos escritos y corrigió leal y severamente los errores que había cometido, sin tratar de buscarles excusas. A fin de disponer de más tiempo para terminar ése y otros escritos y para evitar los peligros de la elección de su sucesor, después de su

muerte, el santo propuso al clero y al pueblo que eligiesen a Heraclio, el más joven de sus diáconos, quien fue efectivamente elegido por aclamación, el año 426. A pesar de esa precaución, los últimos días de San Agustín fueron muy borrascosos. El conde Bonifacio, que había sido general imperial en Africa, cayó injustamente en desgracia de la regente Placidia, e incitó a Genserico, rey de los vándalos, a invadir Africa. Agustín escribió una carta maravillosa a Bonifacio para recordarle su deber y el conde trató de reconciliarse con Placidia. Pero era demasiado tarde para impedir la invasión de los vándalos. San Posidio, por entonces obispo de Calama, describe los horribles excesos que cometieron y la desolación que causaron a su paso. Las ciudades quedaban en ruinas, las casas de campo eran arrasadas y los habitantes que no lograban huír, morían asesinados. Las alabanzas a Dios no se oían ya en las iglesias, muchas de las cuales habían sido destruidas. La misa se celebraba en las casas particulares, cuando llegaba a celebrarse, porque en muchos sitios no había alma viviente a quien dar los sacramentos; por otra parte, los pocos cristianos que sobrevivían no encontraban un solo sacerdote a quien pedírselos. Los obispos y clérigos que sobrevivieron habían perdido todos sus bienes y se veían reducidos a pedir limosna. De las numerosas diócesis de Africa, las únicas que quedaban en pie eran Cartago, Hipona y Cirta, gracias a que dichas ciudades no habían sucumbido aún.

El conde Bonifacio huyó a Hipona. Ahí se refugiaron también San Posidio y varios obispos de los alrededores. Los vándalos sitiaron la ciudad en mayo de 430. El sitio se prolongó durante catorce meses. Tres meses después de establecido, San Agustín cayó presa de la fiebre y desde el primer momento, comprendió que se acercaba la hora de su muerte. Desde que había abandonado el mundo, la muerte había sido uno de los temas constantes de su meditación. En su última enfermedad, el santo habló de ella con gozo: "¡Dios es inmensamente misericordioso!" Con frecuencia recordaba la alegría con que San Ambrosio recibió la muerte y mencionaba las palabras que Cristo había dicho a un obispo que agonizaba, según cuenta San Cipriano: "Si tienes miedo de sufrir en la tierra y de ir al cielo, no puedo hacer nada por ti". El santo escribió entonces: "Quien ama a Cristo no puede tener miedo de encontrarse con El. Hermanos míos, si decimos que amamos a Cristo y tenemos miedo de encontrarnos con El, deberíamos cubrirnos de vergüenza". Durante su última enfermedad, pidió a sus discípulos que escribiesen los salmos penitenciales en las paredes de su habitación y los cantasen en su presencia y no se cansaba de leerlos con lágrimas de gozo. San Agustín conservó todas sus facultades hasta el último momento, en tanto que la vida se iba escapando lentamente de sus miembros. Por fin, el 28 de agosto de 430, exhaló apaciblemente el último suspiro, a los setenta y dos años de edad, de los cuales había pasado casi cuarenta consagrado al servicio de Dios. San Posidio comenta: "Los presentes ofrecimos a Dios el santo sacrificio por su alma y le dimos sepultura". Con palabras muy semejantes había comentado Agustín la muerte de su madre. Durante su enfermedad, el santo había curado a un enfermo, sólo con imponerle las manos. Posidio afirma: "Yo sé de cierto que, tanto como sacerdote que como obispo, Agustín había pedido a Dios que librase a ciertos posesos por quienes se le había encomendado que rogase y los malos espíritus los dejaron libres".

Las principales fuentes sobre la vida y carácter de San Agustín son sus propios escritos, especialmente las *Confesiones*, el *De Civitate Dei*, la correspondencia y los sermones.

Existen numerosas ediciones y traducciones de dichas obras. El texto del *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum* de Viena, es bueno aunque difícil de encontrar. Para las *Confesiones* recomendamos el texto y la traducción francesa publicados en 1926 por Pierre de Labriolle. Probablemente la mejor traducción inglesa de las *Confesiones* es la de Gibb y Montgomery (1927); más reciente es la de F. J. Sheed (1944). Welldon publicó en 1924 una edición aceptable del *De Civitate Dei*, con notas en inglés. La traducción de las cartas (*Letters*), de W. J. Sparrow Simpson (1919) es buena; el mismo autor publicó un interesante estudio titulado *St Augustine's Conversion* (1920). La más importante contribución moderna al estudio de San Agustín es la publicación de una colección revisada y enriquecida de los sermones del santo, debida sobre todo a Dom Germain Morin. Dicha colección constituye el primer volumen de *Miscellanea Augustiniana* (1931), obra publicada con motivo del décimo quinto centenario de la muerte del santo. Adolfo Harnack reeditó y tradujo al alemán la biografía escrita por San Posidio (1930). Es imposible recorrer aquí toda la bibliografía agustiniana; simplemente la mención de las obras publicadas en los últimos veinte años ocuparía veinte páginas. Contentémonos con mencionar algunas obras más importantes: *A Monument to St Augustine* (1930), volumen escrito por varios autores ingleses; H. Pope, *St Augustine of Hippo* (ensayos; 1937); G. Bardy, *S. Augustin, l'homme et l'oeuvre* (1940); E. Gilson, *Introduction à l'étude de S. Agustin* (1930); y una biografía en francés de J. D. Burger (1948). En el artículo del P. Portalié en DTC. vol. I, cc. 2208-2472, hay un buen resumen de la vida y las obras de San Agustín, así como en Bardenhewer, *Geschichte der altkirch. Literatur*, vol. IV, pp. 435-511. Más populares son las biografías de Bertrand y Hatzfeld. Mary Allies publicó dos o tres volúmenes de párrafos selectos de las obras del santo. En la obra de F. R. Hoare, *The Western Fathers* (1954), hay una traducción de la biografía de Posidio; cf. J. J. O'Meara, *The Young Augustine* (1954).

SAN HERMES, Mártir (¿Siglo II?)

EXISTEN pruebas fehacientes de la historicidad del martirio de San Hermes en Roma y del culto que se le tributaba desde antiguo, ahí y en otras ciudades. Su nombre figura en la *Depositio Martyrum* del año 354, en el *Hieronymianum* y en los itinerarios de los peregrinos. En cambio, no merece crédito alguno la "Pasión de San Hermes" que forma parte de las "actas" del Papa Alejandro I, Según Delehaye, "se trata de una novela, cuyos principales héroes son mártires históricos, pero cuya trama, así como el papel que se atribuye a los diversos personajes, son invenciones del hagiógrafo".

San Hermes fue sepultado en el cementerio de Basilia, en la antigua Vía Salaria. Sobre su tumba se descubrieron los restos de una gran basílica. Entre los escombros se encontró también una inscripción fragmentaria con el nombre del mártir, redactada por el Papa San Dámaso. San León IV regaló al emperador Lotario I en 1850, las presuntas reliquias de San Hermes, las cuales fueron depositadas en la iglesia de Renaix, en Flandes, que es todavía en la actualidad un centro de peregrinación. Naturalmente esto contribuyó a la difusión del culto de San Hermes en Europa occidental.

Acta Sanctorum, agosto, vol. VI; CMH., pp. 472-473; y DAC., vol. VI, cc. 2303 ss. Véase también G. H. Double, *St Hermes* (1935, Colección *Cornish Saints*); el autor cita "una excelente obrita" sobre el culto del santo en Renaix, escrita por el P. F. d'Hollander (1934).

SAN JULIAN DE BRIOUDE, Mártir (¿Siglo III?)

SAN JULIÁN fue uno de los más famosos mártires de las Galias. Algunos autores le llaman Julián de Auvernia. Sus "actas", que no merecen crédito alguno, cuentan que era soldado y que no veía oposición entre la carrera de las armas

y las máximas del Evangelio. Como Crispín, gobernador de la provincia de Vienne, comenzase a perseguir a los cristianos, Julián se retiró a Auvernia; pero después, al saber que le buscaban, se presentó espontáneamente a los perseguidores y les dijo: "Ya he vivido demasiado tiempo en este bajo mundo. Quiero estar con Jesús". En cuanto los perseguidores oyeron ese reto, se lanzaron sobre él y le decapitaron. El martirio tuvo lugar en las cercanías de Brioude. Más tarde, se construyó ahí una iglesia (cerca de Clermont-Ferrand) para las reliquias del mártir. Dicha iglesia se convirtió en un importante centro de peregrinación. San Gregorio de Tours relata muchos milagros obrados por la intercesión de San Julián y hace alusión a una iglesia de París dedicada al mártir. Se trata de la iglesia de Saint Julien des Pauvres, que es la parroquia de los católicos melquitas de París.

Sidonio Apolinar, Gregorio de Tours y el *Hieronymianum* dan testimonio suficiente de la antigüedad del culto de este mártir. San Gregorio de Tours hace notar que al principio existían ciertas dudas sobre el día en que había que celebrar la fiesta del santo. Véase Delehaye, *Les Origines du Culte des Martyrs*, p. 357. Las *actas* pueden verse en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI, y en la obra de E. Munding (1918). En realidad, tienen poco valor histórico; sin embargo, E. C. Babut, en *Revue d'histoire et de littérature religieuses* (vol. V, 1914, pp. 96-116), intentó reivindicarlas.

SANTOS ALEJANDRO, JUAN III y PAULO IV, PATRIARCAS DE CONSTANTINOPLA (340, 577 y 784 P.C.)

ALEJANDRO DE BIZANCIO tenía ya setenta y tres años cuando fue elegido obispo de Constantinopla. Desempeñó su cargo durante doce años, en los días turbulentos del heresiarca Arrio. Poco después de su elección, el emperador Constantino organizó una reunión de teólogos cristianos y filósofos paganos: pero, como todos los filósofos quisiesen hablar al mismo tiempo, la reunión se convirtió en una barahúnda. Entonces, San Alejandro les aconsejó que eligiesen a los más autorizados de entre ellos para exponer su doctrina. Cuando uno de los oradores estaba en la tribuna, el santo exclamó: "En el nombre de Jesucristo, te mando que te calles". Según se dice, el pobre filósofo perdió el habla hasta que San Alejandro se la devolvió. Este prodigio impresionó más a los filósofos que todos los argumentos de los cristianos. El año 336, Arrio entró triunfalmente en Constantinopla. Llevaba una orden del emperador para que San Alejandro le admitiese a la comunión. Se cuenta que el santo patriarca se encerró entonces en la iglesia a orar, junto con San Jacobo de Nísibis, para que Dios enviase la muerte a Arrio o a él. Como quiera que haya sido, la víspera de la recepción de Arrio en la iglesia, el heresiarca falleció repentinamente. Por supuesto, los cristianos vieron en ello una intervención divina debida a las oraciones de San Alejandro. El Martirologio Romano lo recuerda al decir que "el glorioso anciano consiguió, con sus oraciones, que Arrio, condenado por el juicio de Dios, echase fuera las entrañas".

Los católicos bizantinos celebran junto con San Alejandro a otros dos patriarcas de Constatinopla: Juan III y Paulo IV "el joven". Juan nació cerca de Antioquía. Antes de su ordenación ejerció la abogacía. Fue enviado a Constantinopla como legado del patriarca de Antioquía. Se le conocía vulgarmente con el nombre de "el escolástico", porque poseía gran ciencia y había hecho una colección de cánones de la Iglesia. Por ello atrajo la atención del emperador

Justiniano I, y el año 565 fue elegido patriarca de la ciudad imperial. Sin dejar de cumplir con sus deberes pastorales, enriqueció poco a poco su colección de cánones, que era la primera colección sistemática de ese género. Dicha obra fue más tarde la base del dereho canónico oriental, llamado el "Nomokanon". San Juan el Escolástico murió el año 577. San Pablo el Joven era originario de Salamis. El año 780, durante los últimos meses del reinado del emperador León IV, fue elegido patriarca de Constantinopla. Cuando la emperatriz Irene asumió la regencia, el santo abogó por la restauración del culto de las imágenes. El año 784, se retiró al monasterio de Floro con la intención expresa de hacer penitencia por la negligencia y falta de valor con que había procedido durante la crisis iconoclasta. Hasta el momento de su muerte, orurrida poco después, abogó por la convocación de un concilio contra los iconoclastas que se reunió el año 787.

El parecer de San Atanasio y de los historiadores sobre San Alejandro no concuerda del todo, según puede verse en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI. Cf. DCB., s. nn.

SAN MOISES EL NEGRO (*c.* 404 P.C.)

MOISÉS, que era originario de Etiopía, fue el más pintoresco de los Padres del Desierto. En sus primeros años era criado o esclavo de un cortesano egipcio. Su amo se vio obligado a despedirle (es raro que no le haya matado, dada la barbarie de la época) a causa de la inmoralidad de su vida y de los robos que había cometido. Entonces, Moisés se hizo bandolero. Era un hombre de estatura gigantesca y de ferocidad no menos grande. Pronto organizó una banda y se convirtió en el terror de la región. En cierta ocasión, cuando se hallaba a punto de cometer un robo, ladró el perro de un pastor. Entonces Moisés juró matar al pastor. Para llegar a donde éste estaba, tuvo que cruzar a nado el Nilo con el cuchillo entre los dientes, pero entretanto el pastor tuvo tiempo de esconderse entre las dunas. Como no consiguiese hallarle, Moisés mató cuatro carneros, los ató por las patas y los condujo al otro lado del río. En seguida descuartizó a las bestias, asó y comió las mejores porciones, vendió las pellejas y fue a reunirse con sus compañeros, a ochenta kilómetros de ahí. Esto nos da una idea de la clase de coloso que era Moisés.

Desgraciadamente no sabemos cómo se convirtió. Tal vez fue a refugiarse entre los solitarios del desierto cuando huía de la justicia, y el ejemplo de éstos acabó por conquistarle. El hecho es que se hizo monje en el monasterio de Petra, en el desierto de Esqueta. Un día, cuatro bandoleros asaltaron su celda. Moisés luchó con ellos y los venció. En seguida los ató, se los echó a la espalda, los llevó a la iglesia, los echó por tierra y dijo a los monjes, que no cabían en sí de sorpresa: "La regla no me permite hacer daño a nadie. ¿Qué vamos a hacer de estos hombres?" Según se cuenta, los bandoleros se arrepintieron y tomaron el hábito. Pero el pobre Moisés no conseguía vencer sus violentas pasiones y, para lograrlo, fue un día a consultar a San Isidoro. El abad le condujo al amanecer a la terraza del monasterio y le dijo: "Mira: la luz vence muy lentamente a las tinieblas. Lo mismo sucede en el alma". Moisés fue venciéndose poco a poco, a fuerza del rudo trabajo manual, de caridad fraterna, de severa mortificación y de perseverante oración. Llegó a ser tan dueño de sí mismo, que Teófilo, arzobispo de Alejandría, le ordenó sacerdote. Después de la ordenación,

cuando se hallaba todavía revestido del alba, el arzobispo le dijo: "Ya lo veis, padre Moisés, el hombre negro se ha trasformado en blanco". San Moisés replicó sonriendo: "Sólo exteriormente. Dios sabe cuán negra tengo el alma todavía".

Cuando los berberiscos se aproximaban a atacar el monasterio, San Moisés prohibió a sus monjes que se defendiesen y les mandó huír, diciendo: "El que a hierro mata a hierro muere". El santo se quedó en el monasterio con otros siete monjes. Sólo uno de ellos escapó con vida. San Moisés tenía entonces setenta y cinco años. Fue sepultado en el monasterio llamado Dair al-Baramus, que todavía existe.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI, hay una biografía que se atribuye a Lorenzo, monje calabrés, y un comentario de los bolandistas. Paladio (*Historia Lausiaca*) y otros historiadores antiguos mencionan también a San Moisés.

29: LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA (*c.* 30 P.C.)

EN NUESTRO artículo del 24 de junio referimos la preparación de San Juan Bautista para su misión exclusiva de predecesor del Mesías. El santo empezó a desempeñarla en el desierto de Judea, sobre las riberas del Jordán, a la altura de Jericó. Cubierto con pieles, predicó a todos los hombres la obligación de lavar sus pecados con las lágrimas de la penitencia y proclamó la próxima venida del Mesías. Igualmente exhortó a las multitudes a la caridad y la reforma de vida y bautizó en el Jordán a cuantos se hallaban en las debidas disposiciones. Los judíos solían lavarse como símbolo de la purificación interior, pero hasta entonces, el bautismo no había tenido la alta significación mística que le atribuía San Juan. El bautismo representaba para él la purificación del pecado, la preparación para que los hombres participaran en el Reino del Mesías. En otras palabras, era un símbolo sensible de la purificación interior y un tipo del sacramento que Cristo iba a instituir. Ese rito ocupaba un sitio tan prominente en la predicación de Juan, que las gentes empezaron a llamarle "el Bautista", es decir, "el que bautiza". Cuando Juan llevaba ya algún tiempo de predicar y bautizar, el Salvador fue de Nazaret al Jordán y se presentó para ser bautizado. Juan le reconoció por divina revelación y trató de excusarse, pero al fin accedió a bautizarle, por obediencia. El Redentor quiso recibir el bautismo entre los pecadores, no para purificarse, sino para santificar las aguas, según dice San Ambrosio, es decir, para conferirles la virtud de lavar los pecados de los hombres.

La ardiente predicación del Bautista y su santidad y milagros, atrajeron la atención de los judíos sobre él y algunos empezaron a considerarle como el Mesías prometido. Pero Juan declaró que él no hacía más que bautizar en el agua a los pecadores para confirmarlos en el arrepentimiento y prepararlos a una nueva vida, pero que había Otro, que pronto se manifestaría entre ellos, que los bautizaría en la virtud del Espíritu Santo y cuya dignidad era tan grande, que él no era digno de desatar las correas de sus sandalias. No obstante eso, el Bautista había causado tal impresión entre los judíos, que los sacerdotes y levitas de Jerusalén fueron a preguntarle si él era el Mesías esperado. Y San Juan confesó y no negó y dijo: "Yo no soy el Cristo", ni Elías, ni uno de los profetas. Aunque no era Elías, poseía el espíritu de Elías y le superaba en

dignidad, pues el profeta había sido el tipo del Bautista. Juan era un profeta y más que un profeta, puesto que su oficio consistía no en anunciar a Cristo a distancia, sino en señalarle a sus contemporáneos. Así pues, como no era Elías en persona, ni un profeta en el sentido estricto de la palabra, respondió negativamente a las preguntas de los judíos y se proclamó simplemente "la voz del que clama en el desierto". En vez de atraer sobre sí las miradas de los hombres, las desviaba hacia las palabras que Dios pronunciaba por su boca. Juan proclamó la mesianidad de Cristo en el bautismo y, precisamente al día siguiente de aquél en que los judíos habían ido a interrogarle, llamó a Jesús "el Cordero de Dios". El Bautista, "como un ángel del Señor, permanecía indiferente a las alabanzas y detracciones", atento únicamente a la voluntad de Dios. No se predicaba a sí mismo sino a Cristo. Y Cristo declaró que Juan era más grande que todos los santos de la antigua ley y el más grande de los nacidos de mujer.

Herodes Antipas, el tetrarca de Galilea, había repudiado a su esposa y vivía con Herodías, quien era juntamente su sobrina y la esposa de su medio hermano Filipo. San Juan Bautista reprendió valientemente al tetrarca y a su cómplice por su conducta escandalosa y dijo a Herodes: "No te es lícito vivir con la mujer de tu hermano". Herodes temía y respetaba a Juan, pues sabía que era un hombre de Dios, pero se sintió muy ofendido por sus palabras. Aunque le respetaba como santo, le odiaba como censor y fue presa de una violenta lucha entre su respeto por la santidad del profeta y su odio por la libertad con que le había reprendido. Finalmente, la cólera del tetrarca, azuzada por Herodías, triunfó sobre el respeto. Para satisfacer a Herodías y tal vez también por temor de la influencia que Juan ejercía sobre el pueblo, Herodes le encarceló en la fortaleza de Maqueronte, cerca del Mar Muerto. Cuando el Bautista se hallaba en la prisión, Cristo dijo de él: "¿A quién fuisteis a ver? ¿A un profeta? En verdad os digo, a un profeta y más que un profeta. De él es de quien está escrito: He aquí que envío a mi ángel delante de ti para que te prepare el camino. En verdad os digo, no hay entre los nacidos de mujer ninguno más grande que Juan el Bautista".

Pero Herodías no perdía la ocasión de azuzar a Herodes contra Juan y de buscar la oportunidad de perderle. La ocasión se presentó con motivo de una fiesta que dio Herodes el día de su cumpleaños a los principales señores de Galilea. Salomé la hija de Herodías y de Filipo, danzó ante los comensales con tal arte, que Herodes juró concederle cuanto le pidiera, aunque fuese la mitad de sus dominios. Herodías aconsejó a su hija que pidiese la cabeza del Bautista y, para impedir que el tetrarca tuviese tiempo de arrepentirse, sugirió a Salomé que exigiese que la cabeza del santo fuese inmediatamente traída en una fuente. Esa extraña petición sorprendió a Herodes. Alban Butler comenta: "Aun aquel hombre de ferocidad poco común se asustó al oír hablar en esa forma a la damisela en aquella fiesta de alegría y regocijo". Pero no pudo negarse por no faltar a su palabra. Sin embargo, como explica San Agustín, con ello cometió el doble pecado de hacer un juramento precipitado y cumplirlo criminalmente. Sin preocuparse de juzgar al Bautista, el tirano dio inmediatamente la orden de que le decapitasen en la prisión y de que trajesen en una fuente su cabeza a Salomé. La joven no tuvo reparo en tomar el plato en sus manos y ofrecérselo a su madre. Así murió el gran precursor del Salvador, el profeta más grande "de cuantos han nacido de mujer". En cuanto se enteraron de la noticia, los discípulos del Bautista recogieron su cuerpo, le dieron sepultura y fueron

a contarlo a Jesús. "Y habiéndolo oído, Jesús se retiró . . . a un sitio del desierto". En su obra "Antigüedades Judías", Josefo da un testimonio notable de la santidad de San Juan Bautista: "Era un hombre dotado de todas las virtudes, que exhortaba a los judíos a practicar la justicia con los hombres y la piedad con Dios. También predicaba el bautismo, anunciándoles que serían aceptables a Dios si renunciaban a sus pecados y añadían la pureza de alma a la limpieza del cuerpo". El historiador añade que los judíos atribuyeron al asesinato del Bautista las desgracias que cayeron sobre Herodes.

La fiesta de la degollación de San Juan Bautista empezó a celebrarse en Roma en fecha relativamente tardía. No así en otras ciudades del occidente, ya que la mencionan el *Hieronymianum*, los dos sacramentarios Gelasianos y el "Liber Comicus" de Toledo (siglo VII). Además, dicha fiesta ya se celebraba probablemente desde antes en Monte Cassino. Como esta conmemoración es distinta a la del Nacimiento del Bautista, de la que los Sinaxarios de Constantinopla hacen mención el mismo día (29 de agosto), podemos suponer que se originó en Palestina. En el *Hieronymianum* aparece relacionada con la conmemoración del profeta Eliseo. Ello se debe a que en tiempos de San Jerónimo se creía que ambos profetas habían sido sepultados en Sebaste, a una jornada de Jerusalén. El libro de los evangelios de Wurzburgo que data aproximadamente del año 700, conmemora la "Deposición de Eliseo y de San Juan Bautista"; también otros libros de los evangelios conmemoran en la misma fecha a ambos personajes.

Véase la nota bibliográfica sobre San Juan Bautista (24 de junio). Acerca de la fiesta de hoy, cf. Morin, en *Revue Bénédictine* (1891), p. 487; 1893, p. 120; y 1908, p. 494; F. Cabrol en DAC., vol. v, c. 1431; y L. Duchesne, *Christian Worship* (1931), p. 270.

SANTA SABINA, Mártir (Fecha Desconocida)

La "pasión de Santa Sabina", compuesta en el siglo VI y totalmente carente de valor histórico, afirma que la Santa, que era viuda, se había convertido al cristianismo gracias a su criada siria, Serapia. Esta fue martirizada por orden de Adriano, el 29 de julio y su ama la siguió en el martirio un mes después. Se dice que esta Santa Sabina era la titular de la famosa iglesia del Aventino que lleva su nombre. Pero, a decir verdad, ni siquiera estamos ciertos de que dicha mártir haya existido realmente. La iglesia que acabamos de mencionar llevaba originalmente el nombre de "titulus Sabinae" y sólo más tarde recibió el de "titulus Sanctae Sabinae". No es, pues, imposible que en este caso, como en algunos otros, la celebración anual del que construyó la iglesia se haya confundido más tarde con la del santo a cuyo nombre estaba dedicada. De eso a la invención de una leyenda apropiada no hay más que un paso.

Delehaye, en CMH., pp. 475-476, discute el caso de Santa Sabina y cita las opiniones divergentes de de Rossi, J. P. Kirsch, Lanzoni y otros. La *pasión* de la santa puede verse en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. vi.

SAN MEDERICO, Abad (*c.* 700 p.c.)

San Mederico nació en Autun en el siglo VII. Desde joven comprendió que el fin de la vida humana es la salvación y la santificación. Así pues, ingresó a temprana edad en un monasterio, probablemente en el de San Martín de Autun. En él había cincuenta y cuatro austeros monjes, cuya fervorosa vida regular era la edificación de toda la región. En tan buena compañía, Mederico progresó en la virtud y la escrupulosa observancia de la regla. Elegido abad muy contra su voluntad, precedió con el ejemplo a sus súbditos, ya que era el primero en el cumplimiento del deber. La fama de su santidad atrajo sobre él las miradas de los hombres. Pronto empezaron a acudir gentes de todas partes a consultarle. Como ello le acarrease demasiadas distracciones y tentaciones de vanidad, el santo renunció a su cargo y se retiró durante algún tiempo al bosque, a unos cinco kilómetros de Autun. Arrancaba el sustento a la tierra con el sudor de su frente y encontraba sus delicias en una soledad que le permitía consagrarse enteramente a la contemplación y al trabajo. Pero el pueblo no tardó en descubrir su retiro y una enfermedad le obligó a retornar al monasterio. Ahí pasó algún tiempo, edificando y ayudando a sus hermanos a progresar en la virtud. Ya anciano, abandonó nuevamente el monasterio para hacer una peregrinación al santuario de San Germán de Autun, en París. Se estableció en la ciudad, con un compañero llamado Frodulfo, en una pequeña celda contigua a la capilla de San Pedro, en el norte de la ciudad. Al cabo de dos años y nueve meses de una penosa enfermedad, que soportó con admirable paciencia, murió apaciblemente el año 700.

En Mabillon y en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. vi, hay una biografía latian, bastante sobria por lo que se refiere a los milagros del santo.

BEATO RICARDO HERST, Mártir (1628 p.c.)

Al día siguiente del martirio del Beato Edmundo Arrowsmith en Lancaster, fue ejecutado en la misma ciudad el Beato Ricardo Herst. Su historia es una de las más extraordinarias entre las de los mártires de Inglaterra y Gales. La razón aparente de su ejecución fue un asesinato premeditado. Ricardo Herst (o Hurst, o Hayhurst) nació cerca de Preston, probablemente en Broughton, en fecha desconocida. Con los años llegó a ser un próspero agricultor. En 1628, el obispo de Chester envió a tres hombres —Norcross, Wilkinson y Dewhurst— a arrestarle por haberse negado a prestar el juramento de fidelidad. Ricardo se hallaba en las labores del campo. Cuando Norcross le presentó la orden de aprehensión, Wilkinson le golpeó con una estaca. Una joven que trabajaba en el otro extremo del campo, corrió a llamar a su ama, la que acudió al punto con un criado y otro hombre. Los policías se enfrentaron a los dos hombres y Wilkinson puso a ambos fuera de combate. Entonces la joven (cuyo nombre ignoramos) dio a Dewhurst un golpe en la cabeza y los policías emprendieron la fuga. Pero Dewhurst, "medio atontado por el golpe y no queriendo quedarse atrás de su compañero, corrió alocadamente por el campo barbechado y se rompió una pierna." La fractura se infectó y Dewhurst murió trece días más tarde, no sin haber declarado que su caída había sido completamente accidental. A pesar de ello, Ricardo Herst fue acusado de asesinato voluntario ante Sir

Henry Yelverton. Aunque los testigos y las investigaciones de la policía probaron que Herst era inocente, el juez le declaró culpable. El jurado se negó al principio a apoyar la sentencia del juez, pero éste le explicó en privado que era necesario "hacer un escarmiento".

Se envió entonces al rey Carlos I una petición de indulto, con el apoyo de la reina María Enriqueta, pero la influencia del juez no dejó de pesar. Finalmente, se ofreció la libertad a Ricardo, con tal que prestase el juramento condenado por la Santa Sede. Ello basta para probar que la acusación de asesinato era un simple pretexto. Se conservan todavía tres cartas del beato a su confesor. En una de ellas dice: "Os ruego que os ocupéis de mis pobres hijitos y que exhortéis a mis amigos a pagar mis deudas. Haced que mis acreedores se enteren de que mi mayor deseo en este mundo es pagarles en cuanto mis medios me lo permitan." En otra carta dice: "Aunque la carne es débil y timorata, mi alma encuentra mucho consuelo en ponerse con gran amor en las manos dulces del Salvador. Considerando lo que El hizo y sufrió por mí, mi mayor deseo es sufrir por El. Y antes quisiera morir mil veces que poseer un reino entero y vivir en pecado mortal; porque, por amor de mi Salvador, nada odio tanto como el pecado." Al dirigirse al sitio de la ejecución, Ricardo volvió los ojos hacia el sitio del castillo en el que se había colocado la cabeza del Beato Edmundo Arrowsmith y dijo: "He ahí la cabeza del bendito mártir que enviásteis a prepararme el camino." Después se volvió hacia el ministro protestante que le interrogaba y le dijo: "Yo creo todo lo que profesa la Santa Iglesia católica." Antes de subir al cadalso oró unos momentos. Viendo que el verdugo vacilaba en echarle la cuerda al cuello, le dijo: "Tomás, me parece que voy a tener que ayudarte." El beato tenía, al morir, seis hijos, y su mujer esperaba el séptimo.

El relato de la vida del Beato Edmundo Arrowsmith, que mencionamos en nuestro artículo del 28 de agosto, da muchos detalles acerca del Beato Ricardo Herst. En MMP. se estudia juntos a los dos mártires.

30: SANTA ROSA DE LIMA, VIRGEN (1617 P.C.)

ASIA, Europa y Africa habían sido ya profusamente bañadas por la sangre de los mártires e iluminadas con el ejemplo resplandeciente de los santos, en tanto que el inmenso continente americano permanecía estéril. Finalmente, la luz de la fe empezó a brillar para el Nuevo Mundo en el siglo XVI. Rosa de Lima, la primera santa americana canonizada, brotó, en verdad, como una rosa entre las espinas. Nació en la capital del Perú en 1586, de ascendencia española. Sus padres, Gaspar de Flores y María de Oliva, eran gentes modestas. Aunque la niña fue bautizada con el nombre de Isabel, se la llamaba comunmente Rosa y ése fue el único nombre que le impuso en la Confirmación el arzobispo de Lima, Santo Toribio. Rosa tomó a Santa Catalina de Siena por modelo, a pesar de la oposición y las burlas de sus padres y amigos. En cierta ocasión, su madre le coronó con una guirnalda de flores para lucirla ante algunas visitas y Rosa se clavó una de las horquillas de la guirnalda en la cabeza, con la intención de hacer penitencia por aquella vanidad, de suerte que tuvo después bastante dificultad en quitársela. Como las gentes alababan frecuentemente su belleza, Rosa solía restregarse la piel con pimienta para

desfigurarse y no ser ocasión de tentaciones para nadie. Una dama le hizo un día ciertos cumplimientos acerca de la suavidad de la piel de sus manos y de la finura de sus dedos; inmediatamente la santa se talló las manos con barro, a consecuencia de lo cual no pudo vestirse por sí misma en un mes. Estas y otras austeridades aún más sorprendentes la prepararon a la lucha contra los peligros exteriores y contra sus propios sentidos. Pero Rosa sabía muy bien que todo ello sería inútil si no desterraba de su corazón todo amor propio, cuya fuente es el orgullo, pues esa pasión es capaz de esconderse aun en la oración y el ayuno. Así pues, se dedicó a atacar el amor propio mediante la humildad, la obediencia y la abnegación de la voluntad propia. Aunque no tenía reparo en oponerse a sus padres cuando pensaba que estaban equivocados, jamás los desobedeció voluntariamente, ni se apartó de la más escrupulosa obediencia y paciencia en las dificultades y contradicciones. Y hay que notar que la santa doncella tuvo que sufrir enormemente por parte de quienes no la comprendían.

El padre de Rosa fracasó en la explotación de una mina, y la familia se vio en circunstancias económicas difíciles. Rosa trabajaba el día entero en el huerto, cosía una parte de la noche y en esa forma ayudaba al sostenimiento de la familia. La santa estaba contenta con su suerte y jamás hubiese intentado cambiarla, si sus padres no hubiesen querido inducirla a casarse. Rosa luchó contra ellos diez años, e hizo voto de virginidad para confirmar su resolución de vivir consagrada al Señor. Al cabo de esos diez años, ingresó en la tercera orden de Santo Domingo y, a partir de entonces, se recluyó prácticamente en una cabaña que había construido en el huerto. Llevaba sobre la cabeza una estrecha cinta de plata, cuyo interior estaba erizado de picos, de suerte que era una especie de corona de espinas. Su amor de Dios era tan ardiente que, cuando hablaba de El, cambiaba el tono de su voz y su rostro se encendía como un reflejo del sentimiento que embargaba su alma. Ese fenómeno se manifestaba, sobre todo, cuando la santa se hallaba en presencia del Santísimo Sacramento o cuando en la comunión unía su corazón a la Fuente del Amor.

Dios concedió a su sierva gracias extraordinarias, pero también permitió que sufriese durante quince años la persecución de sus amigos y conocidos, en tanto que su alma se veía sumida en la más profunda desolación espiritual. Por otra parte, el demonio la molestaba con violentas tentaciones. El único consejo que supieron darle aquellos a quienes consultó, fue que comiese y durmiese más. Más tarde, una comisión de sacerdotes y médicos examinó a la santa y dictaminó que sus experiencias eran realmente sobrenaturales. Sin embargo, hay razones para pensar que algunas de ellas se debían a causas físicas y psicológicas. Rosa pasó los tres últimos años de su vida en la casa de Don Gonzalo de Massa, un empleado del gobierno, cuya esposa le profesaba particular cariño. Durante la penosa y larga enfermedad que precedió a su muerte, la única oración de la joven era: "Señor, auméntame los sufrimientos, pero auméntame en la misma medida tu amor." Dios la llamó a Sí el 24 de agosto de 1617, a los treinta y un años de edad. El capítulo, el senado y otras honorables corporaciones de la ciudad se turnaron para transportar su cuerpo al sepulcro. El Papa Clemente X la canonizó en 1671. Como lo hicimos notar más arriba, fue la primera santa canonizada del Nuevo Mundo.

El modo de vida y las prácticas ascéticas de Santa Rosa de Lima sólo convienen a almas llamadas a una vocación muy particular. Los cristianos ordinarios no deben intentar imitarlas. Lo verdaderamente importante era el es-

píritu de santidad heroica que había en Rosa; porque todos los santos, ya sea en el mundo, en el desierto o en el claustro, poseen el rasgo común de haber tratado de vivir para Dios en cada instante. Quien tiene la intención pura de cumplir en todo la voluntad de Dios podrá servirle con plenitud lo mismo comiendo que descansando, lo mismo conversando que haciendo cualquier otra cosa.

Los bolandistas (*Acta Sanctorum*, agosto, vol. v) citan una o dos de las primeras biografías de Santa Rosa, particularmente la española de Juan de Vargas Machuca y la italiana de D. M. Marchese, y reproducen por entero la biografía latina escrita por el P. Leonardo Hansen, O.P. Esta última obra constituye la base de todas las biografías posteriores. En *Acta Sanctorum* se hallará también la amplia bula de canonización de Clemente X, que refiere por menudo la vida y milagros de la santa. La biografía de J. B. Feuillet fue traducida al inglés en la *Oratorian Series*; F. M. Capes, *The Flower of the New World* (1899); la obra de Sara Maynard, *Rose of America* (1943) es demasiado "sentimental". Ver también Vicomte de Bussière, *Le Pérou et Ste Rose de Lima* (1863); Mortier, *Maîtres Généraux O.P.*, vol. VII, pp. 76 ss., y *Monumenta O.P. Historica*, vol. XIII, pp. 22 ss. Recientemente se han publicado en español varias obras.

SANTOS FELIX y ADAUCTO, MÁRTIRES (¿304? P.C.)

SAN FÉLIX era un santo sacerdote romano, tan feliz en su vida y sus virtudes como lo indica su nombre. Fue arrestado al comienzo de la persecución de Diocleciano. Después de soportar con gran constancia la tortura, fue condenado a morir decapitado. Cuando se dirigía al sitio de la ejecución, se cruzó con un forastero cristiano, el cual se sintió tan conmovido al ver al santo correr gozosamente a la gloria del martirio, que exclamó en voz alta: "Yo profeso la misma fe que ese hombre. También yo confieso el nombre de Jesucristo. También yo quiero morir por su causa". Al oír esto, los magistrados le mandaron arrestar, y ambos mártires fueron decapitados juntos. Como los cristianos ignoraban el nombre del forastero, le llamaron "Adaucto", es decir, "Añadido", porque se había unido a Félix en el martirio.

La historia, muy embellecida por la leyenda, proviene de la siguiente inscripción del Papa San Dámaso: "¡Feliz de ti, que con tanta razón y verdad te llamabas Félix, porque, con fe invencible y total desprecio del mundo, confesaste a Cristo y buscaste el Reino de los Cielos! Admirad también, hermanos, la preciosísima fe que llevó victoriosamente a Adaucto al cielo." El sacerdote Vero, por orden de su superior Dámaso, restauró la tumba y adornó el santuario de los mártires. San Félix y San Adaucto fueron sepultados en el cementerio de Comodila, en la Vía Ostiense. En 1905, se descubrieron los restos de una iglesia sobre su sepulcro.

La *Depositio Martyrum*, que data del año 354, menciona a "Félix y Adaucto, en el cementerio de Comodila en la Vía Ostiense"; ello constituye una sólida prueba de la antigüedad del culto de estos mártires, confirmada por el Sacramentario Leonino y otros muchos documentos. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XVI (1897), pp. 17-43, y las discusiones de de Rossi, Wilpert, Marucchi, Bonavenia, etc., mencionadas por Delehaye en CMH., pp. 476-478. La *pasión* de estos mártires puede verse en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI.

SAN PAMMAQUIO (410 P. C.)

ENTRE LOS TÍTULOS de distinción de Pammaquio se cuentan su santidad, su

ciudadanía romana, su ciencia y su amistad con San Jerónimo, de quien había sido compañero de estudios en la juventud y con quien mantuvo correspondencia epistolar toda su vida. Pammaquio, que pertenecía a la familia de los Furios, era senador. El año 385, contrajo matrimonio con Paulina, la segunda hija de Santa Paula. Como se sabe, Santa Paula era también muy amiga de San Jerónimo. Probablemente, Pammaquio fue uno de los cristianos que denunciaron ante el Papa San Siricio a un cierto Joviniano, quien sostenía entre otros errores que todos los pecados son igualmente graves y merecen el mismo castigo. En todo caso, es absolutamente cierto que Pammaquio envió una copia de los escritos del hereje a San Jerónimo, quien los refutó en un largo tratado. San Pammaquio no se mostró del todo conforme con la respuesta de San Jerónimo, pues le parecía que el lenguaje de su amigo era demasiado fuerte (defecto al que San Jerónimo era muy inclinado), y que las alabanzas excesivas que prodigaba a la virginidad resultaban en detrimento del sacramento del matrimonio. San Pammaquio comunicó su opinión a San Jerónimo, quien le contestó en dos cartas en las que le agradecía su interés y justificaba sus propias opiniones. Joviniano fue condenado en Roma por un sínodo y en Milán por San Ambrosio y con ello cayó en la oscuridad. Algunos años más tarde, San Ambrosio escribió que había "más bien vomitado que exhalado el último suspiro entre los pollos y los puercos".

En 397 murió la esposa de San Pammaquio. Con ese motivo, San Paulino de Nola le escribió: "Vuestra esposa es ahora vuestro abogado ante Jesucristo y vuestra garantía de salvación. Ella os obtendrá tantas bendiciones del cielo cuantos tesoros le habéis ofrecido vos en la tierra, ya que no os contentáis con llorarla inútilmente, sino que la hacéis participar de vuestros actos de caridad. Con vuestras virtudes honráis a vuestra esposa y, cuando dais de comer a los pobres, le dais de comer a ella ..." San Jerónimo le escribió también una carta por el estilo. Pammaquio consagró el resto de su vida al estudio y las obras de caridad. Junto con Santa Fabiola, construyó en Porto un albergue para los peregrinos pobres y enfermos que se dirigían a Roma. Dicho albergue fue la primera institución de ese tipo en el occidente. El "xenodochium" (pues tal era el nombre oficial de la institución) mereció las alabanzas de San Jerónimo. Pammaquio y Fabiola se encargaban con frecuencia de atender personalmente a sus huéspedes. Las excavaciones llevadas a cabo han puesto al descubierto los cimientos del "xenodochium". Al consagrarse al socorro de los necesitados, San Pammaquio no hacía más que seguir las huellas de su esposa. San Jerónimo decía que los ciegos, los baldados y los indigentes eran los herederos de la mujer de San Pammaquio. Aunque éste no iba en busca de los miserables, éllos acudían espontáneamente, sabiendo que no les cerraría las puertas.

San Pammaquio sufrió mucho por la acritud de la controversia que San Jerónimo sostuvo con Rufino. Además de aconsejar a San Jerónimo que tradujese el "De principiis" de Orígenes, le ayudó mucho en sus escritos controversísticos, aunque no consiguió moderar la violencia de lenguaje de la mayoría de ellos. El santo escribió también a las personas que vivían en sus posesiones de Numidia, exhortándolas a renunciar al cisma donatista y a volver al seno de la Iglesia. San Agustín de Hipona le dio por ello las gracias en una carta, el año 401. Pammaquio tenía una iglesia en su casa de la colina Coeli, llamada "titulus Pammachii", en el sitio que ocupa actualmente la iglesia de San Juan y San Pablo de los pasionistas. Las excavaciones han puesto al descubierto los

restos de la casa original. San Pammaquio murió el año 410, cuando Alarico y los godos se apoderaron de Roma. Con frecuencia se dice que San Pammaquio era sacerdote, pero no parece que lo haya sido.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI, hay una biografía bastante completa, escrita por el P. Juan Pien. Véanse también las biografías de San Jerónimo.

SAN FANTINO, Abad (Siglo X)

Según se dice, San Fantino fue abad del monasterio griego de San Mercurio, en Calabria. Tras algunos años de ejercer el cargo, Fantino declaró que Dios le había mandado que abandonase el monasterio. Obedeció esa orden y empezó a peregrinar de un sitio a otro, durmiendo al aire libre y alimentándose de yerbas y frutas. Cuando llegaba a alguna iglesia o monasterio, profetizaba desgracias, con grandes lamentaciones. Cuando encontraba a algún monje en el camino, lloraba por él como por un muerto. Sus amigos, muy afligidos de su extraña conducta, trataron de persuadirle a que volviese al monasterio, pero Fantino respondió simplemente que muy pronto dejaría de existir el monasterio y que él moriría en el extranjero. Poco después, los sarracenos asolaron la Calabria y destruyeron el monasterio de San Mercurio. San Fantino se transladó con dos discípulos al Peloponeso. Durante algún tiempo vivió en Corinto y en Larissa de Tesalia. Después emigró a Salónica, donde sus virtudes y milagros le hicieron muy famoso. Ahí murió.

Poseemos muy pocos datos fidedignos sobre San Fantino. Los bolandistas le dedican varias páginas en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI. A lo que parece, éste es el San Fantino que figura en los sinaxarios de Constantinopla el 14 de noviembre. Un sinaxario ítalo-griego le menciona el 30 de agosto. Véase J. Rendel Harris, *Further Researches into the Ferrar Group* (1900); Delehaye comenta esta obra en *Analecta Bollandiana*, vol. XXI (1902), pp. 23-28. Toda la historia de San Fantino es una leyenda muy confusa; no es imposible que se haya confundido a dos santos del mismo nombre.

31: SAN RAMON NONATO, Cardenal (1240 p.c.)

La vida de San Ramón está envuelta en un misterio impenetrable por falta de documentos fidedignos, de suerte que no se puede aceptar sin reservas la narración de Alban Butler, que resumimos a continuación.

San Ramón nació en Portello, ciudad de Cataluña en 1204. Recibió el sobrenombre de *non natus* (no nacido), porque su madre murió en el parto antes de que el niño viese la luz. Con el permiso de su padre, el santo ingresó en la Orden de los Mercedarios, que acababa de fundarse. San Pedro Nolasco recibió la profesión de Ramón en Barcelona.

Progresó tan rápidamente en la virtud que, dos o tres años después de profesar, sucedió a San Pedro Nolasco en el cargo de "redentor o rescatador de cautivos". Enviado al norte de Africa con una suma considerable de dinero, Ramón rescató en Argel a numerosos esclavos. Cuando se le acabó el dinero, se ofreció como rehén por la libertad de ciertos prisioneros cuya situación era desesperada y cuya fe se hallaba en grave peligro. Pero el sacrificio de San Ramón no hizo más que exasperar a los infieles, quienes le trataron con terrible crueldad. Sin embargo, el magistrado principal, temiendo que si el santo moría a manos de sus compatriotas no se pudiese obtener la suma estipulada por la libertad de los prisioneros a los que representaba, dio orden de que se le tratase más humanamente. Con ello, el santo pudo salir a la calle, lo que aprovechó para confortar y alentar a los cristianos y para convertir y bautizar a algunos mahometanos. Al saberlo, el gobernador le condenó a morir empalado, pero quienes estaban interesados en cobrar la suma del rescate consiguieron que se le conmutase la pena de muerte por la de la flagelación. San Ramón no perdió por ello el valor, sino que prosiguió la tarea de auxiliar a cuantos se hallaban en peligro, sin dejar escapar la menor ocasión de ayudarlos.

Pero, por una parte, San Ramón no tenía ya un solo céntimo para rescatar cautivos y, por otra parte, predicar el cristianismo a los islamitas equivalía a la pena de muerte. Lo único que podía hacer era cerrar los ojos y lanzarse al martirio, de suerte que volvió a instruir y exhortar así a los cristianos como a los infieles. El gobernador, enfurecido ante tal contumacia, ordenó que se azotase al santo en todas las esquinas de la ciudad y que se le perforasen los labios con un hierro candente; en seguida mandó ponerle en la boca un candado, cuya llave guardaba él mismo y sólo la daba al carcelero a la hora de las comidas. En esa angustiosa situación pasó San Ramón ocho meses, hasta que San Pedro Nolasco envió finalmente a algunos miembros de su orden a rescatarle. San Ramón hubiese querido quedarse a asistir a los esclavos en Africa, sin embargo, obedeció la orden de su superior y pidió a Dios que aceptase sus lágrimas, ya que no le había considerado digno de derramar su sangre por las almas de sus prójimos.

A su vuelta a España, en 1239, fue nombrado cardenal por Gregorio IX, pero él permaneció tan indiferente a ese honor que no había buscado, que no cambió ni sus vestidos, ni su pobre celda del convento de Barcelona, ni su manera de vivir. El Papa le llamó más tarde a Roma. San Ramón obedeció, pero emprendió el viaje como el religioso más humilde. Dios dispuso que sólo llegase hasta Cardona, a unos diez kilómetros de Barcelona, donde le sorprendió una violenta fiebre que le llevó a la tumba. El santo tenía aproximadamente treinta y seis años. Fue sepultado en la capilla de San Nicolás de Portello. El Martirologio Romano empezó a mencionar su nombre en 1657. San Ramón Nonato es el patrono de las parturientas, debido a las circunstancias de su nacimiento.

El 28 de enero, hablando de San Pedro Nolasco, hicimos notar cuán poco fidedignas son las fuentes mercedarias que se refieren a la fundación y primeros años de la orden. Los bolandistas, no lograron descubrir ningún documento fidedigno sobre San Ramón y terminaron por publicar el relato escrito por Ciacconius (siglo XVI), en su serie de biografías de los cardenales. La falta de documentos no ha mejorado en la actualidad. Todo lo que podemos decir es que en los siglos XVII y XVIII vieron la luz muchas biografías de San Ramón Nonato, generalmente poco voluminosas, como las de Dathia, Echevérez, Eyto, Juan de la Presentación, P. E. Menéndez, F. T. de Miranda, M. Ulate y otros. Dichas biografías, publicadas con la debida aprobación eclesiástica, repiten poco más o menos lo que hemos dicho en nuestro artículo y añaden innumerables milagros. Véase Gams, *Kirchengeschichte von Spanien*, vol. III, pte. I. La comisión nombrada por el Papa Benedicto XIV propuso suprimir del calendario general esta fiesta.

SAN PAULINO, Obispo de Tréveris (358 p.c.)

San Atanasio llamó a San Paulino "hombre verdaderamente apostólico", y San Jerónimo dijo de él que había sido "feliz en sus sufrimientos" por la fe.

Después de educarse en la escuela catedralicia de Poitiers, donde fue discípulo de San Maximino, Paulino sucedió a su maestro en el gobierno de la sede de Tréveris. Durante el destierro de San Atanasio en Tréveris, San Paulino se convirtió en uno de sus más ardientes defensores. En el sínodo arrianizante de Arles (353 P.C.), el santo defendió valientemente la fe de Nicea y se opuso a los legados pontificios, que iban a condenar a San Atanasio. Su amistad con éste último le hizo incurrir en la cólera del emperador Constancio, quien le desterró junto con San Dionisio de Milán, San Eusebio de Vercelli y San Lucifer de Cagliari. En Frigia fue enviado a un sitio tan remoto, que apenas se conocía ahí a los cristianos. San Paulino murió en el destierro el año 358. El Martirologio Romano dice: "Mortalmente fatigado por las vicisitudes de un destierro en tierras muy apartadas de los países cristianos, recibió del Señor la corona de un fecundo martirio y murió en Frigia". El cuerpo del santo fue transladado a Tréveris por el obispo San Félix el año 396. El año 402, sus restos fueron solemnemente depositados en la iglesia que lleva su nombre. Su tumba se descubrió en las ruinas de dicha iglesia, en 1738.

El esqueleto del santo estaba todavía envuelto en sedas de oriente y se conservaban algunos fragmentos del féretro de madera en que había sido transportado desde Frigia. En 1833, una comisión de arqueólogos y expertos examinó detenidamente los restos y los declaró incuestionablemente auténticos; también declaró que San Paulino no había muerto decapitado, como pretendían algunos.

En *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI, hay una biografía latina que data de los siglos IX o X. Acerca de las reliquias, cf. el artículo del P. Schneider en *Jahrbüchern des Vereins für Alterthumsfreunden im Rheinlande*, vol. 78 (1884), pp. 167 ss. Acerca de la vida del santo, cf. P. Diel, *Der hl. Maximinus und der hl. Paulinus* (1875).

SAN AIDANO, Obispo de Lindisfarne (651 p.c.)

Cuando San Oswaldo ciñó la corona de Nortumbría el año 634, pidió a los monjes de Iona que enviasen a un obispo a predicar el Evangelio a sus súbditos. El primer misionero resultó un hombre rudo y austero, incapaz de hacer el bien a los paganos. Tuvo, pues, que regresar a su monasterio, donde echó la culpa de su fracaso a la rudeza e indocilidad de los ingleses. Los monjes reunieron un sínodo para deliberar acerca de lo que se debía hacer, San Aidano, que asistió al sínodo, dijo claramente al misionero que el culpable de su fracaso era él y no los ingleses, ya que se había mostrado duro y severo con los ignorantes, cuando hubiese debido alimentarles con la leche de una doctrina menos rigurosa hasta que fuesen capaces de digerir alimentos más sólidos. Los ojos de toda la asamblea se fijaron entonces en el orador, cuyas palabras estaban tan llenas de prudencia y le eligieron para la ardua misión.

Aidano era originario de Irlanda. Según se dice, había sido discípulo de San Senán en la isla de Scattery. Eso es todo lo que sabemos acerca de él, hasta que ingresó en el monasterio de Iona. El rey Oswaldo le acogió amablemente y le designó la isla de Lindisfarne como sede episcopal. San Beda habla con entusiasmo sobre la humildad y piedad de San Aidano. Quienes viajaban con él estaban obligados a emplear los ratos de descanso en la lectura de la Biblia y en aprender de memoria los Salmos. San Aidano viajaba siempre a pie. Su actitud mostraba claramente que no buscaba ni quería los bienes de este mundo, ya que distribuía entre los pobres cuantos regalos le hacían el rey y los nobles.

Rara vez iba a comer con el monarca y, cuando lo hacía, iba acompañado de dos de sus clérigos y retornaba al trabajo lo más pronto posible. Beda menciona la libertad apostólica con que echaba en cara sus vicios a los grandes de este mundo y habla de la paz, caridad, continencia y demás virtudes que supo comunicar a los habitantes de aquella nación bárbara. "Era un obispo que amaba apasionadamente la bondad y que se distinguió por su mansedumbre y moderación. Estaba lleno de celo por la causa de Dios, aunque su ciencia no se hallaba a la altura de su celo." (Estas últimas palabras aluden al hecho de que San Aidano seguía la costumbre celta en lo referente a la fecha de la Pascua, etc.). Se necesitaba ahí, precisamente, un hombre como San Aidano, pues Penda y Cadwallon habían destruido en gran parte la obra de San Paulino.

Los milagros del santo confirmaban su predicación. Beda relata tres milagros. Y, refiriéndose a la situación religiosa de la región treinta años después, da testimonio de la eficacia del apostolado de San Aidano: "Los monjes y clérigos eran acogidos con gran gozo en todas partes, como siervos de Dios. Quienes se topaban con ellos en los caminos, corrían a su encuentro y se inclinaban ante ellos, muy contentos de recibir su bendición y de encomendarse a sus oraciones. El pueblo prestaba gran atención a las exhortaciones de los sacerdotes y acudía con entusiasmo, los domingos, a oír la palabra de Dios en las iglesias y monasterios. Cuando un sacerdote llegaba a una población, los habitantes se reunían para escuchar la palabra de vida. Los clérigos sólo iban a los pueblos para predicar, visitar a los enfermos y atender a las almas. Y estaban tan libres de toda codicia, que jamás recibían tierras o posesiones para construir monasterios, sino por mandato de las autoridades seculares."

El centro de la actividad de San Aidano era la isla de Lindisfarne (actualmente Isla Santa), frente a la costa de Nortumbría, entre Berwick y Bamburgh. Ahí tenía su sede episcopal y fundó un monasterio al que impuso la regla de San Columkill. No sin razón, se ha llamado a la isla la Iona inglesa, pues de ahí partió el movimento que venció al paganismo en Nortumbría y fue disipando, poco a poco, las costumbres bárbaras. Dom Gougaud cita a Lightfoot, quien dice que "el verdadero apóstol de Inglaterra no fue San Agustín sino San Aidano." Tal afirmación es verdadera por lo que se refiere al norte de Irlanda. San Aidano fue obispo durante diecisiete años. El más famoso de los dieciséis obispos que le sucedieron, fue San Cutberto; pero no fue éste ciertamente el único santo de la isla. San Aidano educó en su monasterio a doce jóvenes ingleses. Fue también infatigable su solicitud por los niños y los esclavos y, con frecuencia, empleaba las limosnas que recibía en el rescate de estos últimos. El gran monarca San Oswaldo prestaba todo el apoyo posible al santo obispo. Lo mismo hizo su sucesor, San Oswino, quien fue asesinado en Gilling en 651. San Aidano murió once días después, en el castillo de Bamburgh, que solía emplear como centro misional. Falleció apoyado contra el muro de la iglesia. Fue sepultado en el cementerio de Lindisfarne. Cuando se construyó la iglesia de San Pedro, sus restos fueron trasladados al santuario. Sin duda que las reliquias del santo fueron trasladadas nuevamente cuando se evacuó la isla, en la época de las invasiones de los daneses. El nombre de San Aidano figura en el Martirologio Romano. Su fiesta se celebra en varias diócesis de Inglaterra, en Argyll y en las Islas.

Prácticamente todo lo que sabemos sobre San Aidano se reduce a lo que cuenta Beda en su *Historia Ecclesiastica*. Las anotaciones de Plummer son importantes. Por lo que se refiere a los puntos relacionados con la arqueología, se hallarán muchos datos en la obra de Sir Henry Howorth, *The Golden Days of the Early English Church*, vol. I.

BEATOS LORENZO NERUCCI y Compañeros, Mártires
(1420 p.c.)

En 1415, Juan Hus, el jefe del partido herético de los nacionalistas checos, fue juzgado, condenado y quemado vivo en Constanza. Las medidas de represión que tomaron las autoridades a raíz de la ejecución, no hicieron más que vigorizar a los husitas. En 1419, un antiguo canónigo regular, Juan de Selau, excitó a los habitantes de Praga a exigir la liberación de ciertos prisioneros husitas. Llevando el Santísimo Sacramento en procesión. Selau acompañó al pueblo ante los magistrados. Como éstos se negasen a poner en libertad a los prisioneros, Selau exhortó a la multitud a penetrar en la sala municipal y asesinar a cuantos se hallasen en ella. Para excitar a la multitud a esa sangrienta venganza, le presentó sacrílegamente el Santísimo Sacramento. La chusma arrojó a las víctimas por las ventanas para que los que estaban fuera acabasen de darles muerte. El acontecimiento pasó a la historia con el nombre de la "defenestración de Praga."

Los nueve meses siguientes presenciaron una guerra civil de una barbarie inaudita. En marzo de 1420, el Papa Martín V predicó la cruzada contra los husitas y envió a Bohemia a cierto número de predicadores. Entre ellos se contaban cuatro frailes servitas originarios de Toscana: Lorenzo Nerucci, Agustín Cennini, Bartolomé Donati y Juan Bautista Petrucci. Poco después de su llegada, los husitas pusieron fuego al monasterio de Praga en que se hallaban los mártires, quienes murieron quemados vivos, en la iglesia cuando cantaban el "Te Deum".

Véase Giani, *Annales Ordinis Servorum B.M.V.*, vol. I, pp. 396-400, donde se hallarán algunos documentos de la época. Se dice que en 1918 la Santa Sede dio un decreto de aprobación del culto de estos mártires; en todo caso, el decreto no apareció en *Acta Apostolicae Sedis*.

BEATO JUVENAL ANCINA, Obispo de Saluzzo (1604 p.c.)

El 19 de octubre de 1545, nació en Fossano, del Piamonte, el hijo primogénito de Durando Ancina y de su esposa Lucía. Durando Ancina pertencía a una distinguida familia española. El niño recibió en el bautismo el nombre de Juvenal, en honor de San Juvenal de Narni, patrono de Fossano. Aunque era muy piadoso, Juvenal tenía el proyecto de hacer carrera en el mundo. Su padre le envió, pues, a estudiar medicina en la Universidad de Montpellier, a los catorce años de edad. De ahí pasó el joven a la escuela de Mondovi, en la Saboya y, después de la muerte de su padre, a la Universidad de Padua. Era un estudiante muy brillante. A los veinticuatro años aproximadamente, obtuvo el grado de doctor en filosofía y medicina en Turín. En 1569, obtuvo la cátedra de medicina de la misma Universidad. Sus pacientes eran muy numerosos, sobre todo los pobres, pues los asistía gratuitamente. Se dice que Juvenal no frecuentaba los juegos y diversiones públicos; sus pasatiempos favoritos eran el ajedrez

y la composición de versos latinos e italianos. Con frecuencia hablaba en ellos de los principales acontecimentos de la historia eclesiástica y civil. En 1572, declamó en público una oda que había compuesto con ocasión de la muerte de San Pío V. Toda su vida escribió versos e himnos y compuso dos epigramas en honor de Santo Tomás Moro. Alrededor de 1572, un día en que asistió a una misa de requiem en una iglesia de Savigliano, se sintió profundamente impresionado por el canto del "Dies irae". Sin duda que lo había oído cantar muchas veces y su profesión de médico no le permitía olvidar la muerte, pero entonces comprendió, de una manera inusitada, lo que significaba el juicio que nos espera después de la muerte. Hasta entonces había llevado una vida irreprochable, pero se dio cuenta de que ello no bastaba y que Dios quería de él algo más. No sabiendo exactamente qué era, se dedicó con ahinco a la oración y contemplación, procuró despegarse de los bienes temporales y aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para renunciar a su cátedra. La oportunidad se le ofreció cuando el conde Federico Marucci, embajador del duque de Saboya ante la Santa Sede, le pidió que la acompañase como médico de cámara.

Juvenal llegó a Roma en 1575. Se alojó cerca de la iglesia de Ara Coeli. El sitio le atraía porque "estaba cerca de las prisiones, del hospital, de la cárcel de delincuentes jóvenes y había ahí muchos pobres." Como su trabajo en casa del conde no le llevaba mucho tiempo, Juvenal empezó a estudiar seriamente la teología, bajo la dirección de San Roberto Belarmino. Don César Baronio le presentó a San Felipe Neri, de suerte que empezó pronto a frecuentar a los hombres más cultos y santos de Roma. Así vivió tres años. Ya se sentía llamado a la vida religiosa, pero no acertaba a decidirse por una orden en particular. Había recibido ya las órdenes menores, asistía regularmente a los ejercicios de piedad del oratorio y tenía por director espiritual a San Felipe Neri. Por consejo del santo, aceptó un beneficio en Cherasco del Piamonte; pero muy pronto algunas personas trataron de quitárselo mediante un proceso y entonces, Juvenal cedió sin más trámites el beneficio. En aquella época, el beato se hallaba muy impresionado por el ejemplo de un abogado de Turín que se había hecho cartujo en un monasterio de Pavía y pensó que Dios le llamaba a seguir ese ejemplo. Juan Mateo, el hermano de Juvenal, con quien éste había sostenido una correspondencia íntima desde Roma, estaba de acuerdo con él. Finalmente, ambos decidieron consultar a San Felipe Neri, quien dijo claramente a Juvenal que no estaba llamado a la Cartuja, pero recomendó a ambos hermanos la congregación del oratorio, recientemente fundada, que él mismo dirigía. Juvenal vaciló algún tiempo, pues deseaba mayor austeridad y soledad; pero acabó por plegarse a la opinión de San Felipe. Así pues, los dos hermanos ingresaron en la congregación del oratorio el 1º de octubre de 1578. Baronio comentó que ese día el oratorio había abierto las puertas a "un segundo San Basilio".

El Beato Juvenal recibió la ordenación sacerdotal cuatro años después. En 1586, fue enviado al oratorio de Nápoles, la primera casa de la congregación fuera de Roma. Inmediatamente se dedicó a predicar y escribió poco después a su hermano: "Los napolitanos exigen sermones hermosos y sustanciales. Los sermones mediocres no sirven de nada aquí, pues hasta los zapateros presumen de ser buenos oradores. Tiene uno que vigilarse mucho." Pero el beato consiguió deslumbrar a los difíciles napolitanos, quienes empezaron a repetir el sobrenombre que le había dado un ingenioso romano: "hijo del trueno". Juvenal

escribía: "Por la gracia de Dios, las gentes están satisfechas conmigo." Una de las conversiones más sonadas que logró fue la de Giovannella Sanchia. Era ésta una cantatriz conocida con el apodo de "la sirena", que no sólo aludía a su voz . . . Giovannella quedó tan impresionada al oír hablar al beato acerca de la belleza de la santidad, que prometió no volver a entonar canciones profanas y dedicarse al canto sagrado. El Beato Juvenal era muy amante de la música. Se dice que "quería que las vísperas se cantasen con la mejor música posible, o por lo menos en el mejor estilo gregoriano", aunque tal vez no todos los lectores estén de acuerdo con esta distinción. Así pues, se preocupó mucho por la música del oratorio de Nápoles, no sólo por el decoro del culto cristiano y la gloria debida a Dios, sino porque estaba convencido de que la buena música hacía bien a las almas. Solía escribir letras piadosas para las tonadas más populares (aunque los biógrafos no precisan si permitía o no que se cantasen en la iglesia del oratorio) y publicó un libro de himnos, titulado "Templo de armonía". El P. Borla, uno de los oratorianos, se estableció en el Hospital de Incurables, que había estado mucho tiempo abandonado. El Beato Juvenal le ayudó en la empresa y organizó la cofradía de las buenas señoras entre las damas más distinguidas de la ciudad. Para que no perdiesen de vista el fin para el que había sido fundada la cofradía, quiso el beato que la sede no fuese la iglesia del oratorio, sino el propio hospital. La caridad del P. Juvenal era ilimitada y se manifestaba en las formas más originales; por ejemplo, tenía cuenta abierta con un barbero, a quien solía enviar a cuantos pobres encontraba con el cabello o la barba descuidados. Por su parte, el barbero tenía instrucciones de emplear toda su habilidad para enviar de nuevo al P. Juvenal a tales clientes. Nada muestra mejor el cariño y respeto que los napolitanos profesaban al P. Juvenal que una carta que éste escribió a San Felipe Neri cuando se hallaba convalesciente de una grave enfermedad. El beato aceptó de buen grado las pequeñas comodidades que le procuraron sus hermanos durante la convalescencia y aun se alegró razonablemente de ellas.

Hacia 1595, cuando llevaba ya cerca de diez años en Nápoles, el beato se vio acosado de un gran deseo de vida contemplativa. Por otra parte, se sentía desanimado a la vista de la miseria material y moral que le rodeaba y que no podía remediar. Pero, en 1596, Baronio fue elevado al cardenalato y los padres del oratorio de Roma pidieron al Beato Juvenal que fuese a suplirle. Aunque temeroso de que en la Ciudad Eterna le esperase algún cargo de responsabilidad, el beato obedeció al punto, con gran pena de los napolitanos. Un año después, tres sedes quedaron vacantes al mismo tiempo. El Beato Juvenal tenía buenas razones para sospechar que se trataría de nombrarle obispo. Así pues, salió un día del oratorio sin decir nada y se escondió en la ciudad. Poco después partió de Roma y anduvo errante durante cinco meses. En San Severino recibió la orden terminante de regresar a Roma. Al llegar, respiró a sus anchas al ver que por el momento había pasado el peligro de que le hiciesen obispo. Los cuatro años siguientes trabajó infatigablemente por ayudar a los piamonteses y, en esa época conoció y se hizo amigo íntimo de San Francisco de Sales.

En 1602, el duque de Saboya pidió a Clemente VIII que nombrase obispo para las dos sedes vacantes de sus dominios, y el Papa rogó personalmente al Beato Juvenal que aceptase una de las diócesis. El beato asintió, diciendo: "Es tiempo de obedecer y no de huír". El 1º de septiembre fue consagrado obispo de Saluzzo por el cardenal Borghese. Las dificultades no se hicieron esperar.

Cuando el beato llegó a tomar posesión de su sede, comprendió que, debido a ciertos manejos del duque de Saboya, sólo podía hacerlo rompiendo con él o comprometiendo los derechos de la Santa Sede. Así pues, se retiró a Fossano, desde donde escribió una carta pastoral a su grey y se entregó a las obras de misericordia en su pueblo natal. Las gentes le atribuían toda clase de milagros y dones sobrenaturales, como ya había sucedido en otras partes. Cuatro meses después, pudo tomar posesión de su catedral. Uno de sus primeros actos fue la celebración de las "Cuarenta Horas", práctica hasta entonces desconocida en el Piamonte. A fines de 1603, emprendió la visita de su diócesis. Las curaciones y profecías del beato empezaron a multiplicarse. Según se dice, poseía el don desconcertante de predecir correctamente las muertes próximas. Antes de emprender la visita, había predicho su propia muerte, que tuvo lugar en Saluzzo pocas semanas después del fin de la visita a la diócesis.

Había en dicha ciudad un fraile mezclado en intrigas amorosas con una monja. Cuando el beato lo supo, mandó llamar a los dos culpables, los amonestó bondadosamente y les previno que tomaría medidas más severas si continuaban. El día de la fiesta de San Bernardo fue a oficiar en la iglesia de los conventuales franciscanos, por ser la fiesta titular del santuario y se quedó a comer con ellos. El malvado fraile a quien el beato había reprendido, aprovechó la oportunidad para envenenar la copa de vino del obispo. Antes de vísperas, el varón de Dios se sintió enfermo y cuatro días más tarde, tuvo que guardar cama. Falleció al amanecer del 31 de agosto. Un cartujo escribió: "Murió por la causa de la virtud, de la religión y de Cristo y, por consiguiente, fue mártir". Como San Juan Bautista, el Beato Juvenal "conquistó la palma del martirio por no haber tenido miedo de clamar la verdad". Los milagros se multiplicaron durante sus funerales. En vez de la misa de requiem, se celebró la misa del Espíritu Santo. La causa de beatificación se introdujo en 1624 y, tras algunos incidentes y dilaciones, llegó a feliz término en 1869, cuando el Concilio Vaticano I acababa de reunirse.

El P. Carlos Bowden publicó en 1891 *Life of Bd John Juvenal Ancina*; se trata de una biografía muy completa, con un admirable retrato del beato. El autor menciona en el prefacio la biografía escrita por el P. Bacci (1671), en la que se basó principalmente. En francés existen tres biografías modernas: la de Ingold (1890), la de Richard (1891) y la de Duver (1905). En un artículo de *Analecta Bollandiana*, vol. XXVIII (1909), p. 243, acerca de la obra del P. Duver, se hace notar que los biógrafos del beato han dejado de lado hasta ahora ciertas fuentes, en particular los apuntes biográficos del P. B. Scaraggi, que fueron revisados por G. M. Ancina, hermano del santo obispo.



1: SAN GIL, Abad (Fecha desconocida)

LA LEYENDA de San Gil (Aegidius), una de las más famosas en la Edad Media, procede de una biografía escrita en el siglo X. De acuerdo con aquel escrito, Gil era ateniense por nacimiento. Durante los primeros años de su juventud, devolvió la salud a un mendigo enfermo, en virtud de haberle cedido su capa, tal como había sucedido con San Martín. Gil despreciaba los bienes temporales y detestaba el aplauso y las alabanzas de los hombres, que llovieron sobre él, tras la muerte de sus padres, debido a la prodigalidad con que daba limosnas y los milagros que se le atribuían. Para escapar, se embarcó hacia el occidente, llegó a Marsella y, luego de pasar dos años en Arles, junto a San Cesareo, se construyó una ermita en mitad de un bosque, cerca de la desembocadura del Ródano. En aquella soledad se alimentaba con la leche de una cierva que acudía con frecuencia y se dejaba ordeñar mansamente por el ermitaño. Cierto día, Flavio, el rey de los godos, que andaba de cacería, persiguió a la cierva y le azuzó a los perros, hasta que el animal fue a refugiarse junto a Gil, quien la ocultó en una cueva, y la partida de caza pasó de largo frente a ella, incluso los perros que parecían haber perdido el olfato. Al día siguiente, se reanudó la cacería y la cierva fue nuevamente descubierta y perseguida hasta la cueva donde la ocultó el ermitaño y donde se volvía invulnerable. Al tercer día, el rey Flavio llevó consigo a un obispo para que presenciara el suceso y tratase de explicarle el extraño proceder de sus perros. En aquella tercera ocasión, uno de los arqueros del rey disparó una flecha al azar, a través de la maleza que cubría la entrada de la cueva. Cuando los cazadores se abrieron paso hasta la caverna, encontraron a Gil herido por la flecha y a la cierva echada a sus pies. Flavio y el obispo instaron al ermitaño para que diera cuenta de su presencia en aquellos parajes. Gil les relató su historia y, al escucharla, tanto el monarca como el prelado le pidieron perdón por haber alterado la paz de su soledad y el rey impartió órdenes para que fuesen en busca de un médico que le curase la herida de la flecha, pero San Gil rehusó aceptar la visita del doctor, no quiso tomar ninguno de los regalos que le presentaron los de la partida real y rogó a todos que le dejasen tranquilo en su solitario retiro.

El rey Flavio hizo frecuentes visitas a San Gil, y éste acabó por solicitar al monarca que dedicase todas las limosnas y beneficios que le ofrecía, a la fundación de un monasterio. Flavio se comprometió a hacerlo, a condición de que Gil fuese el primer abad. A su debido tiempo, el monasterio se levantó cerca de la cueva del ermitaño, se agrupó una comunidad en torno a Gil y, muy pronto, la reputación de los nuevos monjes y de su abad, llegó a oídos de Carlos, rey de Francia (a quien los trovadores medievales identificaron

con Carlomangno). La corte mandó traer a San Gil a Orléans, donde se entretuvo largamente con el rey en profunda charla sobre asuntos espirituales. Sin embargo, en el curso de aquellas conversaciones, el monarca calló una gravísima culpa que había cometido y le pesaba sobre la conciencia. "El domingo siguiente, cuando el ermitaño oficiaba la misa y, según la costumbre oraba especialmente por el rey durante el canon, apareció un ángel del Señor que depositó sobre el altar un rollo de pergamino donde estaba escrito el pecado que el monarca había cometido. En el pergamino se advertía también que aquella culpa sería perdonada por la intercesión de Gil, siempre y cuando el rey hiciese penitencia y se comprometiese a no volver a cometerla... Al terminar la misa, Gil entregó el rollo de pergamino al monarca, quien, al leerlo, cayó de rodillas ante el santo y le suplicó que intercediera por él ante Dios. A continuación, el buen ermitaño se puso en oración para encomendar al Señor el alma del monarca y a éste le recomendó, con dulzura, que se abstuviese de cometer la misma culpa en el futuro." Después de aquella temporada en la corte, San Gil regresó a su monasterio y, al poco tiempo, partió a Roma para encomendar sus monjes a la Santa Sede. El Papa concedió innumerables privilegios a la comunidad y, al monasterio, le hizo el donativo de dos portones de cedro tallados con primor. A fin de poner a prueba su confianza en Dios, San Gil mandó arrojar aquellas dos puertas a las aguas del Tiber, se embarcó en ellas y, con viento propicio, navegaron por el Mediterráneo hasta las costas de Francia. Recibió una advertencia celestial sobre la proximidad de su muerte y en la fecha vaticinada, un domingo 1o. de septiembre, "dejó este mundo, que se entristeció por la ausencia corporal de Gil, pero en cambio, llenó de alegría los Cielos por su feliz arribo".

Este relato sobre San Gil y otros que circularon durante la Edad Media y que son nuestras únicas fuentes de información resultan completamente indignos de confianza. Es evidente que algunos de sus pormenores son contradictorios y anacrónicos; además, la leyenda está asociada con ciertas bulas pontificias que, como ahora se sabe, fueron fraguadas para servir a los intereses del monasterio de San Gil, en Provenza. Lo más que se puede saber sobre San Gil es que debe haber sido un ermitaño o un monje que vivió cerca de la desembocadura del Ródano, en el siglo sexto u octavo, y que el famoso monasterio que lleva su nombre afirma poseer sus reliquias. La historia de la cierva se relaciona con varios santos, de entre los cuales, San Gil es el más famoso y, durante muchos siglos, uno de los más populares. Se le nombra entre los "Catorce Santos Auxiliadores" (el único entre ellos que no fue mártir) y su tumba, en el monasterio, fue centro de peregrinaciones de primerísima importancia que contribuyó a la prosperidad de la ciudad de Saint Gilles durante la Edad Media, hasta el siglo XIII, cuando quedó convertida en ruinas, durante la cruzada contra los albigenses. Otros cruzados bautizaron con el nombre de Saint Gilles a una ciudad (la actual Sinjil) que fundaron en los límites de las regiones de Benjamín y Efraín, de manera que su culto se extendió por todo el occidente de Europa. En Inglaterra había 160 parroquias dedicadas a él. Se le invoca como protector de los tullidos, mendigos y herreros. Juan Lydgate, un monje poeta de Bury, le invocaba así en el siglo quince:

Gil, santo protector de pobres y lisiados,
consuelo de los enfermos en su mala suerte,

refugio y escudo de los necesitados,
patrocinio de los que miran a la muerte.
Por ti, los moribundos vuelven a la vida . . .

El texto en latín sobre la vida de San Gil, se encuentra en *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. I y, una versión semejante, en *Analecta Bollandiana*, vol. VIII (1889), pp. 103-120. También hay una biografía de versos rimados y una adaptación al francés antiguo. Para estas últimas, consultar el cuidadoso estudio de la Srita. E. C. Jones, *Saint Gilles* (1914). En cuanto a las tradiciones populares reunidas en torno a San Gil, véase a Bächtold-Stäubli en *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. I, pp. 212 y ss.; sobre el tratamiento del tema en el arte, véase a Künstle en *Ikonographie*, vol. II, pp. 32-34; el emblema distintivo del santo, naturalmente, es una cierva con una flecha clavada. Para los lectores ingleses, se recomienda el *Saint Gilles* de F. Brittain (1928). Véase también a F. Boulard, en *Saint Gilles* (1933) y a A. Fliche, en *Aigues-Mortes et Saint-Gilles* (1950). Una moción del Papa Benedicto XIV proyectaba eliminar la fiesta de San Gil del calendario general.

LOS DOCE HERMANOS MARTIRES (Fecha Desconocida)

Los DOCE hermanos martirizados que en este día menciona el Martirologio Romano, tienen su correspondiente leyenda donde se afirma que eran originarios de Hadrumetum, localidad del Africa proconsular, e hijos de San Bonifacio y Santa Tecla, otros mártires cuya pasión y muerte se conmemora el 30 de agosto. Los doce hermanos fueron aprehendidos en Hadrumetum, por el delito de ser cristianos; se los condujo a Cartago y ahí fueron sometidos a la tortura, sin que ninguno renegara de sus creencias. Las autoridades mandaron entonces que los doce hermanos fuesen encadenados uno a otro, con grilletes en el cuello, para embarcarlos así con destino a Italia a fin de que fuesen juzgados. Cuatro de ellos, los llamados Fortunato, Honorato, Aroncio y Saviniano, fueron descapitados el 27 de agosto, en cuanto la cuerda llegó a la ciudad italiana de Potenza. Poco más adelante, en la ciudad de Venosa y al día siguiente, 28 de agosto, se cortaron las cabezas de otros tres hermanos: Septimino, Genaro y Félix. El 29, al llegar la comitiva a Velleiano, se completó la decena con la ejecución de otros tres: Vitalis, Sator y Repósito. Los últimos dos hermanos que aún quedaban con vida, uno, llamado también Félix y el otro Donato, murieron decapiados el 1o. de septiembre, en la ciudad de Sentiano.

En realidad, estos mártires de la Apulia no estaban emparentados unos con otros y no tenían relación alguna con San Bonifacio o con Santa Tecla y, probablemente, ni siquiera eran africanos. Pero en el año de 760, el duque Arequio descubrió los restos de los doce muertos y los sepultó en un santuario especialmente construido en la iglesia de Santa Sofía, en Benevento y, a partir de entonces, quedaron indisolublemente asociados en el espíritu y la tradición del pueblo como los doce hijos de los mártires San Bonifacio y Santa Tecla, venidos de las costas africanas para ser martirizados, a su vez, en la Apulia. Así se les ha rendido culto desde entonces.

En el *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. I, se encontrará un texto que pretende ser una breve historia de estos mártires, pero si se desea hacer una investigación más completa, en cuanto a la composición del grupo, tendremos que recurrir al CMH., pp. 471-472 y 480-482. *Cf.* también Lanzoni, *Le Diocesi d'Italia*, pp. 285-288.

SANTA VERENA, VIRGEN (Fecha Desconocida)

EL MARTIROLOGIO Romano menciona en este día la muerte de Verena, virgen,

en "Aquae Durae", en los alrededores de Constanza. Pero de ella no se sabe absolutamente nada más, ni siquiera la época o el siglo en que vivió. El nombre de esta doncella figura en la leyenda de la Legión Tebana (22 de septiembre), y sus "actas" ficticias la hacen aparecer como una hermosa joven natural de la Tebaida y emparentada con San Víctor, que fue su tutor. Verena viajó hasta Agaunum con el propósito de rendir tributo a las reliquias de los mártires y buscar las de San Víctor. No sabemos si tuvo éxito su investigación, pero el caso es que Verena se estableció en Soloturno. Ahí se muestra todavía la cueva en la que vivía y se afirma que andaba continuamente por toda la comarca para ayudar, consolar y atender a los campesinos, cuya limpieza personal le preocupaba sobremanera. Parece que terminó sus días en una celda que le construyeron las gentes agradecidas, en Zurzach, en la región del Aargau, donde aún existe su tumba con una efigie de la propia Verena, que aparece con un peine y un recipiente en las manos, como emblemas de sus higiénicas obras de caridad. En toda Suiza se honra a Santa Verena.

La legendaria biografía de Santa Verena se halla impresa en el *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. I. Su culto adquiere cierta respetabilidad, por el hecho de que aparece su nombre en los complementos del *Hieronymianum*, como por ejemplo, en el manuscrito de Reichenau y en el Martirologio de Munich, que data del siglo nueve (MS. Latin 15818). Ver a Huber, *Das Leben der h. Jungfrau Verena* (1870); A. Lutolf, *Glaubensboten der Schweiz* (1871), pp. 182-192 y, sobre todo, a E. A. Strückelberg en su *Schweizerischen Heiligen des Mittelalters*, pp. 127-134. La obra, *Die Heiligen Verena von Zurzach*, de A. Reinle, está resumida en la *Analecta Bollandiana*, vol. LXIX (1951), pp. 412-415.

SAN LUPO o LEU, OBISPO DE SENS (623 P.C.)

AL SUCEDER a San Artemio en la sede episcopal de Sens, Lupo se distinguió por el celo extraordinario con que cumplió todos sus deberes pastorales y por haber demostrado que ninguna dignidad podría infundirle el orgullo, ni la mayor dedicación a cualquier trabajo público podía distraerle de su constante contemplación de Dios. Cuando la seguridad de su país requirió su ayuda, se puso en actividad para mantener el orden público y, tras la muerte del rey Thierry II, apoyó a su heredero Sigberto con todas las posibilidades de sus propios poderes. Tiempo después, Clotario se adueñó de Borgoña y envió ahí el duque Farulf para que se hiciera cargo de la administración de la tierra conquistada. El ministro se ensañó contra San Lupo, ya que éste, durante el sitio a Sens, se había salvado de morir bajo las espadas de los hombres de Clotario, al repicar las campanas de su iglesia, lo que bastó para que todos los atacantes, asustados, se alejaran más que de prisa. El obispo Lupo no tomó precauciones para defenderse de la maldad de Farulf y éste levantó, ante el rey, terribles calumnias contra el prelado, con la complicidad de Medegislo, abad de Saint-Remi, monasterio de Sens, cuya ambición era la de suplantar a San Lupo en la sede. El pago que recibieron las criminales actividades de aquel abad inescrupuloso, consistió en la invasión tumultuosa de su iglesia por parte del pueblo indignado, que lo asesinó ahí mismo.

Pero Clotario se dejó engañar por las intrigas y desterró al obispo Lupo a Ausène, una aldea cercana a la ciudad de Lyon. Al llegar al sitio de su exilio, el santo descubrió, apesadumbrado, que los habitantes rendían culto a los dioses falsos y se propuso rescatarlos del paganismo. Con la ayuda de Dios, obró el milagro espectacular de devolver la vista a un hombre ciego, delante

del gobernador y numerosos testigos. Al día siguiente, el gobernador, muchos funcionarios, ciudadanos y hombres del ejército de los francos, acudieron a solicitar el bautismo. Mientras tanto, San Winebaldo, el abad de Troyes y toda la ciudadanía de Sens, exigieron al rey Clotario que llamase a San Lupo del destierro al que le había condenado. Ante aquella demostración de afecto y lealtad, el monarca comprendió que había obrado injustamente en contra del obispo al dejarse prender en la red de malévolas intrigas forjadas por los acusadores. Inmediatamente, trató de reparar el daño, mandó traer al exilado y, luego de pedirle perdón humildemente, le devolvió a su sede. El santo obispo Lupo, por su parte, jamás demostró el menor resentimiento hacia sus enemigos y, por la resignación y paciencia con que soportó sus infortunios, marcó sus virtudes con el sello del heroísmo. Entre los muchos prodigios que se atribuyen a su santidad, se cuenta que cierto día en que cantaba una misa, alzó el cáliz y, sin explicarse de dónde podría venir, a no ser que procediera del espacio, una piedra preciosa de gran tamaño, cayó dentro de la copa. Este acto se relata en el Martirologio Romano, con la prudente advertencia: *refertur* (así se refiere); pero de todas maneras, podría explicarse, si se tiene en cuenta que las piedras preciosas en los ornamentos de vestiduras y altares se desprenden con facilidad. Pero aquella joya se conservó como una reliquia entre los tesoros de la catedral de Sens, donde también se guarda el anillo episcopal que es uno de los muchos anillos legendarios que cayeron, por accidente, al agua y, más tarde, fueron recuperados en el vientre de un pez. San Lupo murió en el año 623.

La más antigua biografía de San Lupo de Sens, escrita en latín, fue editada con críticas y comentarios en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. IV, pp. 176-178. B. Krusch le asigna una fecha no anterior al siglo noveno y opina que, desde el punto de vista histórico, es poco digna de confianza. Véase a G. Vielhaber en *Analecta Bollandiana*, vol. XXVI (1907), pp. 43-44; y *cf.* H. Bouvier, *Histoire de l'Église de Sens*, vol. I, pp. 101-106, así como a Duchesne en *Fastes Épiscopaux*.

BEATOS JUAN DE PERUGIA y PEDRO DE SASSOFERRATO, MÁRTIRES (1231 P.C.)

ENTRE LOS FRAILES Menores que el propio San Francisco de Asís envió a España para que predicaran el Evangelio a los moros, figuraban el hermano Juan, sacerdote de Perugia y el hermano Pedro, un lego natural de Sassoferrato, en el Piceno. Aquellos dos frailes se establecieron en la ciudad aragonesa de Teruel, en dos celdas que construyeron cerca de la iglesia de San Bartolomé, donde vivieron durante algún tiempo, en retiro, a fin de prepararse para su apostolado. Su pobreza y su soledad les ganaron el afecto y la atención de las gentes del lugar, de manera que, cuando salieron a predicar, todos los escucharon y su misión produjo abundantes frutos. Una vez terminado su trabajo en Teruel, se trasladaron a Valencia, que se hallaba completamente dominada por los moros. En la ciudad, los dos frailes se ocultaron en una miserable vivienda vecina a la iglesia del Santo Sepulcro. Pero tan pronto como hicieron el intento de salir a predicar, los musulmanes cayeron sobre ellos. Los franciscanos fueron detenidos y llevados ante el emir. Este quiso saber qué asunto los había traído a Valencia, y fray Juan se encargó de explicarle, sencillamente, que sólo habían venido para convertir a los moros y apartarlos de los errores del Islam. Eso

bastó para que el emir dejase en seguida a los reos ante la acostumbrada alternativa de renegar de su fe o morir y, como ellos eligieron la muerte, se les condenó a ser degollados. La sentencia se ejecutó sin pérdida de tiempo y ahí mismo, en los jardines del palacio del emir, cuando los mártires de rodillas, oraban en voz alta por la conversión de sus perseguidores. La doble ejecución se llevó a cabo el 30 de agosto de 1231.

Siete años después, Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, expulsó a los moros de Valencia, con la ayuda de sus mercenarios, y de acuerdo con los ruegos de los dos mártires, el emir se convirtió al cristianismo e hizo entrega de su palacio a los franciscanos para que instalasen ahí un convento. Al hacer la donación, pronunció estas palabras que probaban la sinceridad de su arrepentimiento: "Mientras anduve errado por el camino de la infidelidad, maté a dos de vuestros hermanos que habían venido de Teruel a predicar el Evangelio; ahora os doy todo esto como reparación por mi crimen. Mi palacio, con todo lo que hay dentro, queda a vuestra disposición. Ocupadlo sin reparos, puesto que ya fue consagrado por la sangre de los mártires".

Los restos mortales del Beato Juan y del Beato Pedro fueron sepultados en Turuel y, como se aseguraba que en sus tumbas se realizaban numerosos milagros, se edificó un santuario sobre el sepulcro, así como una iglesia a ellos dedicada en el nuevo convento franciscano de Valencia. Fueron beatificados en 1783.

La relación sobre el martirio de estos frailes franciscanos, se encuentra en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI, donde se reproduce su historia, según la narró San Antonio de Florencia. En la *Analecta Franciscana*, vol. III, pp. 186-187, está impresa una narración más antigua que la anterior sobre el martirio de estos beatos. Véase también a Léon, en *Auréole Seraphique* (versión inglesa), vol. III, pp. 96-97.

BEATA JUANA SODERINI, VIRGEN (1367 P.C.)

LOS SODERINI eran considerados como miembros de una de las familias más nobles de Florencia al iniciarse el siglo XIV. Precisamente en aquella ciudad, en el año de 1301, y en el seno de la aristocrática familia, vino al mundo Juana, la que habría de alcanzar la gracia de la beatitud. Desde muy temprana edad, demostró ser una niña excepcionalmente buena y con una devoción tan profunda y sincera hacia Dios, que en cierta ocasión dijo a su aya, Felicia Tonia, que, por revelación del cielo, sabía que ella, Felicia, iba a morir muy pronto y ésta, que estaba al tanto del fervor de la niña y de sus continuas oraciones, le creyó y comenzó a prepararse para su próxima muerte. Cuando Juana llegó a la adolescencia, sus padres le concertaron un matrimonio ventajoso, pero ella protestó con tanta energía que, a fin de cuentas y a regañadientes, puesto que Juana era la única hija, consintieron en que tomase el hábito de monja. Por aquel entonces, Santa Juliana Falconieri organizaba la tercera orden regular de los servitas (las "Mantellate") en Florencia y Juana decidió unirse a esa nueva comunidad. No tardó en distinguirse por las austeridades corporales que practicaba y su perseverancia en la oración, pero al mismo tiempo se mantenía activa en los trabajos de la casa y el cuidado de los enfermos que acudían en busca de atención. Voluntariamente y de buen grado, se hacía cargo de las tareas más desagradables y penosas y, en el desempeño de las mismas provocaba la admiración de sus hermanas, por su alegría y man-

sedumbre. Juana debió padecer duras pruebas espirituales y grandes tentaciones, sobre las que, al fin y al cabo, triunfó y aun adquirió grandes gracias celestiales, incluso el don de profecía. Juana era la auxiliar personal y permanente de Santa Juliana y no se apartó de ella ni por un instante en el curso de su prolongada enfermedad postrera, cuando la fundadora no podía pasar alimento alguno y estaba tan débil que necesitaba ayuda para poder moverse. Por eso, se atribuye a la Beata Juana el descubrimiento de una imagen de Cristo crucificado que, al parecer, quedó grabada en el pecho de Santa Juliana desde poco antes de su muerte. Juana sobrevivió a su amada madre priora durante más de veinte años, como sucesora suya en el gobierno de la comunidad, hasta que murió, el 1o. de septiembre de 1367. La Beata Juana Soderini fue sepultada en la iglesia de la Annunziata de Florencia y, durante algún tiempo, su tumba fue un lugar de peregrinaciones. En 1828, el conde de Soderini, pariente de Juana, solicitó al Papa León XII la confirmación del culto, que fue concedida a su debido tiempo.

Véase el *Acta Sanctorum*, octubre, vol. XII, pp. 398-404, así como los *Annales Ordinis Servorum*, vol. I, pp. 320-321, de A. Giani.

BEATO GABRA MIKAEL, MÁRTIR (1855 P.C.)

POCO TIEMPO después de que el beato Justino de Jacobis llegara a Etiopía, en 1839, conoció a Abba Gabra Mikael,* monje de la disidente Iglesia de Etiopía, hombre de unos cincuenta años, que gozaba de gran renombre por su santidad y saber, pero que era mal visto por los otros monjes, ya que había manifestado una decidida inclinación hacia el catolicismo, lo cual se condenaba como un estigma, al considerarse como abertura hacia el arrianismo. Gabra Mikael no era sacerdote, pero había estudiado teología tan profundamente como se lo permitían las condiciones en su Iglesia, dedicado a la enseñanza y al estudio de los distintos monasterios. Las actividades de la delegación etíope a Egipto y Roma, de la que fue miembro Gabra Mikael así como el beato Justino, fueron descritas en el artículo dedicado a éste, el 31 de julio. Después de aquellas experiencias y de sus largas conversaciones con el padre Justino, Gabra Mikael regresó convertido en miembro de la Iglesia católica a mediados de 1844.

El culto abisinio fue un auxiliar muy valioso para el padre de Jacobis, especialmente en lo que se refiere a la enseñanza de los naturales del país que aspiraban al sacerdocio. Juntos, redactaron un catecismo de la doctrina cristiana adaptado a las necesidades locales, tradujeron una obra de teología moral al amárico y establecieron un colegio del que se hizo cargo Gabra Mikael. Esto sirvió de pretexto al abuna Salama, jefe de la iglesia disidente, para atizar los sentimientos contra "los francos". La campaña culminó con un decreto del gobierno para desterrar a los dos jefes, que se refugiaron en la isla de Massawa. Allí fue donde Mons. Massaia consagró obispo al padre de Jacobis. Este se las arregló para retornar ocultamente al territorio de su misión y su primer acto episcopal fue la ordenación sacerdotal de Gabra Mikael, en 1851. Siguió un período de sorprendentes éxitos en el trabajo de conversión de los disidentes.

* Gabra Mika'el, *i.e.* Siervo de Miguel; deriva de la palabra escocesa "Gilmichael". La forma francesa del nombre es Michel Ghèbrè.

Pero entonces estalló la rebelión del caudillo Karsa, que se apoderó de la colonia etíope y ocupó el trono con el nombre de Teodoro II; inmediatamente se desató la persecución contra la Iglesia.

Gabra Mikael y cuatro compatriotas suyos fueron arrojados en prisión y amenazados con la tortura para que renegaran de su religión. Desde un principio se negaron y, durante un período de nueve meses, a intervalos regulares, eran llevados desde su inmunda celda a presencia de Teodoro II y su metropolitano Salama para ser interrogados y amenazados de nuevo. Cada vez que demostraban su firmeza, eran brutalmente azotados con unos látigos hechos con rabos de jirafa (las cerdas de los rabos de las jirafas son como alambres de acero) y se los sometía a otros tormentos. "En cuestiones de la fe", decía Gabra Mikael al metropolitano Salama, "yo tengo que estar en el campo opuesto al tuyo, pero en lo que concierne a la caridad cristiana, creo que sólo te he hecho el bien". Por cierto que, gracias a la intervención de Gabra Mikael, pocos años antes, se desterró a Salama en vez de ejecutarlo. En marzo de 1855, Teodoro II emprendió una expedición contra el gobernador de Shoa y no quiso dejar atrás a Gabra Mikael que, encadenado, se fue en la comitiva del rey usurpador. El 31 de marzo, se hizo un último intento para que se sometiera y renegara de su fe. En la sala del tribunal se negó y fue condenado a muerte. El cónsul inglés, Walter Chichele Plowden, quien había apoyado la usurpación de Teodoro, se hallaba presente en el juicio e interpuso una suspensión de sentencia en favor de Gabra Mikael, que fue aceptada: se cambió su condena a muerte, por la de prisión perpetua. Por intermedio de un amigo, envió un mensaje conmovedor a los otros prisioneros en Gondar, con estas palabras: "Permaneced firmes para morir en vuestra fe. No tengo esperanzas de volver a veros en esta tierra. Si me matan, moriré por dar el testimonio de mi fe; si me dejan con vida, no cesaré de predicarla." Decrépito por su avanzada edad, agotado por los sufrimientos y los malos tratos, Gabra Mikael cargado de cadenas, fue arrastrado de un lugar a otro, en la comitiva del rey; jamás se quejaba; siempre demostraba su serenidad y su abnegación, hasta el punto de renunciar a la ración alimenticia que le correspondía, para darla a otros presos que padecían tanto como él; así se conquistó la estimación de todos los que le conocieron, incluso de los guardias. Contrajo el cólera, pero se recuperó; hasta que por fin, al cabo de 3 meses de semejante existencia, el 28 de agosto de 1855 se tendió a un lado del camino para morir... Sus guardias se apresuraron a quitarle los grilletes y lo sepultaron. Gabra Mikael, considerado siempre como un mártir, fue beatificado en 1926.

Hay una biografía en francés sobre este mártir, escrita por J. B. Coulbeaux (1902) y otra en italiano, por E. Cassiniani (1926). Véase también el estudio de G. Goyau en *The golden legend overseas* (1931) y el *Book of Eastern Saints* (1938) por D. Attwater, pp. 136-147. Cf. la bibliografía del Beato Justino de Jacobis, 31 de julio.

2: SAN ESTEBAN DE HUNGRIA (1038 P.C.)

EL PUEBLO al que conocemos con el nombre de magiar, llegó a las comarcas de Hungría en los últimos años del siglo nueve, procedente de varios distritos al oriente del río Danubio, para instalarse en las riberas, bajo la dirección de un jefe único llamado Arpad. Aquel pueblo estaba cons-

tituido por gente brava y guerrera; fue durante una de sus incursiones por Italia, Francia y las regiones del oeste, cuando se encontraron con el cristianismo. San Metodio y otros misioneros habían plantado la fe en puntos tan orientales de Europa como la Panonia; sin embargo, no fue sino al mediar el siglo décimo, cuando los magiares empezaron a tomar en consideración a la Iglesia. Geza, el tercer duque (*vaivode*), que gobernó al pueblo después de Arpad, vio la necesidad política del cristianismo y, alentado por San Alberto de Praga, se hizo bautizar y gran número de nobles lo imitaron. Pero, evidentemente, aquélla fue una conversión por conveniencia y la mayoría de los nuevos cristianos lo eran sólo de nombre. Sin embargo, hubo una excepción: Vaik, el hijo de Geza, quien recibió el bautismo al mismo tiempo que su padre, y se llamó Esteban (Istvan). Por entonces no tenía más de diez años y aún no había adquirido las costumbres y modos de pensar de los paganos. En 995, cuando cumplió veinte años, se casó con Gisela, la hermana de Enrique, duque de Baviera, mejor conocido como el emperador San Enrique II, y, dos años más tarde, sucedió a su padre en el gobierno de los magiares. En seguida, Esteban se vio envuelto en guerras, pero acabó por doblegar a las tribus rivales y, una vez afirmada su posición, designó como primer arzobispo a San Astrik, a quien envió a Roma para obtener del Papa Silvestre II la aprobación para una auténtica organización eclesiástica en su país; al mismo tiempo, encomendó al arzobispo que pidiera al Pontífice que le confirmase el título de rey, el que sus súbditos querían darle desde tiempo atrás y que ahora estaba dispuesto a tomar, con mayor autoridad y majestad, para cumplir sus designios de promover la gloria de Dios y el bienestar de su pueblo. El Papa se mostró bien dispuesto a conceder lo que pedía e incluso, preparó una corona real para enviarla a Esteban, con sus bendiciones, de acuerdo, sin duda, con los deseos del emperador Otto III, quien entonces se encontraba en Roma. Al mismo tiempo, el Papa confirmó las fundaciones religiosas y las elecciones de obispos que Esteban había hecho. El propio Esteban salió de la ciudad al encuentro de sus embajadores y escuchó, de pie y con gran respeto, la lectura de las bulas pontificias. De ahí en adelante, siempre trató con grandes honores y respetos a todos los pastores de la Iglesia a fin de manifestar su propio sentido religioso y para inspirar a sus súbditos la devoción por todo lo que perteneciera al culto divino. El mismo San Astrik, que había traído la corona desde Roma, le consagró rey, con gran solemnidad, en el año de 1001.*

Con el propósito de arraigar firmemente el cristianismo en su reino y darle las mayores posibilidades para su progreso, el rey Esteban no creó sedes episcopales sino gradualmente, a medida que pudo echar mano de sacerdotes salidos de su propio pueblo. La primera sede episcopal de que se guarda registro fue la de Vesprem, pero no pasaron muchos años sin que se creara la de Esztergom, que llegó a ser la más importante y la sede del primado. El santo monarca mandó construir en Szekesfehervar una iglesia dedicada a Nuestra Señora en la que posteriormente, se consagraba y se sepultaba a los reyes de Hungría. En esa ciudad estableció el rey su residencia y, desde entonces, se llamó *Alba Regalis*, para distinguirla de la *Alba Julia*, en Transylvania. También terminó la construcción del gran monasterio de San Martín, iniciada por su padre. Hasta hoy existe ese monasterio, conocido como Martinsberg o Pannonhalma y es la casa matriz de la congregación de benedictinos en Hungría. El mantenimiento de las iglesias y sus pastores, así como el fondo de socorros para los pobres, se obtenían gracias a unos diezmos que había impuesto: cada diez poblaciones vecinas tenían la obligación de construir una iglesia y sostener a un sacerdote; por cuenta del rey corría el mobiliario de la iglesia, el adorno de los altares y los ornamentos del pastor. No sin vencer grandes dificultades, consiguió eliminar muchas de las costumbres y supersticiones bárbaras, derivadas de la antigua religión y, por medio de rigurosos castigos, logró reprimir las blasfemias, el asesinato, el robo, el adulterio y otros crímenes públicos. Recomendaba que todas las personas adultas, excepto los clérigos y religiosos, contrajeran matrimonio, pero prohibió las uniones entre cristianos e idólatras. El monarca era accesible a las gentes de todas las clases sociales y escuchaba atentamente las quejas de todos, pero atendía con especial benevolencia a los pobres y a los oprimidos, por considerar que, al recibirlos con solicitud, se honra a Cristo, quien nos dejó a los pobres en su lugar, al abandonar la tierra.

Se afirma que cierto día en que el rey, disfrazado de aldeano, recorría las calles para distribuir limosnas, un grupo de mendigos se aglomeró en torno suyo, lo derribó al suelo, le atropelló y, en el tumulto, le arrebató la bolsa del dinero y se apoderó de lo que estaba destinado a otros muchos. Esteban soportó con paciencia, con humildad y aun con buen humor aquel ultraje, puesto que se alegraba sinceramente por haber sufrido en el servicio de Nuestro Señor. Para seguirle la corriente, los cortesanos parecieron divertidos con el incidente y aun hicieron bromas; pero en realidad estaban muy preocupados por la seguridad del rey y le rogaron que no expusiera su persona a los peligros; sin embargo, el monarca insistió en que, aun a riesgo de su vida, jamás negaría una limosna a cualquier pobre que se la pidiese. El ejemplo de sus virtudes era más efectivo que cualquier sermón para todo el que caía bajo su influencia. Esto se puso de manifiesto palpablemente en su hijo Emeric, a quien la Iglesia beatificó y a quien se debe el código de las leyes de San Esteban. El santo hizo que esas leyes, estudiadas para gobernar a un pueblo rudo, rebelde y recién convertido al cristianismo, fueran promulgadas en todos sus dominios. Pero sin duda, que las prudentes medidas no habían sido calculadas para apaciguar el descontento o la alarma entre los que aún se oponían a la nueva religión, y algunas de las guerras que San Esteban debió librar, tuvieron motivos tanto políticos como religiosos. Después de haber rechazado victoriosamente una invasión de los búlgaros, el rey emprendió la organización política de su pueblo. Comenzó por eliminar las divisiones entre las tribus; después, repartió el territorio en condados con un sistema de gobernadores y magistrados. De esta manera, por medio de una moderada aplicación de las ideas feudales que hacían de los nobles vasallos de la corona, consolidó la unidad de los magiares; al retener el dominio sobre la gente común, evitó que se acumulase el poder en manos de unos cuantos señores. A decir verdad, San Esteban fue el fundador y el arquitecto del reino independiente de Hungría. Pero como lo hace notar el padre bolandista Paul Grosjean, si observamos a Esteban fuera de su marco histórico, nos dará una impresión tan falsa como

* La supuesta bula del Papa Silvestre, que otorgaba el título de rey apostólico y legado apostólico a San Esteban, con derecho a portar cruz de primado, fue falsificada, probablemente en el siglo XVII. La parte superior de la corona mandada por el Papa encajaba en la parte inferior de otra corona que le dio el emperador Miguel VII al rey Geza y, ambas se conservan hasta hoy en Budapest.

si le comparamos con un Eduardo el Confesor o Luis IX. Y por cierto que ese marco histórico fue muy rudo, violento y salvaje.

A medida que pasaban los años, Esteban confiaba una parte cada vez mayor de sus responsabilidades a su único hijo; pero en el año de 1031, Emeric perdió la vida en un accidente de caza y el rey se dejó llevar por un profundo sufrimiento. "¡Dios le amaba y por eso se lo llevó a tan temprana edad!", gemía, atenazado por el dolor. La muerte de Emeric dejó sin heredero al trono y, los últimos años en la vida del monarca se vieron amargados por disputas familiares sobre la sucesión, a las que debió hacer frente mientras soportaba los sufrimientos que le causaban sus enfermedades físicas. Había cuatro o cinco personajes que reclamaban el trono para sí, incluso un tal Pedro, hijo de Gisela, la hermana de San Esteban, mujer cruel y ambiciosa que se había establecido en la corte desde la muerte de su esposo, porque estaba decidida a que su hijo ocupara el trono y, sin el menor escrúpulo, despiadadamente, se aprovechó de la mala salud de Esteban para conseguir sus fines. Por ese entonces, murió el santo, a la edad de sesenta y tres años, en la fiesta de la Asunción del 1038. Fue sepultado en una tumba contigua a la de su hijo, el beato Emeric, en Szekesfehervar. En su sepulcro se realizaron algunos milagros. Cuarenta y cinco años después de su muerte, a pedido del rey San Ladislao de Hungría, el papa San Gregorio VII hizo trasladar sus reliquias a un santuario construido dentro de la gran iglesia de Nuestra Señora, en Buda. Inocencio XI en 1686, fijó su fiesta para el 2 de septiembre, puesto que el emperador Leopoldo recuperó la ciudad de Buda de manos de los turcos en aquella fecha.

Hay dos biografías antiguas sobre San Esteban que datan del siglo once y que se llaman *Vita Major et Vita Minor*. Estos textos los editó Pertz, en MGH. *Scriptores*, vol. XI. A principios del siglo doce, el obispo Hartwig extrajo de esos materiales una biografía que se halla impresa en *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. II. Pueden extraerse otros hechos relacionados con la vida del santo, de *Chronica Ungarorum* editada en *Monumenta*, vol. I de Endlicher. A pesar de que la supuesta bula de Silvestre II es falsa y no obstante que se han planteado dudas muy serias en cuanto a la autenticidad de la corona que, al parecer, le fue enviada por el Papa, hay pruebas positivas de que se le confirieron poderes especiales a San Esteban, equivalentes a los de legado *ad latere* por parte del Papa. La creencia de que a San Esteban se le invistió con el título de "rey apostólico" no tiene fundamento alguno. Ver el artículo de L. Kropf, en la *English Historical* (1898), p. 295. Hay una biografía muy amena, pero poco digna de crédito, escrita por Ehorn (1899), que apareció en la serie *Les Saints*. Para una información más detallada y fidedigna, habrá que recurrir a las autoridades en la materia como los historiadores húngaros J. Paulers, Mons. Fraknoi y el Dr. Karacsonyi, en un vol. posterior del *Acta Sanctorum* noviembre vol. II, pp. 477-487, los bolandistas tratan al beato Emeric y discuten muchos puntos aclaratorios sobre la historia del rey su padre. Entre las publicaciones que señalan el siglo nueve como el de la muerte de San Esteban figuran, F. Bamfi, *Re Stefano il Santo* (1938), y B. Homan en *Szent Istvan* (1938); ésta última obra fue traducida al alemán en 1941. Ver también *Archivum Europae centro orientalis* vol. IV (1938); y a MacArtney, *The Medieval Hungarian Historians* (1953).

SAN ANTONINO, MÁRTIR (Siglo IV)

DE ACUERDO con la leyenda oriental, Antonino era un tallador de piedra sirio que con un extraordinario desinterés reconvino a los idólatras de su ciudad natal por adorar imágenes de piedra. Después de aquel acto impetuoso, salió apresuradamente de la ciudad y se refugió en la celda de un ermitaño con el que vivió durante dos años. Entonces decidió regresar

a la ciudad y tuvo el desconsuelo de advertir que los habitantes aún rendían culto a los falsos dioses, por lo cual adoptó una actitud más enérgica todavía: entró a los templos y arrojó por tierra a los ídolos.

Después, huyó más que de prisa de la ciudad y se refugió en Apamea. Ahí, el obispo le dio instrucciones para que construyera una iglesia, a lo que accedió Antonino. Pero, apenas comenzada la obra, los paganos se enfurecieron a tal punto que, tras de organizar un tumulto para acabar con la construcción, asesinaron a Antonino, que ni siquiera trató de defenderse. El santo no tenía más de veinte años de edad.

Se tiene entendido que este Antonino mártir es el que figura en el Martirologio Romano como sacrificado en Pamiers, donde existen leyendas locales sobre él. Algunas de sus supuestas reliquias fueron trasladadas a Palencia, España, ciudad ésta de la que el santo es patrono y que tiene su propia versión sobre la leyenda de Pamiers. El nombre de San Antonino se asocia con los de San Almaquio y San Juan, de quienes se supone que sufrieron con él. También hay otro error en relación con Capua, donde se venera, el 3 de Septiembre, a un "niño San Antonino" junto con San Aristeo.

A raíz de la mención de este mártir en el martirologio más antiguo de cuantos se conocen, el *Hieronymianum*, surgieron grandes confusiones. Delehaye (CMH., pp. 484-486) señala que, sin duda, hubo un auténtico culto al Antonino de Apamea, que es mencionado por Teodoreto, entre otros. Al mártir se le honra, sin embargo, en los sinaxarios griegos, el 9 de noviembre. Véase también a Fr. Delehaye, *Saints et Reliquaires de Apamée*, en *Analecta Bollandiana*, vol. LIII (1935), pp. 225 y ss.

SAN CASTOR, OBISPO DE APT (*c.* 425 P.C.)

ERA NATURAL de Nimes y, probablemente, hermano de San Leoncio de Fréjus. Se inició en una carrera secular y se casó con la hija de una rica viuda de Marsella. Pero en seguida, marido y mujer se sintieron atraídos a la vida del claustro tan imperiosamente, que se separaron. Castor fundó el monasterio de Mananque, cerca de la ciudad de Apt, en Provenza, del que fue el primer abad. No pasó mucho tiempo sin que se le llamara a ocupar la sede episcopal de Apt, un cargo que aceptó de mala gana, pero que desempeñó con extraordinaria firmeza. Consagró todas sus energías a la salvación de las almas y se propuso acosarlas, llamarlas de continuo para que amasen a Dios y se uniesen a la Iglesia a fin de servirle a El, que es todo amable y venerable. San Castor mantuvo un interés constante en el bienestar de sus monjes, y fue a pedido suyo que San Juan Casiano escribió su obra sobre la vida monástica, titulada: *De Institutis Coenobiorum*, que fue dedicada a San Castor.

Ver *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. VI; *Gallia Christiana novissima*, vol. I, pp. 192-195; y a Duchesne, en *Fastes Episcopaux*, vol. I, p. 282.

SAN AGRICOLA, OBISPO DE AVIÑÓN (Siglo VII)

LAS INFORMACIONES que tenemos sobre este santo son muy poco dignas de confianza, puesto que sólo podemos obtenerlas de documentos posteriores al siglo dieciséis, cuando empezó a crecer una fuerte devoción popular hacia San Agrícola. Se le ha reconocido oficialmente como el patrón de la ciudad de Aviñón pero sólo a partir de 1647. Esta tradición tardía dice que Agrícola

nació alrededor del año 630 y que fue hijo de San Magno un senador galo-romano de la *gens albina* que después de la muerte de su esposa se hizo monje en Lérins y llegó a ser obispo de Aviñón. El propio Agrícola ingresó a Lérins desde la edad de catorce años e hizo ahí grandes progresos en la ciencia y la virtud, de manera que avanzó con rapidez por el camino del sacerdocio. Al cabo de dieciséis años como monje en Lérins, su padre le llamó a la ciudad episcopal de Aviñón para nombrarle archidiácono. En aquel puesto se distinguió por sus prédicas, por su habilidad para la administración y por sus solícitos cuidados hacia los pobres, los oprimidos y los enfermos. En el año 660, San Magno consagró obispo a su hijo Agrícola y le nombró su coadjutor. Diez años más tarde, murió Magno, y San Agrícola le sucedió en la sede y en el éxito con que la administró. En la diócesis de Aviñón se le invoca tanto para atraer las lluvias como el buen tiempo.

Ver el *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. I y, muy particularmente a Duprat, en *Les Origines de l'Église d'Avignon* (1900), pp. 73 y ss. En DHG., vol. I, c. 1019, podrá encontrarse una biografía muy completa.

SAN GUILLERMO, Obispo de Roskilde (*c.* 1070 p.c.)

Los historiadores que se han ocupado de Dinamarca con especial atención, nos informan que San Guillermo era un sacerdote inglés, capellán del rey Canuto. En uno de los viajes que el monarca hizo de Inglaterra a Dinamarca, el piadoso siervo de Dios que le asistía en cuestiones espirituales quedó tan hondamente movido a compasión al ver la ignorancia, la idolatría y las supersticiones en que se hallaban perdidos los daneses que decidió quedarse para predicarles a Cristo y su Evangelio. En fechas posteriores, fue a ocupar la sede episcopal de Roskilde en la isla de Zelandia. Casi todas las obras y trabajos de San Guillermo se relacionan con sus inagotables esfuerzos por reformar la conducta del rey Sweyen Estridsen. Se cuenta que, en cierta ocasión, el monarca actuó con un despotismo desaforado al condenar a muerte a un individuo por un delito que no se había comprobado, sin juicio previo y, no contento con eso, mandó que se procediera a la ejecución inmediatamente y en terrenos que pertenecían a la Iglesia. Al otro día, cuando el rey iba a la misa, el obispo salió del templo y con el báculo en alto impidió la entrada del arbitrario monarca en la casa de Dios, hasta que sus manos quedasen limpias de la sangre injustamente derramada. Algunos de los cortesanos esgrimieron sus espadas para lanzarse contra el prelado que se había atrevido a tánto, pero éste, avanzó y ofreció el pecho y el cuello al golpe de las armas, mientras decía con absoluta serenidad: "Estoy dispuesto a morir en defensa de la santidad de la Iglesia de Dios". El rey Sweyen, tocado en lo más vivo de su conciencia, confesó públicamente su crimen, pidió perdón y cedió a la iglesia de Roskilde extensos terrenos como ofrenda de reconciliación.

San Guillermo llegó a concebir un gran afecto por su revoltoso soberano y, durante algunos años, el santo y el penitente colaboraron en la promoción de la causa de la religión. A la muerte del rey, sus restos fueron sepultados, temporalmente, en la abadía que él había fundado en Ringsted, hasta que la catedral de Roskilde quedara terminada para recibirle. Simultáneamente se construyó en la propia catedral una segunda tumba destinada a San Guillermo.

Se dice que, cuando los restos del rey Sweyen eran trasladados desde Ringsted a la iglesia de Roskilde, San Guillermo salió a encontrarlos y, al quedar frente a ellos, murió súbitamente, de manera que los dos amigos fueron conducidos juntos a sus respectivas sepulturas. A San Guillermo se le nombra en los calendarios daneses, pero nunca se ha establecido una fiesta litúrgica en su honor. A ese santo se le ha confundido con San Guillermo de Eskill (6 de abril).

No existe una biografía propiamente dicha de San Guillermo; su historia ha tenido que ser entresacada de diversas crónicas poco dignas de crédito, como la *Gesta Danorum* de Saxo Grammaticus.

SAN BROCARDO (¿1231? p.c.)

A la muerte de San Bertoldo, ocurrida alrededor del año 1195, le sucedió en el cargo de superior de los ermitaños francos del Monte Carmelo un monje francés llamado Brocardo o Brouchard. Como estos ermitaños no seguían ninguna regla fija, Brocardo pidió instrucciones a San Alberto, un canónigo regular, patriarca latino y legado papal en Palestina. Entre 1205 y 1210, San Alberto dio a los ermitaños una regla breve y simple que les impuso San Brocardo. Por aquellos reglamentos se les obligaba a vivir solos, en celdas separadas, a rezar el oficio divino u otras preces, dedicarse a los trabajos manuales, reunirse diariamente para la misa, observar la pobreza, la abstinencia perpetua y largos períodos de silencio. Los monjes debían obediencia a San Brocardo, como prior, durante su vida y después la misma obediencia hacia sus sucesores. Luego de que el cuarto Concilio de Letrán aprobó un decreto en contra de las nuevas órdenes religiosas, los ermitaños que habían comenzado a extenderse por Palestina fueron atacados en base a que contravenían este canon, el cual no había sido aprobado por la Santa Sede, sino únicamente por el delegado. De acuerdo con las tradiciones de la Orden del Carmen, el Papa Honorio III estaba a punto de suprimir a los carmelitas, cuando se le apareció la Santísima Virgen, en el año 1226 y, en vez de acabar con ellos, aprobó su regla y autorizó su congregación. En el curso de estas dificultades, San Brocardo, gracias a su virtud y su prudencia, sostuvo a su comunidad. Murió después de haber sido prior durante unos treinta y cinco años. Uno de los pocos acontecimientos de su vida que fue registrado se refiere a la curación milagrosa de un emir musulmán que se convirtió al cristianismo. Se dice que San Alberto intentó llevar consigo a San Brocardo al Concilio de Letrán, como a un especialista en cuestiones orientales y del Islam, pero San Alberto murió asesinado el año anterior al de la sesión del Concilio.

Ver el *Acta Sanctorum*, sept. vol. I y, especialmente, el *Monumenta Historica Carmelitana*, de B. Zimmerman, pp. 276-279. También se encontrarán algunos relatos sobre San Brocardo en los *Annales*, vol. IV, p. 244 de Lezama, así como en *Speculum Carmelitanum*, II, p. 66 y DHG., vol. XI, cc. 1070 y ss.

BEATA MARGARITA DE LOVAINA, Virgen y Mártir (¿1225? p.c.)

En el sexto libro de sus "Diálogos sobre Milagros", donde trata de la soledad

del corazón, el monje del Cister, Cesáreo de Heisterbach, nos cuenta la historia de esta jovencita cuyo culto fue confirmado en el año de 1905 para la diócesis de Malinas. La muchacha nació en Lovaina alrededor del año 1207 y, desde muy joven, entró al servicio doméstico en la casa de un pariente suyo llamado Aubert. Este era propietario de una hostería y era un hombre bueno y caritativo que con frecuencia hospedaba y atendía a los peregrinos o viajeros pobres, sin cobrarles nada. La joven Margarita colaboró con entusiasmo en el trabajo y las buenas obras de su amo; pero su recato, su timidez, su sincera indiferencia por las atenciones de los hombres que frecuentaban la posada, fueron confundidos con un sentimiento de orgullo y se le puso el sobrenombre de "la altiva Margarita". Alrededor del año de 1225, Aubert y su esposa de común acuerdo decidieron separarse para seguir, cada quien por su lado, el camino de la vida religiosa. Vendieron la posada y todas sus posesiones y, en la última noche que pasaron en su casa, recibieron la visita de algunos hombres mal encarados que llegaron con el pretexto de despedirse. A Margarita la enviaron a la bodega en busca de vino y, cuando los visitantes quedaron a solas con el matrimonio, se precipitaron sobre marido y mujer, los asesinaron en un abrir y cerrar de ojos y comenzaron a apoderarse del dinero que iban a entregar al monasterio. Cuando Margarita regresó con el vino, los asesinos, entregados al saqueo entre los cuerpos ensangrentados de sus víctimas, se apoderaron de la joven y se la llevaron a un lugar solitario a orillas del río Dyle con el propósito de matarla también por ser testigo del asesinato. Uno de los hombres le ofreció casarse con ella si guardaba silencio, pero Margarita se negó. Otro de los asesinos le ofreció diez marcos, pero ella los rechazó y, entonces, esa misma cantidad se ofreció al que acabara con la joven. "Uno la tomó, como un carnicero toma al cordero para sacrificarlo, la degolló de un tajo en el cuello, varias veces le hundió el puñal en el costado y, por fin, a puntapiés arrojó el cuerpo al río". Dos días más tarde, se recuperó el cadáver y, a raíz de haberse visto una luz sobrenatural que irradiaba de él y como se oyeron voces celestiales durante el hallazgo, los restos mortales de Margarita fueron llevados a la iglesia colegiata de San Pedro en Lovaina, entregados a los clérigos y sepultados con gran pompa en una capilla especialmente construida en el atrio. Desde entonces, circularon rumores de que en la tumba de Margarita se realizaban muchos milagros y, a partir de aquel momento, se rinde veneración a la mártir en aquel mismo lugar hasta hoy.

En relación con esta historia, el monje de los "diálogos" se pregunta en la persona de un novicio que aprende de un preceptor cosas sobre los milagros: "¿Cuál diríais vos que es la causa del martirio en el caso de la pobre joven, maestro?", a lo que el preceptor responde: "Sencillez de vida e inocencia de corazón, como ya lo he dicho. Hay diferentes clases de martirio, como el que se comete contra la inocencia, como en el caso de Abel; contra la rectitud, como sucedió con los profetas y con San Juan Bautista; contra el amor al bien y a la ley, como aconteció a los Macabeos; contra la confesión de la fe, como en el caso de los apóstoles. Por todas estas causas distintas y por muchas otras más, "Cristo, el Cordero de Dios, ha sido sacrificado desde el principio del mundo". Todas las virtudes cristianas, como protestas de nuestra fe y pruebas de nuestra fidelidad a Dios, son verdaderos motivos de martirio.

Los bolandistas, en el *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. I, no encuentran nada que agregar al relato de Cesáreo, pero en cambio, proporcionan pruebas en relación con el culto posterior y entresacan, de un relato en flamenco, una lista detallada de los milagros realizados en su tumba. Acerca de la Beata Margarita, se han impreso numerosos cuadernillos, folletos y libritos de tipo popular, en los tiempos modernos. El más notable es el artículo de M. G. Ollivier, que originalmente apareció en la *Revue Thomiste*, vol. IV (1896), pp. 592-618. El *Diálogo* de Cesáreo, se publicó en inglés en 1929.

BEATOS JUAN DE LAU, ARZOBISPO DE ARLES Y SUS COMPAÑEROS. LOS MÁRTIRES DE SEPTIEMBRE (1792 P.C.)

NO CABE la menor duda de que en el tiempo de la Revolución Francesa, existían en la Iglesia de Francia situaciones y condiciones que, para decirlo con la mayor suavidad posible, eran lamentables: los obispos y otros clérigos de alta jerarquía eran mundanos y ambiciosos, indiferentes a los sufrimientos del pueblo; se contaban por centenares los párrocos y rectores ignorantes, egoístas y débiles que, a la hora de la prueba, no titubearon en pronunciar un juramento y aceptar una constitución que habían condenado la Santa Sede y sus propios obispos. Eso, por el lado del clero, porque por parte de los laicos casi todos eran indiferentes o abiertamente hostiles a la religión. El reverso de la medalla podía encontrarse en un reducido grupo de sacerdotes locales e inmigrados y de gente que colaboraba con ellos para la causa de la emancipación católica, y a los que no podemos dejar de sumar a los cientos que dieron sus vidas antes que cooperar con las fuerzas antirreligiosas. En este último grupo se encontraban los mártires que murieron en París el 2 y el 3 de septiembre de 1792. En el año de 1790, la Asamblea Constituyente aprobó la constitución civil para los clérigos, condenada inmediatamente por la jerarquía, como ilegal. Todos los obispos diocesanos, a excepción de cuatro, así como la mayoría del clero urbano, se negaron a prestar el juramento que les imponía la nueva constitución. Al año siguiente, el Papa Pío VI confirmó la condena a la constitución, a la que calificó de "hereje, contraria a las enseñanzas católicas, sacrílega y contraria a los derechos de la Iglesia". A fines de agosto de 1792, los revolucionarios en toda Francia se enfurecieron por el levantamiento de los campesinos en La Vendée y los éxitos de las armas de Prusia, Austria y Suecia, en Longwy. Inflamados por los fogosos discursos contra los realistas y el clero, unos mil quinientos hombres de iglesia, laicos, mujeres y niños, perecieron en una matanza gigantesca. Ciento noventa y una de estas víctimas fueron beatificadas como mártires en 1926.

En las primeras horas de la tarde del 2 de septiembre, varios cientos de rebeldes atacaron la "Abbaye", el antiguo monasterio donde los sacerdotes, los soldados leales y algunas otras personas se hallaban prisioneros. La horda de maleantes, con un rufián llamado Maillard a la cabeza, exigieron a numerosos sacerdotes que pronunciaran el juramento constitucional; todos se negaron y fueron muertos ahí mismo. Después se formó un tribunal para condenar al resto de los prisioneros en masa. Entre este segundo grupo de mártires, se hallaba el ex-jesuita (la Compañía de Jesús se encontraba suprimida por entonces) BEATO ALEJANDRO LENFANT. Había sido confesor del rey y un fiel amigo de la familia real en desgracia. Eso bastó para que, no obstante los esfuerzos de un sacerdote apóstata, fuese condenado y martirizado. Monseñor de Salamon nos dice en sus memorias que observó al padre Lenfant cuando escuchaba serenamente la confesión de otro sacerdote, minutos antes de que el

confesor y el penitente fueran arrastrados al lugar de su ejecución.

El alcalde de París enardeció con vino y alentó con propinas a un grupo de pilluelos y vagabundos para que atacaran la iglesia de los carmelitas en la "Rue de Rennes". Ahí se hallaban presos más de ciento cincuenta eclesiásticos y un laico, el BEATO CARLOS DE LA CALMETTE, conde de Valfons, un oficial de caballería que había acompañado voluntariamente al cura de su parroquia a la prisión cuando se lo llevaron preso. Aquella compañía de valientes hidalgos, encabezada por el BEATO JUAN MARIA DE LAU, arzobispo de Arles, por el BEATO FRANCISCO JOSÉ DE LA ROCHEFOUCAULD, obispo de Beauvais y su hermano, el BEATO PEDRO LOUIS, obispo de Saintes, llevaba en la prisión una vida de regularidad monástica y no cesaba de asombrar a sus carceleros por su alegría y su buen humor. Era una sombría tarde de domingo, con ráfagas de vientos helados y amenaza de tempestad; a los prisioneros se les había permitido tomar el aire en el jardín y, los obispos y otros clérigos rezaban las vísperas en la capilla, cuando la horda de asesinos irrumpió en el jardín y mató a puñaladas al primer sacerdote que se cruzó en su camino. Al ruido del tumulto, Mons. de Lau salió tranquilamente de la capilla. "¿Eres tú el arzobispo?", le preguntó alguno de los rufianes. "Si, señores. Yo soy el arzobispo". Fue derribado con un golpe de espada sobre el hombro y, ya en el suelo, se le atravesó el pecho, de parte a parte con una pica. Entre aullidos de excitación, horror y salvajismo, comenzaron a tronar las salvas de los disparos; las balas cayeron en lluvia cerrada; la pierna del obispo de Beauvais quedó destrozada. En un instante, algunos murieron y otros cayeron heridos.

Pero el fuego cesó súbitamente. Los franceses tienen el sentido del orden y, tal vez, aquella matanza les pareció desordenada. Por lo tanto, se procedió al nombramiento de un "juez" que instaló su tribunal en el pasillo entre la iglesia y la sacristía. Los acusados comparecían ante él de dos en dos. Con ambas manos, el "juez" les presentaba sendos pliegos con el juramento constitucional para que lo prestaran; pero todos lo rechazaron sin la más mínima vacilación. Entonces, la pareja de condenados descendía por la estrecha escalera que conducía al exterior y, al salir, la muchedumbre desaforada los hacía pedazos. En el pasillo el juez gritó el nombre del obispo de Bauvais; desde el rincón donde yacía, inmovilizado, repuso: "No me niego a morir con los demás, pero no puedo andar. Ruego a vuestra señoría que tenga a bien mandar que me lleven a donde deba de ir". No podía haberse hecho una demostración más clara de aquella monstruosa injusticia que la réplica breve y cortés del obispo. Pero no le salvó la vida, aunque ninguno de los verdugos se atrevió a decir palabra cuando dos hombres le cargaron en vilo y lo llevaron ante el juez para que rechazara el juramento constitucional. El BEATO JACOBO GALAIS, quien estaba a cargo de la cocina para los prisioneros, le entregó al juez trescientos veinticinco francos que le debía al carnicero, porque no quería llegar al cielo con aquella deuda. EL BEATO JACOBO FRITEYRE-DURVÉ, ex-jesuíta, fue apuñalado por un vecino suyo a quien conocía desde que eran pequeños; otros tres ex-jesuítas y cuatro sacerdotes seglares eran ancianos sacados de una casa de descanso en Issy para ser encerrados en la iglesia de los carmelitas; el conde de Valfon y su confesor, el BEATO JUAN GUILLEMINET, murieron uno junto al otro; y así, todos perecieron hasta no quedar ninguno. A estos mártires se les llama "*des Carmes*" por el lugar donde padecieron. Ahí mismo había otras cuarenta personas, más o menos, que conservaron la vida gracias a que no fueron vistas

o bien, pudieron escapar en las narices de guardias complacientes o compadecidos. Entre las víctimas se hallaba también el BEATO AMBROSIO AGUSTIN CHEVREUX, superior general de los benedictinos mauristas y otros dos monjes; el BEATO FRANCISCO LUIS HEBERT, confesor de Luis XVI; tres franciscanos, catorce ex-jesuítas, seis vicarios generales diocesanos, treinta y ocho estudiantes o ex-alumnos del seminario de San Sulpicio, tres diáconos, un acólito y un hermano maestro. Los cadáveres fueron enterrados en una fosa común del cementerio de Veaugirard, aunque muchos fueron arrojados también a un pozo en el jardín de la iglesia del Carmen.

El 3 de septiembre, la horda de asesinos irrumpió en el seminario lazarista de San Fermín, convertido también en prisión, donde su primera víctima fue el BEATO PEDRO GUÉRIN DU ROCHER, un ex-jesuíta de sesenta años. Se le pidió que eligiera entre el juramento y la muerte y, tan pronto como rehusó someterse a la constitución, fue arrojado por la ventana más próxima y, al caer en el patio, fue acribillado a puñaladas. Su hermano, el BEATO ROBERTO DU ROCHER, fue también una de las víctimas, y hubo otros tres ex-jesuítas entre los noventa y un clérigos que se hallaban presos ahí, de los cuales sólo cuatro escaparon con vida. El superior del seminario era el BEATO LUIS JOSÉ FRANÇOIS. En su capacidad de gobernante, había avisado a su comunidad que el juramento era ilegal para los clérigos. Era un hombre de tanta fama por su bondad y tan querido en París que, a pesar de los riesgos, un oficial del ejército le advirtió sobre el peligro que corría y se ofreció a ayudarle a escapar. Por supuesto, se negó a abandonar a sus compañeros de prisión, muchos de los cuales habían llegado voluntariamente a San Fermín, confiados en salvarse. Entre los que murieron con él se hallaban el BEATO ENRIQUE GRUYER y otros lazaristas; el BEATO YVES GUILLON DE KERANRUN, vicecanciller de la Universidad de París, y tres laicos. En la prisión de La Force, en la "Rue Saint-Antoine", no quedó ningún sobreviviente para describir los últimos momentos de cualquiera de sus compañeros de infortunio.

El breve de la beatificación, con el registro de cada uno de los nombres de los mártires, se halla impreso en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XVIII (1926), pp. 415-425. En la mayor parte de las historias sobre la Revolución Francesa se encontrarán relatos sobre la muerte de uno u otro de estos mártires, pero el tema de su martirio se trata detalladamente en distintos libros, como por ejemplo, *Les Massacres de Septembre* (1907) de Lenôtre; *Massacres de Septembre* (1935), de P. Caron; *Les Martyrs*, vol. XI, de H. Leclercq; y sobre todo, *Histoire Générale de l'Eglise*, vol. VII, de F. Mourret. Hay también libros dedicados a uno de esos mártires en particular o a un grupo de ellos, como la obra de G. Barbotin, *Le dernier évêque de Saintes* (1927); H. Fouqueray, *Un Groupe des Martyrs de Septembre. 23 anciens Jesuites* (1927); un libro anónimo: *Les Martyrs Franciscains des Carmes* (1926). *Les B. Martyrs du séminaire Saint Sulpice* (1928) de E. Levesque; *Le B. L. J. François* (1929); C. Clercq, *Le B. Apollinaire Morel* (1945) y otros.

3: SAN PIO X, PAPA (1914 P.C.)

EL BARON von Pastor, distinguido historiador de pontífices, escribió esta observación sobre el Papa Pío X:

"Era uno de esos hombres elegidos, de los que hay pocos, con una personalidad irresistible. Todos tenían que sentirse conmovidos por su absoluta sencillez y su bondad angelical. Sin embargo, era algo más lo que le hacía

entrar en todos los corazones; ese "algo" se puede definir mejor al observar que todo aquél que fue admitido a su presencia salió con la profunda convicción de haber estado frente a un santo. Y, entre más se sabe sobre él, mayor fuerza adquiere esta convicción".

El futuro Papa santo vino al mundo en 1835, como hijo de un cartero y mensajero municipal de humilde condición, en la populosa ciudad de Riese, en el Veneto. Fue el segundo de los diez hijos de la pobre familia del servidor del municipio y se llamó Giuseppe Sarto. Cuando niño, asistió a la escuela elemental de Riese, pero gracias a las instancias y la ayuda del cura párroco, pasó a la escuela superior de Castelfranco, a una distancia de ocho kilómetros, que el chico recorría a pie dos veces al día. Más tarde, en virtud de una beca que se obtuvo para él, pudo asistir al seminario de Padua. Por dispensa especial, se le ordenó sacerdote a la edad de veintitrés años y, desde aquel momento, se entregó completamente al ministerio pastoral; al cabo de dieciséis años, ascendió a canónigo en Treviso, donde prosiguió con mayor ahinco su dura y generosa tarea sacerdotal. En 1884, fue consagrado obispo de Mántua, una diócesis que, por entonces, se hallaba en bajas condiciones morales, debido a su clero negligente hasta el extremo de haber provocado un cisma en dos poblaciones. Fue tan limpio y brillante el triunfo que obtuvo el obispo en el desempeño de aquel cargo plagado de dificultades que, en 1892, el Papa León XIII consagró a Mons. Sarto como cardenal sacerdote de San Bernardo de los Baños y, casi inmediatamente, lo elevó a la sede metropolitana de Venecia, que comprende el título honorífico de patriarca. Ahí se transformó en un verdadero apóstol para toda la región del Veneto y puso de manifiesto el valor de su sencillez y su rectitud, en una sede que se ufanaba de su magnificencia y de su pompa.

A la muerte de León XIII, en 1903, era creencia general que habría de sucederle en la cátedra de San Pedro el cardenal Rampolla del Tíndaro; las tres primeras votaciones del cónclave indicaron que la opinión general estaba en lo cierto; pero entonces, el cardenal Puzyna, arzobispo de Cracovia, comunicó a la asamblea de electores que el emperador Francisco José de Austria imponía el veto formal contra la elección de Rampolla. El anuncio causó una profunda conmoción; los cardenales protestaron con energía por la intervención del emperador y las cosas llegaron al punto de efervescencia, cuando Rampolla, con mucha dignidad, retiró su candidatura.* Al cabo de otras cuatro votaciones, resultó elegido el cardenal Giuseppe Sarto. Así llegó a la cátedra de Pedro un hombre de humilde cuna, sin relevantes dotes intelectuales, sin experiencia en las diplomacias eclesiásticas, pero con un corazón tan grande que no le cabía en el pecho, y tan bueno que parecía irradiar gracias: "un hombre de Dios que conocía los infortunios del mundo y las penurias de la existencia y, en la grandeza de su corazón, sólo quería arreglarlo todo y consolar a todos".

Uno de los primeros actos del nuevo Papa fue el de recurrir a la constitución "Commissum nobis", a fin de terminar, de una vez por todas, con cualquier supuesto derecho de cualquier poder civil para interferir en una elección papal, por el veto u otro procedimiento. Más adelante, dio un paso cauteloso pero definitivo hacia la reconciliación entre la Iglesia y el Estado, en Italia, al levantar prácticamente el "Non Expedit"†. Su manera de hacer frente a la muy crítica situación que no tardó en presentarse en Francia fue directa y tan efectiva como cualquiera de los medios diplomáticos en uso. En 1905, luego de numerosos incidentes, el gobierno francés denunció el concordato de 1801, decretó la separación de la Iglesia y el Estado y emprendió una campaña agresiva contra la Iglesia. El gobierno propuso crear una organización para que se preocupara de las propiedades eclesiásticas, bajo el nombre de "*associations cultuelles*", a la que muchos de los prominentes personajes católicos de Francia deseaban someterse por vías de ensayo; pero, tras una serie de consultas con los obispos franceses, el Papa Pío X emitió un par de declaraciones enérgicas y dignas, por las que condenaba la ley de separación y calificaba la "asociación" de anticanónica. A los que se quejaban de que había sacrificado todas las posesiones de la Iglesia en Francia, les respondió: "Aquéllos se preocupaban demasiado por los bienes materiales y muy poco por los espirituales". La separación ofreció la ventaja de que, a partir de entonces, la Santa Sede pudo nombrar directamente a los obispos franceses, sin la nominación previa de los poderes civiles. "Pío X, declaró el obispo de Nevers, Mons. Gauthey, nos emancipó de la esclavitud al costo del sacrificio de nuestras propiedades. Que Dios le bendiga por siempre, por no haber titubeado en imponernos ese sacrificio". La severa actitud del Papa causó tantos trastornos y dificultades al gobierno francés que, veinte años más tarde, se avino a concertar un nuevo acuerdo, dentro de los cánones, para la administración de las propiedades de la Iglesia.

El nombre de Pío X se vincula generalmente y con toda razón, al movimiento que purgó a la Iglesia de ese "resumen de todas las herejías", al que alguno tuvo la ocurrencia de llamar "Modernismo". Un decreto del Santo Oficio fechado en 1907, condenó a ciertos escritores y ciertas ideas; muy pronto le siguió la carta encíclica "Pascendi dominici gregis", en la que se indicaban peligrosas tendencias de alcance imprevisible, se señalaban y condenaban las manifestaciones del modernismo en todos los campos. Pero también se adoptaron medidas muy enérgicas y, a pesar de que hubo furiosas oposiciones, el modernismo en la Iglesia quedó prácticamente aniquilado al primer golpe. Ya había conquistado bastante terreno entre los católicos y, sin embargo, no fueron pocos, aun entre los ortodoxos, quienes opinaron que la condena del Papa había sido excesiva y rayana en una mojigatería obscurantista.* El error de esta observación quedó demostrado cuando cinco años después, en 1910, la encíclica del Papa sobre San Carlos Borromeo fue mal interpretada y se ofendieron los protestantes en Alemania. Pío X publicó la explicación oficial del párrafo mal interpretado en el *Osservatore Romano* y ahí mismo recomendó a los obispos alemanes que no hiciesen más comentarios ni publicidad en torno a la encíclica, en el púlpito o en la prensa.

En su primera encíclica Pío X anunciaba que su meta primordial era la de "renovarlo todo en Cristo" y, sin duda que con ese propósito en mente, redactó y aprobó sus decretos sobre el sacramento de la Eucaristía. Por ellos,

* Actualmente se afirma que Rampolla no habría sido elegido de ningún modo.

† *I. e.* la regla de la Santa Sede declaraba no expedito que los fieles católicos se asociasen públicamente con los depredadores de los bienes pontificios, como al votar en elecciones parlamentarias, por ejemplo. Para enterarse de lo que pensaba un hombre sabio sobre esta política, *cf.* B. Contardo Ferrini (17 de octubre).

* Esto se debió a la abundancia de los "más papistas que el Papa". Estos tenían en sus listas de "sospechosos" al cardenal Della Chiesa, que llegaría a ser Benedicto XV.

recomendaba y encomiaba la comunión diaria, si fuese posible;* que los niños se acercaran a recibirla al llegar a la edad de la razón, y que se facilitara el suministro de la comunión a los enfermos. Pero no sólo se preocupó por el ministerio del altar, sino también por el de la palabra, puesto que instaba a la diaria lectura de la Biblia, aunque en este caso las recomendaciones del Papa no fueron tan ampliamente aceptadas. Desde 1903, y con el objeto de aumentar el fervor en el culto divino, emitió por iniciativa propia (*motu proprio*), una serie de instrucciones sobre la música sacra, destinadas a terminar con los abusos al respecto y a restablecer el uso del canto llano en la Iglesia. Dio alientos a los trabajos de la comisión para la codificación de las leyes canónicas y fue él quien llevó a cabo la completa reorganización de los tribunales, oficinas y congregaciones de la Santa Sede. También estableció Pío X una comisión correctora y revisora del texto Vulgata de la Biblia (este trabajo les fue encomendado a los monjes benedictinos) y, en 1909, fundó el Instituto Bíblico para el estudio de las Escrituras y lo dejó a cargo de la Compañía de Jesús.

Siempre consagró sus preocupaciones y actividades a los débiles y los oprimidos. Con inusitada energía, denunció los malos tratos a que eran sometidos los indígenas en las plantaciones de caucho del Perú. Creó y organizó una comisión de ayuda a los damnificados, tras el desastroso terremoto de Messina y, por cuenta propia, acogió a numerosos refugiados en el hospicio de Santa Marta, junto a San Pedro. Sus caridades, en todas las partes del mundo donde se necesitaban socorros, eran tan abundantes y frecuentes, que las gentes de Roma y de toda Italia se preguntaban de dónde saldría tanto dinero. La sencillez de sus hábitos personales y la santidad de su carácter se ponían de manifiesto en su costumbre de visitar cada domingo, alguno de los patios, rinconadas o plazuelas del Vaticano, para predicar, explicar y comentar el Evangelio de aquel día, a todo el que acudiera a escucharle. Era evidente que Pío X se sentía desconcertado y tal vez un poco escandalizado, ante la pompa y la magnificencia del ceremonial en la corte pontificia. Cuando era patriarca de Venecia, prescindió de una buena parte de la servidumbre y no toleró que nadie, fuera de sus hermanas, le preparase la comida; como Pontífice, eliminó la costumbre de conferir títulos de nobleza a sus familiares. "Por disposición de Dios, solía decir, mis hermanas son hermanas del Papa. Eso debe bastarles". En una ocasión, antes de cierta ceremonia, exclamó ante un viejo amigo suyo: "¡Mira cómo me han vestido!" y se echó a llorar. A otro de sus amigos, le confesó: "No cabe duda de que es una penitencia verse obligado a aceptar todas estas prácticas. ¡Me condujeron entre soldados, como a Jesús cuando le apresaron en Getsemaní!"

No son estas simples anécdotas divertidas, sino actitudes y acciones que describen por sí mismas la grandeza de corazón y la sencillez de la bondad de Pío X. A un joven inglés, protestante convertido al catolicismo y que deseaba ser monje, pero sentía el escrúpulo de haber estudiado muy poco, le dijo el Papa: "Para alabar a Dios bien, no se necesita ser sabio". Un escritor de Mántua publicó un libro de carácter sensacionalista en el que lanzaba infames acusaciones contra Pío X; éste no quiso emprender ninguna acción legal, pero,

* En la Edad Media y, posteriormente en la época del jansenismo, los fieles católicos comulgaban rarísima vez. La comunión diaria o muy frecuente se consideraba como algo extraordinario y aun indebido. En 1549, cuando los católicos del oeste de Inglaterra se rebelaron contra las innovaciones del protestantismo, una de sus quejas era que se esperaba de ellos que, no sólo se acercasen a comulgar en Pascua, sino con mayor frecuencia.

en cuanto supo que el calumniador se hallaba en bancarrota, el Papa le envió dinero a escondidas: "Un hombre tan desdichado, comentó, necesita oraciones más que castigos".

Aún durante su vida, Dios utilizó al Papa Pío X como instrumento de sus milagros y, hasta en esos casos sobrenaturales, se puso de manifiesto su perfecta modestia y sencillez. Durante una audiencia pública, uno de los asistentes mostró su brazo paralizado al tiempo que decía: "¡Cúrame, Santo Padre!" El Papa se acercó sonriente, tocó el brazo tumefacto y dijo amablemente: "Sí, sí". Y, el hombre quedó curado. En otra audiencia privada, una niña de once años que estaba paralítica, pidió lo mismo. "¡Quiera Dios concederte lo que deseas!", dijo el Pontífice. La niña se levantó y anduvo por sí misma. Una monja que sufría de una tuberculosis muy avanzada, le pidió la salud. "Sí", fue todo lo que repuso Pío X, mientras ponía las manos sobre la cabeza de la religiosa. Aquella tarde, el médico declaró que estaba completamente sana.

El 24 de junio de 1914, la Santa Sede firmó un concordato con Servia; cuatro días más tarde, el archiduque Francisco de Austria y su esposa fueron asesinados en Sarajevo; a la medianoche del 4 de agosto, Alemania, Francia, Austria, Rusia, Gran Bretaña, Servia y Bélgica estaban en guerra: era el undécimo aniversario de la elección del Papa. Pío X no sólo había vaticinado aquella guerra europea, como otros muchos, sino que profetizó que estallaría definitivamente para el verano de 1914. Aquel conflicto fue para el Papa un golpe fatal. "Esta será la última aflicción que me mande el Señor. Con gusto daría mi vida para salvar a mis pobres hijos de esta terrible calamidad". Pocos días más tarde sufrió una bronquitis; al día siguiente, 20 de agosto, murió. Fue la primera víctima notable de la Gran Guerra. "Nací pobre, he vivido en la pobreza y quiero morir pobre", dijo en su testamento. Su contenido demostró la verdad de aquellas palabras: su pobreza era tanta que hasta la prensa anticlerical quedó admirada.

Después del funeral en la basílica de San Pedro, Mons. Cascioli, escribió lo siguiente: "No tengo la menor duda de que este rincón de la cripta se convertirá, muy pronto, en un santuario, un centro de peregrinación ... Dios glorificará ante el mundo a este Papa cuya triple corona fue la pobreza, la humildad y la bondad". Y así fue por cierto. El Pontificado de Pío X no fue tranquilo y el Papa mostró resolución en su política. Si no tuvo enemigos —porque para eso se necesitan dos— hubo muchos que le criticaron, lo mismo dentro que fuera de la Iglesia. Pero, al morir, todas las voces fueron una; desde todas partes, desde todas las clases surgió un llamado para que se reconociera la santidad de Pío X, el que fuera Giuseppe Sarto, el niño del cartero. En 1923, los cardenales de la curia decretaron que se había abierto su causa, firmada por veintiocho prelados. En 1954, el Papa Pío XII canonizó solemnemente a su predecesor ante una enorme multitud que llenaba la plaza de San Pedro, en Roma. Aquel fue el primer Papa al que se canonizaba desde Pío V, en 1672.

No puede esperarse que haya una biografía completa y sincera sobre un Pontífice que murió en fecha tan reciente como la de 1914. El abad Pierami, el promotor de la causa, publicó en 1928 una breve biografía, escrita en tono devoto, y con valiosos datos. Ver también, *Memories of Pope Pius X* (1939) del cardenal Merry del Val; *Symposium of the Life and Work of Pius X* (1947), de R. M. Huben; *Pie X* (1951), de V. Marmoiton. Hay abundancia de biografías populares en varios idiomas. El profesor Fernessole publicó en 1953 un extenso trabajo en dos volúmenes en francés y, al año siguiente, H. Dal-Gal

editó otra en inglés. En los últimos años, naturalmente, ha habido numerosos trabajos en varios idiomas.

SANTA FEBES (Siglo I)

EN LA última parte de su epístola a los cristianos de Roma, San Pablo enviaba sus saludos cordiales a todos sus amigos, pero ante todo, se refería, a una tal Febes, con estas palabras: "Os recomiendo a nuestra hermana Febes, diaconisa de la Iglesia que está en el puerto de Cenchre, a fin de que la recibáis en el Señor, de una manera digna de los santos y que le prestéis asistencia en todas las cosas que pudiese necesitar de vosotros; porque ella también ha ayudado a muchos y a mí en particular". Cenchre era el puerto de Corinto, desde donde se escribió la Epístola a los Romanos, alrededor del año 57 y, al parecer, Santa Febes era la portadora de la carta. Pero aparte de lo que San Pablo nos dice sobre ella, nada más se sabe. Su nombre figura en el Martirologio Romano en este día y San Juan Crisóstomo hace un elogio de sus méritos.

Los bolandistas dedican unas cuantas páginas a Santa Febes para refutar, sobre todo, la afirmación de que era la esposa de San Pablo, pero sí admiten que aquella mujer, en su calidad de diaconisa, sirvió a Pablo siempre que tuvo ocasión, como una hermana muy querida. La idea de que San Pablo haya estado casado se sugiere en una carta de San Ignacio de Antioquia a los filadelfos, así como por una observación de Clemente de Alejandría. La inscripción del nombre de Febes (lo mismo que los de muchos otros personajes del Nuevo Testamento) en el martirologio, fue hecha por Ado en el siglo IX. Ver a Dom H. Quentin, en *Les Martyrologes Historiques*, p. 665.

SAN SIMEON ESTILITA EL JOVEN (592 P.C.)

ALREDEDOR del año 517, nació Simeón en Antioquía, de una mujer llamada Marta, que fue venerada como santa. Su padre, natural de Edessa, pereció en un terremoto cuando Simeón tenía cinco años. Desde entonces, se contaban cosas extrañas sobre el chiquillo, quien acabó por alejarse de su ciudad natal y anduvo errante por las montañas hasta llegar a un pequeño monasterio en el que se refugió y, por expreso deseo, se puso bajo la guía y la tutela de un estilita muy conocido que se llamaba Juan. Durante el resto de su vida, el ermitaño se ocupó de Simeón, quien también construyó su pilar cerca del de su maestro. Desde la edad de siete años, antes de haber perdido sus dientes de leche, Simeón estableció su morada en la columna. Muy pronto la fama de su excentricidad, de su santidad y de sus poderes para realizar milagros, se extendió tanto que, para evitar la constante visita de peregrinos, Simeón se retiró a vivir en la cumbre de una roca, sobre una montaña inaccesible que llegó a conocerse con el nombre de Monte de Maravillas. Por entonces, tenía veinte años. Una década después, como resultado de una visión, estableció un monasterio para sus discípulos y mandó levantar una nueva columna para él mismo, a la que fue conducido, solemnemente, por dos obispos.

De esta manera extraordinaria, pero auténtica sin duda, vivió Simeón durante otros cuarenta y cinco años. De vez en cuando, se trasladaba a otro pilar; cuando tenía treinta y tres años, fue ordenado sacerdote, sin haber bajado de su columna, puesto que el obispo subió para hacerle la imposición de manos. Al parecer, sobre la columna había una plataforma de amplitud suficiente para que Simeón

pudiese celebrar la misa ahí mismo; sus discípulos ascendían por una escalera para recibir la comunión de sus manos. En los registros de su historia se afirma que Dios manifestó la santidad de su siervo con el don de hacer milagros, sobre todo la curación de enfermos, el vaticinio de las cosas por venir, y el conocimiento de los pensamientos secretos de los demás. Evagrio, historiador sirio, fue testigo de muchas de aquellas maravillas y asegura que experimentó por sí mismo el poder de Simeón para leer los pensamientos, cuando lo visitó para pedirle consejos espirituales.

Verdaderas multitudes procedentes de todas partes acudían a San Simeón en busca de una palabra de consuelo y con la esperanza de presenciar algún milagro o beneficiarse con él. Después de la muerte de San Juan el Estilita, ya nadie pudo restringir las austeridades a que se entregaba Simeón. Evagrio dice que se mantenía enteramente con una dieta de frutas y hortalizas. Simeón escribió al emperador Justino II para pedirle que castigase a los samaritanos que habían atacado a los cristianos de las vecindades, y San Juan Damasceno atribuye a Simeón un breve texto en que alaba la veneración a las sagradas imágenes. Hay otros escritos, homilías e himnos, que también se le atribuyen, pero sin razón suficiente. Simeón había vaticinado que Justino II sucedería a Justiniano, y a Juan el Escolástico, que llegaría a ser elegido para la sede de Constantinopla, como efectivamente lo fue.

El que haya sido un estilita desde niño y desplegara sus manifestaciones espirituales desde su tierna edad; el que llegase a vivir casi sin comer y sin dormir; sus luchas con los espíritus malignos, sus mortificaciones físicas y sus numerosos milagros, como se relata en su biografía, tienen un carácter tan especial, que cualquier lector se inclinará a pensar que se trata de un personaje de fábula. El padre Delehaye dice que se trata de un documento fuera de lo común que debe leerse con buen sentido; pero sus declaraciones pueden ser comprobadas y, por cierto, que no carecen de veracidad histórica. El santo enfermó en mayo de 592. El patriarca Gregorio de Antioquía, al saber que agonizaba, corrió para ayudarle en sus últimos momentos; pero San Simeón murió antes de que él llegara.

El Dr. P. van den Ven preparó el texto completo original en griego, sobre la vida de San Simeón, escrita por un contemporáneo; *cf.* su artículo en *Analecta Bollandiana*, vol. LXVII (1949), pp. 435-443. Fr. Delehaye editó las partes históricas de este texto en su obra *Saints Stylites* (1923), pp. 238-271, y da además un breve relato sobre la historia de Simeón. Existe en griego una biografía sobre la madre del santo, Marta. Esta biografía junto con la de Simeón, escrita por Nicéforo Nuranus, se encuentra en *Acta Santocrum*, mayo, vol. V.

Para los detalles sobre el pilar, ver la historia de San Simeón el Viejo, el 5 de enero.

SAN EGULFO, MÁRTIR (*c.* 676 P.C.)

EGULFO nació en Blois, tomó el hábito de monje en Fleury, que por entonces se hallaba en los primeros fervores entusiastas de la observancia benedictina, y fue un siervo ejemplar de la orden. Más o menos por el año de 670, el monasterio de Lérins, en el que el paso de los años y las incursiones de los moros habían quebrantado la disciplina, solicitó al de Fleury que le proporcionara un hombre digno de ser el abad. Egulfo, monje con 23 años de experiencia y una reputación de firme virtud y estabilidad, fue enviado para ocupar el alto puesto. Pero como

suele suceder en estos casos, algunos de los religiosos estaban contentos con las viejas reglas y decididos a recurrir a cualquier medio para frustrar los esfuerzos que se hiciesen o intentasen hacer para mejorar su disciplina. En Lérins, dos de los monjes, Arcadio y Columbo, fueron demasiado lejos: apelaron al gobernador local contra el nuevo abad y aquél mandó una compañía de soldados para que se mantuviera el orden en el monasterio. Los dos monjes rebeldes utilizaron a los soldados para secuestrar a San Egulfo y a otros cuatro de sus principales partidarios y, atados de pies y manos, los metieron en un barco y los llevaron hacia alta mar. Por fin fueron desembarcados en la isla de Capraia (de las Cabras), entre Córcega y la costa de Toscana, donde les sacaron los ojos, les cortaron la lengua y, por fin, les mataron. Sólo uno de los monjes logró escapar y consiguió llegar hasta Lérins donde relató el trágico sucedido.

En contradicción con esta historia, se ha sugerido que es más razonable suponer que el abad y sus compañeros fueron sacados del monasterio por los soldados, quienes los abandonaron lejos y, una vez solos, fueron víctimas de los moros, especialistas en aquellas bárbaras matanzas. Los cadáveres mutilados se trasladaron a Lérins y se afirma que, durante el traslado, se obraron muchos milagros. Poco tiempo después, surgió una disputa entre los monasterios de Lérins y Fleury, sobre la posesión de los restos mortales de San Egulfo.

De acuerdo con una biografía de este santo, escrita por un monje de Fleury hacia el año de 850, Egulfo era el jefe de un grupo de monjes de Fleury y de Le Mans que el abad Mommolus, de Fleury, envió a Italia para recuperar las reliquias de San Benito, de manos de los lombardos. Los detalles de este asunto y el lugar o los lugares de descanso de los restos de San Benito, no son asuntos que nos conciernan aquí. Basta con indicar que, casi seguramente, este San Egulfo no tuvo nada que ver con él.

Un relato en tono lírico sobre la vida de San Egulfo, fue escrito por Adrevaldo, un monje de Fleury que vivió dos siglos después. Ese escrito es poco digno de confianza. Los bolandistas lo imprimieron en *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. I, junto con una narración más corta que, según los bolandistas, es más antigua y más digna de crédito. Ver también a H. Moris, en *L'Abbaye de Lérins* (1909) y al DHG., vol. I, cc. 1141-1142.

SANTA HILDELITA, ABADESA DE BARKING, VIRGEN (*c.* 717 P.C.)

EN UNA época remota, cuando no abundaban los conventos de monjas en Inglaterra, una joven princesa anglosajona llamada Hildilid o Hildelita cruzó el canal para internarse en Francia y tomó el velo en Celles o en Faremoutier. Permaneció en el claustro hasta que San Erconwaldo la llamó de regreso a Inglaterra para que ejercitara a su hermana Etelburga en la vida religiosa, en vista de que había fundado un convento en Barking para ella, que tan poca experiencia tenía en la existencia monástica. Cuando el curso de instrucción quedó terminado y Etelburga tomó posesión de su cargo de abadesa, su instructora, Hildelita, se quedó en el convento como una de las monjas. Pero a la muerte de Santa Etelburga, fue elegida para ocupar su puesto de abadesa y, durante el resto de su vida, gobernó a la comunidad. El Venerable Beda, contemporáneo de Hildelita, escribió sobre ella con gran admiración, y San Aldelmo le dedicó un tratado sobre la virginidad, en versos rimados. En una de sus cartas, San Bonifacio habla de ella en términos muy elogiosos y hace mención de una visión maravillosa que tuvo Hildelita y que le describió de viva voz. Al parecer, vivió hasta una

edad muy avanzada, pero se desconoce la fecha precisa de su muerte. Su fiesta se celebra en la diócesis de Brentwood, junto con la de Santa Cutburga (ver el artículo siguiente).

Véase el *Acta Sanctorum*, marzo, vol. III, donde están recopiladas las referencias casuales que han hecho sobre Santa Hildelita diversos escritores de épocas posteriores como Capgrave. *Cf.* también la edición de Plummer de la *Ecclesiastical History* de Beda y la *Menology*, p. 131, de Stanton.

SANTA CUTBURGA, ABADESA DE WIMBORNE, VIUDA (*c.* 725 P.C.)

CUTBURGA era la hermana del grande y famoso rey Ine, del Wessex, y se casó con Aldfrido, quien llegó a ser rey de Nortumbría en 685. A instancias de su esposa, Aldfrido le permitió separarse de él para retirarse al monasterio de Barking, en Essex, donde hizo su noviciado bajo la dirección de Santa Hildelita. Alrededor del año 705, Cutburga y su hermana Quenburga fundaron juntas un monasterio, la abadía de Wimborne, en Dorset, donde las reglas de clausura eran tan estrictas, que ni aun a los prelados, en las ocasiones legalmente señaladas, se les permitía trasgredirlas. Santa Cutburga gobernó en aquella abadía, entregada por completo a su trabajo, a la penitencia y a la oración. Era humilde ante Dios y ante los hombres, bondadosa y tierna para los demás, pero rigurosa para consigo misma. Bajo el gobierno de su sucesora Santa Tetta, la abadía de Wimborne contribuyó a la conversión de Alemania al enviar a aquellas tierras numerosas monjas que asistieron a San Bonifacio en sus labores de evangelización. Celébrase la fiesta de Santa Cutburga en la diócesis de Brentwood el 3 de septiembre, junto con la de Santa Hildelita (artículo anterior).

Hay una biografía antigua, inédita, que figura en BHL, 2033; véanse también *Analecta Bollandiana*, vol. LVI (1938), p. 336 y vol. LVIII, p. 100. El resumen de Capgrave se halla impreso en *Acta Sanctorum*, agosto, vol. VI, con el proemio acostumbrado. Ver también la *Menology* de Stanton, pp. 431-432.

BEATO ANDRES DE BORGO SAN SEPOLCRO (1315 P.C.)

ALREDEDOR del año 1250, vino al mundo Andrés Dotti en la población de Borgo San Sepolcro, de la Toscana. Su familia, muy distinguida (un hermano de Andrés fue capitán en la guardia personal del rey Felipe el Hermoso), le dio una educación de acuerdo con su medio, es decir esmerada, pero sin abordar para nada la religión. Sin embargo, el joven, piadoso por inclinación natural, se hizo terciario secular de los servitas a la edad de diecisiete años. Poco tiempo después, se realizó un capítulo general de la orden en Borgo San Sepolcro y, por supuesto, Andrés asistió a todas las ceremonias, incluso a escuchar el sermón que predicó San Felipe Benizi, el prior general. El tema del discurso era la recomendación de Cristo: "El que no renuncie a todo cuanto posea, no llegará a ser mi discípulo", y la fogosa elocuencia del orador tocó las fibras más íntimas del corazón de Andrés. Inmediatamente fue a ofrecerse a San Felipe, fue aceptado y se convirtió en un fraile servita. Después de recibir la ordenación sacerdotal, ingresó a uno de los monasterios, el que gobernaba San Gerardo Sostegni, uno de los siete fundadores de la orden; de ahí salió convertido en un predicador vehemente que obtuvo mucho éxito en toda la comarca vecina. Con frecuencia

acompañaba a San Felipe Benizi en sus jornadas misioneras. Andrés se conquistó a varios ermitaños que llevaban una vida retirada, pero muy indisciplinada, en las cercanías de Vallucola y los hizo entrar en la orden servita y someterse a sus reglas. El propio Andrés fue nombrado superior de aquel grupo y desempeñó el trabajo hasta que fueron requeridos sus servicios para que saliese a predicar o actuase como prior temporal en diversos monasterios. Se hallaba presente en Monte Senario en 1310, cuando murió ahí San Alejo Falconieri, el principal de los fundadores de los servitas, y quedó tan profundamente impresionado, que pidió permiso a sus superiores para retirarse a una ermita y prepararse a bien morir, a pesar de que apenas tenía cincuenta y nueve años. Desde entonces, Andrés vivió entregado a las mortificaciones, tuvo visiones y abundantes gracias, incluso un aviso sobre su próxima muerte. Cuando llegó la fecha anunciada, el beato se hallaba en buenas condiciones de salud y, desde temprano, salió de su ermita para dirigirse a una peña donde acostumbraba a dar conferencias a sus hermanos. Cuando llegaron los otros monjes, se encontraron con que Andrés, su amado padre, estaba arrodillado de cara a la roca, inmóvil, como arrobado en éxtasis; pero en realidad, ya estaba muerto. Fue sepultado en la iglesia de Borgo de San Sepolcro donde la veneración popular que se le rindió fue recompensada con numerosos milagros. En 1806, el Papa Pío VII, aprobó el antiguo culto.

En *Annales Ordinis Servorum B. V. M.*, vol. I, pp. 230-231, A. Gianni escribió un relato muy completo sobre el beato; ver también el DHG., vol. II, c. 1663; y P. Battini, *Vita del b. Andrea Dotti* (1808).

4: SANTOS MARCELO y VALERIANO, Mártires (c. 178 p.c.)

LA MATANZA de los mártires de Lyon, con el obispo San Potino a la cabeza, tuvo lugar durante la persecución de Marco Aurelio, en el año 177. Fue por entonces cuando Marcelo, un sacerdote, recibió un aviso del cielo, como dice su "passio", y consiguió escapar a la muerte y refugiarse en Chalon-sur-Saône. Ahí recibió hospedaje por parte de un pagano y, en cuanto Marcelo vio que su benefactor quemaba incienso ante las imágenes de Marte, Mercurio y Minerva, se propuso demostrarle su error y tras una serie de pláticas, le convirtió al cristianismo. Cierto día, Marcelo emprendió un viaje hacia el norte y en el camino se encontró con la comitiva del gobernador Prisco, quien le invitó a un banquete en su casa. Marcelo aceptó el convite y se trasladó a la casa del gobernador; pero al caer en la cuenta de que Prisco y sus invitados se disponían a realizar algunos ritos religiosos paganos, se disculpó de tomar parte en la celebración, porque él era cristiano. Semejante declaración causó estupor entre los presentes que, indignados, se precipitaron sobre el sacerdote para matarle ahí mismo, mediante el feroz procedimiento de atarle a dos troncos de árboles jóvenes doblados y mantenidos en tensión para que, al soltarlos, desmembraran al mártir. El gobernador ordenó a Marcelo que hiciese un acto de adoración ante una estatua de Saturno y como el sacerdote se negó rotundamente, Prisco mandó que le mataran sin recurrir al procedimiento de los arbolillos jóvenes, porque era demasiado rápido. En consecuencia, se llevaron a Marcelo a las orillas del río Saône, lo enterraron hasta el pecho en la tierra apretada y ahí le dejaron, inmovilizado y abandonado a su suerte. A los tres días, murió de hambre y sed. Alban

Butler menciona, junto con San Marcelo, al mártir San Valeriano, a quien se nombra el 15 de septiembre en el Martirologio Romano. Se dice que Valeriano huyó de la prisión al mismo tiempo que Marcelo y que fue decapitado por la causa de la fe en Tournus, cerca de Autun.

Es difícil definir hasta dónde se puede tener confianza a las dos series de actas (impresas en el *Acta Sanctorum*, sep., vol. II) que relatan el martirio de San Marcelo. En el siglo dieciocho, los bolandistas se inclinaban a defender esas actas de las críticas lanzadas por Tillemont. En la segunda serie el nombre de Valeriano está vinculado al de Marcelo y, una inscripción en la iglesia de Bagnols (Gard) reúne dos porciones de reliquias de los dos santos. Es indudable que su culto es muy antiguo, y San Gregorio de Tours lo atestigua en forma indirecta. Dom Quentin, en su *Martyrologes Historiques*, pp. 179-180, nos da una interesante ilustración sobre cómo se originó el extenso elogio a Marcelo en el Martirologio Romano.

SAN MARINO (¿Siglo IV?)

ENTRE las provincias italianas de Forli, Pésaro y Urbino hay un territorio con una extensión menor a los cincuenta kilómetros cuadrados, con 12,000 habitantes, que forma una República independiente donde se ha mantenido la soberanía contra todos los asaltos, ataques e intentonas, desde hace mil años. En la más alta de sus siete colinas, la llamada Il Titano, se asienta la capital de ese pequeño estado que se llama San Marino. El nombre de la república y de la ciudad capital, deriva de San Marino el Diácono, a quien se menciona en el Martirologio Romano. Su leyenda, desgraciadamente sin valor histórico, dice lo que sigue.

Marino nació en la costa dálmata, donde creció y se convirtió en un diestro constructor y tallador de piedras. Cuando tuvo noticia de que se reconstruían las murallas y las casas de la ciudad de Rimini, partió hacia allá junto con otro albañil llamado Leo, en busca de trabajo. En seguida se les dio empleo para tallar los bloques de piedra en los talleres de Monte Titano, en lo que hoy es San Marino. Ahí encontró el joven tallador a numerosos cristianos, gentiles y nobles, que habían sido condenados a trabajar en las canteras por su fidelidad a sus creencias. Marino y Leo hicieron todo lo que estuvo a su alcance para aliviar las penurias de aquellos desdichados, ayudándolos en sus trabajos y alentándolos para que perseveraran en su fe. Los dos virtuosos siervos de Dios hicieron muchas conversiones y, al cabo de tres años, Leo fue ordenado sacerdote por San Gaudencio, obispo de Rimini. En seguida se fue a vivir a Monte Feltro (cuya catedral lleva hasta hoy el nombre del santo). A San Marino se le ordenó diácono y pudo regresar a su trabajo, que consistía en velar por los convertidos. Durante doce años trabajó en un acueducto; siempre se le tuvo por un constructor muy diestro e incansable y por un hombre bueno: el modelo de trabajador cristiano. Pero entonces le ocurrió una gran desgracia. Cierto día, una mujer dálmata que acababa de llegar a Rimini, vio pasar a Marino y comenzó a dar voces para anunciar que aquel hombre era el marido que la había abandonado. La mujer y algunos curiosos persiguieron al asustado diácono por las calles de la ciudad; éste perdió la cabeza, huyó de prisa y se refugió en el Monte Titano donde permaneció oculto en una cueva. Hasta ahí lo persiguió la mujer, y Marino tuvo que atrincherarse dentro de la cueva con ramas y piedras, hasta que la mujer se retiró para no morir de hambre. Marino aprovechó la oportunidad para internarse más en la montaña; la mujer ya no pudo encontrarlo y

él decidió quedarse en aquella soledad como ermitaño. En el sitio donde estuvo la ermita, se construyó un gran monasterio y, en torno a él, se levantó la ciudad de San Marino.

Los bolandistas, que tomaron esta fabulosa historia de los documentos de Mombritius, la imprimieron en *Actas Sanctorum* septiembre, vol. II y agosto, vol. I (al sacerdote Leo se le honra el primero de agosto). Véase también a L. A. Gentili, en *Compendio della vita di S. Marino* (1864).

SAN BONIFACIO I, PAPA (422 P.C.)

EN LA hagiografía es una frase de cajón decir que un santo elevado a la sede episcopal, la acepta de mala gana; por regla general la mayoría debe haber aceptado esos cargos con poca voluntad. Pero en el caso de Bonifacio I es absolutamente cierto que no quería aceptar el cargo, ya que era un hombre anciano y sabía que, al ocupar la Silla de San Pedro, tendría que hacer frente a un temible rival: el antipapa Eulalio. El mismo día o tal vez el día anterior al de la elección de Bonifacio como Papa, un grupo de diáconos se apoderó de la basílica de Letrán y ahí eligió Papa a Eulalio, que contaba con muchos partidarios. El caos que aquellos hechos provocaron, duró quince semanas y, fue necesaria la intervención del emperador Honorio para que Bonifacio pudiese tomar posesión de su Sede.

El Pontífice mezclaba a su carácter bondadoso y tranquilo una extraordinaria energía para gobernar; resistió con especial firmeza la alianza del emperador oriental con la sede de Constantinopla, así como en otras cuestiones de jurisdicción. Pero, al mismo tiempo que reiteraba que "el bendito Apóstol Pedro había recibido por la palabra de Nuestro Señor, el encargo de velar por toda la Iglesia", tuvo buen cuidado de vindicar los derechos de los obispos contra las usurpaciones de los vicarios papales. San Bonifacio apoyó decididamente a San Agustín en su lucha de oposición al pelagianismo y, cuando algunos miembros de esta doctrina le enviaron cartas con acusaciones contra sus oponentes, se las envió a San Agustín a manera de información. Como una muestra de su respeto y su gratitud, San Agustín dedicó al Papa Bonifacio I la obra que escribió para responder a las críticas y envió el primer ejemplar a Roma por conducto de San Alipio.

San Bonifacio I murió en el año 422, tras de haber sido Papa durante cuatro años escasos. Fue sepultado en el cementerio de Máximo sobre la nueva Via Salaria, cerca de la capilla que él mismo construyó sobre la tumba de Santa Felícitas, por la que tenía gran veneración.

Nuestras fuentes de información más directas fueron el *Liber Pontificalis* con las notas de Duchesne, vol. I, pp. 217-229 y las cartas coleccionadas por Jaffé Kaltenbrunner, vol. I, pp. 52-54. Ver también el *Acta Sanctorum* sep. vol. II, DTC., vol. II, cc. 988-989, sin omitir la bibliografía; y a Grisar, en *History of Rome and the Papacy* pp. 219, 226, 466, 471.

SANTA IDA DE HERZFELD, VIUDA (825 P.C.)

ESTA NOBLE dama fue biznieta de Carlos Martel. Nació en Alsacia, donde su padre gozaba del favor de Carlomagno, en cuya corte Ida recibió su educación. El emperador la entregó en matrimonio a un caballero llamado Egberto; pero

la muerte de su esposo dejó viuda a Ida cuando era todavía muy joven. Entonces se dedicó a santificar su estado redoblando sus devociones, sus renunciamientos y sus austeridades. Las rentas que le producían sus bienes y sus tierras las empleaba principalmente en ayudar a los pobres. Construyó una pequeña capilla dentro de una iglesia que ella había fundado cerca de su casa en Hofstadt, en Westfalia.

Pasados los años, cuando su hijo Warin, movido por el ejemplo de su madre, se fue de monje a Corvey, Ida trasladó su residencia a Herzfeld, donde permaneció el resto de su vida, dedicada por entero a las buenas obras. A fin de tener siempre presente la muerte y sus deberes de caridad para con el prójimo, Ida hizo construir un sarcófago de piedra que, diariamente, colmaba de alimentos para distribuirlos entre los pobres. En sus últimos años, sufrió una dolorosa enfermedad incurable, que soportó con mucha paciencia. Santa Ida fue sepultada en el cementerio del convento que ella había fundado en Herzfeld.

Un siglo y medio después de la muerte de Santa Ida, un monje de Werden llamado Uffing escribió su vida donde abundan las incertidumbres y los milagros improbables. Ese escrito se halla incluido en el *Acta Sanctorum*, sept., vol. II. Hay una biografía moderna de A. Husing *Die hl. Ida von Herzfeld* (1880).

SANTA ROSALIA, VIRGEN (¿1160? P.C.)

EN EL siglo trece, ya había iglesias dedicadas a Santa Rosalía en Sicilia, pero no se le menciona en ninguno de los antiguos martirologios y no hay relatos sobre su vida con fechas anteriores al siglo dieciséis. El padre bolandista Stilting dice que su historia es una serie de remiendos de diversas tradiciones locales, inscripciones y pinturas. De acuerdo con esta historia, desde muy joven, Rosalía abandonó su casa para vivir como una reclusa en una cueva del Monte Coschina, cerca de Bivona en Sicilia. Más tarde se trasladó a una gruta del Monte Pellegrino, a cinco kilómetros de Palermo. Ahí murió y, con el tiempo, sus restos quedaron completamente cubiertos por estalactitas. La inscripción a la que se refiere el padre Stilting, se encontró grabada en los muros de la cueva de Monte Coschina, evidentemente por manos de la santa y dice así: *Ego Rosalia Sinibaldi Quisquine et Rosarum domini filia amore Domini mei Iesu Christi in hoc antro habitare decrevi* (Yo, Rosalía, hija de Sinibaldo señor de Quisquina y de Rosas, he decidido vivir en esta cueva por el amor de mi Señor Jesucristo). Los benedictinos afirman que Rosalía fue una monja de su orden, pero también los religiosos griegos que tenían monasterios en Sicilia, dicen lo mismo. En la abadía bizantina de San Salvador, en Mesina, hay un crucifijo de madera con esta inscripción grabada: "Yo, la hermana Rosalía Sinibaldi dejo este madero con mi Señor al que yo siempre he seguido, en este monasterio". Esta reliquia se halla ahora en Palermo.

En el año de 1624, asoló la ciudad de Palermo una epidemia de peste. De acuerdo con las instrucciones que Santa Rosalía dio a una de las víctimas a quien se apareció, se hicieron excavaciones en la cueva del Monte Pellegrino y se encontraron los huesos de la santa. Aquellos restos se pusieron en un relicario y fueron llevados en procesión a través de la ciudad, y desde entonces cesó la epidemia. Como muestra de gratitud, el pueblo de Palermo construyó una iglesia en honor de Santa Rosalía y nombró a la santa patrona de la ciudad. El Papa Urbano VIII insertó su nombre en el Martirologio Romano, donde se la

menciona dos veces, en la fecha de hoy, que es el aniversario de su muerte, y el 15 de julio, aniversario del descubrimiento de sus reliquias. Junto con los huesos, se encontró un crucifijo de barro cocido, así como una cruz griega de plata y un hilo de doce cuentas pequeñas y una grande, que era sin duda un rosario primitivo. La fiesta de Santa Rosalía, el 4 de septiembre, es todavía muy popular entre los palermitanos, que siempre esperan una lluvia benéfica ese día o el anterior.

Hay una multitud de breves biografías escritas en italiano en honor de la patrona de Palermo, pero ninguna proporciona datos de valor sobre su historia. Los bolandistas resumieron algunas de estas vidas, las ilustraron con grabados y las imprimieron en *Acta Sanctorum*, sept. vol. II.

SANTA ROSA DE VITERBO, Virgen (¿1252? p.c.)

Cuando el ambicioso Federico II fue excomulgado por segunda vez por el Papa Gregorio IX, el emperador respondió con una campaña militar destinada a conquistar los mismos Estados papales. En el año de 1240, había avanzado tanto, que tomó la ciudad de Viterbo, en la Romaña. Pocos años antes, una pareja de pobres trabajadores de Viterbo llevaron a bautizar con el nombre de Rosa, a su hija recién nacida. Aquella niña dio muestras, desde su edad más tierna, de una extraordinaria bondad natural. Su virtud y devoción infantiles impresionaron tanto a las gentes que la rodeaban que, posteriormente, se crearon diversas leyendas asombrosas que se mezclaron con su historia hasta el punto de que ahora resulta muy difícil separar la verdad del error.

En el curso de una enfermedad que sufrió Rosa cuando tenía ocho años de edad, tuvo en sueños una visión de Nuestra Señora, quien le dijo que debería vestir el hábito de San Francisco, pero sin alejarse de su casa, donde tendría que dar un ejemplo magnífico a familiares y vecinos, de palabra y de obra. Tan pronto como Rosa recuperó la salud, recibió el hábito de penitente y, por iniciativa propia, se entregó cada vez más a la contemplación de los sufrimientos de Nuestro Señor y a la consideración de la ingratitud de los pecadores. A los doce años de edad, inspirada tal vez por algún sermón que escuchó o por las ardientes palabras de algún güelfo, Rosa comenzó a recorrer las calles predicando para inflamar al pueblo a combatir a Federico II y amotinarse para arrojar de la ciudad a la guarnición de los gibelinos. Sus palabras simples y emocionadas no dejaron de producir su efecto, y éste se hizo más profundo a raíz de los rumores que circulaban con insistencia, sobre las maravillas que experimentaban muchos de los oyentes de Rosa. Desde entonces, las multitudes se congregaban frente a su casa, con la esperanza de oírla, hasta que el padre de la joven se asustó y le prohibió salir a la calle y mostrarse, bajo la amenaza de una despiadada paliza si desobedecía. A las amenazas de su padre, Rosa replicó tranquilamente: "Si Jesús fue golpeado por mi causa, yo puedo ser golpeada por causa suya. Yo sólo haré lo que El me dijo que hiciera. No puedo desobedecerle". A instancias del párroco, el padre de Rosa levantó la prohibición y, durante dos años consecutivos, la chica predicó en pro de la causa del Papa en las calles de Viterbo. Entonces, los partidarios del emperador se alarmaron y comenzaron a intrigar para que Rosa fuera condenada a muerte, por ser una amenaza y un peligro para el Estado. El "podestá" de Viterbo no quiso saber ni una palabra sobre esa

conspiración, porque era un hombre de buenos sentimientos y porque temía las reacciones del pueblo. Pero en cambio, pronunció la sentencia de destierro contra Rosa y sus padres.

Entonces se refugiaron en Soriano, pero Rosa no dejó de predicar y, a partir del mes de diciembre de 1250, se dedicó a recorrer las calles, como una iluminada, anunciando, a voz en cuello, la próxima muerte del emperador Federico II. El día 13 de aquel mes, para asombro y admiración de todos los que habían escuchado sus vaticinios, el invasor murió en la Apulia. Inmediatamente después, el partido del Papa dominó la situación en Viterbo, y Rosa regresó triunfalmente a su ciudad natal. Existe la historia de que, antes de su regreso, confundió a una fanática mujer gibelina, apelando al "juicio de Dios". Al volver a Viterbo, intentó ingresar en el convento de Santa María de las Rosas, pero la madre abadesa se negó a admitirla por falta de dote. "Muy bien, dijo Rosa con una sonrisa amable. Por ahora no me queréis aquí, pero tal vez vuestra reverencia tenga mejor voluntad de recibirme cuando esté muerta". El párroco puso mucho empeño en ayudarla y llegó a construirle una capilla cerca del convento y una casa adjunta para que Rosa y algunas compañeras se entregasen a la vida religiosa; pero las monjas de Santa María recibieron una orden del Papa Inocencio IV para que clausuraran la nueva capilla y la casa, puesto que el convento de Santa María tenía el privilegio de ser el único en varios kilómetros a la redonda y no toleraba la competencia de ningún otro. Entonces regresó Rosa a la casa de sus padres, donde murió el 6 de marzo de 1252, a la edad de diecisiete años. Fue sepultada en la iglesia de Santa María en Podio, pero el 4 de septiembre de 1258, su cuerpo fue trasladado a la iglesia del convento de Santa María de las Rosas, como ella lo había vaticinado. En 1357, un incendio destruyó la iglesia hasta los cimientos, pero el cuerpo de la joven quedó intacto y, desde entonces, anualmente, el ataúd es llevado en procesión por las calles de Viterbo. Inmediatamente después de la muerte de Rosa, el Papa Inocencio IV abrió una encuesta sobre las virtudes de la doncella, pero su canonización no se pronunció sino hasta 1457.

Si acaso hubo alguna vez documentos contemporáneos sobre la vida de esta santa, se perdieron o desaparecieron en alguna forma, y la leyenda ocupa una buena parte de lo que ahora se presenta como su biografía. En el siglo dieciocho, los bolandistas recogieron lo que pudieron encontrar, pero no quedaron satisfechos con ello, como lo dicen en *Acta Sanctorum*, sept. vol. II. Sin embargo, los bolandistas nos conservaron resúmenes substanciales del proceso de canonización. Las biografías más conocidas son las de los escritores italianos Andreucci (1750) y Mencarini (1828) y, en años más recientes, la de L. de Kerval, en francés (1896), traducida ya al alemán y al flamenco. En la serie *Oratorian* se incluyó, en 1882 una breve biografía en inglés y también hay una nota breve en la *Auréole Séraphique*, de Léon, vol. III, pp. 98-109. Un artículo del *The Month* de sept. de 1890, describe cabalmente la pintoresca fiesta de la santa en Viterbo y habla de la famosa "macchina" que se lleva en la procesión. G. Abate estudia profundamente las informaciones que hay sobre la santa en su libro *Santa Rosa da Viterbo* (1952).

BEATA CATALINA DE RACCONI, Virgen (1547 p.c.)

En 1486, Racconi era una aldehuela del Piamonte donde malvivían unos cuantos cientos de trabajadores. Por aquellas fechas, nació ahí, de la pareja formada por un pobre jornalero y su mujer, una niña a la que se bautizó con el nombre de Catalina. El hecho de que llegara al mundo en una choza miserable,

un mero cobertizo abierto a todos los vientos, pareció simbólico, puesto que durante toda su vida, la joven tuvo que luchar contra la indigencia, las enfermedades, el egoísmo y la incomprensión; pero en el orden espiritual, en cambio, se vio enriquecida por algunos de los favores más extraordinarios que Dios haya concedido a los hombres. Se afirma que ya desde la edad de cinco años, Catalina creía sinceramente que se hallaba desposada con el Niño Jesús, por una promesa hecha por la Santísima Virgen, y que el propio Niño le había dado como patrones y protectores especiales a San Jerónimo, Santa Catalina de Siena y San Pedro Mártir. Cierto día, a la edad de nueve años, se echó a llorar de pronto sin hallar consuelo, simplemente por el cansancio que le producía el trabajo continuo y el estado deplorable de su hogar; pero entonces fue visitada de nuevo por el Niño Dios, que la dejó consolada y aun feliz con su suerte. En la fiesta de San Esteban del año 1500, oraba la joven ante la imagen de ese santo y recordaba que, como diácono en los primeros días de la Iglesia, los apóstoles le habían confiado el cuidado de las mujeres cristianas, cuando el propio Esteban se le apareció, le habló con palabras de aliento y le prometió que el Espíritu Santo vendría sobre ella en alguna forma. Entonces pareció que tres rayos de luz penetraban en ella, al tiempo que decía una voz misteriosa: "He venido a tomar mi morada en ti; a limpiar, iluminar, encender y animar tu alma". Luego de que Catalina hizo voto de virginidad, se repitieron los místicos esponsales, sobre el dedo de la muchacha apareció la marca de un anillo y sufrió los dolores físicos de la coronación de espinas y otros estigmas de la Pasión de Nuestro Señor, sin que por ello llegasen a ser visibles.

En estas y otras cosas que se relatan sobre la Beata Catalina, hay una marcada semejanza con lo que le sucedía a Santa Catalina de Siena y no sólo en los hechos hay parecidos, sino también en las palabras, puesto que muchas de las que la santa escribió en su breviario se hallan reproducidas en el de la beata. Estas similitudes se registran con tanta frecuencia, que muchos de los biógrafos han señalado que "entre Racconi y Siena no hay otra diferencia que la canonización". No debe tomarse esto al pie de la letra, sin embargo, ya que sólo después de haber cumplido los veintiocho años, Catalina comenzó a imitar a su santa patrona, al convertirse, como ella, en terciaria de los frailes predicadores, sin abandonar el mundo ni el rudo trabajo del hogar. También se dice que los ángeles bajaron a ceñirle un cinturón de castidad, como a Santo Tomás de Aquino. A menudo, Catalina imploraba a Dios, en sus oraciones, que clausurase definitivamente las puertas del infierno; tras de hacer consultas, supo que eso era indebido y entonces se ofreció como víctima por otros y, por sus penitencias y austeridades, alivió las penas de muchas almas en el purgatorio. Diversas maravillas se relatan sobre ella, como por ejemplo, que era trasladada de un lugar a otro con increible rapidez para llevar el necesario auxilio espiritual. Catalina quedó profundamente entristecida con las calamidades que cayeron sobre su país como consecuencia de las guerras y también para eso se ofreció al cielo en holocausto. Se tiene entendido que una larga y penosa enfermedad que padeció, fue la señal de que su sacrificio había sido aceptado. La beata murió en Carmagnola a los sesenta y dos años de edad, abandonada por sus amigos y sin un sacerdote que la asistiera. Cinco meses más tarde, sus restos fueron trasladados a la ciudad de Garezzo, y en aquella ocasión se produjeron numerosos milagros que dieron pie para

que se extendiera el culto que, hasta ahora, no ha cesado. En 1810 se confirmó ese culto.

Es lamentable que no se tengan pruebas más satisfactorias en relación con esta mística tan interesante. Nuestra fuente principal de información es el relato proporcionado por Juan Francisco Pico della Mirandola y por el dominico Pedro Mártir Morelli. Ambos la conocían íntimamente, pero está claro que aceptaron sin titubeos lo que ella les dijo sobre sí misma, por ejemplo que, para hacer una caridad, se tornó invisible y se trasladó a un lugar a 160 kilómetros de distancia y que regresó cuatro horas después. Probablemente el mejor estudio sobre Catalina es el de M. C. de Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines* (1913) pp. 475-502. *Cf. Miscellanea di storia eclesiastica e di theologia*, vol. II (1904), pp. 185-191. Ver la bibliografía de *Catalogus hagiographicus O. P.* de Taurisano. Hay una biografía en inglés de S. Razzi y otra en francés de G. Christophe (1947).

5: SAN LORENZO JUSTINIANO, PATRIARCA DE VENECIA (1455 P.C.)

LORENZO NACIO en Venecia en 1381. Su padre, Bernardo Giustiniani, era de ilustre alcurnia entre la nobleza de la comunidad de repúblicas y su madre no era menos noble. Bernardo murió pronto y dejó viuda a su esposa muy joven y con muchos hijos pequeños. La valiente mujer no se acobardó y, desde entonces, se dedicó por entero al cuidado y educación de sus hijos, a las obras de caridad y al ejercicio de la virtud. En su hijo Lorenzo descubrió desde la cuna una extraordinaria docilidad y generosidad de alma. Le dedicó cuidados especiales pero, ante el temor de que surgiera algún vestigio de orgullo o de ambición, a veces le amonestaba con dureza por desear cosas que estaban fuera de su alcance. Pero en esas oportunidades el niño respondía sencillamente que su único deseo era ser santo. A la edad de diecinueve años fue llamado por Dios para consagrarse de manera especial a su servicio. Cierto día, le pareció contemplar en una visión a la Eterna Sabiduría en la forma de una doncella resplandeciente que le decía estas palabras: "¿Por qué buscas descanso para tu mente en las cosas exteriores, a veces en esto y a veces en aquello? Lo que tú quieres no podrás encontrarlo más que en mí: está en mis manos. Búscalo en mí, que soy la ciencia de Dios. Al tomarme por compañía y única meta, tendrás sus inagotables tesoros". En aquel instante, sintió su alma traspasada por dardos de gracia divina y le animó un nuevo ardor para entregarse enteramente a la búsqueda de la ciencia y el amor de Dios. Para obtener consejo, se dirigió a su tío, un santo sacerdote llamado Marino Quierini, canónigo del capítulo de San Jorge, establecido en un islote llamado Alga, a un kilómetro escaso de Venecia. Don Quierini le aconsejó, ante todo, que se pusiera a prueba en su casa frente a esta alternativa: por un lado, los honores y riquezas y los placeres del mundo y, por el otro, la dureza de la miseria, de los ayunos y de la renunciación. "Entonces te harás esta pregunta: ¿Tengo el valor de despreciar estos deleites para aceptar una vida de penitencia y mortificación?" Tras de permanecer algún tiempo en meditación, Lorenzo levantó la vista hacia el crucifijo y dijo: "Tú, ¡Oh Señor! eres mi esperanza. En Tí encontraré el árbol de la fortaleza y el consuelo". La fuerza de su resolución para seguir el tortuoso camino de la cruz, quedó demostrada en la rigurosa severidad con que trataba a su cuerpo y la constante

dedicación de su mente a los asuntos de la religión. Su madre, temerosa de que sus mortificaciones le afectaran la salud, trató de distraerle y le aconsejó que se casara. El no le dio ninguna contestación, pero inmediatamente se retiró al capítulo de San Jorge, en Alga, y fue admitido en la comunidad.

Ahí, sus superiores juzgaron necesario mitigar los rigores de sus penitencias. Recorría las calles con una bolsa al hombro para pedir limosna y, cuando se le indicó que al aparecer así en público se exponía al ridículo, respondió: "Hagamos frente a las burlas con valor. Nada habremos hecho, si renunciamos al mundo sólo de palabra. Triunfemos sobre él con nuestras bolsas y nuestras cruces". Con frecuencia Lorenzo llegaba a pedir a la casa en la que había nacido, pero se quedaba a distancia en la calle, frente a la puerta y repetía: "¡Una limosna, por amor de Dios!" Siempre acudía su madre con abastecimientos suficientes para llenar su bolsa, pero él no tomaba más que dos tortas de pan y, dando saludos y gracias a todos, partía como si no los conociese. Cuando las bodegas en que se guardaban las provisiones de la comunidad fueron presa de un incendio, y uno de los hermanos se lamentaba por la pérdida, Lorenzo le dijo alegremente: "¿Qué acaso no hemos hecho voto de pobreza? Ahora Dios nos concede la gracia de sentirla". Al principio, cuando acababa de ingresar a la orden, sentía a menudo una violenta inclinación a justificarse o disculparse, si se le reprendía injustamente; a fin de reprimir aquel deseo, acostumbraba a morderse los labios hasta que, a la larga, se dominó por completo. Experimentaba un desprecio tan absoluto por los atractivos del mundo que, desde el día en que entró al monasterio, no volvió a poner los pies en la casa de su padre, excepto para ayudar a bien morir a su madre y a sus hermanos. Cierto noble caballero que había sido su amigo íntimo, regresó de un largo viaje por el oriente y, al enterarse de la clase de vida que Lorenzo había abrazado, pensó en hacer el intento de disuadirlo. Se trasladó a San Jorge, pero ni siquiera pudo abrir la boca, ya que el aspecto de su antiguo amigo, la modestia y gravedad de su porte, le impresionaron sobremanera y, durante largo rato, no supo qué decir. Cuando al fin se decidió a hablar, lanzó una débil tentativa para combatir la resolución del joven religioso. Lorenzo le dejó que terminara y luego habló él, en forma tan convincente que, a fin de cuentas, el noble caballero quedó desarmado y decidió él mismo abrazar la regla contra la que había ido a luchar. En 1406, Lorenzo recibió la ordenación sacerdotal. El fruto de su espíritu de plegaria y penitencia fue el conocimiento profundo de las cosas espirituales y los caminos interiores de la virtud, así como una gran destreza y una enorme prudencia en la dirección de las almas. Las abundantes lágrimas que derramaba mientras oficiaba en el sacrificio de la misa, conmovían fuertemente a todos los asistentes y despertaban su piedad. Con mucha frecuencia se arrebataba en éxtasis durante la plegaria, en especial cuando celebraba la misa en la noche de Navidad. Poco después de su ordenación fue nombrado preboste de San Jorge y, para instruir a sus discípulos, sólo trataba de inculcarles la más sincera humildad. Sus enseñanzas no se limitaban a su escuela. Nunca cesó de predicar a los magistrados y senadores en tiempos de guerra o de calamidades públicas que, a fin de obtener el remedio a los males que sufrían debían en primer lugar persuadirse de que individualmente no eran nada, porque sin esta disposición de espíritu, nunca podrían merecer la ayuda divina.

En 1433, el Papa Eugenio IV nombró a San Lorenzo para la sede arzo-

bispal de Castello, una diócesis que incluía parte de Venecia. Hizo lo posible para evitar esta dignidad y su correspondiente responsabilidad. Cuando tomó posesión de su catedral lo hizo en forma tan privada, que ni sus más íntimos amigos lo supieron hasta que terminó la ceremonia. Lo mismo como religioso que como prelado, fue admirable su piedad sincera hacia Dios y la grandeza de su caridad hacia los pobres. No disminuyó ninguna de las austeridades que había practicado en el claustro y de sus plegarias obtenía luz, valor y energía que le movían en todas sus obras; pacificó las desavenencias en el Estado y, en tiempos muy difíciles, gobernó su diócesis con tanto cuidado, que toda ella llegó a parecer un convento bien disciplinado. Para la administración de su casa, no recurría más que a la piedad y a la humildad; cuando algunos de sus amigos le recordaban que por su nacimiento, la dignidad de su iglesia y de la República, necesitaba cierta pompa y ornamento, él replicaba que la virtud debía ser el único ornamento del obispo, y que todos los pobres de la diócesis constituían su familia. Todos los fieles amaban y respetaban a un pastor tan santo. Cuando algún personaje se oponía a sus reformas religiosas, llegaba a vencerlo por medio de la bondad y la paciencia. Cierto hombre que se indignó contra un decreto del obispo sobre los entretenimientos en el teatro, le llamó "viejo monje escrupuloso" y trató, en vano, de poner al público en contra suya. En otra ocasión, se lanzaron gritos contra él en la calle para acusarle de hipócrita. El obispo oyó los insultos serenamente, sin alterar el paso. Tampoco le alteraban los halagos y, por cierto, que todos sus actos demostraban un perfecto equilibrio, una paz constante y una serenidad absoluta. Bajo su gobierno, cambió radicalmente el aspecto de la diócesis. A diario, verdaderas multitudes se reunían frente a la casa del obispo para solicitar consejo, consuelo y caridad; su puerta y su bolsa estaban siempre abiertas para los pobres. Daba con más gusto sus limosnas en pan, ropa y alimentos que en dinero, porque pensaba que podían gastarlo mal; cuando daba dinero, eran cantidades muy pequeñas. Utilizó a las mujeres casadas para que buscasen a los pobres vergonzantes o personas venidas a menos y los socorriesen, y para sus limosnas no había privilegios. Cierta vez en que llegó un pobre, recomendado por su hermano Leonardo, le dijo el obispo: "Vuelve con el que te envió y dile de mi parte que él tiene lo suficiente para ayudarte". Tenía absoluto desprecio por las cuestiones financieras; dejó a un criado a cargo de la administración de sus bienes temporales y, muchas veces, se le oyó decir que era indigno de un pastor de almas desperdiciar el tiempo en contar monedas.

Los Papas de su tiempo tenían veneración por Lorenzo. Eugenio IV se reunió con él en Bolonia y lo saludó con estas palabras: "¡Bienvenido, ornamento de los obispos!" Su sucesor, Nicolás V, le estimaba igualmente y, en 1451, reconoció en público su valer. Aquel mismo año, falleció Dominico Michelli, patriarca de Grado,* el Papa suprimió la sede de Castello y transfirió la de Grado a Venecia. Nombró a San Lorenzo como el nuevo patriarca.

* No hay más que un patriarca en occidente: el Papa, patriarca de la Iglesia occidental. El título de patriarca, que llevaba el antiguo metropolitano de Grado y el de Aquilea, se debió a un cisma ocurrido en el siglo sexto en el patriarcado metropolitano de la Iliria. En 1751, el título patriarcal de Grado se incluyó en el de Venecia, pero a San Lorenzo se le considera como el primer patriarca de Venecia. Este y otros patriarcas menores del oeste, son en la actualidad simples arzobispos con algunos honores adicionales.

El senado de la república, siempre celoso de sus prerrogativas y libertades, puso dificultades por temor a que su autoridad se viese invadida. Mientras el caso se discutía en el senado, San Lorenzo pidió una audiencia a la asamblea y, una vez ante ella, declaró su sincero deseo de renunciar a un cargo para el que no estaba dotado y el que había desempeñado durante dieciocho años contra su voluntad, antes que permitir un aumento a su carga por cualquier dignidad adicional. Su porte y su elocuencia impresionaron al senado de tal manera, que el "dogo" le pidió que no pensara en que se fuese a levantar un obstáculo a los decretos del Papa, y todo el senado apoyó al obispo.

Desde entonces, aceptó su nuevo cargo y toda su dignidad y, durante los pocos años que aún vivió, administró su puesto de tal manera, que acrecentó su fama de caritativo y bondadoso que se había ganado como obispo de Castello. Un ermitaño de Corfú, con gran renombre de adivino, aseguró a un noble veneciano que la ciudad de Venecia se había salvado de las calamidades que la amenazaban, gracias a las plegarias del patriarca. Un sobrino de éste, Bernardo Giustiniani, quien escribió la biografía del santo, narra diversos milagros y profecías de los que él mismo fue testigo.

San Lorenzo dejó algunos escritos ascéticos muy valiosos; tenía setenta y cuatro años cuando escribió su último trabajo, titulado "Los Grados de Perfección". Apenas le había puesto el punto final, cuando le atacó una aguda fiebre. Sus servidores se afanaron por prepararle un lecho cómodo y, al ver aquello, el humilde patriarca se sintió molesto. "¿Disponéis ese lecho de plumas para mí?", inquirió y, al recibir una respuesta afirmativa, exclamó: "¡No! Eso no debe ser así... Mi Señor fue recostado sobre un madero duro y basto. ¿No recordáis que San Martín, en sus últimos momentos, afirmó que un cristiano debe morir envuelto en telas burdas y sobre un lecho de cenizas?" Lorenzo no quiso ocupar la cama blanda y sólo accedió a tenderse sobre la paja. Durante los dos días que aún vivió después de recibir los santos óleos, la mayor parte de los ciudadanos llegaron por turno a su habitación, según la calidad de su alcurnia, a recibir su bendición. Insistió para que fuesen admitidos también los pobres y los mendigos; a cada grupo que entraba le hacía sus recomendaciones especiales. Al ver que el noble Marcelo, su joven discípulo favorito, lloraba amargamente, le dijo estas palabras proféticas: "Yo me voy antes, pero tú me seguirás pronto. En la próxima Pascua nos volveremos a ver". El joven Marcelo enfermó a principios de la Cuaresma y fue sepultado en la semana de Pascua. San Lorenzo murió el 8 de enero de 1455, pero su fiesta se celebra en este día, en el que recibió su consagración episcopal. Fue canonizado en 1690.

Bernardo Gustiniani, sobrino del santo, escribió una biografía en latín que se reprodujo en *Acta Sanctorum*, enero, vol. I, en el día ocho. Existe más material informativo en la obra de D. Rosa, *De B. Laurentii Justiniani vita, sanctitate et miraculis, testimoniorum centuria* (1914). También hay varias biografías en italiano, como la de Maffei (1819), la de Regazzi (1856), la de Cucito (1895), y la de La Fontaine (1928). Véase también DTC, vol. IX, cc. 10-11 y a Eubel, en *Hierarchia catholica medii aevi*, vol. II, pp. 130 y 290.

SAN BERTINO, Abad (*c.* 700 P.C.)

Este gran abad fue uno de los tres hombres jóvenes (los otros dos fueron San Momolino y San Bertrand) naturales del país de Coutances, enviados desde

la abadía de Luxeuil para ayudar a San Omer (Audomarus), cuando fue consagrado obispo de Thérouanne, centro de la comarca semi-pagana de los morini, en lo que ahora se conoce con el nombre de Pas-de-Calais. Ya desde antes, los morini habían recibido la semilla de la fe cristiana, aunque de una manera superficial e imperfecta, pero además, el campo había quedado abandonado durante casi un siglo, y ya no quedaba prácticamente nada de las primeras enseñanzas. Enormes fueron, pues, las fatigas, crueles las persecuciones y terribles los sufrimientos que aquellos santos hombres padecieron para arrancar de raíz el vicio y la idolatría y plantar la civilización en medio de aquel pueblo que, en realidad, era bárbaro; pero los misioneros, celosos e infatigables en palabra y obra, recogieron, a su debido tiempo, una abundante cosecha.

Los tres monjes edificaron su primer monasterio, una simple casa pequeña, sobre una colina baja a orillas del río Aa, donde ahora se encuentra la población de San Momolino. Aquella casa, con algunos agregados, se conoció posteriormente como el "Viejo Monasterio". Como el lugar era muy estrecho, una faja de terreno entre el río y los pantanos, pronto resultó insuficiente para dar cabida al gran número de aspirantes. Entonces, un convertido que se llamaba Ardwaldo, dio a San Omer algunas tierras, a unos siete kilómetros de distancia, pertenecientes al territorio de Sithiu, que el santo, a su vez, entregó a los misioneros con instrucciones para que evangelizaran la comarca vecina, la colonizaran y fundaran ahí un nuevo monasterio como centro de sus actividades. San Momolino quedó como abad en el "Viejo Monasterio" y, posteriormente, se trasladó al nuevo, en Sithiu. Pero a la muerte de San Gil, obispo de Noyon, Momolino fue elegido para ocupar la sede (alrededor del año 661) y San Bertino, a quien originalmente se había elegido para gobernar el primer establecimiento, aunque él rehusó el cargo porque era el más joven de los tres, fue nombrado abad de Sithiu.

Bajo su gobierno, la reputación de aquel monasterio (dedicado, primero, a San Pedro, y llamado después San Bertino) creció de tal manera, que llegó a igualar la fama del de Luxeuil. En un principio, las actividades del claustro avanzaron a la par con las obras de evangelización y civilización de los morini y su país, de manera que la abadía fue una agencia civilizadora de primer orden, característica de la actividad monástica en el occidente de Europa. Es probable que durante la vida de Bertino aquellos monjes siguiesen las reglas de San Columbano, a pesar de que al abad se le cuenta entre los santos benedictinos. La comarca misma ofrecía un aspecto triste y desalentador; aun hoy en día la costa yerma, baja, llena de dunas pantanosas, ofrece un panorama desolador y, hace mil doscientos años, debió ser aterradora. Los monjes tenían que bogar en un bote para trasladarse de la abadía de Vieux Moutier a la de Sithiu, y no es de extrañar que el emblema de las imágenes de San Bertino sea un botecillo a remos. Aquella población anfibia, medio salvaje y de dura cerviz, recibió de San Bertino y sus compañeros las nociones del Evangelio, las luces de los conocimientos y el espíritu de empresa y de energía que seca las tierras pantanosas y levanta diques sólidos, ciudades enormes y pueblos cristianos. Si bien es cierto que tuvo amargos contratiempos y desilusiones, a fin de cuentas, San Bertino experimentó la dicha y el consuelo de ver florecer en su monasterio muchos ilustres ejemplos de penitencia y santidad.

En el año 663, San Bertino y San Omer construyeron una iglesia dedicada a la Virgen María, sobre una colina cercana a Sithiu, que más tarde fue la catedral en la diócesis de San Omer. Después, Bertino consiguió algunas tierras en la región de Wormhout, cerca de Dunquerque, y fundó ahí otra casa que puso al cargo de San Winnoc, quien, con otros tres bretones, se había unido a la comunidad de Sithiu. Se ignora la fecha exacta en que murió San Bertino, pero se sabe que vivió hasta una edad muy avanzada. Sus restos fueron sepultados en la capilla de San Martín, en Sithiu.

En el quinto volumen de MGH., *Scriptores Morovingi*, W. Levinson discute muy cabalmente la importancia y la fecha de las diversas biografías de San Bertino. La más antigua (principios del siglo nueve) es indudablemente una parte de la obra que comprende tres biografías: la de San Bertino, la de San Omer y la de San Winnoc. Las diversas fuentes de información sobre el santo abad, su vida y su culto, se hallan coleccionadas en BHL., nn. 763 y de 1290-1298. Los textos más importantes se hallan impresos en *Acta Sanctorum*, sept. vol. II, con su correspondiente introducción. Véase a van den Essen en *Analecta pour servir a l'hist. ecclés. de Belgique*, vol. XXXII (1905), pp. 6-23. Las representaciones de San Bertino en el arte, han sido tratadas por Künstle en *Ikonographie*, vol. II, pp. 134-135.

BEATO RAIMUNDO o RAMON LULL, MÁRTIR (1316 P.C.)

ENTRE LOS pocos documentos verdaderamente humanos de los varios que se atribuyen a los hagiógrafos de los tiempos medievales, debemos dar un reconocimiento excepcional a la biografía contemporánea de Raimundo o Ramón Lull. Desconocemos el nombre del autor; ni siquiera sabemos si el texto latino o el catalán es el original; nos dicen que los hechos que se relatan fueron comunicados al autor por el propio personaje, a pedido de sus seguidores, pero no nos aclaran cuándo o cómo fueron registrados esos relatos. Sin embargo, ninguno de cuantos lean estas narraciones, dejarán de sentirse conmovidos e impresionados por la sinceridad, rayana en el candor, de sus revelaciones. Podemos decir que llegamos a ver el alma de los personajes que ahí actúan. A lo largo de todo el relato, asoma la generosidad inagotable y el indomable valor del carácter principal, que no deja de tener algo de extravagante. Es un verdadero Don Quijote el que se nos presenta, animado tan sólo por los propósitos más santos y desinteresados, pero que paga, desde el punto de vista humano, un precio despiadadamente alto por todas sus indiscreciones. Tiene la inquietud de un San Francisco Xavier o de un Carlos de Foucauld, pero sus energías no desembocan en hechos resonantes. Los grandes conceptos que llenaban su cerebro se presentaban claros y nítidos ante él y le ofrecían una visión tan espléndida, que corría hacia ella sin tomarse el tiempo de reflexionar. Los obstáculos que se interponían en su camino eran rebajados, cuando no aniquilados, por el fogoso entusiasmo de su energía.

Las limitaciones de este artículo no nos permiten ofrecer más que un brevísimo sumario de la extraña carrera de Raimundo. Nació en 1232. Al parecer, era el hijo de uno de aquellos jefes militares que, en el primer cuarto del siglo trece, lograron recuperar la isla de Mallorca de manos de sus conquistadores y expulsar de ella a los moros. Raimundo era rico, bien educado, con mucho talento y un gran entusiasmo para realizar sus sueños o sus fantásticos proyectos. Se casó muy joven, pero ni el abnegado amor de su esposa, ni el de sus dos hijos pequeños, una niña y un niño, le apartaron de sus descaradas

persecuciones a cualquier cara bonita que se atravesara en su camino. Una noche del año 1263, cuando Raimundo tenía treinta años, se ocupaba en escribir una apasionada misiva a su última conquista, cuando he aquí que repentinamente vio ante sus ojos la figura de Cristo crucificado. La visión fue momentánea pero nítida, y dejó tan profundamente impresionado al joven, que ya no pudo continuar la escritura ni pensar en su amada; se refugió en el lecho y sólo el sueño alivió su intranquilidad. Cinco veces se repitió aquella aparición en los momentos y circunstancias más inesperados y, entonces, el corazón de Raimundo se sintió tocado. En un hombre como aquél la conversión tenía que ser total y apasionada. Meditó en el sentido de aquella frase que dice: "no hay amor más grande que el de aquél que da su vida por lo que ama" y, en seguida, sus pensamientos volaron hacia los moros, con los que había convivido siempre, con la idea de conquistarlos para el servicio de Jesucristo. Ahí estaba una causa por la que valía la pena sacrificarlo todo, hasta la vida. Sin tardanza, partió Raimundo en peregrinación a Santiago de Compostela y a Rocamandour para implorar la gracia y la dirección divinas. Pero a fin de llegar a la renuncia total, se necesitaba una preparación sistemática. Ante todo, tomó las medidas necesarias para que nada les faltara a los que de él dependían y luego hizo la distribución del resto de su riqueza entre los pobres. Después de un período de reclusión y de plegaria, se propuso adquirir los conocimientos indispensables para la cruzada intelectual que pretendía emprender contra la filosofía y la religión musulmanas de Averroes y el Corán. Dedicó nueve años a la cabal adquisición del idioma y los conocimientos. Desde un principio, había visto la necesidad de establecer centros religiosos católicos para la formación de misioneros y aspirantes a participar en su campaña. Raimundo estaba convencido de que no había otra manera mejor de combatir una cultura extraña sobre la cual no sabía nada ningún teólogo europeo medianamente ilustrado. Pero, no obstante que poco después, en 1276, se hizo en Mallorca una fundación de esta naturaleza (el primer colegio misionero), confiada a los Frailes Menores, gracias a la ayuda del rey Jaime II, amigo de Raimundo, las esperanzas de éste no se realizaron.

Entre tanto, Raimundo proseguía sus estudios y escribía una obra tras otra. Una de ellas es una especie de novela espiritual y se titula "Blancuerna". En 1277, visitó Roma con la esperanza de conquistarse las simpatías del Papa para su proyecto. Diez años más tarde, estuvo en París y de ahí pasó a Génova, ya con miras a descubrir la oportunidad que le llevase al Africa para comenzar a predicar en Túnez. Sus angustias, sus dudas y sus resoluciones de aquellos momentos, están maravillosamente descritas en la "Biografía Contemporánea". Fue en Génova donde fracasó su intento para ingresar en la Orden de Predicadores y donde se ofreció a los franciscanos que le aceptaron como terciario. En 1292, se hallaba muy enfermo, pero sanó milagrosamente cuando le transportaban hacia un barco destinado al Africa. Realizó su sueño de predicar el Evangelio en las calles de Túnez, pero fue por poco tiempo, ya que fue detenido, encarcelado, maltratado y, a fin de cuentas, deportado a Nápoles. Desde ahí lanzó patéticos llamados al Papa Bonifacio VIII, en Roma, y a Clemente V, en Aviñón, a fin de obtener apoyo para su campaña, pero no obtuvo colaboración alguna. Se dirigió apresuradamente a Chipre, en la creencia de que el "khan" de Tártaro dominaba a los sarracenos de Siria y Palestina. Tenía la esperanza de aprovechar aquella oportunidad para su

propósito, pero ninguno de los sucesos que preveía llegó a realizarse y sufrió una nueva desilusión. Durante algún tiempo dio conferencias en París y después hizo un nuevo intento para predicar entre los moros y se embarcó hacia la ciudad de Bougie, en las costas de Argelia. Pero una vez más, después de muchas penurias, malos tratos y un cruel encarcelamiento, fue deportado y todavía naufragó el barco en que iba, frente a las costas de Italia. Sus nuevas apelaciones a la Santa Sede y al Concilio de Viena, en 1311, obtuvieron respuestas desalentadoras. Por segunda vez, se dedicó a dar conferencias en París y, con el tiempo, se las arregló para emprender un tercer viaje al Africa. En Bougie fue apedreado hasta que sus verdugos le creyeron muerto y le dejaron. Unos marineros genoveses le rescataron aún con vida, pero a bordo del barco que navegaba frente a las costas de Mallorca el 29 de junio de 1316, murió a consecuencia de las heridas.

No obstante que toda la existencia de Raimundo fue una serie no interrumpida de fracasos y desilusiones, su actividad literaria es increíblemente abundante. Se le atribuyen más de trescientos trece tratados diferentes, escritos la mayoría en latín o en catalán, aunque no son pocos los que fueron escritos en árabe. Algunas de sus obras han merecido una nota de censura teológica, aunque también, en algunos casos, es muy difícil determinar cuáles son sus composiciones auténticas. Casi todos sus escritos dan pruebas de una piedad tierna y sincera, pero a veces habla con bastante libertad sobre ciertos abusos que prevalecían en la Iglesia de aquel entonces. Los Frailes Menores celebran litúrgicamente la fiesta de Raimundo Lull. El Papa Pío XI habló de él en términos de alabanza en su carta encíclica *"Orientalium rerum"* (1928), pero sin darle el título de beato.

La bibliografía más completa y satisfactoria sobre el particular es la que ha recopilado Fr. E. Longpré, en DTC., vol. IX (1926), cc. 1072-1141. El material biográfico más importante se encuentra en el *Acta Sanctorum*, julio, vol. II; debe hacerse notar que en *Analecta Bollandiana*, vol. XLVIII (1930), pp. 130-178, se encuentra un texto revisado y con notas críticas, de la *Biografía Contemporánea.* Hay una buena traducción del texto en catalán publicada en inglés por E. Allison Peers, quien también publicó una biografía del beato en 1929. Las obras completas de Raimundo Lull fueron publicadas en España en 1948.

BEATO GENTIL, Mártir (1340 p.c.)

GENTIL NACIÓ a fines del siglo trece en Matelica, cerca de Ancona. Ingresó a la orden de los Frailes Menores y, después de haber hecho su profesión y de haber recibido la ordenación, fue enviado al convento del Monte Alvernia, donde fue el guardián. Las compañías y ejemplos en aquel lugar sirvieron de mucho a Gentil y le hicieron concebir un gran deseo por la soledad y el silencio; al mismo tiempo, le inflamaron los mismos anhelos que a San Francisco para ir a predicar el Evangelio en el oriente y las tierras del Islam. Al poco tiempo se le envió a Egipto, pero no obstante su empeño, comprendió que no podía hacer nada, puesto que desconocía el idioma árabe, y todos sus esfuerzos por aprenderlo fueron inútiles. Estaba a punto de regresar a Italia, pero entonces tuvo una visión o un sueño donde se le ordenaba quedarse y así lo hizo hasta que pudo dominar las dificultades. En la caravana de un embajador veneciano viajó hasta la corte de Persia. Mantuvo su amistad con aquel funcionario, que se llamaba Marco Comaro y viajó con él por toda la

Arabia. Durante una de sus jornadas, atendió solícitamente a Comaro en una grave enfermedad que padeció; al mismo tiempo, profetizó que su amigo llegaría a hacerse "dogo" de la República de Venecia. La amistad creció: visitaron juntos el santuario de Santa Catalina de Alejandría, en el desierto de Sinaí, gran centro de peregrinaciones cristianas, a pesar de su difícil acceso. Cierta vez, Gentil desapareció misteriosamente durante una semana y, al regresar, todos afirmaron que había sido milagrosamente transportado a Italia para asistir a los últimos momentos de su padre, de acuerdo con una promesa que le había hecho. De nuevo en Persia, comenzó a predicar en todo el país; por el norte llegó hasta Trebizonda, y se afirma que bautizó a muchos convertidos. Es seguro que le mataron por la causa de la fe, pero se desconocen las circunstancias de su martirio. Sus restos mortales fueron llevados a Europa por algunos venecianos, y se encuentran sepultados en la iglesia de los franciscanos en Venecia. El culto al beato Gentil fue aprobado por el Papa San Pío V.

Aparte de consultar a Wadding en *Annales*, debe verse también el *Leggendario Francescano*, vol. II, y vol. I, pp. 409-411. Asimismo véase *Missions franciscaines*, vol. III, p. 650, de Civezza Léon en *Auréole Séraphique*, vol. III, pp. 109-112.

6: SANTOS DONACIANO, LETO y Otros, Obispos y Mártires (*c.* 484 p.c.)

EN EL AÑO de 484, Hunerico, rey arriano de los vándalos, ordenó que todas las iglesias cristianas del Africa fuesen clausuradas y confiscados los bienes del clero para entregarlos al pueblo africano. Por mandato real, se congregaron los obispos en el palacio y entonces fueron conducidos lejos de la ciudad y se les ordenó que marcharan solos hacia el destierro. Frente a las puertas de la ciudad, el rey Hunerico se encontró con un grupo numeroso de cristianos que habían acudido a protestar por la injusticia. "¡Aplástenlos con los caballos!", dijo a los guardias montados que le seguían; esa fue toda la respuesta que dio a los quejosos. Ahí mismo Donaciano y otros cuatro obispos de la provincia de Bisaseno, fueron brutalmente golpeados y, en estado lamentable, se les condujo al desierto, donde quedaron abandonados para morir de hambre y sed. San Leto, obispo de la Leptis menor, a quien el Martirologio Romano llama "un hombre celoso y muy sabio", y que se había ganado la enemistad de Hunerico por su enérgica oposición al arrianismo, fue encerrado en un calabozo estrecho, oscuro y pestilente, del cual lo sacaron al cabo de dos meses para quemarlo vivo. Estos fueron unos de los primeros mártires de la persecución. La fiesta de estos mártires con el nombre de San Leto a la cabeza, se celebra entre los canónigos regulares de Letrán.

Ver el *Acta Sanctorum*, sept., vol. II, donde se hace referencia a la *Historia persecutionis provinciae Africanae*, de Víctor di Vita, pero es difícil identificar los nombres puestos en el martirologio.

SAN ELEUTERIO, Abad (Siglo VI)

EN LOS "Diálogos" de San Gregorio, se menciona varias veces a "ese santo

varón, el buen padre Eleuterio", y se dan crónicas sobre ciertos milagros obrados por él, según afirman sus monjes. Era abad del monasterio de San Marco, cerca de Spoleto. Cierta vez, que estaba en un convento de monjas, se llegó a él una de las hermanas para pedirle que se hiciera cargo de un niño a quien los malos espíritus perturbaban todas las noches. Eleuterio accedió, y durante algún tiempo nada volvió a ocurrirle al niño, de manera que se dijo para su coleto: "El diablo les ha jugado una mala pasada a las hermanas; pero ahora, cuando tiene que vérselas con verdaderos siervos de Dios, no se atreve a molestar al niño". Como una rápida contestación del cielo a aquellos pensamientos vanidosos, el niño sufrió un violento ataque. Eleuterio se sintió arrepentido, confesó sus culpables pensamientos a sus hermanos y les hizo esta proposición: "Que ninguno de nosotros vuelva a probar bocado hasta que el niño quede desposeído". Todos aceptaron la penitencia y no cesaron de orar hasta que el niño quedó curado.

Un Sábado Santo, San Gregorio estaba enfermo y no podía ayunar por lo que, según nos dice, se hallaba muy conturbado. "Al descubrir que en aquella sagrada vigilia, en la que no sólo los adultos sino hasta los niños ayunan, yo no podía hacerlo, sentí mayores penas por esa abstención que por mi mal". De manera que fue a pedirle a Eleuterio que orase por él a fin de que pudiera unirse al pueblo en la penitencia. Por virtud de aquellas plegarias, San Gregorio pudo ayunar sin malestares. San Eleuterio vivió durante muchos años en el monasterio de San Gregorio en Roma y ahí murió.

Nada más que lo anotado sabemos sobre Eleuterio, y eso es todo lo que nos dice San Gregorio en sus *Diálogos*, sobre todo en el libro 3, capítulo 33; la historia se discute por los bolandistas en *Acta Sanctorum* sept. vol. II.

SANTA BEGA o BEE, VIRGEN (Siglo VII)

EN EL cuarto libro de su *Ecclesiastical History*, San Beda el Venerable se refiere a Santa Heiu que, según él, está considerada como la primera mujer que se hizo monja en Nortumbría y que fundó un monasterio en Hartlepool. Esta abadía quedó a cargo de Santa Hilda, y Heiu se fue a vivir a Tadcaster. Poco más adelante, el Venerable hace mención de Santa Bega y nos dice que, después de haber sido religiosa durante más de treinta años en el convento de Hackness, tuvo una visión del alma de Hilda, la fundadora, que ascendía al cielo. Santa Bega (Begh o Bee) ha sido identificada por Leland y los bolandistas como aquella privilegiada mujer; la identificación no ha sido confirmada, pero tampoco desvirtuada. Bega es la heroína de una leyenda donde aparece como hija de un rey irlandés, desposada desde su niñez con un hijo del rey de Noruega. Pero la doncella había consagrado su virginidad a Jesucristo y un ángel se le había aparecido para entregarle un brazalete marcado con una cruz, como señal del desposorio. El día anterior al de la ceremonia de su entrega al príncipe noruego, mientras éste y el rey de Irlanda charlaban en el salón, Bega recurrió a los poderes celestiales del brazalete, escapó de palacio sin ser vista y, sentada sobre un trozo de tierra cubierto de césped, atravesó el mar y llegó, sana y salva a la costa de Cumberland. Durante algún tiempo vivió ahí como una anacoreta, y las gaviotas, ánades y albatros, le llevaban lo necesario para su sustento. Los hombres fueron menos misericordiosos que las aves y, cuando algunos descubrieron el escondite de la princesa, comenzaron

a rondarla y a acecharla con perversas intenciones, hasta que el rey de Nortumbría, San Oswaldo, le mandó avisar que se cuidase y que, para salvaguardia de su virtud, le aconsejaba que se hiciese monja. La doncella atendió el consejo y tomó el velo de manos de San Aidán (Beda dice que fue este santo quien consagró a Heiu como religiosa) y estableció un monasterio en Saint Bees (Copeland) que, en fechas posteriores, se convirtió en una célula de la abadía benedictina de Saint Mary, en York.

A pesar de lo fabuloso de esta leyenda de Santa Bega, no hay duda de que la santa existió ni de que fue muy venerada en Nortumbría. El promontorio donde vivió en soledad, lleva todavía su nombre, Saint Bee's Head, y se sabe que fue protectora de los pobladores del lugar, siempre oprimidos por sus señores feudales y amenazados por las incursiones de los escoceses. Las gentes del país han llegado a afirmar que tienen en su posesión el auténtico brazalete maravilloso de Santa Bega, al que atesoran lo mismo que a las historias referentes a los actos de devoción y piedad por los pobres y afligidos que la santa practicó en vida y de cómo ella misma cocinaba, lavaba y remendaba para los trabajadores que construyeron su monasterio. Santa Bega fue venerada en Escocia y en Noruega; posiblemente se la pueda identificar con aquella "Becga, virgen, hija de Gabhsan", a quien se menciona en el Martirologio de Tallaght el 10 de febrero. Su fiesta se celebra en la diócesis de Lancaster.

Es muy difícil establecer la verdad donde no hay ninguna garantía sobre la autenticidad de las fuentes de información. Toda la leyenda de Santa Bega depende de un sólo documento manuscrito al que Hardy, en su *Descriptive Catalogue*, I, p. 223, establece en el siglo doce. Las lecciones en el Breviario de Aberdeen apoyan esa historia. Ver a KSS., p. 278 y el *Acta Sanctorum*, sept. vol. II. C. Plummer, especializado en tradiciones irlandesas y anglo-sajonas dice que la Begu de Beda "no debe confundirse, como suele hacerse, con Heiu o con la fabulosa santa irlandesa Bega, cuyo nombre se conserva en Santa Bee". En *Lives of the English Saints*, Faber relata con gracia y buen estilo la leyenda de Santa Bega y cita una "stanza" del poeta Wordsworth sobre el promontorio de Santa Bee. El texto en latín del manuscrito fue traducido por C. Tomlinson y publicado por él mismo en los *Carlisle Historical Tracts*.

SAN BELTRAN DE GARRIGUES (*c.* 1230 P.C.)

A FINES DEL siglo doce y principios del trece, el sur de Francia era asolado por la herejía y las guerras civiles. Los albigenses, apoyados por la nobleza, ofrecían ante el pueblo el aspecto de una vida de virtuosa austeridad para algunos y de licencia desenfrenada para muchos; éste era el partido que dominaba casi por completo la situación. Los católicos, por su parte, reducidos a la impotencia por la frialdad general y la descomposición moral, se atrevieron a tomar las armas contra los herejes y el desafío fue aceptado. En aquel ambiente confuso y perturbado creció y se educó Beltrán, natural de Garrigues, en la diócesis de Nimes; pero sus padres habían tenido buen cuidado de introducir en su corazón la semilla de la verdadera fe y eso bastó para que el joven evitara los peligros de la herejía que surgían por todas partes a su alrededor. En el año de 1200, el albigense Raimundo IV de Toulouse marchó a través del Languedoc con el propósito de arrasar los monasterios ortodoxos, especialmente los del Cister, centros oficiales de las misiones contra los herejes. Se asegura que en aquella ocasión, el convento de Bouchet se salvó de la destrucción, gracias al ingenio del hermano encargado de cuidar las abejas que, al ver llegar

a los herejes, derribó los panales, y los enjambres se lanzaron contra los soldados para hacerles huír más que de prisa. Por aquel entonces, Beltrán había recibido la ordenación sacerdotal y se había unido, como predicador, a la misión del Cister. En 1208, Pedro de Castelnau, delegado cistercense, fue brutalmente asesinado y, en consecuencia, Simón de Montfort emprendió su violenta cruzada contra los albigenses. En aquellos momentos, Beltrán se encontró con Santo Domingo, quien se esforzaba por remediar con la plegaria y la predicación del bien los estragos que hacía su amigo Simón de Montfort con la espada.

En el año de 1215, Beltrán formó parte del grupo de seis predicadores reunidos en torno a Santo Domingo, grupo éste del que surgió la gran Orden de Predicadores. Para el año siguiente, su número habia aumentado a dieciséis "excelentes predicadores de nombre y de hecho", los mismos que se reunieron en Prouille para redactar una regla y un plan de vida en su nueva sociedad. Después de un año de vida en común en el priorato de Toulouse, el fundador dio su famoso golpe de suerte al ordenar la dispersión de sus religiosos; Beltrán fue enviado a París con fray Mateo de Francia y otros cinco frailes. Estos hicieron una fundación cerca de la Universidad, pero no por ello permaneció Beltrán largo tiempo en París, puesto que Santo Domingo le llamó a Roma y de ahí le envió, junto con fray Juan de Navarra, a establecer la orden en Bolonia. A pesar de que fue el Beato Reinaldo de Orleans el amigo que mayor influencia ejerció sobre Beltrán, los primeros escritores dominicos se refieren a éste como al muy amado compañero de Santo Domingo, su socio favorito en el trabajo, el campañero de sus jornadas, sus plegarias y su santidad. En 1219, le acompañó en la única visita que Santo Domingo hizo a París. Ambos partieron de Toulouse e hicieron un rodeo para pasar por el santuario de Rocamandour. Por cierto que aquel viaje estuvo lleno de maravillas, como la comprensión de la lengua alemana sin haberla aprendido nunca y el permanecer secos bajo una lluvia torrencial.

En el segundo capítulo general, que tuvo lugar en Bolonia en 1221, la orden dominicana quedó dividida en ocho provincias y Beltrán fue nombrado prior provincial en Provenza. Los nueve años que todavía vivió fueron dedicados a una predicación enérgica y elocuente por todo el sur de Francia, donde amplió enormemente las actividades de su orden y fundó el gran priorato de Marsella. Hay una anécdota donde se relata que, en cierta ocasión, un tal fray Benedicto preguntó a Beltrán por qué celebraba tan rara vez misas de requiem. "Estamos seguros de que las buenas almas se han salvado", repuso; "pero nuestro propio fin y el de otros pecadores no es muy seguro". Fray Benedicto insistió: "Está bien; pero supongamos que te encuentras con dos mendigos, uno fuerte y sano, el otro inválido. ¿Por cuál de los dos sentirás mayor compasión?". "Por el que menos pueda hacer por sí mismo". "Así es. Los muertos nada pueden hacer por sí mismos; no tienen boca para hablar ni manos para trabajar; en cambio, los pecadores vivos pueden hablar, moverse y ciudar de sí mismos". Beltrán no quedó muy convencido por aquella argumentación y, si bien ofició más a menudo las misas de difuntos, fue por motivo de una visión o un sueño en el que vio la partida de un alma al cielo, lo que le perturbó en extremo. El beato Beltrán murió en la abadía de Bouchet, cerca de Orange, alrededor del año 1230; su culto fue confirmado en 1881. "Por sus vigilias, sus ayunos y otras penitencias a las que se entregaba", escribio fray Bernardo Guidonis, "consiguió asemejarse a nuestro amado padre

a tal extremo que, al verle pasar, uno se decía para sus adentros: En verdad que el discípulo se parece a su maestro; allá va la imagen de nuestro bendito Domingo."

Los bolandistas nos dan un relato muy completo sobre el Beato Beltrán en el *Acta Sanctorum*, oct., vol. XIII, pp. 136-145 y 919-921. A pesar de que no había una biografía antigua del beato que los bolandistas pudieran usar, extrajeron todos los datos posibles de la *Vitae Fratrum* de Gerardo de Fracheto y otros cronistas dominicos; pero como complemento a su primer relato, agregaron muchos detalles tomados de los documentos que se sometieron a la Congregación de Ritos en el proceso para la confirmación del culto. Ver también la serie de notas de J. P. Isnard en el *Bulletin de la Société arch. de la Drôme*, de 1870 a 1872; y a Procter, en *Dominican Saints*, pp. 253-256 y la bibliografía de Taurisano, en *Catalogus hagiographicus O.P.*, p. 9.

BEATO LIBERATO DE LORO (¿1258? P.C.)

EL CULTO a este beato fue aprobado por el Papa Pío IX en 1868, pero su historia es muy oscura. Se dice que perteneció a una familia noble de Brunforte, que se unió a la orden de Frailes Menores, donde llevó la vida solitaria y contemplativa de un ermitaño.

También se supone que estuvo asociado con el Beato Humilis y con el Beato Pacificus en un proyecto para la estricta observancia; pero el intento de identificarlo con el fraile anónimo de Soffiano que tuvo una visión de Nuestra Señora (ver las "Florecillas" caps. 46-47) no esta libre de dificultades.

En el *Acta Sanctorum*, agosto, vol. V se discute a Liberato junto con Humilis y Pacificus. Ver también *Cenni storici sul b. Liberato da Loro* (1896) de Salbid, así como la *Analecta Bollandiana*, vol. XVII, p. 381. También hay un relato en la obra de Léon *Auréole Séraphique*, vol. III, pp. 431-432. Hay un interesante comentario de Paul Sebatier en *Actus beati Francisci* (1902), p. 195 y las notas de la p. 215.

7: SANTA REGINA o REINA, VIRGEN Y MÁRTIR (Fecha Desconocida)

NO CONOCEMOS la verdadera historia de Santa Regina, a la que menciona el Martirologio Romano como una virgen martirizada en el territorio de Autun. Las leyendas francesas nos la presentan como la hija de Clemente, un ciudadano pagano de Alise, en Borgoña. Su madre murió al darla a luz, y la niña fue entregada a una nodriza que era cristiana y educó a la criatura en la fe. Cuando Clemente descubrió eso, se negó a recibir a su hija en la casa y, por consiguiente, Regina regresó a vivir con su nodriza y se ganó el pan en el trabajo de pastora. Su belleza atrajo las miradas del prefecto Olybrius, quien, al saber que era de noble linaje, quiso casarse con ella. Regina se negó a aceptarlo y no quiso atender los discursos de su padre, quien trataba de convencerla para que se casara con un hombre tan rico. Ante la obstinación de la muchacha, el autor de sus días decidió encerrarla en un calabozo y, como pasaba el tiempo sin que Regina cediese, Olybrius desahogó su cólera haciendo azotar a la joven y sometiéndola a otros tormentos. Una de aquellas noches, recibió en su calabozo el consuelo de una visión de la cruz al tiempo que una voz le decía que su liberación estaba próxima. Al otro día, Olybrius ordenó

que fuera torturada de nuevo y que fuera decapitada después. En el momento de la ejecución, apareció una paloma blanquísima que causó la conversión de muchos. Este episodio invita a la comparación con la historia de Santa Margarita el 20 de julio.

A pesar de que no podemos confiar en lo que pretende ser la *pasión* de Santa Regina (impresa en el *Acta Sanctorum* sept., vol. III) su culto tiene que haber sido antiguo, puesto que el nombre de la santa figura en el *Hieronymianum*. En tiempos recientes se descubrió que hubo una basílica dedicada a ella en Alise. Para eso, ver a J. Toutain, en *Bulletin archéologique des Travaux historiques* (1914), pp. 365-387. La leyenda se relata con lujo de detalles y algunas ilustraciones en el libro de F. Gringnard, *La Vie de S. Reine d'Alise* (1881).

SAN SOZONTE, MÁRTIR (Fecha Desconocida)

LA QUE SIGUE es la leyenda de aquel joven pastor de Cilicia que originalmente se llamó Tarasio y en el bautismo tomó el nombre de Sozonte. Cierta vez, mientras dormía bajo un árbol, se le apareció Nuestro Señor Jesucristo y le dijo que dejara sus rebaños y le siguiera a la muerte. Tan pronto como Sozonte despertó, abandonó sus ovejas y se fue de prisa a la ciudad más próxima, la de Pompeyópolis, donde se encontró con que se celebraba un desenfrenado festival pagano. Se encaminó directamente al interior del templo de la deidad y, con un recio golpe de su cayado, derribó la imagen dorada. En la caída se le rompió un brazo a la estatua; Sozonte recogió los fragmentos y los distribuyó, como limosnas, entre los pobres que presenciaban la escena. Por aquellos actos, no sólo fue detenido Sozonte, sino muchas otras gentes, acusadas de complicidad. Pero el joven pastor entró al tribunal e interpeló al magistrado para jurarle que no había otro culpable más que él. El juez dejó ir a los demás y al pastorcillo le ofreció el perdón y la libertad, si adoraba al dios cuya estatua había mutilado, pero Sozonte se rió ante la idea de adorar a un dios que podía hacerse añicos con un golpe de su cayado. Entonces se encajaron agudos clavos en las suelas de sus sandalias, se las calzaron y así se le hizo andar por largo tiempo. Cuando en su doloroso recorrido Sozonte pasó ante el magistrado, se detuvo un instante, señaló sus pies bañados en sangre y le dijo: "Tengo unas sandalias rojas más finas que las tuyas". "Eres valiente, repuso el magistrado. Si tocas el caramillo en honor de los dioses, te dejaré libre". Pero, Sozonte rehusó y dijo que a menudo había tocado el caramillo para sus ovejas y que no volvería a tocarlo más que para Dios. Por lo tanto, el gobernador se vio obligado a condenarlo a morir en la hoguera. Se cumplió la sentencia al amparo de las sombras de la noche. Los cristianos se acercaron al lugar para recoger los huesos calcinados y darles honrosa sepultura.

Los dos textos escritos en griego conservan las supuestas *actas* del mártir. Uno de ellos fue editado en *Acta Sanctorum*, sept. vol. III, el otro en el vol. CXV del Migne, PG.

SAN JUAN DE NICOMEDIA, MÁRTIR (303 P.C.)

CUANDO EL EDICTO del emperador Diocleciano contra los cristianos se publicó en Nicomedia, un "hombre de alta dignidad secular", convertido al cristianismo, tomó el edicto y públicamente lo hizo pedazos, por lo que en seguida fue condenado a muerte. Se ignora el nombre de aquel funcionario, pero su me-

moria se venera en la Iglesia de occidente, donde se le ha dado el nombre de Juan. El Martirologio Romano dice que, "al ver los crueles decretos contra los cristianos, desplegados y exhibidos en el foro, se sintió inflamado por el celo de su fe y, por eso, los desgarró con sus propias manos. El emperador Diocleciano, que se hallaba en la ciudad, se enteró del suceso y mandó que se le infligieran al ofensor toda suerte de sufrimientos. Así, aquel noble romano padeció las torturas más brutales con valor y dignidad, como si no le hicieran mucho daño". El 24 de febrero de 303, fue quemado en vida, según Lactancio. El desconocido al que llama Juan ha sido, a veces, identificado con San Jorge, el protector de Inglaterra. Los sirios le llaman Euhtis (Euetios) y lo celebran el 24 de febrero.

Eusebio en su *Ecclesiastical History* (lib. VIII cap. 5) y también Lactancio se refieren al acontecimiento de su martirio, a pesar de que no le dan ningún nombre. Los citados pasajes se hallan reproducidos y comentados en el *Acta Sanctorum*, sept., vol. III. Ahí le dan el nombre de Juan y su fiesta se señala para este día en el llamado *Parvum Romanum*. Ver a Quentin, *Martyrologes historiques*, p. 439.

SAN ANASTASIO EL BATANERO, MÁRTIR (¿304? P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano se refiere en el día de hoy a la pasión de "el Santo Anastasio, el mártir de Aquilea", a pesar de que el martirio indicado no ocurrió en la fecha que se menciona ni en la ciudad de Aquilea. Al parecer, el "vij Idus Septembris" fue copiado como "vij Kalendas Septembris", es decir el 26 de agosto, fecha que se da en los antiguos martirologios y en la que se celebra todavía su fiesta en Spalato. De acuerdo con sus dudosas "actas", Anastasio nació en Aquilea en una noble y acaudalada familia, pero al recordar las palabras de los apóstoles a los habitantes de Tesalónica, en el sentido de que "debemos ocuparnos de nuestros asuntos y hacer las cosas con nuestras propias manos", aprendió el oficio de batanero y lo practicó en Salona (Split), en Dalmacia. Durante la persecución de Diocleciano, no hizo el menor intento de ocultar su fe, sino que, por el contrario, pintó una gran cruz sobre su puerta. Naturalmente, no tardó en ser detenido y llevado ante el gobernador. Permaneció sereno y firme en sus convicciones, por lo que fue arrojado al mar con una piedra atada al cuello. Asclepia, una matrona de la ciudad, prometió dar la libertad a todos sus esclavos si recuperaban el cuerpo del mártir. Los esclavos lo encontraron casualmente en la choza de unos negros que lo habían recogido del mar. Los moradores de la choza no querían entregar el cadáver y los esclavos los asustaron diciéndoles que iban a acusarles de haber matado al hombre blanco, y así recuperaron el cuerpo y lo llevaron en triunfo a la casa de su ama. Asclepia le dio sepultura honorable en su jardín que, más tarde, se convirtió en un cementerio cristiano con su basílica.

San Anastasio, mártir de Salona, citado en el Martilologio Romano el 21 de agosto, es una invención de los hagiógrafos, aunque se han hecho intentos para identificarlo con San Anastasio el Batanero; se trata de identificarlo con un oficial convertido a quien se menciona en la pasión de San Agapito (18 de agosto).

Es indudable que hubo confusión y lo más probable es que las actas (que figuran en *Acta Sanctorum*, sept. vol. III) sean ficticias; en cambio tenemos buenas pruebas de que hubo un verdadero mártir Anastasio, quien, probablemente, era batanero y al que se

honró en Salona. Su día, como la indica el *Hieronymianum* es el 26 de agosto. Sólo podemos decir que este santo tiene dos distintos días de fiesta y dos historias diferentes. Ver CMH., pp. 467-468, 492 y las referencias finales.

SAN CLODOALDO (*c.* 560 P.C.)

A LA MUERTE de Clovis, rey de los francos, en el año 511, el reino se dividió entre sus cuatro hijos, de los cuales el segundo era Clodomiro. Trece años más tarde, éste pereció en una lucha contra su primo Gondomar, rey de Borgoña (el monarca que había asesinado anteriormente a San Segismundo de Borgoña, llamado mártir en el Martirologio Romano), el que dejó tres hijos para que compartieran sus dominios. El más joven de estos hijos de Clodomiro era San Clodoaldo, un nombre que en francés se pronuncia Cloud y hay una ciudad grande llamada Saint-Cloud, cerca de Versalles. Los tres niños crecieron bajo los cuidados de su abuela, Santa Clotilde, la viuda del rey Clovis, quien les dedicó toda su ternura y solicitud en su casa de París, mientras el reino era administrado por su tío Childeberto. Cuando Clodoaldo tenía ocho años, su tío fraguó una conspiración, junto con su hermano menor, Clotario de Soissons, para deshacerse de los tres príncipes a fin de quedarse con el reino. Un pariente de Childeberto fue enviado a la casa de Clotilde para exigirle que eligiera entre la alternativa de que sus hijos fueran asesinados, o bien recluídos para siempre en algún monasterio. El mensajero desvirtuó de tal manera la respuesta de la angustiada reina, que ésta apareció como si hubiese elegido la muerte de sus hijos, por lo que, sin pérdida de tiempo, Clotario cogió al mayor, Teobaldo y lo apuñaló. El segundo príncipe, Gunther, huyó aterrorizado a buscar refugio junto a su tío Childeberto, quien se hallaba temblando de miedo, conmovido por la brutal matanza y trató de protegerlo. Pero Clotario, ajeno a todo sentimiento de piedad, arrancó al niño de los brazos de Childeberto y lo mató también. El único que escapó fue Clodoaldo, que fue llevado a toda prisa lo más lejos posible para que viviese oculto en Provenza.

Childeberto y Clotario compartieron el fruto de su espantoso crimen, y Clodoaldo no hizo ningún intento para recuperar el reino cuando llegó a la mayoría de edad. Ya había visto bastante de lo que era la política para despreciarla, lo mismo que las vanaglorias del mundo y, voluntariamente, se retiró desde muy joven a la celda de un ermitaño. Al cabo de algún tiempo de vida solitaria, se puso bajo la dirección y la disciplina de San Severino, un eremita que vivía cerca de París; después pasó a Nogent, en las riberas del Sena, donde construyó su ermita en el lugar donde ahora se encuentra la ciudad de Saint-Cloud. El santo no se dio tregua en la tarea de instruir a las gentes de toda la comarca circunvecina y terminó sus días en Nogent, alrededor del 560, cuando no tenía más de treinta y seis años de edad. Por un juego de palabras en su nombre, puesto que Cloud se pronuncia igual que "clou", que significa clavo, al santo se le venera en Francia como patrón de los fabricantes de clavos.

Disgustado, con toda razón, por la monstruosa brutalidad de la política merovingia, ilustrada por el asesinato de los hijos de Clodomiro, Alban Butler agrega la siguiente reflexión de Pico della Mirandola, un humanista del siglo quince:

"Algunos piensan que la mayor felicidad de un hombre en este mundo es gozar de las dignidades y poderes y vivir entre las riquezas y esplendores de una corte. Vosotros sabéis que ya he tenido mi parte de todo esto; pero os aseguro que mi alma ya no puede encontrar verdadera satisfacción más que en el retiro y la contemplación. Estoy convencido de que si los césares pudiesen hablar desde sus tumbas, declararían que Pico es más feliz en su soledad que ellos lo fueron en el gobierno del mundo; y si los muertos pudiesen volver a la vida, eligirían los dolores de una segunda muerte antes que arriesgar su salvación de nuevo en los puestos públicos".

Hay una biografía, editada con notas críticas por B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. II, pp. 350-357, la misma que, en fecha anterior editó Mabillon con los bolandistas. Pero como esa biografía admite que su nacimiento no se remonta más allá del siglo nueve, los datos proporcionados por San Gregorio de Tours y reproducidos en *Acta Sanctorum* son más dignos de crédito. El libro *Saint Cloud: prince, moine, prêtre* (1922) de J. Legrand, es una historia muy agradablemente escrita y con todos los datos necesarios.

SANTOS ALCMUNDO Y TILBERTO, OBISPOS DE HEXHAM (781 y 789 P.C.)

NO SE CONOCEN detalles sobre las vidas de estos dos obispos que ocuparon la sede de Hexham en el séptimo y octavo lugar, respectivamente. San Alcmundo sucedió a San Fritheberto en el año 767 y, a su muerte fue enterrado junto a San Acca en el cementerio del atrio de la catedral. Las devastadoras incursiones de los daneses borraron hasta el último vestigio de su tumba, pero se dice que hacia el año 1032, el santo obispo se apareció a un piadoso ciudadano de Hexham y le indicó dónde yacían sus restos. La aparición pidió que se comunicara al sacristán de la iglesia de Durham su deseo de que los despojos mortales fuesen trasladados a una sepultura más honorable, dentro de los terrenos de la catedral. Todo sucedió de acuerdo a las solicitudes de la aparición. La tradición dice que durante el traslado, un monje de Durham, llamado Alured, sustrajo uno de los huesos de Alcmundo para llevarlo a su propia iglesia, pero entonces, el ataúd se tornó tan pesado que nadie pudo moverlo hasta que el monje devolvió la reliquia robada. Alban Butler une a San Tilberto con San Alcmundo en este día, pero el cronista Simeón de Durham registró la fecha de su muerte el 2 de octubre. En el año de 1154, las reliquias de los seis santos que figuraban entre los primeros doce obispos de Hexham (que en aquellas fechas dejó de existir como obispado), fueron reunidas en un santuario común. Por fin, en el año de 1296, durante las incursiones de los escoceses, los restos fueron exhumados y dispersos para que desapareciesen por completo.

Para los detalles históricos, consúltese la obra de James Raine, *The Priory of Hexham* (1864-65). Ahí, lo mismo que en *Acta Sanctorum*, sept. vol. III, se citan párrafos de Simeón de Durham. Parece que no hubo nunca un culto litúrgico por esos santos.

BEATOS MARCOS, ESTEBAN y MELCHOR, MÁRTIRES (1619 P.C.)

EL CANÓNIGO Marcos Crispín (Körösy) pertenecía a una familia distinguida de Croacia. Después de terminar sus estudios en el Colegio Germánico de Roma, regresó a su país para desarrollar sus labores sacerdotales y, bajo el

gobierno del arzobispo Pazmany, primado de Hungría, desempeñó tareas muy importantes en la arquidiócesis de Esztergom. Los otros dos mártires eran sacerdotes de la Compañía de Jesús: Esteban Poncracz, húngaro por nacimiento, y Melchor Crodecz, que era checo. En 1619, cuando los tres sacerdotes estaban empeñados en sus trabajos apostólicos y de educación en la región de Kaschau o Kassa (ahora la ciudad de Kosice en Eslovaquia), un grupo de soldados al mando de Jorge Racoczy y por instigación del dirigente calvinista Belén Gsbor, invadieron el distrito, se apoderaron de los tres sacerdotes, que tenían gran influencia entre la población, los torturaron durante toda la noche y luego los mataron con lujo de crueldad y de barbarie. Estos mártires fueron beatificados en 1905.

Ver a Schmidl en su *Historia Provinciae Bohemicae S.J.*, vol. III, pp. 193 y ss.; *Etudes*, vol. CIV (1905), pp. 5-27; a N. Angelini, en *I beati Canonico Marco Stefano Crisino...* (1904); y H. Leclerq, en *Les Martyrs*, vol. VIII, pp. 338-352.

BEATOS JUAN DUCKET y RAFAEL CORBY, MÁRTIRES (1644 P.C.)

LA FAMILIA Ducket, del norte de Inglaterra, ya había dado un mártir a la Iglesia en la persona del Beato Jaime Ducket (19 de abril). Este mártir tenía un hijo que llegó a ser prior de los Cartujos ingleses de Nieuport, en Flandes; no se sabe con certeza si James Ducket, el padre del Beato Juan, era hermano del prior, pero de todas maneras, el parentesco entre el Beato Juan y el Beato Jaime era muy próximo. Juan nació en la localidad de Underwinter, en la parroquia de Sedbergh, en la porción occidental de Yorkshire, en 1613. Estudió en el Colegio Inglés de Douai y ahí fue ordenado sacerdote en 1639. Después estudió durante tres años en París, donde fueron motivo de comentarios su gran piedad y las horas largas que dedicaba a la plegaria; entre sus compañeros, corrían rumores de que estaba dotado de altos dones para la contemplación. Cuando al fin se decidió enviarlo a la misión de Inglaterra, pasó dos meses retirado en el convento de los cartujos, en Nieuport, en preparación para la tarea, bajo la guía de un tal padre Ducket que, al decir del obispo Challoner, era su pariente, pero sin especificar en qué grado. Después de haber ejercido su ministerio durante unos doce meses en el condado palatino de Durham, fue detenido cuando iba a bautizar a dos niños, el 2 de julio de 1644, junto con dos laicos. Una comisión parlamentaria en Sunderland, se encargó de examinar a Ducket, quien rehusó admitir que era sacerdote y exigió que se le dieran pruebas de la acusación. Los santos óleos y el ritual que se le encontraron encima eran pruebas más que suficientes, pero los investigadores necesitaban una confesión personal, de manera que pusieron en el cepo al reo y amenazaron con torturarlo si no admitía su culpa. Cuando Ducket supo que se interrogaba a los dos civiles detenidos junto con él y que se hacían investigaciones entre sus amigos y parientes, decidió salvarlos de posibles complicaciones y, por lo tanto, confesó su sacerdocio. Inmediatamente fue enviado a Londres, junto con el padre Corby de la Compañía de Jesús, quien había sido aprehendido mientras celebraba la misa en Hamsterley Hall, cerca de Newcastle.

El padre Rafael Corby (o Carbington) pertenecía a una buena familia de Durham, aunque había nacido en Maynooth, en 1598. Cuando tenía cinco

años, sus padres regresaron a Inglaterra y, luego de soportar años de persecución, cada uno de los miembros de la familia entró en religión. El padre de familia, Gerardo Corbington, fue un ayudante temporal de los jesuitas. Logró reconciliar con la Iglesia a su propio padre cuando casi llegaba a los cien años de edad. La madre, Isabel Richardson, murió en el convento de Gante, y dos de las hijas ingresaron a la orden benedictina en Bruselas, mientras que otros dos hermanos de Rafael fueron, como éste, jesuitas. Rafael se unió a la Compañía de Jesús, en Watten, en Flandes, y en 1632 regresó a la misión de Inglaterra, donde ejerció su ministerio durante doce años con infatigable celo entre los dispersos y atemorizados fieles del condado de Durham. El obispo Challoner nos dice que "todos le amaban como a un padre y le veneraban como a un apóstol".

Los dos sacerdotes presos, al llegar a Londres, fueron encerrados en Newgate para esperar la sesión de los tribunales en el mes de septiembre. No había ninguna duda sobre el resultado del proceso, y los jesuitas ingleses en el extranjero se afanaban febrilmente, de acuerdo con el encargado de negocios de Alemania en Londres, para obtener la libertad del padre Corby a cambio de la libertad de un coronel escocés que se hallaba preso en Alemania, por orden del emperador. Cuando parecía que las cosas iban a arreglarse, el padre Corby ofreció ceder su lugar al señor Ducket; pero éste repuso: "Vuestra liberación ha sido procurada y arreglada por vuestros amigos. Sois vos quien debéis aceptarla". Corby protestó y alegó que el señor Ducket era más joven y estaba mejor calificado para el servicio en la misión que él mismo. Y así, uno a otro se cedieron cortésmente la libertad, sin que ninguno se mostrara dispuesto a aceptarla sin el otro, hasta que enviaron un expediente para salvarse los dos; pero el expediente no tuvo éxito, porque el parlamento estaba resuelto a hacerlos morir. Durante el juicio, los dos se declararon culpables de ser sacerdotes, pero el padre Corby declaró que como había nacido en Irlanda no quedaba bajo los estatutos ingleses. Aquella reclamación fue rehusada, contra todo derecho, y se pronunció la sentencia de muerte.

Cuando el padre Corby celebraba su última misa en la prisión de Newgate, "parecía sufrir una agonía terrible de tristeza y de temor", pero la prueba pasó y, a las diez de la mañana del 7 de septiembre de 1644, los dos sacerdotes emprendieron serenamente la marcha hacia Tyburn: llevaban la tonsura recientemente afeitada, vestían sus largas sotanas con el alzacuello y presentaban un aspecto tranquilo y sonriente. Ducket habló poco, pero no cesó de dar bendiciones a todos los que acudían a pedírsela; al ministro protestante que comenzó a hablarle, le repuso: "Señor, no he venido aquí a que me enseñen mi fe sino a morir por profesarla". El padre Rafael pronunció un breve discurso sobre la carreta, bajo la horca; los dos condenados se abrazaron efusivamente y la carreta fue retirada. El jefe de la ejecución no permitió que fueran cortados sus cuerpos ni que se les sacaran las entrañas, hasta que estuviesen muertos; después, tomó toda clase de precauciones para que ninguna porción de los restos de los mártires escapara a las llamas de la hoguera en que fueron incinerados los cadáveres destrozados; sin embargo, se conserva una mano del Beato Juan y algunos trozos de las sotanas de ambos. En los archivos de la diócesis de Westminster se atesora una carta escrita por el Beato Juan, la víspera de su muerte, al Dr. Ricardo Smith, obispo titular de Calcedonia y vicario apostólico de Inglaterra, quien por entonces radicaba en París. "No le

temo a la muerte, escribió, ni desprecio a la vida. Si me correspondiese vivir, lo soportaría con paciencia; pero si me corresponde la muerte, la recibiré con júbilo, porque así Cristo es mi vida y la muerte mi victoria".

A Rafael Corby se le incluye en el estudio biográfico de su hermano, *Certamen Triplex* (ver la biografía del beato Enrique Morse el 1o. de febrero). Véase también el MMP., pp. 457-466; el REPSJ., vol. III, pp. 68-96; y J. Brodrick, *Procession of Saints* (1949), pp. 111-130.

8: LA NATIVIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

COMO EL NACIMIENTO de la Santísima Virgen María es el anuncio jubiloso de que se aproxima la hora de la salvación, la Iglesia celebra esa festividad con alabanzas y acciones de gracias. Aquel nacimiento fue un misterio de bienaventuranzas, señalado con privilegios únicos. María vino al mundo distinta de todos los otros hijos de Adán: no estaba desprovista de gracia santificante y no tenía inclinación al pecado, sino que era pura, santa, hermosa, gloriosa, adornada con todas las gracias más preciosas y convenientes para ella, la elegida para ser Madre de Dios. Tan pronto como el hombre y la mujer cayeron en el pecado, tentados por Satanás, y fueron expulsados del Paraíso, el mismo Dios les prometió el advenimiento de otra mujer cuya descendencia aplastaría la cabeza de la serpiente. Al nacer la Virgen María, comenzó a cumplirse la promesa.

Con el propósito de aprender las lecciones que nos da la vida de la Virgen María, de alabar a Dios por las gracias que le concedió y por las bendiciones que, por ella, derramó sobre el mundo, así como para encomendar nuestras necesidades a una abogada tan poderosa, celebramos con la Iglesia fiestas en su honor. Esta fiesta de su natividad se celebró por primera vez en el oriente. Sabemos con certeza que fue el Papa San Sergio (687-701 P.C.) quien la introdujo en el occidente al establecer que se celebrasen en Roma cuatro fiestas en honor de Nuestra Señora: la Anunciación, la Asunción, la Natividad y la "Hypapante", es decir, la Purificación. Es muy probable que en algunas otras partes del occidente, la Natividad de María se haya conmemorado desde antes. Por lo menos, está claramente anotada en el calendario de San Willibrordo (*c.* 704), así como en el *Hieronymianum* (*c.* 600), lo que sugiere una mayor antigüedad. El hecho de que se conmemorase la fiesta del nacimiento de San Juan Bautista en los tiempos de San Agustín, probablemente por el año de 401, respalda este punto de vista. Es indudable que cuando las gentes se enteraron de que la decapitación del Bautista y su nacimiento se celebraban por separado, tuvieron la idea de que el nacimiento de la Madre de Dios tendría que ser igualmente celebrado. En consecuencia, a la fiesta de la Asunción se agregó la del Natalicio (*cf.* las fiestas de la Concepción, de San Juan y de Nuestra Señora). Se desconoce el lugar donde nació la Virgen María. Una antigua tradición afirma que fue en Nazaret, y así se acepta en occidente; pero otra tradición señala a Jerusalén, y específicamente el barrio vecino a la Piscina de Betseda. Ahí hay ahora una cripta bajo la iglesia de Santa Ana que se venera como el lugar donde nació la Madre de Dios.

Véase a G. Morin en la *Revue Bénédictine*, vol. V (1888), pp. 257-264, y el vol. VII (1890), pp. 260-271; y el vol. XIX (1912), pp. 469-470. Véase también a K. A. Kellner, en *Heortology* (1908), 230-231; L. Duchesne, *Christian Worship* (1919), pp. 269-272; sobre el lugar del nacimiento ver *Analecta Bollandiana*, vol. LXII (1944), pp. 272-273.

LA VIRGEN DE COVADONGA (718 P.C.)

EN EL ALTÍSIMO muro de rocas que muere sobre la impetuosa corriente del río Deva, en el fondo de la agreste y estrecha garganta que forma el valle de Covadonga, en la región española de Oviedo, provincia de Asturias, materialmente incrustado dentro de la espaciosa cueva donde un puñado de cristianos venció a un ejército de moros en memorable batalla, se encuentra el santuario nacional de Covadonga, famoso lugar de peregrinación al que se denomina con frecuencia el "Lourdes español", por venerarse ahí la misma imagen de la Virgen María que, hace ocho siglos, presidió la colosal epopeya y por cuya mediación se realizó el milagro del triunfo de los cristianos. La iglesia actual, basílica insigne, data de mediados del siglo pasado, pero desde el momento mismo de la milagrosa batalla que tuvo lugar en el año de 718, se ha mantenido intacta la acendrada veneración del pueblo español por la bendita imagen de la Madre de Dios, artífice de la victoria.

Por aquellos tiempos, la cristiana España gemía avasallada por la dominación de los musulmanes, y al territorio de Asturias, gobernado por el emir Ayub, llegaron las avanzadas de un gigantesco ejército morisco con miras a imponer por la fuerza la tiránica opresión. Ante el temor de tenerse que sujetar el yugo de los infieles, los cristianos de Asturias se refugiaron en las agrestes montañas y, una vez ahí decidieron aprestarse a la defensa y nombraron caudillo a Don Pelayo, noble caballero visigodo, descendiente del rey Rodrigo.

Frente a la actitud rebelde de los cristianos, el gobernador de aquella región montañosa quiso darles un escarmiento y puso al mando del general Alkamah a cientos de miles de soldados moros, con órdenes de perseguir a los astures y exterminarlos. En cuanto Don Pelayo tuvo noticias de que se acercaba el enemigo, tomó la prudente medida de retirarse con los suyos hacia lo más recóndito de las sierras, donde distribuyó sus fuerzas sobre las alturas que dominan el estrecho valle del río Deva y él mismo, con un puñado de cristianos y la imagen de la Virgen María que le acompañaba en todas sus empresas, se refugió en la espaciosa cueva de Covadonga, sobre el mismo valle y esperó.

El general Alkamah cobró ánimos ante la retirada de los cristianos y se precipitó por la angosta cañada, seguro de obtener la victoria, dado el número de sus tropas y la escasez de las huestes contrarias. Entraron, pues, los moros como encajonados en la cañada donde Pelayo los aguardaba con serenidad, contando más con la protección del cielo que con sus fuerzas, ya que por recomendación especial suya, se había puesto la empresa de la defensa bajo la protección de la Virgen María, y continuamente se arrodillaban los cristianos ante la imagen en la cueva para implorar su poderosa mediación.

Al encontrarse las contrarias huestes se trabó una recia batalla cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que lanzaban los moros rebotaban en la roca y herían a los propios infieles, mezcladas con las que desde la gruta arrojaban los cristianos. Al mismo tiempo,

los que se hallaban apostados en las laderas, hacían rodar a lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que aplastaban a los enemigos. No tardó en apoderarse de los musulmanes el desaliento, al tiempo que crecía el ánimo de los cristianos, alentados por la fe de que Dios y la Virgen peleaban por ellos. Así debía ser, en efecto, puesto que cuando Alkamah ordenó la retirada, se produjo una caótica confusión entre sus hombres que, atrapados en aquellas angosturas, chocaban y se estorbaban unos a otros y, en aquellos momentos se levantó una furiosa tempestad que aumentó el espanto de los que trataban de huir vencidos. El desastre fue espantoso: el retumbar de los truenos entre montes y riscos, la lluvia que caía a torrentes, las rocas y los árboles que se desgajaban de todos lados sobre los moros que, entre alaridos de terror, corrían por todas partes, se atacaban entre sí, desesperados, y se metían al río crecido, cuya impetuosa corriente los arrastraba. Las crónicas antiguas hacen subir al ejército de infieles que combatió en Covadonga a cifras asombrosas y asientan muy formalmente que en la batalla perecieron *ciento ochenta y siete mil* hombres, sin quedar uno que lo contara. Por otra parte, inmediatamente después del suceso, comenzó a cantarse un romancillo popular que exageraba más la nota y decía así:

El valeroso Pelayo
cercado está en Covadonga
por cuatrocientos mil moros
que en el zancarrón adoran.
Sólo cuarenta cristianos
tiene, y aún veinte le sobran.
Cuatrocientas mil cabezas
de los perros de Mahoma
los valerosos cristianos
siegan, hienden y destrozan,
concediendo así la Virgen
al gran Pelayo victoria.

Por supuesto que todas estas son fantasías, pero no hay duda de que el memorable triunfo de Covadonga, aunque se explique como hemos visto, por sus causas naturales, fue un conjunto de circunstancias extraordinarias y aun hubo algo que parece exceder los límites de lo natural y lo humano. En pocas ocasiones ha podido ser para los cristianos tan manifiesta la protección del cielo y, por lo mismo, no es de extrañar que los propios actores del drama y los cronistas posteriores lo achacaran todo al milagro y a la mediación de la Virgen María, cuya imagen había llevado consigo Pelayo a la cueva. Por otra parte, la victoria de Covadonga marcó la iniciación de aquella grandiosa epopeya que se conoce como la Reconquista de España y que culminó con la toma de Granada, el último baluarte de los moros, por los reyes católicos Fernando e Isabel. Después de la batalla, a Pelayo se le coronó rey y a la Madre de Dios se la proclamó reina y señora, patrocinadora de las armas cristianas y patrona de aquel lugar.

Desde entonces, Covadonga fue el centro de peregrinaciones de los devotos de la Virgen María. Ya a mediados del siglo VIII, durante el reinado de Alfonso I, se edificó una capilla en la misma cueva y, poco tiempo después, se estableció cerca un monasterio de los monjes de San Benito, que dos siglos más tarde quedó bajo el gobierno de los canónigos regulares. Durante el siglo

XIII, los reyes Fernando III y Alfonso X concedieron grandes privilegios al santuario. En el siglo XVI, éste le hizo regios donativos y, en 1635, el rey Felipe IV amplió y reconstruyó el santuario y mandó edificar ahí viviendas y hospederías. En 1777, la iglesia se incendió por haber caído en ella un rayo. Inmediatamente se encargaron los trabajos de reconstrucción de un enorme santuario a un famoso arquitecto. Debido a las dificultades para el transporte de material, la escasez de mano de obra y lo escabroso del terreno, pasaron cerca de cincuenta años antes de que la obra estuviese terminada. En el año de 1884 se le dio el título de colegiata a aquella iglesia. Esta se encuentra dentro de la caverna y, a la entrada, en la pared rocosa, están las tumbas de Pelayo y el rey Alfonso I.

Las peregrinaciones a Covadonga son constantes, pero las mayores se efectúan principalmente en verano, sobre todo durante los días 7 y 8 de septiembre, víspera y festividad de la Virgen, cuando la asistencia es muy numerosa.

Los datos para este artículo fueron tomados, sobre todo, de *Historia de España* (1887) de Lafuente, vol. II, pp. 142-147; del artículo *Covadonga* en el vol. XV de la *Enciclopedia Universal Espasa;* y del artículo dedicado a *Covadonga* en el vol. II de la *Enciclopedia de la Religión Católica.*

NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD DEL COBRE, PATRONA DE CUBA

A UNOS 16 KILÓMETROS al oeste de Santiago de Cuba, se halla situada la villa del Cobre, fundada el año 1598, en la proximidad de las famosas minas que han dado nombre a la población. Al sur de ésta y en la cima de un altozano se alza el Santuario de Nuestra Señora de la Caridad, el más notable de la Virgen que, según la tradición fue hallada el año de 1628 por unos indígenas, en la vecina bahía de Nipe.

He aquí la narración de este suceso, según los autores más dignos de crédito. Una mañana del año 1628, salieron del hato de Varajagua dos indígenas, de apellido Joyos, y un negro esclavo de 9 años, llamado Juan Moreno, a buscar sal a la bahía de Nipe. Llegados a aquel sitio, vieron que les era imposible realizar su intento, debido a la agitación del mar, y se refugiaron en un bohío del Cayo Francés. Allí permanecieron tres días, al cabo de los cuales pudieron embarcarse en su canoa y dirigirse a las salinas de la costa.

No hacía mucho que navegaban, cuando descubrieron sobre las olas un objeto blanco. Advirtieron con gran sorpresa suya que el objeto flotante era una imagen de Nuestra Señora colocada sobre una tabla.

Enderezaron la proa hacia ella, recogieron la imagen de las aguas, continuaron el viaje, volvieron a Cayo Francés y de este punto se trasladaron al hato de Varajagua.

Salieron a recibir la imagen los colonos y el mayoral del hato, llamado Miguel Angel, quien envió un mensajero al Real de Minas del Cobre, a fin de dar parte del suceso al administrador, D. Francisco Sánchez de Moya. Este ordenó se le erigiese una ermita y donó a la imagen una lámpara que ardiese constantemente a sus pies.

Afirma la tradición que la imagen desapareció dos veces por la noche

y reapareció por la mañana, por lo que dio orden el administrador de las minas de que se le trasladase a otro lugar.

Llegado el día de la translación, se dispusieron muchos a acompañar a la imagen, y en el Real de Minas se convocó al pueblo para que saliese a su encuentro al sitio denominado el Hatillo, en donde el Alcalde, que llevaba el estandarte real, la veneró y la tropa que la acompañaba hizo una salva. Con gran contento de todos, fue colocada la imagen en el altar mayor de la iglesia parroquial.

La imagen de la Virgen de la Caridad es pequeña, de poco más de una vara (84 centímetros). El rostro es agradable y redondeado, con aire español. En el brazo izquierdo sostiene al Niño Jesús, que en una mano ostenta un pequeño mundo.

Su culto no está limitado a la población que le ha prestado su nombre, sino que se extiende a toda Cuba y aun a tierras lejanas.

El Beato Claret, siendo Arzobispo de Cuba, consagró toda su arquidiócesis a la Virgen de la Caridad, y el 1o. de mayo de 1916, por rescripto de S. S. el Papa Benedicto XV, fue solemnemente proclamada Patrona de toda la isla.

Rubén Vargas Ugarte, S. J. *Historia del culto de María.* pp. 323-327. Buenos Aires, Argentina, 1947.

NUESTRA SEÑORA DE COROMOTO, Patrona de Venezuela

Es cosa cierta que la imagen de Nuestra Señora de Coromoto, es la efigie de la Madre de Dios que cuenta con mayor veneración y un culto muy antiguo en Venezuela, como lo atestiguan las cinco iglesias que se han erigido en su honor desde 1670, las cuantiosas riquezas que sus fieles le han ofrendado, los magníficos festejos y las continuas peregrinaciones con que, hasta hoy, le tributan homenaje a la pequeña imagen de la Virgen María, pintada con delicadeza en un pergamino que se conserva dentro de una riquísima custodia en la iglesia de Guanare, la capital del estado venezolano de Zamora. Desgraciadamente, el origen de la imagen y todo lo concerniente a los primeros tiempos de su historia, se hallan envueltos en la oscuridad.

El culto de Nuestra Señora de Coromoto se remota a la mitad del siglo XVII, entre los miembros de una de las primeras tribus indígenas que los frailes capuchinos conquistaron para la fe en la región de Guanare. Según refiere la tradición, cuando los indios *cospes* acudían en masa a recibir el bautismo, su jefe, el cacique, no sólo rehuía el hacerlo sino que instaba a sus súbditos a apartarse de la nueva religión. El cacique guardaba un silencio huraño ante los frailes y nadie conocía los motivos de su actitud, hasta que cierto día se decidió a hacer confidencias a su amo y señor, un vecino muy principal llamado Juan Sánchez. A este le confesó que estaba asustado porque siempre que pasaba por la quebrada de Coromoto, se le aparecía una señora muy hermosa que le hablaba para instarle a recibir el agua del bautismo, como el resto de la tribu. Juan Sánchez soltó la risa y exhortó al indígena a seguir el consejo de la señora, pero éste repuso con mucha gravedad que era el enemigo de aquella aparición por considerarla algún espíritu malo que trataba de inducirlo al error.

Poco tiempo después, sucedió que los niños del lugar, cuando bajaban

en busca de agua a la cañada de Coromoto, se detenían más de lo regular y, a las reprimendas de sus padres, respondían que una señora muy bella se les aparecía en aquel lugar y, por verla, no se resolvían a apartarse de allí. Las noticias de aquellos incidentes interesaron grandemente a Juan Sánchez, quien los relacionó con las visiones del cacique hereje y comenzó a investigar más a fondo la cuestión.

Mientras tanto, los indígenas convertidos comenzaron a mirar con respeto a la cañada de Coromoto y aun utilizaban las aguas que ahí manaban para curar a sus enfermos; se afirma que en muchos casos comprobaron su eficacia. Pero ya para entonces, la Virgen María había decidido manifestarse con mayor claridad. Había transcurrido un año sin que el cacique diera muestras de querer convertirse a la fe cristiana, cuando un día 8 de septiembre de 1652, Juan Sánchez, el cacique y unos setecientos indios trabajaban a la entrada de la cañada de Coromoto para establecer un poblado y, en aquel momento, la Virgen se le apareció al cacique reacio. Se dice que éste amenazó a la aparición con su arco, pero la Señora del Cielo le cegó con su resplandor y desapareció no sin dejar antes en sus manos una imagen suya pintada sobre una hoja de pergamino. Tan pronto como Juan Sánchez se enteró de lo sucedido fue en busca del cacique ciego, le recogió la imagen, propagó la noticia de su maravillosa aparición por toda la comarca y, desde entonces se la comenzó a venerar como a Nuestra Señora de Coromoto. El cacique recuperó la vista al ser bautizado.

Hasta aquí, los sucesos que cuenta la leyenda, pero se sabe con certeza que, en el año de 1668, el obispo de la diócesis envió a Guanare a un licenciado Caldera de Quiñones como visitador y juez eclesiástico, para levantar un informe sobre las apariciones. La información ya no existe, pero sin duda que fue favorable porque hay constancia de que, al año siguiente, se aprobó el culto a la imagen y se construyó la primera ermita de la Virgen, en la misma cañada. Treinta años después, por iniciativa del fraile agustino Diego de Olaya y la colaboración de los indios *cospes* se comenzó la construcción de una iglesia que no quedó terminada sino hasta 1714. El terremoto de 1782 destruyó el templo y se erigió otro, tan precario que, en 1788 se desplomó. La imagen de la Virgen permaneció 26 años en la iglesia del Hospital de Guanare. En 1814 se consagró su nueva iglesia, que es la actual, donde Nuestra Señora de Coromoto, resguardada en su relicario esplendoroso, recibe las muestras de devoción de sus hijos que acuden desde todos los rincones de las provincias venezolanas de Zamora y Portuguesa y de más allá, a rendirle homenaje. Su fiesta se celebra el 8 de septiembre.

Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela, vol. VII, cap. IX. *Maravillosa Historia de Coromoto* (1924), de H. N. Mas, Barcelona. *Hist. del Culto de María en Iberoamérica,* de R. V. Ugarte, S. J. pp. 423-426.

SANTOS ADRIAN y NATALIA, Mártires (*c.* 304 p.c.)

El "acta" de San Adrián, escrita en un tono romántico y un estilo preconcebido, nos relata que era un oficial pagano en la corte imperial de Nicomedia. Se hallaba presente cuando veintitrés cristianos fueron azotados y maltratados y, a la vista de su constancia en el sufrimiento, se adelantó lleno de entereza y declaró a los verdugos: "Contadme entre las víctimas; yo también

soy cristiano". Al instante se le aprehendió y, antes de que le metieran en prisión, envió aviso a su joven esposa Natalia, que también era cristiana y con la que sólo había estado casado trece meses. Natalia corrió a la prisión y, al encontrar a su marido, se arrodilló para besar las cadenas que le sujetaban los brazos y las piernas, al tiempo que decía: "¡Bendito seas, Adrián! Has encontrado las riquezas que no te fueron heredadas por tus padres terrenales y de las que tienen necesidad los hombres más acaudalados del mundo para el día en que ni el padre ni la madre, ni los hijos, ni los amigos, ni los bienes sirven para nada". Después, Natalia habló con los otros cristianos prisioneros y les recomendó que cuidaran de su marido y le instruyeran en la religión, hasta que Adrián le pidió que regresara a casa y se quedara ahí en espera de noticias. Natalia obedeció y, cuando Adrián supo que se acercaba el momento de su martirio, sobornó a uno de los carceleros para que le dejase salir tan sólo para despedirse de su mujer. Natalia supo que su marido volvía a casa y creyó que había quedado en libertad por haber renegado de su fe y, llena de indignación, corrió a cerrarle la puerta en la cara. Adrián tuvo que explicarle lo que había sucedido y jurarle que los otros prisioneros se habían quedado voluntariamente como rehenes hasta su regreso, para que Natalia abriese la puerta. Pero a partir de aquel momento ya no quiso abandonarlo, regresó con él a la prisión y ahí se quedó. Durante su reclusión voluntaria, Natalia se dedicó a atender a los cristianos presos con gran solicitud, particularmente a los heridos en los tormentos. Una semana después de su llegada, Adrián debió comparecer ante el emperador y se negó a ofrecer sacrificios a los dioses. Fue azotado y devuelto a prisión.

Entretanto, otras mujeres habían acudido para atender a los cristianos en la cárcel y, en cuanto las autoridades se enteraron de aquella anomalía, les prohibieron estrictamente la entrada. Entonces, Natalia se cortó la cabellera, vistió ropas masculinas y sobornó a los carceleros para entrar en la prisión como podía haberlo hecho cualquier hombre. En sus frecuentes y prolongadas visitas a Adrián, le rogaba con una insistencia apasionada que al llegar a la gloria del cielo, orase por ella a fin de que pudiera vivir aún en el mundo sin pecado, y seguirlo pronto hacia la felicidad eterna. Los mártires fueron condenados a morir con los miembros destrozados por el mazo. Natalia obtuvo la gracia de que su esposo fuera uno de los primeros y así le evitó presenciar el sufrimiento de los demás. Cuando Adrián era arrastrado al tajo, la propia Natalia le acomodó los brazos y las piernas sobre el trozo de madera para que los huesos fueran triturados a golpes de mazo. A Adrián le cortaron las manos y los pies y murió pronto. Durante su tormento, Natalia permaneció arrodillada en muda oración; recogió una de las manos cortadas y la guardó entre sus ropas; más tarde, cuando el cadáver de su esposo y de otros mártires fueron arrojados a la hoguera, hubo necesidad de sujetarla porque se empeñaba en saltar a las llamas para morir también.

Una tormenta repentina apagó las llamas en la hoguera, antes de que los cuerpos quedasen completamente consumidos y, así, los cristianos pudieron recoger muchas reliquias que fueron llevadas, posteriormente, a Argirópolis, cerca de Bizancio, sobre el Bósforo, donde se les dio honrosa sepultura. Algunos meses después, Natalia, acosada por la persecución de un oficial imperial de Nicomedia que se había enamorado de ella, decidió partir y, sin llevarse nada más que la preciosa reliquia, la mano de Adrián, se embarcó para

unirse a los otros cristianos en Argirópolis. Ahí murió poco tiempo después, y sus hermanos la sepultaron junto a los restos de los mártires; desde entonces se reconoce a Santa Natalia como una de ellos. El Martirologio Romano indica el 4 de marzo como la fecha de la muerte de San Adrián y el 1o. de diciembre la de Santa Natalia. El 8 de septiembre se celebra el aniversario de la translación de sus reliquias a Roma. San Adrián fue uno de los santos mártires mas populares en la antigüedad, patrono de soldados y carniceros e invocado contra las plagas.

Hay un Adrián martirizado en Nicomedia al que se menciona el día 4 de marzo, y el Martirologio Romano da por sentado que se trata del santo de quien hablamos en este artículo. Es cierto que Tillemont era de esta opinión, pero los bolandistas, que reproducen las llamadas *actas*, tanto en latín como en griego, en su tercer volumen de septiembre, afirman de manera insistente en que los dos Adrianes de Nicomedia son distintos; *cf.* también al Martirologio Romano del 26 de agosto y al *Acta Sanctorum*, agosto, vol. v, pp. 808-811. Se dice que ambos mártires sufrieron en Nicomedia y sus restos fueron llevados a Argirópolis, pero el Adrián esposo de Natalia habría muerto durante la persecución de Diocleciano y el otro, durante la de Licinio; el resto de sus respectivas historias es muy diferente. S. Salaville ha estudiado el asunto con mucha paciencia en DGH., vol. v, cc. 608-611. De lo que sí podemos estar seguros es de que hubo un culto muy antiguo y muy extenso por un Adrián, martirizado en Nicomedia, tanto en el oriente como en el occidente.

SANTOS EUSEBIO, NESTABO, ZENON y NESTOR, Mártires (*c.* 362 p.c.)

Durante el reinado de Juliano el Apóstata, tres hermanos que profesaban la fe cristiana, Eusebio, Nestabo y Zenón, fueron aprehendidos bajo la acusación de haber estado complicados en la destrucción de un templo pagano en Gaza. Como primera medida, los tres fueron castigados con azotes y encerrados en la prisión. Poco tiempo después, en el anfiteatro, la multitud enardecida pidió a gritos el castigo de los tres sacrílegos. El vocerío creció de punto y no tardó en producirse un tumulto: el público del anfiteatro, presa de una excitación febril, se lanzó a la arena, formó una marejada incontenible que se abrió paso hacia la prisión, derribó muros y rejas y se apoderó de los tres hermanos. A rastras se los sacó a la calle y, sobre el empedrado se los aplastó y golpeó con palos, piedras, manos, pies, y con todo lo que sirviera para hacerles daño. Algunos mártires gritaban para que no los mataran y se les diera la oportunidad de sufrir más; las mujeres abandonaron sus labores en las ruecas, tomaron los husos y corrieron a clavar sus puntas en los cuerpos de los mártires; otras salieron de sus cocinas con calderos de agua hirviente, que arrojaban sobre los desdichados. Y, una vez que estuvieron muertos, cuando la sangre corrió entre las piedras y las mancharon los sesos que salían de los cráneos rotos, fueron arrastrados los cadáveres hacia las afueras de la ciudad, a los basureros, donde se quemaban los restos de las bestias. Ahí fueron quemados y sus huesos se mezclaron con los de camellos, perros y asnos, a fin de que los cristianos no pudiesen recuperarlos. Sin embargo, una mujer llegó por la noche, examinó con cuidado los restos y pudo recuperar algunos que entregó a otro hombre, llamado también Zenón, pariente de los hermanos martirizados y que había huido a Majuma para salvarse. Zenón guardó las reliquias con muchos cuidados hasta que, en la época de Teodosio, fue con-

sagrado obispo y pudo construir un santuario para conservarlas y exponerlas a la veneración pública.

Junto con aquellos tres hermanos, fue aprehendido un joven llamado Néstor, quien sufrió los azotes, la prisión y el ataque de la muchedumbre lo mismo que ellos. Cuando era arrastrado y golpeado, durante el tumulto, algunos sintieron compasión de él, por su juventud y su gran apostura y pidieron que no se le siguiera maltratando. Néstor fue abandonado a su suerte junto al muro de la prisión, donde lo recogieron algunos cristianos y le llevaron a la casa de Zenón. Ahí murió poco después a consecuencia de las heridas. Zenón sepultó el cuerpo de Néstor junto con el de los tres hermanos.

Toda esta historia se funda en el relato del historiador de la Iglesia Sozomeno (lib. v, cap. 9). En el *Acta Sanctorum*, sept. vol. III, se da el texto del relato con algunos comentarios.

SAN SERGIO I, Papa (701 p.c.)

DURANTE la prolongada enfermedad del Papa Conón, su archidiácono, Pascual, ofreció una enorme suma como soborno a Juan, el exarca imperial, a fin de que le asegurara su sucesión en el trono de San Pedro. En 687, cuando por fin murió Conón, el exarca cumplió su palabra, lanzó el nombramiento de Pascual y lo apoyó con un partido, la mayoría de cuyos miembros se oponían a la candidatura del arcipreste Teodoro; pero a fin de cuentas, ambos candidatos quedaron defraudados y el sacerdote Sergio fue canónicamente elegido. El exarca Juan, que viajó a Roma para cuidar sus intereses, se avino a dar su aprobación a la elección de Sergio, pero no sin antes haber recibido de éste, la misma suma de dinero que le había ofrecido Pascual. Ahí no era cuestión de simonía sino de extorsión: Sergio había sido libre y legalmente elegido y, al verse obligado a pagar, lo hizo bajo enérgicas protestas. El hombre que llegó a Papa en tan desastrosas circunstancias, era un sirio, hijo de un mercader de Antioquía y educado en Palermo.

Los primeros años de su pontificado se vieron perturbados por los trastornos que causó el Concilio *in Trullo* (*Concilium Quinisextum*) convocado en Constantinopla con el propósito de completar las actas del quinto y sexto concilios ecuménicos con algunos cánones sobre la disciplina. Estuvieron presentes doscientos obispos, todos orientales, a excepción de uno, para aprobar 102 cánones, muchos de los cuales parecían contrarios cuando no hostiles a las doctrinas y políticas de la Iglesia de occidente. Lo malo de aquella asamblea fue que se adjudicó los derechos de aprobar los decretos, no sólo para la Iglesia de oriente sino también para la de occidente; en consecuencia, cuando el emperador Justiniano II envió a Roma las actas del Concilio para que las firmase el Papa, Sergio rehusó hacerlo. De modo que el emperador, en el año 693, envió a su guardia personal, con un tal Zacarías a la cabeza, para que apresara al pontífice recalcitrante y lo condujera, por la fuerza, a Constantinopla. El Papa Sergio apeló al exarca, al tiempo que los ciudadanos de Roma, reforzados por las tropas llegadas de Ravena, reunieron una fuerza considerable e hicieron una demostración muy impresionante, sobre todo para Zacarías que se aterrorizó a tal punto, que fue a implorar protección a Sergio y corrió a esconderse bajo la cama del Papa. Este, por su parte, salió a tranquilizar al pueblo (podemos suponer que bastante divertido con la aventura), pero ninguno

quiso abandonar su puesto cerca del Santo Padre, hasta que el "valeroso" soldado Zacarías abandonó su refugio y, a la cabeza de sus guardias, partió de la ciudad hacia Constantinopla. No hay duda de que el asunto hubiese acarreado graves consecuencias para el Papa Sergio, de no haber sido por el oportuno derrocamiento del emperador Justiniano II, poco tiempo después, Ni aquel Pontífice, ni otro alguno de sus sucesores, hicieron algo más por los cánones del *Quinisextum*, que aprobarlos tácitamente para la Iglesia de oriente.

Durante el reinado de aquel Pontífice, llegó a Roma Cadwalla, rey de los sajones occidentales, que había "abdicado al trono para ponerse al servicio del Señor y de su reino eterno". Fue San Sergio quien lo bautizó en la vigilia de la Pascua del año 689; cinco años después, consagró obispo de Nortumbría a otro famoso inglés, San Willibrordo y lo alentó y ayudó para que llevase a cabo su misión en Frieslandia. Asimismo, fue San Sergio quien recibió a una delegación de monjes enviados por San Ceolfrido, a quienes otorgó la confirmación de privilegios en sus abadías de Wearmouth y Jarrow; en 701, escribió personalmente a San Ceolfrido para pedirle que enviase a "ese piadoso siervo de Dios, Beda, sacerdote de vuestro monasterio", a Roma, porque el Pontífice tenía necesidad del consejo de hombres sabios. San Sergio prometía que Beda sería "devuelto" en seguida, pero lo cierto es que no fue a Roma y el propio San Beda nos dice que nunca dejó su monasterio. Sergio era alumno de la *schola cantorum* romana y siempre mantuvo un interés activo en la liturgia y su música; en particular, como lo señala el *Liber Pontificalis*, se preocupó en dar las instrucciones para que el *Agnus Dei* "fuese cantado por los clérigos y el pueblo, al fraccionarse la hostia" durante la misa. También fue San Sergio quien dispuso que la Iglesia romana celebrase las cuatro fiestas de Nuestra Señora que ya se observaban en Constantinopla: la Natividad de la Virgen María, su Purificación, la Anunciación y la "Dormición".

En cuanto a su carácter personal, sólo se puede juzgar a San Sergio por sus actos públicos y las tradiciones de la Iglesia, en donde aparece, como lo ha dicho Alcuino, como un santo y dignísimo sucesor de San Pedro, notable por su piedad. Murió en el año de 701 y fue sepultado en San Pedro.

Una nota que dice: "Sergii Papae Romae", bajo el día 7 de septiembre en la edición original del calendario de San Willibrordo, sirve como un *terminus a quo* por el cual se establece la fecha del documento y prueba que el culto por el santo comenzó inmediatamente después de la muerte del Pontífice. El *Liber Pontificalis* con las notas de Duchesne y las cartas coleccionadas por Jaffé, son fuentes de información de primerísima importancia. Pero San Sergio es un personaje de la historia de la Iglesia. Conviene ver, sin embargo el *Acta Sanctorum*, sept. vol. III; el *Geschichte Roms und der Päpste*, de Grisar y, especialmente *Lives of the Popes*, vol. I, parte 2, pp. 77-104, de Mons. Mann.

SAN CORBINIANO, Obispo (725 p.c.)

ESTE apóstol de Baviera, uno de los primeros que predicó el Evangelio en aquellas regiones, nació en Chârtres, cerca de Melun, en Francia. En la pila bautismal recibió el nombre de su padre: Waldegiso, pero después, su madre lo cambió por el de ella: Corbiniano. Durante catorce años, vivió como eremita en una celda que él mismo construyó junto a una capilla, en la comarca donde nació. La fama de su nombre, acrecentada por la realización de diversos milagros y la prudencia de los consejos que daba en cuestiones espirituales, le hizo célebre en varias leguas a la redonda y pudo admitir a algunas de las

muchas personas que se lo solicitaban, en una comunidad religiosa bajo su gobierno. Las distracciones que le proporcionaba aquella tarea le hicieron pensar en retirarse a otro sitio donde pudiese permanecer solo e ignorado; pero antes de buscar un retiro, decidió hacer una peregrinación a Roma. Al cruzar los Alpes por el paso del Brenero, ocurrió el legendario incidente que dio al santo el emblema de un oso; porque fue un oso el que atacó la caravana y mató al caballo que cargaba los bultos. Corbiniano ordenó entonces a su criado que pusiera las riendas y el freno del caballo muerto en el hocico del oso y la carga sobre sus lomos. Así se hizo, sin que la bestia opusiera resistencia alguna, y se prosiguió la marcha hasta llegar a Roma, con el oso domesticado, pero no sin que antes, al pasar por Trento, un señor del lugar le robase su mejor caballo y sin que lo despojase del otro buen animal que le quedaba un señor de Pavía. No pasó mucho tiempo sin que los dos ladrones pagasen su culpa, porque el señor de Trento murió súbitamente y el de Pavía perdió cuarenta y dos animales de sus caballerías a causa de una epidemia de elefantiasis. El Papa San Gregorio II envió a Corbiniano, quien ya para entonces debía ser obispo, a predicar en Baviera. Al llegar a su destino, el santo se puso bajo la protección del duque Grimoaldo. Luego de haber aumentado considerablemente el número de los cristianos, estableció su sede en Freising, en la Alta Baviera que, sin embargo, no llegó a ser una sede episcopal regular hasta el año de 739, cuando la ocupó San Bonifacio.

San Corbiniano descubrió que su protector, el duque Grimoaldo, no obstante proclamarse cristiano, había quebrantado las leyes de la disciplina de la Iglesia, al casarse con la viuda de su hermano, la hermosa Biltrudis. El santo obispo rompió absolutamente todas sus relaciones con el duque, hasta que consiguió la separación de los cónyuges. Pero Biltrudis no se lo perdonó y, desde aquel momento, lanzó contra el obispo, sin reparar en medios, una implacable persecución, con la esperanza de volver al lado del duque. La persecución comenzó con una campaña de acusaciones falsas (como la de extranjero pernicioso, espía, entrometido obispo inglés), destinadas a desacreditar al santo, y culminó con una conspiración en toda forma para asesinarlo. Corbiniano se refugió en Meran y ahí permaneció como desterrado voluntario en señal de protesta, hasta que el duque Grimoaldo (quien había vuelto a unirse a Biltrudis) fue muerto en una batalla y la dama fue raptada por los francos. El sucesor de Grimoaldo protegió efectivamente al obispo, quien pudo continuar, con éxito, su trabajo misionero en toda Baviera.

A su muerte, San Corbiniano fue sepultado en un monasterio que él mismo había fundado en Obermais, en la región de Meran, pero sus restos fueron trasladados a Freising, en el año de 795, por Aribo, su sucesor y su biógrafo. Aribo dice que San Corbiniano era un hombre de carácter violento, que se inflamaba con rapidez y, como un ejemplo, cita la ocasión en que cabalgaba por las calles de Freising y se cruzó con una mujer que tenía fama de ejercer la magia negra y llevaba un gran paquete de carne fresca; el obispo preguntó qué iba a hacer, y se le dijo que trataría de curar a un enfermo con sus artes. Corbiniano saltó del caballo, alcanzó a la mujer, le propinó una soberana paliza y distribuyó la carne entre los pobres.

Contamos con una excelente biografía de San Corbiniano escrita en la Edad Media por Arbeo o Aribo, que vivió poco tiempo después y fue su sucesor en la sede de Freising. Posteriormente, esa biografía fue complementada con incidentes legendarios, como

el episodio del oso, por ejemplo. Bruno Krusch editó el texto original en los volúmenes cuarto y quinto de MGH., *Scriptores Merov.*, en un librito muy cómodo de leer que se usa en las escuelas. Ver también el *Acta Sanctorum*, sept. vol. III.

9: SAN GORGONIO, MÁRTIR (Fecha desconocida)

EN LA Iglesia occidental se conmemora en este día la fiesta de San Gorgonio, un bienaventurado que, de acuerdo con el Martirologio Romano y la lección de los maitines, era un oficial de la guardia del emperador Diocleciano en Nicomedia. Gorgonio fue condenado a muerte junto con su amigo y colega Doroteo, por haber protestado contra los tormentos infligidos a un cristiano llamado Pedro. El cuerpo de Gorgonio fue trasladado a Roma y se le dio cristiana sepultura en la Vía Lavicana (Latina), "entre los dos laureles".

Hay confusión entre dos mártires con el mismo nombre de Gorgonio. El que enterraron en la Vía Lavicana, objeto de la conmemoración de este día, no era el Gorgonio de Nicomedia, cuyo cuerpo no fue trasladado a Roma. Sobre el pobre de Nicomedia, no sabemos nada, aparte de que su culto es relativamente antiguo; el otro Gorgonio con sus compañeros, tiene su existencia bien demostrada porque su nombre aparece tanto en los calendarios del oriente como del occidente el día 12 de marzo. Bajo esta fecha se halla registrado en este libro.

Es indudable que el Breviario se equivocó al identificar al Gorgonio de Nicomedia con el Gorgonio que fue enterrado *inter duas lauros* sobre la Vía Lavicana. Los dos mártires fueron diferentes, de acuerdo con Delehaye, Quentin y J. P. Kirsch. Doroteo estuvo asociado con el Gorgonio de Roma. Eusebio nos ha dejado un relato de los sufrimientos de este mártir. El martirologista Ado fue el culpable de la confusión, como lo demuestra Quentin en su *Martyrologes* y *Deutscher Wissenschaft für J. G. von Sachsen* (1920), pp. 58-84 y, especialmente CMH., pp. 497-498. *Cf.* Santos Pedro y Gorgonio el 12 de marzo.

SAN ISAAC o SAHAK I, KATHOLIKÓS DE LOS ARMENIOS (439 P.C.)

A FINES del siglo cuarto, el matrimonio no constituía aún una barrera para el episcopado en la iglesia de Armenia. San Isaac era el hijo de un katholikós (arzobispo), San Nerses I, aunque probablemente ya era viudo cuando recibió la ordenación sacerdotal. A decir verdad, había familias en las que el episcopado era hereditario y el propio Isaac era descendiente directo aunque lejano de San Gregorio el Iluminado; asimismo, fue parte del trabajo de Isaac acabar con aquellos abusos del matrimonio de los obispos. Hizo sus estudios en Constantinopla y ahí se casó. Después de la muerte de su esposa, se hizo monje y se dedicó a estudiar. Cuando fue llamado para gobernar la iglesia de Armenia, tanto ésta como la nación atravesaban por una situación deplorable. Las dos mitades de Armenia estaban gobernadas, de nombre, por príncipes sujetos a sus respectivos amos en Bizancio y Persia. Algunos años antes, el sucesor de San Nerses I había repudiado la dependencia de su iglesia del centro de Cesarea, donde San Basilio era entonces metropolitano; en consecuencia, se consideraba que los armenios se hallaban más o menos en cisma. No obstante que San Isaac creó un pequeño partido que favorecía la reunión con Cesarea, se

despreocupó de aquel empeño y en Constantinopla se hizo reconocer primado de la Iglesia armenia. Ese puesto sería como una apelación a los poderes imperiales y contrario a los derechos de su verdadero titular, el patriarca de Antioquía. Sin duda que esta osada medida se debió, en parte, a la presión de Persia, pero se obtuvo de ella la ventaja de un período de progreso para la Iglesia, así como el principio de la edad de oro para las letras armenias. Nerses, el padre de Isaac había iniciado la reforma en su iglesia, al implantar las costumbres y las leyes bizantinas; Isaac completó esta tarea. Las leyes canónicas bizantinas fueron estrictamente impuestas, lo cual significó el fin del matrimonio de los obispos; de hecho, Isaac fue el último en la descendencia de San Gregorio el Iluminado que gobernó la Iglesia que, a veces, se conoce con el nombre de "Gregoriana" en honor del santo. Durante su gobierno, floreció el monasticismo, se establecieron escuelas y hospitales y se reconstruyeron las iglesias que habían destruido los persas. Isaac tuvo que luchar, por un lado, con las influencias del paganismo persa y, por el otro, con aquellos cristianos que se manifestaban resentidos por el reforzamiento de la disciplina eclesiástica.

Cuando Teodosio II llegó al trono de Constantinopla, en el año de 408, adoptó la política de apoyar y promover la influencia griega en toda Armenia, por lo que dio gran aliento a la difusión del cristianismo e incalculable apoyo a las empresas de San Isaac, quien, debía hacer frente a las ambiciones griegas sobre la pequeña parte de su territorio bizantino; prohibió en forma determinante, el uso de la lengua y la cultura griegas y bizantinas en todo el resto del mismo; hizo de la dispersión una unidad, al tomar elementos sirios y bizantinos, vinculándolos bajo las tradicionales costumbres de Armenia. Para este propósito, era necesario proporcionar a los niños de las escuelas un alfabeto armenio, que fue hecho por San Mesrot. El primer trabajo literario que emprendió, fue la traducción de la Biblia. La versión del Antiguo Testamento en armenio es de muy alto valor para los estudiosos y eruditos en cuestiones bíblicas; varias de sus traducciones de otros libros tienen también su importancia, porque los originales se perdieron. Para el tiempo de la muerte de Isaac, los armenios tenían ya las obras literarias de los griegos y de los doctores sirios en su propio idioma y la base para una literatura propia. También contribuyó San Isaac a la formación de la liturgia nacional, tomada de la de Cesarea, representada por el bizantino San Basilio.

En el año de 428, los persas expulsaron al príncipe tributario de los armenios, e Isaac, cuya inclinación hacia el cristianismo bizantino era manifiesta, fue desterrado a un remoto rincón en el occidente del país. Hay una anécdota donde se cuenta que el emperador Teodosio mandó a su general Anatolio a que construyera la ciudad de Todosiópolis (Karin-Erzerum) para dar refugio al obispo desterrado; pero en realidad, esa ciudad tiene un origen mucho más antiguo y ya había sido rebautizada con el nombre del emperador, trece años antes del destierro del obispo. Al cabo de algún tiempo, se le llamó para que volviese a ocupar su sede, pero no lo hizo en seguida y nombró a un vicario en su lugar. Al morir éste, Isaac reanudó el gobierno, pero ya era muy anciano y por esa razón no pudo asistir al Concilio de Efeso, cuyos decretos aceptó en el año de 435. Al parecer, mantuvo el primer centro eclesiástico armenio en la ciudad de Ashtishat donde tenía su sede y donde murió a la edad de 92 años. En la letanía de la misa armenia se le nombra con el título de "el Grande".

Nuestros principales informantes son Moisés de Khoren, Lázaro de Farp y otros cronistas a quienes se puede consultar en *Collection des historiens de l'Arménie*, vol. II, de Langlois. Entre los libros modernos puede mencionarse el de Sahak, de quien tomaron datos F. Tournebize, en su *Histoire politique et réligieuse de l'Arménie* (1901) y S. Weber, *Die Katholische Kirche in Armenien* (1903). Ver el artículo de Conybearse en el *American Journal of Theology* (1898), pp. 828-848.

SAN KIRIANO o QUERIAN, Abad de Clonmacnois (¿556? p.c.)

Kiriano de Clonmacnois, llamado también "el Joven" para distinguirlo de San Kiriano de Saighir, nació en la localidad de Roscommon o Westmeath. Su padre, Beoit, era carretero, aunque también se dice que era carpintero, como San José. Asimismo, se afirma que murió a los treinta y tres años (aunque probablemente era mayor) y se le tratan de encontrar otras semejanzas en sus múltiples leyendas, con la existencia terrenal de Cristo como invenciones instintivas o inconscientes de las gentes sencillas cuya sensibilidad se impresionó con la santidad de Kiriano. Su madre llevaba el nombre de Darerca, pertenecía a la tribu de los Glasraige y era nieta de un bardo llamado Glas. Es muy posible que las dos familias hayan pertenecido a las razas que poblaban el norte de Europa antes de los celtas. Debido a la tiranía de un caudillo o reyezuelo, Beoit huyó de Antrim, se refugió en Connacht y ahí nacieron sus siete hijos, entre los cuales figuraba Kiriano.

Se cuentan diversos incidentes fabulosos ocuridos durante su niñez, como la resurrección de un caballo muerto, la transformación del agua en miel y una jugarreta para hacerle una broma pesada a su madre. Esta se hallaba ocupada en la tarea de teñir telas y lo echó fuera de casa, "puesto que no era conveniente que los varones estuviesen en la casa cuando se teñían las telas".* Kiriano se disgustó y, al salir, masculló entre dientes: "¡Que les quede una raya desteñida!" De acuerdo con los deseos del niño, las ropas salieron del baño de tinta azul con una ancha raya desteñida. Se preparó un segundo baño y, aquella vez, las telas salieron casi blancas. Pero, cuando la buena Darerca preparó un tercer baño, a Kiriano se le había pasado el enojo y la tinta fue de un azul tan intenso, que no sólo las telas sino también los perros, gatos y ramas de los árboles que tocaron el tinte, quedaron pintados de azul. Kiriano recibió las primeras enseñanzas del diácono Uis, en la iglesia de Fuerty y, al llegar a los quince años, más o menos, pidió a sus padres que le dieran una vaca para su sustento y le dejasen ir a la escuela de San Finiano, en Clonard. Su madre se rehusó, pero su padre accedió y el muchacho echó la bendición a una vaca que, desde entonces, le siguió durante el resto de su vida, la "Vaca de Kiriano". Desde un principio fue, en Clonard, uno de los doce elegidos que, más tarde, se conocerían como los Doce Apóstoles de Irlanda (ver a San Finiano, el 12 de diciembre) y, por aquel entonces, debe haber sido el más grande entre todos porque, mientras los otros tenían que desgranar sus espigas y limpiar su grano diariamente, los ángeles bajaban para desgranar y limpiar en vez de Kiriano. San Finiano lo estimaba más que a cualquiera, de manera que todos, a excepción de San Columkill, estaban celosos de él. Cuando la hija del rey de Cuala fue enviada a la escuela para que aprendiese a leer, se con-

* Se han dado muchas explicaciones ingeniosas sobre esta declaración, pero nadie se ha puesto a pensar que podría ser un pretexto de un ama de casa muy atareada que quería deshacerse de los niños para que no la molestaran.

fió su instrucción a San Kiriano. El joven mostraba tan extraordinaria indiferencia por su alumna, que nunca le miró más que los pies.

Cuando llegó el momento en que San Kiriano debió abandonar Clonard, partió hacia las Arans, donde todavía gobernaba San Enda a todo Inishmore. Allí vivió durante siete años y llegó a ser muy hábil en trillar y aventar. Kiriano partió de Arans y llegó a la isla de Scatterry. Después prosiguió su camino hacia la parte central de Irlanda y llegó a un lugar llamado Isel, donde se quedó algún tiempo en un monasterio, del que tuvo que partir porque los monjes se quejaron de que su excesiva generosidad los dejaba desprovistos. Durante su jornada, siguió a un siervo que le condujo a la localidad de Lough Ree, cerca de Athlone, por donde atravesó a la isla de Inis Aingin (Isla de Hare) y ahí vivió en el monasterio. Emprendió de nuevo la marcha, acompañado esta vez por ocho discípulos. Se sintió impulsado a establecerse en un hermoso paraje llamado Ard Manntain, pero más tarde se dominó y dijo a sus amigos: "Si vivimos aquí tendremos muchas de las riquezas de este mundo y, de entre nuestras almas, pocas se irán al cielo". Prosiguieron la marcha y, al llegar al prado cubierto de césped de Ard Tiprat sobre la ribera del Shannon, en la región de Offaly, Kiriano exclamó: "Aquí nos quedaremos, porque desde este lugar muchas almas irán al cielo y Dios y el hombre se verán para siempre".

El resto de los registros sobre la historia de Kiriano son anécdotas en relación con sus virtudes y relatos de sus milagros. Se mantiene en vigor una "ley" o regla monástica atribuída a San Kiriano el Joven, que consiste en una serie de preceptos morales y ascéticos, bastante severos por cierto; es probable que no haya sido el autor de esa regla, pero ésta representa bien el espíritu de austeridad que imperaba en los monasterios irlandeses de aquel entonces y que, hasta nuestros días, caracterizan a la religión gaélica. De acuerdo con sus biógrafos, San Kiriano sólo vivió lo bastante para gobernar su monasterio durante siete meses. Al aproximarse la hora de su muerte, pidió que le llevaran al lugar llamado Little Hill. Desde ahí, levantó la vista a los cielos y dijo: "¡Terrible es el camino de ascenso!" "No puede ser terrible para ti", replicaron sus monjes. "En verdad, repuso Kiriano, que yo sepa no he transgredido ninguno de los mandamientos de Dios y, sin embargo, aun David, el hijo de Jessé, y Pablo, el Apóstol, le temían a ese camino". Hizo el intento de acostarse y los monjes se apresuraron a quitarle las piedras para que estuviese cómodo, pero él los detuvo. "Dejad las piedras donde están y poned otras bajo mis espaldas. Aquel que persevera hasta el fin, se salvará . . ." "Entonces, dice su historia, el espacio comprendido entre la tierra y el cielo, se llenó de ángeles que acudieron a recibir su alma".

Se conservan cuatro breves biografías de San Kiriano: tres en latín y una en irlandés. La primera de las escritas en latín fue editada con comentarios críticos por C. Plummer, en VSH, con algunos datos ilustrativos tomados de las otras. Whitley Stokes nos hace accesible la biografía escrita en irlandés en su *Lives of Saints from the Book of Lismore*. Las traducciones de todas éstas y abundante material adicional se encuentran en un libro de R. A. S. Macalister, *The Latin and irish lives of Ciaran* (1921). Ver también el *Acta Sanctorum*, sept. vol. III; a J. Ryan, en *Irish Monasticism*; J. F. Kenney en *The Sources for the Early History of Ireland*, vol. I; y L. Gougaud, en *Christianity in Celtic Lands* (1932). Para un resumen breve y completo, ver la *Analecta Bollandiana*, vol. LXIX (1951), pp. 102-106.

SAN AUDOMARO u OMER, Obispo de Thérouanne (*c.* 670 p.c.)

El nombre de San Audómaro resulta más familiar y conocido en su forma francesa de Omer, ya que en Francia existe la ciudad de Saint-Omer donde estuvo, en tiempos de la persecución religiosa en Inglaterra, el famoso colegio de jesuitas que mantuvo bien provista la misión inglesa, colegio aquél que, posteriormente, quedó en manos del clero seglar y donde murió Alban Butler que fue su director durante algún tiempo.

El lugar de nacimiento de Omer no estaba lejos de la ciudad de Coutances. Todas las preocupaciones de sus padres se concentraron en él, y la educación del joven fue su cuidado primordial. Omer respondió bien a las esperanzas que habían sido puestas en él, progresó rápidamente en los estudios, manifestó su inclinación hacia la vida religiosa y, a la muerte de su madre, ingresó en el monasterio de Luxeuil. San Eustacio, que había sucedido al fundador San Columbano en el gobierno de aquella casa, acogió amablemente al joven y a su padre, que le acompañaba; ambos fueron admitidos y, a su debido tiempo, padre e hijo hicieron juntos su profesión religiosa. La humildad, devoción, obediencia y pureza de costumbres que demostró poseer el joven desde un principio, le distinguieron entre sus hermanos, aun en aquel hogar de santos.

Con el correr del tiempo, se supo que Thérouanne, la capital de los morini, tenía gran necesidad de un pastor celoso y enérgico para que guiara a sus habitantes por el buen camino. Aquella comarca, que comprendía lo que ahora conocemos con el nombre de Pas-de-Calais, se hallaba bajo la égida del vicio y el error, y el rey Dagoberto buscaba afanosamente a una persona bien calificada para restablecer la fe y la práctica de las reglas de moral que predica el Evangelio. San Omer, que hacía veinte años era monje en el convento de Luxeuil, fue señalado como el hombre capaz de desempeñar la ardua tarea y, San Acario, obispo de Noyon y Tournai, se lo recomendó al rey, de manera que, alrededor del año 637, Omer, que se hallaba feliz y contento en su retiro, fue súbitamente obligado a abandonar su soledad. Al recibir la orden, hizo este comentario: "¡Qué enorme diferencia hay entre la segura rada en la que ahora me encuentro anclado y ese mar tempestuoso al que me empujan, contra mi voluntad y sin ninguna experiencia!"

La primera tarea de su ministerio pastoral como obispo de Thérouanne fue el restablecimiento de la fe, con toda su pureza, entre los pocos cristianos que encontró y cuya reforma fue un trabajo tan difícil como la conversión de los idólatras. A pesar de los obstáculos, fue inmenso el éxito de sus labores, y se puede afirmar que dejó su diócesis al mismo nivel que las más florecientes de Francia. Sus sermones, llenos de fogosa elocuencia, eran irresistibles, pero su vida ejemplar era una prédica todavía más poderosa, puesto que alentaba a los demás a prodigarse para dar de comer a los pobres, consolar a los enfermos, reconciliar a los enemigos y servir a todos, sin otro interés que el de su salvación y la mayor gloria de Dios. Ese era el carácter del santo obispo y de todos los que trabajaban bajo su dirección. Entre sus principales colaboradores figuraban San Momolino, San Beltrán y San Bertino, tres monjes a los que San Omer sacó de Luxeuil para que le ayudasen. La asociación de estos cuatro santos se relata y discute en el artículo dedicado a San Ber-

tino, el 5 de este mes. Junto con ellos, San Omer fundó el monasterio de Sithiu, que llegó a ser uno de los grandes seminarios de Francia. Las biografías de San Omer relatan una serie de milagros no muy convincentes que se le atribuyen. Durante sus últimos años de vida, estuvo ciego, pero aquella aflicción no le causó ningún abatimiento ni disminuyó su preocupación pastoral por su grey. Otro de sus biógrafos dice que, cuando San Auberto, obispo de Arras, trasladó las reliquias de San Vedast al monasterio que había construido en su honor, San Omer estaba presente y, en aquella ocasión, recuperó la vista durante algún tiempo. Es probable que San Omer muriese poco después del año 670.

La biografía de San Omer que más crédito merece, es la que mencionamos antes en la bibliografía del artículo dedicado a San Bertino. W. Levison editó aquel texto, complementado con una discusión sobre las relaciones entre las distintas biografías impresas en el *Acta Sanctorum*, sept., vol. III.

SANTA MARIA DE LA CABEZA, Viuda (Siglo XII)

ESTA santa mujer fue esposa de San Isidro Labrador. María Toribia, llamada de la Cabeza, llevó una vida humilde y laboriosa. Los nombres de Caraquiz, cerca de Uceda, en la diócesis de Toledo, y el de Torrelaguna, aparecen en su leyenda. Le gustaba ir a la ermita de Santa María para hacer el aseo y orar. La calumniaron ante su marido, quien la vio cruzar sobre su capa el Jarama (crecido afluente del Tajo), lo que se consideró un juicio de Dios que probaba su inocencia. Sobrevivió a San Isidro y fue enterrada en la ermita que con tanto amor visitaba. Esta ermita fue atendida por los templarios hasta 1311; después, se hicieron cargo de ella los menores enclaustrados hasta 1511. Fue probablemente en tiempo de los menores enclaustrados (después los sucedieron los menores observantes), cuando la cabeza de María fue colocada sobre el altar mayor del oratorio. Esta reliquia se tiene por eficaz contra los dolores de cabeza. En 1511, el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros renovó el relicario que guardaba la cabeza. Procesiones y cofradías atestiguaron la veneración pública hacia la santa. Inocencio XII aprobó su culto en 1697. Se trasladaron sus reliquias a Madrid para unirlas a las de su esposo.

París, Bibl. nat., impresos, H. 1127-1128, Canoniz. 597-598, n. 5489-5499. — *Benedicto XIV* (P. Lambertini), *De servorum Dei beatificatione*, vol. II, 1767, p. 117; vol. v, p. 186. — *Enciclopedia Espasa*, art. *María de la Cabeza*, vol. XXXIII, pp. 25 y ss; art. *Torrelaguna*, vol. LXII, pp. 1323-1325; art. *Uceda*, vol. LXV, p. 731; J. Pérez de Urbel, *Año Cristiano*, vol. II, 3a. edic. Madrid, 1945, p. 377; Razón y Fe, vol. LXII, 1922, pp. 45, 333-335, 455. — *Acta Sanctorum*, 15 de mayo, vol. III, pp. 550-557; *Anal. Juris pontif.*, vol. xx, 1881, pp. 384-406 — *Vidas en español* por A. de Salazar y Castillo, 1730 y F. A. Serrano, 1752.

SAN PEDRO CLAVER (1654 P.C.)

INGLATERRA tomó en cierta manera parte en la abolición del tráfico de esclavos, pero también fueron los ingleses quienes, por medio de personajes tan infames como Sir John Hawkins, desempeñaron una parte muy importante en el establecimiento de ese mismo tráfico entre el Africa y el Nuevo Mundo, en el siglo dieciséis. Y entre los verdaderos héroes que dieron sus vidas en defensa de las víctimas de aquella siniestra explotación, pertenecientes a países que no recibie-

ron las doctrinas de la Reforma, el más grande de todos fue, sin duda, San Pedro Claver, natural de aquella España católica, que por entonces se hallaba en el apogeo de su gloria y su poder, pero que no era, para la mayoría de los ingleses más que un país de piratas, de imperialistas sin escrúpulos y de una religión supuestamente cruel, a juzgar por el Tribunal de la Inquisición, sobre el que corrían fantásticas versiones en Inglaterra. Pedro nació en la ciudad de Verdú, en la región de Cataluña, hacia 1581 y, como desde chico dio muestras de poseer grandes cualidades de inteligencia y de espíritu, se le destinó a la Iglesia y se le mandó a estudiar a la Universidad de Barcelona. Ahí terminó sus estudios con toda clase de distinciones y, tras de recibir las órdenes menores, decidió llevar a cabo su determinación de ofrecerse a la Compañía de Jesús, que lo recibió de buen grado. A la edad de veinte años, hizo su noviciado en Tarragona; de ahí fue enviado al colegio de Montesione, en Palma de Mallorca. Entonces se produjo el encuentro con San Alfonso Rodríguez, el portero del colegio, pero con una reputación de santidad muy por encima de su humilde oficio; un encuentro que fijó el rumbo en la vida de Pedro Claver. Desde entonces, estudió la ciencia de los santos a los pies del hermano lego; y Alfonso, a medida que conocía más a fondo al joven estudiante, apreciaba mejor sus cualidades y veía en él, cada vez con mayor claridad, al hombre indicado para una tarea nueva, ardua y descuidada por completo hasta aquel momento. Alfonso encendió en la mente y el corazón de Pedro la idea de acudir en socorro de los miles y miles que se hallaban sin recursos espirituales en las colonias del Nuevo Mundo.

Años más tarde, Pedro Claver reveló que San Alfonso no sólo le había vaticinado que iría a América, sino que le indicó exactamente los lugares donde habría de trabajar. Impulsado por aquellas exhortaciones, Pedro habló con su provincial a fin de ofrecerse para las misiones en las Indias Occidentales y se le respondió que, a su debido tiempo, sus superiores decidirían sobre su vocación. Por lo pronto, se le envió a Barcelona para estudiar teología y, al cabo de dos años, tras una nueva solicitud, se le nombró para que representase a la provincia de Aragón en la misión de jesuitas españoles que se enviaba a la colonia de Nueva Granada. Dejó para siempre las tierras de España en abril de 1610 y, tras un viaje azaroso y lento, desembarcó en Cartagena, en territorio de lo que hoy es la república de Colombia. En seguida, pasó a la casa de los jesuitas en Santa Fe para completar su estudios de teología, y se le utilizó lo mismo como enfermero y sacristán que como portero o cocinero. Después, se trasladó a la nueva casa de la Compañía en Tunja, a fin de hacer su Tercera Probación y, en 1615, regresó a Cartagena, donde fue ordenado sacerdote.

Por aquel entonces, ya hacía cerca de un siglo que funcionaba en las dos Américas el tráfico de esclavos que tenía su centro principal en el puerto de Cartagena, el cual, por su situación, se prestaba para establecer ahí una especie de almacén para la mercadería humana. Por otra parte, el mercado de esclavos acababa de recibir gran incremento al descubrirse que los indígenas carecían de la resistencia física necesaria para soportar el recio trabajo en las minas de oro y plata y, en consecuencia, había gran demanda de negros de Angola y del Congo. A éstos los adquirían los tratantes en Africa occidental, a razón de dos coronas por cabeza, cuando no los cambiaban por algunas provisiones, y los vendían en América por doscientas coronas cada uno. Las condiciones en que los esclavos se transportaban a través del Atlántico, eran increíblemente crueles e inhumanas; baste señalar que los tratantes calculaban

que una tercera parte de cada cargamento se perdía por la muerte de los esclavos; pero a pesar de todo eso, cada año desembarcaba en Cartagena un promedio de diez mil esclavos vivos. El Papa Pablo III y otras muchas autoridades y personajes mundiales condenaron el enorme crimen, pero continuó el florecimiento de la "suprema vileza", como calificó el Pontífice Pío IX al tráfico de esclavos. Lo más que llegaron a hacer los propietarios en respuesta a los incesantes llamados de la Iglesia, fue hacer bautizar a sus esclavos, y aquella medida resultó contraproducente. Los negros no recibían ninguna instrucción religiosa, no obtenían ninguna protección contra sus explotadores ni alivio alguno a su miserable condición, de manera que llegaron a considerar el bautismo como el signo y el símbolo de su opresión y su infortunio. El clero era impotente para remediar ese estado de cosas y no hacía más que protestar y dedicarse lo más posible a desempeñar su ministerio individualmente, a dar remedio corporal y material a la mayor cantidad de seres entre aquellos cientos de miles de hombres, mujeres y niños que sufrían. Los sacerdotes no tenían fondos de caridad a su disposición, no contaban con el apoyo de gente bien dispuesta; casi siempre tropezaban con los obstáculos y barreras que les ponían los propietarios, o se desalentaban ante la evidente hostilidad de los traficantes y, a menudo, se veían rechazados por los mismos negros a los que querían ayudar.

Cuando el padre Claver fue ordenado en Cartagena, conducía el movimiento de ayuda a los esclavos un gran misionero jesuita que pasó cuarenta años a su servicio, el padre Alfonso de Sandoval. Después de trabajar bajo sus órdenes, el joven Pedro Claver se comprometió a "ser el esclavo de los negros para siempre". No obstante que era tímido por naturaleza y no tenía mucha confianza en sí mismo, se lanzó con absoluta decisión al trabajo y se entregó a él, no con un entusiasmo delirante y desencaminado, sino con método y auténtica tenacidad. Se procuró numerosos ayudantes, voluntarios o por paga y, tan pronto como un barco cargado de esclavos entraba en el puerto, acudía Pedro Claver a esperarlo en los muelles. A los negros se les desembarcaba y, tras un recuento para comprobar las bajas, se les encerraba en corrales o terrenos cercados, a donde acudían los "mirones", como los llama el padre de Sandoval, "atraídos por la curiosidad, pero sin atreverse a acercarse demasiado". Centenares de hombres que, durante varias semanas habían estado apiñados en las estrechas bodegas de un barco, sin recibir siquiera los cuidados mínimos que se prodigan a un cargamento de ganado, eran amontonados de nuevo en espacios cercados, los buenos y sanos mezclados con los enfermos y los moribundos, bajo un sol abrasador, en un clima insoportable por su calor y humedad. Era tan horrible el espectáculo y tan repugnantes las condiciones, que un amigo del padre Claver que le acompañó una vez, no se atrevió a volver y, el propio padre de Sandoval, como se ha escrito en una de las "relaciones" de su provincia, "al tener noticias de que iba a llegar a puerto un cargamento de esclavos, comenzaba a sudar frío mientras una palidez de muerte le desteñía la piel, al recordar las tremendas fatigas y el trabajo indescriptible de las ocasiones anteriores. Las experiencias y las prácticas de varios años no pudieron habituarlo a tanto dolor". Por aquellos corrales, cercados o cobertizos, se adentraba Pedro Claver, cargado con medicinas y alimentos, con pan, aguardiente, limones, tabaco y otras cosas que pudiese distribuir entre los negros. Muchos de ellos estaban demasiado asustados o demasiado enfermos para aceptar los regalos. "Primero tenemos que hablar con ellos con nuestras manos y después tratamos de comunicarnos con ellos por la palabra", decía el padre Claver. Al encontrarse con algún moribundo, se detenía para bautizarlo y también reunía a todos los niños nacidos durante el viaje para que recibiesen el bautismo. En todo el tiempo que los negros pasaban en aquellos corrales, tan estrechamente apiñados que, en realidad, tenían que dormir uno pegado al otro, San Pedro Claver permanecía con ellos, ocupado en atender los cuerpos de los enfermos y las almas de todos.

A diferencia de la mayoría de los clérigos, el padre Claver no consideraba que su ignorancia de la lengua le eximiera de la obligación de instruirlos en las verdades de la religión, las reglas de la moral y las palabras de Cristo que llevaban a sus espíritus el consuelo indispensable. Para sus comunicaciones, el padre contaba con siete intérpretes, uno de los cuales hablaba cuatro dialectos africanos y, con su ayuda, instruía a los esclavos y los preparaba para el bautismo en grupos e individualmente. "Eran seres muy atrasados y lentos para comprender", decía el padre Claver, y agregaba que él mismo tenía dificultades insuperables para aprender la lengua y darse a entender. Por eso recurría a las estampas e imágenes de Nuestro Señor en la cruz o bien unas ingenuas ilustraciones que presentaban a los Papas, príncipes y otros grandes personajes "blancos" que observaban regocijados cómo se bautizaba a un negro. Pero sobre todo, trataba de infundir en ellos cierto grado de respeto propio, de dignidad, para darles por lo menos una idea del valor altísimo que tiene un ser humano redimido por la sangre de Cristo, aun cuando fueran despreciados y explotados como esclavos. Asimismo, para despertar en ellos el dolor y el arrepentimiento por sus culpas y sus vicios, les mostraba una espantable representación del infierno que esgrimía con gesto amenazador, como una advertencia. Después, dándose a entender como podía, les aseguraba que se les amaba mucho más de lo que ellos pudieran pensar y que el amor de Dios no debía ser ultrajado por la práctica del mal, por el odio y por la sensualidad. Era necesario tomar a cada uno en particular y repetirle hasta el cansancio la más simple de las enseñanzas, como la de hacer el signo de la cruz o aprender las palabras de la breve oración que todos debían saber: "Jesucristo, Hijo de Dios, Tú serás mi Padre y mi Madre y todo mi bien. Yo te amo. Me duele haber pecado contra Tí. Señor, te quiero mucho, mucho, mucho". Las dificultades con que tropezaba para enseñar, quedan demostradas por el hecho de que en los bautismos colectivos a cada grupo de diez catecúmenos se les daba el mismo nombre para que lo recordaran. Se calcula que, en cuarenta años, San Pedro Claver instruyó y bautizó de esta manera a más de 300,000 esclavos. Cuando había tiempo y ocasión, les enseñaba también con grandes trabajos lo que significaba el sacramento de la penitencia y la manera de practicarlo; se afirma que en un año oyó las confesiones de unos cinco mil negros. Infatigablemente se esforzaba por convencerlos de que debían evitar las ocasiones de pecado y, con el mismo empeño, insistía ante los propietarios para que se preocuparan por el alma de sus esclavos. El sacerdote llegó a ser la representación de la fuerza moral en Cartagena y se cuenta la historia de un negro que consiguió librarse del asedio de una mujer liviana en las calles de la ciudad tan sólo con decirle: "¡Cuidado! ¡Allá viene el padre Claver!"

Cuando por fin a los esclavos se les reunía para enviarlos a las minas y las plantaciones, San Pedro se desvivía por infundirles sus recomendaciones y consejos, puesto que le sería muy difícil volver a verlos. Tenía una confianza abso-

luta de que Dios velaría por ellos y, a diferencia de algunos reformadores sociales de tiempos posteriores, no pensaba que ni aun el más brutal de los propietarios de esclavos, fuese un bárbaro despreciable al que no podía llegar la misericordia de Dios. También los dueños de plantaciones, los encomenderos y los hacendados tenían almas iguales a las de los negros, por eso San Pedro apelaba a las almas de los señores del lugar para que administraran justicia física y espiritual, no tanto por el bien de los demás como por el suyo propio. Para los espíritus cínicos o escépticos, la confianza del santo en la bondad humana debe haber parecido pueril, y sin duda que todos pensaban que San Pedro quedaría desilusionado con mucha frecuencia. Sin embargo, es imposible pasar por alto el hecho de que ni siquiera las infamias del más cruel encomendero español podían compararse con el trato ordinario que los más correctos plantadores ingleses de Jamaica, por ejemplo, daban a sus esclavos en el siglo diecisiete y en el dieciocho, ya que sus crueldades físicas eran infernales y su indiferencia moral sólo podía calificarse de diabólica. Las leyes de España para sus colonias autorizaban, por lo menos, el matrimonio de los esclavos, prohibían que fueran separadas las familias, los protegía de los castigos y su captura, una vez que conseguían su libertad. San Pedro Claver hizo todo lo que estaba de su mano para que se observasen estas leyes. Cada primavera, después de Pascua, hacía San Pedro una gira por las plantaciones, minas y haciendas cercanas a Cartagena, a fin de comprobar cómo andaban sus negros. No siempre era bien recibido. Los dueños se quejaban de que hacía perder el tiempo a los esclavos con sus sermones, oraciones y cánticos; las damas afirmaban que durante una larga temporada, después de que los negros asistían en tropel a la iglesia durante las visitas del sacerdote, era materialmente imposible entrar al templo. Y, si acaso los siervos se desmandaban un poco, se le echaba la culpa al padre Claver. "¿Qué clase de hombre soy, si no puedo hacer un poco de bien sin causar una gran confusión?", solía preguntarse a sí mismo. Pero no por eso se desalentaba y no cesó en sus tareas ni aun cuando las autoridades eclesiásticas prestaron oídos a las quejas de sus enemigos.

La mayoría de las historias en relación con el heroísmo o los poderes milagrosos de San Pedro Claver, se refieren a los cuidados solícitos que tenía para con los negros cuando estaban enfermos, pero aún encontraba tiempo para ocuparse de otros que sufrieran, aparte de los esclavos. En Cartagena había dos hospitales: uno, el de San Sebastián, atendido por los hermanos de San Juan de Dios, que se ocupaban de todos los casos en general; el otro, el de San Lázaro, estaba destinado a los leprosos, los atacados por enfermedades contagiosas y los que padecían el mal llamado "fuego de San Antonio". San Pedro visitaba indefectiblemente los dos hospitales cada semana, aliviaba las necesidades materiales de los pacientes y administraba tan efectivos consuelos espirituales, que muchos criminales y pecadores empedernidos se arrepintieron e hicieron penitencia después de charlar con él. También ejerció su apostolado entre los mercaderes y marineros protestantes e incluso logró la conversión de un dignatario anglicano que dijo ser archidiácono de Londres y a quien conoció cuando visitaba a los prisioneros de guerra en un barco anclado en la bahía. Por consideraciones temporales, el pastor inglés no se dejó conquistar de buenas a primeras, pero cayó enfermo, fue llevado al hospital de San Sebastián y, antes de morir, entró a la Iglesia católica guiado por el padre Claver. Muchos ingleses de Cartagena siguieron su ejemplo. Menor éxito tuvo

el santo jesuita en sus esfuerzos por convertir a los musulmanes que llegaban al puerto y que, como dice el biógrafo de Claver, "es bien sabido que, entre todos los pueblos del mundo, son ellos los que más se obstinan en sus errores"; pero en cambio, devolvió al buen camino a gran número de moros y turcos renegados, aunque uno de ellos tardó treinta años en convencerse y aun fue necesario que tuviese una visión de Nuestra Señora para rendirse. También los criminales condenados a muerte gozaron de la benéfica influencia del padre Claver; los registros afirman que no hubo una sola ejecución en Cartagena durante la existencia del sacerdote, sin que éste se hallara presente para consolar al ajusticiado; por sus palabras, tal vez por su sola presencia, muchos criminales endurecidos pasaron sus últimas horas en la oración y el llanto por sus pecados. Y muchos, muchísimos más a quienes la justicia humana no había condenado, acudían a buscarle en el confesionario, donde solía pasar hasta quince horas consecutivas en la tarea de reconvenir, aconsejar, alentar y absolver.

Sus misiones primaverales por los campos, en el curso de las cuales rehuía en lo posible hospedarse en las grandes casas de los dueños para buscar refugio en las chozas de los esclavos, eran continuadas en el otoño por otras misiones más difíciles, entre los mercaderes, traficantes y marineros que, por aquella época, llegaban en gran número a Cartagena y aumentaban el desorden y el vicio en el puerto. Algunas veces, San Pedro se pasaba el día entero en la plaza grande de la ciudad, donde desembocaban las cuatro calles principales, para predicar ante todo el que se detenía a escucharle. Después de haber sido el apóstol de los negros, lo fue de toda la ciudad de Cartagena. Un trabajo tan enorme recibió la ayuda de Dios, que otorgó al padre Claver los dones que siempre concedió a sus apóstoles, de obrar milagros, de profetizar y de leer en los corazones. Pocos han sido los santos que desarrollaron sus actividades en circunstancias tan adversas y repugnantes como él, pero aun aquellas mortificaciones de la carne no eran bastantes, puesto que el santo usaba de continuo instrumentos para las más severas penitencias; muchas veces oraba a solas en su celda con una corona de espinas en la cabeza y una cruz muy pesada sobre sus hombros. Evitaba los más inocentes regalos para sus sentidos, no fuera que éstos lo desviaran del sendero de sacrificio que había elegido; por eso, jamás usó para sí mismo de la indulgencia y la bondad que usaba para con los demás. Cierta vez en que alababan su celo apostólico, replicó: "Así tiene que ser y no hay nada de extraordinario en ello. Es el resultado de mi temperamento entusiasta e impetuoso. Si no fuera por este trabajo, yo sería una insoportable molestia para mí mismo y para los demás". Y, para que nadie alabara su aparente falta de sensibilidad al tratar las enfermedades más repugnantes, decía: "Si el ser un santo consiste en no tener olfato y en tener un estómago a toda prueba, puede ser que yo sea un santo".

En el año de 1650, San Pedro Claver viajó a lo largo de la costa para predicar entre los negros, pero apenas iniciado el viaje, una enfermedad atacó su cuerpo débil y agotado y tuvo que regresar a la residencia de Cartagena. Poco tiempo después, estalló en la ciudad una violenta epidemia de viruela, y una de las primeras víctimas entre los padres jesuitas fue el santo misionero, que estuvo al borde del sepulcro. Pero, después de recibir los últimos sacramentos volvió a la vida, aunque quedó deshecho. Durante el resto de su existencia, los dolores no le abandonaron ni un instante, sus miembros temblorosos no le sostenían y le era imposible oficiar la misa. Por fuerza abandonó

toda actividad y, sólo de vez en cuando oía confesiones, en especial las de su querida amiga Doña Isabel de Urbina, que siempre había apoyado generosamente su trabajo. En ocasiones, se hacía llevar a un hospital, o a la cárcel para atender a un moribundo o bien a un condenado a muerte. Cierta vez, cuando llegó a Cartagena un cargamento de esclavos procedente de una región del Africa no explotada hasta entonces, el padre Claver recuperó su antigua energía. Lo llevaron en vilo a los muelles y no descansó hasta encontrar un intérprete que le ayudó a reunir a los niños para bautizarlos y a dar algunas instrucciones a los adultos. Pero aquella recuperación fue momentánea. San Pedro pasaba la mayor parte del tiempo en su celda, no sólo inactivo, sino olvidado e incluso abandonado; se había reducido mucho el número de los jesuitas en la casa de Cartagena y, los pocos que quedaban, tenían todo su tiempo ocupado en los múltiples deberes de su ministerio, aumentados por la persistencia de la epidemia; pero aun así es inexplicable la indiferencia que demostraron hacia el santo. Doña Isabel y su hermana permanecieron fieles a su amistad y eran las únicas que lo visitaban, junto con su antiguo ayudante, el hermano Nicolás González. Fuera de estos tres, San Pedro Claver no veía a nadie más que a un joven negro que le atendía, pero que era impaciente y brusco y que, a menudo, dejaba al viejo sacerdote durante días enteros sin la menor atención. Una vez, las autoridades recordaron que aún existía, porque surgieron quejas de que el padre Claver había caído en la costumbre de rebautizar a los negros. Naturalmente, que el santo nunca había hecho semejante cosa, excepto condicionalmente en caso de duda; pero de todas maneras se le prohibió bautizar en lo futuro. "Me arrepiento, escribió una vez, de no haber imitado siempre el ejemplo del asno. Cuando se habla mal de él y se le insulta, se hace el sordo. Cuando lo matan de hambre, se hace el sordo. Cuando le cargan en demasía, se hace el sordo. Cuando le desprecian y le abandonan, todavía se hace el sordo. Jamás se queja en ninguna circunstancia, porque no es más que un asno. Así deberían ser los siervos de Dios: *Ut jumentum factus sum apud Te.*"

En el verano de 1654, el padre Diego Ramírez Fariña llegó a Cartagena procedente de España con una comisión del rey para trabajar por los negros. San Pedro Claver se regocijó tanto, que se levantó del lecho para dar la bienvenida a su sucesor. Pocos días más tarde, oyó en confesión a Doña Isabel y le dijo que esa sería la última. El 6 de septiembre, después de asistir a misa y recibir la comunión, le dijo a Nicolás González: "Ya voy a morir". Aquella misma tarde cayó enfermo y quedó en estado de coma. El rumor de que estaba agonizante, circuló por toda la ciudad rápidamente y, de pronto todos parecieron recordar la existencia del santo. Una verdadera muchedumbre llegó a besar sus manos antes de que fuera demasiado tarde. Las gentes que venían, despojaron la celda y aun el lecho del santo de todo lo que pudieron llevarse como una reliquia. San Pedro Claver no volvió a recuperar el conocimiento y murió dos días después, el 8 de septiembre de 1654, día de la Natividad de Nuestra Señora. Las autoridades civiles que habían mirado con frialdad la solicitud del sacerdote por los infelices negros y los sacerdotes, que habían calificado de indiscreto su celo y de desperdicio su enérgica actividad, rivalizaron entonces para honrar su memoria. Los magistrados de la ciudad ordenaron que se le enterrara con gran pompa, a costa del erario municipal, y el vicario general de la diócesis ofició en el funeral. Los negros

y los indios hicieron celebrar por cuenta propia una misa a la que fueron invitadas las autoridades españolas. La iglesia era un mar de luces, cantaron los coros y el tesorero de la iglesia de Popayán pronunció una oración fúnebre que fue una loa a las "excelsas virtudes, a la santidad, al heroísmo y a los estupendos milagros del padre Claver". Desde entonces, ya nadie se olvidó de San Pedro Claver, y su fama se extendió por todo el mundo. Fue canonizado en 1888, al mismo tiempo que su amigo San Alfonso Rodríguez. El Papa León XIII lo declaró patrón de todas las misiones entre los negros en todas las partes del mundo. Su fiesta se celebra en América y en muchas otras partes.

Parece ser que no existe una biografía propiamente dicha de San Pedro Claver, pero los registros y declaraciones en los procesos de beatificación nos proporcionan abundante material. Posiblemente el mejor resumen es el que figura en el capítulo 8 del 5o. volumen de la *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, de F. Astrain, pp. 479-495. Lo mejor de lo que podíamos llamar una biografía, es la de J. M. Solá, *Vida de San Pedro Claver* (1888), que toma los datos del libro de J. M. Fernández. Hay varias otras "vidas", la mayoría de las cuales son breves compendios y entre las cuales, se podía mencionar el libro de J. Charrau, *L'Esclave des Négres* (1914); G. Ledos, en la serie *Les Saints* (1923); Höver, *Claver* (1905); M. D. Petre, *Aethiopum Servus* (1896); y C. C. Martindale, *Captains of Christ*, parte III. La historia de Claver en forma novelada aparece en el libro de M. Farnum, *La calle de la Media Luna.* Ver *A. Saint in the Slave Trade* (1935), de A. Lunn.

BEATA SERAFINA SFORZA, VIUDA (*c.* 1478 P.C.)

HACIA el año de 1432, Guy, conde de Montefeltro, y su segunda esposa, Catalina Colonna, tuvieron una hija en su casa de Urbino. En la pila bautismal recibió el nombre de Sueva. Sus padres murieron cuando era apenas una niña, y fue enviada a Roma para vivir en la casa de su tío, el príncipe Colonna. Al cumplir los dieciséis años, se casó con Alejandro Sforza, señor de Pésaro, viudo y con dos hijos. Durante algunos años, Sueva vivió feliz al lado de su esposo, hasta que Alejandro tuvo que partir a tomar las armas para ayudar a su hermano, el duque de Milán, y dejó su hacienda al cuidado de su esposa. La ausencia del señor de la casa fue muy prolongada y, a su regreso, Alejandro inició una intriga amorosa con una mujer llamada Pacífica, esposa del médico de la localidad. Sueva recurrió a todos los medios a su alcance para reconquistar el afecto de su esposo, pero con tan poco éxito, que éste sumó a sus infidelidades los desprecios, los insultos y aun las golpizas crueles. Las cosas llegaron a un extremo de tirantez insoportable; hubo un momento en que Alejandro trató, descaradamente, de asesinar a su mujer y, a partir de entonces, la infortunada Sueva abandonó sus esfuerzos para conseguir una reconciliación y se entregó por entero al retiro y la oración. La actitud de Sueva sólo sirvió para exasperar más a Alejandro, quien acabó por sacarla a rastras de la casa, dejarla afuera y decirle, al tiempo que cerraba la puerta, que buscase refugio en algún convento.

Así lo hizo Sueva, que fue recibida como huésped por las Clarisas Pobres en el convento de Corpus Christi, donde llevó la misma vida que las monjas; con el correr del tiempo, tomó el hábito y el nombre de Serafina. Precisamente aquello era lo que deseaba Alejandro que, al sentirse libre, se dejó llevar por sus pasiones y rodó de mal en peor; con gran desvergüenza, se mostraba en toda

Pésaro con Pacífica como si fuese su legítima esposa y aun tuvo la insolencia de enviarla a visitar el convento de las clarisas, adornada con las joyas de Sueva. Entretanto, la hermana Serafina se conducía como una monja ejemplar, aunque no se olvidaba de sus obligaciones para con su marido; nunca dejó de orar por él, ni de ofrecer sus penitencias por la conversión de Alejandro. Sus peticiones fueron otorgadas, porque en 1473, cuando murió Alejandro, tuvo tiempo de arrepentirse, confesarse y renegar de sus pasadas culpas.

Esa es, en esencia, la historia de la beata Serafina, tal como se cuenta por lo general. Desgraciadamente las investigaciones han dado pruebas de que, al dejar el mundo para recluirse en el convento, no era una víctima inocente como aparentaba. Su esposo la acusó de infidelidad y, aun cuando esos cargos fuesen falsos, hay pruebas de que ella estuvo complicada en una conspiración para matar a Alejandro. Lo cierto es que ella estaba bastante envuelta en las intrigas y liviandades del "alto mundo" del *quattrocento*; sin embargo, Sueva entró al convento en 1457, cuando tenía veinticinco años de edad, y tuvo más de veinte años para arrepentirse y reparar sus culpas, cualesquiera que hayan sido, en la práctica de una de las más austeras reglas religiosas. Seguramente que así fue, puesto que se veneró a la beata desde su muerte y su culto local fue aprobado por el Papa Benedicto XIV, en 1754.

Una biografía anónima fue impresa con un prólogo en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. III. En el año 1903, P. Feliciangeli publicó su estudio titulado: *Sulla monacazione di Sueva Montefeltro Sforza*, donde da a conocer algunos documentos distintos que arrojan nueva luz sobre el personaje. Estas pruebas eran desconocidas para los primeros biógrafos, como Mons. Alegiani, lo mismo que Léon en *Auréole Séraphique*, vol. III, pp. 114-120. Fray Van Ortroy discute el problema en *Analecta Bollandiana*, vol. XXIV (1905), pp. 311-313.

BEATA LUISA DE SABOYA, VIUDA (1503 P.C.)

LA MUY encumbrada, poderosa, acaudalada e ilustre dama, Luisa de Saboya, señalada por Dios para convertirse en una humilde monja de las Clarisas Pobres, nació en el año de 1461, en cuna de oro, como se dice. Fue hija de Amadeo IX, duque de Saboya, y también beatificado; por parte de su madre, Yolanda, fue nieta del rey Carlos VII de Francia, sobrina del rey Luis XI y prima de Santa Juana de Valois. El duque murió antes de que su hija cumpiese los nueve años, y la pequeña Luisa fue admirablemente educada por su madre. Desde muy temprana edad dio muestras de poseer cualidades espirituales extraordinarias. Catalina de Saulx, una de las damas de honor de Luisa, escribió sobre ella estas palabras: "Era tan dulce y generosa, bien dispuesta y amable, que despertaba el afecto de todos que se dejaban llevar por su atractivo y conquistar por su encanto". A la edad de dieciocho años, se casó con Hugo de Châlons, señor de Nozeroy, un hombre tan bueno como rico y poderoso, quien, de completo acuerdo con su mujer, impuso en su hogar una vida perfectamente cristiana. Tanto por ejemplo como por precepto, marido y mujer crearon un alto nivel de vida moral y material para todos los que moraban en sus tierras y dependían de ellos de alguna manera. En contraste con los palacios y residencias de los otros nobles acaudalados, la suntuosa casa de los de Châlons parecía un monasterio. Con especial empeño se combatía la costumbre de jurar o usar palabras groseras; la señora Luisa fue, sin duda, la primera ama de casa que tuvo una alcancía para los pobres, en la que

todos los que vivían o visitaban su casa, tenían obligación de echar dinero, si se les iba la lengua y decían malas palabras. Luisa prodigó ampliamente su caridad hacia los enfermos y necesitados, hacia las viudas y los huérfanos y, especialmente hacia los leprosos.

Al cabo de nueve años de felicidad matrimonial, murió el esposo y como no hubo hijos, Luisa empezó a prepararse para su retiro de este mundo. Necesitó dos años para poner en orden sus asuntos y, durante este lapso, usó el hábito de los terciarios franciscanos, aprendió a decir los divinos oficios y se levantaba a la medianoche para rezar los maitines. Cada viernes se disciplinaba; distribuyó su fortuna, contradijo y desoyó las objeciones de sus parientes y amigos. Después, en compañía de sus dos damas de honor, Catalina de Saulx y Carlota de Saint-Maurice, fue admitida en el convento de las Clarisas Pobres de la ciudad de Orbe, cuyo monasterio había sido fundado por la madre de Hugo de Châlons y, en 1427, estaba ocupado por una comunidad de Santa Coleta. Luisa, que había sido un modelo de doncella, de esposa y de viuda, fue siempre una religiosa ejemplar. No obstante su elevada cuna, su humildad era sincera y natural: lavaba los platos, barría, ayudaba en la cocina, limpiaba los corredores y todo lo hacía bien y con gusto; con la misma sencillez y naturalidad, aceptó y desempeñó el puesto, cuando la eligieron abadesa. En este cargo, mostró especial solicitud en servir a los frailes de su orden, y cualquiera de ellos que llegase a hospedarse en el convento, era atendido a cuerpo de rey; la presencia de los padres y de los hermanos era como una bendición de Dios y nada podía faltar a los hijos del "buen padre San Francisco". A la edad de cuarenta y dos años, murió Luisa de Saboya y, en 1839, se aprobó el antiguo culto de esta sierva de Dios.

Catalina de Saulx escribió una biografía de Luisa de Saboya, a la que conoció bien por haber sido su dama de honor y haberla seguido al convento de Orbe. Este texto con anotaciones fue editado por A. M. Jeanneret (1860). Ver también a F. Jeunet y J. H. Thorin, *Vie de la b. Louise de Savoie* (1884) y cf. *Revue des questions historiques*, vol. XXI pp. 335-336. En *Auréole Séraphique* de Léon se menciona a la beata Luisa en el vol. III, pp. 267-271. Hay un estudio de E. Fedelini, titulado *Les bienheureux de la maison de Savoie* (1925) en el que la beata Luisa tiene su lugar.

10: SAN NICOLAS DE TOLENTINO (1305 P.C.)

ESTE SANTO recibió su sobrenombre de la ciudad en que vivió durante casi toda su vida y en la que murió. Nicolás nació en Sant'Angelo, pequeña población vecina a Fermo, en la Marca de Ancona, en el año 1245. Su padre y su madre formaron un matrimonio feliz durante muchos años, pero cuando ambos pasaron de la edad madura, se entristecieron al ver que se aproximaba la vejez y no habían tenido hijos. Ambos pidieron fervorosamente al cielo que les concediera esa bendición e hicieron peregrinaciones al santuario de San Nicolás de Bari, donde la esposa que se creía estéril, pidió con todo su corazón y toda su fe a Dios que le hiciese el milagro de darle un hijo para tener la ventura de consagrarlo a Su servicio. A su debido tiempo, vino al mundo un niño que en la pila bautismal recibió el nombre de su patrono, Nicolás. Era un niño todavía cuando emprendía largas caminatas para entregarse a la oración en una cueva cercana a la ciudad de Sant'Angelo,

para imitar a los ermitaños que, por aquel entonces, moraban en los Apeninos. En la actualidad, las gentes devotas van a orar en la misma cueva para honrar a San Nicolás de Tolentino. A edad muy temprana recibió las órdenes menores y se le otorgó una canonjía en la iglesia colegiata de San Salvador en Sant'Angelo, y no faltaban los que estaban dispuestos a usar de sus influencias para promoverle en las filas del clero secular. Sin embargo, Nicolás aspiraba a un estado que le permitiera consagrar todo su tiempo, sus pensamientos y sus deseos a Dios directamente. Y sucedió que un día entró Nicolás en la iglesia de los agustinos y oyó predicar a uno de los frailes sobre el tema: "No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo . . . El mundo pasará". Aquel sermón motivó la resolución absoluta de Nicolás de unirse a la orden religiosa a la que pertenecía el predicador. Y eso fue lo que hizo tan pronto como alcanzó la edad en que podían admitirlo los frailes agustinos de Sant' Angelo. Hizo su noviciado bajo la dirección del propio predicador, el padre Reginaldo y, poco antes de cumplir los dieciocho años, hizo su profesión.

Fray Nicolás fue enviado a San Ginesio para sus estudios de teología y ahí se le encomendó la tarea de distribuir diariamente, a las puertas del monasterio, las provisiones de los pobres. El joven dio con tanta largueza que el procurador fue a quejarse y a denunciarlo ante el prior. Mientras Nicolás realizaba aquella tarea caritativa, se registró su primer milagro cuando puso la mano sobre la cabeza de un niño enfermo y le dijo: "El buen Dios te curará"; ahí mismo y al momento, quedó curado el niño. Alrededor del año 1270, fue ordenado sacerdote en Cignoli y en aquella ciudad llegó pronto a ser famoso entre la población por las muchas maravillas que obraba, sobre todo por haber devuelto la vista a una mujer ciega, con las mismas palabras con que curó al niño mencionado antes. Sin embargo, no permaneció ahí por mucho tiempo ya que, durante cuatro años, estuvo en continuo movimiento entre uno y otro de los monasterios y misiones de su orden. Durante un período no muy largo, fue maestro de novicios en San Elpidio, donde había una numerosa comunidad en la que figuraban dos frailes que los agustinos veneran como beatos: Angelo de Furcio y Angelo de Foligno. Cuando visitaba a un pariente que era prior en un monasterio vecino a Fermo, fue invitado a quedarse y se sintió tentado a hacerlo porque aquel convento era muy hermoso, confortable y bien provisto, en comparación con la dura pobreza de las casas de los frailes a las que estaba acostumbrado. Pero mientras oraba en la capilla, le pareció oír una voz que le aconsejaba: "A Tolentino, a Tolentino . . . Allá persevera . . .". Pocos días más tarde, sus superiores le enviaron a Tolentino y ahí se quedó durante treinta años, hasta que murió.

La ciudad de Tolentino había sufrido grandemente en la lucha entre güelfos y gibelinos, y los acostumbrados efectos de discordias, salvaje fanatismo, división y prosperidad para el crimen y el mal, que traen consigo las guerras civiles, se habían apoderado de la población a tal extremo, que era urgente emprender una campaña de moralización y de prédica callejera que reformara las costumbres. A ese trabajo se entregó San Nicolás en cuerpo y alma. Inmediatamente obtuvo un éxito rotundo y clamoroso. "Hablaba de las cosas del cielo", nos dice San Antonino. "Predicaba con dulzura la divina palabra, pero las frases que salían de sus labios penetraban en los corazones y parecían quedar grabadas a fuego en ellos. Cuando los superiores le ordenaron que difundiera en público el Evangelio, no hizo el menor intento de mostrar sus

conocimientos o de hacer gala de su habilidad de orador, sino que sencillamente glorificó a Dios. En los ojos de quienes le escuchaban podían verse las lágrimas y se oían los suspiros de las gentes que comenzaban a sentir el dolor de haber pecado y se arrepentían de su vida pasada." Los sermones de Nicolás despertaban la oposición de los que no querían escucharlos, y cierto caballero de la ciudad que llevaba una vida de escándalo y hacía ostentación de sus pecados recurrió a los medios para hacer callar al fraile y expulsarlo de Tolentino. Nicolás no se dejó intimidar, y su perseverancia acabó por impresionar a su perseguidor. Cierto día, cuando el caballero y algunos de sus amigos vociferaban y peroraban en la calle, frente a la iglesia, con el propósito de molestar al santo que predicaba, llegaron incluso a fingir que sostenían un encuentro de esgrima a la puerta del templo para que la gente no entrase. Nicolás comenzó a predicar a pesar de todo y, en un momento dado, el caballero envainó su espada, hizo signos para que los demás guardasen silencio y se puso a escuchar el sermón. Al fin, fue a pedir disculpas al predicador, confesó que se había sentido tocado en el corazón y, desde entonces, comenzó a reformar su vida. La conversión del escandaloso caballero produjo mucha impresión en la ciudad, y muy pronto Nicolás tuvo que pasar días enteros en el confesionario. A diario recorría los barrios pobres de Tolentino para consolar a los moribundos, visitar, atender (y algunas veces curar milagrosamente) a los enfermos, para vigilar la conducta de los niños, para llamar a los pecadores, arreglar querellas y allanar diferencias. Durante el proceso de canonización, una mujer dio testimonio de que Nicolás había transformado radicalmente a su esposo quien durante muchos años la había tratado con salvaje brutalidad. Otro testigo dio pruebas de tres milagros realizados por el santo en otros tantos miembros de su familia. "No digan nada a nadie" era la acostumbrada recomendación de Nicolás después de aquellos sucedidos maravillosos. "Dad gracias a Dios y no a mí. Yo no soy más que un poco de tierra, un pobre pecador".

Jordán de Sajonia (no el beato dominico, sino el fraile agustino) en la biografía que escribió alrededor de 1380 sobre San Nicolás, cuenta un suceso que tiene el mérito de haber sido relatado por los bolandistas como el milagro más extraordinario entre todos los que se atribuyen al santo. Un hombre cayó en la emboscada que le tendieron sus enemigos en un lugar solitario de Mont' Ortona, cerca de Padua, le apresaron y, sin prestar oídos a sus ruegos en nombre de Dios y de San Nicolás de Bari para que tuvieran misericordia de él, o por lo menos le trajesen un sacerdote para que le confesara, lo mataron a puñaladas y arrojaron su cadáver al lago. Una semana después, un misterioso monje con el hábito de los agustinos encontró el cuerpo del ahogado, lo resucitó y lo devolvió vivo, sano y salvo a su familia. Inmediatamente el hombre pidió a un sacerdote, recibió los últimos sacramentos y luego declaró que, gracias a su apelación a San Nicolás, se le permitió volver a la vida para confesarse y comulgar y entonces murió de nuevo. Al instante, su carne se desintegró y sólo quedó su esqueleto para que fuera cristianamente sepultado. Muchas de las maravillas que se atribuyen a la intercesión de San Nicolás se relacionan con el pan que, el día de su fiesta, bendicen los frailes de su orden. En los últimos años de su vida, cuando estaba enfermo y débil, sus superiores le instaban para que comiese carne y otros alimentos que le fortalecieran; el santo debió luchar entre la obligación de obedecer y su propósito de no ceder a los deseos de su cuerpo. Cierta noche le pareció que la Virgen María le

hablaba para recomendarle que pidiese un pedazo de pan remojado en agua y lo comiese para recuperar la salud. Así sucedió y, desde entonces, San Nicolás acostumbraba, como señal de agradecimiento, bendecir trozos de pan y darlos a los enfermos. Ese fue el origen de la costumbre de los agustinos.*

La última enfermedad de San Nicolás duró casi un año y, en los días postreros de su existencia, sólo pudo levantarse del lecho una vez para absolver a un penitente que habría ocultado una gravísima culpa a cualquier otro sacerdote que no fuese él. La muerte le sobrevino rápidamente el 10 de septiembre de 1305. Sus últimas palabras a los frailes congregados en torno suyo fueron éstas: "Mis amados hermanos; mi conciencia no me reprocha nada; pero no por eso me siento justificado". Inmediatamente después de su muerte, se formó una comisión para coleccionar pruebas sobre sus heroicas virtudes y sus milagros, pero intervino el suceso del traslado de los Papas a Aviñón, y la canonización no se decretó hasta 1446.

Pedro de Monte Rubiano, contemporáneo de San Nicolás, escribió su biografía que se encuentra en *Acta Sanctorum* sept. vol. III. Posteriormente, se escribieron muchas otras vidas que no recurrieron para nada al citado documento. Entre éstas la más extensa es la de F. Giorgi, *Vita del taumaturgo S. Niccolo da Tolentino* (1856, tres volúmenes). Las otras son en su mayoría de carácter popular: dos en francés, de A. Tonna-Barthet (1896) y de H. P. (1899). En la ciudad de Tolentino, en ocasión del centenario celebrado en 1905, apareció un periódico bajo el título de *Sesto Centenario di San Niccla da Tolentino.* En el periódico se han publicado algunos documentos de los que se conservan en los archivos del municipio, así como unas informaciones interesantes acerca del culto al santo. Debe recordarse que los relatos sobre los milagros pertenecen a una época en que no se hacían investigaciones. Varios folletos se publicaron en Italia en relación con el supuesto milagro de que sangraran los brazos rotos en una imagen de San Nicolás. Sobre ese particular, ver el estudio de N. G. Cappi (1725). En inglés existe la biografía escrita por E. A. Foran en 1920; ver también la que escribió en italiano N. Concetti (1932).

SAN NEMESIANO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (257 P.C.)

DURANTE EL primer año, en el curso de la octava persecución general contra los cristianos, en 257, bajo el reinado de Valeriano, San Cipriano, obispo de Cartago, fue desterrado a Curubis por el procónsul romano en Africa. Al mismo tiempo, el gobernador de Numidia procedió con severidad primero y luego con crueldad, contra los cristianos; a muchos los sometió a la tortura y después a una muerte espantosa, a otros los mandó a trabajar en las minas de sal y de azufre, lo que equivalía a lo mismo, pero con mayor lentitud. De entre aquel ejército de santos, el gobernador hacía comparecer periódicamente ante él, a uno u otro para someterlo de nuevo a los tormentos y matarlo con indescriptible brutalidad, mientras el resto continuaba en el martirio del hambre, la desnudez, la suciedad, el agotamiento por las penurias y el duro trabajo, las diarias golpizas, los azotes, los palos y los insultos. Desde su destierro, San Cipriano escribía a aquellos cristianos que sufrían por su fe, para consolarlos y alentarlos.

Aquéllos a quienes iban dirigidas las nobles misivas, expresaron su agradecimiento a San Cipriano por intermedio de su jefe, el obispo Nemesiano.

* La Iglesia desea que sus hijos hagan uso de esas devociones con un espíritu que se encuentra bien definido en la oración que dicen los que comen el pan bendito de San Nicolás: "Concédenos, Señor Todopoderoso Dios, que tu Iglesia, honrada con la gloria de las maravillas y milagros del bendito Nicolás, confesor tuyo, pueda, por sus méritos y su intercesión, gozar de paz y unidad perpetuas, por Cristo Nuesto Señor. Amén".

Le decían que sus epístolas les aliviaban el dolor de los golpes y endulzaban las amarguras de sus sufrimientos, les inmunizaban contra la hediondez, la suciedad y la prisión. Le aseguraban que él mismo, por haber confesado gloriosamente la fe en el tribunal del procónsul y por haber sufrido antes que ellos en el destierro, había animado a todos los soldados de Dios para servirlo. Para terminar, le pedían sus oraciones y le decían: "Ayúdemonos unos a otros con nuestras plegarias a fin de que Dios y su Hijo Jesucristo y todo el coro de los ángeles nos den su ayuda cuando mayor necesidad tengamos de ella". Ese glorioso conjunto de mártires es el que conmemora en el día de hoy el Martirologio Romano; a nueve de ellos les da el título de obispos, pero también sufrieron, como lo dice San Cipriano, sacerdotes, diáconos y clérigos menores, así como laicos de todas las edades y condiciones. Algunos fueron ejecutados deliberadamente, unos pocos sobrevivieron y la enorme mayoría murió en las minas por los malos tratos, las penurias, el hambre, la sed, la fatiga y las enfermedades causadas por el cautiverio.

La mención de los santos Nemesiano, Félix y compañeros en el Martirologio Romano en esta fecha, se debe a una confusión. Hubo un mártir Nemesiano que murió con varios compañeros en Alejandría y, como lo atestigua el *Hieronymianum,* se conmemora en este día. Posiblemente sea el mismo mártir que en el Breviario Sirio aparece con el nombre de "Menmais", también el 10 de septiembre. Dom Quentin ha demostrado que el martirologista Floro identificó a este grupo de mártires de Alejandría con aquéllos a quienes dirigía sus cartas San Cipriano (ver *Martyrologes Historiques,* p. 289). Además de estas cartas no tenemos otras pruebas de que el obispo Nemesiano a quien estaban dirigidas haya sido honrado como mártir. El calendario cartaginés nombra a Nemesiano el 23 de diciembre pero éste puede ser un niño martirizado del que habla San Agustín. El texto de San Cipriano, con comentarios, se reproduce en el *Acta Sanctorum,* sept., vol. III.

SANTAS MENODORA, METRODORA y NINFODORA, VÍRGENES Y MÁRTIRES (¿304? P.C.)

LAS "ACTAS" de estas mártires sólo se conocen en la versión escrita por Simeón Metafrasto en el siglo décimo. Ahí se las representa como tres huérfanas que, después de la muerte de sus padres, se fueron a vivir a Bitinia, "cerca de los baños de Pitian", dedicadas a las buenas obras. Durante la persecución de Diocleciano y Maximiano, las tres hermanas fueron denunciadas como cristianas a Fonto, gobernador de la provincia, quien las hizo aprehender. Cuando comparecieron ante él, el porte modesto, la gracia natural y la belleza de las tres muchachas, conmovieron su corazón y, cuando las doncellas declararon su cristianismo, el gobernador les prometió ser su protector si accedían a someterse a los dioses. Rechazaron la oferta y sólo pidieron la gracia de morir juntas, como hasta entonces habían vivido. Cuando se convenció de que no iba a hacerlas cambiar de parecer, Fonto mandó que Menodora fuera apaleada brutalmente delante de las otras dos, como un intento para doblegar su constancia. Menodora murió con el cuerpo deshecho y, durante tres días, sus dos hermanas fueron obligadas a mirar cómo se descomponía el cadáver tirado en los basureros fuera de las murallas de la ciudad; pero ni aun aquel horrendo espectáculo las doblegó. "Somos tres ramas de un buen árbol", dijo Metrodora, "no dañaremos la raíz de la que hemos surgido al hacer lo que tú nos pides, gobernador". Entonces, Metrodora fue torturada por el fuego y, después, decapitada. Ninfodora, la más joven de las tres, murió bajo los golpes de los látigos.

La *pasión* de estas mártires, escrita en griego, fue impresa por Migne, en PG., vol. CXV; la traducción latina de ese texto está en *Acta Sanctorum*, sept., vol. III.

SANTA PULQUERIA, VIRGEN (453 P.C.)

COMO UN indicio del papel importantísimo que desempeñaron en los asuntos religiosos y eclesiásticos los emperadores romano-bizantinos y de la influencia de las mujeres en la corte imperial (una influencia no siempre benéfica), recordemos que los Padres del famoso Concilio de Calcedonia, que hizo época, aclamaron a la emperatriz Pulqueria, como "guardiana de la fe, pacificadora, pía, creyente y una segunda Santa Elena". Estos títulos no eran simples galanterías de los obispos orientales, sino signo de que éstos sabían por experiencia la importancia de conservar la buena voluntad del soberano imperial y de su corte.

Pulqueria era la nieta de Teodosio el Grande y la hija del emperador Arcadio, el que murió en el año 408. La princesa nació en el año 399. Tuvo tres hermanas: Flacilla, que era la mayor, murió muy joven; Arcadia y Marina eran menores que Pulqueria. El emperador dejó un hijo, Teodosio II, que era tímido, bueno y devoto, incapaz para manejar los asuntos públicos y sin la energía suficiente para la posición que ocupaba. A Teodosio le interesaba más escribir o pintar que el arte de gobernar, y sus allegados le daban el sobrenombre de "calígrafo". En el año de 414, Pulqueria, que sólo tenía la edad de quince años, en nombre de su joven hermano, fue declarada *augusta*, participante con Teodosio en el gobierno del imperio y encargada también del cuidado y educación del príncipe.

Bajo el gobierno de Pulqueria, la corte mejoró mucho de lo que había sido en tiempos de su madre, quien despertó la justa cólera de San Juan Crisóstomo. Al convertirse en *augusta*, Pulqueria hizo un voto de perpetua virginidad e indujo a sus hermanas a hacer lo propio. Probablemente, los motivos de aquella decisión no fueron religiosos, ni en parte, ni completamente. Era una mujer de negocios que veía las cosas tal como eran y no quería que el hombre se casara con ella o con alguna de sus hermanas llegara a meterse en los asuntos de la administración política o hiciera el intento de arrebatar el trono a su hermana. Pero tampoco se puede decir que el voto estuviese desprovisto de cierto sentido religioso, puesto que la soberana había citado a Dios como testigo y no era de las que toman el nombre de Dios en vano, y Pulqueria mantuvo su juramento, aun después de haberse casado, de hecho. De todas maneras, resulta exagerado representar a la corte de aquel tiempo como una especie de monasterio: el espectáculo de las jóvenes princesas dedicadas la mayor parte del tiempo a hilar, bordar y a los ejercicios de devoción en la iglesia no tenía nada de extraordinario y, si Pulqueria impedía a los hombres el acceso a sus departamentos y a los de sus hermanas, era por una medida de elemental prudencia, en vista de que las lenguas de la corte andaban muy sueltas, y los oficiales bizantinos no se distinguían por su buena conducta. Tenemos la impresión de que era una familia muy unida y muy trabajadora, cuya primordial preocupación era el cuidado y la educación de Teodosio. Por desgracia, como sucede a menudo con las gentes muy inteligentes y capaces, Pulqueria estaba segura de bastarse a sí misma y (tal vez sin intención al principio) aprovechó la ventaja de la falta de interés de su hermano por los asuntos públicos para educarlo como un virtuoso caballerito

y un joven estudioso, pero no un gobernante. Como se ha escrito irónicamente: "Su incapacidad para la administración era tan marcada, que apenas si se le puede acusar de haber aumentado los infortunios de su reino por sus propios actos". Si de los infortunios podía culparse a Teodosio, las buenas fortunas podrían achacarse a la prudencia y el buen gobierno de Pulqueria. El carácter resuelto de ésta y la tímida indiferencia de su hermano, se ponen de manifiesto en un suceso que ocurrió cuando Pulqueria, para poner a prueba a Teodosio, le presentó un decreto para la sentencia de muerte contra sí misma. El joven lo firmó precipitadamente, sin haberlo leído.

Cuando Teodosio llegó a la edad de contraer matrimonio, Pulqueria volvió a tomar en consideración las complicaciones políticas y, debemos admitirlo, también la salvaguardia de sus propios intereses y su ascendencia que, en las circunstancias, eran para el bien y el progreso del estado; eligió para él a Atenaís, la más bella, muy acaudalada y muy encumbrada hija de un filósofo de Atenas que aún era pagano.* Teodosio aceptó de buen grado a la joven, y ella no tuvo ningún reparo en hacerse cristiana, de modo que, en el año 421, se casaron. Dos años más tarde, Teodosio declaró *augusta* a su esposa Atenaís o Eudoquia, como se le había puesto en el bautismo. Era inevitable que la *augusta* Eudoquia, tarde o temprano, intentase menguar los poderes de su cuñada, la *augusta* Pulqueria. A su debido tiempo, la ambiciosa hija del filósofo ejerció todas sus artes femeniles sobre su débil y pusilánime esposo, hasta que consiguió que desterrara a Pulqueria en Hebdomon. El exilio duró algunos años. Podemos creer sin reparos, como dice Alban Butler, que Santa Pulqueria "consideró el castigo de su exilio como un favor del cielo y consagró todo su tiempo a Dios en la plegaria y al prójimo en las buenas obras. Nunca se quejó por la ingratitud de su hermano, ni por las inicuas intrigas de la emperatriz que todo se lo debía, ni por las injusticias de sus ministros". Sin duda, que habría estado contenta "con olvidarse del mundo y con que el mundo se olvidara de ella", pero no podía pasar por alto que tenía muchas y muy graves responsabilidades en aquella gran parte del mundo cuya capital era Constantinopla. Durante algún tiempo las cosas marcharon bastante bien, hasta que más o menos por el año de 441, se produjo la caída de Eudoquia. Se la había acusado, tal vez injustamente, de haber sido infiel al emperador con un apuesto aunque gotoso oficial llamado Paulino,** y fue desterrada a Jerusalén, oculta bajo el disfraz de un peregrino. Ya nunca regresó. En la corte hubo una reorganización general de las oficinas de gobierno y todos los puestos cambiaron de mano; a Pulqueria se le llamó del exilio, pero no para darle su antiguo cargo de supremo gobierno, ya que la jefatura estaba ocupada ahora por Crisafio, un antiguo partidario y admirador de Eudoquia. Bajo la administración de aquel hombre, el imperio de oriente fue de mal en peor durante diez años.

Por las presiones de Crisafio y sin ninguna consideración por la firmeza de las ideas teológicas, ya que anteriormente había favorecido a Nestorio, el

* La versión de que Atenaís fue enviada a Constantinopla para buscar fortuna, ilustra de manera interesante un aspecto de las costumbres en la sociedad greco-romana de la época. Estaría fuera de lugar relatar aquí esa historia, por eso recomendamos ver el resumen que hace Finlay en "Greece under the Romans", cap. II, sección XI.

** Ver a Finlay en la obra "Greece under the Romans", para la fabulosa historia de la manzana de Frigia.

emperador Teodosio brindó su apoyo incondicional a Eutiques y a la herejía monofisita. En el año de 449, el Papa San León el Grande apeló a Santa Pulqueria y al emperador para que rechazaran y combatieran el monofisismo; como respuesta, Teodosio aprobó las actas del "infame Sínodo" de Efeso y expulsó a San Flaviano de la sede de Constantinopla. Pulqueria se mantenía firme en la ortodoxia, pero su influencia sobre su hermano se había debilitado. El Papa escribió de nuevo; Hilario, el archidiácono de Roma, escribió también; dejaron oír sus protestas y sus consejos Valentiniano III, el emperador de occidente, su esposa Eudosia, la hija de Teodosio y Gala Plácida, su madre . . . y, de repente, en medio de aquella lluvia de apelaciones, murió el emperador Teodosio, como consecuencia de los golpes que recibió al caer del caballo durante una partida de caza.

Santa Pulqueria, que por entonces tenía cincuenta y un años, instaló en el trono imperial a un general veterano de humilde origen, siete años mayor que ella. Llevaba el nombre de Marciano; era natural de Tracia y viudo. Pulqueria juzgó prudente y muy ventajoso para el estado y para la estabilidad del trono, contraer matrimonio con Marciano y así se lo propuso, con la única condición de que ella quedase en libertad para mantener su voto de virginidad. El general veterano aceptó y ambos gobernaron juntos como dos buenos amigos siempre de acuerdo en sus puntos de vista y sus sentimientos, encaminados al progreso de la religión y el aumento del bienestar público. Los emperadores dieron una calurosa bienvenida a los delegados que envió el Papa León a Constantinopla, y su celo en favor de la fe católica les valió las más cálidas felicitaciones y encomios por parte de aquel Pontífice y del Concilio de Calcedonia que, convocado en 451 bajo el patrocinio de los emperadores, condenó a la herejía monofisita. Pulqueria y Marciano hicieron todo lo que estaba a su alcance para que los decretos de aquella asamblea quedaran establecidos en todo el imperio de oriente, pero fracasaron lamentablemente en Egipto y en Siria. La propia emperatriz Santa Pulqueria escribió a un monje y a una abadesa de un convento de monjas de Palestina, con el propósito de convencerlos de que el Concilio de Calcedonia no había propiciado, como se afirmaba, una reavivación del nestorianismo, sino que condenó aquel error juntamente con las opuestas ideas herejes de Eutiques. Por dos veces con anterioridad, en 414 y 443, Pulqueria había perdonado el pago de impuestos atrasados que abarcaban un período de sesenta años, y tanto ella como su esposo procuraron contentar a su pueblo con bajos impuestos y los menores gastos de guerra que fueran posibles. El admirable espíritu con que desempeñaron sus deberes de gobernantes, se traduce en el lema de Marciano: "Nuestra obligación de soberanos es cuidar de la raza humana". Por desgracia, la magnífica sociedad no duró más de tres años, porque en el mes de julio del 453 murió Santa Pulqueria.

Aquella gran emperatriz construyó muchas iglesias, tres de ellas en honor de la Madre de Dios: la de Blakhernae, la de Khalkopratia y la de Hodegetria, que figuraron entre las más famosas iglesias marianas de la cristiandad. En la última de las iglesias mencionadas la emperatriz instaló la famosísima pintura de la Virgen María que había sido traída de Jerusalén y que se atribuye al Evangelista San Lucas. Pulqueria y Teodosio fueron los primeros emperadores de Constantinopla con inclinaciones griegas más que latinas; ella propició el establecimiento de la universidad donde se enseñaba la lengua griega y había

cursos sobre literatura y filosofía de Grecia; fue ella quien redactó las reglas y principios sobre las obligaciones y necesidades de los gobernantes, reunidos en el llamado Código de Teodosio. Si tomamos en consideración los actos y virtudes de la emperatriz, admitiremos que los elogios de San Próculo en su panegírico del Papa San León y de los padres del Concilio de Calcedonia, no eran meros cumplidos, sino alabanzas que ella merecía. El Martirologio Romano menciona a Santa Pulqueria en la fecha de hoy; su nombre fue inscrito por el cardenal Baronio; su fiesta se celebra entre los griegos, aunque en una época su culto se extendió por el occidente y su fiesta se observaba, por ejemplo, en todo Portugal y en el reino de Nápoles.

Pulqueria desempeñó una parte importante en la historia eclesiástica de su tiempo, pero no tiene una biografía propia. Ver el *Acta Sanctorum*, sept., vol. III y también el vol. IV, pp. 778-782; a Hefele-Leclercq, en *Conciles*, vol. II, pp. 375-377 y las acostumbradas referencias en las diversas obras. Hasta Gibbon habla bien de Pulqueria en su *Decline and Fall*. cap. XXXII.

SAN SALVIO, Obispo de Albi (584 p.c.)

Salvio pertenecía a una familia de la ciudad francesa de Albi. Fue doctor en derecho y también magistrado; pero su amor por el retiro y su deseo por verse libre de distracciones le indujeron a ingresar como monje en un convento, del que llegó a ser abad por elección de sus hermanos. Vivía retirado en una celda construida a cierta distancia del monasterio. Ahí le atacó repentinamente una violenta fiebre que lo dejó inconsciente y muerto en opinión de todos los que acudieron a verle; a decir verdad, el propio santo estaba seguro de que había muerto y sostenía que el cielo le había permitido esa experiencia para devolverle después a la vida. Como quiera que haya sido, Salvio estaba vivo en el año 574, cuando fue sacado de su retiro para que ocupase la sede de Albi. En su puesto de obispo llevó la misma existencia austera de siempre. Cualquier cantidad de dinero o de provisiones que le caía en la mano, era distribuída entre los pobres. Cuando el patricio Momolo pasó por Albi conduciendo a gran número de prisioneros, San Salvio lo siguió hasta rescatar al último de los cautivos. Chilperico, el rey de Soissons que se las daba de teólogo, hizo un tratado muy poco ortodoxo, y San Salvio junto con su amigo San Gregorio de Tours discutieron con el monarca y consiguieron devolverle a la ortodoxia. En el año 584, una epidemia causó estragos entre los fieles de su sede, y fue en vano que sus subordinados y amigos le recomendaran cuidados y precauciones, porque el obispo, inflamado por la caridad, infatigable y abnegado, iba por todas partes donde creía que era necesaria su presencia. Visitaba a los enfermos, los consolaba y los exhortaba a prepararse para llegar a la eternidad. No tardó en contagiarse y, al saber que su hora estaba próxima, mandó traer su ataúd, se vistió con ropas humildes y, así, se dispuso a comparecer delante de Dios. Murió el 10 de septiembre de 584.

Casi todo lo que sabemos sobre San Salvio se encuentra en la *Historia Francorum* de San Gregorio de Tours. Ver también a los bolandistas, en sept., vol. III.

SAN TEODARDO, Obispo de Maestricht (670 p.c.)

Teodardo fue un enérgico obispo de Tongres-Maestricht y un hombre alegre, simpático y bien dispuesto. Eso es prácticamente todo lo que sabemos de su

vida, aparte de algunos datos sobre sus actos. Algunos nobles sin escrúpulos habían tomado posesión de las tierras que, por derecho, pertenecían a su iglesia. Entonces, tomó la resolución de presentarse ante Childerico II de Austrasia para pedirle que se hiciera justicia. Al pasar por el bosque de Bienwand, cerca de Speyer, fue asaltado por unos bandoleros, que le mataron. Su biógrafo nos informa que San Teodardo tuvo tiempo de pronunciar un largo discurso ante sus asesinos, quienes le respondieron con una cita de Horacio. En vista de que su muerte ocurrió cuando emprendía una jornada en defensa de los derechos de la Iglesia, fue venerado como mártir, y su sucesor, San Lamberto, trasladó sus restos a la iglesia de Lieja. También el Martirologio Romano habla de San Teodardo como mártir y dice que "dio su vida por sus ovejas y, después de su muerte, sus virtudes resplandecieron con significativos milagros".

Hay una biografía anónima, escrita en el siglo octavo y otra en fecha posterior, quizá por Heriger, abad de Lobbes. La primera, se halla impresa en *Acta Sanctorum*, sept. vol. III. Ver también a G. Kurth, en *Etude Critique sur Saint Lambert* (1876, pp. 67 y ss. y L. van der Essen, *Etude critique*... (1907), pp. 135-143.

SAN AUBERTO, OBISPO DE AVRANCHES (¿725? P.C.)

NADA DEFINIDO se sabe sobre este santo, fuera de que fundó la famosa iglesia de Mont-Saint-Michel a principios del siglo octavo. Una tradición dice que el arcángel San Miguel se apareció a San Auberto para pedirle que construyese una iglesia en un islote llamado Rocher de la Tombe, a la orilla de la costa, en el territorio de su diócesis. El obispo se comprometió a hacer lo que se le pedía, pero la empresa se presentó tan llena de dificultades, que pasaba el tiempo sin que se iniciara. Fue necesario que el arcángel se apareciese dos veces más y que reprendiese al obispo por su falta de energía para que San Auberto comenzara a trabajar en serio, y tanto fue así que, en un tiempo relativamente corto, terminó la construcción. En el año 709, la iglesia, casi terminada, se dedicó a San Miguel, para que el arcángel cuidase a todos los que estuvieran en peligro en el mar y se confió al cuidado de un capítulo de canónigos. Estos fueron reemplazados, posteriormente, por los monjes benedictinos. El aniversario tradicional de la dedicación de la iglesia se celebra el 16 de octubre con una fiesta en Mont-Saint-Michel en la diócesis de Coutances y en la abadía de Saint Michael, en Farnborough.

Algunos cuantos datos, muy pocos, sobre este santo nos han sido proporcionados por los bolandistas en el *Acta Sanctorum*, el 18 de junio, vol. III. Ver también a Motet en *Mém. Societé arch. d'Avranches* (1847), pp. 28 y ss.; a C. Claireux, en *Les reliques de S. Aubert* (1909).

MARTIRES DEL JAPON III (1622 P.C.)

EN 1867, el mismo año en que se reanudó la persecución en Urakami, aunque no llegó al derramamiento de sangre, el Papa Pío IX beatificó a 205 mártires del Japón, de entre los cuales el Martirologio Franciscano cuenta con dieciocho miembros de la primera orden y veintidós terciarios. Por diversas causas (entre las que desgraciadamente nos vemos obligados a reconocer la de los celos nacionales y aun las rivalidades religiosas entre los misioneros de varias órdenes) el "shogun" Ieyasu Tokugawa decretó que el cristianismo tenía que ser abolido.

La persecución se inició en 1614, y los beatos franciscanos sufrieron el martirio entre los años 1617 y 1632. La persecución aumentó gradualmente en intensidad hasta 1622, cuando tuvo lugar la "gran matanza", en la cual fue una de las principales víctimas el BEATO APOLINAR FRANCO.

Era castellano, natural de Aguilar del Campo, y tras de recibir su doctorado en Salamanca, se hizo fraile menor de la observancia. En 1600, fue enviado a la misión de Filipinas y de ahí al Japón. Al empezar la persecución, fue nombrado comisionado general a cargo de la misión. Cuando se hallaba en Nagasaki, en 1617, oyó decir que no había quedado ni un solo sacerdote en la provincia de Omura, donde había numerosos cristianos, de manera que sin disfrazarse y sin tomar precaución alguna, se fue a ejercer entre ellos su ministerio. En seguida, fue arrojado en una inmunda prisión, donde permaneció cinco años. El padre Apolinar no cesó de dar consuelo a su grey por medio de mensajes y cartas, y administraba los sacramentos a los que lograban entrar en la cárcel. Varios otros cristianos estaban presos con él, y uno de sus hermanos en religión, el BEATO RICARDO DE SANTA ANA, escribió lo siguiente al padre guardián de su convento en Nivelles: "hace casi un año que estoy en esta miserable prisión donde me acompañan nueve religiosos de mi orden, ocho dominicos y seis jesuitas. Los restantes son cristianos japoneses que nos han ayudado mucho en nuestro ministerio. Algunos han estado aquí desde hace cinco años. No comemos otra cosa que un poco de arroz y sólo bebemos agua. El camino al martirio ha sido abierto para nosotros por más de trescientos mártires, todos japoneses, a quienes se infligió toda clase de torturas. Todos nosotros, los sobrevivientes, estamos destinados a morir. Nosotros los religiosos y aquéllos que nos han ayudado, estamos destinados a ser quemados en fuego lento; lo otros serán decapitados... Si todavía vive mi madre, ruego a su reverencia que tenga a bien decirle que Dios me ha mostrado Su Misericordia al permitirme que sufra y muera por Él. Ya no me queda tiempo para escribirle a mi madre".

A principios de septiembre de 1622, veinte de los prisioneros fueron llevados a Nagasaki. El día 12, el Beato Apolinar y los otros siete que se quedaron con él en Omura, murieron quemados vivos, incluso los BEATOS FRANCISCO DE SAN BUENAVENTURA y PABLO DE SANTA CLARA, a quienes el padre Apolinar impuso el hábito franciscano mientras se hallaba en prisión. Dos días antes, los que habían sido llevados a Nagasaki sufrieron allá la misma suerte. Entre los franciscanos figuraba el beato Ricardo, a quien ya mencionamos, y la BEATA LUCÍA DE FREITAS. Esta era una japonesa noble, viuda de un mercader portugués. Lucía se hizo terciaria franciscana y, durante el resto de su vida, se dedicó a la causa de los pobres y al socorro de los cristianos perseguidos. Se le infligió la espantosa muerte en la hoguera, cuando tenía más de ochenta años de edad. Había sido capturada porque en su casa vivía escondido fray Ricardo de Santa Ana.

Entre los confesores que fueron llevados de la prisión de Omura a Nagasaki, como ya se dijo anteriormente, se hallaban el BEATO CARLOS SPINOLA y el BEATO SEBASTIÁN KIMURA de la Compañía de Jesús. El Beato Carlos, natural de Italia, tras un fracasado intento de llegar al Japón, desembarcó, por fin, en sus costas a fines del siglo diecisiete y durante dieciocho años trabajó ahí como misionero. Por aquel entonces, los jesuitas (y también los lazaritas) del Lejano Oriente, hicieron un estudio especial y prácticas intensas de astronomía que les valieron la admiración y el favor de las autoridades de China y de Japón. El Beato Carlos

era un hábil matemático y astrónomo y, en 1612, escribió un tratado técnico sobre el eclipse lunar que se vio en Nagasaki. Seis años después, fue detenido y, en la prisión donde fue encerrado, en Omura, se encontraba ya el Beato Sebastián Kimura, uno de los primeros japoneses que fueran ordenados sacerdotes, descendiente de un convertido que había sido bautizado por San Francisco Javier. El 10 de septiembre de 1622, los dos jesuitas y varios compañeros fueron conducidos al sitio de la ejecución, sobre una colina, en las afueras de Nagasaki, pero tuvieron que esperar ahí más de una hora hasta que llegaron otros confesores condenados a morir, desde la propia Nagasaki. Fue un momento conmovedor aquel en que, frente a numerosos cristianos y paganos que se habían reunido en torno a la colina, los dos grupos elegidos se encontraron y se saludaron con mucha reverencia y gravedad. Entre los que habían llegado al último se encontraba la BEATA ISABEL FERNÁNDEZ, una viuda española condenada por haber dado hospedaje al padre Carlos, quien le había bautizado a un hijo. "¿Dónde está mi pequeño Ignacio?", preguntó el sacerdote al verla. "Aquí lo tiene, padre", replicó Isabel al tiempo que sacaba de entre las gente a un chiquillo como de cuatro años. "Lo traje conmigo", agregó, "para que muera por Cristo antes de que crezca más y lo ofenda". El niño se arrodilló para que el padre Spinola lo bendijera. Miró cómo le cortaban la cabeza a su madre y, luego, se desabotonó el cuello de la camisa y se ofreció a la espada del verdugo.

A los sacerdotes y algunos de los otros cristianos se les reservaba una muerte más terrible. Fueron atados a sendos postes, en torno a los cuales, como a un metro y veinticinco centímetros de distancia, se encedía una hoguera. Cuando las llamas amenazaban con quemar rápidamente a las víctimas, los verdugos arrojaban agua sobre la leña para disminuir la fuerza del fuego. Algunos murieron en una hora o poco más, sofocados por el humo y el calor; entre éstos se encontraban el padre Carlos y el padre Sebastián. A otros, se les prolongó la espantosa agonía hasta bien entrada la noche y aun hasta el siguiente amanecer. Dos jóvenes japoneses flaqueron y pidieron misericordia: no pedían la vida a cambio de renegar de su fe, sino solamente una muerte más rápida y menos cruel. Aun eso les fue negado, y los dos japoneses murieron como los demás.

Tal vez en aquella ocasión, la escena del martirio fue más dramática e impresionante que en otras muchas durante la persecución. Entre los condenados figuraban muchos japoneses: el BEATO CLEMENTE VOM y su hijo, el BEATO ANTONIO; el BEATO DOMINGO XAMADA y su esposa, la BEATA CLARA; el catequista, BEATO LEÓN SATZUMA; cinco mujeres que llevaban todas el nombre de MARÍA y se apellidaban, respectivamente: TANAURA, TANACA, TOCUAN, XUM y SANGA, las últimas cuatro murieron junto con sus esposos; los niños, BEATOS PEDRO NANGAXI, PEDRO SANGA y MIGUEL AMIKI, éste último, de cinco años de edad, murió junto con su padre el anciano BEATO TOMÁS XIQUIRO y un coreano, el BEATO ANTONIO, con su esposa y un hijo pequeño. Todos estos fueron decapitados.

Cinco días después, en la localidad de Firando, pereció en la hoguera el BEATO CAMILO COSTANZO, un jesuita italiano, natural de Calabria. Durante nueve años, había sido misionero en el Japón, hasta que fue desterrado, en 1611. En Macao escribió varios tratados en japonés para defender al cristianismo de los ataques de los paganos. En 1621, regresó clandestinamente, con el disfraz de un soldado. Al año siguiente se le capturó. La Compañía de Jesús celebra su fiesta el 25 de septiembre para unirla a la del BEATO AGUSTÍN OTA y el BEATO GASPAR COTENDA, catequistas japoneses, un niño de doce años, el BEATO FRANCISCO TAQUEA y otro de siete, el BEATO PEDRO KIKIEMON; a todos éstos los mataron los propios japoneses por simple odio a la fe cristiana, con dos o tres días de diferencia. Otro distinguido jesuita, el BEATO PABLO NAVARRO, fue quemado en vida en Shimabara, el 1o. de noviembre del mismo año. Era italiano y estuvo largo tiempo en la India antes de misionar en el Japón. Llegó a dominar el idioma a la perfección, ejerció su ministerio con celo extraordinario en Nagasaki y otras partes y, durante veinte años, fue rector de la casa de los jesuitas en Amanguchi. Las cartas llenas de nobles y elevados conceptos que escribió el padre Navarro en vísperas de su martirio, fueron impresas en el segundo volumen de la "Histoire de la Religion Chrétienne au Japon" (1869), de L. Pagés.

Así se consumó la "gran matanza" de 1622. Richard Cocks, miembro de la tripulación de un barco inglés que por entonces se hallaba en el Japón, dio testimonio de haber visto unas cincuenta y cinco personas martirizadas al mismo tiempo en Miako. "Entre aquellas gentes había niños pequeños, de cinco o seis años, a los que quemaban en los brazos de sus madres y que gritaban con ellas: '¡Jesús, recibe nuestras almas!' Muchos otros, sigue diciendo el marino inglés en su testimonio, se hallan en prisión, donde esperan la muerte a cada instante, porque son muy pocos los que reniegan de su fe para salvarse". En vista de semejantes atrocidades, algunos marineros ingleses y holandeses que interceptaron un barco japonés frente a Formosa, lo entregaron a las autoridades en Nagasaki para que no los acusaran de piratería o de encubrimiento, ya que en la nave viajaban varios misioneros.

En uno de sus viajes, en el año de 1597, el beato Carlos Spinola estuvo en Inglaterra. En esta misma obra, en los días 5 de febrero y 1o. de junio se habla de otros mártires del Japón.

Ver la bibliografía en Los Mártires del Japón, el 1o. de junio. Véase también a Marcellin de Civezza, en *Histoire universelle des Missions franciscaines* (1890), vol. II, pp. 343 y 381; *Les Martyrs* de H. Leclerq, vol. IX; *Analecta Bollandiana*, vol. VI (1887), pp. 53-72; y *Auréole Séraphique* vol. I, pp. 124-178. Hay unas biografías del beato Spinola, escritas por E. Séguin, por Broeseckaert y D. Donnelly, un estudio titulado *A Prisoner in Japan* (1928). *Cf.* C.R. Boxer, *The Christian Century in Japan* (1951).

BEATO AMBROSIO BARLOW, MÁRTIR (1641 P.C.)

EN EL año de 1611, los monjes benedictinos de la congregación inglesa se trasladaron al monasterio que la caridad y los buenos oficios del abad Felipe de Caverel les proporcionó en Douai. Tres años después, llegó a ofrecerse en aquel monasterio, como novicio, un joven clérigo que ya había sufrido una larga temporada de cárcel en Londres por causa de la fe. Era Eduardo Barlow, hijo de Sir Alexander Barlow, de la localidad del mismo nombre, cerca de Manchester. Eduardo era el cuarto de los catorce hijos de Sir Alexander; vino al mundo en 1585 y, al término de sus estudios eclesiásticos en el extranjero, pasó un año en su casa e ingresó en el convento de San Gregorio, donde su hermano, Dom Rudesindo, era prior, y recibió los hábitos, tomando el nombre de Ambrosio. En 1617, fue ordenado sacerdote y, en seguida, se le envió a trabajar en una misión en su nativa Lancashire.

El principal centro de actividad del padre Ambrosio se hallaba en la parroquia de Leigh, donde, según escribe el señor Knaresborough: "se venera grandemente su memoria hasta hoy, entre los católicos del condado, por su gran celo

en la conversión de las almas y la piedad ejemplar de su vida y de sus hechos". En aquel centro misional el sacerdote recibía un estipendio de 8 libras esterlinas al año, de las cuales, más de los tres cuartos se gastaban en hospedaje y alimentación. Uno de sus penitentes dijo sobre él: "A pesar de que Dios le dio los medios suficientes para vivir cómodamente, eligió ser el huésped en la pobre vivienda de un matrimonio de modesta condición para evitar con ello, según me parece, otras distracciones, solicitudes y peligrosas atracciones sensuales que, necesariamente, quedaban eliminadas por la sencillez y austeridad en la vida diaria de los pobres... No obstante sus enfermedades, nunca lo vi tratar con médicos y él mismo se diagnosticaba y se recetaba su dieta y el reposo; tal vez gracias a eso, estuvo siempre bien y contento".* Era tan "entretenido, ingenioso y alegre en sus conversaciones que, entre todos los hombres que he conocido, él representaba, en mi opinión, el auténtico espíritu de Sir Thomas More... Tampoco lo vi nunca irritarse en las ocasiones en que los otros le hicieron daño, le insultaron o le amenazaron, lo que sucedía con frecuencia; antes bien, como si fuera insensible al daño o estuviese libre de cólera, divertía a sus enemigos con una broma ingeniosa o los saludaba al pasar, con una inclinación de cabeza y una sonrisa". El escritor hace un relato conmovedor sobre la misa que celebró el padre Ambrosio en la noche de Navidad, ataviado con una venerable vestimenta que usaba en los días más señalados, sobre un altar pobre y limpio en el que ardían algunos cirios deformes, que él mismo había fabricado. Y después de la misa, se cantaron villancicos en torno a un buen fuego. Por su parte, el obispo Challoner hace un relato similar sobre el carácter y la obra del padre Ambrosio y subraya su piedad, su humildad y su temperancia en la mesa y en compañía. "Siempre se abstuvo del vino y, al preguntársele por qué lo hacía, daba su respuesta con este proverbio: 'El vino y las mujeres hacen caer al más virtuoso' ".

De acuerdo con el obispo Challoner, en 1628, el padre Ambrosio administró los últimos sacramentos en la prisión al beato Edmundo Arrowsmith, quien, después de su martirio, se apareció en sueños al padre Ambrosio (que ignoraba que hubiese muerto) y le dijo: "Yo he sufrido y ahora tú sufrirás. No hables mucho porque ellos se aprovecharán de tus palabras". Y así, durante trece años, el buen monje trabajó sin cesar en espera de su muerte a cada instante. Cuatro veces estuvo en la prisión y otras tantas quedó en libertad hasta que, en marzo de 1641, la Cámara de los Comunes obligó al rey Carlos I a ordenar que todos los sacerdotes abandonasen el territorio del reino, a riesgo de incurrir en las penas para los traidores. Seis semanas más tarde, el vicario de Leigh, un tal señor Gatley, celebró las Pascuas con una procesión en la que él condujo a sus fieles armados con palos, picas y cuchillos hasta Morleys Hall, donde se apoderaron de Ambrosio Barlow, mientras predicaba al fin de la misa. Lo llevaron ante un juez de paz, quien lo remitió preso al castillo de Lancaster. Al cabo de cuatro meses de prisión, compareció en el tribunal ante el magistrado Sir Robert Heath y, desde el primer momento, admitió que era sacerdote. Al preguntársele por qué no había obedecido la orden de abandonar

*A decir verdad, el padre Ambrosio consultó una vez a un médico, quien le dio la siguiente receta para un simple trastorno estomacal: "Váyase a descansar a su tierra y, todas las mañanas, beba un vaso de calostros y, por las noches, no coma más que una manazana asada".

el reino, replicó que el decreto especificaba que los desterrados debían ser "los jesuitas y los sacerdotes de seminario" y él no era más que un monje benedictino; además, había estado muy enfermo y no podía viajar. Como el juez quisiera saber su opinión sobre las leyes penales, repuso el monje que las consideraba bárbaras e injustas y agregó que todos aquéllos que condenaban al inocente corrían el riesgo de ser juzgados por Dios. El magistrado se manifestó sorprendido por la osadía del reo y le prometió dejarlo en libertad si él se comprometía, a su vez, a no seducir a la gente. "No soy un seductor, sino un conductor de gentes hacia la verdadera y antigua religión. Estoy resuelto a continuar hasta el día de mi muerte, en la práctica de estos buenos oficios entre las almas descarriadas". El 8 de septiembre fue condenado a muerte. Cinco días antes, el capítulo general de la congregación de benedictinos ingleses, reunidos en Douai, aceptó la renuncia del padre Rudesindo Barlow como titular de la catedral de Coventry y eligió a su hermano, el padre Ambrosio, para que ocupara el puesto. El viernes de aquella semana, el padre Ambrosio Barlow, monje de San Benito y prior de Coventry, fue llevado en una carreta de Lancaster al sitio de la ejecución. Tuvo que andar en torno al cadalso por tres veces, mientras recitaba el salmo *Miserere*; después, fue ahorcado, desmembrado y desentrañado.

Al darse la noticia de la muerte del Beato Ambrosio a sus hermanos, se recomendaba que en vez de misas de requiem y oraciones por los difuntos, se oficiaran misas a la Santísima Trinidad, se cantara el *Te Deum*, y se hiciesen otras plegarias en acción de gracias. En Wardley Hall, que es hoy la residencia episcopal de la diócesis de Salford, se conserva una calavera que se asegura es la de Ambrosio, en tanto que su mano izquierda se guarda en la abadía de Stanbrook, en Worcestershire.

Ver el MMP., pp. 392-400; y especialmente a B. Camm, en *Nine Martyrs Monks* (1931), pp. 258-292.

11: SANTOS PROTO Y JACINTO, Mártires (Fecha desconocida)

LA *"Depositio Martyrum"*, que data de la mitad del siglo cuarto, menciona a estos mártires. Ambos fueron enterrados en el cementerio de Basilia o de San Hermes, en la antigua Vía Salaria. Ahí mismo, hacia el año de 1845, el padre José Archi, S. J., encontró intacta la tumba de San Jacinto. Era un nicho cerrado con una losa en donde estaba grabada la siguiente inscripción: DP III IDUS SEPTEBR / YACINTHUS / MARTYR: Jacinto, el mártir. Sepultado el 11 de septiembre. Dentro estaban los restos del mártir, huesos calcinados y vestigios de telas finas. Era evidente que había muerto quemado. Las preciosas reliquias fueran trasladadas a la iglesia del Colegio Urbano en 1849. Cerca del lugar del primer hallazgo, se encontró un pedazo de una inscripción posterior, con estas palabras: SEPULCRUM PROTI M.: la Tumba de Proto (Mártir), estaba vacía y se supone que las reliquias del santo fueron trasladadas a la ciudad por el Papa León IV al mediar el siglo noveno y, a partir de entonces, fragmentos de aquellos restos fueron llevados a diversas partes. En un epitafio del Papa San Dámaso se hace referencia a esos mártires como a hermanos.

La seguridad de que San Jacinto sufrió el martirio, fue honrosamente

sepultado y se encontraron sus restos, está en contradicción con las vagas y fantásticas suposiciones de las "actas" contenidas en las de Santa Eugenia y que, evidentemente, son ficticias. Dicen que la cristiana Eugenia, hija del prefecto de Egipto, un pagano, huyó del hogar paterno con Proto y con Jacinto, dos de sus fieles esclavos. Después de diversas aventuras, Eugenia y sus compañeros convirtieron a la fe a toda la familia de la joven y a muchas otras gentes, como por ejemplo, una noble dama romana llamada Basilia, que abrazó la fe gracias a los esfuerzos de Proto y de Jacinto. Estos dos y Basilia, fueron martirizados juntos y murieron decapitados.

En CMH., pp. 501-502, Delehaye hace un sencillo y completo relato sobre los hechos con todas las referencias necesarias; su obra *Origines du culte des martyrs* (1933, pp. 72, 272); y sus *Études sur le légendier romain* (1936), pp. 174-175, 183-184. Ver también a J. Marchi, en *Monumenti primitivi*, vol. I, pp. 238 y ss., 264 y ss., *cf.* bibliografía de Santa Eugenia el 25 de diciembre. Sobre la historia de la parroquia de San Pratt (en Blisland en Cornwal), ver *Analecta Bollandiana*, vol. LXIX (1951), p. 443.

SANTA TEODORA DE ALEJANDRIA (Fecha desconocida)

EN EL Martirologio Romano se habla el día de hoy de la muerte de Santa Teodora en Alejandría. Dice "que trasgredió las leyes del bien y la moral por descuido, pero después se arrepintió y perseveró en el bien y las reglas de la religión, mientras vivió desconocida e ignorada, en la abstinencia, soportándolo todo con paciencia hasta su muerte". Estas escuetas palabras son muy distintas, sobre todo en el tono, a las que contiene la leyenda de Santa Teodora. En ésta se relata que era la esposa de Gregorio, prefecto de Egipto y que, al cometer un gravísimo pecado, huyó de su casa para expiar sus culpas en un monasterio de la Tebaida. Se hizo pasar por hombre y así vivió durante muchos años entre los monjes, en el ejercicio de la penitencia y de una extraordinaria austeridad. Cierta vez fue a Alejandría conduciendo una caravana de camellos; a pesar de su disfraz, su esposo la reconoció al verla y quiso retenerla, pero ella insistió en continuar con sus penitencias y ya no volvió al monasterio, sino que se retiró al desierto, donde vivió hasta su muerte. Los Padres del desierto hablan de una Santa Teodora, cuyos dichos y proverbios, llenos de sabiduría, repetían por todas partes, pero la historia que relatamos antes, tan llena de datos ficticios, no es otra cosa que una fábula de esas que el padre Delehaye compara con el cuento de Santa Pelagia de Antioquía (8 de octubre). Lo mismo que Santa Reparata, Santa Marina y otras que vivieron como hombres entre los monjes, Santa Teodora fue acusada de una culpa de seducción y sólo fue reivindicada después de su muerte.

El 17 de septiembre, el Martirologio Romano menciona a otra Santa Teodora, una matrona romana que atendió valientemente a los mártires durante la persecución de Diocleciano.

El texto griego de la fabulosa historia de Teodora fue publicado por K. Wessely en Viena, con el título *Die Vita S. Theodorae* (1889). Ver también el *Acta Sanctorum*, sept., vol. III; y a Delehaye en *Les legendes hagiographiques* (1927), p. 189.

SAN PAFNUCIO, OBISPO (¿350? P.C.)

EL SANTO confesor Pafnucio fue un egipcio que pasó varios años en el desierto,

bajo la guía del gran San Antonio, y luego llegó a ocupar una sede episcopal en la alta Tebaida. Cuando la persecución del emperador Maximino, Pafnucio fue uno de los muchos cristianos a los que les sacaron un ojo y les marcaron con un hierro candente la pierna izquierda, antes de enviarlos a trabajar en las minas. Al restablecerse la paz para la Iglesia, Pafnucio regresó a su sede y, durante el resto de su vida, hizo ostentación de las marcas gloriosas de sus sufrimientos por la causa de Jesús crucificado. Fue uno de los más ardientes defensores de la fe católica contra la herejía arriana y, tanto por sus virtudes como por el hecho de haber confesado su fe ante los perseguidores y bajo los tormentos, fue una figura relevante y venerada en el Concilio de la Iglesia, convocado en Nicea en el año 325.

No obstante que Pafnucio observó durante toda su vida la más estricta continencia, durante el concilio se distinguió por su oposición al celibato clerical. La mayoría de los obispos asistentes se habían pronunciado en favor de una ley general que prohibiese a todos los obispos, sacerdotes, diáconos y subdiáconos convivir con las mujeres con las que se habían casado antes de recibir su ordenación; pero Pafnucio dejó oír su voz en la asamblea para oponerse a la moción y sostuvo que ya era bastante conformarse con la antigua tradición de la Iglesia que prohibía a los clérigos casarse después de haber sido ordenados; recordó a los Padres que, para los casados, el uso de su vínculo matrimonial es castidad y les rogó que no impusieran el yugo de la separación a los clérigos y sus esposas. San Pafnucio acabó por convencer completamente al concilio y, hasta nuestros días, es ley de la Iglesia oriental, católica o disidente, que los hombres casados pueden recibir la ordenación sagrada, del episcopado para abajo, y vivir con sus esposas al mismo tiempo.

San Pafnucio permaneció siempre en estrecha relación con San Atanasio y los otros prelados ortodoxos. El y otros obispos egipcios acompañaron a su santo patriarca al Concilio de Tiro, en 335, y ahí descubrieron que la mayor parte de los miembros que componían la asamblea, profesaban la doctrina herética del arrianismo. Cuando Pafnucio vio entre aquellos herejes a Máximo, obispo de Jerusalén, se sintió hondamente preocupado de que un prelado como aquél, que había sufrido en la última persecución, anduviera en tan malas compañías; entonces tomó al obispo por la mano, lo condujo fuera de la sala y le reconvino que alguien que llevaba las mismas gloriosas marcas que él mismo, por haber defendido la fe, se dejase arrastrar y conducir por gentes que se obstinaban en el error y estaban decididas a combatir y condenar el artículo más rígido y fundamental de aquella fe. Máximo se conmovió por la apelación del santo y, al regresar a la sala de la asamblea, ocupó un escaño entre los partidarios de San Atanasio y ya nunca desertó de aquel bando.

Algunas veces se ha dado a San Pafnucio el título de "Grande", para distinguirlo de otros santos con el mismo nombre. Se desconoce la fecha de su muerte.

No hay una biografía antigua de San Pafnucio, pero en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. III, se publican varios párrafos tomados de las obras de los historiadores Sócrates y Teodoreto. Ver también el DCB., vol. IV, p. 185. A menudo se ha discutido la autenticidad de la declaración sobre el celibato, atribuida a Pafnucio. Para esto, consultar el DTC., vol. II, c. 2078.

SAN PATIENS, Obispo de Lyon (c. 480 p.c.)

En la serie de calamidades que azotaron a las Galias durante un período que abarcó buena parte del siglo quinto, Dios favoreció a sus servidores al enviarles a este santo prelado que les sirvió de consuelo y de apoyo. Alrededor del año 450, fue elevado a la sede episcopal de Lyon. La devastadora incursión de los godos en Borgoña provocó una época de hambre, durante la cual, San Patiens, por cuenta propia, alimentó a millares. La Providencia, en verdad, le daba el ciento por uno, y sus caudales parecían multiplicarse maravillosamente a fin de que siempre hubiera lo suficiente con qué construir iglesias, repararlas y socorrer a los pobres, "en cualquier rincón de las Galias que estuvieran", como nos dice San Sidonio Apolinar. Este ilustre prelado, amigo de San Patiens, le califica de "hombre virtuoso y justo, activo, ascético y misericordioso" y no sabía qué admirar más en él, si el celo por servir a Dios o su caridad hacia los pobres. Gracias a su solicitud pastoral y a sus sermones, numerosos herejes se convirtieron. En este aspecto era muy amplio el campo que se ofrecía al celo de San Patiens, puesto que los burgundios, amos y señores de Lyon por aquel entonces, favorecían decididamente la herejía de los arrianos y aun había algunos obispos en la diócesis que no estaban libres de aquellos errores. Cuando la diócesis de Chalon-sur-Saône quedó envuelta en la confusión y la discordia por la muerte de su obispo, San Eufronio de Autun invitó a San Patiens para que le ayudase en la pacificación de la comarca y en la terminación del escándalo. Por orden de San Patiens, uno de los sacerdotes de su clero, llamado Constancio, escribió la "Vida de San Germano de Auxerre", la que el autor dedicó a su obispo. Al parecer, San Patiens murió alrededor del año 480.

No hay ninguna biografía antigua de San Patiens de Lyon, pero los bolandistas seleccionaron de los escritos de Sidonio Apolinar, Gregorio de Tours y otros, los relatos, narraciones y datos que bastan para conocer lo suficiente sobre su vida y sus actividades. Ver también a S. L. Tatu, en *S. Patient évêque de Lyon* (1878), así como a Duchesne en *Fastes Épiscopaux*, vol. II, p. 163.

SAN DANIEL, Obispo (¿584? p.c.)

Este famoso obispo, "Daniel de los Bangors", descendía de una familia de Strathclyde. Estuvo en Arfon, donde estableció el monasterio de Bangor Fawr, en la región de los Menai Straits, que llegó a ser el núcleo de la diócesis medieval de Bangor. También fue Daniel el fundador del monasterio de Bangor Iscoed en el Dee, y se dice que fue consagrado obispo por San Dyfrig o San Teilo o por el propio San David, quien se supone que envió a Daniel a las Galias para buscar algún obispo que se prestara a combatir el recrudecimiento del pelagianismo. También se dice que éste fue el motivo para la convocación del sínodo en Llanddewi Frefi, alrededor del año 545. El escritor Rhygyfarch, en su biografía de San David, dice que éste se negó a asistir a la asamblea, por lo que se mandó a Daniel y a Dyfrig a buscarlo, y ambos lograron convencerlo para que participase. En aquel sínodo se puso de manifiesto la famosa elocuencia de San Daniel, que era irresistible en las tribunas y los púlpitos. Se relatan varios milagros realizados por San Daniel, no siempre desprovistos de esos elementos de altanería, orgullo y venganza, característicos de tantas historias hagiológicas celtas. A su muerte, fue sepultado en Ynys Ynlli, localidad que ahora se conoce

con el nombre de Bardsey. En diversas fechas se nombra a San Daniel, pero el 11 de septiembre es el día en que, hasta hoy, se celebra su fiesta en la diócesis de Menevia.

Es muy poco lo que se puede afirmar con certeza sobre este santo, aunque Baring-Gould y Fischer pretenden darnos su biografía en LBS., vol. II. Algunos datos se pueden obtener de A. W. Wade-Evans, en su *Life of Saint David* (1923) y en su *Welsh Christian Origins* (1934). Su nombre es familiar para varias generaciones de estudiantes que han acudido a la Biblioteca de San Deiniol, en Hawarden del Flintshire, fundada por Gladstone en 1896.

SAN PEDRO DE CHAVANON (1080 p.c.)

Los Canónigos Regulares de Letrán veneran hasta hoy la memoria de este santo que fue adorno de la orden en el siglo undécimo. Pedro vino al mundo en Langeac, en la región del alto Loira, en el año de 1003. Recibió una buena educación y no tardó en descubrir su vocación hacia el sacerdocio. Después de su ordenación, fue enviado a ejercer su ministerio en su ciudad natal, donde cumplió fielmente con sus deberes y, en secreto, practicó severas mortificaciones y llevó una vida austera. Desde tiempo atrás, había deseado abandonar el trabajo pastoral para someterse a una regla en alguna comunidad religiosa; eventualmente, halló la ocasión de realizar sus deseos cuando sufrió la persecución de una mujer que se sentía atraída hacia él. Pedro se retiró entonces a unos terrenos que se le habían asignado en Pébrac, de la región de Auvernia, donde fundó y edificó un monasterio para los canónigos regulares, bajo la regla de San Agustín. El mismo gobernó a su comunidad como primer preboste. El éxito de la empresa llamó la atención de los obispos, varios de los cuales solicitaron ayuda a San Pedro para poner orden en los capítulos colegiados de sus catedrales. San Pedro de Chavanon murió el 9 de septiembre de 1080 y fue enterrado en Pébrac. En aquel monasterio el santo M. Olier fue nombrado abad *in commendam* a la edad de dieciocho años, en 1626.

Esteban, un canónigo de Pébrac, casi contemporáneo de Pedro, escribió una biografía del santo. Ese escrito figura en el *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. III, con un amplio comentario.

BEATO LUIS DE TURINGIA (1227 p.c.)

Si estuviésemos obligados a tomar al pie de la letra lo que dicen los escritos de los hagiógrafos, tendríamos que aceptar la conclusión de que la mayoría de las santas fueron contrariadas (o ayudadas) en el camino de la santidad por la mala voluntad o la indiferencia de sus maridos; el indigno esposo de una santa mujer es una figura muy común y, como tal, es indigna de confianza. Nadie ha hecho la tentativa de hallar una relación tan desdichada entre Isabel de Hungría y Luis (Ludwig) de Turingia, por la buena razón de que no existía ninguna desavenencia (a pesar de que aun en este caso hay un autor bien conocido de libros religiosos que se dejó arrastrar por las formas vulgares y descubrió ciertas desavenencias conyugales en esta pareja). El amor y la veneración por Luis eran tan espontáneos entre los súbditos como en su esposa. Si bien es verdad que su culto no ha sido oficialmente confirmado (no se ha hecho la solicitud), es sin embargo digno de todo respeto.

Luis, el hijo mayor del landgrave Herman I, vino al mundo en el 1200.

Cuando tenía once años de edad, se hicieron los arreglos para su matrimonio con Isabel, la hija del rey Andrés II de Hungría que, por entonces, tenía cuatro años. Poco tiempo después, el niño fue llevado a la corte de Turingia, y tanto Luis como Isabel crecieron juntos hasta el año de 1221, cuando Luis sucedió a su padre en el gobierno de sus tierras y celebró sus esponsales. Originalmente aquella alianza tenía un sentido puramente político, pero no por eso resultó mal; por el contrario, los dos se amaron tiernamente, tuvieron un hijo y dos hijas. De éstas, la menor llegó a ser la Beata Gertrudis de Altenberg. En todo momento, Luis alentó la caridad y la devoción de su esposa. Una vez, encontró a un leproso que se acercaba al castillo en busca de ayuda; lo acompañó hasta el palacio y ahí lo dejó; el enfermo fue a echarse en la cama del landgrave y éste al verlo, se sintió tentado a dejarse llevar por la cólera, pero de pronto le pareció ver que no era el leproso, sino el Hijo de Dios crucificado el que estaba en el lecho. Se retiró sin decir palabra y al momento inició la empresa de construir un lazareto en la colina de Wartburg. Poco tiempo después, Santa Isabel dijo a su esposo que ambos podían servir mejor a Dios si en vez de un castillo y un enorme parque dedicaran aquella tierra al arado y al mantenimiento de un centenar de ovejas. El landgrave se echó a reír: "¡No llegaríamos a ser pobres!", dijo. "Con tanta tierra y tantas ovejas, la mayoría de la gente que nos conoce, dirá que somos ricos".

El landgrave era un hombre justo y un buen gobernante. En 1225, algunos mercaderes de Turingia fueron asaltados, golpeados y robados, en la frontera de Polonia. Luis pidió reparaciones, pero ni siquiera obtuvo una respuesta, de modo que tomó su caballo y se fue hasta Polonia donde obligó a los ciudadanos de Lubitz a darle toda suerte de satisfacciones. Lo mismo sucedió en Würtzburg, a donde el landgrave se trasladó para presentarse ante el príncipe-obispo y recuperar todo el cargamento que había sido robado a un traficante de sus tierras. En 1226, a solicitud del emperador Federico II, emprendió una campaña militar y, junto con él, asistió a la dieta de Cremona para aconsejarle y dirigirle. Cierta vez, debió pasar lejos de su casa un crudo invierno y una primavera; y nos dice el escritor Bertoldo que, al regresar, su esposa Isabel "le dio mil y mil besos con el corazón y con la boca" y cuando él le preguntó cómo había soportado su pueblo el frío terrible, ella replicó: "Le dimos a Dios lo que era Suyo y Él conservó para nosotros lo que era nuestro". "Bien has obrado, mujer", repuso Luis. "Da a Dios lo que tú quieras, con tal de que me dejes Wartburg y Neuenburg". Esa misma frase o alguna muy semejante fue la que dio Luis como respuesta a un tesorero de su casa que se quejaba de los "despilfarros" de Isabel en caridades a los pobres. Al año siguiente, el landgrave se ofreció voluntariamente a seguir al emperador en la cruzada (es bien conocida la historia de que Isabel encontró una cruz en la bolsa de su esposo); a fin de inflamar los corazones de los hombres para que se alistaran en las filas, el landgrave organizó representaciones de la Pasión de Cristo en las calles de Eisenach; asimismo, hizo visitas a cada uno de los monasterios en sus dominios para pedir a los monjes oraciones por el éxito de su empresa. Las fuerzas de Alemania central se concentraron en Schmalkalden; a Luis se le nombró comandante; desde aquella ciudad, en el día del aniversario del nacimiento de San Juan Bautista, se apartó de Isabel y partió a rescatar el Santo Sepulcro. En agosto, se reunió con el emperador en Troja y, en septiembre, se embarcó ahí todo el ejército. Tres días más tarde, la flota ancló frente a Otranto y Luis no

pudo alzarse del lecho: le había atacado una violenta fiebre maligna y estaba a punto de morir. Al recibir los últimos sacramentos, le pareció que su cámara se llenaba de palomas blancas. "Debo volar con esas palomas blancas", dijo, y expiró. Cuando la fatal noticia llegó a oídos de su esposa, sólo atinó a decir entre sollozos: "¡El mundo ha muerto para mí! Ya no conserva nada que pueda serme grato". El joven Landgrave fue enterrado en la abadía benedictina de Reinhardsbrunn y ahí se le venera en este día.

Una antigua biografía del landgrave Luis IV, escrita en latín, fue traducida al alemán en el siglo catorce. La biografía escrita en latín por Bertoldo, capellán de Luis y monje de Reinhardsbrunn, no fue conservada en su forma original, aunque la mayor parte de ella se encuentra transcrita en los *Annales Reinhardsbrunnenses*, editados por Wegele en 1854. Hay un excelente artículo sobre el personaje, escrito por C. Wenck, en la *Allgemeine Deutsche Biographie*, vol. XIX, pp. 589-597, y una biografía en alemán de G. Simón (1854). Ver también a Michael en *Geschichte des deutschen Volkes seit dem 13 Jahr*, vol. I, p. 221 y II, pp. 207 y ss. Ver además las muchas vidas de Santa Isabel de Hungría, puesto que todas contienen noticias de su esposo.

BEATO BUENAVENTURA DE BARCELONA (1684 P.C.)

EN SU niñez y su juventud, Buenaventura era un pastor en los campos cercanos a Barcelona. A la edad de diecisiete años, se casó, pero apenas dos años más tarde murió su mujer, y él ingresó como hermano lego en el convento de los franciscanos. Era un hombre de profunda espiritualidad, y sus éxtasis llegaron a ser bien conocidos por todos los que le rodeaban. Sus superiores le enviaron a Roma, donde fue portero en el convento de San Isidoro. Pero tampoco ahí se pudo ocultar su virtud y, gracias al interés que se tomaron por él dos cardenales, pudo Buenaventura establecer en Ponticelli la primera de varias casas de retiro o ermitas para los miembros de su orden, a pesar de que los superiores no veían con buenos ojos la empresa. El más conocido de esos establecimientos se encontraba en la propia Roma, en el Palatino. Buenaventura murió en 1684 y fue beatificado en 1906.

Ver el *Acta Ord. Frat. Minorum*, vol. XXIX (1910); a Fr. Leonardo de Popi, en *Il B. Bonaventura* (1906).

BEATO JUAN GABRIEL PERBOYRE, MÁRTIR (1840 P.C.)

NO OBSTANTE que Juan Gabriel Perboyre fue el primer misionero cristiano en China que alcanzó la gloria de la beatificación (en 1889), no fue, por cierto, el primer mártir en aquel país. En realidad, desde principios del siglo diecisiete, cuando se restablecieron las misiones en China, sólo hubo períodos relativamente cortos en los que estuvieron libres de peligro los cristianos. A fines del siglo décimo octavo, se desató una feroz persecución que continuó esporádicamente hasta después de la muerte del padre Perboyre, en 1840, y numerosísimos fueron los cristianos que dieron su vida por la fe en aquellos períodos. Juan Gabriel nació en 1802 y, a la edad de quince años, escuchó un sermón que encendió sus anhelos de ir a predicar a los herejes. No tardó en ingresar a la Congregación de las Misiones (lazaristas y vicentinos) y fue ordenado sacerdote en 1826. Al principio, su deseo de llevar el Evangelio a tierras lejanas tuvo que ceder ante los requerimientos de la obediencia religiosa. Hizo brillantemente su curso de

teología y, por lo tanto, después de su ordenación fue nombrado profesor del seminario de Saint-Flour; dos años más tarde, fue rector del "petit séminaire" en el mismo lugar. Su capacidad se puso de manifiesto en aquel cargo y, en 1832, fue enviado a París como subdirector del noviciado general de su congregación. A intervalos, desde que hizo sus votos doce años antes, había pedido que le enviasen a China, de donde llegaban noticias sobre los sufrimientos y el heroísmo de los cristianos perseguidos, pero sólo en 1835 se le concedió la autorización para partir.

Aquel mismo año, llegó a Macao y, en seguida, se le obligó a tomar clases de chino. Demostró tanta habilidad para aprenderlo que, al cabo de cuatro meses, ya hablaba el complicado idioma y fue nombrado para la misión de Honan. En vísperas de partir, escribió a sus hermanos en París en estos términos: "Si me viérais ahora con mi atuendo chino, tendríais la ocasión de contemplar un espectáculo curioso: tengo la cabeza rapada, una larga trenza en la coronilla y bigotes que se estremecen cuando tartamudeo mi nueva lengua y se ensucian cuando como con los palitos de bambú. Dicen que mi aire de chino no es del todo malo. Esta es una manera de comenzar a hacer por uno mismo las cosas que debemos hacer por los demás: ¡Dios quiera que podamos así ganarlos a todos para Jesucristo!" En China los lazaristas habían organizado un sistema para rescatar a los niños abandonados que tanto han abundado siempre en aquel país sobrepoblado, a fin de salvarlos de la muerte y educarlos luego en la fe de Cristo. El padre Juan Gabriel participó activamente en aquel trabajo y dedicaba la mayor parte de su tiempo a la instrucción de aquellos niños a los que entretenía con el relato de divertidas historias a las que el idioma chino les daba un sabor especial. Luego de pasar dos años en Honan, fue transferido a Hupeh, donde poco después, en septiembre de 1839, hubo un estallido inesperado, repentino, violento e inexplicable de la persecución.

Los misioneros se apresuraron a ocultarse, pero un neófito traicionó al padre Perboyre (¡Terrible coincidencia! Lo vendió por treinta monedas, treinta *taels*, el equivalente a unos dieciocho dólares), quien fue aprehendido, encadenado y llevado ante innumerables funcionarios, cada uno de los cuales le interrogaba y le enviaba a otro y así sucesivamente. Por fin, llegó a las manos del gobernador y los mandarines de Wu Chang Fu. Estos le exigieron que revelara el sitio donde se escondían sus compañeros y que pisoteara la cruz, si quería salvar la vida. Por supuesto que se negó a hacer ambas cosas y empezó su pasión. Los sufrimientos que debió soportar el padre Juan Gabriel fueron increíbles en el sentido literal de la palabra. En veinte ocasiones fue arrastrado ante sus jueces y otras tantas se trató de obligarle con feroces tormentos, a la denuncia y al sacrilegio; las torturas se multiplicaban al negarse el mártir. Es famoso el ingenio de los chinos para inventar nuevos modos de infligir el dolor físico, y podemos afirmar que el padre Perboyre sufrió tormentos de tan refinada crueldad que, junto a ellos, los que han inventado los hagiógrafos para los mártires de las "Diez Persecuciones", parecen vulgares y benignos. Se le marcaron en el rostro cuatro caracteres chinos que decían: "maestro de una falsa religión"; un sacerdote chino que sobornó a los carceleros para entrar a la prisión, dijo que el cuerpo del padre Juan Gabriel era una masa informe de llagas y heridas, abiertas hasta mostrar los huesos en algunos sitios. El 11 de septiembre de 1840, casi un año después de su captura, el Beato Juan Gabriel Perboyre, descalzo y con unos calzones desgarrados bajo la roja camisola de los condenados,

fue estrangulado junto con otros cinco criminales comunes. Se le enterró al lado de otro mártir lazarista, el padre Francisco Regis Clet, quien también sería beatificado. En China se celebra la fiesta del Beato Juan Gabriel el 7 de noviembre, la fecha más próxima a la de su beatificación en 1889.

El asesinato de Juan Gabriel Perboyre dio al gobierno británico la ocasión para insistir sobre el cumplimiento a una cláusula del Tratado de Nanking, firmado en 1842, donde se acuerda que las autoridades chinas no debían ocuparse de procesar y castigar a un misionero extranjero que fuese detenido, sino entregarlo al cónsul de la nación a que perteneciera el reo, en la ciudad más próxima al lugar de la captura.

En 1853, bajo el título de *Le Disciple de Jésus*, apareció esta obra de autor anónimo que es una biografía muy completa y bien escrita del Beato Juan Gabriel; ver también la biografía del padre Huonder, *Der selige Johann Gabriel Perboyre*; la de L. Castagnola, *Missionario martire* (1940) y la de A. Chatelet, *J. G. Perboyre, martyr* (1943). Asimismo se encontrarán valiosos datos en *Les Martyrs*, vol. x de Leclercq y en varios trabajos de A. Launay que tratar de las misiones en China. Para otros mártires de China, ver el artículo en el 17 de febrero y sus referencias.

12: EL SANTO NOMBRE DE MARIA

EL HECHO de que la Santísima Virgen lleve el nombre de María es el motivo de esta festividad, instituida con el objeto de que los fieles encomienden a Dios, a través de la intercesión de su Bendita Madre, las necesidades de la Iglesia, le den gracias por su omnipotente protección y sus innumerables beneficios, en especial los que reciben por las gracias y la mediación de la Virgen María. Por primera vez, se autorizó la celebración de esta fiesta en 1513, en la ciudad española de Cuenca; desde ahí se extendió por toda España y, en 1683, el Papa Inocencio XI la admitió en la Iglesia de occidente como una acción de gracias por el levantamiento del sitio a Viena y la derrota de los turcos por las fuerzas de Juan Sobieski, rey de Polonia. Por aquel entonces, la fiesta se estableció en el domingo en la octava de la Natividad de la Virgen, pero ahora se celebra en la fecha del triunfo de Sobieski.

En realidad, esta conmemoración es probablemente algo más antigua que el año 1513, aunque no se tienen pruebas concretas sobre ello. Todo lo que podemos decir es que la gran devoción al Santo Nombre de Jesús, que se debe en parte a las predicaciones de San Bernardino de Siena, abrió naturalmente el camino para una conmemoración similar del Santo Nombre de María. Hay que hacer notar un caso curioso en relación con este nombre: para otras Marías que aparecen en el nuevo testamento, los textos griegos escriben sencillamente el apelativo en esta forma: Μαρία, en cambio, hasta los mejores manuscritos, deletrean el nombre de la Santísima Virgen como Μαριάμ. Se supone que esto indica, por lo menos, un reconocimiento de su dignidad, ya que sólo para ella se prefiere la forma del nombre utilizada por el Antiguo Testamento. En Irlanda hay una práctica semejante, puesto que el nombre de Muire se reserva para Nuestra Señora y el de Maire o Moira es el que se aplica en el bautismo.

El nombre de María deriva de Mariam, que posteriormente fue Miriam, el nombre de Nuestra Señora en hebreo, pero los investigadores más conscientes no han llegado, por cierto, a un acuerdo respecto a las raíces, derivaciones y

significado de ese apelativo. Por regla general, se cree que quiere decir "La deseada", o bien "rebelión". Existe la certeza de que el nombre de María no tiene nada que ver con "amargura", el "mar" o una "estrella" como han querido hacernos pensar algunos autores.

Las varias etapas para la adopción de la fiesta del Santo Nombre de María se describen en el *Calendarium liturgicum festorum Dei et Dei matris Mariae* (1925), p. 317, de Holweck. *Cf. Heortology*, p. 264 de Kellner y E. G. Withycombe en *Oxford Dictionary of Christian Names* y el *Verbum Domini* de Fr. E. Vogt, 1948. Una comisión del Papa Benedicto XIV, recomendó que se eliminara esta fiesta del calendario general.

SAN GUY o GUIDON DE ANDERLECHT (*c.* 1012 P.C.)

A PESAR de que las narraciones sobre este santo provienen de fuentes de información tardías y no muy dignas de confianza y, además, han sido complementadas con relatos de milagros edificantes pero muy sospechosos, es evidente que perteneció a esa categoría de almas sencillas y calladas de trabajadores o peregrinos, como las de San Alejo y San Isidro Labrador, en la antigüedad, hasta San Benito José Labre y Matt Talbot, en nuestros tiempos.

San Guy (Guydon), llamado El Pobre Hombre de Anderlecht, nació en el campo, cerca de Bruselas, de padres pobres, pero muy virtuosos y, en consecuencia, contentos con lo que tenían y satisfechos de la vida. Los humildes campesinos no pudieron dar a su hijo educación en una escuela, aunque eso no les preocupó demasiado, pero cuidaron en cambio de instruirle, desde su más tierna edad, en la fe cristiana y las prácticas de la religión, sin dejar de repetirle las palabras que Tobías dijo a su hijo: "Tendremos muchas cosas buenas si tememos a Dios". San Agustín afirma que Dios cuenta entre los réprobos no sólo a los que reciben todo su bienestar en esta tierra, sino también a aquéllos que se lamentan por haberse visto privados de él. Eso era lo que más temía el joven Guy. A fin de evitarse aquella condenación, nunca cesó de rogar a Dios que le concediera la gracia de amar la condición de pobreza en que lo había colocado la Divina Providencia, y que le permitiera soportar con alegría todas las penurias. Asimismo, la caridad ardiente de Guy no tardó en ponerse de manifiesto: desde pequeño, acostumbraba a compartir su comida, bastante escasa por cierto, con los pobres y, a menudo, se quedaba en ayunas para que ellos comieran.

Al convertirse en un joven ambicioso y emprendedor, Guy se fue de su casa y anduvo errante durante algún tiempo, hasta que llegó a la iglesia de Nuestra Señora, en Laeken, no lejos de Bruselas, y se detuvo ahí largo tiempo. El sacerdote que atendía la iglesia, lo observó y quedó impresionado por el fervor y la constancia del chico y le retuvo para que le ayudara como sacristán. Guy aceptó de buen grado aquel oficio y lo desempeñó con tan buena voluntad que, bajo su dirección, todo aparecía limpio y ordenado; la iglesia cambió de aspecto, y los fieles acudieron en mayor número. Guy, como tantas otras gentes sencillas, se dejó convencer por un mercader de Bruselas para que invirtiese sus pobres ahorros en una empresa comercial, pero con el poco común objetivo de tener más dinero para distribuírlo entre los pobres. El mercader le propuso multiplicar su capital, si entraba en sociedad con él; para Guy no era fácil rebatir al traficante y, como creía obtener buenas ganancias, aceptó las propuestas. Partió con el comerciante, pero apenas había zarpado el barco cargado con las mercaderías de los nuevos socios, cuando naufragó frente a la costa y todo se perdió. Guy trató de recuperar su puesto de sacristán en la iglesia de Laeken, pero ya se lo habían dado a otro y, así, se encontró destituido y sin un céntimo. Comprendió su error de dejarse llevar por su primer impulso y se culpó a sí mismo por el paso en falso que había dado. A manera de reparación por su locura, Guy hizo una peregrinación a pie hasta Roma y de ahí a Jerusalén. Visitó las basílicas más célebres y los lugares más santos del mundo cristiano. Al cabo de una ausencia de siete años, regresó a Bélgica en un estado lamentable por la fatiga de su larga caminata, las privaciones de innumerables jornadas en las que sólo comía lo que le daban de limosna, por las enfermedades contraídas y muchos otros sufrimientos que debió soportar. Materialmente a rastras, llegó a Anderlecht, donde fue admitido en el hospital y, poco después, entregó el alma a Dios. Fue enterrado en el cementerio local y, luego de que se realizaron algunos milagros en su tumba, sus reliquias se trasladaron con toda solemnidad a un santuario. Entre los cocheros, mozos de cuadra y otras gentes que trabajan con caballos, se rinde hasta hoy un culto popular a este santo.

San Guy, a quien los flamencos conocen con el nombre de San Wye, cuenta con una biografía bastante extensa y detallada que se halla impresa en *Acta Sanctorum*, sept., vol. IV. *A su culto se vinculan muchas leyendas y tradiciones populares; sobre éstas ver a E. H. van* Heurck, en *Les Drapelets du pèlerinage en Belgique* a F. Mortier, en *Folklore Brabançon*, vol. X, 1930, pp. 46-55 y a J. Lavalleye, en *Annales de la Soc. d'archéol. de Bruxelles*, vol. XXXVII (1934), pp. 231-248.

BEATA VICTORIA FORNARI-STRATA, VIUDA, FUNDADORA DE LAS MONJAS AZULES DE GÉNOVA (1617 P.C.)

MARÍA VICTORIA nació en Génova, en el año de 1562. Cuando cumplió los diecisiete años, se habló de que entraría al convento, pero ella defraudó las esperanzas de sus padres y se casó con Angelo Strata. El matrimonio resultó bien, y la pareja vivió feliz durante nueve años; Angelo se unía de muy buena voluntad y con gusto a las obras de caridad de su esposa y la defendía ardientemente de las críticas adversas de las gentes que se extrañaban de que no tomara parte en las diversiones y actividades sociales. Tenían seis hijos; cuatro niños y dos niñas. Al cabo de aquellos nueve años de felicidad, en 1587, murió Angelo y, durante largo tiempo, Victoria no pudo consolarse de aquella pérdida, tanto por ella misma como por sus pequeños hijos y, al pensar que estos quedaban abandonados puesto que ella se sentía incapaz de cuidarlos y educarlos como era debido, estuvo al borde de la desesperación. Pero su dolor y su incertidumbre desaparecieron como por encanto, a raíz de un suceso que la propia Victoria relató más tarde por escrito y con todo detalle, por consejo de su confesor. La Virgen María se le apareció y le dijo: "Victoria, hija mía, sé valiente y ten confianza, porque es mi deseo tomar tanto a la madre como a los niños bajo mi protección: yo cuidaré de tu hogar. Vive tranquila, sin preocupaciones: lo único que te pido es que confíes enteramente en mí para que así puedas entregarte al amor de Dios por encima de todas las cosas". Victoria vio inmediatamente, con toda claridad, lo que debía hacer y, al momento, cesaron todas sus inquietudes. Hizo el voto de castidad, vivió en retiro y dedicó todo su tiempo a Dios, a sus hijos y a los pobres, por ese orden. No toleraba lo superfluo o lo que representaba algún lujo en su casa; se autoimpuso una regla de severas

mortificaciones y, por ejemplo, cuando la Iglesia imponía un ayuno, ella lo practicaba a pan y agua rigurosamente.

Una vez que todos sus hijos tuvieron asegurado su porvenir, Victoria presentó al arzobispo un proyecto que había esbozado desde tiempo atrás para crear una nueva orden de monjas dedicadas, de manera muy especial, a Nuestra Señora. Al arzobispo le gustó el proyecto, pero durante algún tiempo retuvo su aprobación al mismo por falta de los fondos suficientes para sostener semejante fundación. Sin embargo, no tardó en ofrecerse uno de los amigos del prelado para financiar el asunto, en parte, al proporcionar un edificio para la comunidad. Entonces, el arzobispo dio su consentimiento y su apoyo y, en el año de 1604, Victoria y otras diez mujeres tomaron el hábito y, al año siguiente, hicieron su profesión. Su objeto era honrar y adorar a la Santísima Virgen en el misterio de su Anunciación y su vida oculta en Nazaret; al profesar, cada monja agregaba el nombre de María Annunziata al suyo propio y prometía obediencia a la regla de clausura particularmente estricta de la nueva orden. Gracias al entusiasmo y al celo de la madre Victoria, en 1612, se fundó una segunda casa y, poco después, la orden se extendió hacia Francia, pero no sin que antes se hiciera el intento, a espaldas de la fundadora, de afiliar aquella comunidad a otra orden, con el pretexto de que la congregación no era lo bastante fuerte ni numerosa para subsistir por sí sola. La madre Victoria se enteró de lo que pasaba e imploró la ayuda de la Virgen María; en una visión, Nuestra Señora le dio nuevas seguridades de su ayuda infalible y, muy pronto, el peligro pasó. La madre Victoria continuó en el gobierno de su comunidad, alentó a sus hijas en la penitencia y les dio ejemplo de completa humildad y profundo amor hasta su muerte, ocurrida cuando cumplió los cincuenta y cinco años, el 15 de diciembre de 1617. Su fiesta se celebra en la fecha de hoy, que es la de su primera fundación. Estas monjas se distinguen de las *Annonciades* (de la Anunciación) fundadas por Santa Juana de Valois, por el epíteto de "azules" que se refiere al color de sus mantos.

En ocasión de la beatificación de la madre Victoria, en 1828, se publicó una biografía en italiano, con el título de *Vita della B. Maria Vittoria Fornari-Strata, fondatrice dell'Ordine della Santissima Annunziata detto "Le Turchine"*, o sea la orden que los italianos llaman, "las monjas azules". La mencionada biografía es anónima, pero oficial. Véase también un relato en francés hecho por el padre F. Dumortier, *La bse. Marie-Victoire Fornari Strata* (1902).

13: SAN MAURILIO, Obispo de Angers (453 p.c.)

MAURILIO, natural de Milán, se estableció en la ciudad francesa de Touraine, donde se convirtió en discípulo de San Martín, quien le confirió las órdenes sacerdotales. Fue un misionero entusiasta y vigoroso que sabía sacar el máximo provecho de las oportunidades; por ejemplo, cuando un rayo cayó sobre un templo pagano, Maurilio convocó al pueblo para indicarle que aquel había sido un acto de la cólera de Dios y, al momento, con la ayuda voluntaria de todos, inició la construcción de una iglesia cristiana sobre los escombros del templo pagano. Fue nombrado obispo de Angers, y gobernó su sede con virtud y prudencia durante treinta años.

En tiempos posteriores a este santo, ciertos escritores adornaron su existencia con una serie de fábulas absurdas. Ahí está, sin ir más lejos, el caso de un joven agonizante que solicitó al obispo los últimos sacramentos, pero éste tardó en acudir y encontró al joven ya muerto. Acongojado por los remordimientos, el prelado abandonó su sede y huyó hacia las costas bretonas. A la orilla del mar se detuvo junto a una roca en la que escribió estas palabras: "Yo, Maurilio de Angers, pasé por aquí". Después, tomó un barco y se trasladó a las islas británicas, pero al cruzar el canal, la llave de su catedral se cayó por accidente al mar. Entretanto, la población de Angers no podía sobreponerse a la tristeza por haber perdido a su obispo y se propuso encontrar su paradero. Un grupo de ciudadanos siguió sus huellas hasta Bretaña y descubrió la inscripción en la roca. Varios de los hombres de Angers decidieron ir a buscarle a las islas y, en consecuencia, tomaron una barca para cruzar el canal; cuando navegaban, un pez saltó dentro de la barca; en el vientre del pez se encontró la llave de la catedral de Angers. Tras algunas investigaciones infructuosas, encontraron a Maurilio que trabajaba como jardinero, y le rogaron que regresara a ocupar su sede. "No puedo regresar nunca a Angers", dijo el prelado, "porque he perdido la llave de mi iglesia". Sin embargo, cuando los ciudadanos le mostraron la llave que habían encontrado en el vientre del pez, el obispo les siguió de buen grado y, al llegar a la sede, se encaminó directamente a la tumba del joven que, por culpa suya, había muerto sin confesión. Ante el sepulcro llamó al muerto por su nombre, y el joven salió de la tumba vivo, por lo que se le dio el nombre de Renatus (René) y se quedó a morar junto a San Maurilio y le sucedió en la sede episcopal de Angers. A René se le venera como santo lo mismo en Angers, con ese nombre, que en Sorrento, con el de Renato, y se afirma que también fue obispo de aquella ciudad italiana.

La fábula del objeto que se vuelve a encontrar en el vientre de un pez, figura en las leyendas de San Ambrosio de Cahors, San Kentingern, San Maglorio y otros, así como en diversos personajes no cristianos, como en la historia del anillo de Policrates. En Angers existe la tradición de que fue San Maurilio quien estableció en la diócesis la festividad del Natalicio de Nuestra Señora, como consecuencia de que uno de sus fieles tuvo una visión de ángeles músicos en la noche del 8 de septiembre; pero este caso merece tan poco crédito como otras muchas de las historias que se cuentan sobre el santo obispo.

El día 3 de este mismo mes de septiembre, se celebra la fiesta de otro San Maurilio, un obispo de Cahors que murió en el año de 580.

Se ha hablado de una falsificación deliberada en el escrito que, antaño, pasaba por ser la biografía auténtica de San Maurilio. Cierto diácono llamado Arcanaldo volvió a escribir, en 905, un relato anterior sobre el santo y afirmó que el original había sido escrito por Venancio Fortunato y corregido y aumentado por Gregorio de Tours. El fraude fue denunciado y expuesto por Launoy en 1649 y las discusiones sobre el particular se encontrarán en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. IV. La biografía auténtica, escrita por Magnobodus cerca del año 620, fue editada parcialmente por R. B. Krusch cuando escribió sobre Venancio en MGH., *Auctores Antiquissimi*, vol. IV, parte 2, pp. 84-101. Ver también *Analecta Bollandiana*, vol. XVIII (1899), pp. 417-421 y a J. Levron, *Les saints du pays angevin* (1943), pp. 53-64.

SAN EULOGIO, Patriarca de Alejandría (c. 607 p.c.)

EULOGIO era sirio por nacimiento; desde muy joven se hizo monje y, con el tiempo, llegó a ser abad del monasterio de la Madre de Dios, en Antioquía. Entre los muchos males que por entonces afligían a la Iglesia, figuraban el desorden y la confusión en que los monofisitas habían arrojado a la Iglesia de

Alejandría. Aquella situación necesitaba medidas enérgicas y un pastor hábil y prudente que las impusiera. A la muerte del patriarca Juan, en 579, San Eulogio fue elevado a esa dignidad. Dos o tres años después, Eulogio se vio obligado a trasladarse a Constantinopla por asuntos de su iglesia y ahí se encontró con San Gregorio el Grande, quien, por entonces, era el representante del Papa (*apocrisiarius*) en la corte bizantina. Entre los dos hombres de Dios surgió una profunda amistad, como lo demuestran las numerosas cartas que se cruzaron entre San Gregorio y San Eulogio. En una de esas cartas, San Gregorio, que ya era Papa, se refiere al éxito del monje Agustín entre los anglos paganos "que viven en un rincón del mundo" y declara que en la Nochebuena anterior, diez mil anglos se habían bautizado; en la misma epístola San Gregorio usa este acontecimiento para alentar los esfuerzos de Eulogio para luchar contra los monofisitas. En uno de los párrafos parece que se indica que San Eulogio tuvo algo que ver con la organización de la misión de San Agustín en Inglaterra. San Gregorio, que ya se había visto en la necesidad de reprender al patriarca de Constantinopla, Juan IV el Ayunador, por haber asumido el pomposo título de "Patriarca Ecuménico" y que, como señal de protesta, se firmó desde entonces como "Siervo de los Siervos de Dios", reprobó también a San Eulogio por dirigirse a él con el título de "Papa Ecuménico". "Yo no deseo ser exaltado en palabras, sino en virtudes", escribió más tarde. "Acabemos con esas palabras hinchadas de orgullo y que ofenden a la caridad". De entre los numerosos escritos de San Eulogio, encaminados sobre todo a combatir las herejías, sólo se conservan un sermón y algunos trozos. Uno de sus tratados fue sometido a la censura de San Gregorio, y éste lo aprobó con estas palabras: "En tus escritos no encuentro nada que no sea admirable". San Eulogio no sobrevivió por mucho tiempo a su amigo y murió en Alejandría alrededor del año 607.

Además del *Acta Sanctorum*, sept. vol. IV se encontrará un relato sobre San Eulogio en *Patrologia* de Bardenhewer, pp. 575-576 así como en DCB., vol. II, p. 283. Sus obras fueron impresas en Migne, PG., vol. LXXXVI. Ver también la *Theologische Quartalschrift*, vol. LXXVIII, pp. 353-401. La carta del Papa Gregorio I a la que nos referimos, se encuentra en el lib. VIII, índice I, No. 30 de sus *Epistolae.*

SAN AMADO o AME, Abad (*c.* 630 P.C.)

El primero (desde el punto de vista cronológico) de los dos santos de este nombre que se conmemoran hoy, nació en Grénoble, de una familia galo-romana. Era todavía un niño cuando le llevaron a la abadía de Agaunum, donde pasó más de treinta años de su vida, primero como estudiante, después como religioso y, por fin, como un ermitaño en una cueva vecina al monasterio. Ahí vivió solo, sin otro alimento que las verduras y legumbres cosechadas por él en su huerto. Como éste era un pequeño cuadro de tierra y producía con mucha abundancia, se dijo después que la Providencia intervenía para ayudarle. Al perseverar en todas sus virtudes y al mejorar las gracias recibidas, llegó a llamar la atención de San Eustacio, cuando éste visitó Agaunum, en el año 614, a su regreso de Italia. Tanto se interesó por el ermitaño, que le instó hasta convencerlo para que regresara con él a Luxeuil y se convirtiera en un monje de su monasterio.

La obra más importante de San Amado fue la conversión de Romárico, un noble merovingio que tenía su castillo en Habendum, en las riberas del Mosela. La obra comenzó cierto día en que San Amado cenaba a la mesa de Romárico y éste preguntó lo mismo que antes había preguntado a Cristo otro joven rico: "¿Qué debo hacer para poseer la vida eterna?" Amado señaló una bandeja de plata, diciendo que representaba la riqueza a la que Romárico estaba esclavizado y, entonces, agregó las palabras del Señor: "Vende eso y todo lo que tengas, distribuye el dinero entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Después, sígueme". Romárico tomó estas palabras muy a pecho y las interpretó al pie de la letra: pagó generosamente a su servidumbre y la despidió; todos sus bienes, con excepción de Habendum, los dio a los pobres y a la Iglesia, e ingresó al monasterio de Luxeuil. Más tarde, alrededor del año 620, el noble convertido fundó un doble monasterio con la regla de San Columbano y San Amado fue su primer abad. Aquel monasterio se encontraba en los terrenos de Habendum y, posteriormente, en recuerdo de su fundador, se llamó Remiremont (*Romarici Mons*). Se dice que en los primeros tiempos de existencia del monasterio, hubo una amarga disputa entre Amado y Romárico, por una parte, y Eustacio por la otra, en la que estaba complicado un monje de Luxeuil, llamado Agresio. Pero aquel desdichado, que parece haber sido el instigador de la querella, tuvo un mal fin, puesto que murió asesinado (se dice que por un marido a quien engañó) y, al morir, se restableció la paz. San Amado murió hacia el año de 630 en amable amistad con San Eustacio y los monjes de Luxeuil. Durante sus últimos años, volvió a llevar la existencia solitaria de antaño, en una celda aparte, cultivando su huerto y cuidando a las abejas; sólo concurría al coro los domingos y en las grandes fiestas. Su amigo Romárico se hizo cargo de la dirección de las dos comunidades y, a su muerte, también a él se le veneró como santo.

La biografía escrita en latín (impresa en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. IV) de la que fue autor un monje de Remiremont, prácticamente contemporáneo del santo, fue reeditada por B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov*, vol. IV, pp. 215-221; Krusch llega a la conclusión de que el documento no merece ninguna confianza y que fue "fabricado" en el siglo nueve. El asunto no está del todo claro, puesto que, de todas maneras, la biografía parece haber sido escrita por lo menos cincuenta años después de la muerte de San Amado. Para una posición contraria a la de Krusch, ver a Besson en *Zeitchrift für Schweitzerische Kirchengeschichte*, vol. I (1907), pp. 20-51; *cf.* la *Analecta Bollandiana*, vol. XXVI, pp. 342-343.

SAN AMADO o AME, Obispo de Sion en Valais (*c.* 690 P.C.)

El segundo Amado de este día llegó a ser obispo de Sion (Sitten), en lo que es ahora el territorio de Suiza, en el año de 660. Casi nada sabemos sobre él hasta unos dieciséis años después, cuando, por razones desconocidas, el rey Thierry III de Austrasia lo desterró al monasterio de Péronne, donde San Ultan, hermano del fundador San Fursey, era el abad. En el año de 686, murió San Ultan, y San Amado quedó al cuidado de San Mauronto en la abadía que acababa de fundar en Breuil de Flandes. Cuando iba en camino de su nueva prisión, San Amado pidió permiso para cambiar de ropa en la iglesia de Cambrai. Le señalaron un cuartito completamente desprovisto de muebles y, al quitarse la capa, como no tenía donde colgarla, la dejó en suspenso sobre el rayo de luz del sol que entraba por el ventanuco. Pero no fue, por supuesto, a causa de aquel incidente pueril e imaginario, que San Mauronto se arrodilló ante San Amado al verlo llegar y le pidió perdón por ser su guardián, sino a las virtudes del obispo y a lo injusto de su posición. En el monasterio de Breuil, por el ejemplo y las palabras, incitó a los monjes al fervor y a la humildad. El obispo custodiado vivía en una celda aparte, cerca de la iglesia, y se ocupaba en la meditación

y la contemplación. Así vivió varios años con aquellos monjes, hasta que los dejó para convertirse en su mediador ante Cristo en su gloria, alrededor del año 690.

El Martirologio Romano da a entender que San Amado fue obispo de Sens y, a decir verdad, así se cree por regla general; pero ha habido confusión entre *Senonensis* y *Sedunensis*, y el nombre de San Amado se anotó equivocadamente en las listas de obispos de alguna de las dos sedes durante el siglo décimo. Sin embargo, su asignación a la sede de Sion en Valais es segura.

Hay dos biografías en latín de este santo, una impresa en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. IV y la otra en el catálogo del MSS. hagiográfico, de Bruselas, II y pp. 44-45. Antes de eso, los bolandistas lo describían como obispo de Sens y no de Sion, y, ese punto de vista ha sido sostenido en los tiempos modernos por H. Bouvier en *Histoire de l'Eglise de Sens*, vol. I (1906), pp. 457-460. Por otra parte ver a Bensson en *Monasterium Agaunense* (1913), p. 171. *Cf.* también a Duchesne en *Fastes Épiscopaux*, vol. I, p. 246, y vol. II, p. 239.

14: LA EXALTACION DE LA SANTA CRUZ, Generalmente llamado el Día de la Santa Cruz (629 p.c.)

SEGUN nos enseñan el Martirologio Romano y la lección de los maitines, la Iglesia de occidente celebra en este día la veneración a las reliquias de la cruz de Cristo en Jerusalén, en 614, después de que el emperador Heraclio las recuperó de manos de los persas que se las habían llevado quince años antes. De acuerdo con la historia, al recuperar el madero precioso, el emperador quiso cargar una cruz, como había hecho Cristo, a través de la ciudad, con toda la pompa posible. Pero, tan pronto como el emperador, con el madero al hombro, trató de entrar a un recinto sagrado, no pudo hacerlo y quedó como paralizado incapaz de dar un paso. El patriarca Zacarías, que iba a su lado, le indicó que todo aquel esplendor imperial iba en desacuerdo, con el aspecto humilde y doloroso de Cristo cuando iba cargado con la cruz por las calles de Jerusalén. Entonces, el emperador se despojó de su manto de púrpura, se quitó la corona y, con simples vestiduras, descalzo, avanzó sin dificultad seguido por todo el pueblo, hasta dejar la cruz en el sitio donde antes se veneraba la verdadera. Los fragmentos de ésta se encontraban en el cofre de plata dentro del cual se los habían llevado los persas y, cuando el patriarca y los clérigos abrieron el cofre todos veneraron las reliquias con mucho fervor. Los escritores más antiguos siempre se refieren a esta porción de la cruz en plural y la llaman "trozos de madera de la verdadera cruz". Por aquel entonces, la ceremonia revistió gran solemnidad: se hicieron acciones de gracias y las reliquias se sacaron para que los fieles pudiesen besarlas y, se afirma, que en aquella ocasión, muchos enfermos quedaron sanos.

En la Iglesia de oriente la fiesta de la Exaltación Universal de la Santa Cruz Vivificadora, es una de las más grandes del año y conmemora, principalmente, el hallazgo de la santa cruz y (actualmente el día anterior) las dedicaciones de las iglesias del Santo Sepulcro y del Calvario por el emperador Constantino. La peregrina Etheria que visitó los santos lugares en el siglo cuarto, nos dice que aquellas dedicaciones se celebraban el mismo día que el descubrimiento de la Santa Cruz; en tiempos más antiguos, en el oriente, las festividades de la cruz se relacionaban con el descubrimiento, las dedicaciones y una visión que tuvo San Cirilo de Jerusalén en el año de 351, más que con la recu-

peración de las reliquias por el emperador Heraclio. Parece cosa cierta que el 14 de septiembre era la fecha original de la conmemoración del hallazgo, aun en Roma, pero fue reemplazada por la Exaltación del triunfo de Heraclio y el Descubrimiento en el día 3 de Mayo, de acuerdo con una costumbre gálica. Mons. Duchesne declara que este día de la Santa Cruz en septiembre es una festividad que se originó en Palestina, "en el aniversario de la dedicación de la basílica erigida por Constantino en el sitio del Calvario y la que edificó en el Santo Sepulcro". "Esta festividad de las dedicaciones", agrega, "fue celebrada en el año de 335 por los obispos que asistían al Concilio de Tiro que pronunció la sentencia de deposición contra Atanasio. También estaba asociada con ella, la conmemoración del descubrimiento de la verdadera cruz", que fue "exaltada" ante el pueblo reunido.

Ver a L. Duchesne en *Christian Worship* (1919), pp. 274-275, 522-523 y 570-571; y a Bludau en *Die Pilgerreise der Etheria* (1927), pp. 185-190. La mención más antigua de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, con ese nombre, en el occidente, aparece en la nota del Papa San Sergio I (muerto en 701) en el *Liber Pontificalis*, ed. de Duchesne, vol. I, pp. 374-378. Ver también a K. A. Kellner, en *Heortology* (1908), pp. 333-341; DAC., vol. III, cc. 3131-3139. Hay un resumen muy útil en *Vies des Saints* de Baudot y Chaussin, vol. V (1947), pp. 63-78. *Cf.* también lo que se dice en esta obra en el día 3 de mayo.

SAN MATERNO, Obispo de Colonia (Siglo IV)

MATERNO fue el primer obispo de Colonia de quien se tienen noticias ciertas: se le menciona en relación con el controvertido asunto de los donatistas. Los obispos cismáticos del Africa presentaron una petición al emperador Constantino en contra del obispo católico Cecilio, para solicitar que su caso fuese juzgado por los obispos de las Galias, que no tenían ningún interés particular en el asunto. El emperador mandó llamar a tres obispos galos para que asistieran al proceso que se iba a realizar en Roma. Los tres prelados eran: Reticio de Autun, Marino de Arles y Materno de Colonia. Terminado el juicio, en el año de 313, Cecilio fue absuelto y reivindicado por unanimidad. Los donatistas pidieron la celebración de un nuevo proceso y el emperador ordenó que se convocara a un Concilio para tratar la cuestión. Esta asamblea tuvo lugar el año siguiente, en Arles y, otra vez, San Materno fue uno de los obispos participantes. Es posible que en algún período de su existencia haya sido obispo de Tréveris, donde se supone que murió.

Pero, tanto las leyendas de Colonia como las de Tréveris, aceptadas en sus libros litúrgicos y a las que se refiere el Martirologio Romano, nos ofrecen un aspecto muy diferente sobre la figura de San Materno. Como es natural, muchas de las sedes más antiguas hicieron el intento de establecer su origen en tiempos de los Apóstoles o en el de los discípulos de los Apóstoles. Entre las que trataron de vincularse con San Pedro, están la de Colonia y la de Tréveris (la sede de Colonia tuvo a dos obispos con el nombre de Materno, uno en el siglo primero y el otro en el cuarto). La historia apócrifa afirma que Materno era el hijo de la viuda de Naím resucitado por Jesucristo, y que el propio San Pedro lo envió, junto con San Eucario y San Valerio, a evangelizar las Galias. Cuando los misioneros llegaron a Ehl, en Alsacia, murió Materno y sus compañeros se trasladaron a Roma para informar a San Pedro. Este les hizo entrega de su báculo, con instrucciones para que lo pusieran sobre el cuerpo del muerto. Se ejecutaron las órdenes del Apóstol, y Materno resucitó por segunda vez y pudo predicar

el Evangelio a "los pueblos de Tongrés, Colonia y Tréveris y otras comarcas vecinas". Casi exactamente la misma historia se cuenta sobre otros misioneros apostólicos de las Galias y, por supuesto, todas ellas son indignas de crédito. Además, no hay ninguna razón para suponer que este San Materno sea otro que el obispo de Colonia que participó en el sínodo de Arles en el año 314.

La extravagante leyenda que resumimos arriba parece haber sido fabricada hacia fines del siglo nueve por un tal Eberardo, monje en Tréveris. El *Acta Sanctorum* de septiembre, vol. IV, la resume y la discute y reproduce el texto íntegro en enero, vol. II (29 de enero). Ver también el DCB., vol. III, p. 862; a Hauck, en *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. I, pp. 46-47; a W. Neuss, en *Die Anfänge des Christentums im Rheinlande* (1923), pp. 13-20 y a Duchesne en *Fastes Épiscopaux*, vol. III, pp. 34 y 178.

SANTA NOTBURGA, VIRGEN (*c.* 1313 P.C.)

UNOS CATORCE años antes de la muerte de Santa Zita en la ciudad de Lucca, vino al mundo en la localidad de Rattenberg, en las montañas del Tirol, una niña que se convertiría en la santa patrona de los criados y servidores domésticos de toda la comarca, de la misma manera que Santa Zita lo es en una zona mucho más vasta. Aquella niña, cuyo nombre era Notburga, fue la hija de un campesino del lugar, tan pobre, que apenas tuvo la niña la edad necesaria, comenzó a trabajar como criada para ayudar con el presupuesto familiar. Notburga tenía dieciocho años cuando entró al servicio del conde Enrique de Rattenberg, como ayudante de la cocinera. En el castillo feudal eran siempre muy abundantes los restos de las comidas que se servían en la mesa de los señores y, a diario, Notburga los recogía y, por una puertecilla lateral, los distribuía entre los pobres que acudían en gran número a recibir la limosna. No contenta con esto, se privaba de sus raciones para aumentar las porciones de los mendigos. Al morir la madre del conde, su esposa, la condesa Ottilia, se hizo cargo del manejo de la casa y, como no aprobaba las caridades de la ayudante de la cocinera, dio órdenes de que todas las sobras se juntaran en los grandes cubos para alimentar a los cerdos. Durante algún tiempo, Notburga hizo lo que se le había ordenado y no dio a los pobres más de lo que guardaba de su propia ración, pero no tardó en tomar también algo de lo que se destinaba a los chiqueros y, a pesar de que lo hacía con el mayor sigilo, su ama la sorprendió y fue despedida de mala manera, entre denuestos contra la doncella y sus mendigos. Y sucedió que, pocos días más tarde, murió la condesa Ottilia y después de sus funerales se presentaron en el castillo los mendigos encabezados por Notburga, las víctimas del egoísmo de la difunta señora, y con impresionante seriedad, anunciaron al conde que el espíritu de su esposa iba a morar en los chiqueros del castillo de Rettenberg y no descansaría en paz hasta que se hicieran exorcismos en el lugar.

Notburga se fue a trabajar a la casa de un granjero en Eben, y el incidente legendario que ahí le ocurrió es conocido por todos los niños buenos del Tirol. Era un sábado por la tarde durante la época de la cosecha, y Notburga se afanaba en la siega cuando repicaron las campanas de la iglesia para anunciar las vísperas, es decir que ya había comenzado el domingo. La doncella dejó de trabajar inmediatamente y se disponía a ir a la iglesia, cuando llegó el patrón y le mandó que continuara con la faena. Pero ella hizo ver al amo que el domingo empieza con las vísperas del sábado y ningún buen cristiano siega en domingo; en consecuencia, ella, que era buena cristiana, se negaba rotundamente a trabajar. El patrón, por su parte, alegó que era necesario continuar con la siega porque hacía buen tiempo y convenía aprovecharlo ya que, en cualquier momento, podía cambiar. "No cambiará", replicó Notburga con mucho aplomo. "¿Cómo puedes asegurarlo?", inquirió el patrón. "Ni siquiera se ve la luna puesto que está cubierta por la bruma y yo digo que va a llover". "¡No lloverá!", afirmó la muchacha. "Y si os hace falta ver la luna para creerlo, ahí la tenéis . . .". Con movimiento rápido, Notburga arrojó la hoz a los aires y ahí se quedó suspendida, semejante a una luna en cuarto menguante sobre el cielo del ocaso.

Mientras tanto, el conde Enrique de Rattenberg había sufrido una serie de contratiempos e infortunios a causa de las reyertas entre el conde del Tirol y el duque de Baviera; el biógrafo de Santa Notburga, que era un escritor de mucha imaginación, asegura que el de Rattenberg atribuía todas sus desgracias a la maldad de su difunta esposa y, sobre todo, a la injusticia que había cometido con la pobre ayudante de la cocinera. Al parecer, el conde creía que el espíritu de su esposa vagaba por los chiqueros y le traía maleficios, como se lo habían vaticinado los mendigos y, para ahuyentarlo de una vez por todas, decidió casarse por segunda vez y llamar a Notburga para reparar el daño que se le había hecho. El conde llevó a cabo sus proyectos y la doncella se instaló en el castillo, no como sierva sino como ama de llaves. Durante el resto de su existencia, Notburga vivió feliz y santamente en Rattenberg y, gracias a ella, un ejército de mendigos obtenía ahí su diario sustento. Poco antes de morir, recomendó a su amo muy especialmente a sus amados pobres y, como última voluntad, le pidió que colocara su cadáver en una carreta y lo sepultara en el lugar donde los bueyes se detuviesen. Así se hizo y, tras una larga jornada durante la cual se realizaron muchos milagros, como cuentan las crónicas, los bueyes se detuvieron ante la puerta de la iglesia de San Ruperto, en Eben. De acuerdo con sus deseos, Santa Notburga fue sepultada ahí. En 1862, el Papa Pío IX confirmó su culto local como patrona de los pobres campesinos y siervos asalariados.

A pesar de que dependemos casi enteramente de la biografía originalmente publicada en alemán por H. Guarinoni en 1646 para los datos sobre Santa Notburga, hay otros materiales más antiguos, según nos informa Rader en *Bavaria Sancta*, así como otros investigadores. La narración de Guarinoni, traducida al latín, aparece en *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. IV, acompañada de numerosos prolegómenos y curiosas ilustraciones sobre el culto a Santa Notburga.

15: LOS SIETE DOLORES DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

POR DOS veces durante el año, la Iglesia de occidente conmemora los dolores de la Santísima Virgen María: el viernes de la semana de Pasión, llamado Viernes de Dolores, y también en el día de hoy, 15 de septiembre. La primera de estas conmemoraciones es la más antigua, puesto que se instituyó en Colonia y otras partes de Europa en el siglo XV. Por entonces, se la llamaba Memoria de los Sufrimientos y Penas de la Santísima Virgen María y se dedicaba especialmente a los sufrimientos de Nuestra Señora en el curso de la Pasión de su divino Hijo. Cuando la festividad se extendió por toda la Iglesia occidental, en 1727, con el nombre de los Siete Dolores, se mantuvo la referen-

cia original de la misa y del oficio de la Crucifixión del Señor y, la conmemoración se llama todavía Compasión de Nuestra Señora en algunos calendarios, como en los benedictinos y dominicos, así como en muchos lugares, antes del siglo XVIII.

En la Edad Media había una devoción popular por los cinco gozos de María y, por la misma época se complementó esa devoción con otra fiesta en honor de sus cinco dolores, durante la Pasión. Más adelante, las penas de la Virgen se aumentaron a siete y no sólo comprendieron su marcha hacia el Calvario, sino su vida entera. A los frailes servitas, que desde su fundación tuvieron particular devoción por los sufrimientos de María, se les autorizó en 1668 para que celebraran una festividad en memoria de los Siete Dolores, el tercer domingo de septiembre. Esta festividad se implantó también en la Iglesia occidental en 1814. Durante largo tiempo, estos misterios se enumeraron de distinta manera, pero a partir de la composición del oficio litúrgico, se establecieron de acuerdo con los responsorios de los maitines, como sigue: (I) La profecía de San Simeón. "Había un hombre llamado Simeón que era justo y piadoso; y le dijo a María: Una espada de dolor traspasará tu alma." (II) La Huída a Egipto. "Levántate, toma al Niño y a su Madre, huye hacia Egipto y quédate allá hasta que yo te lo diga." (III) El Niño Jesús perdido durante tres días. "Hijo, ¿por qué has hecho esto con nosotros? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados." (IV) La dolorosa marcha hacia el Calvario. "El avanzó cargado con la cruz. Y le seguía una gran multitud del pueblo y una mujer que lloraba y se lamentaba por Él". (V) La Crucifixión. "Y cuando llegaron al lugar que se llama Calvario, lo crucificaron allí. A los pies de la cruz de Jesús estaba su Madre". (VI) El descendimiento de la cruz. "José de Arimatea pidió el cuerpo de Jesús. Y al bajarlo de la cruz, lo depositó en los brazos de su Madre". (VII) La Sepultura. "¡Qué gran tristeza pesaba sobre tu corazón, Madre de los dolores, cuando José lo envolvió en lienzos finos y lo dejó en el sepulcro".

Mucho se ha escrito sobre la gradual evolución de estos siete dolores de Nuestra Señora, pero de ninguna manera, se ha agotado el tema. Una de las contribuciones más valiosas para esta historia es la de un artículo que aparece en la *Analecta Bollandiana* (vol. XII, 1893, pp. 333-352), bajo el título de *La Vierge aux Sept Glaives*, escrito para rebatir el absurdo intento del folklorista H. Gaidoz para relacionar la devoción con un rollo manuscrito que se encuentra en el Museo Británico. El rollo está ilustrado con una representación de la diosa asiria Istar, en torno a la cual hay una especie de panoplia en la que se ven siete armas. La coincidencia no tiene nada de extraordinario y no existe el menor indicio que sugiera un vínculo entre la diosa asiria y la devoción occidental de época muy posterior. Sabemos con certeza que en la Edad Media se reconocían los "cinco gozos" y poco tiempo después, se estableció el número de siete dolores específicos de Nuestra Señora. Además, antes de que se estableciera ese acuerdo, hubo devoción por "nueve gozos", "quince dolores,' y hasta "veintisiete dolores". Para todo esto, consultar a S. Beissel, en *Geschichte der Verehrung Marias in Deutschland*, vol. I (1909), pp. 404-413; sobre la conmemoración litúrgica, ver el vol. II de la misma obra (1910), pp. 364-367. Pueden obtenerse otras informaciones sobre la manera como se observaba esta festividad en el pasado en la obra de Holweck, *Calendarium Liturgicum Festorum* (1925). A pesar de que en la época de Benedicto XIV la celebración era muy nueva, una comisión de aquel Papa abogaba por la eliminación de esta fiesta del calendario.

SAN NICOMEDES, MÁRTIR (Fecha Desconocida)

NICOMEDES, UN mártir de la Iglesia de Roma, fue sepultado en una catacumba

sobre la Vía Nomentana "precisamente fuera de la Porta Pia". Hubo una iglesia dedicada a él, y existen pruebas de la antigüedad de su culto. El Martirologio Romano dice que a los paganos que "trataban de obligarlo a ofrecer sacrificios", les respondió Nicomedes: "Yo no sacrifico ante nadie más que el Dios Todopoderoso que reina en el Cielo". Inmediatamente, "fue azotado con látigos que tenían trozos de plomo en las puntas, durante largo tiempo, hasta que entregó el alma al Señor bajo esta tortura". Pero todo esto deriva de un relato sobre la pasión de San Nicomedes, en unas "actas" espurias sobre el martirio de los Santos Nereo y Aquileo, relato éste en que se habla de Nicomedes como de un sacerdote que sepultó el cuerpo de Santa Felícula, fue arrestado, ejecutado y luego arrojado su cuerpo al Tíber, de donde fue recuperado por el diácono Justo. En otra versión de su pasión se afirma que sufrió el martirio en el siglo tercero o en el cuarto, bajo el emperador Maximiano. Su tumba se descubrió en 1864.

Resulta curioso que el nombre de Nicomedes no se mencione en las listas romanas de la *Depositio Martyrum* del año 354, pero los *Itinerarios*, lo mismo que los *Sacramentarios*, atestiguan su antiguo culto en Roma. Las pruebas han sido expuestas por Delehaye en CMH., p. 510.

SAN NICETAS EL GODO, MÁRTIR (375 P.C.)

SAN SABAS y San Nicetas fueron los dos mártires más renombrados entre los godos. Al primero se le conmemora el 12 de abril y al segundo, a quien los griegos colocan en la categoría de los "grandes mártires", en la fecha de hoy. Nicetas era un godo nacido en las riberas del Danubio y convertido a la fe en su juventud por Ulfilas un brillante misionero entre aquellas gentes y traductor de la Biblia a la lengua gótica. Fue Ulfilas quien ordenó de sacerdote a Nicetas. Hacia el año de 372, varios cientos de godos que huían de los hunos invasores se refugiaron en Moldavia y las autoridades romanas les hicieron un mal recibimiento, los maltrataron y vejaron. Inmediatamente, como represalia, el rey Atanarico, señor de los godos de oriente, cuyo territorio lindaba con el imperio romano en las regiones de Tracia, inició una violenta persecución contra los cristianos. Por orden del rey, un ídolo colocado sobre una carreta fue llevado a través de todas las ciudades y aldeas donde se sospechaba que había cristianos, y todo aquel que se negase a adorar al dios, quedaba automáticamente condenado a muerte. Para matar en masa, los perseguidores utilizaban el método de encerrar a los cristianos capturados en casas o iglesias tapiadas y prenderles fuego. En el ejército de mártires que glorificaron a Dios en aquella ocasión, figuró San Nicetas, que selló su fe y su obediencia con su sangre, se purificó de toda culpa al morir en el fuego y entró triunfante a la vida eterna. Sus reliquias fueron llevadas a Mopsuecia en Cilicia, donde tuvieron su santuario; por lo cual, el mártir visigodo fue venerado en las iglesias bizantinas y sirias.

En Venecia, el 12 de septiembre, se celebra la fiesta de otro San Nicetas, martirizado durante la persecución de Diocleciano.

El texto en griego sobre la pasión de San Nicetas, tal como lo presentó Metafrasto, se halla impreso con un comentario en *Acta Sanctorum*, sept. vol. v. Pero en la *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 209-215, se imprimió el relato original con anotaciones críticas y un comentario que ocupa las pp. 281-287 del mismo volumen.

SAN AICARDO o ACHARD, Abad (*c.* 687 p.c.)

Se dice que, desde la edad de siete años, Aicardo fue llevado a un monasterio de Poitiers para que se educara. Ahí permaneció hasta que su padre creyó llegado el tiempo de tenerlo en casa e iniciarlo en la vida de la corte y los trabajos del campo; pero su madre tenía vivos deseos de que su hijo fuera santo y pensaba que no debía preocuparle otra cosa que la conducta de su vida y la salvación de su alma. Esta diferencia de puntos de vista provocó agrias disputas entre los esposos y, para poner fin a la discrepancia, se mandó traer a Aicardo para que diera su opinión. Así lo hizo el joven, ante sus padres, de manera tan resuelta y firme, que no hubo más remedio que darle el consentimiento inmediatamente: Aicardo ingresó sin demora a la abadía de Saint Jouin en Ansion, en el Poitou.

Hacía ya treinta y nueve años que Aicardo era monje en Ansion, cuando San Filiberto fundó el priorato de San Benito, en Quincay, con quince monjes traídos de Jumièges y nombró superior a Aicardo. Bajo su dirección, la nueva casa prosperó grandemente y aumentó el número de monjes. Poco después, San Filiberto se retiró definitivamente de Jumièges y renunció al cargo de abad en favor de Aicardo. El nombramiento de éste fue aceptado por toda la comunidad, como consecuencia de una visión que le fue concedida a uno de los monjes. No fue esa la única ocasión en la vida de Aicardo, en que, de acuerdo con la tradición, se produjo una visión o señal celeste en un momento oportuno. Ya había en Jumièges novecientos monjes, entre los cuales el abad incitaba a la perfección con su ejemplo, y por cierto que algunos de ellos trataron de alcanzarla; pero hubo otros que no se dejaban conducir tan fácilmente y se mostraban rebeldes, hasta el día en que Aicardo tuvo un sueño sobre la próxima muerte y juicio de cuatrocientos cuarenta y dos de ellos. Aquella visión del abad causó profundo efecto entre los monjes y los indujo a la obediencia de la regla.

San Aicardo tuvo una premonición sobre la muerte de San Filiberto, que ocurrió poco antes de la suya. Cuando le llegó la hora, pidió que le recostaran sobre un lecho de cenizas y le cubrieran con una tela burda. Una vez cumplidos sus deseos, dijo a sus monjes: "Muy amados hijos: no olvidéis jamás la última recomendación y testamento de este vuestro padre que tanto os ama. Os imploro, en el nombre de nuestro divino Salvador, que os améis siempre unos a otros y que no toleréis nunca que se albergue en vuestro pecho el más leve sentimiento de rencor o de frialdad hacia cualquiera de vuestros hermanos, ni permitáis ninguna cosa por la cual pueda sufrir algún daño la perfecta caridad en vuestras almas. Será en vano que hayáis soportado el yugo de la penitencia y que hayáis envejecido en el ejercicio de los deberes religiosos, si no os amáis sinceramente unos a otros. Sin ese amor, ni siquiera el martirio os hará aceptables a Dios. La caridad fraterna es el alma de una casa religiosa". Después de haber hablado de esta manera, entregó pacíficamente el alma al Señor.

En este mismo día la menología del Cister conmemora a un Beato Aicardo que, evidentemente, fue un hombre de dotes y virtudes por encima de lo común, puesto que fue maestro de novicios en Claraval y el propio San Bernardo lo utilizó en sus trabajos de fundaciones. Este segundo Aicardo murió alrededor del año 1170.

En el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v aparece un extenso relato sobre la vida de San Aicardo. En las otras biografías publicadas no se debe poner mucha confianza.

SANTA CATALINA DE GENOVA, Viuda (1510 p.c.)

En Liguria, la familia de los Fieschi, perteneciente al partido de los güelfos, gozaba de gran prestigio y de una larga y distinguida historia. En 1234, dio a la Iglesia un Papa tan enérgico y destacado como Inocencio IV y, en 1276, al sobrino del primero, que reinó poco tiempo como Adrián V. A mediados del siglo décimoquinto, la familia Fieschi había alcanzado su máximo poder y esplendor en Liguria, en el Piamonte y en Lombardía; uno de sus miembros era cardenal y otro, llamado Jaime, descendiente del hermano de Inocencio IV, era virrey de Nápoles, bajo el gobierno del rey René de Anjou. Este Jaime Fieschi estaba casado con una dama genovesa, Francesca di Negro, y a esta pareja de nobles le nació en el año de 1447, en Génova, una niña, la quinta y última de sus hijos, a la que llamaron Caterinetta, a quien después y para siempre se conoció como Catalina. Sus biógrafos dan abundantes detalles sobre su niñez prometedora, datos éstos que tal vez podrían descartarse como vulgar panegírico, pero a partir de la edad de trece años, su inclinación hacia la vida religiosa se manifestó decididamente. Ya por entonces, una hermana suya era canonesa regular y el capellán de su convento era el confesor de Catalina. A éste le preguntó la niña si podía tomar el hábito, pero él, tras de consultar con las monjas, la rechazó a causa de su poca edad. Más o menos por esa época murió el padre de Catalina. Cuando la joven cumplió dieciséis años, contrajo matrimonio. En el caso de muchos santos y santas que no obstante su vocación por la vida religiosa se casan para obedecer los deseos de sus padres, se alega que esas razones son valederas hasta cierto punto; pero en el caso de Santa Catalina de Génova, no puede haber duda posible. La buena estrella de la familia gibelina de los Adorno estaba en franca declinación y, por medio de una alianza con la poderosa familia de los Fieschi, esperaban recuperar el prestigio y la fortuna de su casa. Los Fieschi aceptaron de buen grado la propuesta alianza, y Catalina fue la víctima. El esposo elegido fue Julián Adorno, un joven de tan poco carácter, que era incapaz de hacer de su unión un verdadero matrimonio. Catalina era una joven de gran belleza (como puede verse en sus retratos), de mucha inteligencia y sensibilidad y de una profunda devoción; su temperamento era fuerte y su carácter serio, sin la menor tendencia al buen humor y las agudezas del ingenio. Julián era el reverso de la medalla y, por lo tanto, absolutamente incapaz de comprender y apreciar a su esposa; pero, si no logró conquistar de ella más que su obediencia y su abnegada sumisión, fue porque no hizo ningún intento para ganarse su afecto. El propio Julián admitía que le era infiel a su mujer; además era amante de los placeres en forma desordenada, voluntarioso, indisciplinado, violento y derrochador. Apenas si paraba en casa, y se puede decir que en los primeros años de su vida matrimonial, Catalina estuvo sola para meditar en sus desilusiones y sus añoranzas de mejores tiempos. Al cabo de cinco años de esta vida tan triste, buscó la manera de consolarse y pasó otros cinco años en constantes diversiones y paseos mundanos, menos triste que antes, pero igualmente insatisfecha.

A pesar de sus infortunios y sus distracciones, Catalina no había perdido nunca su confianza en Dios ni había abandonado las devociones y prácticas de su religión. No era raro, por lo tanto que, la víspera del día de San Benito de 1473, estuviese orando en una iglesia dedicada al santo, en Génova, junto al mar. Y en su oración decía: "¡San Benito, ruega a Dios que me conceda la gracia

de mandarme una enfermedad que me tenga tres meses en cama". Dos días más tarde, mientras estaba arrodillada ante el capellán del convento de su hermana para recibir su bendición, se sintió súbitamente embargada por un amor a Dios tan fuerte, que todo su cuerpo se estremecía, y por un conocimiento de su propia bajeza tan profundo, que se echó a llorar. Se cubrió el rostro para ocultar las lágrimas, mientras repetía sin cesar en su fuero interno: "¡Apártame del mundo! ¡No más pecados!" En su corazón se afirmaba la certeza de que "si hubiese tenido en su posesión un millar de mundos tan ricos como éste, los habría rechazado y arrojado lejos". No pudo hacer otra cosa que murmurar una disculpa y retirarse, pero al día siguiente tuvo una visión de Jesucristo cargado con la cruz y ella gritó impulsivamente: "¡Oh, amor! ¡Si es necesario que confiese mis culpas en público, estoy dispuesta!" Después, fue a hacer una confesión general de toda su vida con tan grande dolor, que "sentía desfallecer el alma". En la fiesta de la Anunciación, recibió la sagrada comunión con sincero fervor, por primera vez en más de diez años y, a partir de entonces, comulgó diariamente durante el resto de su vida. Eso era muy mal visto por aquel entonces, y la santa solía decir que envidiaba a los sacerdotes que recibían cotidianamente el cuerpo del Señor, sin suscitar comentarios.

Al mismo tiempo, las juergas y despilfarros de Julián lo habían dejado al borde de la ruina; fue entonces cuando las ardientes plegarias de su esposa unidas a sus quebrantos, provocaron una reforma en su vida. Abandonaron su "palazzo" para ir a vivir en una casita modesta en un barrio pobre; por mutuo acuerdo, decidieron convivir en continencia y se dedicaron a cuidar a los enfermos en el hospital de Pammatone. Se unió a ellos una prima de Catalina, llamada Tommasina Fieschi, la cual, al quedar viuda fue, primero, canonesa regular y luego monja dominica. Aquel arreglo continuó durante cinco años sin cambio alguno, a no ser en el desarrollo espiritual de Catalina, hasta 1479, cuando la pareja se fue a vivir en el mismo hospital. Once años después, Catalina fue nombrada matrona del nosocomio y probó que era tan buena administradora como devota enfermera, sobre todo durante la epidemia que asoló a la ciudad en 1493, cuando murieron las cuatro quintas partes de los habitantes que no pudieron emigrar a tiempo a otro lugar. La propia Catalina se contagió con la fiebre de una moribunda a la que impulsivamente besó, y estuvo al borde del sepulcro. Fue durante su enfermedad cuando conoció al abogado y filántropo Héctor Vernazza (futuro padre del Venerable Battista Vernazza), que llegó a ser un ardiente discípulo de la santa y que conservó para la posteridad muchos preciosos detalles de su vida y sus conversaciones. En 1496, Catalina, con la salud resentida, se vio obligada a renunciar a la dirección del hospital, pero conservó su vivienda en el mismo edificio. Al año siguiente, murió Julián luego de una dolorosa enfermedad. "Maese Giuliano se ha ido", confió Catalina a una amiga. "Bien sabes tú que su naturaleza era bastante descarriada, de manera que yo he sufrido mucho interiormente por él. Pero mi Tierno Amor me aseguró que habría de salvarse, aun antes de que dejara esta vida". En su testamento, Julián recordó a su hija ilegítima, Thobia, así como a su madre, y Catalina tomó la responsabilidad de que a la niña no le faltase nada en lo material y lo espiritual.

Durante más de veinte años había vivido Catalina sin ninguna dirección espiritual y sin confesarse sino muy rara vez. A decir verdad, es posible que si no tenía alguna falta grave sobre la conciencia, se abstenía hasta de la confesión anual y, si bien no había hecho nunca un intento serio para buscarlo, no pudo

encontrar un sacerdote que entendiese su estado espiritual con vistas a su dirección. Pero alrededor del año 1499, un sacerdote secular, Don Cattaneo Marabotto, fue nombrado rector del hospital y "ambos se entendieron completamente desde el primer momento, tan sólo con mirarse a la cara y sin hablar". Poco después, Catalina se presentó ante él para decirle: "Padre: no sé en qué estado se hallan mi cuerpo y mi alma. Deseo confesarme, pero no tengo conciencia de ningún pecado". El propio padre Marabotto nos expone el "estado" de su penitente con estas frases: "A los pecados que mencionó no los veía ni entendía como culpas pensadas, dichas o cometidas por ella. Era como una niña pequeña que hubiese cometido algún pecadillo por ignorancia y, si alguien le dijera: "Has hecho mal", se sobresaltase y conturbase porque hasta aquel momento experimentó el conocimiento del mal". Asimismo, se nos dice en su biografía que Catalina "no se preocupó nunca por ganar indulgencias plenarias, aunque tenía gran respeto y reverencia por ellas y las consideraba de mucho valor, pero lo que ella deseaba era que la parte egoísta de su alma fuese castigada tanto como merecía . . ." En persecución de la misma idea heroica, rara vez pedía a los hombres o a los santos que rogasen por ella; la invocación a San Benito que mencionamos antes, fue una notable excepción y la única que figura en los registros en relación con los santos. También es digno de observarse que, durante toda su viudez, Catalina permaneció en el estado laico. Su esposo, al convertirse, se unió a la tercera orden de San Francisco (en aquellos tiempos convertirse en terciario de cualquier orden, era un asunto mucho más serio de lo que es ahora), pero ella ni siquiera llegó a eso. Estas peculiaridades no se mencionan para encomio ni para reprobación; a los que les parezcan sorprendentes, se les recuerda que estaban perfectamente al tanto de ellas los que examinaron la causa de su beatificación. La Iglesia no exige de sus hijos una práctica uniforme, ni en relación con la variedad de la humana naturaleza, ni con la libertad del Espíritu Santo para actuar sobre las almas como mejor le parezca.

A partir del año de 1473, Santa Catalina llevó, sin interrupción, una vida espiritual muy intensa sin mengua de una infatigable actividad en favor de los enfermos y los desamparados, no sólo en el hospital sino en toda Génova. Ella fue un ejemplo de la universalidad cristiana, considerada como una "contradicción" por aquéllos que no la entienden: estaba en completo "desprendimiento del mundo", pero era "práctica" en su actividad tan eficaz; se preocupaba por el alma y cuidaba el cuerpo; practicaba las austeridades físicas que modificaba o suspendía a la menor indicación de una autoridad cualquiera, ya fuese eclesiástica médica o social; vivía en estrecha unión con Dios y estaba "alerta" respecto a este mundo y al tierno afecto por los hombres. La vida de Santa Catalina ha sido tomada como letra para la investigación intensa del elemento místico en la religión. Y, en medio de todo esto, llevaba las cuentas del hospital, sin que le sobrara o faltara un céntimo y se preocupaba tanto por la justa disposición de la propiedad, que hizo cuatro testamentos y a todos les agregó varias cláusulas.

Durante algunos años, Catalina tuvo quebrantada la salud y se vio obligada a suspender no sólo los ayunos extraordinarios que ella se imponía, sino también algunos de los que mandaba la Iglesia. A la larga, por el año de 1507, las enfermedades la vencieron por completo. Rápidamente empeoró su estado y, durante los últimos meses de su vida, sufrió de manera indescriptible. Entre los médicos que la atendieron, figuraba el doctor Juan Bautista Boerio, que había sido el médico de cabecera del rey Enrique VII de Inglaterra; pero ni él ni ninguno de

los otros pudieron diagnosticar el mal que consumía a la santa. A fin de cuentas, los galenos llegaron a la conclusión de que debía tratarse "de algo sobrenatural y divino", porque la paciente no presentaba ninguno de los síntomas patológicos que pudieran reconocerse. El 13 de septiembre de 1510, tenía una fiebre altísima y deliraba; el 15 en la madrugada, "aquella alma bendita entregó su último suspiro en medio de gran paz y tranquilidad y voló hacia su 'tierno' y anhelado amor". Fue beatificada en 1737, y el Papa Benedicto XIV inscribió su nombre en el Martirologio Romano con el título de santa. Santa Catalina dejó dos obras escritas, un tratado sobre el Purgatorio y un Diálogo entre el alma y el cuerpo; el Santo Oficio declaró que esas dos obras bastaban para probar su santidad. Figuran entre los documentos más importantes del misticismo, pero Alban Butler dice de ellas, con toda razón "que no están escritas para los lectores comunes y corrientes".

Aparte de las breves noticias que nos da Giustiniano, obispo de Nibio, en sus *Annali di Genova* (1537), el relato biográfico más antiguo sobre Santa Catalina ha sido conservado en manuscritos, en italiano, cuyos textos varían considerablemente y que fueron hechos entre los años 1547 y 1548. De estos manuscritos, fue extraído el primer libro sobre la santa que fue publicado en 1551 con el título de *Vita e Dottrina.* Esta obra, que ha sido impresa varias veces, es nuestra principal fuente de información en relación con Santa Catalina y contiene además, una colección de sus dichos y meditaciones. Los distintos problemas vinculados con el texto fueron detalladamente discutidos por el barón Friedrich von Hügel en su destacada obra, *Los Elementos Místicos de la Religión* (2 vols., 1908); véase especialmente el vol. I, pp. 371-466. Las conclusiones del autor son, sin duda, justificadas por lo general, pero hay margen para algunas diferencias de opinión en cuanto a los detalles, como se hace notar, por ejemplo, en *The Month*, junio de 1923, pp. 538-543. Véase también el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v. Las numerosas biografías modernas de Santa Catalina, se fundan en la *Vita e Dottrina*; entre las más recientes figuran, *Katharina von Genua* (1939) de Lili Sertorius y *La vie de S. Catherine de Gênes* (1948) de L. de Lapérouse. En 1946, Helen Douglas Irvine y Charlotte Balfour tradujeron y publicaron la versión inglesa del tratado del Purgatorio y los Diálogos.

16: SAN CORNELIO, Papa y Mártir (253 p.c.)

DEBIDO A la violencia de la persecución de Decio, la sede pontifical de Roma estuvo vacante por más de doce meses después del martirio del Papa San Fabián, hasta que el sacerdote Cornelio fue elegido Papa, "por el juicio de Dios y de Jesucristo, por el testimonio de la mayoría del clero, por el voto del pueblo y con el consentimiento de los sacerdotes ancianos y los hombres de buena voluntad", según nos dice San Cipriano. "Aceptó con valor el episcopado, ocupó con entereza la silla sacerdotal, fuerte de espíritu, firme en su fe, en momentos en que el tirano (Decio), movido por su odio a los obispos, profería terribles amenazas contra ellos y le preocupaba más exterminar al nuevo obispo de Dios en Roma que aniquilar al príncipe rival en el imperio". Sin embargo, los primeros problemas del nuevo Papa surgieron no tanto del poder secular como de las disensiones internas, a pesar de que éstas se derivaban de la misma persecución o, mejor dicho, del cese temporal de aquella persecución.

Mientras estuvo vacante la sede de San Pedro, se produjo en Africa una disputa en relación con la forma en que debían ser tratados los apóstatas, y se había constituído un partido que estaba en favor de la indulgencia y que amenazaba a la disciplina canónica y la autoridad episcopal. El obispo de Cartago, San Cipriano, había escrito a Roma para pedir apoyo a su punto de vista de que los apóstatas arrepentidos sólo podían ser readmitidos en la comunión por una libre decisión del obispo. Un sacerdote llamado Novaciano, dirigente entre el clero romano, había respondido para aprobar la opinión de San Cipriano, pero no sin insinuar que adoptara una actitud más severa. Pocas semanas después de la elección de Cornelio, el sacerdote Novaciano se autonombró obispo de Roma en oposición al Papa. Uno de sus primeros actos fue el de negar que la Iglesia tuviera algún poder para perdonar a los apóstatas por muy arrepentidos que estuviesen y por muchas penitencias que hubieran practicado. Aquel advenedizo agregó a la apostasía como "pecados imperdonables", el asesinato, el adulterio y la fornicación. Novaciano, lo mismo que su antecesor Hipólito, opuso al Papa legítimo su habilidad e inteligencia superiores; a la larga fue vencido por el orgullo y la ambición, pero no sin haber llegado a ser el primer antipapa propiamente dicho y el jefe de una secta hereje que, por lo menos en Africa, subsistió durante varios siglos. El Papa Cornelio, por su parte, contaba con el apoyo de San Cipriano y los otros obispos africanos, en su posición de que la Iglesia tenía el poder de perdonar a los apóstatas arrepentidos y de admitirlos de nuevo en su comunión, después de la debida penitencia; contaba además con la simpatía de los obispos del oriente, y así fue como, durante un sínodo de obispos occidentales en Roma, fueron condenadas las doctrinas de Novaciano y excomulgados sus seguidores.

La persecución contra los cristianos se intensificó de nuevo a principios del año 253, y el Papa fue desterrado a Centumcellae (Civita Vecchia). Cipriano, que tenía una gran admiración por San Cornelio, le escribió una carta congratulatoria por haber podido gozar de la felicidad de sufrir por Cristo y, más todavía, por la gloria de su Iglesia, ya que ni uno solo de los cristianos romanos había renegado de la fe. "Con un solo corazón y a una voz, toda la Iglesia romana ha confesado. Así se ha manifestado, mi muy amado hermano, la fe que alababa el bendito Apóstol (*Cf.* San Pablo a los Romanos I, 8) y se ha manifestado en ti, porque, desde entonces, él preveía en espíritu tu gloriosa fortaleza y la seguridad de tu fe". San Cipriano vaticina claramente a San Cornelio el conflicto en que iban a verse envueltos los dos y agrega en su carta: "Cualquiera de nosotros que sea el primero en emprender el viaje, que nuestra caridad persevere y nunca cesen las plegarias al Padre por nuestros hermanos y nuestras hermanas". San Cornelio fue el primero en ser llamado en junio del mismo año de 253. Con frecuencia, San Cipriano se refiere a él como mártir, pero, no obstante que los relatos posteriores afirman que fue decapitado, lo más probable es que no haya sido ejecutado directamente, sino que muriera a consecuencia de las penurias, fatigas y sufrimientos de su destierro en Centumcellae. Su cadáver fue llevado a Roma y enterrado ahí, no en el cementerio de los papas propiamente dicho, sino en una cripta cercana a Lucina que tal vez era el lugar de sepultura de la *gens Cornelia*, casa ésta a la que se dice que pertenecía el Papa.

La amistad de San Cipriano de Cartago fue el gran apoyo del Papa San Cornelio como Supremo Pontífice y como defensor de la Iglesia contra el rigorismo de Novaciano, y la estrecha asociación entre ambos se ha reconocido, desde entonces, como muy valiosa. En la tumba de Cornelio se conservó la memoria de San Cipriano en el siglo cuarto, por medio de una inscripción y, cuatro siglos después, se pintó la imagen del obispo de Cartago en los muros de la cripta; a

los dos se les nombra juntos en el canon de la misa el 14 de septiembre, fecha del martirio de San Cipriano y, dos días después, se celebra su fiesta en toda la Iglesia de occidente.

La historia de San Cornelio comprende un episodio muy importante en la historia eclesiástica y, de Eusebio en adelante, ha llamado la atención de todos los escritores que se ocuparon de la Iglesia cristiana en sus primeros tiempos. Además del *Acta Sanctorum*, sept. vol. IV y los trabajos de Grisar, Duchesne, J. P. Kirsch, etc., consúltese a A. d'Ales, en *Novatien* (1925) y a J. Chapman, en *Studies on the Early Papacy* (1928), pp. 28 y ss. En cuanto al martirio, al lugar de su sepultura, la inscripción y el fresco de San Cipriano en la catacumba, ver a Wilipert en *La cripta dei Papi e la capella di santa Cecilia* (1910); Franchi de Cavalieri, en *Note Agiografiche*, vol. VI, pp. 181-210; y a Delehaye en *Analecta Bollandiana*, vol. XXIX (1910), pp. 185-186. Leclercq en DAC. (vol. III, cc. 2968-2985) reproduce varias ilustraciones de De Rossi y Wilipert. La llamada pasión de San Cornelio (cuyas varias redacciones están catalogadas en BHL., nn. 1958-1966) es un documento que no tiene valor histórico.

SAN CIPRIANO, Obispo de Cartago, Mártir (258 p.c.)

San Cipriano desempeñó un papel importantísimo en la historia de la Iglesia de occidente y en el desarrollo y progreso del pensamiento cristiano durante el siglo tercero, particularmente en Africa, donde su influencia fue preponderante. Por su prestigio personal más que por el de su sede, llegó a ser reconocido, de hecho, como el primado de la iglesia africana y en el canon de la misa romana se le menciona a diario. Su nombre completo era el de Cecilio Cipriano, sus íntimos le llamaban Tascio y vino al mundo alrededor del año 200, posiblemente en Cartago. Seguramente que era nativo del Africa proconsular, puesto que así lo afirma San Jerónimo. Es muy poco lo que se sabe de su vida antes de su conversión al cristianismo: era un orador público, profesor de retórica, defensor de oficio en los tribunales y participaba de lleno en la vida pública y social de Cartago. El instrumento de Dios en su conversión, cuando ya había pasado de la juventud, fue un anciano sacerdote llamado Cecilio, a quien el santo respetó y veneró siempre como a su padre y a su ángel guardián. Cecilio, a su vez, confiaba enteramente en la virtud de su discípulo y, cuando el anciano sacerdote se hallaba en su lecho de muerte, encomendó al cuidado y la protección de Cipriano a su mujer y a sus hijos. Al abrazar el cristianismo, la vida de Cipriano cambió radicalmente. Antes de recibir el bautismo, hizo el voto de mantener perfecta castidad, lo cual dejó asombrados a los cartagineses y aun sorprendió a su biógrafo, San Poncio, que exclama: "¡Quién vio jamás un milagro semejante!"

Al estudio detenido de las Sagradas Escrituras, agregó Cipriano el de sus mejores expositores y comentaristas de manera que, en un tiempo relativamente corto, se familiarizó con los trabajos de los mejores escritores religiosos de su época. Le deleitaban particularmente los escritos de su compatriota Tertuliano; casi a diario leía alguno de sus pasajes y, cuando sentía el deseo de consultarlo, solía decir: "Veamos lo que dice mi maestro". No fue el menor de sus sacrificios renunciar a toda literatura profana, y en ninguno de sus numerosos escritos hay una sola cita de cualquier autor pagano. Poco después de haberse convertido, recibió Cipriano las órdenes sacerdotales y, en 248, fue designado para ocupar la sede episcopal de Cartago. Al principio, se negó a aceptar el cargo con tanta vehemencia, que incluso intentó huír, pero al fin y al cabo comprendió que

sería inútil toda resistencia y consintió en que le consagraran obispo. Algunos de los sacerdotes y buena parte del pueblo se opusieron a su elección que, sin embargo, se llevó a cabo con toda validez, "de acuerdo con el juicio divino, la voz del pueblo y el consentimiento del episcopado". Cipriano administró su puesto con caridad, bondad y valor, virtudes éstas que mezcló hábilmente con la energía y una prudente serenidad. Sobre su aspecto físico nos dice Poncio que era majestuoso y atractivo hasta el punto de inspirar confianza a primera vista y que nadie podía mirarle a la cara sin sentir admiración por él; en su porte se advertía un extraño equilibrio entre la alegría y la gravedad, de suerte que todo aquél que le trataba, no sabía si debía quererlo o respetarlo más; pero lo cierto es que merecía el máximo respeto y el más grande amor.

Desde la elevación de Cipriano a la sede de Cartago hasta que hubo transcurrido poco más de un año, la Iglesia gozó de una paz perfecta, pero el emperador Decio, al tomar el poder, inició su reinado con una persecución. La época de quietud y de prosperidad había causado un efecto de debilitamiento entre los cristianos, de manera que, al anunciarse en Cartago el edicto persecutorio, éstos se apresuraron a presentarse en el capitolio para dejar registro de su apostasía ante los magistrados y sumarse a los grupos de paganos que recorrían las calles al grito de: "¡Cipriano a los leones!" El obispo fue proscrito, y se ordenó la confiscación de sus bienes, pero ya para entonces él se había retirado a un escondite y se hallaba a buen recaudo, mientras su proceder suscitaba críticas adversas tanto en Roma como en Africa. Cipriano creyó prudente defenderse y expuso las razones que le justificaban en una serie de cartas dirigidas al clero. Y no hay duda de que al esconderse, en medio de las circunstancias adversas, obró cuerdamente. Desde su refugio, reemplazó su presencia personal ante los fieles con sus frecuentes epístolas para exhortarles a la continua plegaria. "Pedid y recibiréis", les decía. "Que cada uno de nosotros ruegue a Dios no sólo por sí mismo y para sus propias necesidades, sino por todos los hermanos, según el modelo que nos dejó el Señor, por el cual se nos enseña a orar en común, como una hermandad, por todos en conjunto y no como individuos, ni tan sólo por nosotros. Cuando el Señor nos vea humildes, pacíficos, unidos entre nosotros, con el propósito de mejorar por nuestros actuales sufrimientos, nos salvará de manos de nuestros perseguidores". Les aseguraba que aquella tormenta había sido revelada por Dios, antes de que se produjera, a una devota persona de Cartago por medio de una visión del enemigo bajo la figura de un *retiarius** que se disponía a matar a los fieles, ya que éstos no estaban en guardia. En la misma carta mencionaba otra revelación de Dios que él mismo había tenido, sobre el fin de la persecución y el restablecimiento de la paz para la Iglesia. Con aquellas cartas desde su escondite, el obispo advertía y alentaba a su grey, fortalecía a los confesores prisioneros y recomendaba a los sacerdotes que los visitaran por turnos y se las arreglaran para darles la comunión en sus calabozos.

Durante la ausencia de San Cipriano, uno de los sacerdotes que se habían opuesto a su elección episcopal, llamado Novato, se declaró abiertamente en cisma. Algunos de los apóstatas y también de los confesores que se hallaban en contra de la disciplina adoptada por San Cipriano contra los renegados, se adhirieron al cismático, puesto que Novato recibía, sin ningún requisito ni

*El *retiarius* era un gladiador armado con una espada y una red (*rete*) con la que trataba de atrapar al oponente para matarlo.

previa penitencia canónica, a todos los apóstatas que quisieran reintegrarse a la comunión de la Iglesia. San Cipriano denunció a Novato y, durante un consejo convocado en Cartago cuando se alivió un poco el rigor de la persecución, leyó el tratado que había escrito sobre la unidad de la Iglesia. "Hay", decía en él, "un solo Dios, un solo Cristo y solamente una silla episcopal, originalmente fundada sobre Pedro por la autoridad del Señor. Por consiguiente, no podrá establecerse otro altar ni otro sacerdocio. Y si un hombre cualquiera, impulsado por su cólera o su temeridad, establece otra en abierto desafío a la institución divina, su ordenanza será espuria, profana y sacrílega". Vale decir que así como Pedro es el fundamento terrenal de la Iglesia entera, lo es también el obispo legítimo de cada diócesis. En aquel consejo se excomulgó a todos los jefes cismáticos, y Novato partió hacia Roma, donde Novaciano se había constituído como antipapa, con el objeto de crear disturbios en la capital del imperio. Cipriano reconoció a Cornelio, el que ocupaba por entonces la sede de San Pedro, como el único Papa, y desplegó una gran actividad para apoyarlo durante todo el cisma, lo mismo en Italia que en Africa. Con la ayuda de San Dionisio, obispo de Alejandría, conquistó la adhesión de los obispos de oriente para Cornelio y les advirtió que su unión con cualquier falso obispo de Roma era lo mismo que apartarse de la comunión de la Iglesia. En relación con aquellas perturbaciones, Cipriano agregó a su tratado sobre la unidad, un capítulo sobre la cuestión de los apóstatas.

En varios pasajes de sus escritos San Cipriano se queja de que la paz de que gozó la Iglesia debilitó la vigilancia y el espíritu de algunos cristianos y abrió las puertas de la Iglesia a muchos convertidos que carecían de la verdadera fe, de suerte que sobrevino un gran relajamiento y, al ponerse a prueba la virtud de los cristianos en la persecución desatada por Decio, a muchos les faltó el valor para hacerle frente. Aquéllos fueron los renegados que ofrecieron sacrificios a los ídolos o bien los *libellatici*, es decir los que, sin haber sacrificado, adquirieron mediante grandes sumas de dinero, certificados donde se hacía constar que ya habían ofrecido sacrificios; a ésos se les llamó relapsos (*lapsi*) y, a causa de ellos y del tratamiento que debía dárseles, surgió una amarga y extensa controversia durante la persecución de Decio y varios años después: por una parte, el cismático Novato predicaba una excesiva indulgencia hacia los relapsos y, por la otra, la severidad de Novaciano se tradujo en la herejía de privar a la Iglesia del poder de absolver y perdonar a un apóstata. Fue por entonces cuando los culpables de algún pecado abominable, aparte del de apostasía, estaban en la imposibilidad de asistir a los sagrados misterios, sin haber pasado antes por una severa prueba de penitencia pública que comprendía cuatro grados y continuaba durante varios años. Sólo en ocasiones extraordinarias se concedía una disminución de aquellas penitencias y también se acostumbraba conceder "indulgencias" a los penitentes que recibían una bendición o una recomendación de alguno de los mártires en marcha al sitio de su ejecución o de algún confesor de la fe que estuviese en prisión y aun en esos casos, se requería una solicitud del mártir o del confesor en favor del penitente, solicitud ésta que el obispo y su clero examinaban antes de dar su ratificación.* En los tiempos de San Cipriano, esta costumbre, adoptada en Africa, degeneró en

*Los períodos de tiempo (300 días, 7 años, etc.) en que hoy se conceden las indulgencias, es una práctica que sobrevive desde los tiempos en que la disciplina de las penitencias públicas estaba en vigor en la Iglesia.

un abuso por el gran número de los *libelli martyrum*, porque a menudo se otorgaba la solicitud de conmutación en términos muy vagos o bien perentorios y porque se otorgaban sin discernimiento y sin examen previo.

Cipriano condenó esos abusos con toda severidad y, no obstante que en apariencia podría pensarse que él se inclinaba por el rigorismo, en realidad seguía el término medio y, en la práctica, era considerado e indulgente. Para hacer frente a la situación que se le planteaba, recurrió a la prudencia y, luego de consultar con el clero romano, insistió para que se obedecieran sin discusión las medidas y ordenanzas que había tomado, hasta que se presentara la oportunidad de estudiar la cuestión en conjunto, entre todos los obispos y sacerdotes del Africa. La ocasión se presentó en el año de 251, durante el concilio de Cartago, mencionado antes, donde se decidió que los *libellaticii* podían ser readmitidos tras un período de penitencia más o menos largo, según el caso, mientras que los *sacrificati* sólo podrían recibir la comunión en caso de muerte. Pero al año siguiente, se desató la persecución de Gallo y Volusiano, y un nuevo concilio de los obispos africanos decretó que "todos los penitentes que manifestasen nuevamente su disposición de entrar a la Iglesia y sumarse a las listas para ir a la lucha, combatir valerosamente por el nombre del Señor y por su propia salvación, recibiesen la paz de la Iglesia". El obispo dijo que tal medida era necesaria y recomendable, "a fin de citar en forma general y colectiva a los soldados de Cristo en el campo de Cristo y, así, los que verdaderamente están ansiosos de tomar las armas en sus manos y de lanzarse a la lucha, que lo hagan en buena hora. Mientras gozábamos de tiempos pacíficos, había razones de peso para mantener durante más tiempo a los penitentes en un estado de mortificación que sólo se modificaría en caso de enfermedad o de peligro. Pero ahora, los vivos tienen tanta necesidad de comunión, como los moribundos la tenian entonces, de lo contrario, sería como dejar sin armadura y sin defensa precisamente a aquéllos a quienes exhortamos y alentamos para que luchen en la batalla del Señor: a ésos son a los que debemos apoyar y fortalecer con la Sangre y el Cuerpo de Cristo. Si el objeto de la Eucaristía es dar una defensa y una seguridad a los que participan de ella, debemos fortificar a aquéllos por cuya seguridad nos preocupamos, con la armadura del banquete del Señor. ¿Cómo podrán tener la capacidad de morir por Cristo, si les negamos la Sangre de Cristo? ¿Cómo les prepararemos para que apuren la copa del martirio, si no les damos a beber antes el cáliz del Señor?"

Entre los años de 252 y 254, Cartago estuvo flagelado por una terrible epidemia de cuyas devastaciones San Poncio nos ha dejado una vivaz descripción. En aquellos tiempos de horror y desolación, San Cipriano reunió y organizó a los cristianos de la ciudad, les habló severamente sobre sus deberes de misericordia y caridad y los instruyó para que prodigaran sus cuidados no sólo a sus propias gentes, sino también a sus perseguidores y a sus enemigos. Los fieles le ofrecieron seguir fielmente sus directivas y cumplieron con su palabra. Los servicios de los cristianos fueron muy diversos: los ricos contribuyeron con muy cuantiosas sumas de dinero, los pobres dieron su trabajo y su atención personal. Los pobres y los necesitados, no solamente durante la peste, sino en todo tiempo, fueron el principal objeto de la preocupación de San Cipriano, como lo prueban sus continuas recomendaciones para que no se les desamparara y las ordenanzas que daba con frecuencia para suministrarles ayuda. Uno de sus dichos preferidos era éste: "No dejéis que duerma en vuestros cofres lo que puede ser de

provecho para los pobres. Todo aquello de lo que el hombre tenga que desprenderse necesariamente tarde o temprano, es bueno que lo distribuya voluntariamente antes de su muerte, para que Dios pueda recompensarlo en la eternidad". Para consuelo y fortalecimiento de su grey durante la epidemia de peste, el santo obispo escribió su tratado *De Mortalitate*.

Si bien San Cipriano respaldó siempre al Papa San Cornelio, en los últimos años de su vida se opuso con igual energía al Papa San Esteban I en el asunto del bautismo conferido por herejes o cismáticos. El y otros obispos africanos se negaron a reconocer la validez de esos bautismos. El desacuerdo se refiere con detalles en el artículo dedicado a San Esteban I, el 2 de agosto. A pesar de que en el curso de la disputa San Cipriano publicó un tratado sobre la virtud de la paciencia, durante las discusiones, hizo un despliegue de apasionamiento y de vehemencia, un exceso que, según dice San Agustín, compensó con creces por su glorioso martirio.

En el mes de agosto de 257, se promulgó el primer edicto de la persecución de Valeriano para prohibir toda asamblea de cristianos y para exigir a los obispos, sacerdotes y diáconos, que tomasen parte en el culto oficial, bajo pena de exilio. El día 30 del mismo mes, el obispo de Cartago fue llevado ante el procónsul. El relato de su proceso y sus interrogatorios ha sido tomado de tres documentos distintos: un informe de fuentes oficiales sobre su juicio en el año de 257, que culminó con una condena al destierro; otro informe oficial sobre el segundo proceso, en el año 258, del que salió condenado a muerte; un breve relato sobre su pasión. El compilador de estos documentos agrega algunas palabras para vincular las tres narraciones. Dice como sigue:

"Cuando el emperador Valeriano fue cónsul por cuarta vez y Galieno por tercera, el 30 de agosto (257 P.C.), el procónsul Paterno dijo a Cipriano, el obispo, en la cámara de las audiencias: 'Los muy sagrados emperadores Valeriano y Galieno se han dignado darme cartas en las que me mandan vigilar que, de ahora en adelante, observen estrictamente el ceremonial de nuestra religión los que no profesan el culto de los romanos. Por esa razón, te hice comparecer ante mí. ¿Qué me respondes?

Cipriano: Soy cristiano y soy obispo. No conozco a otros dioses más que al único y verdadero Dios que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. A ese Dios servimos nosotros los cristianos; a él elevamos nuestras oraciones de día y de noche, por nosotros mismos, por todos los hombres y por la salvación de los mismos emperadores.

Paterno: ¿Persistes en mantener esas intenciones?

Cipriano: Una buena intención que reconoce a Dios no puede cambiar.

Paterno: En ese caso y de acuerdo con el edicto de Valeriano y Galieno, irás al exilio en Curubis.

Cipriano: Iré.

Paterno: Los emperadores se han dignado escribirme no sólo respecto a los obispos, sino también a los sacerdotes. Por lo tanto, deseo saber por ti quiénes son los sacerdotes que viven en esta ciudad.

Cipriano: Por vuestras leyes y con sabiduría, habéis prohibido que un hombre se vuelva informador, de manera que yo no puedo revelar esos nombres. Pero se les puede encontrar en sus ciudades respectivas.

Paterno: Desde hoy los buscaré en ésta.

Cipriano: Nuestra disciplina prohibe que alguien se entregue voluntariamente y semejante actitud es contraria a nuestros principios; pero si los buscas, los encontrarás.

Paterno: Los encontraré. Los emperadores han prohibido también que se realicen asambleas en cualquier lugar, así como el acceso a los cementerios. Si alguno de ellos no ha obedecido este saludable decreto, ha incurrido en la pena de muerte.

Cipriano: Cumple con lo que se te ha ordenado.

"Entonces Paterno, el procónsul, ordenó que el bendito Cipriano fuese exilado y cuando ya había pasado algún tiempo en el destierro, el procónsul Galerio Máximo sucedió a Aspasio Paterno. El nombrado en primer lugar mandó que el santo obispo Cipriano fuese llamado del exilio para que compareciese ante él (agosto de 258). Cuando Cipriano, el venerable mártir elegido de Dios, hubo regresado de la ciudad de Curubis* a donde había sido exilado de acuerdo con el decreto del entonces procónsul Aspasio Paterno, permaneció vigilado en sus propios jardines, según el mandato de los emperadores. Ahí esperaba todos los días que fueran a buscarle como le había sido revelado en un sueño.** Y de pronto, mientras estaba ahí, durante el consulado de Tusco y Basso, el día 13 de septiembre, llegaron dos oficiales a buscarle: uno era el jefe de carceleros del procónsul Galerio Máximo y el otro era mariscal de la guardia del mismo procónsul. Lo colocaron entre ellos en un carro y se lo llevaron a Villa Sexti, adonde se había retirado el procónsul para recuperar su salud. El mismo ordenó que el juicio fuese diferido para el día siguiente y, mientras tanto, se llevaron al bendito Cipriano a la casa del jefe de carceleros como huésped suyo, en el barrio llamado de Saturno, entre el templo de Venus y el templo de Bienestar público. Y hasta ahí llegaron a reunirse todos los hermanos. Cuando el santo Cipriano se enteró de esto, mandó que todas las mujeres jóvenes fueran protegidas, ya que todos los que habían venido permanecían allí, en el barrio, frente a las puertas de la casa del oficial. Al día siguiente 14 de septiembre, por la mañana, una gran muchedumbre se congregó en Villa Sexti, en espera de que se cumpliera lo que había ordenado Galerio Máximo. El mismo día, éste mandó que Cipriano compareciese ante él, en la corte llamada de Sauciolum. Cuando hubo llegado, Galerio Máximo, el procónsul, dijo a Cipriano, el obispo: "¿Eres tú Tascio Cipriano?

Cipriano: Yo soy.

Máximo: ¿Eres el padre (Papa) de esos hombres sacrílegos?

Cipriano: Sí.

Máximo: Los más santos emperadores te ordenan que sacrifiques.

Cipriano: No sacrificaré.

Máximo: Piénsalo bien.

*Curubis era una pequeña ciudad a unos ciento ochenta kilómetros de Cartago, en una península de la costa del mar de Libia, no lejos de Pentápolis. El lugar era agradable y saludable, no obstante hallarse en tierras desérticas, puesto que la brisa marítima hacía reverdecer los campos y el agua era abundante. A San Cipriano lo acompañaban en el exilio su diácono San Poncio y otros. Su destierro fue aliviado con las consideraciones que siempre le dispensaron las autoridades.

**A Cipriano se le hizo regresar del destierro en obediencia a otro edicto donde se ordenaba la sentencia de muerte para los obispos, sacerdotes y diáconos (el Papa San Sixto II fue uno de los primeros en sufrir el martirio) y, por ésta y otras causas, se agravó la persecución.

Cipriano: Haz lo que tengas que hacer. No hay lugar para reflexión en un asunto tan claro.

"Galerio Máximo consultó a sus asesores y luego, de mala gana, dictó la sentencia como sigue: 'Has vivido largo tiempo en el sacrilegio; has reunido en torno tuyo a muchos cómplices en asociación ilegal; te has convertido en un enemigo de los dioses romanos y de su religión. Nuestros muy piadosos y sagrados príncipes, Valeriano y Galieno, Valeriano el Augusto y Galieno el nobilísimo César, no han podido devolverte a la práctica de nuestros ritos. Por lo tanto y en vista de que sabemos que eres el autor y el principal organizador de repugnantes crímenes, en ti haremos un ejemplo para todos aquéllos que se han unido a ti en tus perversidades: tu sangre será la confirmación de las leyes' ". Una vez dichas estas palabras, leyó el decreto en una tablilla: "A Tascio Cipriano se le dará muerte por la espada". Cipriano respondió: "¡Gracias sean dadas a Dios!"

"Cuando fue dictada la sentencia, los hermanos ahí reunidos dijeron: '¡Que seamos decapitados con él!' La multitud siguió al condenado tumultuosamente hasta el lugar de la ejecución, un sitio rodeado por árboles a los que algunos se treparon para ver mejor. Así fue conducido Cipriano hasta la llanura de Sextus. Allí se le despojó de su manto y él se arrodilló para orar a Dios. Cuando se hubo quitado la dalmática* y la había entregado a sus diáconos, quedó de pie, cubierto con sus blancas ropas interiores, en espera del verdugo. Al llegar éste, Cipriano pidió a sus amigos que le diesen veinticinco piezas de oro. Los fieles tendieron frente a Cipriano paños y lienzos. El mismo se vendó los ojos con sus manos y, como no pudiese atar los extremos del pañuelo, Julián el sacerdote y Julián el subdiácono lo hicieron en su lugar. Así sufrió el bendito Cipriano; su cuerpo fue tendido en un lugar cercano para satisfacer la curiosidad de los paganos. Después, en horas de la noche, los cristianos le trasportaron, con velas y antorchas, entre plegarias y en procesión triunfal, hasta el cementerio de Macrobius Candidianus, el procurador, que se encuentra en el camino a Mappalia, cerca de los estanques. Pocos días más tarde, murió Galerio Máximo, el procónsul".

Las cartas de San Cipriano, una breve nota del *De Viris Illustribus* de San Jerónimo, la *pasión* del santo y el esbozo biográfico atribuído a su diácono San Poncio, son nuestras principales fuentes de información. La pasión y la biografía han sido muy discutidas. En el vol. XXXIX del *Texte und Untersuchungen*, Harnack dedica unas páginas a *Das Leben Cyprianis von Pontius* y la describe como la primera biografía cristiana de cuantas existen. Reizenstein, en la *Sitzungsberichte* Fil. e Hist. de Heidelberg (1913), da un punto de vista menos favorable y dice que no tiene importancia como fuente histórica. Delehaye discute el asunto en *Les Passions des Martyr et les genres littéraires* (1921). Si Delehaye tiene razón, no se puede decir que las *Actas Proconsulares* de San Cipriano sean "un registro único sobre el proceso y muerte de un mártir con toda su autenticidad y pureza". Por muy dignos de confianza que sean los documentos, no son copia fiel de las actas oficiales. El mismo escritor en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIX (1921), pp. 314-332, observa la singular confusión que se ha hecho entre la historia de San Cipriano de Cartago y la leyenda ficticia de San Cipriano de Antioquía. Ver también el *Acta Sanctorum*, sept. vol. IV: al *S. Cyprient* de P. Monceaux en la serie *Les Saints* y a *S. Cecil Cyprian de Fischer* (1942). La literatura en torno a los escritos de San Cipriano es muy extensa y muy contradictoria. En relación con la conocida obra del arzobispo Benson *St. Cyprian*, consultar los artículos del padre J. Chapman en *De Unitate Ecclesiae* y en la *Revue Bénédictine* de 1902 a 1903. Una bibliografía más completa se encontrará en el DTC., de Bardenhewer y en el *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. III, pp. 99-102.

*Especie de túnica que originalmente se usó en Dalmacia. Por entonces no era todavía una vestidura eclesiástica.

SANTA EUFEMIA, VIRGEN Y MÁRTIR (*c.* 303 P.C.)

LA CIUDAD de Calcedonia sirvió como escenario para el martirio de Santa Eufemia. En cuanto la doncella se negó a tomar parte en un festival en honor del dios Ares, fue aprehendida por los perseguidores y, puesta a merced de un juez inhumano, llamado Prisco, sufrió crueles torturas hasta perder la vida. Los tormentos a que fue sometida se hallan representados en una serie de frescos pintados en la iglesia dedicada a ella en Calcedonia, tal como los describió San Asterio de Amasea en su panegírico sobre la santa. Ahí se ve que un soldado le sostiene la cabeza en tanto que otro, armado con un mazo, le asesta furiosos golpes en la cara para romperle los labios, los dientes, la nariz y las quijadas, de manera que todo el rostro, la cabellera y las ropas de la santa, aparecen bañados en sangre. Luego de sufrir muchos otros tormentos, la arrojaron a las fieras, que rondaron en torno al cuerpo destrozado sin atreverse a tocarlo, hasta que un oso lo devoró.

Las actas de Santa Eufemia no tienen valor histórico puesto que consisten, sobre todo, en una lista de torturas que ella soportó milagrosamente. El Martirologio Romano las resume de esta manera: "prisión, azotes, la rueda, el fuego, piedras pesadas, fieras, latigazos, garfios y hierros candentes". Como quiera que haya sido, no hay duda de que en Calcedonia hubo una mártir de ese nombre, cuyo culto fue antaño muy popular y extenso en toda la Iglesia. El historiador Evagrio da testimonio de que los emperadores, los patriarcas y gentes de todas las categorías hacían viajes a Calcedonia con la esperanza de participar en las bendiciones y gracias que Dios dispensaba a los hombres por intermedio de Eufemia, y se afirma que en el lugar de su sepultura se realizaron muchos milagros. Ahí se erigió una gran iglesia en honor suyo y, en el año de 451, se reunió en ella el cuarto concilio general que condenó al monofisismo. Una leyenda dice que en aquel concilio los Padres de la Iglesia católica se pusieron de acuerdo con sus oponentes para que cada una de las partes en conflicto escribiese sus puntos de vista en un libro y pedir luego a Dios Todopoderoso que mostrara, por un signo, cuál expresaba la verdad. Se procedió de esta manera, y los dos libros sellados se depositaron en el santuario de Santa Eufemia. Al cabo de tres días de plegarias, se abrió el santuario: el libro de los monofisitas yacía a los pies de la mártir, pero el libro católico se hallaba en su mano derecha. No es necesario decir que aquel Concilio de Calcedonia se abstuvo de recurrir a semejantes métodos para sacar sus conclusiones, pero sí parece que el hecho de que la histórica asamblea se reuniera en la iglesia de Santa Eufemia, contribuyó al extraordinario prestigio de que gozó la bendita mártir. En 1951, aniversario de aquel Concilio, el Papa Pío XII invocó su nombre en la carta encíclica "Sempiternus Christus Rex". En el oriente se hace referencia a esta mártir como Eufemia la Renombrada, y se encuentra incluida entre los santos que se nombran en el canon de la misa del rito milanés y en los preparativos que acostumbran hacer los rusos del rito bizantino.

Por muy famosa que haya sido Santa Eufemia, sus actas, de las cuales hemos dado algunos detalles, no tienen valor histórico. Aparte del hecho de su martirio, no sabemos nada más sobre ella, excepto que su culto fue muy antiguo y muy extenso. El Papa San Sergio (687-701) reconstruyó en Roma la iglesia dedicada a esta santa que, ya desde entonces, estaba en ruinas. Ver el *Acta Sanctorum*, sept. vol. V y el CMH., pp. 187, 515.

SANTOS ABUNDIO, ABUNDANCIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES (c. 304 P.C.)

EN EL museo de Letrán se encuentra parte de un epitafio que fue descubierto en Rignano, ciudad situada a unos ochenta y cuatro kilómetros de Roma, que, según la opinión del arqueólogo de Rossi, perteneció al sepulcro del mártir Abundio al que se refiere el Martirologio Romano en este día. "En Roma, sobre la Vía Flaminia, los santos mártires Abundio, el sacerdote, y Abundancio, el diácono, quienes, junto con un hombre distinguido llamado Marciano y su hijo, Juan, que había sido resucitado de entre los muertos por Abundio, sufrieron la muerte por la espada, según órdenes del emperador Diocleciano, en la décima piedra miliaria de la ciudad". Las actas de estos mártires, sin valor histórico alguno, relatan que San Abundio y su diácono recibieron órdenes de adorar a Hércules, a lo que se negaron rotundamente. En seguida, se les arrojó en la cárcel Mamertina, de la que fueron sacados un mes después para torturarlos y condenarlos a muerte. En el camino al lugar de su ejecución se encontraron con el senador Marciano, quien marchaba anegado en llanto tras el féretro de su hijo Juan, que había muerto. San Abundio pidió permiso para ver el cadáver y, cuando estuvo junto al ataúd, se puso en oración y el joven Juan resucitó. Ante aquel milagro, Marciano y Juan confesaron a Cristo y, en consecuencia, fueron decapitados aquel mismo día y en el mismo lugar que Abundio y Abundancio. Los cuatro fueron sepultados en el cementerio de la matrona Teodora, cerca de Rignano, sobre la Vía Flaminia. Sus reliquias, junto con las de Santa Teodora (a la que el Martirologio Romano nombra el 17 de sept.) fueron trasladadas posteriormente a Roma. Los restos de los santos Abundio y Abundancio fueron sepultados definitivamente en la iglesia del Santo Nombre de Jesús, en 1583. Fue ante su santuario donde, dos años más tarde, San Luis Gonzaga asistió a la misa, antes de entrar a la Compañía de Jesús.

La biografía resumida y el relato sobre las traslaciones de las reliquias, se halla en el *Acta Sanctorum* sept. vol. v. Más interesante que estos datos es la inscripción que se conserva en el Museo Cristiano de Letrán; de Rossi acepta su autenticidad, pero Mons, Wilpert la rechaza. Ver a Delehaye, en *Origines du culte des martyrs*, p. 322.

SAN NINIANO, OBISPO (¿432? P.C.)

LA IGLESIA de Escocia y las diócesis inglesas de Hexham y de Lancaster, celebran en este día la fiesta de San Niniano (Ninias, Ninnidh, Ringan, etc.), "el primer personaje auténtico que se pueda encontrar en la sucesión de misioneros escoceses", de quien tenemos informaciones dignas de confianza en un breve párrafo de la "*Ecclesiastical History*" de Beda. Los pictos del sur, nos dice el historiador, que habitan a este lado de las montañas, habían olvidado desde tiempo atrás los errores del paganismo para abrazar la verdad, gracias a las predicaciones de Ninias, un obispo muy venerable y un hombre santo de la nación británica, que había sido instruído en la fe y en los misterios de la verdad en la misma Roma. Su sede episcopal, que lleva el nombre de San Martín el Obispo y que es famosa por la iglesia dedicada a él (y en la que descansan los restos de Ninias y de otros santos), se encuentra ahora en posesión de la nación inglesa. El lugar pertenece a la provincia de los bernicianos, y a la iglesia se le llama, por lo general, la Casa Blanca, porque Ninias la

construyó con una piedra de ese color, poco conocida entre los británicos". San Beda declara, en forma definitiva, que San Niniano era británico y no hay razones para pensar que haya estado siquiera en Irlanda, a pesar de que algunos escritores e historiadores irlandeses le han identificado con Moinenn de Cluain Conaire en el condado de Kildare.

En el siglo doce, San Aelredo nos proporciona nuevos detalles sobre la vida de San Niniano y afirma que tuvo en sus manos "un libro con relatos de su vida y milagros, escrito con un estilo bárbaro". Sin embargo, la biografía que nos dejó Aelredo tampoco es digna de confianza. El autor afirma que San Niniano fue el hijo de un caudillo de los británicos cumbrios, convertido al cristianismo y que envió a su hijo a estudiar a Roma. Allá pasó algunos años, pero antes de regresar a su país para predicar el Evangelio a sus compatriotas fue consagrado obispo por el Papa. En su viaje de regreso, pasó por Tours, donde conoció a San Martín, quien le dispensó su amistad. Ya por entonces, Niniano tenía la intención de construir en su tierra una iglesia de piedra semejante a las que había visto en Roma y, con este propósito, contrató algunos albañiles de los que trabajaban para San Martín. Cuando estuvo en su país, estableció su sede y edificó su iglesia en el lugar que ahora se conoce como Whithorh o Whitern en la región de Wigtownshire. Aquel sitio se hallaba en una lengua de tierra que se metía en el mar y sólo por el norte podía llegarse a él a pie. Ahí fue donde se construyó la primera iglesia de piedra que hubo en Gran Bretaña, según dice el historiador Aelredo. Es posible que aquella famosa iglesia fuese la primera construída en piedra en la región de Strathclyde, pero ciertamente no fue la primera de la Gran Bretaña. Desde un principio se le dio el nombre de Casa Blanca (Whitern); fue el centro de la fundación eclesiástica de Escocia y, hasta hoy, el nombre oficial de la diócesis católica de Galoway, es el de *Candida Casa*. La abadía adjunta llegó a ser el Gran Monasterio desde el cual San Niniano y sus monjes partieron a predicar no sólo a los británicos de los alrededores, sino también a los pictos de la antigua provincia romana de Valencia. Es posible que hayan penetrado incluso más allá de Grampians, hasta donde habitaban los pictos del norte. La misión de los monjes entre los pictos tuvo éxito gracias a que San Niniano devolvió la vista a un caudillo local ciego, al que convirtió después. Gran número de británicos y de pictos recibieron el bautismo, y Niniano consagró obispos para que atendieran a los fieles. San Aelredo relata muchos milagros por los cuales San Niniano confirmaba la autenticidad de su mensaje. Gracias a la fundación de Whitern, fue considerable el efecto que ejerció San Niniano en el cristianismo de los celtas; en cambio, su éxito entre los pictos fue menor y de muy corta duración, puesto que San Patricio, en su carta a Coroticus se refiere a ellos como apóstatas. De todas maneras, se puede decir que abrió camino para las actividades de San Colomba y San Kentigern, y aun se ha sugerido que contribuyó al establecimiento de la fe en Gales, al convertir a los miembros de la familia Cunedda, quienes procedían posiblemente del distrito de Kyle, en Ayrshire.

Las notas de C. Plummer en su edición de la *Ecclesiastical History* de Beda (vol. II, pp. 128-130) nos dicen todo lo que se sabe sobre San Niniano. Sin embargo, debe consultarse a A. P. Forbes, en *Lives of St. Ninian and St. Kentigern* (1874); a L. Gougaud, en *Christianity in Celtic Lands* (1932) pp. 26-27; a J. Ryan, en *Irish Monasticism* (1931) pp. 105-107; y a W. D. Simpson, en *St. Ninian and the Origins of the Christian Church in*

Scotland (1940). *Cf.* N. K. Chadwick en su estudio preliminar sobre las fuentes de información, en las *Transactions* de la *British History* de Dumfresshire y Galloway (ed. de Chadwick, 1954), p. 177 y ss.; y a S.G.A. Luff en *Irish Eccl. Record*, julio-diciembre, 1953. Ver también la edición que hizo A. W. Levison de un poema del siglo octavo sobre Niniano y las conclusiones que saca de él, en la obra *Antiquity*, 1940, pp. 280-291. La declaración de Aelredo de que Niniano dedicó su iglesia de Whithorn a San Martín, no puede ser cierta en una fecha tan próxima a la muerte de San Martín.

SANTOS ROGELIO Y SERVODEO, Mártires (852 p.c.)

Córdoba es la capital de un distrito rural que comprende el valle central que se encuentra en el curso medio del Guadalquivir y es cabeza de puente del mismo río. En tiempo de los romanos, era el término del tráfico fluvial. Esta antigua ciudad, muy africana, asentada sobre una llanura alta, se precia mucho de su mezquita, en donde un bosque de columnas da la impresión de un oasis de palmeras. El nombre mismo, Córdoba, es de procedencia fenicia y la palabra Guadalquivir deriva del árabe. Este antiguo pueblo semítico, que se convirtió en conquistador con los "cruzados" de Mahoma, inmoló en el año 852 a dos testigos de Jesucristo. Uno había nacido en Granada (?) y era "monje y eunuco ya viejo, llamado *Rogellius*; el otro, llamado *Servodeo* (traducción del árabe Abdallah, 'siervo de Dios', equivalente a Teódulo o Servideo), emasculado desde joven, había llegado de ultramar, desde el oriente, a Córdoba, para morar allí en calidad de extranjero". Estos dos habían hecho voto de luchar hasta la muerte, sin retroceder bajo ningún pretexto, hasta que obtuvieran el cielo por medio de su sangre. Dirigiéndose a la mezquita y confundiéndose con la gente, empezaron a predicar el Evangelio y a burlarse del Islam y de su culto. Anunciaron que el reino de los cielos estaba cerca para los fieles, que la muerte y la gehena sin duda alguna eran el destino de los infieles, a menos que se acercaran a la Vida.

Como arden en la hoguera los haces de ramos de espinas, levantando lenguas de fuego y crepitando, así se inflamó la ira de la cohorte de los malvados contra los siervos de Dios. Trataron de golpearlos, herirlos, pincharlos, aplastarlos y acabar con los santos que osaron profanar la mezquita del profeta. Si no hubiera estado allí un juez que recurrió a su poder para reprimir a la turba incontenible, les hubieran arrancado el último soplo de vida que les quedaba. En medio de puños amenazantes, fueron conducidos a la prisión, en donde se les impusieron pesadas cadenas y se les encerró en los calabozos destinados a los ladrones. Allí, todavía predicaban, profetizaban y anunciaban la muerte inminente del tirano, alababan su religión y refutaban el error. Sus cuerpos estaban ya privados de vigor para soportar los suplicios, pero su lengua no cesaba de proclamar los oráculos de la verdad. Las autoridades ocupantes, para castigar a estos evangelistas violadores de la mezquita, decretaron que se les cortarían primero las manos y los pies y, luego, la cabeza. El decreto causó un gran júbilo en los siervos de Cristo. Era una verdadera alegría reconfortante, antes de afrontar la sentencia de muerte. Estaba allí, con toda su ferocidad, el verdugo; gritaba, rechinaba los dientes, apenas podía contener su ansiedad y quería precipitar la ejecución de los elegidos, quienes se mostraban tan deseosos de partir, que el verdugo parecía lento en procurarles la muerte.

"Así, dice el Martirologio Romano, colocados en el lugar de la decapitación, los santos mártires, aun antes del aviso del lictor, extendieron los brazos para ofrecer sus manos: el hierro cayó sobre sus articulaciones y las manos saltaron a uno y otro lado. Después, les cortaron las piernas, pero no mostraron ninguna tristeza. Finalmente, tronchado el cuello, se desplomaron. Los cadáveres mutilados, ensartados en horquillas, fueron colocados más allá del río, entre las cruces de los otros, el 16 de octubre" (16 de septiembre de 852).

Baronio ha insertado en el Martirologio, en la edición de 1586, los dos santos a que hacemos referencia hoy y a otros mártires de Córdoba, omitidos sin razón.

El nombre de Servodeo nos debe recordar que "Servir a Dios es reinar": cf. la poscomunión de la Misa de San Ireneo.

Vidal de la Blache y Gallois, *Geographie Universelle*, vol. VII-I, p. 168; mapa en *Dictionaire d'histoire et de Geographie Ecclesiastique*, vol. VI, artículo *Beatica*, col. 167 — Sobre el antiguo monaquismo español, bibliografía en J. N. Garvin, *The Vitae Sanctorum Patrum Emeretensium*, Washington, 1946, p. 131 — *Acta Sanctorum*, 16 de septiembre, vol. V, pp. 336-339. — San Eulogio, *Memorialis Sanctorum*, 1, II, c. XIII, la única fuente que hemos seguido más de cerca (cf. Patrologia Latina, vol. CXV, col. 793-893). — Florez, *España Sagrada*, vol. X p. 396. — Fr. J. Simonet, *Historia de los Mozárabes de España*, p. 437. — *Analecta Bollandiana*, vol. LVIII, 1940, p. 87 — Sobre Rogelio *monachus eunuchus* y Servodeo *spado*, cf. *Dictionaire d'archeologie chrétienne et de literature*, vol. II, col. 2367-2369, artículo *Castration*; ibid., artículo *Eunuques*, vol. V, col. 744. — *Encyclopedie de l'Islam*, artículo *Córdoba.*

SANTA EDITA DE WILTON, Virgen (984 p.c.)

Edita era la hija del rey Edgardo y de Wulfrida (a veces, llamada santa), venida al mundo en circunstancias oscuras y, de acuerdo con ciertos informes, extremadamente escandalosas*. Poco después de haber nacido en la localidad de Kemsing, en Kent, en el año de 962, según refiere la tradición, fue llevada por su madre a la abadía de Wilton, donde se quedó hasta su muerte, de manera que las palabras del Martirologio Romano son literalmente ciertas: "Estuvo dedicada a Dios desde sus primeros años en un monasterio y apenas conoció el mundo exterior, cuando lo abandonó para siempre".

Aún no cumplía quince años, cuando su real padre la visitó en Wilton para asistir a su profesión. En aquella ocasión, el rey hizo que se pusiera ante el altar una carpeta con oro, plata, ornamentos y joyas, para mostrar lo que perdía su hija, mientras Wulfrida se hallaba de pie al lado de la carpeta con un velo de monja, un salterio, un cáliz y una patena. "Todos rogaban a Dios, que conoce todas las cosas, un signo claro para demostrar a una joven doncella de tan poca edad y experiencia, la clase de vida que debía escoger". Es posible que Edgardo orase para que su hija eligiera el mundo y las riquezas, puesto que trató de adelantarse a su decisión y, antes de que Edita tomara uno u otro partido, le ofreció el puesto de abadesa en tres casas distintas (Winchester, Barking y otra), aunque evidentemente no tenía edad suficiente para gobernarlas más que de nombre. Pero de todas maneras, Edita declinó aceptar los bienes, las dignidades y los superioratos para quedarse en la co-

*También al rey Edgardo se le veneraba en Glastonbury. Fue un notable soberano, pero su elevación a la santidad se debió, sin duda a lo que el generalmente sobrio Dr. Plummer describe como "el vasto sistema de mentiras monásticas en las que descollaba Glastonbury". (Plummer, "Beda", vol. II, p. 167).

munidad de Wilton, sujeta a su madre, Wulfrida, que era la abadesa. Al poco tiempo, las monjas insistieron para que Edita aceptara el título honorario de abadesa, y así lo hizo la joven, "aunque continuó como antes al servicio de sus hermanas en los oficios más arduos, como una verdadera Marta". Al poco tiempo murió el rey Edgardo y le sucedió su hijo, Eduardo el Mártir. A raíz de la trágica muerte de éste último, la nobleza, adicta al monarca asesinado, pidió que Edita, su media-hermana, dejara el monasterio para ocupar el trono; pero ella se negó rotundamente y, a las perspectivas de la corona, prefirió el estado de humildad y obediencia en el servicio de Dios. Edita construyó la iglesia de San Dionisio, en Wilton y, a la ceremonia de dedicación de la misma, invitó a San Dunstano, el arzobispo de Canterbury. Los fieles observaron que, al oficiar la misa, el prelado derramó abundantes lágrimas y, al preguntársele las razones de su llanto, dijo que se le había revelado que Edita iba a ser arrebatada pronto de este mundo, "mientras nosotros", agregó, "tendremos que continuar aquí abajo, en la oscuridad y a la sombra de la muerte". De acuerdo con la predicción de San Dunstano, cuarenta y tres días después de la solemne ceremonia, el 16 de septiembre de 984, Edita se fue a descansar en el Señor, cuando no tenía más de veintidós años de edad. Hay una tierna fábula donde se relata que Santa Edita se apareció poco después de su muerte, cuando se bautizaba a un recién nacido del que ella se había comprometido a ser la madrina; la aparición de Edita sostuvo a la criatura sobre la pila bautismal. También se apareció, aunque esta segunda vez llena de santa indignación, ante el rey Canuto que había tenido la temeridad de poner en tela de juicio algunas de las maravillas que se relataban sobre la bienaventurada Edita. A Santa Edita se la conmemora en el día de hoy en la Diócesis de Clifton.

Las autoridades en la materia son Guillermo de Malmesbury, Simeón de Durham y Capgrave; pero conviene consultar también la *Analecta Bollandiana*, vol. LVI (1938), pp. 5-101 y 265-309, donde Dom A. Wilmart incluye y comenta la leyenda en prosa y verso, escrita por Goscelin (y dedicada a Lanfranco de Canterbury), que fue tomada del MS. de Rawlinson, en la Bodleiana, leyenda ésta que resulta muy distinta a la versión abreviada que se imprimió en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v, p. 369.

BEATO VICTOR III, PAPA (1087 P.C.)

EL JOVEN que habría de llegar a Papa con el nombre de Víctor III, era conocido en la vida secular como Daufar y pertenecía a la familia lombarda de los duques de Benevento. Como era el hijo único, su padre se mostraba ansioso para que contrajera matrimonio y le diera nietos, pero Daufar, cuya "nobleza de alma era mayor que la de su nacimiento", sentía en su fuero interno la certeza de que estaba llamado para servir a Dios como monje. En el año de 1047, su padre perdió la vida en el campo de batalla y Daufar, que por entonces tendría unos veinte años, aprovechó la oportunidad para desligarse de la familia e irse a vivir con un ermitaño. Pero sus parientes le encontraron, forcejearon con él hasta el extremo de desgarrarle el hábito que vestía y, a fin de cuentas, le obligaron a volver con ellos a su casa de Benevento. Ahí se le mantuvo bajo estrecha vigilancia, pero al cabo de doce meses de encierro, consiguió escapar y huyó para refugiarse en el monasterio de La Cava. Por fin, su familia aceptó el hecho irrefutable de su vocación y le

permitió que realizara sus deseos, con la única condición de abandonar el monasterio de La Cava para ingresar en la abadía de Santa Sofía, en Benevento. Daufar accedió y, al entrar en el convento, su nuevo abad le dio el nombre de Desiderio. Transcurrieron algunos años sin que el joven monje encontrara el camino que buscaba: estuvo en un monasterio de una isla en el Adriático, estudió medicina en Salerno y fue ermitaño en los Abruzos. Sin embargo, ya para entonces había atraído la atención favorable del Papa San León IX y, alrededor del año 1054, lo hizo ir a Roma. Ahí se quedó durante el reinado del papa Víctor II y ahí conoció a los monjes de Monte Cassino que le impresionaron de tal manera, que no tardó en hacer una peregrinación a la cuna de la orden de los benedictinos y acabó por unirse a la comunidad. En el año de 1057, el Papa Esteban llamó a Daufar a Roma, con la intención de enviarle como delegado a Constantinopla. El Papa Esteban había sido abad en Monte Cassino y había retenido el cargo al ser elegido como Pontífice; pero, por aquel entonces estaba enfermo y, como creía que no iba a tardar mucho en llegar su muerte, decidió que se realizara sin tardanza la elección de su sucesor. La votación favoreció por unanimidad a Daufar, es decir al monje Desiderio. Este partió de todas maneras hacia el oriente para ocupar su puesto de delegado pontificio en Constantinopla, pero apenas había llegado a la ciudad de Bari, cuando le notificaron la muerte del Papa Esteban y tuvo que regresar. En Roma surgió una disputa en cuanto a la sucesión al trono de San Pedro y, durante la misma, Desiderio apoyó la elección de Nicolás II, que asumió el cargo, pero antes de autorizar a Desiderio para que se reintegrara a su monasterio de Monte Cassino, le consagró cardenal.

Desiderio fue uno de los grandes abades de Monte Cassino y, durante su gobierno, el famoso monasterio alcanzó el pináculo de su gloria. Primero, hizo reconstruir la iglesia y, después, todo el conjunto de edificios que dispuso en una escala más amplia y conveniente de la que había adoptado San Petronax y el abad Aligerno al restaurar la abadía después de los saqueos y destrucciones de los lombardos y los sarracenos. Embelleció de manera muy especial la basílica; "recurrió a las influencias y al dinero" y, no sólo hizo traer los mejores materiales de Roma, sino que contrató a los más diestros trabajadores de Lombardía, Amalfi y la misma Constantinopla. Gracias a esa combinación de las escuelas arquitectónicas de Lombardía y de Bizancio, surgieron en Monte Cassino nuevas formas y motivos de decoración, en la construcción, los mosaicos, los ornamentos, las pinturas y la iluminación; los mismos monjes de la abadía pusieron sus conocimientos y sus habilidades al servicio de la magna obra. Toda aquella magnificencia no era un vano exhibicionismo ni se había hecho para hospedar a "devotos hipócritas de fervor externo". La virtud entre los monjes de Monte Cassino se arraigó todavía más, y su número aumentó a doscientos y el abad Desiderio insistió y cuidó de que todos se sometieran a la más estricta observancia de la regla. Entre los que se sintieron atraídos hacia el monasterio figuraba Constantino Africano, el más notable de los médicos de la antigua escuela de Salerno y amigo personal de Desiderio. Por otra parte, las construcciones y decoraciones dieron un trabajo material continuo y bien remunerado a numerosos trabajadores, artistas y artesanos. Desde entonces, el *scriptorium* de Cassino fue famoso por los libros que ahí se copiaban y por las iluminaciones e ilustraciones. Además de abad y cardenal, Desiderio era vicario papal para Campania, Apulia, Calabria y Capua,

y la Santa Sede tenía tanta consideración y confianza hacia él, que le autorizó a nombrar prelados para los obispados vacantes y las abadías sin superior.

El Papa San Gregorio VII utilizó con mucha frecuencia a Desiderio como su intermediario ante los normandos en Italia. No obstante que era de un tipo opuesto al de Gregorio, por la dulzura de su carácter, se mostró siempre como un decidido y aun enérgico defensor del papado contra las ambiciones del emperador; es muy posible que su nombre haya sido uno de los que pronunció San Gregorio en su lecho de muerte, como posible sucesor. Cuando el Pontífice murió, Desiderio huyó de prisa de Roma y se refugió en Monte Cassino para evitar su elección, pero, en el mes de mayo de 1086, fue elegido por aclamación y se le impuso la roja capa pluvial pontificia en la iglesia de Santa Lucía para que reinara con el nombre de Víctor. Cuatro días más tarde, surgió una oposición que le brindó la oportunidad para huir de nuevo a Monte Cassino, donde dejó de lado las insignias pontificias y no se dejó convencer para ocupar el cargo hasta la Pascua del año siguiente. La sede de Roma se hallaba ocupada por entonces por el antipapa impuesto por el emperador, Guiberto de Ravena ("Clemente III"). Pero las fuerzas normandas consiguieron sacarlo de San Pedro durante el tiempo suficiente para que Víctor fuese consagrado ahí. Inmediatamente después de su consagración, partió al monasterio. Pocas semanas más tarde, volvió a Roma, por última vez, cuando la condesa Matilde de Toscana se esforzaba por desalojar a Guiberto. Aquel Papa, tan amante de la paz y tan enfermo que rara vez podía celebrar la misa, no estaba capacitado para ver a su ciudad apostólica convertida en un campo de batalla y, hacia fines del verano, la abandonó para siempre. Después de un sínodo que él presidió en Benevento, fue llevado agonizante a su monasterio. Tendido en un camastro en la casa capitular, dio las últimas instrucciones a sus monjes y recomendó a Eudes, el cardenal obispo de Ostia, para que ocupase la sede apostólica. Murió dos días después, el 16 de septiembre de 1087. Había sido Papa durante cuatro meses. el culto al Beato Víctor III fue aprobado por el Papa León XIII, quien agregó su nombre al Martirologio Romano.

Un detallado relato sobre el Beato Víctor III, ocupa considerable espacio en la *Chronica Monasterii Casinensis*, lib. III. El texto ha sido publicado en MGH., *Scriptores*, vol. VII, pp. 698-754; también en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v. Ver además a Mons. H. K. Mann, en *Lives of the Popes*, vol. VII, pp. 218-244.

BEATO LUIS ALLEMAND, CARDENAL ARZOBISPO DE ARLES (1450 P.C.)

LA HISTORIA de este santo prelado nos ofrece un ejemplo palpable de que la Iglesia tiene mucho más en cuenta las virtudes del alma que las acciones externas de los hombres y eleva al honor de los altares a aquéllos a quienes juzga interiormente santos, por muy abundantes y graves que aparezcan los errores de actitud o de juicio en sus vidas y así, cuando la Iglesia considera buena y sana el alma de un hombre, toma a sus errores, como si los hubiera cometido por ignorancia o como meras equivocaciones de "buena fe".

Ejemplo de lo dicho es Luis Allemand quien nació a fines del siglo catorce, en la diócesis de Beley. Siguió el curso de leyes en la Universidad de Aviñón y, al obtener su graduación, recibió también, por influencias de su

tío, chambelán en la corte pontificia, una serie de beneficios eclesiásticos. En 1409, el joven Luis acompañó a su tío al sínodo de Pisa, una asamblea que trató en vano de remediar la escandalosa y terrible rivalidad entre los aspirantes al trono de San Pedro (el "Gran Cisma de Occidente"), por medio de la deposición de los dos pontífices, Gregorio XII y Benedicto "XIII" y la elección de un tercer "papa". En 1414, Luis se hallaba presente en la reunión convocada por el rey Segismundo y el papa Juan "XXIII", asamblea aquella que se convirtió en el Concilio Ecuménico de Constanza y, dos años más tarde, actuaba como vice-chambelán a cargo del cónclave que eligió al Papa Martín V y puso fin al "Gran Cisma".

Luis se sumó desde entonces a la corte del nuevo Papa, quien le nombró obispo de Maguelonne y le confió misiones de mucha responsabilidad. En 1423, fue promovido al arzobispado de Arles, nombrado gobernador de la Romaña, de Bolonia y de Ravena y, al poco tiempo, fueron reconocidos sus servicios al consagrársele sacerdote-cardenal de Santa Cecilia en Trastévere. Sin embargo, un levantamiento del partido de los Canetoli le expulsó de Bolonia y, como no pudo reconquistar la ciudad, se retiró a Roma, políticamente derrotado. Un enviado de la Orden de los Caballeros Teutones escribió por aquel entonces sobre cinco cardenales que tenían las mejores disposiciones hacia su orden, pero que "no se atrevían a hablar delante del Papa, salvo de los temas que él quiera escuchar, puesto que el Pontífice ha sojuzgado a los cardenales a tal extremo, que ninguno dice una sola palabra, excepto las que él desea, y mudan de color cuando tienen que hablar en sus audiencias". Luis Allemand era uno de esos cinco cardenales. Cuando murió Martín V, en 1431, ocupó la sede Eugenio IV, que había sido el antecesor de Luis en el puesto de gobernador de Bolonia y de quien era antagonista en lo personal y en lo político. Luis se había identificado cada vez más con el partido que en esos momentos tenía más poder y que mantenía la supremacía de un concilio general sobre el Papa y le había reducido prácticamente a la posición de un servidor de aquel concilio. Durante el último año de su pontificado, Martín V había convocado a un concilio general en Basilea y uno de los primeros actos de Eugenio al ocupar la sede, fue el de emitir una bula para anularlo. Los pocos Padres que se habían reunido, rehusaron separarse y anunciaron su intención de llevar a cabo la asamblea.

Luis se hallaba por entonces en Roma y, como eran bien conocidas sus simpatías, se le prohibió salir de la ciudad. Sin embargo, se aventuró a intentar una escapada y tuvo éxito. En la desembocadura del Tíber abordó un barco genovés que le llevó hasta su sede episcopal de Arles. Tal vez el objeto de aquella escapatoria era el de no verse obligado a declararse abiertamente en contra de la Santa Sede, con la esperanza de que las cosas se arreglasen por sí mismas. Sin embargo, en 1434, se hallaba en Basilea, donde actuaba evidentemente como dirigente de la extrema mayoría que estaba en oposición al cardenal Cesarini, el representante del Papa, puesto que ya para entonces, Eugenio había dejado sin efecto su decreto de disolución. Las actividades antipapales del concilio llegaron a adquirir tanta fuerza que, en 1437, el propio Papa fue conminado a comparecer ante la asamblea para responder a los cargos. El Pontífice se negó y mandó que el concilio volviese a reunirse en Ferrara; el cardenal Cesarini y sus adictos obedecieron y partieron hacia Ferrara, dejando en Basilea una asamblea ilegal bajo la diestra dirección del

cardenal Luis Allemand. En 1493, aquel concilio llegó hasta el extremo de declarar depuesto a Eugenio, en vista de su oposición a la asamblea, y de elegir a Amadeo de Saboya en su lugar, como Félix "V", el último de los antipapas. El principal actor de aquella obra fue el cardenal Allemand con la colaboración de solamente once obispos, y fue el propio Luis quien consagró obispo a Amadeo de Saboya y le coronó Papa. Al año siguiente, Eugenio IV declaró excomulgado a Luis Allemand y lo privó de su cardenalato.

Ahora bien, no se puede dudar de que muchos de los miembros del "partido conciliar" estaban sinceramente animados por el deseo de mejorar las condiciones de la Iglesia, por la esperanza de convertir a los que se hallaban en el error y por el ánimo de restablecer la paz y la unidad. Tampoco debe suponerse que el Beato Luis era el único hombre bueno que estaba gravemente equivocado en cuanto a los rectos métodos que debían emplearse para obtener los fines perseguidos. Durante largo tiempo, Luis tuvo el apoyo del sabio y justo cardenal Nicolás de Cusa, así como el de Eneas Silvio Piccolimini, que por entonces era un laico y ciertamente no era un santo, pero llegó a convertirse en el Papa Pío II. El concilio, luego de su período de asamblea rebelde, discutió la doctrina de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora y, con la vigorosa participación del Beato Luis Allemand, acabó por declarar que el dogma estaba en consonancia con la fe católica, con el culto, con el buen sentido y las Sagradas Escrituras. Hubo una época en que Basilea se vio azotada por el flagelo de una epidemia, y el cardenal Allemand fue el primero en organizar la ayuda para las víctimas y en alentar a los otros obispos para unirse a él en la administración de los sacramentos a los enfermos y moribundos. Durante todo este tiempo, ignoró la excomunión que el Papa Eugenio había pronunciado contra él y puso todo su celo al servicio del antipapa Félix. Pero en 1447, murió el Papa Eugenio, y el antipapa Félix manifestó su deseo de renunciar en favor del legalmente electo Nicolás V. Entonces, Nicolás tuvo un gesto magnánimo en favor de la paz y revocó todas las suspensiones, excomuniones y otras penas en las que hubiesen incurrido el antipapa, los recalcitrantes miembros del concilio y sus simpatizantes. Así, el Beato Luis quedó restablecido en su dignidad cardenalicia. Se mostró profundamente arrepentido por la parte que había desempeñado para empujar a la Iglesia en el cisma y se retiró a su sede de Arles, donde pasó tranquilamente el año de vida que le quedaba, en el ejercicio de la plegaria y la penitencia, que siempre había practicado en privado. Sus restos mortales fueron sepultados en la iglesia de San Trófimo donde su tumba fue el escenario de muchos milagros. El culto que se inició después de su muerte, fue aprobado por el Papa Clemente VII, en 1527. La fiesta del Beato Luis Allemand se celebra en varias diócesis del sur de Francia.

Se encontrará una cantidad considerable de material biográfico, con prolegómenos, en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v. Debe consultarse, particularmente, la obra *Le Cardinal Louis Allemand* (1904) de G. Pérouse, así como *Le Pape et le Concile* (1909), de N. Valois y los diversos escritos del profesor H. Finke sobre el período del cisma.

17: LA IMPRESION DE LOS ESTIGMAS EN SAN FRANCISCO (1224 P.C.)

EN EL MES de agosto de 1224, San Francisco de Asís se retiró del mundo durante una temporada para comunicarse con Dios en las cumbres de La Verna, una desierta montaña de los Apeninos. En la ocasión, le acompañaban el hermano Leo y otros cinco o seis frailes, pero Francisco quería estar aparte y escogió su vivienda en una choza solitaria, bajo una haya, hacia el lado opuesto del monte; y, antes de enclaustrarse ahí, dio instrucciones a sus hermanos para que ninguno se acercara a su morada, a excepción de Leo cuando tuviese que llevarle alimentos. Más o menos por la fecha de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, el santo oraba frente a su choza, elevaba su alma a Dios con ardor seráfico y se sentía arrebatado por una profunda caridad, una tierna y afectuosa compasión hacia Aquél que fue crucificado por amor a nosotros. Hallábase en ese estado, cuando vio la figura de lo que parecía un serafín con seis alas brillantes, que descendía desde lo alto de los cielos hacia él en vuelo rapidísimo, hasta quedar suspendido en los aires frente al santo. Entonces pudo ver, entre las alas del serafín la figura de un hombre crucificado, con sus manos y pies tendidos y clavados en la cruz. Las alas del serafín se hallaban colocadas de distinta manera: las dos superiores se hallaban tendidas hacia arriba, por encima de la cabeza del crucificado; las del medio estaban desplegadas para el vuelo, y el par inferior se había plegado sobre sí mismo, como para cubrir o sostener el cuerpo del crucificado. A la vista de semejante aparición, el corazón de Francisco quedó embargado por un súbito gozo al que se mezclaba un sentimiento de dolor profundo. La vecina presencia de su Señor, bajo la forma de un serafín, que fijaba en él sus ojos con una mirada bondadosa y amable, le producía un júbilo inmenso, pero al mismo tiempo, la vista de su cuerpo crucificado le traspasaba el alma de dolor. En aquel momento, una luz interior hizo comprender al santo que, si bien la condición del crucificado no correspondía a la inmortalidad del serafín, la maravillosa visión se le manifestaba a fin de que pudiese comprender que iba a ser transformado en una semejanza de Jesucristo en la cruz, no en el martirio de su carne, sino en el corazón por el fuego de su amor. De pronto, el serafín se acercó más e hirió al santo en cuerpo y alma, de manera que Francisco experimentó un dolor intenso y sintió gran temor, hasta que el serafín habló para explicarle muchas cosas que habían estado ocultas para él. Al cabo de unos instantes que le parecieron siglos, la visión desapareció. Pero el alma del santo ardía en el interior del cuerpo que parecía haber recibido la imagen del crucificado con tal fuerza, que quedó plasmada en él, como si su carne hubiese quedado marcada por un sello impreso por una fuerza sobrenatural y extraordinaria. En las manos y los pies del santo comenzaron a abrirse unas heridas semejantes a las que había contemplado en la visión del hombre crucificado. En el centro de sus manos y de sus pies se abrieron cuatro perforaciones que parecían los agujeros dejados por cuatro gruesos clavos hincados en la carne. En torno a las heridas, sobre las palmas de sus manos y los empeines de sus pies, se veía la marca redonda y negra de la cabeza de los clavos; las puntas largas aparecieron por el anverso y desgarraron la piel, porque estaban torcidas, como si las hubiesen golpeado con un martillo. Tam-

bién sobre el costado derecho del santo se abrió una herida roja que parecía hecha por la punta de una lanza. De todas aquellas llagas, manaba sangre que teñía las ropas del santo. Aquel milagro maravilloso se realizó al tiempo que el entendimiento de Francisco se colmaba de ideas claras sobre Cristo crucificado, y el amor que henchía su corazón se empleaba con toda la fuerza de su voluntad en concentrarse en el objeto amado y en asimilarse al Ser amado en los instantes de mayores sufrimientos; de manera que, por las facultades imaginativas de su alma, formaba un segundo crucificado con una realidad tan viva, que las impresiones de su mente afectaron la materia de su cuerpo. Las marcas exteriores de las heridas en la carne de San Francisco, que el amor interno de su corazón no podían producir, fueron causadas por el serafín de fuego, o mejor dicho por el propio Cristo, que en la visión, había lanzado rayos encendidos desde las cinco llagas para plasmar exteriormente en San Francisco aquellas marcas dolorosas que ya el amor del santo había impreso interiormente en su alma.

Ya sea que San Francisco fuera o no fuera el primero de los seres humanos marcado de esa manera por los "estigmas" (del griego *stigmata*, que significa "marcas") de Nuestro Señor crucificado, no hay duda posible de que es el más famoso de los ejemplos y el más auténtico desde aquel entonces hasta llegar a los tiempos recientes y los actuales. Además, es el único prodigio de esta clase que toda la Iglesia occidental conmemora con una fiesta litúrgica. La realización y el desarrollo general del fenómeno, están fuera de duda. El hermano Leo lo refiere en la nota que escribió de su puño y letra sobre las "bendiciones seráficas" dispensadas a San Francisco, un documento que conservan los frailes conventuales de Asís. También se refiere a eso el hermano Elías en la carta que escribió a los frailes de Francia para anunciar la muerte del patriarca en 1226. "Desde el principio de los tiempos", escribe el hermano, "no se había visto una maravilla semejante, salvo en el caso del Hijo de Dios que es Cristo, Señor nuestro. Durante largo tiempo antes de su muerte, nuestro padre y hermano parecía crucificado y aparecían en su cuerpo las cinco heridas que son verdaderamente los Estigmas de Cristo; porque en sus manos y sus pies estaban abiertos, de parte a parte, cinco agujeros como los que hacen los clavos metidos de arriba hacia abajo; que eran llagas abiertas, negras perforaciones con la forma de los clavos; también su costado parecía haber sido traspasado por una lanza y a menudo manaba sangre de todas las heridas". En la biografía más antigua del santo, escrita cuando habían transcurrido de dos a cuatro años de su muerte, los estigmas se describen de esta manera: "Sus manos y sus pies parecen traspasados por clavos cuyas cabezas habían dejado las marcas sobre las palmas de las manos y las partes anteriores de los pies, mientras que las marcas de las puntas aparecían en el dorso de las manos y las plantas de los pies. Ahora bien, esas marcas eran redondas en las palmas de las manos y en el empeine de los pies, mientras que, por el reverso eran alargadas y presentaban protuberancias, como si las puntas de los clavos hubiesen proyectado fuera porciones de la carne y como si esas puntas hubieran sido dobladas a golpes de manera que desgarraban la piel. Igual forma y carácter tenían las marcas en las plantas de los pies. Además, en el costado derecho tenía una herida abierta en forma de media luna, con labios, semejante a la que haría la punta de una lanza, y de donde salía sangre con frecuencia . . . " "El Libro de los Milagros", escrito por

un testigo presencial de los sucesos que describe (Tomás de Celano), unos veinte años después de ocurridos, agrega que las multitudes que acudieron a Asís "pudieron ver en sus manos y sus pies, no las heridas, sino los mismos clavos, maravillosamente formados por el poder de Dios y verdaderamente clavados en la carne pero en una forma extraña, como si formaran parte de la misma carne y de tal manera que, si se les oprimía por un lado, formaban una protuberancia en el lado opuesto y, al dejar de oprimirlos, volvían a su lugar original". La declaración mencionada antes y que Alban Butler tomó de las "Florecillas" en el sentido de que "las puntas de los clavos sobresalían y estaban dobladas sobre sí mismas hasta formar un gancho casi cerrado por el que se podía meter el dedo de la mano, como por un anillo", se remonta a los años anteriores a 1274, pero los críticos más severos y puntillosos se inclinan a rechazar su veracidad y a considerarla como una fantasía literaria, puesto que no se ha registrado ningún caso semejante entre los otros seres humanos que, posteriormente, fueron estigmatizados. Naturalmente que en ninguna de las declaraciones se llega a insinuar siquiera que los mencionados "clavos" hayan estado hechos de otra substancia que la carne o el cartílago. Y no se puede garantizar que fueran cartílagos, y es más factible suponer que eran, por su forma y aspecto, sugerencias de clavos o, sencillamente, cicatrices protuberantes. De todas maneras, aquellas marcas no tienen punto de comparación con las de otros estigmatizados.

El caso de estigmatización ha sido confirmado por muchos ejemplos que ocurren incluso en la actualidad; los estigmatizados sangran a menudo y aun con cierta periodicidad, especialmente los días viernes, y no se ha registrado ningún caso en que las heridas se supuren. Por consiguiente, podría decirse que Dios escoge a ciertas almas nobles para unirlas más estrechamente a los sufrimientos de su Divino Hijo, almas éstas que se ofrecen y que son dignas de expiar los pecados de otros, al adoptar frente al mundo la forma de Jesús crucificado que "no aparece retratado sobre lienzos o láminas ni tallado en piedra o madera por la mano de un artista terrenal, sino que queda impreso o grabado en la misma carne por el dedo de Dios vivo". Entre el gran número de supuestos estigmatizados que aparecieron en los últimos setecientos años, sólo cincuenta o sesenta han sido admitidos como auténticos, por medio de testimonios comprobados, y algunos de éstos han recurrido al fraude o se causaron las heridas naturalmente, de manera que el fenómeno puede considerarse como muy raro y como una notable señal de Dios para aquéllos que le sirven con verdadero heroísmo. Con muy pocas excepciones, los estigmatizados más famosos fueron frailes, monjas o terciarios de una u otra de las órdenes de mendicantes, y la mayoría fueron mujeres.

En todas o en casi todas de las numerosas biografías de San Francisco de Asís que se han publicado se relata el caso de los estigmas. Las pruebas contemporáneas, sobre todo la carta del hermano Elías y el documento llamado *Bendición* del hermano Leo, así como la *Vita prima* de Tomás de Celano, son concluyentes en cuanto a la existencia de esas marcas milagrosas. Paul Sabatier, el Dr. J. Merkt (*Die Wundmale des Franziskus von Assisi*, 1910), y otros más han tratado de dar una explicación natural y, sobre sus puntos de vista puede consultarse a Bihl, en *Archivum Franciscanum Historicum*, julio de 1910 y a Königer, en *Historisches Jahrbuch*, 1910, pp. 787 y ss. En la colección *Studi Francescani* (1924) se dedica un volumen al séptimo centenario de la estigmatización. Ahí se encuentra un importante artículo (pp. 140-174) de A. Gemelli sobre *Le Affirmaziones della Scienza intorno alle Stimmate di S. Francesco. Cf.* a V. Facchinetti en *Le Stimmate di S. Francesco* (19[illegible])

y Faloci Pulignani en *Miscellanea Francescana*, vol. xv, pp. 129-137. Para el caso de los estigmas en general ver a H. Thurston en *The Physical Phenomena of Mysticism* (1952) y *Douler et stigmatisation* (1936) en la serie *Études Carmélitaines*. Se incluye un excelente artículo de Fra. P. Debomgnie sobre la estigmatización en la Edad Media, donde critica la obra del Dr. Imbert-Gourbeyre (*La Stigmatisation...*, 2 vols., 1894), como lo hicieron antes Fr. Gemelli y Fr. Thurston. Ver también *Die Stigmatisation mit den Blutmalen* (1948) de F. L. Schleyer, quien hace un estudio sobre la frecuente coincidencia entre la estigmatización y los graves trastornos nerviosos.

SANTOS SOCRATES y ESTEBAN, MÁRTIRES (Fecha desconocida)

NADA se sabe sobre estos mártires y, si los tratamos, es porque el Martirologio Romano, siguiendo al "Martirologio de Jerónimo", dice que sufrieron el martirio en las islas británicas. Dom Sereno Cressy se refiere a ellos en su "Church History" como a "dos nobles cristianos británicos", discípulos de San Anfíbalo. Se supone que fueron martirizados durante la persecución de Diocleciano y se menciona a la localidad de Monmouth como el lugar de su muerte puesto que, al parecer, hubo ahí iglesias dedicadas a ellos, aunque nunca han sido identificadas las mencionadas construcciones. También es posible que los martirologistas, al escribir el lugar de la pasión de estos mártires, hayan puesto la palabra *Britannia* por error, en vez de *Abretannia*, una región del Asia menor, o también, en vez de Bitinia.

Fr. Delehaye comenta esa nota del Martirologio en un párrafo en su libro *Proceedings of the British Academy*, vol. XVII (1932). Descarta la opinión de D. Serruys de que "Britannia" fue escrito en vez de "Abretannia" y sugiere que la confusión se originó en la palabra Bitinia.

SAN SATIRO (*c.* 379 P.C.)

SÁTIRO era el hermano mayor de San Ambrosio, nacido alrededor del año 340, posiblemente en Tréveris. Su hermana, Santa Marcelina, era la mayor de la familia. Cuando el padre, que era prefecto del pretorio de las Galias, murió, alrededor del año 354, la familia se trasladó a Roma, donde los dos muchachos recibieron una educación esmerada, bajo la amable pero estricta vigilancia de su madre y su hermana. Sátiro hizo una carrera, ejerció el derecho en los tribunales y llegó a ser prefecto en alguna de las provincias romanas, de la que se ignora el nombre. En 374, cuando San Ambrosio fue elegido obispo de Milán, Sátiro renunció a su cargo y regresó para administrar los asuntos temporales en la sede de su hermano. Hizo varios viajes al Africa y en el último de ellos estuvo a punto de perder la vida en un naufragio. Como consecuencia del peligro en que había estado, buscó la manera de ponerse bien con Dios y, en la primera oportunidad que se le presentó, recibió el bautismo, puesto que hasta entonces sólo era un catecúmeno. Se cuenta que durante el naufragio, un sacerdote que iba a bordo entregó a Sátiro una partícula del Santísimo Sacramento con la recomendación de que tratara de rescatarla. Sátiro envolvió aquella partícula consagrada en un pañuelo que se ató al cuello y saltó por la borda del barco destrozado. Una vez a salvo, Sátiro hizo entrega del Santísimo Sacramento al sacerdote, quien le bautizó.

Poco tiempo después de aquel suceso, Sátiro murió repentinamente en

Milán, en brazos de su hermana Marcelina y frente a su hermano San Ambrosio. Este distribuyó los bienes del difunto entre los pobres, de acuerdo con los deseos de Sátiro. Los méritos más notables de San Sátiro, su integridad y su bondad, fueron elogiados por San Ambrosio en el sermón que pronunció durante sus funerales, en el cual rogó a Dios misericordioso que aceptara el santo sacrificio que él había ofrecido por el alma de su hermano muerto.

Los pasajes de los escritos de San Ambrosio, en los cuales se encuentran todos nuestros conocimientos sobre san Sátiro, se hallan impresos en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v.

SAN LAMBERTO, OBISPO DE MAESTRICHT, MÁRTIR (*c.* 705 P.C.)

LANDEBERTO era el nombre de este santo al que todo el mundo llama Lamberto. Era natural de Maestricht y vino al mundo en una familia noble y muy acaudalada, entre los años 633 y 638. Su padre le envió a San Teodardo para perfeccionar su educación, y aquel santo obispo tuvo en tanta estimación a su pupilo, que no omitió esfuerzo ni sacrificio para instruirle y ejercitarle en las ciencias y la práctica de las virtudes cristianas. Y por cierto que el alumno fue un crédito para su maestro. Su biógrafo, que nació poco después de la muerte de Lamberto, le describe como "un joven prudente y virtuoso de agradable presencia, cortés y de fina educación y cultura en su hablar y en sus modales; era alto y fuerte, resuelto en la lucha, lleno de buen sentido, amable, puro, humilde y muy afecto a la lectura". Cuando San Teodardo, obispo de Tongrés-Maestricht, pereció asesinado, Lamberto fue señalado para sucederle. Apenas acababa de ocupar la sede, en 674, cuando se instaló como alcalde de la ciudad el tirano Ebroin y, casi inmediatamente después, Childerico II, el rey de Austrasia, fue asesinado, lo que dio ocasión a Ebroin para tomar represalias contra todos los que habían apoyado a su enemigo Childerico. La venganza colectiva alcanzó a Lamberto que fue expulsado de su sede y se retiró al monasterio de Stavelot. Durante los siete años que permaneció ahí, se sometió a las reglas tan estrictamente como el más entusiasta de los novicios. Basta decir uno de los casos que le ocurrieron en el convento para comprender cuánta devoción había en su corazón por servir a Dios con la perfección de su estado temporal. Cierta noche de invierno, cuando estaba a punto de acostare a dormir, dejó caer uno de sus zapatos y causó un gran ruido que llegó a oídos del abad. Este mandó que el autor de aquel estruendo fuese a orar al pie de la gran cruz que se hallaba frente a la puerta de la iglesia. Inmediatamente, salió Lamberto de su celda tal como estaba, descalzo y sólo cubierto con su camisa delgada, para arrodillarse al pie de la cruz y orar durante horas y horas. Antes del alba, terminada la recitación de los maitines, los monjes se reunieron en torno al fuego y el abad preguntó si no faltaba alguno; se le respondió que uno de los hermanos había salido en la noche para orar ante la cruz y aún no regresaba. Ordenó el abad que se llamara a aquel hermano y quedó sorprendido al ver aparecer al obispo de Maestricht en camisa, descalzo y temblando de frío.

En el año de 681, fue asesinado Ebroin y se nombró alcalde del lugar a Pepino de Heristal, quien expulsó a todos los obispos usurpadores e hizo retornar a los prelados exiliados, entre los que se encontraba San Lamberto de Maestricht. El santo pastor volvió a hacerse cargo de su rebaño con renovado fervor y desempeñó sus deberes episcopales con extraordinario celo y mucho

fruto. Al descubrir que aún quedaban numerosos paganos en las regiones de Kempenland y de Brabante, se aplicó a la tarea de convertirlos personalmente: les predicó la fe de Cristo, con su infinita paciencia suavizó el temperamento bárbaro de los paganos, los regeneró con el agua del bautismo y acabó con muchas de sus supersticiones y sus malas costumbres. Junto con San Landrada, fundó en las vencindades de su propia sede el monasterio de Munsterbilzen para monjas.

Entretanto, Pepino de Heristal, después de vivir muchos años casado con Santa Plectrudis, tuvo relaciones adúlteras con Alpaís, la hermana de la santa, (relaciones éstas de las que nació Carlos Martel) y Lamberto no cesó de hacer reproches a la culpable pareja. Aquellas reconvenciones irritaron de tal manera a Alpaís, que fue a pedir protección, amparo y represalias a su hermano Dodo. Tanto le importunó, que éste, con un grupo de sus esbirros, fue en busca de San Lamberto, al que encontró arrodillado en oración al pie del altar, en la iglesia de Santos Cosme y Damián, en Lieja. Ahí mismo se precipitaron todos sobre él y le asesinaron a puñaladas y golpes de espada. Tal es la nueva versión sobre las circunstancias en que San Lamberto encontró la muerte, pero sus primeros biógrafos, que escribieron entre los siglos octavo y décimo, relataron una historia muy distinta. De acuerdo con ellos, dos hombres emparentados con Lamberto, Pedro y Andolet, mataron a mansalva a otros dos hombres que molestaban y combatían de continuo al obispo. Dodo, que a su vez era pariente de los asesinados, reunió a sus partidarios para tomar venganza y fue a pedir cuentas a Lamberto. El santo obispo admitió que tanto Pedro como Andolet debían expiar su crimen y, entonces, los esbirros de Dodo se precipitaron sobre ellos y les dieron muerte sin más trámites. Después fueron en busca de Lamberto y, al descubrir que la puerta de su habitación estaba cerrada y atrancada, uno de los hombres de Dodo se encaramó hasta la ventana y arrojó una lanza contra Lamberto, que oraba arrodillado, y lo atravesó de parte a parte. Aquellos asesinatos tuvieron lugar en una casa que se encontraba en lo que hoy es la ciudad de Lieja.

La trágica muerte que Lamberto soportó con resignación y paciencia, unida a la eminente santidad de su vida, hicieron que se le rindiera veneración como mártir. Su cuerpo fue trasladado a Maestricht. Los milagros que se sucedieron en su tumba, incitaron al pueblo a construir una iglesia en el lugar donde se hallaba la casa en que fue asesinado, y el obispo que le sucedió en la sede, San Huberto, trasladó sus reliquias al nuevo santuario. Al mismo tiempo, cambió al mismo lugar el centro de la sede de Tongres-Maestricht y, en torno a la catedral que guardaba los restos de San Lamberto, se edificó la ciudad de Lieja. El santo es hoy el patrono principal del lugar.

Varias biografías de San Lamberto se escribieron durante la Edad Media y la mayoría de ellas se encuentran impresas en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v. La primera por su fecha y por su importancia fue editada con comentarios críticos por Bruno Krusch en MGH., *Scriptores Merov.* vol. VI, donde el texto está complementado con los párrafos extraídos de biografías posteriores escritas por Esteban, Sigeberto de Gembloux y Nicholas. La extensa controversia en relación con las causas precisas del asesinato de San Lamberto se halla claramente expuesta en la *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIII (1914), pp. 247-249; ver también las pp. 219-347 en el segundo volumen de los *Etudes Franques* (1919). Varios años antes este mismo autor comentó la controversia bajo un nuevo aspecto en los *Annales de l'Acadèmie archéol. de Belgique*, vol. XXXIII (1876). *Cf.* además la *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. I, pp. 400-401 *Vie la Plus ancienne de S. Lambert* (1890) de J. Temarteau.

SANTA COLUMBA o COLOMA, Virgen y Mártir (853 p.c.)

Columba fue una de las víctimas durante la persecución de los cristianos en España, iniciada por los moros en el año de 850. De acuerdo con San Eulogio, quien escribió un relato de los martirios titulado "Memorial de los Santos" y que también dio la vida por la fe, Columba era natural de Córdoba. Su hermano Martín era abad de un monasterio y su hermana Isabel, junto con su esposo Jeremías, había fundado otro monasterio doble en Tábanos, en el que los dos se retiraron con sus hijos. Inspirada por aquellos ejemplos, Columba resolvió entregarse a Dios en el claustro, pero su madre que era viuda y deseaba casarla, se opuso enérgicamente. Como la madre de Columba sospechaba que la hermana monja tenía mucho que ver en la decisión de la joven, visitó a Isabel para exigirle que la dejara en paz; pero todos los esfuerzos de la dama viuda fueron inútiles y, a fin de cuentas, Columba entró de monja en Tábanos. En el año de 852, la persecución de los moros expulsó a las monjas de su convento y todas fueron a refugiarse en una casa de la ciudad de Córdoba, vecina a la iglesia de San Cipriano. No obstante que en aquel mismo año las autoridades eclesiásticas habían aconsejado a los cristianos que se abstuvieran de provocar a los perseguidores, Columba abandonó secretamente su refugio y se presentó ante el magistrado moro para negar abierta y deliberadamente la divinidad de Mahoma y de su ley. Inmediatamente fue decapitada por su temeridad, el cuerpo mutilado se arrojó a las aguas del Guadalquivir de donde lo recuperaron los cristianos para darle digna sepultura.

La nota sobre Santa Columba en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v, reproduce todo lo que San Eulogio registró sobre su historia.

SANTA HILDEGARDIS, Virgen (1179 p.c.)

Santa Hildegardis, abadesa de Ruperstberg, llamada en su tiempo la "Sibila del Rin", fue una de las grandes figuras del siglo doce y una de las mujeres más notables de la historia. Fue la primera en el grupo de los grandes místicos alemanes, poetisa y profetisa, médico y moralista política que rebatió a los papas y a los príncipes, a los obispos y hombres de ciencia, con un valor a toda prueba y una justicia invencible. Vino al mundo en 1098, en la población de Böckelheim, de la región de Nahe y, apenas cumplidos los ocho años de edad, sus padres la confiaron al cuidado de la Beata Jutta, hermana del conde Meginhardo de Spanheim, que vivía recluida en una cabaña vecina a la iglesia de la abadía fundada por San Disibod en Diessenberg, no lejos de su propio hogar. La niña era enfermiza, pero eso no impidió que continuase con su educación y que aprendiese a leer y a cantar en latín, todas las ciencias que cultivaban las monjas de aquellos tiempos, así como todos los oficios y las artes que adornaban a las mujeres de la Edad Media, desde las reinas hasta las campesinas. Cuando Hildegardis tuvo la edad necesaria para recibir el velo monjil, la ermita de la Beata Jutta contaba ya con el suficiente número de reclutas para formar una comunidad, que adoptó la regla de San Benito. En ella recibió el hábito Hildegardis cuando tenía quince años y, durante diecisiete años más, llevó en el convento una existencia tranquila, desprovista de acontecimientos trascendentales, pero sólo en el aspecto exterior, porque en lo interno creció ante la gracia de Dios, aumentaron y se multiplicaron las extraordinarias expe-

riencias espirituales que había tenido desde pequeña y, como ella misma dice, "llegó a ser natural en mí predecir el futuro en el curso de las conversaciones. Y, muchas veces, cuando estaba completamente absorbida por lo que pensaba o lo que veía, acostumbraba decir muchas cosas que parecían extrañas o sin sentido a los que me escuchaban. En esas ocasiones, yo solía turbarme, me echaba a llorar y, a menudo, hubiera querido morir de vergüenza. Tenía miedo de revelar a alguien lo que veía y no se lo confiaba a nadie más que a la noble mujer a cuyo cuidado había sido entregada, y ella se lo dijo a su vez a un monje que conocía". En el año de 1136, murió la Beata Jutta, y entonces Hildegardis ocupó su lugar como priora.

A partir de entonces, sus revelaciones y sus visiones la acosaban de continuo. Una voz interior le instaba a que escribiera sobre ellas, pero siempre se sentía cohibida por lo que pudieran decir las gentes, por las posibles burlas y su propia incapacidad para expresarse por escrito. Sin embargo, la voz de Dios insistía y parecía decirle: "Yo soy la vida y la luz inaccesible con la que iluminaré a quien sea mi voluntad. Según mi voluntad, yo puedo mostrar, a través de cualquiera de los seres humanos, mayores maravillas de las que se han visto en los tiempos pasados". Por fin, se decidió Hildegardis a abrir su corazón a su confesor, el monje Godofredo, y lo autorizó a referir el asunto a su abad Conon, quien, luego de un detenido estudio, ordenó a Hildegardis que pusiera por escrito lo que ella creyese que Dios le decía. Así lo hizo la monja y comenzó a escribir sobre la caridad de Cristo, la continuidad del Reino de Dios, los santos ángeles, el demonio y el infierno. El abad Conon sometió esos escritos a la atención del arzobispo de Mainz, quien los examinó en compañía de sus teólogos para alcanzar un veredicto favorable: "Esas visiones provienen de Dios". El abad escogió entonces a un monje llamado Volmar para que actuara como secretario de Hildegardis que, en seguida, comenzó a dictar la principal de sus obras: un libro que tituló "Scivias", al hacer un apócope de las palabras latinas "*Nosce vias*" (*Domini*). Nos dice Hildegardis que, en el año de 1141, "un rayo de luz de brillantez deslumbrante bajó del cielo a iluminar mi mente y a penetrar en mi corazón como una llama que calienta sin quemar, como el sol que nos da la tibieza de sus rayos. Y súbitamente supe y entendí las explicaciones de los salmos, los Evangelios y otros libros de la Iglesia católica y del Antiguo y el Nuevo Testamento, pero no la interpretación de los textos y las palabras, ni la división de las sílabas o los tiempos de las frases". Tardó diez años en completar el libro de las "Scivias", que comprende veintiséis visiones sobre las relaciones entre Dios y los hombres por la Creación, la Redención y la Iglesia, junto con algunas profecías apocalípticas, advertencias y alabanzas, expresadas en forma simbólica. Una y otra vez reitera que ella contemplaba todas esas cosas en repetidas visiones que eran la inspiración de toda su obra y su trabajo activo. En 1147, el papa Beato Eugenio III visitó Tréveris, y el arzobispo de Mainz le hizo entrega de los escritos de Santa Hildegardis. El Pontífice nombró a una comisión para que examinara los escritos y a la autora y, tan pronto como recibió un informe favorable, los leyó él mismo y los discutió con sus consejeros, entre los que figuraba San Bernardo de Claraval, quien manifestó sus deseos de que el Papa aprobara las visiones de la santa y las declarase genuinas. El Pontífice escribió una carta a Hildegardis para expresarle su admiración y su contento por los favores que le había dispensado el cielo y para aconsejarle que no se dejase llevar por el orgullo.

Además, la autorizaba a escribir y a publicar, con prudencia, todo lo que el Espíritu Santo le inspirase, y terminaba con una exhortación para que siguiera viviendo con sus hermanas en el lugar que había escogido y en la fiel observancia de la regla de San Benito. Santa Hildegardis escribió una extensa carta de respuesta, llena de alusiones parabólicas sobre las calamidades de los tiempos y con ciertas advertencias al Papa Eugenio respecto a las ambiciones de sus propios colaboradores y servidores.

El lugar a que se refería el Papa en su carta, era la nueva casa que Hildegardis había tomado para hospedar a su comunidad, mucho más amplia y cómoda que el local de Diessenberg. Los monjes de San Disibod, cuyo monasterio había adquirido importancia gracias a la vecindad con el convento de Hildegardis con sus reliquias de la Beata Jutta y la creciente reputación de la abadesa, se opusieron enérgicamente a la emigración de las monjas. El abad llegó a acusar a Hildegardis de haberse dejado dominar por el orgullo, sin embargo, ella sostuvo en todo momento que Dios le había revelado la necesidad de trasladar su comunidad y el lugar al que debían ir. Aquel lugar era el Rupertsberg, un monte solitario y árido a orillas del Rin, cerca de Bingen. En el curso de la disputa con los monjes de San Disibod, Hildegardis sufrió mucho, perdió la salud y se debilitó grandemente. El abad Conon, quizá al sospechar que no estaba realmente enferma, le hizo una visita por sorpresa y, al comprobar que no fingía, le dijo que en cuanto se pusiera bien, iría con ella a visitar Rupertsberg. Inmediatamente se sintió curada y se levantó para irse con el abad. Esto bastó para que Conon retirara sus objeciones, pero no así el resto de los monjes que se mantenían firmes en su actitud, a pesar de que el jefe de la oposición, un monje llamado Arnoldo, se puso en favor de Hildegardis, luego de haber sanado de una dolorosa enfermedad tras de orar en la iglesia de la abadesa. El traslado se llevó a cabo entre los años 1147 y 1150, cuando las monjas abandonaron la casa, el jardín y el huerto de Diessenberg para ir a habitar en una construcción mayor pero inconclusa, con su iglesia casi en ruinas y en un lugar desierto.

Pero gracias a la inagotable energía de Santa Hildegardis, no tardó en surgir en Rupertsberg un verdadero monasterio, "con agua corriente en todas las dependencias", según dicen las crónicas, con capacidad para alojar cómodamente a cincuenta monjas. Para su recreo, la versatilidad de Hildegardis les proporcionó una serie de nuevos himnos, cánticos y motetes, para los que ella escribía letra y música, así como una especie de juego moral o cantata sacra, llamada *Ordo Virtutum*, y también escribió unas cincuenta homilías alegóricas para que fueran leídas en la casa capitular y en el refectorio. Cuando escribió las biografías de San Disibod y de San Ruperto, se dijo que lo había hecho por revelación (lo mismo que para otras muchas de sus obras que, probablemente, fueron escritas de manera natural), aunque esto se puede desmentir fácilmente al demostrar que las dos biografías contienen todos los datos comunes a las tradiciones que circulaban por aquel entonces. Entre las diversiones a que se entregaba en sus horas de ocio —es difícil imaginarse que Santa Hildegardis tuviese horas de ocio—, se encuentra el juego llamado "lenguaje desconocido", una especie de esperanto del que se conservan hasta hoy unas novecientas palabras y un alfabeto. Parece que esas palabras son sencillamente versiones asonantes de términos latinos y algunos alemanes con la agregación de sufijos formados con la letra "z". Desde Rupertsberg, la abadesa mantuvo

abundante correspondencia, y unas trescientas de sus cartas han sido coleccionadas e impresas, no obstante que los investigadores han declarado sus dudas sobre la autenticidad de algunas de las que supuestamente escribió o recibió. Aparte de las epístolas dirigidas a una u otra de las muchas abadesas que la consultaban, el resto de sus cartas parecen homilías, profecías o tratados alegóricos. Estaban destinadas a papas, emperadores y reyes (incluso Enrique II de Inglaterra, antes de que asesinara a Tomás Becket), a obispos y abades. Una vez escribió a San Bernardo y tuvo respuesta; también mandó cartas a San Eberardo de Salzburgo y, con mucha frecuencia, a la mística del Cister, Santa Isabel de Schönau. En dos cartas dirigidas a los clérigos de Colonia y de Tréveris, se refiere a la indiferencia, el descuido y la avaricia de numerosos sacerdotes y vaticina, en términos que para ella deben haber sido claros, las calamidades que habrían de ocurir por esta causa.

Sus cartas están llenas de esas profecías y advertencias, por lo cual adquirió gran fama y popularidad en poco tiempo. Las gentes de todas las clases sociales y de las más diversas fortunas, acudían de todas partes para consultarla; sin embargo, otras gentes la denunciaron como fraudulenta, bruja y demoníaca. Si bien lo que decía iba casi siempre envuelto en complicados simbolismos, cuando alababa o reprobaba (lo que era muy frecuente) recurría a la más absoluta claridad. Cierta vez, Enrique, el arzobispo de Mainz, le escribió en un tono seco y autoritario para que autorizara a una de sus monjas, una tal Richardis, a que fuera abadesa de otro monasterio. Ella respondió con estas palabras: "Todas las razones que se me den para la promoción de esa joven mujer carecen de valor delante de Dios. El espíritu de ese Dios que nos vigila con celo, dice: 'Llorad y gemid vosotros, pastores, por no saber lo que hacéis al distribuir los puestos santos para satisfacer vuestros propios intereses y los echáis a perder al entregarlos a hombres perversos, ajenos de virtud'... En cuanto a vos, ¡alerta! Vuestros días están contados". A decir verdad, el arzobispo fue depuesto y murió poco después. Al obispo de Speyer le escribió para advertirle que sus actos encerraban tanta maldad, que su alma se hallaba agonizante, y al emperador Conrado III le aconsejó que reformara su vida antes de que tuviera que avergonzarse por ella. Pero Hildegardis no pretendía hacer aquellas declaraciones por iniciativa o ideas propias. "Yo no soy más que un pobre vaso de tierra y si digo esas cosas, no es por mí misma, sino por la luz serena", confesaba en una carta a Santa Isabel de Schönau. Sin embargo, aquellas seguridades no la salvaban de las críticas y siempre estaba en dificultades con alguien, incluso sus propias monjas que eran, por lo general, jóvenes de la nobleza alemana, en las que aún conservaban su fuerza, el orgullo y la vanidad. "Muchas de ellas", admitía la santa, "persisten en mirarme con malos ojos y, a mis espaldas, me despedazan con sus malignas lenguas: dicen que no pueden tolerar mi insistencia sobre la disciplina que trato de imponerles y que nunca permitirán que yo las gobierne".

A pesar de su mucho trabajo y sus continuas enfermedades, las actividades de Santa Hildegardis no se limitaban a su convento y, entre los años de 1152 y 1162, hizo numerosos viajes por toda la región del Rhineland. Fundó una segunda casa en Eibingen, cerca de Rudesheim, y en sus frecuentes visitas a los conventos, no se mordía la lengua para reconvenir con dureza a los monjes o monjas, si había descubierto alguna relajación en la disciplina de sus monasterios. En realidad, sus viajes por las tierras del Rin fueron un

antecedente de los que hicieron posteriormente las "abadesas inspectoras". En Colonia, Tréveris y otras ciudades, se dirigía a las personalidades más eminentes y representativas del clero para impartirles las divinas advertencias que hubiese recibido y para exhortar con el mismo rigor y firmeza a obispos y laicos por igual. Es posible que el primero de aquellos viajes haya sido el que realizó a Ingelheim para encontrarse con Federico Barbarroja. La entrevista tuvo lugar, pero desgraciadamente nunca se ha sabido lo que se trató en ella. También visitó Metz, Würzburg, Ulm, Werden, Bamberg y, entre uno y otro de sus incontables viajes que la llevaron, no obstante sus enfermedades y su debilidad, a lugares remotos e inaccesibles donde hubiera un monasterio, se daba tiempo para escribir. Entre sus numerosas obras figuran dos libros de medicina e historia natural. Uno de ellos versa sobre las plantas, los elementos, árboles, minerales, peces, pájaros, cuadrúpedos, reptiles, metales, y se distingue por sus minuciosas observaciones científicas; el segundo de los temas que aborda es el cuerpo humano y las causas, síntomas y tratamientos de sus enfermedades. Lo extraordinario es que la santa, en sus tratados, llega a insinuar por lo menos, algunos de los modernos métodos para el diagnóstico y se aproxima a varios de los grandes descubrimientos posteriores a su tiempo, como la circulación de la sangre, por ejemplo. También trata la psicología normal y la morbosa; se refiere al frenesí, a la locura, a los temores, las obsesiones e idiotez y dice que "si el dolor de cabeza, los vapores y los mareos atacan al paciente simultáneamente, le hacen disparatar y trastornan su razón. Por eso muchas gentes creen que el paciente está poseído por un espíritu maligno, pero no es cierto".

Durante los últimos años de su vida, Santa Hildegardis anduvo envuelta en grandes complicaciones y dificultades, en relación con un joven que había estado excomulgado y que, al morir, recibió cristiana sepultura en el cementerio de la abadía de San Ruperto. El vicario general de Mainz ordenó que el cadáver fuese exhumado para trasladarlo a otro sitio. Santa Hildegardis se opuso en base a que el joven había recibido los últimos sacramentos y, además, en que ella había tenido una visión para revelarle que su acción había sido justificada. Por aquel conflicto, la abadía fue puesta en un entredicho. Por aquel entonces, Hildegardis dirigió al capítulo de Mainz una extensa carta sobre música sacra que es, según dice, "el único recuerdo, casi olvidado, de aquel estado primitivo que perdimos al perder el Paraíso. Es el símbolo de la armonía que rompió Satanás, la armonía que ayuda al hombre a tender un puente de santidad entre este mundo y el Mundo de plena Belleza. Por lo tanto, aquéllos que sin una razón valedera imponen el silencio en las iglesias donde debería oírse sin cesar el canto en honor de Dios, no serán dignos de escuchar los gloriosos coros de los ángeles que alaban al Señor en los cielos". Al parecer, la santa tenía dudas sobre el efecto que habría de producir su conmovedora elocuencia entre los canónigos de Mainz, puesto que al mismo tiempo escribió una carta en tono mucho más enérgico al arzobispo, que a la sazón se encontraba en Italia. A raíz de aquella misiva, el arzobispo dejó sin efecto la prohibición de la música sacra en las iglesias de Mainz, pero, en cambio, no accedió a otro pedido de Hildegardis, a pesar de haberlo prometido, en el sentido de abandonar las luchas y las intrigas en Roma para volver y gobernar su propia diócesis. Ya para entonces, Hildegardis estaba quebrantada por las enfermedades y las mortificaciones; no podía mantenerse en pie y se hacía llevar de un lugar a otro. Pero "aquel instrumento desgastado y roto", según

la frase de su amigo y capellán, Martín Guibert, aún producía bellos sonidos; hasta el último momento estuvo a la disposición del que quisiera algo de ella, dio consejos a los que se los requerían, respondió a complicadas interrogaciones, escribió, instruyó a sus monjas, alentó a los pecadores y no tuvo un instante de descanso. Muy poco tiempo después de su controversia con el capítulo de Mainz, el 17 de septiembre de 1179, murió pacíficamente. Los numerosos milagros que realizó en vida, se multiplicaron en su tumba, según consta en el proceso de beatificación que, por dos veces, se inició ante la Santa Sede y nunca llegó a concluirse. Sin embargo, el Martirologio Romano la nombra como santa y su fiesta se celebra hasta hoy en varias diócesis de Alemania.

Las visiones y revelaciones que Santa Hildegardis afirmó haber recibido o que se atribuyen a ella, se encuentran entre los más famosos de esos fenómenos, y su don de actualizar las ideas con símbolos e imágenes ha permitido que se la compare con Dante y con William Blake. Por ejemplo, la caída de los ángeles la describe de esta manera: "Ví una gran estrella, con mucho esplendor y hermosura, de la que caían una multitud enorme de chispas incandescentes que la seguían en su carrera hacia el sur. Y todos le miraban a Él en su trono, con un aire de hostilidad hasta que, de pronto, le dieron la espalda y se dirigieron hacia el norte. Repentinamente, todos quedaron aniquilados y se convirtieron en carboncillos negros ... Y así cayeron al abismo donde los perdí de vista". En los dibujos que ilustran algunas hojas del manuscrito, los ángeles caídos se representan con estrellas negras que ostentan un punto luminoso en el centro y están rodeadas, por un halo dorado que despide puntitos blancos. Encima de las estrellas negras, lejos en el horizonte, relucen todavía algunas estrellitas de luz dorada que se agrupan en caudas ondulantes y que, según los intérpretes de los símbolos, representan ojos flamígeros que vigilan ... A menudo, las representaciones de las estrellas luminosas, las muestran como si estuviesen en movimiento o en efervescencia, tal como las describieron muchos visionarios, de Ezequiel en adelante". "Esas visiones las tuve", escribe Santa Hildegardis, no dormida ni en sueños, ni en momentos de locura, ni con los ojos del cuerpo, ni los oídos de mi cabeza, ni en lugares escondidos; pero las vi plenamente, de acuerdo con la voluntad de Dios, cuando estaba despierta y vigilante, con los ojos del espíritu y los oídos internos. Y la pobre carne humana debe tener muchas dificultades en investigar y en explicar cómo sucedió eso que digo". Las visiones relatadas en la "Scivias" obtuvieron la aprobación cautelosa del Papa Eugenio III, pero debe tenerse en cuenta que ni éstas ni otras aprobaciones de revelaciones particulares, imponen la obligación de creerlas. La Iglesia las recibe como probables y nunca como ciertas; por eso, los individuos deben recurrir a la prudencia y rechazar la veracidad hasta de las más dignas de fe.

Gran parte de nuestras informaciones en relación con la vida y hechos de Santa Hildegardis, proviene de su propia correspondencia y de sus escritos, pero también hay dos o tres biografías de acuerdo con el concepto que se tenía sobre las biografías en la Edad Media. La más notable es la que escribieron los dos monjes Godofredo y Teodorico, que se halla impresa en el *Acta Sanctorum*, sept., vol. v. Hay otra, la de Guiberto de Gembloux, editada por el cardenal Pitra en su *Analecta Sacra*, vol. VIII. También hay datos de una investigación realizada en 1233 con vistas a su canonización, que fueron publicados por los bolandistas. Además, en los tiempos presentes ha surgido una abundante literatura en torno a la eminente mística alemana. Véase en particular a J. May en *Die hl. Hildegard von Bingen* (1911), así como la muy completa bibliografía del DTC., vol. VI, cc. 2468-2480. Por otra parte, en la actualidad han sido estudiados casi todos los aspectos en las actividades de Hildegardis. Sus avanzadas en la investigación científica llamaron la atención en Inglaterra, como se prueba en la obra de C. Singer, *Studies in the History and Methods of Science* (1917). En Alemania y en Francia aparecieron numerosas monografías, que no sólo tratan de sus especulaciones médicas, sino también de sus composiciones musicales y artísticas. Por ejemplo, las ilustraciones que adornan el *codex minor* de la *Scivias*, fueron reproducidas por L. Baillet en *Monuments et Mémoires publiés par l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, vol. XIX (1911). Hay un breve relato de tipo popular sobre Santa Hildegaris escrito por F. M. Steel, con el título de *Life and Visions of St. Hildegarde* (1914). Ver también a J. P. Schmelzeis, en *Das Leben und Wirken der hl. Hildegardis* (1879); y a J. Christophe en *St. Hildegarde* (1942).

SAN PEDRO DE ARBUES, Mártir (1485 p.c.)

Uno de los grandes problemas para la Iglesia y para el Estado en la España de la Edad Media, era el del trato que debía darse a los judíos y mahometanos que habitaban en tan gran número aquel país. El problema se complicaba por el odio que manifestaba el pueblo contra ellos, un odio violento que no compartían las gentes del clero, provistas de sentimientos cristianos y tolerantes, ni las autoridades civiles, que tenían interés material en el bienestar y la tranquilidad de los "herejes". Particularmente durante el siglo catorce, los judíos habían conquistado una gran influencia en las finanzas, clandestinamente, y en forma abierta, sobre los puestos y cargos seculares y aun en los eclesiásticos. Para que un judío pudiese llegar a ejercer su influencia en un cargo eclesiástico, era necesario que profesara el cristianismo y, en la gran mayoría de los casos, aquella profesión era falsa; la rarísima vez que era auténtica, resultaba débil, superficial e indigna de confianza. En aquel conflicto había dos grupos que causaban los mayores trastornos y que eran considerados como particularmente peligrosos: los que el pueblo llamaba "marranos" y "moriscos", es decir los judíos y los moros, respectivamente que, por interés o por otra razón cualquiera, se habían convertido al cristianismo y habían recibido el bautismo para renegar después de la fe, abiertamente o en secreto. En el año de 1478, como respuesta a los reiterados pedidos de los reyes católicos Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, el Papa Sixto IV emitió una bula en la que daba poderes a los monarcas para constituir un tribunal que se las entendiera con los judíos y otros apóstatas y con los falsos convertidos. Así quedó establecida la institución que la historia conoce como la Inquisición de España. Debemos hacer notar de paso que, si bien aquel tribunal era esencialmente eclesiástico, actuaba de manera independiente y aun en contradicción con la Santa Sede; también cabe advertir que, si bien recurría a métodos duros, crueles y a veces brutales, su base y la teoría de su constitución no eran condenables. Aquel tribunal no se ocupaba de los judíos o mahometanos de buena fe, y a todos los que confesaban voluntariamente su apostasía y prometieran enmendarse, se les absolvía de culpa y cargo con una leve penitencia.

Pocos años antes del establecimiento de la Inquisición, había profesado entre los canónigos regulares de Zaragoza un hombre llamado Pedro de Arbúes. Había nacido en la ciudad aragonesa de Expila alrededor del año 1440, y había obtenido una brillante graduación en teología y leyes canónicas en el Colegio Español de Bolonia. Sus virtudes y su entusiasmo le habían inclinado a la vida religiosa, pero la fama de su celo y de su sabiduría fueron causa de

que se insistiera en llamarle, hasta que le sacaron del claustro pocos años después de haber hecho su profesión. El naciente tribunal de la Inquisición se hallaba por entonces en manos del fraile dominico Tomás de Torquemada, quien buscaba afanosamente un inquisidor provincial para el reino de Aragón y no descansó hasta que Pedro de Arbúes se hizo cargo del puesto, en el año de 1484. Durante los pocos meses en que ocupó el puesto, San Pedro predicó y trabajó incansablemente en contra de los falsos cristianos, de los apóstatas y de sus vicios característicos que eran el perjurio, la usura y la inmoralidad sexual. Debido al extraordinario celo que puso en el desempeño de su tarea, se conquistó numerosos enemigos y fueron éstos los que fraguaron una campaña de calumnias y difamaciones contra el inquisidor y difundieron la leyenda de su crueldad, una fábula que conocen y repiten muchos de los que desconocen al verdadero Pedro de Arbúes y que, tal vez, no hayan tenido otro dato sobre él, más que el retrato hecho por Wilhelm von Kaulbach, en el que, el canónigo de cuarenta y cuatro años, aparece como un viejo sádico y tirano. A pesar de que en los tiempos de San Pedro de Arbúes la Inquisición de España se hallaba más o menos bajo el dominio del espíritu humanitario de las autoridades eclesiásticas de Roma, no se tiene conocimiento ni registro de que el santo haya pronunciado una sentencia de muerte o de tortura durante el desempeño de su tarea. Sin embargo, los judíos habían decidido deshacerse de él. San Pedro estaba al tanto de lo que se tramaba en contra suya, pero no quiso tomar precaución alguna, ni siquiera después de que se frustró un intento para quitarle la vida. Durante la noche entre el 14 y 15 de septiembre de 1485, tres hombres entraron sigilosamente a la catedral de San Salvador, en Zaragoza, y apuñalaron al santo canónigo que oraba arrodillado. Dos días más tarde, murió a consecuencia de las heridas y, sin tardanza, fue aclamado como un mártir en toda España. Como tal fue canonizado en 1867.

Un relato bastante amplio y completo sobre San Pedro de Arbúes se hallará en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v. No contamos con una biografía propiamente dicha de aquella época, pero las crónicas de aquel período nos proporcionan bastantes datos. Ver a G. Cozza, en su obra *Della vita, miracoli e culto del martire S. Pietro de Arbues* (1867).

SAN FRANCISCO DE CAMPOROSO (1866 P.C.)

EN CAMPOROSO, pequeña ciudad sobre la costa de Liguria, vivía hacia los principios del siglo pasado una familia apellidada Croese, formada por campesinos y cultivadores de olivos en pequeña escala. En 1804, nació en el seno de aquella familia un hijo al que se bautizó con el nombre de Juan. Era el segundo de los cuatro hijos del matrimonio Croese y recibió, igual que sus hermanos, una educación religiosa muy simple. Como era de esperarse, comenzó a trabajar en la granja y las plantaciones de su padre en cuanto tuvo la edad para hacerlo. Sin embargo, al cumplir los dieciocho años, Juan conoció a un hermano lego del convento de los frailes menores, quien despertó la vocación del joven por la vida religiosa. Al poco tiempo, Juan se presentó en el convento franciscano de Sestri Ponente, donde fue aceptado como terciario y recibió el nombre de Antonio. Pasó dos años en el servicio de aquella casa y, como aspiraba a llevar una vida de mayor austeridad, solicitó su ingreso entre los frailes menores capuchinos. Se le envió a hacer el noviciado en Génova y, en 1825, recibió el hábito de hermano lego, con el nombre de Francisco María. Al año siguiente, hizo su profesión y se le envió a trabajar en la en-

fermería, de donde se le sacó para darle el cargo de gestor, cuyo oficio consistía en pedir limosna para la comunidad, de puerta en puerta. Aquel trabajo resultaba tan desagradable para el hermano Francisco, que pensó seriamente en pedir a sus superiores que se lo cambiaran; sin embargo, tal vez por espíritu de sacrificio, cuando el padre guardián le propuso que desempeñase el cargo de gestor en la ciudad de Génova, aceptó inmediatamente. Por cierto que no todos los genoveses estaban bien dispuestos a ayudar a los religiosos, y no fueron pocas las veces en que el hermano Francisco recibió piedras en vez de pan, pero perseveró con inagotable paciencia durante diez años y llegó a ser el limosnero mejor conocido en la ciudad, donde ninguno de los habitantes le negaba algo o le trataba mal. Su figura escuálida era familiar en los muelles, y las gentes iban ahí a buscarle porque tenía fama de poder dar informaciones precisas y ciertas sobre las gentes que se hallaban en tierras lejanas y a las que nunca había visto. Los genoveses le acosaban con pedidos de noticias sobre los amigos y parientes que habían emigrado. También se le atribuían al hermano Francisco diversos milagros, sobre todo de curaciones a enfermos desahuciados y, si bien algunos extranjeros le insultaban o se burlaban de él, en toda Génova se le llamaba el "Padre santo". Era en vano que él protestase por aquel tratamiento y alegase que no era más que un hermano lego y no un sacerdote, porque "Padre santo" siguieron llamándole todos, y en verdad que era un padre para los pobres y los afligidos que acudían a él.

Durante dos años, el hermano Francisco padeció de várices, sin decir nada a nadie hasta que su cojera lo traicionó. En el examen se le encontró una pierna en muy mal estado. Ya para entonces, el hermano tenía sesenta años, estaba agotado por una vida de mortificaciones y así soportó una dolorosa operación, que no mejoró el estado de su pierna para nada. En agosto de 1866, Génova fue azotada por una devastadora epidemia de cólera, y los capuchinos, lo mismo que los otros religiosos de la ciudad, salieron a atender a los enfermos. El hermano Francisco, que casi no podía moverse, se sintió tan conmovido por los horrores que presenció que, con toda solemnidad, ofreció a Dios su vida para que cesara la epidemia. Aquel mismo día, predijo con todo detalle las circunstancias de su próxima muerte. El 15 de septiembre le atacó la enfermedad y, dos días más tarde, entregó el alma al Señor. Desde aquel momento, la fuerza de la epidemia disminuyó hasta cesar completamente. La tumba del hermano Francisco llegó a ser muy famosa por los milagros que en ella se realizaban. En 1929 fue solemnemente beatificado. El Papa Juan XXIII lo canonizó el 9 de diciembre de 1962.

El decreto de beatificación, impreso en el *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXI (1929), pp. 485-488, incluye un esbozo biográfico. En la fecha de su beatificación, se publicaron o se reeditaron varias biografías del hermano Francisco. La más digna de consideración es la que escribió en italiano Fr. Luigi da Porto Maurizio, así como la del fraile francés Constant de Pélissanne (1929).

18: SAN JOSE DE CUPERTINO (1663 P.C.)

JOSE DESA nació el 17 de junio de 1603 en Cupertino, pequeña población situada entre Brindisi y Otranto. Sus padres eran pobres, y el infortunio se había ensañado contra ellos. José vino al mundo en un miserable cobertizo en la parte posterior de la casa, porque en aquellos momentos se

procedía al embargo del inmueble, ya que su padre, un carpintero, no había podido pagar sus deudas. En aquellas circunstancias, la niñez de José tuvo que ser muy desdichada. Su madre, al quedar viuda, vio a su hijo como una molestia y una carga más para su miseria y lo trataba con extremada dureza, por lo que el niño creció débil, con marcada tendencia a la distracción y la inercia. Llegaba a olvidarse incluso de comer y, si alguien se preocupaba por recordárselo, respondía simplemente: "Me olvidé". Acostumbraba a vagar por la ciudad, a paso lento y desganado, y mirar a todas partes con la boca abierta, de manera que se ganó el sobrenombre de "Boccaperta". Nadie le quería bien, a causa de su aire de simpleza y su mal genio; sin embargo, en lo tocante a sus deberes religiosos, los cumplía con una extraordinaria fidelidad y gran fervor. Al llegar a la edad en que debía ganarse el pan, José entró como aprendiz de zapatero y se esforzó por aprender el oficio, sin lograrlo. Al cumplir los diecisiete años, se presentó en el convento de los franciscanos para solicitar su ingreso, pero fue rechazado. Entonces, hizo su solicitud ante los capuchinos, que lo tomaron como hermano lego, pero, al cabo de ocho meses, fue despedido por incapacidad para desempeñar los deberes que imponía la orden. Su torpeza y su despreocupación le incapacitaban para cualquier trabajo, como lo había probado en el convento, donde dejaba caer de continuo los platos y las tazas en el suelo del refectorio, se olvidaba de hacer lo que se le había ordenado y no se podía confiar en él ni siquiera para encender el fuego del horno. Al verse desamparado, José buscó refugio en la casa de un tío suyo muy rico, que se negó rotundamente a ayudar a un "bueno para nada", por muy pariente cercano que fuese, y el joven José se vio obligado a regresar a la miseria y el desprecio de su casa. Por supuesto que su madre no tuvo el menor placer en verlo regresar y, para deshacerse de él lo más pronto posible, rogó y suplicó a su hermano, un fraile franciscano, que admitieran a José en el convento, con tanta insistencia que, al fin, logró sus propósitos, y el joven ingresó como criado al monasterio franciscano de Grottella. Se le dio un hábito de terciario y se le puso a trabajar en los establos. Al parecer, fue entonces cuando se produjo un cambio radical en José: desempeñó con notable destreza los deberes que se le encomendaban y, con su humildad, su dulzura, su amor por la mortificación y la penitencia, se granjeó tanto afecto y respeto por parte de sus hermanos que, en 1625, la comunidad en pleno resolvió que debía ser admitido entre los religiosos del coro y quedar así calificado como aspirante a recibir las órdenes sagradas.

De esta manera, inició José su noviciado y no tardaron sus virtudes en convertirlo en un objeto de admiración, pero al mismo tiempo, se advirtió que no hacía grandes progresos en los estudios. Por mucho que se esforzara, su capacidad intelectual no le daba para más que leer mal y escribir peor. Carecía de la facultad de expresarse y, del único texto sobre el que pudo decir algo fue: "¡Bendito el vientre que te concibió!" Cuando se le examinaba para el diaconato, el obispo abrió el libro de los Evangelios a la ventura y, quién sabe por qué casualidad, sus ojos cayeron precisamente sobre aquella frase; de manera que el prelado examinador pidió al hermano José que disertara sobre ella, lo que el joven hizo bien y con presteza. Cuando llegó el momento del examen para el sacerdocio, los primeros candidatos respondieron a las preguntas en forma tan completa y satisfactoria, que los restantes, entre los que se encontraba José, fueron aprobados sin haber pasado por el examen. Tras

de haber recibido las órdenes sacerdotales, en 1628, pasó cinco años sin probar el pan o el vino, y las hierbas que comía los viernes, eran tan amargas o desabridas, que sólo él las podía tragar. Sus rigurosos ayunos cuaresmales le privaban absolutamente de todo alimento durante todos los días, a excepción de los jueves y domingos, y pasaba sus horas entregado a los trabajos manuales domésticos y de rutina que eran, bien lo sabía, él, los únicos que podía desempeñar.

Desde el momento de su ordenación, la existencia de San José fue una serie no interrumpida de éxtasis, curaciones milagrosas y sucesos sobrenaturales, en una escala que no tiene paralelo en ninguno otro de los santos. Todo lo que de cualquier manera se refiriese particularmente a Dios o a los misterios de la religión, podía arrebatarle los sentidos y tornarle insensible a lo que sucedía a su alrededor; las distracciones y olvidos de su niñez y su juventud tenían después un fin y un propósito claro y definido. A la vista de un cordero en el jardín de los capuchinos en Fossombrone, quedó arrobado en la contemplación del inmaculado Cordero de Dios, y se afirma que en aquella ocasión, se elevó por los aires con el animalillo en los brazos. En todo momento tuvo un dominio especial sobre las bestias, semejante al que tenía San Francisco; se dice que las ovejas se reunían en torno suyo y escuchaban atentas sus plegarias; una golondrina del convento le seguía por todas partes e iba volando a donde él le mandaba. Particularmente durante la misa o el rezo de los oficios, tenía raptos que le elevaban del suelo. Durante los diecisiete años que pasó en Grottella se registraron setenta casos de levitación, y el más extraordinario de todos ellos ocurrió cuando los frailes construían un calvario. Faltaba por colocar la cruz del medio que tenía una altura de casi diez metros y era pesadísima, de manera que ni los esfuerzos de diez hombres podían levantarla hasta su sitio. Se afirma que entonces se asomó el hermano José por la puerta del convento, voló los setenta y ocho metros que le separaban del lugar donde se hallaban los otros frailes, tomó la pesada cruz en sus brazos, "como si fuera de paja" y la levantó para dejarla en su lugar, sobre el simulado montículo del Calvario. Fueron varios los testigos que dieron cuenta de este sorprendente suceso, aunque lo mismo que ocurrió con muchas otras de las maravillas obradas por el santo, sólo se dieron a conocer y se registraron después de la muerte de José, cuando ya había transcurrido el tiempo necesario para que no se exagerasen los acontecimientos y se fabricasen las leyendas en base a ellos. Pero cualquiera que haya sido la naturaleza y la realidad de aquellos sucesos, no cabe duda de que la vida diaria de San José estuvo rodeada por tantos fenómenos perturbadores y extraños que, por lo menos durante treinta y cinco años, sus superiores le prohibieron oficiar la misa en público, tomar parte en el coro, comer a la mesa con los hermanos y asistir a las procesiones y otras ceremonias públicas. Algunas veces, cuando se hallaba en rapto y sin sentido, los frailes trataron de volverlo en sí con golpes, quemaduras y pinchazos con agujas, pero nada de eso le producía efecto alguno y sólo despertaba, según se dice, al oír la voz de su superior. Al recuperar los sentidos, sonreía a todos dulcemente y les pedía perdón por lo que él llamaba "su ataque de mareos".

La levitación (nombre que se da a la elevación del cuerpo humano desde el suelo que pisa, sin que intervenga ninguna fuerza física) en una forma u otra, se registró en unos doscientos santos y beatos (y en otros muchos que

no lo fueron) y, en sus casos, semejante fenómeno se ha interpretado como una marca especial del favor de Dios, por el cual pone de manifiesto, aun para los sentidos físicos, que la plegaria es una elevación de la mente y el corazón hacia Dios. Tanto por la extensión como por el número de esas experiencias, San José de Cupertino nos ofrece los ejemplos clásicos de levitación, porque si bien algunos de los fenómenos que le ocurrieron en su juventud podrían ponerse en tela de juicio, los que se registraron en sus últimos años estuvieron bien atestiguados. Por ejemplo, uno de sus biógrafos declara: "En 1645, el embajador de España en la corte pontificia, el Gran Almirante de Castilla, pasó por ahí (por Asís) y visitó a José de Cupertino en su celda. Luego de conversar con él un buen rato, bajó a la iglesia y dijo a su esposa: 'Vengo de ver y de hablar con otro San Francisco'. La señora manifestó entonces su gran deseo de gozar de un privilegio igual y el padre guardián mandó decir a José que bajase a la iglesia para hablar con Su Excelencia. El hermano respondió: "Obedeceré, pero no puedo decir si podré hablar con la dama". En efecto, momentos después apareció en la puerta de la iglesia, pero en el mismo instante clavó los ojos en una imagen de la Virgen María que se hallaba en el altar y, de pronto, se elevó del suelo y voló unos doce pasos por encima de las cabezas de los que estaban en la nave, hasta quedar parado a los pies de la estatua. Permaneció ahí un momento y oró en homenaje a la Señora y, luego de emitir su grito peculiar, voló de nuevo hasta la puerta de la iglesia y regresó de prisa a su celda, mientras el almirante, su esposa y todos los miembros de su séquito que presenciaron la escena, permanecían inmóviles en su sitio, como paralizados por el asombro". Ese suceso que se relata en dos de las biografías del santo, se presentó apoyado por numerosas referencias de los testigos oculares durante las deposiciones en el proceso de canonización.

"Es todavía más digna de confianza", dice el padre Thurston en "The Month" de mayo de 1919, "la evidencia de la levitación del santo suministrada en Osimo, donde pasó los últimos seis años de su vida. Ahí le vieron sus hermanos en religión elevarse por los aires hasta una altura de tres metros y medio a cuatro metros para besar la frente del Niño Dios que se hallaba en brazos de una imagen de la Virgen, muy por encima del altar, y no se limitó a eso, sino que alzó de los brazos de la Virgen la imagen del Niño, que estaba hecha de cera y, como si la arrullara, voló con ella en sus brazos hasta su celda donde continuó suspendido en los aires en todas las actitudes y posturas imaginables. En otra ocasión, durante aquellos últimos años de su vida, levantó a otro de los frailes y lo transportó en su vuelo alrededor de una habitación y se afirma que ya había hecho lo mismo en varias oportunidades previas. Durante la última misa que celebró, el día de la Asunción de 1663, un mes antes de su muerte, tuvo un rapto que le levantó más largo tiempo que todos los anteriores. Y para todos estos sucesos contamos con la evidencia de numerosos testigos oculares que hicieron sus deposiciones bajo juramento, como de costumbre, unos cuatro o cinco años más tarde solamente. Sería irrazonable suponer que aquellos testigos se engañaron en cuanto al hecho preciso de que el santo flotaba en los aires, puesto que todos estaban convencidos de haberlo visto así bajo todas las condiciones y circunstancias posibles". Próspero Lambertini, el que después fue el Papa Benedicto XIV, suprema autoridad en las evidencias y procedimientos de las causas de canonización, estudió personalmente todos los pormenores en el caso de San José de Cupertino. El

escritor dice más adelante: "Cuando la causa se presentó a discusión ante la Congregación de Ritos, (Lambertini) era 'promotor Fidei' (el personaje que vulgarmente se conoce con el nombre de "Abogado del Diablo") y es cosa sabida que su animadversión hacia las pruebas que se habían sometido a su consideración era firme y exigente. Sin embargo, debemos creer que aquellos escrúpulos quedaron completamente satisfechos, puesto que no sólo fue el propio Lambertini quien, instalado ya en el trono de San Pedro, emitió el decreto de beatificación en 1753, sino que en su obra magna, "De Servorum Dei Beatificatione", dice lo que sigue: "Mientras yo desempeñaba el cargo de promotor de la Fe, se sometió a la consideración de la Sacra Congregación de Ritos, la causa del venerable siervo de Dios, José de Cupertino, causa ésta que, después de mi retiro, fue llevada a una conclusión favorable. En el curso del proceso, *los testigos oculares de indiscutible integridad* suministraron evidencias sobre las famosas levitaciones o levantamientos desde el suelo y vuelos prolongados del mencionado siervo de Dios cuando se hallaba arrebatado en éxtasis". No cabe la menor duda de que Benedicto XIV, un crítico apegado a normas estrictas que conocía el valor de las evidencias y que había estudiado las deposiciones originales con más detenimiento que cualquier otro de los miembros del tribunal, creía a pie juntillas que los testigos de las levitaciones de San José habían observado realmente lo que aseguraban haber visto".

Por supuesto, no faltaron las personas para quienes aquellas manifestaciones eran piedra de escándalo. Cuando San José recorría la provincia de Bari y atraía a las multitudes, las autoridades eclesiásticas le denunciaron como a "uno que anda por los caminos de estas provincias y que, como un nuevo Mesías, arrastra a las muchedumbres en pos suya, a causa de ciertos prodigios realizados ante unas cuantas de aquellas gentes ignorantes que están dispuestas a creer cualquier cosa". El vicario general presentó la queja al inquisidor de Nápoles y se hizo comparecer a José. Al examinarse los pormenores de las acusaciones, no hallaron los inquisidores nada digno de censura, pero no por eso levantaron los cargos al acusado, sino que le enviaron a Roma para que se presentara ante el ministro general de su orden. Este le recibió al principio con dureza, pero muy pronto quedó impresionado por la evidente inocencia y el porte humilde de José y acabó por llevarle consigo a ver al Papa Urbano VIII. A la vista del Vicario de Cristo, el santo entró en éxtasis, y dijo el Pontífice Urbano que si José moría antes que él, no dejaría de dar testimonio sobre el milagro que acababa de presenciar. En Roma se decidió enviar a José de regreso a Asís, donde nuevamente sus superiores le trataron con una notable severidad y, por lo menos, fingieron que le consideraban como un hipócrita. Llegó a Asís en 1639 y permaneció ahí trece años. Al principio debió sufrir muy duras pruebas, tanto internas como externas. Hubo temporadas en las que le pareció que Dios le había abandonado; a sus ejercicios religiosos les acompañaba una sequedad espiritual que le afligía en extremo, al tiempo que las más terribles tentaciones le hundían en una melancolía tan profunda, que apenas si levantaba los ojos del suelo. Al ser informado de esto el ministro general, mandó llamar a José a Roma y, tras de retenerlo ahí tres semanas, lo devolvió a Asís. Durante su viaje a Roma, el santo experimentó un retorno de aquellos consuelos divinos que le habían sido retirados temporalmente. Las noticias sobre la santidad y los milagros de José sobrepasaron las fronteras de Italia, y personajes tan distinguidos como el almirante de Castilla, a quien

ya mencionamos, se detenían en Asís para visitarlo. Entre estas personalidades se hallaba también John Frederick, duque de Brunswick y Hanover. Aquel noble señor, que era luterano, se conmovió tanto por lo que presenció, que ahí mismo abrazó la religión católica. El santo solía decir a ciertas personas escrupulosas que acudían a consultarle: "No me gustan los escrúpulos ni la melancolía: si tus intenciones son buenas, no tienes nada que temer". Siempre instaba a la plegaria. "Orad", decía. "Si os turban la aridez o las distracciones, decid un Padre Nuestro y eso basta, porque entonces habréis hecho oración vocal y mental". Cuando el cardenal Lauria le preguntó lo que veían las almas en éxtasis durante sus raptos, repuso: "Se sienten como transportadas dentro de una galería maravillosa, resplandeciente con una belleza interminable y ahí, con una sola mirada en un espejo, comprenden las visiones maravillosas que Dios se complace en mostrarles". En el ir y venir de la vida diaria andaba siempre tan preocupado por las cosas celestiales, que si se cruzaba una mujer en su camino, él suponía, auténticamente y con toda sinceridad, que veía pasar a Nuestra Señora, a Santa Catalina o a Santa Clara y, si era un hombre desconocido el que se atravesaba, lo confundía con alguno de los Apóstoles y muchas veces, al encontrarse con otro fraile compañero suyo, creyó estar ante San Antonio o ante el propio San Francisco.

Por razones que desconocemos, en 1653, la Inquisición de Perugia recibió instrucciones para sacar a José de la comunidad de su orden y ponerlo a cargo de los capuchinos en calidad de fraile solitario en las colinas de Pietrarosa donde debía vivir en estricta reclusión. "¿Será necesario que vaya prisionero?", inquirió, y partió sin tardanza, con tanta prisa, que dejó su sombrero, su capa, su breviario y sus anteojos. Y en efecto, había ido a una prisión. No se le permitía abandonar la clausura del convento, hablar con alguien fuera de los frailes, escribir o recibir cartas; quedó completamente aislado del mundo exterior. Pero sin duda que, aparte de la inquietud y la tristeza que necesariamente experimentaba al verse separado de los otros conventuales y tratado como un criminal, aquella vida debe haber resultado particularmente satisfactoria para San José. Por otra parte, no duró mucho su aislamiento, porque no tardaron las gentes en descubrir el escondite y los peregrinos poblaron el lugar antes desierto. Entonces se le llevó subrepticiamente a otra reclusión igual en la casa de los capuchinos en Fossombrone. Y así pasó el resto de su vida. En 1665 el capítulo general de los franciscanos conventuales pidió que les fuera devuelto su santo a Asís, pero el Papa Alejandro VII respondió que con un San Francisco de Asís había bastante. En 1657, se le permitió residir en la casa de los conventuales en Osimo; sin embargo, ahí fue más estricta su reclusión y sólo a muy contados religiosos se les autorizaba a visitarle en su celda. En medio de todo aquel rigor y hasta el fin de sus días, tuvo el consuelo cotidiano de las manifestaciones sobrenaturales y se puede decir que, si bien los hombres le abandonaron, Dios se estrechaba cada vez más íntimamente con él. El 10 de agosto de 1663, se sintó enfermo y supo que su fin estaba próximo: murió cinco semanas después, a la edad de sesenta años. Fue canonizado en 1767.

Se halla impreso un *summarium* preparado por la Congregación de Ritos en 1688, con los datos principales de las deposiciones de los testigos en el proceso de beatificación. Debe observarse, sin embargo, que actualmente no existen más que dos copias de ese resumen y que, al parecer, los bolandistas no tuvieron acceso a él. Por lo tanto, se contentaron con imprimir en el *Acta Sanctorum* sept. vol. v, los datos obtenidos en biografías publicadas

anteriormente, como las de Pastrovicchi (1753) y Bernino (1722). Las dos vidas mencionadas fueron traducidas al francés y a otras lenguas. El padre F. S. Laing escribió en 1918 una adaptación en inglés de la obra de Pastrovicchi. La bula de canonización, un extenso documento que contiene abundantes datos biográficos, se halla impresa en las biografías italianas posteriores, así como en la traducción al francés de la obre de Bernino (1856). En ese mismo libro se relata destacadamente y con lujo de detalles, la historia de las levitaciones y vuelos de San José. *Cf.* H. Thurston, en *The Physical Phenomena of Mysticism* (1952).

SAN FERREOL, Mártir (¿Siglo III?)

De acuerdo con la "pasión" de este mártir, Ferreol era un tribuno que vivía en la ciudad de Vienne, en las Galias. Era cristiano y practicaba en secreto su religión. San Julián de Brioude, natural de la misma ciudad, quien hizo pública profesión de fe, vivió en la casa de Ferreol. Cuando se inició la persecución y después de que San Julián había sido martirizado, Crispín, el gobernador de aquella parte de las Galias, mandó aprehender a Ferreol por haber desobedecido la orden de arrestar a los cristianos. Crispín hizo ver al tribuno que si el Estado le pagaba un sueldo como oficial militar, le correspondía dar a los demás un ejemplo de obediencia. El tribuno respondió: "Yo no tengo un aprecio desmedido por el dinero. Si se me permite vivir y servir a Dios, *me doy por satisfecho y bien pagado. Pero si aun eso os parece demasiado,* estoy dispuesto a renunciar a la vida, antes que abandonar mi religión". El juez mandó que fuese azotado y echado luego al pozo de la prisión en el que se vertían las aguas sucias de todo el establecimiento. Al tercer día, el poder de Dios rompió las cadenas que sujetaban sus brazos y sus piernas dentro del pozo, de manera que Ferreol escapó y pudo huír de la ciudad por la puerta que conducía a Lyon. A nado por las aguas del Ródano, consiguió llegar hasta la desembocadura del río Gère, que se une con el Ródano cerca de Vienne, pero ahí cayó de nuevo en manos de sus perseguidores, quienes le condujeron atado de pies y manos hasta el lugar donde iban a matarle. En las riberas del Ródano fue decapitado, y los cristianos de Vienne sepultaron su cadáver, con gran veneración, en las proximidades del río. En poco tiempo se levantó una iglesia en el sitio de su sepultura y, de ahí, trasladó San Mamerto sus reliquias, alrededor del año 473, a una iglesia construida especialmente para guardarlas, dentro de la ciudad de Vienne.

En este mismo día se conmemora a otro San Ferreol, obispo de Limoges, quien murió alrededor del año 591.

Las *actas* de San Ferreol (impresas en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v), "tienen poco valor", como dice Delehaye. Su martirio es auténtico y su culto, del que dan testimonio San Gregorio de Tours y Venancio Fortunato, es muy antiguo. Ver CMH., pp. 517-518.

SAN METODIO DE OLIMPO, Obispo y Mártir (*c.* 311 p.c.)

San Jerónimo declara que Metodio fue, primero, obispo de Olimpo, en Licia, y después, en la sede de Tiro, y afirma que recibió la corona del martirio en la ciudad griega de Khalkis, al finalizar la última persecución. Esas declaraciones fueron reproducidas en el Martirologio Romano, pero existe prácticamente la certeza de que Metodio nunca fue obispo de Tiro; los escritores griegos se refieren a él como obispo de Patara, en Licia. Carecemos de detalles sobre su vida y su martirio, y todo lo que se sabe de él radica en sus escritos. Fue el autor de un diálogo que tituló "Sobre la Resurrección" para

contradecir las enseñanzas de Orígenes en el sentido de que el cuerpo resucitado del hombre no es el mismo que su cuerpo terrenal. Escribió sobre el libre albedrío en contra de los valentinianos y fue el autor de otras obras que impresionaron a San Jerónimo hasta el extremo de que se refiere a él como al "muy elocuente Metodio", en tanto que el Martirologio Romano le llama "el muy renombrado, por la brillantez de sus predicaciones y de su sabiduría". El propio Metodio, sin embargo, dio su apoyo a los errores del milenarismo, es decir sobre el reinado temporal de Cristo durante un millar de años antes de la resurrección de los muertos, en la obra que tituló "Symposium". El mejor conocido entre sus trabajos es este "Symposium" o Banquete de las Diez Vírgenes, que fue escrito según el modelo del "Banquete" de Platón. Como imitación, la citada obra es un fracaso (Alban Butler dice que su estilo es "difuso, hinchado y plagado de epítetos"), pero en tiempos remotos tuvo su fama como tratado sobre la virginidad. En el libro se relata cómo una matrona se presenta para decir a su amigo Eubulus (el seudónimo del propio San Metodio) lo que se habló en el curso de la conversación entre diez doncellas durante un banquete en los jardines de Arete (la Virtud). En boca de cada una de las diez doncellas, se pone un discurso de alabanza a la virginidad. La obra termina con un himno al Señor como Esposo de la Iglesia, donde la doncella Tecla canta una serie de estrofas rimadas por orden alfabético, a las que responden las otras con un refrán. Ese es uno de los himnos cristianos más antiguos de los que se conocen.

Los escasos datos en existencia sobre la vida de San Metodio de Olimpo fueron recogidos en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v. En relación con la obra literaria del santo, las modernas investigaciones han descubierto el texto eslavo de varios de sus escritos, manuscrito éste que aprovechó N. Bonwetsch en su libro *Methodius von Olympus* (1891). Ver también el *Altkirchliche Literatur* de Bardenhewer (1913), vol. II, pp. 334 y ss., así como el DTC., vol. X, cc. 1606-1614.

SANTA RICARDA, VIUDA (*c.* 895 P.C.)

AL CUMPLIR los veintidós años, la joven Ricarda, hija del conde de Alsacia, fue dada en matrimonio a Carlos el Gordo, hijo del rey Luis el Germano. Diecinueve años después, en 881, los esposos se trasladaron a Roma para que el Papa Juan VIII los coronase como emperador y emperatriz del Sacro Romano Imperio. Hasta entonces, la pareja había vivido en armonía, pero unos pocos años más tarde, el emperador Carlos, ya fuese por fundadas sospechas o por realizar algún propósito inconfesado, acusó a su esposa de infidelidad y señaló, como cómplice del adulterio a su canciller, Liutwardo, que era obispo de Vercelli y un hombre grandemente estimado, tanto por sus habilidades como por sus virtudes. Los supuestos culpables, Ricarda y Liutwardo, comparecieron ante la asamblea de la corte imperial para desmentir solemnemente las acusaciones; el obispo quedó exonerado por un juramento, y Ricarda apeló al juicio de Dios y pidió someterse a la prueba del fuego o, en su defecto, a la prueba de la batalla. La prueba del fuego fue aceptada, y la emperatriz, descalza y vestida con una túnica de material ligero, fácilmente inflamable, caminó sobre un lecho de brasas sin recibir daño alguno. A pesar de todo, Liutwardo fue despojado de su puesto de canciller y, como no se consideraba conveniente que Ricarda y su esposo continuasen su vida en común después de la pública exhibición de sus desavenencias conyugales,

se la autorizó a separarse de Carlos el Gordo. Durante algún tiempo, se refugió en el convento de monjas de Hohenburg y, de ahí, pasó a la abadía de Andlau, que ella misma había fundado. Ahí vivió en paz hasta su muerte, ocurrida más o menos hacia el año de 895. Durante su existencia en el convento, participó en las actividades y ejercicios de piedad de las monjas, intercedió en favor suyo ante la Santa Sede, se preocupó siempre por los pobres y escribió versos. En el año de 1049, cuando el Papa León IX se detuvo en Andlau en su viaje a Mainz para asistir a un concilio, mandó que los restos de Ricarda fueran exhumados y colocados en un santuario para exponerlos a la veneración de los fieles. El culto se ha mantenido, y hasta hoy se celebra la fiesta de Santa Ricarda en la diócesis de Estrasburgo.

No hay ninguna biografía propiamente dicha sobre Santa Ricarda, pero las lecciones del breviario, panegíricos y homilías reunidos en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. v, proporcionan buenos datos. Véase también el *Allgemeine Deutsche Biographie*, vol. XXVIII, pp. 420 y ss. y la *Sainte Richarde* de M. Corbet (1948).

BEATO JUAN MASIAS (1645 P.C.)

EN LAS LECCIONES del oficio de este beato se dice que los padres de Juan Masías eran representantes de una de las familias de "rancio abolengo que se vieron privadas de rango y de fortuna por la serie de calamidades de un mundo intranquilo". Nació en la ciudad de Ribera, en Extremadura, a fines de 1585, y era aún muy joven cuando quedó huérfano, por lo que un tío suyo se hizo cargo de él y le obligó a ganarse la vida como pastor. Durante las largas horas en la soledad del campo, cuando no había nada qué hacer más que mantener los ojos abiertos, Juan rezaba el Rosario y meditaba sobre los misterios cristianos; no faltaron ocasiones en que su meditación era tan intensa que le parecía ver a los santos en persona y que hablaban con él, particularmente la Santísima Virgen y San Juan el Evangelista. El pastor atribuyó a un mandato del Evangelista su repentina decisión de abandonar las tierras extremeñas para viajar a la América, como lo habían hecho tantos de sus paisanos. Tras una larga travesía, llegó al Perú y obtuvo trabajo en una hacienda ganadera donde pasó dos años y ahorró algún dinero con el que se estableció en Lima. Ahí decidió seguir la vida religiosa y, luego de haber distribuído todo lo que tenía entre los pobres, fue admitido como hermano lego en el convento de dominicos de Santa María Magdalena. Las penitencias a que se entregaba el hermano Juan sobrepasaban los límites de la prudencia, y su prior tuvo que ordenarle moderación, ya que el joven se contentaba con dormir una hora y no en el lecho, sino de rodillas y con la cabeza apoyada en la cama. Semejantes austeridades le causaron una enfermedad que requirió una peligrosa operación. En el convento se le dio el cargo de portero y, desde entonces, el portón del monasterio fue el centro de reunión de los mendigos, los enfermos y los desamparados de toda Lima. Juan siguió el ejemplo de su amigo San Martín de Porres y andaba por la ciudad para obtener limosnas con qué alimentar y cuidar a los pobres y no se limitaba a eso, sino que completaba su ayuda con buenos consejos y exhortaciones en favor de la vida cristiana y el amor a Dios. A los pobres cuya timidez les impedía salir a mendigar, los buscaba en sus chozas y cuchitriles y, para no tener que ir de casa en casa, enseñó a su borrico a hacer la ronda y a recibir en los cestos atados a sus lomos los alimentos y las ropas destinados a los pobres. Muchos y muy

notables fueron los milagros atribuídos al beato Juan Masías, y todos los habitantes de Lima lloraron su muerte ocurrida en 1645, cuando tenía sesenta años. Fue beatificado en 1837.

En el año de la beatificación, los dominicos de Roma publicaron una biografía en italiano titulada *Vita del Beato Giovanni Masias*. Ver *Lives of Dominican Saints*, pp. 263-274 de Procter. Hay otra biografía en *Catalugus Historicus O.P.* de Taurisano.

19: SANTOS GENARO, Obispo de Benevento, y sus compañeros, Mártires (¿305? p.c.)

GENARO, natural según unos, de Nápoles y, según otros, de Benevento, fue obispo en la última de las ciudades nombradas cuando estalló la terrible persecución de Diocleciano. Sucedió por entonces que Sosso, diácono de Miseno, Próculo, diácono de Pozzuoli, y los laicos Euticio y Acucio fueron detenidos en Pozzuoli por orden del gobernador de Campania, ante el cual habían confesado su fe. Por su sabiduría y sus virtudes, Sosso había conquistado la amistad de San Genaro y, en cuanto éste tuvo noticias de que aquel siervo de Dios y otros compañeros habían caído en manos de los perseguidores, decidió ir a visitarlos y a darles consuelo y aliento en la prisión. Como era de esperarse, sus visitas no pasaron inadvertidas para los carceleros, quienes dieron cuenta a sus superiores de que un hombre de Benevento iba con frecuencia a hablar con los cristianos. El gobernador mandó que aprehendieran al imprudente desconocido y lo llevaran a su presencia. Genaro, el obispo, Festo, su diácono, y Desiderio, un lector de su iglesia, fueron detenidos dos días más tarde y conducidos a Nola, donde se hallaba el gobernador. Ahí, los tres soportaron con entereza los interrogatorios y las torturas a que fueron sometidos. Poco tiempo después, el gobernador debió trasladarse a Pozzuoli y los tres confesores, cargados con pesadas cadenas, tuvieron que caminar delante de su carro hasta aquella ciudad, donde fueron arrojados a la misma prisión en que se hallaban los otros cuatro mártires antes mencionados. A todos se les condenó a ser despedazados por las fieras y sólo aguardaban, hacinados en la inmunda celda, a que se cumpliera la sentencia. Un día antes de la llegada de San Genaro y sus dos compañeros, los otros cuatro confesores fueron expuestos a las bestias que no hicieron otra cosa más que rondar en torno suyo, sin atacarlos. Algunos días más tarde, los siete condenados fueron conducidos a la arena del anfiteatro y, para decepción del público, las fieras hambrientas y provocadas no hicieron otra cosa que rugir mansamente, sin acercarse siquiera a sus presuntas víctimas. El pueblo, irritado y sorprendido, imputó a la magia la salvación de los cristianos y vociferó para pedir que los mataran, de suerte que ahí mismo los siete confesores fueron condenados a morir decapitados. La sentencia se ejecutó cerca de Pozzuoli, y en el mismo sitio fueron enterrados los restos de los mártires.

Con el correr del tiempo, la ciudad de Nápoles entró en posesión de las reliquias de San Genaro que, en el siglo quinto, fueron trasladadas desde la pequeña iglesia de San Genaro, vecina a la Solfatara, donde se hallaban sepultadas. Durante las guerras de los normandos, los restos del santo fueron llevados a Benevento y, poco después, al monasterio de Monte Vergine, pero

en 1497, se trasladaron con toda solemnidad a Nápoles que, desde entonces, honra y venera a San Genaro como su patrono principal.

Ninguna investigación puede correr el riesgo de depender de los datos sobre el martirio de San Genaro que mencionamos arriba; los que figuran en sus "actas" son de fecha muy posterior y enteramente indignos de confianza. En realidad, no se sabe nada con certeza de él ni de los otros que fueron también martirizados. Toda la fama del santo radica en ese "milagro permanente" (como lo llama Baronio) que es la licuefacción de la supuesta reliquia de la sangre del santo que se conserva en la capilla del tesoro de la iglesia catedral de Nápoles, un suceso maravilloso que se reproduce periódicamente desde hace cuatrocientos años. La reliquia consiste en una masa sólida, oscura y opaca, que llena hasta la mitad una redoma de cristal sostenida por un relicario de metal. En dieciocho ocasiones durante el año, relacionadas con la traslación de los restos a Nápoles (el sábado anterior al primer domingo de Mayo), con la fiesta del santo (19 de septiembre) y el aniversario de la salvadora intervención del mismo para evitar los catastróficos efectos de una erupción del Vesubio en 1631 (16 de diciembre), un sacerdote expone la famosa reliquia sobre el altar, frente a una urna que contiene la supuesta cabeza de San Genaro. Los fieles que llenan la iglesia en esas fechas, especialmente representados por un grupo de mujeres pobres conocidas con el nombre de *zie di San Gennaro* (tías de San Genaro) y que ocupan un lugar de privilegio junto al altar, entonan plegarias y cánticos. Al cabo de un lapso de tiempo que varía entre los dos minutos y una hora por regla general, el sacerdote agita el relicario con la redoma, lo vuelve cabeza abajo y la masa que era negra y sólida y permanecía seca, adherida al fondo del frasco, se desprende y se mueve, se torna líquida y adquiere un color rojizo, a veces burbujea y siempre aumenta de volumen. No sólo se realiza todo eso a la vista de las personas que estén en la nave del templo, sino de aquéllas que tienen el privilegio de ser admitidas en el santuario y que pueden ver el prodigio a menos de un metro de distancia. Y en aquel momento, el sacerdote anuncia con toda solemnidad: "¡Ha ocurrido el milagro!", se canta el *Te Deum* y la reliquia es venerada por la congregación y por el clero. Ninguno de los milagros o hechos sobrenaturales comprobados ha sido estudiado con mayor detenimiento, ni examinado por gentes de opiniones más opuestas, que este caso de la licuefacción de la sangre de San Genaro, y se puede afirmar, sin temor a equívocos, que ningún investigador o perito con experiencia, por racionalista que sea, se atreve a decir ahora que no sucede lo que se asegura que ocurre. No hay ningún truco posible y tampoco hay, hasta ahora, alguna explicación satisfactoria (aunque se han ofrecido muchas por parte de los católicos y de los que no lo son), a no ser la de que se trata de un auténtico milagro. Sin embargo, antes de que un milagro sea reconocido con absoluta certeza, deben agotarse todas las explicaciones naturales, y todas las interrogantes deben tener su respuesta.

Entre los elementos positivamente ciertos en relación con esta reliquia, figuran los siguientes:

1.—La substancia oscura que se dice ser la sangre de San Genaro (la que, desde hace más de 300 años permanece herméticamente encerrada dentro de la redoma de cristal que está sujeta y sellada por el armazón metálico del relicario) no ocupa siempre el mismo volumen dentro del recipiente que la contiene. Algunas veces, la masa dura y negra ha llenado casi por completo la

redoma y, en otras ocasiones, ha dejado vacío un espacio equivalente a más de una tercera parte de su tamaño.

2.—Al mismo tiempo que se produce esta variación en el volumen, se registra una variante en el peso que, en los últimos años, ha sido verificada en una balanza rigurosamente precisa. Entre el peso máximo y el mínimo se ha llegado a registrar una diferencia de hasta 27 gramos.

3.—El tiempo más o menos rápido en que se produce la licuefacción, no parece estar vinculado con la temperatura ambiente. Hubo ocasiones en que la atmósfera tenía una temperatura media de más de 30° centígrados y transcurrieron dos horas antes de que se observaran signos de licuefacción. Por otra parte, en temperaturas de 5° a 8° centígrados más bajas, la completa licuefacción se produjo en un lapso de 10 a 15 minutos.

4.—No siempre tiene lugar la licuefacción de la misma manera. Se han registrado casos en que el contenido líquido de la redoma, burbujea, se agita y adquiere un color carmesí muy vivo, mientras que, en otras oportunidades, su color es opaco y su consistencia pastosa.

Entre las dificultades que surgen para aceptar el fenómeno como un milagro, cabe señalar las siguientes: el hecho de que en la enorme mayoría de los casos de otras reliquias de la sangre de los mártires que se encuentran en Nápoles y en las que se observa más o menos el mismo fenómeno, como la sangre de San Juan Bautista, la de San Esteban y la de Santa Ursula, son reliquias positivamente espurias. Por siete veces, la sangre de San Genaro se tornó líquida mientras un joyero hacía reparaciones en el relicario, pero a menudo, durante las exhibiciones del mes de diciembre, no se produjo la licuefacción. La autenticidad de la misma reliquia es muy problemática, puesto que no contamos con registros sobre el culto a San Genaro anteriores al siglo quinto. Además, existe una consideración de mayor peso: si la reliquía no es auténtica, ¿por qué ocurre con ella tan grande maravilla? ¿Qué propósitos tendría el milagro en una reliquia falsa? A esto se podría responder de la misma manera que a las interrogantes sobre otros muchos milagros: no tratemos de entender los infinitos caminos de Dios. Y si bien es verdad que durante siglos la licuefacción de la sangre de San Genaro ha sido una manifestación permanente de la omnipotencia de Dios para cientos de miles de napolitanos, es necesario tener en cuenta que los prodigios de esta naturaleza son, definitivamente, un obstáculo para la fe de otras gentes, de distinto temperamento, pero que también deben ser salvadas.

Los milagros que registran las Sagradas Escrituras son hechos revelados y objetos de fe. Hay otros milagros que no se consideran bajo el mismo punto de vista, y nuestra fe no los tiene como sustento, a diferencia de los anteriores, a pesar de que confirman e ilustran esa misma fe; tampoco exigen o admiten esos prodigios un asentimiento mayor que el indicado por la prudencia y que proviene de las pruebas obtenidas por las autoridades humanas en la materia, de las cuales dependen. No porque se confirme la realización de tales milagros, se deben admitir a ojos cerrados; las pruebas del hecho y de las circunstancias en que se produjo tienen que ser examinadas a fondo y debidamente pesadas y, cuando eso falla, es la prudencia la que rechaza o admite nuestro asentimiento. Si las evidencias humanas establecen la certeza de un milagro fuera de toda duda posible, mayores motivos habrá para alentarnos a elevar nuestros espíritus hacia Dios en humilde adoración, en amorosa alabanza, para hon-

rarle en sus santos ya que, por medios tan maravillosos, nos da pruebas tangibles de la gloria a la que los ha exaltado.

Las poco satisfactorias *actas* de San Genaro y sus compañeros han llegado hasta nosotros en diversas formas. Los textos impresos en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VI (aunque fuera de lugar, al fin del volumen), ponen de manifiesto esta diversidad. Por otra parte, no puede haber dudas de que un obispo llamado Genaro fue martirizado en las vecindades de Nápoles, ni de que fue venerado desde época muy antigua. Alrededor del año 431, el sacerdote Uranio, hacía alusiones al obispo en términos que indican claramente que le consideraba como a un santo de los cielos, comparable al famoso San Martín de Tours; los frescos pintados en el siglo quinto en la llamada "catacumba de San Genaro", en Nápoles, lo representan con una aureola. En los calendarios más antiguos del oriente y el occidente figura su nombre en la fecha de hoy. Ver el *Acta Sanctorum*, noviembre, vol. II, parte 2, p. 517; al *Studi e Testi*, vol. XXIV (1912), pp. 79-114, de Pio Franchi de Cavalieri. Naturalmente, el caso de la licuefacción de la sangre ha sido estudiado y comentado una y otra vez. Reivindica el carácter sobrenatural del prodigio, Tagliatela, en *Memorie Storico-critiche del culto e del sangue di S. Gennaro* (1893); a Cavène, en *Le célèbre Miracle de S. Janvier à Naples et à Pouzzoles* (1909); a Alfano e Amitrano, en *Il Miracolo di S. Gennaro* (1924) —esta última obra contiene una bibliografía con 1346 menciones de otras tantas obras— y la obra en inglés del obispo E. P. Graham, *The Mistery of Naples* (1909), así como *The Testimony of Blood* (1929) de Ian Grant. El punto de vista de los que ponen en tela de juicio el carácter milagroso de la licuefacción, se expone en *Neapolitanische Blutwunder* (1912) de Isenkrahe y en *The Month* de enero, febrero y marzo de 1927 y febrero de 1930, en los artículos de Fr. Thurston, quien también contribuye con otro artículo sobre el tema en *The Catholic Encyclopaedia*, vol. VIII, pp. 295-297. El *Kircheliches Handlexikon* declara (vol. II, col. 25) que "no se puede hacer un juicio concluyente sobre el asunto, en vista de que, pese a todos los esfuerzos, no se ha podido encontrar ninguna explicación natural".

SAN PELEO y sus Compañeros, Mártires (310 p.c.)

Los confesores que fueron condenados a trabajar en las canteras de Palestina en el curso de la última persecución general, construyeron en las galerías y cuevas dejadas por las excavaciones pequeños oratorios donde solían reunirse para los oficios divinos, que eran su gran consuelo en medio de las penurias terribles a que se hallaban sometidos. Firmiliano, el gobernador de Palestina, informó al emperador Galerio sobre las libertades que se habían tomado aquellos cristianos, y el tirano respondió con una orden para que fuesen sacados de las canteras y enviados a las minas de Chipre unos, otros a las del Líbano y otros más a diversos sitios donde las condiciones de vida y de trabajo fuesen más crueles y rigurosas. El oficial a quien se encomendó la tarea de trasladar a los prisioneros, pidió y obtuvo la autorización para eliminar a los que él considerase inservibles y, en consecuencia, apenas iniciada la marcha, señaló a cuatro de ellos para que fuesen quemados en vida. Los elegidos fueron Peleo y Nilo, dos obispos egipcios, el sacerdote Elías y un laico egipcio. Es posible que estos mártires perecieran en la hoguera en la localidad de Funon, cerca de Petra, al mismo tiempo que San Tiranio de Gaza y sus compañeros.

Nuestra principal autoridad es Eusebio en su obra *De Martyribus Palestinae* (XIII, 3). Ver también a B. Violet en *Die Palästinischen Märtyrer des Eusebius von Cäserea*, pp. 105-107.

SAN SECUANO o SEINE, Abad (c. 580 p.c.)

Este santo monje nació en la pequeña localidad de Mesmont, en Borgoña.

Durante algún tiempo vivió solitario en los bosques de Verrey-sous-Drée, en una choza que él mismo construyó con troncos y ramas. Se afirma que ningún día probaba bocado hasta haber recitado el salterio completo. El obispo de Langrés lo elevó al sacerdocio cuando el santo era todavía muy joven. Como consecuencia de aquella temprana ordenación, fue víctima de las oposiciones y aun de las persecuciones de algunos miembros del clero y, para escapar a ellas, tomó la prudente medida de ponerse a las órdenes y bajo la dirección del santo abad Juan, que gobernaba el monasterio de Réomé. Ahí se perfeccionó en el estudio de las Sagradas Escrituras y en la práctica de todas las virtudes religiosas. Al cabo de algún tiempo, construyó un monasterio en los bosques de Segestre, cerca de las fuentes del río Sena, y los monjes que vivieron ahí contribuyeron en gran medida a civilizar a los pobladores de la comarca que, según se dice, practicaban el canibalismo.

La aldea que con el tiempo se construyó en torno a la abadía, llevó el nombre de Saint-Seine en honor del fundador. La disciplina regular que estableció éste en el monasterio, le dio mucha fama y atrajo a numerosos discípulos. Dios le otorgó la gracia de obrar milagros. En los martirologios más antiguos se le menciona con el nombre de San Sigón.

En el *Hieronymianum* se conmemora a San Secuano con estas palabras: "depositio sancti Sigonis, presbiteri et confessoris", pero San Gregorio de Tours, que habla de él en época todavía más antigua, le llama "Sequanus". Hay una biografía anónima impresa en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VI, pero su valor histórico es muy relativo.

SAN TEODORO, Arzobispo de Canterbury (690 p.c.)

Teodoro era griego, natural de Tarso, en la Cilicia (la ciudad natal de San Pablo) y estudiante en Atenas. Fue el último en la serie de obispos extranjeros que ocuparon el trono metropolitano de Canterbury y uno de los más grandes arzobispos de aquella sede. Tras la muerte de San Deusdedit, el sexto arzobispo, en 664, Oswy, el rey de Nortumbría, y Egberto, el rey de Kent, enviaron a Roma a un sacerdote llamado Wighard, para que el propio Pontífice lo consagrase y lo confirmase debidamente, a fin de ocupar la sede. Pero Wighard murió en Italia, y San Vitaliano, quien por entonces retenía el trono de San Pedro, escogió a Adrián, abad de un monasterio vecino a Nápoles, para elevarlo a aquella dignidad. Aquel abad había nacido en el Africa, conocía perfectamente el griego y el latín y era muy versado en teología y en la disciplina monástica y eclesiástica; pero tan extremados eran sus temores ante las responsabilidades del cargo, que el Papa se vio obligado a ceder a sus negativas para aceptarlo. Sin embargo, el Pontífice insistió en que Adrián buscase una persona digna y capaz para el puesto, y éste se apresuró a presentar a un monje, llamado Andrés, que fue declarado inepto, debido a sus muchas enfermedades; entonces, Adrián buscó con mayor detenimiento y encontró a otro monje: Teodoro de Tarso. Este fue aceptado, pero a condición de que el propio Adrián le acompañase a las islas de Bretaña, ya que era un experto en los viajes a través de Francia y el Papa confiaba en él para vigilar a Teodoro para que no introdujese en la Iglesia nada contrario a la fe, "como suelen hacerlo los griegos", según el comentario de San Beda.

Por aquel entonces, Teodoro tenía sesenta y seis años de edad, había

avanzado mucho en las ciencias seculares y sagradas, su vida era ejemplar y aún no recibía las órdenes sagradas. Tan pronto como se le eligió, fue ordenado como subdiácono, pero debió aguardar varios meses hasta que le creciera el cabello para que se lo cortasen luego en forma de corona, de acuerdo con la costumbre romana. Por este dato se puede pensar que Teodoro había sido hasta entonces monje en algunas de las órdenes de oriente, donde los religiosos llevaban el cabello corto y que su promoción requirió lo que hoy podríamos llamar "un cambio de rito".* Por fin, el Papa San Vitaliano lo consagró obispo y lo recomendó a San Benito Biscop, quien se hallaba entonces en Roma, y éste se vio obligado a regresar a Inglaterra junto con los santos Teodoro y Adrián, en calidad de guía y de intérprete. Los tres partieron el 27 de mayo de 668, por mar hacia Marsella y, de ahí, por tierra, hasta Arles, donde fueron cordialmente acogidos por el arzobispo Juan. Teodoro pasó el invierno en París con San Agilberto, quien había sido obispo de Wessex, y pudo informar con conocimiento de causa al nuevo arzobispo sobre las circunstancias y necesidades de la iglesia de la que iba a hacerse cargo, al tiempo que le enseñaba las primeras nociones de la lengua inglesa. En cuanto Egberto, el rey de Kent, supo que su nuevo arzobispo se hallaba en París, envió a su mayordomo para que le diese la bienvenida. Este condujo a Teodoro al puerto de Quentavic, que ahora se llama Saint-Josse-sur Mer, donde éste cayó enfermo y debió permanecer durante algún tiempo; pero tan pronto como comenzó a restablecerse, se embarcó con San Benito Biscop y tomó al fin posesión de su sede de Canterbury el 27 de mayo de 669, justamente un año después de haber partido de Roma. Entretanto, San Adrián se había quedado en Francia.

Teodoro inició sus tareas con una visita general a las iglesias de la nación inglesa, tan pronto como pudo acompañarle el abad Adrián. En todas partes fue bien recibido, escuchó con atención lo que sus fieles tuviesen que decirle, habló para enseñar las reglas morales más simples, confirmó la disciplina de la Iglesia para la celebración de la Pascua e introdujo el canto romano en los divinos oficios, hasta entonces practicado en muy pocas de las iglesias de Inglaterra, aparte de las de Kent. También estableció otros reglamentos relacionados con el servicio divino, combatió los abusos e impuso reformas para eliminarlos y ordenó a obispos para enviarlos a los lugares donde se necesitaban. Cuando visitó la Nortumbría, tuvo que entendérselas con las dificultades que habían surgido entre San Wilfrido y San Chad, los dos obispos que reclamaban sus derechos sobre la sede de York. El arzobispo Teodoro juzgó que Chad había sido indebidamente consagrado, lo cual acabó por admitir éste antes de retirarse voluntariamente a su monasterio de Lastingham. Poco después, al morir el obispo de los mercianos, Teodoro elevó a Chad a la sede vacante. San Wilfrido fue confirmado como el verdadero obispo de York, con el apoyo de todos los partidarios de una política favorable a Roma, cuyo antagonismo con los elementos celtas de Nortumbría fue la causa principal de que el Papa enviase a San Adrián a Inglaterra junto con San Teodoro. Pero éste se las arregló para penetrar hasta el baluarte de la influencia celta, en Lindisfarne, donde consagró la iglesia en honor de San Pedro. Se afirma que durante aquellas jornadas, impartió órdenes para que cada uno de los

* La primera iglesia católica de rito bizantino que hubo en Inglaterra, en el sector londinense de Saffron Hill, se dedicó justamente a San Teodoro en 1949.

jefes de familia dijese a diario, junto con todos los miembros de la misma, el Padre Nuestro y el Credo.

Teodoro fue el primer arzobispo al que obedeció toda la Iglesia de Inglaterra, el primer metropolitano en las islas de Bretaña y su fama llegó hasta los rincones más remotos de aquellas tierras. Muchos estudiantes se reunieron en torno a aquellos dos prelados extranjeros que sabían griego y latín, puesto que los propios Teodoro y Adrián impartían enseñanzas sobre las Escrituras e instruían en las ciencias, particularmente en la astronomía y en la aritmética (para calcular la fecha de la Pascua), así como a componer versos latinos. Muchos de sus alumnos más aprovechados llegaron a utilizar el griego y el latín con tanta facilidad como su propia lengua. Desde que los ingleses pusieron pie en las islas, no hubo tiempos tan dichosos como los del gobierno episcopal de San Teodoro. Dice San Beda que por aquel entonces, los reyes llegaron a ser tan poderosos y valientes, que ninguna de las naciones bárbaras osaba atacarlos, mientras que los súbditos de los reyes eran tan buenos cristianos, que sólo aspiraban a conquistar la paz y la felicidad del reino de los cielos, que, últimamente se les había presentado en una nueva forma. Todos los que querían aprender encontraban quien los instruyera.

A la sede de Rochester, que desde muy largo tiempo atrás había estado vacante, Teodoro le dio un obispo en la persona de Putta y autorizó la inclusión de toda Wessex en la sede de Winchester. Después, en 673, convocó al primer consejo nacional de la Iglesia inglesa, en la localidad de Hertford. Acudieron a aquella asamblea, Bisi, obispo de los anglos del este, Putta, el de Rochester, Eleuterio, obispo de Wessex, Winfrido, el de los mercianos, y los representantes de San Wilfrido. San Teodoro, que presidía el acto, les habló de esta manera: "Os rogamos, muy amados hermanos, que por el amor y el temor de nuestro divino Redentor, lleguemos a tratar todos en común los asuntos relacionados con la fe y que están encaminados al fin que ha sido decretado y definido por los santos y venerables padres y que es hacia el cual todos debemos mirar invariablemente". Después de aquel concilio, escribió un libro de cánones eclesiásticos, entre los cuales destacaban diez particularmente importantes para Inglaterra. El primero establecía que la Pascua debía observarse en todas partes el domingo siguiente a la fecha en que aparece la luna llena, antes o después del 21 de marzo, de acuerdo con las ordenanzas del Concilio de Nicea y en contra de los celtas recalcitrantes. Otros de aquellos cánones consolidaron en Inglaterra el sistema diocesano común de la Iglesia; la adopción de los reglamentos por parte de los obispos pueden considerarse como el primer acto legislativo, eclesiástico o civil, para todo el pueblo inglés. Entre los cánones figuraba uno que convocaba a un sínodo anual de los obispos, que deberían reunirse cada 1o. de agosto en Clovesho. Hubo otro concilio provincial convocado por San Teodoro siete años después, en Hatfield, con el propósito de salvaguardar la pureza de la fe entre su clero, de cualquier vestigio de los errores monofisitas. Luego de discutir la teología del misterio de la Encarnación, los miembros del concilio expresaron su adhesión a los decretos de los cinco concilios ecuménicos habidos hasta entonces y condenaron las doctrinas herejes.

Dos años antes, en el 678, el "año del cometa", habían surgido dificultades entre Egfrido, el rey de Nortumbria y san Wilfrido, quien había brindado su apoyo a la esposa del rey, Santa Etheldreda, para que se retirase

a un convento. La actividad administrativa de San Wilfrido en la extensa diócesis no había sido bien recibida, ni aun por aquéllos que simpatizaban con sus propósitos, y Teodoro aprovechó aquellas desavenencias para afirmar su autoridad metropolitana en el norte; por lo tanto, ordenó que se formasen tres sedes de la gran diócesis de York y, de acuerdo con el rey Egfrido, procedió a nombrar obispos para ellas. San Wilfrido se opuso a tales medidas, apeló a Roma y aun viajó a la ciudad para litigar personalmente en favor de su caso, en tanto que San Teodoro consagraba a los nuevos obispos en la catedral de York. El Papa San Agato decidió que Wilfrido debía ser restablecido en su sede y recomendó a éste que eligiera obispos sufragáneos que le ayudasen en su gobierno. Sin embargo, el rey Egfrido se negó a aceptar la decisión del Papa, alegando que en todo el asunto se había recurrido al soborno y, a fin de cuentas, Wilfrido partió al exilio, circunstancia que aprovechó el santo para evangelizar a los sajones del sur. San Teodoro no hizo nada para dejar sin efecto o aliviar siquiera la rigurosa medida adoptada por el monarca y, poco después, consagró a San Cutberto, en reemplazo del desterrado, como obispo de Lindisfarne en la catedral de York. Pero si acaso fue culpable de alguna injusticia en aquel caso, no pasó mucho tiempo sin repararla, puesto que San Teodoro y San Erconwaldo se entrevistaron con Wilfrido en Londres, hubo una completa reconciliación y éste aceptó hacerse cargo de nuevo de la diócesis de York, que ya había quedado muy reducida. San Teodoro escribió al rey Ethelredo de Mercia y al rey Aldfrido de Nortumbria para recomendar a San Wilfrido, así como a Santa Elfleda, la aladesa de Whitby, y a otras personas que se habían opuesto a Wilfrido o que eran parte interesada en el asunto de su reposición.

Las mejores obras de San Teodoro se desarrollaron en la esfera de sus actividades como organizador y administrador; el único trabajo literario que lleva su nombre, es una colección de normas disciplinarias y cánones, llamada el "Penitencial de Teodoro" y que tal vez no todo es de él. Suele decirse que fue San Teodoro de Canterbury quien organizó el sistema parroquial en Inglaterra, pero eso no puede ser cierto, ya que, entre los ingleses, dicho sistema llegó a establecerse con mucha lentitud, al cabo de muchas dificultades y esfuerzos que no hubiese podido realizar un solo hombre. Lo que sí hizo en los veintiún años de su episcopado fue transformar la Iglesia de Inglaterra, que no era más que una misión dividida y sin verdadera cohesión, en una verdadera provincia de la Iglesia católica, debidamente organizada, separada en diócesis que consideraban a Canterbury como su sede metropolitana. El trabajo que realizó, llegó a subsistir como un monumento a su memoria durante ochocientos cincuenta años y hasta hoy es, todavía, la base en la organización jerárquica para la Iglesia de Inglaterra. Murió el 19 de septiembre de 690 y fue sepultado en la iglesia de la abadía de San Pedro y San Pablo en Canterbury, de manera que el monje griego quedó enterrado junto a su primer predecesor el monje romano Agustín. "Para decirlo en pocas palabras", escribe San Beda, "las iglesias de Inglaterra prosperaron más durante el pontificado (de San Teodoro) que todo lo que habían progresado antes, desde su nacimiento"; mientras que Stubbs dice lo siguiente: "Es difícil cuando no imposible, estimar la deuda que Inglaterra, Europa y la civilización cristiana tienen con San Teodoro por el trabajo que realizó". Eso es lo que no se ha olvidado y hoy se celebra su fiesta en seis de las diócesis de Inglaterra y en las congregaciones inglesas de benedictinos.

Nuestra más autorizada fuente de información, por supuesto, es San Beda en su *Ecclesiastical History*, que en muchos puntos ha sido elucidada por C. Plummer con valiosos comentarios; en segundo lugar contamos con la *Vita Wilfridi* de Edio. Mucho es lo que se ha publicado en Inglaterra sobre Teodoro y sobre su época, pero aparte de algunas valiosas ilustraciones arqueológicas, libros tales como *Theodore and Wilfrith*, de Browne, *Golden Days of English Church History*, de Sir Henry Howorth y el *Chapeters on Early English Church History* del canónigo Bright, tienen un pronunciado tono antiromano. En cuanto a la parte desempeñada por Teodoro en el mencionado "Penitencial", conviene ver el resultado de las investigaciones practicadas por Paul Fournier, que figuran en su libro *Historie des Collections canoniques en Occident* (1931-1932). Ahí se pone en duda que el arzobispo haya tomado parte siquiera en la realización de aquel libro, como dicen que lo hizo Wasserschleben y Stubbs. Ver a W. Stubbs en DCB, vol. IV, pp. 926-932; F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England* (1943), pp. 131-141. El Dr. W. Reany publicó una biografía en 1944.

SANTA POMPOSA, Mártir (853 p.c.)

Pomposa quiso imitar a Colomba, decapitada por la fe el 17 de septiembre. Vivía en la comunidad de San Salvador, al pie de la *Pinna Mellaria*, adonde se había retirado para servir a Cristo junto con sus padres, sus hermanas y su familia. San Fandilas era sacerdote de este monasterio. Pomposa nació en Córdoba y había convencido a los suyos a renunciar a los bienes perecederos para conquistar los eternos. Todos habían prometido a Dios su castidad. Sus padres habían enajenado su patrimonio y habían hecho construir el monasterio de San Salvador, en un lugar famoso por las abejas, de allí el nombre *Pinna Mellaria* ("pico colmena"; cf. en Africa del Norte el nombre árabe *Oum en-Neh-al* "la madre de las abejas", es decir lugar en donde pululan las abejas). Pomposa, la más joven de la comunidad, se distinguía por sus virtudes, su mortificación y su celo por meditar la Sagrada Escritura. El abad Félix pudo contar a San Eulogio, el historiador de los mártires de Córdoba, muchos rasgos edificantes de esta joven santa; por desgracia, Eulogio no los escribió, por temor de fatigar al lector. Cuando Pomposa supo la noticia del martirio de Colomba, se llenó de gozo y se inflamó en el deseo inmenso de imitarla. ¿Cómo hacerlo? Unos años antes había tratado de "ir al martirio", según palabra de San Eulogio, pero los suyos la tuvieron bajo llave y muy vigilada.

Pero, esa noche, después del oficio nocturno, uno de sus hermanos, contra la costumbre, abrió la puerta del monasterio, quitó la llave y dejó la puerta atorada solamente con una pequeña cuña. Pomposa se dirigió silenciosamente a la puerta, la abrió y salió. En la bóveda celeste brillaban las estrellas como lámparas. Tal vez nuestra santa, nutrida en la Sagrada Escritura, se preguntaba en qué combate tantos guerreros allá arriba hacían brillar sus luces como los soldados de Gedeón (Jud. VII, 20) o bien, pensaba que ese hormiguero de luces era un escuadrón de vírgenes que hacían honor al esposo (Mat. XXV). La virgen llegó de mañana a Córdoba, después de una marcha penosa por los caminos empedrados. Se presentó al juez, dio testimonio de su fe y escarneció al profeta impúdico, Mahoma. Se le dio muerte mediante un golpe de espada, ante las puertas del palacio. La decapitaron el 13 de las kalendas de octubre, el año 891 de la Egira (19 de septiembre de 853). Su cuerpo fue arrojado al río, pero fue recuperado y enterrado. Al término de veinte días, los monjes lo transportaron al santuario de Santa Eulalia, en donde lo depositaron a los pies de Santa Colomba.

Pomposa no conoció los honores del martirologio antes de la primera edición del romano.

S. Eulogio, *Memoriale sanctorum*, L, III, c. XI; *Patrologia Latina*, vol. CXV, col. 812-813, 897. H. Leclercq, *Les martyrs*, vol. V, pp. 44-46. *Acta Sanctorum*, 19 de septiembre, vol. VI, pp. 92-95. Florez, *España Sagrada*, vol. X, pp. 405-407.

SANTA MARIA DE CERVELLON, Virgen (1290 p.c.)

A esta María se le venera como la primera monja en la orden de Nuestra Señora de la Merced (mercedarias). Fue la hija de un noble catalán, natural de Barcelona, y se dice que nació cuando sus padres llevaban muchos años de casados sin tener hijos y luego de fervientes plegarias a San Pedro Nolasco, a quien se acredita la fundación de esa orden. Fue un sermón del mercedario Bernardo Corbaria sobre las penurias y ultrajes que sufrían los cristianos esclavos a manos de los moros y sarracenos, el que despertó la piedad de la joven y la indujo a consagrar su vida a aquella causa. En 1265, se unió a una comunidad de mujeres que vivían bajo la dirección de Bernardo y reforzaban la obra de los Mercedarios con sus plegarias. Aquellas mujeres llegaron a formar una tercera orden regular de Nuestra Señora de la Merced, y María Cervellón fue su primera priora. La asiduidad de sus oraciones y la generosidad con que prodigaba sus obras de caridad, le valieron el sobrenombre de *María de Socós* (María del Socorro), como se la conoce hasta hoy entre el pueblo de España, donde se la venera también como patrona de los marineros, especialmente de los que se hallen en peligro de naufragar. Santa María murió en Barcelona en 1290. Muchos fueron los milagros que se obraron en su tumba, y su culto fue confirmado en 1692. El Martirologio Romano dice que esta santa es llamada María del Socorro porque "efectivamente ayuda a todos los que la llaman".

Una breve biografía escrita en latín por Juan de Láes y Guillermo Vives, se halla impresa en *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII, pero su carácter apócrifo es reconocido ahora por los investigadores más serios. Lo cierto es que la historia de María del Socorro llegó a mezclarse con las evidentes falsedades que se inventaron para dar un carácter sensacionalista a los primeros pasos de la Orden de Mercedarios (ver el 28 de enero, Pedro Nolasco). Fue en la obra *Vida de María de Cervellón*, (1639), de Esteban de Corbera, donde aparecieron muchos de los supuestos documentos y el relato de los "hechos maravillosos" que, en realidad, son muy sospechosos.

SANTOS TEODORO, DAVID y CONSTANTINO (1299-1321 p.c.).

San Teodoro, llamado "El Negro", duque de Yaroslav y de Smolensk, era el bisnieto de Vladimir Monomakli, príncipe de Vievan, cuyo testamento, conocido como "Encargos a mis hijos", es uno de los documentos más preciosos para el cristianismo en la antigua Rusia.

Como gobernante de sus Estados, Teodoro se preocupó constantemente y con absoluta sinceridad de los pobres y los desamparados, defendió a su pueblo contra los tártaros, hizo cuanto estuvo de su mano para extender y afirmar la religión y construyó muchas iglesias, incluso una famosa en honor de San Miguel. Poco antes de su muerte, que ocurrió el 19 de septiembre de 1299, recibió el hábito de monje, con el que fue sepultado en el monasterio de la

Transfiguración, en Yaroslav. Al morir su primera esposa, la madre de su hijo Miguel, se volvió a casar Teodoro, y con su segunda mujer tuvo a sus hijos David y Constantino. Los dos murieron en 1321 y fueron sepultados junto a su padre, y junto con él fueron venerados como santos. En 1464, los restos de los tres fueron solemnemente colocados en su santuario. Durante todo el curso de sus vidas, a decir verdad, Teodoro y sus dos hijos, cumplieron cabalmente con sus deberes de cristianos, de nobles y de gobernantes; los tres fueron generosos, inclinados a perdonar las injurias y mucho más preocupados por cumplir con sus obligaciones, que por castigar las ofensas de los demás. De acuerdo con sus virtudes, un *traparion* o himno de su oficio, dice de ellos: "Desde vuestra primera juventud en adelante, amasteis a Cristo con todo vuestro corazón, observasteis siempre rigurosamente sus leyes y ordenanzas y, por lo tanto, recibisteis el don de obrar milagros. Dispensad sobre nosotros vuestros saludables beneficios, ¡Oh vosotros, santos Teodoro, David y Constantino!"

Ver el *Annus Eclesiasticus Greco-Slavicus* de Martynov, en *Acta Sanctorum*, octubre, vol. XI y *cf* la nota sobre San Sergio el 25 de septiembre. Vladimir Monomakli, a quien mencionamos arriba, se casó con Gytha, la hija de Harold II, el rey de los ingleses que fue asesinado en Hastings en 1066.

SANTA EMILIA DE RODAT, VIRGEN, FUNDADORA DE LA CONGREGACIÓN DE LA SAGRADA FAMILIA DE VILLEFRANCHE (1852 P.C.)

ANTE la llanura donde se levanta la antigua ciudad de Rodez, en el sur de Francia, hay una magnífica casa señorial a la que se conoce con el nombre de Druelle y fue ahí donde nació, en 1787, la niña Marie Guillemette Emilie de Rodat. Apenas tenía dieciocho meses cuando la llevaron a vivir con su abuela materna en el castillo de Ginals, construido sobre una colina en las afueras de Villefranche-de-Rourgue. Ahí se encontraba al estallar la Revolución cuyos horrores no llegaron a afectar aquella casa solariega en un lugar tan remoto. A pesar de que de ninguna manera se vio libre de las travesuras y berrinches de la niñez, sí fue lo que puede llamarse una niña piadosa, y una prima suya que se atrevió a besarla, recibió un impresionante bofetón para que aprendiera a no andar con aquellas veleidades. Sin embargo, cuando cumplió los dieciséis años y comenzó a conocer algo de la vida en sociedad, su devoción se entibió bastante: descubrió que su confesor era demasiado estricto y se buscó otro, abrevió sus plegarias para no perder tiempo, y así por el estilo. Su abuela, mujer severa y vigilante, no dejó de advertir aquellos cambios y decidió que, en vista de que rechazaba la compañía de "las monjas y las gentes piadosas" en Villefranche, debía volver a la austera y monótona existencia de Ginals donde por entonces vivían sus padres. Aquella mudanza que se le impuso como castigo le sirvió en realidad para descubrir dónde radicaba su felicidad y su deber. Desde el día de Corpus Christi de 1804, experimentó una repentina y definitiva renovación espiritual y ya nunca volvió a mirar hacia atrás: "Me hallaba envuelta a tal punto en Dios", confiesa ella misma, "que hubiera podido orar sin detenerme quién sabe hasta cuándo, sobre todo si me hallaba en la iglesia . . . Sólo durante una época de mi vida me sentí hastiada y aburrida y eso fue cuando le dí la espalda a Dios".

Al año siguiente, después de cumplir los dieciocho años, Emilia regresó a Villefranche, con el propósito de ayudar a las monjas a establecer la Maison

Saint-Cyr, donde ella misma había asistido a la escuela. No cabe duda de que Emilia pensaba encontrar ahí su propia vocación, pero la comunidad no resultó satisfactoria para ella, puesto que comprendía a monjas de cierta edad, salidas de varios conventos con motivo de la revolución y reunidas fortuitamente bajo un techo. Su falta de unidad interna se reflejaba en la forma como trataron a Emilia: unas aprobaban prontamente sus ideas, otras encontraban exagerado y fuera de propósito su entusiasmo. La joven se había hecho cargo de cuidar a los niños durante los recreos, de prepararlos para la primera comunión y de enseñarles geografía; la segunda de sus obligaciones invadió la tercera, porque los nombres de santos en los diversos lugares geográficos le brindaban la ocasión de extraer una lección edificante de la vida del bienaventurado en cuestión. Pero no fue su trabajo en la escuela ni su amor por los niños lo que influyó en su vida espiritual, sino los consejos y conversaciones del padre Marty, el director espiritual del establecimiento. Por consejo de éste, durante los once años que Emilia pasó en la Maison Saint-Cyr, hizo el intento de buscar su camino en otra parte: en Figeac con las Damas de Nevers, en Cahors con las Hermanas de la congregación del Picpus, en Moissac con las Hermanas de la Misericordia; y tras cada una de aquellas expiriencias, desalentada e inquieta, regresaba a Villefranche y se reprochaba su inestabilidad.

Cierto día, durante la primavera de 1815, Emilia de Rodat visitó la casa de un enfermo donde gran número de vecinos discutían (sin duda que con poca discreción y caridad) la casi imposibilidad de mandar a los hijos a la escuela, porque carecían de dinero para pagarla. Con la claridad y la rapidez de un relámpago, surgió la idea en su mente y así la puso en práctica. "Yo daré la instrucción necesaria a esos pobres niños", dijo para sí misma y, sin pérdida de tiempo, fue a abrir su corazón al padre Marty. Eso, precisamente, era lo que él había estado esperando y, en cosa de pocas semanas, Emilia empezó a instruir a los niños pobres en su propia habitación de la Maison Saint-Cyr. No era más que una habitación pequeña, pero Emilia se las arregló para recibir en ella a cuarenta niños y a las maestras que le ayudaban. Aquel fue el principio de lo que habría de llegar a ser la Congregación de la Sagrada Familia,* aunque naturalmente no faltaron las oposiciones y las dificultades. Los padres de una de las ayudantes, llamada Eleonor Dutriac, la amenazaron con un proceso legal por hacer trabajar a Eleonor que sólo tenía dieciséis años, en condiciones inhumanas; algunas de las otras monjas del establecimiento trataron rudamente a Emilia; buena parte de la opinión pública se puso en su contra, y muchos miembros del clero la criticaron. Pero a pesar de todo y con el callado pero firme apoyo del padre Marty, Emilia siguió adelante, recurrió a sus propios bienes para alquilar y acondicionar una casa y, en mayo de 1816, se inició su escuela gratuita. Entretanto, la comunidad en la Maison Saint-Cyr, se venía abajo; menos de dieciocho meses después de que la hermana Emilia (ya para entonces había hecho sus votos) abandonó el edificio, regresó a hacerse cargo de él, con otras ocho hermanas y un centenar de alumnos. Las gentes dejaron de burlarse y de criticar al grupo y, por el contrario, se dispusieron a darle apoyo.

Transcurrieron dos años antes de que la hermana Emilia pudiese adquirir otro edificio más amplio y mejor, en un monasterio abandonado, con su capilla y

* Hay otras congregaciones con este nombre, como la que fundaron el padre Noailles y sus hermanas en 1820, y la de las hermanas negras de Nueva Orleans, en 1842.

su jardín; pero fue entonces cuando ocurrió una catástrofe que estuvo a punto de acabar con la naciente comunidad. En ésta se produjo una serie de fallecimientos sucesivos que se iniciaron con la muerte de la hermana Eleonor Dutriac, cuya causa no pudo ser descubierta por los médicos y la que el famoso sacerdote Mons. Alejandro von Hohenlohe atribuyó a la influencia diabólica. La hermana Emilia se sintió inclinada a considerar aquellos desastres como un signo de que ella no estaba llamada a hacer una fundación, y llegó a pensar seriamente en fundir su comunidad con la de las Hijas de María, recientemente establecida por Adela de Batz de Trenquelléon. Casi seguro que esto era lo que habría sucedido, a no ser por la enérgica actitud de las hermanas de Villefranche que se negaron a tener otra madre superiora que no fuese Emilia de Rodat. Esta tuvo que ceder, y se llevó a cabo la instalación de la nueva casa. En el otoño de 1820, todas las hermanas hicieron sus votos perpetuos y tomaron el hábito, cuya característica es la orla transparente del velo que cubre la parte superior de la cara.

Durante los siete años siguientes, la madre Emilia sufrió terribles enfermedades corporales: primero unas adherencias cancerosas en la nariz y, luego, un mal que le dejó para siempre extraños ruidos en los tímpanos (posiblemente el mal de Menier). Precisamente debido a su mala salud, se pudo establecer la primera de las filiales en Aubin, a donde la madre Emilia había ido a consultar con un médico. El padre Marty no estaba completamente en favor de aquella fundación, debido al gran número de dificultades legales, pero la madre Emilia, no obstante que nunca había pensado más que en una sola comunidad y una escuela, siguió los dictados de su propio criterio. Después tuvo que arrepentirse de su indocilidad y se lamentaba de que "la palabra Aubin llegó a adquirir en mis oídos la discordante sonoridad del grito de un pavo real". Pocos meses más tarde, la ayuda directa del padre Marty fue retirada cuando se nombró a éste vicario general del obispo de Rodez.*

A la mala salud física de la madre Emilia se sumó entonces una prolongada y severa "noche oscura del alma", pero ella continuó ampliando sus congregaciones y haciendo nuevas fundaciones (antes de su muerte, había treinta y ocho casas). A la enseñanza agregó el cuidado de los enfermos y otras buenas obras, de manera que las exigencias sobre los recursos de las hermanas eran a menudo excesivas; sin embargo, la madre Emilia tuvo siempre una confianza absoluta en que podría responderse a las necesidades de los pobres y así fue siempre, a veces con misteriosas multiplicaciones de dinero y de alimentos, que tenían la marca de lo milagroso. Por otra parte, Emilia insistió siempre en adoptar la más extrema sencillez en todos sus establecimientos y en el ahorro de todo lo posible que se requería para las necesidades de los pobres. Aquella economía se aplicaba a la capilla lo mismo que el refectorio; la madre Emilia estaba al tanto de que los ricos mármoles y las costosas imágenes no eran necesariamente una muestra de honor para Dios, como lo habían dicho y repetido los monjes del Cister y los franciscanos durante la Edad Media. El padre Marty tenía otras ideas, pero aquella diferencia de opinión era un asunto sin la menor importancia,

*Cerca de Aubin había una mina de carbón y muchos de los mineros eran ingleses. Estos y sus familiares se beneficiaron con el convento y la escuela y contribuyeron a la formación de una especie de hermanas terciarias que atendían a las necesidades de los fieles a distancia del convento. Inglaterra pagó su deuda de gratitud a las hermanas, al acogerlas cordialmente cuando fueron expulsadas de Francia, en 1904.

en comparación a las dificultades que surgieron para la iniciación de algunos de los conventos, dificultades aquellas tan terribles, que uno de los biógrafos de la santa afirma que parecían creadas por "la rabia del demonio". Pero no obstante todo aquello, las aspirantes seguían llegando, y no es que la madre Emilia alentase a las jóvenes a "abandonar el mundo", por el contrario, tenía un gran respeto por la libertad personal y la responsabilidad individual, y a menudo recordaba a las gentes que "la vocación religiosa se produce por la gracia de Dios y no por nuestras palabras".

En 1843, las hermanas de Villefranche comenzaron a visitar las cárceles con resultados muy alentadores, tanto así, que dos años más tarde se inauguró la primera casa de regeneración para mujeres. Asimismo hubo un lugar que Mons. Gély llamaba con buen humor "el Hotel de los Inválidos" y que era en realidad un lugar de retiro para los religiosos y sacerdotes de edad avanzada; a ese hospicio se agregó una casa para los novicios y un orfelinato. Pero no por el rápido crecimiento y la multiplicidad de las tareas, se relegaron a segundo término las monjas enclaustradas de la congregación. La madre Emilia no desperdició la primera oportunidad que se le presentó para establecer un convento de clausura y, así, realizó una idea que había acariciado siempre con verdadero amor, puesto que consideraba que, con ello, su comunidad se personificaba en Marta y María; el trabajo activo de Marta en el mundo era alentado y bendecido por el trabajo de María en el claustro, ofreciéndolo al Salvador.

La madre Emilia tenía el don de hacer frases ingeniosas. "Hay gentes que no sirven para el convento, pero el covento sí les sirve a ellas", solía decir; "en el mundo se hallan perdidas y en el convento no hacen mucho bien, pero al menos se conservan alejadas del mal". Si una novicia miraba a su alrededor cuando alguien entraba en la sala, se le ordenaba ir a besar los pies del crucifijo, "como un castigo y no como una recompensa". "Si me encontrase con un ángel junto a un sacerdote, me inclinaría primero ante el sacerdote". "Los evangelistas mencionan las cuatro ocasiones en que habló la Santísima Virgen, pero no nos dicen ni una palabra de lo que habló San José. Si examinamos ese caso como es debido, veremos que hay en él una lección valiosa". "La confesión es una acusación, no una conversación". Hay algo de amargura o de dureza en esas frases elegidas al azar. Por cierto, que la santa no era muy inclinada a hacer bromas, pero al tratar el regocijo de los santos, cambiaba de actitud, consideraba su alegría como una característica de la santidad y siempre destacaba su valor. "Mantened vuestro entusiasmo", escribía a una postulante. "Conservad el valor. Poned toda vuestra confianza en Dios y sólo así tendréis siempre una santa alegría". A las hermanas en Aubin, les decía: "¡Alegraos, alegraos! Debemos mantener lejos toda tristeza". En los días de su juventud, su defecto principal era el orgullo personal y por eso decía en una de sus cartas: "Debo tratar de ser humilde en el mismo grado que fui orgullosa". Por cierto que lo consiguió y aun se sobrepasó un poco, puesto que descuidó su apariencia personal y sus vestimentas, de manera que su biógrafo, el padre Rayelt, afirma que "con una candidez natural, aparecía a veces ridícula". Resulta interesante descubrir en la Francia del siglo diecinueve este eco, si así puede llamarse, de "las locuras por el amor de Cristo" que a veces se producían cuatrocientos o seiscientos años antes.

"Es bueno ser objeto de desprecio", declaraba Santa Emilia, y por cierto que los calumniadores y los difamadores que rondaron en torno a ella durante

algún tiempo, le demostraron absoluto desprecio. Las gentes solían escribirle cartas insultantes y maliciosas y, si acaso la secretaria de la madre Emilia protestaba por las palabras suaves y las amabilidades con que ella respondía a los improperios, replicaba la superiora: "¿No sabes que somos la hez del mundo y que cualquiera tiene derecho a maltratarnos?" Una abnegación semejante sólo podría ser sostenida por medios divinos y, por consiguiente, no debe sorprendernos saber que a menudo era imposible interrumpir las plegarias de Santa Emilia, hasta que su estado de éxtasis había pasado.

Las hermanas de la Sagrada Familia perdieron el cariñoso cuidado del padre Marty, en lo que a este mundo se refiere, cuando murió, a fines de 1835. No siempre había estado de acuerdo con la hermana Emilia, ni ella había buscado siempre las reconciliaciones ("Es un santo", solía decir; "pero un santo muy terco"); sin embargo, siempre los unió el más sincero afecto, el respeto y el propósito común, y no era lo menos que la madre Emilia debía al padre Marty, la constante solicitud de éste para mantener viva la llama del Espíritu Santo en la comunidad, algo que es de inapreciable valor para los cristianos. La madre Emilia sobrevivió a su viejo amigo diecisiete años.

Fue en abril de 1852 cuando apareció un tumor canceroso en el ojo izquierdo de la madre Emilia y, desde el primer momento, supo que su fin estaba cerca. Renunció al gobierno de la congregación para dejarlo en manos de la madre Foy y no se guardó para sí, como ella misma dijo, nada más que el sufrimiento. Y así fue precisamente, porque sus sufrimientos y su debilidad corporales aumentaron terriblemente de día en día. Durante casi tres semanas, a partir del 3 de septiembre, la madre Emilia permaneció a la espera del momento de su muerte. Entre los proyectos que hizo durante su larga agonía, figuró la Hermandad de la Santa Infancia y sus tareas para los niños abandonados de la China. "Conservad vivo el interés por los niños", decía a sus hijas, "y enseñadlos a amaros por el interés que en ellos tenéis". "La muralla se derrumba", les advirtió en la tarde del 18 de septiembre y, al día siguiente, se derrumbó tan sólo para ser reconstruída en la Jerusalén celestial, donde juegan eternamente aquellos niños a quienes ella dedicó su vida terrenal. Emilia de Rodat fue canonizada en 1950.

Hay diversas biografías en francés, como la de L. Aubineau (1891), la de L. Reylet (1897), la de Mons. Ricard en la serie *Les Saints* (1912), la del R. P. Barthe, *L'Esprit d'Emilie de Rodat* (2 vols., 1897) y la de M. Arnal (1951). Sus cartas fueron publicadas por separado en 1888. El libro más cómodo y agradable para leerse, es *Marie-Emilie de Rodat*, por Margarita Savigny Vasco (1940). La autora tuvo acceso, además de todas las fuentes de información impresas en existencia, a cierto material manuscrito y cabe preguntarse si supo hacer el mejor uso posible de su oportunidad, aunque la Academia Francesa le dio las palmas por su obra.

BEATO ALFONSO DE OROZCO (1591 P.C.)

NINGÚN hombre de Iglesia en la España del siglo dieciséis puso mayor entusiasmo y realizó con mayor eficacia la tarea de mantener en alto nivel la devoción y el espíritu de mortificación entre los aristócratas, que este fraile agustino, Alfonso o Alonso de Orozco.

Nació en la localidad de Oropesa, diócesis de Avila, en el año de 1500, y a la temprana edad de seis años, se le puso en la cabeza la idea de ser sacerdote.

Estudió en Talavera y en Toledo, de donde pasó a la universidad de Salamanca, donde escuchó las conferencias y los sermones de Santo Tomás de Villanueva. Por él se sintió atraído hacia la vida religiosa, particularmente entre los Ermitaños de San Agustín y, al cumplir los veintidós años, tomó el hábito en esa orden.

Durante treinta años, a partir del día de su profesión, Fray Alfonso se entregó en cuerpo y alma a la enseñanza, la predicación y otras actividades de su apostolado. Su profundo conocimiento del alma humana y su evidente bondad, le hicieron muy solicitado como confesor. En cuatro ocasiones, fue prior de otras tantas casas de agustinos y luego, en 1554, Fray Alfonso se hizo cargo del priorato de los agustinos en la ciudad real de Valladolid. Dos años más tarde, fue nombrado predicador de la corte y en seguida comenzó a ejercer su benéfica influencia sobre la nobleza. Atraía a los nobles a la iglesia, tanto por la elocuencia de sus sermones como por la calidad exquisita de su música, a la que era muy afecto y en la que destacaba por su destreza. En 1561, el rey Felipe II estableció su corte en Madrid y Fray Alfonso la siguió. Tuvo su celda en el convento de San Felipe el Real, donde vivió con gran austeridad y sencillez, en agudo contraste con el lujo y esplendor de las funciones oficiales que estaba obligado a desempeñar.

En años anteriores, cuando Fray Alfonso había sido prior en la casa de agustinos en Sevilla, tuvo una visión de Nuestra Señora, quien le recomendó que usase la pluma para la gloria de Dios y la salvación de las almas. De ahí en adelante, el fraile obedeció con mucha aplicación, de manera que cada año terminaba un libro sobre la propia Virgen Santísima, aparte de sus tratados espirituales tan numerosos que comprenden siete grandes volúmenes y le colocan en las filas de los más reputados místicos españoles del siglo dieciséis. Por mandato de sus superiores, escribió también un relato sobre sus propias experiencias religiosas que llamó, a riesgo de pecar por falta de humildad, como él mismo dice, sus "Confesiones". Durante treinta años realizó el trabajo de mantener la vida cristiana en su más alto nivel entre la nobleza y la gentilidad, así como entre la servidumbre de la corte española; todos acudían a escuchar sus sermones o a postrarse de hinojos en su confesionario, leían sus obras y cuando murió, a la edad de noventa y un años, todos siguieron al féretro hasta el cementerio, con sincero llanto. Fray Alfonso de Orozco fue beatificado en 1881.

La alta calidad literaria en los escritos del fraile agustino, así como su indudable atractivo hacia la devoción, le hicieron famoso y han conservado su memoria. En 1882, T. Cámara publicó un volumen titulado *Vida y Escritos*, en relación con el beato. Ver también a J. A. Fariña en *Doctrina de Oración del Beato Alfonso* (1927), así como un esbozo aparecido en el *Katholik* de Mainz, 1882, vol. II, pp. 375-411.

20: SANTOS EUSTAQUIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES (Fecha desconocida).

SAN EUSTAQUIO figura entre los mártires más famosos de la Iglesia, venerado desde hace siglos, tanto en oriente como en occidente. Se le cuenta entre los Catorce Santos Auxiliadores, es patrono de cazadores y, por lo menos desde el siglo octavo, dio su nombre a la iglesia titular de un diácono-cardenal

de Roma. Sin embargo, sobre él no se puede decir nada con certeza. Sus leyendas, sin valor histórico, relatan que era un general romano en los ejércitos del emperador Trajano, se llamaba Plácido y era muy aficionado a la cacería. Precisamente se hallaba cierta vez en persecución de alguna valiosa pieza en la soledad de los montes, cuando vio venir hacia él un gran ciervo en cuyos cuernos aparecía la figura de Jesucristo en la cruz (la misma historia se cuenta en la leyenda de San Huberto y en las de otros santos) y una voz que surgía de la aparición, le llamaba por su nombre. Se afirma que aquel prodigio ocurrió en la región italiana de Guadagnolo, entre Tivoli y Palestrina. La extraordinaria visión tuvo el efecto de convertir instantáneamente a Plácido al cristianismo. El general y toda su familia recibieron el bautismo y él tomó el nombre de Eustaquio, su esposa se llamó Teopistis y sus hijos, Agapito y Teopisto. Poco después de su conversión, Eustaquio perdió todos sus bienes y, tras una serie de infortunios, se vio obligado a separarse de su familia. En un momento crítico para el imperio, fue llamado para que se pusiera al mando de un ejército, volvieron los buenos tiempos y pudo reunirse con su esposa y sus hijos. Pero entonces, cuando el bienestar de este mundo se hallaba al alcance de sus manos, se negó a ofrecer sacrificios a los dioses durante la ceremonia que se celebró en Roma por su victoria al frente de las armas imperiales. Como consecuencia de aquella negativa, Eustaquio, su mujer y sus hijos, fueron encadenados sobre un enorme toro de bronce bajo el cual se encendió una hoguera a fin de que todos los miembros de la familia perecieran asados.

No obstante la enorme popularidad de la leyenda de San Eustaquio —como lo prueban la gran cantidad de versiones tanto en prosa como en verso—, hasta la existencia histórica del mártir es una cuestión dudosa. El culto no es antiguo ni es posible localizar su origen con precisión. Es posible que llegara del oriente, pero ya desde la primera mitad del siglo octavo, había sido adoptado en Roma. Delehaye analiza cabalmente la leyenda en el *Bulletin de l'Académie Royale de Belgique, Classe des Lettres*, 1919, pp. 175-210. El intento de A. H. Krappe en *La Leggenda di S. Eustachio* (1929) para unirla con el Dioscuri, es vano. Para la figura de San Eustaquio en el folklore, ver a Bächtold-Stäubli, en *Handwörterbuch d. deutsch. Aberglaubens.*

BEATO FRANCISCO DE POSADAS (1713 P.C.)

FRANCISCO nació en Córdoba en 1644, y sus padres, que vivían de lo que les daba el cultivo de un huerto, le inculcaron la idea de que debía ser religioso, particularmente fraile predicador, una perspectiva que resultaba muy del agrado del chico. Pero al morir su padre, volvió a casarse su madre, y el padrastro decretó que los estudios a que estaba entregado Francisco eran una pérdida de tiempo y, en consecuencia, le obligó a abandonarlos y le dedicó a aprender un oficio. Al principio, su amo, el encargado de enseñarle a ganarse la vida, le trató con extremada dureza, pero Francisco acabó por ganarse su afecto, gracias a la inagotable paciencia, el buen carácter y la asiduidad en su trabajo que demostró siempre. Al cabo de algún tiempo, el amo de Francisco le ayudaba a proseguir sus estudios y le concedía el tiempo necesario para dedicarse a ellos. También el padrastro murió y, entonces, Francisco tuvo que consagrarse a cuidar de su madre; sin embargo, en 1663 pudo entrar al noviciado de los dominicos, en el convento de Scala Coeli, en Córdoba. Sus primeras experiencias en aquel nuevo ambiente no fueron muy felices. Sus compañeros no le comprendieron y

le hicieron blanco de sus burlas y sus continuas persecuciones; pero él perseveró con su proverbial paciencia, hizo su profesión y fue admitido al sacerdocio. Inmediatamente, Francisco se hizo notar como un predicador de grandes dotes y se aclamaba su aparición como la de un segundo Vicente Ferrer. Desarrolló tareas misioneras por todas las regiones del sudoeste de España y a sus continuas prédicas agregó el trabajo de oír confesiones, el de viajar a pie de una parte a otra y el de someterse a mortificaciones muy rigurosas. Su predicación elocuente, en la que exponía preceptos que reforzaba con el ejemplo, le dotó con una gran influencia sobre todos los que le escuchaban o tenían algo que ver con él. En su ciudad natal impuso una necesaria reforma a las costumbres y una mejora radical de la moral pública y privada, a tal extremo, que muchos lugares de vicio y de desorden tuvieron que cerrar sus puertas por falta de clientela. Siempre estaba al servicio de los pobres y de ellos aprendió una humildad que le hizo evitar no sólo los más altos puestos en su orden, sino también los obispados que le fueron ofrecidos en numerosas ocasiones. El Beato Francisco escribió varios libros (*El Triunfo de la Castidad*, las biografías de Santo Domingo y otros santos de la orden, exhortaciones morales, etc.) y, tras una existencia de viajes constantes, llegó a morir a su convento de Scala Coeli el 20 de septiembre de 1713, luego de cuarenta años de constante trabajo para el bien de las almas. Fue beatificado en 1818.

Poco después de la beatificación, el R. P. Sopena publicó en Roma una *Vita del B. Francesco de Posadas*, que contiene un interesante relato de sus levitaciones cuando celebraba la misa y sus sensaciones al hacer resistencia para que su cuerpo no se elevase. Ver a Martínez Vigil, en *La Orden de Predicadores* (1884), pp. 352 y ss. la nota de Procter en *Dominican Saints*, pp. 263-265. Consúltese la bibliografía del *Catalogus Hagiographicus O.P.* de Taurisano.

21: SAN MATEO, APÓSTOL Y EVANGELISTA (Siglo I)

DOS de los cuatro Evangelistas dan a San Mateo el nombre de Leví, mientras que San Marcos lo llama "hijo de Alfeo". Posiblemente, Leví era su nombre original y se le dio o adoptó él mismo el de Mateo ("el don de Jehová"), cuando se convirtió en uno de los seguidores de Jesús. Pero Alfeo, su padre, no fue el judío del mismo nombre que tuvo como hijo a Santiago el Menor. Se tiene entendido que era galileo por nacimiento y se sabe con certeza que su profesión era la de publicano, o recolector de impuestos para los romanos, un oficio que consideraban infamante los judíos, especialmente los de la secta de los fariseos y, a decir verdad, ninguno que perteneciera al sojuzgado pueblo de Israel, ni aún los galileos, los veían con buenos ojos y nadie perdía la ocasión de despreciar o engañar a un publicano. Los judíos los aborrecían hasta el extremo de rehusar una alianza matrimonial con alguna familia que contase a un publicano entre sus miembros, los excluían de la comunión en el culto religioso y los mantenían aparte en todos los asuntos de la sociedad civil y del comercio. Pero no hay la menor duda de que Mateo era un judío y, a la vez, un publicano.

La historia del llamado a Mateo se relata en su propio Evangelio. Jesús acababa de dejar confundidos a algunos de los escribas al devolver el movimien-

to a un paralítico y, cuando se alejaba del lugar del milagro, vio al despreciado publicano en su caseta. Jesús se detuvo un instante "y le dijo: 'Sígueme', Y él se levantó y le siguió". En un momento, Mateo dejó todos sus intereses y sus relaciones para convertirse en discípulo del Señor y entregarse a un comercio espiritual. Es imposible suponer que, antes de aquel llamado, no hubiese conocido al Salvador o su doctrina, sobre todo si tenemos en cuenta que la caseta de cobros de Mateo se hallaba en Cafarnaún, donde Jesús residió durante algún tiempo, predicó y obró muchos milagros; por todo esto, se puede pensar que el publicano estaba ya preparado en cierta manera para recibir la impresión que el llamado le produjo. San Jerónimo dice que una cierta luminosidad y el aire majestuoso en el porte de nuestro divino Redentor le llegaron al alma y le atrajeron con fuerza. Pero la gran causa de su conversión fue, como observa San Beda, que, "Aquél que le llamó exteriormente por Su palabra, le impulsó interiormente al mismo tiempo por el poder invisible de Su gracia".

El llamado a San Mateo ocurrió en el segundo año del ministerio público de Jesucristo, y éste le adoptó en seguida en la santa familia de los Apóstoles, los jefes espirituales de su Iglesia. Debe hacerse notar que, mientras los otros evangelistas, cuando describen a los apóstoles por pares colocan a Mateo antes que a Tomás, él mismo se coloca después del apóstol y además agrega a su nombre el epíteto de "el publicano". Desde el momento del llamado, siguió al Señor hasta el término de su vida terrenal y, sin duda, escribió su Evangelio o breve historia de nuestro bendito Redentor, a pedido de los judíos convertidos, en la lengua aramea que ellos hablaban. No se sabe que Jesucristo hubiese encargado a alguno de sus discípulos que escribiese su historia o los pormenores de su doctrina, pero es un hecho que, por inspiración especial del Espíritu Santo, cada uno de los cuatro evangelistas emprendió la tarea de escribir uno de los cuatro Evangelios que constituyen la parte más excelente de las sagradas escrituras, puesto que en ellos Cristo nos enseña, no por intermedio de sus profetas, sino directamente, por boca propia, la gran lección de fe y de vida eterna que fue su predicación y el prototipo perfecto de santidad que fue su vida.

Se dice que San Mateo, tras de haber recogido una abundante cosecha de almas en Judea, se fue a predicar la doctrina de Cristo en las naciones de oriente, pero nada cierto se sabe sobre ese período de su existencia. La iglesia le venera también como mártir, no obstante que la fecha, el lugar y las circunstancias de su muerte, se desconocen. Los padres de la Iglesia quisieron encontrar las figuras simbólicas de los cuatro evangelistas en los cuatro animales mencionados por Ezequiel y en el Apocalipsis de San Juan. Al propio San Juan lo representa el águila que, en las primeras líneas de su Evangelio, se eleva a las alturas para contemplar el panorama de la eterna generación del Verbo. El toro le corresponde a San Lucas que inicia su Evangelio con la mención del sacrificio del sacerdocio. El león es el símbolo de San Mateo, quien explica la dignidad real de Cristo; sin embargo, San Jerónimo y San Agustín, asignan el león a San Marcos y el hombre a San Mateo, ya que éste comienza su Evangelio con la humana genealogía de Jesucristo.

El relato sobre San Mateo que figura en el *Acta Sanctorum*, Sept. vol. VI, se halla muy mezclado con las discusiones en relación con sus supuestas reliquias y sus traslaciones a Salerno y otros lugares. Puede hacerse un juicio sobre la poca confianza que se puede poner en esas tradiciones, si se tiene en cuenta el hecho de que cuatro diferentes iglesias de Francia han asegurado poseer la cabeza del apóstol. M. Bonnet publicó una extensa

narración apócrifa sobre la predicación y el martirio de San Mateo, en *Acta Apostolorum apocrypha* (1898), vol. II, parque I, pp. 217-262 y hay otro relato, mucho más corto, de los bolandistas. El Martirologio Romano se refiere a su martirio y dice que tuvo lugar en "Etiopía", pero en el *Hieronymianum* se afirma que fue martirizado "en Persia, en la ciudad de Tarrium". De acuerdo con von Gutschmidt, esta declaración se debe a un error de lectura del nombre de Tarsuana, ciudad que Ptolomeo sitúa en Caramania, región de la costa oriental del Golfo Pérsico. A diferencia de la gran diversidad de fechas que se asignan a los demás apóstoles, la fiesta de San Mateo se ha observado en este día, de manera uniforme de todo el occidente. Ya en los tiempos de Beda existía una homilía escrita por él y dedicada a esta fiesta de San Mateo: véase el artículo de Morin en la *Revue Bénédictine*, vol. IX (1892), p. 325. Sobre los símbolos del evangelista ver DAC., vol. V, cc. 845-852.

SANTA MAURA DE TROYES, VIRGEN (*c.* 850 P.C.)

NACIÓ EN Troyes, la ciudad de la Champagne, en el año de 827, y gracias a sus fervientes plegarias, Dios le concedió la conversión de su padre, que hasta entonces había llevado una vida mundana y desordenada. Poco después de su arrepentimiento murió el padre de Maura, y ésta continuó su vida de siempre, sujeta por la obediencia más estricta a su madre, Sedulia. La devoción, la humildad y la paciencia de la joven fueron el ejemplo de toda la familia y el medio de santificación para su hermano Eutropio, quien llegó a ser el venerable obispo de Troyes. La doncella consagraba todo su tiempo a la oración, la práctica de la obediencia en las atenciones a su madre, de la caridad en el servicio a los pobres, o bien a su trabajo, que consistía en servir a los necesitados y a la Iglesia. Si establecer orden en lo que hacemos conduce el alma a Dios, de acuerdo con la observación de San Agustín, hay que señalar que Maura reglamentaba la distribución de su tiempo en todas sus acciones. Se pasaba prácticamente la mañana entera en la iglesia, en actos de adoración a Dios, de oración al divino Redentor y de meditación en su Pasión y su muerte. Ayunaba cada miércoles y cada viernes, sin probar otro alimento que el pan y el agua; a veces, en aquellos días de penitencia, caminaba descalza hasta el monasterio de Montenay, a dos leguas de la ciudad, para entregar los secretos de su alma al santo abad del lugar. Es difícil explicar el respeto profundo, casi doloroso, que le penetraba al espíritu cuando oía la palabra del Señor, y era tan grande la sensibilidad de su alma ante la devoción que, aún no se había arrodillado a orar, cuando las lágrimas manaban en abundancia de sus ojos. Dios obró maravillas en favor suyo, pero ella se impuso el deber de ocultar Sus beneficios, porque temía el aplauso y la admiración del mundo. En los últimos momentos de su vida, murmuró el Padre Nuestro y murió al pronunciar las palabras: "Venga a nos tu reino", cuando acababa de cumplir los veintitrés años de edad.

El *Acta Sanctorum*, sept. vol. VI, reproduce una breve biografía de la que fue autor San Prudencio de Troyes, quien murió en 861. Ver también a E. Socard en *Sainte Maure de Troyes* (1867).

BEATOS LORENZO IMBERT Y SUS COMPAÑEROS. LOS MÁRTIRES DE COREA (1839 P.C.)

COREA ES uno de los pocos países del mundo en donde el cristianismo fue introducido por otros medios que el de los misioneros. Durante el siglo dieciocho se

difundieron por el país algunos libros cristianos escritos en chino, y uno de los hombres que los leyeron, se las arregló para ingresar al servicio diplomático del gobierno coreano ante el de Pekín, buscó en la capital de China al obispo Mons. de Gouvea y de sus manos recibió el bautismo y algunas instrucciones. Aquel hombre regresó a su tierra en 1784, y cuando un sacerdote chino llegó a Corea, diez años más tarde, se encontró con que le estaban esperando cuatro mil cristianos bien instruidos, pero sin bautizar. Aquel sacerdote fue el único pastor del rebaño durante siete años, pero en 1801 fue asesinado y, durante tres décadas, los cristianos de Corea estuvieron privados de un ministro de su religión. Existe una carta escrita por los coreanos para implorar al Papa Pío VII que enviase sacerdotes a aquella pequeña grey que, sin embargo, ya había dado mártires a la Iglesia. En 1831 se creó el vicariato apostólico de Corea, pero su primer vicario nunca llegó a ocupar su puesto. El sucesor, Mons. Lorenzo José María Imbert, obispo titular de Capsa, miembro de las Misiones Extranjeras de París y residente en China desde hacía doce años, entró a Corea, disfrazado, a fines de 1837. Le habían precedido por poco tiempo, el BEATO PEDRO FILIBERTO MAUBANT y el BEATO JACOBO HONORATO CHASTAN, sacerdotes de la misma sociedad misionera.

El cristianismo no había sido definitivamente proscrito en Corea y, durante el transcurso de dos años, los misioneros realizaron su trabajo ocultamente, pero sin ser molestados. Sobre las circunstancias y dificultades que debieron afrontar, escribió Mons. Imbert: "Estoy abrumado de fatiga y en grave peligro. Es necesario dejar el lecho a las dos y media de la madrugada, todos los días, puesto que a las tres hay que congregar al pueblo en la casa para las oraciones. A las tres y media, comienzo a desempeñar los deberes de mi ministerio y debo bautizar si hay nuevos convertidos y también confirmar. Después viene la misa, la comunión y la acción de gracias. De esta manera, las quince o veinte personas que recibieron los sacramentos, pueden dispersarse al amparo de las sombras, antes del alba. Pero durante las horas del día llegan otros tantos, uno por uno, en procura de confesión y ya no pueden irse hasta la madrugada siguiente, después de la comunión. Yo me quedo dos días en cada una de nuestras casas donde reúno a los cristianos y, antes del alba del tercer día, me voy con ellos, en la oscuridad, a otra casa. Muchas veces he sufrido el aguijonazo del hambre, porque no es cualquier cosa, en este clima frío y húmedo, levantarse a las dos y media de la madrugada y permanecer en ayunas hasta el medio día, cuando puedo comer algunos alimentos pobres e insuficientes. Después de la comida, descanso un poco hasta que se presentan mis alumnos de catecismo y, por fin, vuelvo al confesionario hasta que cae la noche. A las nueve voy a dormir, sobre una estera, en el suelo y cubierto con una manta de lana de los tártaros; no hay camas ni colchones en Corea. A pesar de la debilidad de mi cuerpo y mi quebrantada salud, siempre he llevado una vida dura y muy ocupada, pero me parece que aquí ya alcancé el último límite del esfuerzo. Se puede comprender fácilmente que, en una existencia como la que llevamos, apenas si tememos el golpe de espada que, en cualquier momento, puede acabar con ella".

Por aquellos medios heroicos aumentó el número de los cristianos en Corea de 6,000 a 9,000, en menos de dos años. Fue entonces cuando se descubrieron sus actividades y se emitió un decreto para el exterminio de los fieles. Como un ejemplo de los horrores que tuvieron lugar entonces, basta citar lo que le sucedió a la BEATA AGATA KIM, una de los setenta y seis coreanos beatificados

junto con los tres sacerdotes franceses. Se le preguntó a la infortunada mujer si era cierto que practicaba la religión cristiana. "Conozco a Jesús y a María", respondió con absoluta sencillez; "pero no conozco nada más". — "Si te torturamos, te olvidarás de tu Jesús y tu María". — "¡Aunque tenga que morir, no los olvidaré!" Fue cruelmente atormentada y, por fin, se la condenó a morir. En el travesaño de una alta cruz sujeta a una carreta fue colgada Agata por sus muñecas y por su cabellera. La carreta fue conducida hasta la cumbre de una cuesta pedregosa y, desde ahí se azuzó a los bueyes para que arrastrasen a la carreta cuesta abajo, entre brincos y zarandeos y, a cada movimiento, la infeliz mujer, sujeta por los cabellos y los puños, se sacudía violentamente. Al término de aquella carrera, fue descolgada, se le arrancaron las vestiduras hasta dejarla desnuda; uno de los verdugos le sujetó la cabeza contra una piedra y otro se la cortó con un golpe de espada. El BEATO JUAN RI escribía desde la prisión: "Transcurrieron dos o tres meses antes de que el juez mandara por mí y, en ese tiempo, estuve triste e inquieto. Los pecados de mi vida entera, en la que tantas veces ofendí a Dios por pura maldad, parecían pesar sobre mí como una montaña; de continuo me preguntaba: ¿Cuál será el fin de todo esto? Sin embargo, nunca perdía la esperanza. Al décimo día de la décima segunda luna, fui llevado ante el juez, quien ordenó que fuera apaleado. ¿Cómo hubiera podido resistirlo tan sólo con mis propias fuerzas? Pero la fuerza del Señor, las plegarias de María y de los santos y de nuestros mártires, me sostuvieron tan bien, que ahora me parece que apenas si sufrí. Yo no puedo pagar tan grande misericordia y ofrecer mi vida es justo".

A fin de evitar una matanza general y el posible peligro de la apostasía, Mons. Imbert se entregó, después de recomendar a los padres MAUBANT y CHASTAN, que hicieran lo mismo. Estos se pusieron a escribir una carta a Roma para dar cuenta de su actitud y del estado en que dejaban la misión y se entregaron. Los tres recibieron su ración de bastonazos. Atados a unos bancos con respaldo, fueron conducidos a las orillas del río que corre cerca de Seul, donde los tres, siempre sobre los bancos, fueron atados juntos a un grueso poste, contra el cual el verdugo les cortó la cabeza. El triple martirio ocurrió el 21 de septiembre de 1839, pero la Misión Extranjera de París celebra su fiesta el día 26. En el año de 1904, las reliquias de ochenta y un mártires de Corea fueron trasladadas a la iglesia episcopal del vicario apostólico en Seul y, en 1925, fueron beatificados Mons. Lorenzo Imbert y sus compañeros. El primer sacerdote coreano martirizado, fue el BEATO ANDRÉS KIM, en 1846.

En *L'Histoire de l'Eglise de Corée* (1874), de C. Dallet, especialmente en el vol. II, pp. 118-185, se relatan con detalle, las vidas y sufrimientos de estos mártires. Ver también *Les Missionnaires Français en Corée* (1895) de A. Launay y *Martyrs français et coréens* (1925) y *The Golden Legend Overseas* (1931), de E. Baumann.

22: SANTO TOMAS DE VILLANUEVA, ARZOBISPO DE VALENCIA (1555 P.C.)

TOMAS FUE otra de las glorias que España dio a la Iglesia. Vino al mundo en la localidad de Fuentellana, en Castilla, a principios de 1488, y su sobrenombre le vino de Villanueva de los Infantes, la ciudad donde creció y se educó. Sus padres eran también originarios de Villanueva. El amo de la

casa era dueño de un molino y, desde luego, su fortuna no era digna de tomarse en cuenta, pero no fue esa la herencia más importante que dejó a su hijo, sino su profundo amor por Dios y por los hombres, que se traducía en una inagotable caridad. A la edad de quince años, Tomás fue enviado a la Universidad de Alcalá, donde continuó sus estudios con mucho éxito; llegó a obtener su título de maestro de artes y, al cabo de diez años en la casa de estudios de Alcalá cuando tenía veintiséis de edad, ya era profesor de filosofía y, entre los alumnos que asistían a sus clases, se hallaba el famoso Domingo Soto.

En 1516, Tomás se unió a los frailes agustinos en Salamanca y, a juzgar por su ejemplar comportamiento en el noviciado, ya había tenido una larga experiencia en lo que se refiere a austeridades, renuncias a los deseos de su voluntad y el ejercicio de la contemplación. En 1518, fue elevado al sacerdocio y se le mandó predicar y hacerse cargo de un curso de Teología en su convento. Sus libros de texto eran los de Pedro Lombardo y Tomás de Aquino y, apenas iniciado el curso, los estudiantes de la universidad solicitaron permiso para asistir a sus clases. Poseía una inteligencia excepcionalmente lúcida, y su extraordinario sentido común le hacía emitir juicios concretos y firmes, pero siempre tuvo que luchar contra sus distracciones y su falta de memoria. Poco después, fue prior en varias de las casas de agustinos y, mientras desempeñaba aquellos cargos, dispensó particular solicitud por los frailes enfermos. A menudo decía a sus religiosos que la enfermería era como la zarza de Moisés, donde el que se dedica a cuidar a los enfermos encontrará seguramente a Dios entre las espinas que le rodean y le cubren hasta esconderle. En 1533, cuando era el provincial para Castilla, envió a tierras de América al primer grupo de agustinos que establecieron en México su orden, como misioneros. Con frecuencia caía Tomás en arrebatos y éxtasis cuando se entregaba a la oración, y sobre todo durante la misa; no obstante que se esforzaba por ocultar aquellas gracias, no lo conseguía del todo: a menudo, después de celebrar el santo sacrificio, le relucía el rostro con tanta fuerza, que parecía deslumbrar a los que le contemplaban. Cierta vez, cuando predicaba en la catedral de Burgos para reprobar los vicios y la ingratitud de los pecadores, levantó en alto un crucifijo y clamó con voz emocionada: "¡Cristianos, miradle . . . !" Pero no pudo agregar nada más, porque así como estaba, con el brazo en alto y los ojos fijos en la cruz, había sido arrebatado en éxtasis. En otra ocasión, cuando se dirigía a una congregación que asistía a la ceremonia de la toma de hábito de un novicio, cayó en un rapto y quedó mudo e inmóvil durante un cuarto de hora. Al volver en sí, dijo a la asamblea que aguardaba expectante: "Hermanos: os pido perdón. Tengo el corazón débil y me apena sentirme perdido en ocasiones como ésta. Trataré de reparar mi falta".

Tomás realizaba la periódica visita a sus conventos cuando el emperador Carlos V lo llamó para que ocupase la sede arzobispal de Granada y se presentase ante él en Toledo. El santo emprendió el viaje, pero con el único objeto de rehusar ante el emperador la dignidad que le había concedido; tanta energía puso en su demanda, que consiguió lo que quería. Algunos años más tarde, Jorge de Austria renunció al arzobispado de Valencia, y el emperador volvió a pensar en Tomás, pero inmediatamente se arrepintió porque estaba seguro de que volvería a rechazar el puesto; en consecuencia, ordenó a su secretario que escribiese un nombramiento en favor de cierto religioso de la orden de San Jerónimo. Al disponerse a firmar la carta, advirtió el emperador que su secretario había escrito el nombre del hermano Tomás de Villanueva y preguntó la razón. Confuso,

el secretario respondió que le parecía haber oído aquel apelativo, pero que en un momento repararía el error. "De ninguna manera", dijo Carlos V. "Esto ha sucedido por un especial designio de Dios. Hagamos Su voluntad". De modo que firmó el nombramiento tal como estaba y lo envió en seguida a Valladolid, donde Tomás era el prior en el convento agustino. Este recurrió a todos los medios imaginables para librarse del cargo, pero, a fin de cuentas, se vio obligado a aceptar y fue consagrado en Valladolid. Al otro día, muy de mañana, partió hacia Valencia. La madre del santo, que ya para entonces había transformado su casa en un hospital para los pobres, le había pedido que, en su jornada, pasase por Villanueva; sin embargo, Tomás quería obedecer literalmente aquellas palabras del Evangelio: "dejarás a tu padre y a tu madre y te apartarás de tu esposa . . .", apresuró la marcha y se fue directamente hacia la sede que ahora era suya, con el convencimiento de que su nueva dignidad le obligaba a postergar toda otra consideración ante la de llegar a servir al rebaño que había sido puesto a su cuidado (algún tiempo después, pasó un mes de vacaciones con su madre en Liria). Siempre viajaba a pie por los caminos de su diócesis y no usaba otra vestidura que su raído hábito de monje y el sombrero que le habían dado el día en que hizo su profesión. En sus caminatas le acompañaban un religioso y dos criados. Cuando llegó a hacerse cargo de su sede, hizo varios días de retiro en un convento de agustinos de Valencia, entregado a la penitencia y la plegaria a fin de implorar la gracia de Dios para desempeñar debidamente sus funciones. Tomó posesión de su catedral el primer día del año 1545, en medio de gran regocijo popular. En consideración a su pobreza, el capítulo le ofreció cuatro mil coronas para que acondicionara su casa; él aceptó el donativo en forma por demás humilde y dio las gracias, conmovido, pero inmediatamente envió todo el dinero a un hospital con una recomendación para que lo utilizaran en la reparación del edificio y la atención a los enfermos. Después quiso dar explicaciones a los canónigos y les dijo: "A Nuestro Señor se le puede servir y glorificar mejor si damos vuestros dineros a los pobres del hospital que tanto lo necesitan, en vez de usarlo yo. ¿Para qué quiere muebles y adornos un pobre fraile como yo?"

Con frecuencia se dice que los honores y el poder cambian las costumbres más arraigadas, pero no fue ese el caso de Santo Tomás que, en su calidad de arzobispo, no sólo conservó la misma humildad de corazón sino todos los signos exteriores del desprecio por sí mismo. Usó durante varios años, el mismo hábito con que salió de su monasterio y, muchas veces, se le sorprendió mientras lo remendaba. Uno de los canónigos le manifestó su extrañeza al verlo perder el tiempo en coser un parche a su hábito, tarea que cualquier sastrecillo haría con gusto por un maravedí. Pero el arzobispo le replicó que él no había dejado de ser fraile y que era mejor ahorrarse aquel maravedí con el que podía darse algo de comer a un mendigo. Por regla general vestía tan pobremente, que sus canónigos y familiares se avergonzaban de mostrarse junto a él y, cuando éstos le instaban a que usase ropas más de acuerdo con su dignidad, respondía invariablemente: "Os estoy muy agradecido, caballeros, por los cuidados que os tomáis por mi persona, pero verdaderamente no puedo comprender de qué manera mis ropas de religioso lleguen a menguar mi dignidad de arzobispo. Bien sabéis que mi posición y mis deberes son completamente independientes de mis vestiduras y consisten en cuidar las almas que me han sido confiadas". A fuerza de insistir, los canónigos llegaron a convencerle para que cambiase su viejísimo sombrero de fieltro por otro de seda, nuevo y reluciente el cual, a partir de entonces, solía

mostrar cuando venía al caso, al tiempo que decía socarronamente: "¡He aquí mi dignidad episcopal!" A veces, agregaba: "Los señores canónigos juzgan necesario que yo use este sombrero de seda si quiero agregarme al número de los arzobispos". Pero sin sombrero o con él, Santo Tomás desempeñó a maravilla las obligaciones del pastor de almas y de continuo visitaba una u otra de las iglesias de su diócesis y, lo mismo en ciudades y aldeas, predicaba y ejercía su ministerio con celo infatigable y afecto irresistible. Sus sermones producían cambios y reformas visibles en la vida diaria de las gentes a tal extremo, que por doquier se decía que era un nuevo apóstol o un profeta elegido por Dios para guiar al pueblo por los caminos del bien. A poco de ocupar la sede, convocó a una asamblea provincial (la primera en muchos años) en la que con la ayuda de sus obispos, redactó y puso en efecto una serie de ordenanzas para acabar con todos los desórdenes y malos usos que hubiese observado entre su clero durante sus visitas. Las reformas a sus propios capitulares le costaron muchas dificultades y mucho tiempo. En todo momento, acudía al altar y se postraba ante el tabernáculo para conocer la voluntad de Dios; a menudo pasaba horas enteras en su oratorio y, como advirtiese que los criados no se atrevían a perturbarle en sus devociones cuando alguien llegaba a consultarle, dio órdenes estrictas a fin de que, tan pronto como cualquier persona preguntase por él, a cualquier hora, le llamasen sin hacer aguardar al visitante.

A diario, acudían a la casa del arzobispo centenares de mendigos y necesitados que jamás se iban sin haber recibido limosna, que generalmente consistía en una comida con su correspondiente copa de vino y una moneda. El prelado dispensaba particulares cuidados a los niños huérfanos y, durante los once años de su episcopado, no hubo una sola doncella pobre en su diócesis que llegase al matrimonio sin haber recibido la generosa ayuda de su caridad. A fin de alentar a sus criados en la tarea de descubrir a los niños expósitos o abandonados por sus padres, les daba una corona por cada criatura desamparada que encontrasen. En 1550, los piratas saquearon y asolaron una ciudad en las costas de su diócesis y, en seguida, el arzobispo mandó cuatro mil ducados, ropas, provisiones y medicamentos por un valor igual, para socorro de los necesitados y rescate de los cautivos. Como siempre ha sucedido, Santo Tomás fue víctima de las críticas porque muchas de las gentes a quienes ayudaba eran flojos, vagabundos y aun delincuentes que abusaban de su bondad. "Si acaso", respondía el prelado a aquellas críticas, "hay vagabundos y gentes que no viven de su trabajo en estas comarcas, corresponde al gobernador y al prefecto de la policía ocuparse de ellos: ése es su deber. El mío es dar ayuda y consuelo a todos los que llegan hasta mi puerta a solicitármelos". Y no se limitaba a socorrer a los pobres con sus propios medios, sino que continuamente alentaba y recomendaba a los grandes señores y a los ricos que demostrasen su poder y su importancia, no en el lujo y el despliegue de la opulencia, sino en la protección hacia sus servidores y vasallos y en su generosidad hacia los necesitados. Con frecuencia los exhortaba a enriquecerse más en actos de caridad y misericordia que en bienes terrenales. "Respóndeme, pecador", solía decir: "¿Puedes comprar con todas tus riquezas algo de mayor valor y más precioso que la redención de tus culpas?" También decía: "Si quieres que Dios oiga tus oraciones, escucha tú el clamor de los pobres. Si deseas que Dios alivie tus necesidades, alivia tú las miserias de los indigentes, sin esperar a que te lo pidan. Anticípate a satisfacer las necesidades, especialmente de los que no se

atreven a pedir: obligarlos a pedir una limosna equivale a forzarlos a que la compren".

Santo Tomás se opuso siempre con energía a que la Iglesia usara métodos coercitivos o presiones para hacer entrar en razón a los pecadores, pero recomendaba en cambio el sistema de llamarlos y acogerlos con solicitud, tratar de convencerlos con afecto y agotar todos los medios del amor, sin recurrir jamás a los de la fuerza. En cierta ocasión, un teólogo y canonista se lamentaba de que el arzobispo no se decidiese a lanzar amenazas y a tomar medidas severas para acabar con el concubinato, y el prelado, al referirse a su crítico, decía: "No hay duda de que es un buen hombre, pero es de esos fieles fervorosos que a menudo menciona San Pablo y los califica de celosos sin objeto y sin conocimiento de causa. ¿Sabe acaso ese buen caballero los trabajos que he pasado para corregir esos errores que él desearía arrancar de raíz? . . . Sería bueno hacerle saber que ni San Agustín, ni San Juan Crisóstomo usaron jamás anatemas ni excomuniones para combatir los vicios de la embriaguez y la blasfemia que tanto practicaban las gentes que estaban a su cuidado. No; nunca lo hicieron porque eran lo suficientemente sabios y prudentes y no les parecía justo cambiar un poco de bien por un gran mal, si usaban de su autoridad sin consideraciones y, de esta manera, excitaban la aversión de aquellos cuya buena voluntad querían ganar a fin de guiarlos hacia el bien". Durante largo tiempo, el arzobispo había tratado en vano de enmendar la vida que llevaba uno de sus canónigos, hasta que decidió invitarlo a pasar una temporada en su casa, con el pretexto de prepararle a desempeñar una importante misión ante la Santa Sede en Roma. Como parte esencial de aquellos supuestos preparativos, figuraba una buena confesión para estar bien con Dios. Pasaron uno, dos, tres meses, y el asunto de Roma sin arreglar, pero en aquel período, el canónigo recibía diariamente lecciones y ejemplos sobre todas las gracias que podía aportar la penitencia. Al cabo de seis meses, abandonó la casa del arzobispo transformado en un hombre nuevo, mientras que todos los amigos y conocidos del canónigo suponían que acababa de regresar de Roma y le felicitaron por el desempeño de su misión. Otro sacerdote que llevaba una vida irregular fue amonestado por Tomás, recibió de mala manera las represiones y, luego de insultar al arzobispo en su cara, partió hecho una furia. "No lo detengan", ordenó el prelado a sus capellanes y servidores. "La culpa fue mía. Fueron demasiado duras mis reprimendas".

El santo trató de imponer los mismos métodos que usaba para gobernar a sus clérigos y a sus fieles, al campo de los nuevos cristianos o moriscos, es decir, los moros que se habían convertido al cristianismo, pero cuya fe era inestable a tal extremo, que muchos de ellos caían en la apostasía y, en consecuencia, eran llevados ante el tribunal de la Inquisición y, a menudo, sometidos a torturas. Pero, no obstante su buena voluntad y la tenacidad de sus esfuerzos, fue muy poco lo que el arzobispo pudo hacer en favor de los moriscos en su extensa diócesis, aparte de obtener del emperador un fondo especial destinado a sostener a los sacerdotes especialmente capacitados para trabajar entre los moros convertidos. También consiguió fundar el santo prelado un colegio para los hijos de los moriscos. Se las arregló asimismo, para poner en funciones una escuela para niños pobres, dependiente de la universidad de Alcalá donde él había estudiado y, después, al sentir ciertos escrúpulos por haber gastado dinero fuera de su diócesis, fundó otra escuela igual en Valencia. Su generosidad

material igualaba a la caridad de su espíritu. Aborrecía las murmuraciones y, siempre que oía hablar mal de alguien, defendía al ausente. "Caballeros", decía en esas ocasiones: "juzgáis el asunto desde un punto de vista equivocado. Si ese hombre ha obrado mal, pudo haber tenido una buena intención, con lo cual basta para que haya obrado bien. Por mi parte, creo que así fue". Se registraron muchos ejemplos sobre los dones sobrenaturales que poseía Santo Tomás, como su poder para curar las enfermedades y multiplicar las provisiones, así como de numerosos milagros que obró o que se atribuyen a su intercesión, antes y después de su muerte.

No se sabe con certeza la razón que impidió al santo arzobispo asistir al Concilio de Trento. En representación suya al obispo de Huesca, y la mayoría de los obispos de Castilla le hicieron consultas antes de partir hacia la magna asamblea. Se sabe que a todos les rogó que luchasen para conseguir que el Concilio decretara una reforma interna de la Iglesia, que era tan necesaria como la batalla contra la herejía del luteranismo. Sugirió además dos proposiciones muy interesantes que, desgraciadamente, no fueron tenidas en cuenta. Una de ellas consistía en que todos los trabajos para el bien de las almas fuesen desempeñados por los sacerdotes o religiosos nativos del país, siempre y cuando estuviesen calificados para ello, especialmente en los distritos rurales; en la segunda propuesta, se pedía que fuera reforzada y actualizada la antigua ley canónica que prohibía el traslado del obispo de una sede a otra. Aquella idea de la unión indisoluble del obispo con su sede, como con una esposa, siempre estuvo presente en la mente del santo que vivió consagrado al cabal desempeño de sus deberes episcopales. "Nunca sentí tanto miedo", confesó en cierta ocasión, "de quedar excluido del número de los elegidos, como en aquel momento en que fui consagrado obispo". En diversas oportunidades solicitó en vano la autorización para renunciar, hasta que, a la larga, Dios tuvo a bien escuchar sus ruegos y lo llamó a Su seno. En el mes de agosto de 1555, fue atacado por una angina de pecho. Al sentirse enfermo, ordenó que fuese distribuido entre los pobres todo el dinero que estuviera en su posesión; el resto de sus bienes, a excepción del lecho en que yacía, fueron a parar a manos del rector de su amada escuela; su cama fue la herencia del carcelero para que la diera a los presos, pero con la condición de que su futuro dueño se la prestara hasta que ya no tuviese necesidad de ella. El 8 de septiembre, su fin parecía inminente. Mandó que se oficiase una misa en su presencia; después de la consagración, comenzó a recitar en voz alta, firme y pausada, el salmo *In te, Domine, speravi;* terminada la comunión del sacerdote, dijo el versículo: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu" y con estas palabras entregó el alma a Dios, cuando había cumplido los sesenta y seis años de edad. De acuerdo con sus deseos, fue sepultado en la iglesia de los frailes agustinos en Valencia. Se le canonizó en 1658. En vida se llamó a Santo Tomás "prototipo de obispos", el "generoso", el "padre de los pobres" y por cierto que era todo eso y mucho más, porque estaba inflamado por un gran amor a Dios que se pone de manifiesto en su apasionada y tierna exhortación. "¡Oh, maravillosa bendición! ¡Dios nos promete el Cielo como recompensa por amarlo! ¿No es acaso Su amor mismo, la mayor, la más deseable, la más preciosa de las recompensas y la más dulce de las bendiciones? Sin embargo, hay todavía otra recompensa, un premio inmenso para agregar al de Su amor. ¡Maravillosa bondad! Tú nos diste tu amor y por causa de ese amor nos entregas el Paraíso".

Al redactar la historia de Santo Tomás de Villanueva (*Acta Sanctorum*, sept. vol. v), los bolandistas tradujeron del español la biografía escrita por Miguel Salón, un contemporáneo que, tras de publicar una primera biografía en 1588, utilizó los datos proporcionados por el proceso de canonización para publicar un trabajo más completo en 1620. Los bolandistas publicaron también las memorias de un agustino, amigo personal del santo, el obispo Juan de Muñatones. Esas memorias aparecieron originalmente como prefacio en un volumen con la colección de los sermones y cartas de Santo Tomás que el obispo Muñatones editó en 1581. Entre las otras fuentes de información hay un sumario de los detalles del proceso de canonización que se recogieron en Valencia y en Castilla, resumen éste que también usaron los bolandistas para su prefacio y sus anotaciones. Este sumario está complementado con notas sobre los milagros y las reliquias del santo. Desde que los bolandistas publicaron su historia, en 1755, no se ha agregado nada digno de consideración al material biográfico. Hay un breve estudio de Quevedo y Villegas, así como una biografía en alemán escrita por Poesl (1860) y otra en francés por Dabert (1878). Los escritos de Santo Tomás de Villanueva han sido coleccionados, cuidadosamente editados y traducidos a otras lenguas.

SAN FOCAS EL JARDINERO, MÁRTIR (Fecha Desconocida)

FOCAS MORABA junto a la puerta de la muralla de Sinope, una ciudad de Paflagonia, sobre las costas del Mar Negro. Su medio de vida era el cultivo de un pequeño huerto y, entregado a su humilde y duro trabajo, imitaba las virtudes de los santos anacoretas. Así era tan completamente feliz como nuestros primeros padres en el Paraíso. Desde que ellos pecaron, la tierra dejó de rendir sus frutos por sí sola y requirió el sudor de la frente del hombre, sin embargo, para Focas no había delicia mayor que la de cuidar su jardín y podar sus árboles, porque consideraba que no podía haber tarea más útil, necesaria y natural, ni otra que mejor se adapte a mantener en el hombre el vigor de la mente y la salud del cuerpo, que la labranza. No puede haber un campo mejor para la contemplación que el de un jardín en flor, donde nuestras almas se eleven necesariamente a Dios con preces de alabanza y de amor, y donde se estimula nuestro fervor al ver la generosidad con que paga nuestros trabajos y multiplica la semilla que recibe, al tiempo que nos incita a derramar lágrimas por nuestra ingratitud hacia Dios. San Focas pensaba en todo esto, unía la plegaria al trabajo y su huerto era para él como un libro abierto y una inagotable fuente de meditación. Su casa siempre estaba abierta para todos, incluso para los desconocidos y peregrinos que no encontrasen lugar donde hospedarse. Y al cabo de varios años de haber repartido liberalmente los frutos de su trabajo entre los pobres, fue digno también de dar su vida por Cristo.

Repentinamente estalló en Paflagonia una cruel persecución contra la Iglesia. A Focas se le señaló como cristiano, se le privó de las formalidades de un juicio y se mandó a una partida de soldados para que le matasen en el mismo lugar donde le encontraran. Cuando los soldados llegaron a Sinope, no pudieron entrar porque estaban cerradas las puertas y pidieron asilo en el huerto de Focas sin saber que era él. Como de costumbre, el santo los recibió amablemente y los invitó a cenar. Cuando todos estaban sentados a la mesa, los soldados revelaron a su anfitrión los pormenores de la tarea que les había sido encomendada y le pidieron que les informara dónde podrían encontrar a Focas. El bondadoso jardinero les dijo que conocía perfectamente a Focas y que, a la mañana siguiente, les daría informaciones sobre su paradero. Al caer la noche, cuando todos se habían retirado a dormir, Focas cavó en el jardín su propia sepultura y, terminada la tarea, se arrodilló a orar a fin de preparar su alma

para la hora postrera de su vida. Así le sorprendió el amanecer y entonces se levantó y fue a la casa en busca de sus huéspedes para anunciarles que ya había encontrado a Focas, el que quedaría en su poder tan pronto como ellos quisieran aprehenderle. Los soldados preguntaron dónde podían hallarlo. "Aquí lo tenéis", repuso el mártir extendiendo los brazos. "Yo soy ese hombre que buscáis". En el primer momento, los soldados quedaron paralizados por el asombro; luego comenzaron a moverse sin saber qué hacer ni qué decir ante aquel hombre que tan generosamente les había acogido y que ahora se les entregaba resueltamente para que lo mataran. Focas, al advertir su confusión, los alentó a cumplir con su deber, puesto que él consideraba su propia muerte como el beneficio más grande que pudieran hacerle. Al cabo de algunas vacilaciones y sin que se pronunciara una sola palabra, los soldados sacaron a Focas al jardín y le cortaron la cabeza. Con el correr del tiempo, los cristianos de Sinope construyeron una magnífica iglesia que llevó su nombre. Alrededor del año 400, San Asterio, obispo de Amasea, pronunció el panegírico de este mártir, con ocasión de su festividad en una iglesia que se ufanaba de poseer parte de sus reliquias, y dijo que "Focas, desde el momento de su gloriosa muerte, se convirtió en un pilar de las iglesias de este mundo. A todos los hombres los llama a su casa y ahí los recibe siempre con grandes beneficios; los caminos están transitados de continuo por los peregrinos que acuden de todas las comarcas a orar donde él elevaba sus plegarias. La magnífica iglesia que conserva sus restos, es el sitio donde los afligidos encuentran alivio y consuelo los enfermos salud y los necesitados abundantes provisiones en sus bodegas. Y cualquier lugar donde se conserven y veneren sus reliquias, aunque sea una mínima parte de ellas, como en esta iglesia, se convierte en el recinto donde más desean morar los cristianos". San Asterio agregó en su panegírico que los navegantes de los mares del Euxino, el Egeo, el Adriático y los océanos, cantan himnos en su honor y, con mucha frecuencia, el santo mártir los ha socorrido y salvado de innumerables peligros.

El relato que escribió Alban Butler sobre San Focas fue insertado arriba, con algunas omisiones y alteraciones verbales, porque debe resultar conmovedor para los amantes de la jardinería, el campo y la labranza de las tierras. Sólo agregaremos que nada más puede decirse con certeza sobre el santo de Sinope, aparte de que vivió en aquella ciudad, fue martirizado y ampliamente venerado. Hay infinidad de datos falsos e inventados, y el nombre de Focas figura en los calendarios en muy diversas fechas. En el Martirologio Romano aparece San Focas, mártir de Antioquía, el 5 de marzo, y San Focas, obispo de Sinope y mártir durante la persecución de Trajano, el 14 de julio. Posiblemente, ambos sean derivados de Focas el Jardinero. Antioquía, la ciudad de Vienne en Francia, y muchas otras partes del oriente de Europa afirman poseer porciones de sus reliquias.

El panegírico de San Asterio se halla impreso en *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. VI, así como en Migne, PG., vol. XL, cc. 300-313. Los investigadores del folklore han discutido mucho la historia de San Focas, ansiosos de aclarar el motivo de su popularidad y de la devoción que le profesan los marineros; es posible que la explicación se encuentre en su nombre de "foca", del griego φώκη, que es el de un animal marino. Ver *Archiv fur Religionswissenschaft*, vol. VIII (1904), pp. 445-452. Por otro lado, los investigadores E. Mass, O. Kern y Jaisle, ofrecen soluciones que difícilmente pueden sostenerse en pie. En el *Synaxarium Constantinopolitanum* (ed. de Delehaye), cc. 67-68, hay una amplia nota sobre San Focas el 22 de septiembre; véase el CMH., pp. 128, 374-375.

SANTOS MAURICIO Y SUS COMPAÑEROS. LOS MÁRTIRES DE LA LEGIÓN TEBANA (*c.* 287 P.C.)

A FINES del siglo III, varios miles de "bagaude", pobladores de las Galias, se levantaron en armas, y el Augusto Maximiano Herculio marchó de Roma para sofocar la rebelión, al frente de un gran ejército en el que figuraba la Legión Tebana. Los guerreros de aquella legión habían sido reclutados en el alto Egipto y todos eran cristianos. Cuando el ejército llegó a Octodurum (Martigny), sobre el Ródano, poco antes de su desembocadura en el lago de Ginebra, el Augusto Maximiano dio una orden para que todos sus soldados se uniesen a la ceremonia de ofrecer sacrificios a los dioses por el éxito de su expedición. Todos los miembros de la Legión Tebana se retiraron para acampar en las proximidades de Agaunum (que en la actualidad se llama Saint Maurice-en-Valais), después de anunciar que se negaban rotundamente a tomar parte en los ritos. Repetidas veces, Maximiano envió mensajeros al campamento de los tebanos para exigirles obediencia y, en vista de las reiteradas y unánimes negativas, condenó a los legionarios a ser diezmados. Así, un hombre de cada diez, fue sacrificado. Cumplida la sentencia, se reiteraron los llamados de Maximiano para que los tebanos acataran las órdenes o se arriesgaran a ser diezmados nuevamente, pero todos, sin faltar uno, respondieron que estaban dispuestos a sufrir cualquier penalidad, antes que tomar parte en un culto contrario a su religión. En aquella general manifestación de fe, los legionarios fueron alentados y asesorados, sobre todo, por tres de los oficiales: Mauricio, Exuperio y Cándido, que desempeñaban los puesto de *primicerius*, *campiductor* y *senator militum*, respectivamente. Maximiano llegó en persona al campamento de los rebeldes para advertirles que no confiaran en salvarse una vez pagado aquel segundo diezmo, puesto que, si persistían en su desobediencia, ni un solo hombre de la legión quedaría con vida. Los soldados comisionaron a uno de los suyos para que respondiera a Maximiano en nombre de los demás, con todo respeto: "Somos vuestros soldados, señor, pero ante todo somos servidores del verdadero Dios. Os debemos la obediencia en las obligaciones militares, mas no podemos renunciar a Aquél que es nuestro Creador y nuestro Amo y que es también el vuestro, aunque vos lo rechacéis. En todas las cosas que no sean contrarias a Su ley, os obedeceremos con nuestra mejor voluntad como lo hemos hecho hasta ahora. Siempre hemos hecho frente a vuestro enemigo, cualquiera que fuese, pero no podemos manchar nuestras manos con la sangre de gentes inocentes. Nos hemos comprometido con un juramento a Dios antes de haber jurado serviros en el ejército, y ni vos mismo podríais confiar en nuestro segundo juramento, si no somos capaces de cumplir fielmente con el primero. Nos ordenáis castigar a los cristianos, pero no miráis que nosotros mismos somos cristianos. Confesamos a Dios Padre, autor de todas las cosas y a su Hijo Jesucristo. Hemos visto cómo mataban a nuestros compañeros, sin lamentarnos por su muerte y, antes bien, nos regocijamos por el honor que les cupo en suerte. No penséis, señor, que vuestra provocación nos incita a la rebeldía. Tenemos armas en las manos, pero no por eso nos resistimos a obedeceros, sino por la razón de que preferimos morir inocentes a vivir en pecado".

La Legión Tebana constaba de seis mil seiscientos hombres y, como Maximiano perdió toda esperanza de doblegar su constancia, ordenó al resto

de su ejército que cercara a los tebanos y les hiciera pedazos. Ninguno de los cristianos ofreció resistencia y todos se ofrecieron al sacrificio con la mansedumbre de los corderos. La matanza fue espantosa: un vasto espacio de terreno quedó cubierto por el montón de cadáveres del que manaban arroyos de sangre. Maximiano acudió a inspeccionar la obra y, evidentemente satisfecho, mandó a sus soldados que despojaran a los muertos de sus ropas y sus armas y se quedasen con ellas como botín. Se hallaban todos entregados a la macabra tarea, cuando un veterano llamado Víctor rehusó participar en ella. Sus compañeros le preguntaron si también era cristiano, a lo que respondió afirmativamente. En seguida se precipitaron sobre él y le mataron. A otros dos soldados de aquella legión, llamados Víctor y Urso, que habían quedado rezagados en la marcha, en cumplimiento de alguna orden, se les buscó hasta encontrarlos en la ciudad de Soloturno donde fueron asesinados. De acuerdo con diversas leyendas locales, los pocos miembros de la legión que no fueron exterminados en la matanza general por haberse hallado ausentes en aquellos momentos, como San Alejandro de Bérgamo, los santos Octavio, Adventor y Solutor, en Turín, y San Gereón, en Colonia, fueron igualmente localizados y muertos por su fe. El Martirologio Romano menciona a Vitalis, a Inocencio, a los tres santos martirizados en Turín y a un Víctor, en la fecha de hoy; a los santos Urso y el otro Víctor, el 30 de septiembre y, en la misma fecha, a San Antonino de Piacenza, erróneamente vinculado a la Legión Tebana. San Euquerio, al referirse a las reliquias de los legionarios que se conservaron en Agaunum por aquel entonces, dijo: "Mucha gente acude de las diversas provincias para honrar devotamente a estos santos, y no son pocos los que dejan en su santuario presentes de oro y plata y diversos objetos. Yo sólo puedo ofrecerles, humildemente, esta obra de mi pluma y les ruego que intercedan por el perdón de mis culpas y que no cesen de otorgarme su protección". El mismo autor hace mención de numerosos milagros que ocurrieron en aquel santuario y habla de cierta mujer paralítica que recuperó el movimiento gracias a los santos mártires, "y ahora porta con ella, por todas partes, el testimonio del milagro", agrega San Euquerio. Este santo fue el testigo principal en la historia que acabamos de relatar. Era obispo de Lyons durante la primera mitad del siglo quinto y, a pedido de otro obispo, llamado Salvio, realizó investigaciones y escribió un relato sobre la matanza de Agaunum y los mártires de la Legión Tebana, en cuyo honor se erigió en aquella ciudad una basílica hacia fines del siglo cuarto, con motivo de una visión que tuvo el entonces obispo de Agaunum, llamado Teodoro, sobre el lugar donde se hallaban sepultados sus restos. Euquerio afirma que obtuvo sus informes de Isaac, obispo de Génova, quien, a su vez, según piensa el autor, las consiguió del propio Teodoro. Debe observarse que, como se dice en nuestro relato, los legionarios, en su manifiesto, aluden a su negativa para derramar la sangre de los cristianos inocentes. Parece indudable que, por lo menos, esa parte de la protesta haya sido agregada por San Euquerio, quien declara que los tebanos fueron muertos por negarse a tomar parte en la matanza de los cristianos y no hace ninguna mención sobre la rebelión de los "bagaude" en las Galias. En otras narraciones sobre estos mártires se dice que sufrieron la muerte por haber rehusado sacrificar ante los dioses. San Mauricio y sus compañeros de la Legión Tebana han sido objeto de muchas discusiones, investigaciones y estudios. Es improbable que la legión entera haya sido sacrificada, no porque los generales del imperio romano no fuesen capaces de emprender una matanza en masa como aquélla, sino porque las circunstancias de la época y la carencia absoluta de pruebas contemporáneas están en contra de la completa autenticidad de la historia. Alban Butler se lamenta de que "la veracidad de aquel sucedido" haya sido puesta en tela de juicio por algunos historiadores protestantes, pero también los investigadores y estudiosos católicos han manifestado sus vacilaciones para aceptarla, y algunos han llegado a decir que toda la historia es falsa e inventada. Sin embargo, parece evidente que la matanza de San Mauricio y sus compañeros de Agaunum es un hecho histórico; el número de hombres que murieron entonces, es otra cuestión; hay muchas posibilidades de que, con el correr del tiempo, se haya llegado a creer que una simple escuadrilla era una legión.

La iglesia construida por San Teodoro de Octodurum, en fechas posteriores al suceso, se convirtió en el centro de una abadía que fue la primera en occidente que mantuvo el rezo continuo del oficio divino, de día y de noche, con turnos de coros. Aquel monasterio quedó en manos de los canónigos regulares y es ahora una abadía *nullius*. Ahí se conservan las reliquias de los mártires en un relicario que data del siglo sexto, pero tanto las reliquias como la veneración a los legionarios tebanos se ha extendido mucho más allá de las fronteras de Suiza. En la liturgia de la Iglesia de occidente se les conmemora. San Mauricio es el patrón de Saboya y de Cerdeña, de diversas ciudades, de los soldados de la infantería, los forjadores de espadas, los tejedores y los tintoreros.

El texto de San Euquerio, que ha sufrido muchos agregados y modificaciones, se encontrará en los insertos de Ruinart en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VI; pero es de primera importancia consultar la edición de B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III, pp. 32-41. Sobre la cuestión del martirio en masa, el escrito más sobrio y digno de confianza es el de M. Besson, *Monasterium Acaunense* (1913). Besson disiente de los puntos de vista extremados de Krusch, a pesar de que también los suyos se prestan a críticas (*cf. Analecta Bollandiana*, vol. XXXIII, pp. 243-245). El asunto se trata también extensamente en el DAC., vol. X (1932), cc. 2699-2729, de H. Leclercq. La bibliografía que proporciona ocupa cuatro largas columnas a un espacio y con caracteres pequeños y demuestra el muy vasto interés que ha despertado el asunto. Ver también a O. Lauteburg y R. Marti-Wehrn, en *Martyrium von sankt Mauritius. Die Legende* (1945).

SAN FELIX III (IV), PAPA (530 P.C.)

EN EL año de 526, a su regreso de su visita a Constantinopla, el Papa San Juan I fue hecho prisionero en Ravena por Teodorico, rey de los godos, y murió al poco tiempo. Entonces, Teodorico presentó al sacerdote Félix para que fuese nombrado como sucesor del extinto pontífice, y entre el clero y el pueblo de Roma circuló una sensación de alivio, en vista de que la elección real había recaído sobre un hombre tan intachable, tan capacitado para desempeñar el alto cargo, de manera que, sin la menor tardanza y sin vacilación alguna, se procedió a elegirlo. El nuevo Papa utilizó el favor de que gozaba en la corte para promover los intereses de la Iglesia y obtuvo del rey un decreto por el que se imponía una multa a todos aquéllos que pasaran por alto la antigua costumbre de que un laico en litigio con un clérigo solamente podía citarlo ante el Papa o sus delegados. El monto de las multas que se impusieran por esas ofensas debería quedar a disposición de la Santa Sede para que fuese distribuido entre los pobres. San Félix aprobó los escritos de San Cesareo de Arles sobre la gracia y el libre albedrío contra las opiniones de San Fausto

de Riez. En 529, envió al segundo sínodo de Orange gran número de proposiciones sobre la doctrina de la gracia, extraídas de los trabajos de San Agustín y, de esta manera, dio las bases para la condenación del semi-pelagianismo por parte del concilio. La corte le cedió dos antiguos edificios del Foro Romano, donde San Félix hizo construir la basílica de Santos Cosme y Damián. Los mosaicos que hasta hoy se admiran en el ábside y el arco central de esa iglesia fueron hechos bajo la dirección del Pontífice.

San Félix murió el año de 530, después de haber ocupado la sede apostólica durante cuatro años. En su tiempo, se le tenía por un hombre de gran sencillez, humildad y caridad hacia los pobres.

A pesar de que en el Martirologio Romano se cita a este santo Papa como a Félix IV, las investigaciones han demostrado que, en realidad, se trataba de Félix III, puesto que el antipapa de ese nombre no tenía derecho a figurar en el número de la sucesión. Ver a Félix II en este volumen, el 29 de julio. Los bolandistas insertan un breve relato de su pontificado, en la fecha del 30 de enero. Véase también el *Liber Pontificalis* (Duchesne), vol. v, pp. 270 y ss., así como a Grisar en Geschichte *Roms und der Päpste*, vol. I, pp. 183 y ss. y 495 y ss.

SANTA SALABERGA, Matrona y SAN BODO, Obispo (*c.* 665 y *c.* 670 p.c.)

Cuando San Eustaquio de Luxeuil viajaba de regreso a su monasterio desde Baviera, fue hospedado en una casa donde había una niña llamada Salaberga, que estaba ciega. El santo tomó aceite, lo bendijo y ungió con él los párpados de la chiquilla; después se puso en oración y Dios devolvió la vista a la infortunada Salaberga. Con el correr del tiempo, ésta se casó con un joven del lugar, pero el esposo murió dos meses después de la boda, y Salaberga, interpretó aquel suceso como una señal de que Dios la quería para su servicio en algún monasterio. Sin embargo, los padres de la joven pensaban de distinta manera y la casaron de nuevo con un noble caballero llamado Blandino. Con él tuvo cinco hijos, dos de los cuales, Baudino y Anstrudio, llegaron a ser venerados como santos. Salaberga había dotado a un convento de Poulangey y, al cabo de varios años de feliz matrimonio, tanto ella como su marido, de común acuerdo, decidieron retirarse del mundo. Blandino se hizo ermitaño y se le venera como santo en la diócesis de Meaux. Ella se retiró primero al convento de Poulangey y, más tarde, por consejo de San Walberto, abad de Luxeuil, fundó un nuevo monasterio en Laon, alrededor del año 650. Aquella abadía era un establecimiento muy extenso y tenía conventos para monjes y para monjas. Salaberga tenía un hermano casado que se llamaba Bodo, al que convenció para que abandonase el mundo y tomara los hábitos, al tiempo que su esposa se unió a la comunidad de Laon. Bodo llegó a ser el obispo de Toul y fundó tres monasterios, en uno de los cuales fue abadesa su propia hija. La fiesta de San Bodo se celebra el día 11 de este mes. Durante los dos últimos años de su vida, Santa Salaberga sufrió continuamente grandes dolores, que soportó con valor y paciencia. Después de su muerte, su hija Santa Anstrudis se hizo cargo del gobierno de la comunidad. Santa Salaberga fue sepultada en la abadía y, posteriormente, los restos de San Bodo fueron exhumados de su sepultura en Toul y trasladados junto a los de su hermana.

La biografía impresa originalmente en *Acta Sanctorum*, sept. vol. VI, fue editada con comentarios críticos por B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. V, pp. 40-66, donde demuestra que el nombre correcto de la santa es Sadalberga; pero lo importante es que la biografía que pretendía haber sido escrita por un contemporáneo es, en realidad, una recopilación que data del siglo IX. Son más dignas de confianza algunas referencias que hace a Salaberga el escritor Jonás, abad de Bobbio en su Vida de San Columbano. Para los datos sobre Bodo (Leudin), ver el *Acta Sanctorum*, sept. vol. III.

SAN EMERANO, Obispo (Siglo VII)

Este santo misionero predicó el Evangelio con celo infatigable en los alrededores de Poitiers y se afirma, aunque no hay pruebas, que llegó a ser obispo de aquella ciudad. Su nombre no aparece en las listas episcopales de esa sede o de otra cualquiera. Luego de haber trabajado ahí con gran éxito durante varios años, Emerano se sintió movido a compasión por la desdichada condición en que vivían muchos miles de idólatras en Alemania y más allá del Danubio, y se marchó a predicar el Evangelio en las regiones de Baviera. El duque Teodo lo detuvo en Ragensburg, en la misma forma como trató de detener, algún tiempo después, a San Corbiniano, para que ejerciera su ministerio entre sus súbditos. Emerano permaneció tres años en Ragensburg y conquistó para la Iglesia a numerosos infieles y pecadores. Después, emprendió una peregrinación a Roma, pero cuando había llegado a Kleinhelfendorf, entre Munich y el Tirol, fue nuevamente detenido por unos hombres que se hicieron pasar por los representantes del duque Teodo y que le trataron con brutalidad. Sin embargo, el santo pudo escapar y refugiarse en Feldkirchen, donde murió a poco de llegar, como consecuencia de las heridas que había recibido. Poco después, su cuerpo fue trasladado a Ragensburg. No se sabe que haya sido alguna vez obispo de aquella ciudad ni fundador del monasterio que lleva su nombre.

El motivo y las circunstancias del asesinato de San Emerano son un misterio (el Martirologio Romano dice, en base a suposiciones, que "sufrió con paciencia una muerte cruel por Cristo y para obtener la libertad de otros"). Menos de un siglo después, Aribo, obispo de Freising, escribió su biografía que no es tal, sino un ejemplo característico de las invenciones hagiográficas, llenas de agregados, exageraciones y fantasías, para la edificación popular. Se dice que antes de que Emerano partiese con rumbo a Italia, Oda, la hija del duque Teodo, le confió que estaba embarazada por causa de sus relaciones con un noble caballero de la corte del duque y que no se atrevía a decir nada por temor a la cólera de su padre y a lo que pudiera hacerle a ella y al caballero. Emerano la autorizó a decir que él mismo era el padre de la criatura por nacer. Sin duda que el piadoso Aribo esperaba que sus lectores quedasen admirados ante la magnanimidad y el espíritu de sacrificio de Emerano, pero el efecto es contraproducente puesto que, aparte de que el sacerdote aconsejaba que se dijese una mentira que seguramente habría de causar un gran escándalo, no había en ello otro beneficio que el de proteger al verdadero culpable. Sin embargo, Oda procedió tal como se lo habían aconsejado. En cuanto se descubrió su secreto, su hermano Lantberto, con varios de sus hombres, partió en persecución de Emerano. Cuando le dieron alcance, en Kleinhelfendorf, lo ataron de pies y manos a una escalera, le sacaron los ojos, le cortaron la lengua, le cercenaron los miembros y le dejaron a que se desangrara hasta morir, entre diversas manifestaciones maravillosas. Inmediatamente, el pueblo proclamó mártir a San Emerano.

Mucho es lo que se ha escrito sobre este santo (cuyo nombre correcto podría ser "Haimhramus"). Hay biografías escritas por el obispo Arbeo o Aribo, por Meginfrido de Magdeburgo y por Arnoldo, quien pertenecía al monasterio que llevaba el nombre de Emerano. En la edición de la biografía de Aribo, hecha por MGH., *Scriptores Merov.*, vol. IV, pp. 452-520, con anotaciones críticas, B. Krusch demuestra que el texto impreso por los bolandistas (en *Acta Sanctorum*, vol. VI, septiembre) representa substancialmente el escrito original de Aribo que fue escrito alrededor del año 772. Pero aun en su forma auténtica, los datos de Aribo no son dignos de confianza. Ver a A. Bigelmair, en *Die Anfänge des Christentums in Bayren*, en el *Festgabe*, a *A. Knöpfler* (1907) y a J. A. Enders en el *Römische Quartalschrift* para 1894; para esto, véase especialmente a J. A. Enders en *Beiträge zur Geschichte des M. A. Regensburgs* (1924).

23: SAN LINO, PAPA Y MÁRTIR (c. 79 P.C.)

YA PARA estos tiempos, no se discute que San Lino haya sido el primer sucesor de San Pedro en la sede de Roma, pero sobre él no se sabe prácticamente nada. San Irenaco, quien escribió acerca de él hacia el año 189, le identifica con el Lino mencionado por San Pablo en su segunda carta a Timoteo (IV-21) y da a entender que fue nombrado obispo antes de la muerte de San Pedro. Al Papa Lino se le nombra entre los mártires en el canon de la misa, y su fiesta se celebra en toda la Iglesia de occidente en la fecha de hoy, pero su martirio es muy dudoso, puesto que no se registró ninguna persecución en su tiempo; además, Irenaco, al mencionar a los pontífices que sucedieron a Pedro y que fueron martirizados, sólo nombra a San Telésforo.

Ver el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, p. 121; a Grisar en *Geschichte Roms und der Päpste*, p. 220 y a Lightfoot en *St. Clement of Rome*, vol. I, p. 201.

SANTA TECLA DE ICONIO, VIRGEN Y MÁRTIR (¿Siglo I?)

TECLA, LA virgen a quien se refiere la liturgia de oriente como a la "protomártir entre las mujeres y elevada al nivel de los Apóstoles", fue una de las heroínas más reverenciadas en los primeros tiempos de la Iglesia. En su *Banquete de las Diez Vírgenes*, San Metodio de Olimpo nos cuenta que era una doncella muy versada en literatura y filosofía profanas y elogia profusamente la facilidad, la fuerza, la dulzura y la modestia de su lenguaje, puesto que había recibido sus instrucciones en las ciencias divinas y en los Evangelios, del propio San Pablo. San Agustín, San Epifanio, San Ambrosio y otros Padres de la Iglesia, afirman que la predicación de San Pablo la convirtió al cristianismo y que los discursos del Apóstol encendieron en ella el amor por la castidad. San Gregorio de Nissa dice, por su parte, que se entregó al sacrificio de sí misma con un aniquilamiento tan absoluto de sus sentidos, que nada parecía seguir vivo en ella, fuera de la razón y el espíritu.

A pesar de todo lo dicho, no es de ninguna manera una certeza que haya siquiera existido esta Santa Tecla. Pudo haber una mujer con ese nombre a la que convirtió San Pablo y que se dedicó al servicio de la Iglesia, pero si acaso existió, lo ignoramos todo sobre ella. Su leyenda, muy difundida y popular, depende por entero de un romance compuesto hacia fines del siglo segundo y al que se conoce con el nombre de *Actas de Pablo y Tecla*. San Jerónimo las

tacha de apócrifas, y Tertuliano asegura que fueron escritas por un presbítero del Asia a quien las autoridades eclesiásticas depusieron de su ministerio al comprobársele, precisamente, que había utilizado en falso el nombre de San Pablo. No obstante esto, el libro mantuvo su popularidad en la Iglesia, y una larga sucesión de escritores, tan famosos como los mencionados antes, se refirieron posteriormente a diversos incidentes del argumento. Las "Actas" refieren que San Pablo (a quien se describe como "un hombrecillo de baja estatura, calvo, de piernas arqueadas, de constitución vigorosa, cejas muy pobladas, nariz larga y una mirada penetrante y atractiva") se hallaba como huésped en la casa de Onesíforo, en Iconio, cuando su presencia, su actitud y sus palabras, impresionaron de tal manera a la doncella Tecla que, por influencias del Apóstol decidió poner en práctica sus enseñanzas sobre la castidad y la virginidad. En consecuencia, rompió en seguida su compromiso para casarse con cierto joven llamado Tamiris y su actitud produjo una gran conmoción en su hogar. Sus padres se mostraron indignados, Tamiris trató de disuadirla con halagos, promesas y caricias; los servidores le suplicaron con lágrimas en los ojos, sus amigos y vecinos discutieron largamente con ella, las autoridades civiles intervinieron y los magistrados profirieron terribles amenazas. Se recurrió, en fin, a todos los medios posibles para que la joven actuase razonablemente, pero Tecla, fortalecida por la gracia del Todopoderoso, resistió con entereza todos los embates. Entonces Tamiris, el prometido desdeñado, quiso vengarse y denunció ante los tribunales las actividades de San Pablo, que recibió el castigo de los azotes y fue expulsado de la ciudad, bajo la acusación de inducir a las doncellas a renunciar al matrimonio y apartar a las casadas de sus maridos. En cuanto a Tecla, se le condenó a morir en la hoguera por su obstinación y, cuando comenzaban a ascender las llamas para consumir el cuerpo de la virgen, estalló una tempestad furibunda que apagó el fuego, hizo huír a todos a la carrera y permitió que Tecla escapara para reunirse con San Pablo en Antioquía. Hallábase la doncella en dicha ciudad cuando el siriarca Alejandro la vio transitar por las calles y, presa del deseo, trató de raptarla. La doncella comenzó a luchar a brazo partido con el reyezuelo para desasirse y, en el forcejeo, le desgarró el manto, le echó por tierra la corona y a él mismo lo derribó. El siriarca, enfurecido al verse en posición tan ridícula, como blanco de las risas del pueblo, se fue a exigir al gobernador de Antioquía que castigase severamente a la insolente joven. Tecla compareció ante el gobernador, quien la condenó a ser devorada por las fieras. Durante algún tiempo, estuvo bajo vigilancia en el palacio de cierta reina Trifaena (personaje histórico), cuya hija, antes de morir, le había revelado su presentimiento de adoptar a Tecla, en razón de que era una mujer virtuosa que oraba por la salvación de la hija de la reina, "a fin de que su alma morase en la casa de los justos".

Cuando llegó la fecha de la ejecución, Tecla fue sacada del palacio y expuesta a las fieras en el anfiteatro, pero los leones, en vez de atacarla, se echaron a sus pies y se los lamieron mansamente, como si quisieran besarlos. Los cuidadores de las bestias optaron por retirar a los leones y sacar otros animales más feroces. Mientras se practicaba el cambio, Tecla fue conducida ante un estanque donde había lobos marinos. Cuando los verdugos la despojaban de sus vestiduras para arrojarla a las aguas, la doncella recordó que aún no había sido bautizada y entonces se arrojó al foso al tiempo que decía: "En nombre de Jesucristo, yo me bautizo en mi última hora". Los lobos marinos

murieron como fulminados por un rayo y, cuando Tecla salió del foso, aparecía en torno a ella un halo de fuego y humo que ocultaba su desnudez a los ojos del público e impedía que se le acercaran las fieras. El siriarca Alejandro sugirió entonces que se echaran a la arena los toros bravos para que lucharan entre sí con la víctima atada a los cuernos de una de las fieras. "Se hará lo que pides, pero será inútil", dijo con aire fatalista el gobernador y dio la orden. Cuando los toros se precipitaron uno contra otro, enfurecidos, las cuerdas que ataban a Tecla se rompieron y la joven cayó al suelo sin sufrir daño alguno, mientras los toros luchaban entre sí, sin ocuparse de ella. En aquel momento, la reina Trifaena se desmayó y el gobernador ordenó que se suspendiesen los juegos en la arena, en consideración a las fuertes emociones de Trifaena, que era pariente del César.* Así, entre los aplausos de la multitud, Tecla quedó en libertad. Vestida con ropas de hombre, huyó de Antioquía para reunirse con San Pablo en la ciudad de Myra, en Licia. El apóstol le dio instrucciones para que enseñara la palabra de Dios y así lo hizo la muchacha, que partió a Iconio para convertir al cristianismo a su madre y otros miembros de la familia. Después, se retiró a vivir en la soledad de una cueva, en la región de Seleucia, donde permaneció durante setenta y dos años. La fama de los milagros que obraba en su reclusión, llegó a oídos de los médicos griegos de las ciudades vecinas, quienes hicieron investigaciones sobre las maravillosas curaciones y llegaron a la conclusión de que aquella Tecla era una virgen al servicio de la diosa Artemisa y, como tal, tenía poderes divinos para devolver la salud a los enfermos y lisiados. Los médicos sintieron celos ante aquella competencia y decidieron pagar a varios jovenzuelos para que se llegaran hasta la cueva y mataran (o violentaran, según dicen otras versiones) a Tecla. Cuando los jóvenes se presentaron para atacarla, ella estaba arrodillada, en oración y, antes de que alguno pudiese tocarla, la roca se abrió para darle refugio, puesto que así llegó a los brazos de su Señor. Sin embargo, otro de los relatos dice que Tecla encontró, dentro de la roca abierta, un pasadizo por el que logró escapar de sus perseguidores y, una vez libre, se dirigió a Roma en busca de San Pablo, que ya para entonces había sido decapitado. Y, "tras de permanecer en Roma una breve temporada, descansó en el sueño glorioso de la muerte". Fue sepultada a unos dos o tres estadios de distancia de la tumba de su maestro, San Pablo.

Es evidente que esta historia es una fábula, por lo menos en la mayoría de sus detalles. También resulta claro que fue escrita con la intención de exaltar la virtud de la virginidad y causar una profunda impresión entre los lectores, en cuanto a las enseñanzas del cristianismo sobre la castidad. Pero aun bajo este aspecto, las *Actas de Pablo y Tecla* resultan un tanto extravagantes, puesto que se pone en boca de San Pablo la enseñanza de que es muy difícil obtener la salvación sin la virginidad. Por esta causa, ha habido comentaristas que han llegado a suponer que las "Actas" fueron escritas bajo la influencia de los encratitas, una secta hereje que condenaba la práctica de beber vino, de comer carne y de contraer matrimonio. En realidad, Santa Tecla no vertió su sangre por Jesucristo; su martirio consistió en los reproches y castigos que recibió por parte de su prometido y de sus familiares, sus pruebas en la hoguera y ante las fieras. Esos fueron los tres tormentos a que fue sometida, según refiere el *Rituale Romanum* en las oraciones para encomendar el alma de los moribundos,

* Trifaena era prima segunda del emperador Calígula.

con estas palabras: "Y así como Tú liberaste a la bendita virgen y mártir Tecla de los tres crueles tormentos, dígnate liberar el alma de éste tu siervo y llevarlo a gozar contigo de la bienaventuranza celestial". Desde la monumental iglesia edificada en el lugar donde se supone que estuvo la cueva que habitó Tecla, en Meriamlik, cerca de Seleucia, se extendió el culto y la veneración por esta santa, entre toda la cristiandad; se la conmemora en la liturgia romana y se hace mención de su nombre en el canon de la misa ambrosiana.

El texto griego de las *Actas de Pablo y Tecla* fue editado por Tischendorf en 1851 y reeditado por Lipsius-Bonnet en 1891, en *Acta Apostolorum Apocrypha*, vol. I. La versión siria fue publicada por W. Wright en 1871, y la armenia por F. C. Conybeare en *The Apology and Acts of Apollonius and other Monuments of Early Christianity* (1894). Ver también a Pirot, en *Supplément au Dictionnaire de la Bible* (1926), vol. I, cc. 494-495. Sir W. M. Ramsey, en su libro *The Church in the Roman Empire* se adhiere al punto de vista de que realmente existió una mujer llamada Tecla que se convirtió por las enseñanzas del Apóstol San Pablo. En DCB., vol. IV, pp. 882-896, hay una extensa discusión sobre las *actas*, lo mismo que en una traducción al inglés de las mismas, de J. Orr, *New Testament Aprocryphal Writings* (1903).

SAN ADAMNAN o EUNAN, ABAD DE IONA (704 P.C.)

ADAMNAN, a quien San Beda llama "hombre bueno y sabio, notablemente ilustrado en las Sagradas Escrituras", nació hacia el año de 624, en Drumhome, en el condado de Donegal. Ahí mismo fundó un monasterio e ingresó en él, pero no tardó en seguir los pasos de Colomba, su santo consanguíneo, y se retiró al monasterio de Iona, del que fue el noveno abad en el año de 679. A la muerte de Oswy, el rey de Nortumbría, su hijo Alfrido, para escapar al rencor del usurpador Egfrido, buscó refugio en Iona, donde conoció a Adamman. Siete años más tarde, Alfrido había recuperado el trono y, al requerirse los servicios de una persona capacitada para parlamentar con los de Nortumbría en favor de los irlandeses, a fin de negociar el rescate de algunos prisioneros, se eligió naturalmente a San Adamnan. Tuvo éxito en su misión: regresó a Inglaterra e hizo detenidas visitas a los monasterios de Wearmouth y Jarrow, donde fue visto por el joven Beda, que por entonces (el año de 688) tenía trece años. Como resultado de aquellas visitas y de una larga conversación que mantuvo con San Ceolfrido, el abad dejó de lado la costumbre de sus predecesores y adoptó la verdadera fecha para celebrar la Pascua. Al regresar a su monasterio, hizo todo cuanto estuvo de su parte para que los monjes de Iona adoptasen también la nueva fecha, pero sin mucho éxito.

Después de su fracaso por convertir a los monjes celtas a las costumbres romanas, San Adamnan pasó una larga temporada en Irlanda. Durante el Concilio de Birr, llegó a convencer a la asamblea de que las mujeres no debían tomar parte en las guerras y que ni ellas, ni los niños debían perecer en la lucha ni ser tomados prisioneros; en honor suyo, aquella decisión del Concilio se llamó "Ley Adamnan". Durante el tiempo que permaneció en Irlanda, luchó para que la Pascua se celebrase en la fecha romana, como se hacía en casi todas partes, menos en las regiones donde se dejaba sentir la influencia de los monasterios de San Colomba, sobre todo en el propio Iona. Hizo un vano intento final para superar la oposición de su comunidad y, como dice su biografía, "sucedió que le llegó el momento de partir de este mundo, antes de que comenzara el año siguiente, porque así lo ordenó la divina Bondad al ver que era un hombre aman-

te de la paz y la unidad y merecía llegar a la vida eterna sin verse obligado, por el arribo de la siguiente fecha de la Pascua, a disputar más seriamente con los que se obstinaban en no seguirle". Su muerte ocurrió el 23 de septiembre de 704.

Adamnan, "un santo varón de lágrimas y penitencias, dedicado en la plegaria, diligente, mortificado y sabio en las Sagradas Escrituras de Dios", fue el más brillantes de los superiores de Iona, después de San Colomba. Era un escritor e investigador infatigable. En uno de sus escritos se refiere a las tablillas, plumas, estilos y cuernos para tinta que había en el escritorio de Iona, aparte de los instrumentos de que él mismo se servía para escribir y que a veces fabricaba con sus manos. Como autor, se le recuerda sobre todo por su *Vida de San Colomba*, uno de los documentos hagiográficos más importantes de cuantos hay en existencia y la biografía más completa entre las que se escribieron a principios de la Edad Media. Adamnan la escribió en latín, a solicitud de sus monjes. En la última parte del siglo séptimo, un obispo franco llamado Arculfo hizo una peregrinación a Jerusalén y, en el viaje de regreso, su nave, empujada por vientos contrarios, fue a dar a las costas occidentales de las Islas de Bretaña (lo que parece muy extraño, a menos que la nave se dirigiese a uno de los puertos sobre la costa occidental de Francia). Después de muchas aventuras, Arculfo llamó a las puertas del monasterio de Iona, donde fue cordialmente acogido e hizo, para beneficio de los monjes, un detallado relato sobre todo lo que había visto y lo que le había ocurrido en el oriente. San Adamnan escribió aquellas narraciones y así compuso su otra obra bien conocida: *De locis sanctis* que, "con el correr del tiempo, resultó benéfica para muchos, especialmente para los que estaban lejos de aquellos lugares donde vivieron los patriarcas y los apóstoles y nunca podrían conocer nada de ellos, a no ser por las lecturas". El libro fue presentado por Adamnan al rey Alfrido y "por su intermedio, llegó a manos de personajes de menor calidad" y, hasta nuestros días, los estudiosos lo leen a menudo.

Entre las consejas populares relacionadas con este santo se halla una donde se relata que, a fin de abastecer de leña a su monasterio, derribó él mismo con el hacha tan gran cantidad de encinos, que se podían llenar doce lanchones con los troncos. También se afirma que, en otra ocasión, los monjes advirtieron que no estaba con ellos en el coro y se pusieron a buscarle hasta que le encontraron en un rincón apartado, arrebatado en éxtasis, en la contemplación del Niño Jesús. A San Adamnan le profesaron gran veneración los pueblos de Escocia y, el nombre de Adam, tan usado por los escoceses, es un apócope de Adamnan. Su fiesta se celebra todavía en las diócesis de Argyll y en las Islas. En toda Irlanda se conmemora en esta fecha a San Eunan y se afirma que fue obispo de Raphoe; pero no se ha podido establecer con certeza que este Eunan y Adamnan hayan sido la misma persona. Es muy improbable que haya sido obispo de Raphoe.

Las informaciones dignas de crédito sobre Adamnan, proceden de la *Ecclesiastical History* de Beda. Véase la edición de C. Plummer con sus anotaciones. También se cuenta con materiales irlandeses que, si bien son más legendarios, aportan datos interesantes. La *Miscellanea Hagiographica Hiberniae* de Plummer aporta abundantes referencias anecdóticas. Hay una breve biografía en irlandés, que fue traducida e impresa en la *Celtic Review*, vol. v (1908), pp. 97-107. Entre las obras de Adamnan, el mejor de los textos de *De locis sanctis* es el que editó Geyer en la *Viena Corpus Scriptorum*, vol. xxxiv, en tanto que la *Vida de San Colomba* fue editada por J. F. Fowler (1920). Ver a Gougaud en *Christianity in Celtic Lands* (1932) y a Kenney en *The Sources of the Early History of Ireland*, vol. I, 1929.

BEATA ELENA DE BOLONIA, VIUDA (1520 P.C.)

LA BEATA Elena Duglioli fue elegida por aclamación popular de entre la legión de hombres y mujeres desconocidos que han servido a Dios heroicamente en este mundo, para ser exaltada a la gloria de los altares de la Iglesia. A la edad de diecisiete años, Elena, una hermosa joven natural de Bolonia, se casó con Benedeto dall'Oglio. Marido y mujer compartieron el amor y la dicha durante treinta años, en un hogar tranquilo, donde uno y otro se comprendían y se ayudaban para llevar una perfecta existencia cristiana. Poco tiempo después de la muerte de Benedeto, su esposa lo siguió a la tumba. La gente del pueblo, que tiene un instinto casi infalible para adivinar dónde se encuentra la verdadera virtud, tuvo la "corazonada" de que Elena era una santa, y la veneración y el culto espontáneo que le rindió fue confirmado en 1828.

La parte más importante en la nota que dedican los bolandistas a la Beata Elena, es un extracto del *De Servorum Dei beatificatione* de Próspero Lambertini (el que fue Papa Benedicto XIV), quien la escribió cuando era arzobispo de Bolonia. En esa nota rinde tributo a la Beata Elena y afirma que su caso es típico del culto espontáneo e inmemorial y hace referencias a muy diversas publicaciones boloñesas donde aparecen noticias, artículos y comentarios sobre la devoción de los ciudadanos por Elena. Entre las referencias citadas por los bolandistas hay un curioso párrafo entresacado del *Ragionamenti* de Pietro Aretino, nada menos, que fue contemporáneo de Elena y que hace un satírico comentario sobre las muchedumbres que, con velas, estampitas, medallas y ex votos acudían "alla sepoltura di santa Beata Lena dall'Olio a Bologna".

Ver el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VI.

24: NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, PATRONA DEL PERÚ.

LA PRIMERA nota que figura en el Martirologio Romano en la fecha de hoy, es ésta: "La fiesta de la bendita Virgen María, llamada de La Merced, institutriz de la Orden para la Redención de Cautivos, bajo ese título. Su Aparición se menciona el 10 de agosto" y, en el propio martirologio, en las notas de la fecha, encontramos esto: "Fiesta de la Aparición, en España, de la bendita Virgen María . . . etc." En la nota dedicada a San Pedro Nolasco (ver 28 de enero), nos referimos a las dificultades que existen para comprobar la historia de la fundación de esta orden religiosa, conocida como de los Mercedarios, particularmente al carácter tan poco digno de confianza de las pruebas suministradas para certificar la aparición de Nuestra Señora a San Pedro Nolasco y a otros más. La fecha de la primera fundación de la orden en España es el 10 de agosto (de 1218, de 1223 o de 1228), pero la celebración que conmemora el acontecimiento, como Solemnidad del Descenso de Nuestra Señora de la Merced, ha sido observada siempre por los mercedarios en el domingo más próximo al 1o. de agosto. La Santa Sede autorizó la celebración de la fiesta en toda España, en 1680 y, en 1696, estableció la fecha del 23 de septiembre y extendió la conmemoración a toda la Iglesia de occidente.

Las invocaciones que se han hecho a la Virgen Santísima bajo su advocación de la Merced por la conversión de los ingleses no tiene nada que ver con los

aspectos históricos o litúrgicos de la fiesta. En Inglaterra se le da el nombre de Nuestra Señora de la Piedad, que expresa la idea de "merced" y se la puede considerar como intercesora en la liberación de Inglaterra de los errores religiosos, de la misma manera como en la misa de este día pedimos que los fieles sean liberados de los lazos del pecado.

La imagen de la Virgen de las Mercedes, la primera efigie de Nuestra Señora que hubo en Lima, fue considerada como "Patrona Perpetua de los Campos del Perú" desde 1615, cuando la Justicia y el Regimiento del Virreinato, reunidos en Cabildo, promulgaron una ordenanza en tal sentido. Posteriormente, en la época republicana (1823), la orden fue ratificada por un decreto del Congreso Constitucional que declaraba a la Virgen de La Merced, Patrona de las Armas de la República del Perú.

Ver el *Calendarium Festorum Dei et Dei Matris* (1925), p. 327, de F. G. Holweck, quien parece aceptar con cierta facilidad la tradición mercedaria; el mismo autor recomienda consultar a D. Pérez Sanjulián, en su *Historia de la Santísima Virgen María* (1912), vol. II, p. 645. Una comisión formada por el Papa Benedicto XIV para la reforma del Breviario romano, tenía el proyecto de suprimir esta fiesta de Nuestra Señora de la Merced, pero la idea no se puso en práctica más que en el calendario aprobado para los benedictinos en 1915.

SAN GEREMARO o GERMER, Abad (c. 658 p.c.)

Este santo fue uno de los numerosos francos nobles que, luego de haberse casado y vivido contentos en el mundo y en su trabajo secular, a veces muy lucrativo, lo dejan todo para consagrarse efectivamente a Dios en la vida monástica o eclesiástica, donde muchos llegaron a distinguirse hasta el grado de alcanzar la santidad. Geremaro había nacido en el territorio de Beauvais y en su juventud, formó parte de la corte de Dagoberto I, donde se casó con una noble dama llamada Domana, a quien también se venera como santa en la diócesis de Evreux. Sus dos hijas murieron a temprana edad, y su hijo, educado bajo la influencia de San Audoeno, obispo de Rouen, decidió también abrazar la vida religiosa. Geremaro había fundado ya un monasterio cerca del lugar donde nació, pero optó por recibir los hábitos monásticos en Pentale, ciudad de la región del Risle, cerca de Brionne. Fue un religioso modelo y llegó a ocupar el puesto de abad. Pero si bien suele admirarse la práctica de la severidad y de la estricta regularidad en un súbdito, no siempre sucede lo mismo en un superior, y varios de los monjes de Pentale estaban descontentos con su nuevo abad. Por cierto que aquellos monjes eran malos religiosos y hasta hombres malos, puesto que se afirma que llegaron a hacer un intento contra la vida de San Geremaro por el artero procedimiento de fijar un largo cuchillo en las tablas del lecho del abad, con la punta hacia arriba, para que se lo clavara al acostarse, aunque semejante ardid no le hubiese causado una herida mortal, a menos que el santo abad fuese un hombre muy pesado o que tuviese la mala costumbre de dejarse caer sobre la cama. Ya fuera por aquel atentado o por la escasa popularidad y el fracaso en sus esfuerzos por mejorar la disciplina, el abad renunció a su cargo y se fue a vivir como ermitaño en una cueva sobre las riberas del Here. Ahí pasó cinco años felices en comunión con Dios, en el trabajo manual y en el ejercicio de su ministerio entre sus vecinos, hasta que, cierto día, llegaron a sus oídos las noticias sobre la muerte de su único hijo, Amalberto. "¡Oh, Dios mío!", exclamó al momento.

"Te doy las gracias por haber mostrado Tu misericordia al llamar a mi hijo a tu gloria". En las tierras de Amalberto que volvieron a sus manos, fundó otro monasterio, el de Flay, junto al río Epte, entre Beauvais y Rouen, que, con el correr del tiempo, se llamó de Saint Germer. San Geremaro abandonó la vida solitaria para dirigir su monasterio hasta su muerte.

La vida de San Geremaro, impresa en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VI, no es la que se escribió primero. La más antigua es la que editó B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov* (vol. IV, pp. 626-633), aunque el propio Krusch demuestra que esa misma biografía no pudo haber sido escrita antes del año 851 y que, como fuente histórica, no merece confianza. La biografía que imprimieron los bolandistas fue compuesta en el siglo once. Hay otros relatos sobre el santo, como el que escribió Guibert de Nogent, pero todos son legendarios.

SAN GERARDO, Obispo de Csanad, Mártir (1046 p.c.)

San Gerardo, algunas veces llamado Sagredo, fue el apóstol de un vasto distrito de Hungría. Era originario de Venecia, donde nació a principios del siglo once. Desde muy joven, se consagró al servicio de Dios en el monasterio benedictino de San Giorgio Maggiore en Venecia, pero al cabo de algún tiempo, abandonó el convento para hacer una peregrinación a Jerusalén. Al pasar por Hungría, conoció al rey San Esteban, a quien impresionaron tanto las cualidades de Gerardo, que lo retuvo para que fuese el tutor de su hijo, el Beato Emeric. Al tiempo que ejercía sus funciones de educador, el santo predicó la palabra de Dios con mucho éxito. Cuando San Esteban fundó la sede episcopal de Csanad, nombró a Gerardo como su primer obispo. La gran mayoría de los habitantes del lugar eran paganos, y los pocos que llevaban el nombre de cristianos, eran ignorantes, salvajes y brutales, pero San Gerardo trabajó entre ellos con tan buenos frutos que, en poco tiempo, el cristianismo progresó considerablemente. Siempre que le era posible, unía Gerardo la perfección en su desempeño de la tarea episcopal con el recogimiento de la vida contemplativa que le fortalecía para continuar con sus funciones. Además, Gerardo fue investigador y escritor; entre sus obras figura una inconclusa disertación sobre el Himno de los Tres Jóvenes (Daniel III) y otros escritos que se perdieron con el correr del tiempo.

El rey Esteban secundó el celo del buen obispo en tanto que vivió, pero a su muerte, ocurrida en 1038, el reino quedó en la anarquía a causa de las disputas por la sucesión al trono y, al mismo tiempo, estalló una rebelión contra el cristianismo. Las cosas iban de mal en peor, hasta el extremo de que, virtualmente, se declaró una abierta persecución contra los cristianos. Por entonces, Gerardo, que celebraba la misa en la iglesita de una aldea junto al Danubio, llamada Giod, tuvo la premonición de que aquel mismo día habría de recibir la corona del martirio. Terminada la visita a la aldea, el obispo y su comitiva partieron hacia la ciudad de Buda. Ya se disponían a cruzar el río, cuando fueron detenidos por una partida de soldados al mando de un oficial, idólatra recalcitrante y acérrimo enemigo hasta de la memoria del rey Esteban. Sin mediar palabra, los soldados comenzaron a lanzar piedras contra San Gerardo y sus gentes, que se hallaban dentro de la barca, amarrada a un pilote. Algunos de ellos se metieron al agua, volcaron la embarcación y sacaron a rastras al santo obispo. Asido a los brazos de sus captores, se incorporó hasta ponerse de rodillas y oró en voz alta con las palabras de San Esteban, el Protomártir: "¡Señor, no

les toméis en cuenta esta culpa!" Apenas había pronunciado estas palabras, cuando le atravesaron el pecho con una lanza. Los soldados arrastraron el cuerpo hasta el borde de un acantilado que lleva el nombre de Blocksberg y arrojaron el cadáver al Danubio. Era el 24 de septiembre de 1046. La muerte heroica de San Gerardo produjo un profundo efecto entre el pueblo que, desde el primer momento, comenzó a venerarlo como mártir. Sus reliquias fueron colocadas en un santuario, en 1083, al mismo tiempo que las de San Esteban y las de su hijo, el Beato Emeric. En 1333, la República de Venecia obtuvo del rey de Hungría la concesión de trasladar la mayor parte de las reliquias de San Gerardo a la iglesia de Nuestra Señora, en la isla de Murano, vecina a Venecia, donde hasta hoy se venera al santo como al protomártir de aquel lugar donde vino al mundo.

La fuente de información más digna de crédito para la historia de San Gerardo, es la breve biografía impresa en *Acta Sanctorum*, sept. vol. VI, pp. 722-724. Contrariamente a lo que había dado por sentado, esta biografía no es un resumen del estudio más extenso de Endlich en el libro *Monnumenta Arpadiana* (pp. 205-234), aunque tanto una como el otro datan del siglo doce o, cuando más, de fines del siglo once. A esta conclusión llega R. F. Kaindl en el *Archiv f. Oesterreichische Geschichte*, vol. XVI (1902), pp. 1-58. Las otras biografías, todas de fechas muy posteriores, están tomadas de las dos mencionadas anteriores y no son dignas de mayor crédito. La vida y el episcopado de San Gerardo fueron estudiados también por C. Juhász, en *Studien und Mittheilungen O.S.B.*, 1929, pp. 139-145 y 1930, pp. 1-35. Ver a C. A. Macartney, en *Archivum Europae centro-orientalis*, vol. IV (1938), pp. 456-490, donde figura su Vida de San Gerardo y su *Medieval Hungarian Historians* (1953).

SAN PACIFICO DE SAN SEVERINO (1721 P.C.)

EN EL año de 1653, en la ciudad de San Severino de la Marca de Ancona, nació al matrimonio formado por Antonio Divini y María Bruni, un hijo al que bautizaron con el nombre de Carlos Antonio. Cuando éste tenía cinco años murieron su padre y su madre y quedó al cuidado de su tío, que era un hombre rudo y desagradable. En aquella casa, el niño era sencillamente un criado al que no se le tenía ninguna consideración. Durante mucho tiempo, Carlos soportó con paciencia y humildad extraordinarias aquella vida miserable hasta que, al cumplir los diecisiete años, se ofreció a los Frailes Menores de la Observancia, quienes le aceptaron inmediatamente. En el año de 1670, recibió los hábitos franciscanos y el nombre de Pacífico, en el monasterio de Forano. Tras el acostumbrado curso de estudios, fue ordenado sacerdote a la edad de veinticinco años. Inmediatamente se le dedicó a enseñar filosofía a los frailes más jóvenes y, al cabo de dos años, convenció a sus superiores de que la predicación era una tarea más adecuada a sus condiciones y fue enviado a las aldeas y caseríos de la comarca a predicar. Sus sermones tiernos y sencillos fueron bien recibidos en todas partes y, su don particular para leer en la conciencia de sus penitentes, le dio gran ascendencia entre las gentes. Se cuenta que a un tal Giacomo Sconochia, de la localidad de Cignoli, le recordó que había omitido la confesión de dos graves culpas de blasfemia y, otro penitente afirmó que el santo fraile trajo a su memoria varias ocasiones en que había sido rudo con su madre y otras en que había consentido los malos pensamientos. El apostolado público del hermano Pacífico sólo duró seis o siete años, porque a la edad de treinta y cinco quedó sordo y ciego. Al mismo tiempo, una extraña enfermedad

que le producía dolorosas úlceras en las piernas, le condenó a la casi completa inmovilidad. Permaneció en el convento de Forano, dedicado a la plegaria y a la penitencia. Durante algún tiempo se le confió el oficio de vicario y guardián en San Severino, hasta que, en el año de 1705, regresó a Forano donde pasó el resto de su vida.

En varias ocasiones, San Pacífico dio muestras de poseer el don de profecía, como por ejemplo en 1717, cuando vaticinó la victoria del príncipe Eugenio de Saboya en la batalla de Belgrado contra los turcos. Como si no tuviese bastantes sufrimientos con los males de su cuerpo, se entregaba a mayores mortificaciones en el uso de disciplinas y camisas de cerdas y, sus superiores debieron intervenir para aliviar sus ayunos. Con frecuencia caía en raptos cuando oficiaba la misa y a veces, sus éxtasis se prolongaban durante varias horas. En el mes de julio de 1721, recibió la visita del obispo de San Severino y, cuando el prelado se retiraba, terminada la entrevista, el hermano Pacífico gritó intempestivamente: "¡Mi señor! ¡El cielo, el cielo! Yo os seguiré pronto . . ." Dentro de los quince días siguientes murió el obispo y, el 24 de septiembre, el hermano Pacífico lo siguió a la tumba. Si durante su vida obró milagros, éstos se multiplicaron en su tumba y, en 1752, se abrió su proceso de canonización, en el que fueron ponentes el cardenal Enrique de York y Mons. Erskine, quien también llegó a cardenal. El hermano Pacífico fue canonizado en 1839.

Se han publicado varias biografías desde la fecha de la canonización y se pueden destacar la de Melchiori (1839), la de Bernardino da Gajioli (1898) y la de Diotalevi (1910). Ver también a Léon, en *Auréole Séraphique*, vol. III, pp. 224-229.

25: SAN AUNARIO, OBISPO DE AUXERRE (605 P.C.)

AUNARIO vino al mundo en el seno de una familia perteneciente a la casa de Orleáns que se distinguió tanto por su nobleza como por su virtud. Una hermana suya, Santa Austregilda, fue la madre de San Lupo de Sens. Aunario pasó su juventud en una corte real, pero renunció a las pompas del mundo y se puso bajo la dirección espiritual de San Siagrio obispo de Autun. Este fue quien lo ordenó sacerdote y, en 561, fue elegido para presidir la sede de Auxerre. San Aunario fue uno de los obispos más influyentes y respetados de su tiempo en Francia, tanto en los círculos civiles como en los religiosos, pero su máxima actividad la desarrolló en el terreno de la disciplina eclesiástica. Estuvo presente en el sínodo de París que presidió San Germán en el año de 573, así como en las dos asambleas de Maçon, en 583 y 585, de donde surgió el decreto que prohibía a los clérigos citarse entre sí para comparecer ante los tribunales civiles y otra legislación que estableció el derecho de los obispos para intervenir en favor de las viudas, los huérfanos y los esclavos liberados. En aquellos sínodos se reforzaron los decretos para la observancia del domingo y el pago de los diezmos.

Celoso en el establecimiento de la disciplina en su propia diócesis, infatigable en la vigilancia sobre la moral pública y ansioso por instruir a su pueblo en todo lo concerniente a su vida cristiana, Aunario convocó particularmente a dos sínodos en Auxerre para aplicar las mencionadas legislaciones en su propia iglesia. En la primera de aquellas asambleas fueron decretados cuarenta y cinco cánones, muchos de los cuales abordaban de manera interesante y nueva, los

hábitos y costumbres del lugar y la época, cuando los vestigios de las supersticiones del paganismo y los abusos en las prácticas del cristianismo, no habían alcanzado todavía la inofensiva respetabilidad de los "vestigios folklóricos". Por ejemplo, se prohibió a las gentes utilizar los recintos de las iglesias para la danza y el canto de trovas y romancillos profanos o cualquier otro entretenimiento ajeno a las prácticas de la religión; asimismo se les prohibió disfrazarse con pieles de ciervo o de becerro el día del Año Nuevo, intercambiar "regalos malignos", hacer votos o juramentos ante hierbajos, árboles, pozos o fuentes "sagrados", practicar las artes de la magia o reunirse en casas particulares para celebrar las vigilias de las fiestas solemnes. Para edificación y aliento de los fieles, San Aunario mandó escribir las biografías de sus dos distinguidos predecesores en la sede de Auxerre, San Amado y San Germán y, con el fin de llevar con más orden y concierto los servicios de su iglesia, aumentó considerablemente los ingresos de su sede. Los miembros del clero secular y los monjes fueron obligados a asistir a los oficios divinos diariamente y, cada iglesia y monasterio, por turno, debía entonar con toda solemnidad las letanías e intercesiones, durante un día cada mes. San Aunario murió el 25 de septiembre del año 605.

Hay dos breves biografías impresas en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII, con los acostumbrados prolegómenos. Ver *Les Saints d'Orléans* de Cochard, pp. 435-437. Cf. R. Louis, en *Antessiodorum Christianum* (1952) y su *Saint Germain d'Auxerre et son temps* (1948), pp. 39 y ss.

SAN ALBERTO, PATRIARCA DE JERUSALÉN (1214 P.C.)

EN EL año de 1099, cuando los cruzados al mando de Godofredo de Bouillon establecieron el reino latino de Jerusalén, los jerarcas griegos fueron despedidos de sus principales sedes e iglesias y reemplazados por obispos del occidente, cuyos únicos fieles se encontraban en las filas de los propios cruzados. De esta manera, hubo un "Patriarca Latino" en Jerualén, y es lamentable tener que decir de la mayoría de los prelados que ocuparon ese puesto, que su comportamiento fue tan equívoco como su posición. Por consiguiente, al morir el patriarca Michael, de triste memoria, los canónigos regulares del Santo Sepulcro, apoyados por el rey Amaury II de Lusignan, le pidieron al Papa Inocencio III que enviase como sucesor a un prelado cuyas virtudes, destreza y energía fuesen ampliamente reconocidas. En consecuencia, dos años después de la muerte del patriarca Michael, llegó a Palestina a ocupar el difícil cargo, Alberto, obispo de Vercelli. El prelado pertenecía a una distinguida familia de Parma. Luego de realizar una brillante carrera de teología y leyes, ingresó como canónigo regular a la abadía de la Santa Cruz, en la ciudad lombarda de Montara. Cuando tenía más o menos treinta y cinco años, es decir en 1186, fue consagrado obispo de Bobbio y, casi inmediatamente, fue trasladado a la sede de Vercelli. Debido a su habilidad en la diplomacia y su honestidad a toda prueba, se le eligió para actuar como mediador entre el Papa Clemente III y Federico Barbarroja. Poco tiempo después, Inocencio III le envió como legado al norte de Italia donde, gracias a sus buenos oficios, se restableció la paz entre Parma y Piacenza, en el año de 1199. El Papa no deseaba deshacerse de tan valioso elemento para mandarlo a Jerusalén y dio largas al asunto, pero a fin de cuentas aprobó la elección de los canónigos, invistió a Alberto con el palio y le dio el nombramiento adicional de legado pontificio en Palestina.

San Alberto partió de Italia en el año de 1205. Ya desde dieciocho años antes, los sarracenos habían reconquistado Jerusalén a los cruzados y la sede del patriarca latino se había trasladado a Akka (Ptolemais), donde el rey franco estableció su corte. En consecuencia, San Alberto fue a residir en Akka y, desde el primer momento, trabajó para conquistarse el respeto y la confianza, no sólo de los cristianos, sino también de los mahometanos, lo que no habían conseguido hacer sus antecesores. En su calidad de patriarca y delegado, desempeñó un papel muy destacado en la política eclesiástica y civil del levante; en un período de nueve años, tuvo que vérselas con infinidad de asuntos que pusieron a prueba su paciencia y su prudencia. En primer lugar, hizo frente de continuo al escabroso problema de mantener la paz entre los francos y los naturales del país; mas no fue por el cumplimiento de esa difícil tarea por lo que se distinguió sobremanera el ilustre prelado. Entre los años de 1205 y 1210, San Brocardo, prior de los ermitaños del Monte Carmelo, solicitó al patriarca que ordenara la vida monástica de los ermitaños, bajo una regla que acatarían él y sus súbditos. San Alberto respondió a la solicitud con un documento breve, pero absolutamente claro y conciso, de dieciséis "capítulos". Pedía la obediencia completa al superior elegido; una celda aparte para cada ermitaño, con un oratorio común; trabajo manual para todos, ayunos prolongados y perpetua abstinencia de carne, y observar a diario un período de silencio, desde vísperas hasta después de tercia. "Cada ermitaño debe permanecer en su celda o cerca de ella, entregado, día y noche, a la meditación de las leyes del Señor y dedicado a la oración, a menos que esté ocupado en alguna ocupación legítima", advierte el santo patriarca en su documento. Aquella regla fue confirmada por el Papa Honorio III en 1226 y modificada por Inocencio IV, veinte años después. Cualquiera que haya sido el fundador de la orden de los carmelitas, no hay duda de que San Alberto, patriarca de Jerusalén, un canónigo agustino, fue su primer legislador.

Inocencio III llamó de oriente a San Alberto para que asistiera al Concilio de Letrán, pero no le alcanzó el tiempo de su vida para tomar parte en la magna asamblea que se abrió en noviembre de 1215. Durante doce meses, trabajó afanosamente y con toda fidelidad para respaldar los vanos esfuerzos del Papa encaminados a recuperar Jerusalén y, entonces, le llegó la muerte en forma inesperada y violenta. Poco tiempo antes, el patriarca se había visto obligado a despedir al director del Hospital del Espíritu Santo en Akka y, desde entonces, el hombre alimentó en su fuero interno un amargo rencor contra San Alberto. El día de la fiesta de la Exaltación de la Cruz de 1214, el patriarca encabezaba una procesión en la iglesia de la Santa Cruz, en Akka, cuando se le echó encima el expulsado director del hospital y le apuñaló hasta dejarle muerto en el mismo sitio del ataque. La festividad de San Alberto fue celebrada por los carmelitas desde 1411. Los bolandistas observaron la anomalía de que la orden de los agustinos a la que pertenecía Alberto, no celebraba al santo en su liturgia, pero ya no es ése el caso, puesto que los canónigos regulares de Letrán conmemoran ahora a San Alberto el 8 de abril.

En el *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, se halla impresa una biografía abreviada de San Alberto con muy extensos prolegómenos. Véase también el *Analecta Ordinis Carmelitarum Discalceatorum*, vol. III (1926), pp. 212 y ss.; el DTC., vol. I, cc. 662-663. B. Zimmerman proporciona otros datos en *Monumenta Historica Carmelitarum* (1907), pp. 277-281. La regla redactada por San Alberto se halla impresa en la obra citada, pp. 20-144. Ver *La Règle du Carmel et son Esprit* (1949) de Fr. François de Saint Marie.

SAN SERGIO DE RADONEZH, Abad (1392 p.c.)

En 1940, la Santa Sede autorizó un calendario litúrgico para uso de los pocos católicos rusos, que incluía, entre diversas modificaciones eslavas al calendario bizantino, las festividades de unos treinta santos rusos, de los cuales veintiuno no habían figurado hasta entonces en ninguno de los calendarios utilizados actualmente por los católicos. Todos estos bienaventurados vivieron en épocas posteriores al año 1054, cuando se produjo el rompimiento entre Roma y Constantinopla. El hecho de que hayan sido admitidos en los calendarios católicos, es un ejemplo más del deseo de unidad por parte de la Santa Sede y de su criterio en el sentido de que la separación de la Iglesia ortodoxa de oriente no se consumó enteramente, sino mucho tiempo después de la excomunión de Cerulario, el patriarca de Constantinopla (en 1054) y, de todas maneras, la separación se completó gradualmente, en diferentes sitios y en fechas muy distintas. Como ha observado el padre Cirilo Korolevsky (en *Eastern Churches Quarterly*, julio, 1946, p. 394), si la elección de esos santos "se fundó en un juicio imparcial, no puede excluirse la posibilidad de que aún sean admitidos otros santos rusos, a medida que se progrese en el estudio de la hagiografía eslava". De acuerdo con el padre Korolevsky, estas selecciones no se relacionan de ninguna manera, directa o indirecta, con la canonización. "Cuando una Iglesia oriental disidente reingresa a la Iglesia católica, lleva consigo todos sus ritos, su liturgia y, por supuesto, su menología o calendario litúrgico. Unicamente lo que vaya contra la fe, en cualquier forma, queda excluido, pero no por ello deben necesariamente eliminarse o aceptarse algunas normas de moral y de los aspectos históricos y hagiográficos, de manera que la inclusión o exclusión de ciertos santos en un calendario católico, es un asunto que puede y debe discutirse, lo mismo que el de la situación de otros posibles bienaventurados cuya santidad debe examinarse de acuerdo con el desarrollo de los estudios hagiográficos". Estas teorías, por supuesto, son ciertas; sin embargo, desde el punto de vista de las actuales prácticas de la Iglesia y de acuerdo con los cánones, el caso podría ser un equivalente (*equipollent*) de la canonización o una confirmación de *cultus*.

Entre estos veintiún santos rusos, el más conocido e importante es sin lugar a dudas, el monje San Sergio de Radonezh. En los primeros tiempos, los grandes centros del monasticismo ruso se encontraban en las ciudades o cerca de ellas, pero las invasiones de los tártaros en el siglo trece, que acabaron con la civilización urbana en la región sur del país, desquiciaron también, naturalmente, a los monasterios y su funcionamiento. Muchos de ellos se mantuvieron en existencia, pero su actividad se debilitó y degeneró, y los monjes que verdaderamente buscaban una vida más perfecta, comenzaron a emigrar de los monasterios a la campiña, sobre todo a las vastas soledades de los bosques del norte. A aquellos ermitaños rurales se les llamó *pustiniky*, es decir, hombres de los bosques. A San Sergio de Radonezh se le considera como el iniciador de aquel movimiento. En realidad, la emigración de los monjes del sur, no fue más que la primera etapa de un movimiento general que se realizó simultáneamente en varios lugares y dio origen a gran número de nuevos centros de vida monástica. Pero como quiera que haya sido, San Sergio descolló como el personaje más distinguido de aquel período, y muchos le consideran como la figura más brillante en el santo-

ral ruso. Y no sólo fue un buen monje, sino también un magnífico civilizador. La imposición de la soberanía de los tártaros y las continuas oleadas de invasiones, matanzas y saqueos (que se prolongaron durante un siglo, a partir de 1237) hundieron al pueblo ruso en las profundidades de la miseria y la desmoralización. En aquel caos, un solo hombre, San Sergio, con las únicas armas de su influencia y su ejemplo, logró algo magnífico: unificar al pueblo ante el opresor, restablecer su respeto propio y su confianza en Dios. El historiador Kluchevsky admite decididamente que los rusos deben su liberación a la educación moral y a la influencia espiritual de Sergio de Radonezh.

Alrededor del año de 1315 vino al mundo este santo en el seno de una noble familia que residía cerca de Rostov, y en la pila bautismal recibió el nombre de Bartolomé. Entre los tres hijos varones del matrimonio, Bartolomé parecía el menos inteligente y continuamente se le echaba en cara su lentitud para aprender, lo cual le hacía sufrir mucho de manera que, cierto día en que paseaba por el campo y se encontró con un monje que mantuvo una larga charla con él, le propuso que le enseñara a leer y escribir, con el propósito especial de estudiar la Biblia. Según nos dicen los cronistas y los biógrafos, el monje le dio al niño a comer un trozo de pan con sabor dulzón y, desde aquel momento, Bartolomé pudo leer y escribir como una persona adulta y mucho mejor que sus hermanos.

Por aquel entonces, comenzaba a formarse y crecer el principado de Moscú. Una de las primeras consecuencias de aquel crecimiento fue la destrucción del poder y la influencia de Rostov; entre las víctimas de esa política estuvieron los padres de Bartolomé, Cirilo y María. Aún no salía de la infancia, cuando el resto de la familia tuvo que huir hasta encontrar refugio en la pequeña aldea de Radonezh, ciento ochenta kilómetros al noroeste de Moscú, donde los arruinados aristócratas de Rostov, tuvieron que vivir de su trabajo, como campesinos. Así entró Bartolomé en su juventud y, al ver que sus obligaciones se limitaban a cuidar de sí mismo, puesto que sus hermanos se bastaban solos y ya no tenía padres, decidió realizar el proyecto, largamente acariciado, de vivir en la soledad. En 1335, abandonó su casa en compañía de su hermano Esteban, que acababa de quedar viudo.

El lugar que eligieron para construir sus ermitas, era un prado llamado Makovka, en un claro del bosque, a varios kilómetros de distancia de cualquier sitio habitado. Ahí edificaron una cabaña y una capilla con troncos de árboles y, a solicitud de los hermanos, el metropolitano de Kiev envió un sacerdote para que bendijera la pequeña iglesia y la dedicara a la Santísima Trinidad, una advocación que era muy rara en la Rusia de aquel entonces. Poco tiempo después, Esteban se fue a vivir en un monasterio de Moscú y, durante años, el solitario Bartolomé desapareció de la vista de los hombres.

Sus biógrafos se refieren a aquel período desconocido y nos hablan de terribles asaltos del demonio victoriosamente rechazados, de ataques de fieras salvajes y hambrientas que fueron domesticadas con un signo, de privaciones sin cuento y trabajo agotador, de noches enteras de plegaria y de un constante progreso en el camino de la santidad. Todo lo que se cuenta de aquella época, recuerda demaisado las experiencias de los primeros padres del desierto. Sólo que hay una diferencia muy importante: nosotros, en el occidente, asociamos las penurias de la vida eremítica con San Antonio y otros santos de Egipto y Siria y, pensamos en seguida en las extensiones de arena, en las rocas desnudas, el

calor sofocante y la falta de agua. Para Bartolomé o Sergio, como le llamaremos de ahora en adelante, ya que cierto abad que le visitó en su ermita, le impuso la tonsura y ese nombre, las penalidades eran de un tipo muy distinto: el hielo, la nieve, las tempestades, las lluvias torrenciales y las manadas de lobos hambrientos. La actitud de todos estos ermitaños ante la naturaleza salvaje se ha vinculado con la de San Francisco de Asís. Así como Pablo de Obnorsk se hizo amigo de las aves, Sergio domesticó a los osos y llamaba "hermanos" al fuego y a la luz. Pero en lo físico, había una enorme diferencia entre la figura de San Francisco y la de San Sergio que, según se advierte en sus representaciones más antiguas, era un hombrazo alto y fornido, de luenga barba y gesto rudo, como cualquier campesino ruso.

Como ha sucedido con muchos otros personajes similares, llegó el momento en que la reputación de santidad del ermitaño de Makovka se extendió por todas partes y comenzaron a reunirse los discípulos en torno suyo. Cada uno construyó su propia choza, y así nació el monasterio de la Santísima Trinidad. Cuando fueron doce, y tras muchos ruegos, incluso los del obispo de la ciudad más próxima, Sergio accedió a ser el abad que gobernase a aquella comunidad. Recibió las órdenes sacerdotales en Pereyaslav Zalesky y ahí mismo ofició su primera misa. "Hermanos", dijo durante su sermón, resumiendo un capítulo entero de las reglas de San Benito, "orad por mí. Soy un hombre ignorante y, si he recibido de lo alto el talento para ser sacerdote y abad, debo rendir cuenta cabal de él y del rebaño que me ha sido confiado".

El monasterio floreció rápidamente, no tanto en bienes temporales como en los espirituales. Entre sus primeros reclutas figuró el archimandrita de un monasterio de Smolensk. El claro del bosque fue ampliado; en torno a las cabañas y la iglesia se construyeron otras casas; surgió una aldea y, no obstante las protestas de Sergio, se abrió un camino real por donde comenzaron a llegar los visitantes. En el curso de todas aquellas tareas, el abad tenía siempre presente que él era el primero entre sus iguales y, en todo momento, ya fuera en el trabajo o en la iglesia, imponía el ejemplo de su asiduidad.

No tardó en presentarse el problema de elegir entre las dos formas de vida monástica que se observaban en el oriente, para seguirlo en la Santísima Trinidad. Hasta entonces, los monjes habían observado una norma individual de "ermitaños en comunidad", donde cada uno tenía su propia cabaña y labraba su propia porción de tierra. Sin embargo, San Sergio estaba en favor de la vida en común cenobítica y, en 1354, impuso la deseada reforma, debido en parte a una recomendación en este sentido, por parte de Filoteas, el patriarca ecuménico de Constantinopla. Por desgracia, aquella reforma ocasionó trastornos. Algunos de los monjes descontentos con el cambio, manifestaron sus protestas y, en su movimiento de rebelión, encontraron un jefe en la persona de Esteban, el hermano de San Sergio, quien había dejado su monasterio de Moscú para ingresar al de la Santísima Trinidad. El asunto llegó a mayores: hubo incidentes penosos y discusiones desagradables hasta que, cierto sábado después de las vísperas, para evitar mayores pendencias con su hermano, San Sergio partió calladamente de su monasterio, con la intención de no volver nunca, y fue a instalarse como ermitaño en las riberas del Kerzhach, no lejos del monasterio de Makrish. No tardaron en seguirle numerosos monjes de la Trinidad y, así la casa original comenzó a degenerar hasta el extremo de que el metropolitano Alexis de Moscú, envió a dos archimandritas con apremiantes mensajes a San

Sergio para que retornara a hacerse cargo de su puesto de abad. Al cabo de muchos ruegos, Sergio accedió y, luego de nombrar un abad para su nuevo establecimiento de Kerzhach, reanudó sus funciones. Su ausencia había durado cuatro años, y los monjes salieron a recibirle y le tributaron toda suerte de homenajes, "con tan sincero regocijo, que todos le besaron las manos, muchos se postraron en tierra para besarle los pies y otros besaron sus vestiduras".

Como había ocurrido con San Bernardo de Claraval dos siglos antes y con muchos otros santos monjes de oriente y de occidente, antes y después, acudieron a consultar a San Sergio los más encumbrados personajes de la Iglesia y del Estado. Con frecuencia se le confiaron misiones para gestionar la paz o para que fungiera como árbitro y, en más de una ocasión, se hicieron vanos intentos a fin de convencerle a que aceptara el cargo de primado de la Iglesia de Rusia. Fue por aquel etonces, entre los años 1367 y 1380, cuando se produjo el gran rompimiento entre Dimitri Donskoi, príncipe de Moscú, y el khan Mamaí, jefe absoluto de los tártaros. Dimitri se vio obligado a lanzar un desafío que, si fracasaba, habría de acarrear a Rusia mayores catástrofes de cuantas había conocido a lo largo de su historia. Antes de tomar cualquier decisión, el príncipe fue a pedir consejo a San Sergio. Este bendijo a Dimitri y le advirtió: "Es vuestro deber, señor, cuidar del rebaño que Dios ha confiado en vuestras manos. ¡Adelante entonces contra los herejes y conquistadlos en nombre del poder divino! ¡Dios permita que tornéis con bien para dar a El toda la gloria de vuestra hazaña"!

De manera que el príncipe Dimitri partió a la guerra y se llevó consigo a dos monjes de la Santísima Trinidad que habían sido soldados. Cuando se enteró del enorme poder de su enemigo, volvió a titubear y se hallaba a punto de devolverse y abandonar la empresa, cuando llegó un mensaje de San Sergio con estas palabras: "No temáis, señor. Marchad armado de confianza en vencer la ferocidad del adversario. Dios estará a vuestro lado". Así, el 8 de septiembre de 1380, se libró la batalla de Kulikovo que, para Rusia, tuvo el mismo significado que tuvieron para Europa occidental, las batallas de Tours o de Poitiers. Los tártaros fueron vencidos y huyeron en desorden. "Y en aquel preciso instante", dicen las biografías, el bendito Sergio, al frente de sus hermanos, oraba a Dios para pedirle la victoria. Y, una hora después de que los herejes habían sido expulsados del suelo de Rusia, a muchas leguas de distancia, el abad anunció a los monjes la derrota del enemigo, porque San Sergio era vidente".

De esta manera, San Sergio de Radonezh desempeñó un papel decisivo al iniciarse el derrumbe del poder de los tártaros en Rusia. Desde entonces, no se le dejó permanecer en paz en su monasterio y continuamente se requerían sus servicios para misiones políticas o eclesiásticas; las primeras, sobre todo para restablecer la paz y la concordia en las rivalidades entre los príncipes rusos; las segundas, particularmente en relación con la fundación de nuevos monasterios. Se afirma que sus frecuentes viajes a través de enormes distancias los realizaba a pie.

Uno de los biógrafos habla en términos generales de los "muchos milagros incomprensibles" que obró Sergio y sólo se detiene en algunas de las maravillas, no sin advertir que el propio santo recomendaba que se guardase silencio respecto a sus poderes sobrenaturales. Sin embargo, hace un relato muy detallado, claro y convincente sobre una visión de la Madre de Dios (una de las primeras apariciones de la Santísima Virgen de las que se registran en la hagiografía rusa)

que se presentó ante Sergio y otro monje, acompañada por los apóstoles Pedro y Juan, para asegurarle que su manosterio florecería extraordinariamente en un futuro no muy lejano. La objetividad de aquella visión, es característica de la hagiografía de Rusia, donde rara vez ocurren los raptos o los éxtasis, pero en cambio, el Espíritu Santo desciende sobre los elegidos y les permite ver auténticas apariciones, terrenales o celestiales, ocultas a los ojos de los menos santos.

Seis meses antes de su muerte, San Sergio supo que el fin se acercaba. Renunció a su cargo, nombró a un sucesor y, enfermo por primera vez en su vida, permaneció recluído en su celda. "Cuando su alma estaba a punto de abandonar el cuerpo, recibió el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sostenido en el lecho por los brazos de sus discípulos. Alzó sus manos al cielo, se movieron sus labios para musitar una plegaria y entregó su espíritu puro y santo en manos de su Señor, el 25 de septiembre de 1392, posiblemente a la edad de setenta y ocho años".

De acuerdo con lo que dice el Dr. Zernov, es difícil definir exactamente la razón por la cual se agrupó la gente en torno a San Sergio. No era un predicador elocuente ni un hombre de gran saber y, a pesar de que se registraron varias ocasiones en que algunas personas quedaron curadas por las oraciones del santo, no se le puede describir como un curandero popular. Era, en primer lugar, su personalidad lo que atraía a la gente. Era el calor de su afectuosa atención, lo que le hacía indispensable para los demás. Poseía esos dones que tan rara vez se encuentran en las personas: una confianza ilimitada en Dios y en la bondad de los hombres, a quienes nunca dejó de consolar y alentar". Lo mismo que otros muchos monjes, San Sergio consideraba como parte de su vocación monástica el servicio activo y directo para bien del prójimo. Por eso, el prójimo, tanto el noble como el plebeyo, lo consideró siempre como un maravilloso y poderoso médico del alma y del cuerpo, como un amigo de los que sufren, como el que da de comer al hambriento, defiende al desamparado y da buen consejo al que lo ha menester. Una de las características de aquellos monjes del norte, era su amor por la pobreza personal y común y por la soledad, en cuanto lo permitieran sus deberes comunales y sus atenciones a los necesitados. Sergio instaba a sus hermanos a "tener siempre presente el luminoso ejemplo de aquellos grandes monjes de la antigüedad, verdaderos portadores de la antorcha del cristianismo, que vivieron en este mundo como ángeles: Antonio, Eutimio, Sabas . . . Los monarcas y las gentes del pueblo acudían a ellos; curaban las enfermedades y ayudaban al necesitado; alimentaban al hambriento y eran como el arcón de las viudas y los huérfanos".

El cuerpo de San Sergio fue sepultado en la iglesia mayor de su monasterio, donde permaneció hasta la revolución de 1917. Los bolcheviques clausuraron el monasterio, y las reliquias del santo fueron exhibidas en el "museo antirreligioso" que se estableció ahí. En 1945 se autorizó a los jefes de la Iglesia ortodoxa rusa a reabrir el monasterio, y los restos de San Sergio volvieron a su sepultura. Los rusos mencionan a San Sergio de Radonezh en los preparativos para la consagración, en la liturgia eucarística.

Hay abundantísima literatura manuscrita sobre la vida de los santos rusos. Los santos de la edad Media pertenecieron a tres escuelas distintas: los de *Kiev y Ucrania* fueron los más antiguos y son, en su mayoría, "santos príncipes" y "santos monjes". El monasterio de las Cuevas, en Kiev, pertenece a este período, y fue ahí donde se produjo el primer *paterik*, o sea la colección de vidas de santos en el distrito o la región que comprendía

el monasterio. Sin embargo, existen dos biografías sobre santos anteriores a la época de los mongoles y que son de fecha mucho más antigua: la vida de San Teodoro y la de San Abraham de Smolensk. Después de la conquista de los tártaros, surgió una nueva "escuela" hagiográfica en el norte, con su centro en Novgorod. Sus relatos se distinguen por su brevedad y severidad de estilo. A menudo, no contienen más de lo que se dice en el "himno" del oficio. A esta "escuela" se la conoce como la del *Norte.* La tercera escuela es la *Central*, que surgió en la comarca de Moscú, cuando la gran ciudad tuvo poder y, con un estilo tan común en el occidente de la Edad Media, reviste con fantasías algunos hechos concretos e inventa rasgos y anécdotas para edificación del lector. En esta forma fueron coleccionadas las biografías en el siglo dieciséis, en lo que se llama *Cety Miney* ("Menología para leerse"). A pesar de que esos relatos fueron escritos a menudo por contemporáneos y amigos de los personajes que tratan, los datos son, en general convencionales y carentes de verdadera información personal e histórica (la hagiografía rusa se ha comparado, con toda razón, a la iconografía de Rusia). La mayoría de estos antiguos documentos fueron cuidadosamente estudiados, impresos y editados durante el siglo diecinueve, pero como el trabajo fue hecho en lengua rusa, es virtualmente desconocido fuera de las regiones donde se hablan idiomas eslavos. Debe tenerse en cuenta que las contribuciones de occidente a la hagiología rusa han sido mínimas. Es lamentable que los padres bolandistas no hayan ampliado sus trabajos en la hagiografía bizantina, un poco más al noreste. Las noticias sobre los santos rusos en su *Acta Sanctorum,* vol. XI de octubre, su *Annus Ecclesiasticus greco-slavicus*, fueron obra de un sacerdote ruso, llamado Ivan Martynov (muerto en 1894), y esos mismos han sido sujetos a críticas desfavorables. Se tiene por mejor trabajo el del anciano sacerdote L. Götz, en su obra titulada *Das kiewer Höhlenkloster als Kulturcentrum des vormongolischen Russlands* (1904). Hasta ahora, en lo que a Sergio de Radonezh se refiere, tenemos su biografía, escrita con detalles y sobriamente, aunque con cierto convencionalismo, por uno de sus propios monjes, llamado Epifanio el Sabio. El escrito fue abreviado en el siglo quince por un monje serbio, Pacomio, cuya versión circula todavía. En inglés está escrita la obra de un autor ortodoxo, el Dr. Nicholas Zernov, *Saint Sergius. Builder of Russia* (1939). En ese libro se encuentra la traducción al inglés de la biografía de Pacomio hecha por la señorita Adeline Delafeld. Todavía hay otra versión más abreviada la de Helen Iswolsky, en *Treasury of Russian Spirituality* de G. P. Fedotov. Sobre los santos rusos en general, hay una serie de excelentes artículos de la señora E. Behr-Siegel en *Irenikon*, vol. XII, números 3 y 6, vol. XIII, números 1 y 3, vol. XIV, número 4 y vol. XV, número 6 (1935 a 1938). Las notas de este libro fueron tomadas de esos artículos. Además, fueron publicados en un volumen de las Ediciones du Cerf en 1950, con el título de *Prière et Sainteté dans l'Église ruse.* Ver también los artículos de Arseniev en *Der Christliche Osten* (1939), los de Danzas en *Rusie et Chrétienité*, número 3 de 1937 y el *Menologium der Ortodox-Katholischen Kirche des Morgenlandes* (1900), de Alexis Maltsev. En *La Russie et l'empire des Tsars*, vol. III de Leroy-Beaulieu, se encuentran algunos datos superficiales y confusos. Ver *Aux Sources de la Pieté Ruse*, colección Irenikon, vol. I, no. 2, 1927, para datos sobre los santos de Kiev. La llamada *Crónica de Nestor*, a la que se refiere a menudo la antigua historia eclesiástica rusa y que ahora se conoce como *Antigua Crónica Rusa* (editada por H. Cross en 1930) contiene el *paterik* de Kiev. En 1942 se publicó *El Espíritu Religioso Ruso de* G. P. Fedotov, al mismo tiempo que su otra obra *El Cristianismo en Kiev.* Estas obras sirven para consultas sobre San Abraham de Smolensk, Antonio y Teodosio Pechersky, Boris y Gleb, Cirilo de Turov y Vladimiro: para los santos de la época anterior a los mongoles, se pueden consultar las mismas obras. Al conocer los pormenores de hombres tan espirituales y virtuosos como San Sergio y San Teodosio, se piensa en las delicias que hubiese podido encontrar ahí Alban Butler, tan afecto a la "única cosa necesaria: el amor"; pero evidentemente, Butler no había oído siquiera los nombres de ninguno de ellos. A los únicos santos rusos a que se refiere, son Santos Romano y David (Boris y Gleb), el 24 de julio. En sus escritos sobre ellos menciona a Santa Olga, San Vladimir, San Antonio Pechersky, San Sergio y el venerado príncipe Alejandro Nevsky; pero naturalmente las informaciones de Butler sobre los santos rusos eran muy escasas. En 1953, se publicaron *Essai sur la Sainteté en Russie* de Fr. Ivan Kologrilov y *Russische Heiligenlegenden*, de E. Benz.

SAN VICENTE STRAMBI, Obispo de Macerata y Tolentino (1824 p.c.)

Vicente Strambi, hijo de un boticario de Civita Vecchia, nació el 1o. de Enero de 1745. Parece haber sido un niño travieso y vivaracho que gustaba de participar en las jugarretas de los muchachos, pero entre una y otra de sus picardías, solía despojarse del saco o de los zapatos para darlos a algún pilluelo harapiento. No tardó en ponerse de manifiesto la inclinación religiosa de Vicente, y sus padres la alentaron y le aconsejaron que hiciera los estudios para el sacerdocio diocesano. Así lo hizo el chico, pero durante un retiro anterior a su ordenación, quedó bajo la influencia de San Pablo de la Cruz, el fundador de los pasionistas y, el 20 de septiembre de 1768, tras de luchar contra la oposición paterna, ingresó al noviciado de la congregación. Casi desde el principio, se le confiaron, importantes cargos: sus misiones públicas atraían a gran número de fieles y la cosecha de almas era abundante. Apenas ordenado sacerdote, fue nombrado profesor de teología y de elocuencia sagrada y, desde la edad de treinta y cinco años en adelante, desempeñó, uno tras otro, los puestos de mayor responsabilidad en la congregación. En 1781 fue provincial y, al cabo de veinte años de trabajos para superar las muchas dificultades que se le presentaron a causa de la caótica situación de Italia, fue nombrado obispo de Macerata y Tolentino en 1801, en contra de su voluntad.

El celo infatigable por la mayor gloria de Dios y por el mantenimiento de la disciplina regular que empleó Vicente durante su obispado, tuvo como consecuencia una extraordinaria renovación del fervor, tanto entre el clero como entre los laicos, en toda aquella región de Italia. En 1808, se negó a pronunciar el juramento de sumisión al imperio de Napoleón Bonaparte, fue expulsado de su diócesis y tuvo que arreglárselas como pudo para administrarla desde lejos y por carta. Tras la caída de Napoleón, en 1813, regresó a Macerata entre jubilosas demostraciones populares, pero aún no estaba al cabo de los contratiempos. Cuando Napoleón escapó de su destierro en la isla de Elba, la ciudad de Macerata se convirtió en el cuartel general del bonapartista Murat y los diez mil hombres de su ejército. Cerca de ahí se libró la batalla contra los austríacos que derrotaron completamente a las fuerzas de Murat, y éstas, durante su desordenada huída, comenzaron a saquear la ciudad de Macerata, cuando el obispo Vicente, como otro San León, salió a enfrentarse con las hordas desenfrenadas, conjuró a Murat para que impusiera el orden y, a fin de cuentas, salvó a la ciudad de la desatada rapacidad de los soldados vencidos. El gesto intrépido del santo pastor tuvo que repetirse poco después con los mismos buenos resultados, ante los vencedores ejércitos de Austria que entraron a Macerata al salir los franceses. Sólo a él debe la ciudad el haberse salvado. Después de aquellos sucesos, se desató una epidemia de tifo y hubo una pavorosa esacasez de provisiones y, en el curso de aquellas calamidades, el obispo sostuvo en alto la moral y la confianza en Dios con su heroico ejemplo. Varias de las reformas disciplinarias que impuso, provocaron un resentimiento tan profundo que, según se asegura, más de una vez se hizo el intento de asesinarlo. Al morir el Papa Pío VII, el obispo Strambi renunció a su cargo y, a instancias de León XII, su fiel amigo, estableció su residencia en el Quirinal, donde actuó como consejero confidencial del Papa. Durante todas aquellas

vicisitudes Vicente no había disminuído para nada las austeridades y penitencias de su vida privada, pero ya para entonces sus fuerzas se habían agotado y, tal como lo había vaticinado la Beata Anna María Taigi, hija de confesión del obispo, recibió la santa comunión por última vez, el 31 de diciembre, y murió al día siguiente, 1o. de enero de 1824, precisamente cuando cumplía la edad de setenta y nueve años. San Vicente Strambi fue canonizado en 1950.

Véanse las biografías escritas en italiano por el P. Stanislaus (1925), por Mons. F. Cento (1950), quien escribió otra biografía del mismo santo, en francés (1950), así como la del P. Joachim (1925).

BEATO GERMAN EL PARALITICO (1054 p.c.)

Es necesario dar una breve noticia sobre este Germán, tan bien conocido, puesto, que generalmente se le llama beato y su fiesta se celebra en algunos monasterios benedictinos, con autorización de la Santa Sede.

Nació en Suabia, en el seno de una familia de la casa de Altshausen, en el año de 1013 y desde que nació fue incapaz de moverse, no porque fuese paralítico, sino porque sus miembros estaban deformados de tal manera y todo su cuerpo tan contrahecho, que habría de serle imposible todo movimiento normal. Era un niño apenas cuando sus padres lo dejaron al cuidado de los monjes de la abadía de Reichenau, en una isla del Lago Constanza, donde pasó los cuarenta años de su vida. A la edad de veinte hizo su profesión religiosa. Como sucede con frecuencia con los que sufren alguna invalidez física, la viva y despejada mente de Germán era un instrumento tan útil como era inútil el de su cuerpo y, por obra de su voluntad, puso toda su inteligencia al servicio del estudio y de Dios. Entre sus escritos figura una de las primeras crónicas de los sucesos mundiales que se escribieron durante la Edad Media, un largo poema inconcluso sobre el pecado mortal y un tratado matemático-astronómico que se abre con estas palabras: "Germán, la hez de los mínimos hijos de Cristo, a la zaga de los aprendices de filosofía, con la lentitud de un asno o de un caracol . . . ". Pero lo más precioso que se conserva de aquel infortunado monje tullido, es un par de inolvidables himnos a Nuestra Señora: el "Alma Redemptoris mater" y, casi ciertamente la "Salve Regina". No nos debe extrañar que el buen Germán fuese también un diestro fabricante de instrumentos astronómicos y músicos.

Aquel santo monje, a quien se admiró en su época como a la "maravilla de los tiempos", murió en el año de 1054.

Ver el *Die Kultur der Abtei Reichenau* (2 vols., 1925). El mejor texto de la crónica se encuentra en MGH., vol. v y ha sido traducido al alemán. F. A. Yeldham contribuyó con un artículo sobre los escritos de Germán, al *Speculum*, vol. III (1928), pp. 250 y ss. Hay un breve ensayo sobre el monje Germán en *What are Saints?* de Fr. C. C. Martindale. En cuanto al supuesto autor de la "Salve Regina", ver *Familiar Prayers* (1953), pp. 119-125, de H. Thurston.

26: LOS MARTIRES DE AMERICA DEL NORTE (de 1642 a 1649 p.c.)

Las buenas intenciones del explorador Jacques Cartier, que en 1534 realizó grandes esfuerzos para implantar el cristianismo en el Canadá, así como los intentos en el mismo sentido de Samuel Champlain, que fundó la ciudad de Quebec en 1608, no dieron los resultados apetecidos. Sin

embargo, por deseo expreso del rey Enrique IV de Francia, aquel mismo año de 1608, partieron hacia el Canadá dos sacerdotes jesuitas, Pierre Biard y Ennemond Massé, quienes llegaron a la Acadia (Nueva Escocia), se instalaron en Port Royal (ahora la ciudad de Annapolis) e iniciaron su tarea de evangelizar a los indios suriqueses. Su primer trabajo fue el de aprender el idioma. El padre Massé se internó en los bosques para vivir entre aquellas tribus nómadas y recoger todos los datos que pudiese sobre sus costumbres y su lengua, mientras que el padre Biard permaneció en el establecimiento de Port Royal, donde trataba de atraerse, con regalos de alimentos y golosinas, a los pocos indios que ahí había, a fin de que le enseñaran las palabras necesarias para hablarles. Al cabo de un año, los dos sacerdotes habían adquirido los conocimientos indispensables para escribir un catecismo en la lengua indígena y comenzar a enseñarlo. Inmediatamente descubrieron que una de las dos tribus con las que tenían que vérselas, los etchemines, eran decididamente hostiles al cristianismo, en tanto que los suriqueses si bien se mostraban mejor dispuestos, carecían de todo sentido religioso. No había uno que dejase de entregarse a la embriaguez y a la brujería, y todos, sin excepción, practicaban la poligamia. Sin embargo, cuando se unieron a los misioneros los nuevos colonos franceses, otros dos sacerdotes jesuitas y un hermano lego, pareció que se hallaba por buen camino el trabajo de evangelización. Pero todo aquello quedó interrumpido bruscamente en 1613, cuando el capitán pirata de un buque mercante inglés, al frente de toda su tripulación, practicó una devastadora incursión en Port Royal, hubo un saqueo desenfrenado, todos los establecimientos de los colonos fueron incendiados y un grupo de quince de ellos, incluso el padre Massé, fueron metidos en una barca y dejados al garete en alta mar. Después, el capitán inglés partió en su nave hacia Virginia y se llevó consigo al padre Biard y al padre Quentin. Los misioneros se las arreglaron eventualmente para regresar a Francia, pero ya para entonces, la tarea de predicar el Evangelio entre los indígenas de la Acadia, quedó absolutamente paralizada.

Entretanto, Champlain, el gobernador de Nueva Francia, solicitaba con insistencia el envío de buenos religiosos, hasta que, en 1615, llegaron a Tadroussac varios franciscanos. Aquellos frailes trabajaron heroicamente durante algún tiempo, pero al ver que no les era posible obtener los hombres y los medios necesarios para desarrollar debidamente la tarea, solicitaron la ayuda de los jesuitas. En el mismo año, tres sacerdotes de la Compañía de Jesús desembarcaron en Quebec, precisamente cuando los indígenas acababan de matar al fraile franciscano Vial y a su catequista y de arrojar sus cadáveres al río, en la parte de los rápidos que hasta hoy se conoce como Soult-au-Récollet. De los tres recién llegados, uno era el padre Massé que, a salvo de su anterior y terrible experiencia, regresaba a su antiguo campo de trabajo, pero los otros dos, el padre Brébeuf y el padre Charles Lalemant, eran nuevos en la difícil faena. Cuando el padre Jean de Brébeuf ingresó al seminario de la compañía en Rouen, a la edad de veinticuatro años, su constitución era tan débil y enfermiza, que no pudo proseguir el curso normal de los estudios, ni soportó los períodos de enseñanza durante largo tiempo. Por eso, causa asombro que aquel tuberculoso inválido se transformase, en pocos años, en el titánico apóstol de los hurones, cuya capacidad para soportar las penalidades, cuyo valor ante el peligro, cuya entereza y energía eran tan extraordinarias que cuando los indios lo mataron, bebieron su sangre para adquirir su valentía.

Como el padre Brébeuf no se atrevía a hacer frente en seguida a los hurones, permaneció durante algún tiempo con los algonquinos, en muy penosas condiciones de vida, para aprender su lengua y conocer sus costumbres. Al año siguiente, en compañía de un franciscano y de otro jesuita, se internó en la comarca de los hurones. Durante la caminata de casi mil kilómetros, hubo treinta y cinco ocasiones en que, a causa de los rápidos en las corrientes de los ríos, tuvieron que cargar con la canoa y con todos los bultos de sus provisiones para continuar a pie. Los tres sacerdotes establecieron por fin su residencia en el lugar llamado Tod's Point, pero muy pronto se ordenó el regreso de los dos compañeros del padre Brébeuf, y éste se quedó solo entre los hurones, cuya manera de vivir, menos nómada que la de otras tribus, brindaba mejores perspectivas a los misioneros para desarrollar su trabajo. No tardó mucho en descubrir que todos los pobladores de la región le miraban con desconfianza, tenían siniestras sospechas sobre sus actividades, le hacían responsable por cualquier calamidad o infortunio que les ocurriese y experimentaban un terror suspersticioso ante la cruz que campeaba sobre el techo de su cabaña. Durante aquel período, el padre Brébeuf fue incapaz de lograr una sola conversión entre los hurones y ya no hubo tiempo para hacer nuevos intentos, porque las circunstancias no le permitieron quedarse. La colonia francesa se hallaba desamparada: los ingleses habían cerrado el río San Lorenzo al tráfico de los colonos y no llegaba para éstos ningún abastecimiento ni ayuda desde Francia. El gobernador Champlain se vio obligado a rendirse; los colonos y los misioneros, expulsados, debieron regresar a su país y el Canadá se convirtió, por primera vez y por breve tiempo, en una colonia británica. Sin embargo, el infatigable Champlain se puso inmediatamente en actividad, llevó el asunto a los tribunales ingleses en Londres y pudo probar, de manera concluyente, que la invasión de la colonia era una usurpación injusta. En el año de 1632, Canadá volvió a manos de Francia.

Inmediatamente, se invitó a regresar a los franciscanos, pero como carecían de un número suficiente de misioneros, fueron los jesuitas, nuevamente los que se hicieron cargo del trabajo de evangelización. El padre Le Jeune, jefe de la misión, llegó a Nueva Francia en 1632, seguido por el padre Antoine Daniel y, en 1633, los padres Brébeuf y Massé, veteranos en aquellas lides, arribaron junto con el gobernador Champlain. El padre Le Jeune, que antes de abrazar el sacerdocio había sido hugonote, era un hombre de extraordinaria habilidad y amplia visión. Consideraba que la misión no era un asunto para unos cuantos sacerdotes y los pocos fieles que les apoyasen, sino una empresa de gran envergadura en la que deberían interesarse todos los católicos franceses. En consecuencia, concibió y realizó el plan de mantener bien informada a toda la nación sobre las verdaderas condiciones en el Canadá, por medio de una serie de descripciones gráficas, que se inició con la de sus experiencias personales sobre el viaje, las exploraciones y sus primeras impresiones respecto a los indígenas. Aquellas informaciones fueron escritas y enviadas a Francia en un término de dos meses para ser publicadas al terminar el año. Aquellos mensajes que se conocen como las "Relaciones Jesuíticas", se intercambiaron casi sin interrupción entre la "Nueva" y la "Vieja" Francia y, con frecuencia, comprendían cartas de los otros jesuitas como Brébeuf y Perrault. Las relaciones despertaron muy vivo interés, no sólo en Francia, sino en toda Europa, a tal punto que, desde su publicación, se inició una gran corriente de emigración desde el Viejo Continente y muy pronto, buen número de religiosos, hombres y mujeres, llegaron

a trabajar entre los indios y a dar ayuda espiritual a los colonos. El padre Antoine Daniel, que habría de ser el compañero del padre Brébeuf durante algún tiempo, era, como éste, natural de Normandía. Seguía los estudios de leyes cuando decidió ingresar en la Compañía de Jesús y, antes de partir hacia el Nuevo Mundo, había estado en estrecho contacto con todos los que le pudieran informar sobre la misión del Canadá.

Cuando los hurones llegaron a Quebec para asistir a la feria anual, se mostraron muy contentos al ver de nuevo al padre Brébeuf y se agruparon en torno suyo para oírle hablar en su propia lengua. Muchos de los indígenas le pidieron que regresase con ellos a su comarca y él estaba muy bien dispuesto a seguirles, pero a última hora, los hurones atemorizados por las amenazas de un caudillo de Ottawa, rehusaron la compañía del sacerdote. Durante la feria del año siguiente, sin embargo, los hurones mismos rogaron al padre Brébeuf, al padre Daniel y a otro sacerdote llamado Darost, que fuesen a morar con ellos como sus huéspedes. Tras una jornada llena de penurias, durante la cual fueron incluso robados y abandonados por sus guías, llegaron los tres jesuitas a su destino, donde los propios hurones les construyeron una amplia cabaña. Brébeuf enseñó a sus compañeros el idioma local y muy pronto, el padre Daniel, que demostró ser un alumno aventajado, pudo recitar con los niños el Padre Nuestro, durante las reuniones que congregaba el padre Brébeuf en su cabaña. La religión, tal como la entendían los indios, se fundaba exclusivamente en el temor, y los misioneros debieron conformarse con empezar a enseñarles lo que buenamente pudiesen aprender. "Comenzaron a catequizarlos", escribió Brébeuf, "inculcándoles la memorable verdad de que sus almas son inmortales y que, después de la muerte del cuerpo, se van al infierno o al cielo. De esta manera nos acercamos a ellos en público o en privado. Yo les explico que en sus manos está elegir lo que quieran para su vida eterna". Hubo por entonces una época de gran sequía y amenazaba con declararse el hambre; los brujos del lugar no podían hacer nada para atajar la catástrofe, y todos los indios estaban al borde de la desesperación. Entonces apelaron al padre Brébeuf, quien les recomendó que se dedicaran a la oración e inició con ellos una novena; en el último día de oraciones cayó la lluvia en abundancia y se salvaron las cosechas. Los hurones quedaron muy impresionados; pero los ancianos de la tribu se aferraban a sus antiguas tradiciones y los hombres maduros y los jóvenes eran indiferentes y despreocupados. Los misioneros jesuitas nunca administraban el bautismo a los adultos, sin haberlos sometido antes a una larga preparación en la que dieran pruebas de constancia; sólo bautizaban a los enfermos que estuviesen a punto de morir, de los cuales había siempre bastantes, debido a la persistencia de las epidemias. Los niños, en cambio, eran dóciles y estaban bien dispuestos a aprender y, sin embargo, los vicios se practicaban tan abiertamente, que era casi imposible evitar que los pequeños se contaminaran con las degeneraciones de sus mayores. Por lo tanto, se decidió establecer en Quebec un seminario para los indígenas, y el padre Daniel, con dos o tres niños hurones, partió a la ciudad para fundar lo que llegó a ser el centro de las esperanzas de los misioneros. El propio padre Daniel era el maestro, el tutor, el enfermero y el compañero de juegos de los primeros seminaristas. Durante algún tiempo, el padre Brébeuf se quedó solo entre los hurones y aprovechó aquella circunstancia para escribir un tratado de instrucciones, que posteriormente fue famoso, destinado a los que acudiesen a participar en las misiones entre los indígenas.

En 1636, llegaron otros cinco jesuitas, de entre los cuales dos estaban destinados a figurar en el número de los mártires: el padre Jogues, que llegó a ser el apóstol de la nueva nación indígena, y el padre Garnier. Isaac Jogues, natural de Orléans, ingresó a los diecisiete años de edad al noviciado de la Compañía en Rouen y de ahí pasó al colegio real de La Flèche, considerado por Descartes como el primer colegio de Europa. Después de su ordenación, fue destinado al Canadá y emprendió el viaje junto con el gobernador de Nueva Francia, Huault de Montmagny. Charles Garnier era un parisino educado en el Colegio de Clermont. A los diecinueve años ingresó al noviciado y, después de su ordenación, en 1635, se ofreció para la misión del Canadá. Partió junto con Jogues en 1636. Garnier tenía entonces treinta años y Jogues veintinueve.

Mientras el padre Brébeuf estuvo solo entre los hurones, presenció la conmoción de los preparativos de guerra para rechazar una invasión de los iroqueses, los enemigos tradicionales, y tras las batallas, fue testigo obligado de la espantosa escena de las torturas y la muerte de un prisionero iroqués. El sacerdote no pudo hacer nada para evitar aquellas crueldades increíbles, pero como había bautizado al cautivo poco antes, se impuso la obligación de permanecer a su lado para alentarlo y ayudarlo a bien morir. Así presenció la manifestación de un nuevo aspecto del carácter de los indígenas, que fue toda una revelación para él. "La forma en que se burlaron de su víctima, fue verdaderamente diabólica", escribió el padre Brébeuf. "Mientras más quemaban sus carnes y rompían sus huesos, más le halagaban y aun le acariciaban. Fue una horrible tragedia que duró toda la noche". No sabía por entonces el sacerdote que presenciaba lo mismo que él iba a sufrir.

Cinco de los misioneros recién llegados partieron inmediatamente a reunirse con el padre Brébeuf, y el padre Jogues, que no había sido destinado a los hurones, también fue a sumarse a la misión unos meses después. Una de las frecuentes epidemias que asolaba por entonces la región, atacó a varios de los nuevos misioneros y, a pesar de que éstos, aún los convalecientes, ayudaban en todo lo posible a los indios enfermos, los hechiceros del lugar se encargaron de hacer correr el rumor de que la llegada de los extranjeros era la causa del mal que atacaba a los indígenas. A duras penas y sólo temporalmente, hicieron frente los misioneros a aquella campaña de calumnias.

No obstante todos aquellos contratiempos, en el mes de mayo de 1637, Brébeuf se sintió impulsado a escribir al padre general de su orden en estos términos: "Se nos escucha con complacencia, hemos bautizado a más de 200 este año y desde casi todas las aldeas y caseríos de la comarca se nos ha invitado a visitarlos. Por otra parte, como resultado de esta última epidemia y de los rumores que hicieron circular los brujos, las gentes nos conocen más y mejor y, por lo menos, a juzgar por nuestra conducta, comprenden que no hemos venido a comprar pieles ni a comerciar con ellos, sino únicamente a enseñarles y a procurar para ellos la salvación de su alma y, a fin de cuentas, la felicidad que durará eternamente". No pasó mucho tiempo, sin que la esperanza de los misioneros recibiese un nuevo golpe, a causa del resurgimiento de las sospechas de los indígenas, que culminó en un consejo de veintiocho ancianos de la tribu que, prácticamente, sometieron a juicio en ausencia a todos los sacerdotes misioneros. Ante las acusaciones, el padre Brébeuf se defendió y defendió a sus compañeros brillantemente, pero al cabo de nuevos concilios e interrogatorios, se le informó que, por decisión del pueblo, él y sus compañeros debían

morir. Los misioneros tomaron las cosas con calma; entre todos, redactaron un último informe y declaración para sus superiores y, después, el padre Brébeuf invitó a los indios a su fiesta de despedida. En el transcurso de aquel ágape, el sacerdote les habló sobre la vida después de la muerte, con palabras tan sencillas y acento tan emocionado, que los indígenas se conmovieron, proclamaron su decisión de que el padre Brébeuf se quedara con ellos y se comprometieron a dejar en paz a los otros misioneros.

Se estableció una segunda misión en la cercana localidad de Teanaustaye y el padre Lalemant quedó a cargo de la nueva casa y de la antigua, mientras que el padre Brébeuf se puso al frente de una tercera casa, llamada Sainte-Marie, a corta distancia de los caseríos indígenas. Aquel establecimiento fue como la oficina central de las misiones y el cuartel general de los sacerdotes y sus ayudantes, así como el refugio para los labradores y soldados franceses. Ahí se construyeron un hospital y un fuerte, se estableció un cementerio y, durante cinco años, los misioneros trabajaron con perseverancia. Con frecuencia, emprendieron largas y peligrosas expediciones a los territorios de otras tribus, como los petum o indios del tabaco, los ojibways y los neuters, que vivían en las tierras al norte del lago Erie. Era muy rara la ocasión en la que aquellos indígenas recibían bien la visita de los sacerdotes. En 1637, el primer indígena adulto recibió el bautismo; dos años más tarde, se habían bautizado otros ochenta y, en 1641, sesenta más recibieron el sacramento. Las cifras no indicaban un gran progreso, pero en cambio demostraban que era posible la conversión de los indígenas. El padre Lalemant, en la relación que escribió en 1639, decía: "A veces nos hemos preguntado si podemos tener esperanzas en la conversión de este país, sin llegar al derramamiento de sangre". Al mismo tiempo, por lo menos dos de los misioneros, el padre Brébeuf y el padre Jogues, oraban de continuo para tomar parte en la gloria del sufrimiento, aunque no del martirio. En el año 1642, el país de los hurones se hallaba asolado por las calamidades: las cosechas eran muy pobres, abundaban las enfermedades y no había manera de obtener ropa. Quebec era la única fuente de abastecimientos y, por acuerdo general de los misioneros, se eligió al padre Jogues para que condujera una expedición a la ciudad. El sacerdote llegó con bien a su destino y emprendió el regreso con abundantes provisiones para la misión, pero los iroqueses, acérrimos enemigos de los hurones y los más feroces de los indígenas de las tribus, estaban al acecho y habían tendido una emboscada a los expedicionarios. La historia del ataque, del cautiverio, de los malos tratos, de las torturas a que fueron sometidos los expedicionarios, no puede relatarse aquí. Basta informar que el padre Jogues y su ayudante, René Goupil, aparte de haber sido apaleados varias veces y golpeados por los puños de sus captores, tuvieron que soportar que les arrancaran el pelo de la cabeza y de las barbas, así como las uñas de todos los dedos y todavía, el dedo índice les fue arrancado a mordizcos hasta su nacimiento. Pero lo que más apenaba al sacerdote era la crueldad brutal con que fueron tratados los indígenas cristianos convertidos por él. El primero en morir martirizado el 29 de septiembre de 1642, fue RENÉ GOUPIL, despedazado por las hachas (tomahawks) que le arrojaban desde cierta distancia, por haber hecho el signo de la cruz sobre la cabeza de algunos niños. Aquel René Goupil fue un hombre extraordinario. Se había esforzado por formar parte de la Compañía de Jesús e incluso había ingresado en el noviciado, pero su precaria salud le obligó a abandonar el intento. Entonces, siguió la carrera de medicina

y se las arregló para trasladarse al Canadá, donde ofreció sus servicios a los misioneros, cuya fortaleza llegó a emular.

El padre Jogues permaneció como esclavo entre los mohawks, una de las tribus de los iroqueses, quienes ya habían decidido matarlo. Debió su liberación a los colonos holandeses que, desde que se enteraron de las penurias que sufrían los cautivos, habían tratado de salvarlos. Gracias a las gestiones del gobernador del Fuerte Orange y del gobernador de la colonia de Nueva Holanda, el padre Jogues fue embarcado en una nave que le condujo a Inglaterra y de ahí se trasladó a su nativa Francia, donde su arribo despertó inusitado interés. Como tenía los dedos mutilados, le estaba vedado celebrar la misma, pero el Papa Urbano VIII le otorgó un permiso especial para hacerlo, puesto que "sería una injusticia que un mártir por Cristo no beba la sangre de Cristo". A principios de 1644, el padre Jogues navegaba otra vez hacia la Nueva Francia. Al llegar a Montreal, que acababa de ser fundada, comenzó a trabajar entre los indios de las proximidades, en espera del momento de volver a la comarca de los hurones, un viaje que era cada vez más peligroso, porque los indios iroqueses estaban al acecho a lo largo de todo el camino. Por aquel entonces y en forma inesperada, estos indígenas enviaron una embajada a la localidad de Tres Ríos, para gestionar la paz. El padre Jogues, que se hallaba presente en los parlamentos, advirtió que no habían acudido los representantes de Ossernenon, la aldea principal de la tribu. Además, en el curso de las pláticas, resultó evidente que los iroqueses sólo querían hacer las paces con los franceses y no con los hurones. De todas maneras, se resolvió enviar una delegación de Nueva Francia para parlamentar con los jefes iroqueses en Ossernenon. y el padre Jogues fue nombrado principal embajador, junto con Jean Bourdon, que representaba al gobierno de la colonia.

La comitiva partió por la ruta del Lago Champlain y el Lago George y, luego de emplear los días de una semana en confirmar los detalles del pacto, regresó a Quebec. El padre Jogues dejó en Ossernenon una gran caja llena de artículos religiosos, porque tenía la intención de regresar como misionero entre los mohawks y le resultaba conveniente deshacerse de uno de los bultos. Aquella caja fue la causa de su martirio. Antes del arribo de la comitiva, los mohawks habían recolectado una mala cosecha y, tan pronto como partieron los embajadores, asoló a la comarca una terrible epidemia que los indígenas achacaron a "los demonios escondidos en la caja del padre Jogues". Por eso, en cuanto supieron que el sacerdote realizaba una tercera visita a sus aldeas, le tendieron una celada en la que cayeron él y su compañero Lalande. Ambos fueron golpeados, despojados de todo lo que llevaban y conducidos a Ossernenon, medio desnudos y atados con cuerdas. Sus captores eran miembros de la tribu del Oso y, si bien los indígenas de otros grupos familiares trataron de proteger a los cautivos y decidir su suerte en un consejo, los primeros se negaron a toda clemencia. En la tarde del 18 de octubre, el padre ISAAC JOGUES fue invitado a comer en una cabaña y, tan pronto como entró, los indígenas ahí reunidos le arrojaron sus hachas y le dieron muerte. Cortaron la cabeza al cadáver y la colocaron en la punta de un palo, vuelta en dirección al camino por donde había llegado el sacerdote*. Al día siguiente, su compañero JEAN LALANDE y el guía,

* La ciudad de Ossernenon, escenario de aquellos martirios, fue el sitio donde, diez años más tarde, vino al mundo Kateri Tekakwitha, la muchacha mohawk cuyas virtudes fueron declaradas heroicas por su S.S. Pío XII y está en proceso de beatificación.

un indígena hurón, fueron igualmente muertos a hachazos, decapitados y arrojados sus cuerpos al río. Jean Lalande, lo mismo que René Goupil, era un *donné* o "donado" de la misión. El martirio del padre Jogues decidió la suerte de los hurones, cuya única esperanza de obtener la paz radicaba en los buenos oficios del misionero entre sus feroces enemigos, los iroqueses. Por aquel entonces, los hurones comenzaban a aceptar la fe cristiana en número considerable y había veinticuatro misioneros, incluso el padre Daniel, trabajando entre ellos. En realidad, el país de los hurones estaba en camino de hacerse cristiano y, si hubiesen gozado de un período de paz, toda la tribu se habría convertido, pero los iroqueses no cesaban en sus hostilidades. Después de una serie de ataques y saqueos a las aldeas huronas, sin que se salvase ninguno de los habitantes, el 4 de julio de 1648, aparecieron en Teanaustaye, precisamente cuando el padre Daniel acababa de celebrar la misa. A la vista del enemigo, se apoderó de todos un gran pánico y muchos de entre ellos buscaron amparo junto al sacerdote, quien comenzó a bautizarlos rápidamente. Pero eran tantos los que le imploraban el sacramento en presencia del peligro, que acabó por mojar su pañuelo y los bautizó colectivamente, por aspersión. Entretanto, los iroqueses se adueñaban de la aldea, palmo a palmo, y los fieles instaban al padre Daniel para que escapara, pero éste se negó y, en vez de huír, fue a visitar a algunos ancianos y enfermos que, desde tiempo atrás, preparaba para el bautismo. Hizo un rápido recorrido por las cabañas para alentar a los asustados pobladores y regresó a la iglesia, que encontró llena de cristianos indígenas. Les habló para darles instrucciones a fin de que escaparan mientras pudieran hacerlo y, luego, salió solo de la iglesia para ir al encuentro del enemigo. Al ver los iroqueses al padre ANTOINE DANIEL le rodearon y comenzaron a dispararle flechas hasta que cayó muerto. Desnudaron el cadáver, lo arrojaron dentro de la iglesia y prendieron fuego al edificio. Como dice el narrador de aquel martirio, "el padre Daniel no podía haber sido más gloriosamente consumido que en la pira de aquella capilla ardiente".

Durante el año siguiente, el 16 de marzo de 1649, los iroqueses atacaron la aldea en que se hallaban los padres JEAN DE BRÉBEUF Y GABRIEL LALEMANT. De entre los jesuitas que llegaron a Nueva Francia, Gabriel Lalemant fue el último de los mártires. Dos de sus tíos habían sido misioneros en el Canadá, y él mismo, después de hacer sus votos como sacerdote jesuita en París, agregó un cuarto voto: el de ofrecer su vida en sacrificio por la salvación de los indios. Tuvo que aguardar catorce años para cumplir con aquel voto. Las torturas a que fueron sometidos los dos sacerdotes, fueron de las más atroces de cuantas registra la historia. Después de desnudarlos completamente y golpearlos con palos en todas las partes de sus cuerpos, el padre Brébeuf se incorporó a duras penas y comenzó a exhortar y alentar a los cristianos que le rodeaban. A uno de los dos sacerdotes le fueron cortadas ambas manos; a los dos les aplicaron barrotes de hierro calentados en las hogueras, en los sobacos y los costados y les pusieron sobre los hombros collares hechos con puntas de lanza calentadas al rojo. Después, los verdugos les colocaron en torno a la cintura, fajas de corteza de árboles bañadas en resinas, a las que prendieron fuego. En medio de aquellos tormentos atroces, el padre Lalemant levantó la vista al cielo e imploró a Dios con gestos y ademanes, mientras que el padre Brébeuf mantenía tensos los músculos de su cara, que parecía de piedra, como si fuese insensible al dolor. En un momento dado, como si hubiese recuperado el conocimiento de pronto, comenzó a hablar a sus

verdugos y a los cristianos cautivos hasta que aquéllos, para hacerle callar, le cortaron la punta de la nariz y desgarraron sus labios y luego, como una burlesca simulación del bautismo, vertieron sobre él y su compañero, calderos de agua hirviente. Por último, comenzaron a cortarles grandes trozos de carne que arrojaban al fuego para asarla y, luego, a los dos, les abrieron una gran incisión sobre el pecho y les sacaron el corazón, no sin antes recoger la sangre en cuencos para beberla cuando aún estaba caliente.

El martirio de los dos misioneros y la matanza de hurones, lejos de satisfacer la ferocidad de los iroqueses, avivó su sed de sangre. Antes de que terminara el año de 1649, ya habían penetrado hasta la comarca de Tabaco, donde el padre CHARLES GARNIER había fundado una misión en 1641 y donde los jesuitas tenían ya dos casas. Cuando los habitantes de la aldea de Saint-Jean supieron que se acercaba el enemigo, enviaron a los hombres a su encuentro, pero los atacantes, informados por sus espías sobre la indefensa condición en que había quedado el caserío, dieron un rodeo para evitar el encuentro con los guerreros enviados en su contra y llegaron a Saint-Jean por sorpresa. En el curso de la indescriptible orgía de sangre que se produjo durante el ataque, el padre Garnier, el único sacerdote en aquella misión, corría de un lugar a otro, a la vista del enemigo, para dar la absolución a los cristianos moribundos, bautizar a los niños y a los catecúmenos y consolar a los que pudiera, sin cuidarse para nada del propio peligro. Cuando se afanaba en aquellos menesteres, fue muerto por los disparos del mosquete de un iroqués. Aun cuando estaba herido de muerte, hizo un esfuerzo para arrastrarse a atender a otro moribundo que estaba cerca, pero luego de algunos vanos intentos, quedó exánime en el suelo y un indio que pasaba a la carrera, para rematarlo, le arrojó el hacha que se le quedó clavada en la cabeza. Terminada la matanza, algunos de los indios cristianos sepultaron los restos del padre Garnier en el lugar donde había estado su iglesia.

El padre NOËL CHABANEL, el misionero que trabajaba junto con el padre Garnier, se hallaba ausente en el momento del ataque, pero no pudo escapar. Precisamente caminaba hacia su misión con algunos hurones cristianos, cuando oyó la gritería de los iroqueses que regresaban de Saint-Jean. El sacerdote dió instrucciones a sus fieles para que huyesen y se ocultasen en los bosques y, cuando todos se hubieron dispersado, se dispuso a seguirlos. A paso lento, porque estaba exhausto, se internó en la espesura y, desde entonces no se volvió a saber nada de él. Algún tiempo después, un hurón apóstata confesó que había matado a puñaladas al padre Chabanel, simplemente por su odio a la fe cristiana. No fue Chabanel el menos heroico entre los mártires. Es cierto que no poseía la misma capacidad para adaptarse que los demás; nunca pudo aprender el idioma de los "salvajes", como él les llamaba, y experimentaba una sincera repugnancia al verlos, al tratarlos, ante su manera de comer y de vivir. Además, durante toda su estadía en el Canadá, había experimentado una sequedad espiritual que le hacía sufrir terriblemente. Y sin embargo, a fin de atarse de manera inviolable al trabajo que aborrecía, hizo el voto solemne ante el Santísimo Sacramento, de permanecer en la misión hasta su muerte. El sacrificio de aquellos nobles mártires dio un resultado maravilloso, puesto que no había transcurrido mucho tiempo después de su muerte, cuando las verdades que ellos proclamaban fueron aceptadas por todos, aun por sus mismos verdugos, y los misioneros que les sucedieron, conquistaron para el cris-

tianismo a todas las tribus con las que tuvieron relaciones los primeros jesuitas llegados al Canadá.

Los Mártires de América del Norte son: Santos Juan de Brébeuf, Isaac Jogues, Antonio Daniel, Gabriel Lalemant, Carlos Garnier, Noël Chabanel, René Goupil y Juan Lalande. Todos ellos fueron canonizados en 1930. La Compañía de Jesús celebra su fiesta en esta fecha y el 16 de marzo, en todos los Estados Unidos y el Canadá.

La principal de las fuentes de información relativas a estos mártires es, por supuesto, la colección de las cartas, informes y relaciones de los propios misioneros. Estos documentos están al alcance de todos los interesados, en las varias ediciones y traducciones de *Las Relaciones Jesuíticas.* Entre los varios libros que proporcionan narraciones más concretas, pueden mencionarse *The Jesuit Martyrs of North America* (1925), de J. Wynne; *The Jesuit Martyrs of Canada* (1925), de E. J. Devine y el *Pioneer Priest of North America*, de T. J. Campbell, en versiones en inglés. En francés, se cuenta con *Martyrs de la Nouvelle France*, de Rigaul et Goyau y *Martyrs du Canadá* (1930), de H. Fouquenay, que debe ser recomendada por su excelente bibliografía. También se han escrito biografías de varios de los mártires en particular, como las de Jogues, Brébeuf y Garnier, por F. Martin. Muchos historiadores no católicos han rendido tributo generoso a estos gloriosos misioneros, sobre todo F. Parkman en *The Jesuits in North America* (1868). Hay trabajos más recientes de autores estadounidenses como O'Brien, en *The American Martyrs*; F. X. Talbot, en *A Saint among the Savages* y *A Saint among the Hurons*, así como la obra de E. M. Jury, *Saint-Marie among the Hurons* (1953). Ver también el *Étude sur les Relations des Jésuites de la Nouvelle France* (1940) y el *Étude sur les écrits de S. Jean de Brébeuf* (dos vols. 1953), de R. Latourelle.

SANTOS CIPRIANO Y JUSTINA, MÁRTIRES (Sin Fecha)

LAS LEYENDAS de estos santos (a San Cipriano se le llama "de Antioquía") no es más que una fantasía con moraleja, absolutamente fabulosa (si acaso existieron alguna vez los mártires Cipriano y Justina, personajes del relato, su rastro se ha perdido por completo), compuesta con el propósito de grabar en los oyentes o en los lectores, la impresión de la impotencia del diablo ante la castidad cristiana que se defiende con el escudo de la Cruz. La fábula se compuso con datos tomados de diversas fuentes y ya era conocida en épocas tan remotas como el siglo cuarto, puesto que San Gregorio Nazianceno identifica a este Cipriano con el gran San Cipriano de Cartago, y el poeta Prudencio comete el mismo error. La historia, según la relata Alban Butler, es como sigue:

Cipriano, llamado "el Mago", natural de Antioquía, había sido educado en todos los impíos misterios de la idolatría, la astrología y la magia negra. Con la esperanza de hacer grandes descubrimientos en las artes infernales, partió de su país natal cuando era todavía muy joven y visitó Atenas, el Monte Olimpo en Macedonia, Argos y Frigia, la ciudad egipcia de Ménfis, la Caldea y las Indias, lugares todos aquellos que, por entonces, eran famosos por sus supersticiones y las prácticas de la magia. Cuando Cipriano se había llenado la cabeza con todas las extravagancias de aquellas escuelas de maldades y supercherías, no se detuvo ante ningún crimen, blasfemó de Cristo, cometió toda clase de atrocidades y asesinó a muchos, en secreto, para ofrecer la sangre al diablo y para buscar en las entrañas de los niños los signos de los sucesos futuros. Tampoco tuvo escrúpulos en recurrir a sus artes para atentar contra la castidad de las mujeres. Por aquel entonces, vivía en Antioquía una dama llamada Justina, cuya belleza era tan extraordinaria, que nadie podía dejar

de mirarla. Había nacido de padres paganos, pero al escuchar las prédicas de un diácono, abrazó el cristianismo y, a su conversión, siguieron la de su padre y la de su madre. Aglaídes, un joven pagano, se enamoró perdidamente de ella y, al ver que le sería muy difícil doblegar la voluntad de la doncella, recurrió a Cipriano para que le ayudara con sus artes mágicas. Pero Cipriano estaba tan enamorado de la hermosa dama como Aglaídes y ya había echado mano de sus más poderosos secretos para conquistar su afecto. Justina, al verse asediada por sus dos enamorados, fortaleció su virtud con la plegaria, la vigilancia y la mortificación; tomó el nombre de Cristo como escudo contra los artificios y hechicerías y suplicó a la Virgen María que acudiese a proteger a una doncella en peligro. Gracias a ello, en tres ocasiones rechazó a una legión de demonios enviados por Cipriano para asaltarla, tan sólo con soplar sobre ellos y hacer el signo de la cruz.

Cuando Cipriano cayó en la cuenta de que tenía que habérselas con un poder superior, amenazó a su principal emisario, que era el propio Satanás, con dejar de prestarle servicios si no le ayudaba más eficazmente a lograr sus propósitos. El diablo, rabioso ante la perspectiva de perder a un colaborador que le había proporcionado tantas almas, se precipitó hecho una furia sobre Cipriano quien rechazó el ataque del príncipe infernal al hacer el signo de la cruz. Desde aquel momento, el alma negra del mago pecador, presa del arrepentimiento, se hundió en una profunda melancolía y el recuerdo y examen de sus pasados crímenes le llevó al borde de la desesperación. En su estado de ánimo, lleno de confusión, Dios le inspiró la idea de consultar con un sacerdote y se dirigió a uno, llamado Eusebio, que había sido su compañero de escuela, quien le consoló de sus pesadumbres y le alentó en su conversión. Cipriano, que había estado tan trastornado que pasó días enteros sin comer, pudo al fin fortalecerse con un poco de alimento, permaneció junto a su amigo el sacerdote y, el domingo siguiente, éste lo llevó a la asamblea de los cristianos. Tanto impresionó a Cipriano el recogimiento y la devoción con que los fieles practicaban el culto divino que, al término del mismo, declaró: "Acabo de ver a los seres celestiales, verdaderos ángeles que cantan a Dios, y sus voces adquieren un acento ultraterreno, sobre todo cuando al fin de cada estrofa de los salmos, agregan la palabra hebrea "Aleluya", de una manera que ya no parecen seres humanos"*. Todos los fieles, por su parte, estaban atónitos al ver entre ellos a Cipriano, el perverso mago, acompañado por un sacerdote. A duras penas el obispo pudo admitir la sinceridad de su conversión. El propio Cipriano le dio la prueba convincente al quemar, frente al prelado, todos sus libros y sus aparatos de magia. Después de aquello, distribuyó sus bienes entre los pobres e ingresó entre los catecúmenos.

Al término de la debida preparación, recibió el sacramento del bautismo de manos del obispo. Aglaídes, el otro enamorado de Justina, se convirtió también, gracias a las virtudes de la doncella y fue bautizado. La propia

* En una nota escrita por Butler en su artículo sobre este santo, relata una anécdota que ilustra admirablemente los conocimientos de Dios y ciertas actitudes ante el culto católico, durante el siglo dieciocho. Cierto día en que Lord Bolingbroke asistía a la misa en la capilla de Versalles, se impresionó de tal manera al ver al obispo celebrante en el momento de la elevación de la hostia, que murmuró al oído de su vecino, el marqués de X: "Si yo fuera el rey de Francia, a diario celebraría esa ceremonia tan emocionante".

Justina se sintió conmovida ante aquellos maravillosos ejemplos de la misericordia divina, hasta el extremo de que se cortó su hermosa cabellera, como una señal de que consagraba su virginidad a Dios, se desprendió de todas sus joyas y ricas vestiduras para venderlas y distribuir el dinero entre los pobres. Cipriano fue primero el encargado de recibir los donativos a la puerta de la casa de la comunidad cristiana y más tarde, fue elevado al sacerdocio. A la muerte del obispo Antimo, él ocupó la sede episcopal de Antioquía (ninguno de los obispos conocidos de Antioquía de Siria o de Antioquía de Pisidia, llevó los nombres de Cipriano o de Antimo). Cuando se inició la persecución de Diocleciano, el obispo Cipriano fue aprehendido y se le hizo comparecer ante el gobernador de Fenicia, que tenía su residencia en Tiro. Justina se retiró a Damasco, su ciudad natal que, por entonces, estaba sometida a la autoridad del gobernador de Fenicia y, cuando cayó en manos de los perseguidores, fue llevada ante el mismo juez que procesaba a Cipriano. Justina fue inhumanamente azotada en tanto que el cuerpo de Cipriano fue desgarrado por los garfios de acero. Tras estas torturas, los dos fueron encadenados y así marcharon a Nicomedia para comparecer ante el propio Diocleciano. Este no hizo más que leer la carta donde el gobernador de Fenicia le señalaba las acusaciones que pesaban sobre los reos y mandó que los decapitaran. La sentencia se ejecutó sobre la ribera del Gallus, después de que los soldados hicieron un vano intento para hacer morir a los mártires en un caldero de pez hirviente.

Esta leyenda fue muy popular, como lo atestiguan los diversos textos en latín y en griego, por no hablar de los que existen en otros idiomas. Ciertamente que una parte de la historia ya se conocía antes de la época de San Gregorio Naziaceno, porque los predicadores del año 379 atribuían a San Cipriano de Cartago numerosos incidentes tomados de la leyenda de Cipriano de Antioquía. No obstante todo eso, es imposible obtener el menor vestigio de pruebas sobre la existencia de personajes tales como Cipriano de Antioquía, el mago arrepentido, o Justina, la virgen mártir. Sobre esto conviene ver el artículo de Delehaye, *Cyprien d'Antioche et Cyprien de Carthage*, en el *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIV (1921), pp. 314-332. Aparte del texto de la leyenda, que puede encontrarse en *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII, de ella ha surgido una literatura muy abundante. Véase por ejemplo: *Cyprian von Antiochien und die Deutsche Faustsage* (1882), de T. Zahn; el *Cyprian der Magier*, en el *Nachrichten* de Göttingen, 1917, pp. 38-70; y el *Griechische Quellen zur Faustsage*, en la *Sitzungsberichte* de Viena, vol. 206, 1927. La misma leyenda fue tomada por Calderón de la Barca para escribir uno de sus dramas más famosos: *El Mágico Prodigioso*. Algunos pasajes de esta pieza fueron reproducidos por Shelley en sus *Escenas de Calderón*.

SAN NILO DE ROSSANO, ABAD (1004 P.C.)

ALGUNAS veces se llama Nilo el Joven a este santo abad, descendiente de una familia originaria de la ciudad de Magna, en Grecia, y nacido en la ciudad de Rossano, en Calabria, alrededor del año 910. En la pila bautismal recibió el nombre de Nicolás. Aparte de haber sido en su juventud "muy ferviente en la práctica de sus deberes religiosos y de todas las virtudes", como afirma Alban Butler, tuvo sus momentos de debilidad, de tibieza y descuido en los primeros años de su vida e incluso se ha discutido si la mujer que vivía con él y que le dio una hija, era su legítima esposa. Pero lo cierto es que, cuando Nicolás tenía treinta años, tanto su mujer como su hija murieron, y aquella doble pérdida junto con una serie de enfermedades y quebrantos, le hicieron volverse hacia Dios. Por aquel entonces, había un gran número de monasterios de los monjes del rito bizantino en el sur de Italia y, en uno de ellos recibió Nicolás el hábito y el nombre de Nilo. En varias oportunidades vivió en alguno de los distintos monasterios, después de haber pasado un período de tiempo como ermitaño y, por fin, fue nombrado abad en el monasterio de San Adrián, cerca de San Demetrio Corone. La fama de su santidad y su sabiduría se extendió por toda la comarca, y eran muchas las gentes que acudían a él en busca de consejo espiritual. En cierta ocasión, el arzobispo Teofilacto de Reggio, con el doméstico Leo, muchos sacerdotes y fieles, fue a visitarle con el propósito de poner a prueba su famosa erudición y habilidad. El abad conoció de antemano las intenciones del arzobispo y, antes de saludar al prelado y los otros miembros de la comitiva, rezó con ellos algunas oraciones y dejó en manos de Leo un libro en el que estaban escritas ciertas teorías sobre el pequeño número de los elegidos, ideas éstas que parecieron demasiado severas a la concurrencia. El santo abad se propuso demostrar entonces que dichas teorías estaban fundadas en los principios establecidos, no sólo por San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Efraín, San Teodoro el Estudita y otros padres, sino por los del propio San Pablo y los del Evangelio. Para terminar su discurso, agregó estas palabras: "Las declaraciones parecen duras y aún terribles, pero mirad bien que sólo condenan las irregularidades de vuestras vidas. A menos que lleguéis a ser enteramente santos, no escaparéis de los eternos tormentos". Uno de los presentes preguntó al abad si Salomón se había condenado o salvado, a lo que él repuso: "¿Qué necesidad tenemos de saber si se ha salvado o no? En cambio, conviene reflexionar en que Cristo pronunció palabras de condenación contra todas las personas que cometen impurezas". Eso lo dijo porque sabía que la persona que le había preguntado era adicta a ese vicio. Después añadió: "Tal vez yo podría saber si tú te salvarás o te condenarás. En cuanto a Salomón, la Biblia no hace mención de su arrepentimiento, como lo hace del de Manasés". Eufraxio, un noble lleno de vanidad y de altivez, fue enviado desde la corte imperial de Constantinopla para gobernar la Calabria. San Nilo no le ofreció ningún presente a su llegada, como lo hicieron otros prelados y, por esa causa, el gobernador buscó pretextos para molestar al siervo de Dios. Sin embargo, cuando enfermó gravemente al poco tiempo de su arribo, envió a buscar a San Nilo, le pidió perdón, le rogó que orase por él y le suplicó que le impusiese el hábito de monje. A esto último se negó el abad durante largo tiempo, diciendo cada vez que el gobernador insistía: "Los votos que te fueron impuestos en el bautismo bastan para ti. La penitencia no requiere nuevos votos, sino un cambio sincero de corazón y de vida". Pero Eufraxio no estaba satisfecho y tanto insistió en su petición que, a la larga, el abad le concedió el hábito. Inmediatamente, el gobernador puso en libertad a todos sus esclavos, distribuyó sus bienes entre los pobres y, tres años más tarde, murió con una santa resignación.

Alrededor del año 981, las incursiones de los sarracenos en el sur de Italia obligaron a huír a San Nilo quien, junto con muchos de sus monjes y otros religiosos, representantes del monaquismo oriental, se acogió a la hospitalidad de la abadía de Monte Cassino, el centro del monaquismo occidental. Ahí fue recibido "como si San Antonio hubiese llegado de Alejandría o si el propio San Benito regresase del mundo de los muertos" y, luego de vivir durante algún tiempo en la abadía y de celebrar los oficios griegos en su iglesia, Aligerno, el abad benedictino, cedió para los fugitivos el monasterio

de Vallelucio. Ahí permanecieron los monjes de San Nilo quince años, hasta que se trasladaron a una nueva casa en Serperi, cerca de Gaeta. En el año 998, el emperador Otón III viajó a Roma con el propósito de expulsar a Filagatos, el obispo de Piacenza, a quien el senador Crescencio había instalado como antipapa, en contra de Gregorio V. En aquella ocasión, el abad Nilo se presentó ante el Papa y el emperador para suplicarles que tratasen con benignidad al antipapa. Filagatos ("Juan XVI") era calabrés como el abad, y éste se había esforzado en vano por disuadir al otro del cisma y la traición. Las peticiones de Nilo fueron escuchadas con respeto, pero a fin de cuentas, no lograron modificar para nada la terrible crueldad con que fue tratado el anciano antipapa. Nilo protestó enérgicamente en contra de las injurias cometidas en la persona de Filagatos y, cuando el emperador envió a un alto prelado para darle explicaciones, el abad fingió estar dormido a fin de no recibir al enviado y evitarse discusiones. Al poco tiempo, el propio Otón visitó la "laura" de San Nilo y se sorprendió al ver que el monasterio consistía en algunas míseras cabañas. "Estos hombres", comentó, "que viven voluntariamente en pobres chozas, son extranjeros en la tierra; en realidad, son ciudadanos del cielo". Nilo condujo al emperador, ante todo, a la iglesia, donde ambos oraron largo rato; después charló con él largamente en su celda. Otón insistió para que el abad aceptase algunas tierras de sus dominios y una renta que le permitiera establecer en ellas su propia abadía. Nilo le dio las gracias y agregó: "Si mis hijos son verdaderos monjes, nuestro divino Maestro no los abandonará cuando yo me haya ido. Dejadnos donde estamos". A la hora de la despedida, el emperador volvió a hacer otro vano intento para que aceptase algún presente. San Nilo puso ambas manos sobre el pecho del emperador y dijo: "Lo único que os pido, señor, es que salvéis vuestra alma. Sois emperador, pero habréis de morir y dar cuenta a Dios de vuestros actos, lo mismo que todos los hombres".

En el año de 1004 o de 1005, Nilo emprendió un viaje para visitar un monasterio al sur de Tusculum y, durante la jornada, cayó enfermo y debió quedarse en las colinas albanas. Ahí tuvo una visión de Nuestra Señora, quien le manifestó su deseo de que en aquel sitio estableciese una abadía para sus monjes. El abad se puso inmediatamente en movimiento: obtuvo del conde Gregorio de Tusculum una parcela de tierra en las estribaciones del Monte Cavo y mandó llamar a los miembros de su comunidad para instalarse en aquel sitio. Pero antes de iniciarse los trabajos, murió el anciano abad. La obra fue realizada por sus sucesores, especialmente por San Bartolomé, quien murió alrededor del año 1050. El monasterio de Grottaferrata, del cual se considera a San Nilo como primer abad y fundador, existe desde entonces en aquel lugar, habitado por monjes italo-griegos que han mantenido la liturgia y las modalidades bizantinas, a pocos kilómetros de distancia del mundo latino y católico.

La biografía de este santo, con auténtico valor histórico, fue escrita en griego por uno de sus discípulos, y su traducción al latín se halla impresa en *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII. La misma biografía ha sido traducida en varias ocasiones al italiano, por G. Minasi, en *San Nilo di Calabria* (1893) y por A. Rocchi, en *Vita di San Nilo Abate* (1904). También fue este santo, autor de poemas litúrgicos, y sus composiciones han sido editadas por Sofronio Grassisi en un volumen titulado *Poesie di San Nilo juniore* (1906). Sobre la cuestión del supuesto matrimonio de Nilo, véase a U. Benigni en *Miscellanea di storia e coltura ecclesiastica* (1905), pp. 494-496. El autor es partidario de la suposición de que San Nilo no estaba casado con su mujer. Ver también a J. Gay en *L'Italie méridionale et l'Empire Byzantin* (1904), pp. 268-286.

SAN JUAN DE MEDA (¿1159? P.C.)

Se han discutido ampliamente los orígenes y la historia de la asociación penitencial de la Edad Media, conocida con el nombre de *Humiliati*, y en esta polémica la sospechosa leyenda de San Juan de Meda sólo aumenta la confusión. Durante la primera parte del siglo doce, gran número de personas de buena posición de las ciudades del norte de Italia, sin apartarse del mundo, se consagraron a obras de penitencia y caridad. Se afirma que en el año de 1134, por consejo de San Bernardo, algunos de aquellos hombres abandonaron totalmente la vida secular y establecieron una comunidad en Milán. Ahí vivía por aquel entonces un sacerdote secular natural de Como, llamado Juan de Meda, que había sido ermitaño y que se unió inmediatamente a los *Humiliati*. El sacerdote pertenecía a la cofradía de los Oldrati de Milán y en la naciente comunidad fue muy bien recibido. Por recomendaciones suyas, los *Humiliati* decidieron vivir de acuerdo con la regla de San Benito que el propio San Juan modificó para adaptarla a sus necesidades, pero los miembros de la hermandad se calificaban a sí mismos como "canónigos". Entre las particularidades que supuestamente introdujo San Juan, figuraba el rezo diario del oficio parvo de la Virgen María y el uso de un oficio divino especial, llamado simplemente "Oficio de los Canónigos". Pero, cualquiera que haya sido el origen y la historia antigua de los *Humiliati*, lo cierto es que, con el correr del tiempo, la orden declinó y, en 1571, fue suprimida por la Santa Sede.

En el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII, los bolandistas publicaron una breve biografía que data de la Edad Media, acompañada de un largo prefacio. Es de temer que esta supuesta biografía y toda la historia tradicional de los *Humiliati* no sean más que fábulas. No es posible ofrecer aquí un panorama de la controversia sobre este asunto, pero se puede encontrar un excelente resumen con abundantes datos bibliográficos, en la recopilación de F. Vernet para DTC., vol. VI, cc. 307-321. Basta señalar que la importante obra de L. Zanoni, *Gli Humiliati nei loro rapporti con l'Eresia* (1911), las investigaciones de Tiraboschi en *Vetera Humiliatorum Monumenta* (1766-1768) y el artículo crítico de A. de Stefano, *Le Origine dell'ordine degli Umiliati*, en la *Rivista storico-critica delle scienze teologiche* vol. II (1906), pp. 851-871, son magníficas obras de consulta para el caso.

BEATA LUCIA DE CALTAGIRONE, VIRGEN (¿Siglo XIII?)

Caltagirone, una ciudad de Sicilia, mejor conocida en tiempos posteriores como la ciudad natal de Don Luigi Sturzo, fue también el lugar de nacimiento de esta beata que, al parecer, pasó su vida entera en un convento de terciarias regulares franciscanas de Salerno. Es poco lo que se sabe sobre ella. Fue maestra de novicias y, en el desempeño de ese cargo, se esforzó para que se practicara en el convento su propia y profunda devoción por las Cinco Llagas de Cristo. Se le atribuyen milagros, antes y después de su muerte, cuya fecha precisa se desconoce. El culto a la Beata Lucía parece haber sido aprobado por dos Pontífices, Calixto III y León X.

Ver el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII.

BEATO DALMACIO MONER, (1341 P.C.)

La vida de este confesor de la orden de Frailes Predicadores transcurrió en la oscuridad de su celda y el tranquilo desempeño de sus deberes ordinarios, sin

preocuparse nunca por las cuestiones públicas de carácter eclesiástico o secular. Había nacido en la aldea catalana de Santa Columba y, eventualmente, fue enviado por sus padres a estudiar en la Universidad de Montpellier. Ahí tuvo que entablar una verdadera lucha moral y física para no dejarse arrastrar a la vida desordenada que practicaban la mayoría de los estudiantes, hasta que al fin, con ayuda de la gracia de Dios, triunfó de las tentaciones y, al terminar sus estudios, fue aceptado por los dominicos en Gerona. Dalmacio tenía entonces veinticinco años y, después de hacer su profesión, pasó muchos años más dedicado a la enseñanza como maestro de novicios. A las penitencias prescritas por la regla de su orden, agregó voluntariamente muchas otras mortificaciones, como la de abstenerse de beber durante tres semanas consecutivas y dormir sentado sobre una incómoda silla. Gustaba de orar en campo abierto, en los lugares donde la hermosura de la naturaleza le hablase de la gloria de Dios. Se afirma que cierto día, se advirtió la ausencia del hermano Dalmacio, y el fraile que fue a buscarlo, le encontró literalmente arrebatado en éxtasis; en otra ocasión, tres personas le vieron elevado a dos palmos del suelo. Las lecciones de su oficio dicen que a Dalmacio se le conocía en el convento como "al hermano que habla con los ángeles". Con los mujeres nunca hablaba, a no ser que les diese la espalda y no pudiese verlas. Las descripciones sobre su apariencia personal concuerdan en mostrarle como un hombre feo, carente de atractivos.

El hermano Dalmacio expresó siempre su deseo de terminar sus días en las cuevas de La Sainte Baume, donde pasó los últimos treinta años de su vida Santa María Magdalena, patrona de la orden de los dominicos, según afirman las leyendas de Provenza. Su deseo no le fue concedido, pero se le autorizó a cavar una cueva en los terrenos del convento, en Gerona, y ahí vivió durante cuatro años, sin abandonar el incómodo sitio más que para asistir al coro, a los capítulos y al refectorio. El Beato Dalmacio murió el 24 de septiembre de 1341 y su culto fue confirmado en 1721.

Al escribir sobre el Beato Dalmacio en *Acta Sanctorum*, sept. vol. VI, los bolandistas no pudieron recurrir a la biografía original de este santo asceta, escrita por su contemporáneo y hermano en religión, el famoso inquisidor Nicolás Eymeric. En consecuencia, los bolandistas reprodujeron en latín la versión al español de aquella biografía, traducida por Francisco Diego para su historia de los frailes predicadores en su provincia de Aragón. Sin embargo, en los primeros años del presente siglo, llegó a identificarse una copia del original de Eymeric y Fr. van Ortroy la editó en la *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 49-81. Esta memoria es muy interesante puesto que se ha comprobado que, a diferencia de la mayoría de los documentos hagiográficos, fue escrita antes de que se cumplieran diez años de la muerte del personaje tratado.

27: SANTOS COSME Y DAMIAN, MÁRTIRES
(Fecha Desconocida)

COSME y Damián son los más conocidos y los principales en el grupo de santos venerados en el oriente y llamados colectivamente ἀναργυροι, "los sin dinero", porque practicaban la medicina, sin aceptar ningún pago ni recompensa de sus pacientes. A pesar de que algunos escritores han afirmado que lograron entresacar de las "actas", fabulosas y sin valor histórico, de estos santos, algunos fragmentos de los originales auténticos, perdidos

hace siglos, en opinión del padre Delehaye, "es muy probable que el origen y la verdadera historia de Cosme y Damián no lleguen nunca a ser aclarados por las investigaciones". Alban Butler resume la esencia de su historia de esta manera:

Cosme y Damián eran hermanos gemelos, naturales de Arabia; estudiaron las ciencias en Siria y llegaron a distinguirse por su habilidad en la medicina. Como eran cristianos y estaban impulsados por el santo aliento de la caridad en que se nutre el espíritu de nuestra bendita religión, practicaban su profesión con toda su pericia y notable éxito, pero sin aceptar jamás pago alguno por sus servicios. Vivían en Aegeae, sobre la costa de la bahía de Alejandreta, en Cilicia, donde ambos eran distinguidos por el cariño y el respeto de todo el pueblo a causa de los muchos beneficios que prodigaba entre las gentes su caridad y por el celo con que practicaban la fe cristiana, ya que aprovechaban todas las oportunidades que les brindaba su profesión para difundirla y propagarla. En consecuencia, al comenzar la persecución, resultó imposible que aquellos hermanos de condición tan distinguida, pasasen desapercibidos. Ellos fueron de los primeros en ser aprehendidos por orden de Lisias, el gobernador de Cilicia y, luego de haber sido sometidos a diversos tormentos, murieron decapitados por la fe. Conducidos sus restos a Siria, quedaron sepultados en Cirrhus, ciudad ésta que llegó a ser el centro principal de su culto y donde las referencias más antiguas sitúan el escenario de su martirio.

Las leyendas adornan esta sencilla historia con numerosas maravillas. Se dice por ejemplo que, antes de ser decapitados, salieron con bien de varios tipos de ejecución infalibles, como ser arrojados al agua atados a pesadas piedras, ser quemados en hogueras y ser crucificados. Cuando se hallaban clavados en las cruces, la multitud los apedreó, pero los proyectiles, sin tocar el cuerpo de los santos, rebotaron para golpear a los mismos que los arrojaban. Lo mismo sucedió con las flechas disparadas por los arqueros que torcieron su trayectoria e hicieron huír más que de prisa a los tiradores (se cuenta que el mismo caso ocurrió con San Cristóbal y otros mártires). Asimismo dice la leyenda que los tres hermanos de Cosme y Damián, llamados Antimo, Leoncio y Euprepio, sufrieron el martirio al mismo tiempo que los gemelos y sus nombres se mencionan en el Martirologio Romano. Se habla de innumerables milagros, sobre todo curaciones maravillosas, obrados por los mártires después de su muerte y, a veces, los propios santos se aparecieron, en sueños, a los que les imploraban en sus sufrimientos, a fin de curarles inmediatamente. Eso fue lo que sucedió con algunos paganos en el propio templo de Esculapio y Serapis. Entre las personas distinguidas que atribuyeron su curación de males gravísimos a los Santos Cosme y Damián, figuró el emperador Justiniano I, quien visitó la ciudad de Cirrhus especialmente para venerar las reliquias de sus benefactores. A principios del siglo quinto, se levantaron en Constantinopla dos grandes iglesias en honor de los mártires. La basílica que se erigió en Roma, con hermosísimos mosaicos, fue dedicada a los santos, alrededor del año 530. Los Santos Cosme y Damián son nombrados en el canon de la misa y, junto con San Lucas, son los patronos de médicos y cirujanos. Por un error, los cristianos de Bizancio honraron a tres pares de santos con el mismo nombre. "Es necesario saber", dice el Sinaxario de Constantinopla, "que hay tres grupos de mártires con los nombres de Cosme y Damián: los de Arabia, que fueron decapitados durante la persecución de Diocleciano (17 de octubre), los de

Roma, que murieron apedreados en el curso del reinado de Carino (1º de julio) y los hijos de Teódota, quienes murieron tranquilamente". Sin embargo, todos esos santos son los mismos.

Como ya se ha dicho, los médicos honran a Cosme y Damián como sus patronos, lo mismo que a San Pantaleón y a San Lucas. Bienaventurados sean los de esa profesión que traten de imitar a sus patronos y aprovechen las oportunidades de ejercer la caridad que, con tanta frecuencia les ofrece la medicina, y sepan dar alivio corporal, a veces consuelo espiritual y ayuden a los que sufren, con especial generosidad entre los pobres. San Ambrosio, San Basilio y San Bernardo nos han dejado advertencias en contra de un excesivo cuidado por conservar la salud, como una señal de egoísmo y falta de confianza en Dios. Sin embargo, nada hay tan perjudicial para la salud como la falta de cuidados y, si el hombre no es dueño de su vida ni de su salud, está obligado a cuidarlas razonablemente y no a perderlas o perjudicarlas por descuido. Hacer caso omiso de los más simples y comunes socorros que nos brinda la medicina, equivale a transgredir esa norma de caridad que todos nos debemos a nosotros mismos. Los santos que condenaron los tratamientos o métodos de curación difíciles, largos o muy costosos, observaron con cuidado escrupuloso, como lo hizo San Carlos Borromeo, las prescripciones de los médicos en los remedios simples y ordinarios. Pero de cualquier manera, que los cristianos enfermos procuren, en primer lugar la salud de su alma por medio de la penitencia y el ejercicio de la paciencia.

Las diversas versiones de la *pasión* de estos santos se encuentran catalogadas en el BHG. y el BHL. Los textos impresos en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII, ilustran profusamente su carácter fabuloso. En el CMH., pp. 528-529, se hacen referencias al antiquísimo culto de estos santos, lo mismo que en *The Legends of the Saints*, *Les Origines du culte des Martyrs* y otras obras de Fr. Delehaye. Los datos proporcionados por L. Deubner en *Kosmas und Damianus* (1907), merecen especial atención. *Cf.* también el *Catholic Medical Guardian*, octubre de 1923, pp. 92-95, de Fr. Thurston. A Santos Cosme y Damián se les menciona en los preparativos de la misa bizantina.

SAN ELEAZAR Y LA BEATA DELFINA (1323 y 1360 P.C.)

El año de 1285 vino al mundo Eleazar de Sabran en el castillo que poseía su padre junto a la ciudad de Ansouis, en Provenza. Por parte de su madre, recibió valiosas lecciones de virtud que fueron perfeccionadas por su tío Guillermo de Sabran, abad de San Víctor en Marsella, que se hizo cargo de educarlo en el monasterio. El abad debió reprender a su sobrino por las excesivas mortificaciones que practicaba; sin embargo, en su fuero interno, admiraba un fervor tan grande en un joven noble. Cuando Eleazar era todavía niño, se concertó su matrimonio con Delfina de Glandèves, la hija y heredera del señor de Puy-Michel que, habiendo quedado huérfana desde niña, quedó al cuidado de unos tíos suyos y fue educada por otra tía que era abadesa. Cuando tanto Delfina como Eleazar cumplieron los dieciséis años se realizó el matrimonio. Se afirma que la joven, aconsejada por un fraile franciscano, pidió a su esposo que guardaran la continencia en el matrimonio, pero pasó bastante tiempo antes de que Eleazar accediera. Sin embargo, a partir de entonces, el mundo vio en aquella virtuosa pareja la práctica de la devoción religiosa en medio de las dignidades seculares, de la contemplación

en el ruido de la vida pública y una rivalidad amistosa por parte del uno y la otra para hacer el bien y prodigar su caridad. Eleazar recitaba a diario el oficio divino y comulgaba con mucha frecuencia. "Yo creo", le dijo cierta vez a Delfina "que ningún hombre sobre la tierra siente una felicidad tan grande como la que yo experimento al recibir la santa comunión".

Eleazar tenía veintitrés años cuando heredó los títulos, la fortuna y las tierras de su padre y se vio obligado a viajar a Italia para tomar posesión de las propiedades en Ariano. Ahí encontró a sus vasallos, los campesinos napolitanos que habitaban en sus tierras, con una mala disposición manifiesta hacia el nuevo señor y Eleazar tuvo que echar mano de todo su tacto y natural bondad, para arreglar las cosas satisfactoriamente. En aquella ocasión, un primo suyo comentó que sus maneras delicadas y sus métodos suaves no servían de nada y le propuso: "Déjame tratar con esas gentes en tu nombre. Mandaré ahorcar a unos cuantos y te dejaré al resto suaves como un guante. Está bien conducirse como un cordero en el rebaño, pero si andas entre los lobos tiene que ser como un león. La insolencia de tus siervos debe ser castigada. Dame mano libre y propinaré en tu lugar golpes tan fuertes y efectivos que esa plebe no volverá a molestarte nunca". A aquella perorata repuso sonriente Eleazar: "¿Me pides que comience a gobernar mis señoríos con matanzas y sangre? Yo llegaré a ganarme la voluntad de esos hombres con el bien. No es ninguna hazaña que el león devore a los corderos, pero que una oveja despedace a un león ya es otra cosa. Ahora, con la ayuda de Dios, verás realizarse ese milagro". Los resultados que obtuvo Eleazar con sus métodos, confirmaron plenamente su predicción. Relatemos otro ejemplo de la forma en que practicaba las normas del cristianismo. Entre los papeles que dejó su padre, encontró las cartas de cierto caballero, llenas de calumnias contra él y de argumentos para convencerle de que desheredase a su hijo único porque era un incapaz, destinado más bien a la vida del convento que a defender sus tierras con las armas. Delfina experimentó una indignación desbordante al enterarse del contenido de aquellas cartas y pidió a su esposo que respondiese al malvado caballero como merecía. Pero Eleazar le recordó que Jesucristo nos había recomendado perdonar las injurias y no tomar venganza, combatir el odio por la caridad. En consecuencia, destruyó inmediatamente aquellas cartas y no se volvió a hacer mención del asunto. Al poco tiempo, el autor de la intriga se presentó en el castillo, y Eleazar lo acogió con extraordinaria amabilidad y acabó por conquistarse su amistad.

Es un grave error el creer que se puede ser verdaderamente devoto si se dedica mucho tiempo a la oración y, por ello, se descuidan o se olvidan las procupaciones temporales. Por el contrario, las gentes de más firmes virtudes son las más capaces para entendérselas con los asuntos de este mundo. La piedad de Eleazar no sólo hizo de él un devoto fiel, sino también un hombre prudente y diestro en el manejo de las cuestiones temporales, tanto privadas como públicas; valeroso en la guerra, activo en la paz, leal para todos y celoso guardián de su hogar, para cuyo gobierno impuso reglamentos bien meditados. El mismo ponía el ejemplo en todo lo que ordenaba hacer a los demás y Delfina, su esposa, apoyaba todas sus opiniones y le dispensaba una perfecta obediencia. Jamás hubo un desentono en la armonía o un enfriamiento en el afecto de aquella virtuosa pareja. Nunca olvidó Delfina que las devociones de una mujer casada deben seguir otro sistema que las de una monja, ni que

la contemplación puede hermanarse con la acción, ni de que Marta y María deben ayudarse mutuamente.

Alrededor del año 1317, Eleazar regresó a Nápoles y llevó consigo a su esposa, quien fue una de las damas de honor de la reina Sancha, esposa del rey Roberto. Los reyes nombraron a Eleazar tutor de su hijo Carlos. Aquel joven príncipe era insoportablemente altanero, muy pagado de sí mismo y de su alta posición, intratable y con todos los defectos de los cortesanos. El conde Eleazar advirtió desde el primer momento las peligrosas inclinaciones de su pupilo, pero no dijo una palabra sobre ellas, hasta que hubo conquistado su afecto y su confianza. Entonces, Eleazar condujo al joven Carlos por mejores caminos y se lo devolvió a su padre convertido en un hombre de provecho. Por aquel entonces, el rey tuvo necesidad de un juez cauto y enérgico para la turbulenta región de los Abruzos, y Eleazar fue a ocupar el cargo. Algunos años después, el monarca lo envió a París a fin de que pidiera la mano de María de Valois para su hijo Carlos. En ocasión de aquel viaje, Delfina se mostró un tanto preocupada ante la perspectiva de que su marido se mezclase con los escandalosos y poco recomendables personajes de la corte francesa, pero Eleazar le respondió con cierta sequedad que, si por gracia de Dios había logrado conservar su virtud en Nápoles, no era probable que la perdiese en París. En realidad, el peligro que le aguardaba en la capital francesa era de otra índole. Después de haber cumplido con su cometido, cayó enfermo y ya no volvió a recuperarse. Tan pronto como sintió los efectos del mal, hizo una confesión general y no dejó de confesarse ni un solo día a lo largo de su enfermedad, a pesar de que, según afirman sus biógrafos, nunca ofendió a Dios con un pecado mortal. A diario también se hacía leer la historia de la Pasión de Cristo, porque aseguraba encontrar en ella un gran consuelo para sus sufrimientos. Al recibir el viático exclamó lleno de alegría: "¡Se ha realizado mi esperanza! ¡Así quiero morir!" Y el 27 de septiembre de 1323, murió en los brazos del fraile franciscano que había sido su confesor. Alrededor del año de 1309, Eleazar había sido el padrino de bautismo de su sobrino, Guillermo de Grimoard, una criatura enfermiza, que, años más tarde, recuperó la salud y la fuerza, gracias a las plegarias que se elevaron a su padrino. Cincuenta y tres años después, el niño débil se convirtió en el enérgico Papa Urbano V, quien, en 1369, firmó el decreto de canonización de San Eleazar. A este santo se le nombra en el Martirologio Romano en este día.

La Beata Delfina sobrevivió a su esposo treinta y siete años. Después de la muerte del rey Roberto, la reina Sancha tomó el hábito de las Clarisas Pobres en un convento de Nápoles y así continuó su vida, sin apartarse de Delfina, que era su consejera y su guía en los ejercicios de la vida espiritual. Al morir la soberana, Delfina regresó a su Provenza natal, donde llevó una existencia de reclusión, primero en Cabrières y después en Apt. Casi todos sus bienes los distribuyó entre los pobres y, durante los últimos años de su vida, sufrió una dolorosa enfermedad que soportó con heroica paciencia. Murió en el año de 1360 y fue sepultada en la tumba de su esposo, en Apt. Una antigua tradición dice que tanto San Eleazar como la Beata Delfina eran miembros de la tercera orden de San Francisco y, por lo tanto, son especialmente venerados por los franciscanos; en el suplemento franciscano del martirologio, a la Beata Delfina se la conmemora el 9 de diciembre, aunque

al parecer murió el 26 de noviembre.

Los materiales manuscritos coleccionados e impresos por los bolandistas en su volumen VII para septiembre, son de considerable interés. A esas fuentes de información recurrió el P. Girard para escribir una biografía de tipo popular, titulada: *Saint Elzéar de Sabran et la B. Delphine de Signe* (1912). El oficio litúrgico que antaño se rezaba en la fiesta de este santo y la beata, se encuentra en el *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. x (1917), pp. 231-238. Hay otra buena biografía de tipo popular escrita en francés por G. Duhamelet (1944).

28: SAN WENCESLAO DE BOHEMIA, MÁRTIR (929 P.C.)

NO se puede decir que el bautismo de Borivoy, rey de Bohemia, y el de su esposa, Santa Ludimila, tuviese como consecuencia la conversión de un gran número de sus súbditos puesto que, por el contrario, la mayoría de las más poderosas familias checas se oponían enérgicamente a la nueva religión. A partir del año de 915, Ratislav, el hijo de Borivoy, gobernó todo el reino. El joven príncipe se había casado con Drahomira, una doncella que se decía cristiana, hija del jefe de los eslavos del norte, los veletianos. De aquel matrimonio nacieron dos hijos: Wenceslao, que vino al mundo el año de 907, cerca de Praga, y Boleslao. Santa Ludimila, la abuela, arregló las cosas de tal manera, que la crianza y educación del mayor de sus nietos le fuera confiada enteramente, y así pudo alimentar el corazón de Wenceslao en el amor de Dios. En esta tarea Ludimila se valió de la ayuda del sacerdote Pablo, su capellán, quien había sido discípulo de San Metodio y había bautizado a Wenceslao. Bajo el tutorazgo de aquellos dos personajes, se afirmaron las virtudes inculcadas en el espíritu del joven y, cuando tuvo la edad suficiente para asistir al colegio de Budech, "hablaba, leía y escribía el latín como cualquier obispo y leía el eslavo con facilidad". Era todavía muy joven cuando su padre murió en una de las batallas contra los magiares, y su madre, Drahomira, asumió el gobierno e impuso una política anticristiana o "secularista". Es casi seguro que, al hacer esto, la reina actuaba bajo la presión de los elementos semipaganos de la nobleza, pero de todas maneras, el cambio de política dio como resultado que Drahomira experimentase terribles celos ante la influencia que ejercía Santa Ludimila sobre su hijo mayor y que denunciase a la santa como a una usurpadora que había formado a Wenceslao para el convento y no para el trono. Ludimila, afligidísima por aquellas acusaciones y muy preocupada por los desórdenes públicos y la lucha contra una religión que ella y su esposo habían establecido a costa de innumerables dificultades, optó por cortar por lo sano y, mediante largas y graves conversaciones con Wenceslao, trató de convencerle de la necesidad urgente que había de que tomase las riendas del poder en sus manos para salvaguardia del cristianismo. Los nobles se enteraron de aquellos manejos, y dos de ellos fueron enviados al castillo de Santa Ludimila, en Tetin, donde la estrangularon a fin de que, privado de su apoyo, Wenceslao no pudiese emprender el gobierno de su pueblo. Sin embargo, los acontecimientos tomaron un curso diferente al previsto: la reina Drahomira, por intereses ajenos a la cuestión, fue expulsada del trono y, por voluntad del pueblo, Wenceslao fue proclamado rey. Como primera medida, el joven monarca anunció que apoyaría decididamente a la Ley y a la Iglesia de Dios, que impondría castigos muy severos a

los culpables de asesinato o de ejercer la esclavitud y que se comprometía a reinar con justicia y misericordia. Mandó traer a su madre que se hallaba desterrada en Budech y desde entonces, la ex reina vivió en la corte sin intervenir para nada en el gobierno de Wenceslao.

En ocasión de una asamblea de regentes, convocada y presidida por Enrique I el Cazador, rey de Alemania, el joven Wenceslao llegó con mucho retraso e hizo esperar a todos los demás cuando se abrieron las sesiones. Algunos de los príncipes le enviaron un mensaje para hacerle saber que se consideraban ofendidos por su tardanza y Wenceslao mandó decir a la asamblea que le apenaba muchísimo su impuntualidad, que se le había ido el tiempo en la práctica de sus devociones y que pedía, como merecido castigo a su descortesía, que ninguno de los gobernantes ahí reunidos le presentara sus saludos cuando arribase. No obstante aquella petición, el propio rey Enrique, quien verdaderamente admiraba y respetaba la devoción del joven, le recibió con todos los honores. En el curso de aquella reunión, Wenceslao solicitó la gracia especial de que le fuera concedida a su país la conservación de una parte de las reliquias de San Vito. La petición fue otorgada: un brazo del santo fue cedido a Bohemia y, para guardar la reliquia, el joven monarca comenzó a construir, en Praga, una gran iglesia, precisamente en el sitio donde ahora se encuentra la catedral. En el terreno político, Wenceslao cultivó las relaciones amistosas con Alemania y protegió la unidad de su país, gracias a la medida diplomática de reconocer el rey Enrique I como el señor de todas aquellas tierras y como al legítimo sucesor de Carlomagno. Aquella política, adoptada alrededor del año 926, unida a la energía con que combatió la opresión y otros excesos practicados por los nobles, hicieron prosperar a Bohemia, pero al mismo tiempo, provocaron la creación de un partido de oposición, formado principalmente por los que se hallaban contrariados a causa de la influencia que ejercía el elcro sobre Wenceslao. Fue por entonces cuando éste se casó y, al nacer su hijo primogénito, el hermano menor del rey, Boleslao, resentido al ver que se perdía la ocasión para ascender al trono, se unió al partido de los descontentos.

En el mes de septiembre del año 929, Wenceslao recibió una invitación de su hermano Boleslao para que se trasladara a la localidad de Stara Boleslav a fin de tomar parte en los festejos en honor de los patronos del lugar, Santos Cosme y Damián. En la noche del día de la celebración, terminados los festejos, Wenceslao recibió la advertencia de que su vida corría peligro, pero hizo caso omiso de ella. Se unió a los otros convidados, se sentó a la mesa con ellos, hizo un brindis especial en "honor de San Miguel, a quien rogamos que nos lleve por el camino de la paz hacia la felicidad eterna" y, luego de retirarse a orar, se acostó a dormir. Aún no despuntaba el alba del día siguiente cuando Wenceslao, que salió de la casa donde moraba para asistir a la misa, se encontró con Boleslao y se detuvo para darle las gracias por su invitación y su hospitalidad. "Ayer", repuso Boleslao con tono frío, "hice cuanto pude por servirte como corresponde, pero hoy es otro día y todo el servicio que puedo darte es éste . . ." Y, con la rapidez del rayo, sacó el puñal y se lo clavó a su hermano en mitad del pecho. Ambos cayeron al suelo trenzados en lucha e inmediatamente acudieron los amigos de Boleslao que acribillaron a puñaladas al rey. Antes de lanzar el último aliento, sobre los escalones de la entrada a la capilla bañados con su sangre, Wenceslao tuvo tiempo de exclamar: "¡Dios te perdone, hermano!"

Inmediatamente, el propio pueblo del joven monarca le aclamó como a un

mártir de la fe (a pesar de que parece ser que su asesinato tuvo muy poco que ver con el asunto de la religión) y, por lo menos hacia el año de 984, ya se celebraba su fiesta en toda Bohemia. Boleslao, perseguido por los remordimientos y el terror, sobre todo cuando comenzaron a circular las noticias de los milagros que se realizaban en la tumba de Wenceslao, mandó que los restos fuesen trasladados a la iglesia de San Vito, en Praga, tres años después del asesinato. El santuario se convirtió en seguida en un centro de peregrinaciones y, a principios del siglo once, ya se veneraba a San Wenceslao, *Svaty Vaclav*, como al santo patrón del pueblo de Bohemia. En los tiempos presentes, la devoción que se le profesa como patrono de Checoeslovaquia se ha desvirtuado muchas veces por un fuerte sentimiento de nacionalismo. Antes de terminar, conviene hacer la observación de que, no porque se mencione el nombre del santo en un villancico de Navidad muy popular en Inglaterra, la devoción por él haya sido muy arraigada en Gran Bretaña. Las palabras del villancico que se refieren "al buen rey Wenceslao", fueron escritas en el siglo diecinueve por el compositor de himnos J. M. Neale para obtener una rima en la traducción de una trova del siglo trece (*Tempus adest floridum*).

En su contribución a la *Analecta Bollandiana*, vol. XLVIII (1930), pp. 218-221, Fr. Paul Peeters pasa revista a las más destacadas muestras literarias procedentes de Checoeslovaquia, la mayoría escritas en checo, en la ocasión de celebrarse el milenario de San Wenceslao, en el año 1929. Por desgracia, como indica el propio Fr. Peeters, la mayor parte de esa literatura se halla influenciada por los sentimientos políticos y raciales. Una biografía un tanto superficial, pero hecha con buen juicio, es la que escribió F. Dvornik (1929) y que al mismo tiempo apareció en francés, en inglés y en checo. La biografía que escribió en alemán A. Naegle, *Der h. Wenzel, der Landespatron Böhemens* (1928), es representativa de un punto de vista que, a veces, resulta adverso al de Dvornik. Este tiene por auténtica la *Vida de San Wenceslao*, escrita por el monje Christian, pero hay muchos investigadores y estudiosos que no están de acuerdo con él. Los bolandistas adjudican amplio espacio a su comentario sobre San Wenceslao en sus notas sobre el Martirologio Romano (1940), pp. 421-422. Véase también el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII; el *Die Wenzels und Ludimila legenden und die Echtheit Christians* (1906), de J. Pekar; el DGH., vol. IX, cc. 426-427; y *The Making of Central and Eastern Europe* (1949), pp. 25-30 y ss. de F. Dvornik. Por comisión de Benedicto XIV, se recomendó la eliminación de la festividad de este santo del calendario general. *Cf.* Santa Ludimila en los artículos de esta obra, 16 de septiembre.

SAN EXUPERIO, Obispo de Toulouse (*c.* 412 p.c.)

Es probable que Exuperio haya nacido en Arreau, localidad de los Altos Pirineos, donde hay una capilla erigida en su honor, que es centro de peregrinaciones. Exuperio llegó a ocupar la sede episcopal de Toulouse, alrededor del año 405, cuando murió el obispo San Silvio. Durante su gobierno, terminó la construcción de la gran iglesia de San Saturnino (Sernin) que había iniciado su predecesor. La generosidad parece haber sido su virtud característica. Con frecuencia, enviaba presentes a los monjes de Egipto y Palestina, con lo cual se conquistó el agradecimiento de San Jerónimo, quien le dedicó su comentario sobre Zacarías y, con referencia a la famosa caridad de Exuperio, escribió estas palabras: "Para aliviar el hambre de los pobres, la sufre él mismo. La palidez de su rostro muestra el rigor de sus ayunos, pero aún se duele por el hambre de los demás. Todo lo que tiene, lo da a los pobres de Cristo; pero muy rico es el que lleva el Cuerpo del Señor en un cesto de mimbre y Su Sangre en un frasco de

vidrio. Su caridad no conoce límites; busca sus objetivos en las partes más remotas y aún los solitarios de Egipto llegaron a sentir sus benéficos efectos". Por cierto, que lo mismo en su sede que fuera de ella, había un amplio campo para que se ejerciera la caridad de Exuperio, puesto que, por aquel entonces, las Galias sufrían la desolación de las invasiones de los vándalos.

San Exuperio escribió al Papa Inocencio I para pedirle instrucciones sobre diversos asuntos de la disciplina y para solicitarle algunas aclaraciones sobre los cánones referentes a las Sagradas Escrituras. Como respuesta, el Pontífice le envió una lista de los auténticos libros de la Biblia, tal como por aquel entonces se tomaban en Roma y, como se ha podido comprobar, aquella lista era exactamente igual a la actual, incluso los libros deuterocanónicos. Se desconocen el lugar y la fecha de la muerte del obispo Exuperio y se tiene entendido que, antes de morir, estuvo en el exilio. San Paulino de Nola se refiere a él como a uno de los más ilustres obispos de la Iglesia en las Galias y, hacia mediados del siglo sexto, se la tributaban los mismos honores que a San Saturnino en la iglesia de Toulouse.

Parece un tanto singular que San Exuperio, cuya fama llegó a Roma y a Palestina, no ocupe lugar alguno en el *Hieronymianum.* Lo que se ha registrado en relación con él, fue tomado del *Acta Sanctorum,* sept. vol. VII; en DTC., vol. V, cc. 2022-2037, hay extensas notas sobre él. Véase también a Duchesne, en *Fastes Épiscopaux,* vol. I, p. 307.

SANTA EUSTOQUIO, VIRGEN (*c.* 419 P.C.)

EUSTOQUIO Julia, cuyo recuerdo se perpetuó gracias a la docta pluma de San Jerónimo, fue hija de Santa Paula, cuya vida se relata en el día de su fiesta, el 26 de enero. Los acontecimientos y circunstancias en la existencia de Santa Paula dispusieron la vida de Eustoquio, que fue la tercera de sus cuatro hijas y la única que permaneció siempre junto a su madre. Santa Paula, al morir su esposo Toxosio, se dedicó por entero al servicio de Dios, en la sencillez, la pobreza, la mortificación y la plegaria. Eustoquio, que tenía más o menos doce años cuando murió su padre, compartía todos los gustos de su madre, y era motivo de gran alegría para ella consagrar las horas que tantas otras jóvenes de su edad dedicaban a vanas diversiones, a las obras de caridad y las devociones de su religión. Cuando San Jerónimo llegó a Roma, procedente del oriente, en el año de 382, Eustoquio y su madre se pusieron bajo su dirección espiritual y, al ponerse de manifiesto las fuertes inclinaciones de la joven hacia la vida religiosa, muchos de sus amigos y parientes se mostraron alarmados. Un tío suyo, llamado Himetio, y su esposa Pretextata, trataron de convencerla para que se apartase de aquella vida austera e hicieron intentos para interesarla en los placeres del mundo. Pero todos los esfuerzos fueron vanos y la joven venció toda oposición para tomar el velo y hacer los votos de virginidad. Ella fue la primera doncella de la nobleza romana que tomó tal resolución. Con el fin de guiarla y sostenerla en ella, San Jerónimo le escribió en aquella ocasión su famosa carta, conocida como "*Para Conservar la Virginidad*", alrededor del año 384. El venerable autor de la epístola, sin embargo, no se limita a dar enseñanzas y normas ascéticas, sino que se recrea en algunos pasajes satíricos, lo que sugiere que, al escribir la carta, no tenía la intención de destinarla tan sólo a la joven Eustoquio, sino a un público muy amplio. En dicha carta, el

santo critica sin misericordia el comportamiento de ciertas vírgenes, viudas y de ciertos sacerdotes.

Eustoquio debió buena parte de su formación religiosa a Santa Marcela, "la gloria de las damas romanas", pero cuando Santa Paula decidió seguir a San Jerónimo a Palestina, Eustoquio lo dejó todo para irse con ella. Al grupo se unieron otras doncellas que aspiraban a seguir la vida religiosa; la comitiva se entrevistó con San Jerónimo en Antioquía, hizo una visita a los Santos Lugares, pasó a Egipto para conocer a los monjes del desierto de Nitria y, por fin, se instaló en la ciudad de Belén. Ahí quedaron establecidas tres comunidades de mujeres, en cuya dirección Eustoquio colaboró activamente con Santa Paula. San Jerónimo nos ha dejado un relato sobre la vida sencilla y devota que llevaban. Las dos mujeres, que habían aprendido el griego y el hebreo, ayudaron a San Jerónimo en la traducción de la Biblia, conocida como la Vulgata y, a su solicitud, el santo escribió algunos comentarios sobre las Epístolas a Filemón, a los Gálatas, los Efesios y a Tito y también dedicó a madre e hija algunos de sus trabajos, puesto que, como él mismo comentó: "esas dos mujeres son más capaces de conformar un buen juicio sobre esos libros que muchos hombres". Aparte de sus tareas intelectuales, Santa Eustoquio se ocupaba en mantener limpia la casa, en dar brillo y conservar llenas de aceite las lámparas y en cocinar.

En el año de 403, Santa Paula cayó enferma, y Eustoquio consagró su tiempo a cuidarla, sin apartarse de ella más que para ir a la gruta de la Natividad para orar por su salud. El 26 de enero de 404, murió Santa Paula, y Eustoquio, "como una niña a quien se trata de arrancar de los brazos que la amparan, a duras penas pudo ser apartada del cuerpo de su madre". Besaba una y otra vez sus párpados cerrados, le acariciaba el rostro, los brazos, el pecho y seguramente hubiese deseado que la sepultaran con ella.

La sucesora de Santa Paula como superiora de las comunidades de Belén fue su hija, quien se encontró con las finanzas al borde de la ruina y con innumerables deudas. Pero con la ayuda de San Jerónimo y su propia energía, hizo frente a la situación y logró solucionarla, gracias sobre todo a los socorros económicos aportados por su sobrina, otra Paula, que había ingresado a la comunidad de Belén. En el año de 417, los bandoleros cayeron sobre el monasterio, lo incendiaron y cometieron innumerables ultrajes, sobre todo lo cual informaron al Papa, San Jerónimo, Santa Eustoquio y la joven Paula. El Pontífice Inocencio I, al recibir las cartas, escribió a cada uno de los informantes y envió otra carta, en términos por demás enérgicos a Juan, el obispo de Jerusalén. Santa Eustoquio no sobrevivió por mucho tiempo a aquellos terribles acontecimientos. San Jerónimo no nos dejó ningún relato sobre su muerte, como lo hizo en el caso de su madre, pero sí es un hecho que en aquella ocasión escribió a San Agustín y a San Alipio en estos términos: "la gran pena que me ha embargado, me hizo relegar a un lado los ultrajantes escritos de Aniano, el pelagiano". Sabemos que Eustoquio murió pacíficamente alrededor del año 419, y fue sepultada en la misma tumba que Santa Paula, en una gruta vecina al lugar donde nació Jesucristo. Ahí se encuentra hasta hoy la tumba, pero está vacía, y nunca se ha sabido el destino que tuvieron sus reliquias.

Las cartas de San Jerónimo y algunos otros de sus escritos proporcionan casi todos los datos que se puedan obtener sobre Santa Eustoquio. Ese material se encuentra reunido en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII. En todas las biografías de San Jerónimo se habla

bastante de Eustoquio (ver, por ejemplo, *St. Jérôme* (1922), de F. Cavallera) y también figura de manera prominente en la deliciosa obra de F. Lagrange, *Histoire de Ste. Paule* (1868).

SAN FAUSTO, OBISPO DE RIEZ (*c.* 493 P.C.)

A MENUDO, se hacen referencias a Fausto de Riez como al principal exponente y el defensor de lo que ahora se conoce como el semi-pelagianismo, pero con mayor frecuencia se olvida que fue un hombre justo y santo, cuyo nombre aparece en varios martirologios y cuya fiesta se observa en diversas iglesias del sur de Francia. Nació en los primeros años del siglo quinto, en las Islas Británicas, según afirman sus contemporáneos, San Avitio y San Sidonio Apolinar, aunque más probablemente vino al mundo en Bretaña. Se dice que inició su vida pública como abogado, pero, si así fue, no duró mucho en el ejercicio de la profesión, puesto que fue monje en Lérins, antes de que San Honorato, el fundador de aquel monasterio, lo abandonase, en el año de 426. Después de haber sido ordenado sacerdote, pasó unos ocho años tranquilos y desprovistos de acontecimientos en el monasterio y entonces fue elegido abad, cuando San Máximo dejó vacante el puesto para hacerse cargo de la sede episcopal de Riez. San Honorato y San Sidonio no se quedan cortos cuando se trata de alabar las virtudes y los méritos de Fausto, y San Sidonio dice que su observancia de las reglas y su regularidad eran semejantes a las de los padres del desierto y que, además, tenía el don de la elocuencia y de la improvisación. El mismo santo relata en una de sus cartas cómo él mismo gritó entusiasmado durante uno de los sermones de Fausto. En aquellos tiempos, los aplausos y aun las aclamaciones en las iglesias, eran cosa corriente.

Así como había sucedido a San Máximo en el cargo de abad del monasterio, le siguió en la sede episcopal de Riez, después de haber gobernado a los monjes de Lérins durante veinticinco años. En el panegírico que pronunció durante los funerales de su predecesor, Fausto exclamó: "¡Lérins ha mandado dos obispos a Riez sucesivamente! Del primero, se enorgullece; del segundo se avergonzará". Por cierto que Lérins no tuvo de qué avergonzarse. Fausto fue una obispo tan bueno y eficaz, como antes había sido abad. Se esforzó por fundar nuevos monasterios en toda la extensión de su diócesis; mantuvo siempre las prácticas de mortificaciones y penitencias que acostumbraba en el claustro, sin dejar por ello de cumplir escrupulosamente todos sus deberes episcopales y sin cesar en su lucha por conservar la pureza de la fe, por lo que siempre se opuso vigorosamente al arrianismo y a los errores de Pelagio, a quien llamaba "el pestilente maestro".

Cierto sacerdote llamado Lúcido predicaba la doctrina herética que negaba a Dios la voluntad de salvar a todos los hombres y afirmaba que la salvación o la condenación dependen exclusivamente del juicio de Dios, sin que cuenten para nada las acciones del libre albedrío del hombre y sus méritos o perjuicios consecuentes. Para tratar de las herejías del sacerdote Lucido, el obispo convocó en 475, a dos sínodos en Arles, y en el curso de los mismos el propio San Fausto convenció a Lúcido para que se retractase de sus errores y le indujo a que escribiese un tratado contra sus enseñanzas para demostrar que eran "erróneas, blasfemas, heréticas, fatalistas y conducentes a la inmoralidad". El obispo Fausto colaboró por su parte con dos tratados sobre el libre albedrío y la gracia para refutar tanto al pelagianismo como al predestinarianismo. Al escribir estas

obras, tuvo que abordar algunos puntos de vista de San Agustín y, al hacerlo, se plegó al error semi-pelagiano de que, si bien la gracia es necesaria para el cumplimiento de las buenas obras, no lo es para emprenderlas. San Fausto erró de buena fe y lo propio hizo San Juan Casiano, pero, si bien fue violentamente atacado en cuanto aparecieron sus libros, no se le condenó definitivamente sino hasta la celebración del Concilio de Orange, en 529. Pero sus actividades teológicas le crearon un enemigo más brutal en otro terreno. Eurico, el rey de los visigodos arrianos, quien tal vez recibió cierto respaldo político por parte de Fausto, dominaba una buena parte del sur de las Galias. Ese monarca se sintió ofendido por los ataques de Fausto contra el arrianismo y, en consecuencia, el obispo fue expulsado de su sede, alrededor del año 478, y tuvo que vivir por fuerza en el exilio hasta la muerte de Eurico, pocos años más tarde. Entonces regresó para continuar en el gobierno de su grey hasta el día de su muerte, que ocurrió cuando ya había cumplido los noventa años. Su memoria fue muy venerada por parte del pueblo, y entre los fieles de su grey costearon la construcción de una basílica en su honor. San Fausto figura de manera prominente entre el grupo de escritores que dio fama a Lérins, y algunos de sus escritos, cartas y discursos, existen y se leen todavía.

La vida y actividades de Fausto de Riez ocupan sesenta páginas del *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII. También hay una monografía de A. Koch, *Der hl. Faustus von Riez* (1895). La edición de las obras de Fausto, hecha por A. Engelbrecht para la *Corpus Scriptorum* de Viena, recibió críticas adversas por parte de Dom G. Morin en la *Revue Bénédictine*, vol. IX (1892), pp. 49-61, y vol. X (1893), pp. 62-78. Véase además *Zur Dogmengeschichte des Semipelagianismus* (1899), pp. 47 y ss., de F. Wörter, así como el DTC., vol. V, cc. 2101-2105.

SANTA LIOBA, VIRGEN (780 P.C.)

LA PARTICIPACIÓN activa de las monjas y hermanas religiosas en las misiones extranjeras se ha extendido y desarrollado tanto en nuestros tiempos, que hemos llegado a considerarlas como una moderna innovación. Por cierto que no hay tal y, aparte de ciertas diferencias de métodos, debidas al desarrollo de las "congregaciones activas sin clausura", nos encontramos con que el mismo sistema de misiones se practicaba ya en las edades sombrías, cuando se iniciaba la evangelización de los bárbaros en Europa. Como ejemplo, basta citar la solicitud de misioneras que hizo San Bonifacio y a la que respondieron Santa Lioba, Santa Tecla, Santa Walburga y otras muchas, desde su tranquila abadía de Wimborne, para trasladarse a las tierras salvajes de los herejes germanos. Lioba pertenecía a una buena familia del Wessex y su madre, Ebba, estaba emparentada con San Bonifacio. Desde niña, Lioba quedó internada en el monasterio de Wimborne, en el Dorsetshire, al cuidado de la abadesa, Santa Tetta. A la muchacha se la había bautizado con el nombre de Thruthgeba, que fue transformado por las gentes que la trataban en Liobgetha (Leofgyth) y abreviado luego a Lioba, que significa "la bien amada", un nombre que cuadraba a maravilla a un ser tan precioso a los ojos de Dios y de los hombres y que su dueña no dejó de usar nunca. Cuando llegó a la mayoría de edad, Lioba decidió permanecer en el monasterio, hizo su profesión y progresó rápidamente en virtud y saber. Su inocencia y su buen sentido servían de ejemplo

aun a las monjas de mayor edad y experiencia. Su deleite lo encontraba en la lectura y las devociones.

En el año de 722, San Bonifacio fue consagrado obispo por el Papa San Gregorio II y al momento se le envió a predicar el Evangelio en Sajonia, Turingia y el Hesse. Bonifacio era natural de Crediton, localidad cercana a Wimborne y, cuando las noticias de sus trabajos y sus éxitos entre los germanos llegaron a oídos de las monjas de aquel monasterio, su joven pariente, Lioba, se atrevió a escribirle en estos términos:

"Al muy reverendo Bonifacio, portador de la más alta dignidad y bienamado de Cristo, yo, Liobgetha, a quién él está vinculado por la sangre, la menor de las siervas de Cristo, manda saludos por la salvación eterna.

"Ruego a vuestra bondad que recordéis la amistad que os unía a mi padre, Dynne, cuando morábais los dos en la comarca del oeste. Mi padre murió hace ocho años, y os suplico que no retengáis vuestras oraciones por la salvación de su alma. También recomiendo a vuestra memoria a mi madre, Ebba, que aún vive, pero entre los sufrimientos; ella está emparentada con vos, como bien lo sabéis. Yo soy la hija única de mis padres y, aunque no lo merezco, me gustaría miraros como a mi hermano, puesto que ya confío en vos más que en cualquier otro de mis parientes. Os envío este pequeño regalo [¿Tal vez la misma carta?], no porque sea digno de vuestra consideración, sino sencillamente para que tengáis algo que os recuerde a la pobre de mí y así no me olvidéis aunque estéis tan lejos que mi presente acorte el lazo de verdadero amor entre nosotros para siempre. Os pido, amado hermano, que me ayudéis con vuestras plegarias contra los ataques del enemigo oculto. Os pediré también que, si vuestra bondad os lo dicta, atendáis mi inculta carta y no rehuséis a enviarme a cambio unas cuantas amables palabras vuestras, que ya desde ahora espero ansiosamente como una muestra de vuestra buena voluntad. He tratado de componer las líneas que siguen, de acuerdo con las reglas del verso, como un ejercicio para mi mínima destreza en la poesía, en lo cual también tengo necesidad de vuestra guía. He aprendido estas artes de mi maestra Edburga, que siempre tiene presente la santa ley divina. ¡Adiós! ¡Qué viváis muchos años muy feliz y que roguéis siempre por mi!

Arbiter omnipotens, solus qui cuncta creavit
in regno Patris semper qui lumine fulget
qua iugiter flagrana, sic regnat gloria Christi,
illaesum servet semper te iure perenni.
(El Supremo Hacedor omnipotente quiera,
desde el esplendor de su reino eterno
do mora Cristo, gloria del divino Verbo,
conservaros en salud imperecedera.)

No dejó Bonifacio de sentirse conmovido por una misiva tan tierna y mantuvo una larga correspondencia con las monjas de Wimborne, hasta el año de 748, cuando escribió a la abadesa Santa Tetta para rogarle que le enviase a Lioba, junto con otras compañeras, para establecer algunos monasterios y centros de religión para mujeres en la naciente Iglesia de Alemania. En seguida respondió la abadesa a la solicitud y envió a las tierras de herejes unas treinta monjas, entre las que figuraban Santa Lioba, Santa Tecla y Santa Walburga. Todas se reunieron con San Bonifacio en Mainz y éste puso a Lioba al frente de la comunidad y la instaló en un monasterio que fue llamado Bischofsheim,

es decir, "Casa del Obispo", por lo que puede suponerse que Bonifacio cedió su residencia a las monjas. Bajo la dirección de Lioba, el convento se pobló rápidamente y de él salieron las monjas para ocupar otras casas que la propia Lioba fundó en Alemania.

Un monje de Fulda, llamado Rodolfo, quien escribió un relato sobre la vida de la santa antes de que hubiesen transcurrido sesenta años desde su muerte, según los testimonios de cuatro de las monjas de su convento, afirma que todas las casas de religiosas en aquella parte de Alemania, solicitaban una monja de Bischofsheim para que las guiase. La propia Lioba, entregada totalmente a su trabajo, parecía haberse olvidado de Wessex y de sus gentes. Su belleza era notable: tenía el rostro "como el de un ángel", siempre plácido y sonriente, aunque rara vez se la oía reír. Nadie la vio jamás de mal humor, ni la oyó decir una palabra dura; su paciencia y su inteligencia eran tan amplias como su bondad. Se dice que la copa en que bebía era la más pequeña de todas y ese dato nos da la pauta para afirmar que se entregaba a ayunos y austeridades, en una comunidad sujeta a las reglas de San Benito, donde no se comía más que dos veces diarias. Todas las monjas practicaban los trabajos manuales, ya fuera en la cocina, el comedor, el huerto o los quehaceres domésticos y, al mismo tiempo, recibían lo que ahora se llamaría una "educación superior"; todas aprendían latín, y el salón destinado a la escritura estaba siempre ocupado. Lioba no toleraba las penitencias excesivas, como privarse del sueño, e insistía en que todas descansasen al medio día, como lo mandaba la regla. Ella misma se recostaba durante aquel período, mientras alguna de las novicias le leía un pasaje de la Biblia y, si acaso parecía que la madre abadesa se había dormido y la lectora descuidaba un tanto su tarea, no pasaba un instante sin que Lioba abriese los ojos y la boca para corregirla. Tras el descanso, Lioba dedicaba dos horas para charlas con cualquiera de las hermanas que quisiese hablar con ella. Todas estas actividades estaban al margen del deber principal de la oración pública, la adoración a Dios y la asistencia a los sacerdotes que trabajaban en la misión junto con ellas. Existe todavía una carta de San Bonifacio dirigida a "las muy reverendas y muy amadas hermanas Lioba, Tecla, Cienhilda y las que moran con ellas", para pedirles que continúen la práctica de orar constantemente. La fama de Santa Lioba se había extendido por todas partes; los vecinos acudían a ella cuando les amenazaba el peligro de incendio, la tempestad o la enfermedad, y los hombres responsables en los asuntos de la Iglesia y del Estado le pedían consejo.

En el año de 754, antes de que San Bonifacio emprendiese su viaje misionero a Frieslandia, recibió una conmovedora despedida por parte de Lioba, a quien recomendó encarecidamente a San Lull, el monje de Malmesbury que fue su sucesor en la sede episcopal, lo mismo que a todos sus monjes de Fulda, mandándoles que cuidaran de ella con todo respeto y honor. En aquella ocasión, San Bonifacio manifestó su deseo de que, cuando Lioba muriese, fuera enterrada en su tumba, de manera que sus cuerpos aguardasen juntos la resurrección y se levantasen juntos para ir al encuentro del Señor y estar así eternamente unidos en el reino de Su amor. Después del martirio de San Bonifacio, Lioba visitaba con mucha frecuencia su tumba en la abadía de Fulda y, por dispensa especial, se le permitió algunas veces entrar en la abadía para asistir a ceremonias y conferencias en honor de su santo pariente. Cuando Lioba era ya muy anciana, después de haber gobernado a Bischofsheim durante veintiocho

años, hizo visitas de inspección a todos los conventos que estaban a su cuidado, renunció a su cargo de abadesa y fue a residir al monasterio de Schönersheim, a seis kilómetros de Mainz. Su amiga, la Beata Hildegarda, esposa de Carlomagno, la invitó con tanta insistencia a la corte de Aachen, que no pudo negarse a ir, pero su estadía fue breve, porque insistió, a su vez, en regresar a su soledad. Al despedirse de la reina con muchos abrazos y besos, le dijo: "¡Adiós, parte preciosa de mi alma! Cristo, nuestro Creador y Redentor, quiera otorgarnos la gracia de volver a vernos, sin peligro de confundir los rostros, en el claro día del juicio final, porque en esta vida no volveremos a mirarnos". Así fue, porque Santa Lioba murió pocos días después de haber regresado de la corte y fue sepultada en la iglesia de la abadía de Fulda, no en la misma tumba de San Bonifacio, porque los monjes temían perturbar sus reliquias, pero junto a ella, en el lado norte del altar mayor. A Santa Lioba se la menciona en el Martirologio Romano y su fiesta se celebra en varias partes de Alemania.

Hay una biografía que parece haber sido escrita por Rodolfo, el monje de Fulda, antes del año 838. Mabillon y los bolandistas la publicaron (sept. vol. VII); de esa biografía y de las cartas de de San Bonifacio y de San Lull, hemos extraído nuestros datos. Las cartas fueron editadas en fechas recientes por Jaffé y en el MGH., primero por Dümmler y después por Tangl. Ver también, *Die christliche Frühzeit Deutschlands,* vol. II, de H. Timerding, el *Die angelsächsische Mission* (1920), del mismo autor; la obra *Woman under Monasticism,* cap. IV, de L. Eckenstein, y *England and the Continent in the Eighth Century* (1946), de W. Levison.

BEATO LORENZO DE RIPAFRATTA (1457 P.C.)

EL LLAMADO Gran Cisma de Occidente, durante el cual los Papas sufrieron un "cautiverio babilónico" en la ciudad de Aviñón, fue indudablemente una época de grandes pruebas para todas las instituciones católicas y, por supuesto que la Orden de Predicadores no se salvó de las dificultades y, en aquel período, padeció de relajamientos y de un enfriamiento en su antiguo fervor. En Italia y otros países vecinos, los trastornos que sufría la orden, se agravaron por los brotes de epidemias que despoblaron los conventos, pero Dios no abandonó a los hijos de Santo Domingo y les envió a un hombre como el Beato Raymundo de Capua para iniciar un movimiento de reforma. Entre los que con mayor entusiasmo ayudaron al de Capua, se hallaba el Beato Juan Dominici, arzobispo de Ragusa, quien fue el descubridor de las muy valiosas habilidades y virtudes de Fray Lorenzo de Ripafratta. Lorenzo había ingresado a la orden en Pisa, cuando ya era diácono y, al término de sus estudios y al cabo de algunos años de predicación, fue nombrado maestro de novicios en el priorato de Cortona. Aquel era un puesto para el cual Lorenzo estaba bien calificado. Era el más decidido defensor de la observancia rigurosa, pero sabía perfectamente cómo adaptar en las distintas circunstancias las constituciones de su orden y, como estaba dotado de grandes conocimientos psicológicos, advertía el momento en que el corazón de alguno de sus novicios estaba verdaderamente inflamado por el amor de Dios y a ése le encaminaba por la ruta de la obediencia y la docilidad. Entre los que hicieron el noviciado bajo su dirección, se encontraban San Antonino, Fra Angélico y su supuesto hermano Benedicto de Mugello. Fue Lorenzo quien alentó a los dos mencionados en último término a dedicarse a la pintura, puesto que

la predicación puede resultar tan eficaz por medio de las imágenes como por la palabra y, en cierto aspecto, más ventajosa: "La lengua más elocuente enmudece con la muerte", solía decirles; "en cambio, vuestras maravillosas pinturas celestiales hablarán de los valores de la religión y de las virtudes a través de los siglos".

En lo que respecta a sus conocimientos bíblicos, a Lorenzo, como a San Antonio de Padua, se le llamaba "Arca de los Testamentos" y, por cierto, que empleaba su ciencia para predicar por toda la región de Etruria con mucho éxito. Cuando se le nombró vicario general de los prioratos que habían aceptado las reformas, estableció su residencia en Pistoia donde, poco después, abandonó Lorenzo sus deberes administrativos para dedicarse por entero a ayudar a los que sufrían y, como sucede tantas veces, la mayoría de los que se mostraban sordos a la prédica, se sintieron impulsados a la penitencia ante el ejemplo de abnegación y caridad de los sacerdotes que atendían sin temor a los apestados para aliviar sus sufrimientos corporales y cuidar de sus almas. Al morir el Beato Lorenzo, a una edad muy avanzada, San Antonino escribió a los dominicos de Pistoia para condolerse con ellos por la irreparable pérdida y para elogiar la memoria del desaparecido. "¡Cuántas almas fueron arrebatadas al infierno por sus palabras y su ejemplo, que las llevaron de la depravación a la más alta perfección! ¡Cuántos enemigos se reconciliaron y cuántos desacuerdos se ajustaron! ¡A cuántos escándalos puso fin! También lloro lo que he perdido yo mismo, hermanos, puesto que ya nunca volveré a recibir aquellas tiernas cartas suyas que atizaban mi fervor en el cumplimiento de mis deberes pastorales". La tumba del Beato Lorenzo fue el escenario de muchos milagros y, en 1851, el Papa Pío IX confirmó su culto.

Véase a V. Marchese en *Cenni Storici del b. Lorenzo di Ripafratta* (1851), una breve biografía escrita por M. de Waresquiel (1907) y el *Dominican Saints,* de Procter, pp. 38-41

BEATO BERNARDINO DE FELTRE (1494 P.C.)

EN ITALIA, el siglo décimo quinto fue de guerras incesantes y de catastróficos desórdenes internos. No se trataba de la defensa de una nación unificada contra la agresión, sino de rivalidades comerciales y disputas políticas entre estados vecinos, cuando las querellas entre los príncipes eran atizadas y aprovechadas por aventureros y mercenarios a sueldo, que no se interesaban para nada en la bondad o maldad de la causa por la que luchaban y que siempre preferían holgar a combatir, y combatir a trabajar honradamente. Los habitantes de la península estaban a merced de los tiranos y demagogos, desmoralizados por las continuas luchas y la incertidumbre de su existencia, debilitados por los refinamientos del Renacimiento, divididos por agrupaciones y partidos. Y todas aquellas desavenencias e inquietudes penetraron en la Iglesia y debilitaron su influencia: la fe se inclinó hacia la superstición y la moral cayó gradualmente en la ruina de la corrupción. Sin embargo, en aquel estado de cosas hubo santos que mantuvieron en alto las verdaderas virtudes y gran número de entre ellos pertenecían a la orden de los franciscanos. Entre éstos descuella el Beato Bernardino Tomitani, llamado de Feltre, gran predicador y economista práctico. Su aparición en el trastornado escenario de Italia había sido predicha por otro Bernardino, el

de Siena, quien, durante un sermón pronunciado en Perugia, dijo: "Después de mí, vendrá un segundo Bernardino, que vestirá el mismo hábito y que hará cosas grandes. Bien sé que muchos no le escucharán, pero a los que le escuchen les pido que crean en sus palabras y se conformen a sus enseñanzas".

Bernardino nació en 1439, en la ciudad véneta de Feltre, en el seno de la noble familia de Tomitani (aunque algunos investigadores dicen que nació entre los Tome, familia más humilde); fue el mayor de diez hermanos y en la pila bautismal recibió el nombre de Martín. El chico fue el miembro más estudioso de la familia. A la edad de doce años, ya podía componer versos latinos, y su madre tenía que obligarle a jugar con los chicos de su edad para que se apartara de sus libros y cuidara de su salud. En cierta ocasión, Martín advirtió que empleaba demasiado tiempo en su aseo personal y, acto seguido, se cortó la abundante cabellera y declaró que prefería emplear sus horas con la pluma que con el peine. En 1454, su padre consiguió que le admitieran en el colegio local para notarios y, al cabo de dos años de estudios, le envió a la Universidad de Padua donde se entregó con ardor al aprendizaje de la filosofía y las leyes; al mismo tiempo, comenzó a conocer los pensamientos de los intelectuales de su tiempo, ideas estas que habrían de resultarle muy valiosas en su futuro de predicador. La muerte repentina de dos de sus profesores en la Universidad causó un profundo efecto en el ánimo del joven y, tan pronto como quedó bajo la influencia del santo franciscano, Fray Santiago de la Marca, quien predicó durante la Cuaresma de 1456 en Padua, se sintió atraído hacia Dios. En mayo del mismo año, el joven Martín recibió los hábitos entre los frailes menores de la observancia, donde tomó el nombre de Bernardino, en honor del santo de Siena que acababa de ser canonizado. En aquella ocasión, Santo Santiago dijo a los frailes: "Reclutamos hoy en la milicia de Jesucristo a un soldado que dará brillo y esplendor a nuestra orden y contribuirá poderosamente a la mayor gloria de Dios y la confusión de Satanás". Entre los placeres a que renunció Bernardino al tomar los hábitos, figuraba en primer lugar la música. "Para los que se consagran a Dios", escribió más adelante, "la música no es cosa conveniente. Esos cantos que agradan al oído por la armonía de las voces, no son agradables al Señor. Yo no desearía escuchar nunca un *Kyrie* en música orquestal, en cambio lo escucho con gusto puesto en canto llano. La música orquestal está vedada en todos los monasterios de la observancia, puesto que consideramos escandaloso producir algo así como un concierto". Fray Bernardino fue ordenado sacerdote en 1463 y, durante seis años más, llevó en su convento una tranquila vida de plegaria y estudio.

Hasta entonces, Fray Bernardino no había pronunciado sermones en público, pero durante el capítulo general reunido en Venecia en 1469, se le nombró predicador y, a pesar de sus protestas y su confusión, tuvo que aceptar. No por eso disminuyó su nerviosismo ni la falta de confianza en sí mismo. Alegaba que no estaba dotado para la tarea que querían encomendarle, a causa de su pobre presencia física, puesto que era de estatura tan corta que, cuando le fue presentado al Papa Inocencio VIII, éste le llamó *Parvulus*, y el propio Bernardino solía firmar sus cartas con los adjetivos "piccolino e poverello" antes de su nombre. A tanto llegaron sus vacilaciones, que fue a consultar el caso con su director, Sixto de Milán, a quien señaló su falta de experiencia, su ignorancia, sus inhabilidades. Sixto le pidió que se arrodillara y entonces hizo el signo de la cruz sobre sus labios y le dijo: "Dios curará todas las trabazones de tu

lengua para que comprendas que el don de predicar viene tan sólo de Él. ¡Nada puedes temer, hijo mío! Aprenderás más de tu crucifijo que de tus libros". Desde aquel momento, Bernardino ya no sintió ningún temor ni experimentó más dudas. Sin embargo, la primera vez que subió al púlpito ante una nutrida concurrencia, el día de la fiesta de su patrón, se sintió presa del pánico y se olvidó de todo cuanto quería decir, de cómo lo quería decir, de todo su bien preparado discurso con sus pausas y entonaciones. Pero sí recordó su amor y su admiración por las virtudes de San Bernardino de Siena y de eso habló, espontáneamente, con facilidad y apasionamiento que se transformó en verdadera elocuencia. Desde aquel día, no volvió a hacer el intento de pronunciar un sermón preparado con anterioridad; se limitaba a anotar los puntos que iba a tratar, oraba para que el Espíritu Santo lo iluminase y, lleno de confianza en sí mismo, improvisaba con extraordinaria brillantez. "La oración", comentaba, "es una preparación mejor que el estudio; es más efectiva y más rápida". Durante veinticinco años, Bernardino predicó por todo el territorio de Italia. Grandes multitudes le aclamaban; los papas, los obispos sabios y justos, los otros famosos predicadores le alababan sin reservas, los perversos clamaban en su contra y todos reconocían su gran poder. Como no había iglesias con la capacidad suficiente para contener a las muchedumbres que ansiaban escucharle, a menudo hablaba en las plazas públicas. En Florencia y en Pavía las concurrencias llenaron las grandes plazas principales; en Padua y en Feltre las gentes de fortuna alquilaron los mejores sitios de la iglesia mientras durase su estadía; tres mil personas le siguieron desde la ciudad de Crema, donde había predicado aquel día, hasta Lodi, donde se anunciaba su sermón para el siguiente. Se estima que el fraile predicó más de tres mil seiscientas veces, pero sólo ciento veinte de sus sermones han llegado hasta nosotros.* Por ellos, se puede juzgar que hablaba con absoluta sencillez, con mucha vida y sin recurrir a los adornos de la oratoria. Aun trataba de evitar las citas en latín, porque, como él decía, "La ostentación nunca hace bien. Un sermón cuya trama queda con frecuencia interrumpida por citas, no se mete en los corazones ni llega a convencer a nadie".

A Bernardino se le envió a ejercer su ministerio entre una sociedad constituída, en su mayoría, por gente egoísta, orgullosa y depravada; el fraile opuso a sus vicios la caridad, la austeridad y la humildad. Jamás se olvidó de que era un fraile menor y, cuando recibía en su casa, lavaba los pies a los visitantes, rehusaba la hospitalidad de los ricos y vivía en las casas pobres y entre las familias modestas cuando andaba de viaje. Pero consideraba con razón que tan sólo el buen ejemplo no es bastante y muchas veces se le oía hablar con energía inusitada contra los vicios que observaba a su alrededor. "Se diría", escribió Jerónimo de Ravena, "que cuando ataca el mal no habla, sino que arroja rayos y truenos por la boca. En dos ocasiones, el furor con que denunciaba los escándalos públicos, hizo que se le reventaran las venas. "Tiene la mano muy pesada y no sabe halagar", comentó sobre él, tras uno de sus sermones furibundos, el cardenal d'Agria. Como era de esperarse, su vehemencia le creó muchos enemigos, que algunas veces llegaron a atentar contra su vida, pero él continuó su trabajo, imperturbable. Gracias a sus prédicas, consiguió que se impusieran normas a los desórdenes del carnaval y logró la clausura de varias

* A veces se adjudica a Fray Bernardino la creación de la plegaria *Anima Christi*, pero se ha comprobado que la oración fue escrita noventa años antes de que él naciera.

casas de juego en diversas ciudades; a causa de los abusos que se cometían durante las carreras del día de la Asunción en Brescia, los tradicionales festejos fueron suprimidos; en varios lugares las autoridades civiles destruyeron las estampas y los libros inmorales y procaces. Tal como había sucedido antes con San Bernardino de Siena y en la misma época con Savonarola, cada misión del predicador culminaba con la erección de una pira frente a la iglesia, a la que se prendía fuego para que las gentes arrepentidas quemaran sus barajas, dados, libros y estampas obscenas, joyas de utilería, pelucas, afeites, filtros mágicos y objetos de superstición, paquetes de escandalosos vestidos femeninos y otras vanidades. A aquellos incendios les llamaba Fray Bernardino, "las quemas de la plaza fuerte del diablo" y estaban destinadas no tanto a eliminar las ocasiones de pecado, cuanto a causar una impresión profunda en la imaginación del pueblo. Ante un llamado suyo, las autoridades civiles se apresuraban a aprobar o abolir leyes: los hombres y las mujeres quedaron separados en las cárceles se aprobó el Acta de Propiedad para las mujeres casadas y se impidió que los esposos despilfarrasen los bienes de sus consortes; los senados de Venecia y de Vicenza dejaron de otorgar la inmunidad a los delincuentes que, para quedar a mano con la ley, perseguían a los asesinos y traían sus cabezas.

Fray Bernardino no se detenía a considerar la calidad o la posible influencia de una persona cuando se trataba de combatir alguna trasgresión a la ley moral. Amonestó al príncipe de Mántua, que era un patrocinador muy liberal de los Frailes Menores, por no restringir la rapacidad y el desenfrenado ejercicio del poder entre sus cortesanos; en Milán pronunció un sermón desafiante contra los manejos del duque Galeazzo Visconti; denunció a los Oddi y a los Baglioni, jefes de los partidos rivales en Perugia; cuando Fernando I de Nápoles le ordenó que se trasladase desde Aquila para comparecer ante el tribunal, Bernardino se negó a dar cuenta de sus palabras, a menos que se lo ordenaran sus propios superiores. Los príncipes más sabios y los más prudentes le admiraban y confiaban en él, y no fueron pocas las veces en que solicitaron sus servicios para gestionar las paces. En Brescia, en Narni, en Faenza y en otros sitios, apaciguó reyertas públicas y hasta tumultos, y el propio Papa Inocencio VIII le mandó en una misión de paz a Umbría. Sólo las rivalidades feudales en una ciudad desafiaron todos sus esfuerzros. En tres oportunidades, en 1484, en 1488 y, en 1493, un año antes de su muerte, se trasladó a Perugia para establecer la concordia en las disensiones, pero siempre fracasó. Con el propósito de hacer duradera la paz, fomentó la organización de asociaciones de terciaros que se comprometiesen a no hacer uso de las armas contra nadie. A diferencia de otros predicadores y moralistas de su tiempo, Fray Bernardino no permitió que sus propios triunfos o los abusos y relajamientos que observaba entre otros eclesiásticos, le alejaran de la obediencia o le indujeran a adoptar una actitud independiente hacia sus superiores y las autoridades de la Iglesia. Cuando la Santa Sede le ofreció facultades para absolver pecados que correspondía tratar a los obispos, repuso: "Los obispos son los pastores indicados del clero y del pueblo, y yo prefiero depender de ellos en todas las circunstancias en que las leyes de la Iglesia lo requieran".

De vez en cuando, se oyen comentarios sobre los infortunios que padecieron los judíos por causa de los cristianos durante la Edad Media y no puede negarse que se perpetraron contra ellos monstruosas injusticias. Por otra parte, el problema de abordar las actividades "anti-sociales" de algunos judíos era

positivo, muy grave e inadecuadamente tratado por el procedimiento de aislar completamente a los culpables de toda actividad y trato con los cristianos. Durante toda su carrera, Bernardino de Feltre estuvo en conflicto con los judíos, no como pueblo ni como raza, sino como individuos causantes de algunos de los peores abusos que se había propuesto combatir. En Crema habló sobre ellos de esta manera: "A los judíos no se les debe hacer daño en sus personas, en sus propiedades o en cualquier otra forma. Los bienes de la justicia y la caridad cristianas deben extenderse hasta ellos, porque son iguales a nosotros. Lo mismo he dicho en todas parte y lo repito aquí, en Crema, con la esperanza de que llegue a realizarse, porque el buen orden, los supremos pontífices y la caridad cristiana, lo exigen de esta manera. Pero no por eso es menos cierto que las leyes canónicas prohiben los tratos frecuentes y la gran familiaridad con ellos ... En la actualidad, nadie tiene escrúpulos en esa cuestión y yo no debo callarme. Los usureros judíos sobrepasan todos los límites: arruinan a los pobres y engordan a expensas suyas. Yo, que vivo de las limosnas y como el pan de los pobres, no puedo hacerme el ciego y el sordo frente a tan enorme injusticia. Los pobres me alimentan y no puedo sujetar mi lengua cuando veo que los roban. Los perros ladran para proteger a sus amos de los ladrones y yo tengo que ladrar por la causa de Cristo". Los empréstitos de dinero con usura, a intereses altísimos, a los que se refería Bernardino en su sermón, era la principal (aunque no la única) queja contra los judíos que, por el mismo motivo, se habían hecho odiar de los pobres y necesitar de los ricos.*

Un siglo antes, Miguel de Northborough, obispo de Londres, dejó al morir un millar de marcos de plata para que se hiciesen préstamos a los pobres, sin cobrar intereses y con la única garantía del depósito de alguna prenda; y entre las varias experiencias de esta naturaleza, aquella fue la que constituyó el primer "monte de piedad". ** En 1462, Bernabé de Terni, otro franciscano, fundó en Perugia una "casa de préstamos" destinada a hacer empréstitos de cantidades reducidas de dinero a los pobres, a cambio de objetos depositados y a intereses muy bajos. Aquella institución tuvo éxito inmediatamente; al año siguiente, se estableció una segunda casa en Orvieto y, muy pronto, los *Monte di pietá* se extendieron por la Marca, los Estados Pontificios, la Toscana y otras regiones. El sistema fue examinado, reorganizado y perfeccinado por Fray Bernardino quien, en 1484, inauguró su propio monte de piedad en Mántua (el cual tuvo que cerrar muy pronto a causa de la hostilidad de los judíos usureros) y administró otras veinte casas durante los ocho años siguientes. Los detalles de la administración variaban pero, por regla general, manejaban los montes de piedad comisiones mixtas de frailes y laicos, y algunas de las casas de préstamos pertencían al municipio. El capital inicial se obtenía por suscripciones o por empréstitos de los propios judíos; todas las ganancias se agregaban al capital y se aplicaban a la reducción de los intereses.

* No eran los judíos los únicos usureros. También los banqueros de Lombardía y los *Caorcini* (¿los de Cahors, en Francia?) hacían lo propio. Bernardino, hijo de su época, creyó en las acusaciones formuladas contra los judíos de Trento en 1475, respecto al caso del Pequeño San Simón. Véase el relato sobre el particular en este libro, el 24 de marzo.

**—*Mons Pietatis* significa literalmente "fondo monetario para actos de piedad", puesto que *mons* significa acumulación de riquezas o de capital y *pietatis* da a entender que no se trata de un acto lucrativo, sino de misericordia o de compasión.

Por esa causa, era natural que Fray Bernardino fuese blanco de los ataques de los usureros judíos de Lombardía, los cuales consiguieron que algunos de los montes de piedad fuese clausurados. Sin embargo, surgió una oposición más grave e igualmente inevitable, por parte de algunos canonistas, moralistas y teólogos, quienes insistían en que el interés que se cobraba, por reducido que fuese, constituía una usura, de acuerdo con las leyes canónicas y, en consecuencia, era pecaminoso. Aquellos críticos pedían que si se hacía un préstamo, no se cobrase interés ninguno, lo cual hubieses significado que los montes no habrían podido sostenerse por sí mismos y, por lo tanto, Fray Bernardino se mantuvo firme en su opinión de que era necesario cobrar intereses reducidos. La controversia fue tan prolongada, que en vida del fraile no se llegó a ningún arreglo. Sin embargo, en el quinto Concilio General de Letrán, en 1515, se decretó que los montes de piedad eran instituciones legales y dignas de aliento y de respaldo. De ahí en adelante, surgieron prolíficamente por toda Europa occidental, a excepción de las Islas Británicas. Al Beato Bernardino se le recuerda también por sus esfuerzos en pro de estas instituciones benéficas, y en sus imágenes se le representa, a veces, con un montículo verde en las manos, sobre el que campean tres cruces y una leyenda que dice: *Curam illius habe.*

Fray Bernardino se mantuvo en actividad hasta el fin de su vida. A principios de 1494, dijo ante una concurrencia de florentinos que ya no le volverían a ver y, cuando llegó a Siena, corría de boca en boca la noticia de que había muerto. "Si se dan oídos a lo que se dice", comentó, "yo he muerto muchas veces. Pero vendrá el día y vendrá pronto, en que la noticia de mi muerte sea cierta". En aquella ocasión, se entrevistó con el cardenal Francesco Piccolomini (posteriormente el Papa Pío III), quien deseaba ser su penitente. Aquella entrevista le dio oportunidad a Bernardino para hacer un juego de palabras ingenioso, puesto que, en un momento dado, dijo: "Tanto su Eminencia como yo, somos *piccolomini,* ¿no es verdad?" y, como la palabra italiana *piccolomini,* significa hombres pequeños y, al mismo tiempo que era el apellido del cardenal, describía la corta estatura de Bernardino, aquel soltó la risa. A fines de agosto, el fraile viajó a Pavía y, no obstante que se sentía al cabo de sus fuerzas, subió al púlpito a predicar y dijo a su auditorio: "Ya oigo los martillazos que dan los franceses al herrar sus caballos para lanzarse a la invasión de Italia . . .". Pocos meses más tarde, los ejércitos del rey Carlos VIII penetraron en territorio italiano, pero ya para entonces hacía tiempo que Fray Bernardino de Feltre estaba en mejor vida, puesto que el 28 de septiembre anterior había muerto en Pavía. Su culto fue aprobado en 1728.

Los materiales de información sobre este beato franciscano son muy abundantes, como lo señalaba el padre Suyskens hace casi dos siglos, en la extensa nota de cien páginas que dedicó a Bernardino en el *Acta Sanctorum,* sept. vol. VII. Entre las biografías modernas, la más completa es la de L. Besse, *Le b. Bernardin de Feltre et son oeuvre* en 2 vols. (1902). Pero en este caso, como en otros, se ha pasado por alto un importante manuscrito: el diario del padre Francesco de Feltre, quien durante doce años fue el secretario particular del gran predicador (ver la *Analecta Bollandiana,* vol. XXII, 1903, pp. 118-119). Asimismo han sido descubiertos otros documentos, como por ejemplo numerosas cartas que se refieren a las prédicas de Fray Bernardino en Reggio (Emilia) y que ahora están impresas en el *Archivum Franciscanum Historicum,* vol. XIX (1926), pp. 226-246. E. Floriny escribió un relato breve sobre Bernardino en la serie *Les Saints* (1897). Véase también a Léon, en *Auréole Séraphique,* vol. III, pp. 243-266, así como las biografías en italiano de A. Pellin (1938) y F. Casolini (1939).

BEATO SIMON DE ROJAS (1624 P.C.)

POR SU COMPORTAMIENTO ejemplar en la orden de los trinitarios, Fray Simón fue llamado a servir en la corte del rey Felipe III de España. Una vez ahí, se le nombró confesor de la reina Isabel de Borbón. Cuando hubo un brote epidémico de peste en Madrid, Fray Simón fue el primero en hacer sus preparativos para salir a socorrer a los apestados, pero el rey le prohibió abandonar el palacio, por temor a que llevara el contagio a los miembros de la corte. "Las casas de los enfermos", repuso el fraile, "son más adecuadas para mí que los palacios de los reyes y, si me veo obligado a elegir, abandonaré la corte". Lo mismo que el Beato Alfonso de Orozco, también capellán de reyes, Fray Simón de Rojas ejerció gran influencia entre los nobles que rodeaban al monarca y contribuyó en gran manera a mantener en alto los niveles de la moral y la religión en aquel ambiente. Además de misionero, fue el fundador de la Hermandad del Ave María y escribió un oficio para la fiesta del Santo Nombre de María, al que su orden profesa especial devoción. Fray Simón murió diez días después de la fecha de la mencionada fiesta del año 1624 y fue beatificado en 1766.

Varias referencias al proceso de beatificación de este fraile, se encuentran en la gran obra del Papa Benedicto XIV, *De . . . beatificatione,* libro II. Cuando se procedió a la beatificación se había publicado en Roma un *Compendio della vita del B. Simon de Roxas* (1767). Véase también *L'Ordre des Trinitaires* (1903), vol. I, pp. 618 y ss. de P. Deslandres.

29: DEDICACION DE LA BASILICA DE SAN MIGUEL ARCANGEL, VULGARMENTE LLAMADO, DÍA DE SAN MIGUEL.

INDISCUTIBLEMENTE, en la literatura apócrifa que tanto abundó en Palestina y en las comunidades judías de la Diáspora, antes y después de la venida de Jesucristo, el arcángel Miguel (Michael, que significa: ¿Quién como Dios?) ocupa una buena parte. El punto de partida de esa literatura se encuentra en las Escrituras auténticas, puesto que en los capítulos diez y doce del Libro de Daniel, se habla del arcángel como "uno de los grandes príncipes de la milicia celestial, el protector especial de Israel, y se hace alusión a los tiempos en que Miguel resurgirá "como el gran príncipe que se levantará por los hijos de tu pueblo" (Daniel, XII, I). En el *Libro de Enoch,* que se considera como el más importante de los apócrifos del Antiguo Testamento, se menciona a Miguel reptidas veces como "el gran capitán" o el "primer capitán" que "se establecerá entre la mejor parte de la humanidad", es decir entre la raza elegida, heredera de la promesa. Es misericordioso y habrá de explicar el misterio que rodea al temido juicio del Todopoderoso. Se dice que el propio Miguel condujo a Enoch ante la divina presencia, pero también se le asocia con los otros arcángeles, Gabriel, Rafael y Fanuel, en la expulsión de las potestades del mal de la tierra para arrojarlas en un abismo de fuego. El aspecto misericordioso del jefe de los arcángeles se pone particularmente de manifiesto en el *Testamento de los Doce Patriarcas* y en la *Ascensión de Isaías* (¿Año 90. P.C.?). En este último libro leemos que "el gran ángel Miguel intercede siempre por la raza humana", pero en el mismo libro

se le presenta como el que lleva los registros de los hechos de todos los hombres, en los libros del cielo.

Ya en la época del Nuevo Testamento, precisamente en el Apocalipsis de San Juan (XII, 7-9), se escribió que "hubo un gran combate en los cielos. Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón y el dragón y sus ángeles, lidiaron contra él; pero no fueron éstos los que prevalecieron ni hubo ya lugar para ellos en el cielo. Y se arrojó fuera al gran dragón, esa vieja serpiente que se llama el diablo, y Satanás, que seduce al mundo entero, fue arrojada hacia la tierra y sus ángeles fueron expulsados junto con él". Pero resulta todavía más significativo, en la estrecha vinculación de un culto a San Miguel y las tradiciones judías, la mención de su nombre en la Epístola de San Judas (ver. 9): "Cuando Miguel, el arcángel, disputaba con el diablo por la posesión del cuerpo de Moisés, aquél no recurrió a muchos discursos y sólo dijo: "El Señor te ha rechazado". No se sabe si esta frase es una cita directa del escrito apócrifo conocido como *La Asunción de Moisés,* porque ya no poseemos el texto de la última parte de esa obra, pero Orígenes afirma expresamente que se trata de una cita y menciona el libro de donde fue tomada. La historia cuenta que Moisés murió y, entonces, "Samael" (es decir Satanás) reclamó el cuerpo para sí, en base a que Moisés era un asesino, puesto que quitó la vida a innumerables egipcios. Esta blasfemia provocó la cólera de Miguel quien, sin embargo, se contuvo y sólo dijo a Satanás: "Dios te rechaza a ti, difamador (*diabole*)". Parece ser que *La Asunción de Moisés* daba preeminencia a la parte desempeñada por Miguel en el entierro de Moisés, y se sabe que algunos de los Padres que participaron en el Concilio de Nicea, en el año 325, se refirieron a este libro. Es posible que su origen sea anterior a la venida de Cristo. En la obra *El Pastor de Hermas,* que data de la primera parte del siglo II P.C., nos encontramos con una ilustración referente a la veneración que tenían por San Miguel los que sin duda eran cristianos. En la octava "similitud" se puede ver la alegoría de las ramas cortadas del gran sauce para ser plantadas junto al agua; algunas de las ramas brotan y florecen vigorosamente, mientras que otras se marchitan y se secan. Un ángel de majestuoso aspecto distribuye los premios cuando se presentan a su examen aquellas ramas y emite su juicio. En la leyenda que figura al pie de la ilustración, se explica que aquél "es el glorioso arcángel Miguel, que tiene autoridad sobre las gentes y las gobierna; porque es él quien le ofreció la Ley, la arraigó en el corazón de los creyentes, en consecuencia, él vigila y administra a aquellos a quienes dio la Ley para saber si cumplen con ella".

El Pastor de Hermas fue tratado por algunos de los primeros Padres, como si el libro formase parte del canon de las escrituras, pero al parecer nunca llegó a tener tanta difusión como el extravagante escrito apócrifo de origen judío, conocido como *El Testamento de Abraham,* el cual no debe ser muy posterior al primero. En todo este relato el arcangel Miguel es el personaje principal. Desempeña la difícil tarea de convencer a Abraham para aceptar con resignación la necesidad de morir. Al lector se le presenta Miguel como el capitán mayor de las legiones de Dios, el organizador de todas las relaciones divinas con la tierra, el que intercede ante Dios con tanto poder que, a su palabra, pueden llegar a ser rescatadas las almas incluso en el infierno. Tenemos, por ejemplo, pasajes como éste:

> Y Abraham dijo al gran capitán (Miguel): "Yo te lo suplico, oh arcángel, atiende mis ruegos y apelemos al Señor para suscitar Su piedad y que otorgue Su misericordia a las almas de los pecadores, a quienes yo antaño, en mi cólera, maldije y destruí, a quienes se tragó la tierra, a quienes despedazaron las fieras, a quienes consumió el fuego al conjuro de mi palabra. Ahora sé que he pecado ante el Señor nuestro Dios. Vamos entonces, Miguel, gran capitán de las altas legiones, vamos a llamar a Dios con lágrimas en los ojos para que se digne perdonar mis pecados". El gran capitán le escuchó, e hicieron una apelación a Dios y, después de haberle llamado durante largo tiempo, bajó del cielo una voz que decía: "¡Abraham, Abraham! Yo he escuchado tu voz y tu plegaria y yo te perdono tu pecado. Aquellos a quienes tú piensas que he destruido, los he llamado para devolverles a la vida, por obra de mi excelsa bondad, puesto que, durante algún tiempo y después de mi juicio, les pagué con la misma moneda, y aquellos a quienes destruyo cuando viven sobre la tierra, no los rescato en la muerte".

Ya sea que este escrito apócrifo y otros similares se funden o no en las tradiciones judías, es indudable que fueron leídos por los primeros cristianos. Por otra parte, a ninguno de esos escritos se le puede acusar de formular, de cualquier manera, ataques contra la fe cristiana. Los elementos fantásticos predominantes que se introducen sin ningún disimulo en casi toda la literatura hagiográfica de los primeros siglos, deben haber embotado el sentido crítico en la gran mayoría de los lectores, por muy pronunciada que haya sido su inclinación piadosa. A estos elementos fantásticos se puede atribuir el hecho de que los escritos apócrifos circularan tan extensamente y de que se encuentren vestigios de ellos, incluso en una epístola canónica como la de San Judas y en varias otras de los antiguos Padres griegos. La misma liturgia se ha visto afectada, aunque casi imperceptiblemente, por los apócrifos. Como ejemplo clarísimo, podemos citar las palabras del ofertorio que aún se recita en las misas por los difuntos:

> Señor Jesucristo, rey de la gloria, libra a las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno y de las profundidades del abismo; líbralos de las fauces del león para que no caigan en el infierno ni en la profunda oscuridad, y que sea en cambio Miguel, el abanderado, quien los conduzca a la santa luz que Tú prometiste a Abraham y a su descendencia. Te ofrecemos a Tí, Señor, sacrificios y plegarias; recíbelos, propicio, en favor de esas almas a las que conmemoramos hoy. Otórgales, Señor, que pasen de la muerte a la vida que, desde antes, Tú prometiste a Abraham y a su descendencia.

En este ofertorio hay muchas reminiscencias de la literatura apócrifa a la que nos hemos referido. Tiene mucho significado la asociación de San Miguel con Abraham para todo aquel que conozca, aunque sea superficialmente, el *Testamento de Abraham.* Estaría fuera de lugar entrar aquí en detalles, pero basta señalar que, debido a la preeminencia que se dio a San Miguel, se desarrollaron otros aspectos de su culto que ya han sido relatados en esta misma obra, el 8 de mayo, en la Aparición de San Miguel.

La fiesta a que nos referimos hoy, se ha celebrado con gran solemnidad a fines de septiembre, desde el siglo sexto por lo menos. El Martirologio Romano da a entender que la dedicación de la famosa iglesia de San Miguel en el Monte Gárgano dio ocasión para que se instituyera esa fiesta en el occidente,

pero en realidad, el Martirologio dice que la festividad celebra la dedicación de una basílica en honor de San Miguel, a unos diez kilómetros al norte de Roma, sobre la Vía Salaria. En el oriente, donde antaño se tenía al arcángel como protector de los enfermos (actualmente se le considera capitán de las legiones celestiales y patrón de los soldados), la veneración a San Miguel es todavía más antigua. Una fuente de aguas curativas situada en Khairotopa y otra en Colossae, llevan el nombre del arcángel. Sozomeno nos dice que Constantino el Grande edificó una iglesia dedicada a él, llamada Michaelion, en Sosthenion, cerca de Constantinopla, y afirma que en aquel santuario se produjeron muchas curaciones milagrosas. En la ciudad de Constantinopla propiamente dicha, había numerosas iglesias con el nombre de San Miguel, incluso una muy famosa, en el sector de los Baños de Arcadio, cuya dedicación, un 8 de noviembre, instituyó la fiesta del arcángel para los bizantinos.

Aunque solamente a San Miguel se menciona como titular de la festividad, de acuerdo con las palabras en las oraciones de la misa, se encuentran comprendidos todos los ángeles buenos y el glorioso ángel tutelar de la Iglesia. En esas oraciones se pide que demos gracias a Dios por la gloria de que gozan los ángeles y que nos alegremos de su felicidad; se pide también que le demos gracias por haber creado a esos seres que nos ayudan a conseguir la salvación y que nos unamos a ellos en la adoración y la alabanza a Dios, a fin de acatar Su voluntad, como lo hacen aquellos espíritus celestiales. Por último, se nos invita a honrar a los ángeles y a implorar su intercesión y su ayuda.

Aparte de la veneración por San Miguel, el reconocimiento litúrgico más antiguo de los otros arcángeles se encuentra en la primitiva forma griega de la Letanía de los Santos. Edmundo Bishop, en su *Liturgia Historica, pp.* 142-151, expresa su opinión de que esas menciones se remontan a la época del Papa Sergio (687-701). En ellas se invoca sucesivamente a San Miguel, San Gabriel y San Rafael, lo mismo que ahora, con la única diferencia de que, en la actualidad, están colocados antes que San Juan Bautista y que la misma Virgen María. Véase el *Dictionaire de la Bible*, vol. IV, cc. 1067-1075; el DAC., vol. IX, cc. 903-907; el DTC., vol. I, cc. 1189-1271; el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VII; a K. Kellner, en *Heortology* (1908), pp. 328-333. Sobre la figura del arcángel en el arte, basta consultar a Künstle, en su *Ikonographie*, vol. I, pp. 239-264, aunque también ha tratado ampliamente el asunto A. Didron van Dribal y otros. En cuanto a la forma como trataron el asunto de los ángeles los Padres de la Iglesia, véase a J. Daniélou, S. J., en *Les Anges et leur mission* (1952).

SANTAS RIPSIMA, GAIANA Y SUS COMPAÑERAS, VÍRGENES Y MÁRTIRES (¿312? P.C.)

NO OBSTANTE que estas doncellas, consideradas como las protomártires de la Iglesia de Armenia, se mencionan en el Martirologio Romano en la fecha de hoy, cuando sufrieron el martirio bajo el reinado de Tiridates, absolutamente nada se sabe de su historia o de las circunstancias en que murieron. Se hace referencia a ellas en la leyenda de San Gregorio el Iluminado, y es posible que hayan sido martirizadas en la persecución que se desató antes de que el rey Tiridates y su familia recibiesen el bautismo de manos del mismo Gregorio, aunque también pudo haber sido después. Las "actas" de estas vírgenes, son una fábula completa.

Las leyendas nos dicen que Rípsima (Hrip'sime) era una noble doncella que había ingresado a una comunidad de vírgenes consagradas que se había

establecido en la ciudad de Roma y que presidía la doncella Gaiana. Cuando el emperador Diocleciano decidió tomar esposa, contrató a un pintor para que recorriese Roma y le pintara el retrato de todas las doncellas más hermosas para elegir entre ellas a la que habría de ser su mujer. El artista se esmeró tanto en cumplir con la misión que le había sido encomendada, que se las arregló para entrar subrepticiamente a la inviolable casa de las vírgenes de Gaiana y, a escondidas, hizo el retrato de varias doncellas cristianas. En cuanto Diocleciano examinó las pinturas y eligió, sin titubeos, a Rípsima. Inmediatamente se comunicó a la doncella el honor de que había sido objeto, pero ella no lo consideró así y rehusó enérgicamente contraer nupcias con Diocleciano. Entonces Gaiana, inquieta y acongojada por las represalias que pudiera tomar el desdeñado emperador, convocó a todas sus pupilas, las sacó de la casa, las condujo fuera de Roma y las hizo abordar una nave que iba a partir con destino a Alejandría. Desde aquel puerto, la comitiva de vírgenes atravesó la Tierra Santa hasta llegar a Armenia. Se establecieron en la ciudad de Varlarshapat, donde residía la familia real, y se ganaron la vida tejiendo en los telares. No pasó mucho tiempo sin que la extraordinaria belleza de Rípsima llamase la atención, y tanto fue así que los rumores llegaron a Roma, aun ante que a los oídos del rey Tiridates de Armenia, puesto que Diocleciano envió un mensaje al monarca para pedirle que hiciese morir a la virgen Gaiana y rescatase a Rípsima para mandarla de regreso a Roma, a menos que desease conservarla para su propio placer. En seguida ordenó Tiridates que Rípsima fuese llevada a su presencia y, con gran magnificencia, dispuso un banquete en palacio para recibirla. Pero cuando los miembros de la delegación enviada por el rey llegaron al convento, Rípsima se puso en oración para que la librase Dios de aquel peligro y, al instante, se desató una tempestad de tal violencia, que los caballos de los cortesanos y sus jinetes huyeron a la carrera en completa confusión. Al enterarse Tiridates del suceso y de que la doncella se negaba a acudir, ordenó que fuese llevada por la fuerza y, cuando por fin estuvo en su presencia, se sintió como hechizado por su belleza y, al momento, avanzó hacia ella con intenciones de abrazarla y besarla. Rípsima resistió con tanta energía los asaltos del monarca, que acabó por derribarlo al suelo. Al verse en posición tan ignominiosa, Tiridates montó en cólera y mandó que la doncella fuese encarcelada. Sin embargo, durante la noche, consiguió escapar y regresó al convento.

Al día siguiente, al descubrirse que había huído, el propio rey llamó a sus soldados para que salieran a perseguirla y les ordenó que, donde quiera que la encontrasen, le dieran muerte, lo mismo que a las otras doncellas que la acompañaban. En el mismo convento se procedió a torturar a Rípsima a la que se asó en vida a fuego lento y, sobre la parrilla, se le cortaron uno a uno, todos sus miembros. Santa Gaina y las otras treinta y cinco doncellos sufrieron una muerte igualmente cruel. Santa Mariamne fue sacada a rastras de su lecho de enferma y desmembrada. Sólo una de las vírgenes, Santa Nino, escapó de morir y, con el tiempo, se convirtió en la misionera que evangelizó a los habitantes de Georgia, en el Cáucaso. La matanza tuvo lugar el 5 de octubre, fecha ésta en que se menciona a las mártires en la menología armenia. Una semana, después, el rey Tiridates recibió su merecido, porque se hallaba de cacería, cuando quedó transformado en un oso. San Gregorio el Iluminado que había estado encadenado durante quince años en un foso, rompió el encantamiento y devolvió su naturaleza al rey. Las vírgenes martirizadas se aparecieron a San

Gregorio durante la fabulosa visión que tuvo en Etshmiadzin y, en torno a la gran iglesia de esa ciudad, hay muchas otras más pequeñas, supuestamente colocadas en los sitios donde fueron martirizadas Santa Rípsima, Santa Gaiana y las otras doncellas.

Por extravagante que sea la leyenda, no hay duda de que el culto a estas vírgenes y mártires existe desde la antigüedad en Armenia. A Rípsima se la veneró en Egipto con el nombre copto de "Arepsima" (ver *Analecta Bollandiana*, vol. XIV (1927), pp. 157 y 395), Lo mismo que en los textos árabes y en el martirologio sirio de Rabban Silba. Por el testimonio de los historiadores armenios Fausto y Lázaro, se puede afirmar que las mártires comenzaron a venerarse desde antes de la mitad del siglo quinto. Véase a Tournebize, en *Histoire politique et religieuse d'Armenie*, pp. 452 y ss. La versión griega de sus *actas*, atribuída a Agatángelo fue impresa en el *Acta Sanctorum*, sept. vol. VIII, junto con las de San Gregorio, el 30 de septiembre. Todos los investigadores de estas leyendas están de acuerdo en afirmar que la parte asignada a Rípsima es fábula pura. Cf. también a S. Weber, en *Die katholiche Kirche in Armenien* (1903), p. 117 y la *Analecta Bollandiana*, vol. LX (1942), pp. 102-114. En opinión de Fr. Paul Peeters, "sería un atrevimiento negar la existencia de estas mártires...".

SANTA TEODOTA, MÁRTIR (¿318? P.C.)

SE SUPONE QUE Teódota sufrió el martirio en Filípolis, ciudad de la Tracia, durante la persecución desatada por el augusto Licinio cuando profesaba el paganismo y estaba en guerra con Constantino el Grande. Las "actas", en las que no se puede tener confianza, están llenas de exageraciones y adornos. De acuerdo con ellas, en el curso de una fiesta en honor de Apolo, el prefecto Agripa mandó que todos los habitantes de la ciudad ofrecieran sacrificios al dios. Teódota rehusó y fue acusada de desobediencia. El prefecto la interrogó, y ella repuso que ciertamente era una gran pecadora, pero no quería agregar una nueva culpa a las muchas que había cometido contra Dios, si accedía a tomar parte en una ceremonia sacrílega. Teódota fue encerrada en la prisión, donde permaneció veinte días. Cuando fue llevada de nuevo ante los jueces, rompió a llorar y, en voz muy alta, rogó a Cristo que le perdonase sus pasados crímenes y le diese fortaleza para soportar con paciencia los tormentos que iba a padecer. Sometida a los interrogatorios, confesó que había sido hasta entonces una mujer pública, pero que era cristiana, aunque se consideraba indigna de llevar ese nombre, y no estaba dispuesta a renegar de sus creencias. Agripa mandó que fuera azotada. Los que permanecieron junto a ella durante la flagelación, la exhortaban a que obedeciera las órdenes del prefecto para que se librase de los tormentos, pero Teódota mantuvo su constancia.

Después de los azotes, fue colgada de los postes y se desgarró su cuerpo con garfios de acero. Durante la tortura, oraba con estas palabras: "Sólo a Ti te adoro, oh Cristo y te doy las gracias porque me has considerado digna de sufrir en tu nombre". El prefecto, enardecido por la tenacidad de aquella mujer, mandó al verdugo que echase vinagre y sal en sus heridas. Al oír la sentencia repuso la infortunada: "Tan poco temo a tus tormentos, que te pido que los aumentes, los prolongues y los hagas más crueles, a fin de que yo pueda obtener mayor misericordia y mi corona sea más rica". El siguiente tormento ordenado por Agripa fue que le arrancaran los dientes, uno por uno, con tenazas de fierro. A fin de cuentas, se condenó a Teódota a morir lapidada. Su cuerpo exánime, bañado en sangre y destrozado, pero aún con vida, fue

transportado por los verdugos a las afueras de la ciudad y ahí comenzaron a lanzarle piedras, mientras ella levantaba la voz para orar: "¡Oh Cristo! ¡Tú que te mostraste benigno con Rahab, la mujer pública; Tú que acogiste en el cielo al buen ladrón, dispénsame tu misericordia!" Murió de esta manera, y su alma voló triunfante al cielo.

Los bolandistas no incluyeron esta leyenda en el *Acta Sanctorum*. El texto sirio de la misma fue publicado por primera vez por Assemani en su *Acta Sanctorum Orientalium et Occidentalium*, vol. II, pp. 210-226. La señora de A. Smith-Lewis, en su obra *Studia Sinaitica*, vol. X, reprodujo esos textos en forma más fácil para leerse.

BEATO RICARDO DE HAMPOLE (1349 P.C.)

EL TÍTULO DE BEATO que se ha dado a Ricardo Rolle, no proviene más que del extenso culto popular de que gozó en el pasado y, hasta ahora, no ha sido confirmado por ninguna autoridad competente. Después de su muerte, se le tributaron grandes honores y, como se afirmaba que se habían realizado milagros en su tumba, se hicieron preparativos para solicitar su canonización, pero la causa no llegó a presentarse. El Breviario de la Iglesia de York contiene un oficio especial para su fiesta, antecedido por esta nota: "Oficio de San Ricardo, ermitaño, para después de que haya sido canonizado por la Iglesia, puesto que, entretanto, no está permitido cantar las horas canónicas *de co* (sic) en público, ni solemnizar su fiesta. Sin embargo, como existen pruebas sobre la extrema santidad de su vida, se le puede venerar y procurar su intercesión en nuestras devociones privadas, así como encomendarnos a su protección". La lección de los maitines en ese oficio constituye la principal fuente de información sobre la vida de San Ricardo, en quien se ha concentrado el interés de los investigadores en los últimos años, en mayor grado que en cualquier otro de los santos ingleses no canonizados, debido a la destacada posición que ocupa entre los escritores místicos ingleses.

Alrededor del año 1300, vino al mundo Ricardo en la ciudad de Thornton, en Yorkshire, que tradicionalmente se conoce como Thorntonle-Dale. Con ayuda de maese Tomás Neville, que fue archidiácono en Durham, sus padres le enviaron a estudiar a Oxford. Según el oficio, dejó los estudios cuando tenía diecinueve años, regresó a casa, pidió a sus hermanas dos vestidos viejos y con ellos se hizo, como Dios le dio a entender, un hábito semejante al que usaban los ermitaños. Una de sus hermanas le preguntó si se había vuelto loco y comenzó a llamar a los demás para que le vieran en aquellas fachas; entonces, Ricardo huyó más que de prisa, a fin de que sus familiares y amigos no le impidiesen llevar a cabo sus propósitos que había decidido realizar en contra de la voluntad de sus padres. En la vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, apareció Ricardo en la iglesia de una parroquia vecina (¿Topcliffe?) para rezar las vísperas y se arrodilló en la banca particular del caballero Juan de Dalton. Los hijos del caballero, que habían estudiado con él en Oxford, le reconocieron al verle. Al otro día, se hallaba de nuevo en la iglesia, vestido con una sobrepelliz, para asistir al canto de los maitines y a la misa. Después del Evangelio, se acercó al altar para pedir la bendición y, acto seguido, subió al púlpito y "pronunció ante la concurrencia un sermón maravillosamente edificante hasta el extremo de que todos cuantos le escuchaban se echaron a llorar y comentaban entre sí que nunca habían oído hablar con tanta claridad y

tanto poder". Después de la misa, el caballero Juan de Dalton invitó a Ricardo a comer y, cuando se hubo convencido de la buena fe y la honestidad de propósitos del joven, le ofreció un lugar adecuado para que viviese y le dio ropa, provisiones y todo lo que necesitaba. "Desde aquel momento, Ricardo se esforzó con diligencia, día y noche, en buscar la manera de perfeccionar su vida y aprovechaba todas las oportunidades para progresar en la contemplación y la devoción".

Al abordar aquella época de la vida de Ricardo, los autores del oficio, sin duda con el propósito de ofrecer una narración edificante, desvirtúan un tanto los hechos. El propio Ricardo Rolle, en sus escritos, dice de sí mismo que su juventud fue poco limpia y bastante pecaminosa, cuando el oficio dice todo lo contrario. Por otra parte, hay pruebas de que, desde el año 1320 al 1326, el joven estudió en la Sorbona de París, y el oficio dice que, cuando salió de Oxford, decidió seguir la vida religiosa. De manera que, cuando esto ocurrió, Ricardo no era un joven estudiante inexperto, sino un joven de veintisiete o veintiocho años y, a juzgar por los lugares donde estudió, podía haber sido un sacerdote o incluso un doctor en teología. "Fue primero un doctor y, luego, dejó el mundo para convertirse en ermitaño", escribió el sacerdote John Wilson, quien publicó un Martirologio inglés en 1608. Durante algunos años, Ricardo continuó en su vida eremítica en las tierras que le había cedido Dalton. Los escritores expertos en la mística, señalan que los términos usados por el propio Ricardo, como los de *dulcor*, *canor* y *calor* o *fervor*, no corresponden a esas etapas del misticismo. Sin duda que al hablar del *fervor*, se refiere al estado de contemplación pasiva o mística unión en la que, según dice Ricardo, "el alma asciende, no a otro plano, sino a un estado de paz, como si se le hubiese confirmado que posee la gracia; el alma descansa. Ningún hombre en esta vida puede sentir algo tan santo". Sin embargo, él mismo afirma que nunca tuvo visiones, ni revelaciones directas, ni otros fenómenos físicos o espirituales, que siempre acompañaron las experiencias de otros místicos. Cuando dice que vio al diablo en cierta mujer que lo tentó, recurre sin duda a una figura de dicción.

El mismo Ricardo nos ha dejado algunos datos sobre sus dificultades y desalientos. "Yo estaba apenas cubierto por harapos que se caían a pedazos, y en mi desnudez se cebaban las moscas, que no hallaban obstáculos entre ellas y mi piel. El polvo y la suciedad se adhirieron a ella y se tornó reseca y agrietada; en el verano, me atormentaba el calor, entre los hombres que gozaban de toda la sombra que quisieran; en el frío del invierno, mis dientes chocaban entre sí por el estremecimiento ingobernable de mis quijadas, y yo pensaba en los ricos que dormían debajo de las pieles y tenían fuego en sus hogares, pero al mismo tiempo, me decía que aquellas gentes no amaban a Dios que nos daba el frío y el calor". "A decir verdad", afirma también en sus escritos, "mi cuerpo se ha debilitado tanto por los sufrimientos y las privaciones, que ya no puedo estar de pie, a no ser que me sustente algún alimento substancioso". Algún tiempo después, ya con mayor experiencia, escribía: "En realidad, es mejor para un hombre estar fuerte y sano, a fin de entregarse con entereza al amor de Dios. Si la carne está debilitada por las enfermedades y las penalidades, es muy posible que el hombre no pueda rezar y mucho menos podrá elevar su espíritu hacia las alturas. Es mejor que un hombre exagere por la vehemencia de su amor, a que fracase por exceso de ayunos". Durante muchos años, Ricardo fue el blanco de

las habladurías de las gentes y aprendió que aquello era también una mortificación que podía redundar en bien del alma". "Ahora sé", dice, "que mientras más me hayan atacado los hombres, de palabra o de hecho, mayores han sido mis ganancias espirituales. Por cierto que los peores antagonistas que yo he tenido, son precisamente los que antaño consideraba mis fieles amigos. Sin embargo, yo debería darles las gracias, porque sus palabras y sus actos han sido de provecho para mi alma . . ."

Al principio, Ricardo vivió en los terrenos de Dalton, pero al cabo de algunos años, se retiró a una ermita situada a considerable distancia. Es posible que aquel retiro se debiese a las críticas sobre la proximidad en que vivían Ricardo y Dalton, ya que se llegó a acusarle de no apartarse de la casa del rico porque, si bien predicaba la pobreza, gustaba de los placeres de la abundancia. También provocó el resentimiento de varios clérigos, incluso su propio obispo, porque no titubeaba en denunciar y condenar a los que vivían mal, se apegaban demasiado al mundo o desempeñaban su ministerio mecánicamente, sin preocupación sincera por el bien de las almas.

Después de la muerte de la señora Dalton, "por razones imperiosas y prácticas", Ricardo se fue a vivir al distrito de Richmondshire, donde el día menos pensado trabó conocimiento con cierta señora Margaret Kirkby que era muda y con quien tuvo una gran amistad. Una vez, luego de que Margaret había estado gravemente enferma durante quince días, Ricardo la acompañaba a comer y sucedió que, después de haber ingerido el alimento, la convaleciente experimentó un gran deseo de dormir y, echándose de bruces sobre la espalda de Ricardo, que estaba apoyado en el alféizar de la ventana, se quedó profundamente dormida. No pasó mucho tiempo sin que el cuerpo de Margaret se sacudiera con un violento estremecimiento que la despertó y, al momento, comenzó a hablar y a moverse. En el colmo del regocijo, la mujer repetía: "¡Gloria tibi Domine!" y Ricardo terminaba el versículo: "¡Qui natus es de Virgine!" Entre los dos rezaron completo el himno de completas y entonces él le dijo: "Ahora que te ha sido devuelta el habla, úsala como una mujer que hable por el bien de Dios".

De vez en cuando, Ricardo visitaba diversos sitios del Yorkshire para que, al morar en distintos lugares, pudiese beneficiar un mayor número de almas. Eventualmente se estableció en Hampole, sobre el camino de Wakefield, no lejos de Doncaster, donde construyó una celda vecina al priorato de las monjas del Cister. Se ignora si tuvo alguna vinculación con aquellas religiosas.

Algunos investigadores sostienen que el mejor y más conocido de los trabajos de Ricardo Rolle, su *Incendium Amoris*, fue escrito en aquella celda. Sin embargo, el libro está en latín y es muy posible que durante aquella época, Ricardo escribiese sólo en inglés. Ya para entonces, en honor de Margaret Kirkby, había traducido y comentado los salmos (una copia sellada se conservaba en el priorato de Hampole) y, dedicada a una monja benedictina de Yedingham, había escrito una obra breve, para entregarse luego a la composición de su *Commandement of Love to God*, para las monjas de Hampole, fruto de las experiencias de su edad madura y la más conmovedora de todas sus obras. De ahí en adelante, ignoramos absolutamente los otros detalles sobre su existencia, pero a juzgar por sus escritos, resulta claro que ya había alcanzado los niveles más altos de la contemplación y de la plácida resignación a la voluntad de Dios, niveles éstos a los que es difícil llegar sin haber ejercitado la virtud hasta el grado del heroísmo. "Así como la muerte aniquila a todo ser viviente en este

mundo, de la misma manera, el amor perfecto aniquila en el alma del hombre toda ambición, todo deseo terrenal. Y así como el infierno no reserva para los condenados otra cosa que los tormentos, los placeres de esta vida no reservan para los hombres que aman con perfección otra cosa que el desprecio y hasta el anhelo de sufrir dolores por el amor de Dios".

Ricardo Rolle murió en Hampole el 29 de septiembre de 1349 y, aunque se ignoran las circunstancias en que pasó a mejor vida, se puede suponer con toda probabilidad que fue víctima de la "peste negra" que asoló al Yorkshire aquel año. La especie de hombre que fue Ricardo, según se adivina a través de sus escritos, no es menos atractiva que las propias obras; poseía las cualidades opuestas a las de aquellos ermitaños que buscan a Dios en la soledad y no en compañía de los demás. "El que ama a Dios santamente", opina Ricardo, "no se muestra demasiado alegre ni excesivamente triste en este exilio terrenal, pero siempre está contento con discreción. Por cierto, que algunos reprueban la risa y otros la alaban. Por lo tanto, conviene aclarar que la risa, si proviene de la superficialidad, la vanidad o la ligereza de espíritu, debe ser reprobada, pero la verdadera risa, la que proviene de la paz de la conciencia y de la alegría espiritual, debe ser alabada; el origen de la risa es lo que le da su valor y puede llegar a ser tan santa como el gozo en el amor de Dios. De ahí que si nos mostramos felices y contentos, los malvados nos llamen disolutos y, si nos ven tristes, hipócritas".

Entre todos los investigadores, la señorita Hope Emily Allen nos ha proporcionado la biografía mejor documentada sobre Ricardo, con el título, *Writings ascribed to Richard Rolle and Materials for his Biography* (1927), así como el segundo de sus libros, el *English Wrintings* (1931). Véase también a F. Comper, en *Life and Lyrics of Richard Rolle* (1928); a R. M. Woolley, en *Richard Rolle of Hampole* (1919); a C. Horstman, en *English works of Richard Rolle*, 2 vols. (1896); M. Deanesly, en el *Incendium Amoris* (1926); G. C. Heseltine, en *Selected Works of Richard Rolle* (1930); y una traducción al francés de sus escritos, hecha por Dom Noetinger, quien la incluyó en su libro *Mystiques Anglais* (1928). Véase un artículo de este último escritor, publicado en *The Month*, enero de 1926, pp. 22 y ss.

BEATO CARLOS DE BLOIS (1364 P.C.)

ESTE SANTO, perteneciente a una de las familias reales de Francia y que tuvo la desgracia de pasar nueve años prisionero en la Torre de Londres, vino al mundo en Blois, el año de 1320; su padre era Guy de Châtillon, conde de Blois, y su madre, Margarita, era hermana de Felipe VI, rey de Francia. Desde su infancia, Carlos demostró que poseía grandes virtudes naturales, un valor a toda prueba y que estaba maravillosamente dotado para destacarse en la alta dignidad donde había nacido. En 1337, se casó con Juana de Bretaña y, por ese matrimonio, obtuvo para sí el ducado de Bretaña. Pero aquel título le fue disputado por Juan de Montfort y, como era costumbre en aquellos tiempos, la querella se convirtió en una guerra feudal que se prolongó durante toda la existencia de Carlos. Este hizo todo lo que estuvo de su parte por restablecer la concordia, sobre todo para aliviar la carga de los impuestos de guerra que pesaba sobre sus súbditos, y se afirma que llegó incluso a proponer al de Montfort que se pusiera fin al asunto de una vez por todas, mediante un combate personal, a muerte, entre ellos dos. Pero el adversario no aceptó. Tras una de las innumerables batallas, las fuerzas de Carlos de Blois tomaron la ciudad de Nantes, y la primera medida que adoptó el conde al entrar en la plaza conquistada, fue la de distri-

buir abundantes socorros entre los pobres y necesitados; lo mismo hizo en Rennes, en Guingamp y en otras ciudades. Durante sus campañas, fundó iglesias y casas de religiosos, donde él pudiese orar por su causa y por las almas de los que habían muerto en las batallas. Por regla general, se comportaba de tal manera, que el menos devoto de sus soldados comentaba con sus compañeros que el conde estaba destinado más bien a ser monje que guerrero. Descalzo y mal cubierto por un hábito desgarrado, emprendió una peregrinación al santuario de San Ivo, en Tréguier y, cuando puso sitio a la ciudad de Hennebont, dispensaba a los soldados de montar la guardia para que asistieran a la misa. Por esta razón, protestó uno de los oficiales. "Señor mío", le replicó Carlos, "siempre tendremos ciudades y castillos para conquistar. Si nos los arrebatan, Dios nos ayudará a tomarlos de nuevo. También la misa la tenemos con frecuencia, pero nos es imposible dejar de asistir a ella". A decir verdad, Carlos era tan buen soldado como era buen cristiano, pero detestaba la guerra. Contaba con el apoyo del rey de Francia, en tanto que su enemigo, Juan de Montfort, tenía la ayuda del rey Eduardo III de Inglaterra, el cual, por razones que él sólo conocía, había anunciado su firme intención de recuperar las propiedades que "por herencia legal" tenía en Francia. Durante cuatro años, Carlos pudo mantener a raya a sus enemigos, pero en 1346, comenzaron sus repliegues y sus infortunios. A fin de cuentas, Francia fue derrotada por Inglaterra en la batalla de Crecy, la ciudad de Poitiers fue saqueada y medio destruida la de Poitou. Casi inmediatamente después, Carlos de Blois libró una furiosa batalla en La Roche-Derrien, cerca de Tréguier, fue derrotado, capturado y embarcado en una nave con rumbo a Inglaterra.

Desde su arribo fue encerrado en la siniestra Torre de Londres y se pidió una suma fabulosa por su rescate. Como era casi imposible reunir tanto dinero, el conde pasó nueve años en la infecta prisión. Como lo hicieron tantos prisioneros en la Torre, antes y después de Carlos de Blois, éste hizo más llevadero su castigo y aun lo santificó, por la paciencia con que lo soportaba y sus constantes oraciones. Su resignación y la tranquila mansedumbre que mostraba en las penalidades, le conquistaron la simpatía y la admiración de los carceleros. En cuanto obtuvo su libertad, retornó a Francia y continuó en la lucha armada, durante otros nueve años, para defender su ducado de Bretaña, con períodos de mala y de buena fortuna, pero adquiriendo siempre mayor respeto y admiración por parte del pueblo que gobernaba. Hizo otra peregrinación a la iglesia de la *Bonne Nouvelle* en Rennes y, durante largo tiempo, se creyó que aquel acto de piedad tenía como propósito conmemorar una de las batallas que había ganado, pero se comprobó posteriormente que no había otro motivo para la peregrinación, que la devoción del beato.

El último encuentro armado tuvo lugar en Auray, el 29 de septiembre de 1364. Las fuerzas inglesas estaban al mando de Sir John Chandos. Los franceses, con Bertrand de Guesclin a la cabeza, fueron derrotados. El de Guesclin fue hecho prisionero y, en el curso de la batalla cruenta, Carlos de Blois, el hombre que siempre había deseado ser un fraile franciscano y no un príncipe, quedó muerto en el campo. Sus restos fueron sepultados en Guingamp y no pasó mucho tiempo sin que circularan insistentemente los rumores de que se realizaban numerosos milagros en su tumba. A pesar de las fuertes protestas de Juan de Montfort, que temía perder el apoyo de Inglaterra si se llegaba a proclamar santo a su rival, se inició un movimiento en favor de la canonización de Carlos

de Blois. Se afirma que el Papa Gregorio XI llegó a decretar la canonización de Carlos, pero, en el tumulto y la confusión de la partida del Papa de su exilio en Aviñón, en 1376, la bula no fue firmada ni emitida. Sin embargo, el pueblo continuó con su culto al Beato Carlos, y en algunas partes se celebraba una fiesta especial en su honor. Por fin, en el año de 1904, el antiguo culto al beato fue confirmado por el Papa San Pío X.

Los bolandistas mencionan a Carlos de Blois entre los *praetermissi* del 29 de septiembre, en el *Acta Sanctorum,* y hacen referencias a la obra del Papa Benedicto XIV, *De... Beatificatione,* lib. 2, cap. 8. Ver el *Monuments du procés de canonisation du B. Charles de Blois* (1921), de A. de Sérent, quien incluyó en la obra el relato que escribió Dom Plaine en 1872 sobre el Beato Carlos. Véase a G. Lobineua, en *Histoire de Bretagne* (1744), vol. II, pp. 540-570; a N. Maurice-Dénis-Boulet, en *La Canonisation de Charles de Blois,* una nota publicada en la *Revue d'histoire de l'Eglise de France,* vol. XXVIII (1942), pp. 216-224.

30: SAN JERONIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA (420 P.C.)

JERONIMO (Eusebius Hieronymus Sophronius), el Padre de la Iglesia que más estudió las Sagradas Escrituras, nació alrededor del año 342, en Stridon, una población pequeña situada en los confines de la región dálmata de Panonia y el territorio de Italia, cerca de la ciudad de Aquilea. Su padre tuvo buen cuidado de que se instruyese en todos los aspectos de la religión y en los elementos de las letras y las ciencias, primero en el propio hogar y, más tarde, en las escuelas de Roma. En la gran ciudad, Jerónimo tuvo como tutor a Donato, el famoso gramático pagano. En poco tiempo, llegó a dominar perfectamente el latín y el griego (su lengua natal era el ilirio), leyó a los mejores autores en ambos idiomas con gran aplicación e hizo grandes progresos en la oratoria; pero como había quedado falto de la guía paterna y bajo la tutela de un maestro pagano, olvidó algunas de las enseñanzas y de las devociones que se le habían inculcado desde pequeño. A decir verdad, Jerónimo terminó sus años de estudio, sin haber adquirido los grandes vicios de la juventud romana, pero desgraciadamente ya era ajeno al espíritu cristiano y adicto a las vanidades, lujos y otras debilidades, como admitió y lamentó amargamente años más tarde. Por otra parte, en Roma recibió el bautismo (no fue catecúmeno hasta que cumplió más o menos los dieciocho años) y, como él mismo nos lo ha dejado dicho, "teníamos la costumbre, mis amigos y yo de la misma edad y gustos, de visitar, los domingos, las tumbas de los mártires y de los apóstoles y nos metíamos a las galerías subterráneas, en cuyos muros se conservan las reliquias de los muertos". Después de haber pasado tres años en Roma, sintió el deseo de viajar para ampliar sus conocimientos y, en compañía de su amigo Bonoso, se fue hacia Tréveris. Ahí fue donde renació impetuosamente el espíritu religioso que siempre había estado arraigado en el fondo de su alma y, desde entonces, su corazón se entregó enteramente a Dios.

En el año de 370, Jerónimo se estableció temporalmente en Aquilea donde el obispo, San Valeriano, se había atraído a tantos elementos valiosos, que su clero era famoso en toda la Iglesia de occidente. Jerónimo tuvo amistad con varios de aquellos clérigos, cuyos nombres aparecen en sus escritos. Entre ellos se encontraba San Cromacio, el sacerdote que sucedió a Valeriano en la sede

episcopal, sus dos hermanos, los diáconos Joviniano y Eusebio, San Heliodoro y su sobrino Nepotiano y, sobre todo, se hallaba ahí Rufino, el que fue, primero, amigo del alma de Jerónimo y, luego, su encarnizado opositor. Ya para entonces, Rufino provocaba contradicciones y violentas discusiones, con lo cual comenzaba a crearse enemigos. Al cabo de dos años, algún conflicto, sin duda más grave que los otros, disolvió al grupo de amigos, y Jerónimo decidió retirarse a alguna comarca lejana ya que Bonoso, el que había sido compañero suyo de estudios y de viajes desde la infancia, se fue a vivir en una isla desierta del Adriático. Jerónimo, por su parte, había conocido en Aquilea a Evagrio, un sacerdote de Antioquía con merecida fama de ciencia y virtud, quien despertó el interés del joven por el oriente, y hacia allá partió con sus amigos Inocencio, Heliodoro e Hylas, éste último había sido esclavo de Santa Melania.

Jerónimo llegó a Antioquía en 374 y ahí permaneció durante cierto tiempo. Inocencio e Hylas fueron atacados por una grave enfermedad y los dos murieron; Jerónimo también estuvo enfermo, pero sanó. En una de sus cartas a Santa Eustoquio le cuenta que en el delirio de su fiebre tuvo un sueño en el que se vio ante el trono de Jesucristo para ser juzgado. Al preguntársele quién era, repuso que un cristiano. "¡Mientes!", le replicaron. "Tú eres un ciceroniano, puesto que donde tienes tu tesoro está también tu corazón". Aquella experiencia produjo un profundo efecto en su espíritu y su encuentro con San Malco, cuya extraña historia se relata en esta obra en la fecha del 21 de octubre, ahondó todavía más el sentimiento. Como consecuencia de aquellas emociones, Jerónimo se retiró a las salvajes soledades de Calquis, un yermo inhóspito al sureste de Antioquía, donde pasó cuatro años en diálogo con su alma. Ahí soportó grandes sufrimientos a causa de los quebrantos de su salud, pero sobre todo, por las terribles tentaciones carnales:

"En el rincón remoto de un árido y salvaje desierto", escribió años más tarde a Santa Eustoquio, "quemado por el calor de un sol tan despiadado que asusta hasta a los monjes que allá viven, a mi me parecía encontrarme en medio de los deleites y las muchedumbres de Roma ... En aquel exilio y prisión a los que, por temor al infierno, yo me condené voluntariamente, sin más compañía que la de los escorpiones y las bestias salvajes, muchas veces me imaginé que contemplaba las danzas de las bailarinas romanas, como si hubiese estado frente a ellas. Tenía el rostro escuálido por el ayuno y, sin embargo, mi voluntad sentía los ataques del deseo; en mi cuerpo frío y en mi carne enjuta, que parecía muerta antes de morir, la pasión tenía aún vida. A solas con aquel enemigo, me arrojé en espíritu a los pies de Jesús, los bañé con mis lágrimas y, al fin, pude domar mi carne con los ayunos durante semanas enteras. No me avergüenzo al revelar mis tentaciones, pero sí lamento que ya no sea yo ahora lo que entonces fui. Con mucha frecuencia velaba del ocaso al alba entre llantos y golpes en el pecho, hasta que volvía la calma". De esta manera pone Dios a prueba a sus siervos, de vez en cuando; pero sin duda que la existencia diaria de San Jerónimo en el desierto, era regular, monótona y tranquila. Con el fin de contener y prevenir las rebeliones de la carne, agregó a sus mortificaciones corporales el trabajo del estudio constante y absorbente, con el que esperaba frenar su imaginación desatada. Se propuso aprender el hebreo. "Cuando mi alma ardía con los malos pensamientos", dijo en una carta fechada en el año 411 y dirigida al monje Rústico, "como último recurso, me hice alumno de un monje que había sido judío, a fin de que me enseñara el alfabeto hebreo. Así, de las juiciosas reglas de Quintiliano, la florida

elocuencia de Cicerón, el grave estilo de Fronto y la dulce suavidad de Plinio, pasé a esta lengua de tono siseante y palabras entrecortadas. ¡Cuánto trabajo me costó aprenderla y cuántas dificultades tuve que vencer! ¡Cuántas veces dejé el estudio, desesperado y cuántas lo reanudé! Sólo yo que soporté la carga puedo ser testigo, yo y también los que vivían junto a mí. Y ahora doy gracias al Señor que me permite recoger los dulces frutos de la semilla que sembré durante aquellos amargos estudios". No obstante su tenaz aprendizaje del hebreo, de tanto en tanto se daba tiempo para releer a los clásicos paganos.

Por aquel entonces, la Iglesia de Antioquía sufría perturbaciones a causa de las disputas doctrinales y disciplinarias. Los monjes del desierto de Calquis también tomaron partido en aquellas disensiones e insistían en que Jerónimo hiciese lo propio y se pronunciase sobre los asuntos en discusión. El habría preferido mantenerse al margen de las disputas, pero de todas maneras, escribió dos cartas a San Dámaso, que ocupaba la sede pontificia desde el año 366, a fin de consultarle sobre el particular y preguntarle hacia cuáles tendencias se inclinaba. En la primera de sus cartas dice: "Estoy unido en comunión con vuestra santidad, o sea con la silla de Pedro; yo sé que, sobre esa piedra, está construida la Iglesia y quien coma al Cordero fuera de esa santa casa, es un profano. El que no esté *dentro del arca, perecerá en el diluvio. No conozco a Vitalis; ignoro* a Melesio; Paulino* es extraño para mí. Todo aquel que no recoge con vos, derrama, y el que no está con Cristo, pertenece al anticristo... Ordenadme, si tenéis a bien, lo que yo debo hacer". Como Jerónimo no recibiese pronto una respuesta, envió una segunda carta sobre el mismo asunto. No conocemos la contestación de San Dámaso, pero es cosa cierta que el Papa y todo el occidente reconocieron a Paulino como obispo de Antioquía y que Jerónimo recibió la ordenación sacerdotal de manos del Pontífice, cuando al fin se decidió a abandonar el desierto de Calquis. El no deseaba la ordenación (nunca celebró el santo sacrificio) y, si consintió en recibirla, fue bajo la condición de que no estaba obligado a servir a tal o cual iglesia con el ejercicio de su ministerio; sus inclinaciones le llamaban a la vida monástica de reclusión. Poco después de recibir las órdenes, se trasladó a Constantinopla a fin de estudiar las Sagradas Escrituras bajo la dirección de san Gregorio Nazianceno. En muchas partes de sus escritos Jerónimo se refiere con evidente satisfacción y gratitud a aquel período en que tuvo el honor de que tan gran maestro le explicase la divina palabra. En el año de 382, San Gregorio abandonó Constantinopla, y Jerónimo regresó a Roma, junto con Paulino de Antioquía y San Epifanio, para tomar parte en el concilio convocado por San Dámaso a fin de discutir el cisma de Antioquía. Al término de la asamblea, el Papa lo detuvo en Roma y lo empleó como a su secretario. A solicitud del Pontífice y de acuerdo con los textos griegos, revisó la versión latina de los Evangelios que "había sido desfigurada con transcripciones falsas, correcciones mal hechas y añadiduras descuidadas". Al mismo tiempo, hizo la primera revisión al salterio en latín.

Al mismo tiempo que desarrollaba aquellas actividades oficiales, alentaba y dirigía el extraordinario florecimiento del ascetismo que tenía lugar entre las más nobles damas romanas. Entre ellas se encuentran muchos nombres famosos en la antigua cristiandad, como el de Santa Marcela, a quien nos referimos en esta obra el 31 de enero, junto con su hermana Santa Asela y la madre de ambas,

* Eran los que reclamaban para sí la sede de Antioquía en perpetua rivalidad.

Santa Albina; Santa Léa, Santa Melania la Mayor, la primera de aquellas damas que hizo una peregrinación a Tierra Santa; Santa Fabiola (27 de diciembre), Santa Paula (26 de enero) y sus hijas, Santa Blesila y Santa Eustoquio (28 de septiembre). Pero al morir San Dámaso, en el año de 384, el secretario quedó sin protección y se encontró, de buenas a primeras, en una situación difícil. En sus dos años de actuación pública, había causado profunda impresión en Roma por su santidad personal, su ciencia y su honradez, pero precisamente por eso, se había creado antipatías entre los envidiosos, entre los paganos y gentes de mal vivir, a quienes había condenado vigorosamente y también entre las gentes sencillas y de buena voluntad, que se ofendían por las palabras duras, claras y directas del santo y por sus ingeniosos sarcasmos. Cuando hizo un escrito en defensa de la decisión de Blesila, la viuda joven, rica y hermosa que súbitamente renunció al mundo para consagrarse al servicio de Dios, Jerónimo satirizó y criticó despiadadamente a la sociedad pagana y a la vida mundana y, en contraste con la modestia y recato de que Blesila hacía ostentación, atacó a aquellas damas "que se pintan las mejillas con púrpura y los párpados con antimonio; las que se echan tanta cantidad de polvos en la cara, que el rostro, demasiado blanco, deja de ser humano para convertirse en el de un ídolo y, si en un *momento de descuido o de debilidad, derraman una lágrima, fabrican con ella y* sus afeites, una piedrecilla que rueda sobre sus mejillas pintadas. Son esas mujeres a las que el paso de los años no da la conveniente gravedad del porte, las que cargan en sus cabezas el pelo de otras gentes, las que esmaltan y barnizan su perdida juventud sobre las arrugas de la edad y fingen timideces de doncella en medio del tropel de sus nietos". No se mostró menos áspero en sus críticas a la sociedad cristiana, como puede verse en la carta sobre la virginidad que escribió a Santa Eustoquio, donde ataca con particular fiereza a ciertos elementos del clero. "Todas sus ansiedades se hallan concentradas en sus ropas... Se les tomaría por novios y no por clérigos; no piensan en otra cosa más que en los nombres de las damas ricas, en el lujo de sus casas y en lo que hacen dentro de ellas". Después de semejante proemio, describe a cierto clérigo en particular, que detesta ayunar, gusta de oler los manjares que va a engullir y usa su lengua en forma bárbara y despiadada. Jerónimo escribió a Santa Marcela en relación con cierto caballero que se suponía, erróneamente, blanco de sus ataques. "Yo me divierto en grande y me río de la fealdad de los gusanos, las lechuzas y los cocodrilos, pero él lo toma todo para sí mismo... Es necesario darle un consejo: si por lo menos procurase esconder su nariz y mantener quieta su lengua, podría pasar por un hombre bien parecido y sabio".

A nadie le puede extrañar que, por justificadas que fuesen sus críticas, causasen resentimientos tan sólo por la manera de expresarlas. En consecuencia, su propia reputación fue atacada con violencia y su modestia, su sencillez, su manera de caminar y de sonreír fueron, a su vez, blanco de los ataques de los demás. Ni la reconocida virtud de las nobles damas que marchaban por el camino del bien bajo su dirección, ni la forma absolutamente discreta de su comportamiento, le salvaron de las calumnias. Por toda Roma circularon las murmuraciones escandalosas respecto a las relaciones de San Jerónimo con Santa Paula. Las cosas llegaron a tal extremo, que el santo, en el colmo de la indignación, decidió abandonar Roma y buscar algún retiro tranquilo en el oriente. Antes de partir, escribió una hermosa apología en forma de carta dirigida a Santa Asela. "Saluda a Paula y a Eustoquio, mías en Cristo, lo quiera el mundo o no

lo quiera", concluye aquella epístola. "Diles que todos compareceremos ante el trono de Jesucristo para ser juzgados, y entonces se verá en qué espíritu vivió cada uno de nosotros". En el mes de agosto del año 385, se embarcó en Porto y, nueve meses más tarde, se reunieron con él en Antioquía, Paula, Eustoquio y las otras damas romanas que habían resuelto compartir con él su exilio voluntario y vivir como religiosas en Tierra Santa. Por indicaciones de Jerónimo, aquellas mujeres se establecieron en Belén y Jerusalén, pero antes de enclaustrarse, viajaron por Egipto para recibir consejo de los monjes de Nitria y del famoso Dídimo, el maestro ciego de la escuela de Alejandría.

Gracias a la generosidad de Paula, se construyó un monasterio para hombres, próximo a la basílica de la Natividad, en Belén, lo mismo que otros edificios para tres comunidades de mujeres. El propio Jerónimo moraba en una amplia caverna, vecina al sitio donde nació el Salvador. En aquel mismo lugar estableció una escuela gratuita para niños y una hostería, "de manera que", como dijo Santa Paula, "si José y María visitaran de nuevo Belén, habría donde hospedarlos". Ahí, por lo menos, transcurrieron algunos años en completa paz. "Aquí se congregan los ilustres galos y tan pronto como los británicos, tan alejados de nuestro mundo, hacen algunos progresos en la religión, dejan las tierras donde viven y acuden a éstas, a las que sólo conocen por relaciones y por la lectura de las Sagradas Escrituras. Lo mismo sucede con los armenios, los persas, los pueblos de la India y de Etiopía, de Egipto, del Ponto, Capadocia, Siria y Mesopotamia. Llegan en tropel hasta aquí y nos ponen ejemplo en todas las virtudes. Las lenguas difieren, pero la religión es la misma. Hay tantos grupos corales para cantar los salmos como hay naciones... Aquí tenemos pan y las hortalizas que cultivamos con nuestras manos; tenemos leche y los animales nos dan alimento sencillo y saludable. En el verano, los árboles proporcionan sombra y frescura. En el otoño, el viento frío que arrastra las hojas, nos da la sensación de quietud. En primavera, nuestras salmodias son más dulces, porque las acompañan los trinos de las aves. No nos falta leña cuando la nieve y el frío del invierno nos caen encima. Dejémosle a Roma sus multitudes; le dejaremos sus arenas ensangrentadas, sus circos enloquecidos, sus teatros empapados en sensualidad y, para no olvidar a nuestros amigos, le dejaremos también el cortejo de damas que reciben sus diarias visitas".

Pero no por gozar de aquella paz, podía Jerónimo quedarse callado y con los brazos cruzados cuando la verdad cristiana estaba amenazada. En Roma había escrito un libro contra Helvidio sobre la perpetua virginidad de la Santísima Virgen María, ya que aquél sostenía que, después del nacimiento de Cristo, Su Madre había tenido otros hijos con José. Este y otros errores semejantes fueron de nuevo puestos en boga por las doctrinas de un tal Joviniano. San Pamaquio, yerno de Santa Paula, lo mismo que otros hombres piadosos de Antioquía, se escandalizaron con aquellas ideas y enviaron los escritos de Joviniano a San Jerónimo y éste, como respuesta, escribió dos libros contra aquél en el año de 393. En el primero, demostraba las excelencias de la virginidad cuando se practicaba por amor a la virtud, lo que había sido negado por Joviniano, y en el segundo atacó los otros errores. Los tratados fueron escritos con el estilo recio, característico de Jerónimo, y algunas de sus expresiones les parecieron a las gentes de Roma demasiado duras y denigrantes para la dignidad del matrimonio. San Pamaquio y otros con él, se sintieron ofendidos y así se lo notificaron a Jerónimo; entonces, éste escribió la Apología a Pamaquio, cono-

cida también como el tercer libro contra Joviniano, en un tono que, seguramente, no dio ninguna satisfacción a sus críticos. Pocos años más tarde, Jerónimo tuvo que dedicar su atención a Vigilancio —a quien sarcásticamente llama Dormancio—, un sacerdote galo romano que desacreditaba el celibato y condenaba la veneración de las reliquias hasta el grado de llamar a los que la practicaban, idólatras y adoradores de cenizas. En su respuesta, Jerónimo le dijo: "Nosotros no adoramos las reliquias de los mártires, pero sí honramos a aquellos que fueron mártires de Cristo para poder adorarlo a El. Honramos a los siervos para que el respeto que les tributamos se refleje en su Señor". Protestó contra las acusaciones de que la adoración a los mártires era idolatría, al demostrar que los cristianos jamás adoraron a los mártires como a dioses y, a fin de probar que los santos interceden por nosotros, escribió: "Si es cierto que cuando los apóstoles y los mártires vivían aún sobre la tierra, podían pedir por otros hombres, ¡con cuánta mayor eficacia podrán rogar por ellos después de sus victorias! ¿Tienen acaso menos poder ahora que están con Jesucristo?" Defendió el estado monástico y dijo que, al huir de las ocasiones y los peligros, un monje busca su seguridad porque desconfía de su propia debilidad y porque sabe que un hombre no puede estar a salvo, si se acuesta junto a una serpiente. Con frecuencia se refiere Jerónimo a los santos que interceden por nosotros en el cielo. A Heliodoro lo comprometió a rezar por él cuando estuviese en la gloria y a Santa Paula le dijo, en ocasión de la muerte de su hija Blesila: "Ahora eleva preces ante el Señor por ti y obtiene para mí el perdón de mis culpas".

Del año 395 al 400, San Jerónimo hizo la guerra a la doctrina de Orígenes y, desgraciadamente, en el curso de la lucha, se rompió su amistad de veinticinco años con Rufino. Tiempo atrás le había escrito a éste la declaración de que "una amistad que puede morir nunca ha sido verdadera", lo mismo que, mil doscientos años más tarde, diría Shakespeare de esta manera:

...Love is not love
which alters when its alteration finds
or bends with the remover to remove.
(No es amor el amor
que se altera ante un tropiezo
o se dobla ante el peligro)

Sin embargo, el afecto de Jerónimo por Rufino sucumbió ante el celo del santo por defender la verdad. Jerónimo, como escritor, recurría continuamente a Orígenes y era un gran admirador de su erudición y de su estilo, pero tan pronto como descubrió que en el oriente algunos se habían dejado seducir por el prestigio de su nombre y habían caído en gravísimos errores, se unió a San Epifanio para combatir con vehemencia el mal que amenazaba con extenderse. Rufino, que vivía por entonces en un monasterio de Jerusalén, había traducido muchas de las obras de Orígenes al latín y era un entusiasta admirador suyo, aunque no por eso debe creerse que estuviese dispuesto a sostener las herejías que, por lo menos materialmente, se hallan en los escritos de Orígenes. San Agustín fue uno de los hombres buenos que resultaron afectados por las querellas entre Orígenes y Jerónimo, a pesar de que nadie mejor que él estaba en posición de comprender la actitud de Jerónimo, puesto que mantuvo con éste una larga controversia en relación con la exégesis del capítulo segundo de la epístola de San Pablo a los gálatas. No obstante que San Agustín empleó a fondo su tacto y sus buenas maneras, con sus primeras cartas hirió la susceptibilidad de Jerónimo, quien le

escribió en el año 416 con estas palabras: "Nunca he dejado de atacar a los herejes y he hecho todo lo posible por considerar siempre a los enemigos de la Iglesia como enemigos personales míos". Sin embargo, parece ser que, a veces, Jerónimo consideraba que todos aquellos que tuviesen opiniones distintas a las suyas eran, necesariamente, enemigos de la Iglesia. Al tratarse de defender el bien y combatir el mal, no tenía el sentido de la moderación. Era fácil que se dejase arrastrar por la cólera o por la indignación, pero también se arrepentía con extraordinaria rapidez de sus exabruptos. Hay una anécdota referente a cierta ocasión en la que el Papa Sixto V contemplaba una pintura donde aparecía el santo cuando se golpeaba el pecho con una piedra. "Haces bien en utilizar esa piedra", dijo el Pontífice a la imagen, "porque sin ella, la Iglesia nunca te hubiese canonizado".

Pero sus denuncias, alegatos y controversias, por muy necesarios y brillantes que hayan sido, no constituyen la parte más importante de sus actividades. Nada dio tanta fama a San Jerónimo como sus obras críticas sobre las Sagradas Escrituras. Por eso, la Iglesia le reconoce como a un hombre especialmente elegido por Dios y le tiene por el mayor de sus grandes doctores en la exposición, la explicación y el comentario de la divina palabra. El Papa Clemente VIII no tuvo escrúpulos en afirmar que Jerónimo tuvo la asistencia divina al traducir la Biblia. Por otra parte, nadie mejor dotado que él para semejante trabajo: durante muchos años había vivido en el escenario mismo de las Sagradas Escrituras, donde los nombres de las localidades y las costumbres de las gentes eran todavía los mismos. Sin duda que muchas veces obtuvo en Tierra Santa una clara representación de diversos acontecimientos registrados en las Escrituras. Conocía el griego y el arameo, lenguas vivas por aquel entonces y, también sabía el hebreo que, si bien había dejado de ser un idioma de uso corriente desde el cautiverio de los judíos, aún se hablaba entre los doctores de la ley. A ellos recurrió Jerónimo para una mejor comprensión de los libros santos e incluso tuvo por maestro a un docto y famoso judío llamado Bar Ananías, el cual acudía a instruirle por las noches y con toda clase de precauciones para no provocar la indignación de los otros doctores de la ley. Pero no hay duda de que, además de todo eso, Jerónimo recibió la ayuda del cielo para obtener el espíritu, el temperamento y la gracia indispensables para ser admitido en el santuario de la divina sabiduría y comprenderla. Además, la pureza de corazón y toda una vida de penitencia y contemplación, habían preparado a Jerónimo para recibir aquella gracia. Ya vimos que, bajo el patrocinio del Papa San Dámaso, revisó en Roma la antigua versión latina de los Evangelios y los salmos, así como el resto del Nuevo Testamento. La traducción de la mayoría de los libros del Antiguo Testamento escritos en hebreo, fue la obra que realizó durante sus años de retiro en Belén, a solicitud de todos sus amigos y discípulos más fieles e ilustres y por voluntad propia, ya que le interesaba hacer la traducción del original y no de otra versión cualquiera. No comenzó a traducir los libros por orden, sino que se ocupó primero del Libro de los Reyes y siguió con los demás, sin elegirlos. Las únicas partes de la Biblia en latín conocida como la Vulgata que no fueron traducidas por San Jerónimo, son los libros de la Sabiduría, el Eclesiástico, el de Baruch y los dos libros de los Macabeos. Hizo una segunda revisión de los salmos, con la ayuda del *Hexapla* de Orígenes y los textos hebreos, y esa segunda versión es la que está incluida en la Vulgata y la que se usa en los oficios divinos.* La primera versión, conocida como el Salterio Romano, se usa todavía en el salmo de invitación de los maitines y en todo el misal, así como para los oficios divinos en San Pedro de Roma, San Marcos de Venecia y los ritos milaneses. El Concilio de Trento designó a la Vulgata de San Jerónimo, como el texto bíblico latino auténtico o autorizado por la Iglesia católica, sin implicar por ello alguna preferencia por esta versión sobre el texto original u otras versiones en otras lenguas. En 1907, el Papa Pío X confió a los monjes benedictinos la tarea de restaurar en lo posible los textos de San Jerónimo en la Vulgata ya que, al cabo de quince siglos de uso, habían sido considerablemente modificados y corregidos.

En el año de 404, San Jerónimo tuvo la gran pena de ver morir a su inseparable amiga Santa Paula y, pocos años después, cuando Roma fue saqueada por las huestes de Alarico, gran número de romanos huyeron y se refugiaron en el oriente. En aquella ocasión, San Jerónimo les escribió de esta manera: "¿Quién hubiese pensado que las hijas de esa poderosa ciudad tendrían que vagar un día, como siervas o como esclavas, por las costas de Egipto y del Africa? ¿Quién se imaginaba que Belén iba a recibir a diario a nobles romanas, damas distinguidas criadas en la abundancia y reducidas a la miseria? No a todas puedo ayudarlas, pero con todas me lamento y lloro y, completamente entregado a los deberes que la caridad me impone para con ellas, he dejado a un lado mis comentarios sobre Ezequiel y casi todos mis estudios. Porque ahora es necesario traducir las palabras de la Escritura en hechos y, en vez de pronunciar frases santas, debemos actuarlas". De nuevo, cuando su vida estaba a punto de terminar, tuvo que interrumpir sus estudios por una incursión de los bárbaros y, algún tiempo después, por las violencias y persecuciones de los pelagianos, quienes enviaron a Belén a una horda de rufianes para atacar a los monjes y las monjas que ahí moraban bajo la dirección y la protección de San Jerónimo, el cual había atacado a Pelagio en sus escritos. Durante aquella incursión, algunos religiosos y religiosas fueron maltratados, un diácono resultó muerto y casi todos los monasterios fueron incendiados. Al año siguiente, murió Santa Eustoquio y, pocos días más tarde, San Jerónimo la siguió a la tumba. El 30 de septiembre del año 420, cuando su cuerpo extenuado por el trabajo y la penitencia, agotadas la vista y la voz, parecía una sombra, pasó a mejor vida. Fue sepultado en la iglesia de la Natividad, cerca de la tumba de Paula y Eustoquio, pero mucho tiempo después, sus restos fueron trasladados al sitio donde reposan hasta ahora, en la basílica de Santa María la Mayor, en Roma. Los artistas representan con frecuencia a San Jerónimo con los ropajes de un cardenal, debido a los servicios que prestó al Papa San Dámaso, aunque a veces también lo pintan junto a un león, porque se dice que domesticó a una de esas fieras a la que sacó una espina que se había clavado en la pata. La leyenda pertenece más bien a San Gerásimo, pero el león podría ser el emblema ideal de aquel noble, indomable y valiente defensor de la fe.

* Desde 1945 hay otra versión latina que puede usarse con ese propósito, tomada principalmente de los textos hebreos masoréticos.

En los últimos años se hicieron muchos progresos en el estudio y la investigación de la vida de San Jerónimo. Es particularmente valioso el volumen *Miscellanea Geronimiana*, publicado en Roma en 1920, en ocasión de celebrarse el décimo quinto centenario de su muerte. Gran número de ilustres investigadores, como Duchesne, Batiffol, Lanzoni, Zeiller

y Bulic, colaboraron en la formación de ese libro con diversos estudios sobre puntos de particular interés en relación con el santo. En 1922, hizo su aparición la mejor de sus modernas biografías, la de F. Cavallara, *Saint Jérôme, sa vie et son œuvre* (1922, 2 vols). También se deben consultar las notas críticas del padre Peeters en *Analecta Bollandiana*, vol. XLIII, pp. 180-184. En fechas anteriores, tenemos el descubrimiento hecho por G. Morin de los *Comentarioli et Tractatus* de San Jerónimo sobre los salmos, así como otros hallazgos (ver a Morin en *Études, textes, découverts*, pp. 17-25). Un artículo muy completo sobre San Jerónimo, escrito por H. Leclercq, aparece en el DAC., vol. VII, cc. 2235-3304, así como otro de J. Forget, en DTC., vol. VIII (1924), cc. 894-983. En el siglo dieciocho Vallarsi y los bolandistas (septiembre, vol. VIII) escribieron sendas obras minuciosas sobre el santo. Los escritos más antiguos sobre San Jerónimo, a excepción de la crónica de Marcelino (editada por Mommsen en MGH., *Auctores Antiquissimi*, vol. II, pp. 47 y ss.), carecen de valor. La correspondencia y las obras de San Jerónimo fueron, son y serán siempre la fuente principal para el estudio de su vida. Ver también a P. Monceaux, en *St. Jerome: the early years* (1935); a J. Duff, en *Letters of St. Jerome* (1942); A. Penna, en *S. Girolamo* (1949); a P. Antin, en *Essai sur S. Jerôme* (1951) y el *Monument to St. Jerome* (1952), un ensayo de F. X. Murphy.

SAN GREGORIO EL ILUMINADO, OBISPO DE ASHTISHAT
(*c.* 330 P.C.)

PROBABLEMENTE los primeros que predicaron la fe cristiana en Armenia, durante el segundo y el tercer siglo de nuestra era, fueron los misioneros llegados de Siria y de Persia, pero las creencias y tradiciones locales en relación con las primeras evangelizaciones, son distintas y contradictorias. Las fabulosas leyendas dicen que los primeros evangelizadores fueron los apóstoles San Bartolomé y San Judas Tadeo y, en relación con este último santo, le adjudicaron la historia del rey Abgar el Negro y su parecido con Nuestro Señor Jesucristo, asunto éste que, en realidad pertenece a San Addai, que vivió en Edessa. Sin embargo, los armenios veneran también a San Gregorio de Ashtishat como al apóstol que llevó la luz del Evangelio a su país, por lo que le llaman el "Iluminado" o "Iluminador" y le tienen como al patrono principal. Gregorio vino al mundo en Armenia durante el siglo tercero, en la época en que el país había sido invadido por los persas. Sus orígenes y hasta su nacionalidad son inciertos. De acuerdo con las tradiciones armenias, poco dignas de crédito, era hijo de aquel famoso Anak, el parto que asesinó al rey Khosrov I de Armenia. Este monarca, antes de morir, pidió a sus súbditos que le vengaran por medio del exterminio de la familia de Anak y sólo escapó de la matanza el recién nacido Gregorio, al que secuestró un mercader de Valarshapat y lo llevó a Cesarea, en la Capadocia. Se sabe con certeza que ahí fue bautizado y, a su debido tiempo, se casó y tuvo dos hijos, San Aristakes y San Vardanes.

Tiridates, uno de los hijos del asesinado rey Khosrov, quien había vivido exilado en diversas partes del imperio romano, logró reunir un ejército, al frente del cual regresó a Armenia y reconquistó el trono de su padre. A Gregorio se le dio un palacio para que viviese en la corte de Tiridates (algo muy singular por cierto, si es que Gregorio era el hijo del asesino del rey), pero no pasó mucho timpo sin que cayese en desgracia a causa de sus actividades en favor de los cristianos y por el celo que ponía en la conversión de almas. No tardó en estallar la persecución activa contra éstos y, en el curso de la misma, uno de los que más sufrió fue Gregorio. Pero, a fin de cuentas, triunfó puesto que consiguió convertir y bautizar al propio Tiridates (también al rey se le

venera como a un santo) y, mientras los cristianos del imperio morían por centenares durante la persecución de Diocleciano, en Armenia se proclamaba al cristianismo como la religión oficial, y por eso se dice que el país fue (superficialmente) el primer estado cristiano en la historia del mundo.

Gregorio se trasladó a Cesarea donde fue consagrado obispo por el metropolitano Leoncio. Estableció su sede en Ashtishat y, con la asistencia de los misioneros sirios y griegos, organizó su Iglesia, instruyó a los nuevos convertidos y conquistó a otros muchos. Con el propósito de contar con un mayor número de sacerdotes, reunió a un grupo de jóvenes y, personalmente, los instruyó en las Sagradas Escrituras, en la moral cristiana y en las lenguas griega y siria. Pero el episcopado fue hereditario y, un siglo después, el obispo primado de Armenia era un descendiente directo de Gregorio. "Sin detenerse ni retroceder, nuestro "Iluminador" llevó el nombre vivificador de Jesús de un extremo al otro de la tierra, en todas las estaciones y los climas, sin temor a las fatigas y siempre diligente en el cumplimiento de los deberes de un evangelizador, en lucha contra los adversarios, en ardientes prédicas ante los caudillos y los nobles, para iluminar todas las almas que, tras su renacimiento en el bautismo, se convertían en hijas de Dios. Para que resplandeciera la gloria de Jesucristo, rescataba a los prisioneros y cautivos y también a aquellos que vivían oprimidos por los tiranos, deshacía o enmendaba los contratos injustos, tan sólo con su palabra consolaba a muchos de los que sufrían o de los que vivían bajo el temor, al infundirles la esperanza en la gloria de Dios y plantarles en el alma la simiente de la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que llegasen a ser enteramente felices".

Gregorio envió a su hijo, San Aristakes, como representante suyo en el primer Concilio ecuménico de Nicea y, se afirma que cuando el obispo leyó el acta de aquella asamblea, exclamó: "En cuanto a nosotros, alabamos a Dios que fue antes de todos los tiempos y adoramos a la Santísima Trinidad y al solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos". Esas son las palabras que, las haya dicho o no las haya dicho San Gregorio en aquellos momentos, repite el celebrante en la liturgia eucarística armenia, cuando el diácono ha recitado el anatema conciliar, después del Credo. Al poco tiempo, Gregorio consagró a Aristakes para que le sucediera en la sede episcopal y él se retiró a una ermita del Monte Manyea, en la provincia de Taron. Ahí le encontró muerto un pastor al año siguiente. Sus restos fueron sepultados en Thortan.

Los datos que hemos dado son muy inciertos, pero si escasean las auténticas informaciones, abundan en cambio las leyendas. Estas sirvieron de base para el relato que escribió un tal Agatángelo, quien asegura que fue el secretario del rey Tiridates. Esa obra no fue escrita antes de que hubiese transcurrido la mitad del siglo quinto. De acuerdo con ese escrito, Gregorio tuvo un primer conflicto con Tiridates, por haberse rehusado a colgar una guirnalda de flores al cuello de la imagen de la diosa Anahit en su templo de Ashtishat. El rey hizo cuanto estuvo de su parte para convencerlo a obedecer, pero al ver que las palabras eran inútiles, sometió a Gregorio a doce tormentos distintos, crueles algunos, ingenuos los otros, pero todos diferentes a los que practicaban los romanos para martirizar a los cristianos. Después, Gregorio fue arrojado a un foso nauseabundo, donde se le dejó olvidado durante quince años entre cadáveres putrefactos, basura y animales inmundos. Gracias a los buenos servicios de una viuda que a diario se acercaba al foso para dar de comer al desdichado, pudo mantenerse con vida. Tras el martirio de Santa Ripsima (29 de septiembre),

el rey Tiridates se transformó en un oso y vivió en los bosques, con los de su especie. Pero la hermana del rey tuvo una visión en la que le fue revelado que únicamente las plegarias de San Gregorio podrían devolver al monarca su forma natural. Entonces fue una comitiva de cortesanos hasta el foso pestilente para sacar a Gregorio de entre las inmundicias; el santo se puso en oración y, en seguida, reapareció el rey, en persona, lleno de contrición y de gratitud, pidiendo el bautismo para él y toda su familia. Gregorio pasó una temporada en la corte, tratado como el propio rey, y luego se retiró a las soledades de Valarshapat, en las estribaciones del Monte Ararat, donde se entregó al ayuno y la oración. Al cabo de setenta días, se le apareció Nuestro Señor Jesucristo y le dijo que en aquel lugar debía edificarse la gran iglesia catedral de Armenia. Gregorio se apresuró a cumplir con las órdenes celestiales y en poco tiempo se construyó una gran iglesia que se llamó Etshmiadzin, que significa "el Único Esperado descendió". Es muy posible que la historia de la aparición haya sido inventada para reforzar la solicitud de que la Iglesia de Armenia fuese independiente de la Iglesia de Cesarea. Cada uno de estos maravillosos sucesos: los doce tormentos, los quince años en el foso, la liberación del foso y la visión, son conmemorados por los armenios con una fiesta particular, aparte de las otras festividades en honor de San Gregorio. En algunas partes, como en Grecia, se le venera, equivocadamente, como a un mártir. Los emigrantes armenios introdujeron la devoción a San Gregorio en el sur de Italia, y aún hay una iglesia en Nápoles que asegura poseer algunas reliquias del santo que, sin embargo, se conservan íntegras en la catedral de Armenia. A San Gregorio se le menciona en el canon de la misa armenia.

En el caso de los santos armenios y georgianos, los que no conocemos las lenguas orientales, tenemos que contentarnos con fuentes de información de segunda mano. Incluso los bolandistas, en el siglo dieciocho (*Acta Sanctorum*, sept. vol. VIII), tuvieron que arreglárselas con las versiones griegas o los resúmenes incluidos en el Metafrasto de las fabulosas narraciones armenias, atribuídas a Agatángelo. Los originales armenios no existen ya, pero hay una versión muy antigua en árabe, que data del período inmediatamente posterior al pseudo Agatángelo. Esta versión se encuentra en una carta (*c.* 714) de Gorge, un obispo árabe, dirigida al sacerdote Josué. Véase a von Ryssel, en *Ein Brief Georgs an den Presb. Joshua* (1883); A. von Gutschmid, en *Kleine Schriften*, vol. III (1892), pp. 339-420; a Gelzer, en el *Berichte* del *Sächsischen Gesellschaft*, 1895, pp. 109-174; a P. Peeters en la *Analecta Bollandiana*, vol. XXVI (1907), pp. 117-120 y vol. I (1932), pp. 3-58; a G. Garitte, en *Documents pour l'étude du livre d'Agathange*, en *Studi e testi*, No. CXXVII (1946), donde se incluye un texto inédito en griego sobre los escritos de Agatángelo, del que se deriva el texto árabe. Ver también el extenso artículo de Fr. P. Peeters en la *Analecta Bollandiana*, vol. LX (1942), a propósito del calendario de mármol de Nápoles; la nota de los bolandistas en Martirologio Romano (1940), pp. 426-427; a S. Weber, en *Die Katolische Kirche in Armenien* (1903), pp. 115 y ss.; a F. Tournebize, en su *Histoire... de l'Armenie* (1901), pp. 403 y ss.; y a L. Duchesne, en *Histoire ancienne de l'Eglise*, vol. III (1911), pp. 528-536.

SAN HONORIO, Arzobispo de Canterbury (653 p.c.)

Este prelado era romano por nacimiento y monje por vocación. San Gregorio el Grande, que conocía las virtudes, la destreza y la sabiduría de Honorio en las ciencias santas, le eligió para que formase parte del grupo de misioneros que envió para evangelizar a los ingleses, aunque no se sabe si Honorio llegó con el primer grupo que acompañaba a San Agustín o hizo el viaje más tarde. A

la muerte de San Justo, en 627, se eligió a Honorio como obispo de Canterbury. San Paulino, obispo de York, le consagró en Lincoln y, poco después, recibió el palio que le enviaba el Papa Honorio I junto con una carta en que el Santo Padre mandaba que, en caso de que alguna de las dos sedes: la de Canterbury o la de York, quedase sin su titular, el otro obispo debería consagrar a la persona elegida para ocupar la sede vacante, "en vista", decía el Pontífice, "de la enorme distancia de tierra y de mar que nos separa de vosotros". A fin de confirmar aquella delegación de los poderes patriarcales para consagrar obispos, el Santo Padre envió también un palio al obispo de York.

Honorio, el nuevo arzobispo, comprobó con júbilo creciente que la fe de Cristo se extendía, a diario, hacia todos los rincones de las islas y que el espíritu del Evangelio se arraigaba en los corazones de numerosos siervos de Dios. Su propio celo y su ejemplo contribuyeron grandemente a esos progresos, durante los veinticinco años en que ejerció su episcopado. Uno de sus primeros actos y de los más importantes fue el de consagrar al burgundio San Félix como obispo de Dunwich y enviarlo en una misión destinada a convertir a los anglos del oriente. Tras la muerte del rey Edwin en el campo de batalla, su vencedor, el "cadwallon" de Gales, "con una crueldad peor que la de cualquier pagano", como dice San Beda, "resolvió exterminar a todos los ingleses en las Islas Británicas" y comenzó por hacer una incursión devastadora y sangrienta en Nortumbría. Fue entonces cuando San Paulino huyó junto con la reina Etelburga, y ambos recibieron, con San Honorio, generosa hospitalidad. Pasado el peligro, Honorio designó a San Paulino para que ocupase la sede vacante de Rochester. A la muerte de San Paulino, precisamente en Rochester, en el 644, Honorio consagró en su lugar a San Ithamar, un sacerdote de Kent que fue el primer obispo inglés. El 30 de septiembre de 653, murió San Honorio y fue sepultado en la iglesia de la abadía de San Pedro y San Pablo en Canterbury. A este santo se le nombra en el Martirologio Romano y se le conmemora en la diócesis de Southwark y de Nottingham.

Para todo lo referente a este santo, véase la *Ecclesiastical History*, de Beda, libros II y III, junto con las notas de Plummer.

SAN SIMON DE CREPY (1082 p.c.)

Simón, conde de Crèpy, en la región de Valois, estaba emparentado con Matilde, la esposa de Guillermo el Conquistador, y se educó en la corte de ese rey. Gozaba de la confianza y los favores de Guillermo, quien le llevó consigo a las campañas contra Felipe I de Francia para arrojarlo de las tierras de Normandía. Se dice que al término de aquella guerra, el padre de Simón murió en la localidad de Montdidier y éste se propuso transportar el cadáver hasta las tierras de Crèpy para sepultarlo; y sucedió que en el largo trayecto el cuerpo del conde entró en descomposición y su hijo, después de velarlo toda la noche en solitaria meditación sobre lo transitorio de esta vida, sepultó los restos en el campo y regresó a la corte decidido a hacerse monje. Asimismo se afirma que acabó por convencer a su prometida, la hija de Hildeberto, conde de Auvernia, para que ingresara a un convento y así, un buen día, los dos novios huyeron juntos de la corte, pero no para casarse, como lo pensaban todos los cortesanos, sino para entregarse a la vida del claustro. La joven quedó a buen resguardo con las monjas,

pero cuando Simón se dirigía a otro monasterio para hacer lo propio, fue alcanzado por los enviados del rey, quienes le llevaron de nuevo a la corte. Ahí Guillermo el Conquistador le reveló al noble joven que deseaba casarlo con su propia hija Adela. Simón no se atrevió a rechazar directamente los ofrecimientos de su real benefactor, pero trató de demorar la boda y partió en viaje a Roma con el pretexto de averiguar en la Santa Sede si su proyectado matrimonio era legal, en vista de que la hija del rey era su pariente. Pero ni siquiera llegó a la mitad del camino, porque a su arribo a la ciudad de Condat, en el Jura, se hospedó en la abadía de Saint-Claud, ahí tomó el hábito y no lo abandonó jamás.

Lo mismo que a muchos otros monjes pertenecientes a la nobleza, los superiores y los familiares de Simón insistieron para que emplease su influencia en arreglar discordias y restablecer los derechos. San Hugo de Cluny le envió ante el rey de Francia para que recuperase unas tierras que habían sido quitadas al monasterio y, asimismo, intervino activamente para obtener la reconciliación entre Guillermo el Conquistador y sus hijos. Cuando el Papa San Gregorio VII, en conflicto con el emperador, decidió concertar un acuerdo con Roberto Guiscard y sus normandos que ocupaban parte del territorio de Italia, mandó llamar a San Simón para que le ayudase en las negociaciones. Estas concluyeron felizmente en la ciudad de Aquino, en 1080 y, desde entonces, el Papa conservó a su lado a Simón. Este murió en Roma y recibió los últimos sacramentos de manos del propio San Gregorio.

Varios contemporáneos de Simón escribieron sobre él en tono laudatorio. El Papa Urbano II compuso un elogioso epitafio para su tumba y Guibert de Nogent, quien tan acerbamente denunció las corrupciones de su época, escribió entusiasmado sobre el buen ejemplo que dio Simón. Este y muchos otros testimonios fueron coleccionados en *Acta Sanctorum*, sept. vol. VIII, junto con una biografía anónima, pero que seguramente fue escrita poco tiempo después de la muerte del personaje. Ver también a G. Corblet, en *Hagiographie d'Amiens*, vol. III, pp. 491-519.

La virtud del más fervoroso de los novicios en el servicio de Dios será imperfecta, en tanto que el propio renunciamiento y la asiduidad en la plegaria no preparen y purifiquen su alma para recibir plenamente al Espíritu Santo que con su fuego divino quema todo vestigio mundano y colma el alma de gracia. En ese estado, las virtudes morales adquieren un infuso grado heroico de perfección. La humildad, da al alma una comprensión más clara de sus propias enfermedades e imperfecciones y un mayor desprecio de sí misma. Lo mismo puede decirse de la caridad divina y fraternal y de todas las otras virtudes. Así se llega al punto en que el alma se siente transportada a regiones de luz nueva en las que avanza siempre más, por el constante ejercicio de esas virtudes y, sobre todo, por la plegaria y la contemplación.

FIN DEL III VOLUMEN

INDICE

(PARA EL INDICE GENERAL DE NOMBRES VER EL VOLUMEN IV)

En este índice se encuentran, además de los santos y beatos titulares de cada día, los nombres de los miembros que quedan incluidos en los grupos de santos y beatos, como en el caso de los grupos de mártires.

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

Q

R

S

T

U

V

W

Y

Z